HENRI F. ELLENBERGER

EL DESCUBRIMIENTO DEL INCONSCIENTE

HISTORIA Y EVOLUCIÓN DE LA PSIQUIATRÍA DINÁMICA

VERSIÓN ESPAÑOLA DE
PEDRO LÓPEZ ONEGA
TRADUCCIONES DIORKI



EDITORIAL GREDOS
MADRID

© 1970 by HENRI F. ELLENBERGER.

BASIC BOOKS, INC., PUBLISHERS, New York.

© **EDITORIAL GREDOS, S. A.**, Sánchez Pacheco, 81, Madrid, 1976, para la versión española.

Título original: *THE DISCOVERY OF THE UNCONSCIOUS. THE HISTORY AND EVOLUTION OF DYNAMIC PSYCHIATRY.*

Depósito Legal: M. 12383-1976.

ISBN 84-249-2450-9. Rústica.
ISBN 84-249-2451-7. Tela.

Gráficas Cóndor, S. A., Sánchez Pacheco, 81, Madrid, 1976 — 4318.

PRÓLOGO

La muy favorable acogida que recibió la edición original de este libro en América y sus traducciones en italiano y alemán, así como los comentarios que la obra ha suscitado, nos conducen a dar aquí algunas precisiones suplementarias sobre la intención y el sentido de la obra.

Las consideraciones que nos han incitado a escribirla han sido a la vez de orden histórico y filosófico.

Desde el punto de vista histórico, se trataba de trazar de nuevo la historia del descubrimiento y utilización por el hombre de su psiquismo inconsciente. Desde el punto de vista filosófico, o más exactamente epistemológico, se trataba de estudiar la manera como se había constituido este conocimiento del psiquismo inconsciente y de precisar su lugar en el conjunto general de la ciencia.

Antes de abordar el aspecto filosófico de la cuestión era evidentemente necesario esclarecer su aspecto histórico. Aquí, desde el principio, nos encontramos con un hecho paradójico: la historia del descubrimiento del inconsciente se halla, más que cualquier otro capítulo de la historia de las ciencias, bajo el velo de la oscuridad y de la leyenda, especialmente en lo que concierne a la historia de las Escuelas de psiquiatría dinámica modernas. Esto nos ha llevado a efectuar largas investigaciones históricas esforzándonos en fundarlas sobre una metodología rigurosa, que resumen los cuatro puntos siguientes: 1) No considerar jamás ningún dato como cierto a priori. 2) Comprobar todo. 3) Colocar de nuevo cada dato en su contexto. 4) Hacer una distinción tajante entre los hechos y la interpretación de los hechos. Dejamos al lector el cuidado de ver hasta qué punto la aplicación de este principio ha podido permitirnos disipar leyendas, revelar hechos desconocidos y esclarecer con una nueva luz hechos ya conocidos.

Pero cualquiera que haya sido la amplitud de estas investigaciones históricas, nuestro principal cuidado ha sido identificar y distinguir los diferentes factores que han participado en la creación y en el desarrollo de este conocimiento del inconsciente.

También aquí, una primera ojeada sobre el tema nos revela un hecho sorprendente: la divergencia entre la historia de la noción y la de la *utilización práctica* del inconsciente. Existen ahí dos corrientes que han evolucionado separadamente, alejándose o aproximándose la una a la otra según las circunstancias, sin llegar jamás a fusionarse de hecho. Esto se refleja en el doble título de este libro: *El descubrimiento del inconsciente. Historia y evolución de la psiquiatría dinámica.* Otro hecho notable es que la utilización práctica —y sobre todo terapéutica— del inconsciente ha precedido con mucho a las intuiciones e investigaciones sobre la noción del inconsciente.

La utilización terapéutica de fuerzas psíquicas inconscientes remonta la noche de los tiempos. (Le consagramos el capítulo I de este libro.) Por muy lejos que nos remontemos, comprobamos que han existido a este efecto dos métodos bien distintos:

Uno consiste en provocar la emergencia de fuerzas inconscientes en el enfermo bajo la forma de crisis, sueños o incluso de posesión. La «neurosis de transferencia» psicoanalítica puede ser considerada como una de las formas modernas de este método.

El otro método consiste en provocar la emergencia de fuerzas inconscientes en el curador. Así el chamán que quiere tratar un enfermo a quien se le ha robado su alma se pone en trance para poder ir a buscar en el país de los espíritus el alma robada y restituirla a su poseedor. Pero antes de poder ejercer su arte, el chamán debe sufrir una larga enfermedad de iniciación que le conferirá sus poderes terapéuticos. Como veremos en el curso de este libro, esta enfermedad de iniciación se emparenta muy de cerca con la neurosis creadora de ciertos pioneros del descubrimiento del inconsciente y con el análisis didáctico de las Escuelas de psiquiatría dinámica modernas.

Varios autores habían ya puesto en evidencia la identidad profunda de ciertas nociones fundamentales de las psicoterapias primitivas y de las Escuelas de psiquiatría dinámica modernas. Se puede trazar una línea de evolución continua ante el exorcismo y el magnetismo, el magnetismo y el hipnotismo, el hipnotismo y las psiquiatrías dinámicas modernas. Con temas diferentes subsiste la misma idea de que un «mal» se puede expulsar por medios psíquicos, medios que implican, tanto como la participación del enfermo, el esfuerzo del terapeuta sobre sí mismo.

En lo que se refiere a la *noción* del inconsciente, se trata de una investigación menos antigua que la de la utilización del inconsciente. Este estudio ha sido la obra acumulativa de un gran número de personas. Sus comienzos se remontan a las intuiciones de místicos y de algunos filósofos antiguos, a los cuales hay que añadir San Agustín. Pero sobre todo después de Leibniz la noción del inconsciente se ha precisado y se ha desarrollado con una gran rapidez en el siglo XIX. Entonces han surgido

las grandes filosofías del inconsciente (Von Schubert, Carus, Schopenhauer, Von Hartmann) y los primeros trabajos de psicología experimental (Herbart, Fechner, Helmholz), sin hablar de innumerables investigaciones de psicólogos, psiquíatras, magnetizadores e incluso espiritistas.

A medida que evolucionaban estas dos grandes corrientes otro problema se imponía cada vez más imperiosamente: ¿Cómo la ciencia iba a aceptar e integrar estos descubrimientos empíricos y estas intuiciones filosóficas?

Las primeras tentativas de sistematización de datos empíricos existentes parecen remontarse hasta las Escuelas filosóficas greco-romanas. Pero estas Escuelas eran organizaciones independientes: cada una de ellas tenía su doctrina oficial incompatible con las doctrinas de las otras Escuelas, así como su propio método psicagógico. La idea de una ciencia unificada que englobe todas las ciencias particulares y excluya también la posibilidad de sectas divergentes no se impuso hasta mucho más tarde, a partir del siglo XVII.

La primera tentativa de integrar en la ciencia los métodos de terapéutica por medio de fuerzas inconscientes fue la de Mesmer, hacia 1775, con su teoría de un fluido psíquico que él llamaba el «magnetismo animal». Pero al ser rechazada su teoría, el edificio doctrinal que había creado se derrumbó. Sin embargo, subsistían los resultados prácticos que Mesmer y sus discípulos habían obtenido, y así se constituyó un sistema de conocimientos empíricos que se podría llamar «la primera psiquiatría dinámica» (a la cual se consagran los capítulos II y III de este libro).

Una segunda tentativa para integrar estos conocimientos empíricos en la ciencia fue efectuada por Charcot a fines del siglo XIX. Hubo entonces una eflorescencia de investigaciones sobre hipnotismo, pero de nuevo estas tentativas se saldaron con un fracaso. Era evidente que la integración deseada debía efectuarse a partir de una base más amplia. (Éste es el objeto de los capítulos IV y V).

Una tentativa mucho más sólida fue la de Pierre Janet, que exploró el «subconsciente» con ayuda de un método de «análisis psicológico» riguroso (capítulo VI de este libro). Janet se interesó menos en analizar el contenido de las «ideas fijas subconscientes» que en precisar sus condiciones de aparición, y su análisis psicológico era la primera etapa de un método cuya segunda etapa estaba constituida por la síntesis psicológica, síntesis a la cual consagró la mayor parte de sus esfuerzos.

Es entonces cuando Freud puso deliberadamente el acento sobre la potencia oculta del inconsciente, considerándolo como la parte esencial del psiquismo, lo que implicaba también la idea de la fragilidad del yo consciente. La tarea del explorador del inconsciente se convirtió en la de descifrar símbolos, fantasmas, sueños, síntomas clínicos. Pero sobre todo Freud rompía con el principio de una ciencia unificada: el psicoanálisis

se convirtió en «su» escuela, con su organización, su doctrina, la iniciación impuesta a sus adeptos bajo forma de análisis didáctico. El nacimiento del psicoanálisis hizo surgir el de otras Escuelas fundadas sobre principios diferentes, menos grandes en cuanto al número de discípulos y en cuanto a la influencia ejercida sobre la cultura, pero, teóricamente, igualmente válidas. A las tres grandes Escuelas de psiquiatría dinámica de Freud, Adler y Jung están consagrados los capítulos VII, VIII y IX de este libro, a los que completa el capítulo X con un panorama histórico sintético.

Un capítulo final corto (capítulo XI) se esfuerza en presentar el balance de las adquisiciones de esta investigación desde el punto de vista epistemológico. Se analizan en él los diferentes factores que han jugado un papel en la edificación de la psiquiatría dinámica: factores socioeconómicos, luchas de clases, acontecimientos políticos, grandes movimientos culturales (Renacimiento, Barroco, Filosofía de las Luces, Romanticismo, Positivismo, Neo-Romanticismo), personalidad de los grandes pioneros con su medio de origen, su familia, sus neurosis o sus enfermedades creativas, el papel de los pacientes, etc.

Pero la paradoja principal consiste en el hecho de que la psiquiatría dinámica moderna se ha escindido en Escuelas divergentes. Estas escuelas, sin ninguna duda, han enriquecido nuestros conocimientos aportando una enorme cosecha de hechos nuevos y de datos empíricos. Pero por otra parte la existencia de Escuelas de este género con doctrinas divergentes y mutuamente incompatibles constituye una ruptura con la idea de una ciencia unificada y significa un regreso al antiguo modelo de sectas filosóficas greco-romanas. Es esto, en la historia de la cultura, un acontecimiento extraordinario al que no se ha dado toda la atención que merece.

Nos encontramos así colocados ante el dilema que sirve de conclusión a este libro: la psiquiatría científica no puede incorporar estos datos sin perder su carácter científico, pero tampoco puede rechazarlos en bloque. ¿Es necesario, pues, aceptar las aportaciones de las nuevas Escuelas de psiquiatría dinámica renunciando al ideal de una ciencia única y universal, o bien conservar este ideal renunciando en bloque a los datos de estas Escuelas? Uno de los medios para salir del dilema sería tal vez el de emprender de nuevo el estudio, muy abandonado desde Myers y Flournoy, de la función mitopoyética del inconsciente y de buscar en qué medida éste ha podido modelar o producir un desvío en los descubrimientos de las nuevas Escuelas dinámicas.

INTRODUCCIÓN

Este libro trata de ser una historia de la psiquiatría dinámica basada en una metodología científica, y ofrece un estudio detallado y objetivo de los grandes sistemas psiquiátricos dinámicos, en especial los de Janet, Freud, Adler y Jung. Se propone una interpretación de los hechos y de los sistemas basada en la valoración del panorama socio-económico, político y cultural, así como de la personalidad de los pioneros, de su ambiente, y del papel de ciertos pacientes.

El punto de partida de mi estudio surgió de la reflexión sobre el contraste existente entre la evolución de la psiquiatría dinámica y la de otras ciencias. Ninguna otra rama del conocimiento ha sufrido tantas metamorfosis como ella: desde el curanderismo primitivo al magnetismo, de éste al hipnotismo, y de aquí al psicoanálisis y a las escuelas dinámicas más modernas. Más aún, estas diversas tendencias han oscilado numerosas veces entre el rechazo y la aceptación. En todo caso, la aceptación nunca ha sido tan clara como en el campo de los descubrimientos físicos, químicos o fisiológicos, sin mencionar el hecho de que las enseñanzas de las nuevas escuelas dinámicas son en gran parte mutuamente incompatibles. Otra característica notable es la de que los estudios sobre la historia de la psiquiatría dinámica contienen más errores, lagunas y leyendas que los de ninguna otra ciencia.

El propósito de mi investigación ha sido triple. La primera tarea fue la de repasar la historia de la psiquiatría dinámica del modo más exacto posible, separándome de la perspectiva de «culto al héroe» de ciertos relatos antiguos y manteniendo un punto de vista rigurosamente imparcial, con abstención de cualquier tipo de polémica. La metodología aplicada se puede resumir en cuatro principios: 1) Nunca dar nada por supuesto. 2) Comprobarlo todo. 3) Situar todos los hechos en su contexto. 4) Trazar una línea clara de separación entre los hechos y su interpretación. Siempre que me ha sido posible, he acudido a las fuentes originales, tales como archivos, bibliotecas especializadas y testimonios de fiabilidad com-

probada. Las fuentes secundarias han sido valoradas según su veracidad. Mediante una investigación extensa llevada a cabo durante doce años con este método crítico he podido recoger un gran número de hechos nuevos, mientras que otros ya conocidos quedan situados en una perspectiva distinta. Se demuestra así la falsedad de muchas leyendas repetidas de unos autores a otros.

Mi segunda tarea fue la de reconstruir y exponer los grandes sistemas de la psiquiatría dinámica. Esto me obligó a seguir el desarrollo de cada uno en orden cronológico desde su comienzo. (El estudio de Janet tuvo que comenzar, por tanto, con los escritos filosóficos de su juventud, el de Freud con sus trabajos sobre neuroanatomía, el de Adler con sus primeros estudios sobre medicina social, y el de Jung con las charlas que dio a los miembros de su asociación de estudiantes.) Cada sistema tuvo que ser mostrado a la luz de sus propios principios. Para hacerlo inteligible tuve que acudir a sus fuentes y traté de reemplazar a su creador en el contexto de su situación social y dentro de la trama de sus relaciones con sus contemporáneos. Situar un trabajo en su contexto es también el mejor medio de asegurar su verdadera originalidad.

La tercera de mis tareas fue la de dar una interpretación de la historia de la psiquiatría dinámica y de los grandes sistemas dinámicos. Tuve, pues, que referir esa historia a una doble perspectiva: la de cómo aparecían los acontecimientos ante sus contemporáneos y la de cómo se nos aparecen retrospectivamente a nosotros (numerosos hechos que en su tiempo parecieron de poca importancia, para nosotros la tienen crucial, y viceversa). Este modo de escribir la historia supuso una amplia indagación en el panorama socio-económico, político, cultural y médico, así como en las personalidades de los pioneros y su ambiente, en el que se incluyen sus pacientes. Con ello pretendía hallar una explicación de los hechos paradójicos presentes en la evolución de la psiquiatría dinámica, y arrojar alguna luz sobre el origen, fuentes y significado de los grandes sistemas de psiquiatría dinámica.

El presente libro comienza con un estudio de los antecesores de la psiquiatría dinámica. Tiene interés histórico, porque se puede demostrar la existencia de una cadena continua entre el exorcismo y el magnetismo, y asimismo entre éste y el hipnotismo, que enlaza a su vez con los grandes sistemas dinámicos modernos. Tiene también interés teórico, porque ya en el curanderismo primitivo hallamos pruebas de sutiles técnicas terapéuticas, muchas de las cuales guardan semejanza con los más modernos métodos psicoterapéuticos, mientras que otras no tienen un paralelismo conocido en la actualidad. Se revisan, por tanto, diez variedades de curanderismo primitivo y se comparan con los métodos modernos. Se destacan asimismo los métodos de entrenamiento psíquico que enseñaban las escuelas filosóficas grecorromanas y que se pueden equiparar a diversas

variedades de psicoterapia, así como la cura por la religión del «secreto patógeno». También aquí se demuestra la existencia de una línea continua de evolución entre este tipo de curanderismo y ciertas técnicas de la moderna psiquiatría dinámica.

En el capítulo II se narra el nacimiento, evolución y vicisitudes de la psiquiatría dinámica entre Mesmer y Charcot, es decir, desde 1775 hasta 1893. Se sacan a la luz una serie de importantes puntos nuevos acerca de Mesmer, Puységur y Kerner. Se muestra que el advenimiento del espiritismo entre los años 1848 a 1853 supuso un hito decisivo en la historia de la psiquiatría dinámica, y que muchas de las enseñanzas de los viejos magnetizadores estaban olvidadas después de 1850 y fueron redescubiertas en parte por Bernheim y Charcot hacia 1880. He utilizado una biografía de Charcot publicada en ruso por el médico Lyubimov, amigo suyo durante veinte años; esta importante fuente había escapado hasta ahora a la atención de todos los investigadores.

La principal innovación en el capítulo III es la de la noción de la primera psiquiatría dinámica. Se demuestra que en el siglo XIX existía un sistema definido de psiquiatría dinámica, a despecho de las inevitables fluctuaciones y divergencias entre los grupos rivales de magnetizadores e hipnotizadores. Las características básicas de la primera psiquiatría dinámica eran el uso de la hipnosis como medio de aproximación al inconsciente, el interés por ciertas situaciones específicas denominadas «enfermedades magnéticas», el concepto de un modelo dualista de la mente, con un ego consciente y uno inconsciente, la creencia en la psicogenicidad de numerosas condiciones emocionales y físicas, y el uso de procedimientos psicoterapéuticos específicos; el canal terapéutico se concebía como la «relación» entre el hipnotizador y el paciente. El magnetismo y el hipnotismo produjeron un nuevo tipo de curandero cuyos datos característicos se encuentran en las autobiografías de los antiguos magnetizadores y en otros documentos no utilizados hasta la fecha por los historiadores. Se demuestra, también, que el impacto cultural de la primera psiquiatría dinámica fue muy superior a lo que generalmente se cree.

El capítulo IV está dedicado a una interpretación nueva y original de la historia y características de la primera psiquiatría dinámica. El cambio paradójico desde la técnica de Mesmer a la de Puységur, y de esta última a la autoritaria terapéutica hipnótica de la segunda mitad del siglo XIX, se explican como reflejo de los cambios en las relaciones entre las clases sociales. Otras vicisitudes en la evolución de la psiquiatría dinámica se interpretan como manifestaciones de las luchas entre las grandes tendencias culturales: el barroco, la ilustración, el romanticismo, el positivismo. Existen grandes semejanzas entre los conceptos básicos de Freud y Jung, por un lado, y ciertos conceptos de los filósofos y psiquíatras románticos por otro, incluidos los últimos representantes del romanticis-

mo, Fechner y Bachofen. Se analiza también el impacto de las modificaciones socio-económicas producidas por la revolución industrial, así como la influencia de Darwin y Marx sobre la psiquiatría dinámica.

En las décadas de 1880 y 1890 parecía que la primera psiquiatría dinámica había ganado su última batalla, ya que muchas de sus enseñanzas fueron aceptadas por Charcot y Bernheim. Sin embargo, el triunfo fue efímero y a él siguió un declinar veloz. La finalidad del capítulo V es hallar una interpretación de estos acontecimientos paradójicos mediante la indagación en las revoluciones socio-económicas y en las tendencias culturales que dieron una nueva orientación al pensamiento público. Entre las tendencias que explican la orientación hacia una nueva psiquiatría dinámica destacan la nueva psicología «desnuda» de Nietzsche y otros, el movimiento neorromántico, la tendencia a la repsicologización de la psiquiatría, el rápido desarrollo de la psicopatología sexual, el interés por los sueños y la exploración del inconsciente (un gran pionero aquí fue Flournoy). Se demuestra que la palabra «psicoterapia» se había puesto de moda alrededor de 1890 y que había demanda de una psicoterapia nueva que satisficiera las necesidades intelectuales de los pacientes de las clases superiores.

El capítulo VI constituye el primer estudio biográfico de Pierre Janet que se haya escrito en cualquier idioma, con datos proporcionados por los archivos municipales y los de la Facultad de Medicina de París, la École Normale Supérieure, los liceos de Châteauroux y Le Havre, y el Collège de France, y con abundante información obtenida de sus dos hijas y de numerosas personas que tuvieron relación con él. Se refutan varias leyendas concernientes a Janet. Este capítulo proporciona también por primera vez un examen verdaderamente completo de su sistema psicológico. Se evidencia mediante numerosas citas su prioridad en el descubrimiento de la terapia catártica, y se dirige la atención hacia el hecho de que el primer (y posiblemente el único) caso de posesión diabólica tratado y curado con la psicoterapia dinámica fue el del paciente «Aquiles» de Janet en 1890 y 1891. El lector encontrará una descripción de sus teorías sobre el automatismo psicológico, de sus análisis psicológicos, de la gran síntesis psicológica que construyó desde 1908, y de sus ideas sobre la psicología de la religión. Se presta el crédito debido a la psicoterapia de Janet, que raramente se menciona en los libros de texto.

Se ha publicado tanto acerca de Freud y del psicoanálisis que parecería imposible aportar algo realmente nuevo a este campo. Sin embargo, el lector encontrará en el capítulo VII una serie de hechos antes desconocidos e interpretaciones nuevas. Analizando la ascendencia judía de Freud, el autor demuestra que hubo distintos grupos de judíos austríacos que vivieron en condiciones de vida completamente diferentes, y que estas diferencias se reflejaban en la gran variedad de actitudes mostradas por

sus descendientes, es decir, los contemporáneos de Freud. En cuanto a su vida, se presentan nuevos datos biográficos. El autor ha podido utilizar material de reciente descubrimiento perteneciente a la historia de la familia de Freud en Freiberg, un episodio de sus años de escuela, una parte de la correspondencia entre Freud y Silberstein recientemente descubierta, y una valoración de la capacidad de Freud como oficial (sacada a la luz en fecha reciente por la Sra. Renée Gicklhorn en los archivos del Ministerio austríaco de la Guerra). Se presenta un estudio crítico de la historia del trabajo de Freud sobre la histeria masculina presentado ante la Sociedad Vienesa de Médicos el 15 de octubre de 1886, y se demuestra que la versión que circulaba de este episodio no es sino una leyenda. Se interpreta el autoanálisis de Freud como la ocurrencia de una enfermedad específicamente creadora. Su viaje a América en 1909 se ilustra con detalles no publicados hasta ahora. Se reconstruye su intervención en el denominado juicio Wagner-Jauregg con la ayuda de documentos no publicados y descubiertos recientemente por la Sra. Renée Gicklhorn. El presente libro incluye la colección más completa de entrevistas de Freud registradas hasta ahora. Se revisan asimismo las principales interpretaciones de su personalidad. Se ofrece un estudio detallado de la obra freudiana por orden cronológico, teniendo en cuenta el movimiento cultural y científico de la época. Se examinan a la luz de nuevos datos los maestros de Freud y los hombres que ejercieron un papel importante en la formación de su pensamiento. En lo referente a Breuer, por ejemplo, he utilizado datos no publicados proporcionados por su familia, sobre todo los referentes a la Fundación Breuer (*Breuer-Stiftung*), cuya existencia parece haber escapado hasta ahora a la atención de otros historiadores. Se presta más atención a Moritz Benedikt como una de las fuentes más importantes de Freud, al tiempo que se demuestra que la relación de Freud con Charcot no era la de discípulo a maestro, sino más bien un encuentro existencial. Un examen cuidadoso de los hechos ya conocidos, junto con la consulta de los archivos vieneses, me han convencido de que la versión usual de la enfermedad de Anna O. es indefendible y de que su situación se inscribía en las grandes «enfermedades magnéticas» del pasado, pero que, por haberse olvidado las enseñanzas de los antiguos magnetizadores, el caso fue obligadamente mal interpretado. Se ofrece interesante material nuevo relativo a las fuentes de Freud, sus relaciones con alguno de sus contemporáneos, el contexto de sus descubrimientos y su repercusión.

El lector encontrará en el capítulo VIII un relato crítico de la ascendencia y de la vida de Alfred Adler, basado en una investigación exhaustiva de los archivos vieneses y en indagaciones entre los miembros de su familia y varios de sus primeros discípulos. Se muestra que el contorno judío de Adler era bastante diferente del de Freud, lo que explicaría las grandes diferencias de actitud entre los dos en orden a los mundos judío

y gentil. Se muestra también cómo se refleja la constelación familiar de Adler en sus últimas teorías. Entre otros hechos poco conocidos está la revelación de su período pre-freudiano. Después de una búsqueda prolongada pude encontrar una copia (probablemente la única que quede) de la primera publicación de Adler, su *Libro de la salud del oficio de sastre* (1898). He desenterrado también una serie de artículos publicados por él en un periódico austríaco poco conocido. El escrutinio del libro y de los artículos muestra que ya estaban presentes en ellos los postulados principales de su futuro sistema; en otras palabras, que la psicología individual de Adler no puede ser considerada como una «distorsión del psicoanálisis», sino como un retorno y una elaboración de ideas desarrolladas durante los seis años pre-psicoanalíticos. Se relata paso a paso la evolución de su pensamiento y se ilustran sus diversas facetas con ejemplos sacados de sus trabajos poco conocidos, incluidas las entrevistas concedidas a periódicos o revistas. Se presenta una descripción completa y exacta de sus métodos de psicoterapia individual y colectiva y de educación terapéutica; se reúnen y se presentan de un modo sistemático muchos datos dispersos en la literatura psicológica individual. Se describen asimismo algunas fuentes desconocidas de Adler; por ejemplo, los trabajos de escritores rusos.

El capítulo IX proporciona una gran cantidad de información reciente acerca de Carl Gustav Jung. Comienza con una descripción de su ambiente suizo y la extraordinaria historia de sus abuelos. Las memorias de su antiguo compañero de colegio, Gustav Steiner (publicadas recientemente en el *Basler Stadtbuch*, publicación muy poco conocida fuera de Basilea), han sido de valor incalculable para la reconstrucción de ese período de la vida y pensamiento de Jung. He podido identificar al joven médium en quien Jung realizó sus primeros experimentos y obtener nuevos datos acerca de este episodio. Refuto de forma definitiva la actual idea estereotipada de que el sistema de Jung es una mera distorsión del psicoanálisis de Freud. Está demostrado que varias de sus ideas fundamentales ya estaban presentes en sus días de estudiante. El auto-experimento de Jung desde 1913 a 1919 se relata basándose en material publicado y no publicado y se interpreta como un ejemplo de enfermedad creadora. El examen que se presenta del sistema de Jung es probablemente el más completo de todos los escritos hasta la fecha: no sólo he utilizado la totalidad de los trabajos publicados por él, y las entrevistas que concedió a periódicos y revistas, sino que he tenido acceso a la colección completa de las lecturas y seminarios suyos no publicados. Se describe la evolución de su pensamiento en orden cronológico y progresivo. La interpretación dada a la psicoterapia de Jung es también la más completa ofrecida hasta el momento. Se hace referencia a diversos aspectos poco conocidos de su pensamiento, como su filosofía de la historia y sus amplios comentarios,

no publicados, al *Zarathustra* de Nietzsche. Se destacan algunas fuentes desconocidas o descuidadas de las ideas de Jung, así como la influencia de éste en campos insospechados (por ejemplo, el origen del detector de mentiras, el origen de los Alcohólicos Anónimos, y las recientes teorías sobre economía nacional y filosofía política).

El capítulo X es la piedra angular de todo el libro. Trata de ofrecer una síntesis de la historia del nacimiento y evolución de los nuevos sistemas de psiquiatría dinámica desde 1882 hasta 1945. Se muestra año por año el origen y desarrollo de cada sistema, en su interacción y en sus relaciones con otras tendencias psiquiátricas o psicoterapéuticas y con el entorno cultural y político. De esta forma le parecerá al lector que el crecimiento del psicoanálisis y de los nuevos sistemas dinámicos no ha sido tanto una revolución como una evolución gradual desde la primera psiquiatría dinámica hasta las más modernas. La historia de la psiquiatría dinámica está, por tanto, imbricada con la de los acontecimientos de la época: guerras y revoluciones políticas, movimientos literarios y artísticos, congresos internacionales, juicios sensacionalistas e incluso modas psiquiátricas. Se destacan los acontecimientos extraordinarios en la historia de la psiquiatría dinámica, como la muerte de Charcot y la publicación de libros psiquiátricos o literarios que causaron sensación. Se demuestra que, al contrario de lo que se creía, las polémicas acerca del psicoanálisis no comenzaron hasta 1907, es decir, hasta que éste tomó el carácter de un movimiento. Se singularizan diversos episodios de estas polémicas, sobre todo la sustentada en Zurich en 1912 (que hasta la fecha no había sido relatada por otros historiadores); se demuestra que el significado de tales polémicas era para la gente de aquella época algo distinto del que adquieren en visión retrospectiva. Se dirige la atención hacia una serie de sistemas dinámicos o técnicas psicoterapéuticas que jugaron un papel importante en su tiempo, pero que en la actualidad están más o menos olvidadas. En este capítulo se ofrecen al lector un gran número de datos inéditos o poco conocidos.

Como conclusión, se dedica un pequeño capítulo a clasificar y definir los factores que causaron y dirigieron la evolución de la psiquiatría dinámica, a saber, el ambiente socio-económico; la sucesión de las grandes tendencias culturales y los conflictos entre ellas; la personalidad, situación familiar, acontecimientos de la vida y neurosis de los fundadores; el fenómeno de «enfermedad creadora» (en relación con Freud y Jung); el papel de la clase social de la que los fundadores obtenían a sus pacientes; el papel complejo y ambiguo de ciertos pacientes privilegiados (principalmente mujeres histéricas); el papel del ambiente, colegas, discípulos, rivales, libros y acontecimientos contemporáneos.

RECONOCIMIENTOS PERSONALES

La investigación que constituye la base del presente libro ha sido posible gracias a una subvención del National Institute of Mental Health que me permitió pasar cuatro meses en Austria, Alemania, Suiza y Francia, entrevistando a personas y recogiendo datos de archivo, y que me proporcionó un secretario de investigación durante tres años. La estancia en Inglaterra fue posible gracias a una subvención del British Council, y un segundo verano de estudio en Viena y Zurich, a la Dirección de los Servicios Psiquiátricos de Quebec. Esta última pagó también el sueldo de un secretario para la terminación del libro.

He recibido una ayuda e información preciosas del profesor Werner Leibbrand de Munich, del profesor Erwin Ackerknecht de Zurich, y particularmente de la profesora Erna Lesky de Viena, que me prestó su *Historia de la Facultad de Medicina de Viena* cuando todavía no estaba publicado este trabajo.

El vizconde de Boisdulier me proporcionó amplia información de sus archivos familiares sobre su ilustre antecesor, el marqués dé Puységur. Acerca de Pierre Janet me facilitaron datos de primera mano sus dos hijas, la Srta. Fanny Janet y la Sra. Hélène Pichon-Janet, así como el profesor Jean Delay y el Sr. Ignace Meyerson. La Sra. Käthe Breuer me comunicó interesantes datos sobre su padre político, el Dr. Josef Breuer, y me dio permiso para utilizar cartas y otros documentos no publicados, entre ellos los de la Fundación Breuer.

El Sr. Ernest Freud me mostró amablemente la oficina y la biblioteca de su padre, reconstruida en su casa de Maresfield Gardens, en Londres, y me proporcionó información sobre diversos puntos. El Dr. K. R. Eissler, director del Archivo Freud, dio al autor consejos muy valiosos y le prestó amablemente el manuscrito de su estudio no publicado sobre la personalidad de Freud. Me facilitaron recuerdos de primera mano acerca de Freud y de la historia primitiva del movimiento psicoanalítico el difunto

reverendo Oskar Pfister y el Dr. Alphonse Maeder, ambos de Zurich. La total discrepancia entre la versión comúnmente aceptada de ciertos acontecimientos y la dada por estos dos antiguos residentes fue uno de los incentivos que me llevó a adoptar una actitud más crítica en mis investigaciones. En mis indagaciones acerca de Freud me ayudó de forma muy generosa la Sra. Renée Gicklhorn, de Viena, quien me prestó el manuscrito de su libro no publicado sobre el denominado juicio Wagner-Jauregg, así como fotocopias de varios preciosos documentos.

Las memorias sobre Alfred Adler fueron proporcionadas por la Dra. Alexandra Adler y por sus parientes de Austria, Alemania y Estados Unidos. El Dr. Hans Beckh-Widmanstetter introdujo al autor en el laberinto de los archivos vieneses, le ayudó en todo lo posible, prosiguió después las investigaciones por su cuenta, y le permitió utilizar su estudio no publicado sobre la infancia y la juventud de Alfred Adler. Otra información fue proporcionada por el profesor Viktor Frankl, el reverendo Ernst Jahn, de Berlín-Steglitz, y el profesor Ansbacher y su esposa, de Burlington, Vermont.

Había tratado personalmente con el difunto C. G. Jung y le entrevisté sobre todos los puntos que encontraba oscuros en sus enseñanzas; escribí entonces el borrador de una descripción de sus teorías, tras leer el cual me lo devolvió con anotaciones a lápiz. Quiero dar las gracias también a los Sres. Franz Jung, al Dr. von Sury, al Dr. C. A. Meier, a la Srta. Aniéla Jaffé y a todos los que me permitieron la lectura de las obras no publicadas y los seminarios de Jung.

Me facilitaron información sobre diversos puntos importantes el Dr. Charles Baudouin, el Dr. Ludwig Binswanger, el Dr. Oscar Diethelm, el Dr. Henri Flournoy, el Dr. Eugène Minkowski, el Dr. Jacob Moreno, el Dr. Gustav Morf, la Sra. Olga Rorschach, el Dr. Leopold Szondi y otros muchos.

Quiero agradecer la ayuda colectiva de los bibliotecarios de la Biblioteca Pública de Nueva York, la Biblioteca del Congreso de Washington, la National Library of Medicine de Bethesda, Maryland; la Bibliothèque Nationale de París, la Biblioteca del Museo Británico de Londres, la Biblioteca Nacional Suiza de Berna, las Bibliotecas Universitarias de Estrasburgo, Nancy, Basilea, Zurich, Ginebra, Viena y Sofía; la Biblioteca del Goetheanum en Dornach, Suiza; el departamento de archivos de la Neue Zürcher Zeitung, Zurich, y las bibliotecas de la McGill University y de la Universidad de Montreal.

Aunque larga, esta lista todavía está incompleta. Debería incluir al menos a los estudiantes cuyas preguntas y comentarios me incitaron muchas veces a mirar más de cerca ciertos problemas, confirmando así la certeza de la frase del rabí Chanuna en el Talmud: «Mucho he aprendido de mis maestros, más de mis colegas, y más aún de mis alumnos».

I

LOS ANTEPASADOS DE LA PSICOTERAPIA DINÁMICA

Aunque la investigación sistemática del inconsciente y de la dinámica psíquica son bastante recientes, los orígenes de la psicoterapia dinámica se pueden seguir en el tiempo a través de una larga serie de antepasados y precursores. Ciertas enseñanzas médicas o filosóficas del pasado, así como ciertos métodos curativos antiguos, ofrecen un grado sorprendentemente alto de captación de los descubrimientos considerados como más recientes en el campo de la mente humana.

Durante muchos años, los relatos de curas realizadas entre los hombres primitivos por hombres-medicina, hechiceros y personas semejantes despertaron poco la atención de los psiquíatras. Se consideraban como historias curiosas, de interés solamente para los historiadores y antropólogos. Se pensaba que los hombres medicina eran individuos bastante ignorantes y supersticiosos, capaces de curar solamente a los pacientes que de cualquier modo se habrían recuperado espontáneamente, o peligrosos impostores que explotaban la credulidad de sus compañeros.

En la actualidad se adopta una valoración más positiva. El desarrollo de la moderna psicoterapia ha dirigido la atención hacia el misterio del mecanismo de la curación psicológica y nos ha demostrado que muchos de sus detalles todavía nos desconciertan. ¿Por qué ciertos pacientes responden a un tipo determinado de cura mientras que otros no lo hacen? No lo sabemos; por lo tanto, cualquier cosa que pudiera arrojar algo de luz sobre este problema será bienvenida.

La investigación histórica y antropológica ha puesto de manifiesto importantes documentos y revelado pruebas sobre el uso entre los pueblos primitivos de muchos de los métodos utilizados por la moderna psicoterapia, aunque en forma diferente, así como de otras ingeniosas técnicas terapéuticas para las que difícilmente se pueden encontrar paralelos en la actualidad. El estudio del curanderismo primitivo es interesante, por

tanto, no sólo para los antropólogos e historiadores (por ser la raíz de la cual, después de una larga evolución, se desarrolló la psicoterapia) sino que tiene también una gran importancia teórica para el estudio de la psiquiatría como fundamento de una ciencia nueva de psicoterapia comparada.

En este capítulo examinaremos primero el descubrimiento de la psicoterapia primitiva y presentaremos después un estudio sobre las técnicas principales de curación primitiva. Concluiremos con un esquema conciso de la evolución desde el curanderismo primitivo hasta la psicoterapia dinámica actual.

El descubrimiento de la psicoterapia primitiva

Uno de los científicos que primero comprendió la importancia científica de la curación primitiva fue el antropólogo alemán Adolf Bastian (1826-1905)[1]. Durante su época de trabajo en Guyana, Bastian sufrió un día de fuerte dolor de cabeza y fiebre y le pidió al hombre medicina de la localidad que le tratara con su método habitual. Es interesante resumir el relato de esa experiencia:

El hombre medicina invitó a su paciente blanco a ir a su choza poco después de anochecer y a llevar consigo su hamaca y algunas hojas de tabaco, que fueron metidas en un puchero de agua colocado en el suelo. El tratamiento se realizó en presencia de una treintena de nativos que se habían congregado allí. No había ventana ni chimenea; la puerta estaba cerrada y la choza, oscura como boca de lobo. Se ordenó al paciente tenderse sobre su hamaca y permanecer inmóvil, sin levantar las manos o la cabeza; se le advirtió que si tocaba el suelo con los pies su vida podría estar en peligro. Un muchacho nativo que hablaba inglés se tumbó en otra hamaca y tradujo como pudo las palabras del hombre medicina y las de los *kenaimas* (demonios o espíritus). El hombre medicina empezó conjurando a los *kenaimas*. No pasó mucho tiempo sin que éstos manifestaran su presencia mediante toda clase de ruidos, primero bajos y suaves, después más altos y en ocasiones ensordecedores. Cada uno de ellos hablaba con su propia voz, que variaba de acuerdo con la supuesta personalidad del *kenaima*. Se suponía que algunos de ellos volaban por la habitación; el paciente podía oír el crujido de sus alas y sentir una corriente de aire en la cara. Sintió incluso el tacto de uno de ellos y fue lo bastante ágil como para arrancarle algunos fragmentos, que posteriormente comprobó que eran hojas de árboles que el hombre medicina debía haber estado agitando en el aire.

Oyó también cómo los demonios lamían las hojas de tabaco que estaban en el suelo. La ceremonia causó una gran impresión al paciente, que cayó gradualmente en una especie de sueño hipnótico, del que se despertaba ligeramente cuando cedía el ruido, volviendo a caer en una mayor insensibilidad tan pronto como aumentaba. El ritual duró no menos de seis horas y concluyó cuando el hombre medicina puso

[1] Adolf Bastian, «Über psychische Beobachtungen bei Naturvölkern», *Schriften der Gesellschaft für Experimental-Psychologie zu Berlin*, Leipzig, Ernst Günther, II (1890), 6-9.

de repente su mano sobre la cara del paciente. Cuando éste se despertó, sin embargo, el dolor de cabeza no había desaparecido. El hombre medicina, sin embargo, insistió en el pago de sus honorarios, asegurando que le había curado. Como prueba le mostró una oruga que, alegaba, era la «enfermedad» que le había extraído cuando le puso la mano sobre la frente.

Bastian comentó la fantástica proeza de aquel hombre que, durante seis horas completas, había desplegado una intensa actividad y una habilidad incomparable en ventriloquía. Por desgracia, Bastian, que al parecer no captó muchas de las palabras intercambiadas entre el hombre medicina y los *kenaimas*, no habló del significado de la ceremonia o de la personalidad del hombre medicina, y no indagó, al parecer, sobre la eficacia de semejantes tratamientos entre los nativos. Insistió en la necesidad de recoger datos semejantes porque, dijo, la medicina primitiva estaba desapareciendo rápidamente, y aquéllos serían del máximo valor tanto para la medicina como para la etnología.

Por entonces ya se habían publicado, desde luego, una gran cantidad de datos dispersos sobre la medicina primitiva. La ardua tarea de recopilarlos y organizarlos fue emprendida por Bartels, quien se apoyó en una gran cantidad de material [2]. Demostró que parte de los tratamientos usados en la medicina primitiva son racionales —por ejemplo, las drogas, ungüentos, masajes, dieta, etc.— y representan un estadio primitivo en el desarrollo de la medicina moderna, mientras que otros muchos son procedimientos irracionales basados en teorías falsas sobre la enfermedad que no tienen traslado a la medicina científica. Ejemplos de éstos son la búsqueda para reinstaurarla de un alma supuestamente perdida, la extracción de la enfermedad en forma de un cuerpo extraño (obviamente producida por malabarismo), la expulsión de espíritus malignos, etc. La compilación de Bartels, sin embargo, no pasaba de ser un mosaico de hechos aislados recogidos de gentes muy diversas. Desde entonces ha aumentado en gran manera nuestro conocimiento de la medicina primitiva. Ahora estamos en mejor posición para distinguir las características específicas de la misma entre los numerosos pueblos del mundo. En todo caso, no debemos perder de vista que nuestro conocimiento será siempre segmentario. Numerosas poblaciones primitivas desaparecieron antes de que se pudiera llevar a cabo una investigación etnológica seria, y de las que sobrevivieron, muchas sólo han conservado retazos desfigurados de sus antiguas costumbres y ciencia. Con todo, los datos que poseemos nos proporcionan un conocimiento bastante exacto de las características principales de la medicina primitiva, como se puede ver, sobre todo, en los libros de Buschan [3] y Sigerist [4].

---

[2] Max Bartels, *Die Medizin der Naturvölker. Ethnologische Beiträge zur Urgeschichte der Medizin*, Leipzig, Th. Grieben, 1893.

[3] Georg Buschan, *Über Medizinzauber und Heilkunst im Leben der Völker*, Berlín, Oswald Arnold, 1941.

[4] Henry Sigerist, *A History of Medicine*, vol. I, Nueva York, Oxford University Press, 1951.

Forest E. Clements distingue cinco formas principales de tratamiento que se deducen, por «un sencillo razonamiento causal» de otras tantas teorías de la enfermedad. Se resumen en el cuadro 1-1 [5].

CUADRO 1-1

TEORÍA DE LA ENFERMEDAD	TRATAMIENTO
1. Intrusión del objeto-enfermedad.	Extracción del objeto-enfermedad.
2. Pérdida del alma.	Búsqueda, recuperación y restauración del alma perdida.
3. Intrusión de un espíritu.	*a*) Exorcismo. *b*) Extracción mecánica del espíritu extraño. *c*) Transferencia del espíritu extraño a otro ser viviente.
4. Rotura de un tabú.	Confesión, propiciación.
5. Hechizo.	Contramagia.

Estas formas de tratamiento están muy diferenciadas, y es obvio que, basándose en la misma teoría de la enfermedad, se pueden haber desarrollado otros muchos procedimientos. Por ejemplo, dada la teoría de que la enfermedad resulta de la intrusión de un objeto-enfermedad, no hay razón para que el tratamiento tenga que consistir en su extracción por aspiración bucal en lugar de cualquiera de los otros medios posibles. Sin embargo, el estudio de los hechos conocidos muestra que casi siempre la extracción se realiza por este método. Ello nos lleva a la conclusión lógica de que estamos ante una forma específica de tratamiento que debe tener su origen en un lugar determinado, desde el que se extendió al resto del mundo. Como veremos después, podemos incluso tratar de reconstruir el desarrollo de la medicina primitiva desde los primeros tiempos prehistóricos hasta la actualidad.

Cuando las numerosas formas de la terapéutica primitiva fueron mejor conocidas y se pudo disponer de documentos fidedignos, los psiquíatras empezaron a interesarse por ellas. Charcot había mostrado interés por las manifestaciones psicopatológicas de los pueblos primitivos, y quiso compararlas con las de sus pacientes histéricos de París. Uno de sus colaboradores, Meige [6], reunió descripciones de posesiones y exorcismos entre los nativos de Africa Central, y una mujer africana, que había llegado de su tierra natal con graves síntomas histéricos, fue examinada y tratada en la sala que tenía Charcot en la Salpêtrière [7]. En 1932 Oskar Pfister comen-

[5] Forest E. Clements, «Primitive Concepts of Disease», *University of California Publications in American Archeology and Ethnology*, XXXII, núm. 2 (1932), 185-252.

[6] Henri Meige, *Les Possédées noires*, París, Schiller, 1894.

[7] Georges Gilles de la Tourette, *Traité clinique et thérapeutique de l'hystérie*, París, Plon-Nourrit, 1891, pág. 121.

tó el relato de una curación realizada por un hombre medicina navajo y trató de interpretarla en términos psicoanalíticos [8]. Otros estudios similares fueron publicados por analistas seguidores de Freud y de Jung. Entre los antropólogos, Claude Lévi-Strauss ha destacado con energía la identidad básica entre ciertos conceptos antiguos de la medicina primitiva y ciertos conceptos nuevos de la moderna psiquiatría dinámica [9].

Pérdida y recuperación del alma

Según un antiguo concepto, la enfermedad aparece cuando el alma —de forma espontánea o accidental— abandona el cuerpo o es robada por fantasmas o hechiceros. El curador busca el alma perdida, la recupera y la reinstaura en el cuerpo al que pertenece.

Dicha teoría está muy extendida, pero no es universal. Prevalece sobre todo entre algunos de los pueblos más primitivos del planeta, como los negritos de la península malaya, los pigmeos de las Filipinas, los australianos y, en general, los pueblos que pertenecen a lo que Graebner y Schmidt denominaron *Urkulturkreis*. No obstante, se encuentra también en poblaciones de culturas más avanzadas, sobre todo en ciertas zonas de Siberia, donde es la teoría principal sobre la enfermedad, noroeste de África, Indonesia, Nueva Guinea y Melanesia. En todo caso, incluso en una zona dada hay numerosas variedades locales en cuanto a los conceptos relativos a la naturaleza del alma, las causas y agentes de su pérdida, el destino de este alma perdida, y la posibilidad de cura [10].

Esta teoría de la enfermedad está relacionada con un concepto específico del alma que fue objeto de los primeros estudios de Tylor [11]. Durante el sueño o el desmayo, el «alma» parece separarse por sí misma del cuerpo. En los sueños y visiones, el durmiente ve formas humanas que difieren de las de su experiencia consciente. Estas dos nociones se combinan en la teoría de que el hombre lleva dentro de sí una especie de duplicado, un alma fantasma cuya presencia en el cuerpo es un requisito previo para la vida normal, pero que puede abandonarlo temporalmente y vagar por ahí, especialmente durante el sueño. En palabras de Frazer, «el alma de un durmiente se supone que vaga lejos de su cuerpo y visita los lugares, ve las personas y realiza los actos del que sueña». En estos viajes puede

[8] Oskar Pfister. «Instinktive Psychoanalyse unter den Navaho-Indianern», *Imago*, XVIII, núm. 1 (1932), 81-109.

[9] Claude Lévi-Strauss, «Sorciers et psychanalyse», *Courrier de l'Unesco*, IX (julio-agosto 1956), 8-10.

[10] William W. Elmendorf, «Soul Loss Illness in Western North America», *Selected Papers of the XXIXth International Congress of Americanists*, Chicago, University of Chicago Press, III (1952), 104-114.

[11] Edward B. Tylor, *Primitive Culture*, Londres, John Murray, 1871.

tropezarse con accidentes y peligros de todo tipo, que han sido descritos por Frazer en su libro ya clásico *Taboo and the Perils of the Soul* (El tabú y los peligros del alma) [12]. El alma, por ejemplo, puede extraviarse, o ser lesionada o separada del cuerpo, si se despierta repentinamente al durmiente mientras aquélla está lejos. Durante sus viajes puede ser capturada o retenida por espíritus malignos, y también abandonar el cuerpo en estado de vigilia, especialmente después de un susto repentino. Por último, puede ser extraída violentamente del cuerpo por fantasmas, demonios o hechiceros.

Lógicamente, el tratamiento de la enfermedad consistirá en hallar, recuperar y reponer el alma perdida. No obstante, las técnicas, al igual que la teoría de la enfermedad, varían ampliamente. Algunas veces ese alma perdida permanece en el mundo físico, bien sea lejos o cerca del paciente; en otras ocasiones viaja por el mundo de los muertos o los espíritus. Este último concepto domina en Siberia, donde solamente el hechicero puede realizar la curación, pues es un hombre que, durante su larga iniciación, ha sido introducido en el mundo de los espíritus y es capaz, por tanto, de actuar como mediador entre éste y el mundo de los seres vivientes. Los etnólogos rusos han reunido muchos relatos destacables sobre hechicería. Uno de ellos, Ksenofontov, dice:

> Cuando un ser humano ha «perdido su alma», el hechicero cae en éxtasis mediante una técnica especial; mientras permanece en ese estado, su alma viaja por el mundo de los espíritus. Así, el hechicero trata, por ejemplo, de descubrir el alma perdida en el mundo subterráneo del mismo modo que el cazador busca a la pieza en el mundo físico. Muchas veces realiza tratos con los espíritus que han robado el alma, los propicia y les lleva regalos. Algunas veces tiene que luchar contra ellos, a ser posible con la ayuda de otros espíritus que se ponen a su favor. Aunque tenga éxito, debe precaverse contra la venganza de los espíritus malignos. Una vez que ha recapturado el alma perdida, la trae consigo y la reinstaura en el cuerpo despojado, obteniendo así la curación [13].

En otras partes del mundo, el curador no necesita ir tan lejos, ni tampoco entrar en éxtasis. La técnica puede basarse simplemente en la realización de conjuros y otras operaciones mágicas. Tal es el caso de los indios quechuas del Perú. Estamos en deuda con el Dr. Federico Sal y Rosas por el estudio detallado que hizo sobre la enfermedad de la pérdida del alma en esa población [14]. Desde 1935 hasta 1957, Sal y Rosas observó

---

[12] J. G. Frazer, *The Golden Bough*, vol. II; *Taboo and the Perils of the Soul*, 3.ª ed., Londres, Macmillan, 1911.

[13] G. V. Ksenofontov, en *Schamanen-Geschichten aus Sibirien*, traducido al alemán y editado por Adolf Friedrich y Georg Buddrus, Munich, O. W. Barth, 1955. (Extracto resumido.)

[14] Federico Sal y Rosas, «El mito del Jani o Susto de la medicina indígena del Perú», *Revista Psiquiátrica Peruana*, I, núm. 2 (1957), 103-132.

176 casos de *susto* en Huaráz y las provincias vecinas. La palabra quechua *jani* designa tanto la enfermedad como el alma y el método curativo. Sal y Rosas subravó que el *susto* no es una mera superstición, sino una circunstancia médica que se puede enfocar tanto desde el punto de vista científico como antropológico. He aquí un resumen de su relato:

Los quechuas creen que el alma (o quizás parte de ella) puede abandonar el cuerpo, bien de forma espontánea o bien forzada. La enfermedad del *susto* puede ocurrir de dos formas: bien a través del miedo producido, por ejemplo, por el trueno, la visión de un toro, una serpiente, etc., bien debido a influencias malévolas y no consecutivas a ningún susto (este último se denomina «*susto* sin *susto*»). Entre las fuerzas malévolas capaces de producir la separación del alma, la influencia de la tierra es considerada como suprema. Los quechuas sienten un gran temor por ciertos pozos y cuevas, y sobre todo por las viejas ruinas incas. Tanto si el *susto* aparece después de un susto como si no, el poder propiciatorio es la tierra.

¿Cómo puede denominarse *susto* a la enfermedad cuando no va precedida por dicho susto? Puede ser diagnosticada como tal cuando el individuo pierde peso y energía y se irrita con facilidad, tiene alteraciones del sueño y pesadillas, y sobre todo cuando cae en un estado de depresión física y mental denominada *michko*. La situación es entonces aclarada por una *curandera*. Esta mujer frota el cuerpo del paciente desde la cabeza hasta los pies con un conejito de Indias vivo, de tal manera que el animal muere al término de la operación. Entonces lo despelleja y lee su oráculo en la sangre del animal, que ha recogido en un cacharro con agua, y en las lesiones que descubre en los propios órganos del animal.

La ceremonia de la curación comienza con una operación denominada *shokma*, también realizada por la *curandera*, que recita ciertas invocaciones mientras frota al paciente de la cabeza a los pies con una mezcla de flores y hojas y la harina de diversos tipos de granos. Esta mezcla se recoge luego y se entrega a un varón, un *curioso*, que realizará las partes esenciales del rito.

El *curioso* llega a medianoche a la casa del paciente, envuelve la mezcla en una pieza de los vestidos de éste y le prepara para recibir al espíritu ausente. Luego abandona al paciente, que permanece sólo en la habitación oscurecida y con la puerta abierta; se aleja, usando la mezcla para trazar una línea blanca en la tierra que permita al alma encontrar el camino de regreso, y se dirige hacia el lugar donde el paciente experimentó el susto inicial o bien hacia un lugar temido, como puede ser una vieja tumba o las ruinas de una fortaleza inca. Aquí hace con la mezcla una cruz en el suelo, se coloca en su centro y ofrece los restos de la mezcla como sacrificio propiciatorio a la tierra. Después llama solemnemente al alma perdida, llamada que repite cinco veces. Al término de la quinta invocación debe percibir un ruido especial que indica la presencia del alma perdida antes de volver a la casa del paciente, siguiendo cuidadosamente la línea blanca. El enfermo debe estar dormido; el *curioso* levanta con cuidado la manta que le cubre los pies, siendo éste el lugar por donde se supone que el alma vuelve a penetrar en el cuerpo, acompañada de un crujido especial audible para el *curioso*. En este momento, el paciente sueña que su alma regresa al cuerpo en forma de animal doméstico. El *curioso* abandona entonces la casa, bien por otra puerta o bien caminando de espaldas. La familia del paciente no puede regresar hasta la mañana siguiente, y en la mayoría de los casos, cuando vuelve le encuentra curado. Si no ocurre así, se achaca el fallo a que el paciente no estaba dormido cuando debiera haberlo estado, o a algún otro defecto de procedimiento, y se repite la operación en otro momento.

Sal y Rosas recogió estadísticas de 176 pacientes, la mayoría niños o adolescentes, aquejados de *susto*, que fueron sometidos a un examen médico. Se halló que pertenecían a dos grupos distintos: el primero constaba de 64 pacientes emocionalmente alterados que padecían ansiedad, depresión, síntomas histéricos y similares. El segundo incluía a los 112 restantes, aquejados de enfermedades físicas como tuberculosis, malaria, colitis posdisentérica, malnutrición, anemia, etc., todas ellas complicadas con alteraciones emocionales.

Es de destacar la frecuencia de éxitos de este procedimiento curativo. Con honradez digna de encomio, Sal y Rosas escribe: «He observado personalmente cómo muchos casos de *susto* típicos e incluso atípicos mejoraban súbitamente e incluso se recuperaban por completo después de una o dos sesiones de *jani*... Tal éxito obtenido por un modesto *curioso* rural o por una campesina con su psicoterapia primitiva y salvaje contrasta con el fracaso de los médicos graduados —entre ellos el autor de este artículo— en la curación del *susto*».

Entre todas las teorías primitivas de la enfermedad, quizá ninguna nos resulte tan extraña como la de la pérdida del alma. Nada más lejos de nuestros principios terapéuticos que tratar de recuperar el alma perdida de un paciente. Y sin embargo, si ignoramos el elemento cultural y nos fijamos en la raíz de los hechos, podemos encontrar un fondo común entre esos conceptos primitivos y los nuestros. ¿Acaso no decimos nosotros que nuestros pacientes mentales están «alienados», «alejados» de sí mismos, que su ego está empobrecido o destruido? ¿No podría considerarse al terapeuta que da psicoterapia a un esquizofrénico gravemente deteriorado, tratando de establecer un contacto con las partes no dañadas de su personalidad y de reconstruir su ego, como el sucesor moderno de los hechiceros que salían a buscar el rastro de un alma perdida, la encontraban en el mundo de los espíritus, luchaban contra los demonios malignos que la poseían, y la devolvían al mundo de los vivos?

Intrusión y extracción del objeto-enfermedad

Esta teoría mantiene que la enfermedad se debe a la presencia en el cuerpo de una sustancia extraña y dañina, como un trozo de hueso, un guijarro, una astilla de madera o un animalito. Ciertos pueblos creen que la enfermedad no es producida por el objeto en sí, sino por una esencia dañina especial contenida en el mismo. En ocasiones se cree que el objeto-enfermedad ha sido introducido en el cuerpo por un brujo.

Es una teoría muy extendida en América (excepto entre los esquimales del este) y corriente en el este de Siberia, sudeste de Asia, Australia, Nueva Zelanda y otras partes del mundo. También ha dejado muchas huellas en la medicina y el folklore populares europeos. Es característica su conexión con un tipo particular de tratamiento: el hombre medicina

usa la boca para extraer el objeto-enfermedad. Otros métodos, como el masaje, son mucho menos frecuentes.

Es obvio que el objeto-enfermedad aparentemente extraído por el hombre medicina lo es mediante un truco, lo que explica por qué algunos europeos que observaron estos procedimientos curativos tacharon a los hombres medicina de farsantes y charlatanes. Y sin embargo, no cabe duda de que estas curas tienen éxito muchas veces. Se ha señalado asimismo que en ciertos pueblos el objeto-enfermedad es de tal naturaleza que el paciente difícilmente puede creer que le ha sido extraído de su propio cuerpo. Nos encontramos aquí con una situación que aparece con frecuencia en antropología. Para comprender el significado de una costumbre o creencia, debemos considerarla dentro de la estructura sociológica de la comunidad. Del mismo modo, no podremos entender este tipo de terapéutica sin conocer las actitudes de los nativos y sus creencias en relación con la enfermedad, el hombre medicina y el tratamiento.

Para aclarar este punto, resumiremos someramente el documento publicado por Franz Boas en 1930. Es un fragmento autobiográfico, que le fue relatado por un chamán kwakiutl y que se publicó en su lengua original, junto con su traducción inglesa [15]. Lévi-Strauss ha llamado la atención acerca del gran interés de este documento desde el punto de vista de la psicoterapia comparada [16]. Lo que sigue es un resumen de la descripción que hace Boas de las aventuras de Oaselid, un chamán kwakiutl perteneciente a una tribu india de la costa del Pacífico norte de la Columbia Británica:

El narrador, Giving-Potlatches-to-the-World, relata sus dudas acerca del poder de los chamanes y cómo, para encontrar la verdad, trata de ser admitido en uno de sus grupos. Gracias a su amistad con dos de ellos se las arregla para observar una realización terapéutica y se fija detalladamente en sus técnicas curativas. La ceremonia está dirigida por el chamán, Making-Alive (Hacedor de Vida), asistido por otros cuatro chamanes y varios cantores, en presencia de diversos hombres, mujeres y niños en la casa del paciente. Después de diversos ritos, Making-Alive palpa el pecho del paciente y se humedece la boca; luego chupa el lugar donde ha localizado la enfermedad. Transcurrido un rato, saca de la boca algo que parece un gusano sanguinolento, declarando que ha extraído la «enfermedad», tras lo cual comienza a cantar su canto sagrado. Al final de la ceremonia, Making-Alive se oprime el estómago, vomita sangre y recoge en ella un trozo de cuarzo brillante que arroja al aire declarando que lo ha introducido en el estómago de Giving-Potlatches-to-the-World. Es la vocación. El narrador es luego invitado a convertirse en chamán; tiene la oportunidad de aceptar o rehusar. Decide aceptar y poco después recibe, en una reunión secreta del grupo, su primera lección de hechicería.

---

15 Franz Boas, «The Religion of the Kwakiutl Indians», II parte, traducciones, *Columbia University Contributions to Anthropology*, X, Nueva York, New York University Press, 1930, págs. 1-41.

16 Claude Lévi-Strauss, «Le Sorcier et sa Magie», *Les Temps modernes*, IV, núm. 41 (1949), 121-138.

Los cuatro años de aprendizaje de esa escuela incluían la memorización de una serie de cantos mágicos pertenecientes a diversos tipos de enfermedades, la técnica de «palpar» la enfermedad (esto es, la palpación del cuerpo, incluidas algunas técnicas obstétricas), ejercicios prácticos de simulación de desmayos, temblores, convulsiones, vómitos de sangre, y las técnicas terapeúticas. Nuestro alumno aprende cómo los chamanes, antes de la ceremonia curativa, se colocan varios plumones de águila en una comisura de la boca y los mezclan con sangre obtenida mediante mordedura de la lengua o frotamiento de las encías; despues de numerosos cantos y gestos mágicos, el chamán, con más o menos esfuerzo, extrae la «enfermedad» del cuerpo del paciente y se la muestra a éste y a su familia en forma de un gusano sanguinolento. Nuestro alumno también aprende cómo debe pretender pasar la noche entre las tumbas y cómo el chamán utiliza «visionarios», esto es, espías que de forma oculta consiguen información de los pacientes acerca de sus enfermedades e informan de ello en secreto a los brujos.

El narrador realiza su primera cura en un hombre joven, Food-Owner (Dueño de Comida), nieto de un jefe. El paciente había soñado que le curaba el nuevo candidato a chaman; esto es suficiente indicación, y se le requiere para que le cure. Es un gran éxito para el candidato, al que se le da el nombre de Qaselid y que adquiere la reputación de un gran chamán. El paciente se curó «porque creía a pies juntillas lo que había soñado acerca de mí», asegura el narrador; pero parece que en este punto empieza a creerse realmente un gran chamán.

Durante una visita a la cercana tribu de los koskimo, Qaselid es invitado como espectador a una ceremonia terapéutica realizada para la hija de un jefe, Woman-Made-to-Invite (Mujer Hecha Para Invitar). Qaselid observa que los chamanes koskimo utilizan una técnica diferente; en lugar de extraer la enfermedad en forma de gusano sanguinolento, muestran simplemente un poco de saliva, pretendiendo que es la «enfermedad». Por lo tanto, son peores charlatanes que los chamanes kwakiutl, que por lo menos producen algo tangible. En este momento, la historia toma un giro inesperado: los chamanes koskimo no consiguen curar a Woman-Made-to-Invite. Qaselid solicita y obtiene permiso para probar su método, extrae y muestra la pretendida «enfermedad» (el gusano sanguinolento), y la paciente se declara curada. Los chamanes koskimo quedan avergonzados, y el propio Qaselid probablemente algo sorprendido de ver que aunque los dos métodos, el de los kwakiutl y el de los koskimo, son engaños, ¡uno de ellos cura indudablemente mejor que el otro!

Los chamanes koskimo invitan a Qaselid a una conferencia secreta con ellos que tiene lugar en una cueva al pie de una colina, entre los árboles del bosque. Uno de ellos, Great-Dance (Gran Danza), le felicita amablemente y le explica su teoría sobre la enfermedad y el tratamiento. La enfermedad, dice, es un hombre; cuando se captura su alma, la enfermedad muere y el paciente se cura; por tanto, no tienen nada que enseñar a la gente. Luego urgen a Qaselid para que, explique, a su vez, cómo llega la enfermedad a sus manos. Pero éste rehusa hablar, diciendo que todavía es un novicio y que no le está permitido hacerlo hasta haber completado su aprendizaje de cuatro años. Los koskimo no consiguen hacerle hablar, a pesar de que incluso le envían a sus hijas con la esperanza de seducirle.

De regreso a su poblado, Qaselid es retado por un viejo chamán muy reputado a una competición que consiste en curar a varios pacientes. Qaselid observa que el viejo utiliza otra clase de truco, fingiendo que incorpora la enfermedad extraída a su tocado o a su matraca, que tiene la forma de un pájaro tallado. Entonces, en virtud de la fuerza de la enfermedad, estos objetos, durante un rato, flotan en el aire. Entre los pacientes está una mujer que declara que el chamán viejo ha tratado siempre de curarla sin éxito. Qaselid ensaya el método del gusano sanguinolento, y

la mujer grita que está curada. En desafío al viejo, Qaselid canta su canto sagrado y distribuye doscientos dólares entre los espectadores para que se acuerden de su nombre.

El viejo chamán está enfermo y envía a su hija para que solicite una entrevista con Qaselid. «Te ruego que trates de salvar mi vida —le dice— para que no muera de verguenza, porque soy el hazmerreír de nuestra gente, que recuerda lo que hiciste la última noche». Insiste en que le explique su método. Qaselid solicita una demostración de los trucos del viejo, a lo que éste accede, pero aquél se niega a hablar a su vez, a pesar de las súplicas del viejo y de su hija. A la mañana siguiente, el viejo chamán y su hija han desaparecido, y se dice que él se volvió «loco» poco después.

Qaselid prosigue el estudio de los trucos de otros chamanes mientras aumenta sus éxitos terapéuticos con el método del gusano sanguinolento. Al término de la narración está claro que encuentra cada vez más difícil reconocer a los chamanes «reales» de los farsantes. Sólo está seguro de que uno de ellos es un chamán «real» porque no acepta pago de sus pacientes y nunca se le ha visto reír; todos los otros «pretenden ser chamanes». Por otra parte, Qaselid describe sus propios éxitos sin recordar, al parecer, que comenzó su carrera con el propósito de desenmascarar los trucos que ahora aplica él mismo con tanto éxito.

Dejando aparte el posible componente mitómano del narrador, la historia de ese hombre que se convirtió en curandero a pesar de sí mismo nos puede ayudar a entender mejor el proceso de semejante tratamiento. Es obvio que la acción de extraer el objeto-enfermedad no es sino una parte de una complicada ceremonia que incluye otros ritos tales como cánticos y gestos mágicos, y que requiere la colaboración de ayudantes (los batidores de tambor). La sesión terapéutica está cuidadosamente preparada y bien estructurada. Tiene lugar en presencia de hombres, mujeres y niños y culmina en un efecto dramático, cuando el brujo muestra el objeto-enfermedad al paciente, a su familia y al auditorio.

Pero esta ceremonia, a su vez, sólo es eficaz dentro de un marco psicológico y sociológico que incluye: 1) La fe del curandero en sus propias habilidades, aun sabiendo que parte de la técnica depende de algún tipo de charlatanería. 2) La fe del paciente en las habilidades del curandero, como se demostró en el caso del primer paciente de Qaselid. (El éxito y la reputación de un curandero refuerzan, desde luego, la fe del público en su capacidad). 3) La enfermedad, el método curativo y el curandero deben ser reconocidos por el grupo social. El chamán es un miembro de una organización que tiene su aprendizaje, sus escuelas, sus reglas estrictas, sus lugares de reunión, sus agentes secretos, así como sus rivalidades con otras organizaciones similares.

Para nosotros, la idea de tratar las enfermedades extrayendo y demostrando un objeto-enfermedad es tan inconcebible como la de capturar un alma perdida. ¿No es, sin embargo —incluso para un paciente civilizado— un momento impresionante aquel en que se le muestra el objeto de su enfermedad, en que un cirujano le muestra, por ejemplo, el tumor

que le ha extraído; un dentista, el diente dañado; o un médico general, la tenía expulsada?

El psiquíatra no puede mostrarle a su paciente unos objetos tan concretos; pero si pensamos en el significado de la «neurosis de transferencia», podemos encontrar alguna semejanza con el proceso de materialización de la enfermedad. La neurosis es sustituida por una «neurosis de transferencia», cuya naturaleza y origen se demuestra al paciente, con lo que se obtiene su curación.

Posesión y exorcismo

De acuerdo con esta teoría, el trastorno se debe a espíritus malignos que han penetrado en el cuerpo del paciente y «tomado posesión» de él. La posesión, sin embargo, es un concepto más amplio que la enfermedad, ya que existen también numerosos casos de posesión artificial o ceremonial.

Como forma de enfermedad, la posesión está extendida, aunque no es universal. Parece ser desconocida entre los negritos de la península malaya, los pigmeos de Filipinas, los australianos y otros pueblos. No es muy común en el continente americano. Su centro de difusión parece haber estado en el oeste de Asia.

Como teoría de la enfermedad, al menos se le pueden aplicar —y de hecho se le han aplicado— tres métodos. El primero consiste en tratar de expulsar al espíritu por medios mecánicos, haciendo sangrar, golpeando o azotando al paciente, o provocando ruidos y olores. El segundo consiste en transferir el espíritu al cuerpo de otro ser, generalmente un animal (método que se puede relacionar con el exorcismo). El tercero —y con mucho el más frecuentemente aplicado— es el *exorcismo*, esto es, la expulsión del espíritu mediante conjuros u otros medios psíquicos. El exorcismo ha sido uno de los principales procedimientos curativos en la zona mediterránea y todavía se utiliza en diversos países; para nosotros tiene un interés particular, porque es una de las raíces a partir de las que, históricamente hablando, ha evolucionado la moderna psicoterapia dinámica.

La posesión y el exorcismo han sido objeto de estudios muy extensos, entre los que podemos citar el libro clásico de Oesterreich, que contiene abundante material cuidadosamente analizado [17]. El autor subraya que la

[17] Traugott Konstantin Oesterreich, *Die Besessenheit*, Langenzalza, Wendt & Klauwell, 1921. (Traducción inglesa, *Possession, Demoniacal and Other Among Primitive Races, in Antiquity, the Middle Ages, and Modern Times*, Nueva York, Richard R. Smith, 1930.)

posesión, a pesar de su infinita variedad de aspectos, presenta universalmente las mismas características básicas.

Un individuo parece perder de repente su identidad, convirtiéndose en otra persona. Su fisonomía cambia y muestra una gran semejanza con el individuo de quien se supone que es encarnación. Con la voz modificada, pronuncia palabras que corresponden a la personalidad de éste. No es raro que realice movimientos de extraordinaria amplitud y fuerza. La posesión aparece ordinariamente en accesos de frecuencia, duración e intensidad variables.

Existen dos tipos distintos de posesión, la sonámbula y la lúcida. El individuo en posesión sonámbula pierde repentinamente la conciencia de sí mismo y habla con el «yo» del supuesto intruso; una vez recuperada la conciencia, no recuerda nada de lo que «el otro» ha dicho o hecho. En los casos de posesión lúcida, el individuo permanece constantemente consciente de sí mismo, pero siente «un espíritu dentro de su propio espíritu» y lucha contra él, aunque no puede impedirle que hable en ocasiones. En ambas formas, la posesión se experimenta como un tipo de parasitismo intrapsíquico: al igual que una tenia puede vivir en el cuerpo, así vive un espíritu parásito en el alma. La teología católica reservó, de forma incidental, la palabra *posesión* para la forma sonámbula y denominó *obsesión* a la forma lúcida, palabra esta última adoptada por la psiquiatría, aunque con otro significado.

Otra distinción importante es la que existe entre la posesión espontánea y la artificial. La primera ocurre sin o contra la voluntad del sujeto; es una situación mental específica de la que el paciente busca liberarse con la ayuda del exorcista. La posesión artificial no es una enfermedad; es una técnica mental practicada de forma voluntaria por ciertos individuos para obtener objetivos específicos. Las pitonisas de Delfos en la antigua Grecia, los chamanes siberianos de la actualidad y los espiritistas de nuestra civilización occidental cultivan todos ellos unos tipos artificiales de posesión en que el ataque comienza a voluntad y termina de forma espontánea.

Una tercera distinción básica es la que existe entre la posesión manifiesta y la latente. La posesión, sea sonámbula o lúcida, se manifiesta cuando el espíritu poseedor habla espontáneamente a través de la boca de la persona poseída. Es latente cuando el paciente no es consciente de ella; puede sufrir una enfermedad mental, o alteraciones neuróticas o físicas durante meses y años, sin sospechar nunca que sus problemas derivan de un espíritu maligno. El primer trabajo del exorcista es hacer que se manifieste la posesión, para lo cual impulsa al espíritu maligno a hablar; sólo entonces se puede realizar el exorcismo. La curación se suele obtener más fácilmente que en los casos de posesión manifiesta. El procedimiento utilizado para impulsar al espíritu maligno a manifestarse se podría com-

parar con lo que denominamos neurosis de transferencia, aunque sea más dramático y de menor duración: su efecto es producir una reacción y curación de las alteraciones neuróticas previas

El exorcismo es la contrapartida exacta de la posesión y un tipo bien estructurado de psicoterapia. Sus características básicas son las siguientes: el exorcista no habla ordinariamente en su propio nombre, sino en el de un ser superior. Debe tener una confianza absoluta en este ser y en sus propios poderes, así como en la realidad de la posesión y del espíritu posesor. Se dirige al intruso en un estilo solemne y en nombre del ser superior al que representa. Proporciona aliento al poseído y lo defiende de las amenazas y admoniciones del intruso. La preparación para este trabajo es larga y difícil, y muchas veces forman parte de ella plegarias y ayunos. El exorcismo debe realizarse, siempre que sea posible, en un lugar sagrado, en un ambiente preparado y en presencia de testigos, evitando al mismo tiempo la aglomeración de curiosos. El exorcista debe inducir al intruso a hablar, y después de prolijas discusiones, a veces tiene lugar un acuerdo. Se entabla así una lucha entre el exorcista y el espíritu intruso, muchas veces larga, difícil y desesperada, que puede prolongarse días, semanas, meses e incluso años antes de conseguir una victoria completa. No es raro que el exorcista resulte derrotado; más aún, corre el peligro de infectarse él mismo con el propio espíritu que acaba de expulsar del paciente.

Aunque las características básicas de la posesión y el exorcismo son constantes, existe una variedad infinita de matices entre un país y otro y entre las distintas épocas.

En Japón tomaba muchas veces el aspecto de *posesión por un animal,* principalmente el zorro, que desempeña un papel importante en la superstición y el folklore japoneses. He aquí un corto relato de un caso de kitsunet-tsuki (posesión por el zorro), descrito por el médico alemán Von Baelz.

Una muchacha terca e irascible de diecisiete años se recuperaba de una fiebre tifoidea grave. Las mujeres de la familia estaban alrededor de su cama, sentadas o más bien arrodilladas, según la costumbre japonesa. Alguien mencionó que se había visto a un zorro deslizarse dentro de la casa en la oscuridad; tal hecho tenía un significado ominoso. Al oírlo la paciente, sintió un estallido dentro de sí y quedó poseída. El zorro había penetrado en ella y hablaba varias veces al día desde su interior; pronto empezó a comportarse como su dueño, regañando y tiranizando a la pobre joven.

Transcurridas algunas semanas fue llamado un reputado exorcista de la secta nichiren, que pronunció sus conjuros sin éxito. El zorro declaró sarcásticamente que era demasiado inteligente para dejarse capturar con un truco semejante. Sin embargo, estaba dispuesto a abandonar el cuerpo hambriento y famélico voluntariamente, siempre que alguien le diera una buena comida. ¿Cómo lograrlo? Cierto día, a las cuatro en punto, alguien tenía que ir a un Templo del Zorro, distante unos 12 kilómetros, llevando dos recipientes de arroz preparados de cierta manera, pastel

de habas asado, muchos ratones asados y verduras crudas, es decir, todos los platos favoritos de los zorros sobrenaturales. El zorro abandonaría a la paciente en ese momento. Y así sucedió. Exactamente a las cuatro en punto, en el instante en que los platos se colocaban en el templo remoto, la joven respiró profundamente y dijo: «Se ha ido». La posesión estaba curada [18].

Se trata de un caso de posesión espontánea, lúcida y manifiesta por un espíritu animal. Para comprenderlo, debemos considerar el entorno cultural y social de la paciente. La superstición japonesa tradicional sostiene que el zorro está dotado de poderes sobrenaturales; se ha dicho que es capaz de adoptar cualquier forma a voluntad, para servir a los que le protegen y para poseer a los que se le enfrentan. Según Kiyoshi Nozaki, el kitsune-tsuki está en la actualidad limitado a ciertas regiones y a las mujeres de las clases más bajas, generalmente personas nerviosas e hipersensibles que crecieron en un ambiente supersticioso y fueron testigos oculares de casos semejantes [19]. Esta enfermedad específica responde a un tipo especial de curador. Los sacerdotes de la secta nichiren estaban considerados como los mejores exorcistas (debido quizá a que creían sinceramente en el zorro y en sus poderes). Como en otros muchos casos de exorcismo, también aquí el convenio es inherente al procedimiento de expulsión del espíritu poseedor: el zorro acepta retirarse, pero no sin obtener alguna compensación.

La posesión por el espíritu de un antepasado existe en Madagascar en una forma ceremonial, el culto tromba [20]. Los espíritus de los reyes o guerreros antiguos son evocados en una ceremonia ritual y se encarnan de forma temporal en ciertas personas que desempeñan el papel de médiums para estas ceremonias. Los «espíritus» hablan entonces al pueblo. Pero puede suceder que algunos espectadores caigan espontáneamente en posesión, comienzo acaso de una psicosis colectiva. La posesión espontánea existe también en Madagascar en otra forma, el *bilo*, cuya técnica especial de tratamiento mencionaremos después.

El tromba se puede comparar con el culto haitiano del vudú, en el que los espíritus poseedores, o *loa*, se cree que son en muchas ocasiones los de héroes antiguos o dioses del vudú. Pero también aquí la posesión ritual es en ocasiones el punto de partida para la posesión espontánea de carácter morboso.

La posesión por un dios es un rasgo característico de ciertas religiones. Hace años, Von Baelz describió la peregrinación a Minobu, el prin-

---

18 Ludwig von Baelz, «Über Besessenheit», *Verhandlungen der deutschen Gesellschaft Naturforscher und Ärzte*, núm. 79 (1906).

19 Kiyoshi Nozaki, *Kitsuné, Japan's Fox of Mystery, Romance and Humor*, Tokio, The Hokuseido Press, 1961, págs. 211-227.

20 Henri Rusillon, *Un petit continent: Madagascar*, París, Société des Missions Evangéliques, 1933.

cipal templo de la secta nichiren, donde los peregrinos permanecieron durante horas rezando ante las gigantescas estatuas de dioses de aspecto feroz, repitiendo sin cesar las mismas invocaciones y oscilando los cuerpos adelante y atrás, hasta que algunos de ellos observaron repentinamente cómo los ojos de la estatua tomaban vida y los miraban. En ese momento sintieron cómo penetraba en sus cuerpos una serpiente o un tigre, cayeron en ataques convulsivos y quedaron por tanto dispuestos para el exorcismo. Son ejemplos de posesión artificial, voluntaria; pero también aquí los espectadores sugestionables podían ser víctimas de una posesión involuntaria, espontánea. Otros extraños relatos de posesión por dioses japoneses han sido recogidos por Percival Lowell, que describió esta posesión ritual como un medio de mantener una relación viva con los míticos protectores de la nación [21].

Bastante distinta es la posesión por espíritus malignos, temida manifestación capaz de arrojar un velo de oprobio sobre el individuo poseído. La posesión demoníaca ha sido frecuente durante muchos siglos en Oriente Medio y en Europa, y es característico que sus síntomas y los ritos del exorcismo sean muy parecidos entre los judíos, los cristianos y los mahometanos. En Etiopía y Egipto existe una forma más diferenciada, la de *zar* o posesión por los *djinns*, que analizaremos más adelante.

En Oriente Medio y en Europa las manifestaciones clínicas de la posesión demoníaca pueden ser triples: la primera es la enfermedad mental grave, por lo general esquizofrenia, modelada, por la presión de la creencia y la tradición, en forma de posesión permanente. Ha sido bien documentada por Kriss y Kriss-Heinrich en su descripción de los santuarios y lugares de peregrinación griegos [22]. En el monasterio de San Gerásimos, en la isla de Cefalonia, el autor vio varios pacientes mentales crónicos y graves que permanecían confinados allí desde hacía años. Llevaban cadenas en manos y pies y estaban en una situación de gran agitación motora y verbal. Cuando se realizaba en su presencia un ritual religioso, su agitación aumentaba y proferían blasfemias y obscenidades (que se deben entender como una lucha desesperada por el poder entre la autoridad de la Iglesia y la voluntad suya). El paciente mental más genuino estaba constreñido a interpretar el papel de su enfermedad de acuerdo con un patrón establecido por la tradición y creído a su alrededor. Los psicóticos creían que estaban poseídos por demonios y actuaban según esta creencia. En palabras de Kriss y Kriss-Heinrich:

---

21 Percival Lowell, *Occult Japan, or the Way of the Gods*, Boston, Houghton Mifflin Company, 1895.

22 Rudolf Kriss y Hubert Kriss-Heinrich, «Peregrinatio Hellenika», *Veröffentlichungen des Oesterreichischen Museums für Volkskunde*, VI (Viena, 1955), 66-82.

La explicación puede estar en que se les había impartido, en su juventud, firmes nociones de lo que es la locura, con lo que, cuando fueron presa de la enfermedad mental, dichas nociones se convirtieron en una realidad viva.

Bien por remisión espontánea o por efecto de la sugestión, algunos de estos pacientes se recuperaron, y consideraron su recuperación como una victoria de la Iglesia sobre el «poder de las tinieblas».

La segunda forma, la posesión latente puesta de manifiesto por medio de un exorcismo preliminar, se ha utilizado en muchos lugares para curar enfermedades físicas o mentales. El demonio, una vez puesto de manifiesto, puede ser expulsado mediante un segundo exorcismo que al mismo tiempo libera al paciente de su enfermedad. Knotz, médico austríaco que practicó a comienzos de siglo en Bosnia, en una época en que la medicina científica era casi inexistente en esa parte del mundo, relataba cómo todos los años, el día de san Juan Bautista, multitud de peregrinos se dirigían a una vieja capilla franciscana donde los padres pasaban toda la tarde oyéndoles en confesión [23]. En la mañana del 24 de junio, los padres pronunciaban las oraciones rituales y todos los peregrinos que manifestaban signos de posesión eran exorcizados a continuación. Los padres podían así curar mujeres histéricas a las que la medicina oficial no habría podido ayudar. El mismo tipo de exorcismo practicaba el padre Gassner alrededor de 1775, y su importancia histórica se mostrará en el capítulo II.

La tercera forma, la posesión espontánea manifiesta, se considera en la actualidad como un tipo más o menos grave de neurosis histérica. Es, en el momento presente, bastante frecuente en algunas regiones del Mediterráneo oriental. Hartocollis, que visitó Cefalonia en 1953, dio una descripción de tales casos y del exorcismo, que tiene algunas características notables [24]. La primera es el empeoramiento súbito de los trastornos mentales en el momento en que el exorcista presenta las santas reliquias. Esta manifestación puede ser tan grave que haga necesario atar a ciertos pacientes mientras dura el exorcismo. Los isleños la explican por la cólera del demonio, que anticipa su expulsión. (En lenguaje moderno se debería hablar de resistencia y de neurosis de transferencia). Los habitantes de Cefalonia pretenden también que en el momento en que el demonio es expulsado caerá una rama de forma misteriosa o se romperá inexplicablemente la ventana de una iglesia, fenómeno que se atribuye a la furia del demonio expulsado. Cuanto más avieso y poderoso sea éste, más probable será que demuestre así su furia. Cuando el paciente está curado, no abandona la isla sin dejar un regalo al monasterio; se trata, en palabras

---

[23] Citado en la obra de Erwin Liek, *Das Wunder in der Heilkunde*, Munich, J. F. Lehmanns Verlag, 1930, págs. 67-70.

[24] Peter Hartocollis, «Cure by Exorcism in the Island of Cephalonia», *Journal of the History of Medicine*, XIII (1958), 367-372.

de Janet, de «un acto de terminación», que refuerza el amor propio del paciente.

La historia del mundo occidental durante los últimos veinte siglos abunda en relatos de posesión —tanto individual como colectiva, a veces en forma epidémica— y de exorcismo. Roskoff[25] ha demostrado que las manifestaciones de posesión, al igual que las de la caza de brujas, desaparecieron gradualmente por la influencia, en gran parte, de la Ilustración, que disipó la creencia en el demonio, hasta tal punto que incluso en los círculos religiosos se le empezó a dar menos importancia cada vez. No es de extrañar, por tanto, que las últimas manifestaciones de posesión y exorcismo se dieran en los ambientes que, por una u otra razón, se oponían al espíritu de la Ilustración: primero, entre los tradicionalistas, como el padre Gassner (del que hablaremos en el capítulo II); luego entre ciertos románticos: Justinus Kerner, por ejemplo, que siguió intrigado por estas manifestaciones; tercero, entre los mojigatos, que se oponían violentamente al espíritu racionalista de la Ilustración: para ellos, los poderes de la oscuridad eran una realidad viva que los cristianos tienen que afrontar y combatir en cada momento de su existencia[26]. Johann Christoph Blumhardt (1805-1880) fue un producto de tal ambiente.

El caso de Gottliebin Dittus y el reverendo Blumhardt es un ejemplo típico de posesión y exorcismo, que encaja exactamente en el molde de los realizados por la primitiva Iglesia cristiana. Tuvo lugar, sin embargo, a mediados del siglo XIX, y fue por tanto un ejemplo de curación primitiva en tiempos modernos y en ambiente moderno. Más aún, es un suceso excepcionalmente bien documentado que ha sido objeto de numerosos estudios, tanto desde el punto de vista psiquiátrico como religioso.

Este famoso exorcismo tuvo lugar en el pequeño pueblo de Möttlingen, Württemberg, en 1842 y 1843, poco después del nombramiento de Blumhardt como pastor luterano del mismo. Daremos primero un resumen de la posesión y el exorcismo según lo relató Blumhardt en el informe oficial que envió a sus autoridades eclesiásticas.

Gottliebin Dittus, de veintiocho años de edad, había perdido a sus padres siendo niña y vivía con tres parientes mayores, todas solteras. La primera impresión que le causó a Blumhardt en un encuentro casual fue desfavorable: encontró algo repulsivo en ella. A finales de abril de 1842, Blumhardt tuvo noticias de que Gottliebin veía visiones de una mujer que había muerto dos años antes y que sostenía un niño en brazos; se decía también que la casa donde vivía Gottliebin con sus parientes estaba encantada. Los vecinos oían por la noche ruidos extraños y terribles. Una de estas noches, el médico del pueblo y varios testigos permanecieron en la casa y confirmaron los rumores. Blumhardt fue llamado a escena, donde la joven había permanecido inconsciente durante un día entero. Por consejo suyo, la muchacha fue

25 Gustav Roskoff, *Geschichte des Teufels*, vol. II, Leipzig, F. A. Brockhaus, 1869.

26 Justinus Kerner, *Nachricht von dem Vorkommen des Besessenseyns...*, Stuttgart, J. C. Cotta, 1836.

llevada a vivir con su prima. La casa dejó de estar encantada, pero en Gottliebin aparecieron los síntomas de la posesión, entre convulsiones violentas. Durante una de las visitas de Blumhardt, cambió de expresión y de voz y comenzó a hablar con la voz de la mujer muerta. Un diálogo dramático tuvo lugar entre el pastor y el espíritu, que clamaba que no podría hallar descanso en el otro mundo, ni aun rezar, porque durante su vida humana había matado a dos niños pequeños y ahora estaba en poder del demonio. Blumhardt nunca dudó de que se estaba enfrentando a los poderes de las tinieblas y se convenció de que no podía rehuir la lucha. Visitó repetidas veces a Gottliebin, cuyos síntomas empeoraban paulatinamente. Pronto estuvo poseída por tres demonios, luego por siete y por catorce. Por último llegaron a ser cientos y miles, que proferían las peores blasfemias por su boca. Supuestamente impulsada por ellos, Gottliebin golpeaba a todos los que se le acercaban, excepto a Blumhardt. Éste nunca consintió en ningún ritual; su poder, según las palabras del evangelio, consistía en la oración y el ayuno. Un día de febrero de 1843, Gottliebin dijo que durante su último ataque de pérdida de conciencia, su alma había sobrevolado la Tierra, viendo cómo los demonios producían un terremoto en algún país lejano que, por su descripción, Blumhardt identificó como las Antillas. Pocos días después, las noticias de la catástrofe llegaron al pueblo. Aproximadamente por la misma época, Gottliebin comenzó a vomitar arena, trozos de cristal, clavos y otros objetos. Perdía asimismo cantidades enormes de sangre. Entre los espíritus que hablaban por su boca, muchos decían ser víctimas de los demonios y pedían permiso a Blumhardt para descansar en casa de éste o en la iglesia, a lo que accedió después de muchas dudas, aunque con la condición de que primero tenía que conceder Jesús su permiso. Gottliebin comenzaba entonces a sentir la influencia de Blumhardt y a aceptar sus órdenes. La crisis final ocurrió en la Navidad de 1843. Los demonios intentaron un último y desesperado asalto. No contentos con torturar a Gottliebin, atacaron también a su hermano y a su hermana Katharina; el primero superó pronto la prueba, y se recuperó rápidamente; los demonios parecieron haber perdido interés por Gottliebin. Katharina, sin embargo, a la que antes no habían molestado nunca, se convirtió en su juguete y empezó a actuar de forma muy parecida a la de Gottliebin en sus peores momentos. Por último, el 28 de diciembre de 1843, después de una lucha desesperada entre Blumhardt y el mundo demoníaco, Katharina profirió un horrible alarido en medio de la noche, y a las dos de la mañana gritó: «¡Jesús ha vencido!». A las ocho de la mañana siguiente, los espíritus se habían desvanecido y se recuperó. El poder de las tinieblas estaba roto, y Gottliebin, libre de espíritus y demonios [27].

Este caso se comprenderá mejor cuando se haya considerado el ambiente de la paciente y el del curador, así como la situación social y cultural en que se desarrolló el incidente.

Por desgracia, se sabe poco acerca del entorno de Gottliebin Dittus. El informe de Blumhardt indica que creció en el seno de una familia profundamente religiosa que al mismo tiempo era muy supersticiosa. Ella le contó a Blumhardt que poco después de su nacimiento había sido robada dos veces por un espíritu invisible que la había arrojado por la puerta

[27] Durante mucho tiempo, este informe se ha conocido sólo a partir de copias incompletas, y en ocasiones inexactas, que han sido utilizadas por los biógrafos de Blumhardt. El texto completo fue publicado en 1955, *Blumhardts Kampf*, Stuttgart-Sillenbuch, Verlag Goldene Worte, 1955.

cuando su asustada madre invocó el nombre de Jesús. Esto parece algo extraordinario, pero en aquella época, la creencia de que los recién nacidos podían ser robados o cambiados por duendes, trasgos o demonios estaba muy extendida en numerosas zonas rurales de Europa[28]. Le habló también de una tía suya que, decía, era bruja y trató de atraerla para que siguiera sus pasos. La posesión y la cura de Gottliebin deben ser consideradas, por tanto, como expresión del conflicto cultural entre la Iglesia y la superstición.

El ambiente de Johann Christoph Blumhardt se conoce mucho mejor. Según sus biógrafos, provenía de una familia necesitada, excesivamente piadosa[29]. Desde su más tierna infancia mostró grandes inclinaciones religiosas (a los doce años había leído la Biblia dos veces). Muy diligente, estudió teología y trabajó en varias feligresías, al tiempo que escribía con profusión sobre la historia de las misiones y otros temas relacionados. En julio de 1838, a los treinta y tres años, fue nombrado pastor de Möttlingen y se casó en septiembre de ese año. Blumhardt siempre había estado convencido de que el demonio era una terrible realidad que desempeñaba un papel importante en los asuntos humanos. Algunas de sus ideas nos pueden parecer extrañas. Pensaba, por ejemplo, que el mortero usado en la construcción de las pirámides había sido mezclado por magos a los que había ayudado el demonio. Estaba convencido asimismo de que el pecado era la causa de la mayoría de las enfermedades, y reprobaba el uso de las drogas extraídas de plantas venenosas. Creía además que el uso de medicomentos sedantes era peligroso para el espíritu[30]. Las ideas de esta naturaleza, sin embargo, no eran raras entre los médicos y los filósofos románticos. Por otra parte, Blumhardt era sin duda un hombre muy inteligente y cultivado, de gran valor, y con la fe de un apóstol.

El pueblo de Möttlingen está situado en una remota región de la Selva Negra, en la que florecieron la superstición y las creencias en la hechicería. El reverendo Barth, predecesor de Blumhardt y pietista, había llevado a cabo una intensa campaña de avivación del sentimiento religioso sin gran éxito[31]. Es de destacar que, según se decía, Gottliebin Dittus era su feligrés favorito. El nombramiento de Blumhardt fue considerado por la población como un alivio. Durante los dos años del exorcismo, los habitantes del pueblo se tomaron un interés vivo y perdurable por las vicisi-

---

[28] Muchos ejemplos de estas creencias se pueden encontrar en la monografía realizada por Gisela Piaschewsky, *Der Wechselbalg: Ein Beitrag zum Aberglauben der nordeuropäischen Völker*, Breslau, Maruschko y Berendt, 1935.

[29] Friedrich Zündel, *Pfarrer Johann Christoph Blumhardt-Ein Lebensbild*, Zurich, S. Höhr, 1880.

[30] Pierre Scherding, *Christophe Blumhardt et son père*, Publ. Faculté de Théologie Protestante de Strasbourg, núm. 34, París, Alcan, 1937.

[31] *Ibidem.*

tudes diarias de la lucha, y la expulsión eventual de los espíritus y demonios fue considerada como un triunfo de toda la comunidad.

Como primer resultado de la victoria de Blumhardt, la reavivación del sentimiento religioso que había intentado en vano el reverendo Barth se hizo realidad. Uno tras otro, los feligreses se acercaban a Blumhardt, confesaban sus pecados y le pedían su bendición. Por un relato que hizo de esta reavivación sabemos cuán aterrado estaba ante el número y gravedad de los pecados que le confesaban, a los que se añadían prácticas supersticiosas, brujería y la práctica del control de la natalidad [32]. Parece que las autoridades eclesiásticas veían a Blumhardt con cierta ansiedad y suspicacia, y que sufrió los vehementes ataques de varios de sus colegas.

El propio Blumhardt experimentó un gran cambio. Ahora era el hombre que, con la única ayuda de la oración y el ayuno, había mantenido una lucha prolongada contra los poderes de las tinieblas, venciéndolos con la ayuda de Dios. «Jesús ha vencido» se convirtió en su lema. Gozaba de un extraordinario prestigio y respeto en Möttlingen y sus alrededores. Le llegaban multitudes en tropel para confesar sus pecados y obtener el alivio de sus enfermedades a través del poder de su oración. Cuatro años después, sus amigos le ayudaron a adquirir una propiedad en Bad Boll, donde continuó su trabajo, predicando, curando enfermedades y escribiendo extensamente. En este momento Gottliebin Dittus penetró en su ambiente familiar y se le hizo imprescindible para sus actividades, sobre todo en su trabajo con los enfermos mentales. Comentando este hecho, Viktor von Weizsäcker escribió:

> Considero el incidente de la lucha de dos años entre el viejo Blumhardt y Gottliebin Dittus como uno de los ejemplos más destacables de acción recíproca entre el curador y la persona necesitada de ayuda... Esta joven sería considerada hoy como uno de los casos más graves de histeria. Después de dos años de lucha ininterrumpida, se convirtió en un miembro de la familia de Blumhardt... Esta solución significó una victoria de Blumhardt sobre la histeria y una victoria de Gottliebin sobre Blumhardt: él obtuvo la expulsión de los demonios, y ella la vida en comunidad con él. Realmente, la victoria fue un compromiso para ambas partes, pero al mismo tiempo representó el paso a un nuevo nivel de vida... [33].

Varios psiquíatras han intentado interpretar esta curación en términos modernos. Uno de ellos, Michaelis, llegó a la conclusión de que el incidente sólo se podía trasladar en parte a los términos del psicoanálisis o de otras

---

[32] Pfarrer Blumhardt, «Mittheilungen», *Evangelisches Kirchenblatt zunächst für Württemberg* (1845), 113-122, 227-233, 241-254. (El autor agradece a la Biblioteca Nacional de Württemberg, Stuttgart, el permiso para obtener una fotocopia de este documento.)

[33] Viktor von Weizsäcker, *Seelenbehandlung und Seelenführung*, Gütersloh, C. Bertelsmann, 1926.

doctrinas dinámicas modernas; por encima y más allá de ellas persiste un aspecto «trascendental» [34].

Otro psiquíatra, Benedetti, especializado en psicoterapia de las psicosis, publicó un estudio en el que subrayó las estrechas semejanzas entre esa curación y la psicoterapia de los esquizofrénicos graves. Dice que Blumhardt descubrió de un modo intuitivo, con más de un siglo de ventaja sobre otros, el principio de dichas curas. En resumen:

> La primera reacción de Blumhardt fue de duda y defensa, un preludio necesario para considerar cualquier caso con toda seriedad. El esfuerzo principal lo dirigió hacia sí mismo (oración y ayuno), del mismo modo que el terapeuta de las psicosis debe prestar su atención principalmente a su «contra-transferencia». El curador hace entonces un llamamiento al paciente, que reacciona con su primera respuesta positiva: este fue el momento en que Gottliebin accedió a repetir algunas palabras del rezo pronunciado por Blumhardt, lo que éste interpretó correctamente como el punto decisivo para iniciar la curación. Blumhardt se lanzó entonces al mundo demoníaco de Gottliebin, del mismo modo que el terapeuta moderno explora el mundo interior de los delirios de sus pacientes esquizofrénicos. El hecho de que empeoraran las manifestaciones de posesión lo compara Benedetti con el aparente empeoramiento de los síntomas psicóticos por efecto de la resistencia del paciente. Éste trata de dominar al terapeuta, que debe responder frustrando estos deseos, y esto, dice Benedetti, es exactamente lo que hizo Blumhardt. También diferenció claramente su actitud hacia los espíritus «víctimas» y los espíritus malignos; del mismo modo, el terapeuta muestra gran interés por todo lo que proviene de la parte sana de la mente del paciente, mientras que repudia todas las manifestaciones enfermas. La aguda intuición psicológica de Blumhardt se demuestra en el hecho de que mientras la resistencia tomaba formas cada vez más absurdas, exageradas y desesperadas, él establecía condiciones, probaba a su paciente y le daba órdenes. (En este punto podríamos añadir que utilizó en grado máximo lo que los terapeutas existenciales denominan el *kairos*, es decir, el punto de elección para la intervención o la decisión decisivas) [35].

Este memorable exorcismo ocurrió en un momento en que la mentalidad positivista y científica empezaba a impregnar todos los campos de la vida, y en que los casos de posesión demoníaca eran ya muy raros. Ocasionalmente se llevó a pacientes poseídos a los hospitales mentales o a la Salpêtrière de París hasta finales del siglo XIX. Uno de ellos fue tratado allí por Janet durante los años 1890 y 1891, y es interesante comparar los diferentes enfoques de los dos tratamientos, separados únicamente por medio siglo de diferencia. En el capítulo VI veremos cómo actuó Janet, sin recurrir, desde luego, al exorcismo, sino descifrando la «idea subconsciente fija» que era la raíz del disturbio y llevándola al conocimiento del paciente.

---

[34] Edgar Michaelis, *Geisterreich und Geistesmacht. Der Heilungs- und Dämonenkampf J. Chr. Blumhardts*, Berna, Haupt, 1949.

[35] Gaetano Benedetti, «Blumhardts Seelsorge in der Sicht heutiger psychotherapeutischer Kenntnis», *Reformatio*, IX (1960), 474-487, 531-539.

Difícilmente encontrarían hoy los psicoterapeutas dinámicos algo más superado que el método curativo del exorcismo. Y sin embargo, existen algunas semejanzas entre éste y sus técnicas, como señaló Benedetti a propósito de la psicoterapia de la esquizofrenia grave. Podría compararse también con el método de psicoterapia corta de Maeder, cuyo primer requisito es el deseo genuino de ayuda por parte del paciente, a la vez que se exige mucho del psiquíatra [36]. No es cuestión de analizar la propia contra-transferencia, sino de trabajar sobre la propia personalidad y de desarrollar y mantener en sí mismo un deseo genuino de ayudar al paciente. En este procedimiento activo, el paciente primero pide ayuda («proceso de súplica»); el terapeuta responde con su voluntad y disposición para ayudarle y estimula las tendencias autocurativas del interior del paciente. Éste responde proyectando sobre aquél el «arquetipo del Salvador», con una activación gradual de sus tendencias autocurativas, aunque el terapeuta debe inducir en ocasiones esta reacción con técnicas especiales. El proceso conducirá entonces eventualmente a la capacidad del paciente para el amor constructivo, que es, según Maeder, el criterio para la curación.

Curación por medio de la confesión

En ciertos pueblos primitivos, el que el incumplimiento de un tabú pueda traer como resultado una enfermedad grave o incluso una muerte psicógena aguda no es una «teoría de la enfermedad», sino un hecho real, confirmado por muchos testigos oculares de confianza. He aquí un ejemplo descrito por un misionero del Congo Francés, el reverendo Grébert:

En Samkita, un alumno llamado Onguie fue atacado repentinamente de convulsiones y trasladado al dormitorio, donde se desmayó. Cuando volvimos a verle estaba rodeado de muchachos; algunos le sostenían los brazos y piernas, que estaban rígidos; otros trataban en vano de abrir sus puños apretados, con riesgo de romperle los dedos. Asustados como estaban, no se les ocurrió quitarle la espuma que le ahogaba. El muchacho estaba arqueado, pero pronto se relajó. Nos dieron algunas explicaciones rápidas: «Comió bananas preparadas en un cacharro utilizado anteriormente para la mandioca. La mandioca es *eki* para él; sus abuelos le dijeron que si alguna vez la probaba —aunque sólo fuera una pizca— moriría». La violación del mandato ancestral les produce tal miedo, tal angustia visceral, tal colapso orgánico, que las fuentes de la vida quedan rápidamente exhaustas. «Miren», dijeron señalando al diafragma que se agitaba como si un animalillo estuviera luchando bajo la piel, «tiene un *evur*, que está excitado». No había duda de la gravedad del caso. ¡Ay! no se lograba que tragara ningún medicamento a través de la garganta obstruida. El pobre niño había perdido la conciencia y estaba empezando a estertorar. Un hombre de su tribu corrió al poblado vecino para conseguir la medicina contra el *evur*, un

[36] Alphonse Maeder, *Studien über Kurz-Psychotherapie*, Stuttgart, Klett, 1963.

huevo mezclado con otras diversas sustancias. En el intervalo nosotros luchamos contra la asfixia realizando tracciones rítmicas del pecho, pero no pudimos sujetarle la lengua. No sirvió de nada. El corazón sobrecargado dejó de latir, y el muchacho murió en nuestros brazos [37].

Este es uno de los tres casos descritos por el reverendo Grébert. En dos de ellos murió el paciente. El tercero fue salvado por la medicina europea, aunque con grandes dificultades. Se han relatado ejemplos semejantes en Uganda y África central, y lo notable es que, en tales casos, la medicina occidental es casi impotente, mientras que el hombre medicina consigue recuperaciones sorprendentemente rápidas y completas en pacientes al borde de la muerte.

En Polinesia se han descrito con frecuencia muertes psicógenas resultantes de la violación de un tabú, aunque sus características difieren de las corrientes en África. La muerte ocurre de forma menos dramática, con más lentitud y tranquilidad; el paciente se tiende, rechaza el alimento y muere en unos pocos días [38]. Lo importante aquí no es tanto la violación del tabú como el que ésta se haya hecho pública y el ofensor se haya convertido, por tanto, en objeto de vergüenza [39].

Numerosos pueblos primitivos creen que ciertas enfermedades son consecuencia de la violación de tabúes o de otros delitos. No obstante, existen innumerables variaciones en cuanto a las creencias relativas a la naturaleza de dichos delitos, la posibilidad de cura de las enfermedades resultantes y su tratamiento. La confesión de los pecados no es considerada en todas partes como un método terapéutico; cuando existe, muchas veces tiene más alcance que el de un simple método de ese tipo.

Un amplio estudio de datos relativos a la confesión de los pecados es el realizado por Raffaele Pettazzoni, quien destacó que entre los pueblos más primitivos el concepto de «pecado» es idéntico al de «violación del tabú» [40]. No se hace distinción entre si esta violación ha sido voluntaria o no; incluso acontecimientos fortuitos pueden ser identificados con el pecado, como ocurre, por ejemplo, entre los kikuyu, cuando un individuo encuentra un cierto tipo de serpiente en su camino. No obstante, algunas poblaciones primitivas toman también en consideración ciertos delitos morales, en especial los de carácter sexual. Entre las enfermedades más frecuentemente consideradas como consecuencia del pecado figuran los

---

37 Fernand Grébert, *Au Gabon*, 2.ª ed. revisada y aumentada, París, Société des Missions Evangéliques, 1928, págs. 171-172.

38 Marcel Mauss, «Effet psychique chez l'individu de l'idée de mort suggérée par la collectivité (Australie: Nouvelle Zélande)», *Journal de psychologie normale et pathologique*, XXIII (1926), 653-669.

39 Esta diferencia entre las características africanas y polinesias fue señalada al autor en una conversación con el antropólogo Maurice Leenhardt.

40 Raffaele Pettazzoni, *La confessione dei peccati*, 3 vol., Bolonia, Nicola Zanichelli, 1929, 1935, 1936.

partos dolorosos y prolongados y la esterilidad en las mujeres. La confesión de los pecados suele ser pública; no existe secreto. La propia confesión se completa muchas veces con ciertos procedimientos eliminatorios, como los lavados, vómitos o sangrías.

Los aztecas del antiguo Méjico se confesaban muchas veces con un sacerdote, siendo el adulterio y la embriaguez los dos pecados principales. Entre los mixtecas se solía recurrir a la confesión en los casos de enfermedad, siendo tomados en particular consideración los pecados de robo y los delitos contra la propiedad. En el reino inca, la confesión era una costumbre universal: se determinaban fechas para la confesión general con sacerdotes denominados *ichuris*. La ceremonia comprendía la invocación de los dioses; la confesión, que seguía a una larga lista de posibles pecados; las exhortaciones y la penitencia. También aquí se recurría a la confesión en caso de enfermedad; un padre la realizaría si su hijo estaba enfermo y un marido cuando su mujer estuviera indispuesta. Cuando enfermaba un inca tenían que confesar todos los habitantes del reino. Según Pettazzoni, en China ocurría lo contrario; cuando había una calamidad pública, el emperador confesaba sus pecados.

El concepto de la enfermedad como castigo por el pecado predominaba entre las civilizaciones semíticas del antiguo Oriente. El pecado se definía entonces como un delito voluntario contra las leyes morales y religiosas. Numerosas enfermedades, entre ellas las emocionales y mentales, se consideraban como consecuencia suya. La confesión existía también como un medio de alivio, y muchas veces de curación.

Numerosos vestigios de este concepto de la enfermedad han llegado hasta nuestros días. Todavía no han desaparecido las creencias populares acerca de las terribles enfermedades resultantes del «pecado» de masturbación. Como reacción contra estos conceptos, insostenibles desde el punto de vista científico, la psiquiatría ha excluido de forma radical de su vocabulario la palabra «pecado». Pero la moderna psiquiatría dinámica la ha redescubierto, si no como «pecado», al menos en el sentido de «sentimiento de culpa». No se puede descartar la acción patógena de los sentimientos de culpabilidad y el efecto terapéutico de la confesión, ni aun en las enfermedades físicas. A este respecto se puede citar una observación clínica publicada por Aldenhoven:

Una mujer de cuarenta y dos años ingresó en el hospital al quinto día de padecer una neumonía declarada cuando estaba sola en su apartamento sin calefacción. En el momento de su ingreso estaba en situación crítica, exhausta, con gran disnea, cianosis ligera, 120 pulsaciones y temperatura rectal de 40° C. La radiología mostró una neumonía del lóbulo superior izquierdo.

Al día siguiente la situación empeoró, a pesar de la medicación. (No se conocían los antibióticos.) Aquella misma tarde —la sexta de la enfermedad— el pulso era filiforme, con una frecuencia de 150; aumentó la cianosis y la respiración se hizo

muy superficial. La paciente estaba cubierta de sudor frío, la mirada de sus ojos abiertos expresaba angustia, y repetía sin cesar que iba a morir.

Por la tarde la visitó el Dr. Aldenhoven. En la habitación estaba un viejo amigo de la familia. Aldenhoven ordenó una sangría de 180 centímetros y una inyección de alcanfor. Pensaba que estas medidas prolongarían algo la vida de la paciente, pero que difícilmente detendrían su paulatino declinar; el pulso y la respiración se debilitaban, la mirada ansiosa se oscurecía, la voz era difícilmente perceptible. El médico se sentó en el borde de la cama y dijo a la paciente que su hermana, a la que estaba muy unida, vendría a la mañana siguiente. Ella murmuró débilmente: «Moriré antes... ¡y será el castigo adecuado!» «¿Castigo? —preguntó el médico con sosiego—. Bueno, entonces *no* morirá. Procuraremos que pague la pena sobre la tierra y no debajo».

Estas palabras, que expresaban una convicción médica positiva, dieron en el blanco. La paciente se sintió comprendida. Pidió al visitante que abandonara la habitación y le contó al médico que la pulmonía le había sobrevenido en el lugar en que había sido infiel a su marido (del que estaba alejada y que todavía era prisionero de guerra); ahora, la enfermedad y la muerte representaban el castigo. Inmediatamente después de esta confesión se produjo un cambio extraordinario en el cuadro clínico: se desvaneció la mirada ansiosa de la fisonomía de la paciente, el pulso se hizo más fuerte y lento, la respiración más profunda y tranquila, y la cianosis cedió. Una o dos horas después se había recuperado, hasta el punto de beber alegremente el café de la mañana. El curso posterior de la recuperación se desarrolló sin ningún incidente de interés [41].

La curación por medio de la satisfacción de las frustraciones

Se conoce desde tiempo inmemorial el papel de los deseos frustrados en la etiología de la enfermedad. «La esperanza diferida hace enfermar el corazón, pero el deseo hecho realidad es un árbol de vida» (*Proverbios*, XIII, 12). Un proverbio maorí dice: «Existe una fuente de insatisfacción en el corazón del hombre, y de aquí la irritación y la ansiedad» [42].

Durante muchos siglos, los libros de texto de medicina contenían las descripciones de dos situaciones olvidadas en gran parte en la actualidad: la nostalgia y el mal de amor. La primera la sufrían los soldados o los individuos que habían abandonado su país; echaban de menos su hogar, soñaban con él a todas horas, no podían concentrarse en nada más, y muchos morían a menos que regresaran, en cuyo caso tenía lugar una recuperación rápida y espectacular [43]. El mal de amor se observaba en hombres y mujeres jóvenes enamorados sin esperanza. Lentamente se debi-

---

[41] H. Aldenhoven, «Klinischer Beitrag zur Frage der Todesahnungen», *Psychotherapie*, II (1957), 55-59.

[42] Citado por G. Blake-Palmer, en «Maori Attitudes to Sickness», *The Medical Journal of Australia*, XLIII, núm. 2 (1956), 401-405.

[43] Fritz Ernst, *Vom Heimweh*, Zurich, Fretz und Wasmuth, 1949; M. Bachet, «Étude sur les états de nostalgie», *Annales Médico-Psychologiques*, CVIII, núm. 1 (1950), 559-587; núm. 2, 11-34.

litaban y morían, a menos que se les uniera al objeto de su amor (que muchas veces se mantenía en secreto). La psiquiatría del siglo pasado excluyó estas dos situaciones de su nosología y no adscribió demasiada importancia como factor psicógeno a los deseos frustrados. La psiquiatría dinámica ha revalorizado su importancia, que ya había comprendido bien la medicina primitiva en sus tiempos.

Cuando en el siglo XVII los jesuitas franceses comenzaron su labor misionera entre los indios del nordeste de América, quedaron asombrados al advertir la importancia que los hurones y los iroqueses atribuían a la satisfacción de los deseos de un individuo expresados por sus sueños. «Sería una crueldad, e incluso un crimen, no dar a un hombre el objeto de su sueño; tal negativa podría causar su muerte», escribió un padre jesuita [44]. Por lo tanto, era un deber sagrado darle o permitirle hacer lo que había soñado; tanto más si estaba enfermo. Nada le salvaría excepto la satisfacción del deseo de su corazón, tal como lo habían revelado sus sueños.

Uno de los misioneros jesuitas, el padre Raguenau, hizo un excelente relato de las creencias y prácticas de los hurones en este aspecto [45]. Dicho pueblo distinguía tres causas de enfermedad: causas naturales, brujería y deseos insatisfechos. De estos últimos, algunos eran conocidos para el individuo; otros, denominados *ondinnonk*, no lo eran, pero podían serle revelados en sus sueños. Pero dichos sueños podían olvidarse, y ciertos deseos incluso no aparecían en ellos. Entonces intervenían los adivinadores, denominados *saokata*, que podían determinar tales deseos inconscientes mirando, por ejemplo, una jarra llena de agua. Si el paciente estaba enfermo de muerte, los adivinadores declaraban que el objeto de sus deseos era imposible de obtener. Cuando había posibilidades de recuperación, enumeraban objetos supuestamente deseados por el paciente, y se organizaba un «festival de sueños». Se hacía una colecta entre el grupo, y los objetos recogidos se daban al paciente en el curso de un banquete en el que se incluían danzas y otras manifestaciones de regocijo público. Tales objetos ya no se devolvían a los donantes. Así, el paciente podía no solo recuperarse de su enfermedad con todos sus deseos satisfechos, sino que a veces se convertía en un hombre rico. Por otra parte, algunos de los donantes podían enfermar a su vez y soñar que recibían alguna compensación por su pérdida. El «festival de sueños» era, por tanto, una combinación de terapia, regocijo público e intercambio de bienes.

En otros relatos, los padres jesuitas describieron el festival de sueños como una especie de locura colectiva en que los soñadores corrían gritando y amenazando a los otros, obligándolos a adivinar sus sueños y a darles una cosa tras otra hasta que acertaban la correcta.

Hay ejemplos también de lo que se podría denominar realización simbólica. Ocurrió que un padre jesuita visitó una comunidad iroquesa en el día del festival de sueños. Uno de los iroqueses quiso matarle so pretexto de que había soñado que

---

[44] Padre Raguenau, *The Jesuit Relations and Allied Documents*, XLII, Cleveland, Burrows Brothers Co., 1899, pág. 164.

[45] Padre Raguenau, en *The Jesuit Relations*, XXXIII (1898), 188-208. El interés de este relato ha sido demostrado por Mark D. Altschule, *Roots of Modern Psychiatry*, Nueva York, Grune and Stratton Inc., 1957.

mataba un francés; sin embargo, se le dio un chaquetón francés y lo consideró un sustituto lo bastante bueno [46]. Otra historia trata de una joven gravemente enferma. Alguien de la comunidad soñó que se curaría si sus padres preparaban un banquete con veinte cabezas de alce, cosa imposible de obtener en aquella época del año. Un intérprete de sueños decidió adecuadamente que las veinte cabezas se podrían reemplazar por veinte hogazas de pan [47].

Este tipo de tratamiento nos puede parecer increíble: ¿quién trataría a un paciente dándole todo lo que desea? No obstante, es posible que hoy día se subestimen los efectos curativos de la satisfacción de los deseos. La buena fortuna puede, en ocasiones, hacer el papel de terapeuta.

Un ejemplo histórico lo tenemos en la biografía de François Magendie (1783-1855). Cuando estudiaba medicina a la edad de veintiuno y veintidós años, vivía en la máxima pobreza y estaba casi famélico; cayó enfermo, deprimido y disgustado con la vida. Inesperadamente, fue a verle un abogado y le anunció que había heredado veinte mil francos, cantidad entonces muy importante. Magendie se curó instantáneamente. Montó un establo con excelentes caballos y perros de raza y vivió de forma tan extravagante que, un año después, se había quedado sin dinero, sólo con el recuerdo de una época maravillosa. Volvió entonces a sus estudios médicos y más tarde se convirtió en un gran fisiólogo.

La psicodinámica de este caso se hace inteligible si recordamos que Magendie pertenecía a una familia adinerada que había perdido su fortuna durante la Revolución Francesa. Su padre, admirador de Rousseau, le había educado de forma un tanto indisciplinada. Por tanto, el joven Magendie estaba al mismo tiempo frustrado e impotente para resistir la frustración. Sus animales de pura raza y sus perros representaban para él lo que el festival de sueños para los iroqueses [48].

Es probable que la satisfacción de los deseos frustrados desempeñe un papel decisivo en ciertos exorcismos y otros procedimientos terapéuticos. Bruno Lewin ha demostrado que el éxito terapéutico del *zar* egipcio podría explicarse por la satisfacción vicariante de los deseos sexuales.

La ceremonia *zar* se realiza en Egipto entre las clases sociales más bajas como tratamiento de las mujeres neuróticas e histéricas. Lo organiza una mujer denominada *kudya*, a la que ayudan otras tres que cantan, bailan y tocan el tambor y la pandereta. La participación está limitada a las mujeres. Después de diversos ritos, la paciente es conducida a la habitación con atuendo de novia. Se sacrifica un animal, se quema incienso, se desnuda a la paciente y se la cubre con una túnica blanca. Entonces la *kudya* comienza a danzar como si estuviera en trance, con movimientos cada vez más salvajes, hasta que cae exhausta al suelo. Transcurrido un rato, comienza la música de nuevo, al principio lenta y suave; la *kudya* llama al *djinn* que se supone es su amante. De nuevo se enardecen la música y la danza, y la *kudya* en trance sucumbe a su amante imaginario con movimientos orgiásticos y vuelve a caer al suelo, invitando a otros demonios a acudir. La paciente se une a ella en su danza frenética, y lo mismo hacen las otras mujeres, hasta que todas ellas se despojan

46 Raguenau, *The Jesuit Relations*, XLII (1899), 158-160.

47 Raguenau, *The Jesuit Relations*, VIII (1897), 260-262.

48 Maurice Genty, «Magendie», en P. Busquet y M. Genty, eds., *Les Biographies médicales*, París, Baillière, IV (1936), 113-114.

de sus ropas y, en trance, son poseídas sexualmente por los *djinns*. El Dr. Lewin afirma que en la actualidad hay una gran proporción de pacientes que se benefician de esta ceremonia. Algunas mujeres acuden a un *zar* todos los meses. La mayoría de ellas son casadas frígidas y desdichadas en su matrimonio, y el *zar* les proporciona la única satisfacción sexual que pueden obtener [49].

En ocasiones los deseos frustrados no son ni posesivos ni libidinosos, sino que se dirigen más bien hacia la autorrealización. El Dr. Louis Mars describe las reacciones paranoicas que aparecen en Haití entre los individuos activos y ambiciosos que se encuentran agobiados por dificultades en aumento y fracasos repetidos [50]. Se sienten perseguidos y, a su vez, comienzan a irritar y molestar a los demás. La actitud colectiva en Haití es digna de interés; se escucha al paciente con atención simpática y se busca una posición de acuerdo con su capacidad. Las características ceden de forma gradual, y el individuo perturbado se reintegra a la comunidad.

Muchas personas se sienten frustradas porque sus vidas son monótonas y carecen de interés y porque no reciben la consideración suficiente de sus amigos y de sus familiares. Por ciertos relatos de Madagascar, parece que hay procedimientos terapéuticos que tienden directamente a la satisfacción de esas necesidades frustradas. Veamos dos relatos resumidos:

Le Barbier describió el *bilo* (palabra que designa, al mismo tiempo, la enfermedad, el paciente y la ceremonia terapéutica) como «la enfermedad más curiosa, extraña e imaginaria, y la más fácil de curar». Los pacientes son nerviosos, hipersensibles a los ruidos, incapaces de permanecer tranquilos. El curandero local, u *ombiasa*, determina el día que tendrá lugar la «coronación». El héroe de la ceremonia es el propio paciente, al que dan el tratamiento de «rey», mientras que su familia es la «corte» y los habitantes del poblado, sus súbditos. El día de la ceremonia se le viste con ropas elegantes y se le muestra respeto y deferencia. Dos veces al día se realizan cánticos y danzas en su honor, a las que se puede unir si lo desea. Estas celebraciones se continúan durante quince o veinte días, hasta que el paciente se cura. Entonces se sacrifica un buey, y el *bilo* bebe de su sangre [51].

En un relato procedente de otra provincia de Madagascar se describe que, después de quince días de cánticos y danzas, el procedimiento culmina con la «elevación» del *bilo*. Se erige una plataforma de unos 2,5 metros de altura, en la que se coloca el paciente con una pequeña estatua a sus pies; se realiza un sacrificio, se baña al paciente y se le sirve un banquete que come sobre la plataforma elevada [52].

Es comprensible que el «yo» (en el sentido coloquial de la palabra) del paciente se hinche cuando, durante dos semanas enteras, se le viste y se

[49] Bruno Lewin, «Der Zar, ein ägyptischer Tanz zur Austreibung böser Geister bei Geisteskrankheiten, und seine Beziehungen zu Heiltanzzeremonien anderer Völker und der Tanzwut des Mittelalters», *Confinia Psychiatrica*, I (1958), 177-200.

[50] Louis Mars, «La Schizophrénie en Haiti», *Bulletin du Bureau d'Ethnologie*, núm. 15 (marzo 1958).

[51] C. le Barbier, «Notes sur le pays des Bara-Imamono», *Bulletin de l'Académie malgache*, nueva serie, III (1916-1917), 63-162.

[52] E. Birkeli, «Folklore sakalava recueilli dans la région de Morondava», *Bulletin de l'Académie malgache*, nueva serie, VI (1922-1923), 185-364.

le trata como a un rey, y después se le eleva sobre una plataforma. No es extraño que con la terapéutica del *bilo* se reieran muchos éxitos [53]. En un estudio sobre curaciones milagrosas, Janet destaca que muchos de los pacientes así sanados estaban enfermos porque carecían de reconocimiento social [54]. Una cura milagrosa, para ellos, equivalía a un aumento repentino de su prestigio y reconocimiento social.

Curación ceremonial

Una de las diferencias principales entre el tratamiento científico moderno y las curaciones primitivas es que el primero es un hecho cierto y positivo, mientras que el último se suele realizar como una ceremonia. Así ocurre con todos los métodos que hemos discutido hasta el momento. En algunos casos parece que las ceremonias no son un simple elemento secundario del procedimiento curativo, sino el agente terapéutico principal.

Existen muchos tipos de curación ceremonial. Hocart ha demostrado que algunos son antiguos ritos de iniciación (o parte de ellos) que como tales han quedado anticuados, pero que han adquirido un significado nuevo como métodos curativos [55]. Algunas veces, la ceremonia es una especie de repetición del trauma (patógeno) inicial. En otras ocasiones representa una nueva escenificación de los grandes mitos de la tribu, como la creación del mundo o las historias de los dioses [56]. En muchos casos —con o sin estas representaciones— el paciente es integrado en un grupo (incluso en una sociedad de curanderos, como entre los zuñi) o en el marco social a que pertenece: familia, clan, tribu. Por último, la ceremonia puede ser eficaz por la sola belleza de los ritos, los atavíos, la música y las danzas.

La curación por medio de la *representación del trauma inicial* se ha descrito entre los pomo, tribu india de California. Freeland cuenta que los pomo tienen varios tipos distintos de doctores [57]. Uno de ellos, el denominado *outfit-doctor* (o doctor cantarín), es el único que hace uso del denominado método atemorizador. Si se desconoce el origen de la enfer-

---

53 Otro incentivo poderoso para la curación es el hecho de que, si el paciente no se cura después del *bilo*, es considerado responsable y hecho objeto de reprobación pública, e incluso puede ser expulsado de la comunidad. Este punto ha sido señalado al autor por el antropólogo Louis Molet.

54 Pierre Janet, *Les Médications psychologiques*, I, París, Alcan, 1919, págs. 11-17.

55 A. M. Hocart, *The Life-Giving Myth and Other Essays*, Nueva York, Grove Press, Inc., 1954, cap. 20.

56 El efecto terapéutico del «retorno a los orígenes» y la representación de los grandes mitos cosmogónicos han sido bien expuestos por Mircea Eliade, *Mythes, rêves et mystères*, París, Gallimard, 1957, págs. 48-59.

57 L. S. Freeland, «Pomo Doctors and Poisoners», *University of California Publications in American Archaeology and Ethnology*, XX (1923), 57-73.

medad, sus síntomas no están claros y su curso evolutivo se prolonga, el curandero sospecha que ha sido producida por un encuentro entre el paciente y un espíritu (un acontecimiento que el paciente no puede recordar). Consulta entonces con la familia para saber lo que estaba haciendo el paciente cuando enfermó por primera vez, y juntos especulan sobre la naturaleza del espíritu. Después decide reproducir la visión tan exactamente como puede, disfrazándose de fantasma o construyendo un modelo de monstruo. Se prepara un marco realista y de modo súbito se revela la escena al paciente. Si éste reacciona con un gran temor, se considera que la suposición era correcta. Para sacarle del estado de colapso que sigue se acude a tratamientos corrientes. A continuación el hombre medicina se quita el disfraz de fantasma o destruye el modelo ante los ojos del paciente para quitar el temor de su mente. Se dice que la recuperación es rápida.

Un paciente padecía una enfermedad crónica que no había cedido a ningún tratamiento. La familia recordaba que el día que cayó enfermo había estado cazando en las montañas. El hombre medicina supuso que había visto un monstruo acuático en un manantial. Hizo un modelo de una gran serpiente con varias articulaciones; medía casi dos metros de largo por treinta centímetros de ancho, y se podía mover y elevar mediante cuerdas; el monstruo fue pintado entonces de blanco, rojo y negro. Cuando el paciente vio la terrible aparición, resultó acometido de tal temor que comenzó a atacar a la gente que le rodeaba; fueron necesarias seis personas para reducirle, hasta que por último se desmayó. El hombre medicina le hizo respirar, le bañó y le dio un trago de agua, y por fin le contó que su visión de un monstruo acuático le había obsesionado. El hombre mejoró pronto.

Otro paciente, una mujer, había tenido miedo durante la noche y se había desmayado. Un «doctor cantarín» que estaba allí por casualidad, supuso que debía haber visto un fantasma. Rápidamente se vistió de tal y, con la ayuda del padre de ella, asustó a la paciente, tras lo cual la volvió a tranquilizar, explicándole la historia. Al día siguiente, la mujer se encontraba bien de nuevo.

A estos procedimientos podríamos calificarlos de terapia de choque psíquico o psicodrama.

Un procedimiento más elaborado es el que se encuentra entre los zuñi, donde la actividad curativa no era prerrogativa de un solo hombre, sino de una serie de sociedades médicas, es decir, de grupos de curanderos que pretendían realizar sus curaciones por mediación de los dioses de esas sociedades. Existía la creencia de que dichos dioses penetraban en los cuerpos de los curanderos durante la ceremonia. Mathilda Stevenson hizo una descripción detallada de tales sociedades y de sus ceremonias curativas [58]. Éstas difieren de unas sociedades a otras, de acuerdo con los mitos de sus dioses respectivos.

[58] Mathilda C. Stevenson, «The Zuñi Indians: Their Mythology, Esoteric Fraternities and Ceremonials», *Annual Report of the Bureau of American Ethnology*, Washington, Smithsonian Institution, XXIII (1901-1902), 3-608.

Como ejemplo, la Sra. Stevenson describió una ceremonia realizada por una de las sociedades para la curación de un mal de garganta. Sus miembros se reunieron al anochecer en la habitación del paciente. Éste se encontraba sobre una estera en medio del piso, reclinado en los brazos del «padre de la fraternidad». Tres teurgos, vistiendo las máscaras y los atavíos de los tres dioses de la sociedad, penetraron en la habitación por el tejado, dirigidos por un miembro femenino que llevaba la insignia de la sociedad y que portaba un cesto con una comida sagrada. Los «dioses» realizaron varias danzas y otros ritos alrededor del paciente, dibujando sobre el cuerpo de éste líneas con polen sagrado. Uno de los ritos consistía en la expectoración del paciente a través de la abertura de la boca de la máscara del Gran Dios (sostenida ante él por el teurgo y que más tarde se volvió a colocar éste). Durante toda la ceremonia hubo un coro que cantaba acompañado de varios instrumentos. Después de una larga serie de otros ritos, los «dioses» se marcharon. El padre de la fraternidad dio entonces al paciente dos pasteles, de los que tenía que comer uno y dar el otro a un perro abandonado, tras lo cual se marcharon los restantes miembros de la sociedad. Tenían un banquete preparado por los familiares del paciente.

Existen varias características notables en este tratamiento. 1) Es un tratamiento colectivo, organizado y realizado no por un solo hombre, sino por una sociedad curativa. 2) Es un psicodrama. Los tres curanderos principales, vistiendo los atavíos y las máscaras de los tres dioses, son asistidos por los otros miembros de la sociedad, mientras que el paciente desempeña un papel activo en los ritos. 3) Es una terapia religiosa, ya que se aproximan los dioses y se representan sus mitos. 4) Es también una «terapia de la belleza» por la magnificencia de los cánticos, los ritos y las indumentarias. 5) En parte, es un tratamiento en que se utiliza la transferencia de la enfermedad o del espíritu maligno a otro ser. (El mal de garganta se transfiere a un perro vagabundo). 6) Se espera que el paciente se una a la sociedad después de su recuperación (procedimiento que la psiquiatría moderna está empezando a redescubrir: los antiguos alcohólicos se reúnen muchas veces en sociedades de templanza; los pacientes mentales curados se reúnen en clubs)[59].

Una forma aún más elaborada de curación ceremonial se encuentra entre los navajos, tribu india notable por sus excelentes tejidos, sus bellas pinturas de tierra coloreada y su música. Tiene además una mitología muy elaborada. Sus curaciones ceremoniales, en contraste con las de los zuñi, se realizan no por sociedades médicas, sino bajo la dirección de un hombre medicina. El ritual es tan complejo que un hombre medicina necesita varios años para aprender uno cualquiera de los «Cantos de los Nueve Días», ceremonias principales que son representaciones de los grandes mitos sobre la creación del mundo y los banquetes de los dioses navajos.

Muchas veces el navajo cae en un estado de depresión ansiosa como resultado de un mal sueño, la ilusión de haber visto un fantasma, o el

[59] *Ibidem.*

miedo de haber ofendido a un animal sagrado. Entonces se puede sentir tan enfermo que a veces se deja morir de consunción lenta. En estos casos, la oportuna cura ceremonial realizada por el hombre medicina es sorprendentemente eficaz y rápida.

Laura Adams Armer observó y filmó en 1928 un ejemplo característico de un caso semejante. El reverendo Oskar Pfister ofreció un relato ilustrado de esa curación en la revista *Imago* y añadió un comentario psicoanalítico [60].

El paciente, un hombre de unos cincuenta años, soñó que había visto muerto a su hijo. El sueño le afectó de tal modo que sufrió una depresión grave. Algunas semanas después se consultó a un astrólogo. Éste cayó en trance, miró a las estrellas y vio un oso; entonces dijo al paciente: «Busca al cantor que pueda cantar el Canto de la Montaña; si no lo encuentras, posiblemente morirás». El cantor fue hallado y dijo al paciente: «Cuando eras un muchacho, viste un oso enfermo o muerto; o quizá lo vio tu madre antes de que tú nacieras. Este oso era sagrado; ahora debe ser reconciliado». Para conseguirlo había que escenificar uno de los Cantos de los Nueve Días, el denominado Canto del Varón de la Montaña.

Se construyeron dos chozas; una, la «casa de los cánticos» o «aposento de la medicina», para el paciente; la segunda, para su mujer e hijos. Todos los hermanos del clan acudieron a ayudar durante la larga cura de nueve días, mientras las mujeres de la familia cooperaban en la cocina y el servicio. El paciente, el curandero y los otros hombres permanecían aparte tomando baños de vapor y realizando ritos de purificación.

Los cánticos, ritos y ceremonias realizadas durante los nueve días son tan complejos que haría falta un libro entero para describir con detalle una sola de las ceremonias. (Existe una monografía sobre el Canto de la Noche escrita por Washington Matthews [61].) En los días sexto, séptimo, octavo y noveno se reunía una docena de hombres delante del aposento de la medicina donde, bajo la dirección del curandero, realizaban sobre la tierra hermosas pinturas con arena coloreada. Estas pinturas tienen importancia tanto por su valor artístico como por sus significados mitológico y simbólico. El curandero acompañaba tales ritos con gestos y cánticos mágicos. Todos los días, al terminar la realización, se destruía la pintura, se mezclaban las arenas coloreadas y se echaban sobre el paciente. Al término del noveno día, se reunían unos dos mil navajos —hombres, mujeres y niños— alrededor de la familia para entonar los cantos finales del Canto a la Montaña, y la ceremonia finalizaba con una alegre danza religiosa. En este punto, el paciente se encontraba curado. La información obtenida dos años después confirmó que la cura había sido un completo éxito y que no se habían presentado recaídas.

En sus comentarios sobre el suceso, el reverendo Oskar Pfister propone una interpretación psicoanalítica: el oso simboliza al padre. De niño, el paciente deseaba la muerte de su padre, y ahora teme que su hijo sienta lo mismo hacia él; responde entonces con deseos inconscientes de muerte contra su hijo y se siente culpable por ello. Tiene, pues, que reconciliarse con su padre por medio de dos intermediarios (el astrólogo y el hombre medicina), al igual que con toda la comunidad y con los dioses de la tribu. En la ceremonia de los nueve días, se reconcilia primero con su

60 Oskar Pfister, «Instinktive Psychoanalyse unter den Navaho-Indianern», *Imago*, XVIII, núm. 1 (1932), 81-109.

61 Washington Matthews, «The Night Chant, a Navaho Ceremony», *Memoirs of the American Museum of Natural History*, vol. VI; *Anthropology*, vol. V, 1902.

familia y con su clan, a continuación con un grupo mayor, y por fin, en la última tarde, con la tribu en general. Todos estos enfrentamientos y reconciliaciones ocurren en un nivel inconsciente, simbólico.

Esta interpretación puede arrojar luz sobre la curación; no obstante, tiene que haber algo más. El propio Pfister añade que la participación intensiva de toda una comunidad simpatizante es una reminiscencia de ciertas curaciones religiosas realizadas en los santuarios. En el caso de los navajos, sin embargo, el paciente no sólo se reconcilia con la comunidad y con los dioses, sino que su reconciliación gradual se consigue a través de la representación del mito cosmogónico y de otros mitos sagrados. Más aún, los navajos son incomparables por la riqueza de las actividades culturales relacionadas con tales curas: pintura, música, poesía, danza: toda una «terapéutica por la belleza» de la que no encontramos contrapartida en la psicoterapia moderna.

El único paralelismo con tales curaciones ceremoniales que se encuentra en el mundo occidental es el de las curaciones en los santuarios, que tanto abundan en la zona mediterránea. Uno de los más conocidos es el de Lourdes, lugar famoso por su impresionante belleza, el Manantial y la Cueva, la majestad del ritual, la pompa de las procesiones y «la plegaria perpetua, de día y noche, realizada por cantidades ingentes de personas, de modo que el aire está cargado y vibrante con ella»[62]. Menos destacada, quizá, es la integración gradual de peregrinos y pacientes en grupos progresivamente mayores. Después de una seria preparación individual (confesión, plegarias, exhortaciones) en su lugar de residencia, el paciente se une a un grupo de peregrinos de su propia parroquia. Varios grupos parroquiales se reúnen después en grupos mayores pertenecientes a un obispado y el largo e incómodo viaje tiene lugar en una atmósfera de gran entusiasmo. La estancia de tres días en Lourdes se programa con gran exactitud; el paciente se encuentra inmerso en una gran multitud en la que, sin embargo, nunca se siente perdido y es siempre bien atendido; cada parroquia, obispado o nación conserva su individualidad. Pero en la cumbre de las ceremonias del peregrinaje, todas estas distinciones se difuminan, y el peregrino se siente momentáneamente fundido con una multitud incontable, dentro de un alma enorme que clama con entusiasmo religioso. En este clima se han descrito una serie de curaciones, semejantes a la del paciente de Stevenson en la última tarde del «Canto de los Nueve Días».

---

[62] Ruth Cranston, *The Miracle of Lourdes*, Nueva York, McGraw-Hill, Inc., 1955, pág. 7.

Curación por medio de la incubación

Los procedimientos de la terapia primitiva son muchas veces tan complejos que no es fácil clasificarlos. Así sucede, por ejemplo, con la incubación, que podría incluirse en otros tipos de curación ceremonial si se considera que su parte esencial iba precedida y seguida de diversos ritos y ceremonias, pero que debe describirse aparte porque resulta obvio que la incubación era precisamente el principal agente terapéutico.

La palabra incubación significa «yacer en la tierra». Al paciente se le hace pasar una noche en una cueva, tendido sobre la tierra; entonces soñará con una visión que le curará.

Este tipo de tratamiento parece haber alcanzado su máxima perfección en la antigua Grecia, en los *Asklepeia* o templos de *Asklepios* (Esculapio), uno de los dioses de la medicina. Pero su origen debe ser mucho más antiguo. En los tiempos primitivos parece que la incubación se realizaba en una caverna sagrada (reemplazada más tarde por una cámara subterránea de los Asklepeia). Existen otros ejemplos del uso de cavernas con fines mágico-religiosos, como el del oráculo de Trophonius en la antigua Grecia [63]. Los que lo visitaban tenían que someterse a una preparación especial, de la que formaba parte el hecho de beber agua de la «Fuente del Olvido» y de la «Fuente de la Memoria». En la caverna tenían visiones terroríficas, que les dejaban debilitados de miedo cuando salían. Los sacerdotes les colocaban entonces en la «Silla de la Memoria» para que pudieran contar lo que habían visto. El mismo temor religioso rodeaba las misteriosas ceremonias de los Asklepeia, sujetas a las mismas preparaciones minuciosas, iguales acontecimientos subterráneos misteriosos y la misma expectación para recibir el oráculo, que aquí era curativo y llegaba en forma de sueño.

Entre los numerosos Asklepeia de que tenemos noticias, los mejor conocidos son los de Epidauros, Pérgamo y Cos [64]. El templo de Esculapio era una institución importante, como podemos deducir de los relatos de autores antiguos y de la moderna investigación arqueológica. Los enfermos venían de muy lejos a buscar la curación en estos lugares sagrados. Por desgracia, desconocemos muchas cosas acerca de sus métodos, como es el significado y uso de un laberinto circular, el *tholos*, encontrado en las ruinas de varios Asklepeia.

Suponemos que la hermosa situación de muchos de estos templos, el viaje, el período de espera, los rumores sobre curaciones maravillosas, todo ello afectaría al

---

63 Pausanias, *Description of Greece*, IV, libro 9, Cambridge, Mass., Harvard University Press, The Loeb Classical Library, 1955, cap. 39, págs. 347-355.

64 Emma J. Edelstein y Ludwig Edelstein, *Asclepius. A Collection and Interpretation of the Testimonies*, 2 vols., Baltimore, The Johns Hopkins Press, 1945; Karl Kerenyi, *Der göttliche Arzt*, Basilea, Ciba Gesellschaft, 1948.

paciente. Antes de ser admitidos en el santuario, se sometían a una preparación determinada, purificación que incluía el ayuno, la bebida del agua de las fuentes sagradas y otros varios ritos. El momento cumbre del tratamiento era la *incubación*, es decir, el sueño en el santuario. Se vestía al paciente con una túnica especial adornada con franjas de púrpura y en ocasiones se le colocaba una corona sobre la cabeza. La estancia sagrada donde tenía que pasar la noche era un lugar subterráneo denominado *abaton*. Tenía las paredes cubiertas con inscripciones relativas a los milagros que allí habían tenido lugar. En los primeros tiempos, el paciente tenía que tenderse en el suelo; posteriormente se le facilitó un lecho denominado *kline*. En contraste con el diván analítico de hoy día, el *kline* estaba destinado a dormir y soñar.

Durante la noche que el paciente pasaba en el *abaton*, podía ver apariciones, recibir un oráculo o tener visiones o sueños.

Una «aparición» significaba que el paciente, estando todavía despierto, veía la figura de un dios, por lo general Esculapio, que permanecía en silencio o le traía un mensaje; o bien podía oír voces, sentir un soplo de aire o ver una luz cegadora. Estas manifestaciones han sido muy discutidas y atribuidas a diferentes causas, bien al uso de drogas, hipnosis o al engaño de los sacerdotes. El «oráculo» significaba que el paciente tenía un sueño en el que un dios o un sacerdote le daban instrucciones. Una «visión» era un sueño en que se daba al paciente la precognición de un suceso próximo a ocurrir. El «sueño propio» era un tipo especial de sueño que llevaba *en sí* la curación. No era un sueño que necesitara de interpretación para desvelar el mensaje que contenía; el paciente simplemente soñaba, ¡e inmediatamente desaparecía la enfermedad! Se trata, obviamente, de un tipo de psicoterapia que no tiene equivalente en nuestro tiempo y que merece más atención. En un estudio de este fenómeno, el analista jungiano C. A. Meier menciona que Kieser, discípulo de Mesmer, expresó un concepto semejante: «Cuando el sentimiento interno de la enfermedad se personifica y se expresa mediante símbolos, puede producirse la curación»[65].

Curación por medio de la hipnosis

Hasta qué grado fue o es aplicada la hipnosis con fines terapéuticos en la medicina primitiva es todavía una cuestión sujeta a controversia, a pesar de la gran cantidad de datos recogidos[66]. No cabe duda de que en numerosos procedimientos curativos primitivos muchos pacientes caían en estados hipnóticos o semihipnóticos. Bastian indica claramente, en el relato de su propia experiencia en Guyana, que cayó en una especie agradable de estado hipnótico. No está claro, sin embargo, hasta qué punto ese estado en tales casos es conseguido voluntariamente por el hombre medicina, o más bien un efecto secundario de todo el procedimiento.

Tampoco cabe duda de que ciertos hombres medicina son capaces de hacer un uso consciente e intencionado de la hipnosis, del que tenemos

[65] C. A. Meier, *Antike Inkubation und moderne Psychotherapie*, Zurich, Rascher-Verlag, 1949, págs. 59-65.

[66] Otto Stoll, *Suggestion und Hypnotismus in der Völkerpsychologie*, 2.ª ed., Leipzig, Von Weit & Co., 1904.

ejemplos en las ceremonias que rodean a la iniciación de los curanderos australianos. Ésta sería probablemente la explicación de las descripciones dadas por ellos acerca de los fantásticos poderes con los que están pretendidamente dotados, descripciones que son semejantes en todo el continente, incluso en las regiones más apartadas. Según Elkin, los hombres medicina australianos coinciden en afirmar que, durante la iniciación final, sus cuerpos fueron abiertos, sus órganos extraídos y reemplazados por otros, y las incisiones curadas sin dejar ninguna señal [67]. También se dice que son capaces de producir alucinaciones colectivas, como la visión de una cuerda mágica. Las aseveraciones de Elkin las ha confirmado R. Rose, investigador que recibió entrenamiento en parapsicología [68]. Estas alucinaciones son muy semejantes a las descritas en el Tibet, y Elkin supone, por tanto, que los conocimientos secretos de los australianos y los tibetanos derivan de una fuente común.

Aunque estos hechos parecen indicar un conocimiento de la hipnosis entre los hombres medicina, no implican necesariamente que la hipnosis se haya empleado siempre de forma consciente con fines terapéuticos. El ejemplo que más se aproxima al procedimiento hipnótico moderno se encuentra en un documento egipcio del siglo III después de J. C., publicado por Brugsch [69]. Relata cómo se indujo la hipnosis en un joven mediante la fijación de un objeto luminoso y lo que dijo ver y oír durante el trance. La hipnosis parecía, pues, usarse como un simple medio de producir clarividencia y no con un fin terapéutico. Se ha dicho que las visiones terroríficas de la caverna de Trophonius y las curativas de los Asklepeia eran de naturaleza hipnótica; es bastante probable, aunque carecemos de pruebas al respecto.

Curación mágica

Muchos de los procedimientos curativos que hemos revisado hasta ahora han sido denominados mágicos o contienen ciertos elementos mágicos; pero la magia cubre un campo mucho más amplio que la medicina.

Se puede definir como una técnica inadecuada de poder del hombre sobre la naturaleza y una anticipación falaz de la ciencia [70, 71]. Por medio

---

[67] A. P. Elkin, *Aboriginal Men of High Degree*, Sidney, Australasian Publishing Co., 1945.

[68] Ronald Rose, *Living Magic. The Realities Underlying the Psychical Practices and Beliefs of Australian Aborigines*, Nueva York, Rand McNally and Co., 1956.

[69] Heinrich Brugsch, *Aus dem Morgenlande*, Leipzig, Ph. Reclam Jun., Universal-Bibliothek, 1893, núms. 3.151-52, págs. 43-53.

[70] Marcel Mauss y H. Hubert, «Esquisse d'une théorie générale de la magie», *L'année Sociologique*, vol. VII (1902-1903).

[71] J. G. Frazer, *The Golden Bough*, vol. I, *The Magic Art and the Evolution of Kings*, 3.ª ed., Londres, Macmillan, 1911.

de una pseudo-técnica, el mago pretende obtener todo lo que el hombre moderno es capaz de conseguir con medios científicos adecuados. Pero mientras que la ciencia es «neutral» y se puede aplicar a fines buenos y malos, la magia se suele dividir de una forma más rígida en «mala» o «buena» («negra» o «blanca»). La primera se supone que produce la enfermedad, mientras que la segunda pretende curarla.

También se ha descrito la magia como un sistema en que las características de la vida social se proyectan indebidamente en el mundo material [72]. En su ignorancia de las leyes abstractas, constantes e impersonales del universo, la magia las reemplaza con un sistema de reglas semejantes a las de la vida social. Se dirigen las fuerzas de la naturaleza por medio de conjuros y encantamientos construidos según el modelo de las exigencias y preceptos sociales. Los ritos se modelan a imagen de las ceremonias sociales. De esta forma se supone que el mago ejerce un control sobre las fuerzas de la naturaleza, como el tiempo, la fecundidad de los animales y la abundancia de las cosechas, y también sobre la producción y curación de enfermedades.

Las prácticas de la medicina primitiva que han sido denominadas mágicas constituyen un grupo heterogéneo que se puede dividir en varios subgrupos:

1) En ocasiones se usan de modo racional (aunque encubierto) drogas o venenos eficaces, aun cuando la mayoría de las substancias mágicas actúan probablemente como placebos.

2) En ocasiones se utilizan poderes parapsicológicos, como la clarividencia y la telepatía.

3) Las manifestaciones hipnóticas desempeñan probablemente, a veces, algún papel.

4) Existe también, sin duda ninguna, una gran dosis de trucos y charlatanería.

5) La sugestión es probablemente el agente más importante en la práctica de la magia. Un procedimiento mágico puede obtener su objetivo porque el individuo sometido a él crea firmemente en su eficacia; el mago cree asimismo en su propio poder, y la comunidad toda cree en la existencia y eficacia de las artes mágicas porque se consideran necesarias para la cohesión social [73].

La creencia en la magia es universal entre los pueblos primitivos. Entre los civilizados persistió (sobre todo bajo el nombre de brujería) hasta

---

[72] Louis Weber, *Le Rythme du progrès*, París, Alcan, 1913.

[73] El papel de la sugestión colectiva en tales casos ha sido bien ilustrado por Marcel Mauss, «Effet physique de l'idée de mort suggérée par la collectivité (Australie, Nouvelle-Zélande)», *Journal de Psychologie*, vol. XXIII, 1926, págs. 653-669; ver también Claude Lévi-Strauss, «Le Sorcier et sa magie», *Les Temps Modernes*, IV, núm. 41 (marzo 1949), 121-138.

épocas relativamente recientes, cediendo sólo ante el empuje de la ciencia. El poder, no digamos omnipotencia, adscrito a la magia entre los pueblos primitivos se demuestra por la creencia extendida de que mediante ella se puede matar a una persona, así como salvarla en el último momento por medio de la contramagia. Por lo demás, se trata de algo más que una simple creencia supersticiosa, y existen numerosos relatos fidedignos de estos acontecimientos en algunas partes del mundo, tales como Australia y Melanesia.

H. Basedow describió, entre otros autores, cómo se puede matar a una persona en Australia central por medio de un «bastón señalador» o «hueso señalador» usado en conjunción con ciertos ritos y conjuros. La víctima muere en unas pocas horas.

Un hombre que nota que está siendo «deshuesado» por un enemigo es, sin duda alguna, un espectáculo lastimoso. Permanece estupefacto, con los ojos clavados en el puntero alevoso y las manos elevadas como para rechazar la corriente letal que imagina está penetrando en su cuerpo. La palidez cubre sus mejillas y los ojos se le tornan vidriosos, mientras la expresión de su cara se distorsiona horriblemente, como la de una persona atacada de parálisis. Intenta gritar, pero por lo general el sonido se le quiebra en la garganta, y sólo se le ve espuma alrededor de los labios. Su cuerpo comienza a temblar y los músculos se le contraen involuntariamente. Se tambalea y cae hacia atrás sobre el suelo; durante un momento parece que está desmayado, pero pronto comienza a retorcerse como si estuviera en mortal agonía y, cubriéndose la cara con las manos, empieza a gemir. Transcurrido un rato, se recupera algo y se arrastra hacia su cabaña. A partir de entonces, se debilita y consume, se niega a comer y permanece aislado de los acontecimientos diarios de la tribu. A menos que se le proporcione ayuda en forma de un contra-hechizo administrado por el nangarri u hombre medicina, su muerte es cuestión de relativamente poco tiempo [74].

El nangarri llamado para salvar al paciente permite la presencia de una serie de parientes. Canta versos mágicos, averigua la supuesta localización del mal, lo extrae por el método de la chupadura y lo muestra a la familia.

El efecto es asombroso. El miserable sujeto, hasta entonces condenado a muerte, levanta la cabeza para fijarse maravillado en el objeto que muestra el nangarri, que imagina con toda seriedad que ha sido extraído de su cuerpo. Satisfecho con esta realidad, es capaz incluso de sentarse y pedir un vaso de agua. La crisis está superada, y a partir de ahí la recuperación es rápida y completa. Sin la intervención del nangarri, el individuo «deshuesado» se habría consumido con seguridad hasta morir; pero la vista de un objeto concreto, considerado por la autoridad reconocida de la tribu como la causa de la enfermedad, significa la recuperación para él, y con su extracción comienza una nueva fase en su vida. La fe implícita que el nativo pone en los poderes mágicos del hombre medicina de su tribu produce unas curaciones que exceden a todas las registradas por los discípulos de la curación por la fe de las comunidades más cultas [74].

---

[74] Herbert Basedow, *The Australian Aboriginal*, Adelaida, F. W. Preece and Sons, 1925, págs. 174-182.

Estos ejemplos nos ayudan a comprender el significado de la medicina mágica. Si un mago es capaz, por medio de la sugestión colectiva, de producir la muerte aguda psicógena de su víctima, e inmediatamente después arrancarla del borde de la misma, también podrá producir un gran número de enfermedades o síntomas subjetivos, y curarlos a continuación. Podrá curar asimismo a numerosos enfermos que simplemente *creen* o *sospechan* ser víctimas de la magia. En tales casos el proceso mágico es aún más complicado: diagnosticar si una persona está embrujada o no y, si lo está, averiguar quien es el instigador, es un trabajo que muchas veces requiere un especialista, el adivino.

La curación mágica abarca, por tanto, dos procedimientos principales. El primero es la contra-magia. Una enfermedad supuestamente causada por magia negra se cura mediante la extirpación de la causa, bien por destrucción del supuesto hechicero o por neutralización de su hechicería. Otra aplicación de la contra-magia es la prevención contra las acciones mágicas por medio de talismanes u otros medios. El segundo procedimiento es la aplicación directa de la magia al tratamiento de la enfermedad, sin importar que ésta estuviera producida por aquélla.

Existen muchos tipos de magos e innumerables variedades de prácticas mágicas y contra-mágicas. Muchas de ellas aún sobreviven en la medicina popular de los países civilizados. Una investigación sistemática de la medicina mágica nos ayudaría sin duda a comprender mejor esas manifestaciones que denominamos sugestión y autosugestión.

Terapéuticas racionales en la medicina primitiva

Se ha supuesto demasiado a menudo que la medicina primitiva pertenecía al reino de lo irracional y de la fantasía. No debemos olvidar que el hombre medicina lucha sobre todo con enfermedades graves y muy raras, y que suele haber otros hombres, a los que podemos denominar doctores laicos, que se enfrentan con las enfermedades menores o claramente físicas. Como demostró Bartels, una parte considerable de la medicina primitiva representa un primer estadio de la medicina empírica, como son la utilización de baños y sudaderos, el masaje, la cirugía elemental y las drogas. Es sabido que la farmacopea moderna deriva en gran parte de las drogas más activas de la medicina primitiva. Ciertos pueblos desarrollaron este tipo de terapia racional y empírica a un nivel más alto que otros. Uno de los mejores estudios sobre la medicina primitiva racional es el de G. W. Harley, quien vivió en la tribu de los manos en Liberia[75]. Recoge una lista de unas cien enfermedades, de las que sólo

[75] G. W. Harley, *Native African Medicine*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1941.

quince eran tratadas por métodos mágicos o irracionales de otro tipo. Los hombres medicina utilizaban más de doscientas plantas en forma de infusiones, decocciones, etc.

R. W. Felkin, joven médico que trabajó como misionero en Uganda en 1884, publicó el relato de una operación cesárea que presenció en 1879 en Katura, entonces integrante del reino de Bunyoro[76]. Su descripción despertó un escepticismo considerable. La investigación moderna, sin embargo, demuestra que la medicina del reino de Bunyoro alcanzó cotas importantes. Como ha afirmado Davies, algunos genios locales, aparentemente, «habían cruzado el Rubicón que separa el mundo mágico del gobernado por la ciencia experimental»[77].

En lo que concierne al tratamiento de las enfermedades mentales, se podría decir lo mismo de los métodos utilizados por un curandero nativo de Laponia y que fueron descritos por el etnólogo J. Qvistad[78]. A los enfermos mentales, dicho curandero les prescribía unas normas generales de vida: abstención de bebidas alcohólicas, tabaco y café; levantarse y acostarse temprano; mantenerse ocupados en un trabajo ligero. Debía atenderles alguien constantemente sin darles la impresión de que eran observados. Los pacientes no tomarían medicación, pero debían bañarse dos veces al día, en agua de mar por la mañana y en agua dulce por la noche. Si se ponían agresivos no había que atarles, sino que meterlos en una habitación de la que se retiraba cualquier objeto potencialmente peligroso. Si atacaban a alguien, se les daba un palmetazo en el cuerpo desnudo con una rama sin hojas; se les hablaba con claridad y sin demostrar temor. Se decía que el citado curandero lapón había curado a numerosos enfermos mentales.

Características básicas de la curación primitiva

Hasta ahora hemos hecho una revisión de los métodos principales de la curación primitiva y destacado ciertas semejanzas entre algunos de ellos y los modernos métodos psicoterapéuticos. Pero no hay que minimizar las diferencias entre ambos, ni tampoco pasar por alto que, a través de las innumerables variedades de la curación primitiva, se pueden reconocer ciertas características básicas.

---

[76] R. W. Felkin, «Notes on Labour in Central Africa», *Edinburgh Medical Journal*, XXIX (1884), 922-930.

[77] J. N. P. Davies, «The Development of 'Scientific' Medicine in the African Kingdom of Bunyoro-Kitara», *Medical History*, III (1959), 47-57.

[78] J. Qvistad, *Lappische Heilkunde*, Oslo, Instituttet for Sammenlignende Kulturforskning, 1932, págs. 90-91.

1) El curandero primitivo desempeña en su comunidad un papel mucho más importante que el médico en la actualidad. Sigerist escribe: «Es un insulto para el hombre medicina denominarlo antecesor del médico moderno. Lo es, con seguridad, pero es aún mucho mas; en realidad es el antecesor de la mayoria de nuestras profesiones» [79]. No sólo le concierne el bienestar de su pueblo (desde hacer llover hasta proporcionarle la victoria en la guerra); muchas veces es un brujo temido; en ocasiones es el bardo que conoce el origen del mundo y la historia de su tribu. Mucho antes de que se inventara la división del trabajo, el curandero era el único hombre con profesión, junto con el jefe y el sacerdote, y en ocasiones reunía en sí los tres oficios. Más frecuente era, sin embargo, que esas distintas funciones estuvieran repartidas entre varias personas. Ciertas tribus tenían varias clases de curanderos: había, por ejemplo, hechiceros rodeados de gran prestigio que trataban solamente las enfermedades causadas por la pérdida del alma, mientras que la terapia de las enfermedades físicas corrientes se asignaba a curanderos de un grado inferior.

2) En presencia de una enfermedad, sobre todo si es grave o peligrosa, el enfermo coloca sus esperanzas y su confianza más en la *persona* del curandero que en sus medicinas y otras técnicas terapéuticas. Parece, por tanto, que el agente principal de la curación es la personalidad del curandero, además de cualquier habilidad o conocimiento necesarios. Maeder distingue tres tipos de curandero primitivo: el primero podría ser denominado curandero laico, es decir, el que trata con métodos racionales o posiblemente racionales. El segundo es el mago, que actúa a través de su prestigio y sugestión. El tercero es el curandero religioso, sobre el cual, según Maeder, el paciente proyecta el «arquetipo del Salvador», mientras que él despierta y desarrolla en el paciente sus propias tendencias autocurativas [80].

3) El curandero primitivo es un hombre con muchos conocimientos y experiencia, «un hombre de grado superior», como denomina Elkin al hombre medicina australiano, que adquiere su grado después de una enseñanza larga y difícil. Los curanderos más primitivos la reciben de otros curanderos, y son miembros de un grupo que transmite sus conocimientos secretos y sus tradiciones. Muchos de ellos tienen que sufrir una «enfermedad iniciadora». En realidad, algunos están sujetos a manifestaciones psicopatológicas. En ese aspecto, Ackerknecht distingue tres tipos de hombres medicina: *a*) Los no inspirados, cuyas visiones y trances están inducidos por el ayuno, el alcohol y las drogas. *b*) Los inspirados, que sufren una posesión ritual, es decir, una variedad de auto-hipnosis semejante en

[79] Henry Sigerist, *A History of Medicine*, I, Nueva York, Oxford University Press, 1951, pág. 161.

[80] Alphonse Maeder, *Studien über Kurz-Psychotherapie*, Stuttgart, Klett, 1963.

parte a los trances de nuestros médiums occidentales. *c*) Los verdaderos hechiceros, esto es, los que se convierten en hechiceros sólo después de sufrir un estado peculiar de enfermedad mental grave [81]. Tales son los hechiceros de ciertas tribus sudafricanas, de Indonesia y, sobre todo, de Siberia. Los etnólogos rusos han descrito la enfermedad iniciadora de los chamanes siberianos:

> Nioradzé relata cómo el joven que ha recibido la llamada se aparta de la sociedad; pasa las noches en el suelo desnudo e incluso en la nieve, observa largos períodos de ayuno, sufre grandes privaciones y conversa con los espíritus; presenta la imagen de un psicótico grave. Sin embargo, y contrastando con la enfermedad mental ordinaria, la suya comienza con una vocación por la hechicería y, durante su curso, el paciente sufre la iniciación profesional de otros chamanes; la enfermedad termina en el momento justo en que se completa la enseñanza y el sujeto se proclama a sí mismo chamán [82].

Es obvio que no nos enfrentamos aquí con una enfermedad mental corriente, sino más bien con un tipo de «enfermedad iniciadora», que se podría incluir en el amplio grupo de las «enfermedades creadoras» [83], en el que se incluyen las experiencias de ciertos místicos, poetas y filósofos. Más tarde examinaremos el papel que este tipo de enfermedad ha desempeñado en la fundación de la psiquiatría dinámica.

4) El curandero puede estar versado o no en el tratamiento de las fracturas, en el conocimiento de las drogas, en el masaje y otros tratamientos empíricos que muchas veces se dejan a cargo de los curanderos laicos. Pero sus métodos curativos más importantes son de naturaleza psicológica, tanto si la enfermedad es física como mental. En las sociedades primitivas, la distinción entre cuerpo y mente no es tan clara como en la nuestra, y el hombre medicina puede muy bien ser considerado como un psicosomatólogo.

5) La curación primitiva es casi siempre un procedimiento público y colectivo. En general, el paciente no va al curandero por sí mismo, sino acompañado por parientes que están presentes durante el tratamiento. Como hemos visto, éste es al mismo tiempo una ceremonia realizada en un grupo bien estructurado, que implica por un lado a toda la tribu del paciente y por otro a los miembros de una sociedad médica a la que el paciente se une una vez curado.

Hasta ahora hemos revisado las características básicas comunes y resumido las variedades más importantes de la curación primitiva. Forest

---

[81] Erwin H. Ackerknecht, «Problems of Primitive Medicine», *Bulletin of the History of Medicine*, XI, núm. 5 (1942), 503-521.

[82] Georg Nioradzé, *Der Schamanismus bei den sibirischen Völkern*, Stuttgart: Strecker and Schröder, 1925.

[83] Henri Ellenberger, «La Notion de maladie créatrice». *Dialogue, Canadian Philosophical Review*, III (1964), 25-41.

E. Clements ha tratado de reconstruir su evolución histórica basándose en una comparación cuidadosa de las áreas de difusión de las teorías más importantes de la enfermedad [84]. En el cuadro 1-2 se resumen sus hipótesis acerca del período de origen y el orden cronológico de su aparición.

CUADRO 1-2

TEORÍA DE LA ENFERMEDAD	PERÍODO DE APARICIÓN	CENTRO GEOGRÁFICO
1. Intrusión de un objeto-enfermedad.	Paleolítico (principios).	Viejo Mundo.
2. Pérdida del alma.	Paleolítico (finales).	Siberia.
3. Intrusión de un espíritu.	Final del pleistoceno.	Oeste de Asia.
4. Incumplimiento de un tabú.	Relativamente reciente.	Los tres centros simultáneamente.

La mas extendida de todas es la teoría del «hechizo», y su cronología es incierta.

La curación en el templo y la psicoterapia filosófica

Los primeros reinos e imperios se fundaron en Asia, en época desconocida, hacia 4.000 antes de J. C. Con ellos se sentaron las bases para el desarrollo de religiones organizadas, dotadas de colegios de sacerdotes, y para la constitución de cuerpos sistematizados de cultura que fueron la prefiguración de la ciencia, una ciencia fundada en la observación y la deducción más que en la medida y el experimento, a diferencia de la ciencia moderna.

Ciertas técnicas de la medicina primitiva fueron adoptadas por la nueva medicina del templo. (El exorcismo es un ejemplo de ello.) Otras, probablemente, fueron inventadas y desarrolladas en los propios templos (como las curaciones en los Asklepeia). La medicina laica experimentó también un desarrollo autónomo, aunque se mostró más versada en el tratamiento de las enfermedades físicas que en el de las condiciones emocionales. Así surgió la separación entre la medicina sacerdotal y la medicina propiamente dicha, la primera representada por el sacerdote curandero y la segunda por el médico. Ackerknecht ha demostrado de forma convincente que los verdaderos antecesores del médico moderno son los curanderos laicos, es decir, los hombres a los que el hombre medicina confiaba los

[84] Forest E. Clements, «Primitive Concepts of Disease», *University of California Publications in American Archaeology and Ethnology*, XXXII, núm. 2 (Berkeley, 1932), 185-252.

cuidados empíricos y físicos de los pacientes, mientras que «el hombre medicina es más bien el antecesor del sacerdote, antagonista del médico durante siglos» [85]. Durante largos siglos, el médico y el sacerdote vivieron lado a lado: Cos era la cuna de Hipocrates y de su escuela, pero también era famosa por su Asklepeion. Galeno, el médico más importante del siglo II recurría sin vacilación al Asklepeion de Pérgamo para ciertas materias. Parece que la curación psicológica estaba mas desarrollada en los Asklepeia que en la medicina laica.

Al lado de la medicina del templo y de la primera medicina científica, una característica destacable de estas culturas fue la elaboración de técnicas muy desarrolladas de entrenamiento mental —muchas veces con implicaciones psicoterapéuticas— basadas en ciertas enseñanzas filosóficas y religiosas. La más famosa es el yoga, «técnica mística» extraordinariamente elaborada, común a la mayoría de las escuelas religiosas y filosóficas de la India [86]. Del budismo surgieron también otras técnicas fisiológicas y psicoterapéuticas, como las de la secta Zen.

En el mundo occidental, ciertas de estas técnicas estuvieron asociadas también con escuelas filosóficas. Muchas veces se olvida que en la era grecorromana la adopción de una filosofía no implicaba solamente la aceptación de una doctrina. Los pitagóricos, los platónicos, los aristotélicos, los estoicos y los epicúreos no eran solamente seguidores de «sistemas filosóficos», sino miembros de «escuelas» organizadas, también denominadas «sectas», que les imponían un método específico de formación y una forma de vida [87]. Cada una de ellas tenía una especie de instituto central, además de las ramificaciones locales. El Instituto Pitagórico de Crotona, en el sur de Italia, fue destruido por los enemigos de la asociación, pero durante siglos los platónicos, los aristotélicos y los epicúreos tuvieron sus respectivos institutos (la Academia, el Liceo, la Casa y Jardín de Epicuro) en Atenas. Estos institutos disponían de aposentos para los miembros prominentes, salas de lectura, bibliotecas y talleres para publicar. Cada uno tenía su propia organización, bajo la dirección de un *erudito*, que era sucesor del fundador, con una jerarquía de miembros antiguos y modernos. Dichos miembros, que en ocasiones habían sufrido una especie de conversión filosófica, tenían que pasar una iniciación y vivir de

[85] Erwin H. Ackerknecht, «Problems of Primitive Medicine», *Bulletin of the History of Medicine*, XI, núm. 5 (1942), 503-521.

[86] Ver entre otros los libros de Mircea Eliade, *Yoga, Essai sur les origines de la mystique indienne*, París, Geuthner, 1936; *Techniques du Yoga*, París, Gallimard, 1948.

[87] Pueden consultarse algunos detalles acerca de la organización de las sectas filosóficas griegas en las obras de Léon Robin, *La Pensée grecque et les origines de l'esprit scientifique*, París, Renaissance du Livre, 1923, págs. 61-85; Paul Friedländer, *Platon; Seinswahrheit und Lebenswirklichkeit*, 2.ª ed., Berlín, de Gruyter, 1954; Norman W. Dewitt, *Epicurus and His Philosophy*, Minneapolis, University of Minnesota Press, 1958, págs. 89-120.

cierto modo que a veces se extendía a la alimentación y el vestido. Tenían la obligación de defender las doctrinas y observar las reglas de la escuela, cuyo incumplimiento se castigaba con la expulsión.

Cada escuela transmitía lo que su fundador había enseñado; sus sucesores estaban muchas veces en desacuerdo con él, pero en la escuela siempre había una doctrina «oficial», que comprendía no sólo la metafísica, sino también la lógica, moral, física y otras ciencias. La enseñanza fundamental estaba reservada para los discípulos, aunque había también lecturas y escritos para el público. Las escuelas entraban muchas veces en polémicas con los no filósofos, con otras escuelas y con quienes se separaban de su propio grupo. Sus miembros estaban unidos por sus creencias comunes, por la práctica de los mismos ejercicios, por el modo uniforme de vida y por el culto del fundador: de su memoria, más a menudo, probablemente, de su leyenda, y de sus escritos. Así sucedía, particularmente, entre los epicúreos; dondequiera que tuvieran un grupo local, se reunían una vez al mes en un banquete en honor de su fundador. Conservaban su retrato en los lugares de reunión y en sus anillos, y los que iban a Grecia nunca dejaban de visitar la casa y el jardín del fundador, cerca de Atenas.

Cada escuela enseñaba y practicaba un método específico de preparación psíquica. Los pitagóricos, comunidad unida por la disciplina estricta y la obediencia al «maestro», seguían severas restricciones dietéticas, ejercicios de autocontrol (por ejemplo, durante la iniciación se observaba un largo período de silencio), ejercicios de refresco de la memoria, y memorización para recitar. También estudiaban matemáticas, astronomía y música. Los platónicos buscaban la verdad, que esperaban surgiera en las conversaciones entre el maestro y los discípulos. La escuela aristotélica era una especie de instituto de investigación de alcance enciclopédico. Los estoicos y los epicúreos atribuían gran relieve al entrenamiento psíquico [88]. Los primeros aprendían a controlar las emociones y practicaban ejercicios escritos y verbales de concentración y meditación, método éste que empleó, siglos después, san Ignacio de Loyola. Elegían un tema dado, por ejemplo la muerte, y trataban de disociar el objeto de todas las opiniones, temores y memorias establecidos que habían sido asociadas con él. Otra práctica era la de las «consolaciones», que consistía en un amigable discurso filosófico dirigido o escrito a una persona afligida. Los epicúreos, en sus meditaciones, evitaban enfrentarse directamente con el mal; por el contrario, evocaban las alegrías pasadas y futuras. Recurrían también a la memorización intensiva de un compendio de máximas, que recitaban sin cesar, en voz alta o mentalmente. No cabe duda de que tales prácticas ejercían una acción psicoterápica en muchos sujetos. Se ha afirmado que

[88] Paul Rabbow, *Seelenführung. Methoden der Exerzitien in der Antike*, Munich, Koesel, 1954.

algunas de las características del estoicismo se repiten en las escuelas adleriana y existencialista de hoy, al igual que ocurre con algunas de la Academia de Platón con relación a la escuela de Jung, mientras que el método epicúreo para la eliminación de la ansiedad ha sido comparado en este aspecto con Freud [89].

Estas escuelas ejercieron una influencia considerable sobre la vida de su época. Trataron de extender sus enseñanzas a través de lecturas y libros (la Casa de Epicuro, cerca de Atenas, era también una casa de publicación), y en ocasiones influyeron sobre los políticos. Muchos de sus discípulos eran profesores o médicos. Con la perspectiva actual, parecen todas de importancia similar, y los capítulos que se les dedican en las historias de la filosofía tienen una longitud parecida, pero sus contemporáneos conocían bien las grandes diferencias que había en su aceptación y en su número de seguidores. Los estoicos sobrepasaban en número a los discípulos de Platón y Aristóteles, pero los más populares eran, con gran diferencia, los epicúreos, que formaban grandes comunidades en casi todas las ciudades del mundo grecorromano.

La psicoterapia filosófica no se reducía a los métodos de educación, disciplina y preparación mental colectivos. Se emplearon también métodos de terapéutica individual, como se evidencia en el tratado de Galeno *Sobre las pasiones del alma* [90]. El método de Galeno hay que entenderlo inserto en el marco de la cultura y costumbres de la época, en la que reinaba la brutalidad. La propia madre de Galeno, según él mismo dice, solía morder a sus sirvientas, y el autor cita como ejemplo de moderación a su padre, que, cuando estaba irritado con sus servidores, no les daba de puntapiés, sino que esperaba hasta que su ira se hubiera calmado para golpearlos. Relata asimismo un viaje con un amigo, en el curso del cual dos criados no lograron dar con una valija del equipaje, por lo que su amigo les golpeó con una espada, hiriéndoles gravemente. El emperador Adriano atravesó el ojo de uno de sus esclavos en un ataque de ira. Los griegos y romanos eran, pues, propensos a crisis de conducta incontrolada, que salían de los poderes «irascibles» o «concupiscibles» del alma (según la terminología de Galeno). La existencia de una masa de esclavos pasivos sobre los que se podían descargar tales estallidos de pasión favorecía este tipo de conducta. Así se explica también la extraordinaria importancia atribuida por los filósofos y moralistas de la época al dominio de las propias pasiones y el lugar predominante que ocupa en el tratado de Galeno.

---

[89] R. de Saussure, «Epicure et Freud», *Gesundheit und Wohlfahrt*, XVIII (1938), 356-360.

[90] Galeno, *On the Passions and Errors of the Soul*, traducido por Paul W. Harkins, con una introducción e interpretación de Walther Riese, Columbus, Ohio State University Press, 1961.

El método preconizado al efecto por Galeno parece haber sido tomado principalmente de los estoicos (aunque en esto, como en medicina, era un ecléctico). El primer paso consistía en abstenerse de las formas más crudas de irritación, en especial de golpear, morder o herir a los propios esclavos. El segundo consistía en encontrar un mentor, un consejero anciano y sabio que señalara los defectos y proporcionara consejos: Galeno subraya la importancia capital de un hombre semejante, y también la dificultad de encontrarlo. El tercer paso, con la ayuda del mentor, consistía en realizar un esfuerzo ininterrumpido para controlar las pasiones. Galeno consideraba que esta preparación era factible a cualquier edad, incluso a los cincuenta años, pero opinaba que era mejor comenzar en la juventud. Había también métodos auxiliares, como el de releer y recitar diariamente en voz alta las máximas de la escuela pitagórica. Con el curso de los años, el sujeto reduciría su forma de vida a lo meramente necesario. Se contentaría, por ejemplo, con dos habitaciones y dos esclavos. En este estadio, cuando había logrado la serenidad y la libertad incluso del dolor, vería las pasiones como graves enfermedades del alma y estaría en condiciones de ayudar a otros. El método del hombre sabio que aconseja a su joven discípulo está ilustrado en el tratado arriba mencionado y en *Sobre los errores del alma,* en el que Galeno distingue dos fuentes de error: las de naturaleza puramente intelectual y las que derivan de las pasiones.

Curación religiosa y «cura de almas»

La Iglesia católica adoptó, de las religiones establecidas, algunas prácticas, como las oraciones, los votos y las peregrinaciones (que sin duda tenían una virtud estimulante en una época en que las personas vivían una vida monótona, enraizada en un lugar) y dio asimismo gran importancia a la práctica de la confesión, realizada de forma individual ante un sacerdote y ligada al más absoluto secreto. Existen razones para creer que la práctica común de la confesión ejerció una influencia notable sobre el desarrollo de la psicología, en forma de autobiografías como las *Confesiones* de San Agustín, y de la novela psicológica[91]. Los sacerdotes adquirían unos conocimientos psicológicos que sistematizaban hasta cierto punto en los libros de teología moral, aunque la misma naturaleza y rigidez del secreto de confesión hizo este conocimiento sistematizado más bien abstracto[92].

---

[91] El poeta francés Alfred de Vigny afirmó que la novela psicológica debe su origen a la práctica cristiana de la confesión. Louis Ratisbonne, éd., *Journal d'un poète,* París, Michel Lévy, 1867, pág. 172.

[92] Como veremos en un capítulo posterior, el estudio objetivo de la psicopato-

Los reformistas protestantes abolieron la confesión obligatoria, pero fue en sus comunidades donde surgió una nueva práctica y tradición, la «cura de almas» (*Seelsorge*). Existen numerosos aspectos y variedades de esta «cura de almas», entre las que hay una de particular importancia [93]. Ciertos ministros protestantes se consideraban dotados de un particular don espiritual que les capacitaba para obtener la confesión de algún secreto molesto de las almas apenadas y para sacar a estas personas de su dificultad. Tales clérigos mantenían la tradición del secreto absoluto, aunque no se les imponía con la misma rigidez que en la Iglesia Católica. A falta de un ejemplo histórico de tales curaciones, lo tomaremos de una novela de Heinrich Jung-Stilling, *Theobald oder die Schwärmer*, publicada en 1785. En uno de sus episodios principales encontramos el relato detallado de una «cura de almas», inspirada muy probablemente por un hecho real que captó la atención del novelista.

Una joven soltera, Sannchen, sufre un tipo peculiar de depresión. Los médicos lo atribuyen a «debilidad de los nervios», lo diagnostican de histeria y tratan a la paciente con medicamentos sin obtener éxito alguno. La ansiosa familia oye hablar entonces del pastor de un pueblo, el reverendo Bosius, del que se dice que tiene un don particular para la «cura de almas», y le piden ayuda. En la novela se describe a este reverendo Bosius como un hombre piadoso, culto, modesto y devoto. Nada más llegar, va a dar un paseo por el jardín con Sannchen. Su bondad la impresiona favorablemente. Él comienza con una charla larga y amistosa sobre el amor de Dios que se refleja en toda la Naturaleza, donde cada ser es una idea de Dios. Ahora bien, ¿cuál es la más maravillosa de todas las ideas de Dios? El amor. Y ¿qué es el amor? El deseo del amante de unirse a lo amado. Esto lleva a Sannchen a hablarle de su secreto y contrariado amor por Theobald y de una transgresión que ha cometido. Habiendo oído su confesión, el reverendo Bosius exclama: «¡Buen Dios! ¡Qué poco sabes acerca del amor!». Después le explica que bajo la guisa del amor ella ha sido engañada por la pasión. La pasión no es más que un «impulso sexual natural» (*natürlicher Geschlechtstrieb*), es decir, el instinto natural de los animales que desean reproducirse, por muy refinado y sublimado que quiera parecer.

Tras esta primera conversación, el reverendo Bosius consigue que Sannchen acepte su destino, y luego, con su consentimiento, explica la situación a sus padres; luego pide a Theobald que se case con ella, con lo que la primera parte de la novela termina con una tranquila boda entre Theobald y Sannchen [94, 95].

---

logía sexual tiene su origen en la obra de los teólogos morales católicos. Ver pág. 345.

[93] Henri F. Ellenberger, «The Pathogenic Secret and Its Therapeutics», *Journal of the History of the Behavioral Sciences*, II (1966), 29-42.

[94] Heinrich Stilling (Jung-Stilling), *Theobald oder die Schwärmer, eine wahre Geschichte*, I, 2 vols., Francfort y Leipzig, 1785, págs. 287-302.

[95] Existe una traducción inglesa resumida y muchas veces inexacta: Heinrich Stilling, *Theobald or the Fanatic. A True Story*, traducida por el Rev. Samuel Schaeffer, Nueva York, Saxton and Miles, 1846. En esta traducción inglesa, la frase crítica dice así: «...en realidad, no es superior a un mero instinto natural, la cruda excitación de los principios animales que la gente puede refinar, sublimar y elevar hasta el platonismo más elegante, según deseen; bajo todas sus sublimaciones permanece todavía el mismo principio grosero, bajo, inferior». Es esta una traducción bastante

Notaremos que el secreto patógeno que tan rápidamente descubrió el reverendo Bosius estaba relacionado con un asunto amoroso; parece como si supiera, por su experiencia anterior de «cura de almas», que debía ser así. Notaremos también que no consideró terminado su trabajo cuando obtuvo la confesión y dio el consuelo. Con el permiso de la paciente desempeñó un papel activo en la búsqueda de soluciones para los problemas que le afectaban. Todo el procedimiento guarda algún parecido con la psicoterapia de la época actual.

Después, el conocimiento del secreto patógeno y su tratamiento cayó en manos de los laicos. No sabemos cuándo ocurrió, pero debió ser cuando surgieron los primeros magnetizadores (de los que hablaremos en el capítulo siguiente). La noción de secreto abrumador llegó a su conocimiento poco después de que Puységur descubriera el estado de «sueño magnético» (denominado posteriormente hipnosis). El primer paciente en el que Puységur indujo el sueño magnético en 1784, Victor Race, le informó de un conflicto que tenía con su hermana y acerca del cual nunca se hubiera atrevido a hablar en estado normal. Siguió el consejo de Puységur en estado normal, para su completa satisfacción [96]. En 1786 el conde de Lutzelbourg publicó la historia de uno de sus pacientes que se mostraba encaprichado con un amigo en el que tenía la máxima confianza en estado vigil [97]. Sin embargo, en el «sueño magnético» reveló saber que el supuesto amigo era un traidor que le había perjudicado, y le explicó al magnetizador lo que tenía que hacer para trasladarle este conocimiento del estado de «sueño» al de vigilia. En la primera época del magnetismo se describían en todas partes casos semejantes; se hicieron menos frecuentes en la segunda mitad del siglo XIX, pero todavía entre 1880 y 1890 había hipnotizadores que sabían cómo liberar a sus pacientes de los secretos abrumadores que les contaban en estado hipnótico.

La noción del secreto patógeno fue generalizándose gradualmente entre el público. La prueba se encuentra en una serie de trabajos literarios del siglo XIX. Jeremías Gotthelf (pseudónimo del pastor suizo Albert Bitzius) cuenta, en una novela publicada en 1843, la historia de un joven, hijo de unos acaudalados labradores, que está muriendo lentamente de desesperanza por hallarse enamorado en secreto de una joven con la que sus padres no le permitirían casarse, por ser ella pobre y huérfana [98]. La

---

refinada del lenguaje llano utilizado por el Rev. Bosius en el texto original y al que Sannchen responde con esta exclamación: «*Herr Pfarrer! Sie beschämen mich!*» (Me hace sentirme avergonzada).

[96] A. M. J. Chastenet de Puységur, *Mémoires pour servir à l'histoire et à l'établissement du magnétisme animal*, 1784.

[97] Conde de Lutzelbourg, *Extraits des journaux d'un magnétiseur attaché à la Société des Amis Réunis de Strasbourg*. Estrasburgo, Librairie Académique, 1786, pág. 47.

[98] Jeremías Gotthelf, *Wie Anne Bäbi Jowäger haushaltet und es ihr mit den Doktorn ergeht*, 2 vols., Solothurn, 1843-1844.

familia ha arreglado el casamiento con una novia rica y arrogante. Un adivino viejo y experimentado se imagina el secreto e induce a la familia a romper el contrato y casar al joven con su amada. Desde este momento está curado. En 1850 Nathaniel Hawthorne describió, en su obra maestra *La letra escarlata,* cómo un malvado puede descubrir un secreto patógeno y explotarlo para torturar a su víctima hasta la muerte [99].

Una descripción extraordinaria de un caso análogo y de su curación es la realizada en 1888 por Ibsen en su obra *La dama del mar.*

Ellida, una neurótica, sufre una misteriosa neurosis que debe tener alguna conexión con el mar: pasa una cantidad anormal de tiempo bañándose y nadando en el fiordo, aun cuando clama que odia su «agua enferma y nauseabunda», en contraste con la vivificante del mar abierto. Siempre que alguien habla del mar y de los navegantes, se sobresalta y muestra un gran interés. A un artista le sugiere la idea de pintar una sirena tendida sobre la playa después de que el mar se ha retirado. Hablando con un escultor, inmediatamente piensa en modelar tritones, sirenas y vikingos. Cuando habla de su hijo que murió en la infancia, mantiene que el color y el brillo de sus ojos cambiaba según los diversos tonos y aspectos del mar. Mantiene la teoría de que si la humanidad hubiera elegido para vivir el mar en lugar de la tierra, los hombres serían mejores y más felices. Pero han tomado el camino equivocado, y es demasiado tarde para volver al mar; un sentimiento confuso de ese error es la raíz más profunda de la tristeza humana. Gradualmente surge el secreto: Ellida había sido atraída (o quizá seducida) por un marinero misterioso; habían unido sus anillos en una sola cadena, que él arrojó al mar antes de despedirse, diciéndole que un día volvería a ella. El marinero misterioso vuelve y reclama de Ellida el cumplimiento de su promesa, pero en el intervalo ella se ha casado. Su marido la deja elegir entre él y el extranjero, aunque apelando a su sentido del deber. Ella elige a su marido, y el escritor nos da a entender que esta decisión libre y responsable le traerá la curación [100].

La obra de Ibsen destaca dos aspectos del secreto patógeno: 1) Las numerosas formas simbólicas en que involuntariamente se expresa, y 2) la curación no depende solamente de la intervención del psicoterapeuta, sino de la elección libre y responsable del paciente.

Parece que el primer médico que sistematizó el conocimiento del secreto patógeno y su psicoterapia fue el vienés Moritz Benedikt [101]. En una serie de publicaciones que aparecieron entre 1864 y 1895, demostró que la causa de numerosos casos de histeria y otras neurosis reside en un secreto angustioso, la mayoría de las veces perteneciente a la vida sexual, y que muchos pacientes se pueden curar mediante la confesión y la liberación de los problemas correspondientes.

---

99 Nathaniel Hawthorne, *The Scarlet Letter* (1850), The Centenary Edition, vol. I, Columbus, Ohio State University Press, 1962.

100 Henrik Ibsen, *The Lady from the Sea* (Fruen fra havet), 1888, traducida por Eleanor Marx-Aveling, Londres, Unwin, 1890.

101 Ver cap. V, pág. 351; cap. VII, pág. 623; cap. X, pág. 859.

Podríamos preguntarnos hasta qué punto estuvo influida la moderna psiquiatría dinámica por esta noción antigua del secreto patógeno y de su curación. Como veremos en los capítulos siguientes, algunos de los casos de Janet y Freud corresponden a secretos patógenos inconscientes (al igual que ocurría entre los magnetizadores e hipnotizadores). En su «Comunicación Preliminar», publicada conjuntamente con Breuer en 1893, Freud menciona en una nota marginal que «en los comentarios de Benedikt publicados ocasionalmente hemos encontrado la mayor semejanza con nuestros conceptos teóricos y terapéuticos». Con el desarrollo posterior del psicoanálisis, el concepto de secreto patógeno fue absorbido de forma gradual por los de reminiscencias traumatizantes, represión y sentimientos neuróticos de culpabilidad.

Entre los pioneros de la psiquiatría dinámica, el que prestó más atención a este concepto fue C. G. Jung, quien quizá lo oyera a su padre, un ministro protestante [102]. Jung consideraba este tratamiento como una parte preliminar de la psicoterapéutica completa. De los primeros discípulos de Freud, fue el reverendo Oskar Pfister, de Zurich, el primero en aplicar el psicoanálisis a la *Seelsorge*. Para los que le conocieron personalmente o han leído con detenimiento sus escritos, está claro que Pfister consideraba el psicoanálisis en cierto modo como un redescubrimiento perfeccionado de la «cura de almas» tradicional. Siempre consideró su práctica psicoanalítica como parte de su trabajo pastoral. Por esta razón hay en sus escritos muchos relatos de tratamiento psicoanalítico cortos basados en el descubrimiento rápido de recuerdos desagradables más o menos «reprimidos». Ahora queda completo el círculo: el tratamiento del secreto patógeno, que había comenzado con la «cura de almas», vuelve a ella en una forma modernizada.

Psicoterapia científica

A finales del siglo XVI y durante el XVII se inaugura una nueva era con el nacimiento de la ciencia moderna. Mientras que al principio de la era científica el conocimiento había descansado en la observación y la deducción, ahora se basa en la experimentación y en la medida. La ciencia tiende a la unificación del conocimiento humano. Sólo existe una ciencia, de la que las ciencias particulares son ramas. Así se descarta la posibilidad de que existan escuelas distintas y estancas, cada una con sus propias doctrinas y tradiciones en oposición con las de otras. De esta suerte, la medicina se convirtió en una rama de la ciencia, la psiquiatría en una rama de la medicina, y la psicoterapia en una aplicación de la psiquiatría,

[102] Ver cap. IX, pág. 806.

basada en hallazgos científicos. En esta perspectiva, el médico, incluido el psiquíatra, se hace más y más técnico y especialista. Como la ciencia es un conocimiento de la totalidad, no se puede admitir la validez de la curación extracientífica; de aquí el desprecio de la medicina «oficial» hacia todos los tipos de medicina primitiva y popular, poseedora esta última de vestigios de medicina primitiva y científica primaria [103].

Las diferencias entre la terapéutica primitiva y la científica se pueden resumir en el cuadro 1-3.

CUADRO 1-3

CURACIÓN PRIMITIVA	TERAPIA CIENTÍFICA
1. El curandero es mucho más que médico; es la personalidad principal de su grupo social.	1. El terapeuta es un especialista entre otros muchos.
2. El curandero ejerce su acción principalmente por medio de su personalidad.	2. El terapeuta aplica técnicas específicas de un modo impersonal.
3. El curandero es fundamentalmente un psicosomático; trata numerosas enfermedades físicas con técnicas psicológicas.	3. Existe una dicotomía entre la terapéutica física y la psíquica. En psiquiatría se acentúa el tratamiento físico de las enfermedades mentales.
4. El aprendizaje del curandero es largo y exigente, y muchas veces incluye la experiencia de una grave enfermedad emocional que tiene que padecer para poder curar a otras personas.	4. El aprendizaje es puramente racional y no toma en consideración los problemas personales, médicos o emocionales del médico.
5. El curandero pertenece a una escuela con sus enseñanzas y tradiciones propias, que difieren de las de otras escuelas.	5. El terapeuta actúa basándose en una medicina unificada, que es una rama de la ciencia y no una enseñanza esotérica.

El paralelismo se podría concluir citando el comentario de Ackerknecht de que el hombre medicina «actúa como el más irracional de los hombres dentro de un marco irracional», mientras que el médico moderno «racionaliza incluso lo irracional» [104].

PSICOTERAPIA DINÁMICA MODERNA

El tema del presente libro lo constituye el relato de cómo la psiquiatría y la psicoterapia dinámica se desarrollaron lentamente durante el siglo XIX

[103] O. V. Hovorka y A. Kronfeld, *Vergleichende Volksmedizin*, 2 vols., Stuttgart, Stretcher y Schröder, 1908-1909.

[104] Erwin H. Ackerknecht, «Problems of Primitive Medicine», *Bulletin of the History of Medicine*, XI, núm. 5 (1942), 503-521.

y se abrieron camino en el curso del actual con Charcot, Janet, Freud y sus seguidores.

Históricamente, la psicoterapia dinámica moderna deriva de la medicina primitiva, y se puede demostrar que hay una continuidad ininterrumpida entre el exorcismo y el magnetismo, entre éste y el hipnotismo, y entre el hipnotismo y las modernas escuelas dinámicas.

Con referencia al cuadro anterior, podemos ver que ciertas características de la moderna terapia dinámica muestran una semejanza inequívoca con la curación primitiva. Muy a menudo, los psicoanalistas son considerados como miembros más destacados de la comunidad que el promedio de médicos «científicos». Su personalidad es su más importante herramienta terapéutica. El aprendizaje psicoanalítico es incomparablemente más exigente que el de la mayoría de las otras especialidades e incluye un prolongado análisis personal encaminado a la liberación de los problemas emocionales propios. La psicoterapia dinámica produjo un resurgimiento de la medicina psicosomática. La moderna psiquiatría dinámica está dividida en una serie de «escuelas», cada una con su propia doctrina, sus enseñanzas y su aprendizaje. ¿Significa todo esto que la psicoterapia dinámica es una regresión hacia el pasado, o más bien que el enfoque científico se ha mostrado insuficiente para cubrir toda la personalidad del hombre y necesita el suplemento de otros enfoques? Volveremos sobre este problema al final del libro.

II

LA APARICIÓN DE LA PSIQUIATRÍA DINÁMICA

La aparición de la psiquiatría dinámica se puede datar en 1775, en un choque entre el médico Mesmer y el exorcista Gassner.

Gassner, un curandero con enorme éxito y popularidad, personificaba las fuerzas de la tradición. Dominaba una vieja técnica que aplicaba en nombre de la religión establecida, pero el espíritu de los tiempos estaba contra él. Mesmer, hijo de la Ilustración, tenía ideas nuevas, nuevas técnicas y grandes esperanzas en el futuro. Cooperó en la derrota de Gassner y pensó que el momento era propicio para la aparición de la revolución científica que tenía en el pensamiento.

Sin embargo, la destrucción de una tradición declinante no inaugura por sí misma otra nueva. Las teorías de Mesmer fueron rechazadas, la organización que había fundado tuvo una vida corta, y sus discípulos modificaron sus técnicas terapéuticas. No obstante, había proporcionado el impulso decisivo para la elaboración de la psiquiatría dinámica, aunque debería transcurrir un siglo antes de que Charcot y sus contemporáneos integraran los hallazgos de sus discípulos en el cuerpo oficial de la neuropsiquiatría.

Gassner y Mesmer

En los primeros meses de 1775, multitudes de gentes, ricos y pobres, nobles y labriegos, llevando con ellos enfermos de todo tipo, se dirigían en enjambre a la pequeña ciudad de Ellwangen, en Württemberg, para ver al padre Johann Joseph Gassner, uno de los curanderos más famosos de todos los tiempos. Exorcizaba a los enfermos en presencia de autoridades de las Iglesias Católica y Protestante, médicos, nobles de todo rango, miembros de la burguesía, escépticos y creyentes. Todas sus palabras y

gestos, así como las de sus pacientes, eran registradas por un notario público, firmando las actas los testigos distinguidos. Gassner no era más que un modesto sacerdote del pueblo; pero una vez revestido con sus hábitos de ceremonia, sentado en su sitial y con el paciente arrodillado ante él, podían ocurrir cosas asombrosas. Se conservan numerosas colecciones de registros oficiales, así como relatos de testigos oculares. Entre estos últimos estaba un tal Abbé Bourgeois, de quien hemos tomado los siguientes datos[1]:

Los primeros pacientes eran dos monjas que se habían visto obligadas a abandonar su comunidad debido a ataques epilépticos. Gassner dijo a la primera que se arrodillara delante de él, la preguntó brevemente su nombre, su enfermedad, y si estaba de acuerdo en que cualquier cosa que él ordenara ocurriría. Ella asintió. Entonces Gassner pronunció solemnemente en latín: «De haber algo preternatural en esta enfermedad, ordeno en el nombre de Jesús que se manifieste inmediatamente». En el acto, la paciente comenzó con convulsiones. Según Gassner, estaban producidas por un espíritu maligno y no por una enfermedad natural, y a continuación procedió a demostrar que tenía poder sobre el demonio, al que ordenó en latín que produjera convulsiones en diversas partes del cuerpo de la paciente; luego, provocó las manifestaciones externas de la aflicción, imbecilidad, escrupulosidad, cólera, etc., e incluso la apariencia de muerte. Todas sus órdenes fueron ejecutadas puntualmente. Parecía lógico que, dominado el demonio hasta ese extremo, sería relativamente fácil expulsarlo, lo que hizo Gassner. A continuación procedió de la misma forma con la segunda monja. Una vez concluida la sesión, el Abbé Bourgeois le preguntó si había sido muy doloroso; ella respondió que sólo guardaba un vago recuerdo de lo que había sucedido y que no había sufrido mucho. Gassner trató a continuación a un tercer paciente, una dama de alta alcurnia que había padecido melancolía. Gassner hizo salir la melancolía y explicó a la dama lo que tenía que hacer para vencerla en el caso de que volviera a molestarla.

¿Quién era el hombre cuyas curaciones casi milagrosas atraían tales multitudes? La historia de Johann Joseph Gassner (1727-1779) no es muy conocida. Entre los relatos biográficos, hay uno, de Sierke[2], muy predispuesto contra él; otro, de Zimmermann[3], está mejor documentado, pero se inclina en su favor; ambos se basan principalmente en impresos contemporáneos, no en material de archivo. Gassner nació en Braz, un pueblo de labradores pobres en Vorarlberg, provincia montañosa del oeste de Austria... Fue ordenado sacerdote en 1750, y comenzó a ejercer su ministerio en 1758 en Klösterle, aldea del este de Suiza. Pocos años después, según Zimmermann, comenzó a sufrir violentos dolores de cabeza, vértigos y otras alteraciones que empeoraban siempre que comenzaba a celebrar

[1] Seguimos la traducción alemana de estas cartas, dada por Eschenmayer, «Über Gassners Heilmethode», *Archiv für thierischen Magnetismus*, VIII, núm. 1 (1820), 86-135.

[2] Eugen Sierke, *Schwärmer und Schwindler zu Ende des achtzehnten Jahrhunderts*, Leipzig, S. Hirzel, 1874, págs. 222-287.

[3] J. A. Zimmermann, *Johann Joseph Gassner, der berühmte Exorzist. Sein Leben und wundersames Wirken*, Kempten, Jos. Kösel, 1879.

la Misa, a rezar, o a oír en confesión. Este detalle particular le llevó a sospechar la intervención de Satanás; recurrió a los exorcismos de la Iglesia y a la oración, con lo que finalmente desaparecieron sus trastornos. Entonces comenzó a exorcizar a los enfermos de su parroquia, al parecer con mucho éxito, ya que comenzaron a llegarle pacientes de todos los distritos vecinos. En 1774 su fama se extendió después que hubo curado a una dama de alta alcurnia, la condesa María Bernardine von Wolfegg.

En el mismo año escribió un opúsculo en el que explicaba los principios de su método curativo[4]. Distinguía dos tipos de enfermedades: las naturales, que pertenecían al dominio del médico, y las preternaturales, que clasificó en tres categorías: *circumsessio* (imitación de una enfermedad natural, causada por el demonio); *obsessio* (efecto de la brujería); y *posessio* (posesión diabólica manifiesta), la menos frecuente de todas. En todos estos casos, lo primero que le decía al paciente era que la fe en el nombre de Jesús era un supuesto esencial para la curación y pedía su consentimiento para utilizar el *exorcismus probativus* (exorcismo de prueba). Después conjuraba solemnemente al demonio a que hiciera manifiestos los síntomas de la enfermedad; si éstos se producían, Gassner consideraba probado que la enfermedad estaba causada por el demonio y procedía a realizar el exorcismo. Si no aparecían los síntomas, enviaba al enfermo a un médico. De esta manera su posición era inatacable, tanto desde el punto de vista de la ortodoxia católica como desde el de la medicina.

Debido a su creciente fama, recibió invitaciones de diversos lugares; incluida Constanza, donde realizó curaciones mediante exorcismos, sin conseguir, al parecer, el favor del cardenal Roth, obispo de la ciudad. Pero encontró un poderoso protector en el príncipe obispo de Ratisbona, conde Fugger, quien le asignó un empleo honorario en su propia corte. Gassner fijó entonces su residencia en la vieja ciudad-iglesia de Ellwangen y vivió allí entre noviembre de 1774 y junio de 1775. Durante este período alcanzó la cumbre de sus actividades; los pacientes acudían en tropel a Ellwangen, y una tormenta de polémicas se levantó a su alrededor. Se publicaron docenas de panfletos, unos a su favor y otros en contra, en Alemania, Austria, Suiza, e incluso en Francia.

Gassner contaba con el apoyo de algunos protectores eclesiásticos, junto con el de las masas y de quienes esperaban ser curados por él. (Sus enemigos añadían que era particularmente popular entre los posaderos y conductores de carruajes, que se beneficiaban en alto grado de la novedad.) Uno de sus admiradores era el famoso pastor Lavater, de Zurich. Entre sus adversarios se encontraban el teólogo católico Sterzin-

[4] Johann Joseph Gassner, *Weise, fromm und gesund zu leben, auch gottselig zu sterben, oder nützlicher Unterricht wider den Teufel zu streiten,* Stift Kempten, en Hochfürstlichen Buchdruckerei, 1774.

ger, el teólogo protestante Semmler, y la mayoría de los representantes de la Ilustración. Se hicieron circular rumores de que era seguro que ocurrieran casos de posesión en cualquier lugar en que se anunciara la visita de Gassner; comenzaron a aparecer imitadores, entre ellos incluso campesinos y niños, que realizaban exorcismos con su método[5]. En Viena tuvieron lugar animadas controversias, tanto a su favor como en contra.

¿A qué se debía tal estallido de las pasiones? Se comprenderá mejor considerando la situación europea en 1775.

En el aspecto político, Europa había comenzado a dejar atrás la vieja organización feudal para iniciar el desarrollo de los Estados nacionales. En contraste con las naciones unificadas como Francia e Inglaterra, Alemania, bajo la soberanía nominal del emperador, era un conglomerado inextricable de más de trescientos Estados de todos los tamaños. La mayoría de la Europa continental estaba bajo el dominio de la monarquía austríaca, que gobernaba no sólo en Austria sino también en una docena de naciones sometidas. Viena, centro artístico y científico de primer orden, era la sede de su brillante corte. En todas partes se mantenía un sistema fuerte y rígido de clases sociales hereditarias: nobleza, burguesía, campesinado y obreros, cada una de ellas con sus subclases correspondientes. La Iglesia tenía un asidero firme en las clases baja y media. Pero Europa había caído bajo el hechizo de una nueva filosofía, la Ilustración, que proclamaba la primacía de la razón sobre la ignorancia, la superstición y la tradición ciega. Guiada por la razón, se esperaba que la humanidad siguiera un camino de progreso ininterrumpido hacia un futuro de felicidad universal. En la Europa occidental, la Ilustración había desarrollado unas tendencias radicales que se materializarían más tarde en las revoluciones americana y francesa. El resto del continente estaba regido por el «despotismo ilustrado», especie de compromiso entre los principios de la Ilustración y los intereses de las clases dirigentes. María Teresa de Austria, Federico II de Prusia y Catalina la Grande de Rusia fueron sus representantes típicos. También en la Iglesia iban ganando terreno las tendencias «ilustradoras»: la orden de los jesuitas fue tomada como víctima propiciatoria y abolida en 1773. Todavía no habían desaparecido por completo las cazas y procesos de brujas (una de las últimas ejecuciones fue la de Anna Göldi en Glarus, Suiza, en 1782), pero se evitaba todo lo relacionado con demonios, posesiones o exorcismos[6].

Habida cuenta de esta atmósfera, se comprende el motivo de la gran oposición levantada frente a Gassner, y también el que incluso sus más fieles protectores se viesen relegados a posiciones de extrema prudencia.

---

[5] J. A. Zimmermann, *op. cit.*, págs. 115-122.

[6] La vida y destino de esta infortunada mujer sirvieron de tema para una novela histórica bien documentada de K. Freuler, *Anna Göldi, die Geschichte der letzten Hexe*, Francfort: Büchergilde Gutenberg, 1945.

El príncipe obispo de Ratisbona ordenó una investigación que tuvo lugar en junio de 1775, tras la cual se ordenó a Gassner reducir su actividad y exorcizar solamente a los pacientes que le llegasen enviados por sus respectivos párrocos. La Universidad de Ingolstadt nombró una comisión compuesta por representantes de sus cuatro facultades para hacer una encuesta. Ésta se llevó a cabo el 27 de mayo de 1775 en la propia Ratisbona y tuvo un resultado bastante favorable. En Viena, la Corte imperial prestó también gran interés al asunto [7].

El príncipe elector Maximiliano III de Baviera nombró asimismo en Munich una comisión investigadora, la cual invitó al Dr. Mesmer, que pretendía haber descubierto un nuevo principio que denominaba magnetismo animal y que acababa de regresar de un viaje por el Rhin hasta Constanza, donde se decía que había realizado curaciones maravillosas. Mesmer llegó a Munich y, el 23 de noviembre de 1775, hizo varias demostraciones en las que, mediante un simple toque con el dedo, facilitaba la aparición y desaparición de diversos síntomas, e incluso de convulsiones, en los pacientes [8]. El padre Kennedy, secretario de la Academia, sufría convulsiones, y Mesmer demostró que era capaz de provocárselas y hacerlas desaparecer a voluntad. Al día siguiente, en presencia de miembros de la corte y de la Academia, provocó ataques en un epiléptico y sostuvo que era capaz de curarlo por medio del magnetismo animal. De hecho, su procedimiento se superponía al de Gassner, pero sin la utilización del exorcismo. Mesmer declaró que Gassner era sin duda un hombre honrado, pero que curaba a sus pacientes por medio del magnetismo animal sin saberlo. Podemos imaginarnos que, oyendo tal relato, Gassner se sentiría algo así como Moisés cuando los magos egipcios reproducían sus milagros en presencia del faraón. Pero, a diferencia de aquél, a Gassner no se le permitió observar la realización de Mesmer o replicar a su informe.

Mientras tanto, la Corte imperial, que decididamente no tenía una disposición favorable hacia Gassner, había pedido al príncipe obispo de Ratisbona que se deshiciera de él, y fue enviado al pequeño municipio de Pondorf. En Roma, el papa Pío VI (Giovanni Angelo Braschi) había ordenado una investigación de las actividades de Gassner. En el decreto que siguió, se estableció que, aunque el exorcismo era una práctica común y curativa de la Iglesia, debía realizarse con discreción y ajustándose exactamente a las prescripciones del ritual romano.

---

[7] Haen, médico de corte de la emperatriz María Teresa, se oponía con todas sus fuerzas a Gassner, que, afirmaba, había curado muy pocos pacientes, e incluso estas curaciones eran el resultado de fraudes, imaginación o de los largos viajes y la dieta de los pacientes. Ver Antonii de Haen, *Dissertatio theologico-physica de miraculis*, Nápoles, Typis Vincentii Ursini, 1778, pág. 131.

[8] A. Mesmer, *Schreiben über die Magnetkur*, II, n. p., 1.776, págs. 44-46.

Gassner murió en Pondorf el 4 de abril de 1779. En su tumba hay una larga inscripción en latín, que lo describe como el exorcista más celebrado de su tiempo.

Nadie puso en duda la absoluta piedad de Gassner, su falta de pretensiones y su generosidad. Por desgracia para él, había llegado demasiado tarde, y las controversias que se suscitaron a su alrededor tenían un objetivo mucho más importante: la lucha entre la nueva Ilustración y las fuerzas de la tradición. La caída de Gassner preparó el terreno para la implantación de un método curativo sin relación alguna con la religión y que satisfacía los requerimientos de una era «ilustrada». No es suficiente curar la enfermedad; hay que hacerlo con métodos aceptados por la comunidad.

Franz Anton Mesmer (1734-1815)

El paso trascendental del exorcismo a la psicoterapia dinámica lo dio así Franz Anton Mesmer en 1775, habiendo sido comparado en alguna época con Colón. Ambos descubrieron un nuevo mundo, pero permanecieron durante el resto de su vida en el error acerca de la naturaleza real de sus descubrimientos, y ambos murieron cruelmente decepcionados. Otro punto de semejanza es el imperfecto conocimiento que tenemos de los detalles de su vida.

Ninguno de los discípulos de Mesmer parece haberse interesado por la historia de su maestro. El primero en investigarla fue Justinus Kerner [9], que viajó a Meersburg, donde Mesmer había muerto, y recogió documentos de primera mano e información acerca de él. En fechas recientes, las investigaciones llevadas a cabo por Tischner [10], Schürer-Waldheim [11], Bittel [12], Wohleb [13], Milt [14], y Vinchon [15], han arrojado alguna luz sobre diver-

---

9 Justinus Kerner, *Franz Anton Mesmer aus Schwaben, Entdecker des thierischen Magnetismus,* Francfort, Literarische Anstalt, 1856.

10 Rudolf Tischner, «Franz Anton Mesmer, Leben, Werk und Wirkungen», *Münchner Beiträge zur Geschichte und Literatur der Naturwissenschaften und Medizin,* I, núms. 9/10 (1928), 541-714.

11 F. Schürer-Waldheim, *Anton Mesmer. Ein Naturforscher ersten Ranges,* Viena, Selbstverlag, 1930.

12 Karl Bittel, *Der berühmte Hr. Doct. Mesmer, 1734-1815. Auf seinen Spuren am Bodensee, in Thurgau und in der Markgraffschaft Baden, mit einigen neuen Beiträgen zur Mesmer-Forschung,* Überlingen, August Feyel, 1939.

13 Joseph Rudolph Wohleb, «Franz Anton Mesmer. Biographischer Sachstandbericht», *Zeitschrift für die Geschichte des Oberrheins,* Neue Folge, LIII, Heft 1 (1939), 33-130.

14 Bernhardt Milt, «Franz Anton Mesmer und seine Beziehungen zur Schweiz», *Mitteilungen der antiquarischen Gesellschaft in Zürich,* XXXVIII, núm. 1 (1953), 1-139.

15 Jean Vinchon, *Mesmer et son secret,* París, Legrand, 1936.

sos períodos de la vida de Mesmer, acerca de la cual, sin embargo, todavía quedan grandes lagunas.

Franz Anton Mesmer nació el 23 de mayo de 1734 en Iznang, aldea de la ribera alemana del lago Constanza, y era el tercero de nueve hermanos. Su padre era guardabosques y estaba al servicio del príncipe obispo de Constanza. Nada se sabe de su infancia y juventud; el primer hecho que se registra de su vida es el de que en 1752, a los 18 años, estaba matriculado en la Facultad de Teología de los jesuitas en Dillingen. En 1754 pasó a la Universidad de Ingolstadt para cursar su tercer año de teología. Se desconocen sus actividades y paradero durante los años de 1754 a 1759. Es probable que los pasara estudiando filosofía. En 1759 se matriculó en leyes en Viena y al año siguiente se pasó a medicina. Terminó sus estudios médicos en Viena, donde se licenció en 1766, a los treinta y tres años, con una tesis sobre la influencia de los planetas en las enfermedades humanas.

La carrera académica de Mesmer fue destacable en varios aspectos. Ciertamente, no era raro que la Iglesia se fijase en algún muchacho inteligente y trabajador y le proporcionara la posibilidad de estudiar en facultades eclesiásticas con vistas a una futura vocación religiosa. Uno de sus hermanos, Johann, llegó a ser sacerdote de un municipio cercano, y así es sin duda cómo empezó también Franz Anton sus estudios. Ya es más extraño, sin embargo, que la Iglesia o su familia continuaran haciéndose cargo de su sustento cuando dejó la teología por la filosofía, luego por las leyes, y finalmente por la medicina. Lo probable es que encontrara protectores ricos como hizo en períodos posteriores de su vida. O acaso se unió a alguna sociedad secreta.

En 1767 el joven doctor se casó con una viuda adinerada de ascendencia noble, Maria Anna von Posch, y se estableció en Viena como médico [16]. Refinado hombre de mundo y protector de las artes, vivía en una espléndida finca de la que dijo Leopold Mozart: «El jardín es incomparable, con sus avenidas y estatuas, un teatro, una pajarera, un palomar, y un palacete en la cumbre» [17]. Entre los amigos que visitaban la casa se contaban los músicos Gluck, Haydn y la familia Mozart. (La primera ópera de Wolfgang Amadeus Mozart, *Bastien und Bastienne*, se representó por vez primera en el teatro privado de Mesmer). Mesmer fue uno de los primeros en tocar la armónica de cristal, nuevo instrumento musical perfeccionado en América por Benjamin Franklin.

En 1773 y 1774 Mesmer trató en su propia casa a una paciente de veintisiete años, Fräulein Oesterlin, que sufría no menos de quince sín-

---

16 La vida de Mesmer en Viena ha sido trazada y estudiada por F. Schürer-Waldheim, *Anton Mesmer. Ein Naturforscher ersten Ranges*, Viena. Selbstverlag, 1930.

17 Citado por Karl Bittel, *Der berühmte Hr. Doct. Mesmer, 1734-1815*, Überlingen, August Feyel, 1939.

tomas aparentemente graves. Estudió la periodicidad casi astronómica de las crisis y fue capaz de predecir su recurrencia. Entonces trató de modificar su curso. Acababa de saberse que ciertos médicos ingleses trataban determinadas enfermedades por medio de imanes, y a Mesmer se le ocurrió provocar una «corriente artificial» en su paciente. Después de hacerla tomar un preparado que contenía hierro, la fijó al cuerpo tres imanes de diseño especial, uno en el estómago y los otros dos en las piernas. La paciente comenzó pronto a sentir corrientes extrañas de un fluido misterioso que le recorrían el cuerpo hacia abajo, y todos sus males desaparecieron durante varias horas. Esto ocurrió, describió Mesmer, el 28 de julio de 1774, una fecha histórica [18]. Supuso que tales efectos no podían ser producidos por los imanes solos, sino que se debían a un «agente esencialmente distinto», es decir, que las corrientes magnéticas en el interior de su paciente eran producidas por un fluido acumulado en su propia persona, al que denominó magnetismo animal. El imán no era sino un medio auxiliar para reforzar ese magnetismo animal y darle una dirección.

Mesmer tenía cuarenta años cuando hizo el descubrimiento. Dedicaría el resto de su vida a elaborarlo y presentarlo al mundo.

Como consecuencia del nuevo método, Fräulein Oesterlin mejoró tanto que se pudo casar con el hijastro de Mesmer y se convirtió en una esposa y madre sana. Pero no tardaron en llegar las primeras contrariedades. El padre Hell, astrónomo que le había proporcionado los imanes, pretendió que el descubrimiento era suyo, mientras que los amigos médicos de Mesmer desaprobaban claramente su nueva tendencia investigadora. Con todo, Mesmer debió convertirse en aquel tiempo en una especie de celebridad, porque en junio de 1775 el barón Horeczky de Horka, noble hungaro, le invitó a su castillo de Rohow, Eslovaquia. El barón sufría espasmos nerviosos persistentes a pesar de los esfuerzos de los más famosos médicos de Viena. Mesmer permaneció en Rohow unas dos semanas, de las que existe un relato escrito por el profesor de la casa del barón, Seyrert, que actuaba como intérprete de Mesmer y, suponiendo que era un farsante, le vigilaba atentamente para desenmascararle [19].

Poco después de la llegada de Mesmer, varios de los habitantes del castillo comenzaron a sentir dolores o sensaciones corporales peculiares cada vez que se le acercaban. Incluso el escéptico Seyfert se notaba poseído de una somnolencia invencible cada vez que Mesmer tocaba música. No pasó mucho tiempo sin que se convenciera plenamente de los extraordinarios poderes del huésped. Reconoció su poder para producir síntomas patológicos en quienes le rodeaban, sobre todo en aquellos a los que había magnetizado. Una dama que estaba cantando perdió la voz tan

[18] Franz Anton Mesmer, *Schreiben über die Magnetkur an einen auswärtigen Arzt*, Viena, 1775.

[19] Este documento fue descubierto y publicado por Justinus Kerner, *Franz Anton Mesmer aus Schwaben*, Francfort, Literarische Anstalt, 1856, págs. 19-45.

pronto como Mesmer tocó su mano y la recuperó cuando él hizo un gesto con el dedo. Como se sentaban juntos, Seyfert pudo ver cómo influía Mesmer sobre las personas sentadas en otra habitación sin más que señalar sus imágenes reflejadas en un espejo, aun cuando dichas personas no le pudieran ver a él ni directa ni indirectamente. En otro momento, mientras dos músicos tocaban la trompa, Mesmer tocó uno de los instrumentos; inmediatamente, un grupo de personas que no podían verle comenzó a tener síntomas que desaparecieron cuando retiró la mano. Mientras tanto se había extendido el rumor de que vivía en Rohow un curandero extraordinario, y comenzaron a llegar pacientes de todas las regiones circundantes. Mesmer magnetizó a muchos, mientras que a otros los envió a ver a sus propios médicos.

En la sexta tarde, Mesmer anunció que el barón tendría una crisis a la mañana siguiente. Así ocurrió. La crisis fue extraordinariamente violenta, y se describió que la fiebre subía o bajaba según Mesmer se acercara o separara del paciente. Pocos días después tuvo lugar una nueva crisis, menos violenta, pero el barón consideró el tratamiento demasiado fuerte y Mesmer abandonó Rohow, aunque no sin curar, en el último minuto, a un campesino que había perdido de forma repentina la audición seis semanas antes.

Seyfert relata también sus charlas con Mesmer, el cual admitió que Gassner poseía magnetismo en un grado considerable, y que sus propios poderes no eran tan grandes, por lo cual tenía que reforzarlos con ciertos medios. Seyfert tenía razones para creer que Mesmer lo hacía así, llevando imanes sobre su cuerpo y guardándolos en la cama.

El mes siguiente, julio de 1775, Mesmer viajó hasta las riberas del lago Constanza, su tierra natal, donde realizó varias curaciones sensacionales siguiendo muy de cerca los pasos de Gassner. Su estancia en Rohow parecía haberle persuadido de que podía eclipsar a aquél[20]. Como hemos visto, este período glorioso de su vida culminó cuando fue llamado a Munich por el príncipe elector, con la demostración de sus propios poderes magnéticos, su testimonio sobre Gassner, y su nombramiento como miembro de la Academia Bávara de Ciencias. Cuando volvió a Viena a finales de 1775, debía estar seguro de que su grandioso descubrimiento le daría fama imperecedera.

Pero el mundo médico vienés se mostraba todavía indiferente e incluso hostil. Mesmer llevó a varios pacientes a su propia casa. Uno de ellos, Maria-Theresia Paradis, joven de dieciocho años, hija de un funcionario acaudalado e influyente, estaba ciega desde los tres años y medio. Según un biógrafo, había recibido una educación refinadísima con ayuda de instrumentos de diseño especial, como mapas en relieve para el estudio de la geografía, y Kempelen, el famoso fabricante de autómatas, le había construido una máquina impresora con la que podía escribir[21]. La joven se movía con gracia, sabía bailar y hacer labores, pero su principal talento era la música, hasta tal punto que le valió la atención y protección es-

[20] Bittel ha localizado el relato de algunas de estas curaciones en periódicos locales contemporáneos, que ha reproducido en su estudio biográfico sobre Mesmer (ver nota 12).

[21] Ludwig August Frankl, *Maria-Theresia von Paradis. Biographie*, Linz, 1876.

peciales de la emperatriz María Teresa[22]. Los más famosos médicos de Viena la habían tratado durante muchos años sin resultados (incluso había recibido más de tres mil descargas eléctricas). Pero después de una serie de sesiones magnéticas con Mesmer, declaró que veía. Su primera percepción visual fue la de Mesmer; pensó que la nariz humana tenía una forma extraña, incluso atemorizadora, y expresó su temor de que pudiera herirle los ojos[23]. Recuperó la visión de forma gradual —o esto era lo que decía y lo que anunció Mesmer— y su familia mostró una gran satisfacción. Sus médicos anteriores negaron, sin embargo, la realidad de la curación. Una comisión médica declaró que la paciente sólo afirmaba que veía cuando estaba Mesmer presente. Entre Mesmer y la familia Paradis surgió un conflicto agudo; la paciente perdió la vista definitivamente. Volvió a su casa y continuó su carrera como música ciega. Mesmer afirmó que su curación no le interesaba ni a ella ni a su familia: habría perdido su fama como música ciega y quizá también el generoso apoyo financiero de la emperatriz[24].

Poco después, a finales de 1777, Mesmer abandonó Viena. Las razones de esta partida son desconocidas; sus enemigos afirmaron después que había sido forzado a marcharse. Se ha dicho que estaba disgustado por su fracaso en el caso de Maria-Theresia Paradis y por la hostilidad de sus colegas. Pudiera ser también que la joven sintiese una fuerte atracción hacia él, y viceversa. (Es de destacar que su mujer permaneció en Viena; nunca más la volvió a ver). Pero la verdadera razón quizá descanse en el carácter supersensible e inestable de Mesmer, en su psicopatología.

Según su propio relato, había pasado por una etapa de depresión[25]. Desesperaba de encontrar nunca la verdad. Caminaría por los bosques, hablando con los árboles, y durante tres meses trató de pensar sin la ayuda de palabras. Gradualmente recuperó la paz del espíritu y la confianza en sí mismo, y llegó a ver el mundo en un aspecto completamente nuevo. Ahora sentía que su misión era dar a conocer al mundo su gran descubrimiento. Se dirigió a París, donde llegó en febrero de 1778.

---

22 Durante más de ciento cincuenta años, todos los autores que escribieron sobre ella dijeron que era ahijada de la emperatriz. Al igual que con muchos otros detalles, también ha sido demostrada la falsedad de éste por Hermann Ullrich, «Maria-Theresia Paradis und Dr. Franz Anton Mesmer», *Jahrbuch des Vereines, für Geschichte der Stadt Wien*, XVII-XVIII (1961-1962), 149-188.

23 Según Justinus Kerner, *Franz Anton Mesmer aus Schwaben*, Francfort, Literarische Anstalt, 1856.

24 La versión que da Mesmer de este episodio fue recogida en su *Précis historique des faits relatifs au magnétisme animal jusques en avril 1781*, Londres, 1781. El padre de Maria-Theresia dio una versión bastante diferente, que ha sido publicada por Justinus Kerner, *op. cit.*, págs. 61-71.

25 La descripción del propio Mesmer de sus sufrimientos emocionales está contenida en su *Précis historique*, Londres, 1781, págs. 21-23.

La atmósfera que Mesmer encontró en París era completamente distinta de la que había dejado en Viena. El Imperio Austríaco era un Estado estable con un gobierno enérgico, una administración competente y una policía vigilante. París no tenía nada que envidiar a Viena como centro cultural, pero la vida era singularmente agitada. Bajo un rey débil y una reina frívola, el gobierno era inestable y la situación financiera catastrófica; las malversaciones, las especulaciones y el juego engullían enormes sumas de dinero. Las ideas de la Ilustración alimentaban las opiniones radicales y antirreligiosas. La nobleza se aferraba con obstinación a sus exorbitantes privilegios, pero paradójicamente mostraba una gran inclinación a la filantropía y al servicio público desinteresado. En una guerra desastrosa contra Inglaterra, Francia había perdido la India y el Canadá; ahora, en parte por sentimientos de desquite, la opinión pública estaba entusiasmada con la guerra de Independencia de los Estados Unidos. Había, sobre todo en París, una tendencia general a la histeria masiva; la gente saltaba de una locura a otra [26].

Parece que la fama había precedido a Mesmer hasta París, donde en aquella época prevalecía un interés especial por los extranjeros distinguidos. Mesmer contaba entonces cuarenta y tres años, y era un hombre alto, robusto y agraciado cuya imponente personalidad y modales cosmopolitas facilitaron su introducción en la sociedad francesa, a pesar de su fuerte acento alemán. Por razones desconocidas, se separó pronto de su primer asociado, el cirujano francés Le Roux, y comenzó a magnetizar pacientes en una residencia privada en Créteil. Después se estableció en una mansión privada de la Place Vendôme, donde recibía pacientes de los más altos círculos sociales y los magnetizaba a cambio de elevados honorarios. Estaba ansioso de tomar contacto con los representantes de las corporaciones científicas: Académie des Sciences, Société Royale de Médecine, Faculté de Médecine. Consiguió por lo menos un discípulo influyente en el Dr. D'Eslon, médico privado del conde d'Artois, uno de los hermanos del rey. Mesmer apoyó sus esfuerzos con publicaciones escritas por él mismo [27] y por D'Eslon [28].

En el intervalo, su actividad había aumentado de modo gradual. Antes de abandonar Viena había prescindido ya del uso de los imanes y de la electricidad como medios auxiliares. En 1780 ó 1781, como tenía más pa-

---

[26] La vida en París durante esos años críticos ha sido admirablemente descrita en las cartas que Melchior Grimm escribió a su soberano alemán, *Correspondance littéraire, philosophique et critique adressée à un souverain d'Allemagne*, 5 vols., por el barón de Grimm y por Diderot, París, F. Buisson, 1813. Esta correspondencia contiene varios informes muy valiosos acerca de Mesmer.

[27] Franz Anton Mesmer, *Mémoire sur la découverte du magnétisme animal*, París, Didot, 1779. También su *Précis historique*, 1781.

[28] D'Eslon, *Observations sur le magnétisme animal*, Londres y París, Didot, 1780.

cientes de los que podía tratar de forma individual, inauguró un tratamiento colectivo, el *baquet*, que se analizará posteriormente. Dos de sus clientes le mostraron una gran devoción personal: Nicolas Bergasse, experto abogado con grandes inquietudes filosóficas y políticamente activo [29], y el banquero Kornmann, a cuyo hijo trató de una grave enfermedad ocular [30].

El sistema de Mesmer, según él mismo lo expuso en 27 puntos en el año 1779, se puede resumir en cuatro principios básicos [31]. 1) Existe un fluido físico sutil que llena el universo y forma un medio de unión entre el hombre, la tierra y los cuerpos celestiales, y también entre hombre y hombre. 2) La enfermedad se origina por la desigual distribución de este fluido en el cuerpo humano; la recuperación se logra cuando se restaura el equilibrio. 3) Con la ayuda de ciertas técnicas, este fluido puede ser canalizado, almacenado y transmitido a otras personas. 4) De esta manera, se pueden provocar «crisis» en los pacientes y curar las enfermedades.

Es bastante fácil distinguir los diversos elementos en lo que Mesmer y sus discípulos denominaban la doctrina. El primero y más inmediato era la intuición del propio Mesmer de ser portador de un fluido misterioso, el magnetismo animal, que había notado por vez primera mientras trataban a Fräulein Oesterlin. Describió cómo podía provocar la aparición de síntomas en pacientes mediante su presencia física o sus gestos; indicó asimismo que, cuando se aproximaba a un hombre sometido a una sangría, la sangre comenzaba a fluir en distinta dirección. Según Mesmer, cada ser humano posee una cierta cantidad de magnetismo animal. Gassner lo poseía en un grado muy alto, Mesmer tenía algo menos, y el enfermo tiene menos que el sano. Podría establecerse una analogía entre esta teoría y el concepto polinesio de «mana», energía universal e impersonal que se puede almacenar en personas, objetos o lugares, y sólo detectable por sus efectos objetivos.

El segundo elemento de la doctrina eran las teorías físicas que se suponían explicaban la naturaleza y acción del magnetismo animal. Hijo de la Ilustración, Mesmer buscaba una explicación «racional» y rechazaba cualquier tipo de teoría mística. Por otra parte, y dado que la psicología casi no existía en aquella época, se inclinaba naturalmente a pensar en un concepto físico, algo parecido a la gravitación universal de Newton o a la electricidad. En su tesis doctoral había descrito ya un fluido universal

---

29 Su biografía ha sido escrita por Louis Bergasse, *Un Défenseur des principes traditionnels sous la Révolution, Nicolas Bergasse*, París, Perrin, 1910; *Un Philosophe lyonnais, Nicolas Bergasse*, Lyon, Le Van, 1938.

30 El relato de esta celebrada curación es dado por Mialle, *Exposé par ordre alphabétique des cures opérées en France par le magnétisme animal, depuis Mesmer jusqu'à nos jours*, II, París, Dentu, 1826, págs. 81-82.

31 Franz Anton Mesmer, *Mémoire sur la découverte du magnétisme animal*, París, Didot, 1779.

difundido por el cosmos, al que denominaba *gravitatio universalis.* Por medio de este fenómeno podía explicarse la influencia del Sol, la Luna y los planetas sobre el cuerpo humano, así como las manifestaciones periódicas de ciertas enfermedades. Posteriormente denominó a este fluido agente general. Se creía que existía en diversas formas: una era la influencia del imán; otra, la electricidad; y una tercera el magnetismo animal. Esta parte física de la doctrina era sin duda su punto más débil y siempre permaneció oscura en la mente de Mesmer, que no era un buen sistematizador.

Un tercer elemento de su sistema lo constituyen las analogías con los descubrimientos contemporáneos en el campo de la electricidad. Mesmer imaginó que su fluido poseía polos, corrientes, descargas, conductores, aisladores y acumuladores. Su *baquet,* instrumento que se suponía concentraba el fluido, era una imitación de la botella de Leyden inventada recientemente. Pensaba también que existía un fluido positivo y otro negativo que se neutralizaban mutuamente, suposición que nunca aceptaron sus discípulos.

El cuarto elemento de la doctrina era la teoría de las crisis, obviamente derivada de la práctica de Gassner. Éste creía que la crisis era la prueba de la posesión, y al mismo tiempo el primer paso en el procedimiento del exorcismo. Para Mesmer, la crisis era la evidencia, proporcionada artificialmente, de la enfermedad, y el medio para su curación. Las crisis, decía, eran específicas: en un asmático sería un ataque de asma y en un epiléptico, una crisis epiléptica. Cuando se estimulaba repetidamente al paciente, se hacían menos y menos graves. En ocasiones desaparecían, lo que significaba la curación.

Estos ingredientes básicos que Mesmer trató de sintetizar en su doctrina condujeron a su famoso aforismo: «Sólo hay una enfermedad y una curación». Ninguna medicación o procedimiento terapéutico curaban al paciente por sí mismas; la curación sólo se obtenía por efecto del magnetismo, aunque los médicos todavía no eran conscientes de ello. El magnetismo animal proporcionaría a la humanidad un medio universal de curar y prevenir todas las enfermedades, llevando así la medicina «a su más alto grado de perfección».

El egocentrismo de Mesmer le hizo suponer que las facultades de medicina aceptarían una teoría que anulaba todos los descubrimientos realizados desde Hipócrates, y que haría superflua la profesión médica. No debe sorprender que su terapia repugnara tanto a la medicina contemporánea como ésta le repugnaba a él. Mesmer no utilizaba otra medicación que el agua magnética. Se sentaba enfrente del paciente manteniendo las rodillas en contacto con las de él, le aprisionaba los pulgares con las manos y le miraba fijamente a los ojos; luego le tocaba los hipocondrios y realizaba pases sobre sus miembros. Muchos pacientes sentían sensacio-

nes peculiares o entraban en crisis. Esto se suponía que traía consigo la curación.

El método colectivo de Mesmer era aún más extraordinario. Un médico inglés, John Grieve, que estaba en París en mayo de 1784, describió en una carta su visita a la casa de Mesmer, destacando que nunca había menos de doscientos pacientes a la vez [32]:

> El otro día estaba en su casa y fui testigo de su forma de actuar. En medio de la habitación está colocado un vaso de unos cincuenta centímetros de altura, al que aquí denominan *baquet*. Es tan grande que a su alrededor se pueden sentar con comodidad veinte personas; cerca del borde de la tapa que lo cubre se han realizado tantos agujeros como personas van a situarse alrededor; en ellos se introducen unas barras de hierro, dobladas hacia afuera en ángulo recto y de diferentes alturas, de modo que se correspondan con la parte del cuerpo a la que tienen que ser aplicadas. Además de estas barras, hay una cuerda que comunica el *baquet* con uno de los pacientes, y de éste pasa a otro, y así todo alrededor. Los efectos más sensibles se producen al aproximarse Mesmer, que se dice transmite el fluido mediante ciertos movimientos de las manos o los ojos, sin tocar a la persona. He hablado con varios que han observado estos efectos, y que experimentan convulsiones ocasionadas y hechas desaparecer por un movimiento de la mano...

Todo el sistema estaba pensado para aumentar las influencias magnéticas: grandes espejos reflejaban el fluido, que era dirigido por sonidos musicales que emanaban de instrumentos magnetizados. El propio Mesmer tocaba a veces su armónica de cristal, que muchos consideraban enervante. Los pacientes permanecían sentados en silencio. Al cabo de algún tiempo, algunos de ellos experimentaban sensaciones corporales peculiares, y los pocos que entraban en crisis eran llevados por Mesmer y sus ayudantes a la *chambre des crises*. En ocasiones se extendía una ola de crisis de un paciente a otro.

Un procedimiento aún más extraordinario era el del árbol magnetizado, especie de terapia colectiva externa para los pobres.

Semejantes procedimientos parecían tan extravagantes que pocos médicos pudieron escapar a la idea de que era un charlatán. El resentimiento profesional debió aumentar ante el creciente éxito de Mesmer y los fabulosos honorarios que solicitaba de sus pacientes nobles y acaudalados.

A mediados de 1782, Mesmer pareció comprender que había llegado a un callejón sin salida. Durante cinco años había luchado por que las sociedades científicas reconocieran su descubrimiento, con la idea de venderlo al gobierno francés para su aplicación y enseñanza en un hospital público. Pero estaba más lejos que nunca de su meta. En julio de 1782 fue a pasar una temporada a Spa —un lugar de descanso en la actual Bélgica— con sus devotos Bergasse y Kornmann. Según el relato de Ber-

---

32 Sir William Ramsey, *The Life and Letters of Joseph Black*, Londres, Constable and Co., 1918, págs. 84-85.

gasse, allí recibió una carta en la que le manifestaban que D'Eslon, pretendiendo reemplazarle, había comenzado a practicar el magnetismo animal [33]. Mesmer quedó consternado y furioso contra el «traidor», y vio su propia ruina. Estaba seguro de que, después de haberle robado su secreto, D'Eslon le robaría también la clientela. El abogado Bergasse y el financiero Kornmann formularon entonces un nuevo plan: organizarían una suscripción para reunir una gran suma de dinero y comprar el descubrimiento de Mesmer. Los suscriptores entrarían en posesión del «secreto» y se organizarían en una sociedad que educaría a los estudiantes y extendería las enseñanzas.

El proyecto tuvo un gran éxito. Se encontraron suscriptores, a pesar de la enorme cantidad de dinero pedida. Entre ellos estaban los nombres más ilustres de la ciudad y de la corte, miembros de las más antiguas familias aristocráticas, como Noailles, Montesquieu y el marqués de Lafayette, así como eminentes magistrados, abogados y médicos. El Bailli des Barres de la Orden de Malta acudió para introducir el magnetismo entre los Caballeros en la isla [34]. Sin embargo, entre Mesmer y sus discípulos surgieron dificultades cada vez mayores. Más tarde Bergasse publicó un relato documentado sobre estas arduas negociaciones de 1783 y 1784 que —si todos los detalles fueran ciertos— muestra a Mesmer como un hombre fundamentalmente egocéntrico y suspicaz, irritable, despótico, codicioso y en ocasiones incluso deshonesto.

A pesar de todo, la sociedad (denominada Société de l'Harmonie) —una extraña mezcla de empresa de negocios, escuela privada y logia masónica— se puso en marcha y prosperó. Se fundaron sucursales en otras ciudades y pueblos de Francia. Esto aseguró a Mesmer una gran fortuna, además de las ganancias de sus prácticas magnéticas. La sociedad publicó también un compendio de la doctrina [35] y transformó lo que había sido el secreto de un hombre en el conocimiento común de un grupo entusiasta. Sus discípulos se sintieron muchas veces resentidos por su despotismo, pero el magnetismo animal era ahora una institución establecida en Francia, y se desarrollaba con rapidez. El interés del público, que había estado centrado en la Guerra de la Independencia Americana y en el tratado de paz con Inglaterra, se dirigía hacia Mesmer.

El año 1784 fue tan funesto para Mesmer como lo había sido el de 1776 para Gassner: llegó a la cumbre del éxito, y a continuación vino una rápida caída.

---

[33] Nicolas Bergasse, *Observations de M. Bergasse sur un écrit du Dr. Mesmer, ayant pour titre: Lettre de l'inventeur du magnétisme animal à l'auteur des réflexions préliminaires*, Londres, 1785.

[34] Eugène Louis, *Les Origines de la doctrine du magnétisme animal.* Thèse méd., París, 1898-1899; núm. 111, París, Société d'Editions Scientifiques, 1898.

[35] Caullet de Veaumorel, ed., *Aphorismes de M. Mesmer dictés à l'assemblée de ses élèves... en 344 paragraphes*, París, Quinquet, 1785.

En marzo de 1784, como consecuencia de la agitación levantada alrededor de Mesmer, el rey nombró una comisión investigadora formada por miembros de la Académie des Sciences y la Académie de Médecine, y otra formada por miembros de la Société Royale. En ellas figuraban los científicos más notables de la época: el astrónomo Bailly, el químico Lavoisier, el médico Guillotin, y el embajador americano Benjamin Franklin. El programa de pruebas había sido diseñado por Lavoisier y era un modelo de la aplicación del método experimental [36]. El punto en litigio no era si Mesmer curaba o no a sus pacientes, sino su pretensión de haber descubierto un nuevo fluido físico. Las comisiones concluyeron con la afirmación de que no se habían hallado pruebas de la existencia física de un «fluido magnético». No se negaban sus posibles efectos terapéuticos, pero se atribuían a la «imaginación» [37]. Al rey se le presentó un informe suplementario y secreto señalando los peligros resultantes de la atracción erótica de la paciente magnetizada hacia su magnetizador varón [38]. Uno de los comisionados, Jussieu, se separó de sus colegas y escribió un informe indicando que en verdad actuaba un agente eficaz desconocido, probablemente el «calor animal» [39]. Mesmer se mostró indignado porque los comisionados no acudieran a él con sus preguntas, sino al «traidor» D'Eslon. Posteriormente, sin embargo, esta circunstancia le fue favorable: cuando el Ministerio Público, basado en el informe de los comisionados, decidió prohibir la práctica del magnetismo animal, Bergasse triunfó en sus esfuerzos para conseguir que el Parlamento —el máximo organismo judicial— levantase la interdicción basado en un tecnicismo legal: el informe de los comisionados se refería a la práctica de D'Eslon, no a la de Mesmer.

De cualquier modo, los informes no perjudicaron demasiado al desarrollo del movimiento magnético. La Société de l'Harmonie continuó con sus actividades y se fundaron sociedades semejantes en diversas ciudades de Francia. Simultáneamente, sin embargo, el movimiento experimentó una serie de contrariedades sin precedentes: Mesmer fue abundantemente ridiculizado en caricaturas, canciones populares y obras satíricas [40]. Ocurrió el desgraciado episodio de Court de Gébelin, famoso erudito que publicó un panfleto entusiasta sobre Mesmer después de haber sido «curado» por éste, tras lo cual sufrió una recaída y murió en la propia casa de Mes-

---

36 Antoine Lavoisier, «Sur le magnétisme animal», vol. III, *Oeuvres de Lavoisier*, París, Imprimerie Nationale, 1865, págs. 499-527.

37 *Rapport des Commissaires chargés par le Roy de l'examen du magnétisme animal*, París, 1784.

38 Este informe fue reimpreso en Claude Burdin y Frédéric Dubois, *Histoire académique du magnétisme animal*, París, Baillière, 1841.

39 A. L. de Jussieu, *Rapport de l'un des commissaires chargés par le Roy de l'examen du magnétisme animal*, París, Veuve Hérissant, 1784.

40 Ver en particular los de Jean-Baptiste Radet, *Les docteurs modernes. Comédie-parade..., suivie du baquet de santé...*, París, Brunet, 1784.

mer[41]. Pero el interés público se vio desviado de Mesmer pocos meses después por los nuevos temas del conde Allesandro di Cagliostro (Giuseppe Balsamo) y el escándalo del «collar de la Reina». Mucho más importantes, en lo que a Mesmer concernía, eran las críticas que contra él lanzaban los científicos y eruditos. Un autor anónimo publicó un libro, *L'anti-magnétisme*[42], en el que describía de forma objetiva las fuentes de la doctrina de Mesmer y mostraba la conexión entre su método curativo y el de Gassner. Otro autor, Thouret[43], publicó un estudio aún más completo, tomando una por una las 27 proposiciones de Mesmer y demostrando que cada una de ellas ya había sido establecida en términos muy parecidos por autores como Paracelso, Van Helmont y Goclenius, y sobre todo por Mead y Maxwell. Llegó a la conclusión de que la teoría magnética, lejos de ser una novedad, era un sistema antiguo abandonado ya hacía casi un siglo. Mesmer negó haber leído nunca a cualquiera de esos autores (todavía no estaba de moda denominarles «precursores»). Los físicos, por su parte, no querían oír hablar del denominado fluido magnético. Un médico y físico llamado Marat declaró que el magnetismo animal no tenía derecho a sostener que era una teoría física[44].

Aún peor desde el punto de vista de Mesmer era el hecho de que apenas había empezado a revelar su doctrina cuando sus discípulos se rebelaron. La hallaron vaga e incoherente, a pesar de que D'Eslon ya había ofrecido algunas formulaciones claras y límpidas de la misma. Se nombró un *Comité d'instruction* para publicar la doctrina en una forma aceptable para los discípulos[45]. Bergasse, que ocupaba un puesto importante en la sociedad, había encontrado en el mesmerismo la base de una nueva filosofía mundial y exponía su teoría en un trabajo titulado «Teoría del mundo y de los seres organizados»[46]. Se hizo una edición limitada y, para darle el aspecto de ciencia secreta, se sustituyeron por símbolos 115 palabras clave, de modo que los no iniciados no pudieran comprenderlo. Pero esta publicación despertó la cólera de Mesmer y, después de una fuerte polémica entre los dos, Bergasse abandonó la sociedad. Mientras tanto, muchos miembros se habían desilusionado y también desertaron. Quizá lo peor, desde el punto de vista de Mesmer, fue que uno de sus discípulos más fieles, Puységur, del que hablaremos más tarde, a pesar de proclamar su

---

41 Paul Schmidt, *Court de Gébelin à Paris*, París, Fischbacher, 1908.

42 *L'anti-magnétisme, ou origine, progrès, décadence, renouvellement et réfutation du magnétisme animal*, Londres, 1784.

43 M. Thouret, *Recherches et doutes sur le magnétisme animal*, París, Prault, 1784.

44 Marat, *Mémoire sur l'électricité médicale*, París, Méquignon, 1784, pág. 110.

45 Caullet de Veaumorel, *Aphorismes de M. Mesmer, dictés à l'assemblée de ses élèves*, París, Quinquet, 1785.

46 Nicolas Bergasse, *Théorie du monde et des êtres organisés, suivant les principes de M.*, París, 1784.

lealtad a las enseñanzas del maestro, descubrió el sueño magnético, que iba a dar una nueva dirección al movimiento.

Otra contrariedad de índole más personal fue un incidente que ocurrió el Viernes Santo (16 de abril de 1784) en el *Concert Spirituel du Carême* en presencia de la corte real y la élite de la sociedad parisiense. De Viena había llegado una joven intérprete ciega para tocar el clavicordio: Maria-Theresia Paradis. Grimm describió que «todos los ojos se volvieron hacia Mesmer, que había sido lo bastante imprudente como para ir al concierto. Estaba seguro de ser el centro de atención y sufrió una de las peores humillaciones de su vida» [47]. Sus enemigos hicieron revivir con presteza la vieja historia de que había pretendido curarla, aunque estaba comprobado que había fracasado. Maria-Theresia pasó en Francia los seis meses siguientes, y su presencia en París debió ser muy perturbadora para Mesmer. En agosto de ese año, la Société de l'Harmonie de Lyon le invitó a demostrar su habilidad en presencia del príncipe Enrique de Prusia (hermano del rey Federico II). Para su propia consternación y el desaliento de sus discípulos, su fracaso fue total. Es probable que Mesmer reaccionara ante estos acontecimientos del mismo modo que en 1777: cayendo en un estado de depresión y huyendo.

De hecho, desapareció de París, probablemente a comienzos de 1875. Sus discípulos desconocían sus andanzas. Circularon rumores de que vivía en Inglaterra bajo un nombre supuesto. El movimiento fundado por él se desarrollaba más y más en la dirección impuesta por Puységur.

Las actividades de Mesmer durante los veinte años siguientes son en gran parte desconocidas. Sólo se han descrito parte de sus viajes por Suiza, Alemania, Francia y Austria [48]. Se ha sabido que cuando volvió a Viena en 1793, fue expulsado como sospechoso político, y que en 1794 su nombre estuvo relacionado con un oscuro complot. Marchó a Suiza, donde adquirió dicha nacionalidad, y se estableció en Frauenfeld, pueblo cercano al lago Constanza. Había perdido parte de su fortuna, pero aún era lo suficientemente rico para vivir como un hombre desocupado durante el resto de su vida, al estilo de los viejos aristócratas. La reciente investigación ha revelado testimonios de personas que le conocieron durante ese tiempo. Le describen como un hombre de modales refinados, pero orgulloso y egocéntrico, desdeñoso de las ideas de otras personas. Se sentía ofendido contra el mundo que no había aceptado su descubrimiento, los médicos que le habían rechazado y los discípulos que habían deformado sus enseñanzas.

[47] Citado por Wohleb, *op. cit.*

[48] Este período de la vida de Mesmer ha sido dilucidado en parte gracias a la investigación realizada por Karl Bittel, *Der berühmte Hr. Doct. Mesmer, 1734-1815*, Überlingen, August Feyel, 1939, *op. cit.*, y Bernhard Milt, «Franz Anton Mesmer und seine Beziehungen zur Schweiz», *Mitteilungen der antiquarischen Gesellschaft in Zürich*, XXXVIII (1953), 1-139.

Por esta época estaba tan olvidado que la mayoría de sus discípulos ni siquiera sabían que todavía vivía. Por último, Wolfart, un médico alemán, fue a visitarle en 1812. Romántico y patriota, se sorprendió de que Mesmer se expresara exclusivamente en francés, a la manera de la antigua aristocracia alemana. Publicó una traducción al alemán del último libro de Mesmer, que no sólo contenía el esquema esencial de su sistema, sino también una colección de sus opiniones sobre una gran variedad de temas: enseñanza, vida social, festividades públicas, impuestos y prisiones[49]. Por desgracia, la mayoría de los papeles que Mesmer le confió se han perdido. Wolfart era tan descuidado que, cuando publicó el libro de Mesmer, le dio el nombre de pila de Friedrich en lugar de Franz.

Uno o dos años antes de su muerte, Mesmer se desplazó a Meersburg, en las orillas del lago Constanza, donde murió el 5 de marzo de 1815, a unos pocos kilómetros de su lugar de nacimiento.

Cuando Justinus Kerner visitó Meersburg en 1854, ovó historias sorprendentes a los viejos que le habían conocido[50]. Le dijeron que cuando fue a la Isla de Mainau, volaban hacia él bandadas de pájaros, que le seguían mientras caminaba y se posaban a su alrededor cuando se sentaba. Tenía, añadían, un canario amaestrado en una jaula abierta en su habitación. Todas las mañanas el pájaro volaba hacia su amo, se le posaba en la cabeza y le despertaba con su canto. Le hacía compañía durante el desayuno, echando en ocasiones terrones de azúcar a su taza. Con un ligero golpe de la mano, Mesmer podía hacer que se durmiera o despertara. Una mañana el pájaro permaneció en su jaula: Mesmer había muerto durante la noche. El canario no volvió a cantar ni a comer, y pocos días después fue hallado muerto en su jaula.

¿Cuál era la verdadera personalidad de este hombre que había conseguido en su país reputación de mago? No podemos dar una respuesta satisfactoria; se desconocen demasiadas cosas acerca de él. No sabemos nada de su infancia ni de su vida emocional, aparte de su desgraciado matrimonio. Con el apoyo de los documentos existentes, se pueden trazar diversos bocetos.

El retrato primero y mejor conocido es el que dan sus discípulos franceses, sobre todo el de Bergasse en su extenso relato lleno de amargo resentimiento, escrito después de que Mesmer el expulsara del movimiento[51]. En estos relatos, Mesmer aparece como un hombre dominado por la idea fija de que ha realizado un descubrimiento trascendental que el

49 Karl Christian Wolfart, ed., *Mesmerismus. Oder System der Wechselwirkungen, Theorie und Anwendung des thierischen Magnetismus*, Berlín, Nicolai, 1814.

50 Justinus Kerner, *Franz Anton Mesmer aus Schwaben*, Francfort, Literarische Anstalt, 1856.

51 Nicolas Bergasse, *Observations de M. Bergasse sur un écrit du Dr. Mesmer, ayant pour titre: Lettre de l'inventeur du magnétisme animal à l'auteur des réflexions préliminaires*, Londres, 1785.

mundo debe aceptar inmediatamente, incluso antes de ser revelado por completo. Quería guardar su secreto para sí mientras le apeteciera y darlo a conocer sólo cuando lo considerara conveniente. Su doctrina del magnetismo animal, sin embargo, debía permanecer de su única y exclusiva propiedad; nadie tenía derecho a añadir, modificar o eliminar nada sin su permiso. Exigía de sus discípulos una devoción absoluta, aunque no sentía la necesidad de reciprocidad mostrándoles gratitud, y rompió con quienquiera que manifestara ideas independientes. Se sentía como si viviera en un mundo de enemigos que continuamente trataban de robar, alterar o suprimir su descubrimiento. Tomaba la indiferencia por hostilidad y la contradicción por persecución. Este retrato de Mesmer quizá no difiera mucho del de otros varios grandes científicos. Es (en términos de Jung) el síndrome típico de «inflación psicológica» y debe ser considerado como un desarrollo secundario sobreimpuesto sobre una estructura básica de la personalidad.

Mesmer sentía un poder misterioso dentro de su cuerpo, que se demostraba por las sensacionales curaciones y los extraños acontecimientos del castillo de Rohow. Pero además de estos incidentes probablemente transitorios, poseía un alto grado de «magnetismo personal»: una mezcla compleja de encanto y autoridad. Era inigualable en el arte de convencer a las personas y obtener de ellas grandes favores. Esto puede explicar también el misterio de su ascenso social en una era de diferenciación impenetrable de clases, y su habilidad para tratar con príncipes y aristócratas en un plano de igualdad.

Las fluctuaciones de su magnetismo personal quizá estuvieran subordinadas a ciertas características psicopatológicas más profundas: supersensibilidad morbosa, irritabilidad, y alborozos y depresiones alternantes. Durante sus períodos de éxito mostraba una actividad incansable, casi hipomaníaca. Parece que en ocasiones mostraba lo que se podrían denominar delirios paranoicos de grandeza. (Un médico suizo, Egg, relata que Mesmer le había dicho, en 1804, que el agua corriente estaba magnetizada porque él mismo había magnetizado al sol hacía veinte años)[52]. Pero también estaba sujeto a ataques súbitos de desaliento. El propio Mesmer describió la situación anormal que padecía a finales de 1776. Es bastante probable que ocurriera algo similar en 1785. Estos dos episodios quizá estuvieran relacionados con su sensación de que sus poderes magnéticos se habían agotado.

Con sus misteriosos poderes, Mesmer está más cerca del antiguo mago que del psicoterapeuta del siglo XX. Su victoria sobre Gassner recuerda

---

[52] Los recuerdos de Johann Heinrich Egg sobre Mesmer fueron publicados en un periódico local y reproducidos por Bernhard Milt, «Franz Anton Mesmer und seine Beziehungen zur Schweiz», *Mitteilungen der antiquarischen Gesellschaft in Zürich*, XXXVIII (1953), 1-139.

más la de una lucha entre brujos rivales de Alaska que la de una controversia psiquiátrica moderna. No obstante, su doctrina contenía las semillas de varios dogmas básicos de la psiquiatría moderna.

El magnetizador, proclamaba Mesmer, es el agente terapéutico de sus curaciones: su poder descansa en sí mismo. Para hacer posible la curación, debe establecer primero una relación, es decir, una especie de «sintonía», con su paciente. La curación se logra por medio de crisis, esto es, manifestaciones de enfermedades latentes producidas artificialmente por el magnetizador y que están bajo su control. Es mejor provocar varias crisis regularmente más débiles que una sola grave. En el tratamiento colectivo, el magnetizador debe controlar las reacciones de los pacientes entre sí.

Mesmer agrupó a sus discípulos en una sociedad en la que tanto los magnetizadores médicos como los legos estaban en un plano de igualdad. Sus miembros, que habían realizado grandes sacrificios financieros, aprendían su doctrina, discutían los resultados terapéuticos y mantenían la unidad del movimiento.

Una cuestión aún sin aclarar es la de si fue un precursor de la psiquiatría dinámica o su verdadero fundador. Todo pionero es siempre el sucesor de otros anteriores y el precursor de los siguientes. No hay duda, sin embargo, de que el desarrollo de la moderna psiquiatría dinámica puede remontarse al magnetismo animal de Mesmer, y de que la posteridad ha sido muy ingrata con él.

Puységur y el nuevo magnetismo

Siempre hay un momento en que la creación se emancipa de su creador y toma su propio rumbo.

Apenas había comenzado Mesmer a revelar su doctrina cuando uno de sus más fieles discípulos, el marqués de Puységur, hizo un descubrimiento que daría un nuevo rumbo a la evolución del magnetismo. En opinión de ciertos historiadores, se trata de un descubrimiento de importancia igual o incluso superior a la del propio trabajo de Mesmer. Charles Richet ha dicho: «El nombre de Puységur debe ser puesto a la misma altura que el de Mesmer... Mesmer fue, sin duda, el *iniciador* del magnetismo, pero no su verdadero *fundador*»[53]. Sin Puységur, añade, la vida del magnetismo habría sido corta y únicamente habría dejado el recuerdo de una epidemia psíquica transitoria alrededor del *baquet*.

Entre los discípulos más entusiastas de Mesmer estaban los tres hermanos De Puységur. Pertenecían a una ilustre familia de la nobleza fran-

[53] Charles Richet, *L'Homme et l'intelligence. Fragments de philosophie*, París, Alcan, 1884, págs. 295, 543 [la cursiva es del autor].

cesa, que en el curso de los siglos había dado a su país muchos hombres ilustres, sobre todo en el campo de la milicia[54]. Se inscribía en la rama de la aristocracia preocupada por los temas filantrópicos. Los tres hermanos se convirtieron, pues, en alumnos de Mesmer e intervinieron en la historia del magnetismo animal[55].

El más joven, vizconde Jacques Maxime de Chastenet de Puységur (1755-1848), obtuvo su reputación en los campos de maniobras de Bayona: un oficial, al parecer atacado de apoplejía, había caído al suelo. El vizconde le magnetizó en el mismo lugar y le curó en presencia de las tropas. Se dice que desde entonces quedó a cargo del tratamiento de los soldados enfermos de su regimiento.

El segundo hermano, Antoine-Hyacinthe, conde de Chastenet (1752-1809), era un oficial de la marina que había hecho investigaciones sobre los guanches de las islas Canarias y que llevó consigo a París algunas de sus momias. Fue él quien introdujo el magnetismo animal en Santo Domingo, rica y próspera colonia esclavista francesa. Los amos blancos pronto se apiñaron alrededor de los *baquets,* y los esclavos negros pidieron y obtuvieron uno para su propio uso.

El mayor de los hermanos, Amand-Marie-Jacques de Chastenet, marqués de Puységur (1751-1825), oficial de artillería que se había distinguido en el sitio de Gibraltar y que había participado en una misión oficial en Rusia, dividió su tiempo entre la vida militar y su castillo de Buzancy, cerca de Soissons, donde poseía la inmensa propiedad de sus antepasados. Como muchos de sus aristocráticos contemporáneos, mantenía un *cabinet de physique,* donde realizó diversos experimentos con electricidad. Escéptico al principio acerca del mesmerismo, se convirtió a él por mediación de su hermano Antoine-Hyacinthe y comenzó a administrar tratamientos individuales y colectivos en su mansión[56].

Uno de sus primeros pacientes fue Victor Race, joven campesino de veintitrés años cuya familia había estado al servicio de la suya durante varias generaciones. Victor, que padecía una enfermedad respiratoria leve, fue magnetizado con facilidad y, en ese estado, mostró una crisis muy peculiar. No había convulsiones ni movimientos desordenados, como ocu-

---

[54] Robert de Puységur, *Notice généalogique sur la famille Chastenet de Puységur,* París, Lemerre, 1904; Marquis de Blosseville, *Les Puységur. Leurs oeuvres de littérature, d'économie politique et de science,* París, Aubry, 1873.

[55] El autor está particularmente agradecido al vizconde de Boisdulier, descendiente directo del marqués de Puységur, que le proporcionó abundante información acerca de su ilustre antecesor y de la familia Puységur.

[56] La descripción de estas primeras sesiones fue dada por un testigo ocular, Clocquet, recaudador de impuestos, y por el propio Puységur en un folleto anónimo: (Puységur), *Détail des cures opérées à Buzancy près de Soissons, par le magnétisme animal,* Soissons, 1784.

rría con otros pacientes, sino que cayó en una especie de sueño extraño en el que parecía estar más despierto y consciente que en su estado de vigilia. Hablaba en voz alta, respondía a las preguntas y exhibía una mente mucho más brillante que en su estado normal. El marqués, al cantar de forma inaudible para él mismo, se dio cuenta de que el joven entonaba las mismas canciones en voz alta. Una vez pasada la crisis, Victor no recordaba nada. Intrigado, Puységur volvió a provocarle este tipo de crisis y luego lo probó con éxito en otros varios sujetos. En tal estado, eran capaces de diagnosticar sus propias enfermedades, predecir su evolución (lo que Puységur denominó *presensación*) y prescribir el tratamiento.

El número de sus pacientes aumentó tanto que pronto organizó un tratamiento colectivo. La plaza pública del pequeño pueblo de Buzancy, rodeada por chozas de bálago y árboles, no estaba lejos del majestuoso castillo de los Puységur. En su centro había un enorme y maravilloso olmo viejo, a cuyo pie vertía un arroyo sus límpidas aguas. Los campesinos se sentaban en los bancos de piedra de alrededor. Se colgaron unas cuerdas de las ramas principales del árbol y alrededor del tronco, y se pedía a los pacientes que ataran sus extremos a las zonas enfermas de su cuerpo. La operación comenzaba con los pacientes unidos en cadena, enlazados unos a otros por los pulgares. Entonces comenzaban a sentir en diversos grados el fluido que circulaba entre ellos. Transcurrido un rato, el director ordenaba que se rompiera la cadena y los pacientes se restregaban las manos. Entonces elegía a varios de ellos y, tocándolos con su varilla de hierro, los colocaba en «crisis perfecta». En ese estado, diagnosticaban enfermedades y prescribían tratamientos. Para «desencantarlos» (es decir, para despertarlos de su sueño magnético), Puységur les ordenaba besar el árbol, e inmediatamente despertaban, sin recordar nada de lo que había ocurrido. Estos tratamientos se llevaban a cabo en presencia de curiosos y entusiasmados espectadores. Se dijo que en poco más de un mes, 62 de los 300 pacientes fueron curados de diversas enfermedades.

El nuevo tipo de tratamiento introducido por Puységur incluía, por tanto, dos manifestaciones diferentes: la primera era la propia «crisis perfecta», con su apariencia de estado de vigilia, su relación electiva con el magnetizador, cuyas órdenes ejecutaba el sujeto, y la amnesia que seguía. Pronto se reconoció la semejanza de este sueño magnético con el sonambulismo natural, y de ahí el nombre de «sonambulismo artificial». (Sólo mucho después denominaría Braid a esta situación por su nombre actual, «hipnosis»). El segundo aspecto era la «lucidez» exhibida por ciertos pacientes, esto es, su capacidad para diagnosticar enfermedades, predecir sus cursos y prescribir tratamientos, tanto para ellos mismos como para otros con los que habían sido puestos en relación.

Pronto aprendió Puységur del propio Victor otro uso psicoterapéutico de la crisis perfecta [57]. Por aquel entonces, Victor estaba muy preocupado por una riña que tuvo con su hermana, de la que nunca se hubiera atrevido a hablar con nadie; pero cuando estaba en sueño magnético, se sentía libre para confiar en el marqués, el cual le aconsejó que cuidara de sus propios intereses y buscara una solución satisfactoria. Entonces Victor dio los pasos necesarios para modificar su situación.

El papel desempeñado por Victor Race en la historia del magnetismo merece una atención especial. No sólo fue uno de los primeros pacientes de Puységur, y el primero en caer en la crisis perfecta —de la que se convirtió en prototipo—, sino que fue de él de quien el marqués aprendió los principios fundamentales. A principios de 1785 Puységur le llevó a París, donde le utilizó para realizar diversas demostraciones. Dos veces se lo mostró a Mesmer, cuya reacción se desconoce. Se produjo un empeoramiento en el estado de Victor, el cual explicó durante un sueño magnético que era debido a su exhibición delante de personas curiosas y muchas veces incrédulas. Así aprendió Puységur que el magnetismo debía utilizarse únicamente con fines terapéuticos y no para experimentos ni demostraciones. Más aún, mientras experimentaba con Victor, Puységur se dio cuenta de la vanidad de la enseñanza de Mesmer y comprendió que el verdadero agente curativo era la voluntad del magnetizador [58].

El efecto de tales descubrimientos fue considerable. Comenzaron a imitarse por todas partes las maravillosas curaciones de Buzancy. De las aldeas más remotas llegaban idílicos relatos de campesinos y sirvientes curados al pie de árboles magnetizados por condes y marqueses filántropos [59]. Pero sobre todo, el nuevo tipo de tratamiento magnético introducido por Puységur se extendió con rapidez, muy a disgusto de Mesmer, el cual aseguraba que el sueño magnético no era sino uno de los numerosos tipos de crisis, y mantenía con firmeza su doctrina del fluido físico, aunque le abandonaron muchos de sus discípulos. Desde ese día se abrió una brecha, que fue creciendo lentamente, entre los mesmeristas ortodoxos que se adherían a la teoría de la crisis y el fluido, y los seguidores de Puységur, que concentraban su atención en el sonambulismo artificial, adoptando una teoría psicológica y simplificando de paso la técnica de la mesmerización.

En agosto de 1785 se ordenó a Puységur que tomara el mando de su regimiento de artillería estacionado en Estrasburgo [60]. La sociedad masó-

57 A. M. J. Chastenet de Puységur, *Mémoires pour servir à l'histoire et à l'établissement du magnétisme animal*, s. l., 1784.

58 *Ibid.*, 2.ª ed., París, Cellot, 1809, págs. 39-52.

59 Anón., *Nouvelles cures opérées par le Magnétisme Animal*, s. l., 1784.

60 A. M. J. Chastenet de Puységur, *Du magnétisme animal, consideré dans ses rapports avec diverses branches de la physique générale*, París, Desenne, 1807, páginas 108-152.

nica local le había pedido que enseñara a sus miembros los principios del magnetismo animal. Puységur dio un curso, que concluyó con las siguientes palabras:

> Creo en la existencia dentro de mí de un poder.
> De esta creencia deriva mi voluntad de ejercerlo.
> Toda la doctrina del Magnetismo Animal está contenida en dos palabras: *creer* y *querer*.
> *Creo* que tengo el poder de poner en acción el principio vital de mis hermanos; *quiero* utilizarlo; estos son toda mi ciencia y todos mis medios.
> *Crean* y *quieran*, señores, y conseguirán tanto como yo.

En Estrasburgo, Puységur organizó la Société Harmonique des Amis Réunis, cuyos propósitos eran la formación de magnetizadores y la creación de centros de tratamiento magnético. En 1789 contaba con más de doscientos miembros, entre los que se contaba la élite de la aristocracia alsaciana, que se comprometieron a impartir sus tratamientos gratuitamente, a escribir informes exactos de todas sus experiencias, y a remitirlos a la sociedad. Bajo la supervisión de ésta se crearon una serie de centros de tratamiento por toda Alsacia. La actividad de la sociedad de Estrasburgo es de particular interés porque, a diferencia de otros centros franceses, publicaba informes anuales con una relación de las curaciones junto con pequeñas historias de los casos, en las que se incluían los nombres del realizador y del paciente, así como la naturaleza de la enfermedad [61]. No se volvieron a mencionar los tratamientos colectivos, ya fueran en forma de *baquet* o de árbol magnetizado. Parecía que las consideraciones teóricas desempeñaban un papel poco importante en las actividades de la sociedad.

No es posible saber cómo se habría desarrollado el movimiento si no hubiera sido abruptamente interrumpido por la Revolución en 1789. La Société de l'Harmonie y todas sus delegaciones desaparecieron. Los campesinos, en lugar de sentarse al pie de los árboles magnetizados, se reunían alrededor de los «árboles de la libertad» para oír discursos revolucionarios. Muchos de los discípulos aristócratas de Mesmer emigraron; otros perecieron en el patíbulo, como sucedió con varios antiguos miembros de las Comisiones Reales: especialmente Bailly y Lavoisier. Bergasse

[61] Una copia de estas preciosas y extraordinariamente raras publicaciones se puede encontrar en la Bibliothèque Nationale et Universitaire de Estrasburgo. Sus títulos son los siguientes: *Exposé des différentes cures opérées depuis le 25 d'août 1785, époque de la formation de la société, fondée à Strasbourg, sous la dénomination de Société Harmonique des Amis-Réunis, jusqu'au 12 du mois de Juin 1786, par différents membres de cette Société*, Estrasburgo, Librairie Académique, 1787; *Suite des cures faites par différents magnétiseurs, membres de la Société Harmonique des Amis-Réunis de Strasbourg*, Estrasburgo, Lorenz y Schouler, 1787, vol. II; *Annales de la Société Harmonique des Amis-Réunis de Strasbourg, ou cures que des membres de cette société ont opérées par le magnétisme animal*, en Estrasburgo y en las principales librerías de Europa, 1789, vol. III.

escapó, con dificultad, de la guillotina y posteriormente se convirtió en un filósofo místico y amigo íntimo del zar Alejandro. Cuando Malta fue tomada por Bonaparte y posteriormente por los ingleses, los Caballeros Mesmerianos fueron expulsados. En Santo Domingo, el magnetismo degeneró en una epidemia psíquica entre los esclavos negros, aumentando su agitación, y la dominación francesa terminó en un baño de sangre. Posteriormente Mesmer se vanaglorió de que la nueva república —ahora denominada Haití— le debiera su independencia.

El marqués de Puységur estuvo dos años en prisión, después de los cuales pudo recobrar su castillo, convertirse en Alcalde de Soissons, escribir obras literarias y dedicarse una vez más a su investigación sobre magnetismo. Investigó la hipótesis de que la enfermedad mental aguda pudiera ser un tipo de distorsión sonambúlica y que el magnetismo de algún tiempo pudiera ser empleado en los hospitales para curar la insania. Emprendió el tratamiento de un muchacho de doce años, Alejandro Hebert, el cual en ocasiones había sido atacado de accesos terroríficos de furia enajenante. El marqués dedicó seis meses al muchacho, no abandonándolo ni de día ni de noche, previniendo así los ataques posteriores en una psicoterapia de psicosis aguda [62].

Después de la caída de Napoleón, una nueva generación de magnetizadores, que no había conocido a Mesmer, veía en Puységur a su respetable patriarca, y reparaba con dificultad en que el término «mesmerizar» significaba en realidad usar el procedimiento instaurado por Puységur. Al volver a Buzancy en abril de 1818, el marqués, que contaba sesenta y siete años, se enteró de que Victor Race, que ahora tenía cincuenta y ocho, estaba gravemente enfermo y continuamente hablaba de él. Acudió a verle y le magnetizó en la misma cabaña de bálago en que lo había hecho por vez primera, treinta y cuatro años antes. Se sintió sorprendido de que Victor, en su sueño magnético, recordara todos los detalles de su anterior vida sonámbula. La salud del paciente mejoró, y el marqués volvió a París. Victor, el decano de los *sonámbulos* franceses, murió poco después y fue enterrado en el cementerio de Buzancy. El marqués ordenó que se pusiera una inscripción sobre su tumba [63].

El 29 de mayo de 1825, Carlos X fue coronado solemnemente en Reims en una ceremonia realizada según un antiguo ritual. Puységur, descendiente de una de las más antiguas familias francesas, permaneció durante toda la coronación en una de las tiendas ceremoniales que habían sido levantadas en la plaza pública. Debido probablemente a la gran humedad,

---

[62] A. M. J. Chastenet de Puységur, *Les Fous, les insensés, les maniaques et les frénétiques ne seraient-ils que des somnambules désordonnés?*, París, Dentu, 1812.

[63] M. S. Mialle, *Exposé par ordre alphabétique des cures opérées en France par le magnétisme animal, depuis Mesmer jusqu'à nos jours (1774-1826)*, I, 2 vols., París, Dentu, 1826, págs. 202-204.

el anciano aristócrata de setenta y cuatro años enfermó de gravedad y fue trasladado a su castillo de Buzancy, donde murió poco después, aureolado con la reputación de hombre honrado y generoso, si bien poco crítico [64]. Con su innato respeto por el rango y la primacía, siempre se había proclamado discípulo respetuoso de Mesmer, al que nunca trató de reemplazar en modo alguno. Su nombre cayó gradualmente en el olvido; sus escritos fueron cada vez más difíciles de hallar. Charles Richet le redescubrió en 1884 y demostró que la mayoría de lo que sus ilustres contemporáneos creían haber hallado en el campo de la hipnosis se encontraba ya en los escritos de Puységur.

En la actualidad, Buzancy es un pueblecito encantador rodeado de bosques y fértiles campos y praderas. El castillo de la antigua y poderosa familia Puységur ha desaparecido casi por completo. El olmo centenario sobrevivió hasta 1938; la Société des Amis de Mesmer iba a rodar una película sobre la vida de éste, uno de cuyos episodios se centraba alrededor del árbol, cuando una tormenta lo arrancó de raíz. Los campesinos se abalanzaron a recoger sus trozos; algunos cogieron porciones de la corteza que guardaron cuidadosamente, atribuyéndolas ciertas propiedades profilácticas o curativas [65]. El arroyo continúa vertiendo sus aguas en el mismo lugar y se le otorgan virtudes maravillosas. Ha desaparecido la tumba de Victor Race del pequeño cementerio, y sus descendientes, que han sido seguidos hasta la actualidad, conocen bastante poco del papel histórico de su antepasado [66]. En la pequeña y tranquila iglesia se encuentran las tumbas de varios Puységur, entre ellas la de Amand-Marie-Jacques de Chastenet, marqués de Puységur, uno de los grandes contribuyentes olvidados a la historia de las ciencias psicológicas.

La difusión del mesmerismo

El movimiento mesmerista era muy joven e inexperto cuando perdió a su director en 1785. No obstante, continuó desarrollándose lentamente en varias direcciones. Los primeros magnetizadores realizaron un intenso trabajo terapéutico y publicaron buenas observaciones. Pero el extraño fenómeno del sueño magnético sobreexcitó su imaginación y dirigió sus mentes a la búsqueda de lo extraordinario. En 1787 Pétetin publicó en Lyon la historia de una histérica que cayó en un estado cataléptico en el que sus funciones sensoriales quedaban desplazadas al epigastrio, es decir,

[64] *Encyclopédie du XIX^e siècle*, 3.ª ed., París, 1872; vol. XIX, art. *Puységur*, Bureau de l'Encyclopédie du XIX^e siècle.

[65] Estos detalles han sido proporcionados por el Sr. Guillemot, alcalde de Buzancy.

[66] Carta de G. Dumas, Directeur des Services d'Archives de l'Aisne, 14 junio 1963.

que sólo veía y oía a través del epigastrio [67]. En Alemania, y aunque ya había sido conocido y hecho demostraciones en 1775 y 1776, el nombre de Mesmer se unió más tarde al nuevo magnetismo inaugurado por Puységur. En 1786 el margrave Karl Friedrich de Baden envió una delegación a la Sociedad Mesmerista de Estrasburgo e introdujo el magnetismo animal en sus estados. En 1787 el profesor Böckmann, físico de Karlsruhe, fundó el Archiv für Magnetismus und Somnambulismus. Las extraordinarias manifestaciones de la lucidez magnética fueron utilizadas para tratar de obtener revelaciones preternaturales. Mucho se habló del caso de una joven de veintitrés años habitante de la pequeña ciudad de Rastadt (estado de Baden) que, en sueño magnético, explicó los misterios del alma humana, de los siete grados de sueño magnético, de la Naturaleza, e incluso de Dios y la Trinidad [68].

Tras la detención temporal producida por la Revolución, el desarrollo del magnetismo animal tomó un rumbo diferente en Francia y en Alemania.

En Francia, como hemos visto, fue Puységur el que lo elevó de nuevo en 1805. Publicó varios trabajos sobre él, que, junto con los de Mesmer, fueron considerados durante una generación como los grandes clásicos sobre el tema. Pero hacia 1812 nuevos investigadores introdujeron conceptos y métodos nuevos en el estudio del magnetismo.

Entre ellos destacó el notable Abbé de Faria, sacerdote portugués que pretendía venir de la India y ser un brahmán. En 1813 abrió una academia pública de sueño lúcido en París, en la que criticaba la teoría del fluido físico, así como la de la relación, y sostenía que el proceso esencial de la magnetización se debía menos al magnetizador que al sujeto [69]. Además enseñó que ciertos tipos de individuos eran susceptibles a la magnetización y los denominó *epoptes naturales*. Su técnica consistía en sentar a los pacientes en asientos cómodos y hacerlos fijarse en su mano abierta y elevada, tras lo cual ordenaba en voz alta: «¡Duerme!». Los sujetos caían entonces en sueño magnético. Mientras estaban en esa situación, les inducía visiones, así como sugerencias poshipnóticas. Por desgracia para él, constituía un obstáculo para su práctica su mal francés y (según Noizet) fue víctima de la broma de un actor que había ido a una de sus sesiones con la intención de ridiculizarle, tras lo cual Faria se convirtió en el hazmerreír de París. Su nombre sobrevivió sobre todo porque Alejandro Dumas lo aplicó a un personaje de su novela *El conde de Monte-*

---

[67] Pétetin, *Mémoire sur la découverte des phénomènes que présentent la catalepsie et le somnambulisme, symptomes de l'affection hystérique essentielle*, Lyon 1785.

[68] *Extrait du journal d'une cure magnétique. Traduit de l'allemand*, Rastadt, J. W. Dorner, 1787.

[69] Abbé de Faria, *De la cause du sommeil lucide, ou Étude de la nature de l'homme*, tomo I, París, Mme. Horiac, 1819. (Éste es el único volumen publicado de los cuatro planeados por Faria.)

cristo. Janet ha demostrado que fue Faria, a través de Noizet y Liébeault, el verdadero antecesor de la Escuela de Nancy.

Deleuze se encontró con el éxito donde Faria había fracasado, y a él se suele atribuir el resurgimiento del magnetismo en Francia. Impartió también un curso público y publicó un libro de texto claro y bien organizado[70]. En él afirmaba que la era de las «curaciones prodigiosas» había terminado con Mesmer y Puységur, y que había comenzado el período de la técnica elaborada y codificada. Subrayó asimismo que la vieja lucha entre los «fluidistas» (que creían en el fluido físico de Mesmer), los «animistas» (que creían en el fenómeno psicológico) y la teoría intermedia (mantenida por los que creían en la existencia de un fluido físico dirigido por la voluntad) era una cosa del pasado. Dio excelentes descripciones de los fenómenos que ocurrían durante el sonambulismo artificial, se mostraba escéptico acerca de las pretendidas manifestaciones preternaturales, y avisó contra los diversos peligros inherentes al tratamiento magnético.

Si Deleuze era sobre todo un clínico y un científico, Alexandre Bertrand, con una doble formación como médico y como ingeniero, enfocó el fenómeno del magnetismo animal con vistas a explorarlo de forma científica y experimental[71]. Janet, que tenía en la más alta estima su trabajo, le consideraba como el verdadero iniciador del estudio científico de la hipnosis.

Noizet, oficial de la armada francesa que había asistido a las demostraciones de Faria, relata cómo conoció en 1819 a Bertrand, que había comenzado sus investigaciones sobre el magnetismo, y cómo le convenció de la falsedad de la teoría del fluido. Se hicieron amigos, y ambos enviaron manuscritos a un concurso propuesto por la Academia de Berlín; pero los manuscritos les fueron devueltos. Bertrand revisó el suyo y lo convirtió en su *Traité*, mientras que hubieron de pasar treinta y cinco años antes de que Noizet publicara el propio en una edición limitada[72]. Sus enseñanzas serían adoptadas por Liébeault, y de este modo, la técnica de Faria se convirtió con el tiempo en el método general aplicado por la Escuela de Nancy. Tanto Bertrand como Noizet destacaban el hecho de que la mente humana está repleta de pensamientos y razonamientos de los que no somos conscientes y que sólo podemos reconocer por los efectos que producen.

Entre los estudiantes franceses de magnetismo había también nombres como los de Charpignon, Teste, Gauthier, Lafontaine, Despine, Dupotet, Durand (de Gros) y otros que merecen el mayor crédito, aunque en la

---

70 J. P. F. Deleuze, *Histoire critique du magnétisme animal*, París, Schoell, 1810.

71 A. Bertrand, *Traité du somnambulisme et des différentes modifications qu'il présente*, París, Dentu, 1823.

72 General Noizet, *Mémoire sur le somnambulisme et le magnétisme animal*, París, Plon, 1854.

actualidad están muy olvidados. Janet protestó contra el calificativo de «precursores», que se les daba en tono despreciativo. Estos hombres, dijo (al igual que Puységur y los primeros mesmeristas), fueron los verdaderos fundadores de la ciencia del hipnotismo; describieron correctamente todos sus fenómenos desde el comienzo y durante el siglo XIX no se añadió nada sustancial.

Comprendieron, por ejemplo, que la comunicación era el fenómeno central del magnetismo y el sonambulismo, y que su influencia se extendía mucho más allá de la propia sesión. Las sugestiones poshipnóticas ya estaban descritas en 1787 y eran bien conocidas por Faria y Bertrand[73]. Pronto se incluyó en el concepto de *rapport* la influencia recíproca entre el paciente y el magnetizador[74]. Ya los primeros magnetizadores prevenían contra el peligro inherente a la poderosa atracción interpersonal surgida de la comunicación, aunque sabían que esta influencia también tenía sus limitaciones. Tardif de Montrevel destacó en 1785 que el sujeto en sueño magnético era capaz de resistir cualquier orden inmoral que le pudiera dar un magnetizador sin escrúpulos[75]. Estudiaron las vicisitudes de los tratamientos individuales, explicaron cómo comenzarlos y terminarlos y advirtieron de los peligros de realizar sesiones demasiado frecuentes o tratamientos muy prolongados[76]. Investigaron también diversos tipos de condiciones «magnéticas», entre ellas los casos de doble personalidad. Para ellos era una cosa corriente la influencia de la mente sobre el cuerpo y la posibilidad de curar muchas enfermedades orgánicas mediante el magnetismo. Se reunían muchas veces en grupos de trabajo y llevaban un registro cuidadoso de sus tratamientos.

A pesar de todos sus méritos, de la gran experiencia que habían reunido, de su escrupulosa honradez y del enfoque racional que le daban los mejores, no pudieron impulsar la causa del magnetismo. Hicieron esfuerzos desesperados e infructuosos para conseguir que las autoridades científicas reconocieran el magnetismo; las comisiones sucesivas nombradas por la Académie des Sciences siempre terminaban sus investigaciones con

---

73 Mouillesaux, en 1787, ordenó a una paciente, mientras estaba en sueño magnético, que visitara a otra persona el día siguiente a una hora determinada; la paciente ejecutó la orden. Citado en la obra de Tischner, «Franz Anton Mesmer: Leben, Werk und Wirkungen», *Münchner Beiträge zur Geschichte und Literatur der Naturwissenschaften und Medizin*, I, núms. 9/10 (1928), 541-714.

74 La «*réciprocité magnétique*» ya se menciona en 1784 en un panfleto dirigido contra Mesmer por un autor anónimo que estaba familiarizado con sus teorías: *La Vision, contenant l'explication de l'écrit intitulé: Traces du magnétisme et la théorie des vrais sages*, París, Couturier, 1784.

75 Tardif de Montrevel, *Essai sur la théorie du somnambulisme magnétique*, Londres, 1785, págs. 43-45.

76 Esto fue expuesto con gran detalle por Deleuze y la mayoría de los autores contemporáneos.

una negativa [77]. Janet señalaba que la mayoría de ellos, en lugar de aplicarse al estudio de las manifestaciones más elementales del sueño magnético, imaginaban que podrían demostrar la validez de su doctrina mediante fenómenos extraordinarios. Más aún, no sólo eran legos en su mayoría, sino que además elegían personas ineducadas, sensibles, las colocaban en trance y las hacían diagnosticar enfermedades y prescribir tratamientos. Tal cosa suponía una práctica ilegal de la medicina, y atrajo la cólera de la profesión médica. Por último, estaban indefensos frente a una multitud de farsantes que utilizaban la técnica del magnetismo en demostraciones teatrales bien pagadas, que a veces daban lugar a epidemias psíquicas y que llevaron el descrédito del fenómeno.

El desarrollo del mesmerismo en Alemania tomó un carácter distinto porque, en contraste con Francia, las universidades mostraron un vivo interés por el magnetismo animal y fue adoptado por los románticos y los filósofos de la Naturaleza. En 1812 el gobierno prusiano nombró una comisión oficial de investigación, cuyos informes, publicados en 1816, fueron favorables, e inmediatamente después las universidades de Berlín y Bonn crearon cátedras de mesmerismo [78].

Entre los mesmeristas alemanes había hombres de gran prestigio intelectual, como Gmelin, Kluge, los hermanos Hufeland, Kieser, Nasse, Passavant y Wolfart, quien fundó en 1811 el periódico *Askläpeion* [79], en el que se dedicaba amplio espacio al magnetismo. Viajó a Frauenfeld para visitar a Mesmer y volvió con el último libro, sin publicar, de éste.

Al igual que sus colegas franceses, los mesmeristas alemanes comprendieron el papel fundamental de la comunicación en el tratamiento, aunque le dieron una interpretación más filosófica. Kluge escribió en su libro que el magnetizador y el paciente formaban un «círculo magnético», es decir, un mundo cerrado de dos individuos, que tenía que estar protegido del ruido, la luz y las interferencias externas [80]. Friedrich Hufeland comparó la unión entre el magnetizador y el paciente con la relación entre la mujer embarazada y el feto, y enseñó que el tratamiento magnético pasaba por una serie de estadios semejantes a los experimentados por el feto hasta el momento del nacimiento, que corresponde al fin de la curación [81].

---

77 Claude Burdin y Frédéric Dubois, *Histoire académique du magnétisme animal*, París, Baillière, 1841.

78 Wilhelm Erman, *Der tierische Magnetismus in Preussen vor und nach den Freiheitskriegen aktenmässig dargestellt*, Munich y Berlín, R. Oldenburg, 1925.

79 *Askläpeion, allgemeines medizin-chirurgisches Wochenblatt für alle Theile der Heilkunde und ihre Hülfswissenschaften*, Berlín, 1811.

80 Carl Alexander Ferdinand Kluge, *Versuch einer Darstellung des animalischen Magnetismus als Heilmittel*, Berlín, 1811, págs. 102-108.

81 Friedrich Hufeland, *Ueber Sympathie*, Weimar, Verlag des Landes-Industrie-Comptoirs, 1811.

Los románticos alemanes se mostraban interesados en el magnetismo animal por dos razones: la primera era la atracción de la teoría de Mesmer de un «fluido» físico, universal. Los filósofos románticos veían el universo como un organismo vivo dotado de un alma que impregnaba la totalidad y conectaba sus partes. El fluido físico de Mesmer —si se hubiera demostrado su existencia— habría aportado pruebas de esta concepción romántica. La segunda razón era el descubrimiento por Puységur del sonambulismo magnético con sus manifestaciones extralúcidas. Mesmer ya había hablado de un «sexto sentido» revelado en la sensibilidad al fluido; Puységur había añadido que este sexto sentido daba a los humanos la capacidad de describir acontecimientos distantes y predecir sucesos futuros. El romanticismo suponía ahora que la lucidez sonámbula permitiría a la mente humana establecer comunicaciones con el Alma Mundial.

Por estas razones, se prestó gran atención a la fenomenología del sonambulismo magnético. Kluge, en su libro de texto sobre magnetismo animal, distinguía seis grados de estado magnético: 1) Estado de vigilia, con sensación de aumento de la viveza. 2) Semisueño. 3) «Oscuridad interior», es decir, sueño propiamente dicho e insensibilidad. 4) «Claridad interior», es decir, consciencia dentro del propio cuerpo, percepción extrasensorial, visión a través del epigastrio, y similares. 5) «Auto-contemplación»: capacidad del sujeto para percibir con gran exactitud el interior de su propio cuerpo y el de aquellos con quienes se le pone en comunicación. 6) «Claridad universal»: eliminación de los obstáculos de tiempo y espacio, con lo que el sujeto percibe cosas escondidas en el pasado, en el futuro o en lugares remotos [82].

Sin embargo, había muy pocos sujetos capaces de alcanzar los tres últimos estadios, en particular el sexto, y se creía que una de las tareas científicas y filosóficas de mayor importancia era encontrar uno de estos raros sujetos y trabajar sistemáticamente con él. Así, mientras que los franceses buscaban *sonámbulos* extralúcidos como auxiliares para la práctica médica, los alemanes los utilizaban en un atrevido intento de metafísica experimental.

Entre los sujetos extraordinarios que florecieron en Alemania durante esta época, ningunos tan famosos como Katharina Emmerich y Friedericke Hauffe. La primera (1774-1824), una pobre campesina y antigua monja en Dülmen, Westfalia, tenía visiones y portaba los estigmas de la Pasión. Después de visitarla, el poeta Clemens Brentano decidió romper con su vida anterior, y se nombró a sí mismo secretario de la Santa. Se estableció en Dülmen, donde vivió desde 1819 hasta su muerte en 1824 [83]. En sus estados catalépticos, Katharina veía la Pasión de Cristo y sufría con in-

[82] Kluge, cf. n. 8.

[83] René Guignard, *Un Poète romantique allemand, C. Brentano*, París, Les Belles-Lettres, 1933.

tensidad. Cada noche tenía sueños que se continuaban en secuencia regular según el ciclo del año litúrgico y que mostraban la vida de Cristo y de la Virgen. Brentano visitaba a Katharina todas las mañanas y escribía sus sueños y visiones según ella se los dictaba. Con este material recopiló dos libros que tuvieron gran éxito [84, 85]. No obstante los adornos del poeta [86], mucha gente creyó que tales revelaciones eran documentos históricos reales.

La otra persona, Friedericke Hauffe (1801-1829), no era una santa sino una adivinadora. La hizo famosa el médico-poeta Justinus Kerner y ella, a su vez, le dio a él gran fama. A pesar de sus imperfecciones, los estudios de Kerner sobre la adivinadora constituyeron un hito en la historia de la psiquiatría dinámica.

Justinus Kerner (1786-1862) era hijo de un modesto funcionario del estado de Württemberg. En su deliciosa autobiografía [87] nos habla de su infancia en Ludwigsburg, pueblecito con una casa encantada y una torre donde se decía que el Dr. Fausto había practicado la magia negra. Al lado de la casa de sus padres estaba el asilo de los locos, a los que podía ver desde su ventana. En su primera infancia conoció al poeta Schiller. A los doce años fue curado de una alteración nerviosa por el magnetizador Gmelin y mantuvo un interés perdurable por los misterios de la mente humana. Algunos de sus poemas permanecen entre los clásicos menores de la poesía alemana. Como médico, fue el primero en describir una especie de intoxicación alimentaria hoy denominada botulismo, y completó sus observaciones clínicas con ingeniosos experimentos en animales con la sustancia venenosa [88]. En 1819 fue nombrado médico de Weinsberg, en Württemberg, donde permaneció hasta su muerte en 1862. Su casa, famosa por la refinada hospitalidad que ofrecía a sus visitantes, se convirtió pronto en una pequeña Meca de poetas, escritores, filósofos y personas de todos los rangos y clases, incluidos reyes y príncipes [89]. Kerner era un hombre amable, generoso, humorista y culto, brillante conversador, amante de la naturaleza, de los animales, de las canciones y el folklore popular, y muy interesado por todo lo misterioso y oculto [90]. Fue el primero en

[84] *Das bittere Leiden unseres Herrn Jesu Christi. Nach den Betrachtungen der gottseligen Anna Katharina Emmerich,* Sulzbach, Seidel, 1837.

[85] *Leben der heiligen Jungfrau Maria. Nach den Betrachtungen der gottseligen Anna Katharina Emmerich,* Munich, Literarisch-artistische Anstalt, 1852.

[86] P. Winfried Hümpfner, *Clemens Brentanos Glaubwürdigkeit in seinen Emmerich-Aufzeichnungen,* Würzburg, St. Rita-Verlag, 1923.

[87] Justinus Kerner, *Das Bilderbuch aus meiner Knabenzeit. Erinnerungen aus den Jahren 1786-1804,* Braunschweig, Viehweg und Sohn, 1819.

[88] Justinus Kerner, *Das Fettgift, oder die Fettsäure und ihre Wirkungen auf den thierischen Organismus,* Stuttgart-Tubinga, J. G. Cotta, 1822.

[89] Theobald Kerner, *Das Kernerhaus und seine Gäste,* 2.ª ed., Stuttgart y Leipzig, Deutsche Verlags-Anstalt, 1897.

[90] Heinrich Straumann, *Justinus Kerner und der Okkultismus in der deutschen Romantik,* Horgen-Zürich y Leipzig, Münster-Presse, 1928.

investigar la vida de Mesmer y en recoger documentos biográficos de interés relevante. Entre sus pacientes encontró casos de posesión, a los que denominó enfermedad demoníaco-magnética, que trató con una curiosa mezcla de exorcismo y magnetismo [91]. En su actitud frente a la posesión, el sonambulismo magnético y las pretendidas manifestaciones supranormales, Kerner era, según su amigo David Strauss, menos crédulo de lo que se ha supuesto [92]. Veía estas materias desde el punto de vista de un poeta, deseando que fueran ciertas, pero sin estar totalmente convencido de su veracidad.

El 25 de noviembre de 1826 fue una fecha crucial en la vida de Kerner: señaló su encuentro con Friedericke Hauffe, que le fue llevada en una situación próxima a la muerte. El 6 de abril de 1827 la llevó a su propia casa, donde permaneció hasta poco antes de su muerte, en 1829. Su historia, contada por Kerner, se puede resumir en la forma siguiente [93]:

Friedericke Hauffe, hija de un guardabosques, había nacido en el pueblo de Prevorst, en Württemberg. Persona sin educación, no había leído nada más que la Biblia y un libro de himnos. De niña ya había tenido visiones y premoniciones. A los diecinueve años, sus padres la prometieron a un hombre al que no amaba. El mismo día fue enterrado un predicador al que ella admiraba mucho. Durante el funeral, ella «murió para el mundo visible» y comenzó su «vida interior». Poco después de casarse enfermó, imaginando que yacía en el lecho con el cadáver del predicador. Entró en una serie de «círculos magnéticos», mientras su enfermedad física se agravaba más y más: padecía convulsiones, catalepsia, hemorragias y fiebre para las que ni los médicos ni los curanderos hallaban remedio. Por último fue enviada a Kerner, demacrada, mortalmente pálida, con los ojos brillantes y la cara envuelta en un paño blanco como el de una monja. Kerner intentó primero tratarla con los remedios médicos acostumbrados, pero se dio cuenta de que cada medicamento que le administraba —incluso a dosis mínimas— producía exactamente la reacción contraria a la prevista. Entonces recurrió a los «pases magnéticos» e inmediatamente la paciente comenzó a mejorar.

Durante el resto de su permanencia en Weinsberg, Friedericke llevó una «vida incorpórea»; es decir, se suponía que sus fuerzas vitales no se originaban a partir de su organismo, sino de su magnetización a intervalos regulares, día tras día. Durante gran parte del tiempo permanecía en sueño magnético, en el cual, sin embargo, estaba «más despierta que cualquiera» y revelaba sus grandes cualidades como «adivina». Kerner realizó una investigación muy completa, tomando nota de todo lo que decía y haciendo experimentos sistemáticos con la ayuda y los consejos de un grupo de filósofos y teólogos.

---

[91] Justinus Kerner, *Geschichte zweyer Somnambülen. Nebst einigen andern Denkwürdigkeiten aus dem Gebiete der magischen Heilkunde und der Psychologie*, Karlsruhe, Gottlieb Braun, 1824.

[92] David Friedrich Strauss, «Justinus Kerner», *Gesammelte Schriften*, vol. I, Bonn, E. Strauss, 1876.

[93] Justinus Kerner, *Die Seherin von Prevorst. Eröffnungen über das innere Leben und über das Hineinragen einer Geisterwelt in die unsere*, 2 vols., Stuttgart-Tubinga, Cotta, 1829.

Ninguna de las personas que visitó a la «adivina» sospechó siquiera que fuera un fraude. Muchas quedaron profundamente impresionadas. El teólogo David Strauss dijo que sus facciones eran delicadas, nobles e iluminadas, que se expresaba lentamente con voz solemne y musical, casi como si estuviera en un recital, y que hablaba el más puro alto alemán en lugar del dialecto suabo utilizado comúnmente por el pueblo. Su voz estaba llena de sentimiento cuando daba consejos y exhortaciones y hablaba del mundo espiritual.

Se ha asegurado que la «adivina» daba pruebas de su capacidad para ver acontecimientos distantes y predecir futuros acontecimientos. Se ha afirmado también que en su presencia ocurrían fenómenos físicos, como por ejemplo, movimientos espontáneos de objetos. Recibía mensajes de espíritus desencarnados acerca de temas personales y generales. Por tanto, era capaz de hacer revelaciones concernientes a la naturaleza del hombre y acerca de un sistema de «círculos magnéticos»: había siete «círculos solares» y un «círculo vital», que eran al parecer representaciones simbólicas de condiciones espirituales.

La «adivina» hablaba con frecuencia en un lenguaje desconocido que Kerner y sus amigos encontraban sonoro y magnífico. Era, según dijo ella, el lenguaje original de la humanidad, olvidado desde tiempos de Jacob, pero que se podía recuperar en ciertas circunstancias. Dado que lo hablaba con fluidez y lo traducía, algunas de las personas que la rodeaban comenzaron a entenderlo. Por desgracia, Kerner no recopiló la gramática ni el vocabulario, sino que registró únicamente algunas frases como: *O pasqua non ti bjat handacadi?* (¿No me quieres dar la mano, médico?) o *Bona finto girro* (La gente debe irse). Este lenguaje se escribía en un sistema de signos, cada uno de los cuales representaba también un número. Friedericke combinaba constantemente estos y otros números en un sistema de cálculo interno que le venía sin cesar y de forma automática a la mente.

Kerner, que había notado la hipersensibilidad de la paciente a muchas cosas, llevó a cabo un estudio sistemático de la acción de diversas sustancias sobre ella (minerales, plantas, productos de origen animal), así como de la influencia del Sol, la Luna, la electricidad, los sonidos y la música sobre su organismo.

En sus trances magnéticos, la «adivina» prescribía muchas veces medicamentos que la curaban exactamente cuando había predicho. En uno de sus sueños diseñó un aparato al que denominó «sintonizador nervioso» *(Nervenstimmer)* y que Kerner fabricó de acuerdo con sus instrucciones; se mostró eficaz. Se han descrito asimismo curaciones de otras personas por medio de la «adivina», aunque Kerner no parece haber estimulado demasiado este aspecto de su talento.

La adivina despertó un enorme interés en Alemania. Filósofos como Görres, Baader, Schelling, G. von Schubert, Eschenmayer, y teólogos como David Strauss y Schleiermacher, fueron repetidas veces a verla en Weinsberg y discutieron sus revelaciones con bastante seriedad. Poco después de la muerte de esta mujer, Justinus Kerner publicó un libro, *Die Seherin von Prevorst*[94], en el que recogía sus observaciones clínicas y sus experimentos. A éstos se añadió un estudio teórico de Adam Carl August von Eschenmayer. El libro tuvo un éxito prodigioso en Alemania, y ha sido publicado de nuevo en varias ocasiones; fue la primera monografía dedica-

94 *Ibidem.*

da a un paciente individual en el campo de la psiquiatría dinámica. Se ha dicho que Kerner y sus colaboradores estaban fascinados por una mujer histérica, pero no hay pruebas de que Friedericke fuera una impostora ni razones para creer que Kerner deformara o embelleciera sus dichos. No cabe duda de que se esforzó mucho por ser objetivo, separando sus observaciones de los experimentos y de las interpretaciones filosóficas, que cedió a Eschenmayer. No se les ocurrió, sin embargo, que el mero hecho de observar a una persona con cierta expectación pudiera tener cierta influencia sobre el desarrollo de sus síntomas. El libro todavía tiene valor como registro de un experimento involuntario sobre la realización de las funciones «mitopoéticas» del inconsciente, en un tiempo dado y bajo circunstancias favorables.

El interés despertado por las observaciones de Kerner sobre la «adivina» dio lugar a una lluvia de cartas e informes relativos a fenómenos semejantes. Kerner y sus amigos publicaron gran parte de este material en *Blätter von Prevorst* (1831-1839) y en el *Magikon* (1840-1853). Éstos debieron ser los primeros periódicos dedicados principalmente a la parapsicología.

En el último período de su vida, Kerner perdió a su amada esposa y se fue quedando progresivamente ciego. Cayó en una profunda depresión, aunque sin perder el impulso creador. Como pasatiempo solía verter gotas de tinta sobre una hoja de papel que luego doblaba, perfilando las figuras resultantes, dándoles formas fantásticas y escribiendo versos al pie de cada una de ellas. Estas pinturas, decía, eran fantasmas y monstruos a los que adscribía un lugar en el *Hades* (refugio transitorio de los espíritus). Este libro, publicado después de su muerte con el título de *Klecksographien,* se convirtió en fuente de inspiración para Hermann Rorschach y sus pruebas de las manchas de tinta, muy posteriores [95].

Como después veremos, a principios del siglo XIX había muchos alemanes influidos, al igual que Kerner, por el magnetismo animal, pero su influencia declinó con rapidez después de 1850 bajo el impacto del positivismo y el racionalismo científico.

Fuera de Francia y Alemania, el desarrollo del mesmerismo fue mucho más lento. En Inglaterra tropezó con una oposición fuerte y obstinada hasta que se abrió camino entre 1840 y 1850. James Braid, médico de Manchester, quedó muy impresionado por las demostraciones hechas en noviembre de 1841 por el magnetizador francés Lafontaine. Escéptico al principio, repitió los experimentos de éste y pronto quedó convencido. Rechazó la teoría del fluido y propuso una nueva basada en la fisiología

---

[95] Justinus Kerner, *Klecksographien. Mit Illustrationen nach den Vorlagen des Verfassers,* Stuttgart, Deutsche Verlags-Anstalt, 1857.

cerebral; modificó la vieja técnica de Faria y Bertrand de fijación a la mano por la de fijación a un objeto luminoso. Bajo el término más adecuado de «hipnotismo», hizo que el magnetismo fuera aceptado por ciertos círculos médicos, que llegaron a atribuir el descubrimiento de tales fenómenos al propio Braid [96]. Por desgracia, intentó combinar el hipnotismo con la frenología, con la consiguiente confusión. Independientemente de Braid, un cirujano inglés llamado John Elliotson publicó un informe sobre operaciones quirúrgicas que había conseguido realizar sin dolor en pacientes inmersos en sueño magnético [97]. Elliotson se quejaba de encontrar una violenta oposición por parte de la Royal Medical and Chirurgical Society. De forma casi simultánea, otro cirujano inglés, Esdaile, que trabajaba en la India, publicó un informe sobre 345 intervenciones quirúrgicas mayores realizadas por él con la única ayuda de la anestesia mesmérica, técnica que encontraba más fácil de aplicar a los pacientes hindúes que a los ingleses [98]. También la utilizaba como método general de tratamiento. Algunos años más tarde mencionó la existencia de una enfermedad mesmérica, es decir, una condición artificial pero de ningún modo leve en las personas que se habían acostumbrado a la magnetización frecuente [99]. Poco tiempo después, el descubrimiento de la anestesia por éter dejó anticuada esta técnica.

El magnetismo encontró también seguidores en Escocia. Un autor anónimo describió una serie de ingeniosos experimentos y destacó la atracción peculiar que los pacientes magnetizados sentían unos por otros mientras estaban bajo la influencia del sueño mesmérico [100]. Describió asimismo los excelentes resultados terapéuticos obtenidos en un paciente sumido en sueño magnético durante diez días. El entusiasmo por el mesmerismo era tal que se declaró una epidemia psíquica en Edimburgo y otras ciudades de Escocia en el año 1851 [101].

La introducción del magnetismo en los Estados Unidos se realizó en fecha muy temprana. De forma incidental podemos mencionar que Mesmer pidió a Lafayette, que había sido uno de sus alumnos aristócratas,

---

[96] James Braid, *Neurhypnology, or The Rationale of Nervous Sleep Considered in Relation with Animal Magnetism*, Londres, J. Churchill, 1843.

[97] John Elliotson, *Numerous Cases of Surgical Operations Without Pain in the Mesmeric State*, Filadelfia, Lea and Blanchard, 1843.

[98] James Esdaile, *Mesmerism in India and its Practical Application in Surgery and Medicine*, Hartford, Silas Andrus and Son, 1847.

[99] James Esdaile, *Natural and Mesmeric Clairvoyance with its Practical Application of Mesmerism in Surgery and Medicine*, Londres, Hippolyte Baillière, 1852.

[100] *Mesmerism; Its History, Phenomena, and Practice: With Reports of Cases Developed in Scotland*, Edimburgo, Frazer and Co., 1843.

[101] John Hughes Bennett, *The Mesmeric Mania of 1851, with a Physiological Explanation of the Phenomena Produced*, Edimburgo, Sutherland and Knox, 1851.

que fuera su embajador ante George Washington. Pero la introducción práctica del magnetismo en América del Norte tuvo lugar sobre todo a través de Nueva Orleáns, que por aquella época era todavía una ciudad francesa y donde pronto se desarrolló una floreciente sociedad mesmérica. En el resto de los Estados Unidos la difusión del movimiento fue lenta, aunque aumentó con firmeza después de 1840. Entre sus afiliados, dos al menos merecen una mención especial. Uno fue Phineas Parkhurst Quimby (1802-1866), joven relojero que comprendió que el agente verdadero de la curación era la sugestión y que practicó una especie de «curación de la mente». Una de sus pacientes sería conocida más tarde por el nombre de Mary Baker Eddy (1821-1910), la fundadora de la Ciencia Cristiana [102]. Otro fue Andrew Jackson Davis, joven que se magnetizaba a sí mismo a diario, y que en trance dictó un enorme libro de revelaciones acerca del mundo de los espíritus [103]. La obra tuvo un gran éxito y preparó el camino para la propagación del espiritismo, que ya estaba próximo.

Es de destacar cómo la historia del mesmerismo pasa por una sucesión de fases positivas y negativas. La primera la constituyeron los años grandes de actividad de Mesmer en París desde 1777 hasta 1785; la segunda tuvo lugar a partir de 1785 y al principio de la década de 1820; la tercera, que comenzó alrededor de 1840, culminó en la década de 1850. Según Janet [104], desde 1815 hasta 1850 aparecieron en Francia al menos nueve periódicos dedicados al magnetismo. Las sociedades mesmeristas organizaban reuniones y congresos, concedían premios y recompensas, y el 23 de mayo de 1850 organizaron una gran celebración para conmemorar el cumpleaños de Mesmer, con conciertos, banquetes y discursos.

Pero cuanto más numerosos, entusiastas y fanáticos se hacían los discípulos de Mesmer, más se desviaba el movimiento de su norma inicial y caía en el descrédito: se mezcló con las especulaciones rústicas, el ocultismo y, en ocasiones, incluso se confundió con el charlatanismo. En este punto aparecieron cambios inesperados, tras el advenimiento del espiritismo. Para seguirlos debemos volver a los Estados Unidos de América.

El impacto del espiritismo

Entre los años 1840 y 1850, Estados Unidos era un inmenso país en rápida expansión, con una enérgica aunque relativamente pequeña pobla-

---

102 Ver la obra de Frank Podmore, *Modern Spiritualism*, I, Londres, Methuen, 1902, págs. 154-176.

103 Ver su autobiografía, Andrew Jackson Davis, *The Magic Staff*, Nueva York, J. S. Brown and Co., 1857.

104 Pierre Janet, *Les Médications psychologiques*, I, París, Alcan, 1919, págs. 27-29.

ción de unos 20 millones de habitantes, la mayoría de los cuales vivía en pequeños «townships». El nivel medio de educación del hombre común era más alto que en otros países, pero no había una «clase alta educada» que impusiera una tradición y unas normas culturales. Cada hombre reclamaba el derecho de pensar por sí mismo y lo usaba con más vigor y viveza que disciplina intelectual. Los predicadores y las congregaciones cambiaban a menudo de creencias, y las sectas religiosas eran muy numerosas. Existía una predisposición general y permanente hacia las epidemias psíquicas, que aparecían de forma inesperada, se extendían con rapidez y eran aceptadas «casi como un solo hombre» en grandes zonas. Los nuevos descubrimientos, como el telégrafo, inflamaban la imaginación; nada parecía demasiado fantástico como para rechazarlo sin un examen a fondo. Así, sucedió que un incidente aparentemente trivial se convirtió en el punto de partida de una epidemia psicológica de inesperada amplitud: la aparición y divulgación del espiritismo [105].

Si hemos de creer los relatos de la época, la historia comenzó en 1847, cuando un hombre de Hydesville, cerca de Arcadia, Nueva York, comenzó a ser molestado por misteriosos ruidos que se oían en su casa por la noche y se la cedió a un granjero, John Fox, el cual la ocupó con su esposa y dos hijas, de quince y doce años de edad. Las alteraciones persistieron. La tarde del 31 de marzo de 1848, el aldabón repitió los ruidos hechos a propósito por una de las hijas y a continuación —en presencia de los vecinos— respondió en un código rudimentario a preguntas hechas por la madre; se reveló que en la casa había sido asesinado un hombre y enterrado en el sótano. En los días siguientes acudieron a la vivienda multitudes de curiosos. La Sra. Fox y sus hijas fueron de visita; las llamadas les seguían a todas partes y se comunicaban con ellas, dando a entender que eran los «espíritus» de personas fallecidas. Pronto, la Sra. Fox y sus hijas comercializaron sus sesiones con los espíritus, y tuvieron numerosos imitadores. El contagio se extendió con rapidez por los Estados Unidos; se perfeccionó el código de comunicación con los espíritus. En febrero de 1850 se describieron fenómenos físicos. Por ejemplo, durante las sesiones las mesas comenzaban a moverse, se oían ruidos fuertes y extraños, y un fluido se hacía visible. Se desarrolló una apasionada controversia. Hubo grupos espiritistas, panfletos, periódicos y congresos. Entre los primeros y más activos defensores del nuevo movimiento se encontraban numerosos mesmeristas.

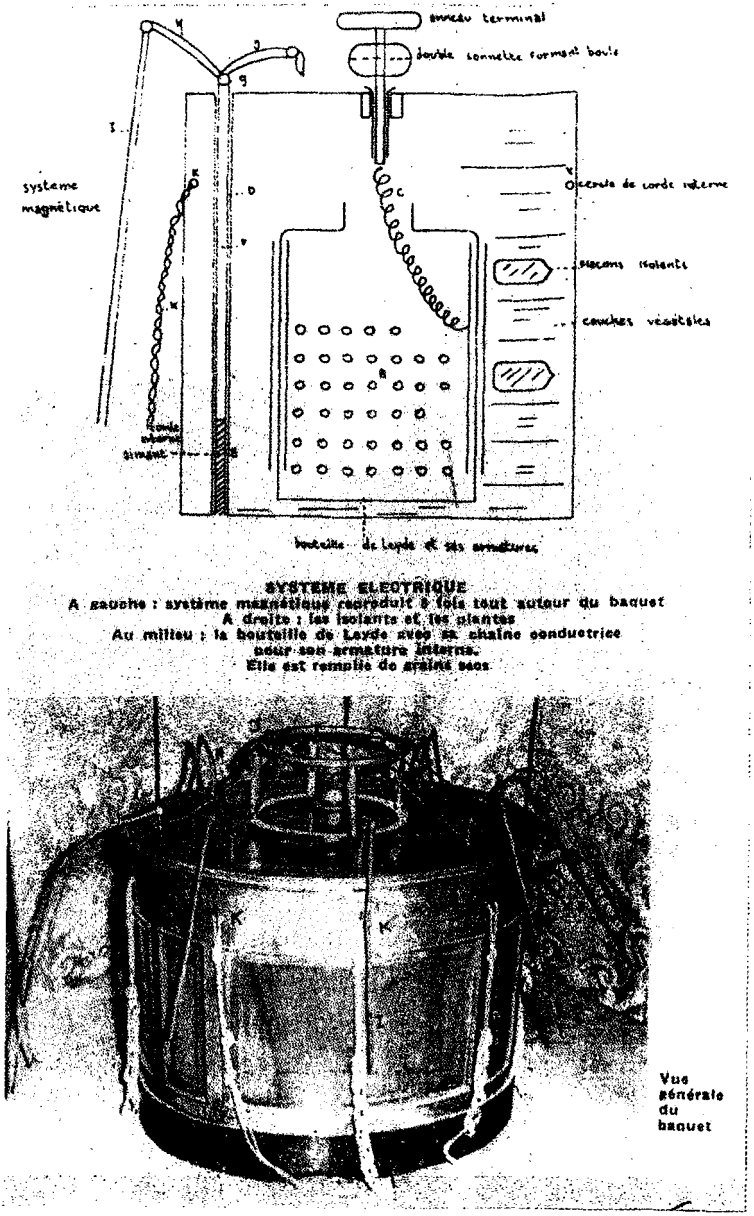
A comienzos de 1852 la ola de espiritismo cruzó el Atlántico e invadió Inglaterra y Alemania. En abril de 1853 se extendió por Francia y pronto alcanzó todos los lugares del mundo civilizado.

---

[105] Seguimos fundamentalmente el relato dado por Frank Podmore, *Modern Spiritualism. A History and a Criticism*, 2 vols., Londres, Methuen, 1902.



FRANZ ANTON MESMER (1735-1815), el iniciador del magnetismo animal, fue el primero de los grandes pioneros de la psiquiatría dinámica. *(De la colección de pinturas del Instituto de Historia de la Medicina, Viena.)*



«El baquet de Mesmer», tal como se conserva actualmente en el Museo de Historia de la Medicina de la Universidad de Lyon.

Mientras tanto se había descubierto que las manifestaciones dependían en gran parte de la personalidad de los participantes: algunas personas impedían la aparición de los «espíritus», mientras que otras la favorecían, y unos cuantos privilegiados podían servir como «médiums» o intermediarios entre los vivos y los muertos. Algunos eran capaces de escribir de forma automática o hablar en trance, y se afirmaba que provocaban la aparición de fenómenos físicos. Hacia 1860 los «espíritus» comenzaron a manifestarse de forma visual durante las sesiones; y en 1862 se mostraron fotografías tomadas supuestamente de los mismos, así como huellas de sus manos. Siguió un período de médiums extraordinarios: Florence Cook, Stainton Moses, Slade, Home, etc. [106]. Se dijo que, durante las sesiones de Home, los pianos se elevaban en el aire, las arpas y los acordeones tocaban sin que nadie los manejara, y se oían los espíritus [107]. Se vio al propio Home tocar fuego, e incluso se describió que una vez salió por una ventana y volvió por la de la habitación siguiente, después de «volar» a la altura de un tercer piso [108]. Sir William Crookes, médico bien conocido, realizó experimentos con Home y Florence Cook; juró haber visto, en presencia de esta última, la «materialización» de una hermosa mujer que se nombraba a sí misma como Katie King. Se dejó fotografiar por Crookes y charló con él y sus amigos [109].

La epidemia fue cediendo con lentitud, aunque numerosos grupos espiritistas permanecieron bastante activos. En París, Hippolyte Rivail, antiguo profesor de escuela que había sido discípulo de Pestalozzi en Suiza, se convirtió al espiritismo, lo sistematizó en numerosos trabajos publicados con el pseudónimo de Allan Kardec y le dio el aspecto de una religión laica de gran aceptación. Su *Libro de los espíritus* [110] se convirtió, según Janet, en «una guía no solo para los espiritistas, sino también para los espíritus».

El estudio científico de estas manifestaciones, que había sido intentado de forma no crítica por Crookes, Zöllner, y otros, fue emprendido con carácter sistemático por Charles Richet. Gradualmente surgió una ciencia nueva, la parapsicología. En Inglaterra, Myers y Gurney fundaron en 1882 la Society for Psychical Research, que reunió una gran cantidad de datos cuidadosamente seleccionados. Myers, investigador cauto, admitió la hipó-

---

106 Robert Amadou, *Les Grands médiums*, París, Denoël, 1957.

107 Mrs. Daniel Dunglas Home, *D. D. Home. His Life and Mission*, Londres, Trubner, 1888.

108 The Earl of Dunraven, *Experiences in Spiritualism with D. D. Home*, Londres, Thomas Scott, Work Court in Holborn, 1869.

109 E. E. Fournier d'Albe, *The Life of Sir William Crookes*, Londres, T. Fisher Unwin, 1923.

110 Allan Kardec, *Le Livre des esprits, contenant les principes de la doctrine spirite*, París, Dentu, 1857.

tesis de la supervivencia después de la muerte y de la comunicación con los espíritus de los fallecidos, mientras que Flournoy, en Ginebra, pensaba que estos fenómenos se podrían explicar por percepción subliminal y criptomnesia [111].

El advenimiento del espiritismo fue un acontecimiento de gran importancia en la historia de la psiquiatría dinámica, porque proporcionó de forma indirecta a los psicólogos y psicopatólogos nuevos modos de aproximación a la mente. Uno de los procedimientos introducidos por los espiritistas, la escritura automática, fue adoptado por los científicos como método de exploración del inconsciente. Chevreul, que ya había demostrado en 1833 que los movimientos de la varilla adivinadora y del péndulo eran dirigidos de forma inconsciente por el pensamiento oculto del realizador [112], volvió a repetir sus viejos experimentos con la intención de encontrar una explicación racional para las mesas móviles [113]. Se dispuso de un nuevo sujeto, el médium, para las investigaciones de psicología experimental, de las cuales se obtendría un nuevo modelo de la mente humana.

Otro incentivo para el desarrollo de la psiquiatría dinámica fue la aparición de excelentes hipnotizadores profesionales que realizaban sesiones públicas por toda Europa y que atraían a grandes multitudes a sus espectaculares demostraciones. Ya hemos visto cómo Braid, en Manchester, comenzó a experimentar con el hipnotismo después de haber visto al magnetizador Lafontaine. Del mismo modo, hacia 1880, varios neurólogos comenzaron a considerar desde una nueva perspectiva su actitud hacia el hipnotismo después de ver las demostraciones de Hansen en Alemania y de Donato en Bélgica, Francia e Italia [114].

Estas nuevas aportaciones a la psicología dinámica reavivaron el interés por el hasta entonces mal considerado hipnotismo y llevaron a su estudio por médicos universitarios como el fisiólogo Charles Richet [115]. Surgieron así dos escuelas que contribuyeron al desarrollo de la nueva psiquiatría dinámica: la de Nancy y la de la Salpêtrière.

---

111 Frederick Myers, *Human Personality and Its Survival of Bodily Death*, 2 vols., Londres, Longmans, Green and Co., 1903.

112 Michel Chevreul, «Lettre à M. Ampère sur une classe particulière de mouvements musculaires», *Revue des Deux Mondes*, 2.ª serie, II (1833), 258-266.

113 Michel Chevreul, *De la Baguette divinatoire, du pendule dit explorateur et des tables tournantes, au point de vue de l'histoire, de la critique et de la méthode expérimentale*, París, Mallet-Bachelier, 1854.

114 A. Jacquet, *Ein halbes Jahrhundert Medizin*, Basilea, Benno Schwalbe, 1929, pág. 169.

115 Charles Richet, «Du somnambulisme provoqué», *Journal de l'Anatomie et de la Physiologie normales et pathologiques de l'homme et des animaux*, II (1875), 348-377.

La Escuela de Nancy [116]

En el período comprendido entre 1860 y 1880, tanto el magnetismo como el hipnotismo estaban tan desprestigiados que cualquier médico que los utilizase podía comprometer de forma irreparable su carrera científica y perder su clientela. Janet [117] mencionó la extraña historia de un distinguido médico de la ciudad que había levantado en secreto un hospital en una finca de un pueblo vecino, donde tenía unos cuantos pacientes con los que llevaba a cabo interminables tratamientos e investigaciones hipnóticas.

Entre los pocos que se atrevían a hipnotizar abiertamente estaba Auguste Ambroise Liébeault (1823-1904), con quien surgió la Escuela de Nancy. Liébeault era el duodécimo hijo de una familia de campesinos que habitaba en la provincia de Lorena [118]. Con grandes privaciones, llegó a ser médico de pueblo en Pont-Saint-Vincent, lugar cercano a Nancy. Se mostró muy competente, y a los diez años había ahorrado una pequeña fortuna. Siendo estudiante había encontrado un libro antiguo sobre magnetismo y había magnetizado con éxito a algunos pacientes. Se ignora qué es lo que le hizo decidirse a utilizar este método después de tantos años de olvido. Como sus clientes se mostraban reacios, les ofrecía una alternativa: les proponía tratarlos de forma gratuita con el magnetismo, o bien con la medicina «oficial» con los honorarios habituales. El número de pacientes que elegía el magnetismo aumentó tan rápidamente que, cuatro años después, Liébeault tenía una inmensa clientela que apenas le producía ingresos. Entonces decidió abandonar la vida profesional durante dos años y se retiró a una casa que había comprado en Nancy, donde se dedicó a escribir un libro acerca de su método [119]. El sueño hipnótico, decía, es idéntico al sueño natural, con la única diferencia de que el primero es inducido por sugestión, mediante concentración de la aten-

---

116 Seguimos fundamentalmente el libro de A. W. van Renterghem, *Liébeault en zijne School*, Amsterdam, Van Rossen, 1898. Se han publicado resúmenes traducidos al francés en *Zeitschrift für Hypnotismus*, IV (1896), 333-375; V (1897), 46-55, 95-127; VI (1897), 11-44.

117 Pierre Janet, *Les Médications psychologiques*, I, París, Alcan, pág. 30.

118 Ver el dato biográfico en la obra de Liébeault, *Pour constater la réalité du magnétisme. Confession d'un hypnotiseur Extériorisation de la force neurique ou fluide magnétique*, París, Libraire du Magnétisme, s. d.

119 A. Liébeault, *Du sommeil et des états analogues, considérés surtout au point de vue de l'action du moral sur le physique*, París, Masson, 1866.

ción en la idea del sueño. Esta es también la razón de que el sujeto permanezca en comunicación con el hipnotizador. Según Janet, las ideas de Liébeault derivaban sobre todo de Noizet y Bertrand. (Curiosamente, Liébeault comenzó a creer, mucho más tarde, en la teoría del fluido magnético, que había rechazado durante la mayor parte de su vida). Pero era mejor hipnotizador que escritor; lo cierto es que en diez años sólo se vendió un ejemplar de su libro [120]. Entonces reanudó su práctica médica, pasando consulta desde las siete de la mañana hasta el mediodía y aceptando tan sólo los honorarios que sus pacientes le ofrecían voluntariamente.

Van Renterghem, que le visitó en esta última época, lo describió como un hombre pequeño, charlatán y vivaracho, con la cara arrugada, la complexión oscura y toda la apariencia de un campesino [121]. Liébeault, decía, recibía todas las mañanas entre veinticinco y curenta enfermos en una vieja sala con las paredes pintadas de blanco y pavimento de grandes losas planas. Trataba a cada uno en público y sin hacer caso del ruido circundante. Le hipnotizaba ordenándole que le mirara a los ojos y sugiriéndole que estaba cada vez más dormido. Una vez el paciente hipnotizado levemente, Liébeault le aseguraba que habían desaparecido los síntomas. La mayoría de sus enfermos eran pobres de la ciudad y campesinos de los alrededores, a los que trataba sin discriminación con el mismo método, cualquiera que fuese la enfermedad que padecieran: artritis, úlceras, ictericia, o tuberculosis pulmonar.

Durante más de veinte años, Liébeault fue considerado por sus colegas como un charlatán (porque hipnotizaba) tonto (porque no cobraba). Los rumores de sus milagros terapéuticos llegaron a Bernheim, quien decidió hacerle una visita en 1882 y quedó convertido a sus ideas. Sin duda es extraño que un profesor de renombre adoptara un método tan mal reputado hasta aquel momento, y de un viejo al que se acusaba de charlatán y tonto. Bernheim se convirtió públicamente en admirador, alumno y amigo devoto de Liébeault, e introdujo los métodos de éste en su clínica médica universitaria. Liébeault adquirió de repente fama de gran médico; su libro fue rescatado del olvido y ampliamente leído.

Puede ser considerado como el padre espiritual de la Escuela de Nancy, aunque su verdadero director fue Hippolyte Bernheim (1840-1919) [122]. Al-

---

120 Se trata de una de las numerosas leyendas de la historia de la psiquiatría dinámica. Liébeault había tenido lectores en Francia, Suiza e incluso en Rusia, como demuestra el libro de Nikolay Grot, *Snovidyeniya, kak predmet nautshnavo analiza*, Kiev, Tipografía Fritza, 1878, que con frecuencia se refiere a su teoría del sueño.

121 A. W. van Renterghem, cf. n. 116.

122 Se pueden encontrar notas biográficas y autobiográficas en *Jubilé du Professeur H. Bernheim, 12 novembre 1910* (Nancy, 1910). (El autor está particularmente agradecido a la Srta. G. Koest, bibliotecaria jefe de la Facultad de Medicina de la Universidad de Nancy, por haberle proporcionado esta publicación extraordinariamente rara y otros documentos pertenecientes a la Escuela de Nancy).

saciano y patriota francés, Bernheim abandonó sus cargos en el hospital y la universidad de Estrasburgo cuando ésta fue anexionada por los alemanes en 1871, y se estableció en Nancy. La antigua capital de la Lorena respiraba con nuevos ánimos como resultado de la llegada de numerosos refugiados alsacianos, la creación en 1872 de una nueva Universidad, y el florecimiento de una nueva escuela de artes decorativas dirigida por Emile Gallé y Victor Prouvé, que se extendería y convertiría, hacia 1900, en el «estilo moderno». Bernheim, cuya reputación ya estaba establecida por sus investigaciones sobre la fiebre tifoidea, así como sobre las enfermedades cardio-pulmonares, fue nombrado profesor titular de medicina interna de la Universidad en 1879. Tres años después, en 1882, probó y adoptó el método hipnótico de Liébeault, aunque, al contrario que su maestro, únicamente lo utilizaba cuando creía contar con bastantes probabilidades de éxito.

Van Renterghem describió a Bernheim como un hombre pequeño, de ojos azules, que hablaba con una voz muy suave pero que tenía una forma muy autoritaria de dirigir su servicio hospitalario y de hipnotizar a sus pacientes. Enseñaba que la hipnosis era más fácil de inducir en las personas acostumbradas a la obediencia pasiva, como los soldados viejos y los trabajadores de las fábricas, entre los que tenía sus mejores éxitos terapéuticos. Con los miembros de las clases altas y adineradas obtenía peores resultados.

Bernheim reveló la existencia del trabajo de Liébeault al mundo médico poco después de que Charcot leyera su famoso trabajo sobre el hipnotismo ante la Académie des Sciences [123]. Se suscitó así una agria lucha entre los dos. En 1886 Bernheim publicó su libro de texto [124], que tuvo un gran éxito y le convirtió en director de la Escuela de Nancy. En oposición a Charcot, proclamó que la hipnosis no era una condición patológica que sólo se encontraba en los histéricos, sino que era el efecto de la «sugestión». Definió la sugestibilidad como «la aptitud para transformar una idea en un acto», característica que cada ser humano posee en diferente grado. La hipnosis, decía, es un estado de sugestibilidad aumentada inducido por la sugestión. Solía usar el hipnotismo para tratar muchas enfermedades orgánicas del sistema nervioso, reumatismos, enfermedades gastrointestinales y trastornos menstruales. Negaba con vehemencia la validez de la teoría de Charcot sobre la histeria y aseguraba que los estados histéricos demostrados en la Salpêtrière eran artificiosos. Con el tiempo

---

123 H. Bernheim, *De la suggestion dans l'état hypnotique et dans l'état de veille*, París, Doin, 1884.

124 H. Bernheim, *De la suggestion et de ses applications à la thérapeutique*, París, Doin, 1886. (Traducción inglesa, *Suggestive Therapeutics*, de la 2.ª ed. francesa revisada, por Christian Herter, Nueka York, Putnam's, 1897.)

Bernheim restringió más y más el uso del hipnotismo; sostuvo entonces que los efectos que se pudieran obtener por este método se conseguían igual mediante sugestión en estado de vigilia, procedimiento que la Escuela de Nancy denominó «psicoterapia» [125].

Bernheim, sin embargo, era un internista, no un psiquíatra, y no tenía a su alrededor una escuela organizada. En un sentido estricto, la Escuela de Nancy constaba de un grupo de cuatro hombres: Liébeault, Bernheim, el experto en medicina legal Beaunis, y el abogado Liégeois. Los dos últimos estaban preocupados particularmente por las implicaciones de la sugestión sobre el delito y sobre la responsabilidad penal. En sentido amplio, la Escuela de Nancy era un grupo indefinido de psiquíatras que habían adoptado los principios y métodos de Bernheim. Entre ellos estaban Albert Moll y Schrenck-Notzing en Alemania, Krafft-Ebing en Australia, Bechterev en Rusia, Milne Bramwell en Inglaterra, Boris Sidis y Morton Prince en los Estados Unidos, y algunos otros que merecen especial mención.

Otto Wetterstrand, elegante médico sueco, vivía en Estocolmo en un apartamento grande y suntuoso, con una serie de salones decorados con los más elegantes muebles y alfombras. Tenía el cabello rubio y los ojos azules, era de mediana estatura, usaba bigote, y tenía un tic en los párpados. Todas las tardes veía de treinta a cuarenta pacientes y los hipnotizaba en presencia de los demás. Poseía también un hospital privado atendido por enfermeras que habían sido pacientes anteriores suyas. Aplicaba un método de tratamiento mediante sueño hipnótico prolongado y mantenía a sus pacientes en este estado de ocho a doce días. Sus extraños métodos hicieron surgir una leyenda que le representaba como un extraordinario brujo moderno [126]. Fue el verdadero iniciador del método del sueño continuo prolongado, técnica que modificó Otto Wolff en 1898 al sustituir la hipnosis por un medicamento, el trional.

En Holanda, Frederik Van Eeden [127], más conocido como poeta, realizó algunos audaces experimentos con hipnosis. Tomando como sujeto a una niña de diez años, e hipnotizándola, trató de enseñarle francés, idioma que ésta no conocía en estado de vigilia. Después transfirió los conocimientos así impartidos del estado de sueño al de vigilia de modo que, para su asombro la niña fue capaz de comprender y hablar algo de francés [128].

---

125 H. Bernheim, *Hypnotisme, suggestion, psychothérapie, Études nouvelles*, París, Doin, 1891.

126 Ver Poul Bjerre, *The History and Practice of Psychoanalysis*, traducida por Elizabeth Barrow, Boston, Badger, 1920, cap. II.

127 Ver su autobiografía, Frederik van Eeden, *Happy Humanity*, Nueva York, Doubleday and Co., Inc., 1912.

128 Frederik van Eeden, «The Theory of Psycho-Therapeutics», *The Medical Magazine*, I (1895), 230-257.

En 1887 organizó junto con Van Renterghem una clínica psicoterapéutica en Amsterdam, a la que dieron el nombre de *Institut Liébeault* [129].

En Suiza, Auguste Forel, profesor de psiquiatría en Zurich y director del Hospital Mental Burghölzli, visitó a Bernheim en 1887 y pronto se convirtió en uno de los maestros del hipnotismo. Al igual que Liébeault y Bernheim, tuvo gran éxito en el tratamiento de ciertas enfermedades físicas. Organizó un servicio ambulatorio de terapia por hipnosis. La aplicación más original del hipnotismo la hacía en su hospital mental, donde lo aplicaba al personal y no a los pacientes. Hipnotizó a una serie de auxiliares voluntarios, tanto hombres como mujeres, y les sugestionó con que tendrían un sueño profundo en las salas de pacientes agitados, a pesar del ruido, pero que se despertarían tan pronto como alguno de los enfermos hiciera algo extraño o peligroso. Se afirma que este método fue un completo éxito [130].

Uno de los numerosos visitantes de Nancy fue Sigmund Freud [131], el cual pasó allí unas cuantas semanas con Bernheim y el viejo Liébeault en 1889. Quedó impresionado ante la afirmación de Bernheim de que la amnesia poshipnótica no era tan completa como se creía generalmente. Mediante concentración y con la ayuda de un cuestionario adecuado, Bernheim conseguía que el paciente recordara todo lo que había experimentado bajo la hipnosis [132].

Hacia 1900, Bernheim era considerado por muchos como el psicoterapeuta más importante de Europa. Después de haber sido durante años un discípulo respetuoso de Liébeault, Bernheim lo consideraba ahora como su precursor y se creía el verdadero fundador de la psicoterapia [133]. Pero diez años después estaba casi olvidado. Otros, supuestamente más modernos, habían conseguido la fama, sobre todo Dubois en Berna, del que dijo Bernheim con amargura que se había «anexionado» su descubrimiento de 1871 (en el mismo sentido en que los alemanes se habían «anexionado» Alsacia y Lorena). Al menos tuvo el consuelo, poco antes de morir, de ver cómo su Alsacia nativa se reintegraba a Francia.

---

129 A. W. van Renterghem, «L'Évolution de la psychothérapie en Hollande», *Deuxième Congrès International de l'Hypnotisme, París, 1900*, París, Vigot, 1902, págs. 54-62.

130 Auguste Forel, *Rückblick auf mein Leben*, Zurich, Europa-Verlag, 1935.

131 En su informe acerca de la Escuela de Nancy, menciona a Freud y Breuer. A. W. van Renterghem, *Liébeault en zijne School*, Amsterdam, Van Rossen, 1898, pág. 133.

132 No era tan nuevo como Bernheim creía. Ya en 1818 Löwenhielm, *Bibliothèque du magnétisme animal*, V, 228-240, afirmaba que, colocando dos dedos en la frente del sujeto, éste era capaz de recordar lo que había experimentado durante el estado hipnótico; otros magnetizadores habían utilizado diversos métodos con el mismo fin.

133 H. Bernheim, École de Médecine de Nancy. Doctrine de la suggestion, en «Nancy et Lorraine», *Idées modernes*, III (1909), 139-149. Ver también: *Jubilé du Professeur H. Bernheim*, Nancy, 1910.

Charcot y la Escuela de la Salpêtrière

Al contrario que la de Nancy, la Escuela de la Salpêtrière estaba muy bien organizada y dirigida por una poderosa figura, la del gran maestro Jean-Martin Charcot (1825-1893), neurólogo que había llegado con retraso al estudio de ciertos fenómenos mentales.

Entre 1870 y 1893 estuvo considerado como el más grande neurólogo de su tiempo. Era el médico al que consultaban reyes y príncipes, y acudían a verle enfermos «desde Samarkanda y las Antillas». Pero su fama la había obtenido después de largos años de trabajo incesante y oscuro, y pocos de los que se maravillaban de su extraordinario éxito advertían que era tardío y debido a muchos años de trabajo.

Hasta el momento no se ha escrito una verdadera biografía de Charcot. La mayoría de los relatos, como el de Guillain [134], son necrológicos y describen en su mayor parte al Charcot de los años brillantes. Recuerdos valiosos han sido recogidos por su discípulo Souques [135], y en especial por el médico ruso Lyubimov [136], que estuvo en relación con él durante los veinte años últimos de su vida.

Charcot nació en París, y era hijo de un fabricante de carruajes del que se decía que los construía de gran belleza y que estaba considerado más como artista que como artesano. Se sabe muy poco de su infancia y juventud. Al parecer, era un joven frío, silencioso, reservado y huraño, con una dificultad para la pronunciación. Llevaba un bigote negro (se dice que su primer paciente rico acudió a él con la condición de que se lo afeitara). Como médico interno, fue asignado durante algún tiempo a la Salpêtrière, viejo hospital que por aquella época era una especie de asilo médico para cuatro o cinco mil ancianas. Charcot advirtió que se albergaban en él numerosas pacientes con enfermedades neurológicas extrañas o desconocidas y que sería una gran fuente de investigaciones clínicas. Mantuvo esta idea en su cerebro mientras seguía lentamente su carrera de anatomo-patólogo. Siendo ya médico, uno de sus profesores le pidió que acompañara como tal a un rico banquero que viajaba a Italia, lo que le permitió conocer las riquezas artísticas de este país [137]. Su carrera profesional fue bastante lenta y laboriosa. Sin embargo, las cosas cambiaron en 1862, cuando, a los treinta y seis años, fue nombrado médico jefe de

---

134 Georges Guillain, *J. M. Charcot (1835-1893). Sa Vie, son oeuvre*, París, Masson and Cie, 1955.

135 A. Souques, «Charcot intime», *Presse Médicale*, XXXIII, I, núm. 42 (27 de mayo de 1925), 693-698.

136 A. Lyubimov, *Profesor Sharko, Nautshno-biografitshesky etiud*, San Petersburgo, Tip. Suvorina, 1894.

137 Levillain, «Charcot et l'École de la Salpêtrière», *Revue Encyclopédique*, 1894, págs. 108-115.

una de las secciones más grandes de la Salpêtrière y pudo poner en marcha sus antiguos planes con febril actividad. Se recogieron historias, se realizaron autopsias, se abrieron laboratorios y formó un equipo de devotos colaboradores. Estaba inspirado por Duchenne (de Bolonia), neurólogo de extraordinaria capacidad que no tenía ningún cargo oficial y al que Charcot llamaba su maestro en neurología [138]. En los ocho años transcurridos desde 1862 a 1870, Charcot realizó los descubrimientos que le hicieron el neurólogo más famoso de su tiempo.

En 1870 se le encargó además una sala especial, que la administración del hospital reservaba para un número bastante elevado de enfermas afectas de convulsiones. Unas eran epilépticas y otras, histéricas que habían aprendido a imitar las crisis epilépticas. Charcot se esforzó por hallar el medio de distinguir unas convulsiones de otras. Comenzó también a estudiar la histeria utilizando el mismo método que empleaba en las enfermedades neurológicas orgánicas, y, con su discípulo Paul Richer dio una descripción de la crisis histérica florida (la *grande hystérie*) [139].

En 1878, probablemente bajo la influencia de Charles Richet, Charcot extendió su interés al hipnotismo, del que llevó a cabo un estudio científico (como había hecho con la histeria), tomando como sujetos del mismo a varias de las histéricas más inteligentes. Halló que en éstas aparecía la condición hipnótica en tres etapas sucesivas: «letargo», «catalepsia» y «sonambulismo», cada una con síntomas muy definidos y característicos. Leyó sus hallazgos ante la Académie des Sciences a principios de 1882 [140]. Era, dijo Janet, un *tour de force* el que el hipnotismo fuera aceptado por la misma Académie que lo había condenado en tres ocasiones en el siglo anterior bajo el nombre de magnetismo. Este resonante trabajo dio al hipnotismo una nueva dignidad, y el olvidado tema se convirtió una vez más en materia de innumerables publicaciones.

Entre las realizaciones más espectaculares de Charcot se hallan las investigaciones sobre parálisis traumáticas, que realizó en 1884 y 1885 [141]. En su tiempo la parálisis se solía considerar como resultado de lesiones del sistema nervioso causadas por un accidente, aunque ya B. C. Brodie [142]

---

138 Georges Guillain, «L'Oeuvre de Duchenne (de Boulogne)», *Études Neurologiques*, 3.ª serie, París, Masson and Cie, 1929, págs. 419-448; Paul Guilly, *Duchenne (de Boulogne)*, París, Legrand, 1936.

139 Paul Richer, *Études cliniques sur l'hystéro-épilepsie ou Grande Hystérie*, París, Delahaye et Lecrosnier, 1881, con numerosos grabados.

140 J. M. Charcot, «Sur les divers états nerveux déterminés par l'hypnotisation chez les hystériques», *Comptes-Rendus hebdomadaires des séances de l'Académie des Sciences*, XCIV (1882), 1, 403-405.

141 J. M. Charcot, *Oeuvres complètes. Leçons sur les maladies du système nerveux*, III, París, Progrès Médical, 1890, págs. 299-359.

142 Benjamín Collins Brodie, *Lectures illustrative of certain local nervous affections*, Londres, Longmans and Co., 1837.

en 1837 y Russel Reynolds [143] en 1869 habían postulado en Inglaterra la existencia de «parálisis psíquicas». Pero ¿cómo podría un factor puramente psicológico producir parálisis sin que el paciente tuviera consciencia de ese factor y excluida la posibilidad de una simulación?

Charcot había analizado ya las diferencias entre las parálisis orgánicas y las histéricas. En 1884 se admitió en la Salpêtrière a tres hombres afectos de monoplejía en un brazo después de un trauma. Charcot demostró en primer lugar que sus síntomas, que diferían de los de las parálisis orgánicas, coincidían exactamente con los de las parálisis histéricas. El segundo paso fue la reproducción experimental de parálisis semejantes bajo hipnosis. Charcot sugirió a algunos sujetos hipnotizados que se les paralizarían los brazos. Las parálisis hipnóticas resultantes mostraron exactamente los mismos síntomas que las parálisis histéricas espontáneas y las parálisis postraumáticas de los tres pacientes varones. Charcot fue capaz de reproducirlas paso por paso, y sugirió también su desaparición en el orden inverso. El paso siguiente fue una demostración del efecto del trauma. Charcot eligió a sujetos fáciles de hipnotizar y les sugirió que en su estado de vigilia, tan pronto como les palmotearan la espalda, se verían afectados de forma instantánea por una monoplejía del brazo de un tipo exactamente igual al de la monoplejía postraumática. Señaló que, en ciertos sujetos que viven en un estado de sonambulismo permanente, no era incluso necesaria la sugestión hipnótica. Sufrían la parálisis del brazo cuando se les palmoteaba en la espalda sin necesidad de una sugestión verbal especial. Parecía así demostrado el mecanismo de la parálisis postraumática. Charcot suponía que el choque nervioso que seguía al trauma era una especie de estado hipnótico análogo al hipnotismo y que permitía, por tanto, el desarrollo de una autosugestión en el individuo. «No creo que en ningún estudio fisiopatológico experimental se pueda reproducir con más exactitud la condición elegida como trabajo para estudiar», concluyó.

Colocó las parálisis histéricas, postraumáticas e hipnóticas en el grupo de las parálisis dinámicas, en contraste con las parálisis orgánicas resultantes de la lesión del sistema nervioso. Dio una demostración similar con relación al mutismo y la coxalgia histéricos. También aquí reprodujo de forma experimental, por medio del hipnotismo, cuadros clínicos idénticos a las condiciones histéricas. En 1892 distinguió la «amnesia dinámica», en la que bajo hipnosis se puede recuperar la memoria perdida, de la «amnesia orgánica», en la que esto es imposible [144].

---

143 Russel Reynolds, «Remarks on Paralyses and other Disorders of Motion and Sensation, Dependent on Ideas», *British Medical Journal*, II (1869), 483-485.

144 J. M. Charcot, «Sur un cas d'amnésie rétro-antérograde, probablement d'origine hystérique», *Revue de Médecine*, XII (1892), 81-96. Con catamnesis de Souques, *Revue de Médecine*, XII (1892), 267-400, 867-881.

En los últimos años de su vida se dio cuenta de que existía una amplia zona entre la región de la conciencia clara y la de la fisiología orgánica del cerebro. Dirigió entonces su atención a la curación por la fe, y en uno de sus últimos artículos afirmó haber visto algunos pacientes que regresaban de Lourdes curados de sus enfermedades [145]. Trató de dilucidar el mecanismo de tales curaciones y anticipó que el aumento de conocimientos sobre las leyes de la «curación por la fe» estimularía grandes progresos terapéuticos.

Hay numerosas descripciones y retratos de Charcot, pero corresponden casi sin excepción a su época de encumbramiento, alrededor de 1880, o al Charcot declinante de los últimos años. Los más airosos los proporcionó Léon Daudet, que había estudiado medicina en la Salpêtrière y cuyo padre, el novelista Alphonse Daudet, había sido íntimo amigo de Charcot. He aquí un extracto resumido de los *Souvenirs* de Léon Daudet [146]:

Charcot era un hombre pequeño, robusto y vigoroso. con una gran cabeza, cuello de toro, frente estrecha y anchas mejillas. La línea de su boca era dura y meditativa. Iba completamente rasurado y se peinaba hacia atrás el pelo lacio. Tenía una cierta semejanza con Napoleón que le gustaba acentuar. De andar pesado, su voz era autoritaria, algo baja, muchas veces irónica e insistente, y la expresión extraordinariamente fiera.

Hombre muy cultivado, estaba familiarizado con las obras de Dante, Shakespeare y los grandes poetas: leía inglés, alemán, español e italiano. Tenía una gran biblioteca, llena de libros extraños y excepcionales.

Era muy humano; mostraba una gran compasión por los animales y prohibía que en su presencia se hiciera toda mención de cazadores o de caza.

El hombre más autoritario que he conocido: nadie podría imponer un yugo tan despótico como el suyo a las personas que le rodeaban. Para darse cuenta de esto bastaba ver cómo, desde su cátedra, arrojaba una mirada arrasadora y suspicaz sobre sus estudiantes, y oírle interrumpirlos con una palabra seca e imperativa.

No soportaba la más mínima contradicción. Si alguien osaba oponerse a sus teorías, se mostraba enfurecido y ruin y hacía todo lo posible para hundir al imprudente, a menos que éste se retractara y disculpara.

No podía soportar la estupidez. Pero su necesidad de dominio le hacía eliminar a sus discípulos más brillantes, con lo que al final estaba rodeado de gente mediocre. Como compensación, mantenía relación social con artistas y poetas y daba magníficas recepciones.

Una de sus ideas favoritas era la de que la participación de la vida de los sueños en el estado vigil era mucho más que «inmensa».

En el *Diario* de Edmond y Jules de Goncourt abundan las referencias a Charcot. Los dos hermanos eran conocidos por sus mordaces descripcio-

---

145 J. M. Charcot, «La Foi qui guérit», *Archives de Neurologie*, XXV (1893), 72-87.

146 Léon Daudet, *Souvenirs des milieux littéraires, politiques, artistiques et médicaux de 1885 à 1905*, 2.ª serie: *Devant la douleur*, París, Nouvelle Librairie Nationale, 1915, págs. 4-15. Ver también, del mismo autor, *Les Oeuvres et les hommes*, París, Nouvelle Librairie Nationale, 1922, págs. 197-243; *Quand mon père vivait, Souvenirs inédits sur Alphonse Daudet*, París, Grasset, 1940, págs. 113-119.

nes, y debieron sentir una particular aversión hacia Charcot, al que describieron así [147]:

Era un hombre ambicioso, envidioso de toda superioridad, que sentía un feroz resentimiento contra quienes declinaban las invitaciones a sus recepciones; déspota en la universidad y duro con sus pacientes, hasta el punto de hablarles bruscamente de su próxima muerte, se mostraba cobarde cuando era él quien se sentía enfermo. Era un tirano con sus hijos y obligó, por ejemplo, a su hijo Jean, que quería ser marino, a convertirse en médico. Como científico, Charcot era una mezcla de genio y charlatán. Lo más desagradable era su indiscreción al referirse a cuestiones confidenciales de sus pacientes.

La descripción dada por el médico ruso Lyubimov es tan diferente que difícilmente se acepta que pueda referirse a la misma persona [148]:

Al lado de su extraordinario talento como profesor, científico y artista, Charcot era extremadamente humano y servicial con sus pacientes, y no toleraba que en su presencia se dijera nada desagradable acerca de nadie. Era un hombre equilibrado y sensible, muy circunspecto en sus juicios, que distinguía de un vistazo el valor de las personas. Su vida familiar era armoniosa y feliz; su esposa, que era viuda y tenía una hija cuando se casó con él, le ayudaba en su trabajo e intervenía en numerosas organizaciones de caridad. Prestó gran atención a la educación de su hijo Jean, que había elegido voluntariamente la carrera de medicina, y cuyas primeras publicaciones científicas fueron una gran alegría para su padre. Se recreaba con la devoción de sus estudiantes y sus enfermos, de modo que el día del santo del patrón, San Martín, el 11 de noviembre, se celebraba con diversiones y regocijo en la Salpêtrière.

Cabría la pregunta de cómo obtuvo Charcot el enorme prestigio de que disfrutaba entre los años 1880 y 1890. Se pueden distinguir varias razones:

Primera, la Salpêtrière era cualquier cosa menos un hospital ordinario. Constituía una ciudad dentro de otra, al modo del siglo XVII: constaba de unos 45 edificios, con calles, plazas, jardines, y una antigua y hermosa iglesia. Era además un lugar históricamente famoso: allí había realizado San Vicente de Paul sus obras de caridad. Posteriormente, Luis XIV lo convirtió en un asilo para mendigos, prostitutas y locos, y fue uno de los lugares donde tuvieron lugar las famosas matanzas de septiembre durante la Revolución Francesa, y donde Pinel puso en práctica sus reformas de los hospitales mentales. Era conocida asimismo por un episodio de la clásica novela *Manon Lescaut* del abate Prévost. Sus miles de ancianas habían inspirado algunos de los poemas de Baudelaire. Antes de Charcot, la Salpêtrière era poco conocida por los estudiantes de medicina, y a los médicos no les gustaba la idea de ser destinados allí. A Charcot se le consideró como el médico brujo que había convertido tal lugar histórico en un Templo de la Ciencia.

147 Edmond et Jules de Goncourt, *Journal. Mémoires de la vie littéraire,* París, Fasquelle et Flammarion, 1956. (Ver en especial el vol. III, extracto resumido.)

148 A. Lyubimov, cf. n. 136 (extracto resumido).

Ese hospital pasado de moda, con sus anticuados edificios, no poseía laboratorios, ni salas de exploración, ni facilidades para la enseñanza. Con su voluntad de hierro —y la ayuda de sus amistades políticas— Charcot creó una unidad de tratamiento, investigación y enseñanza. Eligió a sus colaboradores con mucho cuidado; instaló salas de consulta de oftalmología, otorrinolaringología y demás, así como laboratorios y un servicio fotográfico. Posteriormente añadió una galería de anatomía patológica, un servicio de policlínica en el que también se admitían hombres, y una gran sala de conferencias. Entre sus discípulos se encontraban Bourneville, Pitres, Joffroy, Cotard, Gilles de la Tourette, Meige, Paul Richer, Souques, Pierre Marie, Raymond y Babinski. Era difícil en aquella época encontrar un neurólogo francés que no hubiera sido alumno suyo. Ejerció un dominio absoluto sobre la escuela que había creado. Todas sus lecciones eran cuidadosamente recogidas por los alumnos y publicadas en alguna de las revistas médicas que él había fundado. Llegó un momento en que nadie podía ser asignado a la Facultad de Medicina de París sin su consentimiento. El sentimiento patriótico contribuyó a la fama de Charcot: él y Pasteur eran para los franceses una prueba del genio científico nacional, que desafiaba la pretendida superioridad de los alemanes.

Charcot personificaba lo que los franceses llaman un *prince de la science;* no sólo tenía una alta reputación científica, sino que era también un hombre poderoso y rico. Gracias a su matrimonio con una rica viuda y a los astronómicos honorarios que percibía de sus pacientes, podía mantener el nivel de vida de un miembro de la clase acaudalada. Además de su villa en Neuilly, había adquirido en 1884 una espléndida residencia en el Boulevard Saint-Germain, que decoró de acuerdo con sus propias ideas. Era una especie de museo privado, con mobiliario estilo renacimiento, vidrieras de colores, tapicerías, pinturas, antigüedades y libros raros. Él mismo era un artista que realizaba excelentes dibujos y un experto en pintura sobre porcelana y esmaltado. Profundo conocedor de la historia del arte, era un erudito de la prosa francesa y poseía extensos conocimientos de literatura [149]. Tenía nociones de inglés, alemán e italiano, lo cual era raro en aquella época. Mostraba una particular admiración por Shakespeare, al que citaba muy a menudo en inglés, y por Dante, al que citaba en italiano. Las noches de todos los martes daba suntuosas recepciones en su espléndida mansión al *tout-Paris* de científicos, políticos, artistas y escritores. Era conocido como el médico, y a veces el confidente, de reyes y príncipes. Se decía que el emperador Pedro II del Brasil había ido a su casa, había jugado al billar con él y había asistido a sus clases en la Salpêtrière. Era además una figura muy influyente en los círculos médicos ingleses. En un Congreso internacional que tuvo lugar en Londres

[149] Henri Meige, «Charcot artiste», *Nouvelle Iconographie de la Salpêtrière,* XI (1898).

en 1881, su demostración de las artropatías tabéticas fue recibida con una tormenta de aplausos. En Alemania tenía numerosos admiradores, aunque después de la guerra franco-prusiana de 1870 a 1871 declinaba todas las invitaciones a congresos en dicho país. En Viena estaba bien relacionado con Meynert y Moritz Benedikt. Era muy popular en Rusia, a la que había sido llamado en muchas ocasiones como médico consultor del zar y su familia. Los médicos rusos le recibían bien porque les liberaba de su gran dependencia de los científicos alemanes. Según Guillain, preparó un encuentro no oficial entre Gambetta y el gran duque Nicolás de Rusia, del que surgió la alianza franco-rusa [150]. Charcot viajó mucho; cada año hacía una visita cuidadosamente planeada a un país europeo distinto, donde visitaba sus museos, hacía dibujos y escribía conferencias sobre el viaje.

Ya grande de por sí, el prestigio de Charcot se veía aumentado por la aureola de misterio que le rodeaba. A partir de 1870 aumentó lentamente, y culminó en 1882 con su celebrado trabajo sobre el hipnotismo. Ganó una reputación de gran taumaturgo. El Dr. Lyubimov refiere ejemplos de sus curaciones casi milagrosas [151]:

> A Charcot le llegaban pacientes de todas las partes del mundo, paralíticos en parihuelas o portando complicados aparatos. Ordenaba que les despojaran de todos estos artilugios y ordenaba andar a los pacientes. Había, por ejemplo, una joven que había estado paralítica durante años. La ordenó levantarse y andar, lo que ella hizo bajo la mirada atónita de sus padres y de la madre superiora del convento en el que había permanecido. Otra joven le fue presentada con parálisis de ambas piernas; Charcot no encontró lesión orgánica alguna; no había terminado la consulta cuando la paciente se levantó y caminó hacia la puerta, donde el cochero que la estaba esperando se quitó el sombrero con estupor y se santiguó.

A los ojos de la gente, Charcot era el hombre que había explorado los abismos de la mente humana. De ahí su sobrenombre de «Napoleón de las neurosis». Llegó a ser identificado con el descubrimiento de la histeria, el hipnotismo, la doble personalidad, la catalepsia y el sonambulismo. Se contaban cosas extrañas acerca de su poderío sobre las histéricas jóvenes de la Salpêtrière y de los hechos que allí ocurrían. Jules Claretie relata que durante un baile de pacientes en la Salpêtrière se hizo sonar inadvertidamente un gong, e inmediatamente numerosas histéricas cayeron en estado cataléptico y mantuvieron las posturas en que se encontraban [152]. Era también el hombre cuya mirada escrutadora penetraba en las profundidades del pasado e interpretaba de forma retrospectiva las obras artísticas, ofreciendo un diagnóstico neurológico moderno de los tullidos

---

150 Georges Guillain, *J. M. Charcot, 1825-1893. Sa Vie, son oeuvre*, París, Masson et Cie, 1955.

151 A. Lyubimov, cf. n. 136 (extracto resumido).

152 Jules Claretie, *La Vie à Paris, 1881*, París, Havard, 1882, págs. 128-129.

representados por los pintores [153]. Fundó una revista, la *Iconographie de la Salpêtrière*, seguida por la *Nouvelle Iconographie de la Salpêtrière*, que probablemente fueron las primeras que combinaron el arte y la medicina. Se le consideraba asimismo como el inventor de una explicación científica de la posesión demoníaca, la cual, suponía, no era sino una forma de histeria. También interpretaba de forma retrospectiva esta condición en las obras de arte [154]. Era conocido por su colección de libros antiguos y extraños sobre brujería y posesión, algunos de los cuales había hecho reimprimir en una serie titulada «La Biblioteca Diabólica».

Todos estos hechos contribuían a la incomparable fascinación ejercida por sus *séances* en la Salpêtrière. Las mañanas de los martes se dedicaban a examinar enfermos nuevos, en presencia de médicos y estudiantes, que disfrutaban observando a Charcot desplegar su agudeza clínica y viendo la seguridad y rapidez con que desenredaba las historias clínicas más complicadas hasta llegar a un diagnóstico, incluso de enfermedades raras. Pero la mayor atracción eran las lecciones solemnes que daba los viernes por la mañana, todas ellas preparadas con el máximo detalle. Mucho antes del comienzo, la gran sala estaba abarrotada de médicos, estudiantes, escritores y una multitud de curiosos. El podio estaba siempre decorado con dibujos y esquemas anatómicos correspondientes a la lección del día. Con un porte semejante al de Napoleón o Dante, Charcot penetraba en el aula a las diez en punto, muchas veces acompañado por un ilustre visitante extranjero y un grupo de ayudantes que tomaban asiento en las primeras filas. En medio del silencio absoluto del auditorio, comenzaba a hablar en un tono bajo e iba elevando la voz gradualmente, dando parcas explicaciones que ilustraba con hábiles dibujos con tizas de colores en la pizarra. Con un talento de actor nato, imitaba la conducta, mímica, andares y voz de un paciente afecto de la enfermedad sobre la que estaba hablando, tras lo cual le hacía entrar, a veces con una ceremonia no menos espectacular. Cuando hablaba sobre temblores, hacía pasar a tres o cuatro mujeres que llevaban sombreros con plumas muy largas. El tremolar de las plumas permitía al auditorio distinguir las características específicas de los temblores en diversas enfermedades [155]. El interrogatorio tomaba la forma de un diálogo dramático entre Charcot y el paciente. Las lecciones más espectaculares eran las que trataban sobre histeria e hipnotismo. Otra de las innovaciones de Charcot fue el uso de proyecciones fotográficas, procedimiento poco usual en la enseñanza médica de aquel tiempo.

153 J. M. Charcot y Paul Richer, *Les Difformes et les malades dans l'art*, París, Lecrosnier and Babé, 1889.

154 J. M. Charcot y Paul Richer, *Les Démoniaques dans l'art*, París, Delahaye et Lecrosnier, 1887.

155 Ch. Féré, «J. M. Charcot et son oeuvre», *Revue des Deux Mondes*, CXXII (1894), 410-424.

La lección concluía con una discusión sobre el diagnóstico y una especie de resumen, en el que establecía los puntos principales; ambas eran modelos de claridad y concisión. La lección duraba dos horas, pero el auditorio nunca la encontraba demasiado larga, ni aun cuando versaba sobre enfermedades cerebrales orgánicas raras [156]. Lyubimov señala la diferencia entre estas lecciones y las de Meynert, a las que también había asistido en Viena y que le dejaban exhausto y confuso, mientras que las de Charcot las abandonaba con un sentimiento de alegría y alborozo.

Es fácil de comprender el hechizo que la enseñanza de Charcot ejercía sobre los profanos, sobre muchos médicos y en especial sobre los visitantes extranjeros, como Sigmund Freud, el cual pasó cuatro meses en la Salpêtrière entre 1[illegible] 1886. Otros visitantes eran más escépticos. El médico belga Delboeu[illegible]s por el trabajo de Charcot le había llevado a París en la misma época que a Freud, se vio pronto asaltado por grandes dudas cuando advirtió con cuánto descuido se realizaban los experimentos con los pacientes histéricos. A su regreso a Bélgica, publicó un relato muy crítico de los métodos de Charcot [157].

Los visitantes que acudían a ver a Charcot en París por poco tiempo, y se sentían envidiosos de él, no advertían muchas veces que estaba rodeado de una multitud de poderosos enemigos. El clero y los católicos le tildaban de ateo (una de las razones era que había reemplazado a las monjas del hospital por enfermeras laicas), pero algunos ateos le consideraban, a su vez, demasiado espiritual.

Los magnetizadores le acusaron públicamente de charlatanismo [158]. Tenía también grandes enemigos en los círculos políticos y sociales (como se desprende del *Diario* de los hermanos Goncourt). Entre los neurólogos, algunos que habían sido admiradores suyos mientras permaneció en el sólido campo de la neuropatología le abandonaron cuando se dedicó al estudio del hipnotismo y a los experimentos espectaculares con los pacientes histéricos. Lyubimov cuenta cómo el neurólogo alemán Westphal expresó profunda preocupación por el nuevo rumbo que había tomado la investigación de Charcot después de que le visitó en París. En América, fue atacado en el mismo sentido por Bucknill. Beard, que admitía que Charcot había cometido «errores graves», le respetaba no obstante «como hombre genial y de honor» [159]. Charcot tenía que librar además una batalla

156 Levillain, «Charcot et l'École de la Salpêtrière», *Revue Encyclopédique* (1894), 108-115.

157 Joseph Delboeuf, «De l'Influence de l'imitation et de l'éducation dans le somnambulisme provoqué», *Revue Philosophique*, XXII (1886), 146-171.

158 Bué, *Le Magnétisme humain. Congrès International de 1889*, París, Georges Carré, 1890, págs. 333-334, 338-339.

159 George M. Beard, *The Study of Trance, Muscle-Reading and Allied Nervous Phenomena in Europe and America, with a Letter on the Moral Character of Trance Subjects and a Defense of Dr. Charcot*, Nueva York, 1882.



AMAND - MARIE - JACQUES DE CHASTENET, marqués de Puységur (1751-1825), el verdadero fundador del magnetismo animal, aparece aquí con su uniforme de general de la artillería francesa. *(Bibliothèque Nationale, París, Cabinet des Estampes.)*



Este grabado muestra el olmo «magnetizado» de Buzancy, durante la realización de las curas. Apoyado en Puységur, Victor Race está entrando en sueño magnético. *(De A. M. S. de Puységur: Mémoires pour servir à l'histoire et à l'établissement du Magnétisme Animal, 3.ª ed. [1802].)*



JUSTINUS KERNER (1786-1862), médico y poeta romántico; su casa de Weinsberg, Alemania, era un lugar de reunión para filósofos, escritores y otra gente influyente. *(Grabado de Anton Duttenhofer.)*



La condición «magnética» de Friederike Hauffe está descrita en *La profetisa de Prevorst,* monografía que dio la fama tanto a la «profetisa» como a Kerner. *(De la Bibliothèque Nationale, Paris, colección Laruelle.)*

continua contra la Escuela de Nancy, batalla en la que perdía terreno sin cesar. Bernheim proclamaba sarcásticamente que entre los miles de pacientes hipnotizados por él, sólo uno presentaba los tres estadios descritos por Charcot: una mujer que había pasado tres años en la Salpêtrière. Charcot luchó también con la enemistad imperecedera de algunos de sus colegas médicos y, sobre todo, de su antiguo discípulo Bouchard, un hombre ambicioso doce años más joven que él. Peor aún, algunos de sus discípulos aparentemente leales le engañaban presentándole manifestaciones más y más extraordinarias que ensayaban previamente con los pacientes. Es cierto que muchos de sus discípulos nunca participaron en tales actividades, pero al parecer ninguno se atrevió a notificárselo. Durante mucho tiempo había sido extremadamente cauto, pero al final se le pudo aplicar la máxima de La Rochefoucauld: «El engaño va siempre más lejos que las sospechas». Según Guillain, comenzó a sentir grandes dudas al final de su vida, y pensaba empezar de nuevo el estudio completo del hipnotismo y la histeria, lo que su muerte impidió. Su enemigo secreto, que conocía bien las condiciones físicas de Charcot y que durante años le había enviado anónimos describiéndole la angina de pecho y anunciándole su próxima muerte, es muy probable que perteneciera al círculo médico que le rodeaba [160].

Las opiniones extremas que prevalecían sobre él, la fascinación que ejercía por una parte, y las grandes enemistades que se había creado por otra, dificultaron durante su vida la exacta valoración de su trabajo. En contra de lo que se esperaba, el paso del tiempo no ha facilitado mucho dicha empresa. Se hace necesario, por tanto, distinguir entre los diversos campos de su actividad. En primer lugar, se olvida muchas veces que Charcot, como internista y anatomo-patólogo, contribuyó poderosamente al conocimiento de las enfermedades pulmonares y renales, y que sus lecciones sobre las enfermedades en los ancianos fueron durante mucho tiempo clásicas de lo que ahora se denomina geriatría. En segundo lugar, en lo que fue su segunda carrera, la neurología, hizo descubrimientos fundamentales en los que descansará sin discusión su fama perpetua: descripción de la esclerosis diseminada, de la esclerosis lateral amiotrófica («enfermedad de Charcot») y de la ataxia locomotora y sus artropatías características («articulaciones de Charcot»), trabajos sobre las localizaciones cerebral y medular, y sobre la afasia.

Es más difícil valorar de una forma objetiva la que podría denominarse «tercera carrera» de Charcot, es decir, su examen de la histeria y del hipnotismo. Como ocurre con otros muchos científicos, perdió el dominio de las nuevas ideas que había formulado y fue arrastrado por el movimiento que había creado.

---

160 G. Hahn, «Charcot et son influence sur l'opinion publique», *Revue des Questions Scientifiques*, 2.ª serie, VI (1894), 230-261, 353-359; C. Féré, cf. n. 155.

Pierre Janet ha descrito con exactitud los errores metodológicos de Charcot en ese campo [161]. El primero fue su excesiva preocupación por delimitar entidades patológicas específicas, eligiendo como modelos aquellos casos que presentaban el mayor número de síntomas posible; suponía que los demás casos eran formas incompletas. Este método se había mostrado muy fructífero en neurología, y Charcot estaba convencido de que ocurriría lo mismo en las alteraciones mentales. Por lo tanto, dio descripciones arbitrarias de la *grande hystérie* y del *grand hypnotisme*. Un segundo error fue el de simplificar demasiado las descripciones de estas enfermedades para hacerlas más inteligibles a sus estudiantes. El tercer error fatal fue su falta de interés por el ambiente que rodeaba a sus pacientes y por la vida interna de la Salpêtrière. Casi nunca lo recorrió; veía a sus pacientes en su sala de exploración del hospital, mientras sus colaboradores, que ya los habían explorado, le informaban. Nunca sospechó que sus pacientes eran muchas veces visitados y magnetizados en las salas por personas incompetentes. Janet ha demostrado que los pretendidos «tres estadios de la hipnosis» no eran sino el resultado del entrenamiento a que se veían sometidos aquellos pacientes a manos de los magnetizadores. Como la historia primitiva del magnetismo y el hipnotismo estaba olvidada, Charcot —más aún que Bernheim— creía que todo lo que advertía en sus pacientes hipnotizados constituía un descubrimiento.

Otro hecho, que distorsionó desde el comienzo sus investigaciones sobre la psiquiatría dinámica, era el peculiar espíritu colectivo que impregnaba la Salpêtrière. Esta comunidad cerrada reunía no sólo gran número de ancianas, sino que comprendía también salas especiales para histéricas, algunas de ellas jóvenes, bonitas e inteligentes: nada más propicio al desarrollo de contagios mentales. Estas mujeres eran la atracción principal, y se empleaban para demostrar casos clínicos a los estudiantes, así como en las lecciones dadas en presencia del *Tout-Paris*. A causa de la actitud paternalista de Charcot y de su manera despótica de tratar a los estudiantes, sus colaboradores nunca osaron contradecirle; por lo tanto, le indicaban lo que creían que deseaba ver. Después de practicar las demostraciones, le mostraban a los sujetos y él era lo bastante descuidado como para discutir los casos en presencia de los mismos. Se desarrollaba así una atmósfera peculiar de sugestión mutua entre él, sus colaboradores y sus pacientes, que sería sin duda merecedora de un análisis sociológico completo.

Janet ha destacado que las descripciones de Charcot sobre la histeria y el hipnotismo se basaban en un número muy limitado de pacientes. Blanche Wittmann, la *prima donna*, merece algo más que una mención

---

[161] Pierre Janet, «J. M. Charcot, son oeuvre psychologique», *Revue Philosophique*, XXXIX (1895), 569-604.

anecdótica. Se ha descuidado demasiado el papel de los pacientes en la elaboración de la psiquiatría dinámica, y merecería una investigación a fondo. Por desgracia, es muy difícil reunir en retrospectiva informaciones relevantes.

Nada sabemos del origen y entorno de Blanche Wittmann antes de su admisión en la sala de histéricas de la Salpêtrière. Según Baudouin, era joven cuando llegó allí, y rápidamente se convirtió en una de las pacientes más destacadas de Charcot, recibiendo el sobrenombre de *la reine des hystériques* [162]. La exhibían muchas veces para demostrar los «tres estadios de la hipnosis», de la que era no sólo el tipo sino el prototipo, según Frederick Myers [163]. Baudouin afirma que es la mujer que aparece en plena crisis histérica entre Charcot y Babinski, en la famosa pintura de Brouillet; también se la puede reconocer en varios grabados de la *Iconographie de la Salpêtrière*. Era autoritaria, caprichosa y desagradable, tanto con el resto de los pacientes como con el personal.

Por alguna razón desconocida, Blanche Wittmann abandonó la Salpêtrière por algún tiempo y fue admitida en el Hôtel-Dieu, donde la estudió Jules Janet, el hermano de Pierre Janet [164]. Después de obtener el «primer estadio de la hipnosis», es decir, el letargo, Jules Janet modificó la técnica usual y vio a la paciente en una condición completamente nueva. Apareció una nueva personalidad, la de Blanche II, que se mostró mucho más equilibrada y que permanecía oculta detrás de Blanche I. Siempre había estado consciente de todo lo que ocurría durante las numerosas demostraciones en las que Blanche I había pasado por los «tres estadios de la hipnosis» y se suponía que estaba inconsciente. Myers destacó que «es extraño pensar cómo durante tantos años Blanche II había asistido furiosa y en silencio a experimentos a los que Blanche I se sometía con fácil complacencia».

Jules Janet mantuvo a Blanche Wittmann en este segundo estado durante varios meses y consiguió una mejoría llamativa (y al parecer duradera) con este tratamiento. Lo que le ocurrió después a Blanche Wittmann lo ha descrito Baudouin en forma sucinta. Volvió a la Salpêtrière, donde le proporcionaron trabajo en el laboratorio fotográfico, y posteriormente, cuando se abrió un laboratorio de radiología, se convirtió en empleada del mismo. Todavía era autoritaria y caprichosa, negaba su historia pasada, y se enfadaba cuando le preguntaban acerca de aquel período de su vida. Como no se conocían los peligros de la radiología, fue una de las primeras víctimas del cáncer de los radiólogos. Sus últimos años fueron un cal-

---

162 A. Baudouin, «Quelques souvenirs de la Salpêtrière», *Paris-Médical*, XV, I, número 21 (23 de mayo de 1925), págs. X-XII.

163 Frederick Myers, *Human Personality and Its Survival of Bodily Death*, 2 vols., Londres, Longmans, Green and Co., 1903.

164 Jules Janet, «L'Hystérie et l'hypnotisme, d'après la théorie de la double personnalité», *Revue Scientifique* (*Revue Rose*), 3.ª serie, XV (1888), 616-623.

vario, que soportó sin mostrar el menor síntoma de histerismo. Sufrió una amputación tras otra y murió como mártir de la ciencia.

Fue, sin embargo, la tercera carrera de Charcot la que contribuyó más que cualquier otra cosa a su fama contemporánea. El escritor T. de Wyzewa, en una necrológica que le escribió, dijo que su trabajo neurológico se olvidaría en unos siglos, pero que permanecería en la memoria de la humanidad como el ser que había revelado al mundo una parcela insospechada de la mente [165]. Fue por esto, y no por sus propios trabajos literarios (que no se han publicado), por lo que Charcot ejerció una poderosa influencia sobre la literatura. Como ha indicado De Monzie, representó el punto de partida de toda una tradición de escritores de orientación psiquiátrica, como Alphonse Daudet y su hijo Léon Daudet, Zola, Maupassant, Huysmans, Bourget, Claretie, y posteriormente Pirandello y Proust, sin hablar de numerosos autores de novelas populares [166]. El propio Charcot sirvió de modelo para un personaje específico de numerosas novelas y obras teatrales en la década de 1890: el gran científico de fama mundial que prosigue impávido sus investigaciones secretas en los abismos de la mente humana.

Un visitante americano que le vio a principios de 1893 notó que, aunque su fuerza intelectual estaba tan viva como siempre, su salud física se hallaba muy quebrantada [167]. Estuvo trabajando febrilmente hasta el 15 de agosto de 1893, en que partió de vacaciones con dos de sus discípulos favoritos, Debove y Strauss, con la intención de visitar la catedral de Vézelay. Murió inesperadamente en su habitación del hotel la noche del 16 de agosto, y el 19 del mismo mes se le rindieron honras fúnebres nacionales en París. A pesar de los grandes honores que se rindieron a su memoria, su fama se desvaneció pronto. La publicación de sus obras completas, que estaba planeada en quince volúmenes, fue abandonada después de la aparición del número IX en 1894. Según Lyubimov, Charcot dejó una cantidad considerable de trabajos literarios: memorias, relatos ilustrados de viajes, estudios críticos sobre obras literarias y filosóficas, ninguno de los cuales quiso publicar en vida. Lyubimov añade que su verdadera personalidad no podría conocerse sin leerlos. Sin embargo, ninguno fue impreso nunca. Jean, su hijo (1867-1936), que había estudiado medicina para satisfacer a su padre, abandonó esta profesión varios años después y se hizo famoso como marino y explorador del Polo Sur [168]. Donó la preciosa

165 *Le Figaro*, 17 de agosto de 1893.

166 A. de Monzie, «Discours au centenaire de Charcot», *Revue Neurologique*, XXXII, núm. 1, junio 1925 (número especial del centenario de Charcot).

167 C. F. Withington (Carta al editor), *Boston Medical and Surgical Journal*, CXXIX (1893), 207.

168 Ver (Anón.), *Jean-Baptiste Charcot*, París, Yacht-Club de France, 1937; Auguste Dupouy, *Charcot*, París, Plon, 1938.

biblioteca de su padre a la Salpêtrière, donde cayó gradualmente en el descuido más penoso, al igual que ocurrió con el Musée Charcot [169].

> Lo malo que el hombre hace, le sobrevive;
> Lo bueno se entierra muchas veces con sus huesos.

Así ocurrió con Charcot. No se necesitó mucho tiempo para que su gloria se transformara en el estereotipo del científico déspota, cuya creencia en su propia superioridad le llevó al desencadenamiento de una epidemia psíquica. Un año después de su muerte, Léon Daudet, que había sido estudiante de medicina en su servicio, publicó una novela satírica, *Les Morticoles*, en la que daba nombres ficticios a médicos eminentes y ridiculizaba a la clase médica de París [170]. Charcot estaba descrito bajo el nombre de Foutange y a Bernheim se le denominaba Boustibras. Se describían sesiones hipnóticas ficticias en el «Hôpital-typhus» con «Rosalie» (Blanche Wittmann), de forma caricaturesca. Otro relato malévolo de la Salpêtrière fue el de Axel Munthe en su novela autobiográfica *La historia de San Michele* [171].

Jules Bois, que conocía bien a Charcot, relata que durante los últimos meses de su vida expresó su pesimismo acerca del futuro de su trabajo, que sentía que no le sobreviviría mucho tiempo [172]. En efecto, antes de que transcurrieran diez años de su muerte, la mayoría de sus discípulos le habían olvidado y repudiado. Su sucesor, Raymond, mientras que apoyaba de palabra el trabajo de Charcot sobre la neurosis, era partidario de la tendencia organicista. Uno de sus discípulos favoritos, Joseph Babinski, que se había dado a conocer en vida de su maestro por sus experimentos de transferencia de síntomas histéricos de un paciente a otro por medio de un imán [173], se convirtió en el principal protagonista de una reacción radical contra el concepto de histeria de Charcot. La histeria, afirmaba, no era sino el resultado de la sugestión, y se podía curar mediante la «persuasión» [174]. El propio nombre de «histeria» fue sustituido por el de «pitiatismo», acuñado por Babinski. Guillain cuenta que, cuando él era residente en la Salpêtrière en 1899, esto es, seis años después de la muerte de Charcot, todavía quedaban algunas de las histéricas suyas que, por una pequeña remuneración, representaban para los estudiantes el

169 Jean-Baptiste Charcot, «Discours prononcé à l'inauguration de la bibliothèque de son père», *Bulletin Mèdical*, XXI, 23 de noviembre de 1907.

170 Léon Daudet, *Les Morticoles*, París, Charpentier, 1894.

171 Axel Munthe, *The Story of San Michele*, Nueva York, Duffin, 1929, cap. 17.

172 Jules Bois, *Le Monde invisible*, París, Flammarion, s. f., págs. 185-192.

173 J. Babinski, *Recherches servant à établir que certaines manifestations hystériques peuvent être transférées d'un sujet à l'autre sous l'influence de l'aimant*, París, Delahaye et Lecrosnier, 1886.

174 En diversos artículos que culminaron con el de J. Babinski, «Définition de l'hystérie» (Société de Neurologie de Paris, séance du 7 novembre 1901, sous la présidence du Prof. Raymond), *Revue Neurologique*, IX (1901), 1.074-1.080.

ataque completo de la *grande hystérie*. Pero los pacientes histéricos desaparecieron para siempre de la Salpêtrière [175].

Con el curso de los años, los descubrimientos neurológicos de Charcot se dieron por descontados, y su nombre se asoció con un episodio lamentable de la larga historia de la Salpêtrière. En 1925 se celebró allí su centenario, prestándose gran atención a sus hallazgos neurológicos y dedicándose unas pocas apologías rápidas al *légère défaillance* (ligero desliz) de su trabajo sobre el histerismo y la hipnosis. Los psicoanalistas, sin embargo, le ensalzaron en ese aspecto como precursor de Freud. En 1928, un grupo de surrealistas de París, en un intento de contrarrestar todas las ideas aceptadas de su tiempo, decidieron celebrar el descubrimiento de la histeria por Charcot, «el mayor descubrimiento poético de finales del siglo XIX» [176].

Varios años después, el autor del presente libro, entonces estudiante de medicina en la Salpêtrière, conoció a una paciente muy anciana que había pasado allí casi toda su vida y que había conocido a Charcot y a su escuela. Hablaba sola y tenía alucinaciones, durante las cuales oía a todos aquellos hombres hablando por turno. Esas voces del pasado, que nunca habían sido registradas pero que todavía resonaban en la mente alterada de aquella desdichada, eran todo lo que quedaba de la gloria de la Salpêtrière de Charcot.

Conclusión

Visto esto, estamos en condiciones de repasar el desarrollo de la psiquiatría dinámica desde Mesmer hasta Charcot.

Antes de Mesmer había poco lugar para la psicoterapia dinámica, aparte la superada práctica del exorcismo. Los médicos habían elaborado una teoría de la «imaginación», es decir, de un «poder de la mente» dotado de manifestaciones múltiples y multiformes —a veces extraordinarias— (entre las que atraía especialmente el sonambulismo espontáneo).

Mesmer desarrolló lo que él creía una teoría científica y una terapia médica universal. Apuntó a la provocación de «crisis», que se suponían de valor diagnóstico y dotadas de virtudes curativas. Su descubrimiento principal fue el de la «relación» entre el magnetizador y el paciente.

Puységur sustituyó la teoría pseudo-física del «fluido» al intuir la acción de fuerzas psicológicas desconocidas. Su gran descubrimiento clínico fue el del «sueño magnético» o «sonambulismo artificial», situación semejante al sonambulismo espontáneo, con la diferencia de que puede ser inducido

175 Georges Guillain, *J. M. Charcot*, pág. 174.

176 Aragon et Breton, «Le Cinquantenaire de l'hystérie (1878-1928)», *La Révolution Surréaliste*, IV, núm. 11 (15 de marzo de 1928), 20-22.

y frenado a voluntad, y utilizado tanto para la exploración de funciones psíquicas desconocidas como para la terapéutica. El concepto de relación fue elaborado, y considerado como un fenómeno psicológico y como cauce para la acción psicoterapéutica.

La gran ola espiritista del siglo XIX indujo al descubrimiento de nuevas formas de aproximación a la mente inconsciente, como la escritura automática. Además del «sonambulismo artificial» se exploró una nueva situación, el trance del médium. Charcot apuntó la existencia de «ideas fijas» inconscientes como núcleos de ciertas neurosis, concepto éste que sería desarrollado por Janet y Freud.

Por lo tanto, a estos dos grandes pioneros les antecede todo un siglo de psiquiatría dinámica, durante el cual se llevaron a cabo numerosas investigaciones, aunque no completamente sistematizadas. Esta primera psiquiatría dinámica será el tema del siguiente capítulo.

III

LA PRIMERA PSIQUIATRÍA DINAMICA (1775-1900)

La experiencia acumulativa de varias generaciones de magnetizadores e hipnotizadores dio lugar al lento desarrollo de un sistema perfeccionado de psiquiatría dinámica. Estos pioneros llevaron a cabo con gran audacia la exploración y utilización terapéutica de las energías psicológicas inconscientes. Basándose en sus hallazgos, elaboraron teorías nuevas acerca de la mente humana y la psicogénesis de la enfermedad. La primera psiquiatría dinámica fue una conquista impresionante, tanto más cuanto que había sido elaborada en su mayor parte fuera de —cuando no en oposición directa con— la medicina oficial.

Como no fue obra de un solo hombre, no hubo —en contraste con otros muchos sistemas— un esquema conceptual rígido que dirigiera su crecimiento. Los principios más importantes proceden de Mesmer y Puységur. A ellos siguieron un gran número de legos y médicos, que trabajaban individualmente o en grupos o escuelas no sistematizados e incluso rivales, sobre todo en Francia y Alemania, y posteriormente también en Inglaterra y Norteamérica. La evolución no fue continua: durante todo el siglo XIX hubo una serie de altibajos y de fases estacionarias.

Hacia 1880 tuvo lugar un gran resurgimiento, y la primera psiquiatría dinámica consiguió el reconocimiento universal gracias a Charcot y Bernheim. Siguió un rápido desarrollo. Emergió entonces lentamente una nueva psiquiatría dinámica, y durante algún tiempo coexistieron los dos sistemas, hasta 1900, en que las nuevas escuelas pasaron a primer plano. No obstante, hay que destacar dos hechos: 1) En las nuevas escuelas dinámicas, mucho de lo que nos parece más original tenía de hecho sus raíces en la primera psiquiatría dinámica. 2) Aunque el nuevo sistema parecía en ocasiones radicalmente opuesto a la primera psiquiatría dinámica, en realidad no la suplantaba, sino que venía a completarla.

Características principales

A través de las innumerables variantes de la primera psiquiatría dinámica, algunas características principales han permanecido constantes:

1) Se adoptó el hipnotismo como vía principal de aproximación, o *vía regia*, al inconsciente. A finales del siglo se añadieron otras vías suplementarias (mediumnismo, escritura automática y contemplación de un cristal).

2) Se dedicó atención particular a ciertos cuadros clínicos (a veces denominados enfermedades magnéticas): sonambulismo espontáneo, letargia, catalepsia, personalidad múltiple; a finales de siglo, el interés se centró cada vez más en la histeria.

3) Se generalizó un nuevo modelo de la mente humana, basado en la dualidad de psiquismo consciente e inconsciente. Más tarde se modificó, dándole la forma de un manojo de subpersonalidades yacentes bajo la personalidad consciente.

4) Las nuevas teorías sobre la patogénesis de la enfermedad nerviosa, que al principio se basaron en el concepto de un fluido desconocido, fueron pronto reemplazadas por el concepto de energía mental. A finales del siglo XIX surgieron los conceptos de la actividad autónoma de fragmentos escindidos de la personalidad y de la actividad mitopoética del inconsciente.

5) La psicoterapia se apoyaba sobre todo en el uso del hipnotismo y de la sugestión, y se concedía una atención especial a la relación entre el paciente y el magnetizador. Surgieron nuevos tipos de terapeutas: el magnetizador y, posteriormente, el hipnotizador, que no era sino una variante del primero.

En este capítulo consideraremos brevemente las fuentes de la primera psiquiatría dinámica, daremos una visión general de las características principales arriba enumeradas, y a continuación estudiaremos la influencia de la misma sobre la vida cultural de aquellos días.

Las fuentes de la primera psiquiatría dinámica

Entre los numerosos orígenes de la primera psiquiatría dinámica, hay que destacar tres en especial.

Ya hemos descrito la evolución histórica del magnetismo animal a partir de la antigua práctica del exorcismo, comprobando cómo la crisis de Mesmer era inducida exactamente igual que el *exorcismus probativus* de Gassner; se demostraba el mal como primer paso para su eliminación.

Desaparecida la posesión, fue sustituida por la manifestación de una personalidad múltiple. No obstante, en el curso del siglo XIX se observaron casos aislados de posesión, en el sur de Alemania, y hombres como Justinus Kerner trataban a los poseídos con un método que era una curiosa mezcla de magnetismo y exorcismo [1].

Otra fuente muy importante de la primera psiquiatría dinámica fue el viejo concepto de «imaginación». En la época del Renacimiento, filósofos y médicos se interesaron mucho por un poder de la mente, la *imaginatio*, que tenía un significado mucho más amplio que el actual y contenía lo que denominamos sugestión y autosugestión. A la *imaginatio* se le dedicaron numerosos trabajos, una vez famosos pero olvidados en la actualidad. En un capítulo de sus *Ensayos*, Montaigne resume algunas de las ideas prevalecientes en su tiempo [2]. Adscribe a la imaginación el efecto contagioso de las emociones humanas. La imaginación, según él, era una causa frecuente de enfermedad física, emocional y mental, e incluso de muerte, así como todas las manifestaciones atribuidas comúnmente a la magia. Podía causar fenómenos físicos llamativos, como la aparición de estigmas e incluso la transformación de un sexo en otro. Pero se podía utilizar también para curar alteraciones físicas y mentales. En el siglo XVIII, el italiano Muratori escribió un tratado, *Sobre el poder de la imaginación humana*, ampliamente leído y citado [3]. Entre las numerosas manifestaciones de la imaginación describía los sueños, visiones, ilusiones, las ideas fijas, la antipatía (es decir, las fobias) y, sobre todo, el sonambulismo. En la segunda mitad del siglo XVIII, el sonambulismo se convirtió en el punto central de las discusiones sobre la imaginación. Por todas partes se publicaban historias maravillosas acerca de durmientes paseadores que escribían, cruzaban ríos a nado o caminaban sobre los tejados en las noches de luna llena, y cuyas vidas peligraban si se les llamaba bruscamente por su nombre o se les despertaba. Hoy nos resulta difícil apreciar cuán increíble y fantástica debió parecer a los contemporáneos de Puységur la aserción de éste de que el sonambulismo se podía inducir y detener de forma artificial casi a voluntad, y emplearse en la investigación de los secretos más recónditos de la mente humana.

Una tercera fuente fue el conocimiento del propio hipnotismo, el cual, en el curso de la historia humana, había sido descubierto, olvidado y

---

[1] Justinus Kerner, *Geschichten Besessener neuerer Zeiten, Beobachtungen aus dem Gebiete kakodämonischer-magnetischer Erscheinungen* (...) *nebst Reflexionen von C. A. Eschenmayer über Besessenseyn und Zauber*, 2.ª ed. ampliada, Karlsruhe, G. Braun, 1835.

[2] Montaigne, *Essais*, 1581, París, Pléiade, 1940, págs. 110-120. Traducción inglesa, *The Essays*, Great Books of the Western World, vol. 25, Chicago, Encyclopedia Britannica, 1952, págs. 36-42.

[3] Lodovico Antonio Muratori, *Della Forza della Fantasia Umana*, Venecia, Presso Giambatista Pasquali, 1745.

vuelto a descubrir [4]. Sin remontarnos a los antiguos egipcios o incluso a los estudiosos renacentistas de la magia natural, vemos que Gassner curaba a muchos de sus pacientes mediante el hipnotismo (como queda claro al leer los relatos del abbé Bourgeois). El propio Mesmer, cuando magnetizaba, lo que hacía era colocar a alguno de sus pacientes en sueño hipnótico. El informe de los comisionados mencionaba que «...todos ellos estaban sometidos de forma impresionante al hombre que los magnetizaba; a pesar de la somnolencia, se despertaban con su voz, su mirada o cualquier señal suya». Sin embargo, ni Gassner ni Mesmer habían comprendido con claridad las implicaciones de lo que hacían, y fue Puységur quien, en 1784, descubrió que la crisis perfecta que había hecho surgir en sus pacientes no era sino un sonambulismo inducido artificialmente.

El camino real hacia la mente desconocida: hipnotismo

Desde 1784 hasta aproximadamente 1880, el sonambulismo artificial era el principal medio de acceso al inconsciente. Denominado en un principio crisis perfecta por Puységur, sueño magnético o sonambulismo artificial, Braid le dio el nombre de hipnotismo en 1843 [5].

Su naturaleza fue discutida desde el principio. Mesmer se negó a ver en él algo más que una forma particular de crisis. Se desarrolló una vigorosa polémica entre los fluidistas, que lo explicaban en términos del pretendido fluido magnético, y los animistas, que afirmaban que era un fenómeno psicológico. Pero la identidad de naturaleza del sonambulismo espontáneo y del sueño mesmérico no se planteó nunca con seriedad durante todo el siglo XIX [6].

Los principales argumentos en favor de tal concepción fueron resumidos más tarde por Janet [7]. Primero, los individuos propensos al sonambulismo espontáneo son también magnetizados e hipnotizados con facilidad. Segundo, es fácil entablar relación con un individuo que está en sonambulismo espontáneo, así como hacerle pasar de este estado al de sueño hipnótico típico. Tercero, una persona que ha padecido un ataque de sonambulismo espontáneo del cual no recuerda nada en su estado vigil, lo recordará todo bajo hipnosis, y a la inversa.

---

[4] Otto Stoll, *Suggestion und Hypnotismus in der Völkerpsychologie*, 2.ª ed., Leipzig, Von Weit und Co., 1904.

[5] James Braid, *Neurhypnology; or, the Rationale of Nervous Sleep, Considered in Relation with Animal Magnetism*, Londres, John Churchill, 1843.

[6] Según Janet, esta teoría fue sostenida por Bertrand, Deleuze, Braid, Noizet, Liébeault, Charcot y la Escuela de la Salpêtrière. En realidad, Puységur escribió ya en 1809 sobre el «somnambulisme magnétique», *Suite des mémoires pour servir à l'histoire et à l'établissement du magnétisme animal*, 2.ª ed., París, Cellot, 1809, pág. 221.

[7] Pierre Janet, *Les Médications psychologiques*, I, París, Alcan, 1919, págs. 267-271.

Por otra parte, sin embargo, existe una diferencia esencial entre el sonambulismo natural y el artificial, y es que este último está dirigido y bajo el control estricto del hombre, el magnetizador, que es el que lo induce, moldea sus manifestaciones y lo hace terminar a voluntad.

Ya desde el principio, la peculiar relación existente entre el magnetizador y el magnetizado fue objeto de gran curiosidad y discusión. Puységur notó que Victor no se limitaba a cumplir sus órdenes con exactitud, sino que parecía anticiparse a ellas o adivinarlas. Inmediatamente se preguntó si podría oponer limitaciones a su voluntad o ser inducido a cometer actos inmorales o delictivos. La relación especial entre el magnetizador y el sujeto, impresionó también desde el principio a los mesmeristas. Se comprobó claramente que la persona magnetizada se olvidaba de todo excepto del magnetizador, y que sólo podía percibir el mundo exterior a través de este último. Pronto se descubrió que la relación extendía su influencia más allá de la sesión del sueño magnético: la persona colocada en esta situación por segunda vez recordaba todo lo que ocurrió durante la primera. El magnetizador hacía surgir así en su sujeto una vida especial, separada de la vida consciente normal, es decir, una segunda condición con su propia continuidad, y en dependencia cada vez mayor de él.

Una de las pruebas más concluyentes y llamativas de que la influencia del hipnotismo se extiende a la vida consciente normal la proporcionan la amnesia y la sugestión poshipnóticas. Los primeros mesmeristas notaron que el sujeto en condición normal no recordaba nada de lo que le había ocurrido durante el sueño magnético, y compararon acertadamente este estado con el que sigue a los ataques de sonambulismo espontáneo. Poco después descubrieron que el sujeto podía, en estado de vigilia, ejecutar una orden que se le había dado durante el sueño hipnótico. Este fenómeno de sugestión poshipnótica, descrito ya en 1787 [8], fue abundantemente experimentado por Deleuze [9] y Bertrand [10], y luego por Bernheim y la Escuela de Nancy. El hecho de que la amnesia poshipnótica no es absoluta y de que el individuo puede ser inducido, mediante ciertos procedimientos, a recordar en estado de vigilia lo que le ocurrió durante la sesión hipnótica fue también conocido precozmente y nunca olvidado por completo, hasta que fue redescubierto por Bernheim [11].

En cuanto a los medios de inducir el sueño mesmérico (al que de aquí en adelante designaremos por su último nombre de hipnosis), los

---

[8] Mouillesaux, citado por Rudolf Tischner, en «Franz Anton Mesmer. Leben, Werk und Wirkungen», *Münchner Beiträge zur Geschichte und Literatur des Naturwissenschaften und Medizin*, I, núms. 9/10 (1928), 541-714.

[9] J. P. F. Deleuze, *Instruction pratique sur le magnétisme animal*, París, Baillière, 1825, pág. 118.

[10] A. Bertrand, *Traité du somnambulisme*, París, Dentu, 1823, págs. 298-299.

[11] Conde de Lövenhielm, *Bibliothèque du magnétisme animal*, V, 1818, págs. 228-240.

primeros magnetizadores utilizaban la técnica de Mesmer de los pases, que pronto fue abandonada en favor de otras dos. La primera fue la fascinación (método ya conocido por los antiguos egipcios, por Cornelius Agrippa, y por muchos otros). Se hacía al paciente mirar a un punto fijo o en movimiento, luminoso o no, posiblemente a los ojos del hipnotizador. Este fue el método popularizado más tarde por Braid, y también el utilizado por la Escuela de la Salpêtrière. El abbé Faria combinaba esta técnica con la verbal; sentaba a su sujeto en una silla cómoda y le daba la orden imperativa: «¡Duerme!». Otros hipnotizadores impartían la orden en una voz más suave y baja. La técnica de Faria fue adoptada más tarde por Liébeault y la Escuela de Nancy. Para terminar con el estado hipnótico, los primeros mesmeristas utilizaban métodos tales como el de soplar a los ojos de los sujetos.

Los magnetizadores pronto se dieron cuenta de que había otros requisitos no menos importantes, de naturaleza más general. Comprendieron bien lo que en la actualidad denominamos la situación hipnótica y la imposibilidad de hipnotizar a alguien contra su voluntad. El sujeto debe estar cómodo, tranquilo y relajado. El elemento de autosugestión en la hipnosis era también conocido y fue plenamente utilizado por Braid y luego por la Escuela de Nancy. El papel de la sugestión mutua era igualmente conocido por los primeros magnetizadores, los cuales, siguiendo el ejemplo de Mesmer, trataban a los pacientes en grupo. En primer lugar se hipnotizaba a uno o dos sujetos, que ya estaban familiarizados con el procedimiento, en presencia de los demás. Se sabía que una persona puede hacerse más receptiva por el mero hecho de ver hipnotizar a otro. El método colectivo se aplicó ampliamente desde Mesmer hasta Bernheim y Charcot, y luego lo emplearon los hipnotizadores populares de teatro.

Los primeros magnetizadores no captaron, sin embargo, hasta qué punto el estado hipnótico es moldeado por el hipnotizador y tiene que ser aprendido por el sujeto. Janet ha explicado por completo este último punto [12]. Si vuestro sujeto no ha oído hablar nunca de hipnotismo, decía Janet, es poco probable que podáis inducir en él el estado hipnótico usual; si ha padecido alguna vez sonambulismo espontáneo o crisis convulsivas, probablemente caerá en su situación anterior de sonambulismo o crisis convulsivas, o quizás en un estado vago de nerviosismo, a menos que el hipnotizador le explique lo que espera de él y le prepare por tanto para interpretar su papel. Esta es también la razón de que el estado hipnótico difiera según el hipnotizador particular, la escuela a la que pertenece, y los períodos sucesivos en la historia de la primera psiquiatría dinámica. Así es como los primeros mesmeristas habían modelado inconscientemente un tipo específico de estado hipnótico, que creían era el normal del

12 Pierre Janet, *Les Médications psychologiques*, I, París, Alcan, 1919, págs. 281-283.

sueño magnético. Según lo desarrollaron, comprendía numerosas manifestaciones, unas bastante corrientes y no muy separadas de los estados psicológicos normales, y otras raras y extraordinarias.

Una de las características del sueño magnético que antes llamó la atención de los primeros mesmeristas era la gran agudeza de percepción desplegada por los sujetos. Los individuos hipnotizados eran capaces de percibir estímulos que normalmente están por debajo del umbral de percepción. Puységur se sorprendió al oír a Víctor cantar en voz alta melodías que él tarareaba para sí mismo. Aparentemente, Víctor reconocía los sonidos por los movimientos involuntarios de los labios del marqués, ya que la mayoría de la gente mueve los labios en tales casos. Esta hipersensibilidad se extiende a todos los campos de la percepción y puede explicar numerosos ejemplos de pretendida clarividencia bajo hipnosis. No menos destacable es la gran capacidad de la memoria; la persona hipnotizada puede recordar incidentes antiguos y aparentemente olvidados de su infancia, y describir acontecimientos durante el sonambulismo artificial o espontáneo o durante la intoxicación. Esta hipermnesia se extiende a cosas de las que aparentemente no tenía conocimiento.

Pronto se descubrió que el hipnotismo abre un acceso directo a ciertos procesos psicológicos. El sujeto no solamente es capaz de desplegar una fuerza física mayor de la que él mismo se cree capaz en su estado normal de vigilia, sino también —de forma espontánea o bajo el mandato del hipnotizador— de quedarse sordo, ciego, alucinado, paralizado, espástico, cataléptico o anestésico. Esta anestesia puede ser tan perfecta que se llegaron a realizar operaciones quirúrgicas sin dolor bajo hipnosis. Se cree que fue Récamier el primero en intervenir en estas condiciones, en 1821. Es sorprendente que se prestara tan poca atención a hallazgos que podían haber evitado muchos sufrimientos. Cuando Esdaile comenzó a aplicar anestesia hipnótica sistemática en las operaciones quirúrgicas, tropezó con una gran escepticismo y hostilidad. Por otra parte, la aplicación del sueño mesmérico para la curación de alteraciones físicas era corriente entre los mesmeristas, y nunca se olvidó por completo. Sobre todo debido a la influencia de Liébeault, al final de la década de 1880 se sabía que numerosas situaciones se podían curar o aliviar mediante la sugestión hipnótica (neuralgias, reumatismo, gota y dismenorrea). Ya en la primera mitad del siglo XIX, Charpignon y Du Potet[13] llevaron a cabo experimentos sobre las modificaciones fisiológicas producidas bajo hipnosis.

Desde el principio, los mesmeristas se quedaron sorprendidos de la capacidad de sus sujetos para representar emociones y encarnar papeles con extraña perfección, con la máxima sinceridad aparente y, les parecía

[13] J. Charpignon, *Physiologie, médecine et métaphysique du magnétisme*, París, Baillière, 1848, págs. 364-365.

a ellos, con más talento que los actores experimentados. Recordamos cómo Víctor impresionó a Puységur demostrando más vivacidad e inteligencia bajo hipnosis que en su estado normal de vigilia. Esta capacidad llegó tan lejos que Du Potet habló en 1849 de una metamorfosis de la personalidad, y este fenómeno fue el punto de partida del problema todavía en discusión de la regresión de la edad [14].

Los primeros magnetizadores prestaron tanta atención a las manifestaciones objetivas de la hipnosis que no profundizaron demasiado en la experiencia subjetiva de ser hipnotizado. Suponían que era un sueño, aunque de tipo peculiar, ya que muchas veces se podía decir que el sujeto estaba más despierto que en su estado de vigilia. No se esforzaron mucho en reconciliar esta aparente contradicción, la coexistencia de sueño y vigilia. Hasta casi el fin de siglo, y bajo la influencia de la Escuela Nancy, no se realizaron estudios sistemáticos. Hasta entonces, el mejor relato de una persona hipnotizada es quizá el que nos proporcionó Eugen Bleuler, hipnotizado por su colega, el Dr. von Speyr de Berna:

> Von Speyr utilizó la técnica de Liébeault de fijación combinada con sugestión verbal. Bleuler se esforzó en cooperar mientras se mantenía tan despierto como podía. Pronto se dio cuenta de que perdía zonas de su campo visual. Después, estos puntos vacíos se extendieron y quedó velado el resto del campo visual. Por último, sólo pudo percibir el contraste entre la luz y la sombra. Notaba como si tuviera los ojos húmedos y sentía una sensación ligera de quemazón, pero se encontraba relajado. Un calor confortable invadía su cuerpo desde la cabeza hasta los pies; no sentía deseos de moverse ni de hacer nada, y le parecía que sus pensamientos eran completamente claros. Oyó que el hipnotizador le decía que moviera los brazos; trató de resistir a la orden, pero fracasó en parte. A continuación, el hipnotizador le dijo que el dorso de su mano era insensible; Bleuler pensó que no podía ser verdad y que Von Speyr bromeaba cuando le decía que le estaba pinchando (lo cual era cierto). A la orden del hipnotizador, despertó como si surgiera de un sueño. No halló amnesia y recordó la sugestión poshipnótica de que se despertaría a las seis y cuarto exactamente de la mañana siguiente. Trató sin éxito de permanecer despierto durante esa noche. A las seis y cuarto se despertó repentinamente: alguien acababa de llamar a la puerta. Bleuler llegó a la conclusión de que el proceso hipnótico había influido sobre su inconsciente más de lo que su consciente le permitía creer. Dos o tres sesiones posteriores con Von Speyr y Forel produjeron los mismos resultados que la primera [15].

Sería interesante comparar las experiencias subjetivas de diversos tipos de individuos y de personas hipnotizadas por hipnotizadores pertenecientes a distintas escuelas. Un estudio reciente de Stokvis apunta de forma

---

[14] Barón Du Potet, citado por Pierre Janet en *Les Médications psychologiques*, I, París, Alcan, 1919, pág. 141.

[15] Eugen Bleuler, «Zur Psychologie der Hypnose», *Münchener medizinische Wochenschrift*, XXXVI (1889), 76-77.

inequívoca al papel que desempeña el elemento inconsciente que se manifiesta en la hipnosis [16].

Entre las numerosas manifestaciones del sueño mesmérico, una que impresionó de forma particular a Puységur y sus seguidores fue la inesperada lucidez desplegada por el sujeto. Esta extraordinaria agudeza de percepción llevó a los primeros hipnotizadores a ahondar más y más en el campo de lo maravilloso. Como vimos en el capítulo anterior, hallaron que el paciente podía no sólo diagnosticar sus propias enfermedades, predecir su curso y prescribir el remedio, sino también hacer lo mismo para personas con las que había sido puesto en relación. Más aún, se afirmaba que algunos de los sujetos hipnotizados, los denominados *sonámbulos extralúcidos*, podían leer con los ojos cubiertos, adivinar los pensamientos de otros, encontrar objetos perdidos, e incluso predecir el futuro. En la actualidad sabemos que todos ellos eran resultados de la sugestión mutua que se desarrollaba entre el magnetizador y el magnetizado. Pero, al contrario de lo que suponían los primeros magnetizadores, se hizo evidente que una persona hipnotizada es perfectamente capaz de mentir, no sólo mediante sugestión, sino por su propia volición.

Uno de los temas más sujetos a controversia dentro del hipnotismo fue el de la regresión de edad, reconocido precozmente por algunos hipnotizadores y sujeto a estudio entre 1880 y 1890. Se dice al sujeto hipnotizado que está retrocediendo en el tiempo, por ejemplo hasta su adolescencia o infancia, hasta un momento dado de su pasado. Su conducta, movimientos y voz cambian de forma concordante. Parece haber olvidado todo lo que le ocurrió desde el momento que está representando, y da un relato detallado de acontecimientos de ese período de su vida. ¿Se trata de una «regresión verdadera», es decir, de una reviviscencia de lo que el sujeto experimentó realmente a tal edad, o únicamente de una excelente imitación de lo que cree que experimentó? Fue un problema muy discutido. El coronel De Rochas, hipnotizador famoso en su tiempo, llevó estos experimentos a sus límites extremos, incluso *ad absurdum* [17]. De este modo obtuvo de sus sujetos una regresión de edad que llegaba hasta la representación de la primera infancia, el nacimiento o el período fetal. Sobrevenía un oscurecimiento, seguido de la descripción de la vida anterior de la persona, que retrocedía desde la edad adulta hasta la infancia, el nacimiento y el período fetal, y luego, tras un nuevo oscurecimiento, la representación de la segunda vida anterior. De este modo, los sujetos de De Rochas reencarnaban varias vidas anteriores, alternando siempre la de un hombre con la de una mujer. Las descripciones de estas vidas previas

[16] Berthold Stokvis, «Selbsterleben im hypnotischen Experiment», *Zeitschrift für Psychotherapie*, VI (1956), 97-107.

[17] Albert de Rochas, *Les Vies successives. Documents pour l'étude de cette question*, París, Chacornac, 1911.

eran muchas veces plausibles, aunque con algunos anacronismos. Algunos creyeron que el coronel De Rochas había hallado una confirmación experimental de la doctrina de la reencarnación. Pero las dudas surgieron cuando indujo a personas jóvenes a representar los diversos estadios posteriores de su vida. El escepticismo aumentó cuando pretendió haber suscitado una exteriorización de la sensibilidad: extraía la sensibilidad del sujeto hipnotizado y la transfería a cualquier objeto externo. Así, cuando pinchaba al sujeto, éste no sentía nada; pero cuando pinchaba dicho objeto material, aquél sentía como si le estuvieran pinchando a él. Durante todo el siglo XIX, la literatura sobre magnetismo e hipnotismo estuvo plagada de historias fantásticas semejantes y ésta fue sin duda una de las razones principales de la oposición de los círculos científicos a la primera psiquiatría dinámica.

Otra razón de la oposición al hipnotismo era la certeza de ciertos inconvenientes y peligros asociados con su práctica. Ante todo, se expresó grave temor ante el hecho de que, bajo hipnosis, el sujeto parecía estar bajo el hechizo del hipnotizador, obedeciendo incluso sus peticiones desagradables o ridículas. Ya en 1785 se polemizó en París sobre si la mujer cedería a una orden inmoral dada por el magnetizador. Tardif de Montrevel afirmó que si un magnetizador falto de escrúpulos trataba de seducir a una mujer, ésta despertaría [18]. Sin embargo, personalidades como Deleuze, Gauthier, Charpignon y otros subrayaron la necesidad de mostrar grandes precauciones al respecto. Teste notó que el sujeto era capaz de detectar los deseos secretos del magnetizador y se protegía contra los peligros, no sólo de una seducción sexual cruda, sino de caer en una relación amorosa sincera y verdadera [19]. El Padre Debreyne, sacerdote y educador con conocimientos médicos, destacó que el magnetizador era generalmente un hombre sano y fuerte, y el sujeto una hermosa joven (en raras ocasiones vieja o fea), y que tenía buenas razones para creer que la seducción era frecuente [20]. Otro peligro era que el paciente confiara algún secreto importante al magnetizador. Como veremos después, el problema de los delitos y actos inmorales cometidos bajo hipnosis se convirtió en tema de apasionadas discusiones en las décadas de 1880 y 1890.

Los hipnotizadores inexpertos o imprudentes tropezaban en ocasiones con grandes dificultades para sacar a sus pacientes del sueño hipnótico. En un relato autobiográfico, Du Potet refiere cómo, en su juventud, magnetizó a dos muchachas jóvenes y se desesperó cuando las vio caer en

---

18 Tardif de Montrevel, *Essai sur la théorie du somnambulisme magnétique*, Londres, noviembre 1785.

19 Alphonse Teste, *Manuel pratique du magnétisme animal*, 3.ª ed., París, Baillière, 1846, págs. 486-493.

20 P. J. C. Debreyne, *Pensées d'un croyant catholique*, París, Poussielgue-Rusand, 1844, págs. 340-457.

un estado cataléptico y durante horas hizo esfuerzos desesperados para sacarlas de él, hasta que finalmente despertaron [21]. No menos importantes eran las alteraciones experimentadas por el sujeto tras las sesiones hipnóticas demasiado largas o extenuantes, en especial tras los experimentos que incluían clarividencia y *extra-lucidité*. Otra manifestación patológica era el vigilambulismo, estado peculiar de semisonambulismo permanente en persona que, hipnotizadas repetidas veces, no habían sido sometidas a las maniobras normales que harían concluir su sueño magnético. Parecían estar completamente despiertas, pero eran capaces de recibir sugestiones de cualquiera que les hablara.

Tan pronto como se conoció el fenómeno de la sugestión poshipnótica, se pusieron de manifiesto sus peligros potenciales y empezaron a oírse historias de individuos a los que hipnotizadores faltos de escrúpulos habían ordenado realizar actos absurdos una vez despiertos. Volveremos a este punto al tratar de las implicaciones forenses de la primera psiquiatría dinámica. Bernheim subrayó que bajo hipnotismo se pueden sugerir falsas memorias. Una vez despierto, el paciente creerá que vio o hizo algo según la sugestión del hipnotizador [22].

Ya Deleuze y los primeros mesmeristas describieron los peligros derivados de las sesiones hipnóticas demasiado frecuentes o prolongadas. Los sujetos se convertían gradualmente en adictos a la hipnosis; no sólo necesitaban un aumento de la frecuencia de la hipnotización, sino que se hacían dependientes de su magnetizador particular, dependencia ésta que en muchas ocasiones tomaba un sesgo sexual. Este hecho conocido fue redescubierto por Charcot, que contó el caso de una mujer que había sido hipnotizada cinco veces en un intervalo de tres semanas, y que no podía pensar en otra cosa que no fuera su hipnotizador, hasta que se fugó de su hogar para vivir con él [23]. Su marido la recogió, pero ella comenzó a manifestar graves alteraciones histéricas que hicieron necesario su ingreso en un hospital. Se acusó asimismo al tratamiento hipnótico prolongado de precipitar la aparición de psicosis en los sujetos predispuestos.

Por último, la totalidad de las epidemias psíquicas fueron provocadas por hipnotizadores de teatro y charlatanes, en especial entre joven y niños en edad escolar que jugaban a hipnotizarse unos a otros [24].

---

[21] Barón Du Potet, *La Magie dévoilée, ou principes de science occulte*, 3.ª ed., París, Vigot, 1893, págs. 1-58.

[22] H. Bernheim, «Les Hallucinations rétroactives suggérées dans le sommeil naturel ou artificiel», *Premier Congrès International de l'Hypnotisme Expérimental et thérapeutique (Paris, août 8-12, 1889)*, París, Doin, 1890, págs. 291-294.

[23] J. M. Charcot, *Leçons du mardi à la Salpêtrière. Policlinique, 1888-1889*, París, Progrès Médical, 1889, págs. 247-256.

[24] En la literatura moderna, ver particularmente J. H. Schultz, *Gesundheitsschädigungen nach Hypnose, Ergebnisse einer Sammelforschung*, Halle, C. Marhold, 1922.

Comprobado que el hipnotismo fue el fenómeno central en la primera psiquiatría dinámica, no debe sorprendernos que acerca de su naturaleza se formulara un gran número de teorías y especulaciones. Una opinión extrema era la mantenida por los escépticos, que se limitaban a negar su existencia o veían en él, como mucho, un tipo de autosugestión. El punto de vista opuesto, mantenido por los místicos, afirmaba que la hipnosis era un nexo de unión entre los mundos natural y sobrenatural, el medio a través del cual el alma humana individual podía tener acceso al Alma Universal. Entre estos dos extremos había todo tipo de opiniones intermedias. Mesmer y los fluidistas concebían la hipnosis como un fluido físico que circulaba por el cuerpo del magnetizador o entre éste y el sujeto. Posteriormente, tales especulaciones fueron reemplazadas por teorías en las que se hablaba de energía nerviosa o del reparto de zonas de excitación e inhibición dentro del cerebro. Es de destacar que ya desde un principio se adujeron diversas teorías sexuales. En un apéndice secreto al Informe de los comisionados al rey Luis XVI se afirmaba que las «crisis» sufridas por las mujeres magnetizadas eran en muchas ocasiones de una naturaleza claramente sexual[25]. Meynert basó su oposición al hipnotismo en el hecho de que la actitud global de la mujer hacia el hipnotizador estaba impregnada de fuertes matices sexuales, y que las emociones sexuales desempeñaban también un papel en los hombres hipnotizados[26]. En cuanto a las teorías psicológicas enunciadas primeramente por Puységur y desarrolladas por Bertrand, consiguieron la aceptación en las postrimerías del siglo. Volveremos a tocar este tema.

No se puede criticar a los primeros mesmeristas porque no organizaran una investigación científica del hipnotismo. La psicología experimental era inexistente entonces y, como ha destacado Janet, Bertrand merece todos los elogios por su estudio verdaderamente objetivo y sistemático del tema. Al mismo tiempo, realizaban investigaciones Deleuze y Noizet, y posteriormente Despine, Charpignon, Du Potet, Durand (de Gros), etc. Janet subraya que las manifestaciones esenciales del hipnotismo eran conocidas desde el comienzo, y que durante el siglo XIX no se añadió nada importante.

El gran defecto del estudio del hipnotismo fue el de que, desde el comienzo, los hipnotizadores no llegaron a comprender todas las implicaciones de la relación que establecían con el paciente. Eran conscientes de que, mediante la repetición de las sesiones hipnóticas, hacían surgir una vida nueva y escondida en la mente del sujeto; pero no supieron reconocer hasta qué punto esa vida secreta ejercía una atracción específica

---

25 Reimpreso en la *Histoire académique du magnétisme animal* de Claude Burdin y Frédéric Dubois, París, Baillière, 1841.

26 Theodor Meynert, *Klinische Vorlesungen über Psychiatrie auf wissenschaftlichen Grundlagen*, Viena, W. Braumüller, 1889-1890, pág. 197.

sobre el propio hipnotizador. Involuntariamente, el hipnotizador sugería al paciente más de lo que creía, y este último le devolvía mucho de lo que esperaba secretamente. De este modo se puede desarrollar un proceso de sugestión mutua; la historia de la psiquiatría dinámica abunda en mitos y fábulas fantásticas que se desarrollaron gracias a la colaboración inconsciente de hipnotizador e hipnotizado. Así podemos entender por qué todo el siglo XIX se sintió a la vez atraído y repelido por el fenómeno del hipnotismo. A primera vista, parecía abrir un acceso a un campo nuevo y misterioso del alma —aumento de la sensibilidad, aguzamiento de la memoria, nuevo dominio de los procesos fisiológicos, revelación de habilidades insospechadas en el sujeto—, todo lo cual parecía prometer descubrimientos maravillosos. Pero, una vez comenzada la exploración, el explorador perdía muchas veces la orientación y se convertía en el juguete de una ilusoria y engañosa Fata Morgana.

Otros accesos a la mente desconocida

Durante todo el siglo XIX, la hipnosis continuó siendo la vía básica de acceso al inconsciente. Sin embargo, en la segunda mitad del siglo se vio completada por otras técnicas, algunas de las cuales eran variaciones suyas, mientras que otras tenían naturaleza distinta. Las había incluso que eran una combinación de la hipnosis clásica con las nuevas técnicas.

Desde el comienzo, los mesmeristas habían considerado el sonambulismo artificial como un tipo de sueño (de ahí la palabra «hipnosis» acuñada por Braid a partir del griego *hypnos*, sueño). Dependiendo de su profundidad, distinguían niveles diferentes de ese sueño. Cuanto más profundo fuera, más llamativos serían los resultados obtenidos del individuo hipnotizado. Así, al principio pareció poco probable la afirmación de algunos hipnotizadores que, como Du Potet, sostenían que podían conseguir que los pacientes obedecieran órdenes, quedaran paralizados o tuvieran alucinaciones, sin caer en el sueño, es decir, que permanecieran conscientes de los acontecimientos y recordaran posteriormente toda la sesión. Esta técnica fue utilizada en gran escala por el hipnotizador teatral Donato, quien la denominó «fascinación». En una forma más leve, era empleada comúnmente por Bernheim y la Escuela de Nancy bajo el nombre de *suggestion à l'état de veille.*

Mucho más importante fue una nueva técnica que apareció como resultado de la ola espiritista de mediados del siglo. A principios de la década de 1850, ciertos médiums comenzaron no sólo a escribir bajo el dictado del espíritu, sino que prestaban, por así decirlo, su pluma a los espíritus. En París, el barón de Guldenstubbe pretendía haber obtenido de esta forma mensajes autógrafos de Platón y Cicerón. La mayoría de

los médiums, sin embargo, parecían contentarse con tomar al dictado del espíritu, al que recibían estando en trance, y quedaban muy sorprendidos cuando despertaban y se les mostraba lo que habían escrito. Durante la segunda mitad del siglo se publicó abundante literatura de este estilo. Algunos psicólogos, como Frederick Myers [27] y William James [28], comprendieron que la escritura automática proporcionaba una vía de acceso al inconsciente y la aplicaron, dando al método el carácter de procedimiento científico. Como veremos después, Janet aplicó de forma sistemática la escritura automática para la investigación del inconsciente de sus pacientes.

Otra técnica de acceso al inconsciente fue elaborada sobre una antigua práctica utilizada por los adivinos, que consistía en mirar espejos, bolas de cristal, agua (lecanomancia), etc. En los primeros años de la década de 1850, el magnetizador Du Potet dibujaba un círculo con tiza blanca sobre el suelo negro y hacía que sus pacientes clavaran la mirada en él hasta que manifestaban una gran variedad de visiones y alucinaciones [29]. En la década de 1880, Myers y otros miembros de la Sociedad de Investigación Psíquica llegaron a la conclusión de que estos métodos, al igual que la escritura automática, eran medios para detectar el material subconsciente de la mente de los pacientes.

El advenimiento del espiritismo había hecho surgir un nuevo tipo de individuo: el médium. Existen muchos puntos en común entre el sueño hipnótico y el trance auto-inducido del médium, aunque el material producido por este último es más espontáneo y probablemente más original. La psiquiatría dinámica dio un gran paso hacia adelante cuando Flournoy, a finales del siglo XIX, seguido poco después por C. G. Jung, llevó a cabo una investigación sistemática de los médiums [30].

Finalmente, estos métodos fueron combinados unos con otros y, en un período posterior, se realizaron experimentos con individuos hipnotizados a los que se hacía escribir de forma automática y mirar a espejos. Hubo sujetos que fueron incluso hipnotizados más a fondo en una especie de hipnosis de segundo grado, y a finales de siglo se realizaban por todas partes esfuerzos intensivos en esa dirección. Pero, como veremos después, las respuestas se bosquejan con las nuevas escuelas de psiquiatría dinámica.

---

27 Frederick Myers, «Automatic Writing», *Proceedings of the Society for Psychical Research*, III (1885), 1-63; IV (1886-1887), 209-261.

28 William James, «Automatic Writing», *Proceedings of the American Society for Psychical Research*, I (1885-1889), 548-564.

29 Barón Du Potet, *La Magie dévoilée, ou principes de science occulte*, París, Pommaret et Moreau, 1852.

30 Théodore Flournoy, *Des Indes à la planète Mars*, Ginebra, Atar, 1900. *Esprits et médiums*, Ginebra, Kündig, 1909.

Cuadros clínicos típicos: enfermedades magnéticas

Son numerosos los sistemas psiquiátricos que han surgido del estudio de una enfermedad particular. La psiquiatría organicista elegía muchas veces la paresia o la afasia general como paradigma de enfermedad mental a la que referirse en el estudio de otras alteraciones mentales. La primera psiquiatría dinámica se desarrolló alrededor de un estado particular: el sonambulismo espontáneo, y su pareja inducida artificialmente, la hipnosis. Pero no pasó mucho tiempo sin que se descubrieran y clasificaran otros estados, que mostraban grandes afinidades con el sonambulismo, dentro de un grupo denominado enfermedades magnéticas.

No insistiremos sobre el sonambulismo, que había sido durante mucho tiempo el foco de interés, por ser el ejemplo más puro de los maravillosos trabajos de la imaginación. El interés por él había trascendido del campo de la medicina, llegando a la filosofía y la literatura. Basta citar la inolvidable descripción que hace Shakespeare de lady Macbeth, reviviendo fragmentos de la escena de su crimen en la noche, en el que se vende a sí misma en un acto de autotraición. Kleist, en su *Kätchen von Heilbronn* (1808), da también descripciones literarias de sonambulismo. Desde el punto de vista psiquiátrico, durante el siglo XIX se especuló mucho acerca del problema de la relación, dentro del individuo, entre el estado de sonambulismo y el normal, así como de su responsabilidad.

Otro estado clínico, que a primera vista parece muy distinto del sonambulismo, es el «letargo», sueño muy profundo y prolongado, desprovisto por otra parte de ninguna alteración física particular, aunque en ocasiones toma la forma de muerte aparente (de aquí el temor extendido de ser enterrado vivo). Desde la medicina de la antigua Grecia se había especulado mucho acerca de su naturaleza y causas. Considerado a veces como enfermedad específica por derecho propio, en otras ocasiones como una subforma de histeria, se advirtió que el letargo aparecía ocasionalmente en sonámbulos, y que las maniobras hipnóticas podían en ocasiones inducirlo en lugar del sonambulismo artificial.

Un estado aún más misterioso y discutido era el de catalepsia. Ya en el siglo XVIII fueron descritos casos famosos por Boissier de Sauvages, Lorry y muchos otros. En 1785 Pétetin, médico de Lyon, publicó un notable estudio sobre una mujer de 18 años que había estado, durante dos meses, muy angustiada por la grave enfermedad de su hijo[31]. Tan pronto

[31] Pétetin, *Mémoire sur la découverte des phénomènes que présentent la catalepsie et le somnambulisme, symptômes de l'affection hystérique essentielle*, Lvon, 1785; *Mémoire sur la découverte des phénomènes de l'affection hystérique essentielle et sur la méthode curative de cette maladie*, 2.ª parte, 1785.

como el niño se recuperó, se vio atacada de dolores violentos en el epigastrio. Después padeció una crisis nerviosa, en cuyo curso cantó con una voz maravillosa, y al fin cayó en estado de catalepsia, con pérdida aparentemente completa de motilidad y sensibilidad. Podía, sin embargo, contestar de alguna forma a las preguntas que se le hacían. Pétetin llevó a cabo una serie de experimentos y halló insensibilidad de todo el cuerpo a excepción del epigastrio, al que parecían haberse trasladado todos los sentidos. Solamente podía oír, ver y oler a través de él. Percibía además sus órganos internos y predecía los síntomas que aparecerían el día siguiente. Pétetin relacionó esta situación cataléptica con el sonambulismo por una parte y con la histeria por otra, y proporcionó una explicación basada en la distribución de los fluidos eléctricos en el cuerpo. Después de este autor, aparecieron estudios más críticos de Bourdin [32] y Puel [33], los cuales describieron como síntomas básicos el cese total de la motilidad voluntaria, la pasividad frente a los movimientos impuestos, la *flexibilitas cerea* y el mantenimiento de las posiciones musculares impuestas al sujeto, lo que en estado normal sería difícil o imposible de realizar durante un período prolongado de tiempo. La relación entre catalepsia e histeria todavía permanecía sujeta a controversia. Briquet observó que la catalepsia era tan frecuente en los hombres como en las mujeres, mientras que la histeria era veinte veces más frecuente en éstas [34]. Sin embargo, añadió que la catalepsia ocurría más a menudo en los pacientes histéricos que en los no histéricos, y supuso por tanto que debería haber una afinidad entre ambos estados. Por otra parte, los hipnotizadores observaron que, con frecuencia, los sujetos a los que estaban hipnotizando entraban en catalepsia en lugar de en sonambulismo.

Estos tres estados magnéticos, sonambulismo, letargo y catalepsia, tenían en común el hecho de mostrar oscuras afinidades con la histeria, de concurrir en ocasiones en el mismo paciente, y de poder ser inducidos mediante maniobras hipnóticas. Posteriormente, a este grupo de enfermedades magnéticas se añadieron otras dos, a las que Prichard [35] denominó «éxtasis maníaco» y «visiones de éxtasis».

El *éxtasis maníaco* (o locura de éxtasis) fue descrito por el propio Prichard como un estado hipnótico con incoherencia mental. Mientras que el sonámbulo parece tener una visión coherente de sus acciones, aquí el paciente confunde o relaciona de forma imperfecta sus pensamientos; da la impresión de un maníaco o un demente. Numerosos hipnotizadores observaron estos estados transitorios, especialmente en forma de confu-

32 Claude-Etienne Bourdin, *Traité de la catalepsie*, París, Rouvier, 1841.

33 J. T. Puel, *De la catalepsie*, París, Baillière, 1856.

34 P. Briquet, *Traité clinique de thérapeutique de l'hystérie*, París, Baillière, 1859.

35 James Cowles Prichard, *A Treatise on Insanity and Other Disorders, Affecting the Mind*, Londres, Sherwood, Gilbert and Piper, 1835, págs. 454-458.

sión alucinatoria, en pacientes a los que estaban hipnotizando o durante una de las fases del ataque histérico.

Lo que Prichard denominó «visión de éxtasis» es una especie de sueño vigil intensivo en una persona que, para cualquier observador externo, vive una vida normal, de modo que entre ésta y los sueños vigiles pueden aparecer las interferencias más extrañas. Una vez transcurrido el episodio, el individuo conserva un recuerdo vívido del mismo, así como la impresión de haber vivido algo fantástico. En palabras de Prichard, «hay ocasiones en que las impresiones recordadas después de un paroxismo de éxtasis están tan conectadas con los acontecimientos u objetos externos y tan unidas con la realidad que constituyen una combinación de lo más singular y desconcertante, y ésta es quizás la verdadera razón de muchos cuentos extraños y misteriosos».

Prichard nos habla de un clérigo que no había tenido problemas de salud durante bastante tiempo cuando, estando un día en una esquina, vio una procesión fúnebre que se dirigía hacia él. Esperó y la dejó pasar, y entonces observó su propio nombre sobre el ataúd y vio que la procesión entraba en su casa. Éste fue el comienzo de una enfermedad que le llevó a la muerte en unos cuantos días.

En otro caso, un caballero de unos 35 años que paseaba en Londres por los alrededores de la iglesia de San Pablo, se encontró con un extranjero que primero le invitó a cenar en las cercanías y luego le sugirió visitar la cúpula de la iglesia. Allí, el extranjero sacó de su bolsillo algo parecido a una esfera y que después demostró ser un espejo mágico, y le ofreció al caballero que le haría ver en él cualquier cosa que deseara, sin importar la distancia a que estuviera; pensando en su padre enfermo, el caballero le vio claramente en el espejo, reclinado en su sillón. Dominado por el terror, pidió a su compañero que descendieran inmediatamente. Pero al despedirse, el extranjero le dijo: «Recuerde, ahora es el esclavo del hombre del espejo». Durante los meses siguientes, el caballero permaneció obsesionado con el recuerdo de esa experiencia. Prichard cree que habían subido realmente a lo alto de la iglesia en un estado de abstracción, y que después era incapaz de distinguir lo real de lo imaginario en dichos acontecimientos.

Descripciones literarias de visiones de éxtasis se pueden encontrar en varias obras de Gérard de Nerval[36], en la *Gradiva* de Wilhelm Jensen[37], y más recientemente en *Les vases communicants* de André Breton[38], historia autobiográfica acompañada de un análisis psicológico del fenómeno.

---

[36] Gérard de Nerval, *Octavie*, 1842, en *Oeuvres*, ed. Pléiade, París, Gallimard, 1952, págs. 305-312.

[37] Wilhelm Jensen, *Gradiva. Ein pompejanisches Phantasiestück*, Dresde y Leipzig, C. Reissner, 1903.

[38] André Breton, *Les vases communicants*, París, Edition des Cahiers Libres, 1932.

Cuadros clínicos típicos: automatismo ambulatorio

Durante mucho tiempo, la atención estuvo centrada en las acciones coordinadas que una persona realizaba en sueño sonámbulo. Se aclaró que acciones semejantes podían realizarlas durante el día algunos individuos que parecían estar despiertos. Sin embargo, al igual que en el sonambulismo, dichas acciones estaban separadas de la continuidad de la conciencia. El individuo volvía de repente a su conciencia usual y parecía completamente ignorante de lo que había hecho.

Como ejemplo, podemos citar, el caso, famoso en su tiempo, de un joven pastor alemán, Sörgel, que era epiléptico. Un día que se hallaba en el bosque recogiendo leña se encontró con un hombre, le mató, le cortó los pies y bebió su sangre. Después regresó al pueblo, relató tranquilamente lo que había hecho, y poco después volvió a su estado normal de consciencia, en el que parecía no recordar absolutamente nada. El tribunal, mostrando mucha más comprensión psicológica que algunos de los jurados actuales, le absolvió basándose en que no se le podía hacer responsable de lo que había ocurrido [39].

Casos semejantes fueron muy discutidos durante el siglo XIX e interpretados en ocasiones como muestras de personalidad múltiple transitoria.

En 1880 Charcot se interesó por tales casos, a los que dedicó varias de sus más brillantes lecciones [40]. Clasificó las fugas (estados de extravío seguidos por amnesia) según la etiología, describiendo formas traumáticas, epilépticas e histéricas de automatismo ambulatorio.

Al primer grupo pertenece el caso de una comadrona de París de cincuenta y cuatro años, que había sido llamada para atender a una paciente una noche de 1885. Se cayó por la escalera, se dio un fuerte golpe en la cabeza y perdió la conciencia durante unos quince minutos, tras lo cual fue a ver a la paciente, ayudó a nacer al niño y a continuación se quedó dormida. Al llamarla la mujer tres horas después, se vio atacada por violentos temblores, regresó a su estado anterior y se mostró incapaz de comprender cómo había nacido el niño. Había perdido por completo la memoria de todo lo que había seguido a su accidente.

Como ejemplo de automatismo ambulatorio de origen epiléptico, Charcot reseña el caso de un portero epiléptico de París el cual, después de cobrar las rentas de tres meses de todos los huéspedes de la casa, desapareció, calzado con zapatillas, y fue a pasar una semana en la Costa Azul. Posteriormente recuperó la conciencia, y quedó tan consternado que se entregó él mismo a la policía, solicitando ser arrestado. Un experto en psiquiatría, el Dr. Motet, tuvo grandes dificultades para convencer a los jueces de que el hombre no era responsable de su acto.

Otro paciente epiléptico tratado por Charcot había estado empleado como hombre de confianza en un almacén de muebles de París durante diecinueve años. Un día

[39] Anselm Feuerbach, *Aktenmässige Darstellung merkwürdiger Verbrechen*, 2 vols., Giessen, Heyer, 1828.

[40] J. M. Charcot, *Leçons du mardi à la Salpêtrière*, París, Progrès Médical, 1889, págs. 317-322.

de 1889, después de cobrar 900 francos a los clientes, desapareció. Siete días más tarde recuperó de repente su antigua conciencia durante un concierto dado por una banda militar, encontrándose en Brest con sólo 700 francos en el bolsillo. Se entregó a un policía militar que lo hizo ingresar en prisión. El mismo paciente había tenido otras varias fugas. Durante una de ellas, recuperó la conciencia cuando se encontraba nadando en el Sena: en su estado de fuga, había viajado en el metropolitano hasta más allá de donde le permitía su billete; mientras el tren cruzaba un puente, saltó por una ventana y cayó al río, donde recuperó su estado primero.

Charcot incluye en el grupo de automatismo ambulatorio histérico los numerosos casos en los que no se pudo hallar etiología traumática o epiléptica. Algunos son destacables por su larga duración y por la conducta consecuente y coherente del paciente desde el momento en que perdió la conciencia hasta el de recuperación, quizás para encontrarse en ambientes desconocidos o en un país remoto. Uno mejor conocido de este grupo fue el de uno de los pacientes de Forel, según el relato publicado por su discípulo Naef.

En agosto de 1895, un hombre de treinta y dos años sentado en un café de Zurich se sobresaltó al leer una noticia en un periódico. El texto decía que un cierto Mr. N. que, algunos meses antes había abandonado Suiza con destino a Australia, había desaparecido y se temía que hubiera muerto asesinado o víctima de una infección epidémica. Agitado por esta noticia, el hombre se precipitó a su pensión, buscó ansiosamente en los bolsillos de sus ropas, y encontró un pasaporte a nombre de Mr. N. Le asaltó la idea de que él era Mr. N., aunque no estaba completamente seguro: había una gran laguna en su memoria. Todo lo que recordaba era que un año antes había solicitado un puesto en ultramar, y tenía imágenes extremadamente vagas de un largo viaje por mar. Durante las últimas semanas, había llevado una vida vulgar y anodina en Zurich. En esta situación, fue a ver al Dr. Forel, el cual le admitió como paciente en el Burghölzli. El interrogatorio mostró que Mr. N. había sido nombrado por el gobierno suizo para un cargo oficial en Australia, que había partido para ese país en noviembre del año anterior y que había cumplido sus funciones de forma completamente normal durante seis meses. Había abandonado su residencia en mayo para cumplir una misión oficial en una ciudad del centro de Australia, donde se había visto afectado por una enfermedad epidémica, y en este punto se perdía su pista. Sin embargo, afirmaron haberle reconocido posteriormente en un puerto de mar australiano, y se comprobó que había regresado desde Australia hasta Nápoles bajo nombre supuesto.

El paciente estaba deprimido, agotado y nervioso. Los intentos de estimular su memoria pidiéndole que se concentrara en ciertos puntos, realizando confrontaciones con su familia, y con un hombre al que había conocido en Australia, resultaron infructuosos.

Forel hipnotizó a Mr. N. y, comenzando con los recuerdos más recientes del paciente, procedió de forma lenta y progresiva hacia atrás en orden cronológico, comenzando cada sesión hipnótica con los últimos recuerdos descubiertos en la anterior. De esta forma el paciente dio una descripción detallada de su viaje desde Suiza hasta Australia, sus actividades en aquel país y su viaje a Australia central, donde se había enfrentado con serios problemas y había sido atacado por la fiebre. A partir de ahí, el tratamiento hipnótico se mostró mucho más difícil. Sin embargo, las resistencias

fueron vencidas de forma gradual, de modo que se consiguió una recuperación casi completa de la amnesia [41].

Podemos observar que la amnesia anterógrada había comenzado en mayo y cesado en el momento en que el paciente regresó a Suiza, mientras que la amnesia retrógrada se extendía hacia atrás, hasta las circunstancias que habían precedido a su partida de Australia; parecía como si todo el episodio australiano tuviera que ser separado de su memoria. Por otra parte, no hubo intención de modelar una personalidad secundaria, salvo el hecho de la utilización de un nombre supuesto para el viaje de regreso. (La historia clínica no menciona el nombre bajo el cual vivió en Zurich).

Habría que destacar también que, en la mayoría de estos pacientes, tanto epilépticos como histéricos, la aparición o desaparición del estado de fuga respondía curiosamente a las necesidades de ciertas situaciones. Los dos pacientes de Charcot entraron en tal estado inmediatamente después de haber cobrado cantidades apreciables de dinero; fueron incapaces de relatar la forma como se lo habían gastado. Una vez recuperada la conciencia, se sentían culpables y mantenían una conducta de autocastigo. El segundo paciente de Charcot volvió a la conciencia inmediatamente después de que su «segundo yo» se las ingeniara para escapar a las consecuencias que podría haber tenido el viajar más lejos de lo que le permitía el billete. El relato referente al paciente de Forel es muy discreto, pero se puede deducir, después de leer la historia completa, que el paciente tenía razones personales para abandonar Australia. En estos casos, así como en todos los de personalidades sucesivas múltiples, los autores del siglo XIX no resaltaron suficientemente las motivaciones personales conscientes o inconscientes escondidas bajo los cambios de personalidad. En realidad, la primera historia clínica en que se subrayaron debidamente estas motivaciones personales fue la publicada por Raymond y Janet en 1895 [42].

Cuadros clínicos típicos: personalidad múltiple

A finales del siglo XVIII y durante todo el XIX empezaron a conocerse casos de personalidad dividida, al principio como acontecimientos muy raros cuando no legendarios. A partir de 1840 se consideraron de forma más objetiva, y en 1880 esta cuestión se encontraba entre las más discutidas por psiquíatras y filósofos.

---

[41] M. Naef, «Ein Fall von temporärer totaler theilweise retrograder Amnesie (durch Suggestion geheilt)», *Zeitschrift für Hypnotismus*, VI (1897), 321-354.

[42] F. Raymond y Pierre Janet, «Les Délires ambulatoires ou les fugues», *Gazette des Hôpitaux*, LXVIII (1895), 754-762.

El problema de la unidad de la personalidad ya había sido estudiado por san Agustín en sus *Confesiones*[43]. Considerando el cambio que había tenido lugar en él desde su conversión, Agustín comentaba que su vieja personalidad pagana, de la cual parecía no quedar nada en estado de vigilia, debía existir todavía, ya que la revivía por la noche en sus sueños. Escribió: «Yo no soy yo mismo, oh Señor, mi Dios. ¡Existe todavía tanta diferencia entre yo y yo mismo en el momento en que paso de la vigilia al sueño o vuelvo de éste a aquélla!». Esto le llevaba a examinar el problema de la responsabilidad moral del soñador por sus sueños. Posteriormente, el mismo problema de la responsabilidad del individuo por acciones cometidas por su «personalidad secundaria» sería objeto de una investigación semejante.

El fenómeno de la posesión, tan frecuente durante muchos siglos, bien podría ser considerado como una variedad de la personalidad múltiple. Ya hemos mencionado las dos formas de posesión: la lúcida (en la cual el sujeto siente dentro de sí dos almas que luchan una contra otra) y la sonámbula (en la cual el sujeto pierde la conciencia de su propio ser mientras que un intruso misterioso parece tomar posesión de su cuerpo y actúa y habla con una individualidad de la que aquél no sabe nada cuando retorna a la conciencia). Podemos notar el paralelismo existente entre estas dos formas de posesión y las dos formas principales de personalidad múltiple. Más aún, al igual que la posesión puede ser manifiesta o latente, la personalidad múltiple se puede manifestar (es decir, aparecer y desarrollarse de forma espontánea) o bien aparecer únicamente bajo la influencia de maniobras hipnóticas o escritura automática.

Es posible que existieran casos de personalidad múltiple junto con otros de posesión, aunque permaneciendo ocultos. Los historiadores han recurrido a esta explicación para tratar de explicar ciertos enigmas históricos, como el del misterioso «Amigo de Dios del Oberland», que no debió ser otra cosa que una personalidad secundaria sonámbula del místico Rulman Merswin[44]. En realidad, únicamente tras la desaparición del fenómeno de la posesión aparecieron historias de personalidad múltiple en los escritos de los mesmeristas, y posteriormente en la literatura médica. Ya en 1791 Eberhardt Gmelin publicó un caso de *umgetauschte Persönlichkeit* (mutación de personalidad):

> En 1789, al comienzo de la Revolución francesa, llegaron a Stuttgart varios refugiados aristócratas. Impresionada al verlos, una joven alemana de veinte años «cambió» de repente su propia personalidad por los modos y maneras de una dama francesa, imitándola y hablando francés perfectamente, mientras que utilizaba el ale-

[43] San Agustín, *Confessions*, X, párrafo 41, Great Books of the Western World, vol. XVIII, Chicago, Encyclopedia Britannica, 1952, pág. 81.

[44] A. Jundt, *Rulman Merswin et l'ami de Dieu de l'Oberland. Un problème de psychologie religieuse*, París, Fischbacher, 1890.

mán como lo haría una mujer francesa. Estos estados «franceses» eran recurrentes. En su personalidad francesa, el sujeto tenía una memoria completa de todo lo que habían dicho y hecho durante sus estados franceses anteriores. Como alemana, no sabía nada de su personalidad francesa. Con un movimiento de la mano, Gmelin la hacía pasar con facilidad de una personalidad a otra [45].

Reil se interesó mucho por este caso, trabajó sobre él y lo relacionó con el fenómeno de los sueños. Citó entre otros un sueño descrito por Lichtenberg, escrito en alemán, el cual soñó que estaba contando una historia triste pero cierta a alguien cuando una tercera persona le interrumpió para recordarle un punto importante que había olvidado. «¿Por qué su fantasía», preguntó Reil, «creó una tercera persona que le sorprendió y le hizo avergonzarse, cómo pudo el ego dividirse en personas que, fuera de él mismo, producen cosas de cuya presencia en sí mismo no es consciente y le sorprenden como si procedieran del exterior?» [46]. Como comprendió Reil, este problema es básicamente el de la personalidad múltiple.

Hubo después varios casos semilegendarios, descritos con vaguedad. Erasmus Darwin describe uno en unas cuantas líneas:

> En una ocasión estuve interesado por una joven muy elegante e ingeniosa, la cual tenía un ensueño en días alternos que le duraba casi todo el día; y como en los días de enfermedad continuaba con el mismo tipo de ideas sobre las que había conversado el día alterno anterior, no pudiendo recordar nada de ello en los días buenos, a sus amigos les parecía que poseía dos mentes. Era además un caso de tipo epiléptico, y se curó, con algunas recaídas, mediante la administración de opio antes del comienzo de la crisis [47].

Uno de los casos más famosos de personalidad múltiple fue el de Mary Reynolds, supuestamente publicado por el Dr. John Kearsley Mitchell [48] hacia 1815, y publicado posteriormente en una forma más amplia con un comentario por el reverendo William S. Plumer [49].

> Mary Reynolds, la hija del reverendo William Reynolds, había nacido en Inglaterra y era una niña cuando su familia emigró a los Estados Unidos. Se establecieron cerca de Titusville, Pennsylvania; era todavía un país salvaje, habitado principalmente

[45] Eberhardt Gmelin, *Materialen für die Anthropologie*, I, Tubinga, Cotta, 1791, págs. 3-89.

[46] J. C. Reil, *Rhapsodien über die Anwendung der psychischen Curmethode auf Geisteszerrüttungen*, Halle, Curt, 1803, págs. 71-78, 93-96.

[47] Erasmus Darwin, *Zoonomia, or the Laws of Organic Life*, II, 3.ª ed., Londres, J. Johnson, 1801, pág. 131.

[48] Se supone que J. K. Mitchell publicó la historia de Mary Reynolds en el *Medical Repository* en 1815 o en los años siguientes. La Sra. Alice D. Weaver, bibliotecaria de la Academia de Medicina de Nueva York, repasó la colección, y no encontró mención alguna de artículos o cartas del Dr. Mitchell relativos al caso de Mary Reynolds.

[49] Reverendo William S. Plumer, «Mary Reynolds: A Case of Double Consciousness», *Harper's New Monthly Magazine*, XX (1859-1860), 807-812.

por indios y algunos blancos, y las fieras salvajes campaban libremente. En la primavera de 1811, cuando tenía unos diecinueve años, Mary se internó en los campos con un libro en la mano; posteriormente fue encontrada tendida en el suelo y al parecer, inconsciente; pronto se recuperó, pero permaneció aparentemente ciega y sorda durante cinco o seis semanas. La audición volvió de forma repentina, mientras que la vista se recuperó de forma gradual. Tres meses después, fue encontrada en un sueño profundo que duró muchas horas y del que despertó habiendo perdido la memoria por completo, e incluso el habla. Su situación era igual que la de un recién nacido. Sin embargo, recuperó con rapidez el conocimiento perdido. Cinco semanas después, se despertó una mañana en su estado natural y expresó sorpresa por el cambio de estaciones, ignorante de que algo anormal le había ocurrido durante las últimas semanas. Pocas semanas después volvió a caer en un sueño profundo, despertó en su segundo estado y reanudó su vida precisamente donde la había dejado algún tiempo antes; estas alternativas de un estado a otro continuaron durante quince o dieciséis años. Finalmente cesaron cuando cumplió los treinta y cinco, dejándola de forma permanente en el segundo estado, en el que permaneció sin más cambios hasta su muerte, ocurrida en 1854.

Las diferencias entre las dos personalidades eran muy llamativas. En su primer estado, Mary era una persona tranquila, callada y pensativa, con tendencia a la depresión, de pensamiento lento y carente de imaginación. En el segundo estado se mostraba alegre, sonriente, extravagante, amante de la compañía, la risa y los juegos, con una fuerte propensión a la versificación y la rima. Sus dos caligrafías eran completamente distintas. En cada estado tenía conciencia del otro y temía regresar a él, pero por razones diferentes. En su estado segundo consideraba el otro como aburrido y estúpido.

Su segundo estado causaba mucho pesar a su familia porque se volvía inquieta y excéntrica; vagaba por los bosques sin temor a los lobos ni los osos, y una vez intentó capturar una serpiente de cascabel. Estaba también bajo el influjo de un cuñado. Inmediatamente antes de quedarse dormida, hablaba de los acontecimientos del día y a veces se reía feliz de las bromas que había hecho durante el mismo.

El caso de Mary Reynolds se suele citar como ejemplo de separación completa entre las dos personalidades. Sin embargo, en el relato del reverendo Plumer queda claro que la separación no era siempre tan completa. En el segundo estado, antes de que hubiera aprendido a leer de nuevo y sin que tuviera ningún recuerdo de las Escrituras, habló de sueños que manifestaban un conocimiento de la Biblia, así como de su fallecida hermana Eliza, de la que no tenía el menor recuerdo cuando estaba despierta.

Este caso alcanzó popularidad gracias al libro escrito por Macnish, *La filosofía del sueño*, y fue muy citado en Francia bajo el nombre de *la dame de Macnish*[50]. En 1889 el Dr. S. Weir Mitchell, hijo del Dr. John Kearsley Mitchell, publicó un relato más completo de la historia de Mary Reynolds a partir de los apuntes de su padre. Parece que ciertos lectores no se dieron cuenta de que Mary Reynolds y la «dama de Macnish» eran una sola, y durante algún tiempo las dos observaciones se citaron erró-

[50] Robert Macnish, *The Philosophy of Sleep*, 3.ª ed., Glasgow, W. R. M'Phun, 1836, pág. 187.

neamente por separado como dos casos de personalidad doble; esto, de forma incidental, demuestra ya la vaguedad del primer relato [51].

El verdadero estudio objetivo de la personalidad múltiple fue inaugurado en Francia con la publicación de la historia de «Estelle» por Despine Sr. en forma de relato detallado con categoría de monografía [52]. Despine era un médico general que había sido nombrado inspector médico de la estación termal de Aix-en-Savoie. En ocasiones practicó el tratamiento magnético.

En julio de 1836 Estelle, niña suiza de once años, fue llevada a Despine por su madre y una tía. Los médicos de Neuchâtel habían diagnosticado parálisis grave, resultante de lesión de la médula espinal. Estelle, que había perdido a su padre durante una epidemia en 1832, era una niña traumatizada. En noviembre de 1834, cuando jugaba con un niño de su edad, fue empujada ligeramente y cayó sentada. Desde entonces aquejó dolores que aumentaron de forma gradual hasta hacerse atroces. Habiendo fallado todos los demás tratamientos, fue enviada a Aix. Viajó en coche durante cinco días, echada de espaldas en una cama de mimbre recubierta con un edredón. Las ventanas del coche estaban herméticamente cerradas y cubiertas con cortinas. En cada parada causaba sensación, y se congregaban grandes multitudes para verla según la transportaban a la posada local. A excepción de su madre y su tía, nadie podía tocarla sin hacerla gritar. Estaba completamente absorbida por ensueños, visiones fantásticas y alucinaciones, y de un momento a otro olvidaba todo lo que ocurría a su alrededor.

Es indudable que el médico de sesenta años sintió una gran atracción por la pequeña paciente. A lo largo de su libro refleja la admiración que sentía por la inteligencia y coraje de la niña durante las duras pruebas a que se vio sometida. Despine comenzó un cuidadoso programa de tratamientos hidroterápicos y eléctricos, a los que siguió una leve mejoría. En diciembre, la madre de la niña dijo al doctor Despine que Estelle era confortada todas las tardes por un coro de ángeles. Fue una revelación para el médico, que de repente comprendió que el caso de Estelle era de «éxtasis» y, como tal, susceptible de cura mediante magnetismo animal. Al principio, Estelle se negó obstinadamente a ser magnetizada; ante la insistencia de su madre, aceptó, pero con la condición de que se sometería al magnetismo únicamente cuando quisiera y solamente hasta donde deseara, y que se le repetiría palabra por palabra todo lo que dijera en estado sonámbulo. A finales de diciembre de 1836 se comenzó el tratamiento magnético. Su madre escribió el diario de la cura, del que se recogen grandes fragmentos en el libro de Despine. El sueño magnético era fácil de inducir y siempre iba seguido de amnesia. Durante él, Estelle prescribía su propio tratamiento y dieta. Poco después de las primeras sesiones, se apareció a la niña un ángel consolador en el sueño magnético, al que denominó Angeline y con el que se empeñaba en vivaces conversaciones (de las que, desde luego, solamente se registraban las frases de Estelle). Ahora era Angeline quien dirigía el tratamiento. La dieta prohibía todas las comidas que disgustaban a Estelle y ordenaba que debería tener todo lo que quisiera, incluida la nieve. Se prohibió también contradecirla. El ángel había dicho: «Dejarle actuar de acuerdo con sus deseos; no se aprovechará de la situación».

---

51 Pierre Janet, *Les Névroses*, París, Flammarion, 1909, págs. 246-259.

52 Dr. Despine Pére, *De l'Emploi du magnétisme animal et des eaux minérales dans le traitement des maladies nerveuses, suivi d'une observation très curieuse de guérison de névropathie*, París, Germer, Baillière, 1840.

A principios de enero de 1837, Estelle comenzó a llevar una vida doble. En su estado normal todavía estaba paralizada. El más ligero movimiento le producía un dolor intolerable. Tenía que ser cubierta con cojines, almohadas, edredones; quería a su madre y solicitaba su constante presencia; a Despine le trataba respetuosamente de *vous*. En estado magnético podía moverse, comenzó a caminar, le gustaba mucho la nieve y no podía tolerar la presencia de su madre; trataba a Despine familiarmente de *tu*. Su capacidad ambulatoria dependía de la presencia de oro en su cuerpo. Ciertas otras sustancias tenían una influencia negativa sobre ella.

A finales de enero de 1837 comenzó a caer de forma espontánea en estados magnéticos, que alternaban cada doce horas con su denominado estado normal; en este último todavía era incapaz de dar un solo paso. En estado magnético podía caminar, correr y viajar en coche sin cansarse; le gustaba jugar con la nieve y comérsela. Sin embargo, seguía sin tolerar ciertas cosas, como los gatos, cuya vista le hacía entrar en estado cataléptico, del que salía frotándola con oro. Despine estaba particularmente sorprendido por la diferencia existente entre las dos dietas. En estado normal, la niña sólo toleraba algunas comidas. En estado magnético, comía abundantemente de todo. Parecía como si tuviera dos estómagos, uno para la condición de crisis y otro para la de vigilia.

A principios de marzo de 1837 Despine tuvo que ausentarse de Aix por algunos días. Como había predicho, Estelle sufrió alucinaciones y alteraciones durante su ausencia, y toda la casa tuvo que soportar en silencio todas sus extravagancias. A finales de marzo, Estelle predijo que vería arder una gran esfera, a lo que seguiría una gran mejoría. Esta profecía se cumplió el 14 de abril cuando, por primera vez, la paciente pudo dar algunos pasos en estado de vigilia. Mejoró asimismo en estado magnético. La niña pudo nadar y realizar excursiones por las montañas, aunque conservó su idiosincrasia.

En junio tuvo lugar lentamente la fusión gradual de sus estados normal y magnético. El 13 de junio cesó el tratamiento de Despine y la niña viajó lentamente de regreso a Neuchâtel con su madre. La noticia de su curación ya había alcanzado su ciudad natal, donde los periódicos locales publicaron su historia denominándola *la petite ressuscitée*, «la pequeña resucitada». Perdió sus excentricidades de forma gradual hasta el punto de que podía incluso mirar a un gato sin entrar en estado cataléptico.

El notable estudio de Despine pronto cayó en el olvido, en parte porque era un médico general, y en parte porque el libro no se reimprimió nunca y en la actualidad es extremadamente raro. Janet destacó en repetidas ocasiones la importancia del caso, que inspiró su propia investigación. Una faceta interesante de la historia de Estelle es la forma como se logró la cura. El estado «normal» de Estelle era en realidad patológico, mientras que el anormal o magnético era en realidad el saludable. Despine llevó este último a su completo desarrollo, tras lo cual tuvo lugar la fusión entre ambos y la personalidad sana tomó el mando. La historia muestra cómo Despine, en una primera fase, estableció una comunicación con la niña, la cual se hizo dependiente de él cuando estaba magnetizada, mostrándose antagónica hacia su madre; de esta forma la liberó de su morbosa dependencia respecto de su madre. La fuerte dependencia respecto de su Despine se mostró luego durante su ausencia. Parece que él

mismo fue aflojándola de forma gradual hasta el punto de que la niña pudo volver a Neuchâtel con su madre.

Sería interesante saber lo que ocurrió con Estelle después de su memorable cura. En los trabajos posteriores de Despine no se hace ninguna mención de ello. Sin embargo, dado que una de las veces anotó el nombre completo de la niña, fue posible identificarla. Pertenecía a una familia importante de Neuchâtel, Suiza, y era hija de un comerciante suizo que se había establecido en París, donde nació ella el 18 de marzo de 1825. Después de su curación pasó la mayor parte de su vida en Francia y se casó en El Havre, donde murió el 15 de diciembre de 1862, sin haber tenido descendencia [53].

Clasificación y formas de la personalidad múltiple

A la vista de los casos más y más numerosos de personalidad múltiple publicados durante el siglo XIX, se llegó a la imperiosa necesidad de distinguir sus variaciones clínicas y de clasificarlos. Entre los diversos tipos de clasificación, el más racional es probablemente el siguiente:

1. Personalidades múltiples simultáneas.
2. Personalidades múltiples sucesivas:
   a) enteradas mutuamente una de otra.
   b) mutuamente amnésicas.
   c) amnésicas en una dirección.
3. Racimos de personalidad.

Realizaremos ahora un corto repaso de estos tipos, citando para cada uno de ellos uno o dos de los ejemplos clínicos más típicos, incluyendo casos recientes siempre que sean de interés particular [54].

---

[53] El autor agradece al Sr. A. Schnegg, archivero de Neuchâtel, y al Sr. H. Jung, cónsul suizo en El Havre, la facilitación de estos detalles.

[54] Entre los estudios generales sobre personalidad múltiple, los más importantes son, en orden cronológico, los siguientes:

Théodule Ribot, *Les Maladies de la personnalité*, París, Alcan, 1888; H. Bourru y P. Burot, *Variations de la personnalité*, París, Baillière, 1888; J. M. Charcot, *Leçons du mardi à la Salpêtrière*, París, Progrès Médical, 1889; Alfred Binet, *Les Altérations de la personnalité*, París, Alcan, 1892; Max Dessoir, *Das Doppel-Ich*, Leipzig, Günther, 1892; Frederick Myers, *Human Personality and Its Survival from Bodily Death*, 2 vols. Londres, Longmans, Green and Co., 1903; T. K. Oesterreich, *Phänomenologie des Ich*, Leipzig, Barth, 1910; Morton Prince, *The Unconscious*, Nueva York, Macmillan and Co., 1914, págs. 147-310; T. W. Mitchell, «Divisions of the Self and Co-Consciousness», en *Problems of Personality: Studies Presented to Dr. Morton Prince*, Macfie Campbell, ed., Nueva York, 1925, págs. 191-203; Pierre Janet, *L'Evolution psychologique de la personnalité*, París, Chahine, 1929, págs. 483-506; W. S. Taylor y Mabel F. Martin, «Multiple Personality», *Journal of Abnormal and Social Psychology*, XXXIX (1944), 281-300; Gardner Murphy, *Personality*, Nueva York, Harper and Row, 1947, págs. 433-451.

Personalidades múltiples simultáneas

Las personalidades se denominan simultáneas cuando son capaces de manifestarse distintamente en un mismo momento. Hay que subrayar que no se puede hablar de tales cuando se trata simplemente de dos focos de atención o dos corrientes de conciencia que actúan de forma concurrente (como puede suceder con los místicos religiosos, los poetas, artistas o inventores), o cuando una persona representa un papel en un teatro. En una personalidad múltiple verdadera, cada una tiene el sentimiento de su propia individualidad y la exclusión de la otra u otras.

Tales estados son muy raros. Sin embargo, incluso un individuo normal puede experimentar sentimientos semejantes cuando pasa del estado de sueño al de vigilia y viceversa. Recordemos cómo san Agustín se extrañaba de los cambios de su nueva personalidad cristiana a la antigua pagana, así como de los de dirección opuesta.

Flournoy menciona estados transitorios semejantes en su médium Hélène Smith:

> Es un estado de conciencia sui generis, imposible de describir de forma adecuada y que solamente se puede representar mediante la semejanza de esos estados curiosos, excepcionales en la vida de vigilia normal, pero menos raros en los sueños en que uno parece cambiar la propia identidad y convertirse en alguien distinto.
>
> Hélène me ha dicho que más de una vez tiene la impresión de *convertirse en* o *ser* momentáneamente Leopold. Ocurre con más frecuencia por la noche, o antes de despertarse por la mañana. Primero tiene una visión fugaz de su protector. Después parece que poco a poco él se sumerge en ella; siente como él la domina y penetra en todo su organismo, como si realmente se convirtiera en ella o ella en él [55].

En el relato de sus propias experiencias con mescalina, Giovanni Enrico Morselli relata su sensación de que una bestia salvaje se fusionaba con él; en otras palabras, se sentía como el licántropo de antiguo metamorfoseado en un animal salvaje, del que podía percibir incluso el olor [56].

Más complejos son los fenómenos de resurgimiento de recuerdos de una vida anterior, que en ocasiones se presenta con vivencias alucinatorias en una persona que, al mismo tiempo, conserva una conciencia clara de su propia identidad y paradero. De este tipo es la curiosa historia del paciente de Max Bircher, «Ikara»:

> Ikara, ama de casa de Zurich, había perdido a su madre a los trece años y padecido una infancia y juventud desgraciadas. Era una persona muy diligente, práctica y seria, pero tenía una vida fantástica secreta, que ocultaba a sus conocidos. A los

---

55 Théodore Flournoy, *Des Indes à la planète Mars*, Génova, Atar, 1900; trad. ingl., *From India to the Planet Mars*, Nueva York, Harper and Row, 1900, pág. 119.

56 G. E. Morselli, «Mescalina e Schizofrenia», *Revista de Psicologia*, XL-XLI (1944-1945), 1-23.

quince años se vio sorprendida por la súbita revelación de que conocía el acto del nacimiento como si fuera por experiencia personal. A los veinticinco comenzó a tener recuerdos muy vívidos de sucesos que le habían ocurrido a una persona a la que identificaba consigo mismo en una vida anterior. Pasó dos años en el sanatorio médico de Bircher, el cual habla de unas diez de estas manifestaciones de interferencia de una vida anterior. Tales reminiscencias tenían un carácter absolutamente personal y vívido, aunque pertenecían a un modo de vida completamente distinto. En esa vida previa, Ikara era una mujer robusta que vivía en una cabaña primitiva en los linderos de un bosque, entre gente salvaje vestida con pieles de animales. Una vez, habló de su experiencia de haber robado una gallina; la estaba devorando cruda y sentía el sabor de la sangre en la boca cuando varios hombres furiosos, blandiendo grandes bastones contra ella, comenzaron a perseguirla. Buscó refugio en una cueva cercana —y la visión cesó súbitamente. El Dr. Bircher estaba convencido de que eran reminiscencias reales de una vida anterior que la mujer había vivido en una era prehistórica. Es lamentable que no hiciera una investigación detallada del ambiente personal de su paciente [57].

La coexistencia en la conciencia de dos personalidades es un estado excepcional con pocas probabilidades de durar largo tiempo. Incluso cuando las dos personalidades se conocen mutuamente, una de ellas es siempre dominante (aunque la presencia de la otra se note en el fondo). Por tanto, un caso como el del paciente de Cory pertenece al primer grupo de personalidades múltiples sucesivas.

Personalidades múltiples sucesivas, mutuamente enteradas

Este tipo de personalidad múltiple no parece ser frecuente. Uno de los mejores ejemplos es el publicado por Charles E. Cory:

Cory describe el caso de una mujer de veintinueve años cuya personalidad se había dividido en A y B tres años antes, después del choque que había experimentado por el suicidio de su padre. Desde entonces, y durante algún tiempo, se había visto afectada de alteraciones motoras, alucinaciones y una inestabilidad peculiar, así como de cambios de carácter. Una tarde, estando sentada al piano, sintió como si alguien en su interior le dijera que hiciera una respiración profunda y entonces tratara de cantar con la voz de ella. Transcurrieron varias semanas antes de que la personalidad B aprendiera a «emerger completamente y tomar posesión del cuerpo». Desde entonces, las dos personalidades alternaron, pero permaneciendo siempre conscientes una de otra.

A seguía siendo la personalidad normal, habitual, y mantenía su carácter previo. Era una mujer brillante y cultivada de un buen ambiente, aunque reservada e inhibida. Cantaba mal. Tanto en su hogar como en el colegio de monjas tuvo una crianza rígida y, en su educación, se había mantenido un tabú estricto en lo relativo a las cuestiones sexuales. B parecía una mujer mayor, más atrevida pero digna y seria, que pretendía ser la reencarnación del alma de una cantante española. Cantaba bien y con seguridad y hablaba inglés con fuerte acento español. En ocasiones habla-

[57] Max Bircher-Benner, *Der Menschenseele Not, Erkrankung und Gesundung*, II, Zurich, Wendepunkt-Verlag, 1933, págs. 288-310.

ba un presunto español, pero que en realidad era una mezcla de fragmentos de español y de palabras con sonido de este último idioma. Era muy egocéntrica, mostraba fuertes pasiones, y su interés principal estaba en el instinto sexual. Pretendía ser una belleza voluptuosa, fascinante, y haber sido bailarina, cortesana, y esposa de un noble.

Tanto A como B consideraban que estaban en buenas relaciones una con otra, pero que eran dos personas completamente distintas, al igual que podrían ser dos amigos. Cada una conocía únicamente a la otra hasta el punto en que ésta deseaba ser conocida. Cada una, si le interesaba, era consciente de la otra y recordaba lo que hacía. Podían mirar la misma cosa o leer el mismo libro simultáneamente. Sin embargo, parece que B nunca dormía, y pretendía conocer la vida anterior de A mucho mejor que esta última. También pretendía ser el ángel guardián de A, y que alguna vez la hipnotizó. Era, sin lugar a dudas, la personalidad dominante.

Cory era capaz de hipnotizar a cada personalidad por separado. Encontró que, bajo hipnosis, A recordaba cosas de las que no era consciente en su estado normal, pero que B le había contado a él sin ser hipnotizada. Una vez, en estado hipnótico, B cayó inesperadamente en un delirio de miedo y sufrimiento: había visto el cuerpo de un amante que había cometido suicidio. «En lo profundo de su subconsciente hay una cámara de horrores».

El relato de Cory contiene algunas alusiones a posibles factores psicogenéticos. En el colegio de monjas, A había conocido a tres niñas procedentes de Méjico, que hablaban español entre ellas. Poco después de la muerte de su padre, había conocido a un hombre mucho mayor que ella, que parecía español y cuya madre era realmente de ese país. Por otra parte, la paciente había sufrido una fuerte represión sexual y conflictos internos. Cory anota que «las dos personalidades se habían formado a lo largo de los límites del antiguo conflicto».

Por último, hay que destacar que la paciente de Cory nunca sugirió que B pudiera ser una reviviscencia de una vida anterior de A (como en la historia de Ikara). B se suponía que era la reencarnación de un espíritu. Es notable que B fuera amiga de una sociedad de espiritistas que alentaban su creencia de ser un espíritu reencarnado y sobre los cuales ejercía una influencia tiránica [58].

Personalidades múltiples sucesivas, mutuamente amnésicas

En este grupo, las personalidades A y B no saben una acerca de la otra. Tal es el caso de la joven paciente de Gmelin, cuya personalidad francesa no sabía nada acerca de la alemana, ni ésta acerca de aquélla. Se suele citar a Mary Reynolds como ejemplo típico de este grupo, aunque, como hemos visto antes, en ocasiones algún conocimiento de su primera personalidad llegaba a la segunda. Hay que ser precavidos en el estudio de las historias antiguas, que no siempre han sido recogidas con el cuidado que desearíamos en la actualidad. Uno de los primeros casos dignos de confianza registrados de personalidades mutuamente amnésicas

---

58 Charles E. Cory, «A Divided Self», *Journal of Abnormal Psychology*, XIV (1919-1920), 281-291.

es el de Ansel Bourne, publicado por Hodgson [59] y examinado por William James [60].

Ansel Bourne nació en 1826. Hijo de padres divorciados, había tenido una infancia desgraciada. Posteriormente trabajó de carpintero en los pueblecitos de Rhode Island. Ateo, según declaró públicamente el 28 de octubre de 1857, prefería quedar sordo y mudo antes que ir a la iglesia. Momentos después perdió el oído, el habla y la vista. El 11 de noviembre fue a la iglesia, donde mostró un mensaje escrito en el que anunciaba su conversión. El domingo siguiente, 15 de noviembre, se levantó en la iglesia en medio de varios cientos de fieles y proclamó que Dios le había curado su enfermedad. Este pretendido milagro le proporcionó un prestigio enorme, y a partir de entonces Bourne combinó su trabajo como carpintero con la actividad de predicador ambulante. Años después perdió a su esposa y contrajo segundas nupcias, pero este segundo matrimonio fue desgraciado.

Treinta años después de su conversión, Ansel Bourne desapareció un día de su casa en Coventry, Rhode Island. Había ido a Providence, cobrado 551 dólares en el banco, hecho una visita a un sobrino, y a partir de entonces se perdía su rastro.

Dos semanas después, un cierto Albert Brown llegó a Norristown, Pennsylvania; alquiló una tiendecita, compró algunas mercancías y abrió un comercio de papelería, confección y artículos varios. Llevó una vida completamente anodina y aislada. El 14 de marzo por la mañana se despertó temprano y completamente desorientado. Había vuelto a su primera personalidad de Ansel Bourne y no podía comprender lo que hacía en ese extraño lugar. Llamó a sus vecinos, los cuales pensaron que se había vuelto loco. Por último, llegó su sobrino, liquidó el almacén y devolvió a su tío a Coventry. Ansel Bourne no recordaba nada de lo que había hecho durante los dos meses en que había vivido bajo el nombre de Albert Brown.

En 1890 Ansel Bourne fue hipnotizado por William James y conducido, en trance, a su segunda personalidad de Albert Brown. Brown no sabía nada de Bourne, pero dio un relato coherente de lo que había hecho durante los dos meses de su existencia. Cada vez que se pudieron someter sus declaraciones a una investigación objetiva, se comprobó que eran ciertas. En lo relativo a su fuga, no cabe duda de que estaba insatisfecho con la vida y sufría con el carácter desagradable de su segunda esposa. Desapareció inmediatamente después de cobrar una gran cantidad de dinero. Su nueva identidad (Albert Brown de Newton, N. H.) era un mal disfraz de la verdadera (Ansel Bourne de New York, N. Y.). Es extraño que en su estado secundario, no encontrara nada de extraño en los papeles, libros de cheques, etc., que llevaban el nombre de Ansel Bourne, y que llevó consigo todo el tiempo. Sería interesante saber las circunstancias que precedieron a la vuelta a su primera personalidad y cuánto dinero conservó.

Un caso más reciente y mejor documentado de personalidades mutuamente amnésicas fue publicado en 1933 por S. I. Franz:

En diciembre de 1919 la policía de Los Ángeles detuvo a un hombre que vagaba por las calles con aspecto dormido. El hombre, portador de medallas de guerra inglesas y francesas, dijo que no recordaba nada de su vida anterior a 1915 y que estaba preocupado por el problema de su identidad. Una anciana de California ase-

[59] Richard Hodgson, «A Case of Double Consciousness», *Proceedings of the Society of Psychical Research*, VII (1891-1892), 221-255.

[60] William James, *The Principles of Psychology*, 2 vols., Nueva York, Holt, 1890.

guró que le reconocía como a su hijo perdido, pero él no pudo reconocerla como su madre. Franz trató de aclarar el caso, para lo que utilizó tanto las investigaciones oficiales como entrevistas repetidas con el paciente.

Los documentos del hombre estaban extendidos a nombre de Charles Poulting, de Florida, pero no tenía el aspecto de un americano nativo. Su acento era irlandés. Él pensaba que podía ser canadiense y sentía un interés inexplicable por el estado de Michigan. Había viajado mucho por los Estados Unidos y por el extranjero. Sus recuerdos comenzaban en el mes de febrero de 1915, aunque también había algunas lagunas importantes después de esta fecha. Había luchado en la Primera Guerra Mundial en Francia, Bélgica y en el Africa Oriental inglesa. Con intensa emoción, le habló a Franz de sus experiencias bélicas en la jungla africana y relató cómo, después de escapar de una prisión alemana con otro soldado, había visto cómo su compañero era devorado por los leopardos.

Mientras Poulting trataba de recobrar de este modo la memoria, la policía le volvió a encontrar en la calle, en marzo de 1930, completamente desorientado. Ante Franz, declaró que se llamaba Charles Poultney; indicó la fecha y lugar de nacimiento, su dirección en Dublín, así como los nombres de sus padres, parientes, esposa y dos hijos. Creía que había estado en Dublín en septiembre de 1914. Había llegado a los Estados Unidos en 1913 y vivido en Michigan. No podía recordar nada de lo sucedido a partir de septiembre de 1914. «Era un hombre de cuarenta y dos años con recuerdos y experiencias de solamente veintisiete.»

Franz trató de hacer que Poultney recobrara la memoria de la segunda parte de su vida, utilizando mapas de países donde sabía que había estado. Al ver el mapa del Africa Oriental inglesa, Poultney se emocionó repentinamente mientras señalaba una pequeña localidad: aquí, dijo, había tenido un monito amaestrado que había sido capturado y devorado por un leopardo. (Desde el punto de vista dinámico, la emoción derivaba sin lugar a dudas del recuerdo más terrible de haber visto a su compañero devorado por los leopardos en la misma región.) Esta reacción emocional se acompañó de un flujo de recuerdos, que ahora corría sin cesar. «En unos pocos minutos vivió quince años. Se había encontrado y reconocido a sí mismo.»

La historia vital del paciente quedó así recortada en tres partes de diferentes dimensiones, a las que Franz denominó personalidades A, B y C. La personalidad A (Poulting) se extendía desde el nacimiento hasta septiembre de 1914. La personalidad B cubría el período desde septiembre de 1914 hasta febrero de 1915. Este fragmento de personalidad había sido borrado, probablemente bajo el efecto de una neurosis de guerra producida en los campos de batalla del norte de Francia. La personalidad C comenzaba en febrero de 1915 y continuaba hasta el momento en que Franz inició el tratamiento en 1930. Al comenzar el mismo, el paciente solamente conocía la personalidad C y había perdido la A y la B. Tras este episodio de confusión mental, había recuperado la A, pero había perdido la B y la C. Franz consiguió reunir la A y la C, pero no el eslabón perdido de la B (de ahí el título de su libro: *Personas una y tres*) [61].

Personalidades múltiples sucesivas: amnésicas en una dirección

En este caso la personalidad A no sabe nada acerca de la personalidad B, mientras que esta última se conoce no sólo a sí misma, sino también

[61] S. I. Franz, *Persons One and Three. A Study in Multiple Personalities*, Nueva York, McGraw-Hill, Inc., 1933.

a la A. El prototipo de esta variedad de personalidades múltiples lo dio la famosa paciente de Azam, Félida. Eugène Azam (1822-1899), profesor de cirugía de la Facultad de Medicina de Burdeos, estaba interesado en el hipnotismo en una época en que se consideraba no científico. Desde 1858 hasta 1893 estudió y siguió a intervalos a una mujer, Félida X., para la cual acuñó la expresión de *dédoublement de la personnalité*. Leyó una serie de sus trabajos acerca de ella a diversas sociedades médicas y posteriormente recopiló sus observaciones, las completó con un curso y las publicó en 1887 acompañadas de una introducción realizada por Charcot [62].

Félida, nacida en 1843, era hija de un capitán de la marina mercante, que murió cuando ella era una niña, por lo que le dejó una infancia difícil. Siendo todavía una niña, tuvo que ganarse la vida como costurera. A partir de los trece años desarrolló graves síntomas histéricos. Era una muchacha arisca, taciturna y muy trabajadora, pero constantemente se quejaba de dolores de cabeza, neuralgias y una gran variedad de síntomas. Casi todos los días tenía una «crisis»: repentinamente sentía un dolor agudo en las sienes, tras lo cual caía en un estado letárgico de varios minutos de duración. Cuando despertaba, era una persona completamente distinta, alegre, vivaz, a veces exaltada, y sin ningún dolor. Esta situación solía durar algunas horas y después daba paso a un corto estado letárgico, tras el cual volvía a su personalidad ordinaria. Azam indica que, en su estado normal, Félida tenía una inteligencia normal, que en el segundo estado se hacía más brillante. Entonces recordaba muy bien no sólo sus estados secundarios anteriores, sino también su vida completa. En estado normal no sabía nada de la condición secundaria, excepto lo que otros le contaban. Con mucha menos frecuencia, tenía otro tipo de crisis, a las que Azam denominó su tercer estado: ataques de terrible ansiedad con alucinaciones horrorosas.

Un día, Félida consultó a Azam por sentir náuseas y aumento de tamaño del abdomen. Éste diagnosticó un embarazo, pero Félida protestó que no comprendía como podía ser posible. Posteriormente pasó a su segundo estado y admitió risueña que conocía su embarazo, pero que no se preocupaba por él. Se casó con su novio, nació el niño, y ella mejoró notablemente. Dejó de visitar a Azam durante largo tiempo. Con el segundo embarazo volvieron todos sus síntomas anteriores.

Entre los síntomas de Félida, Azam describió extraños desórdenes de las funciones nerviosas vegetativas que fueron empeorando en los años siguientes. Sufría hemorragias pulmonares y gástricas sin ningún signo de lesión en dichos órganos. Durante el sueño, la sangre fluía lenta pero continuamente de su boca. Cualquier parte de su cuerpo podía inflamarse de repente; por ejemplo, la mitad de la cara.

Azam indicó en 1876 que Félida, que entonces tenía treinta y dos años y regentaba una tienda de comestibles, mostraba básicamente los mismos síntomas. Pero las personalidades primaria y secundaria estaban ahora en relación inversa una con otra, es decir, los períodos de personalidad secundaria eran mucho más largos que los de personalidad normal. Esta última empeoró. En su personalidad secundaria, Félida se sentía bien, más libre, se preocupaba más de su apariencia personal, era más sensible, y sentía más afecto por su familia. Recordaba toda su vida. Durante los cortos períodos de personalidad primaria, estaba privada de una gran parte de sus recuerdos (dado que no recordaba nada de la otra personalidad), trabajaba más, pero se mostraba triste y desagradable con su marido. En cualquier caso, el estado

62 Étienne Eugène Azam, *Hypnotisme, double conscience et altération de la personnalité*, prefacio de J. M. Charcot, París, J. B. Baillière, 1887.

denominado normal se mostró menos deseable que el secundario o anormal. Los once partos de Félida ocurrieron sin excepción en su estado normal, es decir, el peor. En ambos estados, ella consideraba el presente como normal y el otro como anormal.

En los años siguientes, hasta 1887, Azam continuó observando a Félida y escribió varios estudios posteriores sobre ella. El segundo estado se hizo más y más predominante, aunque nunca exclusivo. Durante todo el tiempo que Azam la observó, Félida tuvo cortas recaídas en su estado normal primario. Los trastornos del sistema nervioso vegetativo empeoraron de forma progresiva hasta el punto de que sufría frecuentes hemorragias por todas las mucosas, sin ningún signo de enfermedad grave.

La mayoría de los casos de personalidades múltiples pertenecen a este grupo de amnesia en una dirección. Como hemos visto, B lo conoce todo acerca de A, mientras que ésta no sabe nada acerca de la primera. Más aún, S. W. Mitchell destacó que, en todos los casos conocidos, la personalidad B resulta más libre y gozosa; la personalidad A es inhibida, compulsiva y deprimida. Myers, y posteriormente Janet, declararon que era incorrecto, como hizo Azam, denominar normal a la personalidad A y anormal a la B. En realidad, la personalidad A es la persona enferma, y B puede ser considerada como una vuelta a la personalidad sana primitiva, tal como era antes del comienzo de la enfermedad.

Entre los numerosos ejemplos de personalidades múltiples de este grupo, seleccionaremos y resumiremos otro, el de Elena, paciente de Morselli, quizás el caso más llamativo entre los publicados. Elena estuvo bajo observación y tratamiento por Morselli durante tres años [63]. Su relato, publicado en una revista italiana, es una monografía bien documentada de un caso de este tipo.

En mayo de 1925, una profesora de piano de veinticinco años, Elena F., fue admitida en la clínica psiquiátrica de Morselli de Milán. Se dirigió a él en perfecto francés, Morselli le preguntó por qué, siendo italiana, no le hablaba en su lengua nativa. Ella replicó con sorpresa aparente que estaba hablando italiano. Tenía la sensación de que algo extraño y misterioso le rodeaba, y se quejaba de que la gente leía sus pensamientos y de que oía voces que pronunciaban terribles acusaciones contra ella. Aseguró también a Morselli (en contra de los hechos) que su padre había muerto. Mientras Morselli le realizaba un examen neurológico, cayó en un corto estado letárgico, y a continuación, expresándose en italiano, se mostró sorprendida de ver al médico, a quien dijo no reconocer.

Desde entonces alternaron las personalidades francesa e italiana. En ambos casos, Elena creía que hablaba italiano. En su estado francés, hablaba italiano como lo haría un francés, y viceversa. Además de estas dos personalidades, de tiempo en tiempo padecía estados de delirio con terribles alucinaciones en las que veía, por ejemplo, cómo su madre era asesinada por su padre (estados semejantes fueron descritos también por Azam como tercer estado de Félida).

La personalidad italiana de Elena no sabía nada de su pareja francesa, mientras que esta última se conocía tanto a sí misma como a la personalidad italiana. La

63 G. E. Morselli, «Sulla dissoziazione mentale», *Rivista Sperimentale di Freniatria*, LIV (1930), 209-322.

personalidad francesa era claramente psicótica, mientras que la italiana era mucho menos patológica.

Las investigaciones objetivas mostraron que el padre de Elena era un industrial de sesenta y seis años, y su madre una neurótica y alcohólica de sesenta y dos años. La vida en el hogar era intolerable a causa de las escenas violentas que se producían entre los padres. Elena siempre había sido enfermiza; había dedicado toda su pasión y energía a la música. Mostraba una gran aversión a las cuestiones sexuales y nunca había tenido ninguna relación amorosa. Enfermedades pulmonares y de otro tipo le habían hecho pasar mucho tiempo en curas climáticas. La aparición de las alteraciones mentales había seguido a una estancia con su padre en un pueblo de las orillas del lago Maggiore.

El tratamiento de Morselli estuvo guiado por dos principios: 1) Viendo que la personalidad italiana era la fundamental, trató de mantener a Elena en ésta el máximo tiempo posible. Descubrió que podía hacerla pasar a voluntad del estado francés al italiano haciéndole leer en voz alta cincuenta versos de Dante. 2) Intentó, sin utilizar la hipnosis, una cuidadosa aclaración de su pasado. Morselli estaba sorprendido por la aparente ignorancia de su paciente sobre la vida sexual y por ciertas lagunas de su memoria: no recordaba nada de las semanas que pasó con su padre en un lugar del que ni siquiera podía recordar el nombre.

De forma gradual, Elena recobró sus recuerdos olvidados a costa de terribles reacciones emocionales. Recordó haber sido víctima de los ataques incestuosos de su padre (cuya realidad fue confirmada por otras fuentes). Lo más horrible para ella fue el recuerdo de los intentos de su padre de introducir la lengua en su boca. Su paso a la personalidad francesa era, por tanto, un intento de reprimir el recuerdo de la «lengua» de su padre, y de sus ataques incestuosos en general.

Al progreso decisivo así obtenido siguieron los esfuerzos de Morselli por unir las personalidades francesa e italiana y fundirlas una con otra. Los síntomas psicóticos desaparecieron de forma gradual. El tratamiento se mostró eficaz pero, poco después de dejar el hospital en julio de 1927, Elena murió de una infección renal.

Otra observación muy notable de personalidad múltiple es el caso Mario-Fiacca, publicado por otro eminente psiquiatra italiano, Beppino Disertori, en 1939 *.

Se trataba de un saltimbanqui ingresado en el servicio de Disertori en 1937 a la edad de treinta años tras una larga serie de vicisitudes, entre las cuales figuraban el ataque nervioso resultante de una explosión y una encefalitis letárgica con sus secuelas. En el momento en que Disertori lo observó, este enfermo presentaba dos estados alternantes de su personalidad caracterizados cada uno por síntomas neurológicos, vegetativos y psíquicos diferentes. Todas las noches y algunas veces también durante el día, el enfermo entraba en sonambulismo y se notaba entonces una considerable mejoría de sus síntomas de hipertonía extra-piramidal y de bradicinesia; por el contrario, aparecía entonces una anestesia y una analgesia completas hasta el punto de que fue posible operarle de un flemón sin anestésico. En el curso de estos períodos, el enfermo se convertía en Fiacca, es decir, se colocaba diez años atrás, creía estar en 1927 en la época donde se le llamaba Fiacca. Entonces daba a Disertori y a

* Beppino Disertori, «Sulla biologia dell'isterismo», en *Rivista Sperimentale di Freniatria*, vol, 63, fasc. II, 1939, pág. 251.

las personas que estaban presentes los nombres de los compañeros con los cuales él había vivido en el circo en 1927. Cuando recobraba su personalidad habitual el paciente perdía su anestesia y su analgesia, los síntomas postencefálicos se reforzaban y volvía al año 1937, se nombraba por su verdadero nombre de Mario, y reconocía correctamente a los que estaban a su alrededor. Episódicamente apareció otro estado de la personalidad de carácter delirante: el enfermo se creía en el paraíso —un paraíso cuya descripción correspondía a lo que había visto en un film de la *Divina Comedia.* Cuando era «Mario» el paciente no sabía nada de «Fiacca». Cuando era «Fiacca» se acordaba de sus estados sonámbulos anteriores, pero no sabía nada del «Mario» de 1937.

Disertori propone una interpretación de este caso, basada principalmente sobre las teorías de Pavlov.

Racimos de personalidad

Durante bastante tiempo, los únicos casos publicados lo fueron de «personalidad doble». Pero más tarde se comprendió que la mente humana era más bien como una matriz, de la que podían emerger y diferenciarse grupos completos de subpersonalidades. Los mesmeristas descubrieron que sobreimponiendo un procedimiento hipnótico en un paciente ya hipnotizado, en ocasiones aparecía una tercera personalidad, tan diferente de la personalidad magnética usual como lo era esta última de la normal del individuo en estado de vigilia. Pierre Janet fue uno de los primeros en hacer experimentos esquemáticos con sus sujetos Lucie, Léonie y Rose acerca de estas subpersonalidades hipnóticas múltiples. Demostró la importancia que tenía el bautizarlas: «Una vez bautizada, la personalidad inconsciente se hace más clara y definida; muestra sus rasgos psicológicos con mucha mayor claridad» [64].

Los racimos de personalidad se desarrollan en ocasiones de forma espontánea, aunque siempre subsiste la duda de hasta qué grado puede el investigador, mediante sugestión consciente o inconsciente, favorecer la multiplicación y desarrollo de estas personalidades. Entre los casos mejor conocidos, citaremos el de la señorita Beauchamp, a la que dedicó Morton Prince una monografía clásica.

Christine Beauchamp, nacida en 1875, tenía veintitrés años cuando Morton Prince trabó conocimiento con ella en 1898. En aquella época estudiaba en un college de Nueva Inglaterra; era una persona bien educada pero muy tímida, que ocupaba todo su tiempo leyendo libros. Tenía un alto sentido del deber, era diligente, escrupulosa, orgullosa y misteriosa, y mostraba una morbosa reticencia a hablar de

64 Pierre Janet, *L'Automatisme psychologique,* París, Alcan, 1889, pág. 318.

sí misma. Padecía dolores de cabeza, fatiga e inhibición de la voluntad, por cuyas razones fue consultado Morton Prince, quien la puso en tratamiento. Prince sabía que la señorita Beauchamp había perdido a su madre a los trece años, que siempre había sido desgraciada en su hogar y que había sufrido una serie de traumas psíquicos entre los trece y los dieciséis años, hasta el punto de haberse escapado de casa en una ocasión.

Para aliviarla de sus padecimientos neurasténicos, trató de hipnotizarla, lo que hizo con gran facilidad. Bajo hipnosis, la muchacha perdió la reserva artificial durante su estado de vigilia, aunque mostró por otra parte una personalidad básicamente igual. Algunas semanas después, Prince se sorprendió al ver que, en estado hipnótico, la muchacha representaba uno de dos estados distintos (a los que denominó B II y B III, dando a la personalidad del estado de vigilia el nombre de B I). Mientras que B II era la propia Beauchamp «exagerada», B III era completamente opuesta: se mostraba alegre, vivaz, valiente, rebelde y muchas veces tartamudeaba. B I (estado normal) no sabía nada de sus dos personalidades hipnóticas; B II conocía a B I pero no a B III. Por otra parte, B III lo sabía todo acerca de B I y B II. La segunda subpersonalidad hipnótica, B III, a la que Prince denominó Chris, eligió el nombre de Sally. Despreciaba y ridiculizaba a B I, a la que encontraba estúpida. Sin embargo, Sally no tenía la cultura de la señorita Beauchamp, ni hablaba francés. No pasó mucho tiempo sin que Sally manifestara su existencia de forma indirecta en la vida de la señorita Beauchamp, sugiriéndole palabras y acciones estúpidas; era una especie de «representación». Pocos meses después, Sally apareció directamente en escena, en forma de personalidad alternante manifiesta que lo sabía todo acerca de la señorita Beauchamp, mientras que esta última estaba constantemente perpleja y desconcertada, sin saber nunca qué bromas le había gastado Sally en los intervalos.

Posteriormente emergió una nueva personalidad, B IV, la Idiota; parecía ser una personalidad regresiva. En este punto, Prince halló que Christine Beauchamp había sufrido un shock nervioso a los dieciocho años. Desde 1898 hasta 1904, decía Prince, todas estas personalidades representaron «una comedia de errores que en ocasiones era burlesca y en ocasiones trágica». Transcurrió una época difícil en lucha con ellas. Sin embargo, consiguió amalgamar estas personalidades en una, la verdadera Beauchamp. Los detalles de este tratamiento, que se podría denominar correctamente terapia de grupo, se describen de forma más completa en el libro de Prince *La disociación de una personalidad* [65].

Por complicado que este caso pueda parecer, lo es menos que el de Doris, publicado por Walter Franklin Prince [66]. Demasiado largo y complejo para ser analizado aquí, incluye varios enigmas extremadamente difíciles de explicar, como son el hecho de que una de las subpersonalidades (Doris enferma) fuera absorbida gradualmente por la personalidad primaria (Doris real), mientras que otra de ellas (Margaret) se retiraba

---

[65] Morton Prince, *The Dissociation of a Personality*, Nueva York y Londres, Longman's, Green and Co., 1906.

[66] Walter Franklin Prince, «The Doris Case of Quintuple Personality», *Journal of Abnormal Psychology*, XI (1916-1917), 73-122; James H. Hyslop y Walter Franklin Prince, «The Doris Fisher Case of Multiple Personality», *Journal of the American Society of Psychical Research*, X (1916), 381-399, 436-454, 485-504, 541-558, 613-631, 661-678.

lentamente a medida que su edad disminuía de modo gradual, hasta que desapareció completamente con todas sus memorias, e incluso una cuarta, Doris real durmiente, cesó de manifestarse.

Comentarios generales sobre la personalidad múltiple

Hemos visto que los investigadores de la personalidad múltiple describieron casos de complejidad cada vez mayor, que oscilaban desde las pequeñas fugas del automatismo ambulatorio hasta supuestos prolongados y extraordinariamente complejos y misteriosos. Diversos autores trataron también de describir casos atípicos y atenuados de personalidad múltiple. Las manifestaciones del doble se explicaban como un tipo de proyección de la personalidad secundaria. El francés Binet [67] y el alemán Lucka [68] describieron fenómenos de despersonalización y *fausse reconnaissance* como formas transitorias, debilitadas, de doble personalidad.

Para explicar estos fenómenos se elaboraron varias teorías. Al principio, la discusión se estableció entre los asociacionistas, que hablaban de escisión mental y pérdida de conexión entre los dos grupos principales de asociaciones, y los organicistas, los cuales mantenían la idea en una modificación orgánica del cerebro. En un período posterior, hacia finales del siglo XIX, se sacaron a la luz los factores de motivación, interpretación de un papel, regresión y progresión de la personalidad total, por obra, sobre todo, como veremos más tarde, de Flournoy. Gardner Murphy llegó a la conclusión de que «la mayoría de los casos de personalidad múltiple parecen representar en esencia el esfuerzo del organismo por vivir, en momentos diferentes, con referencia a sistemas de valores diferentes» [69]. Así, las personalidades múltiples ilustran gráficamente el hecho de que la unidad de la personalidad no se le da al individuo de forma gratuita, sino que debe ser realizada y conseguida por medio de esfuerzos individuales persistentes, que pueden en ocasiones durar toda la vida.

A partir de 1910 se generalizó la reacción frente al concepto de personalidad múltiple. Se afirmó que los investigadores, desde Despine hasta Prince, habían sido víctimas de pacientes mitomaníacos, y que habían conformado de forma involuntaria las manifestaciones que observaban. La nueva psiquiatría dinámica dedicó poca atención a los problemas de la personalidad múltiple. Posteriormente, sin embargo, pareció producirse

---

[67] Alfred Binet, *La Suggestibilité*, París, Schleicher, 1900.

[68] Emil Lucka, «Verdoppelungen des Ich», *Preussische Jahrbücher*, CXV, núm. 1 (1904), 54-83.

[69] Gardner Murphy, *Personality*, Nueva York, Harper and Row, 1947, págs. 433-451.

un resurgimiento parcial del interés por este tema. En Italia, Morselli[70] describió dos casos muy notables, el de Elena, ya citado, y el de Marisa[71], con registros electroencefalográficos y hallazgos de diferencias entre las dos personalidades. En Suiza, Binder publicó dos casos de personalidad doble; en uno de ellos la segunda personalidad enviaba cartas anónimas, mientras que la primera participaba en la búsqueda del autor[72]. En los Estados Unidos, persistió el caso sensacional de Thipgen y Cleckley, que despertó mucho interés y fue llevado al cine[73].

Cuadros clínicos típicos: histeria

Desde un punto de vista clínico, el primitivo foco de atención de la primera psiquiatría dinámica fue el sonambulismo. La personalidad múltiple tomó el mando en un período posterior, pero, a finales del siglo XIX, la histeria pasó a primer plano, y fue en este momento cuando se logró una síntesis entre las enseñanzas de los hipnotizadores por una parte y la psiquiatría oficial por otra.

Durante veinticinco siglos, la histeria había sido considerada como una enfermedad extraña, con síntomas incoherentes e incomprensibles. La mayoría de los médicos consideraban que era una enfermedad propia de las mujeres y con origen en el útero. A comienzos del siglo XVI, algunos médicos afirmaron que su sede estaba en el cerebro y que también se podía producir ocasionalmente en el hombre. El estudio verdaderamente objetivo y sistemático de la histeria comienza con el médico francés Briquet, cuyo celebrado *Traité de l'hystérie* fue publicado en 1859[74]. Como internista, Briquet había sido nombrado director de un departamento de pacientes histéricos del Hôpital de la Charité de París. No pasó mucho tiempo sin que descubriera que eran muy distintos de lo que se creía, y que la histeria nunca había sido estudiada con propiedad. En el transcurso de diez años y con la ayuda de su equipo, realizó una investigación sobre 430 pacientes histéricos. Definió la histeria como «una neurosis del

---

70 G. E. Morselli, «La personalità alternanti», *Revista de psicología normale, patologica e applicata,* XLII (1946), 24-52.

71 G. E. Morselli, «Personalità alternante e patologia affetiva», *Archivio de psicologia, neurologia e psichiatria,* XIV (1953), 579-589.

72 Hans Binder, «Das anonyme Briefschreiben», *Schweizer Archiv für Neurologie und Psychiatrie,* LXI (1948), 41-43, y LXII, 11-56. (Casos de Albert F. y Heinrich L.)

73 Corbett H. Thipgen y Hervey Cleckley, *The Three Faces of Eve,* Nueva York, McGraw-Hill, Inc., 1957.

74 P. Briquet, *Traité clinique et thérapeutique de l'hystérie,* París, J. B. Baillière, 1859.

cerebro, cuyas manifestaciones consisten fundamentalmente en una perturbación de los actos vitales relacionados con la expresión de emociones y pasiones». Halló que había un caso de histeria masculina por cada veinte de histeria femenina, lo que atribuyó a la mayor impresionabilidad de las mujeres. Denegó absolutamente la opinión mantenida entonces de que fueron los deseos eróticos o frustraciones la causa de la enfermedad (la histeria era prácticamente inexistente entre las monjas, pero muy frecuente entre las prostitutas de París). Dio mucha importancia a los factores hereditarios (halló que el 25 por 100 de las hijas de mujeres histéricas se convertían en histéricas a su vez). Observó además que la histeria era más frecuente en las clases sociales bajas que en los altos estratos de la sociedad, más en el campo que en la ciudad, y llegó a la conclusión de que se producía, por efecto de emociones violentas, penas prolongadas, conflictos familiares o amores frustrados, en personas predispuestas e hipersensibles. Posteriormente, Charcot haría suyas las líneas principales de este concepto.

En el intervalo, los magnetizadores e hipnotizadores habían acumulado una gran cantidad de datos acerca de la histeria y su relación con el sonambulismo y otras enfermedades magnéticas. Por último, llegó un momento en que la histeria se consideró como una gran síntesis de todos estos diversos estados. El nuevo concepto se basaba en tres argumentos:

Primero, la frecuente asociación de varios de estos estados en pacientes no histéricos e histéricos. Se sabía de antiguo que el letargo, la catalepsia y el éxtasis se daban con frecuencia en histéricos. En 1787 Pétetin mantuvo que la catalepsia no era sino una subforma de histeria. Durante los ataques histéricos, el paciente podía mostrar de forma cíclica fases de letargo, catalepsia, sonambulismo, éxtasis y alucinaciones. Se demostró que las personalidades múltiples aparecían frecuentemente en individuos histéricos, y que el paso de una personalidad a otra iba precedido muchas veces de un ataque de letargo o de otro estado magnético.

Segundo, mediante el hipnotismo podían inducirse cuadros clínicos exactamente iguales a los descritos. Desde un principio se consideró la propia hipnosis como un sonambulismo inducido artificialmente, pero se había demostrado asimismo que el hipnotismo generaba estados tales como los de letargo, catalepsia, éxtasis, ciertos tipos de alucinaciones y cambios transitorios de la personalidad. Más aún, fue bajo sesiones repetidas de hipnotismo como se descubrió el fenómeno de desdoblamiento de la personalidad. Los primeros magnetizadores ya habían descrito las personalidades inducidas por el magnetismo, que en ocasiones incluso adoptaron un nombre mesmérico [75].

---

[75] Anón., *Mesmerism: Its History, Phenomena, and Practice: with Reports of Cases Developed in Scotland*, Edimburgo, Fraser and Co., 1843, págs. 101-106.

Tercero, la experiencia había demostrado que todos estos estados, al menos en condiciones favorables, podían ser curados por el hipnotismo. Los primeros magnetizadores ya habían obtenido curas aparentemente milagrosas magnetizando a pacientes histéricos y, como hemos visto, fueron las curaciones de parálisis histéricas graves mediante sugestión en el estado de vigilia las que dieron a Charcot la reputación de gran mago médico.

Durante todo este tiempo, nunca se abandonó por completo la teoría de que la histeria derivaba de deseos sexuales frustrados: no sólo permanecía viva en la mente del pueblo, sino que era sostenida por ginecólogos y numerosos neurólogos. Como ya se ha afirmado, el concepto de la histeria que tenía Charcot se inspiraba en el de Briquet, el cual rechazaba la teoría sexual de la misma. Charcot convenía con él en la inadmisibilidad de la histeria como una neurosis sexual *per se*. A pesar de ello, reconoció que el elemento sexual desempeñaba un papel muy importante en la vida de sus pacientes histéricas, como se puede deducir de la lectura del libro sobre la *grande hystérie* de su discípulo Paul Richer [76]. Las alucinaciones y acciones del paciente durante las crisis histéricas, decía Richer, podrían ser representación de un trauma psíquico experimentado antes por el paciente (como por ejemplo, la huida ante un perro rabioso), pero en la mayoría de los casos se referían a acontecimientos sexuales (bien dramáticos, como intento de violación, o escenas francamente eróticas, o escenas amorosas de una naturaleza más reservada). El mismo paciente podía en otros momentos tener alucinaciones de tipo imaginario. El ataque histérico podría expresar también sus deseos secretos, como ocurrió con una de las pacientes de Richer que se había enamorado de un hombre al que había visto una sola vez y que expresaba en su delirio histérico sus sentimientos por él, que ocultaba en estado normal.

A finales del siglo XIX se trató de combinar la teoría sexual de la histeria entonces de moda con la de la personalidad doble procedente de la primera psiquiatría dinámica. Binet declaró en 1887: «Creo que está establecido de forma satisfactoria, en términos generales, que en la mente de un paciente histérico pueden coexistir dos estados de conciencia, sin conocerse uno al otro». En 1889 proclamó: «El problema que trato de resolver es el de comprender cómo y por qué, en pacientes histéricos, tiene lugar una división de la conciencia» [77]. Un ginecólogo americano, A. F. A. King, trató de dar una respuesta. La clave del problema, dijo, es

---

[76] Paul Richer, *Études cliniques sur l'hystéro-épilepsie ou grande hystérie* (...), París, Delahaye y Lecrosnier, 1881.

[77] Alfred Binet, *On Double Consciousness, Experimental Psychological Studies*, Chicago, Open Court Publishing Company, 1889-1890.

que existen dos departamentos de gobierno fisiológico en el individuo, el «departamento de auto-conservación» y el «departamento de reproducción»[78]. En ciertas circunstancias, la vida civilizada puede privar a una mujer de satisfacción en el «departamento de reproducción». El proceso histérico expresa el funcionamiento automático de esa necesidad y, viendo que dicho proceso no alcanza su objetivo, se repite a sí mismo una y otra vez, durante meses e incluso años.

En apoyo de esta teoría, King adujo un análisis fenomenológico detallado de la crisis histérica; primero, dijo, aunque «se han registrado cientos de casos de histeria en hombres», es fundamentalmente una enfermedad de mujeres que se hallan entre la pubertad y la menopausia, y sobre todo de mujeres cuyos deseos sexuales permanecen insatisfechos; los ataques son más frecuentes en la primavera y en el verano, y más en las mujeres ociosas que en las que se encuentran inmersas en la lucha por la existencia. El ataque nunca ocurre cuando la paciente está sola. Parece inconsciente, pero no lo está; durante el ataque no parece demasiado enferma, «su belleza no resulta afectada» y en muchas ocasiones tiene un atractivo particular para los hombres. Mientras está en esa condición, un toque suave con la mano producirá dolores violentos, que desaparecen con una fuerte y ruda presión. Cuando el ataque ha cesado, la mujer se siente invariablemente avergozada; se complace en despertar simpatía, pero cuanto más se le da, más empeora su condición. En resumen, se puede decir que «existe un método en su locura»; todo está dirigido y la mujer «parece actuar». Su actitud entera recuerda la de quien se expone a ser violada mientras aparentemente rechaza la idea. El hecho de que no sea consciente de la relación existente entre los ataques y sus deseos sexuales se explica por la teoría de la personalidad doble. Este concepto de histeria, como veremos más tarde, es muy semejante al que formulaba Moritz Benedikt en Viena en la misma época.

Es interesante mencionar que el mismo concepto está también presente en la descripción que hace Flaubert del carácter de Salambó en su novela del mismo título publicada en 1859. Es el retrato de una virgen histérica que padece deseos eróticos, cuya naturaleza no comprende, pero que dicta sus sentimientos, actitudes y acciones. Las alteraciones neuróticas desaparecen cuando Salambó, sacrificándose por el bien del país, se entrega al jefe enemigo[79].

Fue Charcot quien hizo la primera síntesis entre las dos tradiciones, la de los hipnotizadores y la de la psiquiatría oficial. Adoptó la teoría de

---

[78] A. F. A. King, «Hysteria», *The American Journal of Obstetrics*, XXIV, núm. 5 (mayo 1891), 513-532.

[79] Este detalle ha sido bien comprendido y comentado por Jules de Gaultier, *Le Génie de Flaubert*, París, Mercure de France, 1913, págs. 101-110.

Briquet de que la histeria es una neurosis del cerebro que se da en individuos predispuestos constitucionalmente (en ocasiones también en hombres), así como su origen psicogenético. Asimiló además la hipnosis y la histeria y (sin darse cuenta) tomó de los antiguos magnetizadores la relación entre el sonambulismo, el letargo y la catalepsia. Relacionó también numerosos casos de automatismo ambulatorio y de personalidades múltiples con la histeria.

Aparte esta síntesis clínica, se comenzó a explicar el mecanismo de la propia histeria basándose en conceptos de la primera psiquiatría dinámica. Charcot describió ocasionalmente la histeria como un estado permanente de semisonambulismo. Este concepto fue elaborado posteriormente por Sollier, el cual dio a tal estado el nombre de «vigilambulismo». Otro concepto, sugerido por Binet y desarrollado de forma más completa por Janet, explicaba la histeria como un estado permanente de personalidad doble. Realmente, tales conceptos no eran sólo la culminación de la primera psiquiatría dinámica, sino, como veremos después, también el punto de comienzo de los nuevos sistemas de la psiquiatría dinámica, en especial los de Janet, Breuer, Freud y Jung.

Modelos de la mente humana

El estudio y práctica del magnetismo e hipnotismo había llevado a reflexionar, sobre la constitución de la mente humana. Se desarrollaron así dos modelos: primero, la idea de la dualidad de la mente humana (dipsiquismo); posteriormente, la noción de la mente humana como un racimo de subpersonalidades (polipsiquismo).

Dipsiquismo

Los primeros magnetizadores quedaron muy sorprendidos al advertir que, cuando inducían el sueño magnético en una persona, se manifestaba una nueva vida de la que el sujeto no tenía conocimiento, y surgía una personalidad nueva y en muchas ocasiones más brillante, con una vida propia continua. Todo el siglo XIX estuvo preocupado por el problema de la coexistencia de estas dos mentes y de su interrelación. De aquí el concepto del «doble yo» o «dipsiquismo».

Desde el comienzo, hubo ideas opuestas sobre si esa otra mente, o escondida, tenía que ser considerada «cerrada» o «abierta». Según la primera concepción, está «cerrada», en el sentido de que solamente contiene cosas que, en un momento u otro, pasan a la mente consciente, en

especial recuerdos olvidados o reminiscencias de impresiones que la mente consciente sólo había percibido de forma fugaz, así como recuerdos de ensueños y fantasías. Algunos autores pretendían que este material olvidado podía seguir un desarrollo autónomo, independiente de la mente consciente. La teoría del dipsiquismo fue desarrollada particularmente por Dessoir, autor del libro, famoso en su tiempo, *El doble yo* (1890), en en que exponía la idea de que la mente humana consta normalmente de dos estratos distintos, cada uno de ellos con sus propias características [80]. Cada uno de estos dos yos consta a su vez de cadenas complejas de asociaciones. Dessoir las denominó *Oberbewusstsein* y *Unterbewusstsein*, «conciencia superior» y «conciencia inferior»; de esta última tenemos un atisbo durante los sueños, e impresiones más claras durante el sonambulismo espontáneo. La hipnosis inducida no es sino una forma de hacer surgir el yo secundario, que de este modo pasa de forma temporal a un primer plano. En cuanto a la doble personalidad, Desssoir creía que la personalidad segunda había adquirido tal fuerza que luchaba por la predominancia con la principal. Todo el mundo, añadía, lleva dentro de sí las semillas de una personalidad doble. Los autores siguientes completaron esta teoría con materiales tan ricos como la inspiración, el misticismo y las manifestaciones de los médiums [81].

Otros autores pretendían que la mente inconsciente escondida estaba «abierta», en comunicación virtual con un campo extra-individual y misterioso. Recordemos que muchos de los primeros magnetizadores alemanes creían que el sueño magnético ponía a algunos sujetos en comunicación con el Alma Universal; de ahí su capacidad para ver en el pasado y predecir el futuro. Algunos, como el sonámbulo Alexis en París, afirmaban que la historia del hombre está conservada en su totalidad y que él, cuando estaba en trance magnético, poseía la facultad de viajar por el tiempo y el espacio, por lo que podía presenciar cualquier acontecimiento que hubiera tenido lugar en cualquier momento del pasado. Alexis tenía fama de haber encontrado múltiples objetos perdidos gracias a esta preciosa capacidad [82]. Otros pretendían que los recuerdos de vidas anteriores eran accesibles a los humanos en trance de médium o en sueño hipnótico. Incluso antes de la gran ola espiritista de la década de 1850, había magnetizadores que afirmaban que el sueño magnético permitía la comunicación

---

[80] Max Dessoir, *Das Doppel-Ich*, Leipzig, Günther, 1890. (Las siguientes ediciones ampliadas se vieron enriquecidas con hechos tomados de Binet, Janet, Myers, Gurney y otros.)

[81] Richard Hennig, «Beiträge zur Psychologie des Doppel-Ich», *Zeitschrift für Psychologie*, XLIX (1908), 1-55.

[82] *Le Sommeil magnétique expliqué par le somnambule Alexis en état de lucidité*, introducción por Henry Delaage, París, Dentu, 1856.

con los espíritus desencarnados. Por último, algunos pensaban que la mente inconsciente podía comprender realidades superiores, bien directamente o en forma de símbolos universales.

Polipsiquismo

Esta palabra parece haber sido acuñada por el magnetizador Durand (de Gros). Pretendía que el organismo humano está constituido por segmentos anatómicos, cada uno de ellos con su propio yo psíquico, y todos sujetos a un yo general, el yo jefe, que es nuestra conciencia normal. En esta legión, cada sub-yo tiene una conciencia de sí mismo, puede percibir y conservar recuerdos y elaborar operaciones psíquicas complejas. La suma total de estos sub-yos constituye nuestra vida inconsciente. Durand (de Gros) llegó a decir que, en la cirugía bajo anestesia, varios de estos sub-yos sufren de forma atroz, aunque el yo consciente permanece totalmente ignorante de tales sufrimientos. En la hipnosis, el yo principal es retirado a un lado y el hipnotizador tiene acceso directo a una serie de sub-yos [83]. Colsenet recogió y dio una elaboración filosófica a la teoría del polipsiquismo, que relacionó con el concepto de Leibniz de la jerarquía de mónadas [84].

Los magnetizadores y otros reunieron numerosos datos psicológicos en favor de esta teoría. Ya en 1803 Reil relacionó el fenómeno de las personalidades disociadas con un acontecimiento similar que se manifiesta en cierto tipo de sueños normales:

> Aparecen los actores, se distribuyen los papeles; de ellos, el soñador toma solamente uno que relaciona con su propia personalidad. Todos los demás actores son para él tan extraños como los forasteros, aunque tanto ellos como sus acciones son creación de la propia fantasía del soñador. Oye a la gente hablar en lenguas extrañas, admira el talento de un gran orador, queda asombrado por la gran sabiduría de un profesor que explica cosas que no recordamos haber oído nunca [85].

En tales sueños encontramos el modelo del complejo racimo de personalidades, con una de las cuales se identifica el propio soñador, aunque otras de las personalidades tengan su curso independiente y sean más

---

[83] J. P. Durand (de Gros), *Polyzoïsme ou pluralité animale chez l'homme*, París, Imprimerie Hennuyer, 1868. J. P. Philips (seudónimo de Durand), *Electrodynamisme vital*, París, J. B. Baillière, 1855; J. P. Durand (de Gros), *Ontologie et psychologie physiologiques*, París, J. B. Baillière, 1871.

[84] Edmond Colsenet, *Études sur la vie inconsciente de l'esprit*, París, Baillière, 1880.

[85] J. C. Reil, *Rhapsodien über die Anwendung der psychischen Curmethode auf Geisteszerrüttungen*, Halle, Curt, 1803, pág. 93.

inteligentes que él. Como hemos visto en el capítulo I, el chamán vivía entre un grupo de espíritus, unos amigos y subordinados, y otros hostiles. Lo mismo ocurre con los poseídos: pueden ser poseídos no sólo por uno o varios espíritus, sino (como el endemoniado de Gadara) por una «legión» de ellos. El espiritismo nos ha familiarizado con la noción de un médium que hace surgir, por turno, un gran número de espíritus, que en ocasiones se dividen en grupos en una especie de orden jerárquico, como testificó la famosa médium americana Piper. Un estado similar existía en esos casos complejos de personalidades múltiples como el de la señorita Beauchamp y Doris Fisher, donde encontramos una serie de personalidades, cada una de ellas con su papel y todas relacionadas por un complejo sistema de relaciones interpersonales. Casos como éstos hicieron insuficiente la teoría del doble ego, y surgió la necesidad de recurrir al concepto de polipsiquismo. G. N. M. Tyrrell expresó bien esta idea, a la que apuntaban tanto la investigación psíquica como la tradición del magnetismo: «La personalidad es una multiplicidad en unidad, de tal tipo que es casi imposible expresarla en palabras» [86]. Esta multiplicidad de personalidades implica que pertenecen a grados de diversa profundidad y también que están colocadas en un cierto orden jerárquico. «Lo que debemos aprender de ello es seguramente que la identidad de la personalidad no depende de la separación numérica en la forma que habitualmente pensamos... La personalidad no tiene el tipo de unidad que nosotros asociamos con la separación numérica».

No debemos sobrevalorar la influencia que estos dos modelos de la mente, el dipsiquismo y el polipsiquismo, ejercieron sobre los sistemas de la nueva psiquiatría dinámica. El dipsiquismo en su variedad cerrada fue el modelo del que Janet derivó su concepto del subconsciente y Freud su primer concepto del inconsciente como suma total de recuerdos y tendencias reprimidos. La teoría de Jung sobre el inconsciente fue pronto de la variedad abierta, en tanto que el inconsciente individual está abierto al inconsciente colectivo de los arquetipos. Tanto Freud como Jung evolucionaron de un modelo dipsíquico a otro polipsíquico de la personalidad humana. En el primero, esto ocurrió cuando sustituyó su primer modelo del consciente-inconsciente por su triple modelo posterior del yo-ello-superyo, mientras que Jung desarrolló un sistema aún más complejo.

---

[86] G. N. M. Tyrrell, *Personality of Man*, Baltimore, Penguin Books, Inc., 1947, págs. 158-160, 198.

Conceptos de psicogénesis y enfermedad

Uno de los temas más constantes de la primera psiquiatría dinámica fue el de la psicogénesis de numerosas situaciones mentales y físicas. La psicogénesis de la enfermedad se evidenció sobre todo por las curas realizadas con ayuda del magnetismo e hipnotismo. También se crearon teorías con relación a la patogénesis.

La teoría fluidista

Mesmer creía haber descubierto la existencia de un fluido físico universal, cuyo equilibrio o alteraciones explicaban la salud o la enfermedad. Sus discípulos dieron tres explicaciones de la enfermedad: insuficiencia, mala distribución, o mala calidad del fluido. Se suponía que el magnetizador, por medio de la relación, transmitía al paciente su propio fluido, más fuerte y mejor, restableciendo de este modo el equilibrio de aquél. Ciertos magnetizadores eran capaces de hacer que sus pacientes vieran el propio fluido, cuya forma y color describían. Incluso después de que Puységur hubiera demostrado la naturaleza psicológica de la curación magnética, la teoría fluidista persistió al lado de la psicológica durante todo el siglo XIX. Luego reaparecería en versiones modernizadas; por ejemplo, hacia 1880, con la teoría de Reichenbach del «Od», y todavía tiene adeptos que creen en la teoría de la transmisión de ondas cerebrales desde el hipnotizador hasta el sujeto.

Abandonada la teoría del fluido, se recurrió a conceptos psicológicos, como el poder de la voluntad (Puységur), o posteriormente la idea de fuerzas psicológicas o de energía nerviosa. A finales del siglo XIX, los hipnotizadores mantenían la idea, compartida por muchos médicos académicos, de que la enfermedad era el resultado de la falta de energía nerviosa. A pesar de su vaguedad, este concepto estuvo presente en la primera psiquiatría dinámica y fue desarrollado posteriormente por Janet, Freud, Jung y otros.

Ideodinamismo

El fenómeno de la hipnosis demostró cómo la implantación de una idea en condiciones de sonambulismo podía llevar a la evolución autónoma de la misma y a su materialización en el sentido de realización de la sugestión poshipnótica. Los primeros magnetizadores se maravillaron de este hecho, que encajaba bien dentro de las teorías asociacionistas dinámicas de Herbart en Alemania, así como en la filosofía de Laromiguiè-

re en Francia [87]. Se llegó así de forma completamente natural a la suposición de que ciertos síntomas morbosos podían derivar de ideas implantadas en la mente mediante algún tipo de sugestión. La idea progresó en la segunda mitad del siglo XIX. Liébeault escribió en 1873:

> Una idea inducida durante el sonambulismo artificial se convierte en idea fija y permanece de forma inconsciente al despertar... Sigue su curso a pesar de la actividad cerebral corriente, con un ímpetu que nada puede parar. Más aún, mientras la mente está ocupada con las acciones diarias de la vida normal que el sujeto realiza de forma consciente y por propia voluntad, algunas de las ideas sugeridas en ese estado pasivo anterior continúan su movimiento oculto. Ningún obstáculo puede detenerlas en su curso fatal... [88].

En una clase sobre parálisis histéricas dada en mayo de 1885, Charcot mencionó que era un hecho bien conocido que, por medio de la sugestión,

> ...una idea, un grupo coherente de ideas asociadas, toman posesión de la mente como parásitos, permaneciendo aisladas del resto de la mente y expresándose al exterior a través de fenómenos motores... El grupo de ideas sugeridas se encuentra aislado y separado del control del gran número de ideas personales acumuladas y organizadas durante largo tiempo, que constituyen la conciencia propiamente dicha, es decir, el yo [89].

Charcot llegó a la conclusión de que la parálisis histérica se originaba de la misma forma, aunque espontáneamente. A partir de ahí se sostuvo la tesis de que fragmentos pequeños y extinguidos de la personalidad podían seguir un desarrollo invisible propio y manifestarse por medio de alteraciones clínicas. Janet denominó a este fenómeno ideas fijas subconscientes y declaró:

> Habría que recorrer toda la patología mental y parte de la patología física para mostrar las alteraciones producidas por una idea separada de la conciencia personal... La idea, al igual que un virus, se desarrolla en un extremo de la personalidad inaccesible para el sujeto, trabaja de forma subconsciente, y hace surgir todos los trastornos de la histeria y de la enfermedad mental [90].

Posteriormente, cuando Jung definió lo que denominó «complejo», lo equiparó con lo que Janet había denominado *idée fixe subconsciente*.

La vieja teoría de la imaginación, descartada por Mesmer y reemplazada por su teoría fluidista, se consideró superada durante el siglo XIX. Sin

---

[87] Según G. de Morsier, el principio de ideodinamismo fue introducido en psiquiatría por Esquirol, el cual lo había tomado de la psicología de las «facultades del alma» enseñada por Laromiguière, a cuyos cursos había asistido. Ver «Les Hallucinations» de G. de Morsier, *Revue d'Oto-Neuro-Opthalmologie*, XVI (1938), 244-352.

[88] A. A. Liébeault; *Ebauche de psychologie*, París, Masson, 1873, pág. 176.

[89] J. M. Charcot, *Leçons sur les maladies du système nerveux*, en *Oeuvres Complètes*, III, págs. 335-337.

[90] Pierre Janet, *L'Automatisme psychologique*, París, Alcan, 1889, pág. 436.

embargo, rechazada a su vez la teoría del fluido, había que buscar una nueva explicación para las diversas y misteriosas apariciones, desapariciones y metamorfosis de los fenómenos comprobados en los pacientes hipnotizados, en las enfermedades magnéticas y en los pacientes histéricos. El viejo término de «sugestión» encontró de nuevo apoyo junto con la autosugestión, y ambos fueron a designar todo el campo cubierto anteriormente por la noción de imaginación.

En las postrimerías del siglo XIX, magnetizadores y médicos tomaron cada vez más conciencia de la existencia de una tendencia entre los individuos histéricos e hipnotizados a simular, de forma más o menos consciente, toda clase de síntomas, y a producir situaciones en las que trataban de involucrarles a ellos. Se advirtió también que la «mitomanía», acuñada posteriormente por Dupré, era aplicable a un gran número de histéricos. En realidad, la mitomanía debería entenderse como un aspecto particular de un concepto más amplio, el de la función mitopoética del inconsciente. Con la excepción de algunos estudios brillantes como el de Flournoy sobre su médium Hélène Smith, dicha función no ha recibido la atención que merece, y es lamentable que los nuevos sistemas de psiquiatría dinámica no hayan llenado todavía esta laguna.

Procedimientos psicoterapéuticos

El siglo XIX fue una gran era para la psicoterapia. En 1803 Reil, en su libro *Rhapsodien*, presentó un programa completo de métodos psicoterapéuticos para la curación de enfermedades mentales. En países como Francia, Inglaterra y los Estados Unidos se aplicaron diversos métodos de terapia moral con grado variable de éxito. Tanto los magnetizadores como los hipnotizadores dedicaban esfuerzos considerables a la curación de enfermedades nerviosas y de alteraciones físicas.

La terapia mesmérica, con la magnetización mediante pases, trataba de provocar la crisis. Como hemos visto, esta crisis era a la vez la forma de hacer surgir los síntomas y el primer paso hacia su eliminación. En realidad, era una variedad de lo que en la actualidad denominamos terapia catártica.

Surgiendo con Puységur, el *sonambulismo artificial* se convirtió en el arma terapéutica más importante, posición que mantuvo hasta finales del siglo. Se debería destacar que el hipnotismo ejerce sus efectos terapéuticos de diversas formas. En ocasiones el paciente mejora debido al efecto benéfico del propio sueño hipnótico, sueño del que algunos daban descripciones maravillosas. Uno de los pacientes de Bjerre, por ejemplo, habló de una «...sensación de lo más maravilloso, un sentimiento de concentración del propio yo con el propio cuerpo, como si uno se encontrara aisla-

do dentro del propio yo. Todo desaparece, sólo queda el yo consciente. Esta concentración es el reposo más absoluto que se puede imaginar» [91].

Bjerre supuso que «la hipnosis es un retroceso temporal hacia el estado primario de reposo propio de la vida fetal». Utilizada de esta forma, la hipnosis actuó aparentemente como un poderoso sedante.

En ocasiones, pero no siempre, el hipnotismo actuó por medio de la sugestión, es decir, la implantación directa de una idea en la mente pasiva del paciente. Sin embargo, esta acción ha sido mal entendida muchas veces. Las sugestiones hipnóticas no se forzaban necesariamente en el sujeto. Es cierto que ha existido una tendencia a la sugestión imperativa, que se puede seguir históricamente desde Faria a través de Noizet hasta Liébeault y la Escuela de Nancy. Tales sugestiones imperativas actuaban mejor en personas que ocupaban puestos subalternos en la vida y estaban acostumbradas a obedecer órdenes (soldados y obreros), o en las de voluntad débil o que estaban ansiosas de someterla a la del hipnotizador. Pero aun en tales casos, su poder tenía limitaciones. Cuando se utilizaban con una persona que no deseaba someterse, no se obtenían resultados en absoluto, o bien sugerían únicamente una eliminación temporal de los síntomas, que posteriormente reaparecían o eran reemplazados por otros.

Otro tipo de curación hipnótica que no ha recibido atención suficiente implica una especie de regateo entre el paciente y el hipnotizador. Es una reminiscencia de lo que ocurría muchas veces en el exorcismo, de las largas discusiones entre el exorcista y los espíritus malignos, y de la conformidad por parte del espíritu de alejarse en un momento dado y bajo ciertas condiciones. Algo semejante ocurría de forma repetida en la cura magnética. Durante el sueño sonámbulo, el paciente predecía la evolución de sus síntomas y profetizaba la fecha exacta de su curación definitiva. También podía prescribir su propio tratamiento. Para el magnetizador no era nada fácil encontrar el punto de equilibrio con las peticiones de su paciente sin exponerse a ser manejado por él. La historia de Estelle es un ejemplo característico: mientras que aparentemente aceptaba sus numerosos caprichos, Despine trataba de conseguir un retroceso constante y gradual de sus síntomas, de forma que cada uno de dichos retrocesos fuera aceptado por la paciente. Este tipo de terapia hipnótica estuvo muy extendido durante la primera mitad del siglo XIX, pero fue olvidado posteriormente, debido fundamentalmente a que tanto la escuela de la Salpêtrière como la de Nancy utilizaban el método de la orden en la cura hipnótica. No obstante, incluso con Bernheim se encuentran en ocasiones algunas características de este primer método [92]. Se sabe, por ejemplo,

[91] Poul Bjerre, *The History and Practice of Psychoanalysis*, trad. ingl., edición revisada, Boston, Badger, 1920, págs. 198-217.

[92] Hippolyte Bernheim, *De la suggestion et de ses applications à la thérapeutique*, París, Doin, 1886.

que Bernheim dijo a una mujer afectada de afonía histérica que pronto recuperaría la voz y que ella sabía la fecha en que esto ocurriría. La respuesta de la paciente fue «en ocho días»; en efecto, ocho días más tarde la paciente pudo hablar.

A finales del siglo XIX se comenzó a aplicar un nuevo método de curación hipnótica: el método catártico, que consistía en descubrir y atacar la raíz inconsciente del síntoma. Sin embargo, queda todavía por explicar hasta qué punto se consiguieron ciertas curas supuestamente «catárticas» mediante un proceso de compromiso entre el paciente y el médico, del que este último no era consciente.

La sugestión en estado de vigilia, el tercer y gran procedimiento terapéutico, ya se practicaba a comienzos del siglo XIX bajo el nombre de fascinación. Su uso se extendió en la década de 1880 con Liébeault, Bernheim y la Escuela de Nancy. La sugestión está basada en el concepto de «ideodinamismo», es decir, en frase de Bernheim, «la tendencia de una idea a materializarse en un acto». Según él, el estado hipnótico era el resultado de una sugestión inducida con vistas a facilitar otra sugestión. Por otra parte, no había diferencias fundamentales entre la sugestión bajo hipnosis y la sugestión en estado de vigilia. Hacia finales del siglo XIX, la palabra «sugestión» se utilizó con tal profusión que llegó a perder su significado.

El camino terapéutico: la relación

Cualquiera que fuese el procedimiento psicoterapéutico, mostraba la misma característica básica: la presencia y utilización de la relación. Este término fue utilizado por Mesmer desde el comienzo y manejado por generaciones de magnetizadores e hipnotizadores hasta comienzos del siglo XX, mientras que el concepto se desarrollaba y perfeccionaba de forma gradual. Parece que Mesmer tomó la palabra de la física contemporánea: en experimentos populares en aquella época, las personas formaban cadenas tocándose unas a otras, transmitiendo de este modo la corriente eléctrica originada en la máquina; para conseguir esto, se habían puesto en relación unas con otras. De la misma forma, Mesmer puso a sus pacientes en relación directa con el *baquet* o bien unos con otros. Cuando magnetizaba a un paciente, se consideraba asimismo como una fuente de fluido magnético, con la cual se tenía que poner en relación aquél según ciertas condiciones. No se sabe hasta qué punto Mesmer tuvo conciencia de que la relación así establecida con sus pacientes sobrepasaba lo estrictamente físico. Puységur sí que comprendió sus implicaciones psicológicas. Al leer los escritos de los primeros magnetizadores, uno se siente sorprendido por la tremenda importancia que atribuían a la relación.

En realidad, el fenómeno no era tan nuevo como parecía; ya era conocido en los métodos del exorcismo. Aldous Huxley señala que «la relación entre el endemoniado y el exorcista probablemente sea incluso más íntima que la existente entre el psiquíatra y el neurótico»[93]. Desde luego, era bien conocido el tipo específico de relación existente entre el confesor y el penitente, y Noizet probablemente se refirió a él cuando comparó al magnetizador con el *directeur* (es decir, *directeur de conscience* o «director espiritual»)[94].

Al lado de estas semejanzas, la relación magnética tenía ciertas características propias, que fueron objeto de estudios intensivos por parte de los primeros mesmeristas. Lo que más les impresionaba era la sensibilidad peculiar del magnetizado hacia el magnetizador, y su capacidad para percibir los pensamientos de este último [illegible] ya en 1784, se introdujo el término «reciprocidad magnética»[95].

Se conocía igualmente desde el principio la posibilidad de una connotación erótica en la relación magnética, ya que, como hemos visto, se sometió a la atención del rey en un apéndice secreto al Informe de los comisionados. Hemos visto asimismo que se consideró la posibilidad de seducción, desechada en 1785 por Tardif de Montrevel, aunque este mismo autor admitió que se podría desarrollar cierto tipo de relación platónica entre el magnetizador y el magnetizado[96]. En 1787 un novelista escribió que, dado que el magnetizador era activo mientras que el magnetizado era pasivo, se podía desarrollar con facilidad una situación peligrosa siempre que el magnetizador varón y la magnetizada hembra fueran jóvenes[97]. En 1817 un tal Klinger escribió una curiosa tesis en latín que contiene una prolija comparación entre el *commercium magneticum* (la relación magnética) y el acto de la generación[98]. En Alemania, la estructura de la relación se analizó desde el punto de vista de la «simpatía», concepto éste elaborado por los promotores de la filosofía de la Naturaleza. Friedrich Hufeland[99] afirmó que es la relación más íntima que puede existir entre dos seres humanos y la única comparable con la existente entre el feto y el claustro materno. Según Hufeland, cada curación con-

---

[93] Aldous Huxley, *The Devils of Loudun*, Nueva York, Harper and Row, 1952, pág. 183.

[94] Noizet, *Mémoire sur le somnambulisme et le magnétisme animal*, dirigida en 1820 a la Academia Real de Berlín, París, Plon, 1854, pág. 96.

[95] Anón., *La Vision, contenant l'explication de l'écrit intitulé: Traces du magnétisme, et la théorie des vrais sages. A Memphis*, París, Couturier, 1784, págs. 22, 26.

[96] Tardif de Montrevel, *Essais sur la théorie du somnambulisme magnétique*, Londres, 1785.

[97] Villers, *Le Magnétiseur amoureux*, Génova, 1787.

[98] J. A. Klinger, *De Magnetismo Animali*, Wirceburgi, Nitribit, 1817.

[99] Friedrich Hufeland, *Über Sympathie*, Weimar, Verlag des Landes-Industrie-Comptoir, 1811, pág. 110.

seguida mediante el magnetismo animal sigue las mismas fases que el niño todavía no nacido dentro del claustro materno.

Todos los magnetizadores franceses estudiaron la relación con detalle y la distinguieron de la influencia, esto es, su prolongación entre las sesiones. Aubin Gauthier distinguió meticulosamente entre las crisis magnéticas (sonambulismo inducido) y el estado magnético, durante el cual el magnetizador podría ejercer todavía un cierto efecto sobre su sujeto. Charpignon sostenía que no era raro que entre una y otra sesión un sujeto recibiera de su magnetizador una visión tan clara y verdadera que no se sintiera alterado por ella [100]. En Alemania, Von Schubert destacó la fascinación ejercida sobre el sujeto por cualquier cosa que proviniera del magnetizador. Algunos pacientes beberían solamente aquello que hubiera sido tocado por él. Von Schubert destacó además que adoptarían las teorías médicas presentes en la mente del magnetizador y darían prescripciones en tal sentido encaminadas a su propia curación [101].

Los alemanes Gmelin y Heinecken habían notado que pacientes magnetizados por el mismo magnetizador sentían una irresistible atracción entre sí. Un autor escocés anónimo observó exactamente el mismo fenómeno; los pacientes a los que él había magnetizado se sentían muy atraídos entre sí, se daban unos a otros nombres mesméricos, y se consideraban como hermanos y hermanas [102].

La noción de relación, que había sido tan fuerte y clara a comienzos del siglo XIX, se desdibujó posteriormente algo, debido en parte a la insistencia de Braid sobre la hipnosis autoinducida y sobre el papel del paciente. Ni Charcot ni Bernheim prestaron mucha atención a ella. Pero a partir de 1885 hubo un resurgir del interés tras los primeros experimentos de Janet con «Léonie». En busca de una explicación plausible para este hecho de sugestión mental, Ruault analizó cuidadosamente la estructura de la relación existente entre el hipnotizador y su sujeto [103]. Halló que este último tenía los pensamientos constantemente fijos en la persona del hipnotizador, tanto durante las sesiones como en los intervalos entre ellas. Durante las sesiones era hipersensible al hipnotizador, hasta el punto de que podía percibir los signos más tenues de este último. Por efecto de la costumbre y del entrenamiento se desarrollaba entre ellos un proceso de mutua comprensión mediante signos, del cual no era consciente ninguno de los dos. El sujeto se hacía sensible a los

---

100 Charpignon, *Physiologie, médecine et métaphysique du magnétisme*, 2.ª ed., París, Baillière, 1848.

101 Gotthilf Heinrich von Schubert, *Ansichten von der Nachtseite der Naturwissenschaft*, Leipzig, Weigel, 1808.

102 *Mesmerism, Its History, Phenomena, and Practice: with Reports of Cases Developed in Scotland*, Edimburgo, Fraser and Co., 1843, págs. 101-106.

103 Albert Ruault, «Le Mécanisme de la suggestion hypnotique», *Revue Philosophique*, XX, II, (1886), 676-697.

matices más delicados de los pensamientos del hipnotizador sin saber cómo, y sin que éste mismo fuera consciente de ello. Más aún, había sido entrenado por el magnetizador y creía en él y en sus poderes sobrenaturales. Ruault añadió que muchos magnetizadores inculcaban en la mente de sus pacientes que nadie sino ellos era capaz de magnetizarlos. Algunos incluso repetían esta sugestión al término de cada sesión o daban a sus pacientes un talismán que debían conservar siempre sobre su cuerpo. Así es como la influencia del magnetizador se hizo lo suficientemente poderosa como para poder actuar sobre sus sujetos a distancia, y en ocasiones incluso involuntariamente. Se confirmaba así la creencia del magnetizador en sus propios poderes, su autoconfianza, con el consiguiente aumento de su poder sobre sus diversos sujetos.

En 1889 Janet mencionó brevemente este tema en su *Automatisme psychologique* [104]. Subrayó la importancia de la electividad en la relación y el hecho de que el sujeto tenía una especie de alucinación negativa para todo lo que no estuviera conectado directamente con el magnetizador (lo que en lenguaje moderno se denominaría «escotoma»). El mismo factor fue subrayado por Moll en 1892 [105]. En el Congreso Internacional de Psicología celebrado en Munich en 1896, Janet presentó una teoría bien elaborada sobre la relación y la influencia sonámbula [106]. Había analizado al detalle lo que ocurría en la mente de sus pacientes en los intervalos entre las sesiones hipnóticas y halló que, en una primera fase (de influencia propiamente dicha), se producía aparentemente una gran mejoría. El paciente histérico se encontraba libre de la mayoría de sus síntomas; se sentía más feliz, más activo y más inteligente, y no pensaba mucho en su hipnotizador. Seguía una segunda fase, la de pasión sonámbula, en la que reaparecían los síntomas, y el paciente sentía cada vez mayor necesidad de ver al hipnotizador y de ser hipnotizado. Esta necesidad asumía muchas veces la forma de pasión. Según el caso, podía traducirse en amor ardiente, celos, miedo supersticioso o respeto profundo, y se acompañaba del sentimiento de haber sido aceptado o rechazado. En ocasiones el sujeto veía al hipnotizador en sueños o en alucinaciones. Janet descubrió el hecho muy importante de que las sugestiones poshipnóticas se obedecían fundamentalmente durante el período de influencia sonámbula, y en mucho menor grado durante la fase de pasión sonámbula. Destacó las implicaciones terapéuticas de estas observaciones.

---

104 Pierre Janet, *L'Automatisme psychologique*, París, Alcan, 1889, págs. 283-290.

105 Albert Moll, «Der Rapport in der Hypnose», *Schriften der Gesellschaft für psychologische Forschung*, Leipzig, Abel, III, IV (1892), 273-514.

106 Pierre Janet, «L'Influence somnambulique et le besoin de direction», *III. Internationaler Congress für Psychologie in München, 1896*, Munich, J. F. Lehmann, 1897, págs. 143-147.

Janet amplió su trabajo y lo publicó de nuevo un año más tarde, en 1897 [107]. Basándose en experiencias con treinta pacientes, confirmó que las sugestiones poshipnóticas se debían llevar a cabo mientras durase la influencia sonámbula. Más aún, analizó el sentimiento del sujeto hacia el hipnotizador durante el período de pasión sonámbula y encontró que era una mezcla, diferente de un paciente a otro, de pasión erótica, amor filial o maternal, y otros sentimientos en los que siempre había un cierto tipo de amor. Sin embargo, el factor fundamental era la *besoin de direction* del paciente, la necesidad de ser dirigido. Las implicaciones terapéuticas eran dobles: primero, el terapeuta tenía que tomar por completo el mando de la mente del paciente. Una vez conseguido éste, tenía que enseñar al paciente a manejarse sin él, espaciando de forma gradual los intervalos entre las sesiones. El paciente debía ser consciente además de sus propios sentimientos.

Las investigaciones de Janet sobre la influencia sonámbula despertaron un interés considerable y estimularon otras observaciones sobre el mismo tema. Sollier concordó con la descripción de Janet y añadió otro hecho de su propia experiencia: para el sujeto era muy importante que el hipnotizador supiera muchas cosas acerca de él, en particular cuando se habían llevado a cabo experiencias sobre regresión de edad [108]. Sentía entonces como si aquél le conociera de toda la vida.

Mucho había cambiado desde el primer concepto eléctrico de Mesmer sobre la relación. Esta nueva noción recibió una elaboración psicológica compleja por parte de magnetizadores e hipnotizadores antes de culminar con Janet, que consideró la influencia como una variedad peculiar de sentimientos hacia el hipnotizador mezclada con la necesidad del paciente de ser dirigido por aquél, lo que el hipnotizador podía utilizar como una poderosa arma terapéutica.

El psicoterapeuta

Magnetizadores e hipnotizadores constituyeron un nuevo tipo de terapeuta, que tenía mucho en común y era al mismo tiempo muy distinto de todos los existentes antes. No sólo consideraban ambos grupos a Mesmer y Puységur como sus grandes fundadores, y no sólo compartían doctrinas y técnicas similares, sino que tenían también sus asociaciones, sus publicaciones y su ética profesional.

En la actualidad nos resulta difícil imaginar su aspecto, sus pensamientos y su modo de trabajar en la práctica diaria. Podemos, sin embargo, arrojar algo de luz sobre este tema leyendo algunos de sus viejos

[107] *Ibid.*, *Revue Philosophique*, XLIII, I (1897), 113-143.
[108] Paul Sollier, *L'Hystérie et son traitement*, París, Alcan, 1901, pág. 161.

libros de texto, como los de Deleuze, Bertrand, Charpignon y en especial el de Aubin Gauthier [109]. El magnetizador, dice Gauthier, debe estar sano para no transmitir sus propias enfermedades a sus pacientes; en caso de enfermar, tendrá que «purificarse» antes de volver a su trabajo. Debe llevar una vida «sabia y regular», ser sobrio, tranquilo, reservado, amable y digno, y no hablar demasiado, así como ser rigurosamente honrado y escrupuloso. Para hacerse magnetizador hay que seguir un curso de enseñanza y leer los trabajos de Mesmer, Puységur y todos los clásicos del magnetismo. Ya no se puede aceptar, dice Gauthier, el viejo principio mantenido por Puységur de que el magnetizador no debe aceptar pago alguno por el tratamiento, ya que un hombre que dedica tal cantidad de tiempo al estudio del magnetismo posiblemente no pueda dar el tratamiento gratis. Merece incluso unos honorarios más altos que el médico, ya que debe poseer todas las cualidades de éste, y además conocer el magnetismo y tener una salud perfecta. No sólo ofrece su conocimiento, como hacen los médicos, sino que transmite sus fuerzas vitales a los pacientes. Para éstos, la elección del magnetizador adecuado es de importancia capital; ciertos magnetizadores tienen más éxito con algunos pacientes que con otros. El magnetizador nunca debe aceptar a un paciente si no está preparado para llevar el tratamiento hasta el final, porque en muchas ocasiones la interrupción del mismo puede ser peligrosa. Antes de comenzarlo, se debe concretar la cuestión de los honorarios, así como decidir los días y horas del tratamiento, tras lo cual el paciente deberá asistir puntualmente a las sesiones. Éste no debe guardar secretos para el magnetizador en lo referente a su enfermedad o a cualquier otra cosa que pueda ayudar a explicarla. Durante el tratamiento, se abstendrá de todo tipo de excesos, guardará una dieta moderada y se abstendrá de fumar. La duración del tratamiento puede variar desde una semana hasta seis meses o más, pero nunca se harán más de dos sesiones diarias. El magnetizador debe llevar un diario de cada paciente en el que registrará cada una de las sesiones. Ninguna mujer será hipnotizada a menos que esté presente su marido u otro testigo. Una regla básica es la abstención de cualquier tipo de experimentación con los propios pacientes. Los hechos clínicos proporcionarán al magnetizador la experiencia suficiente para satisfacer su curiosidad científica. Gauthier propuso un «juramento del magnetizador» inspirado en el hipocrático.

Otro problema que surgió en ese período fue el de la pretensión de los colegios médicos de que sólo fueran autorizados para la práctica del magnetismo los doctores en medicina. Los magnetizadores profanos se opusieron violentamente a esta petición. En 1831 la Académie de Médecine

[109] Aubin Gauthier, *Traité pratique du magnétisme et du somnambulisme*, París, Baillière, 1845, págs. 20-75, 309-354.

de París resolvió que podrían ser autorizados para la práctica del magnetismo, pero bajo control médico; tendrían que remitir sus diarios a intervalos regulares para que fueran inspeccionados por médicos. Esta regla se cumplió en muy raras ocasiones.

Tenemos una serie de interesantes autobiografías, la mayoría de ellas escritas por magnetizadores de teatro o ambulantes. Uno de los más célebres en Francia, el Barón Du Potet de Sennevoy, nos relata que nació en 1796 en el seno de una familia aristocrática arruinada [110]. Admite haber sido un mal alumno y un niño rebelde. Habiendo oído hablar del magnetismo, trató de ponerlo en práctica con dos muchachas jóvenes, quedando aterrorizado cuando, durante horas, fue incapaz de sacarlas de su condición magnética. No obstante, este incidente le llevó a la convicción de que poseía grandes poderes magnéticos. Marchó a París para estudiar la nueva ciencia, pero no pasó mucho tiempo sin que rompiera con sus colegas y fundara su propia escuela. Hombre orgulloso y arrogante, estaba convencido de que «era la encarnación del magnetismo» y que tenía una misión que cumplir. Tras introducir la técnica del «espejo mágico», evolucionó de forma gradual hacia la magia y parece haber desarrollado verdaderos delirios de grandeza.

El conde de Maricourt, otro magnetizador muy conocido de esta época, había pasado su infancia en Nápoles, donde fue introducido en el magnetismo por un anciano sacerdote irlandés y un viejo médico italiano que lo practicaba. Sus primeros intentos fueron casi tan desgraciados como los de Du Potet. De regreso a Francia, asistió a una representación dada por un magnetizador ambulante para los estudiantes de su colegio, uno de los cuales sufrió graves accidentes después de haber sido magnetizado. Sin embargo, el joven De Maricourt no se desanimó por ello. Tan pronto como llegó a París, fue a ver al magnetizador Marcillet y a su ilustre *sonámbulo* Alexis. Posteriormente adoptó las enseñanzas de Du Potet y escribió una larga comparación entre el puysegurismo (que implica el sueño magnético) y el potetismo (estado de fascinación sin sueño). Más tarde se convirtió en espiritista y estudió la relación entre los espíritus encarnados y los desencarnados [111].

Un trabajo delicioso y olvidado es la autobiografía de Charles Lafontaine [112]. Nacido en 1803, también afirmó pertenecer a una de las más antiguas y aristocráticas familias francesas. Su padre ocupó un importante cargo administrativo, y el joven Charles empezó a trabajar con él. Sin embargo, deseando convertirse en actor, abandonó a su familia y marchó

[110] Barón Du Potet, *La Magie dévoilée, ou principes de science occulte*, 3.ª ed., París, Vigot, 1893, págs. 1-58.

[111] R., Conde de Maricourt, *Souvenirs d'un magnétiseur*, París, Plon, 1884.

[112] Charles Lafontaine, *Mémoires d'un magnétiseur*, 2 vols., París, Germer-B. Baillière, 1886.

a París, donde trabajó en compañías de teatro durante varios años, experimentando muchas «subidas» y «bajadas». En una ocasión magnetizó por accidente a una mujer en la que descubrió una lúcida *sonámbula* y, al mismo tiempo, su propia posesión de grandes poderes magnéticos. Relata que el día que se convirtió en magnetizador fue ignorado por su familia, sus amigos y sus antiguas amistades y tratado como un proscrito. Entonces se dedicó al magnetismo, que se convirtió en su único interés en una vida de constante vagabundeo y lucha. Llevó a cabo grandes representaciones teatrales, que en ocasiones terminaban en tumultos en los que tenía que intervenir la policía. También trató de forma privada a numerosos pacientes. Según su propio relato, dondequiera que iba los ciegos veían, los sordos oían y los paralíticos andaban. En la ciudad de Rennes magnetizó a una mujer y la enseñó un papel teatral que ella representaba maravillosamente en escena ante una gran audiencia y del que no recordaba nada en estado de vigilia. Viajó a Londres, donde fue tal su éxito que los ladrones quedaron atemorizados, hasta el punto de que podía visitar con toda seguridad los peores tugurios. Tras su viaje a Manchester, un cirujano de esta ciudad llamado Braid se convirtió al magnetismo y posteriormente se dio a conocer como el promotor del braidismo. El libro de Lafontaine se lee como una entretenida novela de aventuras.

Otra autobiografía digna de mención, aunque escrita en un estilo ampuloso, es la de Auguste Lassaigne [113]. Nacido en Toulouse en 1819, trabajó al principio en una fábrica, a la vez que leía historias fantásticas y aprendía juegos de manos en su tiempo libre. Sus trucos le proporcionaron tanto éxito que decidió vivir de esta habilidad. Durante una de sus giras encontró a una joven de dieciocho años, Prudence Bernard, sonámbula natural. Observó cómo era tratada por un magnetizador, con lo que desapareció su escepticismo acerca del magnetismo; pronto se convirtió en un apóstol de esa doctrina. Se casó con Prudence y la llevó consigo en sus viajes, magnetizándola públicamente. Lassaigne creía estar destinado a una misión sagrada; consideraba el magnetismo como una ciencia sublime, capaz de llegar a los misterios más profundos de la naturaleza humana. Admitía, sin embargo, que debía haber también algo muy humano alrededor de tales misterios. Notó que el magnetismo podía producir una «voluptuosidad divina» en la mujer magnetizada, y que estas sensaciones serían infinitamente más deliciosas si la mujer amaba al magnetizador. De Prudence dijo que «en estado de vigilia es una mujer; en estado sonámbulo, un ángel». Creía que el destino de ella era devolver a Francia a la Verdadera Fe, y la comparaba con Juana de Arco. El libro

[113] Auguste Lassaigne, *Mémoires d'un magnétiseur, contenant la biographie de la somnambule Prudence Bernard*, París, Baillière et Dentu, 1851.

está lleno de ácidas invectivas contra los enemigos del magnetismo. Contiene también curiosas disquisiciones sobre la influencia del matrimonio sobre la relación existente entre el magnetizador y su sonámbula. Las dificultades resultantes de una pequeña desarmonía matrimonial dan lugar al fallo del experimento sonámbulo. «El magnetismo», concluye Lassaigne, «es la ciencia del futuro».

Hay que tener en cuenta que estas autobiografías nos informan únicamente de un tipo de magnetizador. En realidad, la mayoría de los magnetizadores eran hombres tranquilos, reservados, que, además de su profesión, médica o no, practicaban el magnetismo sobre unos pocos pacientes y registraban cuidadosamente sus observaciones, que discutían en pequeñas sociedades locales. Con ellos entró Janet en contacto cuando era un joven profesor en El Havre. En repetidas ocasiones diría después que eran ellos los que habían descubierto todo lo que Charcot, Bernheim y sus contemporáneos se atribuían.

El impacto cultural de la primera psiquiatría dinámica

La primera psiquiatría dinámica ejerció una gran influencia sobre la filosofía, la literatura e incluso sobre las artes. Tres tendencias fundamentales de esa ciencia surgieron en orden correlativo: el magnetismo animal, el espiritismo y las enseñanzas del hipnotismo y la personalidad múltiple.

Ya en 1787 un escritor, Charles de Villers, que había servido como oficial de artillería bajo las órdenes de Puységur, publicó una novela, *Le magnétiseur amoureux*, en la que desarrollaba una teoría filosófica deducida del fenómeno del magnetismo.

En 1790 el magnetismo animal se había extendido tanto en Alemania que era una práctica casi común consultar a sonámbulos los problemas de enfermedad y salud, pedirles consejos prácticos y en ocasiones incluso guía espiritual. No faltaba tampoco una aguda oposición a esa tendencia, y los enemigos del mesmerismo la convertían en blanco fácil de sus burlas. En 1786 se contó que una actriz simulaba de forma tan convincente enfermedades y sonambulismo que engañó a varios médicos [114]. El propio Federico Guillermo II, rey de Prusia y sucesor de Federico el Grande, fue víctima de una extraordinaria intriga elaborada a su alrededor por un grupo de cínicos cortesanos. Contrataron la ayuda de una sonámbula, una jorobada a la que instruyeron para simular un trance y actuar como si su espíritu estuviera en comunicación con Dios omnipotente. Las pre-

[114] *Lichtenbergs Magazin für das Neueste aus der Physik und Naturgeschichte*, IV, (1786), 201-203.

tendidas palabras divinas que ella transmitía al rey tenían su origen, desde luego, en quienes la empleaban. De esta forma obtuvieron del rey todos los honores y riquezas que ambicionaban, y asimismo influyeron en sus decisiones políticas hasta que se enfrentaron con la condesa Lichtenau, reina consorte. El rey dejó entonces de creer en la sonámbula, que perdió su favor [115].

A despecho de tales incidentes, el mesmerismo progresó de forma constante en Alemania. Desde 1790 a 1820 no sólo lo profesaron hombres como Gmelin, Kluge y Kieser, sino que consiguió introducirse también en las universidades de Bonn y Berlín. Médicos famosos como Wolfart, Hufeland y Reil estaban convencidos de su validez. Entre los filósofos y escritores, algunos se mostraron escépticos; Goethe, por ejemplo, nunca demostró el menor interés por él. En cambio, los promotores de la filosofía de la Naturaleza lo aclamaron como un descubrimiento de los que hacen época. Schelling vio en el sonambulismo magnético un medio de establecer conexión entre el hombre y el Alma Universal, y de sentar la base de la metafísica experimental. Fichte se mostró más crítico, pero, habiendo observado varias demostraciones con sonámbulos, llegó a la conclusión de la relatividad del yo y dijo que la individualidad del hombre podía ser alterada, dividida o sujeta a la voluntad de otro [116]. Schopenhauer, que había quedado profundamente impresionado por las demostraciones públicas de Regazzoni en 1854, expresó repetidamente en sus escritos su interés por el magnetismo [117]. «Aunque no desde un punto de vista económico o técnico, sino filosófico, el magnetismo animal es el descubrimiento más trascendental (*inhaltsschwer*) jamás realizado, aun cuando, en el momento actual, plantee más enigmas de los que resuelve» [118].

El impacto del magnetismo lo acusaron por igual los teólogos protestantes y católicos, y tuvo una importancia particular para un grupo de filósofos místicos católicos. Windischmann propugnó un «arte curativo cristiano», que practicarían los sacerdotes combinando los sacramentos de la Iglesia con la ciencia del magnetismo [119]. Ennemoser recomendó la magnetización de los niños en el vientre materno y la de los árboles en

---

115 Henri Brunschwig, *La Crise de l'état prussien à la fin du 18e siècle et la genése de la mentalité romantique*, París, Presses Universitaires de France, 1947, págs. 197-200.

116 Xavier Leon, *Fichte et son temps. II. Fichte à Berlin*, 1789-1813; 2.ª parte, París, Colin, 1927, págs. 280-282.

117 Wilhelm Gwinner, *Arthur Schopenhauer aus persönlichem Umgang dargestellt*, Leipzig, Brockhaus, 1922.

118 Arthur Schopenhauer, *Versuch über das Geistersehn und was damit zusammenhängt*, en *Parerga und Paralipomena I. Sämmtliche Werke*, IV, Leipzig, Reclam, s. d., pág. 304.

119 K. J. H. Windischmann, *Versuch über den Gang der Bildung in der heilenden Kunst*, Francfort, Andreä, 1809; *Ueber Etwas, das der Heilkunst Noth thut*, Leipzig, Cnobloch, 1824.

los campos [120]. Ringseis se convirtió en el promotor de una «medicina alemana cristiana» [121]. Ya hemos visto el tremendo interés despertado en filósofos y teólogos por Friedericke Hauffe, la adivina de Prevorst, y cómo Clemens Brentano, después de su conversión, pasó cinco años en Dülmen, recogiendo las revelaciones de Katharina Emmerich.

El mismo interés se reflejó en la literatura de la época. Apenas se hallará un poeta romántico alemán que no fuera influido por el magnetismo animal. El escritor cuyo trabajo, más que el de cualquier otro, acusa esa influencia, es E. T. A. Hoffmann. A partir de sus novelas y cuentos se puede recopilar un libro de texto completo sobre el magnetismo [122].

Hoffmann ve el sonambulismo magnético como la penetración verdadera de una persona en otra, por lo que lo compara al fenómeno de la posesión. Durante el sonambulismo, el magnetizado (la parte femenina pasiva) está en relación con el magnetizador (la parte masculina activa), pero hay más: el magnetizador es también un mediador (*ein Mittler*) entre el magnetizado y la armonía universal. Mas la sesión magnética no es sino un caso particular de un fenómeno más general. Las personas se magnetizan entre sí de forma inconsciente e inintencionada; de aquí la formación de «cadenas magnéticas» que unen a los individuos unos con otros. El mundo es un sistema de voluntades en el que la más débil resulta dominada por la más fuerte. El poder desconocido, del cual el magnetizador es un médium, tiene dos vertientes: puede ser bueno o malo. El magnetizador malo es una especie de vampiro moral que destruye a su sujeto. El magnetizado suele ser una personalidad débil, cándida, crédula e hipersensible. Por tanto, la relación magnética puede ser buena (amigable, paternal), o mala (demoníaca). Las nociones de personalidad dual y doble son particularmente destacables en la obra de Hoffmann.

Hoffmann dio algunas descripciones de curas magnéticas, en especial en el cuento *Das Sanktus* [123]. Bettina, una cantante, ha perdido su maravillosa voz, para desesperación del *Kapellmeister* (director) y del médico que fue incapaz de curarla. Éste se encuentra con una enfermedad misteriosa: Bettina puede hablar en voz alta, pero tan pronto como intenta cantar reaparece la afonía. No hace absolutamente ningún progreso. La enfermedad comenzó el Domingo de Resurrección cuando, después de haber cantado algunos solos, abandonó la iglesia cuando el tenor comenzaba a cantar el Sanctus. Un magnetizador que advirtió que iba a salir le pidió que no abandonara la iglesia todavía. Desde entonces, no pudo volver a cantar. El magnetizador, causante involuntario de la enfermedad, decide curarla. Mientras Bettina escucha detrás de la puerta, él le cuenta al *Kapellmeister* la historia de una mujer que había perdido la voz debido a un acto impío y que la recobró cuando alivió su conciencia. Al regresar tres meses más tarde, el magnetizador encuentra a Bettina curada. Esta historia demuestra que la cura magnética no es necesariamente el resultado de una orden sugestiva grabada en la mente del paciente, sino que tam-

120 Joseph Ennemoser, *Der Magnetismus nach der allseitigen Beziehung seines Wesens, seiner Erscheinungen, Anwendung und Enträthselung*, Leipzig, Brockhaus, 1819; *Der Magnetismus im Verhältnis zur Natur und Religion*, Stuttgart y Tubinga, Cotta, 1842.

121 Johann Nepomuk von Ringseis, *System der Medizin*, Ratisbona, Manz, 1841.

122 Paul Sucher, *Les Sources du merveilleux chez E. T. A. Hoffmann*, París, Librairie Felix Alcan, 1912.

123 E. T. A. Hofmann, *Das Sanktus*, en *Sämtliche Werke*, ed. Rudolf Frank, Munich y Leipzig, Rösl, IX (1924), 143-163.

bién puede provenir de un procedimiento psicológico más refinado. La enfermedad de Bettina había sido producida por una infortunada sugestión hecha en un momento en que ella se sentía culpable; no era consciente de la causa de su situación. El magnetizador le hace darse cuenta indirectamente de ella, y éste es ya el mecanismo de una cura catártica.

Como ya hemos visto, el mesmerismo encontró más resistencia y escepticismo en Francia que en Alemania. Mucha gente lo rechazó por completo, como hizo Napoleón cuando habló con Puységur: «Si su sonámbula es tan lista, hágale adivinar lo que haré dentro de ocho días y cuáles serán los números premiados en la lotería de mañana» [124]. El magnetismo fue condenado por la Académie y despreciado por las universidades. Entre los psiquíatras, se sabía que los experimentos realizados en los hospitales de Pinel y Esquirol no habían dado resultado y se decía que Georget había sido engañado por una paciente histérica. Los círculos religiosos se mostraban reacios o positivamente hostiles. Sin embargo, en 1846, el famoso predicador dominico padre Lacordaire declaró en unos sermones en la catedral de Notre-Dame que creía en el magnetismo, el cual consideraba como una serie de «fuerzas naturales aunque irregulares que no se pueden reducir a fórmulas científicas y que son utilizadas por Dios para confundir al materialismo contemporáneo» [125]. La influencia del magnetismo fue mucho más fuerte entre ciertos grupos de filósofos espiritualistas, místicos y esotéricos, así como en los círculos románticos. Varios de los más importantes escritores mostraron también gran interés por él.

Balzac era un convencido del magnetismo, lo recomendaba como tratamiento, e incluso lo practicó ocasionalmente; aparece además en varias de sus obras [126]. Paul Bourget ha demostrado que la «teoría de la voluntad» contenida en la novela *Louis Lambert* de Balzac es idéntica a la del fluido magnético según la interpretó Deleuze [127]. En *Ursule Mirouet*, otra de las obras de Balzac, un médico escéptico es presentado a un magnetizador que trabaja con una mujer sonámbula cuyo espíritu puede ser enviado a cualquier parte del mundo. A petición del médico, el espíritu de la sonámbula visita su casa en una ciudad de provincias y relata lo que allí está ocurriendo en aquel momento; cuenta incluso lo que el ama de llaves dice en sus oraciones. Al volver a casa, el médico comprueba que todos los detalles dados por la mujer eran exactos. Alejandro Dumas

---

124 Comte de Las Cases, *Le Mémorial de Ste-Héléne* (1823), París, ed. Pléiade, 1956, pág. 918.

125 Henri Dominique Lacordaire, *Conférences de Notre-Dame de Paris*, II, París, Sagnier et Bray, 1847, págs. 467-470.

126 Fernand Baldensperger, *Orientations étrangères chez Honoré de Balzac*, París, Champion, 1927.

127 Paul Bourget, *Au Service de l'ordre*, I, París, Plon, 1929, pág. 243.

creía que estaba revestido de poderes magnéticos, y su villa era escenario de experimentos magnéticos [128]. En una de sus novelas históricas, presenta a Cagliostro no como el impostor que era en realidad, sino como un gran mago y magnetizador [129]. Flaubert, en un episodio de su novela publicada a título póstumo, *Bouvard et Pécuchet*, da un retrato cómico de lo que podía llegar a ser el magnetismo en manos de autodidactas inexpertos. Los dos personajes organizan sesiones colectivas alrededor de un peral magnetizado, y tratan de curar a una vaca enferma por el mismo medio. Pero el magnetismo fue más explotado por los escritores populares que por los grandes. Un éxito de ventas de aquella época fue la novela de Frédéric Soulié, *Le magnétiseur* [130]. El villano, un alemán, magnetiza a una loca y de este modo averigua un incidente secreto que aquélla había presenciado en el pasado y que en la actualidad tenía olvidado en estado de vigilia. El magnetizador explota este secreto con propósitos de coacción.

En Inglaterra, Robert Browning escribió un poema bastante oscuro, *Mesmerism* (1855), en el que un magnetizador ordena a distancia a una mujer que acuda a su casa en una noche lluviosa. Queda aterrado por la influencia que su mente puede ejercer sobre otras y pide a Dios no hacer nunca mal uso de ella [131].

En los Estados Unidos, el interés por el magnetismo se desarrolló de forma más lenta, pero aumentó en importancia durante la década de 1830. Ya hemos visto su conexión con los orígenes de la Ciencia Cristiana y del espiritismo. Edgar Allan Poe quedó impresionado por la doctrina del magnetismo. Se ha supuesto que él fue el autor de un libro anónimo en el que se expresa el convencimiento de la realidad del fluido magnético, que cualquier sonámbulo podría supuestamente ver, «blanco como la luz», desparramando chispas brillantes [132]. Es conocido el cuento de Poe *The Facts in the Case of Mr. Valdemar*: el espíritu de un hombre agonizante está unido a su cuerpo muerto gracias a un magnetizador que fue amigo suyo. Semanas más tarde, cuando el espíritu resulta liberado al fin, el cuerpo entra instantáneamente en descomposición [133]. De modo incidental,

---

128 Joseph Adolphe Gentil, *Initiation aux mystères secrets de la théorie et de la pratique du Magnétisme, suivie d'expériences faites à Monte-Cristo chez Alexandre Dumas*, París, Robert, 1849.

129 Alexandre Dumas, *Mémoires d'un médecin, Joseph Balsamo*, París, Fellens et Dufour, 1846-1848.

130 Frédéric Soulié, *Le Magnétiseur*, 2 vols., París, Dumont, 1834.

131 Ver «Robert Browning and Mesmerism», de Jerome M. Schneck, *Bulletin of the Medical Library Association*, XLIV (1956), 443-451.

132 Joseph Jackson, ed., *The Philosophy of Animal Magnetism by a Gentleman of Philadelphia*, Filadelfia, 1928.

133 Edgar Allan Poe, «The Facts in the Case of Mr. Valdemar», *The American Review* (diciembre 1845); *Mesmerism in Articulo Mortis. An Astounding and Horrifying Narrative, Showing the Extraordinary Power of Mesmerism in Arresting the Progress of Death*, por Edgar A. Poe, Esq., New York, Londres, Short and Co., 1846.

este cuento cruzó el Atlántico en una época en que Poe no era conocido todavía en Francia, lo que podría explicar por qué fue aceptado como cierto en algunos lugares y dio pie a que Mabru lo citara como ejemplo de los inconcebibles absurdos en que creían los magnetizadores [134].

El tema de la personalidad dual, que inspiraría a tantos escritores durante la segunda mitad del siglo, apareció en la literatura en la forma del «doble», o personalidad dual proyectada [135]. El prototipo de este estilo es el cuento de E. T. A. Hoffmann *Los elixires del diablo.*

El monje Medard, al beber un elixir mágico que encuentra en el monasterio, sufre una transformación secreta de su personalidad, que se convierte en la de un hombre perverso. Enviado por sus superiores para cumplir una misión a Roma, comete varios delitos y escapa. Pero encuentra a su Doble: un monje, procedente del mismo monasterio, que ha cometido los mismos delitos y sufre los mismos sentimientos de culpabilidad. El Doble bebe el resto del elixir, enferma y es recluido en un asilo. Medard va a la Corte, y allí prosigue su vida delictiva. El Doble reaparece, es culpado de los actos de Medard, arrestado y sentenciado a muerte. Pero antes de la ejecución, Medard confiesa su culpa y escapa, seguido por el Doble, que desaparece. Medard recupera la conciencia en un hospital de Italia, y después de la debida penitencia vuelve al monasterio, donde encuentra de nuevo la paz de la mente [136].

Este relato es notable como anticipación del concepto de Jung de la «sombra». Medard ha proyectado su sombra (el lado malo de su personalidad) sobre otro ser; de ahí su vida perversa y errática. Una vez que ha aceptado su culpa y asimilado la sombra, consigue una integración mayor de su personalidad. Edgar Allan Poe entiende el concepto de doble en una forma distinta en su cuento *William Wilson*:

El narrador se ha dado cuenta de la presencia en su escuela de otro muchacho que parece tener su mismo nombre y fecha de nacimiento, es muy semejante a él, pero habla en voz más baja. Este otro muchacho le disgusta y se asusta tanto al verle que se escapa de la escuela. Se embarca en una vida de libertinaje, pero en cada momento crucial, el doble aparece de repente y le acusa, hasta que un día William Wilson le asesina y oye cómo el Doble agonizante le dice que se ha asesinado a sí mismo y que por tanto está muerto también [137].

Aquí, el doble es entendido como la conciencia moral en el sentido clásico de lucha entre el bien y el mal en el interior del hombre (como, posteriormente, en *El retrato de Dorian Gray* de Oscar Wilde). Una noción

---

134 G. Mabru, *Les Magnétiseurs jugés par eux-mêmes. Nouvelle enquête sur le magnétisme animal*, París, Mallet-Bachelier, 1858, págs. 512-517.

135 Un estudio de la literatura sobre el tema ha sido realizado por E. Menninger-Lerchenthal, *Der Doppelgänger*, Berna, Hans Huber, 1946, págs. 75-83.

136 E. T. A. Hoffmann, «Die Elixiere des Teufels», *Sämtliche Werke*, Rudolf Frank, ed., Munich y Leipzig, Rösl, IV (1924), 13-365.

137 Edgar Allan Poe, *William Wilson*, publicado primeramente en el *Gentleman's Magazine* de Burton, octubre 1839.

completamente diferente es la que da Dostoievski en su novela *Dvoinik* (El doble):

> Golyadkin, un funcionario insignificante, comienza a mostrar un comportamiento excéntrico, que llama la atención de sus superiores y colegas. Encuentra a un hombre que tiene exactamente sus características físicas y viste ropas semejantes. Al día siguiente, el doble es introducido en la oficina como un nuevo funcionario que tiene el mismo nombre y fecha de nacimiento que Golyadkin, le habla en tono humilde y solicita a Golyadkin que le proteja. Éste lo lleva consigo a su apartamento. Pero al pasar el tiempo, el doble se comporta de forma cada vez más arrogante con él, le desposee de su puesto, vive a sus expensas y le separa de sus amigos. Golyadkin está cada vez más confuso, hasta que un día el doble ayuda a colocarle en el carruaje que le conducirá al hospital mental [138].

En esta novela, el doble se concibe sin lugar a dudas como la personalidad morbosa de un hombre que se está volviendo psicótico, el «otro yo» misterioso, que al principio es débil pero que de forma progresiva toma el control sobre el yo sano.

El gran movimiento espiritista, que comenzó en los Estados Unidos en 1848 y se extendió por toda Europa a principios de la década de 1850, relegó el magnetismo a un segundo plano. Las experiencias espiritistas se pusieron de moda, y los grandes médiums eran las atracciones del día. Hubo un aluvión de obras escritas por espíritus o dictadas desde el otro mundo. Durante su exilio en Jersey, Victor Hugo celebró sesiones espiritistas en su hogar, en las que su hijo Charles era probablemente el médium. Esquilo, Shakespeare y los espíritus de otros hombres ilustres dictaban elegantes versos franceses, que parecían hábiles imitaciones de la propia poesía de Hugo [139]. El astrónomo Flammarion, espiritista entusiasta, publicó revelaciones hechas por espíritus de personas famosas, entre las que se encontraba un *Génesis* supuestamente dictado por el espíritu de Galileo [140]. Ciertos médiums de formación más bien mediocre escribieron novelas que en algunos casos, y según determinados críticos, tenían un nivel inesperadamente alto. Es probable que el ejemplo mejor conocido sea el de Pearl Lenore Curran, nacida en Illinois de padres ingleses en 1883. Aunque un tío suyo era médium, ella nunca pareció interesada por el espiritismo. En 1912, sin embargo, comenzó a experimentar con el tablero Ouija. De forma gradual, le llegaron cartas con rapidez creciente, y a continuación desarrolló vívidos cuadros mentales. Inesperadamente, el 8 de julio de 1913, recibió una comunicación de un personaje que se denominaba a sí mismo Patience Worth, mujer que pretendía haber vi-

138 Feodor Dostoievski, *Dvoinik*, publicado por primera vez en el periódico *Otechestvennyie zapiski* (1846). Traducción inglesa, *The Double*, en *The Short Novels of Dostoevski*, con una introducción de Thomas Mann, Nueva York, Dial Press, 1945.

139 Gustave Simon, *Les Tables tournantes de Jersey*, París, Conard, 1923.

140 Camille Flammarion, *Les Habitants de l'autre monde, révélations d'outre-tombe*, París, Ledoyen, 1862-1863.

vido en una granja de Dorset en Inglaterra en el siglo XVII, y que le dictó una gran cantidad de composiciones literarias, entre las que se incluían poemas y novelas. Varias de estas novelas y una selección de poemas fueron publicados [141]. Estaban escritos en antiguos y peculiares dialectos ingleses, que nunca se habían hablado. Estos dialectos (uno diferente en cada trabajo), así como el conocimiento histórico contenido en cada novela, desconcertaron a los expertos. Casper S. Yost [142] y Walter Franklin Prince [143], que entrevistaron a la señora Curran, consideraron su caso como un ejemplo poco corriente de los poderes creadores de la mente subconsciente [144].

La práctica de la escritura automática condujo de forma natural a la del dibujo automático, del que pronto se apoderaron los médiums y miembros de los grupos espiritistas [145]. El dramaturgo Victorien Sardou atrajo la atención con sus curiosos dibujos que representaban supuestas escenas pictóricas del planeta Júpiter, y en las que se caracterizaban entre otras las casas propiedad de Zoroastro, el profeta Elías y Mozart en ese planeta. Fernand Desmoulins, artista profesional, realizaba en sus trances retratos de personas fallecidas con gran rapidez, incluso en la oscuridad. El número de tales retratos automáticos era lo suficientemente amplio como para poder someter a estudio la estética de los espíritus. Jules Bois describió las características fundamentales de estas producciones artísticas del inconsciente, como son la tendencia a la asimetría, los detalles abundantes e innecesarios, la sustitución de trazos firmes por trazos «equívocos» y la irregularidad en la producción. Creía que el arte mediumnístico ejerció una influencia definitiva sobre la escuela de los simbolistas, que surgió alrededor de 1891.

La ola espiritista retrocedió lentamente, y el magnetismo se volvió a poner de moda en su forma modernizada de hipnotismo y con el problema de la personalidad múltiple. El aspecto que más impresionaba al público era el de la seducción y el delito bajo hipnosis. Charpignon dedicó un serio estudio a este problema en 1860 [146]. En la década de 1880, la cuestión

---

141 Patience Worth, *The Sorry Tale: A Story of the Time of Christ*, Nueva York, Holt, Rinehart and Winston, Inc., 1917; *Hope Trueblood*, Nueva York, Holt, Rinehart and Winston, Inc., 1918; *The Pot upon the Wheel*, St. Louis, The Dorset Press, 1921; *Light from Beyond*, Brooklyn, Patience Worth Publishing Co., s. d.; *Telka. An Idyl of Medieval England*, Nueva York, Patience Worth Publishing Co., Londres, Routledge and Kegan Paul Ltd., 1928.

142 Casper S. Yost, *Patience Worth: A Psychic Mystery*, Nueva York, Holt, Rinehart and Winston, Inc., 1916.

143 Walter Franklin Prince, *The Case of Patience Worth. A Critical Study of Certain Unusual Phenomena*, Boston, Society for Psychical Research, 1927.

144 G. N. M. Tyrrell, *Personality of Man*, Baltimore, Penguin Books, Inc., 1947, págs. 134-143.

145 Jules Bois, *Le miracle moderne*, París, Ollendorf, 1907, págs. 145-163.

146 Charpignon, *Rapports du magnétisme avec la jurisprudence et la médecine légale*, París, Baillière, 1860.

atrajo una atención considerable, debido a la creencia unánime por parte de la Escuela de Nancy en la posibilidad de tales delitos, y fue ampliamente discutido en periódicos, revistas y novelas. La Escuela de la Salpêtrière, sin embargo, se negó a admitir la posibilidad de tales delitos, con lo que, siempre que en los tribunales se invocaba el hipnotismo en la génesis de los hechos inculpados, era casi inevitable la discusión entre los expertos de las dos escuelas. Bernheim no aseguró, desde luego, que cualquiera pudiera ser hipnotizado para cometer un delito, aunque creía que ello podría ocurrir en ciertas circunstancias —bien en un sujeto amoral que no ofreciera resistencia a una sugestión criminal, en un individuo débil que cometiera el delito de forma impulsiva, como podría ser un epiléptico o, indirectamente, en un individuo al que se hubieran sugerido delirios de persecución que dieran lugar a la realización del acto—. Igualmente era posible sugerir falsos recuerdos a un sujeto y transformarlo de este modo en un testigo falso. Bernheim creía asimismo que la autosugestión desempeñaba un papel importante en muchos casos penales. Ciertos delincuentes, decía, eran víctimas de autosugestión, y por lo tanto, no eran responsables [147]. En Alemania, Schrenck-Notzing creía firmemente en la criminogénesis hipnótica y describía una amplia gama de delitos que podían haber sido cometidos bajo el efecto de la hipnosis y la sugestión [148].

En la actualidad nos resulta difícil concebir hasta qué punto se invocaban en la década de 1880 el hipnotismo y la sugestión para explicar incontables hechos históricos, antropológicos y sociológicos, tales como la génesis de las religiones, los milagros y las guerras. Gustave Le Bon popularizó una teoría de psicología colectiva basada en la suposición de que el «alma colectiva» de la multitud se podía comparar a la mente hipnotizada, y el dirigente al hipnotizador [149]. Todos los sistemas educativos estaban basados en el concepto de sugestión. Se demostraba un gran interés por los sujetos que, bajo hipnosis, interpretaban papeles teatrales, o podían pintar o cantar maravillosamente [150].

El hipnotismo inspiró una multitud de novelas. Algunas tomaron como tema un crimen cometido en estado normal pero confesado bajo hipnosis [151] o bajo el efecto de una sugestión realizada por la víctima agonizante sobre su asesino [152]. En otras el criminal hipnotizaba a una persona inocen-

147 Citado por Crocq, *L'Hypnotisme scientifique*, París, Société d'Editions Scientifiques, 1900, págs. 267-269.

148 Barón von Schrenck-Notzing, «La Suggestion et l'hypnotisme dans leurs rapports avec la jurisprudence», *IIe Congrès International d'Hypnotisme, Paris, 1900, compte-rendu*, París, Vigot, 1902, págs. 121-131.

149 Gustave Le Bon, *Psychologie des foules*, París, Librairie Félix Alcan, 1895.

150 Emile Magnin, *L'Art et l'Hypnose*, París, Alcan, 1907.

151 Hector Malot, *Conscience*, París, Charpentier, 1888.

152 Gilbert Augustin Thierry, *Marfa. Le Palimpseste*, París, Dumont, 1887.

te para que cometiera el hecho bajo su dirección, pero él era descubierto si el experto psiquíatra se mostraba lo suficientemente listo como para hipnotizarle a su vez [153]. Quizá la novela de más éxito basada en el hipnotismo fue *Trilby,* de George du Maurier [154]. Trilby, hija de un noble inglés, es educada en París como costurera y llega a ser modelo de un artista. Un pérfido profesor de música, Svengali, la hipnotiza y la prepara hasta convertirla en una brillante cantante, tras lo cual se casa con ella. Pero Trilby sólo puede cantar cuando está en trance hipnótico, mientras Svengali mantiene sus ojos fijos en ella desde una localidad del teatro. Cuando Svengali muere de un ataque cardíaco al comienzo de una representación, Trilby, que ya no está hipnotizada, fue incapaz de cantar, y su carrera termina de forma catastrófica. De no menos interés es *Le Horla,* cuento escrito por De Maupassant poco antes de sufrir su parálisis general [155]. Un hombre se ve invadido por la ansiedad cuando nota que en su casa tienen lugar acontecimientos extraños inexplicables, como si la hubieran invadido misteriosos seres invisibles. Marcha a París, donde, presenciando una sesión hipnótica, queda aturdido al ver cómo una mujer cumple una orden que se le había dado el día anterior, sin saber por qué lo hace. El hombre, reconociendo que es esto mismo lo que ocurre en su propia mente, queda consternado: «Alguien posee mi alma y la gobierna. Alguien dirige todas mis acciones, todos mis movimientos, todos mis pensamientos. Yo mismo no soy más que un espectador asustado, esclavizado, de las cosas que realizo».

No menos numerosas fueron las novelas inspiradas en el tema de la personalidad múltiple. En Francia, un éxito popular de aquella época fue una novela de Gozlan, *Le médecin du Pecq.* Durante una escapada sonámbula, un joven rico neurótico internado en un sanatorio deja embarazada a una joven, de la que no tiene el menor recuerdo en estado de vigilia [156]. El médico aclara su confusión analizando los sueños que el joven le describe todas las mañanas. A partir de 1880, aumentó el número de novelas sobre personalidades múltiples. Jules Claretie recogió cuidadosamente documentos de la Salpêtrière antes de escribir *L'obsession,* historia de un pintor obsesionado por el conocimiento de que su personalidad secundaria toma en ocasiones el control de su cuerpo, y que nunca sabe qué perjuicios le podía haber ocasionado ésta [157]. Finalmente, el pintor es curado por un médico alsaciano que le sugiere la muerte y enterramiento del otro. *Sister Marthe,* de Charles Epheyre, fue otra sensacional novela

153 Jules Claretie, *Jean Mornas,* París, Dentu, 1885).

154 George du Maurier, *Trilby,* Nueva York, Harper and Row, Publishers, 1894.

155 Guy de Maupassant, «Le Horla» (1886), en *Oeuvres Complètes,* XII, París, Louis Conard, 1927.

156 Léon Gozlan, *Le Médecin du Pecq,* 3 vols., París, Werdet, 1839.

157 Jules Claretie, *L'Obsession-Moi et l'autre,* París, Lafitte, 1908.

de esa época: durante unas vacaciones en el campo, le piden a un joven médico que trate a una huérfana que está a punto de hacerse monja [158]. Hipnotiza a la hermana Marta para curarle de sus síntomas nerviosos, pero aparece otra personalidad: Angèle, que se sabe hija de un hombre rico y heredera de una gran fortuna (pero que la Hermana no parecía sospechar). Angèle está enamorada del joven doctor y quiere fugarse con él. Sin embargo, en la mañana de la fuga reaparece súbitamente en la estación de ferrocarril la personalidad de la hermana Marta, produciéndole una gran confusión. Pronuncia los votos y muere de tuberculosis poco después. Pocos lectores de la *Revue des Deux Mondes* sospechaban que Epheyre fuera el seudónimo del conocido fisiólogo Charles Richet. Otro éxito fue *Minnie Brandon*, de Hennique. Un joven francés está enamorado de una joven inglesa encantadora y distinguida, Minnie, que al beber la más pequeña cantidad de alcohol se transforma en una horrible arpía, Brandon [159]. En la lucha entre Minnie y Brandon vence finalmente esta última, y el joven, con gran pena, se ve obligado a abandonar a las dos. Aún peor es el destino del héroe en la novela *The somnambulist* de Mintorn. Un digno ministro protestante, buen marido y padre, se transforma en estado sonámbulo en un criminal que seduce y viola mujeres, y asesina niños, mientras que su personalidad normal está completamente ignorante [160]. Paul Lindau escribió un famoso éxito teatral, *El otro* [161]: un juez lleva a cabo una investigación sobre un crimen y descubre que el autor es él, o mejor, su segunda personalidad insospechada. Pero quizá la mejor obra de este tipo de literatura sea la novela de Stevenson *El extraño caso del Dr. Jekyll y Mr. Hyde* [162]. Tiene un interés especial por la forma como fue concebida y escrita. Stevenson mantenía que, a lo largo de los años, había desarrollado una intensa vida onírica. En sus sueños, la «gente menuda» llegaba a él y le sugería ideas para sus novelas. Esta aguda distinción entre sus personalidades de vigilia y de sueño pudo sugerirle el tema de su novela. Añadía que muchos detalles de ella le fueron dictados por la «gente menuda» [163]. Es importante destacar que, al lado de algunas obras buenas, se publicaron en la década de 1880 una multitud de novelas populares y de literatura barata, completamente olvidadas en la actualidad, que tocaban los temas del sonambulismo, la

---

158 Charles Epheyre, «Soeur Marthe», *Revue des Deux Mondes*, XCIII (1889), 384-431.

159 Léon Hennique, *Minnie Brandon*, París, Fasquelle, 1899.

160 William Mintorn, *Le Somnambule*, París, Ghio, 1880.

161 Paul Lindau, *Der Andere*, I, Nueva York, Goldmann, 1893. Adaptación francesa, *Le Procureur Hallers*, en *Petite Illustration*, núm. 46, París, enero 1914.

162 Robert Louis Stevenson, *The Strange Case of Dr. Jekyll and Mr. Hyde*, Londres, Longmans and Co., 1886.

163 Robert Louis Stevenson, «A Chapter on Dreams», en *Across the Plains, with Other Memories and Essays*, Nueva York, Scribner's Sons, 1892.

personalidad múltiple y los delitos bajo hipnosis, lo que contribuyó ciertamente a modelar la mentalidad de ese período.

En realidad, se produjo una evolución gradual de estos temas demasiado simplificados a otros más refinados. Hemos visto que Binet, Lucka y otros autores insistían en que no solamente había casos espectaculares de escisión de la personalidad, sino también todos los tipos de extravíos transitorios entre la verdadera escisión y la aparición normal de facetas de la personalidad. Esta tendencia se reflejó en la literatura. Algunos autores eligieron como temas para sus novelas los cambios súbitos de una faceta de la personalidad a otra. Paul Bourget escribió en 1883 *L'Irréparable,* donde describe la historia de una mujer que, antes de su matrimonio, había sido abierta, descuidada y alegre, y que repentinamente se transforma en una persona depresiva y apesadumbrada [164]. Uno de los personajes de la novela, filósofo al estilo de Ribot, explica la metamorfosis al lector. En su novela *Le Jardin secret* [165], Marcel Prévost cuenta la historia de una mujer que dejó atrás su personalidad cuando se casó. Trece años después encuentra su diario de soltera y de esta forma vuelve a descubrir su personalidad anterior. El descubrimiento hace que su mente se active y tome una conciencia más clara del mundo que le rodea. Obtiene pruebas de la infidelidad de su marido y piensa en divorciarse. Pero después de un largo conflicto interno, decide permanecer con él y reorganizar su vida. Conserva así su segunda personalidad, aunque en un nivel más alto de vigilancia.

A principios del siglo XX, la literatura comenzó a dar descripciones más sutiles de las numerosas facetas de la personalidad humana, de su interrelación y de la estructura polipsíquica de la mente, como se ve en los trabajos de Pirandello, Joyce, Italo Svevo, Lenormand, Virginia Woolf y, sobre todo, en los de Marcel Proust. El lance clásico de la personalidad múltiple estaba ahora casi anticuado; sólo se menciona una vez en la obra de Marcel Proust, durante una charla ociosa en el salón de madame Verdurin, cuando alguien menciona el caso de un hombre honrado que, en su personalidad secundaria, se transforma en un canalla [166]. Es de destacar que esta verdadera historia había sido publicada por el padre del autor, Adrien Proust, como caso psicopatológico significativo [167]. Lo que Marcel analizó de forma infatigable fueron las numerosas manifestaciones del polipsiquismo, las múltiples facetas de nuestra personalidad. Consideraba el yo humano compuesto de numerosos yos pequeños, dis-

164 Paul Bourget, *L'Irréparable,* París, Lemerre, 1883.

165 Marcel Prévost, *Le Jardin secret,* París, Lemerre, 1897.

166 Marcel Proust, «Le Temps retrouvé», en *A la recherche du temps perdu,* París, Gallimard, III (1961), 716.

167 Adrien Proust, «Automatisme ambulatoire chez un hystérique», *Bulletin Médical,* IV, I (1890), 107-108.

tintos aunque situados uno al lado del otro, y relacionados más o menos íntimamente. Nuestra personalidad cambia así de un momento a otro, dependiendo de las circunstancias, del lugar, la gente con la que estamos. Los acontecimientos afectan a unas partes de nuestra personalidad y dejan libres a otras. En una descripción muy conocida, el narrador cuenta cómo, al ser informado de la muerte de una mujer, Albertine, la noticia es comprendida sucesivamente por diversas partes de la personalidad. La suma de nuestros yos pasados es generalmente un campo cerrado, aunque algunos de ellos pueden reaparecer súbitamente, provocando una reminiscencia del pasado. Es entonces uno de nuestros yos pasados el que está en primer plano, viviendo para nosotros. Entre nuestros numerosos yos hay algunos elementos hereditarios. Otros (nuestro yo social, por ejemplo) son una creación de los pensamientos y de la influencia de los demás sobre nosotros. Así se explica la continua fluidez de la mente, debida a estas metamorfosis de la personalidad. La obra de Marcel Proust es de particular interés porque sus sutiles análisis no estaban influidos por Freud y los otros representantes de la nueva psiquiatría dinámica. Sus fuentes académicas no fueron otras que Ribot y Bergson. Sería posible extraer de su obra un tratado sobre la mente, que daría una descripción plausible de lo que habría llegado a ser la primera psiquiatría dinámica si hubiera seguido su curso natural.

Los filósofos profesionales centraron su atención en los fenómenos del hipnotismo y la personalidad múltiple. Taine [168] y Ribot [169] estaban muy impresionados por ellos. Janet afirma que la historia de Félida fue el argumento más importante utilizado en Francia por los psicólogos positivistas frente a la escuela de Cousin de la psicología filosófica dogmática. «Aunque para Félida, no es seguro que hubiera habido una cátedra de psicología en el Collège de France» [170], Fouillée vio en los fenómenos del hipnotismo y sonambulismo una confirmación de la doctrina de las *idées-forces*. Sin embargo, uno de sus biógrafos sugiere que el hipnotismo posiblemente inspiró más que confirmó esta concepción [171]. Bergson tuvo un conocimiento personal del hipnotismo; fue profesor en Clermont-Ferrand desde 1883 hasta 1888, y participó activamente en las sesiones hipnóticas organizadas de forma privada por Moutin, médico de aquella ciudad [172]. El propio Bergson hizo algunos experimentos notables sobre la simula-

168 Hippolyte Taine, *De l'Intelligence*, 2 vols., París, Hachette, 1870.

169 Th. Ribot, *Les Maladies de la mémoire*, París, Baillière, 1885; *Les Maladies de la personnalité*, París, Alcan, 1885.

170 Pierre Janet, *The Major Symptoms of Hysteria*, Nueva York, Macmillan, 1907, pág. 78.

171 Elizabeth Ganne de Beaucoudrey, *La Psychologie et la métaphysique des idées-forces chez Alfred Fouillée*, París, Vrin, 1936, págs. 87-88.

172 Gilbert Maire, *Bergson, mon maître*, París, Grasset, 1935.

ción inconsciente de sujetos hipnotizados [173]. Posteriormente, en una de sus obras principales, afirmó que las artes son una versión refinada y espiritualizada de los medios utilizados por el hipnotismo [174].

Los críticos literarios recurrieron también al fenómeno de la personalidad múltiple para explicar ciertos enigmas. En su interpretación de Novalis, Spenlé lanzó la hipótesis de una dualidad de personalidad [175]. Siendo todavía un niño, Novalis desarrolló una segunda personalidad de ensueños e imaginación. Dicha personalidad creció, y mientras Novalis vivía una vida aparentemente normal como ingeniero de minas, proclamó que su sueño poético era superior a cualquier realidad. Paul Valéry explicó de forma semejante la personalidad de Swedenborg, el gran místico sueco: hacia los cincuenta y seis años, los ojos de Swedenborg se «abrieron al mundo espiritual» [176]. Vivió de forma simultánea en dos mundos, el real y un «mundo espiritual» en el cual estaba en relación continua con ángeles y espíritus. Como señaló certeramente Valéry, no había una confusión de dos mundos, como ocurre en el delirio, sino una superposición de ambos, entre los cuales Swedenborg podía ir y venir a voluntad.

Los fenómenos de creación literaria eran de gran interés para la primera psiquiatría dinámica; muchas veces se recurrió a los conceptos de mente doble, dipsiquismo y polipsiquismo, así como a los poderes desconocidos de la mente.

El hipnotismo proporcionó un primer modelo de la mente humana como un yo doble: un yo consciente aunque restringido, al que el individuo considera como único, y otro subconsciente, mucho más amplio, desconocido para el consciente, pero dotado de poderes perceptivos y creadores desconocidos. El fenómeno de la inspiración se podría explicar como una erupción más o menos intermitente dentro de la mente consciente de material psíquico, almacenado hasta entonces en la mente subconsciente. Francis Galton expresó una idea similar: «Parece haber en mi mente un salón de audiencias donde reside la conciencia plena, y donde están en audiencia al mismo tiempo dos o tres ideas, y una antecámara llena de ideas más o menos relacionadas, situada fuera del alcance de la consciencia» [177]. Un trabajo fructífero de la mente implica una «gran asistencia», una combinación ordenada de ideas en la «antecámara», y una

---

173 Henri Bergson, «Simulation inconsciente dans l'état d'hypnotisme», *Revue Philosophique*, XXII, II (1886), 525-531.

174 H. Bergson, *Essai sur les données immédiates de la conscience*, París, Alcan, 1889.

175 E. Spenlé, *Essais sur l'idéalisme romantique en Allemagne*, París, Hachette, 1904.

176 Paul Valéry, «Svedenborg», *Nouvelle Revue Française*, CLVI (1936), 825-844; *Oeuvres*, ed. Pléiade, París, Gallimard, I (1957), 867-883.

177 Francis Galton, «Antechamber of Consciousness», reimpreso en *Inquiries into Human Faculty*, Londres, Dent, 1907, págs. 146-149.

salida de la producción. En ocasiones ocurre que este material acumulado surge de forma automática en la mente; entonces, «la dividualidad reemplaza a la individualidad, y una porción de la mente se comunica con otra como si fuera una persona diferente».

Chabaneix desarrolló un concepto más elaborado [178]; distinguió varios niveles de subconsciente diurno y nocturno y describió diversos tipos de relaciones entre el subconsciente y el consciente (contacto intermitente o permanente, incontrolado o controlado), y su influencia sobre la creación, artística, científica y literaria.

El fenómeno de la inspiración se comparó también en muchas ocasiones al de una segunda personalidad, que se desarrolla poco a poco de forma subterránea y emerge súbitamente durante un momento; de aquí la sensación de realizar el trabajo dictado por algún tipo de ser desconocido, aunque no de forma tan manifiesta como ocurrió con la Sra. Curran y «Patience Worth». C. G. Jung interpretó el *Zarathustra* de Nietzsche como el resultado de una segunda personalidad, que se había desarrollado silenciosamente hasta que un día surgió a la luz repentinamente [179]. En las propias palabras de Nietzsche:

> *Da, plötzlich, Freundin! wurde Eins zu Zwei*
> *Und Zarathustra gieng an mir vorbei...*
> (Entonces repentinamente, amiga, uno se
> convirtió en dos
> y Zarathustra pasó por mí.)

Otra teoría sobre la creación literaria se centraba en el modelo polipsíquico de la mente humana: dado que la mente humana es un racimo de subpersonalidades, podemos imaginar que un gran novelista, como Balzac, es capaz de dar a muchas de ellas una identidad, una ocupación, rasgos personales, y dejarlas desarrollarse lentamente a su modo. Hablando de la multitud de personajes diferenciados en las novelas de Balzac, Jules Romains supone que cada uno de ellos era una de las «personalidades embrionarias» del escritor, es decir, que *no* eran personalidades inconscientes o reprimidas, sino «sistemas psicológicos completos, orgánicos e individualizados, cada uno con todo lo necesario para proporcionar, en contacto con las situaciones vitales y los condicionamientos sociales, un destino completo de hombre o mujer» [180]. También Jean Delay piensa que el novelista tenía este poder de desarrollar en sí mismo sus personalida-

---

178 Paul Chabaneix, *Physiologie cérébrale. Le Subconscient chez les artistes, les savants et les écrivains*, París, Baillière, 1897.

179 C. G. Jung, *Zarathustra-lectures* (no publicado), Zurich, C. G. Jung Institute, Spring, 1934. Estos versos de Nietzsche pertenecen al poema «Sils-Maria», dedicados probablemente a Lou Andreas-Salomé.

180 Jules Romains, *Souvenirs et confidences d'un écrivain*, París, Fayard, 1958, págs. 113-114, 235-239; *Saints de notre calendrier*, París, Flammarion, 1952, págs. 46-47.

des latentes y de transformarlas en caracteres literarios [181]. Resalta asimismo el proceso de la «creación de un doble»: todo aquel que lleve un diario personal tiende a desarrollar una personalidad dual que emerge gradualmente en dicho diario, de modo que se desarrolla una relación interpersonal peculiar entre el autor y su segundo yo ficticio. Este segundo yo puede en un momento determinado surgir a la vida, y hablar como un personaje literario en el que el escritor verterá sus problemas secretos, sus «ponzoñas» (como hizo Goethe en *Los sufrimientos del joven Werther*, y André Gide en *André Walter*).

El proceso de creación literaria se relacionó por último con la noción de «criptomnesia». Este término, que parece haber sido creado por Flournoy, designa un fenómeno conocido por los magnetizadores e hipnotizadores. En trance hipnótico, y especialmente en la forma de regresión hipnótica, un individuo es capaz de relatar muchos hechos que en estado normal de vigilia ha olvidado por completo. Nuestra memoria verdadera, críptica, es por tanto mucho más amplia que nuestra memoria consciente. Pruebas de criptomnesia se dan también en los sueños, en la fiebre, o en otras situaciones físicas [182]. Flournoy demostró que los «relatos de imaginación subliminal» de su médium Hélène Smith surgían en gran parte de «criptomnesias» de libros que había leído cuando niña y que posteriormente había olvidado. La criptomnesia permitió explicar los casos de pseudoplagio literario. Jung, por ejemplo, descubrió que un párrafo completo del *Zarathustra* de Nietzsche provenía de un artículo del cuarto volumen del *Blätter von Prevorst* (el periódico editado por Justinus Kerner), publicación que se sabía había sido leída por Nietzsche en su juventud. La naturaleza inconsciente del plagio se pudo deducir del hecho de que el texto original estaba modificado de forma rústica e insertado de modo completamente innecesario en la historia de *Zarathustra* [183]. Desde entonces se han reconocido muchos otros casos de pseudoplagio; incluso parecería que ciertos autores son particularmente propensos a él. Volvamos a Nietzsche. Lou Andreas Salomé aseguró que la esencia de la *Genealogía de la moral* provenía de Paul Rée, quien había estado discutiendo su concepción en una conversación con Nietzsche; éste le escuchó cuidadosamente, hizo suyos sus pensamientos y posteriormente se enfrentó con él [184]. Según H. Wagenvoort, tenía una capacidad excepcional para asimilar con increíble rapidez los pensamientos de otros y olvidar

181 Jean Delay, *La Jeunesse d'André Gide*, 2 vols., París, Gallimard, 1956-1957.

182 Entre otros muchos ejemplos, ver Henry Freeborn, «Temporary Reminiscence of a Long-Forgotten Language During the Delirium of Broncho-Pneumonia», *The Lancet*, LXXX, I (1902), 1.685-1.686.

183 C. G. Jung, *Zur Psychologie und Psychopathologie sogenannter occulter Phänomene*, Leipzig, Oswald Mütze. 1902.

184 Lou Andreas-Salomé, *Friedrich Nietzsche in seinen Werken*, Viena, Carl Konegen, 1894, págs. 189-190.

que lo había hecho [185]. De este modo, cuando el pensamiento volvía a él de nuevo, no reconocía su origen extraño y creía que provenía de su propia mente. Así es como, dice Wagenvoort, Nietzsche tomó los conceptos principales desarrollados en *El nacimiento de la tragedia* del libro *La Bible de l'Humanité* de Michelet. Según otros historiadores literarios, los principales conceptos originales de Nietzsche tendrían su origen en Emerson, por medio de la criptomnesia [186]. De hecho, la criptomnesia parece ser un caso de aparición frecuente al que Paul Valéry llegó a considerar como la fuente principal de la creación literaria. «Un plagiario es el que ha digerido de forma imperfecta la esencia de los pensamientos de otros: permite que los bocados sean reconocidos» [187].

El declinar de la primera psiquiatría dinámica

La historia de la primera psiquiatría dinámica es la de una paradoja: durante todo un siglo (1784 a 1882) los nuevos descubrimientos lucharon por ser reconocidos; luego, una vez que lograron el reconocimiento de la «medicina oficial» con Charcot y Bernheim, disfrutaron de una fase brillante de éxito de menos de veinte años, seguida de un rápido declinar. El problema de estas subidas y bajadas ha desconcertado a muchas mentes. Janet afirmó que existen tendencias, no sólo en la forma de vida, sino también en la medicina. A partir de 1882 el mundo médico quedó cegado por el hipnotismo; las publicaciones sobre este tema se contaron por centenares, hasta que se alcanzó la saturación y se abandonó la tendencia. Quizá sea cierto; pero también debió haber factores inherentes al hipnotismo causantes de su rápido declinar.

El repaso de la literatura sobre el hipnotismo en esa época muestra cuáles pudieron haber sido dichos factores. Numerosos hipnotizadores que al principio habían sido entusiastas defensores suyos, pronto descubrieron graves inconvenientes. No todo el mundo podía convertirse en un buen hipnotizador; ni siquiera el mejor de ellos era capaz de hipnotizar a todo el mundo. Numerosos enfermos pretendían estar hipnotizados cuando en realidad no lo estaban. Benedikt, por ejemplo, relató que había permitido a varios de sus estudiantes que hipnotizaran pacientes en sus servicios de policlínica; los sujetos dijeron luego que habían estado en sueño hipnótico, pero a los médicos de más edad les confesaron que sólo

185 H. Wagenvoort, «Die Entstehung von Nietzsches *Geburt der Tragödie*», *Mnemosyne*, Ser. 4, XII (1959), 1-23.

186 Régis Michaud, *Autour d'Emerson*, París, Bossard, 1924.

187 Paul Valéry, *Autres Rhumbs*, París, Gallimard, 1927; reimpreso en *Oeuvres*, ed. Pléïade, II, París, Gallimard, 1960, pág. 677.

lo habían afirmado para agradar a los médicos jóvenes [188]. Se describe que lo mismo ocurrió no sólo a Charcot (como se vio antes), sino también a Forel, Wetterstrand y otros experimentados hipnotizadores, cuyos pacientes pretendieron incluso estar curados porque no se atrevían a contradecir a sus autoritarios médicos.

Ocurrió también que algunos sujetos simulaban la hipnosis para desprenderse de secretos dolorosos, que de otra forma les habría resultado embarazoso revelar. Debió ocurrir así desde los primeros comienzos del magnetismo. Ya hemos contado la extraña historia de un hombre que estaba ciego por un amigo en el que tenía la máxima confianza en estado de vigilia, pero que, en estado magnético, reveló al conde de Lutzelbourg que su supuesto amigo le traicionaba e injuriaba, y explicó lo que tenía que hacer para trasvasar dicho conocimiento de su estado de «crisis» al de vigilia [189]. Se podrían citar numerosos casos semejantes. El Dr. Bonjour [190], psicoterapeuta suizo, cuenta cómo en 1895 se enteró de que ciertos pacientes podrían revelar, bajo hipnosis, cosas dolorosas que pretendían no conocer en estado de vigilia, aunque posteriormente admitieron haber sabido siempre, sintiéndose demasiado avergonzados para hablar de ellas.

Un inconveniente más importante era la tendencia a la simulación inconsciente, que se desarrollaba en muchos individuos hipnotizados y que les hacía adivinar la voluntad del hipnotizador y cumplirla. Bernheim, por ejemplo, dijo: «Es increíble la agudeza con que ciertos sujetos hipnotizados detectan la idea que deben llevar a cabo. Una palabra, un gesto, una entonación les pone sobre la pista» [191]. Bergson, que había realizado algunos estudios sobre la supuesta lectura del pensamiento en la hipnosis, llegó a la conclusión de que el paciente al que se ordena llevar a cabo un *tour de force* «actuará de buena fe y hará lo mismo que haría el menos escrupuloso y más experimentado de los charlatanes, utilizando de forma inconsciente medios de los que ni siquiera sospechamos la existencia» [192]. El médico belga Crocq contaba cómo, después de haber obtenido maravillosos resultados con el hipnotismo, llegó por último a advertir algunos hechos raros:

---

188 Moritz Benedikt, *Hypnotismus und Suggestion. Eine klinisch-psychologische Studie*, Leipzig y Viena, Breitenstein, 1894, págs. 66-77.

189 Conde de Lutzelbourg, *Extraits des journaux d'un magnétiseur attaché à la Société des Amis Réunis de Strasbourg*, Estrasburgo, Librairie Académique, 1786, pág. 47.

190 Dr. Bonjour, «La Psychanalyse», *Bibliothèque Universelle et Revue Suisse*, año 125, vol. 97 (1920), 226-239, 337-354.

191 H. Bernheim, «De l'action médicamenteuse à distance», *Revue de l'Hypnotisme*, 1888, pág. 164.

192 Henri Bergson, «Simulation inconsciente dans l'état d'hypnotisme», *Revue Philosophique*, XXII (1886), 525-531.

He practicado mucho la experimentación hipnótica y he obtenido resultados aparentemente maravillosos; por ello me he vuelto extremadamente cauto. He suscitado de la forma más sorprendente la exteriorización de la sensibilidad, la visibilidad de los efluvios magnéticos y eléctricos, y casi he llegado a convertirme en la víctima de mis sujetos, tan maravillosos fueron los experimentos. Pero un examen cuidadoso de los hechos me convenció de que no había otra cosa que un efecto de autosugestión. No debemos olvidar que el sujeto hipnotizado cuenta con todos los medios a su disposición para ratificar los deseos de su hipnotizador, y para cumplir no sólo sus órdenes, sino también sus pensamientos. Escudriña el cerebro del hipnotizador, que por lo general no se da cuenta de la extraordinaria sensibilidad del sujeto y no percibe que un signo, imperceptible en estado de vigilia, puede adquirir la máxima importancia para éste [193].

Crocq añadió que lo mismo sucedía en la histeria, y advirtió: «Si quieres ser engañado, experimenta con pacientes histéricos».

Delboeuf, también belga, que visitó la Salpêtrière y la Escuela de Nancy en 1886, comentó las grandes diferencias existentes entre los logros de Charcot, Bernheim y el hipnotizador de teatro Donato [194]. Llegó a la conclusión de que no sólo había una innegable acción del hipnotizador sobre su sujeto («según el maestro, así el discípulo») sino también, en grado incluso mayor, una acción sugestiva del hipnotizado sobre el hipnotizador («según el discípulo, así el maestro»); el primer sujeto hipnotizado imprime sobre el hipnotizador un método y una esperanza determinada de resultados, que modifican el método y los resultados ulteriores. Más aún, el hipnotizador que ha seguido ciertas enseñanzas transfiere su método y sus esperanzas de resultados a sus discípulos, lo que explica el origen de escuelas rivales, cada una con el monopolio de unos fenómenos hipnóticos específicos. De forma incidental, es de destacar que estos hallazgos de Delboeuf se han repetido, basándose en una investigación nueva e independiente, por Martin Orne [195]. No es de extrañar que la situación hipnótica se haya comparado muchas veces a una *folie à deux,* donde «no se sabe cuál de los dos está más loco». En los últimos años del siglo XIX, estos informes negativos se acumularon hasta el punto de que se produjo una reacción poderosa contra el uso del hipnotismo y contra las teorías contemporáneas sobre la histeria. A la cabeza de esta reacción figuraban personas que habían experimentado durante años con medios tales como la metaloscopia, la acción de la medicación a distancia, y la transferencia de síntomas de un paciente a otro. Janet, que había sido más cauto y había experimentado con hipnotismo y pacientes histéricos

193 Crocq, «Discussion d'une communication de Félix Regnault», *IIe Congrès International de l'Hypnotisme,* París, 1900; París, Vigot, 1902, págs. 95-96.

194 J. Delboeuf, «De l'Influence de l'éducation et de l'imitation dans le somnambulisme provoqué», *Revue Philosophique,* XXXII, núm. 2 (1886), 146-171.

195 Martin T. Orne, «Implications for Psychotherapy Derived from Current Research on the Nature of Hypnosis», *American Journal of Psychiatry,* CXVIII (1962), 1.097-1.103.

sin caer en ninguna de sus trampas, fue uno de los pocos que fomentó las enseñanzas de la primera psiquiatría dinámica que se habían mostrado ciertas.

El rechazo de la primera psiquiatría dinámica fue tan irracional y súbito como había sido la moda que produjo su auge en la década de 1880. Ocurrió a pesar de la gran resistencia de ciertos adeptos, autores de hallazgos nuevos y muy prometedores. Entre ellos se encontraban, por ejemplo, los nuevos métodos de catarsis hipnótica, con los que Janet experimentaba desde 1886, y Breuer y Freud en 1893 y 1895, y de los que hablaremos en otra parte de este libro. Hubo también un método inventado por Oskar Vogt, que recibió el nombre de «hipnosis parcial» [196]. Debía limitarse a sujetos fácilmente hipnotizables y que además fueran capaces de retener su sentido crítico agudizado bajo hipnosis. El sujeto era hipnotizado y se mantenía centrada su atención sobre un hecho o recuerdo bien delimitado, lo que le permitía explorar el sustrato inconsciente de un sentimiento, asociación, sueño o síntoma psicopatológico particular presente o pasado. Casualmente, esta forma particular de hipnosis es muy semejante a lo que Ainslie Meares describió como «estado Y» [197]. Frederick Myers, que conocía bien los fallos y falsedades del hipnotismo, la histeria y la personalidad dual, subrayó de forma coherente el verdadero progreso que estas nociones habían significado sobre nuestro conocimiento de la mente humana y el progreso aún mayor que se debía esperar en el futuro [198]. Uno de los puntos confirmados era el de que una personalidad secundaria no tenía por qué ser inferior a la principal, sino que en ocasiones significaba, por el contrario, una mejoría notable (idea ésta que posteriormente desarrollaría Jung). De cualquier modo, «los descubrimientos sucesivos de los tóxicos, los narcóticos propiamente dichos y los anestésicos, representaron tres estadios importantes en nuestro control del sistema nervioso», y el descubrimiento de la hipnosis es un estadio más avanzado. La hipnosis permite a muchas personas una expansión y libertad de mente que son incapaces de conseguir en estado de vigilia: «Mantengo que el trance hipnótico (...) tiene algunas analogías tanto con la genialidad como con la histeria. Mantengo que, en sujetos ineducados, es el estado mental más alto en el que nunca han estado; y que, cuando se comprenda mejor y se aplique a sujetos de características superiores, dará lugar a una fluidez de pensamiento más ininterrumpida y firme de la que podemos mantener mediante el esfuerzo en estado vigil en nuestros

[196] Oskar Vogt, «Valeur de l'hypnotisme comme moyen d'investigation psychologique», *IIe Congrès International de l'Hypnotisme*, París, 1900; París, Vigot, 1902, págs. 63-71.

[197] Ainslie Meares, «The Y-State-An Hypnotic Variant», *International Journal of Clinical and Experimental Hypnosis*, VIII (1960), 237-241.

[198] Frederick W. H. Myers, «Multiplex Personality», *The Nineteenth Century*, XX (1886), 648-666.

ajetreados y fragmentarios días». Llegará un día en que el hombre no sólo alternará entre los estados de sueño y vigilia, sino en el que «vendrán otros estados a coexistir con éstos». Por último, Myers recordó que se habían conseguido curas notables y permanentes bajo hipnosis. Con vistas al futuro, creía que nuestro conocimiento de estos estados se podía ampliar y utilizar de tres nuevas formas: primero, suscitando el perfeccionamiento moral mediante la impresión de «sugestiones hipnóticas de tipo beneficioso»; segundo, adquiriendo «un estado de falta de susceptibilidad al dolor físico»; y tercero, aumentando el poder mediante la disociación de los elementos de nuestro ser en nuevas formas. Estas predicciones de Myers se materializaron en el método de autosugestión de Coué, en la técnica del parto sin dolor y en el entrenamiento autógeno de Schultz.

Pero es más fácil, desde luego, rechazar *en bloc* una enseñanza que ha incorporado errores que llevar a cabo el difícil trabajo de seleccionar el grano de la paja, y, como tuvo que concluir Janet, «el hipnotismo ha muerto... hasta el día en que resucite».

Conclusión

La primera psiquiatría dinámica constituyó un cuerpo de conocimientos bien construido que, a pesar de las inevitables fluctuaciones, tuvo una unidad orgánica mayor de lo que se suele suponer. Es opinión común que desapareció alrededor de 1900, siendo reemplazada por otros sistemas totalmente nuevos de psiquiatría dinámica. Pero un examen cuidadoso de los hechos revela que no hubo una revolución súbita sino, por el contrario, una transición gradual, y que las nuevas psiquiatrías dinámicas tomaron de ella mucho más de lo que se ha creído. La influencia cultural de la primera psiquiatría dinámica ha sido extremadamente persistente y todavía influye sobre la vida contemporánea en un grado insospechado.

Las nuevas psiquiatrías dinámicas, además de incorporar muchas características de la primera, asimilaron también una gran cantidad de conocimientos de otras fuentes. Sólo podremos comprenderlas estudiando antes el entorno sociológico y cultural del siglo XIX. Este será el tema del capítulo siguiente.

IV

EL ENTORNO DE LA PSIQUIATRIA DINAMICA

Hemos revisado los antepasados de la psiquiatría dinámica (capítulo I), su nacimiento alrededor de 1775 y su evolución histórica desde Mesmer hasta Charcot (capítulo II), y hemos hecho una revisión general de la primera psiquiatría dinámica como sistema orgánico y coherente (capítulo III). Investigaremos ahora su entorno social, económico y cultural, para tratar de ver hasta qué punto se puede explicar por las condiciones existentes en Europa a finales del siglo XVIII, y cómo los cambios en estas condiciones durante el siglo XIX llevaron a la formación de nuevos sistemas de psiquiatría dinámica. Las enseñanzas de Janet, Freud, Adler y Jung fueron en cierto modo herederas de la primera psiquiatría dinámica, pero a su vez estuvieron determinadas por factores sociales y por tendencias filosóficas, científicas y culturales que revisaremos tan brevemente como permite una materia tan compleja.

El entorno social

El advenimiento del magnetismo animal y el paso de Mesmer a Puységur no se puede entender con propiedad si no se toman en cuenta las condiciones sociales existentes en Europa a finales del siglo XVIII. Ciento ochenta años son un espacio corto de tiempo en comparación con la historia de la humanidad; pero aun así, es extremadamente difícil para nosotros imaginar la forma de vida y de pensar de esos antecesores cuyas nacionalidades y lenguas hemos heredado. Sin embargo, imaginemos que retrocedemos en el tiempo hasta la Europa de 1780. ¡Qué extraño nos parecería todo! ¡Qué distinta la forma de vida de nuestros antepasados! Desde luego, tendríamos que olvidarnos de la bomba atómica, la televisión, la radio, los aviones, automóviles, el teléfono, el ferrocarril y cien-

tos de inventos y comodidades que tenemos garantizadas. Los hombres y mujeres de aquella época nos parecerían casi tan extraños como si pertenecieran a otra raza; diferían de nosotros incluso en el aspecto biológico: eran de estatura más corta, más duros, muy sufridos (la anestesia quirúrgica no existía; los sedantes y narcóticos apenas se conocían; la mente estaba acostumbrada al sufrimiento físico y a la vista del mismo). Incluso los sanos, a pesar de sus lujos, vivían en condiciones que nos parecerían increíblemente incómodas. La mayoría de la gente comía alimentos ordinarios y poco variados. Al ser la higiene pública muy rudimentaria, padecía muchas más enfermedades infecciosas, hasta el punto de que aproximadamente la cuarta parte de la población llevaba las marcas de la viruela. No existían las tuberías; la suciedad se extendía por todas partes y se estaba acostumbrado a los olores fuertes. Para retroceder a ese período, tendríamos que olvidar además muchas de nuestras más apreciadas formas de pensar, de creer y de relacionarnos con los demás. El estímulo intelectual era mucho menor que en la actualidad. Basta con leer una novela escrita entonces, por ejemplo el *Werther* de Goethe e imaginarse viviendo la vida de uno de esos personajes: nos parecería intolerablemente aburrida (mientras que la nuestra les daría la sensación de un frenesí peligroso). La gran mayoría de la población vivía en el campo, donde campaban libremente los lobos y bestias salvajes. Las ciudades eran más pequeñas, e incluso en las mayores, como Viena y París, sus habitantes llevaban una vida que consideraríamos «provinciana»: se conocían todos entre sí y vivían en unidades relacionadas mucho más estrechamente que en la actualidad.

No menos extraña nos parecería la visión que tenían de la vida nuestros antepasados. Su forma de pensar era generalmente menos precisa que la nuestra. No cabe duda de que conocían muchas cosas curiosas olvidadas hoy, pero también tenían muchas ideas, supersticiones y prejuicios que nos parecerían absurdos. La ciencia, por ejemplo, era una noción bastante vaga para la mayoría de las personas. Unos pocos grandes pioneros como Priestley y Lavoisier permanecieron aislados entre una multitud de científicos aficionados. La física se utilizaba fundamentalmente para demostraciones teatrales o para fines de diversión o chabacanos, y constituía un entretenimiento de los aristócratas y de los burgueses ricos que poseían un *cabinet de physique*. No obstante, había arraigado la idea de que la humanidad estaba alcanzando la mayoría de edad después de largos siglos de oscuridad, y esta opinión se veía fortalecida por una serie ininterrumpida de descubrimientos. Franklin fue aclamado como el hombre que había dominado el rayo, y Montgolfier como el que había inaugurado la conquista del aire. Los exploradores trajeron noticias del descubrimiento de nuevos países y nuevas poblaciones en el Pacífico Sur y otros lugares. En 1771, después de realizar la circunnavegación del globo,

el francés Bougainville publicó una narración de sus viajes, excitando las imaginaciones con su descripción de la pretendida felicidad natural y completa libertad sexual existente entre los nativos de Tahití[1]. Comentando tal relato, Diderot llegó a la conclusión de que los beneficios de la civilización y la moral (que no negaba) se habían adquirido a costa de la felicidad natural del hombre[2]. El hombre civilizado, dijo, es presa de la lucha interna entre el «hombre natural» y el «hombre moral y artificial»: venza el que venza en esta lucha, aquél será por siempre una criatura infeliz, idea que hicieron suya más tarde Nietzsche y Freud. La guerra de Independencia de los Estados Unidos y el establecimiento de la Primera República al otro lado del océano despertaron el entusiasmo del público francés, que imaginaba esta nueva nación como modelada según Esparta o la primera República romana. Se creía que Court de Gébelin (uno de los admiradores de Mesmer) había descifrado los mitos más antiguos y reconstruido el lenguaje primitivo de la humanidad. En resumen, el público «ilustrado» tenía la idea de vivir en una edad de maravillas en la que nada era imposible.

La estructura política y social de la sociedad era también muy diferente de la nuestra. La monarquía prevalecía en todas partes bajo diversas formas, con la excepción de pequeñas repúblicas como los cantones suizos, y es difícil imaginar hoy cuánto sorprendió la noticia de que un gran país, como las colonias inglesas de Norteamérica, había adoptado una constitución republicana. Reyes, emperadores, príncipes y pequeños soberanos gozaban del respeto de sus súbditos, aunque se vieron forzados a aceptar numerosas limitaciones a su poder establecidas por la costumbre, la ley o la opinión pública. Una diferencia fundamental con nuestra época era la rigurosa división de la sociedad en clases. En teoría, había gran número de ellas; en realidad, existía una distinción básica, la de los aristócratas y los plebeyos. La nobleza estaba formada en un principio por los descendientes de las antiguas familias feudales; pero había pocas familias que fueran realmente tan antiguas; la mayoría habían adquirido su nobleza como recompensa por servicios prestados al Estado, mediante el ejercicio de funciones públicas, o simplemente porque habían comprado propiedades a alto precio o funciones públicas que incluían el título de nobleza. No sólo había una jerarquía dentro de la aristocracia, sino también una división entre la nobleza militar y la judicial. Con todo, existían ciertas características comunes. Todos los aristócratas gozaban de privilegios relativos a los impuestos, a la administración de justicia y a las escuelas a las que enviaban a sus hijos. Podían ceñir espada y herir a

[1] Louis-Antoine de Bougainville, *Voyage autour du monde*, 2.ª ed., París, Saillant et Nyon, 1772. Ver en particular el tomo II, págs. 44-47, 86-88.

[2] Denis Diderot, *Supplément au voyage de Bougainville* (1772), en *Oeuvres*, ed. Pléiade, París, Gallimard, 1957, págs. 993-1.032.

quien desearan. Pero tenían también obligaciones muy estrictas, y les estaba prohibido ejercer diversas ocupaciones lucrativas. Por lo demás dado el privilegio de la espada, se consideraba que su deber natural era defender a su soberano. Prestaban servicios en la armada y en la diplomacia, y ocupaban altos cargos eclesiásticos. Los castillos medievales todavía existentes habían quedado anticuados y sólo servían como tema de leyendas y «novelas negras». La alta nobleza optó por vivir en elegantes y pacíficas mansiones campestres, compró casas en las ciudades y tuvo tanto contacto como le fue posible con la corte. Desarrolló así una forma de vida social nueva, extremadamente refinada, muestra de lo cual era la exquisita cortesía y la inimitable sutileza de las conversaciones, en las que fueron maestros los franceses; de ahí la prevalencia del idioma y los modales franceses entre la nobleza de la mayor parte de Europa. Los aristócratas de rango superior se sentían obligados a mantener una forma de vida superior y muy costosa. De ahí que en muchas ocasiones se derrocharan enormes sumas en lujos y en el juego. Sin embargo, la nobleza sufría una crisis, que fue particularmente notable en Francia [3]. Cada vez era mayor el número de jóvenes nobles que no encontraban salida suficiente para sus ambiciones y su ansia de actividad. Además, entre la burguesía se fue extendiendo un sentimiento de hostilidad frente a la aristocracia, a la que envidiaban sus privilegios. La reacción de los nobles franceses fue diversa: muchos se aferraron desesperadamente a sus privilegios y trataron de reforzarlos. Otros se volcaron en actividades filantrópicas; algunos incluso adoptaron ideales republicanos y se mostraron entusiasmados por la guerra de Independencia americana. Como las actividades a su alcance eran limitadas y la vida social no absorbía todas sus energías, otros trataron de encontrar nuevos escapes, tales como las empresas coloniales o la investigación científica, que tomaron con toda seriedad, aunque sus esfuerzos serían catalogados en la actualidad como de aficionados.

Entre los plebeyos, la burguesía estaba en ascenso y se hacía cada vez más numerosa y poderosa. Su forma de vida era completamente distinta de la de la aristocracia. Una virtud importante de esta última había sido su forma generosa y ostentosa de gastar dinero, mientras que la burguesía consideraba como virtud fundamental la economía unida al trabajo duro. El proletariado era casi inexistente en el continente (la Revolución industrial, que había comenzado en Inglaterra en la década de 1760, todavía no había cruzado el Canal). En la base de la escala social estaban los campesinos, la gran mayoría de la población. Sus condiciones reales han sido valoradas de formas diferentes: muchos historiadores dan un crudo retrato de ellos, destacando su vida miserable y sus sufrimientos. Otros

[3] Henri Carré, *La Noblesse en France et l'opinion publique au XVIII^e siècle*, París, Champion, 1920.

señalan las grandes mejoras que habían tenido lugar durante el siglo XVIII. No cabe duda de que el destino del labrador era duro, aun considerando que la vida en aquella época era dura para cualquiera. La servidumbre persistía en Rusia y en algunas partes de Europa central. Ni aun en Europa occidental no había desaparecido por completo, lo que permitió a un príncipe alemán, el Landgrave de Hesse, vender a sus súbditos varones como soldados a potencias extranjeras. En el mejor de los casos, los métodos agrícolas eran primitivos en comparación con los modernos. Los campesinos estaban agobiados por los impuestos y tenían que someterse al trabajo obligatorio (lo que en Austria se denominaba trabajo *Robot*) para el señor de la tierra o para el Estado. Solían ser analfabetos, hablaban innumerables dialectos y casi ninguno comprendía el idioma oficial de su país. Pero (casi desconocida para el resto de la población) tenían una subcultura muy desarrollada, formada por costumbres populares, prácticas médicas, artes populares, una rica literatura oral y numerosas tradiciones, entre las que se incluían sus creencias en fuentes y árboles sagrados.

La forma de vida de las diversas clases era, por tanto, muy diferente, y las vinculaciones entre ellas, extremadamente complejas. La relación entre los siervos y sus aristocráticos amos era de un carácter peculiar, que no es fácil de entender hoy. Las familias nobles que vivían en sus propiedades campestres estaban en íntima relación con las mismas familias de campesinos, generación tras generación. Un individuo podía cultivar las tierras de su dueño y convertirse de forma temporal en criado o soldado suyo cuando éste tomaba el mando de su regimiento. Semejantes relaciones se mantenían durante generaciones y eran, sin lugar a dudas, completamente autoritarias. En Rusia, era costumbre que los aristócratas castigaran a sus campesinos con el knout (látigo ruso). Incluso en Francia se recordaba la costumbre de que el amo golpeara a su siervo u olvidara pagarle su sueldo. A pesar de ello, con frecuencia existía una fuerte devoción mutua así como una gran campechanía en las conversaciones entre el amo noble y el siervo. Tales relaciones se reproducen en obras de Molière, Marivaux y Beaumarchais, y eran muy diferentes de las existentes entre un amo burgués y su sirviente. Con la aristocracia, la relación era despótica y sumisa, pero estaba mezclada, en extraña simbiosis, con el respeto y la familiaridad. Con la burguesía, era más impersonal y estaba matizada por la explotación y el resentimiento.

Desde la perspectiva actual, la historia del magnetismo animal aparece llena de paradojas. Resulta increíble que Mesmer se comprometiera a curar a varios pacientes, a precios astronómicos, reuniéndolos en torno a un envase lleno de agua magnetizada, o que tal procedimiento hiciera que las damas distinguidas cayeran en crisis nerviosas. Sería demasiado fácil

hablar de charlatanería e histeria colectiva. No menos extraño es que miembros prominentes de la aristocracia pagaran a Mesmer, un extranjero, enormes sumas de dinero para tratar de conseguir un supuesto «secreto» que les permitiría curar gratuitamente a los enfermos, o que un hombre como Puységur magnetizara un árbol para poder sanar a los pacientes alrededor de él. Finalmente, es inexplicable que a las dos primeras olas de magnetismo animal, la de Mesmer y la de Puységur, siguiera después de la Revolución francesa un tercer método, diferente en muchos aspectos, de aplicación del magnetismo. Creemos, sin embargo, que la extrañeza desaparecerá según se vayan comprendiendo los hechos a la luz del entorno sociológico antes bosquejado.

La victoria de Mesmer sobre Gassner tuvo tres vertientes: representó la victoria de la Ilustración sobre el espíritu declinante del barroco, de la ciencia sobre la teología, y de la aristocracia sobre el clero. En su fase inicial, el magnetismo animal debe ser entendido dentro del marco de referencia de la aristocracia y su sistema de valores. Sin ser noble de nacimiento, Mesmer, que se había casado con una dama de la aristocracia vienesa, llevó la vida de un rico patricio y eligió a sus clientes entre la nobleza. Desde el punto de vista entonces en boga, era completamente natural que le cargara minutas elevadas; indudablemente, habría sido absurdo por su parte no aceptar dinero de gente que lo derrochaba sin pensarlo dos veces en el juego y otros pasatiempos similares.

En cuanto al *baquet*, era un sencillo aparato inspirado por los recientes descubrimientos físicos que apasionaban a los aristócratas aficionados. Creyendo que había descubierto un nuevo fluido físico, era natural que Mesmer tratara de acumularlo en un envase de la misma forma que los físicos acumulaban electricidad en la pila de Leyden. Mesmer construyó su teoría física a imitación de la entonces en moda de la electricidad; de ahí la noción de relación y la cadena de pacientes a través de los cuales pasaba supuestamente el fluido. Podríamos preguntarnos por qué la mayoría de éstos creían sentir los efectos fisiológicos de tal fluido; pero basta recordar que los efectos placebo aparecen no solamente con fármacos y medicamentos, sino con cualquier agente físico. Incluso los científicos más avanzados de aquella época tenían dificultades para apreciar los efectos fisiológicos de la electricidad. Bertrand, físico que se convirtió en uno de los mejores estudiantes del magnetismo animal, contaba curiosas historias acerca de los primeros investigadores que sentían terribles choques a partir de una descarga eléctrica que nosotros sólo consideraríamos ligeramente desagradable, y cómo se asustaban hasta el punto de pasar dos días en cama, mientras otros físicos realizaban con toda ingenuidad experimentos muy peligrosos, que algunas veces les llevaron a la muer-

te[4]. Pasó bastante tiempo hasta que se comprendieron los verdaderos efectos fisiológicos de los agentes físicos.

Podríamos preguntarnos también por qué las distinguidas damas que se sentaban alrededor del *baquet* de Mesmer sentían el efecto del supuesto fluido magnético únicamente en forma de crisis. La explicación parecerá lógica a los que hayan oído hablar de los *vapeurs*, que era la neurosis de las mujeres de sociedad de aquella época. Durante la segunda mitad del siglo XVIII existieron en realidad dos neurosis de moda: una, la hipocondriasis, afectaba a los caballeros y consistía en ataques de depresión e irritabilidad. La otra era los *vapeurs*, la neurosis de las damas distinguidas, que se desmayaban y sufrían variados ataques de nervios. Fue descrita con detalle en estudios que se han hecho clásicos, como el *Tratado sobre los Vapeurs*, de Joseph Raulin[5], y el de Pierre Pomme[6]. Los médicos de moda la trataban con todo tipo de inventos «modernos», como la hidroterapia y la electricidad. Por tanto, para aquellas damas era de buen tono acudir a Mesmer, que había introducido un nuevo método terapéutico y que además disfrutaba del prestigio de ser extranjero (por entonces invadía Francia una peculiar xenofilia). El tipo de crisis producido alrededor del *baquet* no era sino un ataque de *vapeurs*. Podríamos decir, por tanto, que era un reflejo de la neurosis de moda, favorecido por una terapéutica sugestiva considerada por su autor como una aplicación racional de la reciente investigación física. Para Mesmer, los éxitos terapéuticos que obtenía alrededor del *baquet* no podían ser sino una confirmación de su teoría; de aquí su indignación ante el Informe de los comisionados, a los que acusó de estar predispuestos contra él.

¿Cuál fue la razón del paso brusco y radical de las técnicas y conceptos de Mesmer a los de Puységur en 1784? También aquí se puede encontrar la explicación en el ambiente sociológico. Recordemos primero que Amand-Marie Jacques de Chastenet, marqués de Puységur, era descendiente de una de las más antiguas familias de la nobleza, la cual, a lo largo de los siglos, había dado a Francia numerosas personalidades, sobre todo en el campo de las armas, y que él mismo había hecho una brillante carrera militar. Como muchos de sus aristocráticos contemporáneos, mantuvo un *cabinet de physique*, en el que realizó diversos experimentos de electricidad. Dividía su tiempo entre la vida militar y su castillo de Buzancy, donde poseía una gran propiedad que había pertenecido a la familia durante generaciones. El marqués, al igual que sus dos hermanos, pertenecía

---

[4] Alexandre Bertrand, *Lettres sur la physique*, París, Bossange, 1825, págs. 422-432.

[5] Joseph Raulin, *Traité des affections vaporeuses du sexe, avec l'exposition de leurs symptômes, de leurs différentes causes, et la méthode de les guérir*, 2.ª ed., París, Hérissant, 1759.

[6] Pierre Pomme, *Traité des affections vaporeuses des deux sexes, ou maladies nerveuses vulgairement appelées maux de nerfs*, París, Desaint et Saillant, 1760.

evidentemente al ala progresista de la aristocracia francesa, que dirigió su actividad por caminos filantrópicos. Esto explica por qué él y sus colaboradores de la Société de l'Harmonie practicaron el magnetismo de forma gratuita. Debido a su rango, no podían usar sus conocimientos con fines lucrativos (ya que, como recordamos, a los nobles les estaban prohibidas casi todas las actividades de este tipo). Además, no podían cobrar honorarios a sus propios campesinos. Todos los discípulos aristocráticos de Mesmer compartieron estos principios, al igual que la nobleza de Alsacia.

Volviendo a Buzancy, vemos que el marqués no organizó su tratamiento colectivo en torno a un *baquet*, como Mesmer, sino alrededor de un árbol magnetizado, procedimiento que aquél había usado muy poco. Para Puységur, la magnetización del árbol era un procedimiento científico; pero para los campesinos, el árbol tenía un significado y un atractivo específicos, que se pueden explicar por sus creencias y costumbres populares. En su monumental trabajo *El folklore de Francia*, Sébillot dedica un capítulo a las creencias y prácticas populares relativas a los árboles:

Sébillot afirma que los bosques y los árboles sagrados eran probablemente las divinidades más respetadas entre los antiguos galos, y que durante siglos los misioneros y obispos cristianos tropezaron con las mayores dificultades para erradicar la adoración al árbol; si este culto desapareció por fin, fue debido más a la tala y a la utilización de la tierra con fines agrícolas que a las prohibiciones religiosas. En todo caso, el culto de ciertos árboles continuó en forma más o menos solapada hasta los tiempos modernos. En 1854, una investigación demostró que en el departamento del Oise no había menos de 253 árboles a los que se daba un culto más o menos secreto o disfrazado, entre ellos, 74 olmos y 27 encinas. Además, hasta la Revolución Francesa muchos árboles estaban asociados con la administración de justicia, y de algunos se creía que poseían virtudes profilácticas o terapéuticas. Durante el siglo XVII e incluso después, los enfermos se ataban muchas veces a los troncos de árboles con la ayuda de cuerdas u otros medios para transferir a aquéllos su enfermedad. Sébillot enumera muchas otras prácticas, algunas de las cuales persistían a comienzos del siglo XX. Vista de esta forma, la historia del olmo magnetizado de Buzancy pierde mucho de su carácter paradójico. La utilización de árboles magnetizados no desapareció después de Puységur, aunque pareció pasar a un segundo plano. El libro de texto de Gauthier sobre el magnetismo contiene un capítulo sobre este tema, en el que podemos observar que sólo se consideraban aptas para el magnetismo ciertas especies de árboles, precisamente las mismas que se habían venerado como sagradas en el pasado[7]. Quizá la última mención del árbol magnético se encuentre en la novela póstuma de Flaubert *Bouvard y Pécuchet*[8]. Estos dos excéntricos personajes organizan un tratamiento alrededor de un peral magnetizado (lo que para el lector informado es una solemne tontería, ya que los árboles frutales no se consideraban aptos para la magnetización)[9].

---

[7] Paul Sébillot, *Le Folk-Lore de France*, III, París, Guilmoto, 1906, págs. 367-442.

[8] Aubin, Gauthier, *Traité pratique du magnétisme et du somnambulisme*, París, Baillière, 1845, págs. 154-162.

[9] Gustave Flaubert, *Bouvard et Pécuchet* (1881), en *Oeuvres complètes*, II, ed. Pléïade, París, Gallimard, 1952, págs. 888-891.

¿Cómo se explica que el mismo procedimiento de los pases produjera crisis en los pacientes cuando lo utilizaba Mesmer y sueño magnético cuando lo usaba Puységur? Mesmer había producido incontables crisis en sus pacientes, pero casi ningún sueño magnético; en cambio, a partir de 1784 los casos de sonambulismo se pudieron contar por millares. También aquí se encuentra la respuesta en el entorno sociológico. Como hemos visto, cuando Mesmer magnetizaba a la mujer de sociedad, era completamente natural que ésta respondiera con la crisis, que reproducía uno de sus viejos ataques de «vapeur». Pero cuando fueron magnetizados los labradores y sirvientes, se desarrolló otro tipo de patología, relacionada con su clase social. Ahora bien, ¿por qué el campesino Víctor desarrollaba habilidades insospechadas cuando entraba en sueño magnético? La respuesta está sin duda en la peculiar relación existente entre un noble francés de finales del siglo XVIII y sus campesinos. La familia Race había vivido en la propiedad de los Puységur en el pueblo de Buzancy y les había servido durante generaciones. El vizconde de Boisdulier, descendiente del marqués de Puységur, ha proporcionado la siguiente información:

> La familia Race estuvo al servicio de los Puységur durante muchos siglos. En una pintura que representa una cacería organizada por el mariscal de Puységur, el abuelo del magnetizador, aparecen dos palafreneros, uno de los cuales pertenecía a la familia Race; uno de sus descendientes, Gabriel, que todavía vive, estaba al servicio de mi madre como guardabosque en 1914 [10].

En el relato ofrecido por Puységur de los diversos episodios ocurridos con Víctor, notamos la mezcla peculiar de familiaridad y respeto, cuyo tono, sin embargo, variaba mucho dependiendo de que Víctor estuviera despierto o en sueño magnético. En esta última condición, no sólo mostraba más atención e inteligencia, sino también mucha más confianza en el marqués, al que confiaba sus problemas y pedía consejo. Era completamente franco y no se abstenía de criticar los errores de aquél en orden al magnetismo.

El tratamiento de Víctor por parte de Puységur muestra dos características destacables. Primera, la aparición de una personalidad doble, siendo la nueva menos inhibida y más brillante que la ordinaria. Segunda, la índole del diálogo e incluso el «regateo» entre el magnetizador y el magnetizado, lo que daba muchas veces al tratamiento el aspecto de una «terapia dirigida por el paciente». En el caso de Víctor, así como en todos los ejemplos contemporáneos de sueño magnético, notamos que el paciente magnetizado establecía su propio diagnóstico, anunciaba la evolución de su enfermedad y en muchas ocasiones prescribía su tratamiento o al menos discutía el prescrito por el magnetizador. Creemos que todas estas características tienen también su explicación en el entorno sociológico.

---

[10] Vizconde de Boisdulier, carta del 22 de mayo de 1963.

La hipnosis ha sido definida como la quintaesencia de la relación de dependencia de un individuo respecto de otro. Supone la rendición de la voluntad y es más probable que ocurra cuando existe una considerable distancia psicológico-social entre los dos individuos, uno revestido de poder y prestigio, y el otro, pasivo y sumiso. Un observador crítico, el médico Virey, escribió en 1818:

> Siempre son los señores los que actúan sobre sus subalternos, nunca estos últimos sobre sus superiores; parecería que el magnetismo siempre trabaja hacia abajo, nunca hacia arriba. No cabe duda de que los oficiales que tan afanosamente magnetizan en sus guarniciones realizarán milagros sobre sus pobres soldados, los cuales se sienten muy honrados de que marqueses, condes y caballeros acepten gesticular ante ellos [11].

Estas circunstancias estaban claramente presentes en las curas de Buzancy. La ascendencia de Puységur sobre los sujetos de sus experiencias era grande, ya que sus antecesores habían regido el territorio durante siglos y los campesinos les habían considerado siempre como sus señores por derecho. Sólo así se puede comprender la autoridad que ejercía, así como su facilidad para ganarse la confianza de sus servidores y reunirlos alrededor del olmo magnetizado para el tratamiento. Su prestigio aumentaba por el hecho de estar próximo a la Corte, ostentar un alto mando militar y mantener un *cabinet de physique* donde realizaba misteriosos experimentos.

¿Por qué la nueva personalidad que aparecía en el sueño magnético era más brillante que la usual? No se trata de un hecho aislado. También en la manifestación de la posesión se había observado muchas veces que el «espíritu» que hablaba supuestamente por la boca del poseído se revelaba como una personalidad más brillante. Mühlmann indicó que los espíritus que poseían a un individuo en un país conquistado tendían a hablar en el idioma del opresor [12]. Se han descrito numerosos casos de campesinas o sirvientas hipnotizadas que hablan un lenguaje más correcto que en condiciones normales. Este fenómeno se podría denominar de identificación con una clase social más alta, y es de suponer que existía también entre los campesinos y sirvientes franceses antes de la Revolución francesa. Es muy significativo un episodio de la autobiografía de madame Roland:

> De niña, su madre le llevó a un castillo donde tenía algo que hacer, y donde les pidieron que cenaran con los criados. Quedaron sorprendidas con el descubrimiento de un mundo que nunca habían sospechado. Las doncellas afectaban en su forma de

---

[11] Virey, «Magnétisme animal», *Dictionnaire des Sciences Médicales*, París, Panckoucke, XXIX (1818), 495, 547.

[12] Wilhelm Mühlmann, *Chiliasmus und Nativismus*, Berlín, Reimer, 1961, págs. 215-217.

vestir y modales la conducta de sus señoras, y los sirvientes trataban de imitar a sus amos, sin hablar de otra cosa que marqueses, condes y otras personas distinguidas cuyos asuntos discutían como si los conocieran íntimamente. La vajilla y el servicio guardaban un estrecho paralelismo con los de los amos, y en la sobremesa se arriesgaban en el juego grandes cantidades de dinero, según el mejor estilo aristocrático [13].

Del mismo modo, sin conocimiento de Puységur, debió haber un profundo deseo en Víctor de ser como su amo o, en lenguaje moderno, de identificarse con él. La misma relación social entre el amo aristocrático y su campesino podría explicar por qué el tratamiento hipnótico tomó la forma peculiar de una terapia de regateo, característica ésta muy común en aquella época y que se perdería de forma gradual después de la Revolución.

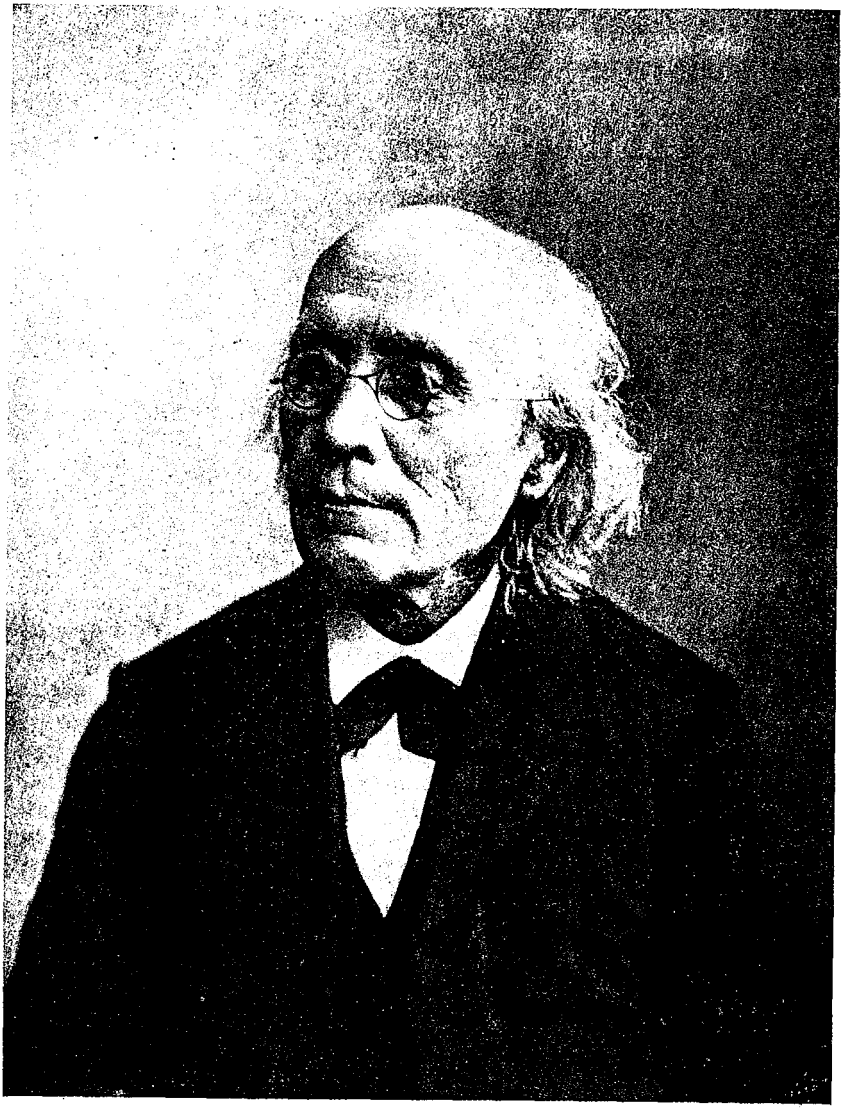
Las implicaciones sociológicas del estilo de tratamiento magnético de Puységur están bien ilustradas en los relatos de las curaciones realizadas en Estrasburgo de 1786 a 1788. Hemos visto que el marqués, en agosto de 1785, había fundado una próspera sucursal de la Société de l'Harmonie y que bajo su supervisión se abrieron en Alsacia varios centros de tratamiento. Estos informes tienen un interés especial porque en cada historia clínica se reseñan el nombre, categoría y profesión del magnetizador y muchas veces también indicaciones acerca del paciente. El volumen publicado en 1787 contiene los informes de 82 curaciones, 53 de las cuales habían sido realizadas por nobles: barón Klinglin d'Esser, 26; barón de Reich, 13; conde de Lutzelbourg, 6; Flachon de la Jomarière, 6; barón de Dampierre, 1; barón Krook, 1 [14]. El informe de 1788 registra 104 curaciones; los nombres de los magnetizadores se dan en 95 de ellas, de las cuales 56 fueron realizadas por nobles [15]. Entre los pacientes curados cuyas ocupaciones se reseñan encontramos una mayoría de campesinos, artesanos y sirvientes (en su mayoría de familias burguesas o aristocráticas).

La nueva escuela de magnetismo animal que surgió posteriormente a la era napoleónica difería en muchos aspectos de la de los dos primeros períodos. El cambio se puede comprender a la luz del trastorno social producido por la Revolución francesa, con la caída de la nobleza y el auge de la burguesía. Todavía había nobles entre los magnetizadores franceses, pero se trataba en su mayor parte, como en el caso del barón Du Potet, de descendientes de familias arruinadas, y cada vez eran más los burgueses dedicados a la nueva profesión. Cualquiera que fuera su origen social, los

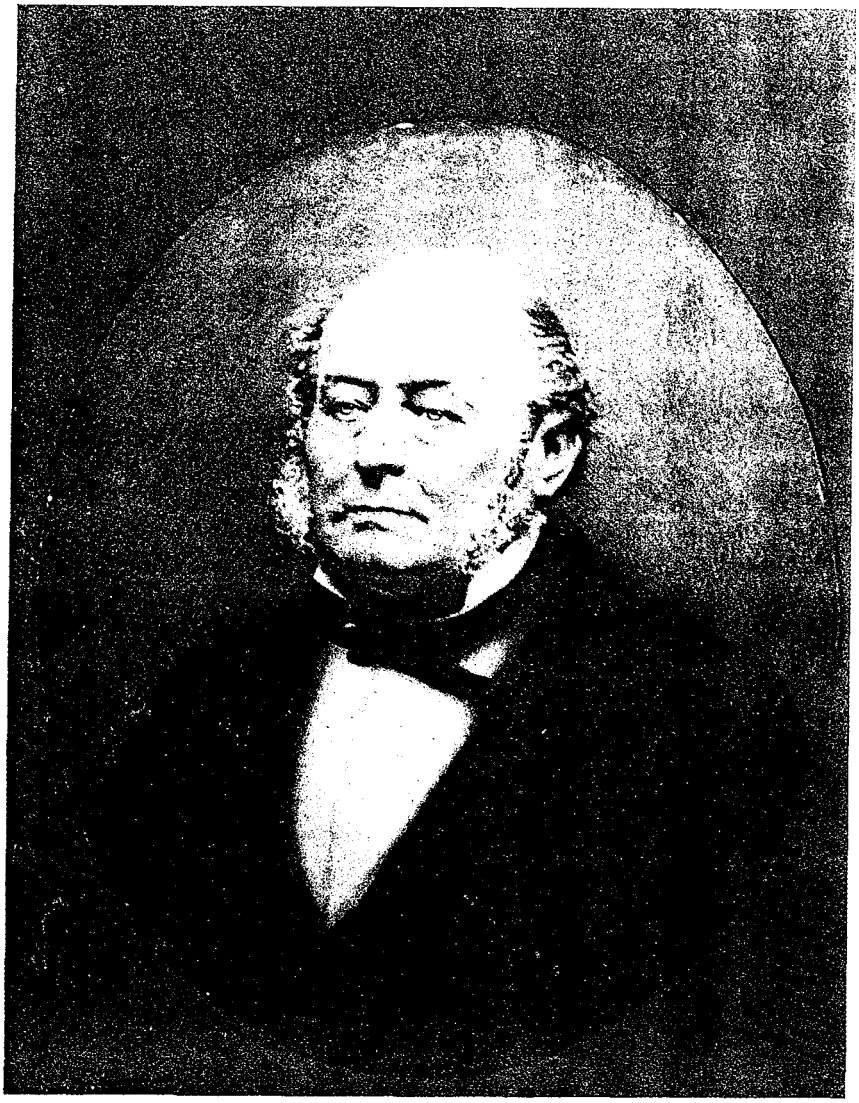
[13] Madame Roland, *Oeuvres de J. M. Ph. Roland, femme de l'ex-Ministre de l'Intérieur*, I, París, Bideault, an VIII, págs. 148-150.

[14] *Exposé des différentes cures opérées depuis le 25 d'août 1785... jusqu'au 12 du mois de juin 1786...*, 2.ª ed., Estrasburgo, Librairie Académique, 1787.

[15] *Suite des cures faites par différents magnétiseurs, Membres de la Société Harmonique des Amis-Réunis de Strasbourg*, vol. II, Estrasburgo, Lorenz et Schouler, 1788.



GUSTAV THEODOR FECHNER (1801-1887), físico, filósofo de la naturaleza y fundador de la psicología experimental. Era muy admirado por Freud, quien tomó de él varios de los conceptos básicos de su metapsicología. *(Fotografía de Georg Brokesch, Leipzig.)*



JOHANN JAKOB BACHOFEN (1815-1887), fundador de la teoría del matriarcado, ejerció una influencia amplia aunque indirecta sobre la psiquiatría dinámica de Freud, Adler y Jung. *(De la colección de pinturas de la Biblioteca de la Universidad de Basilea.)*

magnetizadores tenían ahora que ganarse la vida; había terminado la época del tratamiento gratuito. Con el paso del magnetismo al hipnotismo a mediados de siglo, se reforzó su estructura autoritaria. El *baquet* y el árbol magnetizado quedaron anticuados; el paciente dirigido y el método de regateo retrocedieron en beneficio de las órdenes impartidas bajo hipnosis, procedimiento que a finales del siglo llegó a identificarse con el propio hipnotismo. Los hipnotizadores procedían en su mayoría de la alta y media burguesía, y sus pacientes eran en su mayor parte trabajadores, soldados y campesinos. El carácter burgués que adquirió entonces el hipnotismo quizá pueda explicar también el enfoque más racional y sistemático dado a sus aspectos teóricos y didácticos. Pero, como veremos después, otros factores sociales contribuyeron, a finales del siglo XIX, al advenimiento de nuevos tipos de psicoterapia.

Mientras tanto, se habían puesto de manifiesto nuevas fuerzas de naturaleza económica y política, que revisaremos brevemente para valorar su influencia sobre el desarrollo de la psiquiatría dinámica.

El entorno económico y político

Junto con los factores sociales, hubo otros económicos y políticos que produjeron una transformación de la vida. Entre ellos, la Revolución industrial y el principio de las nacionalidades.

La *Revolución industrial*, esto es, el nacimiento y desarrollo de la industria en gran escala, se desarrolló en Inglaterra entre 1760 y 1830 [16]. Máquinas nuevas y perfeccionadas, que utilizaban fuentes de energía naturales y artificiales (agua, vapor, electricidad), aumentaron enormemente la producción manteniendo sin modificar las necesidades de mano de obra. Los oficios tradicionales desaparecieron y surgió una nueva dirección de la vida económica centrada en el concepto de beneficio. Se produjo así una amplia competencia económica, que transformó de forma gradual el mundo en un mercado gigantesco que las grandes industrias de las diversas naciones se disputaban vigorosamente, y se desarrolló un sistema de transportes y comunicaciones que a su vez llevó a la apertura de nuevos mercados. Nuevas factorías surgieron por todas partes, obligando a los campesinos a abandonar el campo, favoreciendo la urbanización en gran escala y la proletarización de las masas, y ocasionando grandes problemas sociales y la aparición del socialismo. De forma simultánea, tras un rápido aumento de la población de Europa se produjo una emigración en masa a América del Norte y a los países de más allá del océano. A lo

[16] T. S. Ashton, *The Industrial Revolution, 1760-1830*, Nueva York, Oxford University Press, 1948; Paul Mantoux, *La Révolution industrielle au XVIII^e siècle* (1906), ed. revisada, París, Génin, 1959.

largo y ancho del mundo se abrieron las «fronteras» a la rapiña del hombre blanco, que llegó bien como colono, apoderándose de nuevos países, o como colonizador o comerciante, explotando las tierras y sus gentes [17].

El cambio principal producido en la vida política fue el de la tendencia al *establecimiento de Estados nacionales.* Ya había algunos, surgidos lentamente de las ruinas del feudalismo y del viejo sueño de la unidad europea bajo la égida del Papa y el Emperador. A finales del siglo XVIII, España, Inglaterra y Francia se habían convertido en Estados nacionales unificados, mientras que Italia y Alemania estaban todavía subdivididos en numerosos Estados soberanos diminutos y la monarquía austríaca seguía siendo un vasto conglomerado de pueblos bajo el cetro de los Habsburgo. Como la dominación de Napoleón levantó a los pueblos de Europa contra él, se comenzó a sentir por todas partes un resurgimiento del espíritu nacional, movimiento que continuó después de la caída del emperador [18]. Muchos pueblos que habían permanecido bajo dominio extranjero tomaron conciencia de su identidad nacional, estrechamente relacionada con su idioma, y se proclamó el derecho de las naciones a constituirse en Estados. Como la nación estaba identificada con el idioma, por todo el centro y sudeste de Europa se sucedieron ásperas guerras lingüísticas.

Esta situación produjo un fuerte impacto sobre la ciencia y la cultura. Durante muchos siglos, el latín había sido la lengua común de la Iglesia, de la administración y de las universidades europeas. Su supremacía, ya puesta en entredicho por la Reforma, caería por tierra con el nacimiento del nacionalismo. Siguió siendo, sin embargo, el idioma oficial del Parlamento, el Estado y la administración de Hungría hasta 1840, y se suponía que toda persona culta de Europa occidental debía hablarlo con fluidez [19]. Pero en la mayoría de los países, los científicos habían comenzado ya a utilizar sus propios idiomas nacionales, y el uso del latín disminuyó rápidamente tras el advenimiento de la Revolución francesa.

La razón de esta desaparición del latín no hay que buscarla en su inadecuación científica: Newton, Harvey y Linnaeus habían publicado en él sus descubrimientos. Mach piensa que la razón fue que la nobleza deseaba disfrutar de la literatura y la ciencia sin tener que aprender un lenguaje erudito [20]. Condorcet proclamó que utilizando el idioma nacional, las publicaciones de los científicos franceses ya no serían un campo in-

---

17 Walter Prescott Webb, *The Great Frontier*, Boston, Houghton Mifflin, 1952.

18 Georges Weill, *L'Europe du XIX^e siècle et l'idée de la nationalité*, París, Albin-Michel, 1938.

19 Boswell menciona que Johnson pasó dos meses en París en el año 1775 y que durante toda su estancia habló únicamente latín. Ver la obra de James Boswell *The Life of Samuel Johnson* (1791), XLIV, Great Books of the Western World, Chicago, Encyclopedia Britannica, Inc., 1922, pág. 272.

20 Ernst Mach, *Popular Lectures*, Chicago, Chicago Open Court, 1897, págs. 309-345.

accesible para el francés medio; dejó que los científicos aprendieran los idiomas de sus colegas extranjeros [21]. Cuando la élite utiliza la lengua nacional con fines filosóficos y científicos, agregó, ésta necesariamente se enriquece y perfecciona; así, el pueblo obtiene una herramienta lingüística más perfecta y, con ello, un acceso más fácil a la cultura general. No cabe duda de que el abandono del latín y la adopción de las lenguas nacionales dio un enorme impulso al desarrollo de la ciencia en los países de Europa occidental (como también de la psicología y psiquiatría), pero, por otro lado, la ciencia perdió parte de la universalidad que le había caracterizado hasta entonces y se convirtió en un asunto nacional, en ocasiones incluso en un arma política.

El entorno cultural: la Ilustración

La historia de la civilización occidental es en gran parte la de unos pocos movimientos culturales: Renacimiento, barroco, Ilustración y romanticismo, que se sucedieron uno a otro desde finales de la Edad Media hasta el siglo XIX. Cada uno de ellos no sólo mostró características específicas en su filosofía, literatura, arte y ciencia, sino que generó un nuevo estilo de vida y culminó en la formación de un tipo ideal de hombre [22]. Cada uno tuvo su centro de origen en un país, del cual tomó ciertas características que extendió por el resto de Europa: el Renacimiento y barroco en Italia, la Ilustración en Francia, el romanticismo en Alemania. Estos movimientos (así como otros menos importantes) no se pueden definir como entidades cronológicas estrictas; se extendieron lentamente de un país a otro y se sobrepusieron entre sí.

El Renacimiento se desarrolló en Italia durante los siglos XIV, XV y parte del XVI. Floreció en la corte de los príncipes y en las ciudades-estado en un período de intensas luchas, cuando el feudalismo comenzaba a debilitarse bajo el empuje de la naciente burguesía. Se extendió por Francia y el resto de Europa durante el siglo XVI. Su característica principal fue el apasionado interés por la antigua cultura grecorromana, no simplemente como fuente de información y enseñanza, sino como modelo de vida, asociado con una toma de conciencia de la personalidad humana, de su naturaleza y de su lugar en el universo [23]. En las artes, el Renacimiento tendió al ideal de la proporción perfecta en su forma estática, y descubrió

---

21 Condorcet, *Esquisse d'un tableau historique des progrès de l'esprit humain*, Gênes, Yves Gravier, 1798, págs. 209, 337.

22 F. Baldensperger, *Études d'histoire littéraire*, París, Hachette, 1907, págs. 46-53 (descripción resumida de los sucesivos tipos ideales de hombre en Europa desde el Renacimiento).

23 Jakob Burckhardt, *Die Cultur der Renaissance in Italien, ein Versuch*, Basilea, Schweighauser, 1860.

las leyes de la perspectiva, cuya importancia destacó. Su tipo ideal de hombre fue el descrito por Baldassare Castiglione como de noble cuna, versado en los ejercicios físicos, de refinada educación, sobre todo en el arte, la música y la literatura, digno y espontáneo, a la vez que de modales finos y poco interesado por la religión. El Renacimiento ensalzó también al político astuto, al genio poderoso y al gran sabio [24]. Desde entonces y hasta finales del siglo XIX, se consideraba como cosa obvia que una persona educada debía poseer un gran conocimiento del latín y griego y de sus literaturas, así como de los modernos clásicos de las lenguas nacionales. No será posible, por tanto, comprender a hombres como Janet, Freud y Jung sin darse cuenta de que estuvieron inmersos desde la infancia en una atmósfera de cultura clásica intensiva que impregnaba todos sus pensamientos. Un aspecto negativo del Renacimiento fue su desprecio por la persona vulgar, por la iletrada y por el necio. Dedicó, no obstante, gran atención a las enfermedades mentales y, como hemos visto, las manifestaciones multiformes adscritas a esa facultad peculiar de la mente conocida como *imaginatio*. El estudio de la imaginación, uno de los legados del Renacimiento a los siglos siguientes, se convertiría en una fuente fundamental de la primera psiquiatría dinámica.

Cuando nació ésta, el Renacimiento estaba superado y la siguiente tendencia cultural, el barroco, todavía florecía en España y Austria. El movimiento barroco estaba unido al auge de los poderes centralizados, con los que el monarca pretendía mantener a la nobleza y a la burguesía muy unidas a su persona. Los modelos de vida no se buscaban ya en la antigüedad griega y romana, sino en las figuras idealizadas de grandes monarcas (como el rey de España o el *Roi-Soleil* francés) o en los grandes imperios; de ahí los prolijos ceremoniales, trajes y ornamentos. Estaba también muy relacionado con el movimiento de la Contrarreforma. En las artes, en lugar del ideal estático y perfectamente proporcionado del Renacimiento, el barroco buscaba el movimiento, el cambio, el crecimiento. Prefería lo infinito, lo colosal, la ornamentación desproporcionada y exagerada. Su hombre ideal fue descrito por Baltasar Gracián como de noble cuna y excelente educación, para el que eran sagrados la religión y el honor; tendía por encima de todo a la grandeza interna, aunque con ostentación: «el hombre de cualidades y hazañas majestuosas» [25]. En un estilo muchas veces ampuloso, la literatura barroca relataba historias de héroes que se enfrentaban con increíbles dificultades y obstáculos y que

---

[24] El tipo ideal de hombre del Renacimiento fue descrito en el famoso *Il Libro del Cortegiano* de Baldassare Castiglione, Venecia, Aldo Romano, 1528. (Traducción inglesa, *The Book of the Courtier*, Nueva York, Scribner's Sons, 1903.)

[25] Baltasar Gracián, *Oráculo manual y arte de prudencia*, Huesca, Juan Nogués, 1647. (Traducción inglesa, *The Art of Worldly Wisdom*, Londres y Nueva York, Macmillan and Co., 1892.)

eran peones del destino. El barroco fue un período de ingentes sistemas filosóficos y de grandes descubrimientos en todas las ramas de la ciencia. Según Sigerist, su interés por el movimiento se tradujo, en el campo de la medicina, en el descubrimiento por Harvey de la circulación sanguínea y en sus estudios sobre embriología [26]. En psiquiatría, tendió a la construcción de sistemas y clasificaciones minuciosas. Por desgracia, fue también un período típico de caza de brujas y de creencias en posesiones demoníacas. El nacimiento de la psiquiatría dinámica a finales del siglo XVIII sólo se puede comprender por completo si se sitúa en la perspectiva cultural e histórica del declinar del barroco y el triunfo de la Ilustración. Como hemos visto, es eso lo que simbolizaba la discusión de 1775 entre Gassner, el sacerdote devoto y exorcista convencido, y Mesmer, el laico ilustrado y supuesto científico.

El tercer gran movimiento cultural, la *Ilustración*, ha sido definido por Troeltsch como «el movimiento espiritual que condujo a la secularización del pensamiento y del Estado» [27]. Según la conocida definición de Kant:

> *La Ilustración es el abandono por el hombre de su minoridad autoproducida. Minoridad* es la imposibilidad de usar la propia razón de uno sin la guía de otro. Esta minoridad es *autoproducida* cuando se debe no a la falta de raciocinio sino a la falta de decisión y valor para hacer uso de él sin la guía de otro. *Sapere aude!* ¡Tened el valor de utilizar vuestra *propia* razón! es por tanto el lema de la Ilustración [28].

La Ilustración, que estuvo íntimamente conectada con la aparición y consolidación de la burguesía, se originó en Francia alrededor de 1730, se extendió rápidamente por Inglaterra y Alemania y culminó hacia 1785. Adoptó diferentes formas en cada uno de esos países. En Francia fue de esencia política y en ocasiones antirreligiosa. En Inglaterra dio lugar a un interés especial por la economía. En Alemania se mantuvo dentro de los límites de la religión establecida y fue adoptada por los soberanos reinantes en la forma de despotismo ilustrado, cuyo representante típico fue Federico II de Prusia; a pesar de su actitud despótica, se creyó y proclamó a sí mismo como el primer servidor de su pueblo, en contraste con el típico soberano barroco, Luis XIV, que dijo: «El Estado soy yo» (*L'Etat, c'est moi*). Pero por todas partes reinaba la convicción de que la humanidad había alcanzado por fin la mayoría de edad después de un período extremadamente largo de ignorancia y servidumbre, y de que ahora podía, bajo el control de la razón, dirigirse hacia un futuro de

---

[26] Henry Sigerist, *Grosse Ärzte: eine Geschichte der Heilkunde in Lebensbildern*, 5.ª ed., Munich, Lehmanns Verlag, 1965, págs. 115-122.

[27] Ernst Troeltsch, «Die Aufklärung» (1897). Reimpreso en *Gesammelte Schriften*, IV, Tubinga, Mohr, 1925, págs. 338-374.

[28] Immanuel Kant, *Beantwortung der Frage: Was ist Aufklärung?* (1784), en *Werke*, IV, Berlín, Buchenau-Cassirer, 1913, págs. 167-176.

progreso ilimitado[29]. La característica fundamental de la Ilustración fue el culto de la razón, considerada como una entidad universal y permanente, igual para todos los hombres de todas las edades y de todos los países. La razón se oponía a la ignorancia, el error, el prejuicio, la superstición, las creencias impuestas, la tiranía de las pasiones y las aberraciones de la fantasía. Tras estas ideas estaba la noción de que el hombre es un ser social y de que la sociedad fue creada para él. El tipo ideal de hombre pertenecía a la aristocracia o a la burguesía, y su vida estaba dirigida de acuerdo con las exigencias de la razón y de la sociedad. En Francia estuvo representado por el *honnête homme*, una figura sociable. En Inglaterra era de mente más abierta y estaba más relacionado con los problemas económicos. La filosofía de la Ilustración era optimista y práctica, y proclamaba que la ciencia podía y tenía que ser aplicada al bienestar de la humanidad. El progreso se entendía no sólo en su sentido material, sino también cualitativo y moral, con las consiguientes reformas sociales. Otra característica de la Ilustración fue su fe y su profunda dedicación a la educación.

En el campo de la ciencia, eliminó el principio de autoridad y comenzó a aplicar el análisis, utilizado hasta entonces en las matemáticas, a otras ramas del conocimiento, entre las que se incluía el estudio de la mente humana, de la sociedad y de la política. La psicología trató de analizar los elementos básicos de la mente: sensaciones y asociaciones, y a partir de ellos construir, mediante síntesis, la fábrica completa de la mente humana. Del mismo modo, filósofos como Rousseau trataron de imaginar la evolución de la sociedad a partir de unos individuos aislados que se reunían y concertaban entre sí un «contrato social». Hasta entonces, la ciencia había progresado principalmente mediante el trabajo individual de los grandes científicos, que vivían aislados unos de otros y mantenían una activa correspondencia entre sí. Con la Ilustración llegaron las sociedades científicas, que publicaban los procedimientos de sus actividades. Los miembros, entre los que en muchas ocasiones figuraban numerosos aficionados, consideraban un deber asistir a las sesiones y comunicar sus hallazgos.

Las características racionales, prácticas y optimistas de la Ilustración convergieron en la preocupación por las reformas y la ayuda a los miembros menos privilegiados de la gran familia humana. La Ilustración pro-

---

29 W. E. H. Lecky, *History of the Rise and Influence of the Spirit of Rationalism in Europe*, 2 vols., Londres, Longmans, Green, 1865; Ernst Cassirer, *Die Philosophie der Aufklärung*, Tubinga, J. C. B. Mohr, 1932 (traducción inglesa, *The Philosophy of Enlightenment*, Princeton, Princeton University Press, 1951); Daniel Mornet, *La pensée française au XVIII^e siècle*, París, Colin, 1932; Barón Cay von Brockdorff, *Die englische Aufklärungsphilosophie*, Munich, Reinhardt, 1924; E. Ermattinger, *Deutsche Kultur in Zeitalter der Aufklärung*, Potsdam, 1935; Hans M. Wolff, *Die Weltanschauung der deutschen Aufklärung*, Berna, Francke, 1949.

clamó los principios de la libertad religiosa y de la tolerancia mutua entre las diversas religiones, como ilustró Lessing en su famosa obra *Nathan der Weise* (1779). Luchó por la emancipación de los protestantes en los países católicos, de los católicos en los países protestantes y de los judíos en toda Europa. Estimuló entre los cristianos un movimiento de emancipación de los judíos, y entre las comunidades judías otro análogo para emanciparse de las rígidas trabas de la ortodoxia y de las formas de vida tradicionales [30]. El movimiento de abolición de la servidumbre y la esclavitud tuvo también aquí sus raíces. Entre los protestantes se desarrolló el racionalismo, bien definido en el título del tratado de Kant *La religión dentro de los límites de la simple razón.* Se destacó el elemento de la razón en la fe en lugar de la tradición ciega o el *élan* místico [31]. Se intentó hallar explicaciones racionales de los milagros (es decir, explicaciones supuestamente científicas de los milagros bíblicos). Roskoff ha demostrado que la creencia en el demonio se fue disipando gradualmente en los círculos religiosos influidos por la Ilustración, lo que explica en parte el descenso gradual de los juicios de brujas [32]. En el campo de la administración de justicia, la Ilustración luchó contra el empleo de la tortura y otros crueles abusos, que todavía eran corrientes. El movimiento de reforma judicial y penal está ilustrado en el famoso tratado de Beccaria *Dei Delitti e delle Pene* (1764) y en la actividad filantrópica de Howard en pro de la mejora de las prisiones y hospitales.

El enorme impacto de la Ilustración sobre la medicina es por lo general poco conocido [33]. Creó entre otras la pediatría, la ortopedia, la higiene pública y la profilaxis, con su campaña de inoculación frente a la viruela. Influyó sobre la psiquiatría en variados aspectos, comenzando por el de su secularización. Numerosos síntomas que habían sido atribuidos a embrujos o posesión fueron considerados como enfermedades mentales. Se realizaron grandes esfuerzos para explicar las enfermedades mentales en términos científicos. El rápido progreso de la mecánica y la física aconsejó la adopción de modelos mecánicos en fisiología y la reducción de la vida psíquica a la actividad del sistema nervioso. Debido a la gran atención dedicada a la facultad de la razón, la enfermedad mental se consideró esencialmente como una alteración de ésta, por causas tales como una lesión física, especialmente del cerebro, o el efecto de pasiones incontro-

[30] Todo ello está muy bien ilustrado por la vida de Moses Mendelssohn. Ver la obra de Bertha Badt-Strauss *Moses Mendelssohn, der Mensch und das Werk,* Berlín, Welt-Verlag, 1929.

[31] Immanuel Kant, *Die Religion innerhalb der Grenzen der blossen Vernunft* (1793), en *Immanuel Kants Werke,* VI, Ernst Cassirer, ed., Berlín, Bruno Cassirer, 1914, págs. 139-353.

[32] Gustav Roskoff, *Geschichte des Teufels,* Leipzig, E. A. Brockhaus, II, 1869.

[33] E. H. Ackerknecht, «Medizin und Aufklärung», *Schweizerische medizinische Wochenschrift,* LXXXIX (1959), 20.

ladas. En consecuencia, los representantes de la Ilustración enseñaron principios de lo que se podría denominar higiene mental, basada en el entrenamiento de la voluntad y en la subordinación de las pasiones a la razón. El propio Kant, en uno de sus libros, escribió un capítulo «Sobre el poder de la mente para dominar los propios sentimientos morbosos mediante la simple decisión», en el que dio reglas para vencer el insomnio, la hipocondriasis y diversas alteraciones físicas mediante una dieta adecuada, la respiración correcta y, sobre todo, el trabajo sistemático intercalado con períodos de relajación completa y el establecimiento de hábitos sólidos, especialmente la realización de actos frecuentes y conscientes de la voluntad [34]. El interés de la Ilustración por la enfermedad mental se evidenció también por el creciente número de tratados publicados sobre este tema en la segunda mitad del siglo XVIII, algunos de los cuales seguían ya una pauta semejante a la de los modernos libros de texto. Más importante todavía es subrayar que fue en este período cuando por primera vez se intentó la reforma de los hospitales mentales, hecha realidad a finales de siglo por algunos de los representantes más típicos de la Ilustración: Chiarugi, Tuke, Daquin y Pinel. El interés por los enfermos mentales se extendió también fuera del ámbito médico; personas como el pastor alsaciano Oberlin llevaron pacientes mentales a sus casas y los trataron con una mezcla de terapia de apoyo y ocupacional [35]. Fue también el espíritu de la Ilustración el que inspiró a Itard en sus esfuerzos por conseguir una educación especial para los niños mentalmente defectuosos, al abbé de l'Epée para los sordomudos, y a Haüy para los ciegos.

Nunca se encarecerá bastante la importancia histórica y cultural de la Ilustración: constituye la columna vertebral de la moderna civilización occidental. Los principios de libertad religiosa, de pensamiento y de expresión, los de justicia social y de igualdad, el Estado social, la noción de bienestar público como función normal del Estado más que como un acto de caridad, el principio de educación libre y obligatoria y las realidades de las revoluciones americana y francesa tienen todos su origen en la Ilustración, al igual que la fundación de la moderna psiquiatría.

Pero la Ilustración tuvo también sus puntos negativos. Trató de colocar a todos los hombres en la misma categoría y a subestimar las diferencias físicas y mentales, así como las tradiciones culturales. Promovió un concepto unilateral de las emociones como alteraciones de la mente racional, sin reconocerlas en sí mismas. Mientras fomentaba la metodo-

---

[34] Immanuel Kant, *Von der Macht des Gemühths, durch den blossen Vorsatz seiner krankhaften Gefühle Meister zu sein*, en *Immanuel Kants Werke*, VII, Ernst Cassirer, ed., Berlín, Bruno Cassirer, 1916, págs. 411-431.

[35] Un ejemplo literario del tratamiento que recibía un paciente mental en ese tipo de establecimiento familiar nos lo da Goethe en *Wilhelm Meisters Lehrjahre*, libro IV, capítulo 16.

logía histórica, abandonó la perspectiva histórica. A pesar de la gran importancia atribuida a la razón, adoleció de falta de criticismo y la ciencia no pasó de lo que Bachelard ha denominado era precientífica [36]. Numerosos científicos de la Ilustración sustentaban una curiosa mezcla de racionalismo y especulación irracional. Eran abundantes las especulaciones en el campo de las ciencias naturales. El descubrimiento por parte de Newton de la ley de la gravitación universal fascinó a los científicos, que estaban a la búsqueda de la fuerza universal: fuego, flogisto, electricidad e incluso magnetismo animal. Otra preocupación dominante era la búsqueda del «mundo primitivo» que se suponía había existido en los orígenes de la humanidad, un mundo dotado de conocimientos supremos y sabiduría insondable. Se creía que había sido destruido por alguna catástrofe, aunque parte de sus tradiciones habían sido transmitidas secretamente por un pequeño número de sabios iniciados. Suponían algunos que estaba situado en la sumergida Atlántida, mientras que otros lo localizaban en Asia central. Boulanger afirmó que la civilización humana había sido destruida varias veces, y reconstruida cada una de ellas por un puñado de supervivientes. La más reciente de estas catástrofes, dijo, fue el diluvio universal, cuyo intolerable recuerdo había sido reprimido por la humanidad, aunque sobrevivía en numerosos mitos extendidos por el mundo y que el propio Boulanger trató de interpretar (el bautismo cristiano, por ejemplo, era para él un recuerdo simbólico de las aguas del diluvio) [37]. Según otra creencia, la sabiduría sumergida del mundo primitivo había sido recogida en jeroglíficos indescifrables y conservada en el antiguo Egipto. Una novela del abad Terrasson, *Séthos*, describía la vida de los sabios egipcios y sus misteriosos ritos [38]. Se suponía que los ritos masónicos reproducían algunos de estos antiguos y misteriosos ceremoniales. Antoine Court de Gébelin publicó una serie de enormes y magníficos volúmenes en los que expuso con gran minuciosidad de detalles una reconstitución del mundo primitivo, tomada de los mitos griegos y otros, e incluso reconstruyó el lenguaje primitivo de la humanidad a partir del análisis de las lenguas existentes [39]. Se convirtió en un seguidor entusiasta de Mesmer, y muchos creían que este último había redescubierto uno de los secretos del mundo primitivo.

Podemos ver así que el nacimiento de la psiquiatría dinámica venía a ser como una manifestación de la Ilustración, tanto en sus aspectos ra-

---

36 Gaston Bachelard, *La Formation de l'esprit scientifique. Contribution à une psychanalyse de la connaissance objective*. París, Vrin, 1947.

37 John Hampton, *Nicolas Antoine Boulanger et la science de son temps*, Ginebra, Droz, 1955.

38 Abbé Terrasson, *Séthos. Histoire ou vie des monuments; anecdotes de l'ancienne Egypte. Traduite d'un manuscrit grec*, 3 vols., París, Jacques Guérin, 1731.

39 Antoine Court de Gébelin, *Le Monde primitif, analysé et comparé avec le monde moderne*, 9 vols., París, 1773-1782.

cionales como irracionales. Mesmer fue fundamentalmente un representante de la Ilustración. Se reputaba a sí mismo como un científico que había tomado el mando donde Newton lo había abandonado. Su conocimiento superficial de la física le llevó a construir pretendidas teorías físicas, que no eran mucho más especulativas que las de los numerosos *physicien-amateurs*, mientras que la atmósfera general llevó también a muchos de sus contemporáneos a considerarle un científico. Puységur y los miembros de la Société de l'Harmonie revelaron otra faceta de la Ilustración: la tendencia filantrópica a colocar los descubrimientos de la ciencia y sus beneficios a disposición de toda la humanidad y no restringirlos únicamente a los que pudieran pagarlos. En Alsacia, la Société de l'Harmonie abrió una serie de servicios ambulatorios gratuitos para todo el que necesitara magnetización. (Que nosotros sepamos, es el primer caso registrado históricamente de tratamiento psiquiátrico gratuito para los desheredados).

El magnetismo fue, en suma, una creación de la Ilustración. Resulta irónico pensar que fue utilizado e interpretado en forma completamente distinta por la siguiente tendencia cultural, el romanticismo. En todo caso, el antagonismo y la interrelación entre la Ilustración y el Romanticismo pueden seguirse tomando como guía la historia de la psiquiatría dinámica, desde Mesmer hasta los tiempos modernos. Como veremos en los capítulos siguientes, las enseñanzas de Janet se pueden atribuir en definitiva a las tradiciones surgidas de la Ilustración, mientras que Freud y Jung pueden ser identificados como los últimos representantes del romanticismo.

El entorno cultural: romanticismo

El romanticismo tuvo su origen en Alemania, donde alcanzó su más alto desarrollo entre 1800 y 1830, comenzando después a declinar, aunque se extendió por Francia, Inglaterra y otros países. Su impacto fue tal que sus efectos persistieron en la vida cultural europea durante todo el siglo XIX. En su sentido más estricto, el término romanticismo se aplicó a una serie de grupos pequeños y poco conexionados de poetas, artistas y filósofos de principios de siglo. En un sentido lato, designó un amplio movimiento que se expresaba según una visión característica de la vida [40].

[40] Rudolf Haym, *Die romantische Schule. Ein Beitrag zur Geschichte des deutschen Geistes*, Berlín, Rudolf Gaertner, 1870; Ricarda Huch, *Die Romantik. Blütezeit der Romantik*, Leipzig, Haessel, 1920; Ricarda Huch, *Die Romantik. Ausbreitung, Blütezeit und Verfall*, Tubinga/Stuttgart, Hermann Leins, 1951; Richard Benz, *Die deutsche Romantik. Geschichte einer geistigen Bewegung*, Leipzig, Reclam, 1937; Paul Kluckhohn, *Das Ideengut der deutschen Romantik*, a. edition, Halle, Max Niemeyer, 1942.

Ha sido considerado muchas veces como una reacción cultural frente a la Ilustración. Mientras que esta última proclamaba los valores de la razón y de la sociedad, el romanticismo mantuvo el culto de lo irracional y lo individual. Con él resurgieron las tendencias místicas, que habían sido relegadas a un segundo plano por la Ilustración. Políticamente, ha sido considerado como un movimiento de renovación nacional en línea con el principio de las nacionalidades, movimiento que fue más fuerte en Alemania que en cualquier otra parte, como consecuencia de las desgraciadas circunstancias políticas que habían prevalecido allí durante siglos: Alemania había sufrido la guerra de los Treinta Años, había sido reducida a la impotencia política por Richelieu, Luis XIV y Napoleón, y estaba dividida en una multiplicidad de pequeños estados soberanos, siendo por lo tanto una nación sin un Estado. Incluso su lengua y cultura habían sido puestas en peligro por una excesiva influencia extranjera. El Romanticismo devolvió a Alemania el sentido de su propia identidad nacional, con lo que contribuyó a su renovación política. Brunschwig relacionó asimismo la aparición del romanticismo con el desequilibrio demográfico existente en Alemania a finales del siglo XVIII [41]. La población urbana había aumentado enormemente, y una nueva generación de jóvenes burgueses e intelectuales, privados de oportunidades profesionales y enfrentados a un presente ominoso, adoptó una mentalidad irracional, se volvió al pasado o a futuros remotos, y vivió en una espera constante de milagros en los campos de la religión, la medicina, el amor, el trabajo y la vida diaria.

Cualesquiera que sean las explicaciones sobre su origen, el romanticismo posee varias características esenciales:

1) La principal era su profunda sensibilidad por la naturaleza, en contraste con la Ilustración, que estaba centrada en el hombre y encontraba su expresión en un verso de Pope muy citado: «El estudio propiamente dicho de la humanidad es el hombre». El romanticismo contemplaba la naturaleza con un sentido de profunda reverencia, con *Einfühlung* (sentimiento interno o empatía), en un intento de penetrar en sus profundidades para descubrir la verdadera relación del hombre con ella. Este sentimiento estaba presente en la poesía lírica así como en las especulaciones sobre la filosofía de la naturaleza. Se encontraba incluso en el interés de los fisiólogos por el ritmo y periodicidad del organismo humano y su relación con los movimientos cósmicos.

2) Además de la naturaleza visible, el romántico aspiraba a penetrar en los secretos del «fundamento» (*Grund*) de la naturaleza, que consideraba a la vez como fundamento de su propia alma. Los medios para alcan-

---

41 Henri Brunschwig, *La Crise de l'état prussien à la fin du XVIII^e siècle et la genèse de la mentalité romantique*, París, Presses Universitaires de France, 1947.

zar ese fundamento se encuentran no sólo en el intelecto sino también en el *Gemüt*, es decir, la cualidad más íntima de la vida emocional. De ahí el interés romántico por todas las manifestaciones del inconsciente: sueños, genios, enfermedad mental, parapsicología, los poderes ocultos del destino, psicología de los animales. Por lo mismo, estaba preocupado por los cuentos y manifestaciones folklóricas populares, y por la expresión espontánea del genio popular. Así se explica su entusiasmo por el magnetismo. Este principio, conocido también como lado oscuro de la Naturaleza, contenía los símbolos universales y la semilla de las cosas que iban a ser. El estudio sistemático de los mitos y símbolos fue comenzado por pensadores tales como Christian Gottlieb Heyne, Friedrich Schlegel, Creuzer y Schelling, para los cuales no había errores históricos o conceptos abstractos, sino fuerzas y realidades vivas.

3) En tercer lugar estaba el sentimiento del «devenir» (*Werden*). Mientras que la Ilustración creía en la razón eterna y en sus manifestaciones estables en forma de progreso de la humanidad, el Romanticismo mantenía que todos los seres derivaban de principios embrionarios, que se desarrollaban en individuos, sociedades, naciones, lenguas y culturas. La vida humana no era simplemente un largo período de madurez después de un período más corto de inmadurez, sino un proceso espontáneo de desarrollo, una serie de metamorfosis (al que C. G. Jung denominaría más tarde individuación). La *Bildungsroman*, novela que describía los procesos de desarrollo intelectual y emocional de un individuo, se convirtió en la manifestación literaria preferida y probablemente indujo a los psiquíatras a escribir historias clínicas en conexión con la historia completa de sus pacientes.

4) El romanticismo se interesaba por naciones y culturas particulares, no por la sociedad en general. Los románticos alemanes no sólo restauraron su lengua y su cultura en el lugar que les correspondía, sino que estudiaron afanosamente un gran número de culturas con sus folklores, cuentos populares, mitos, literatura y filosofía. Su *Einfühlung* con otras culturas se demuestra en la asombrosa perfección de sus traducciones de autores extranjeros; en este aspecto, los poetas románticos consiguieron, por ejemplo, convertir a Shakespeare en un poeta nacional alemán. Friedrich Schlegel proclamó: «Una persona verdaderamente libre y educada debe ser capaz de armonizar a voluntad, filosófica o filológicamente, crítica o poéticamente, histórica o retóricamente, con lo antiguo y con lo moderno, del mismo modo que se afina un instrumento, en cualquier momento y en cualquier grado» [42]. Novalis afirmó que «la persona perfecta

[42] Friedrich Schlegel, citado por Ricarda Huch, en *Die Romantik. Ausbreitung, Blütezeit und Verfall*, Stuttgart, Leins, 1951, pág. 257.

debe vivir del mismo modo en varios lugares y con diversas personas»[43].

5) El Romanticismo supuso una nueva sensibilidad hacia la historia, luchando por evocar, tal como era, el espíritu de los siglos pasados. Se ha dicho que consiguió la *Einfühlung* con todos los períodos posibles de la historia, con la única excepción de la Ilustración. Pero mostró predilección por la Edad Media, la cual redescubrió del mismo modo que el Renacimiento había redescubierto la antigüedad grecorromana.

6) En contraste con la Ilustración, el Romanticismo hacía un fuerte hincapié en la noción del individuo. En 1800 Schleiermacher[44] puntualizaba en sus *Monólogos* la absoluta unicidad de cada individuo, concepto éste sostenido por todos los románticos. El concepto típicamente romántico de *Weltanschauung* (concepción del mundo) indica una forma específica de percibir el mundo peculiar de una nación, un período histórico o un individuo. Según Max Scheler, esta palabra fue acuñada por Wilhelm von Humboldt, el cual afirmaba que la ciencia de un determinado período estaba siempre determinada inconscientemente por su *Weltanschauung*[45]. Mientras que la Ilustración había tendido a considerar la sociedad como un producto más o menos voluntario, cuando no artificial, de la voluntad humana, o de un contrato social, el Romanticismo consideraba la vida comunitaria como dada por la naturaleza e independiente de la voluntad del hombre. Los románticos trabajaban o vivían muchas veces juntos como amigos, como hermanos o en grupos pequeños de amigos que se reunían a intervalos regulares para intercambiar puntos de vista e ideas. En la relación entre los sexos, solicitaban, sobre todo, una cualidad emocional y espiritual y aborrecían la idea del matrimonio de razón de la Ilustración. En 1799 Friedrich Schlegel despertó una gran controversia con su novela autobiográfica *Lucinde*[46], en la que exaltaba la noción del amor perdurable —amor romántico— como una fusión de pasión física y atracción espiritual. Novalis expresó el punto de vista de que el amor debía impartir «la energía para perfeccionarse uno mismo con la persona amada y ayudar a ésta a alcanzar la perfección»[47], noción que se anticipó a la de C. G. Jung como veremos en un capítulo posterior.

Al igual que los movimientos culturales precedentes, el romanticismo produjo su tipo ideal de hombre. Sus características principales eran una sensibilidad extrema que le permitía «sentir» la Naturaleza y «sentir con» otros hombres, una rica vida interior, la creencia en el poder de la ins-

---

[43] Novalis, *Neue Fragmente*, núm. 146, en *Werke und Briefe*, Munich, Winkler-Verlag, s. f., págs. 452-453.

[44] Schleiermacher, *Monologen* (1800), en *Kritische Ausgabe*, Friedrich Michael Schiele, ed., Leipzig, Dürr, 1902.

[45] Max Scheler, *Vom Umsturz der Werte*, 4.ª ed., Francke, 1951, pág. 126.

[46] Friedrich Schlegel, *Lucinde*, Berlín, Fröhlich, 1799.

[47] Novalis, citado por Ricarda Huch, *Die Romantik. Blütezeit der Romantik*, Leipzig, Haessel, 1920, pág. 258.

piración, de la intuición y la espontaneidad, y la importancia otorgada a la vida emocional. Los románticos eran criticados en ocasiones por su tendencia al entusiasmo y sentimentalismo fáciles. Pero Friedrich Schlegel y los primeros románticos señalaron la virtud de la «ironía», en el sentido romántico de la palabra, actitud despegada hacia los propios sentimientos, por muy íntimos que fueran [48]. Fue frecuente, sin embargo, que se vieran afectados de la enfermedad que Schlegel describió en *Lucinde*: un *Sehnsucht*, un anhelo de algo indefinido y extraordinario del héroe que, en continua inquietud, vaga continuamente a la aventura y lleva una vida errante que por último le conduce al borde del colapso. Numerosos románticos eran realmente inquietos y carecían de autodisciplina, perdiendo lo mejor de su talento en improvisaciones y conversaciones, y dejando inacabados sus trabajos. Algunos murieron prematuramente, de enfermedad física como Novalis, de alteración mental, como Hölderlin, o suicidándose, como Kleist. La enfermedad romántica apareció también en Inglaterra y Francia y dio lugar a brillantes descripciones literarias de Chateaubriand y Alfred de Musset.

Cuando se habla de Romanticismo, se piensa normalmente en su expresión literaria, musical o artística; pero en Alemania, el romanticismo invadió también los campos de la filosofía, la ciencia y la medicina. Debido a su gran importancia en relación con el desarrollo posterior de la psiquiatría dinámica, observaremos con más detenimiento sus implicaciones en esas esferas.

Filosofía de la naturaleza y filosofía romántica

Una escuela específica de pensamiento, la de la *Naturphilosophie* (filosofía de la naturaleza) fue fundada como vástago del Romanticismo alemán por Friedrich Wilhelm von Schelling (1775-1854) y entre sus adeptos incluía científicos y filósofos [49].

El punto básico de la filosofía de Schelling era la afirmación de que tanto la naturaleza como el espíritu surgen de la unidad absoluta, constituida e indisoluble. «La naturaleza es Espíritu visible, el Espíritu es Naturaleza invisible». Por lo tanto, la naturaleza no puede ser comprendida únicamente en función de conceptos mecánicos y físicos, sino que hay que tener en cuenta las leyes espirituales subyacentes, las cuales trata precisamente de elucidar la filosofía de la naturaleza. En la naturaleza visible, el mundo orgánico y visible surgió de un principio espiritual

[48] Fritz Ernst, *Die romantische Ironie*, Zurich, Schulthess, 1915.

[49] Friedrich Wilhelm von Schelling. Ver especialmente *Ideen zu einer Philosophie der Natur*, Leipzig, 1797; *Von der Weltseele*, Hamburgo, 1798; *Werke*, I, Leipzig, Fritz Eckard, 1907.

común, el alma universal (*Weltseele*), que a partir de sí misma y a través de una serie de generaciones produjo sucesivamente la materia, la naturaleza viva y la conciencia en el hombre. La naturaleza orgánica y los diversos campos del mundo viviente diferían en su grado de perfección, aunque obedecían a las mismas leyes. Por lo tanto, las leyes que gobernaban uno de estos campos se podían descubrir mediante la exploración de otros y el uso subsiguiente de la analogía, que era la varita mágica de la filosofía romántica.

La filosofía de la naturaleza sustentaba asimismo la idea de la unidad esencial del hombre y la naturaleza; la vida humana era considerada como participación en una especie de movimiento cósmico dentro de la naturaleza. El universo era un todo organizado en el que cada parte estaba conectada con todas las demás mediante una relación de simpatía [50]. De aquí el interés mostrado por la teoría de Mesmer del magnetismo animal, que se interpretaba de acuerdo con esta teoría.

Otro principio básico de la filosofía de la naturaleza era el expresado en la «ley de las polaridades», pares de fuerzas antagonistas y complementarias que se unirían en la forma de indiferencia. En el seno de la naturaleza había, según Schelling, polaridades como el día y la noche, la fuerza y la materia, la gravedad y la luz. A la polaridad hombre y mujer se le adscribió una gran importancia que sobrepasaba los límites del mundo animado. Schelling y sus discípulos veían polaridades por todas partes. Los tratados de química se escribieron bajo el aspecto de la polaridad ácido y base. La fisiología humana se interpretó en función de las polaridades vigilia y sueño, esfera vegetativa y esfera animal (Reil), sistema cerebral y ganglionar (Von Schubert) [51]. Las polaridades se concibieron muchas veces como una interrelación dinámica de fuerzas antagonistas. El fisiólogo August Winkelmann [52], en su *Introducción a la fisiología dinámica* (1802), afirmó que «la Naturaleza es la lucha de fuerzas, el conflicto de una fuerza positiva y una negativa». Basó todo un sistema de fisiología dinámica en el concepto de estas polaridades conflictivas, como podrían ser las del sistema nervioso y el sistema circulatorio.

Otro concepto básico de la filosofía romántica fue el de los fenómenos primordiales (*Urphänomene*) y la serie de metamorfosis de ellos derivadas. Goethe, que se había anticipado en muchos aspectos a este enfoque filosófico, aplicó ambos conceptos en sus estudios sobre la metamorfosis

---

50 Friedrich Hufeland, *Ueber Sympathie*, Weimar, Verlag des Landes-Industrie-Comptoirs, 1811.

51 K. E. Rothschuh, *Geschichte der Physiologie*, Berlín, Springer, 1953, págs. 112-118.

52 August Winkelmann, *Einleitung in die dynamische Physiologie*, Gotinga, Dieterich, 1802.

de las plantas [53]. La palabra «metamorfosis», según la utilizaba él, no designaba una transformación material visible por el observador, ni tampoco una abstracción pura, sino un supuesto cambio de la «fuerza formativa» (según la formuló Agnes Arber) [54]. Goethe creía, por tanto, en la *Urpflanze* (planta primordial) como modelo de todas las plantas, de la cual participarían en algún grado todas las especies botánicas. Curiosamente, llegó a creer en la existencia real de la *Urpflanze* e incluso trató de encontrarla, aunque en su concepción original no era necesaria su existencia real. Lo que C. G. Carus denominó método genético era una forma de relacionar un fenómeno primordial con las metamorfosis de él derivadas y encontrar las leyes que gobernaban dicha relación [55]. Entre otros *Urphänomene* estaba el mito del Andrógino. En su *Banquete*, Platón había dicho en sentido figurado que el ser humano primordial u original poseía ambos sexos, que posteriormente fueron separados por Zeus y que, desde entonces, el hombre y la mujer se buscaban en un esfuerzo por reunirse. Este mito, resucitado por Boehme, Baader y otros, era muy adecuado para expresar la idea romántica de la bisexualidad fundamental del ser humano, y fue elaborado con numerosas variantes [56]. No menos básica era la noción del inconsciente. Esta palabra ya no significaba los recuerdos olvidados de san Agustín o las «percepciones oscuras» de Leibniz, sino que era el verdadero fundamento del ser humano, por estar enraizado en la vida invisible del universo y ser, por lo tanto, el verdadero nexo de unión del hombre con la naturaleza. Muy relacionada con la noción de inconsciente estaba la del «sentido interno» o «universal» (*All-Sinn*) mediante el cual el hombre, antes de la caída, era capaz de conocer la naturaleza. Por muy imperfecto que hubiera quedado, todavía nos permitía, decían los románticos, lograr algún conocimiento directo del universo, sea mediante el éxtasis místico, la inspiración poética y artística, el sonambulismo magnético o los sueños. Estos últimos tenían también una importancia fundamental, y es raro encontrar un filósofo o poeta romántico que no expresara sus ideas sobre ellos [57].

Los conceptos y modo de pensar de la filosofía romántica nos pueden parecer extraños, acostumbrados como estamos a los métodos de la ciencia experimental. Sin embargo, reaparecieron de forma inconfundible en

[53] J. W. Goethe, *Versuch die Metamorphosen der Pflanzen zu erklären*, Gotha, C. W. Ettinger, 1790.

[54] Ver la obra de Agnes Arber «Goethe's Botany: The Metamorphosis of Plants» (1790), y «Tobler's Ode to Nature» (1782), *Chronica Botanica*, X (1946), 63-126.

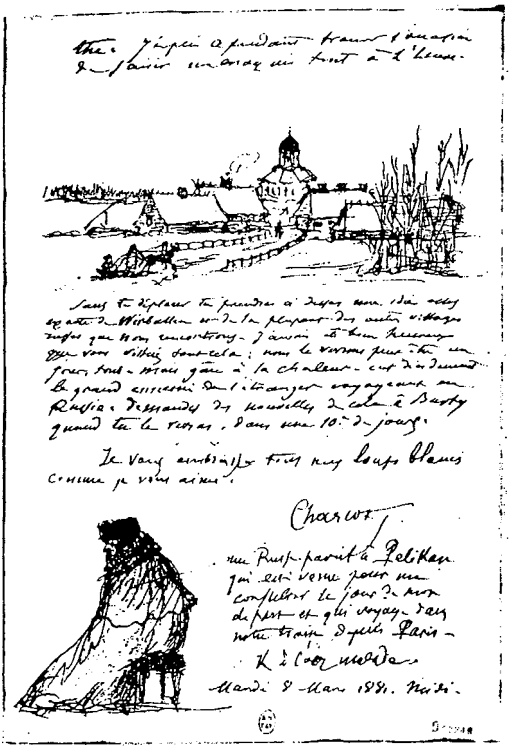
[55] Adolf Meyer-Abich, *Biologie der Goethezeit*, Stuttgart, Hippocrates-Verlag, 1949.

[56] F. Giese, *Der romantische Charakter*, tomo I; *Die Entwicklung des Androgynenproblems in der Frühromantik*, Langensalza, 1919; Ernst Benz, *Adam. Der Mythus vom Urmenschen*, Munich-Planegg, Otto-Wilhelm-Barth Verlag, 1955.

[57] Philip Lersch, *Der Traum in der deutschen Romantik*, Munich, M. Hueber, 1923; Albert Béguin, *L'Ame romantique et le rêve. Essai sur le romantisme allemand et la poésie française*, 2 vols., Marsella, Cahiers du Sud, 1937.



JEAN-MARTIN CHARCOT (1825-1893). Antes de alcanzar una fama tardía, Charcot, hombre arisco y reservado, luchó durante muchos años de duro y oscuro trabajo. *(Por cortesía del Profesor Paul Castaigne, Paris.)*



Autógrafo de Charcot. Charcot había sido llamado a Rusia como consultor de un alto personaje. Escribió vívidos relatos del viaje a su familia, ilustrando sus cartas con dibujos a la acuarela. *(De la Bibliothèque Nationale, Paris, Cabinet des Estampes.)* (Los colores no aparecen en esta reproducción.)



«Una sesión clínica en la Salpêtrière». La Pintura de A. Brouillet muestra a Charcot en la cúspide de su fama, demostrando un caso de «grande hystérie» ante una audiencia elegida de médicos y escritores; tras él está su discípulo favorito, Babinski. El pintor ha mostrado involuntariamente el error fatal de Charcot: sus explicaciones verbales y la pintura de la pared sugieren a la paciente la crisis que comienza a representar; dos enfermeras están preparadas para sostenerla cuando caiga sobre la camilla, donde desplegará la crisis completa. *(De* Le Salon de 1887, *París, frente a la pág. 62.)*

la nueva psiquiatría dinámica. Leibbrand ha dicho que «las enseñanzas de C. G. Jung en el campo de la psicología son ininteligibles a menos que se conecten con Schelling». Ha destacado también la influencia ejercida por la concepción schellingiana de los mitos sobre la moderna psiquiatría dinámica. (Se ha afirmado también que ha demostrado la existencia de analogías entre el concepto de Schelling de enfermedad mental como reacción no específica de la sustancia viva y las teorías modernas de Selye y de Speransky)[58]. Jones ha observado asimismo que los conceptos freudianos sobre la vida mental estaban dominados por polaridades (dualismo de instintos, polaridades sujeto-objeto, placer-displacer, activo-pasivo), y añade que una característica peculiar del pensamiento de Freud, a lo largo de toda su vida, fue «su constante tendencia hacia las ideas dualistas»[59]. Era ésta una forma de pensar típicamente romántica. El concepto filosófico romántico de los *Urphänomene* no sólo reaparece en la obra de Jung bajo el nombre de «arquetipo», sino que se encuentra también en la de Freud. ¿Qué son el complejo de Edipo, el asesinato del padre primitivo, sino *Urphänomene*, postulados para la humanidad como una totalidad y descritos en los individuos bajo sus diversas metamorfosis? Para Freud, poco importa que el asesinato del padre primordial se haya perpetrado realmente o no, como tampoco interesaba a Goethe que la *Urpflanze* existiera realmente como una especie botánica. Lo único importante son las relaciones que se podían deducir de ello en orden a la cultura humana, la religión, el orden social y la psicología del individuo. Del mismo modo, la idea romántica de la bisexualidad fundamental del ser humano encontró un lugar en los sistemas psiquiátricos de Freud y Jung. Los conceptos de Jung de *animus* y *anima* no son sino una reencarnación posterior de los *Urphänomene* románticos, expresados en el mito del Andrógino. Fundamentalmente románticos son también los conceptos del inconsciente, sobre todo en la forma en que revivieron en el «inconsciente colectivo» de Jung y en la importancia dada a los sueños y símbolos. Como veremos en las páginas siguientes, no hay prácticamente un solo concepto de Freud o Jung que no fuera anticipado por la filosofía de la naturaleza y la medicina románticas.

Además de estas características generales concernientes a los conceptos románticos del hombre y de la naturaleza, cada uno de los pensadores románticos tenía su propio sistema. Algunos, como Von Schubert, Troxler y C. G. Carus, fueron notables precursores de las enseñanzas de la nueva psiquiatría dinámica. Schopenhauer, aunque no exactamente romántico,

---

58 W. Leibbrand, «Schellings Bedeutung für die moderne Medizin», *Atti del XIV° Congresso Internazionale di Storia della Medicina*, II (Roma, 1954).

59 Ernest Jones, *The Life and Work of Sigmund Freud*, II, Nueva York, Basic Books, 1955, págs. 318.

perteneció a la misma época y debe ser considerado entre los antecesores de la moderna psiquiatría dinámica.

Gotthilf Heinrich von Schubert (1780-1860) ideó una visión altamente poética de la naturaleza, que en ocasiones recuerda al lector moderno a Bergson y a Teilhard de Chardin y que muestra semejanzas verdaderamente llamativas con ciertos conceptos freudianos y jungianos [60]. Según Von Schubert, el hombre en su estado primordial original vivía en armonía con la naturaleza; luego se separó de ella por su *Ich-Sucht* (amor a sí mismo), pero posteriormente volverá a unirse de un modo más perfecto. La intuición de este hecho, creía, la expresaban las antiguas religiones agrícolas en las representaciones de los misterios de la muerte y resurrección de Isis, Adonis y Mitra. Von Schubert presentó un cuadro grandioso de la evolución de la Tierra, la aparición sucesiva de los reinos mineral, vegetal y animal, y su coronación con el hombre, portador del espíritu, así como de las interrelaciones de dichos reinos dentro del universo y la naturaleza humana. Según Kern, Von Schubert dio una clara indicación de lo que Von Uexküll denominaría el *Umwelt* [61]. Distinguía tres partes constitutivas del ser humano: *Leib* (el cuerpo viviente), alma y espíritu, y añadía que las tres estaban en constante «devenir». La vida humana suponía una serie de metamorfosis; en ocasiones ocurría una repentinamente poco antes de la muerte, o una vez superada la mitad de la vida. Así, el hombre es una «estrella doble»; está dotado de un segundo centro, la *Selbstbewusstsein*, que emerge gradualmente en su alma. En el hombre, como en todos los seres vivientes, el anhelo (*Sehnsucht*) de amor no se puede separar fácilmente del anhelo de muerte *(Todessehnsucht)*, que es el intento de volver «al hogar», a la naturaleza, pero que también apunta a una vida futura.

En otro trabajo, *El simbolismo de los sueños*, Von Schubert declaró que cuando el hombre está dormido, su mente comienza a pensar en un «lenguaje de imágenes», en contraste con el lenguaje verbal de la vida de vigilia [62]. Durante un cierto tiempo ambos lenguajes pueden discurrir paralelamente o mezclados, pero en los sueños permanece sólo el primero (*Traumbildsprache*). Se trata de un lenguaje jeroglífico, en el sentido de que puede combinar numerosas imágenes o conceptos en un solo cuadro. Los sueños utilizan un lenguaje universal de símbolos, que es el mismo para todos los hombres y que se aplica tanto a los del pasado como a los contemporáneos. Dicho lenguaje es «un tipo superior de álgebra»; en

60 G. H. von Schubert, *Ahndungen einer allgemeinen Geschichte des Lebens*, Leipzig, Reclam, 1820, y *Ansichten von der Nachtseite der Naturwissenschaft*, Dresde y Leipzig, Weigel, 1808.

61 Hans Kern, *Die Seelenkunde der Romantik*, Berlín-Lichterfelde, Widukind-Verlag, 1937.

62 G. H. von Schubert, *Die Symbolik des Traumes*. Neue, verbesserte und vermehrte Auflage, Leipzig, Brockhaus, 1837 (1.ª ed., 1814).

ocasiones adopta un estilo poético, otras veces irónico (como los sueños en que la imagen del nacimiento significa en realidad muerte, o en que los excrementos significan oro). Por la noche, la mente humana puede percibir visiones de acontecimientos futuros, pero los sueños tienen más a menudo un carácter amoral o demoníaco, porque en ellos pasan a un primer plano los aspectos olvidados, reprimidos y sofocados (*vergewaltigte*) de la personalidad.

Podemos resumir gráficamente algunas de las semejanzas existentes entre los conceptos de Von Schubert y los de Freud y Jung en el siguiente cuadro:

VON SCHUBERT	FREUD	JUNG
Naturaleza triple del hombre:		
Leib (cuerpo viviente).	Ello.	
Alma.	Yo.	
Espíritu.	Superyo.	
Ich-Sucht (amor a sí mismo).	Narcisismo.	
Cambios en el curso de la vida.		Individualización.
Segundo centro del alma humana.		*Selbst* («sí mismo»).
Todessehnsucht (anhelo de muerte).	Instinto de muerte.	
Sueño: lenguaje de palabras y lenguaje de imágenes.	El mismo concepto.	
Jeroglíficos.	Condensación.	
Símbolos universales.	Símbolos universales.	Arquetipos.

Otro filósofo de la naturaleza, el suizo Ignaz Paul Vital Troxler (1780-1866), fue discípulo de Schelling, amigo de Beethoven, médico experto y profesor de filosofía en Basilea y Berna [63]. Después de un siglo de olvido, ha sido redescubierto y sacado recientemente a la luz. Troxler enseñaba que el ser humano está compuesto, no por los tres principios, de cuerpo, alma y espíritu (como afirmaban otros románticos), sino por cuatro principios, a los que se llega mediante la distinción entre *Körper* y *Leib*, entendiendo por *Körper* el cuerpo según lo ve el anatómico o el cirujano, y por *Leib* el cuerpo animado y sensible (lo que se podría traducir por *soma*). El *Tetraktys* consta de dos polaridades: soma-alma, que están en un mismo nivel y se complementan entre sí, y espíritu-cuerpo, en que el último está subordinado al primero. Estos cuatro principios se mantienen unidos gracias al *Gemüt*, que es el centro viviente del *Tetraktys* y, en palabras de Troxler, «la verdadera individualidad del hombre, mediante la cual éste es en sí mismo más auténticamente, el corazón de su mismidad, el punto central más vivo de su existencia». El curso de la vida es

63 Dos de estos trabajos son particularmente importantes: Ignaz Troxler, *Blicke in das Wesen des Menschen*, Aarau, Sauerländer, 1812; *Naturlehre des menschlichen Erkennens oder Metaphysik*, Aarau, Sauerländer, 1828.

un emerger sucesivo de grados cada vez más altos de conciencia. El niño pequeño aprende primero a distinguir entre el yo y el no-yo y después entre el alma y el soma. Una vez que el alma se separa del soma, el hombre puede satisfacerse con un conocimiento puramente intelectual, pero también se le da libertad para tratar de alcanzar un tercer nivel de desarrollo, que es el del espíritu, con el que se abre a la luz divina. El verdadero objetivo de la filosofía es convertir el espíritu en un órgano de conocimiento a través del cual el hombre pueda tomar conciencia de realidades espirituales más altas: esto es lo que Troxler denominó antroposofía. Existen claras semejanzas entre esta doctrina del desarrollo de la mente humana y el concepto de individuación de Jung, así como entre el *Gemüt* de Troxler y el *Selbst* (sí mismo) de Jung.

Carl Gustav Carus (1789-1869), médico y pintor, es célebre por su trabajo sobre psicología animal y fisionomía, y en particular por su libro *Psyche*, que fue el primer intento de dar una teoría completa y objetiva de la vida psicológica inconsciente. El libro comienza con las siguientes palabras:

> La clave del conocimiento de la naturaleza de la vida consciente del alma permanece en el mundo del inconsciente. Esto explica la dificultad, si no la imposibilidad, de conseguir una comprensión real del secreto del alma. Si existiera una imposibilidad absoluta de encontrar el inconsciente en el consciente, el hombre podría desesperar incluso de conseguir un conocimiento de su propia alma, es decir, un conocimiento de sí mismo. Pero si esta imposibilidad es solamente aparente, entonces el primer objetivo de la ciencia del alma es establecer cómo el espíritu del hombre es capaz de descender a estas profundidades [64].

Carus define la psicología como la ciencia del desarrollo del alma desde el inconsciente hasta el consciente. Según él, la vida humana está dividida en tres períodos: 1) Período pre-embrionario, durante el cual el individuo existe simplemente como una pequeña célula dentro del ovario de la madre. 2) Período embrionario; mediante la fecundación, el individuo es despertado súbitamente de su largo sueño, y se desarrolla el inconsciente formativo. 3) Período posterior al nacimiento, en el cual el inconsciente formativo continúa dirigiendo el crecimiento del individuo y la función de sus órganos. La conciencia surge de forma gradual, pero permanece siempre bajo la influencia del inconsciente, al que el individuo retorna periódicamente durante el sueño.

Carus distingue tres estratos en el inconsciente: 1) El *inconsciente absoluto general*, total y permanentemente inaccesible a nuestra conciencia. 2) El *inconsciente absoluto parcial*, al que pertenecen los procesos de formación, crecimiento y actividad de los órganos. Ejerce una influencia indirecta sobre nuestra vida emocional. Carus describe

---

[64] Carl Gustav Carus, *Psyche, zur Entwicklungsgeschichte der Seele*, Pforzheim, Flammer and Hoffmann, 1846.

los distintos «distritos del alma», como la respiración, la circulación sanguínea, la actividad hepática; cada uno de estos distritos tiene una tonalidad emocional propia y contribuye a la constitución del sentimiento vital base de la vida emocional. Los pensamientos y sentimientos conscientes ejercen también una acción lenta y mediata sobre el inconsciente absoluto parcial, esto explica por qué la fisonomía de una persona puede reflejar su personalidad consciente. 3) El *inconsciente relativo o secundario,* que comprende la totalidad de los sentimientos, percepciones y representaciones, que nos pertenecieron en un momento u otro y que se han convertido en inconscientes.

Carus adscribe las siguientes características al inconsciente: 1) Tiene aspectos «prometeicos» y «epimeteicos», está dirigido hacia el futuro y hacia el pasado, pero no conoce el presente. 2) Está en movimiento y transformación constantes; los pensamientos o sentimientos conscientes, cuando se convierten en inconscientes, sufren una modificación y maduración continuas. 3) Es incansable; no necesita descanso periódico, mientras que nuestra vida consciente necesita descanso y recuperación mental, lo que encuentra sumergiéndose en el inconsciente. 4) Es básicamente perfecto y no conoce la enfermedad; una de sus funciones es «el poder curativo de la Naturaleza». 5) Sigue sus propias leyes ineludibles y no tiene libertad. 6) Posee su propia sabiduría innata; en él no hay ensayo y error, no hay aprendizaje. 7) Sin darnos cuenta consciente de ello, por medio del inconsciente permanecemos en conexión con el resto del mundo, en particular con nuestros semejantes.

Carus distingue cuatro formas de relación interpersonal: 1) de consciente a consciente; 2) de consciente a inconsciente; 3) de inconsciente a consciente; 4) de inconsciente a inconsciente. Formuló el principio de que el inconsciente del individuo está relacionado con el inconsciente de todos los hombres.

Existen, agregaba, tres tipos de sueños, cada uno de ellos perteneciente a uno de los tres «círculos vitales» (*Lebenskreise*): mineral, vegetal y animal. Es de destacar que este autor trató de interpretar los sueños de acuerdo con su forma, en lugar de hacerlo según su contenido.

En la obra *Psyche* de Carus se presenta la vida de un médico y agudo observador de la mente humana. Revela cómo estaba modelada la teoría del inconsciente a finales del período romántico, antes de que empezara a predominar la teoría positivista. Carus fue la fuente de Von Hartmann y de los últimos filósofos del inconsciente, así como de la teoría de los sueños de Scherner. Su noción de una función autónoma, creadora, compensadora del inconsciente, sería desarrollada medio siglo después por C. G. Jung.

Arthur Schopenhauer (1788-1860) había publicado su obra principal, *El mundo como voluntad y representación,* en 1819, mucho antes de que Carus publicara su *Psyche,* pero permaneció ignorado por filósofos y críticos durante veinte años. Comenzó a ser famoso a partir de 1850. Fue maestro de Wagner y Nietzsche, y sus obras lograron un gran éxito en la década de 1880[65]. Kant había distinguido el mundo de los fenómenos

[65] Paul Janet, *Principes de métaphysique et de psychologie,* París, Delagrave, 1897, 189-390, pretende que la fama retrasada de Schopenhauer provenía, no de una conspiración de silencio (como creía éste), sino de que su filosofía, que era incompatible

y el mundo de las cosas en sí mismas, que es inaccesible a nuestro conocimiento. Schopenhauer denominó a los fenómenos representaciones, y a la cosa en sí misma voluntad, equiparando la voluntad con el inconsciente tal como lo concebían algunos románticos; la voluntad de Schopenhauer tenía el carácter dinámico de las fuerzas ciegas, violentas, que no sólo reinan en todo el universo, sino que dirigen al hombre. Así, el hombre es un ser irracional guiado por fuerzas internas, desconocidas para él y de las que apenas se da cuenta. Schopenhauer comparó la conciencia con la superficie de la Tierra, cuyo interior nos es desconocido. Estas fuerzas irracionales constan de dos instintos: el de conservación y el sexual, siendo este último, con mucho, el más importante de los dos. Lo compara con los rasgos más íntimos (*innere Zug*) de un árbol, del cual el individuo no sería sino una hoja, que toma su alimento del árbol y que participa a la vez en el alimento de aquél [66]. «El hombre es instinto sexual encarnado, ya que debe su origen a la copulación y su deseo mayor es copular». El instinto sexual es la más alta afirmación de la vida, «la preocupación más importante del hombre y del animal»... «Enfrentada a él, ninguna motivación, por fuerte que sea, puede estar segura de vencer»... «El acto sexual es el pensamiento incesante del impúdico y la ilusión involuntaria del púdico, la llave de todas las intimaciones, depósito de diversión y fuente inagotable de alegrías». Pero en realidad es «una ilusión del individuo, que cree tender a su propio bienestar mientras que está cumpliendo el propósito de la especie». He aquí un ejemplo de cómo somos engañados por la voluntad. La voluntad conduce nuestros pensamientos y es el antagonista secreto del intelecto. Puede empujar al hombre a evitar la intrusión de pensamientos que le serían desagradables: no podemos percibir lo que es contrario a nuestro deseo. En un párrafo famoso acerca de la «insania» (*Wahnsinn*), Schopenhauer la explica con la aparición de la represión: «La oposición de la voluntad a que lo repelente entre en conocimiento del intelecto es el punto a través del cual la insania puede penetrar en el espíritu» [67].

Las semejanzas entre ciertas enseñanzas fundamentales de Schopenhauer y Freud han sido demostradas por Cassirer [68], Scheler [69] y en par-

---

con el *Zeitgeist* del período comprendido entre 1820 y 1840, pudo ser mejor entendida tras la desilusión de 1848.

[66] Arthur Schopenhauer, *Die Welt als Wille und Vorstellung*, 1819. Las siguientes citas están tomadas del libro IV, ed. Frauenstädt, Leipzig, Brockhaus, 1873, II, páginas 584-591, 607-643.

[67] Arthur Schopenhauer, *Die Welt als Wille und Vorstellung*, libro III; *op. cit.*, II, págs. 456-460.

[68] Ernst Cassirer, *The Myth of the State*, New Haven, Yale University Press, 1946, págs. 31-32.

[69] Max Scheler, *Mensch und Geschichte*, Zurich, Verlag der Neuen Schweizer Rundschau, 1929.

ticular por Thomas Mann[70]. Mann, que durante su juventud estuvo profundamente inmerso en la metafísica de Schopenhauer, declara que cuando empezó a entrar en relación con el psicoanálisis de Freud «sintió una sensación de reconocimiento y familiaridad». Notó que la descripción que hacía Freud del ello y del yo iba «al pelo» con la que hacía Schopenhauer de la voluntad y el intelecto, trasladada de la metafísica a la psicología. La psicología de los sueños, la gran importancia atribuida a la sexualidad y a todo el complejo de pensamientos «es una anticipación filosófica de las concepciones analíticas, en un grado asombroso». En realidad, si el psicoanálisis de Freud ha sido denominado a veces «pansexualismo», este término se debía aplicar con mucha más propiedad a las enseñanzas de Schopenhauer. La diferencia principal es que Schopenhauer concibió el instinto sexual sobre todo como una argucia de la voluntad al servicio de la generación, mientras que Freud lo consideró en sí mismo y habló en muy raras ocasiones de su relación con la procreación. Luis S. Granjel dice que Schopenhauer y Freud tienen tres puntos principales en común: una concepción irracional del hombre, la identificación del impulso vital general con el instinto sexual, y su pesimismo antropológico radical[71]. Estas semejanzas, según el propio Granjel, no se pueden explicar únicamente en función de una influencia directa de Schopenhauer sobre Freud, sino también de la semejanza de personalidades de los dos pensadores: esto es, de su reacción contra la sociedad burguesa contemporánea, impregnada, aunque por razones diferentes, de resentimiento.

Las especulaciones y hallazgos de la filosofía romántica alemana en los dos primeros tercios del siglo XIX culminaron en 1869 en la famosa *Filosofía del inconsciente* de Eduard von Hartmann[72]. La voluntad de Boehme, Schelling y Schopenhauer tomó por último el nombre mucho más apropiado de inconsciente. El inconsciente de Von Hartmann adquirió aparentemente las cualidades de la idea de Hegel; por lo tanto, existe un dinamismo evidente aunque ciego por debajo del universo visible. Von Hartmann describió tres estratos del inconsciente: 1) el inconsciente absoluto, que constituye la sustancia del universo y es la fuente de las otras formas de inconsciente; 2) el inconsciente fisiológico, que, al igual que el inconsciente de Carus, opera en el origen, desarrollo y evolución de los seres vivientes, incluido el hombre; 3) el inconsciente relativo o psicológico, que yace en el origen de nuestra vida mental consciente. El interés principal de la *filosofía del inconsciente* no radica tanto en sus teorías como en su riqueza como punto de partida. Von Hartmann recogió nu-

[70] Thomas Mann, *Freud und die Zukunft*, Viena, Bormann-Fischer, 1936. (Traducción inglesa en *Essays of Three Decades*, Nueva York, Knopf, 1947, págs. 411-428.)

[71] Luis S. Granjel, «Schopenhauer y Freud», *Actas Luso-Españolas de Neurología y Psiquiatría*, IX (1950), 120-134.

[72] Eduard von Hartmann, *Philosophie des Unbewussten*, Berlín, Duncker, 1869.

merosos y relevantes hechos relativos a la percepción, la asociación de ideas, la inteligencia, la vida emocional, el instinto, los rasgos de la personalidad, el destino individual, así como el papel del inconsciente en la lengua, la religión, la historia y la vida social.

Medicina romántica

Aunque la medicina romántica ha sido considerada muchas veces como un caos de especulaciones vagas y confusas, contenía, según Leibbrand, una serie de datos valorables [73]. La naturaleza de la enfermedad, a la que se dedicaron docenas de ingeniosas teorías, era la primera de sus preocupaciones. Novalis dijo, siendo él mismo un hombre enfermizo, que las enfermedades debían ser la preocupación más importante del hombre, que «son quizás el alimento y el estímulo más interesante para nuestro pensamiento y acción, y que sabemos muy poco sobre el arte de utilizarlas» [74]. Añadió que había dos tipos de hipocondríasis, una común y otra sublime, y que esta última podría servir de medio para la investigación del alma. Acaso estaba anticipando así el concepto de enfermedad creadora. Realmente, no cabe duda de que existe algo como la enfermedad creadora, de la que la persona surge con una nueva visión del mundo o con una nueva filosofía, como vimos cuando hablábamos de los hechiceros y veremos al referirnos a Fechner, Nietzsche, Freud y Jung [75]. La higiene mental fue también una de las preocupaciones de los románticos, aunque, en contraste con la perspectiva optimista de la Ilustración, adquirió una connotación bastante pesimista. Feuchtersleben, en su libro *Dietética del alma*, dice que toda persona alberga una semilla de insania, y aconseja «luchar, con la ayuda de todas las fuerzas activas, para evitar su despertar» [76]. Nada mejor para dominar las emociones que comprenderlas; hay que sumergirse además en un trabajo absorbente, que requiera la utilización de todas las fuerzas del individuo. Cualquier desfallecimiento significa la enfermedad o la muerte.

El interés del romanticismo por las enfermedades mentales se vio reforzado por la creación de numerosas instituciones mentales, que comenzaron a ser dirigidas por médicos especializados que vivían de forma permanente con sus pacientes. Se desarrolló así un tipo específico de psiquiatría. Los médicos de estos hospitales, al ser completamente inde-

---

73 Werner Leibbrand, *Romantische Medizin*, Hamburgo y Leipzig, H. Goverts, 1937.

74 Novalis, «Fragmente über Ethisches, Philosophisches und Wissenschaftlisches», *Sämmtliche Werke*, ed. de Carl Meissner, III (1898), 164, 169, 170.

75 H. F. Ellenberger, «La Notion de maladie créatrice», *Dialogue*, III (1964), 25-41.

76 Ernst Freiherr von Feuchtersleben, *Zur Diätetik der Seele* (1838), 23.ª ed., Viena, Gerold, 1861, pág. 144.

pendientes, pudieron desarrollar de forma individual puntos de vista propios acerca de la naturaleza y tratamiento de las enfermedades mentales, que explican la originalidad y audacia de estos pioneros, tanto si pertenecían a la escuela de los *Physiker* (organicistas) como a la de los *Psychiker* (que defendían el origen psicológico de las enfermedades mentales). Algunos acusaban un fuerte influjo de la corriente romántica. Por desgracia, es difícil explorar este capítulo olvidado de la historia de la psiquiatría: la literatura es escasa y muchas veces se expresa con términos anticuados[77]. Pero quienquiera que la estudie se sorprenderá al ver hasta qué punto anticipaba nociones que en la actualidad consideramos completamente nuevas. Nos limitaremos a cuatro de estos pioneros: Reil, Heinroth, Ideler y Neumann.

Johann Christian Reil (1759-1813) fue un investigador de la anatomía del cerebro y uno de los clínicos más destacados de su tiempo. Kirchhoff le llama «el descubridor y fundador consciente de la psicoterapia racional». El gran interés y, particularmente, el carácter moderno de su obra ha sido destacado por Ernest Harms[78]. Bajo el título *Consideraciones sobre la aplicación de la cura psíquica a los trastornos mentales*, Reil elaboró un programa completo para el tratamiento de las enfermedades mentales con los métodos existentes y con otros cuya introducción propone.

En primer lugar, hay que cambiar el nombre de las instituciones: la famosa expresión *Tollhaus* (asilo de locos) debe ser reemplazada por la de «hospital de métodos curativos psíquicos» o algo semejante; la institución se colocará bajo la dirección triple de un administrador, un médico y un psicólogo. El hospital debe estar situado en un paraje agradable, subdividido en pabellones y tener una granja en sus terrenos. Debe estar concebido en dos secciones que diferirán radicalmente en cuanto a su propósito y construcción: una, dedicada a los pacientes claramente incurables, tendrá por objeto no sólo la protección de la sociedad, sino también hacer la vida tan agradable como sea posible a los internados y mantenerlos ocupados. La otra, de carácter completamente diferente, se dedicará a la cura de las enfermedades mentales y las neurosis. Reil distingue tres tipos de curas: curas químicas (en las que incluye el tratamiento dietético y el medicamentoso); curas mecánicas y físicas (incluida la cirugía); y curas psíquicas que, destaca Reil, forman una rama del tratamiento tan importante por derecho propio como la cirugía o la farmacología. En los casos en que bajo la alteración mental se esconda una causa física se administrará una cura médica apropiada. La cura psíquica deberá estar basada en un sistema preciso de «psicología empírica práctica». El método se adaptará a las necesidades específicas de cada paciente, aunque esté derivado de un sistema general. Reil distingue tres clases de medios psíquicos de cura: 1) estimulaciones corporales con vistas a una modificación del sentimiento corporal general.

---

77 Las fuentes más accesibles son Theodor Kirchhoff, *Deutsche Irrenärzte*, 2 vols., Berlín, 1924, y W. Leibbrand y A. Wettley, *Der Wahnsinn: Geschichte der abendländischen Psychopathologie*, Munich, K. A. Freiburg, 1961.

78 Ernest Harms, «Modern Psychotherapy-150 Years Ago», *Journal of Mental Science*, CIII (1957), 804-809.

Estas estimulaciones, dependiendo del caso, serán agradables o desagradables en orden a corregir lo que en la actualidad denominamos el «tono vital». 2) Estimulaciones sensoriales, que incluyen una amplia gama de procedimientos que hoy denominaríamos de «reeducación de la percepción». Cada uno de los sentidos es objeto de reeducación mediante métodos específicos de enseñanza. Entre éstos se encuentra el «teatro terapéutico», en el que los empleados de la institución representan diversos papeles, y en el que también se incluye a los pacientes de acuerdo con sus condiciones específicas. 3) El método de «signos y símbolos» es una especie de escuela basada en la lectura y la escritura. Incluye también diversas terapias ocupacionales, que comprenden el trabajo físico, el ejercicio y la terapia artística [79].

Ernest Harms habla de la concepción reiliana de la enfermedad mental como de «la filosofía biológica psicológica más magnífica que he encontrado nunca» [80]. Reil no creía que todas las enfermedades mentales fueran completamente psíquicas: daba la consideración debida al sustrato orgánico, pero mantenía que había también enfermedades de la psique causadas por una separación o desintegración del *Gemeingefühl*, es decir, del sentimiento básico de «centricidad» de nuestra vida mental que soporta el yo consciente. Dentro de este marco de referencia se describen un gran número de manifestaciones psicopatológicas.

Johann Christian August Heinroth (1773-1843) es ridiculizado todavía hoy por haber proclamado que la causa principal de la enfermedad mental es el pecado. De hecho, bastaría sustituir el término «pecado» por el de «sentimiento de culpa» para que pareciera casi contemporáneo. Heinroth era un hombre culto, un clínico eminente, y autor de una teoría completa sobre la mente humana en la salud y en la enfermedad. Entre sus numerosas obras destaca su *Lehrbuch*, libro de texto que comienza con una descripción de la mente humana en estado normal, y con la emergencia de los grados de consciencia: primero la *Selbstbewusstsein* (consciencia de sí mismo) mediante una confrontación con la realidad externa; a continuación la *Bewusstsein* (consciencia propiamente dicha), mediante una confrontación con aquélla; y finalmente la *Gewissen* (conciencia), un «extraño dentro de nuestro yo» [81]. La consciencia no se origina ni en el mundo externo ni en el yo, sino en un *Über-Uns* (super-nosotros), que Heinroth parece igualar con la razón y con un camino que lleva a Dios. Según él, la salud es libertad, mientras que la enfermedad mental es una reducción o pérdida de la misma. Esta pérdida de libertad es un resultado del *Ich-Sucht* (amor a sí mismo) y de las diversas pasiones. La ilusión es una alteración del intelecto, aun cuando su causa esté en la

[79] Johann Christian Reil, *Rhapsodien über die Anwendung der psychischen Cur-Methoden auf Geisteszerrüttungen*, Halle, Curt, 1803.

[80] Ernest Harms, «Johann Christian Reil», *American Journal of Psychiatry*, CXVI (1960), 1.037-1.039.

[81] J. C. A. Heinroth, *Lehrbuch der Störungen des Seelenlebens oder der Seelenstörungen und ihrer Behandlung*, 2 vols., Leipzig, F. C. W. Vogel, 1818.

pasión. El segundo volumen del libro de texto contiene una descripción sistemática de sus métodos psicoterapéuticos: el primer paso consiste en determinar hasta qué punto un estado patológico requiere ayuda terapéutica, a partir de lo cual se desarrollará un plan específico que considerará no sólo los síntomas sino también el sexo, edad, ocupación, personalidad y condiciones económicas y sociales del paciente. Este plan de tratamiento ha de extenderse a la familia del paciente y personas que le rodean. Es fundamental abstenerse de todo tratamiento innecesario o peligroso. A continuación, Heinroth describe en forma práctica y detallada los diversos tratamientos que se deberían administrar a los pacientes excitados y deprimidos, así como a los pacientes de todo tipo. Una vez más, el lector se maravilla del carácter moderno de muchos de estos conceptos [82].

Karl Wilhelm Ideler (1795-1860) desarrolló las enseñanzas de Stahl y Langermann sobre la importancia capital de las pasiones como causa de enfermedad mental. Escritor prolífico, entre sus trabajos publicados se incluye un libro de texto de unas 1.800 páginas, cuya primera parte está dedicada a la descripción de la mente humana, prestando atención especial a la vida emocional [83]. Cada impulso emocional es capaz de un desarrollo ilimitado, y cada pasión es el comienzo de una enfermedad emocional, por lo que la psicoterapia debe comenzarse en este momento [84]. Una ley básica, que Ideler toma de Stahl, y que denomina ley de vida, es la de que el ser humano está en un proceso constante de autodestrucción y autorreconstrucción y que, para mantener un equilibrio adecuado, tiene que tomar constantemente los elementos necesarios del mundo externo. En la segunda parte de su libro, Ideler expone la patogénesis de las enfermedades mentales. Describe detalladamente el origen de las diversas pasiones, sus luchas entre sí y el efecto destructor de la soledad y de la necesidad de acción no satisfecha. Una gran parte de la psicogénesis de las enfermedades mentales se atribuye a sentimientos sexuales insatisfechos. La naturaleza, dice Ideler, ha deseado que el sentimiento más fuerte de que es capaz el ser humano sea el amor sexual, con vistas a incrementar sus posibilidades de un desarrollo más libre y rico. De aquí la fuerte lucha resultante de la insatisfacción. Describe la desconsolada situación de la virgen amante que tiene que reemplazar su necesidad de calor con frívolas distracciones sociales. «Antes de pedirle renunciación, enseñarle a autocontrolarse; permitirle que se fortalezca con la acción enérgica mediante el cumplimiento del deber, y proporcionarle

[82] Ernest Harms, «An Attempt to Formulate a System of Psychotherapy in 1818», *American Journal of Psychotherapy*, XIII (1959), 269-282.

[83] Karl Wilhelm Ideler, *Grundriss der Seelenheilkunde*, 2 vols., Berlín, Verlag von T. C. F. Enslin, 1835.

[84] «*Jeder Gemütstrieb ist einer unbegrenzten Entwicklung fähig*».

sustitutos para la privación de las emociones más bellas y fervientes». Los ataques histéricos, añade Ideler, no son sino una lucha del alma contra sí misma. La enfermedad mental, sin embargo, no es nunca resultado de una sola causa. La predisposición desempeña un papel, al igual que la discrepancia entre el deseo irresistible y la realidad restringida. Por ello, disgustado con la realidad, el hombre se refugia en la fantasía, donde puede gozar en la alegría inconmensurable de su mundo de sueños, o justificarse a sí mismo sus sufrimientos en imágenes horriblemente deformadas [85]. Ideler insiste en que la génesis de la ilusión se puede seguir hasta la primera infancia (*bis in die früheste Kindheit*). Con vistas al tratamiento, cree firmemente en la posibilidad de una psicoterapia de las psicosis. Sin embargo, afirma que «la cura de la ilusión sólo cabe mediante una autoactividad que el médico no debe sino estimular y dirigir». Esta dirección implica la existencia de un hospital bien organizado y unas personalidades bien equilibradas y dedicadas del doctor y sus colaboradores.

Uno de los últimos representantes de esta tendencia psiquiátrica fue Heinrich Wilhelm Neumann (1814-1884), cuyo libro de texto comienza también con un sistema original de psicología médica [86]. No existen acontecimientos casuales en la vida mental, dice Neumann. Al igual que Ideler, mantiene que la vida es un proceso constante de autodestrucción y reconstrucción; al primero pertenece el olvido, al segundo la memoria. En el curso de su desarrollo, el hombre adquiere una capacidad cada vez mayor de autocontrol, que se puede identificar con el «grado de libertad» individual. En cuanto a la psicopatología, Neumann adscribe la máxima importancia a las alteraciones de los impulsos (*Triebe*). Las necesidades instintivas se expresan a sí mismas en la consciencia mediante lo que Neumann denomina *Aestheses*, que no solamente tienen las características de una sensación, sino también las de un desafío al organismo en conjunto. La *Aesthesis* actúa también como advertencia de un peligro potencial, enseñando al mismo tiempo cómo puede ser combatido. Existen casos, sin embargo, en que se da la alarma pero la *Aesthesis* está «metamorfoseada» de tal forma que no puede indicar la manera de combatir el peligro. El resultado es la angustia (*Angst*). Neumann subraya la relación existente entre el impulso y la angustia: «El impulso que no puede ser satisfecho engendra la angustia», y añade que ésta solamente se origina cuando las funciones vitales están amenazadas y la amenaza llega a nuestra consciencia [87].

---

[85] «... *und mit Abscheu und Widerwille aus demselben in das Gebiet der Phantasie sicht flüchtet*», II, pág. 365.

[86] Heinrich Neumann, *Lehrbuch der Psychiatrie*, Erlangen, F. Enke, 1859.

[87] «*Also, der Trieb, wenn er nicht befriedigt werden kann, wird Angst*», pág. 43.

Entre los numerosos temas desarrollados por Neumann está el de las manifestaciones clínicas del instinto sexual que se producen en los enfermos mentales. Se pueden notar los siguientes síntomas: interés por la limpieza o suciedad corporal, lavado perpetuo del propio cuerpo o («lo que considero patológicamente equivalente») suciedad absoluta y tiznado del propio cuerpo, desagrado o desgarro de las ropas, libre desahogo de sí mismo en presencia del médico, irritación frente al personal femenino, al que se dirigen epítetos tales como «rameras» o acusaciones de tipo sexual, charla constante acerca de matrimonios distintos del propio, salivazos frecuentes, religiosidad morbosa, e interés exagerado por el servicio divino y el pastor. Neumann proclamó que el médico no debe tratar enfermedades, sino enfermos, y que debe tratar el cuerpo y la mente simultáneamente. Sin embargo, la cura específica de las enfermedades mentales, añadió, se apoya en medios psíquicos.

Del pequeño examen realizado sobre Reil, Heinroth, Ideler y Neumann podemos deducir la originalidad de pensamiento de cada uno, no menos cierta en muchos de sus contemporáneos [88]. Dentro del armazón de la psiquiatría romántica, todos ellos tenían una serie de características comunes. Recelaban de las clasificaciones psiquiátricas. El diagnóstico, decía Neumann, no tiene nada que ver con la adjudicación de un nombre; se trata del hallazgo de una clave que haga inteligibles los síntomas. Todos insistían en la necesidad de considerar cada caso individual como específico por derecho propio. Siguiendo la tradición de Stahl y Langermann, distinguían entre causas físicas y psíquicas de las enfermedades mentales, pero creían que estas últimas eran suficientes para producir las de mayor gravedad. Sin embargo, diferían en lo relativo a la importancia respectiva de las diversas pasiones: Heinroth insistía en la importancia del «pecado» (en realidad, sentimiento de culpabilidad); Guislain, en la angustia; Ideler y Neumann, en los impulsos y frustraciones sexuales.

Cada uno de ellos expuso un sistema original de psicología médica. Entre otros conceptos, desarrollaron el de la ley de equilibrio entre la captación y la expulsión psíquicas, reconociendo así el papel de los estímulos demasiado intensos. Nos referimos al concepto de Neumann de la *Aesthesis* y de la «metamorfosis», y de la conexión entre los impulsos insatisfechos y la angustia.

Todos estaban profundamente impresionados por la terapia, particularmente por la psicoterapia, incluso en las enfermedades mentales gra-

[88] La mayoría de estos psiquíatras eran alemanes. El belga Guislain, que expuso ideas originales acerca del papel de la angustia en la génesis de la enfermedad mental, pertenece al mismo grupo. Ver la obra de J. Guislain *Traité sur les phrénopathies, ou doctrine nouvelle des maladies mentales*, Bruselas, Etablissement Encyclopédique, 1833; *Traité sur l'aliénation mentale*, Amsterdam, 1826, *Leçons orales sur les phrénopathies*, 2 vols., Ghent, 1852.

ves. Reil y Heinroth desarrollaron elaborados sistemas de métodos psicoterapéuticos que oscilaban desde el trabajo hasta la terapia de choque, e incluso a lo que en la actualidad se denominaría psicodrama (Reil).

Por desgracia, vivían en relativo aislamiento y al parecer encontraron poca o ninguna comprensión por parte de las autoridades públicas. Todavía no se había alcanzado la mitad del siglo cuando surgieron nuevos conceptos científicos. El estudio de la anatomía del cerebro adquirió una importancia fundamental, y el trabajo de estos pioneros cayó en el descrédito o el olvido. Pero cualquiera que conozca el trabajo de Reil, Heinroth, Ideler, Neumann y Guislain reconocerá un retorno a estas fuentes olvidadas en muchos de los descubrimientos de Bleuler, Freud, Jung y la psiquiatría dinámica más moderna.

Los epígonos del Romanticismo: Fechner y Bachofen

A partir de 1850, tanto la filosofía de la naturaleza como el romanticismo parecían haber desaparecido por completo. Fue el período del positivismo y el triunfo de la *Weltanschauung* mecanicista. Hubo, sin embargo, algunos representantes póstumos del romanticismo, entre los que se cuentan dos de particular importancia para nosotros: Fechner y Bachofen.

Gustav Theodor Fechner, hijo de un ministro protestante, estudió medicina en Leipzig, donde permaneció hasta su muerte [89]. Su inclinación fundamental le condujo a la física experimental. Obtuvo una plaza universitaria no remunerada y se ganaba la vida traduciendo obras científicas y redactando libros de texto elementales y enciclopedias populares. De cuando en cuando publicaba breves folletos literarios bajo el seudónimo de Dr. Mises. En uno de ellos, *Anatomía comparada de los ángeles*, siguió la curva de evolución del reino animal, desde la ameba hasta el hombre y a continuación, mediante extrapolación, trató de construir la forma ideal de un ser aún más alto, el ángel [90]. Llegó a la conclusión de que tales seres serían esféricos, percibirían la gravitación universal del mismo modo que los humanos perciben la luz, y se comunicarían entre ellos por medio de un lenguaje de signos luminosos, al igual que los humanos conversan entre sí por medio de un lenguaje acústico. En 1836 Fechner publicó *El libro de la vida después de la muerte*, que firmó con su propio nombre [91], y en el que sostiene que la vida humana está dividida en tres

[89] Johannes Kuntze, *Gustav Theodor Fechner (Dr. Mises). Ein deutsches Gelehrtenleben*, Leipzig, Breitkopf und Härtel, 1892; Wilhelm Wundt, *Gustav Theodor Fechner. Rede zur Feir seines hundertjährigen Geburtsages*, Leipzig, W. Engelmann, 1901; Kurd Lasswitz, *Gustav Theodor Fechner*, Stuttgart, Fromanns Verlag, 1902.

[90] Dr. Mises, *Vergleichende Anatomie der Engel. Eine Skizze*, Leipzig, Baumgartner, 1825.

[91] G. T. Fechner, *Das Büchlein vom Leben nach dem Tode*, Dresde, Grimmer, 1836.

períodos: desde la concepción hasta el nacimiento, desde éste hasta la muerte, y después de la muerte. La vida embrionaria es un sueño continuo; la vida presente, una oscilación entre el sueño y el estado de vigilia; la vida después de la muerte debe ser un estado continuo de vigilia.

En 1833, a la edad de treinta y dos años, Fechner se casó y obtuvo la plaza de profesor de física en la Universidad de Leipzig. En palabras de Wundt, «desde el momento en que logró una posición independiente que le daría libertad para su propio trabajo, desde este mismo momento, falló su fortaleza. El trabajo excesivo le había dejado exhausto. Tenía dificultades para terminar sus clases». Durante los seis años siguientes, desde 1834 hasta 1840, prosiguió con su trabajo gracias a un esfuerzo considerable, y realizó en sí mismo experimentos sobre fenómenos visuales subjetivos. Su vista resultó dañada y en 1840, a los treinta y nueve años de edad, sufrió un colapso y tuvo que abandonar sus actividades profesionales durante los tres años siguientes. En la moderna nosología, la enfermedad de Fechner sería catalogada como depresión neurótica severa con síntomas hipocondríacos, posiblemente complicada con una lesión de la retina resultante de mirar directamente al Sol. En realidad, se puede considerar también como un ejemplo de lo que Novalis denominó hipocondríasis sublime, enfermedad creadora de la que el hombre emerge con una nueva visión filosófica y una transformación de su personalidad.

Durante la mayor parte de su enfermedad, Fechner se sintió impulsado a vivir en completa reclusión, permaneciendo en una habitación oscura de paredes pintadas de negro o llevando una máscara sobre la cara para protegerse de la luz. No podía tolerar la inmensa mayoría de las comidas, no tenía hambre y comía muy poco, de modo que su estado físico se hizo precario. Su curación, según su propio relato, tuvo lugar de forma extraña. Una dama amiga de la familia soñó que le preparaba una fuente de jamón muy especiado, con vino del Rin y jugo de limón. Al día siguiente, lo preparó en realidad y se lo llevó al enfermo, insistiendo en que al menos debía probarlo. Aunque con reluctancia, el enfermo lo hizo así, y se sintió mejorado. A partir de ese día comió con regularidad pequeñas cantidades de este plato y sintió que le volvía la fuerza física. Entonces comenzó a forzar de nuevo sus facultades mentales a la acción, lo que durante un año requirió un tremendo esfuerzo por su parte. En sus propias palabras, «se sentía como un jinete tratando de conducir un caballo agotado». Después tuvo un sueño en el que vio el número 77, cuya significación interpretó como que se curaría el 77º día, lo que, como él dice, ocurrió realmente.

Al período de tres años de depresión siguió otro más corto de exaltación. Fechner disfrutaba de un sentimiento cada vez mayor de bienestar, expresaba ideas de grandeza, se sentía como un elegido de Dios capaz de resolver todos los misterios del universo. Todo ello culminó con la convicción de que había descubierto un principio universal tan fundamental para la vida espiritual como el de la gravitación de Newton lo era para el mundo físico. Fechner lo denominó *das Lustprinzip* (el principio del placer): su euforia hipomaníaca se había transformado en un concepto filosófico. Al abrir los ojos en el jardín por primera vez después de sus tres años

de oscuridad, quedó sorprendido por la belleza de las flores; comprendió que tenían un alma, y escribió su libro *Nanna, o el alma de las plantas* [92].

Una vez recuperado, Fechner vivió en perfecto estado de salud durante el resto de su vida, pero dentro de él había tenido lugar una notable metamorfosis. Antes de su enfermedad, había sido un físico que (según Wundt) despreciaba la filosofía de la naturaleza. Ahora, se había convertido en un filósofo de esa escuela. Entonces cambió su cátedra de física en la Universidad de Leipzig por la de filosofía. Su primera serie de clases estuvo dedicada al principio del placer, y las publicó en un opúsculo [93] y en una revista filosófica [94]. Posteriormente, nunca dejó de desarrollar este concepto y de aplicarlo a nuevos campos de la psicología.

Durante la segunda mitad de su vida, escribió numerosos tratados bien estructurados y originales, la mayoría en un bello estilo lírico. Con su antiguo seudónimo de Dr. Mises publicó una colección de los acertijos que había compuesto durante su enfermedad [95]. Con su nombre real escribió dos de las obras más típicas de la filosofía de la naturaleza: *Nanna* [96], probablemente la primera monografía dedicada a la psicología de las plantas, una rama eminentemente romántica de la psicología. El trabajo siguiente, *Zend-Avesta,* cuyo título estaba tomado de los libros sagrados de los antiguos persas, tenía el fin aparente, en la mente del autor, de ser una Biblia de la filosofía de la naturaleza [97]. Fechner afirma que la Tierra es un ser viviente, de un nivel superior al hombre y correspondiente al de los ángeles deducidos hipotéticamente por él en su antigua *Anatomía comparada de los ángeles.* Todas las formas de vida terrenal proceden del ser viviente («¿Podría una madre muerta dar a luz hijos vivos?»); esta es también la razón de que todas las criaturas vivientes estén tan bien adaptadas a su ambiente físico y se complementen unas con otras. En este reino viviente, el hombre ocupa una posición privilegiada: «fue hecho para la Tierra del mismo modo que la Tierra fue hecha para él». Al examinar el lugar de la Tierra dentro del sistema solar, Fechner introduce los principios de «estabilidad» y de «repetición». El sistema solar se mantiene a sí mismo mediante la repetición periódica

---

92 Se puede encontrar una traducción inglesa del relato que hace de su enfermedad en Gustav Theodor Fechner, *Religion of a Scientist* (selecciones de Gustav Theodor Fechner, editado y traducido por Walter Lowrie, Nueva York, Pantheon Books, 1946, págs. 36-42.

93 G. T. Fechner, *Über das höchste Gut,* Leipzig. Breitkopf und Härtel, 1846.

94 G. T. Fechner, «Über das Lustprinzip des Handelns», *Fichtes-Zeitschrift für Philosophie und philosophische Kritik,* XIX (1848), 1-30, 163-194.

95 Dr. Mises, *Rätselbüchlein,* Leipzig, G. Wigard, 1850.

96 G. T. Fechner, *Nanna, oder über das Seelenleben der Pflanzen,* Leipzig, Voss, 1848. (Nanna era el nombre de la diosa de la vegetación de los antiguos germanos.)

97 G. T. Fechner, *Zend-Avesta, oder Über die Dinge des Himmels und des Jenseits,* 2 vols., Leipzig, Voss, 1851.

de posiciones y tipos de movimientos idénticos; la estabilidad toma, por tanto, la forma específica de repetición. El *Zend-Avesta* contiene las primeras indicaciones de la aplicación de los principios de estabilidad y repetición a la fisiología y psicología humanas, y la primera mención de la «ley psicofísica» de Fechner.

Estos trabajos filosóficos fueron publicados en un momento muy desfavorable, ya que la filosofía de la naturaleza había quedado anticuada. Sin embargo, Fechner nunca desesperó de propagar su filosofía, aunque, dice Wundt, modificó su táctica y volvió a la psicología experimental. Durante muchos años había estado preocupado por la relación existente entre el mundo físico y el espiritual. Pensaba que debería existir una ley general que gobernara esta relación, y trató de descubrir la fórmula matemática más probable que la expresase. Según su propio relato, esa fórmula, a la que denominó ley psicofísica, se le ocurrió repentinamente en la mañana del 22 de octubre de 1850, a tiempo para mencionarla brevemente en su *Zend-Avesta*. A continuación procedió a diseñar una larga serie de experimentos para comprobar la certeza de la misma, trabajo en el que estuvo absorbido los diez años siguientes. Sus hallazgos fueron recogidos en los dos volúmenes de la *Psicofísica* publicados en 1860, que despertaron un interés considerable y fueron el punto de partida de la moderna psicología experimental [98].

En un estudio crítico sobre la teoría darviniana de la evolución de las especies, Fechner formuló su «principio de la tendencia a la estabilidad», principio teleológico universal que trataba de completar al principio causal [99]. Fue, después del principio de placer y de la «ley psicofísica básica», el tercer gran principio universal que enunció. En 1876 publicó su trabajo sobre estética experimental, intento de basar la estética en la investigación experimental y de comprenderla desde el punto de vista del principio del placer-displacer [100]. Ese mismo principio lo aplicó a la psicología del ingenio y de los chistes. En 1879, a los setenta y ocho años de edad, publicó *La visión de día en contraste con la visión de noche,* en el que opone su propia visión panteísta del mundo (la «visión de día») a la concepción seca, desconsolada, del cientificismo materialista contemporáneo (la «visión de noche») [101].

En 1879 fue abierto en Leipzig por Wilhelm Wundt, gran seguidor de Fechner, el primer instituto de psicología experimental. Leipzig, la ciudad

98 G. T. Fechner, *Elemente der Psychophysik,* 2 vols., Leipzig, Breitkopf und Härtel, 1860.

99 G. T. Fechner, *Einige Ideen zur Schöpfungs- und Entwicklungsgeschichte der Organismen,* Leipzig, Breitkopf und Härtel, 1873.

100 G. T. Fechner, *Vorschule der Aesthetik,* 2 vols., Leipzig, Breitkopf und Härtel, 1873.

101 G. T. Fechner, *Die Tagesansicht gegenüber der Nachtansicht,* Leipzig, Breitkopf und Härtel, 1900.

adoptada por Fechner, se convirtió en el centro de la nueva ciencia y los estudiantes llegaban a ella desde todas las partes del mundo. El propio Fechner era entonces una figura legendaria, con su calva cabeza rodeada de una corona de largo pelo blanco, sus ropas anticuadas y sus proverbiales distracciones. Cuando murió en 1887, a los ochenta y seis años, había ganado una fama tardía y era aclamado como el padre de la psicología experimental.

A finales del siglo XIX parecía que Fechner sólo sería recordado como un pionero de la psicología experimental y como el autor de la «ley psicofísica fundamental». Irónicamente, sin embargo, fue de su filosofía de la naturaleza de donde Freud tomó varios conceptos básicos que incorporó en su metapsicología. La influencia de Fechner sobre el psicoanálisis es indudable si se observa que Freud le citó en *La interpretación de los sueños*, en *La imaginación y el inconsciente* y en *Más allá del principio del placer*[102]. De él tomó el concepto de energía mental, el concepto «topográfico» de la mente, y los principios del placer-displacer, de la constancia y de la repetición. Una gran parte del armazón teórico del psicoanálisis difícilmente se hubiera convertido en realidad sin las especulaciones del pensador a quien Freud denominó el gran Fechner.

Johann Jakob Bachofen (1815-1887), promulgador de la teoría del matriarcado, nació en Basilea, Suiza, en 1815 en el seno de una antigua y rica familia patricia[103]. Estudió derecho en Berlín, París y Cambridge, pero su gran interés por la arqueología le condujo a Italia. Allí, examinando las decoraciones de las tumbas antiguas y sus representaciones del culto a la muerte, comenzó a pensar que este arte contenía los vestigios simbólicos de un mundo olvidado. Después de pasar varios años en Basilea como juez y profesor de derecho romano, renunció a la mayoría de sus cargos para dedicarse a sus estudios favoritos. Descifrando los símbolos del arte y la mitología antigua, llegó a la conclusión de que expresaban los recuerdos olvidados de un período de la humanidad que no había dejado registros históricos, y en el que el poder estaba en manos de las mujeres, no de los hombres. La interpretación correcta de estos símbolos nos permitiría reconstruir las características sociales y políticas, así como la *Weltanschauung* y la fisionomía de ese período de matriarcado, y aun del período aún más primitivo que le había precedi-

---

[102] Imre Hermann, «Gustav Theodor Fechner», *Imago*, II (1925), 371-421; Maria Dorer, *Historische Grundlagen der Psychoanalyse*, Leipzig, F. Meiner, 1932; Siegfried Bernfeld, «Freud's Earliest Theories and the School of Helmholtz», *Psychoanalytic Quarterly*, XIII (1944), 341-362; Rainer Spehlmann, *Sigmund Freuds neurologische Schriften*, Berlín, Springer, 1953; H. F. Ellenberger, «Fechner and Freud», *Bulletin of the Menninger Clinic*, XX (1956), 201-214.

[103] Puede verse una corta biografía de Bachofen, escrita por Karl Meuli, en *Johann Jakob Bachofens Gesammelte Werke, herausgegeben von Karl Meuli*, III, Basilea, Benno Schwabe, 1948, págs. 1.011-1.128.

do. Así es como Bachofen se convirtió, en palabras de Turel, en «el historiador de una época sin historia». En 1861 publicó su obra principal, *El matriarcado,* que tropezó con la indiferencia o con las críticas agudas de los especialistas [104]. Residiendo en Basilea, Bachofen, digno caballero de modales ceremoniosos, llevó la vida de un *Privatgelehrter* (erudito particular), dividiendo su tiempo entre la escritura de libros y los estudios en Italia y Grecia. Vivió soltero en la casa de sus padres hasta los cincuenta años, en que contrajo matrimonio con una hermosa prima suya de veinte. En su ciudad nativa era considerado como un intelectual maduro y algo excéntrico. Cuando murió, en 1887, su fama había comenzado a extenderse por todo el mundo.

Aunque desconocida para Bachofen, la teoría del matriarcado ya había sido anticipada por Joseph François Lafitau (1681-1746), erudito jesuita que vivió cinco años entre los iroqueses [105]. El padre Julien Garnier, que había pasado sesenta años de su vida con los algonquinos, hurones e iroqueses, le había contado todo lo que sabía acerca de sus costumbres y organización social. Tanto la propiedad como el poder real pertenecían a las mujeres, las cuales delegaban en los jefes parte de su poder en materias civiles y militares. Lafitau comparó este sistema con el de los antiguos licios y otras diversas civilizaciones antiguas, y afirmó que la ginecocracia estuvo extendida durante algún tiempo entre los antiguos pueblos mediterráneos y asiáticos. Otro erudito francés, el abbé Desfontaines, describió, en una novela que pretendía relatar las aventuras del hijo de Gulliver, una isla imaginaria, Babilary, donde el poder residía en manos de las mujeres, quienes lo utilizaban de la misma manera que hacen los hombres en la mayoría de las civilizaciones contemporáneas [106]. El libro contenía un apéndice supuestamente escrito por un erudito, el cual, habiendo leído la historia del hijo de Gulliver, advertía que en aquella isla no había nada que resultara nuevo para quien estuviera familiarizado con la historia de los antiguos licios y escitas.

Para Bachofen, el matriarcado era algo más que un simple sistema social y político. Era una noción más amplia que incluía la religión, la *Weltanschauung* y la totalidad de la cultura, relacionada con cualquier posible aspecto de la vida. Más aún, Bachofen afirmaba que el desarrollo de la humanidad había pasado por tres etapas: «hetairismo», matriarca-

---

104 Johann Jakob Bachofen, *Das Mutterrecht, Eine Untersuchung über die Gynaekokratie der alten Welt nach ihrer religiösen und rechtlichen Natur,* Stuttgart, Kreis und Hoffman, 1861. Reedición en *Johann Jakob Bachofens gesammelte Werke,* II, III, herausgegeben von Karl Meuli, Basilea, Benno Schwabe, 1948.

105 Lafitau, *Moeurs des sauvages amériquains, comparées aux moeurs des premiers temps,* I, París, Saugrain, 1724, págs. 69-89.

106 Abbé Desfontaines, *Le nouveau Gulliver, ou Voyages de Jean Gulliver, fils du capitaine Lemuel Gulliver,* 2 vols., París, Clouzier, 1730.

do y patriarcado, cada una de las cuales había conservado restos simbólicos de la precedente.

La primera etapa, hetairismo, fue de promiscuidad sexual. En ella, las mujeres estaban indefensas y expuestas a la brutalidad de los hombres, y los niños no conocían a sus padres. Fue también el período de «telurismo», cuyo símbolo es la ciénaga lodosa, y su divinidad la diosa Afrodita (Venus).

La segunda etapa, matriarcado, se instauró después de miles de años de lucha. Las mujeres fundaron la familia y la agricultura, y ejercieron el poder social y político. Las madres ofrecieron un sistema social de libertad general, igualdad y relaciones pacíficas entre los ciudadanos. La virtud principal residía en el amor a la madre; el matricidio era considerado el más atroz de los delitos. El matriarcado fue también una civilización materialista que anteponía la educación del cuerpo a la del intelecto y en la que prevalecían los valores prácticos, que encontraban su expresión en el desarrollo de la agricultura y en la construcción de enormes murallas. Su divinidad superior era la diosa Demeter (Ceres). Entre sus características simbólicas estaba la primacía de la noche. El tiempo se calculaba de acuerdo con el número de noches, y durante la noche se libraban las batallas, se celebraban consejos, se administraba justicia y se celebraban los cultos. Otras características eran la primacía de la Luna, de la Tierra, de la muerte; se daba preferencia a las hermanas sobre los hermanos y al último hijo sobre el mayor; existía, por último, la preferencia del lado izquierdo sobre el lado derecho.

Bachofen consideraba el paso del matriarcado al patriarcado como un progreso hacia un estadio superior de civilización. Esta transición tuvo lugar después de duras luchas, de las que Bachofen creía haber encontrado numerosas pruebas en la mitología griega. No faltaron, lógicamente, retrocesos temporales al matriarcado (como ocurrió antes del matriarcado al hetairismo). Bachofen interpretó el fenómeno de las amazonas y del culto a Dionisos desde este punto de vista.

El amazonismo, como se expresa en las antiguas leyendas, fue una especie de imperialismo femenino (decía Turel), que apareció durante la vieja lucha entre el hetairismo y el matriarcado, y posteriormente como una degeneración de éste durante su lucha contra el patriarcado naciente.

El culto de Dionisos, que había sido un episodio de la lucha sostenida entre el hetairismo y el matriarcado, surgió como una rebelión de las mujeres frente al patriarcado. El sistema dionisíaco favoreció las bellas artes, pero en contraste con la casta disciplina que prevalecía en el matriarcado demetérico, hizo surgir la corrupción moral y, bajo el pretexto de emancipar a las mujeres, en realidad las llevó a ser explotadas por los hombres. Fue un sistema amparado por los tiranos.

Una vez establecido sólidamente el sistema patriarcal, el recuerdo del matriarcado se hizo tan intolerable para los hombres que fue «olvidado». (Recordemos que ya Boulanger había invocado un caso semejante de olvido colectivo en su teoría de la destrucción por el diluvio de una antigua civilización.) Pero ese recuerdo sobrevivió en forma de símbolos y mitos, y según Bachofen inspiró de forma indirecta algunas de las grandes obras maestras de la literatura griega. La trilogía de Esquilo la *Orestíada* era para él una representación simbólica de la victoria del matriarcado, de la vindicación del principio patriarcal y del triunfo final de este último. En el mito de Edipo, la esfinge es el símbolo del viejo estadio hetairista. Al matar a la esfinge, Edipo contribuyó al establecimiento del matriarcado en Tebas bajo el cetro de la reina Yocasta, pero el desastre resultante significó el colapso del matriarcado, reemplazado por el patriarcado [107].

Bachofen describió el patriarcado como el perfecto reverso de la organización política y social del matriarcado, así como de sus principios religiosos y filosóficos. El patriarcado favorece la independencia individual y aísla a los hombres unos de otros, pero eleva su nivel espiritual. Los seres humanos aman primero a la madre, y sólo después al padre. La maternidad implica una relación más directa y material con el niño, debido al embarazo y a la lactancia. Pero el amor paternal está por encima de tales características y es un principio más abtracto. Jurídicamente, esta nueva orientación se expresa en el procedimiento de la adopción y en el concepto de «procreación espiritual». Se expresa asimismo en el cambio simbólico de la noche por el día, de la Luna por el Sol, de la tierra por el cielo, del lado izquierdo por el derecho. La mayor divinidad del patriarcado es Apolo, dios de la luz y de las bellas artes.

La falta de éxito de la obra de Bachofen hay que imputarla en parte a la mala estructuración del libro, a sus numerosas digresiones y a las largas citas en latín y griego sin traducir. Pero principalmente se debió a que sus teorías chocaban con la idea antes inamovible de que la familia patriarcal había sido una institución permanente durante toda la historia de la humanidad. En Basilea, ni siquiera un erudito como Jakob Burckhardt las comprendió. Sin embargo, el viejo Bachofen encontró un admirador en el joven Nietzsche, el cual adoptó su concepto de las civilizaciones dionisíaca y apolínea (con la diferencia de que Nietzsche consideró la civilización dionisíaca como viril en lugar de femenina) [108]. En

[107] La interpretación que hace Bachofen del mito de Edipo se puede encontrar en *Das Mutterrecht*. Reeditado en *Gesammelte Werke*, II, Karl Meuli, ed., Basilea, B. Schwabe, 1948, págs. 439-448.

[108] Ver la obra de Charles Andler, *Nietzsche, sa vie et sa pensée;* II, *La jeunesse de Nietzschè*, París, Bossard, 1921, págs. 258-266; Karl Albrecht Bernoulli, *Nietzsche und die Schweiz*, Frauenfeld, Huber and Co., 1922; A. Baeumler, *Bachofen und Nietzsche*, Zurich, Verlag der Neuen Schweizer Rundschau, 1929.

su primer trabajo filosófico, *El nacimiento de la tragedia,* Nietzsche explicó la aparición de la tragedia griega como resultado de la fusión de dos corrientes, la impetuosa inspiración «dionisíaca» y el principio «apolíneo» de orden y perfección (al igual que Freud explicaría más tarde el origen de la obra de arte por la fusión del principio del placer y del principio de realidad) [109].

Pero los historiadores, sociólogos y antropólogos ignoraron a Bachofen durante largo tiempo, con excepciones como Lewis Morgan, el padre de la etnología americana, que ya había dado una excelente descripción del sistema matriarcal existente en ciertas tribus de indios americanos y que después de descubrir las teorías de Bachofen le citó numerosas veces en su *Sociedad antigua* [110]. Morgan estaba en relación con varias sociedades científicas y el gobierno de los Estados Unidos envió a Bachofen como regalo numerosos libros acerca de los indios americanos. La obra de Bachofen inspiró posteriormente el concepto de *Kulturkreis,* popular entre los antropólogos alemanes (Wilhelm Schmidt, Koppers y Gräbner), y los intentos de ciertos prehistoriadores de reconstruir etapas pasadas de la cultura, una de las cuales fue el matriarcado. Friedrich Engels dio una interpretación socialista de los mismos principios en su *Orígenes de la familia* [111]. Mathilde y Mathias Vaerting trataron de distinguir entre una sociedad dominada por el hombre y otra dominada por la mujer, y llegaron a la conclusión de que lo que nosotros denominamos caracteres masculino y femenino son los caracteres del sexo dominante y del dominado, de modo que, según ellos, las mujeres en una sociedad dominada por mujeres tendrían el denominado «carácter masculino», y viceversa [112]. Otro teórico socialista, August Bebel, explicaba que las mujeres habían sido los primeros seres humanos esclavizados [113]. Mientras tanto, Bachofen había sido interpretado también por Elisée Reclus y por Bakunin en el sentido de su ideología anarquista, e incluso se hizo popular entre los sufragistas.

De forma inesperada, su fama se popularizó a comienzos del siglo XX gracias a un grupo de poetas, filósofos y artistas neorrománticos de

---

109 Friedrich Nietzsche, *Die Geburt der Tragödie aus dem Geiste der Musik,* Leipzig, Fritzsch, 1872.

110 Lewis Morgan, *Ancient Society, or Researches in the Lines of Human Progress from Savagery through Barbarism to Civilization,* Nueva York, Macmillan, 1877.

111 Friedrich Engels, *Der Ursprung der Familie, des Privateigenthums und des Staats,* Höttingen-Zürich, Volksbuchhandlung, 1884.

112 Mathias y Mathilde Vaerting, *Neubegründung der Psychologie von Mann und Weib,* 2 vols., Karlsruhe im Braunschweig, Hofbuchdruckerei, 1921-1923. Adaptación inglesa por Eden y Cedar Paul, *The Dominant Sex. A Study in the Sociology of Sex Differentiation,* Londres, Allan and Unwin Ltd., 1923.

113 August Bebel, *Die Frau und der Sozialismus,* Stuttgart, Dietz, 1879.

Munich que se denominaban a sí mismos *Kosmiker* [114]. Se entusiasmaron con las descripciones que hacía Bachofen de las culturas anteriores y de su método de interpretar símbolos. Le proclamaron profeta y le nombraron mitólogo del romanticismo [115]. Bajo su influencia fueron publicados textos elegidos de sus obras, y sus ideas, así propagadas, alcanzaron por fin círculos más amplios. Aunque casi ninguno de los trabajos de Bachofen ha sido traducido a otros idiomas, muchos de sus conceptos se hicieron populares y se encuentran (más o menos deformados) en numerosas publicaciones de historiadores, etnólogos, sociólogos, escritores políticos, psicólogos y psiquíatras, la mayoría sin referencia de su nombre.

La influencia de las ideas de Bachofen alcanzó los círculos psiquiátricos por varias vías, y su influencia sobre la psiquiatría dinámica ha sido inmensa. Turel ha señalado ciertas similitudes entre los conceptos básicos suyos y Freud [116]. Bachofen, escribe, descubrió el fenómeno de la represión medio siglo antes que Freud. Se podría añadir que descubrió también el fenómeno de la formación de reacción: destacó que en los relatos de batallas con las amazonas se menciona siempre a éstas como vencidas, heridas o muertas. Afirmó asimismo que, si los romanos destruyeron la cultura etrusca hasta sus últimas raíces, fue por su excesivo miedo y odio por el matriarcado etrusco. Existe una gran semejanza, agrega Turel, entre Bachofen y Freud en lo relativo a sus conceptos de la interpretación de símbolos. Ambos afirman que existe un límite, más allá del cual no puede llegar la memoria del individuo ni de la humanidad, y ahí es donde Bachofen reconstruye la historia de la humanidad mediante la interpretación de mitos, y Freud la historia del individuo mediante la interpretación de síntomas. Baeumler ha señalado que (mucho antes que Nietzsche y Freud) Bachofen había desmontado el sistema de valores de la burguesía del siglo XIX, al demostrar que el campo de la vida sexual no estaba en su origen subordinado a los valores morales, sino que tenía dimensiones insospechadas y un complejo simbolismo propio [117].

Las comparaciones entre Bachofen y Freud se podrían llevar más lejos. Por los pensamientos que en ocasiones expresó el primero, no parecía suponer que los estados de evolución que describió para la sociedad como totalidad fueran válidos también para el individuo. Si este

---

114 Ver en especial el trabajo de Ludwig Klages, *Vom kosmogonischen Eros*, Jena, E. Diederichs, 1922; *Der Geist als Widersacher der Seele*, Leipzig, J. A. Barth, 1929.

115 Edgar Salin, «Bachofen als Mythologe der Romantik», *Schmollers Jahrbuch*, vol. V (1926).

116 Adrien Turel, *Bachofen-Freud. Zur Emanzipation des Mannes vom Reich der Mütter*, Berna, Hans Huber, 1939.

117 A. Baeumler, *Bachofen und Nietzsche*, Zurich, Verlag der Neuen Schweizer Rundschau, 1929.

pensamiento se transplantara de la sociedad al individuo, se obtendría el siguiente esquema:

BACHOFEN	FREUD
Período «hetaírico» de promiscuidad primitiva.	Período infantil de «perversión polimorfa».
Matriarcado: dominio de las «madres», ginecocracia.	Período pre-edípico, «incestuoso», gran unión a la madre.
Período dionisíaco.	Estadio fálico.
Mitos de Orestes y Edipo, simbolizando el desplazamiento del matriarcado al patriarcado.	Complejo de Edipo.
Patriarcado.	Estado genital adulto.
Represión del recuerdo del matriarcado.	«Amnesia infantil».
Mitos.	Recuerdos oscuros, síntomas.

La explicación de Bachofen del origen del amazonismo se podría comparar también con la teoría de Freud sobre el origen de la homosexualidad femenina.

La influencia de Bachofen llegó hasta Alfred Adler a través de los intermediarios Engels y Bebel. Adler afirma que la opresión actual de las mujeres por los hombres representa una sobrecompensación masculina de un estado previo de dominación femenina. El hombre hace interna la noción de la lucha ancestral entre los sexos. Según Adler, el neurótico, obstaculizado por el miedo a las mujeres, desarrolla dentro de sí una «protesta viril», convirtiéndose, en su neurosis, en el juguete de esa lucha entre los principios masculino y femenino.

Al igual que C. G. Jung, probablemente había leído las obras principales de Bachofen, y su enseñanza está llena de conceptos que pueden atribuirse al menos en parte a la influencia de aquél, como los de *anima* y *animus*, el de «sabio anciano» y el de «magna mater».

Crisis a mediados de siglo

Durante el siglo XIX tuvieron lugar grandes transformaciones sociales, políticas y culturales, que no aparecieron, sin embargo, de una forma homogénea, sino en ciclos de aceleración y deceleración. La crisis mayor ocurrió a mediados de siglo; su aspecto más destacado fue la revolución de 1848 y la consiguiente represión que estremeció a Europa. Pero se extendió por todos los restantes campos de la actividad humana, y sus consecuencias fueron decisivas incluso para el destino de la psiquiatría dinámica.

Durante la primera mitad del siglo habían tenido lugar numerosos cambios. Tras su comienzo en Inglaterra, la Revolución industrial se ha-

bía extendido por Europa y América del Norte, dando lugar a un incremento de las fuerzas de producción, de la producción industrial, del volumen de las transacciones comerciales y de la creación de nuevos medios de transporte. Paralelamente a ella aumentó en forma considerable la tasa de natalidad de la población europea. Las condiciones comparativamente malas en que vivían los campesinos hicieron que muchos de ellos emigraran a los centros urbanos. El proceso general de urbanización fue particularmente notable en Francia. París absorbió lo mejor de la vida económica, política e intelectual de la nación. El efecto combinado de la urbanización y la industrialización dio lugar a la aparición de una nueva clase social: las «masas» proletarias, que se convirtieron en tierra abonada para la difusión del socialismo. Después de Owen y Saint-Simon, pioneros de esa doctrina, surgió, entre 1830 y 1848, una nueva generación de hombres como Proudhon, de generosa inspiración pero de ideas vagas en muchas ocasiones, y que fueron denominados posteriormente socialistas utópicos. El *Manifiesto comunista,* publicado en 1848 por Karl Marx y Friedrich Engels, marcó un nuevo hito, y a partir de 1860 el movimiento socialista se identificó cada vez más con la ideología y el movimiento creados por ambos.

Como consecuencia del cambio demográfico, grandes masas de europeos emigraron a Norteamérica, así como a Argentina, a Australia y Siberia. Países inadecuados para la inmigración en masa fueron abiertos por el hombre blanco con vistas a su explotación [118]. Esta expansión industrial demográfica y científica, así como la rápida conquista política y económica de la tierra, dieron al hombre blanco el optimismo, la soberbia y la agresividad características de la cultura occidental en la segunda mitad del siglo.

La burguesía, clase dirigente y creadora de la industria en gran escala, comenzaba a sentirse atemorizada frente a la nueva clase en crecimiento, el proletariado. El socialismo se convirtió en su pesadilla.

El mundo estaba cada vez más dividido en grandes naciones soberanas e independientes. Inglaterra era la cabeza dirigente y el centro del Imperio británico. Francia ostentaba el segundo lugar, mientras que Alemania e Italia luchaban todavía por su unidad nacional. Se comenzaba a sentir alguna inquietud respecto de Estados Unidos y Rusia. En 1840 Alexis de Tocqueville profetizó que surgirían repentinamente como cabezas rectoras que algún día dominarían el mundo y se lo repartirían [119]. En 1869 Bachofen predijo que la historia del siglo xx hablaría únicamente de América y Rusia, y que el papel de la vieja Europa quedaría limitado

---

[118] Walter Prescott Webb, *The Great Frontier,* Boston, Houghton Mifflin, 1952.

[119] Alexis de Tocqueville, *De la Démocratie en Amérique,* III, Bruselas, Méline, Gans et Cie., 1840, págs. 283-284.

al de maestro de los nuevos amos [120]. Pero tales ideas apenas se tomaban en consideración. El fermento nacionalista estimulado por el Romanticismo comenzaba a hacer tambalearse los grandes imperios multinacionales, Austria, Rusia y Turquía. La revolución de 1848 fue una prueba más de la fuerza de las aspiraciones nacionales.

Mientras tanto, había surgido una nueva filosofía que se haría cada vez más popular, el positivismo. Su origen se puede remontar a los enciclopedistas franceses del siglo XVIII, y en particular a Condorcet, quien afirmaba que el progreso de la mente humana debía conseguirse a través de la ciencia. La nueva filosofía, que había sido inaugurada al comienzo del siglo XIX por Saint-Simon, fue sistematizada por Auguste Comte, su discípulo Littré en Francia, y por John Stuart Mill y Herbert Spencer en Inglaterra. El principio básico del positivismo era el culto de los hechos; los positivistas no buscaban lo incognoscible, la cosa en sí misma, lo absoluto, sino el tipo de certidumbre proporcionado por la ciencia experimental y por leyes constantes, como las de la física. Rechazaban cualquier especulación del tipo de la filosofía de la naturaleza. Otra característica suya era el interés por la ciencia aplicada y su búsqueda de lo útil. Siguiendo la línea de la Ilustración, se preocupaban por el hombre como ser social. Fue Auguste Comte quien creó la palabra «sociología» y quien estableció los fundamentos de dicha ciencia, que dividió en sociología estática y dinámica.

Estas eran las tendencias principales que fueron labrando lentamente su camino a lo largo de la primera mitad del siglo y que se vieron precipitadas por la crisis de mediados del mismo. La crisis se materializó en la revolución de 1848, movimiento político dotado de fuertes rasgos emocionales y conducido con un entusiasmo tan juvenil por toda Europa que ha sido calificado de primavera de los pueblos [121]. Significó el resurgir de la democracia frente al conservadurismo, del socialismo frente a los privilegios de la burguesía, de las naciones oprimidas frente al gobierno de poderes extranjeros. En muchos aspectos representó un resurgimiento temporal del Romanticismo y un conflicto entre generaciones. En Alemania tomó el aspecto especial de una búsqueda de la unidad nacional, pero la convocatoria del Parlamento en Francfort terminó en un fracaso lamentable, con lo que el intento de unidad solamente se hizo realidad posteriormente, gracias a Bismarck y bajo la hegemonía prusiana. En toda la Europa continental comenzó la revolución con entusiasmo, pasó por un período de euforia y fue por último vencida, con el corolario del triunfo de la reacción política. Se generalizó entonces la depresión entre

[120] Citado por Karl Meuli en *Nachwort, Bachofens gesammelte Werke*, III, Basilea, B. Schwabe, 1948, págs. 1.011-1.128.

[121] François Feijto, ed., *1848 dans le monde. Le printemps des peuples*, 2 vols., París, Editions de Minuit, 1948.

los jóvenes. Muchos de los jóvenes europeos más progresivos y enérgicos, especialmente de Alemania, se sintieron cansados de Europa (*Europamüde*) y emigraron a los Estados Unidos.

Las manifestaciones psicológicas amplias y colectivas que acompañaron y siguieron a la revolución de 1848 no han sido objeto de una investigación sistemática. Entre sus diversas facetas destaca la del auge del magnetismo animal. En numerosos lugares hubo epidemias psíquicas después de demostraciones teatrales. Al mismo tiempo, la gran ola del espiritismo ya mencionada en el capítulo II se extendió por los Estados Unidos y a continuación por Inglaterra y la Europa continental. La conexión entre las epidemias espiritistas y la revolución de 1848 fue bien comprendida por Littré, quien escribió: «En nuestra época de revoluciones, grandes convulsiones han alterado muchas veces la sociedad, llenando a unos de miedo profundo y a otros de esperanza ilimitada. El sistema nervioso se ha hecho más sensible (...). Éstas han sido las circunstancias que han favorecido la explosión contemporánea» [122].

La crisis de mediados de siglo completó la derrota del romanticismo. Los pocos epígonos como Fechner y Bachofen estaban seguros de no ser comprendidos. La segunda mitad del siglo pertenecía a la ciencia y a la creencia en la ciencia. Durante la Revolución francesa y el reinado de Napoleón, los científicos fueron llamados a contribuir, quizá por primera vez y mediante sus descubrimientos, a la defensa de sus países. Posiblemente fue esto lo que inspiró ciertas proposiciones atrevidas. En 1803 Henri de Saint-Simon afirmó que la ciencia debería ser organizada en un cuerpo unificado de conocimientos y que los científicos organizasen a su vez en un cuerpo jerárquico según el modelo del clero católico, bajo la dirección de un Consejo de Newton [123]. Johann Christian Reil propuso la organización de la ciencia según el estilo militar como institución estatal [124]. Los científicos de las diversas especialidades trabajarían de forma disciplinada bajo el mando de sus superiores jerárquicos y se dedicarían a la investigación en las ciencias prácticas y aplicadas. En el tiempo libre se les permitiría hacer investigación sobre ciencias puras.

Sin embargo, el tipo de organización científica que prevaleció en el siglo XIX estaba tan lejos del caos constructivo del siglo XVIII como de la ciencia reglamentada propuesta por Saint-Simon y Reil. La investigación se llevaba a cabo principalmente en las universidades. Aunque cada universidad era independiente de las demás, la relación entre ellas estaba asegurada por una red de sociedades y revistas científicas. Un aconteci-

---

122 Émile Littré, «Des tables tournantes et des esprits frappeurs», *Revue des Deux Mondes* (1856). Reimpreso en *Médecine et Médecins*, 2.ª ed., París, Didier, 1872.

123 Comte de Saint-Simon, *Lettres d'un habitant de Genève à ses contemporains*, 1803. Reimpresión, París, Alcan, 1925.

124 Johann Christian Reil, *Rhapsodien*, Halle, Curt, 1803, págs. 42-43.

miento decisivo fue la fundación de la Universidad de Berlín (1806), gesto extremadamente atrevido en un momento en que Prusia había sido vencida y arruinada. Tal fundación se concibió como un primer paso para la regeneración de la nación. Se organizó sobre la base de un nivel científico alto y a un elevado costo bajo la dirección de Wilhelm von Humboldt [125]. Pronto se convirtió en el modelo según el cual se organizaron las restantes universidades alemanas y se crearon otras nuevas, así como, finalmente, en modelo para toda Europa central. De esta suerte, la ciencia alemana hizo rápidos progresos y comenzó a aventajar a Francia a mediados de siglo, erigiéndose Alemania en el país científico dirigente del mundo.

Bajo la influencia combinada de la filosofía positivista, la concentración de la investigación científica en las universidades y el optimismo cultural imperante, el mundo occidental se vio invadido por una fe casi religiosa en la ciencia, que se extendía a capas cada vez más amplias de la población. La ciencia gratificaba sobre todo el afán desinteresado del conocimiento humano. «¿Creéis —preguntaba Nietzsche— que las ciencias habrían tomado forma y se habrían engrandecido si los magos, los alquimistas, los astrólogos y los brujos no la hubieran precedido? ¡Ellos fueron los primeros en crear, con sus promesas y pretensiones, el ansia, el hambre y el gusto por los poderes escondidos y prohibidos!» [126].

Esto significaba también que la ciencia tenía que probar su eficacia protegiendo la vida del hombre, y dominando y conquistando la naturaleza para su beneficio. Era además una síntesis de técnicas y tenía que seguir una rigurosa metodología de eficacia práctica. Más aún, era considerada como un cuerpo unificado de diversas disciplinas y como un tesoro de conocimientos común a la humanidad entera, del que todo el mundo se podría beneficiar al tiempo que contribuía a él. Quedó, pues, excluida la existencia de las ciencias secretas y la de las «escuelas» científicas dependientes de sistemas filosóficos específicos como las que habían existido en la antigua Grecia. Siguiendo la tradición de la Ilustración, el positivismo afirmó que la ciencia resolvería los problemas del universo. De ahí a proclamar que proporcionaría un sustitutivo de la religión no había más que un paso.

Se diría, sin embargo, que nunca ha sido fácil encontrar un criterio para definir lo que es ciencia y lo que no lo es. El magnetismo animal, la frenología y la homeopatía fueron aclamados como maravillosos descubrimientos científicos y como nuevas ramas de la ciencia. Tenían miles de discípulos entusiastas, en ocasiones incluso se enseñaron en las univer-

---

125 Heinrich Deiters, «Wilhelm von Humboldt als Gründer der Universität Berlin», *Forschen und Wirken. Festschrift zur 150-Feier der Humboldt Universität zu Berlin*, Berlín, VEB Deutscher Verlag der Wissenschaften, I (1960), 15-39.

126 Friedrich Nietzsche, *Die fröhliche Wissenschaft* (1882), en *Nietzsches Werke*, VI, Taschen-Ausgabe, Leipzig, C. G. Naumann, 1906, pág. 255.

sidades, pero a lo largo del siglo XIX fueron desechados por la mayoría de los científicos.

La creencia universal en la ciencia tomó muchas veces la forma de una fe religiosa y produjo la mentalidad que ha sido llamada cientificismo. La tendencia cientificista llegó a negar la existencia de todo aquello a lo que no se pudiera llegar por métodos científicos, y en muchas ocasiones se confundió con el ateísmo. A partir de 1850, una ola de libros de vulgarización que propagaban la creencia exclusiva en la ciencia la combinó con el ateísmo, y en ocasiones con una enseñanza muy simplificada de materialismo. Esta dirección siguieron los trabajos de Büchner, Moleschott y Vogt, y posteriormente los de Haeckel.

Tanto si la creencia en la ciencia tomó esta forma extrema como si permaneció dentro de límites más moderados, el optimismo general siguió siendo un rasgo característico hasta finales del siglo y queda bien ilustrado en las novelas de Julio Verne, el cual describe maravillas científicas bajo un aspecto prometedor. El científico se convirtió en un personaje social muy definido en la forma estereotipada del *savant* [127]. El *savant* pertenecía necesariamente a una universidad (fuera de la cual no existía prácticamente ciencia). Pero no era el erudito de los tiempos antiguos, sino que tenía tanto de investigador como de profesor. Su característica más manifiesta era el desinterés. La ciencia era para él una religión, cuya meta era el descubrimiento de la verdad, y que también tenía sus santos y sus mártires. Tenía que ser además un trabajador infatigable, absorbido por su investigación hasta el punto de estar completamente ausente de la realidad. Aunque no siempre era la modestia su virtud principal, muy a menudo se mostraba tímido, tenía una conversación pobre, y poco tiempo para dedicar a la vida social (aparte la necesaria para sus legítimas ambiciones académicas). Su vida emocional permanecía en el secreto, y su esposa era una persona modesta y valiente, sólo preocupada por su bienestar y el de sus hijos, incapaz muchas veces de comprender el trabajo de su marido, pero siempre a su lado. El *savant* creía en la ciencia «pura» y no sentía más que desprecio por el investigador industrial, cuyo trabajo se aplicaba a fines prácticos. Era sabido, desde luego, que la ciencia podía ser aplicada también a la búsqueda de medios de exterminio, pero se consideraba una divertida paradoja el hecho de que personas como el anarquista Bakunin [128] o Ernest Renan expresaron la idea de que probablemente se utilizara algún día para la opresión y destrucción de la humanidad [129].

---

127 Charles Richet, *Le Savant*, París, Hachette, 1923.

128 Bakunin, citado en *The Political Philosophy of Bakunin: Scientific Anarchism*, G. P. Maximoff, ed., Glencoe, The Free Press, 1953, págs. 77-81.

129 Ernest Renan, «Dialogues et fragments philosophiques» (1876), *Oeuvres Complètes*, I, París, Calmann-Lévy, s. f., págs. 614-619.

La fe general en la ciencia estaba mantenida tanto por el trabajo de los positivistas como por los innumerables descubrimientos e inventos que alimentaban incesantemente dicha creencia y que se seguían unos a otros tan rápidamente que, por decirlo así, podía verse cómo cambiaba la faz de la tierra bajo su impacto. El progreso de la medicina y de la higiene modificaba las condiciones de la vida humana, cuya duración media no había dejado de aumentar desde comienzos del siglo XIX. Este progreso tuvo profundas implicaciones sociales y biológicas [130]. Por último, el descubrimiento de la anestesia quirúrgica entre 1840 y 1850 no sólo hizo posible el progreso de la cirugía, sino que eliminó la experiencia del dolor físico, completada más tarde con el descubrimiento de los analgésicos y sedantes. El hombre ya no estaba condicionado al dolor como lo había estado anteriormente, y se hizo más sensible y también más temeroso del mismo [131]. Así, el hombre de finales de siglo ya no era el mismo ser biológico que al principio, por lo que no debe sorprender que tampoco tuviera la misma psicopatología.

Las nuevas doctrinas: Darwin y Marx

Los grandes cambios sociológicos y políticos que tuvieron lugar en el mundo occidental durante el siglo XIX, sobre todo a partir de 1850, demandaron la aparición de nuevas ideologías. El Romanticismo parecía haberse colapsado por completo. La Ilustración no reconquistó el prestigio de que había disfrutado a finales del siglo XVIII; conservó la suficiente fuerza como para conseguir la emancipación de los siervos en Rusia y de los esclavos en las colonias europeas y en los Estados Unidos, pero su espíritu estaba cada vez más contrarrestado por las nuevas tendencias culturales. La filosofía de la Revolución industrial, de la libre empresa, de la competencia, de la apertura de países nuevos y de la pugna tenaz por los mercados mundiales, halló una racionalización aparentemente científica en el *darvinismo*, mientras que el *marxismo* proporcionó una base filosófica a los partidos socialistas surgidos del desarrollo de un creciente proletariado industrial y de la intensificación de la lucha de clases. Estas dos doctrinas ejercieron una influencia cada vez mayor a partir de 1860, influencia que se hizo sentir en todas las áreas, incluida la psiquiatría dinámica.

---

130 Alfred Sauvy, *Théorie générale de la population*, II, París, Presses Universitaires de France, 1954, pág. 75.

131 René Leriche, «Règles générales de la chirurgie de la douleur», *Anesthésie et Analgésie*, II (1936), 218-240.

Charles Darwin (1809-1882)

Charles Darwin se dio a conocer cuando, siendo un joven científico, participó voluntariamente, en calidad de naturalista, en el viaje de circunnavegación realizado por el *Beagle*, buque encargado de realizar investigaciones geodésicas y cartográficas de las áreas costeras del hemisferio sur [132]. El resultado de sus observaciones durante los cinco años que duró el viaje alrededor del mundo (1831-1836) le elevó a la categoría de naturalista eminente de su época. Pocos años después, su mala salud le obligó a recluirse en una finca cercana a Londres, donde dedicó a las ciencias naturales las pocas horas diarias en las que se sentía lo bastante fuerte para trabajar. En octubre de 1838 tuvo oportunidad de leer el *Ensayo sobre el principio de la población* de Malthus, en el cual se concebía la «lucha por la existencia» como principio regulador del desarrollo de las poblaciones humanas. Se le ocurrió entonces que la «lucha por la existencia» podría también explicar la selección natural a partir de la cual se origina el progreso y transformación de las especies naturales. Escribió cortos resúmenes de esa teoría en 1842 y 1844. Durante los veinte años siguientes continuó redactando monografías sobre diversos temas de geología y zoología, al tiempo que perfeccionaba lentamente su teoría sobre la evolución de las especies y recogía una gran cantidad de datos relevantes. Comenzó a escribir su *magnum opus* en mayo de 1856, y había llegado a la mitad en junio de 1858 cuando recibió un manuscrito de Alfred Wallace en el que se desarrollaba la misma teoría de la evolución de las especies por medio de la selección natural y la lucha por la existencia. Sus amigos prepararon una presentación conjunta de la obra de Wallace y de resúmenes del informe del propio Darwin de 1844 a la Linnean Society, presentación que se efectuó en julio de 1858, como prólogo de una publicación conjunta [133]. A partir de entonces Darwin comenzó a escribir una versión condensada de su libro, y en 1859 la publicación de *El origen de las especies* le hizo conquistar fama mundial [134]. De repente pasó a ser el centro de enconadas controversias científicas, filosóficas y religiosas, que intentó evitar como pudo. Entre sus últimos tra-

[132] Charles Darwin, *Life and Letters*, Francis Darwin, ed., 3 vols., Londres, Appleton, 1887; *The Autobiography of Charles Darwin*, nueva ed., Nora Barlow, Nueva York, Harcourt, Brace, 1959; Walter von Wyss, *Charles Darwin, ein Forscherleben*, Zurich, Artemis-Verlag, 1959; Gertrude Himmelfarb, *Darwin and the Darwinian Revolution*, Londres, Chatto and Windus, 1959.

[133] «On the Tendency of Species to Form Varieties, and on the Perpetuation of Varieties and Species by Natural Means of Selection», por Charles Darwin, Esq., y Alfred Wallace, Esq. Comunicado por Sir Charles Lyelle y J. D. Hooker, Esq., *Journal of the Proceedings of the Linnean Society. Zoology*, III, núm. 9 (1858), 45-62.

[134] Charles Darwin, *The Origin of Species by Means of Natural Selection, or the Preservation of Favoured Races in the Struggle for Life*, Londres, John Murray, 1859.

bajos figura *La descendencia del hombre,* en el que extendía al hombre las teorías desarrolladas en *El origen de las especies,* y *La expresión de las emociones,* en el que ofrece una solución del viejo problema analizando los instintos subyacentes en las diversas emociones. Cuando murió, en 1882, el Parlamento pidió que fuera enterrado en la abadía de Westminster, donde su tumba se encuentra cerca de la de Newton.

La fama de Darwin está asociada fundamentalmente con el transformismo, que él denominó evolución de las especies y que se oponía a la concepción de la constancia e inmutabilidad de las mismas. En realidad, la teoría del transformismo se puede encontrar ya en los filósofos griegos Anaximandro y Empédocles, así como en su contemporáneo chino Tson-Tse, el cual, según Nehru, había escrito lo siguiente en el siglo VI antes de J. C.:

> Todas las organizaciones se originan a partir de una especie única. Esta especie única sufrió numerosos cambios graduales y continuos, y después dio lugar a todos los organismos de diferentes formas. Tales organismos no se diferenciaron inmediatamente, sino que, por el contrario, adquirieron sus diferencias mediante cambio gradual, generación tras generación [135].

Los historiadores de la ciencia han identificado una serie de precursores de Darwin en el siglo XVII, llegando a la conclusión de que el pensamiento evolucionista estaba ampliamente extendido en su tiempo [136]. Donde fallaban esos sistemas era en la aportación de argumentos convincentes que apoyaran la teoría y de una explicación plausible del mecanismo de transformación de las especies. Lamarck (1744-1829) atribuía esta transformación a la adaptación, el uso y el no uso prolongados de los órganos, y la transmisión de caracteres adquiridos, pero las pruebas que aportaba eran escasas. El mérito de Charles Darwin no es el de haber introducido la noción de transformismo, sino el de proponer una nueva explicación causal y haber apoyado su teoría con un gran número de argumentos acumulados pacientemente durante veinte años.

Comenzó exponiendo que en las plantas y animales ocurren numerosas variaciones espontáneas que se transmiten a la descendencia. Este hecho es conocido por los criadores de plantas y animales, los cuales seleccionan variedades con ciertas características, las cruzan y de esta forma obtienen nuevas razas portadoras de las características deseadas. En ocasiones se limitan a seleccionar las muestras que consideran mejores, las cruzan y obtienen variaciones nuevas inesperadas (selección inconsciente). Esto

---

135 Jawaharlal Nehru, *Glimpses of World History,* Nueva York, John Day Co., 1942, págs. 525-526.

136 Heinrich Schmidt, *Geschichte der Entwicklungslehre,* Leipzig, A. Kröner, 1918; John C. Green, *The Death of Adam,* Ames, The Iowa State University Press, 1959; Gerhard Wichler, *Charles Darwin, der Forscher und der Mensch,* Munich, Reinhardt, 1959; Bentley Glass, *Forerunners of Darwin,* Baltimore, Johns Hopkins, 1959.

en cuanto a la selección artificial. En orden a la selección natural, Darwin suponía que las nuevas especies se originaban en virtud de variaciones casuales y que su transmisión hereditaria era idéntica a la de las razas nuevas. Pero ¿cómo lleva a cabo la naturaleza un proceso de selección comparable a la selección dirigida de los criadores? Darwin imaginó que el agente principal debe serlo la lucha por la existencia, proceso similar al invocado por Malthus en el campo de la demografía: en una especie dada de planta o animal, el número de individuos excede a las limitaciones impuestas por el espacio y el alimento; consiguientemente, existe una lucha incesante por la existencia y sólo sobreviven los individuos pertenecientes a una variación espontánea que los haga más aptos para dicha lucha, mientras que los no aptos son eliminados. En todo caso, las modificaciones del medio ambiente amenazan constantemente la aptitud de los seres vivientes.

Entre los argumentos esgrimidos por Darwin en favor del transformismo había hechos tales como la estructura homóloga de los individuos de especies relacionadas, la existencia de órganos rudimentarios (supervivientes de especies anteriores), los fenómenos de reversión, el resurgimiento de formas ancestrales y numerosos datos relativos a la distribución de los animales en los períodos geológicos y en el espacio. Pero para hacer consistente su teoría, Darwin tuvo que suponer varias otras hipótesis: que las variaciones espontáneas dan lugar a nuevas especies (no sólo a nuevas razas), que las características adquiridas se transmiten de forma hereditaria, que la duración de los períodos geológicos ha sido inmensamente larga, y que el progreso de la paleontología proporcionará los eslabones perdidos que permitan relacionar las especies conocidas con sus supuestas formas ancestrales.

En *El origen de las especies,* Darwin no decía nada acerca de la especie humana, pero su teoría fue pronto extendida al origen del hombre por Thomas Huxley en Inglaterra y Ernst Haeckel en Alemania. En su obra *La descendencia del hombre,* segunda en importancia, sustentó la hipótesis de que «el hombre desciende de un cuadrúpedo peludo, con cola, probablemente de hábitos arbóreos y habitante del Viejo Mundo» [137]. Este antecesor del hombre era tan diferente de los salvajes más primitivos que viven en la actualidad como éstos lo son del hombre civilizado. Darwin trató de reconstruir su imagen y de dar una explicación puramente biológica de su evolución hacia la especie humana actual. La sociedad, dice, surgió del instinto de amor paternal y filial, del instinto de simpatía y ayuda mutua entre los animales de la misma especie. El lenguaje nació de los gritos emitidos como acompañamiento de ciertas emo-

[137] Charles Darwin, *The Descent of Man, and Selection in Regard to Sex,* II, Londres, John Murray, 1871, pág. 389.

ciones y de la imitación de los proferidos por otros animales. La moral surgió a consecuencia fundamentalmente de los instintos antes mencionados, reforzados por la sensibilidad del hombre frente a la opinión pública y posteriormente por la razón, la instrucción y la costumbre. En *La descendencia del hombre,* Darwin se separa del papel casi exclusivo que había atribuido a la lucha por la existencia en *El origen de las especies.* Habla del instinto de ayuda mutua, y declara que, en la evolución del hombre, el factor más importante era la selección sexual, es decir, el hecho de que los individuos más fuertes tiendan a elegir las hembras más atractivas, de que dichas hembras muestren una preferencia por los machos más fuertes, y de que estos individuos seleccionados tengan la descendencia más numerosa.

La historia del darvinismo es un ejemplo típico de teoría que se emancipa de su fundador y toma un curso autónomo e inesperado. Apenas se había publicado *El origen de las especies* cuando Darwin se encontró identificado con numerosas interpretaciones contradictorias de su libro y convertido en una leyenda viva [138]. Se dijo que él, viejo patriarca de las ciencias naturales, con la barba blanca y la salud quebrantada, viviendo en el aislamiento y la reclusión, había protagonizado la más importante revolución intelectual desde los tiempos de Copérnico [139]. Se afirmó que había sido el primero en enunciar la teoría de la evolución (los anteriores preconizadores de la misma, incluido su abuelo Erasmus Darwin, fueron calificados de precursores o simplemente ignorados). Más aún, olvidando que había propuesto dicha teoría como una hipótesis, se afirmaba que la había demostrado y elevado a la categoría de verdad científica indiscutible. La noción de la lucha por la existencia, lejos de entenderla como hipótesis explicatoria, fue considerada como la base principal del darvinismo, olvidando que el propio Darwin había propuesto otros diversos mecanismos (uno de los cuales era la selección sexual). La lucha por la vida, concebida en un sentido más hobbesiano como «guerra de todos contra todos», fue proclamada ley universal descubierta y demostrada por Darwin, «ley de hierro» que gobernaba el mundo viviente y la humanidad y que proporcionaba un criterio para la ética. Hubo, no obstante, como es lógico, científicos que trataron de delimitar en forma objetiva el significado real de los pensamientos de Darwin, de valorarlos cien-

---

138 Se cuenta que los 1.250 ejemplares de la primera edición de *El origen de las especies* se agotaron el primer día de su venta. Según Gertrude Himmelfarb (*Darwin and the Darwinian Revolution,* pág. 395), el término «agotado» significa en realidad que la edición completa fue abonada en su totalidad.

139 Darwin fue comparado con Copérnico por Emil du Bois-Reymond, *Darwin und Kopernikus* (25 enero 1883, Friedrichs-Sitzung der Akademie der Wissenschaften), en *Reden,* II, Leipzig, Von Veit, 1912, págs. 243-248, y por Thomas Huxley, *Lectures and Lay Sermons,* Nueva York, E. P. Dutton, 1926.

tíficamente y de descartar las malas interpretaciones de sus entusiastas seguidores así como las de sus ciegos oponentes [140].

La importancia histórica de una teoría no está restringida a lo que originariamente fue en el pensamiento de su autor. Depende también de las extensiones, adiciones, interpretaciones y modificaciones a que se ve sometida, y de las reacciones que suscitan ella y sus alteraciones.

El campo específico de la teoría de Darwin era el de la historia natural, y en tal sentido fue ofrecida por su autor como una hipótesis destinada a apoyar la teoría del transformismo. En este aspecto, sus efectos fueron múltiples. Dio un fuerte impulso a las ciencias naturales. La búsqueda de los eslabones perdidos para la reconstrucción de las transformaciones de las especies favoreció el progreso de la paleontología, y los argumentos embriológicos en favor del transformismo fueron el punto de partida de nuevos estudios de embriología comparada. Pero, sobre todo, con la publicación de *El origen de las especies* cambió el punto de vista de los naturalistas; la teoría del fijismo perdió prácticamente todos sus seguidores, y el transformismo, bajo el epígrafe de teoría de la evolución, fue adoptado por la inmensa mayoría de los científicos. Ahora bien, el que esto signifique o no la confirmación de la hipótesis particular formulada por Darwin para explicar el mecanismo de la evolución es uno de los puntos más sujetos a controversia de la ciencia moderna. A pesar de la amplia aceptación de la teoría darvinista, todavía existen dudas sobre el verdadero papel que desempeña la lucha por la existencia [141, 142] sobre su efecto en la evolución, sobre si las variaciones casuales pueden dar lugar a nuevas especies (no solamente nuevas razas), y sobre la existencia de la mayoría de los eslabones perdidos [143]. Gertrude Himmelfarb cita varias obras de destacados naturalistas contemporáneos en las que se afirma que la aceptación común del darvinismo no responde a ninguna comprobación satisfactoria, sino que tiene su origen en el miedo existente en la mente humana a la presencia de lagunas en nuestro conocimiento, y en el hecho de que los científicos prefieren una explicación insatisfactoria a la ausencia de toda explicación [144].

---

140 Por ejemplo, A. de Quatrefages, *Les Emules de Darwin*, 2 vols., París, Alcan, 1894.

141 El zoólogo Adolf Portmann, *Natur und Leben im Sozialleben*, Basilea, F. Reinhardt, 1946, hace una crítica devastadora del concepto de «lucha por la vida» en la ciencia natural.

142 E. Rabaud, «L'Interdépendance générale des organismes», *Revue Philosophique*, LIX, núm. 2 (1934), 171-209 (dice que la ley básica del mundo viviente es la interdependencia; el papel de la competencia es secundario y tiene una importancia restringida).

143 Evan V. Shute, *Flaws in the Theory of Evolution*, Londres, Ontario, Temside Press, 1961.

144 Gertrude Himmelfarb, *Darwin and the Darwinian Revolution*, págs. 366-367.

Si hubiera permanecido limitado a su campo original, el darvinismo nunca hubiera obtenido la fama que alcanzó. Pero sus principios se extendieron pronto a otras ciencias. Los biólogos denominaron «intra-selección» a la supuesta lucha existente entre diversas partes del organismo durante su desarrollo. Los psicólogos supusieron que los instintos y las facultades mentales se originaban también en un proceso de selección natural. La evolución de las sociedades humanas, de la familia, de las lenguas, de las instituciones morales o de las religiones se reconstruyó también de forma semejante, y ninguna rama de la ciencia quedó libre de tal especulación [145].

Darwin había tenido la precaución de no inmiscuirse en el campo de la filosofía, pero sus seguidores dedujeron de sus ideas un sistema filosófico, y particularmente un concepto nuevo de la evolución y del progreso. La Ilustración había concebido el progreso como un proceso continuo seguido bajo la guía de la razón, un proceso tendente al bienestar y la felicidad de la humanidad (incluidos sus miembros desheredados). Los románticos imaginaban un proceso escondido subyacente en la naturaleza, de fuerzas irracionales e inconscientes, que, sin embargo, trabajaba en pro de un fin racional. Por su parte, el darvinismo señalaba la existencia de un progreso biológico entre las especies vivas y de un progreso social, incluso moral, en el seno de la humanidad, como efecto automático y mecánico de acontecimientos casuales y de una ciega lucha universal. Esta idea fue adoptada por los ateos, quienes la utilizaron como arma frente a la creencia religiosa en la creación y frente a la propia religión. Se suscitó así la oposición de ciertos círculos identificados con los fundamentos bíblicos, que no cejaron en su lucha contra el darvinismo, pero la mayoría de los teólogos pronto reconciliaron la idea de la evolución con la religión. El botánico americano Asa Gray (1810-1888), primer seguidor de Darwin en América, patrocinó el «ala teísta» del pensamiento evolucionario desde el comienzo [146].

En los Estados Unidos, el darvinismo ejerció una fuerte influencia sobre la filosofía y dio paso a un nuevo modo de pensar que ya no consideraba las cosas como entidades permanentes sino desde el punto de vista universal de la evolución [147]. Instrumentalismo, pragmatismo y utilitarismo son las expresiones favoritas de dicha actitud filosófica.

En Alemania, el darvinismo filosófico tomó una forma diferente bajo la influencia de Ernst Haeckel, biólogo famoso por su excelente investiga-

[145] Karl Du Prel aplicó seriamente el darvinismo a la astronomía y describió la «eliminación» del sistema solar de los cuerpos celestes «no adaptados», como los meteoritos, asteroides y ciertos cometas. (Citado por Oscar Hertwig, *Zur Abwehr des ethischen, des sozialen, des politischen Darwinismus*, Jena, Gustav Fischer, 1918.)

[146] A. Hunter-Dupree, *Asa Gray*, Cambridge, Harvard University Press, 1959.

[147] John Dewey, *The Influence of Darwin on Philosophy, and Other Essays in Contemporary Thought*, Nueva York, H. Holt, 1910.

ción sobre los infusorios, medusas y esponjas. Haeckel se proclamó a sí mismo profeta del darvinismo, y pretendió apoyarlo con una nueva prueba, la «ley biogenética fundamental» [148]. En los estadios embrionarios, dijo, todo ser viviente sufre las transformaciones a que han estado sometidos sus antecesores durante toda la evolución («la ontogenia recapitula la filogenia»). Más tarde reconocería que esta ley no es constante, ya que la serie de metamorfosis puede ser reducida o incluso alterada. En todo caso, incorporó el transformismo darviniano a un vasto sistema filosófico denominado monismo. La naturaleza, decía, es el teatro de un proceso universal de evolución, que abarca desde la molécula hasta los cuerpos celestes. No existe diferencia entre la naturaleza orgánica y la inorgánica: la vida es un fenómeno físico caracterizado por un tipo peculiar de vibración de la materia. Todas las especies vivientes han surgido de la materia, gracias a la intervención de un ser viviente elemental, la «mónera», ser unicelular sin núcleo que el propio Haeckel pretendía haber visto a través del microscopio. Todo el proceso del transformismo, comenzando con la mónera, abarca los tres reinos de los «protistos», plantas y animales. Haeckel reconstruyó el árbol genealógico completo del hombre en veintidós grados, siendo la mónera el primero de ellos y el hombre el último; todos los demás son seres hipotéticos. El número veintiuno, es decir, el antecesor más próximo del hombre, se suponía que era el «pitecantropo», relacionado con los antropomorfos. El hombre había aparecido en Lemuria, continente hoy sumergido que estuvo entre India y África; Haeckel distinguía doce especies y treinta y seis razas de hombres. Creía que las células, e incluso las moléculas, están dotadas de una conciencia elemental, y proponía la creación de una nueva religión basada en la adoración del cosmos. Nunca comprendió que su sistema no era sino un resurgir perdido de la filosofía de la naturaleza. Lo consideraba absolutamente científico, y hoy día resulta difícil imaginar el fantástico éxito que tuvieron sus teorías durante varias décadas, especialmente en Alemania, donde fueron muchas veces identificadas con el darvinismo. Fue principalmente bajo el ropaje impuesto por Haeckel como los jóvenes de la generación de Freud tuvieron su primer contacto con el darvinismo. Su prestigio fue tan alto que, cuando el joven Rorschach dudaba en 1904 entre el arte o las ciencias naturales, consideró un paso lógico escribirle y pedirle consejo.

La influencia más importante del darvinismo fue la ejercida a través del *darvinismo social*, es decir, la aplicación indiscriminada de los conceptos de «lucha por la vida», «supervivencia de los más aptos» y «eliminación de los menos aptos» a los hechos y problemas de las sociedades humanas. El naturalista Thomas Huxley, uno de los primeros discípulos

---

[148] Ernst Haeckel, *Anthropogenie, oder Entwicklungsgeschichte des Menschen*, Leipzig, W. Engelmann, 1874, y otros trabajos.

de Darwin, resumió esa filosofía en una famosa charla dada en 1888, relativa a la situación contemporánea de Inglaterra:

> Desde el punto de vista del moralista, el mundo animal está aproximadamente al mismo nivel que una lucha de gladiadores. Las criaturas están bastante bien asistidas y listas para luchar, con lo que el más fuerte, el más rápido y el más listo vivirán para luchar otro día. No se pide al espectador que dirija los pulgares hacia abajo, pero no hay cuartel (...) En el ciclo de fenómenos presentes en la vida del hombre, o del animal, no se discierne un fin más moral que el presente en la vida del lobo y el ciervo (...) Del mismo modo, entre los hombres primitivos, los más débiles y estúpidos eran eliminados, mientras que los más fuertes e inteligentes, los mejor preparados para enfrentarse con las circunstancias, pero no los mejores en cualquier otro sentido, sobrevivían. La vida era una lucha continua y, excepto las limitadas y temporales relaciones de la familia, la guerra hobbesiana de todos contra todos era el estado normal de existencia (...) El esfuerzo del hombre ético por alcanzar un fin moral no abolido en absoluto quizás no haya modificado apenas los impulsos orgánicos profundamente asentados que impelen al hombre natural a seguir su código no moral (...) [149].

Si la enseñanza de Darwin pudo ser interpretada de este modo por un naturalista, podemos imaginar fácilmente cómo sería distorsionada en los escritos de sociólogos y autores políticos que únicamente la conocían de oídas. En nombre de este fantástico darvinismo, dicha ley pretendidamente universal fue utilizada para justificar el exterminio de los pueblos primitivos por el hombre blanco. Los marxistas la emplearon como argumento en favor de la lucha de clases y de la revolución. Los penalistas Ferri y Garofalo, de la Escuela positivista italiana, adujeron el concepto de «eliminación de los no aptos» para apoyar la conservación de la pena capital. Atkinson extendió la noción de lucha universal al campo de la familia y describió el asesinato del padre viejo por los hijos adultos como la regla entre los hombres primitivos [150]. Los militaristas de todo el mundo la erigieron en argumento científico de la necesidad de la guerra y del mantenimiento del ejército. En la filosofía pseudodarviniana que persuadió a las minorías europeas de que la guerra es una necesidad biológica y una ley inexorable han visto algunos la causa del desencadenamiento de la Primera Guerra Mundial [151]. Muchos políticos proclamaron el mismo principio, como Hitler, quien invocó repetidas veces a Darwin [152]. En resumen, como estableció Kropotkin, «no existe infamia en la sociedad civilizada, o en las relaciones de los blancos con las llama-

---

[149] Thomas H. Huxley, *The Struggle for Existence in Human Societies*, 1888. Reimpreso en *Evolution and Ethics and Other Essays*, Nueva York, D. Appleton and Co., 1914, págs. 195-236.

[150] J. J. Atkinson, *Primal Law*. Publicado como segunda parte de la obra de Andrew Lang, *Social Origins*, Londres, Longmans, Green and Co., 1903, págs. 209-294.

[151] Gottfried Benn, *Das moderne Ich*, Berlín, Erich Reiss, 1920.

[152] Ver, entre otros, Henry Picker, ed., *Hitlers Tischgespräche, 1941-1942*, Bonn, Athenaeum-Verlag, 1951, pág. 227.

das razas inferiores, o de los fuertes con los débiles, que no haya encontrado excusa en dicha fórmula» [153]. Esta línea de pensamiento, que podría trazarse desde el principio enunciado por Hobbes de que «el hombre es un lobo para el hombre» hasta Malthus y desde Darwin hasta la descripción literaria que hace Kipling de «la ley de la jungla», dio un colorido específico al mundo occidental, particularmente en las últimas décadas del siglo XIX y en los comienzos del XX.

Al considerar el impacto de toda doctrina no deben olvidarse sus distorsiones y las contradicciones que surgen entre ella y éstas. Ya desde el comienzo hubo una fuerte oposición a la ideología derivada de Darwin. Durante su encarcelamiento en Clairvaux (1883-1886), el anarquista ruso Kropotkin advirtió la necesidad de revaluar la fórmula de Darwin sobre la base de los datos que había encontrado en los trabajos de los zoólogos rusos Kessler y Syevertsoff. Elaboró así su teoría de la ayuda mutua como ley básica de los seres vivientes [154], que parece haber ganado también algún terreno entre los naturalistas británicos contemporáneos [155]. Otros naturalistas han alegado que, aun cuando la denominada lucha por la vida sea aplicable al mundo animal, no existe razón alguna para aplicarla a la sociedad humana, la cual tiene sus leyes y estructura específicas [165]. El economista inglés Norman Angell previno, antes de la Primera Guerra Mundial, contra la falacia de la supuesta ley que estaba llevando a las naciones de Europa a la catástrofe [157].

El propio principio de evolución se enfrentó con contradicciones. El biólogo francés René Quinton proclamó el de «constancia». Dijo que si el mar había sido el origen de todos los seres vivientes, incluido el hombre, éstos habían retenido a su vez durante todas las fases de evolución el *milieu intérieur*, el cual, desde los puntos de vista físico y químico, es muy semejante a la composición del agua de mar [158]. Rémy de Gourmont aplicó este principio a la vida intelectual y negó que hubiera habido ningún progreso real en el desarrollo de la inteligencia del hombre. Los inventores y artistas de los tiempos prehistóricos, decía, poseían tanto

---

153 Piotr A. Kropotkin, *Memoirs of a Revolutionist*, Boston, Houghton Mifflin, 1899, pág. 498.

154 Piotr Kropotkin, serie de ocho artículos en el *Nineteenth Century*, 1890-1896. Posteriormente como libro, *Mutual Aid as a Factor in Evolution*, Nueva York, McClure, Phillips and Co., 1902.

155 Ver la obra de Ashley Montague, *On Being Human*, Nueva York, Schuman, Ltd., 1950.

156 Oscar Hertwig, *Das Werden der Organismen. Eine Widerlegung von Darwins Zufallstheorie*, Jena, Gustav Fischer, 1916; *Zur Abwehr des ethischen, des sozialen, des politischen Darwinismus*, Jena, Gustav Fischer, 1918; Adolf Portmann, *Natur und Kultur im Sozialleben*, Basilea, Reinhardt, 1946.

157 Norman Angell, *The Great Illusion, a Study of the Relation of Military Power in Nations to Their Economic and Social Advantage*, Londres, W. Heinemann, 1910.

158 René Quinton, *L'Eau de mer, milieu organique*, París, Masson, 1904.

genio como cualquiera de los modernos. El máximo nivel de inteligencia humana ha permanecido constante a lo largo de todas las fases de la evolución cultural [159].

La ley de «supervivencia de los más aptos» y de «eliminación de los no aptos» tiene un interés particular para la psiquiatría dinámica. En realidad, pocos hombres han estado menos preparados para una vida de dura competición que el propio Darwin, cuya primera ambición fue la de convertirse en clérigo rural y dedicar el tiempo libre a su *hobby* de la historia natural. Su mala salud le había eliminado de cualquier carrera universitaria. No podría haber llevado a cabo su trabajo a no ser por su fortuna personal y los cuidados de su devota esposa. Evitó la participación personal en las controversias provocadas por sus teorías y dejó que las defendieran sus seguidores.

Alfred Adler invirtió sistemáticamente el principio de «eliminación de los no aptos». Demostró que las inferioridades orgánicas daban muchas veces un impulso para la compensación biológica. Después extendió este principio al campo psicológico, convirtiendo la «compensación» en un concepto básico de su sistema. La inferioridad, por tanto, lejos de ser una causa de fracaso, sería el mejor estimulante para la lucha y la victoria sociales.

Al igual que muchos de sus contemporáneos, Freud era un lector entusiasta de Darwin, y su influencia sobre el psicoanálisis es múltiple [160]. En primer lugar, Freud le siguió en la creación de una psicología basada en el concepto biológico de los instintos. En esta línea se habían manifestado ya por Gall y sus seguidores y algunos psiquíatras como J. C. Santlus [161]. Pero la teoría freudiana deriva obviamente de Darwin. Es interesante citar que Freud partió de la consideración exclusiva de la libido y sólo posteriormente supuso la existencia de otro instinto agresivo y destructivo, mientras que Darwin había seguido el camino opuesto: en *El origen de las especies* centraba su teoría alrededor de la lucha por la existencia, mientras que en *La descendencia del hombre* asignaba a la atracción sexual el papel principal en el origen y desarrollo del hombre. En segundo lugar, Freud le siguió en su visión genética de las manifestaciones de la vida. Darwin obtuvo datos de detenciones localizadas del desarrollo y de «reversiones», a lo que posteriormente Freud denominó fijación y regresión. En tercer lugar, Freud parece haber trasladado a la psicología la «ley de recapitulación» antropológica de Haeckel; el prin-

---

159 Rémy de Gourmont, «Le Principe de constance intellectuelle», *Promenades Philosophiques*, 2.ª serie, París, Mercure de France, 1908, págs. 5-96.

160 Ver, entre otros, Walter von Wyss, *Charles Darwin, ein Forscherleben*, Zurich y Stuttgart, Artemis-Verlag, 1958.

161 J. C. Santlus, *Zur Psychologie der menschlichen Triebe*, Neuwied y Leipzig, Heuser, 1864.

cipio de que «la ontogenia recapitula la filogenia» encuentra su equivalente en la hipótesis freudiana de que el desarrollo individual del hombre pasa por las mismas fases que el de su especie, y de que el complejo de Edipo es la reviviscencia individual del asesinato del padre viejo por sus hijos. Por último, la influencia de Darwin se puede reconocer en la elaboración por parte de Freud de una teoría biológica sobre el origen de la sociedad humana y de la moral, en la que toma como punto de partida la consideración de un antecesor precoz, hipotético, del hombre que vivía en pequeños grupos u hordas. Pero se puede hablar también de otra influencia indirecta de Darwin sobre Freud. Paul Rée atribuyó la elaboración de la conciencia moral a una especie de lucha darviniana por la vida legalizada, como la que se describe haber existido entre los antiguos islandeses [162]. Éstos proclamaban que el hombre no tiene derecho a lo que no puede defender, de modo que, si alguien deseaba la propiedad de otra persona, podía retar al propietario a duelo. Si éste rehusaba, o era muerto en la lucha, sus propiedades pasaban legalmente a su retador. Pero llegó un momento en que la ley ya no toleró esta costumbre primitiva, y el instinto agresivo y adquisitivo frustrado del hombre fue el origen del remordimiento, y por tanto de la conciencia. Esta teoría fue desarrollada por Nietzsche en su *Genealogía de la moral*, prototipo de las nociones expuestas posteriormente por Freud en *El malestar de la civilización* [163].

Karl Marx (1818-1883)

Hemos visto cómo el darvinismo, que había sido en su origen un sistema de hipótesis enunciadas en apoyo de la teoría de la evolución, fue transformado por sus seguidores en el darvinismo social, filosofía que racionalizaba con presunción científica el espíritu de competencia despiadada que animaba el mundo industrial, comercial, político y militar en las últimas décadas del siglo XIX. En contraste con el darvinismo social, el marxismo fue un sistema filosófico desde el comienzo; pero pronto se convirtió también en una filosofía de la historia, una teoría económica, una doctrina política e incluso una forma de vida. Su autor fue Karl Marx, en colaboración con su amigo Friedrich Engels (1820-1895).

Tanto el marxismo como el darvinismo compartían la noción de progreso de la humanidad, pero sus doctrinas divergían en su concepto de la naturaleza del proceso subyacente. El darvinismo adscribe el progreso (tanto en la evolución de las especies como en la de la humanidad) al

[162] Paul Rée, *Die Entstehung des Gewissens*, Berlín, Karl Duncker, 1885.

[163] Friedrich Nietzsche, *Zur Genealogie der Moral*, en *Nietzsches Weske*, Taschenausgabe, VIII, Leipzig, C. G. Naumann, 1906.

efecto mecánico y determinista de los fenómenos biológicos; el marxismo lo adscribe a un proceso «dialéctico», el cual, sin embargo, necesita la ayuda del esfuerzo consciente del hombre.

Otra característica compartida es la idea de que la justicia y la moralidad no son principios absolutos, permanentes, como habían enseñado las filosofías tradicionales y la Ilustración, sino relativos. Para Darwin son el resultado de la evolución social; para Marx resultan inteligibles en términos de «materialismo histórico» y de historia de la lucha de clases.

La principal fuente del Marxismo como sistema filosófico fue Hegel, tanto directamente como a través de varios de sus discípulos. La filosofía de Hegel proporcionó a Marx el «método dialéctico», es decir, un método para analizar conceptos aparentemente contradictorios y para descubrir el principio común que los une en una síntesis superior, progresando así de noción en noción hacia lo absoluto. Pero mientras que Hegel lo había utilizado para la construcción de un poderoso sistema de idealismo filosófico, Marx lo aplicó a una filosofía materialista.

Marx tomó también de Hegel el concepto de «alienación»: el hombre está «alienado» (extrañado) de sí mismo. «Alienación» significa que el hombre ha externalizado una parte de sí mismo, la que posteriormente percibe como una verdad externa. Acerca de la alienación hubo grandes discusiones entre los seguidores de Hegel. Uno de ellos, Ludwig Feuerbach, afirmaba que el hombre está «alienado de sí mismo» porque ha creado un Dios a su propia imagen, proyectando así la mejor parte de su espíritu fuera de sí mismo y adorándola como si fuera un ser superior. Para poner término a esta «alienación», el hombre tendría que reconstruir la síntesis de su propio ser. Marx modificó y amplió el concepto de alienación. No sólo son la religión y las filosofías abstractas una alienación, sino que también existe una alienación política, social y económica. El hombre está alienado de sí mismo, pretende Marx, debido a la división de la sociedad en clases, donde la clase dirigente oprime y explota a las clases dirigidas. Por tanto, decía, una sociedad sin clases, socialista, traería consigo la desaparición de la alienación y de todas sus manifestaciones.

Marx afirmaba que hasta aquel momento la filosofía había tratado de *explicar* el mundo, mientras que el verdadero problema consistía en *cambiarlo*. Su filosofía es, por tanto, inseparable de la acción, es decir, prácticamente, de la acción revolucionaria. (De hecho, Marx y Engels no gustaban de dirigir organizaciones revolucionarias, aunque participaron en varios movimientos de este tipo en Alemania).

Al igual que Hegel, Marx afirma que la especie humana sufre un proceso dialéctico de evolución, aunque ve este proceso de forma sustancialmente diferente. Su filosofía de la historia se basa en la idea de que la historia se puede interpretar mediante la lucha de clases, y de que ésta puede a su vez ser comprendida partiendo de la noción de una super-

estructura ideológica sobreimpuesta a una infraestructura social [164]. El descubrimiento de los medios de producción determina un cambio de la estructura social, es decir, de la división de clases y de la relación de éstas entre sí. Las clases dirigentes oprimen a las inferiores hasta el punto de imponerles sus sistemas y organizaciones políticos. Pero la clase dirigente crea también una «ideología», que incluye una religión, una moral y una filosofía, y que es al mismo tiempo un reflejo de la estructura social y un medio para oprimir a las clases inferiores. Mediante ella, la clase dirigente establece un cuerpo de leyes y el aparato judicial necesario para mantener su dominio sobre las clases inferiores.

Cuando aplican su ideología, los hombres de las clases dirigentes no son conscientes en muchas ocasiones de lo que están haciendo. En palabras de Friedrich Engels, «el reflejo de las relaciones económicas en forma de principios legales... se presenta sin que sean conscientes de él los que están actuando; el hombre de leyes cree que actúa de acuerdo con unas proposiciones *a priori*, pero que son únicamente reflejos económicos» [165]. Por tanto, una regla práctica del análisis marxista es: «Detrás de lo que la gente *dice*, detrás de lo que la gente *piensa* de sí misma, descubrir lo que *es* analizando lo que *hace*» [166]. La obra de Marx contiene numerosos análisis de lo que denomina «mistificaciones», es decir, procesos mediante los que la gente se engaña tanto a sí misma como a los demás en su propio beneficio.

La superestructura ideológica determinada por la infraestructura social debe seguir necesariamente sus cambios. Sin embargo, puede haber retrasos, discrepancias y resistencias a dichos cambios, sobre todo cuando la estructura de la relación entre las clases ha sido modificada de tal forma que la clase superior está declinando mientras que la inferior se apresta a derrumbarla. En tales casos, las personas de la clase inferior pueden estar ignorantes de la situación, y las de la clase superior resistir de forma consciente el cambio o elaborar nuevas ideologías para engañar a aquélla. Según Marx, la guerra es una «mistificación» de las clases inferiores por las clases dirigentes, que esperan de esta forma evitar una revolución inminente.

Como doctrina política, el marxismo clásico, según lo expresaron Marx y Engels en su *Manifiesto comunista* (1848) y trabajos posteriores, no cree

[164] La interpretación económica y social de la historia existe desde luego por propio derecho independientemente del marxismo. Como ejemplo tenemos los trabajos del historiador americano Charles Austin Beard, *An Economic Interpretation of the Constitution of the United States*, Nueva York, Macmillan, Inc., 1913; *Economic Origins of Jeffersonian Democracy*, Nueva York, Macmillan, Inc., 1915; *The Economic Basis of Politics*, Nueva York, Knopf, Inc., 1945.

[165] Friedrich Engels, Carta a Conrad Schmidt, 27 de octubre de 1890; Karl Marx, Friedrich Engels, *Ausgewählte Briefe*, Berlín, Dietz, 1953, pág. 508.

[166] Henri Lefebvre, *Pour connaître la pensée de Karl Marx*, París, Bordas, 1947, págs. 42-43.

en la posibilidad de una transferencia gradual y pacífica del poder de una clase a otra. La estructura de la relación entre las clases se puede modificar de forma gradual hasta un punto crítico, en el que debe actuar la revolución. La intervención revolucionaria implica en primer lugar un «análisis dialéctico» de la situación económica y social para valorar sus contradicciones internas y la dirección a la que tiende. En este momento, la primera fase de la actividad revolucionaria consiste en alertar a las clases inferiores, o por lo menos a sus dirigentes; el último paso es la actividad revolucionaria propiamente dicha. Otra idea del marxismo es la de que, en circunstancias dadas, puede ser necesario provocar la «situación revolucionaria» para precipitar la crisis.

No es necesario para nuestros fines desarrollar más estas consideraciones. En lo que se refiere a la psiquiatría dinámica, lo que se ha dicho es suficiente para iluminar ciertas características de Freud y Adler. En el caso de este último, su relación con Marx es obvia y directa, ya que, aun no siendo comunista o marxista ortodoxo, era un defensor del sociamo. En cierto modo, Adler considera la neurosis como un reflejo de las relaciones sociales internalizadas por el individuo. La influencia del socialista August Bebel se advierte claramente en su concepto de las relaciones entre hombre y mujer.

Se ha señalado un curioso paralelismo entre algunas de las ideas básicas de Freud y las de Marx [167]. Ambos contaban con rabinos entre sus antepasados; los dos pertenecían a familias judías que habían caído bajo la influencia de la Ilustración; en su obra respectiva, la teoría está unida de forma indisoluble a la práctica (en forma de actividad revolucionaria para Marx, de psicoterapia para Freud). Ambos consideraban la religión como una «ilusión». Para Marx, la religión es un sueño consolador para el proletariado frustrado creado por la clase dirigente para explotarlo y perpetuar su opresión. «La religión es el opio del pueblo». Para Freud, es una ilusión determinada por los deseos, como estableció en *El futuro de una ilusión*. Aunque no hay pruebas de que leyera los trabajos de Marx o de sus seguidores, hay muchas semejanzas entre sus formas de pensar. Si trasladamos ciertos conceptos marxistas del campo social y político al de la psicología y terapia, obtendremos los siguientes paralelismos:

MARX	FREUD
Hincapié en el aspecto económico del hombre.	Hincapié en el aspecto sexual del hombre (teoría de la libido).
La cultura de una sociedad es una superestructura edificada sobre una infraestructura de relación entre clases y de factores económicos.	La vida consciente es una superestructura edificada sobre la infraestructura de unas fuerzas inconscientes y conflictivas.

167 Ver, sobre todo, Max Eastmann, *Marx and Lenin: The Science of Revolution*, Nueva York, Albert and Charles Boni, 1927, cap. 8.

MARX	FREUD
La clase dirigente crea una ideología para apoyar su interés de clase, y el individuo, bajo la influencia de dicha ideología, inconscientemente cree que actúa y piensa con libertad.	El individuo cree que piensa y actúa libremente, mientras que sus pensamientos y acciones conscientes están determinadas por complejos inconscientes (racionalización).
Las clases inferiores son víctimas de «mistificaciones», mediante las cuales también se engañan a sí mismas las clases dirigentes (por ejemplo, la guerra).	Esto sería al mismo tiempo una «racionalización» y un «mecanismo de defensa».
El hombre está «alienado» de sí mismo debido a la división de la sociedad en clases sociales, lo que da lugar a la lucha de clases.	El individuo neurótico está alienado de sí mismo debido a sus conflictos internos.
Para hacer surgir la revolución, es necesario realizar un «análisis dialéctico», despertar y provocar una «situación revolucionaria».	Para curar al paciente, el terapeuta debe realizar un análisis «dinámico», despertar al individuo («donde estaba el ello debe estar el yo»), y provocar una neurosis de transferencia para resolverlo.
El objetivo es establecer una sociedad sin clases donde el hombre ya no esté alienado de sí mismo.	El objetivo es obtener una persona curada, sin conflictos y completamente consciente de sí misma.

Estas semejanzas no deben llevarse demasiado lejos. Sin embargo, no hay duda de que existía un patrón común de pensamiento que Marx aplicaba a hechos económicos y sociales, y Freud a la psicología del individuo.

Cambios en la psiquiatría del siglo XIX

En el siglo XIX existía una dualidad entre la primera psiquiatría dinámica, que surgió de Mesmer y Puységur, y la psiquiatría oficial. A pesar de ciertas influencias recíprocas, cada una se desarrolló por separado y sufrió ciertos cambios que resumiremos brevemente.

Psiquiatría oficial fue el nombre dado por los magnetizadores a la psiquiatría reconocida por el Estado, enseñada en las Facultades de medicina y expuesta en sus libros de texto. Entre 1850 y 1860 sufrió un cambio gradual que hizo pasar de la psiquiatría del hospital mental (*Anstaltspsychiatrie*) a la psiquiatría de la universidad [168]. Durante la primera mitad del siglo, los hospitales mentales habían sido las fuentes del progreso psiquiátrico; allí se desarrollaban las teorías originales y se aplicaba tratamiento moral a los pacientes mentales. Hacia 1850, la psiquiatría cayó bajo la fuerte influencia del positivismo y cientificismo, y prevaleció el

168 Este punto ha sido resaltado por Karl Jaspers, *Allgemeine Psychopathologie*, Berlín, Springer, 1913.

punto de vista organicista, en tanto que la psiquiatría romántica declinaba rápidamente. Hombres como Reil, Ideler, Neumann y Heinroth fueron olvidados o ignorados, y el tratamiento moral fue rechazado en casi todas partes.

En este punto surge el nombre de un gran pionero, Wilhelm Griesinger (1817-1869), psiquíatra representativo de la mitad de siglo. En 1845 publicó un libro de texto sobre psiquiatría, tras lo cual pasó varios años en Egipto como director del Servicio de Sanidad Pública [169]. Tras su regreso a Europa, se convirtió en 1860 en el primer director del hospital mental de la recientemente fundada universidad de Zurich, el Burghölzli. En 1867 publicó una segunda edición, considerablemente aumentada, de su obra, que se convirtió en el libro de texto oficial de psiquiatría para toda una generación. Griesinger es considerado muy a menudo como el hombre que materializó la victoria del *Somatiker* sobre el *Psychiker*. Es cierto que proclamó que «las enfermedades mentales son enfermedades del cerebro» y que tenía la esperanza de que su secreto se descubriría gracias a los avances de la anatomopatología del cerebro; lo es también que introdujo el concepto fisiológico de los reflejos en la teoría de las enfermedades mentales. No obstante, no era un *Somatiker* estricto. Aplicó a la psiquiatría los conceptos asociacionistas dinámicos de Herbart, y conservó muchos de los principios del *Psychiker*. Estudios recientes han demostrado que Griesinger fue un representante de la psiquiatría dinámica en un grado insospechado [170]. Proclamó que la parte mayor y más importante de los procesos psíquicos era el inconsciente. Se apropió y desarrolló el concepto, propio del *Psychiker*, del papel patogénico de las emociones y explicó asi la psicogénesis de las ideas fijas. «Casi todas las ideas fijas son en esencia expresiones de una frustración o gratificación de un interés emocional propio», de modo que, en ciertos casos, el tratamiento solamente se puede basar en el descubrimiento del estado psíquico subyacente. Griesinger desarrolló también una completa psicología del yo. Las distorsiones del yo pueden ser debidas a representaciones no asimiladas, que se le enfrentan como extrañas y entran en conflicto con él. Griesinger se sitúa así en la encrucijada de la mayoría de las tendencias psiquiátricas del siglo XIX: anatomopatología cerebral, y neuropsiquiatría, psiquiatría clínica y psiquiatría dinámica. Más aún, fue un buen organizador de los hospitales mentales. Se le considera también como el fundador de la psiquiatría universitaria: después de él, los grandes dirigentes

169 Wilhelm Griesinger, *Pathologie und Therapie der psychischen Krankheiten*, Stuttgart, Adolph Krabbe, 1845, pág. 60.

170 Mark D. Altschule, *Roots of Modern Psychiatry. Essays in the History of Psychiatry*, Nueva York, Grune and Stratton, 1957; Roland Kuhn, «Griesingers Auffassung der psychischen Krankheiten und seine Bedeutung für die weitere Entwicklung der Psychiatrie», *Bibliotheca psychiatrica et neurologica*, C (1957), 41-67.

de la psiquiatría fueron necesariamente profesores universitarios. Por último, inauguró el predominio de la psiquiatría alemana sobre la francesa. Hasta 1860, la psiquiatría francesa estaba en un primer plano, hasta tal punto que la mayoría de las historias clínicas recogidas en el libro de texto del propio Griesinger estaban copiadas de autores franceses.

Sus seguidores, hombres como Westphal, Meynert y Wernicke, desarrollaron su enfoque orgánico de la enfermedad mental, pero parecieron olvidar el aspecto psicológico dinámico de sus enseñanzas. La síntesis ulterior de la psiquiatría orgánica y la dinámica sería obra de un remoto sucesor de Griesinger en el Burghölzli: Eugen Bleuler.

Existía simultáneamente una psiquiatría oficial de las neurosis, practicada sobre todo por neurólogos (habida cuenta de que los pacientes se mostraban reacios a acudir a los psiquíatras de los hospitales mentales). Esta rama de la psiquiatría sufrió asimismo varios cambios importantes en el curso del siglo XIX, el más importante de los cuales afectaría a las propias neurosis. Ya había desaparecido la posesión demoníaca, aunque todavía se observaban casos esporádicos (como vimos en el capítulo I en el caso de Gottliebin Dittus y el pastor Blumhardt), y dos neurosis típicas del siglo XVIII perdían terreno: los *vapeurs* de las mujeres de sociedad habían desaparecido prácticamente con la caída de la aristocracia, y la hipocondriasis, otrora neurosis de moda entre los hombres, empezaba a quedar anticuada. Una nueva entidad tomó su lugar. Apareció primero bajo el nombre de «síndrome de desgaste y rotura». Como ha señalado Ilza Veith [171], el médico inglés James Johnson la describió en 1831 como una enfermedad peculiar de los ingleses en contraste con sus vecinos franceses, y la atribuyó al sobreesfuerzo físico y mental y a las numerosas tensiones resultantes de la vida bajo el impacto de la Revolución industrial [172]. Johnson destacó el papel desempeñado por el exceso de trabajo, la falta de ejercicio al aire libre, y el lóbrego humo suspendido sobre las ciudades. No encontraba otro remedio que el descanso anual y el viaje al extranjero.

En 1869 George M. Beard describió en los Estados Unidos una enfermedad parecida, la neurastenia [173]. Su síntoma básico, dijo, era el agotamiento físico y mental manifestado por la imposibilidad de realizar tareas de esos tipos. El paciente presentaba cefaleas, neuralgias, hipersensibilidad morbosa al tiempo atmosférico, a los ruidos, a la luz, a la presencia de otras personas y a cualquier tipo de estímulo sensorial o mental, in-

---

171 Ilza Veith, «The Wear and Tear Syndrome», *Modern Medicine* (diciembre de 1961), 97-107.

172 James Johnson, *Change of Air or the Pursuit of Health*, Londres, S. Highly, T. and G. Underwood, 1831.

173 George M. Beard, «Neurasthenia, or Nervous Exhaustion», *Boston Medical and Surgical Journal*, III (1869), 217-221.

somnio, pérdida de apetito, disfagia, alteraciones secretoras y temblores musculares. La neurastenia, no obstante, era compatible con una larga vida. Uno de sus pacientes, un activo «hombre de negocios» de setenta años, la había sufrido a diario en los últimos cincuenta y cinco. Beard atribuyó primero la neurastenia a una defosforilización del sistema nervioso. Como tratamiento, recomendó el uso abundante de «tónicos» físicos y químicos del sistema nervioso, entre los que incluía el ejercicio muscular, «la electrización general», fósforo, estricnina y arsénico. Posteriormente revisó su descripción. Entonces consideró la neurastenia como una neurosis esencialmente americana[174]. Atribuyó sus causas al clima (extremos de frío y calor, humedad y sequedad, electricidad en el aire) y sobre todo a la forma de vida peculiar de Norteamérica, nación joven y de crecimiento rápido, en un ambiente de libertad religiosa («la libertad como causa de nerviosismo») y de desarrollo económico intenso. Esta forma de vida entrañaba un aumento del trabajo, de la previsión, de la puntualidad y del ritmo vital (ferrocarriles, telégrafo), así como la represión de las emociones («un proceso agotador»). Beard adivinó que la neurastenia alcanzaría el antiguo continente si Europa se americanizaba alguna vez. En publicaciones posteriores, reinterpretó la neurastenia con referencia al equilibrio de la energía nerviosa propia del individuo. Existen personas con muy pocos recursos, dijo, y existen «millonarios de fuerza nerviosa». Algunos tienen una pequeña cantidad de fuerza de reserva; otros, mucha más. «Los hombres, como las baterías, necesitan una fuerza de reserva, y los hombres, como las baterías, deben ser medidos por la cantidad de sus reservas, y no por lo que tienen que gastar en la vida diaria». Beard gustaba de expresar estas ideas con comparaciones financieras. «El hombre con una renta pequeña es realmente rico mientras no se sobregire; asimismo el hombre nervioso puede realmente estar bien y realizar su trabajo mientras no sobrepase su reserva limitada de fuerza nerviosa». Por otra parte, «un millonario puede gastar mucho y mantener todavía una gran reserva». Lo que importa, por tanto, es no gastar más fuerza de la que se puede producir. El neurasténico es una persona que gasta más de lo que tiene y que, si continúa haciéndolo, entra en una «bancarrota nerviosa». Es de destacar que tanto la noción de reserva de fuerzas nerviosas como las comparaciones financieras se encontrarían de nuevo de forma más sistematizada en los escritos de Janet. En la descripción de Beard, la neurastenia era una enfermedad propia de los hombres. Las mujeres se beneficiaban de lo que él denominó una «posición social poco corriente», de modo que, en sus propias palabras, «la fenomenal perfección de la muchacha americana del tipo más alto»

[174] George M. Beard, *A Practical Treatise on Nervous Exhaustion (Neurasthenia), Its Symptoms, Nature, Sequence, Treatment*, Nueva York, W. Wood, 1880; *American Nervousness, Its Causes and Consequences*, Nueva York, Putnam's Sons, 1881.

era la contrapartida de los factores sociales que hacían de la neurastenia una dolencia generalizada entre los hombres. En un trabajo póstumo, hizo mucho más hincapié en la etiología sexual de la neurastenia [175].

Beard fue uno de los primeros médicos, si no el primero, que buscó una explicación psicológica dinámica del alcoholismo. En el siglo XIX se produjo un aumento y difusión máximos de esta lacra, y en todas partes los clínicos describían y clasificaban las diversas condiciones resultantes de la ingesta de alcohol. Los patólogos describían las lesiones, pero ninguno parecía haber investigado el problema de por qué los hombres conscientes de los peligros de la bebida recurrían a ella. Beard sugirió que comenzaban a beber cuando existía una discrepancia entre el esfuerzo que tenían que realizar y la fuerza nerviosa que sentían dentro de sí [176]. Una teoría semejante sobre la psicogénesis del alcoholismo fue propuesta posteriormente por Janet.

Las ideas de Beard tuvieron un gran éxito. La neurastenia no sólo era una enfermedad de los profesionales y de los hombres que trabajaban mucho, sino que era la neurosis de la propia vida moderna. Para su tratamiento se erigieron sanatorios en América y Europa. Sin embargo, en la medida en que se generalizó su diagnóstico, su origen se adscribió más a factores constitucionales y de otro tipo que al trabajo; por ejemplo, a alteraciones sexuales y a la masturbación.

Los estudios clínicos de Beard sobre la neurastenia tuvieron más éxito que las terapéuticas que propuso contra esta enfermedad. Fue otro médico americano, Silas Weir Mitchell (1829-1914), el que diseñó un método general para su curación [177]. Weir Mitchell, conocido como uno de los neurólogos americanos de primera fila, tenía la consulta más en boga de Filadelfia [178]. Su método [179] se basaba en el descanso, el aislamiento y una cura de alimentación. El paciente estaba aislado en un sanatorio, descansaba en la cama, recibía una alimentación rica y era sometido a una hora de masaje diario como mínimo. El masaje y la electricidad se consideraban partes indispensables del programa de tratamiento para compensar los efectos del descanso prolongado y la dieta abundante. Este tratamiento podía durar meses, y en ocasiones años, y se puso de moda entre las personas acomodadas. Se le dio el apodo de «método del Dr. Dieta y el Dr. Quietud». Weir Mitchell no pareció sospechar que una buena parte

---

175 George Beard, *Sexual Neurasthenia (Nervous Exhaustion)*, A. D. Rockwell, ed., Nueva York, E. B. Treat, 1884.

176 George Beard, «Neurasthenia (Nervous Exhaustion) as a Cause of Inebriety», *Quarterly Journal of Inebriety* (septiembre de 1879).

177 Anna Robeson Burr, *Weir Mitchell, His Life and Letters*, Nueva York, Duffield, 1929.

178 S. Weir Mitchell, *Wear and Tear, or Hints for the Overworked*, Filadelfia, 1871.

179 S. Weir Mitchell, *Fat and Blood, or How to Make Them*, Filadelfia, 1877.

del éxito terapéutico se podía atribuir a la importante relación psicológica que se establecía entre el paciente y el masajista.

A finales del siglo XIX había dos estados neuróticos caracterizados universalmente: histeria y neurastenia, siendo la primera fundamentalmente una neurosis de mujeres, mientras que la última predominaba entre los hombres. Ambas se describieron y compararon entre sí muy a menudo. Sin embargo, esta concepción tuvo sus críticas y se realizaron intentos de delimitar otros tipos específicos de neurosis.

Ya antes de la descripción de la neurastenia dada por Beard, Bénedict Augustin Morel (1809-1873) había descrito una nueva neurosis bajo el nombre de *délire émotif* (delirio emocional)[180]. Presentó historias clínicas características de dicho estado supuestamente nuevo, que consideró como una enfermedad del sistema vegetativo. Después de Morel, el «delirio emocional» recibió el nombre de «fobia», y se trató de aislar y describir nuevas subformas suyas: agorafobia, claustrofobia, topofobia, etc. La nosología de estas fobias estaba sujeta a controversias, y en muchas ocasiones fueron incorporadas como subformas de neurastenia.

En 1873 Krishaber describió 38 casos de un nuevo tipo de neurosis, que denominó neuropatía cerebro-cardíaca[181]. Sus pacientes se veían sometidos bruscamente a crisis de angustia, palpitaciones y desvanecimiento. Sufrían también insomnio y pesadillas. Estos sentimientos no estaban relacionados con ningún temor definido, como ocurría con las fobias; era, sin lugar a dudas, lo que posteriormente se denominaría neurosis de angustia.

Con el transcurrir del siglo, el campo de las neurosis parece complicarse cada vez más. Además de los dos grandes grupos de neurosis, histeria y neurastenia, había ahora una multitud de casos neuróticos difíciles de clasificar. Con el desarrollo de la industria y la multiplicación de los accidentes industriales por un lado, y el desarrollo de las compañías de seguros por otro, surgieron las neurosis traumáticas, que los autores clasificaban unas veces en el apartado de *histeria* y otras en el de *neurastenia*. La «medicina oficial» se afanaba por hallar nuevas teorías y nuevos métodos terapéuticos.

Esta era la situación hacia 1880, y así se explica, al menos en parte, el súbito aumento del interés por la hipnosis. Se esperaba que la hipnosis proporcionara una nueva solución a los problemas neuróticos. Pero, como veremos después, tal esperanza no se cumplió, y serían Janet y Freud los que encontrarían nuevas formas de enfocar el viejo problema.

---

180 B. A. Morel, «Du Délire émotif. Névrose du système nerveux ganglionnaire viscéral», *Archives Générales de Médecine*, 6.ª serie, VII (1866), 385-402, 530-551, 700-707.

181 M. Krishaber, *De la névropathie cérébro-cardiaque*, París, Masson, 1873.

Conclusiones

La historia de la psiquiatría dinámica sólo se puede comprender por completo después de considerar su entorno sociológico, económico, político, cultural y médico.

A finales del siglo XVIII, las poblaciones de Europa estaban divididas en clases sociales rígidas, de las que las principales eran la de los aristócratas y la de los plebeyos. Esto explica por qué el magnetismo animal asumió características distintas con Mesmer y con Puységur. Cuando trataba a las damas distinguidas de su aristocrática clientela, Mesmer desencadenaba crisis, que eran de hecho formas de la neurosis de moda, los *vapeurs*. Cuando Puységur trataba a sus campesinos, les provocaba un sueño magnético, fenómeno que expresaba una relación de autoridad y subordinación entre el amo aristócrata y su sirviente campesino, que no estaba exenta, sin embargo, de un matiz peculiar de «regateo». El *baquet* de Mesmer, aparato supuestamente físico, apelaba al gusto de la aristocracia contemporánea por la física de aficionado. El árbol magnetizado de Puységur concordaba con el folklore campesino y sus creencias en los árboles sagrados. La caída de la aristocracia y el auge consiguiente de la burguesía determinaron la propagación de una forma más autoritaria de psicoterapia individual y colectiva, la sugestión hipnótica.

El nacimiento de la psiquiatría dinámica se puede comprender también como una manifestación de la victoria del movimiento cultural de la Ilustración sobre el espíritu del barroco en el baluarte de este último, Austria. Las vicisitudes por que atravesó durante el siglo XIX cabe considerarlas como manifestaciones de la lucha entre la Ilustración (que preconizaba el culto de la razón y de la sociedad) y el romanticismo (que daba más importancia al culto de lo irracional y del individuo). La filosofía y psiquiatría románticas ejercieron una influencia particularmente grande sobre ella. Después de la crisis política y cultural de mediados de siglo, el romanticismo fue vencido y dio paso al positivismo, epígono de la filosofía de la Ilustración; de aquí el declinar temporal de la psiquiatría dinámica.

Mientras tanto, la Revolución industrial, el crecimiento del proletariado y el nacimiento del nacionalismo dieron lugar al advenimiento de dos nuevas doctrinas: el darvinismo (y su deformación en darvinismo social) y el marxismo. Ambas ideologías se reflejaron también en la psiquiatría dinámica. Todos estos cambios se manifestaron en forma de neurosis, desarrollándose dos nuevos tipos de las mismas: neurastenia y fobias, que demandaron la aplicación de nuevos métodos psicoterapéuticos.

Mediante la acción combinada de todos estos factores, surgió por último un nuevo tipo de psiquiatría dinámica que sobrepasó a la primera. Las circunstancias que precedieron y acompañaron a su nacimiento requieren un examen más profundo. De ellas se tratará en el capítulo siguiente.

V

EN EL UMBRAL DE UNA NUEVA PSIQUIATRÍA DINÁMICA

El período de tiempo comprendido entre 1880 y 1900 fue crucial en dos aspectos. Por un lado, la primera psiquiatría dinámica fue al fin reconocida por la «medicina oficial» y adquirió una gran difusión; por otro, se inició también una nueva psiquiatría dinámica. La historia de estos dos procesos no se puede separar del nuevo contexto social, político y cultural.

El mundo en 1880

La faz del mundo había cambiado de forma radical en el curso del siglo con la Revolución francesa y las guerras napoleónicas, la aparición de nuevos Estados nacionales, el rápido progreso de la ciencia, de la industria y del comercio, y la exploración de las regiones desconocidas del globo. Prevalecía la idea de que la cultura humana estaba llegando a su cúspide. Sin embargo, retrospectivamente, ese mundo era en muchos aspectos distinto del nuestro, y se requiere un gran esfuerzo para imaginar su aspecto.

Sobre todo, prevalecía un sentimiento de firme seguridad. A pesar de las guerras locales y limitadas, las huelgas de los trabajadores, la agitación socialista y los atentados criminales de los anarquistas, el mundo parecía inconmovible. Lo mismo ocurría en el aspecto económico, a pesar de las crisis periódicas. No existían problemas de devaluación o de variación de los tipos de cambio de las monedas nacionales. Como las transacciones financieras se efectuaban en moneda oro, el dinero parecía algo constante, fiable y de valor universal y duradero. A pesar de las rivalidades nacionales, en esa era de «paz armada» las fronteras eran casi inexistentes: cualquiera podía abandonar su residencia y, suponiendo que

tuviera medios, llegar a cualquier parte del mundo sin pasaporte, visado o cualquier otra formalidad (con la única excepción de Rusia y Turquía). Esta base firme y estable de la vida se reflejaba también en la arquitectura: los edificios bancarios y los hoteles se construían con paredes tan gruesas como la de las fortalezas, y las villas privadas estaban muchas veces rodeadas de muros de piedra. La vida parecía tan segura que mucha gente perdió el interés por los problemas sociales y políticos y vivía sin preocuparse del mañana.

Se hacía un gran hincapié en la dominación masculina. Era un mundo creado por el hombre y para el hombre, en el que la mujer ocupaba un lugar secundario y carecía de derechos políticos. La separación y diferencia de sexos era más marcada que en la actualidad. El ejército era una organización exclusivamente masculina, considerándose inaudito el servicio auxiliar femenino. Los oficinistas, incluyendo los secretarios, eran todos varones. Las universidades no admitían estudiantes femeninos (la primera mujer que cursó estudios superiores lo hizo a principios de 1890). Había numerosos clubs de caballeros, e incluso en las reuniones sociales mixtas, los hombres se congregaban en la sala de fumar mientras las damas quedaban en otra habitación, una vez concluida la cena. Las virtudes masculinas (ambición, agresividad, tenacidad) se resaltaban constantemente en la literatura. Entre las costumbres viriles se incluía la de llevar barba, bigote o patillas, caminar con un bastón, y practicar el atletismo, la hípica y la esgrima, en lugar de otros deportes más extendidos en la actualidad. Entre los oficiales, en las asociaciones de estudiantes alemanes y en ciertos círculos aristocráticos y «elevados» existía otra costumbre viril, el duelo[1]. Por su parte, las mujeres tenían sus salones, sus comités, sus periódicos, y compartimientos especiales en los trenes. Era raro encontrar alguna con pantalones, que llevara el pelo corto o que fumara. No se ponía en duda la autoridad del hombre sobre los hijos y aun sobre la esposa. La educación era autoritaria; el padre despótico era un lugar común, y solamente destacaba cuando era extremadamente cruel. Los conflictos entre generaciones, en especial entre padres e hijos, eran más frecuentes que en la actualidad. Pero el autoritarismo era una característica de la época y reinaba en todas partes, no solamente en la familia. Los militares, magistrados y jueces gozaban de gran prestigio. Las leyes eran más represivas, los delincuentes juveniles eran severamente castigados, y el castigo corporal se consideraba indispensable. Todo esto ha de ser tenido en cuenta para comprender la génesis del complejo de Edipo expuesto por Freud.

[1] Según André Billy, *L'Époque 1900: 1885-1905*, París, Tallandier, 1951. Entre los años 1895-1905 hubo al menos 150 duelos políticos, laborales y literarios en París, de los cuales dos acabaron con una muerte.

Algunas clases estaban divididas de forma más estricta que en la actualidad. La aristocracia, aunque privada de autoridad efectiva, gozaba de gran prestigio, especialmente en la mayoría de los países que tenían una corte real o imperial. (En Europa, sólo Francia y Suiza eran repúblicas.) Pero la clase dirigente era la alta burguesía, que ostentaba el poder económico y político, y controlaba la industria y las finanzas. En un escalón inferior a la burguesía estaban las clases trabajadoras. En realidad, su condición había mejorado mucho desde comienzos de siglo pero, a pesar de los progresos conseguidos, era peor que la que disfruta en la actualidad y carecía de la protección de las leyes sociales. La jornada laboral era muy larga; muchos trabajadores se sentían explotados, y las manifestaciones realizadas durante las huelgas o el día 1 de mayo tenían lugar en muchas ocasiones en una atmósfera «cargada». Estaba prohibido el trabajo de los niños, pero el de las mujeres y la explotación no eran ningún mito. Las condiciones materiales de los campesinos habían mejorado también mucho, pero no lo suficiente como para evitar una emigración constante hacia las ciudades. Por todas partes era noticia el empobrecimiento o desaparición del folklore. El peldaño inferior de la escala social lo ocupaba el denominado *Lumpenproletariat*, esto es, las personas que vivían en arrabales en la máxima miseria. Había problemas sociales gravísimos relacionados con la existencia de estas clases. Otra característica del período era la existencia de un gran número de sirvientes. Prácticamente cada familia burguesa tenía por lo menos un sirviente, y las familias ricas y aristocráticas muchas veces poseían una docena o más. Sus condiciones materiales eran en la mayor parte mediocres. La relación entre los amos y los sirvientes no era ya patriarcal, como había ocurrido en el siglo anterior, sino autoritaria y carente de sentimientos.

La dominación del hombre blanco, celebrada en la obra de Kipling, era aceptada y proclamada como una necesidad para el bienestar de las colonias. Cuando llamó la atención la rápida desaparición de las poblaciones primitivas en diversas partes del mundo, fue explicada en muchas ocasiones como una consecuencia triste pero necesaria del progreso o de la lucha por la vida. Los objetores fueron rechazados con frases alusivas a la misión civilizadora de los europeos y a la «carga del hombre blanco».

Otro rasgo característico era la gran cantidad de tiempo libre de que disfrutaban ciertas clases. No sólo no trabajaban las mujeres de la sociedad aristocrática y burguesa, sino que había también numerosos ociosos entre los aristócratas, los ricos y los rentistas. No hay que olvidar tampoco el comentado mundo de los artistas, escritores, periodistas y gente de teatro, centrado en los cafés y otros lugares públicos. En una época en que no existían la radio, la televisión ni el cine, el teatro tenía una importancia enorme. Los grandes actores gozaban de una inmensa popularidad, comparable a la de las más famosas estrellas del cine en la

actualidad. No se conocía apenas una industria publicitaria como la que existe en la actualidad, de modo que cada uno tenía que hacer su propia publicidad, aprovechando bien sus relaciones periodísticas, o en charlas de salón, o destacando de cualquier otra forma. De aquí la teatral forma de vida, las «poses», la violencia verbal, los enfados y reconciliaciones públicas de las figuras prominentes. Marcel Proust captó en su obra el espíritu de la época al describir aquellos hombres y mujeres ociosos, su forma de vida, su charla vacía. Muchas veces se ha planteado la cuestión de por qué la histeria era tan frecuente en la década de 1880, y declinó tan rápidamente a partir de 1900. Una explicación plausible es la de que estaba en concordancia con la forma de vida teatral y afectada del período.

En un mundo de ocio, el amor fue, naturalmente, una preocupación fundamental de hombres y mujeres. No debe extrañar que el espíritu de la época estuviera impregnado de erotismo refinado. Los «enamorados» daban a sus intrigas amorosas el carácter peculiarmente formal o teatral dominante, como vemos en la literatura y el teatro contemporáneos (por ejemplo, en la obra de Arthur Schnitzler). Esta misma atmósfera hacía surgir apasionamientos repentinos, como la moda por la música de Wagner, por las filosofías del inconsciente de Schopenhauer y Von Hartmann, y posteriormente por los escritos de Nietzsche, por los simbolistas, los neorrománticos, etc. Solamente en esta perspectiva particular se puede comprender el origen de la nueva psiquiatría dinámica.

El entorno político

El nacimiento de la nueva psiquiatría dinámica debe considerarse también dentro del entorno político. El mundo estaba dividido en Estados soberanos nacionales, en dura lucha unos con otros y unidos por un complejo sistema de tratados y alianzas cambiantes.

La primera potencia mundial era el Imperio británico, aunque seguido cada vez más de cerca por los Estados Unidos. La Marina británica controlaba los siete mares, la Union Jack ondeaba sobre colonias y territorios esparcidos por todo el mundo, la moneda inglesa era la más fuerte, y Londres constituía el mayor centro comercial y financiero del mundo. La reina Victoria, que en 1876 había sido coronada también emperatriz de la India, era el símbolo del poderío inglés y de sus tradiciones de dignidad y respetabilidad.

Para las generaciones actuales, el espíritu victoriano representa un estilo arquitectónico feo, un mobiliario incómodo, pesadas tapicerías, pomposas ceremonias, una fraseología solemne, unos prejuicios pasados de moda y una gazmoñería ridícula. Pero para sus contemporáneos, la palabra «victoriano» sugería «victoria», y de hecho Inglaterra resultaba cons-

tantemente victoriosa en tierra y mar. Lo que sus actuales descendientes denominan hipocresía era para ellos autodisciplina y dignidad. El espíritu victoriano era en realidad el resultado de un cambio cultural que había tenido lugar durante los cincuenta años anteriores a la coronación de la reina Victoria en 1837[2]. Había comenzado como una reacción contra la vida disoluta de la sociedad inglesa del siglo XVIII y contra el terrible peligro que había corrido el país durante la Revolución francesa y el reinado de Napoleón. William Wilberforce, influyente miembro del Parlamento que luchó por la abolición de la trata de esclavos, inició un movimiento de celo religioso, dirigido a la reforma de la religión y la moral, y le siguieron otros encaminados a la realización de reformas sociales y educativas de todo tipo[3]. Se sentía además la necesidad, derivada de la existencia de un gran imperio, de educar generaciones de funcionarios eficientes y honrados. Al contrario de lo que se supone hoy día, los temas sexuales se trataban con franqueza en la literatura médica y antropológica, como también se insinuaban de forma discreta en la literatura. Lejos de estar pasada de moda, Inglaterra se hallaba en la cúspide de su poderío y producía numerosos héroes, constructores de imperios, exploradores y filántropos, así como mujeres tan notables como Florence Nightingale. Basta con mirar los retratos de las personalidades victorianas y ver sus expresiones de energía tranquila y concentrada. El verso de Longfellow «¡La vida es real! ¡La vida es seria!» parecía ser su lema. No les molestaba el hecho de que su país, al ser tan poderoso, tuviera numerosos enemigos. Gran Bretaña ejercía además una gran atracción sobre los extranjeros, los cuales imitaban envidiosamente las costumbres británicas. Pero el espíritu victoriano, que había comenzado antes de la reina Victoria y prevalecido durante la mayor parte del siglo XIX, estaba ya en franco declinar en 1880.

En el continente, el poder dirigente pasó a Alemania, que, después de haber sido durante siglos una «nación sin Estado» conseguía finalmente la unidad. Ésta, sin embargo, no había llegado bajo el Parlamento democrático de Frankfort en 1848, sino en 1871, bajo la égida de Prusia y de su canciller de hierro, Bismarck. Durante su etapa de nación sin Estado, Alemania había oscilado entre dos polos de atracción, Austria y Prusia. Eliminado el primero por la victoria prusiana en 1866, la unificación alemana se alcanzó por último como resultado de su victoria sobre Francia en la guerra franco-prusiana de 1870-1871. En Europa, Alemania había sido considerada hasta entonces como una nación de románticos, músicos, filósofos, poetas y científicos inseguros; ahora, al alborear su despertar político, empezó a dar la impresión de un pueblo agresivo que sólo respe-

[2] Muriel Jaeger, *Before Victoria,* Londres, Chatto and Windus, 1956.

[3] Strathearn Gordon y T. G. B. Cocks, *A People's Conscience,* Londres, Constable and Co., 1952.

taba la fuerza. La población alemana aumentó enormemente a pesar de la emigración masiva e incesante a América. Hubo una expansión industrial y comercial extraordinaria, y se creó un ejército gigantesco y bien entrenado. Para entonces, sin embargo, las otras naciones europeas se habían repartido lo mejor de los territorios ultramarinos, y Alemania, que entró en la competición colonial en 1890, tuvo que contentarse, de mala gana, con las migajas. Mas, recordando que su territorio había poseído una poderosa marina en la Edad Media, el emperador Guillermo II decidió construir otra semejante, con gran enojo de los británicos. El resentimiento alemán estaba alimentado además por el temor de la venganza francesa y de las ambiciones rusas. Con el tiempo, los alemanes se sintieron obsesionados asimismo por el temor de ser «rodeados» por las fuerzas combinadas de Francia, Inglaterra y Rusia. Su predominio, en todo caso, fue absoluto en el campo de la ciencia y de la cultura, con la excepción de las bellas artes, en el que prevalecían los franceses. El alemán se había convertido en el lenguaje científico principal del mundo occidental, hasta el punto de que su desconocimiento podía ser un obstáculo grande para los científicos en numerosos campos (entre ellos, el de la psicología y la psiquiatría).

La victoria sobre Francia en la guerra de 1870-1871 trajo consecuencias desastrosas para Europa. A los ojos de numerosos alemanes, la anexión de Alsacia era únicamente una reconquista del antiguo territorio alemán «robado» por Luis XIV (lo que, sin embargo, no justificaba su anexión simultánea de una gran parte de la Lorena francesa, de gran importancia estratégica). Pero, bajo Napoleón III, Francia había proclamado el derecho de autodeterminación de los pueblos, principio que aplicó al conquistar las provincias de Saboya y Niza en 1860. Como la población de Alsacia y Lorena había manifestado claramente su deseo de ser francesa, su anexión a Alemania fue considerada, pues, por los franceses como un anacronismo político al tiempo que un delito, y no la perdonaron. Un sentimiento colectivo de inferioridad impregnaba al país tras su derrota y debido a la posición de inferioridad con respecto al Imperio británico. No obstante, halló una compensación parcial en la adquisición de un nuevo imperio colonial, en la brillante prosperidad financiera, y en los avances culturales y científicos que competían con los de Alemania. En contraste con los duros, disciplinados y autoritarios alemanes, los franceses pretendían personificar la creación espontánea y la libertad intelectual. Era característica de Francia la gran concentración de la vida intelectual de todo el país en su capital. El arte, la música, la literatura y la ciencia florecían en París, la *Ville Lumière,* que los franceses consideraban como capital del mundo civilizado. Aunque el francés perdía poco a poco su antiguo predominio, todavía se utilizaba mucho y seguía siendo la lengua oficial de la diplomacia internacional.

A los ojos de numerosos franceses, su país era el campeón del «espíritu», frente al pesado «culto de la fuerza» alemán. Pero la población francesa no aumentaba como la de otros países, lo que contribuía a la imagen estereotipada de Francia como una «nación declinante», sentimiento éste ampliamente extendido en Alemania.

En Europa central, la monarquía austro-húngara ocupaba una gran zona entre Alemania por el norte, Suiza e Italia por el oeste, Rusia por el este, y las nuevas naciones balcánicas y Turquía por el sur. Austria-Hungría no era un Estado nacional unificado como Francia o Alemania, sino como un «mosaico de naciones y ruinas de naciones» mezcladas de la forma más compleja. La opinión actual ve muchas veces en la monarquía austro-húngara una institución ridícula y pasada de moda, con su Corte imperial y su aristocracia todavía aferrada a las tradiciones barrocas. Se le acusa de haber «oprimido» a algunas de sus naciones y, por el contrario, de haber concedido a otras demasiada libertad. En realidad, como ha expresado bien Somary, lejos de ser un anacronismo político, Austria-Hungría aventajó a otros países en el establecimiento de lo que hoy se denominaría «Estado supranacional», que estudian maravillados quienes en la actualidad luchan por la unificación europea[4]. Tras abandonar el emperador su poder absoluto en 1859, y tras algunos años de crisis, el Imperio adoptó una constitución basada en el *Ausgleich* («compromiso») de 1867. Se dividió en dos Estados con derechos exactamente iguales, ambos sujetos al mismo soberano, que era emperador de Austria y «rey apostólico» de Hungría. Cada uno de ellos comprendía una nación dominante y varias minorías nacionales. Los dos estaban unidos no sólo por su lealtad al soberano, el emperador Habsburgo, sino por un gobierno «Imperial y Real» (*K. u. K.*), responsable en ciertos asuntos como la guerra y la diplomacia. Los asuntos internos dependían en Austria del gobierno y la administración «Imperial-Real» (*K. K.*), y en Hungría del gobierno y administración «Real» (*Kngl.*). Las relaciones entre la administración central y las minorías nacionales dentro de cada uno de los dos Estados estaban regidas por leyes complejas. La mayoría de las minorías nacionales eran turbulentas y exigentes, y una preocupación constante del gobierno de los Estados era garantizarles tantos derechos como creían necesarios o permisibles sin romper la cohesión del Imperio. La unidad de esa vasta estructura política estaba asegurada no sólo por su lealtad al emperador Francisco José, sino también por una eficiente Administración y por el ejército. La monarquía austro-húngara estaba considerada por algunos como un castillo en el aire que se podría desmoronar al menor toque, y por otros como un milagro de inteligencia política y como elemento indispensable para el equilibrio europeo. Numerosos

[4] Felix Somary, *Erinnerungen aus meinem Leben*, Zurich, Manasse-Verlag, 1959.

austríacos y húngaros consideraban su país como la avanzada de la civilización. La proximidad de Turquía planteaba problemas espinosos. Debido a la corte despótica del sultán, con su harén y sus eunucos, y a las matanzas periódicas de armenios y otras minorías cristianas, Turquía no era considerada como un país civilizado. Pero la descomposición del Imperio turco, denominado el hombre enfermo de Europa, había dado lugar a nuevos países independientes, cuya turbulencia y agresividad eran una amenaza para la paz. La monarquía dual se sentía amenazada además por Rusia, cuyo gobierno, al tiempo que oprimía a las minorías eslavas en su propio territorio, pretendía ser su protector y les inducía a la rebelión en el exterior.

La monarquía austro-húngara abarcaba un territorio amplio y diverso con toda la gama de paisajes, desde costas hasta montañas, amplias llanuras, lagos y bosques, y tres ciudades históricas maravillosas, Viena, Budapest y Praga. Capital del Imperio y asiento de una corte gloriosa y antigua, Viena era una de las ciudades más famosas del mundo. A pesar del carácter políglota de la monarquía, el alemán era su idioma principal, se hablaba en la Corte y contaba con un gran prestigio cultural. Viena era la sede de numerosos organismos públicos, importante centro diplomático y lugar de gran concentración cultural, gozando de un nivel de educación extremadamente alto. Numerosos artistas, músicos, poetas, escritores y dramaturgos, así como científicos de la mayor distinción, vivían en ella. Debido al flujo constante de personas pertenecientes a las diversas minorías del Imperio, la vida era allí de lo más pintoresca, aunque no exenta, para muchos, de provincianismo. La población vienesa, muy distinta de los fríos, duros y disciplinados alemanes, era cordial, alegre, bienhumorada y amiga de las bromas. Hablaba en alemán con un acento especial y utilizaba términos y modismos particulares que constituían el denominado «dialecto vienés». Eran característicos los cafés, frecuentados solamente por hombres. Muchos de estos cafés tenían una clientela de una clase social, ocupación y tendencias políticas determinadas.

En la Europa oriental, Rusia era un imperio en rápida expansión y, tras la emancipación por el zar Alejandro II de más de veintidós millones de siervos en 1861, se convirtió además en escenario de una rápida expansión industrial y comercial. El gobierno autócrata garantizaba una serie de libertades. Florecían las artes. Surgieron algunos de los más grandes escritores del mundo y distinguidos científicos en diversas disciplinas, incluida la psiquiatría. Merecen especial mención otras dos características. Primero, la de que, mientras en el resto de Europa las clases más altas miraban con desprecio a los campesinos, entre la élite rusa estaba extendida la creencia de que el pueblo es la fuente de toda la cultura. Bajo el lema del «retorno al pueblo», numerosos intelectuales y

artistas trataron de renovar su inspiración en esa fuente todavía intacta. En realidad, los campesinos rusos todavía poseían un rico folklore y unas artes populares, y estaban dotados de un innato sentido de la belleza. Una segunda característica era que Rusia fue el lugar elegido para el «nihilismo», tendencia que se podría definir por su fascinación por la idea de la destrucción. Sus orígenes remotos se pueden seguir hasta los genocidios en gran escala perpetrados por los mongoles, quienes, desde el siglo XIII hasta el XV, ocuparon la mitad de Asia y Rusia central, mataron incontables millones de seres humanos, redujeron países completos a desiertos y destruyeron ciudades florecientes. En Rusia, la matanza se convirtió a su vez en un método político en manos del zar Iván el Terrible. Pero entre el pueblo se extendió una mentalidad apocalíptica que dio lugar a la autodestrucción en masa. Así, a mediados del siglo XVII, los *Raskolniki* («viejos creyentes») destruían sus casas y se quemaban vivos antes que aceptar ciertas modificaciones en los libros religiosos. En ellos se inspiraron diversas sectas en las que predominaban las tendencias autodestructoras (como los *Skoptzy* o «auto-castrados» y los *Khlisty* o «auto-flagelantes»). Fue también en las comunidades *Raskolniki* donde aparecieron los nihilistas políticos, en particular el famoso Nechayev, cuyo *Catecismo revolucionario* es un libro de texto de la ciencia de la destrucción de la sociedad por medios violentos[5]. La historia política de Rusia en el siglo XIX estuvo dominada por las actividades de grupos revolucionarios más o menos influidos por las tendencias nihilistas, y el nihilismo fue una preocupación general de pensadores y escritores. No es, quizá, pura casualidad que el concepto de instinto de muerte fuera expresado por dos científicos rusos a finales del siglo XIX: el psiquíatra Tokarsky[6] y el fisiólogo Metchnikoff[7]. Para los demás europeos, las tendencias del «retorno al pueblo» y del nihilismo eran características perturbadoras del alma rusa, a la que no pertenecían directamente.

La mayoría de los europeos consideraban todavía su país como dirigente del mundo, y Rusia y América como países «fronterizos». La idea que se tenía de los Estados Unidos había cambiado mucho, sin embargo, desde la época de la Revolución Americana. Los franceses, que al principio habían considerado la nueva república como un resurgimiento de la antigua democracia griega o romana, la veían ahora como un experimento político a escala masiva. De Tocquevile, representante de la declinante aristocracia, estudió su desarrollo con un interés apasionado, y adivinó en ella el modelo de los gobiernos europeos del futuro. Era popular ade-

---

5 Robert Payne, *Zero. The Story of Terrorism*, Nueva York, The John Day Co., 1950.

6 A. Tokarsky, *Voprosy Filosofiy i Psikhologiy*, Moscú, núm. 40, 1897, pág. 93.

7 Elie Metchnikoff, *Études sur la nature humaine. Essai de philosophie optimiste*, 3.ª ed., París, Masson, 1905, págs. 343-373.

más la visión romántica de los Estados Unidos como la tierra de nobles indios y alegres *cowboys*, lo que sin duda contribuyó a la emigración masiva de la juventud alemana. Mas también los Estados Unidos tuvieron pronto ocasión de enorgullecerse de sus ingeniosos científicos, y en la década de 1880 Edison se convirtió en una figura popular en Europa. Los europeos comenzaron a maravillarse de aquel desarrollo económico e industrial sin precedentes, y poco antes de concluir el siglo, en 1898, la guerra con España reveló de forma súbita que los Estados Unidos habían conquistado un lugar entre las potencias mundiales. Sus avances culturales eran, en cambio, menos conocidos. Sin embargo, como veremos en el capítulo siguiente, la obra psiquiátrica de George Beard y S. Weir Mitchell, la filosofía de Josiah Royce, y la psicología de William James y James Mark Baldwin ejercieron una gran influencia sobre la psiquiatría dinámica de Pierre Janet.

Cultura, ciencia y universidad

Dos hechos básicos caracterizan este período: el predominio de la cultura clásica en la educación, y el predominio de la universidad como centro de la ciencia.

El significado de la cultura greco-latina había cambiado desde las épocas del Renacimiento y el Barroco. El latín no era ya la lengua universal de la ciencia, la cultura, la Igesia o el gobierno. Había perdido su último baluarte en 1840, cuando el magiar fue proclamado idioma oficial húngaro. Pero no había desaparecido por completo como lengua científica: hasta 1900 seguía siendo obligatoria en Francia la tesis en latín para el *doctorat ès-lettres*. Además de la conferencia principal en francés, Bergson, Durkheim, Pierre Janet y otros tuvieron que escribir su tesis en latín. Se concedía la máxima importancia a la enseñanza completa de latín en las escuelas secundarias por el método de análisis y síntesis. Los alumnos tenían primero que memorizar las declinaciones, conjugaciones y reglas gramaticales, así como el vocabulario, y a continuación pasaban a componer frases, traducirlas de y al latín, y escribir composiciones, primero en prosa y después en verso, prestando mucha atención al estilo, de modo que fuera lo más cercano posible al de los grandes clásicos. Después de seis u ocho años de este estudio, tendrían un dominio perfecto del latín, que utilizarían sólo para escribir, y en muy raras ocasiones para hablar. Algunas personas se burlaban de las «numerosas horas malgastadas aprendiendo una lengua muerta, que no utilizarían en su vida», pero, desde la perspectiva de ese período, encajaban perfectamente en lo que se esperaba de una educación liberal. Como dijo el filólogo Wilamowitz-Moellendorf, era un *exercitio intellectualis* comparable a los ejercicios es-

pirituales de los jesuitas[8], un método para adquirir una capacidad cada vez mayor de concentración y síntesis mentales, comparable incluso con el estudio de las matemáticas. Quienes seguían estas enseñanzas eran capaces de construir una amplia síntesis de sí mismos. Así es como podemos entender que Janet, Freud o Jung estuvieran bien preparados para la construcción de un edificio inmensamente sistematizado de conocimiento. Otra ventaja de esta educación y cultura clásicas era que proporcionaba al estudiante la clave de la antigua cultura greco-romana y de todo lo que había sido escrito en latín en el curso de veinticinco siglos. Janet, que leyó la obra de Bacon en latín, Freud, que leyó antiguos libros sobre brujería en los textos originales, y Jung, que leyó a los alquimistas medievales en su difícil latín, no eran una excepción entre los eruditos de aquella época. Por lo demás, se daba preferencia a la enseñanza del latín sobre la de otras lenguas extranjeras, porque su aprendizaje significaba adquirir unos conocimientos sobre las raíces de la propia cultura nacional, mientras que el de una lengua extranjera significaba adquirir de forma inconsciente la forma de pensar de una cultura extraña. El francés, el inglés o el alemán que seguían una educación clásica eran así más franceses, ingleses o alemanes que sus descendientes actuales, pero al mismo tiempo más europeos, porque todos ellos compartían el conocimiento de la base común de sus culturas respectivas. Compartían además un tesoro común debido a su conocimiento de los clásicos. Eran capaces de reconocer numerosas citas y alusiones de autores griegos y latinos, lo que pocos conseguirían hoy. Por ejemplo, no era nada extraordinario epigrafiar un libro científico con un verso de Virgilio, como hizo Freud en su *Interpretación de los sueños*. No sólo Rousseau o Puységur, sino también contemporáneos, como Frazer o Myers, lo hicieron. Esperaban que el lector entendiera la cita, la localizara en el contexto del poema, y captara su significado.

Además del estudio de la antigua cultura greco-romana, se dedicaba mucho tiempo al estudio de los clásicos nacionales y extranjeros. En Francia se consideraba indispensable para todo intelectual el tener un conocimiento medio de alemán. En Alemania, el conocimiento del francés era esencial, y la familiaridad con Goethe y Shakespeare, normal. Otro elemento básico de la cultura era la filosofía. En Francia se dedicaba a su estudio el último año del liceo; en Alemania y Austria, los aspirantes al doctorado tenían que seguir un curso obligatorio de filosofía.

El centro principal de la ciencia y la cultura era la universidad. Todos los hombres cultivados habían estudiado en una universidad, y cualquier carrera científica estaba ligada necesariamente a una carrera universita-

[8] Ulrich von Wilamowitz-Moellendorf, *Erinnerungen, 1848-1914*, Leipzig, Koehler, 1928, pág. 70.

ria. Excepciones como las de Bachofen y Darwin eran muy raras (ambos tuvieron la ventaja de gozar de una fortuna personal apreciable). La universidad no pretendía tanto graduar especialistas como formar personas dotadas de una cultura general que se especializaran en una rama de la ciencia. Se subrayaba el valor de la investigación no dirigida. La investigación «pura» era de superior categoría que la «aplicada», especialmente si esta última se realizaba fuera de la universidad. Dentro de la universidad, los profesores gozaban de una amplia autonomía y existía un respeto general por las profesiones liberales al menos en la Europa continental.

Una carrera universitaria solía ser larga y difícil. Era extraordinariamente raro que un intelectual fuese nombrado profesor universitario durante su juventud. El caso de Nietzsche, titular de una cátedra a los veinticinco años, fue una excepción notable. No sólo había una gran competencia, sino que las condiciones materiales en los grados universitarios inferiores eran precarias. Había pasado el tiempo en que los jóvenes intelectuales esperaban hasta su entrada en la universidad actuando como tutores de los hijos de familias acomodadas, trabajo que tanto había disgustado a Fichte, Hegel y otros. En Alemania y en Europa central, el sistema que prevalecía era el del *Privatdozent*: el profesor explicaba en la universidad sin otra remuneración que los honorarios que pagaban los estudiantes que asistían a las clases. Aun en el mejor de los casos, nunca le permitía enriquecerse. Así, los jóvenes científicos podían pasar los mejores años de su vida en una espera aburrida y fatigosa para conseguir el título de *Extraordinarius*, que al menos les daría una cierta seguridad financiera. Y para el nombramiento de *Ordinarius*, o profesor titular, que era la coronación de una carrera universitaria brillante, eran «muchos los llamados pero pocos los escogidos». Más aún, no era suficiente tener talento o trabajar mucho, sino que había que seguir ciertas reglas. La primera, mostrarse ambicioso, pero nunca lo que los alemanes denominaban *Streber* y los franceses *arriviste*. Albert Fuchs cuenta cómo su padre, que había dedicado su vida entera a la carrera universitaria en Viena, le enseñó cuidadosamente a distinguir entre estas dos cosas. Los esfuerzos destinados a asegurarse un título superior en la jerarquía universitaria se consideraban como ambiciones legítimas, pero se tachaba de *Streberei* el tratar de obtener un título de nobleza o una condecoración [9]. Fuchs admite que la diferencia entre las ambiciones legítimas y el *Streberei* era en ocasiones bastante nebulosa.

En sus memorias, Max Dessoir hizo un esquema de las reglas conducentes al éxito universitario en Alemania hacia 1885 [10]. Lo más seguro

[9] Albert Fuchs, *Geistige Strömungen in Oesterreich*, Viena, Globus-Verlag, 1949, pág. viii.

[10] Max Dessoir, *Buch der Erinnerungen*, Stuttgart, Enke, 1946, pág. 217.

era unirse a una personalidad universitaria destacada. Otro medio era escribir trabajos que llegaran a conocimiento de los especialistas y mediante los cuales pudiera entrarse en contacto con personalidades relevantes; no era prudente, sin embargo, escribir demasiado y convertirse en un «Narciso del tintero». Lo más rápido era realizar una investigación activa en alguna de las direcciones principales reconocidas, lo cual significaba también que era peligroso separarse demasiado de la senda trillada. Se debía evitar asimismo la excesiva versatilidad, y era más conveniente dominar un campo reducido. Bien estaba que asociaran el nombre propio con cierto libro, cierto invento o cierta teoría, pero era poco recomendable y peligroso ser mejor conocido por el público en general que por los círculos universitarios; esto es lo que había ocurrido con Haeckel, el cual, tras iniciar una brillante carrera universitaria, publicó diversos escritos populares acerca de la ciencia y la filosofía que despertaron feroces ataques de sus colegas.

Leyendo la literatura de aquella época, se comprende que una carrera universitaria estaba llena de numerosos obstáculos y podía ser destruida muy fácilmente. El anátomo-patólogo Lubarsch cuenta cómo estuvo a punto de arruinar su porvenir por un paso en falso. Trabajando como ayudante en el Instituto de Patología de Rostock, preguntó una mañana «quién era el idiota que había puesto una pieza anatómica en una solución química», a lo que el segundo ayudante replicó que se había hecho por orden del profesor. Al día siguiente, Lubarsch recibió una carta del profesor Thierfelder, despidiéndole debido a tal insulto [11]. Lubarsch añade que en algunos campos científicos, como la anatomía, la fisiología, la bacteriología y la química, el científico joven dependía totalmente del material y de la oportunidad de trabajo que le proporcionara un instituto. Así, verse obligado a abandonarlo podía significar la ruina de una carrera. También era peligroso cambiar repentinamente la dirección de un trabajo o pasar a otro campo. Así, Bachofen, que había comenzado una carrera prometedora como historiador del derecho, la vio rota cuando publicó su trabajo sobre las tumbas antiguas. Igual ocurrió con Nietzsche, cuya brillante carrera como filólogo se vio amenazada cuando publicó *El nacimiento de la tragedia* y concluyó definitivamente al aparecer sus siguientes trabajos filosóficos. La posesión de una gran fortuna era también un arma de doble filo; podía hacer tolerables los años de *Privatdozent*, pero complicaba las cosas cuando el científico se convertía posteriormente en su propio Mecenas. Creó dificultades, por ejemplo, al fisiólogo Czermak, el cual erigió un gran auditorium en Leipzig, a sus expensas, diseñado especialmente para demostraciones experimentales. Obersteiner, profesor de anatomía y patología del sistema nervioso, enseñó gratuitamente en

[11] Otto Lubarsch, *Ein bewegtes Gelehrtenleben. Erinnerungen und Erlebnisse Kämpfe und Gedanken*, Berlín, Springer, 1931, pág. 107.

la Universidad de Viena durante treinta y siete años. Fundó un Instituto a sus expensas, y posteriormente donó a la Universidad todo su material, sus colecciones y su biblioteca de 60.000 volúmenes. Sin embargo, encontró gran resistencia y hostilidad en la administración de la Universidad y en algunos de sus colegas. Quienes no poseían medios cuantiosos morían con frecuencia en la pobreza, por mucha que fuese su fama. Benedikt relata que, cuando murió el ilustre patólogo Rokitansky, a su viuda le quedó una pensión escasísima, que sólo fue aumentada posteriormente debido a la intervención personal suya [12]. Lo mismo sucedía en el campo de la medicina clínica. Aunque un médico contaba con su clientela, ésta nunca podía reemplazar a los recursos científicos proporcionados por un hospital u otra institución oficial.

Las relaciones entre los profesores de universidad estaban marcadas por grandes rivalidades, paradójicamente unidas a un firme *Korpsgeist* o solidaridad de cuerpo. Debido al *Korpsgeist,* las universidades mantenían en ocasiones en plantilla a ancianos profesores, cuyo método docente había quedado completamente anticuado o eran personalmente excéntricos o incapaces. Un ejemplo trágico lo tenemos en el caso del Hospital obstétrico de la Universidad de Viena en los años 1844 a 1850. Cientos de madres perdieron la vida debido a la fiebre puerperal endémica, mientras que en el otro hospital obstétrico adscrito a la universidad, que servía como escuela de enseñanza para las comadronas, no se registraban tales cifras de mortalidad. El ayudante principal, el doctor Semmelweiss, señaló de forma incansable la fuente del mal y denunció la incapacidad de su jefe, el profesor Johann Klein, contra el que nunca se tomó medida alguna; el claustro, formado por personas honradas y responsables, no intervino debido al *Korpsgeist.* Cuando Klein, finalmente, se retiró, no se concedió el cargo a Semmelweiss porque había roto una regla ética al denunciar a su jefe [13]. Esta historia, que tanta indignación provocó en el momento, tuvo recientemente una contrapartida en la historia del profesor Ferdinand Sauerbruch (1875-1951), brillante cirujano cuya confianza en su propia habilidad se había convertido en patológica. En sus últimos años de práctica moría un paciente tras otro en la mesa de operaciones sin que nadie se atreviera a intervenir [14].

Era inevitable que un sistema que entrañaba tales pruebas y rivalidades despertara también intensas envidias, suspicacias y odios entre los interesados. Pero estos sentimientos debían ser reprimidos para ajustarse a las normas oficiales de conducta. De ahí la manifestación de resenti-

---

[12] Moritz Benedikt, *Aus meinem Leben. Erinnerungen und Erörterungen,* Viena, Darl Konegen, 1906, pág. 66.

[13] *Ibid.,* págs. 76-77.

[14] Jürgen Thorwald, *Die Entlassung,* Munich-Zurich, Droemersche Verlagsanstalt, 1960. (Traducción inglesa, *The Dismissal,* Nueva York, Pantheon Books, 1962.)

miento analizada de forma tan idónea por Nietzsche y Scheler. El francés Léon Daudet describió, bajo el nombre de *invidia*, el tipo de resentimiento profesional que surgía entre los escritores, pero su descripción se podría aplicar igualmente a los profesores de universidad de su época [15]. En raras ocasiones degeneraba la *invidia* en un conflicto abierto. Uno de los pocos ejemplos conocidos es la disputa ocurrida entre los vieneses Hyrtl y Brücke. Estos dos renombrados eruditos trabajaban en el Instituto de Anatomía, Brücke en el piso bajo y Hyrtl en el superior. Este último tenía fama de ser uno de los más grandes anatomistas de su tiempo; era muy rico, pero también avaro, un excéntrico, y cordialmente odiado por todos sus colegas. Prusiano duro, rígido y disciplinado, Brücke odiaba a Viena y era odiado a su vez por muchos de sus estudiantes debido a su excesiva severidad. Su conflicto con Hyrtl comenzó el día en que anunció que daría un curso de «anatomía superior» (*höhere Anatomie*). Esta forma de designar la histología hirió a Hyrtl como un insulto personal. Se dedicó a utilizar instrumentos ruidosos cuando sabía que Brücke tenía compañía en el piso inferior. Éste se vengó colocando, bajo las ventanas de aquél, perros en los que realizaba experimentos de hambre, esperando que le molestarían con sus aullidos. Sin embargo, observó con asombro que los animales no perdían peso según sus cálculos, hasta que un día descubrió que Hyrtl los alimentaba secretamente arrojándoles carne desde sus ventanas [16]. Pero en general, y dentro de la misma universidad, los profesores que se desagradaban mantenían una fachada de corrección, si no de cortesía, y nunca hablaban mal unos de otros en público. En cambio, de una universidad a otra se sentían menos obligados a la automoderación y se atacaban vehementemente, bien de forma verbal (un ejemplo es la vitriólica conferencia que Virchow pronunció en Munich contra Haeckel en 1877) o mediante envenenados panfletos. Cuando Nietzsche publicó *El nacimiento de la tragedia*, el filólogo Von Wilamowitz-Moellendorf le criticó severamente [17]. A éste le contestó el filólogo Erwin Rohde [18], amigo de Nietzsche, con un escrito virulento que comenzaba con la famosa frase: «Cuando chocan una cabeza y un libro y producen un sonido hueco, ¿proviene éste necesariamente del libro?» [19]. Las nuevas ideas y descubrimientos eran aceptados a veces inmediatamente y con entusiasmo (como ocurrió con el descubrimiento de los rayos X

---

[15] Léon Daudet, «L'Invidia littéraire», *Le Roman et les nouveaux écrivains*, París, Le Divan, 1925, págs. 106-111.

[16] Dora Stockert-Meynert, *Theodor Meynert und seine Zeit*, Viena y Leipzig, Österreichischer Bundesverlag, 1930, pág. 52; Moritz Benedikt, *Aus meinem Leben*, pág. 58.

[17] Ulrich von Wilamowitz-Moellendorf, *Zukunftsphilologie*, 2 vols., Berlín, Bornträger, 1872-1873.

[18] Erwin Rohde, *Afterphilologie*, Leipzig, Fritzsch, 1872.

[19] «Wenn ein Kopf und ein Buch zusammenstossen, und es klingt hohl, ist denn das allemal im Buche?».

por Roentgen), pero no raramente provocaban tormentosas controversias. Cuando Pasteur divulgó su tratamiento preventivo contra la rabia, fue objeto de ataques tan violentos por parte del internista Peter que entró en un estado de depresión y tuvo que tomarse varios meses de vacaciones [20]. En Alemania, cuando Ehrlich descubrió el tratamiento de la sífilis con arsenobenzoles, fue atacado sin misericordia durante varios años. Había ciertos temas, como el del hipnotismo, que constantemente surgían a la luz y luego retrocedían a merced de estos ataques. Cuando Krafft-Ebing, entonces profesor en Graz, comenzó a trabajar en la hipnosis, fue atacado furiosamente por Benedikt, quien dijo que le sometería a un «análisis psicológico», es decir, analizaría su personalidad y la reconstruiría mediante síntesis [21]. Cualquiera que sea su explicación, no cabe duda de que había mucha más violencia verbal en el mundo científico de entonces que en el de ahora, lo que debe ser tenido en cuenta al juzgar las discusiones suscitadas en torno a Freud, Adler y Jung.

Sin embargo, a fuer de sinceros debemos decir que en más de una ocasión estaba justificado el recelo frente a las ideas y hallazgos nuevos. Sería fácil hacer una lista de supuestos descubrimientos que posteriormente resultaron erróneos. ¿Cuántas veces pretendieron los arqueólogos haber descifrado la lengua etrusca, los físicos haber descubierto nuevas radiaciones, los médicos la curación del cáncer, o los historiadores de la literatura haber identificado al verdadero autor de los dramas shakespearianos? En ocasiones, un descubrimiento erróneo producía la misma ilusión en otros investigadores, dando lugar así a confirmaciones falsas que tenían que ser refutadas por una investigación más crítica. Así ocurrió con el físico Blondlot en Nancy, quien creía haber descubierto un nuevo tipo de rayos, los rayos N, hasta que finalmente se demostró que no era más que una ilusión [22]. Otra ilusión colectiva, que duró mucho más tiempo, fue el supuesto descubrimiento de los canales del planeta Marte por el astrónomo italiano Schiaparelli en 1877. Varios astrónomos de todo el mundo comenzaron a creer que veían dichos canales y otros semejantes en número cada vez mayor; se publicaron mapas de Marte mostrando hasta 800 de ellos. De ahí se dedujo que el planeta estaba habitado por seres inteligentes [23]. Sin embargo, nadie pudo nunca obtener una fotografía de los canales. En este caso, la ilusión estaba más arraigada debido al componente emocional que suponía el problema de la existencia de seres inteligentes en otros mundos. No debemos olvidar que la ciencia

---

[20] René Vallery-Radot, *La Vie de Pasteur*, París, Hachette, 1900.

[21] Moritz Benedikt, *Hypnotismus und Suggestion*, Leipzig y Viena, Breitenstein, 1894.

[22] Henri Piéron, «Grandeur et décadence des Rayons N. Histoire d'une croyance», *L'Année Psychologique*, XIII (1907), 143-169.

[23] Percival Lowell, *Mars and Its Canals*, Nueva York, Macmillan, 1906.

oficial tenía también que resistir los ataques persistentes de diversas pseudociencias, como la frenología, homeopatía y astrología, que gozaban de gran popularidad en amplios sectores del público y del mundo intelectual.

La intensa competencia entre los científicos explica también la extraordinaria acritud de las discusiones sobre prioridad. Era corriente que aun los de carácter más apacible se enfurecieran si alguien publicaba como descubrimiento nuevo algo que ellos hubieran publicado ya. En el siglo XVIII hubo una controversia entre Leibniz y Newton acerca del descubrimiento del cálculo infinitesimal, que amargó los últimos años de este último. En este caso, afectaba a uno de los hallazgos más grandes en la historia de la ciencia. Pero a lo largo de todo el siglo XIX abundaron las disputas sobre la prioridad en temas que, vistos de forma retrospectiva, parecen insignificantes o ridículos. Raramente concluían en la forma generosa en que Darwin y Wallace saldaron la suya en 1858 bajo los auspicios de la Sociedad Lineana. Tampoco eran muy frecuentes los «robos» de un descubrimiento a su descubridor, aunque se han descrito varios casos. Auguste Forel insiste en que halló el núcleo de origen del nervio auditivo del conejo en 1884, y que envió un informe al profesor Bechtereff, de San Petersburgo, el cual le contestó que también él acababa de hacer el mismo descubrimiento, publicándolo poco después en el *Neurologisches Zentralblatt*. Forel nunca dudó de que Bechterev le había robado el descubrimiento[24]. En la mayoría de las controversias, sin embargo, las disputas surgían acerca de la prioridad. Ésta, según reglas convenidas, correspondía al primero en publicar el descubrimiento; se consideraba decisiva la fecha oficial de publicación. Surgieron así acres discusiones acerca del tiempo que los autores tenían que esperar desde que enviaban el manuscrito hasta la fecha en que éste aparecía impreso. Forel afirmaba haber descubierto en 1886 la unidad de la célula nerviosa, y enviado su trabajo al *Archiv für Psychiatrie*, el cual lo publicó en enero de 1887. El mismo hallazgo fue hecho de forma simultánea por His, pero la revista a la que la envió lo publicó en octubre de 1886, con lo que se le dio la prioridad. Tras ellos, Ramón y Cajal, Kölliker y, por último, Waldeyer publicaron el mismo descubrimiento, aunque este último, que acuñó el término «neurona», fue el que recibió por lo general el honor del mismo[25]. Circulaban rumores de que ciertos autores no dudaban en alterar la

[24] Auguste Forel, *Mémoires*, Neuchâtel, La Baconnière, 1941, pág. 125. En la traducción inglesa, Auguste Forel, *Out of My Life and Work*, Londres, Allen and Unwin, 1937, pág. 157, el párrafo relevante ha sido editado en tal forma que el incidente parece incomprensible. En una nota biográfica sobre Forel, Hans Steck no duda en escribir que Bechterev había robado el descubrimiento de aquél. *Schweizer Archiv für Neurologie und Psychiatrie*, LXV, I (1950), 421-425.

[25] Auguste Forel, *Mémoires*, Neuchâtel, La Baconnière, 1941, págs. 131-133.

fecha de publicación de sus libros o trabajos para asegurarles la prioridad.

Las controversias científicas se veían también agriadas por las pasiones nacionalistas. Desde comienzos de siglo había una rivalidad creciente entre la ciencia alemana, la francesa y la inglesa, tratando cada país de empujar a sus propios científicos a un primer plano. La guerra franco-prusiana de 1870-1871 inflamó aún más las pasiones. Surgieron disputas entre los científicos de ambos países, a veces en forma digna, como ocurrió entre Renan y David Strauss, otras con carácter más hostil, como entre Fustel de Coulanges y Mommsen. En ocasiones se llegó al intercambio de insultos. Después de su derrota militar, los franceses elevaron a Pasteur, cuyos descubrimientos fueron memorables, al rango de símbolo de la superioridad francesa en el campo del espíritu. Los alemanes opusieron a Koch. En el Congreso Internacional de Higiene celebrado en Ginebra en 1882, Pasteur leyó un informe en defensa de sus descubrimientos frente a los argumentos de Koch. Sucedió que citó una *recueil allemand* (colección alemana) de trabajos sobre higiene. Koch, que estaba entre los asistentes, entendió *orgueil allemand* (orgullo alemán), se levantó e interrumpió a Pasteur con vehementes protestas, ante la sorpresa del auditorio, que no podía entender de qué se quejaba[26]. No cabe duda de que la ciencia había perdido mucho del carácter internacional que conservaba en el siglo XVIII. Los intentos de crear una nueva ciencia internacional tropezaban cada vez con mayores dificultades debido a su propia expansión y al aumento del número de científicos. En el pasado, un erudito podía concentrarse durante años en un volumen importante, que sería la síntesis del trabajo y pensamientos de toda una vida. Con el desarrollo del movimiento científico comenzó la era de las academias y de las sociedades culturales, que se reunían de forma regular y en las que los científicos anunciaban de forma resumida todo nuevo descubrimiento tan pronto como lo conseguían. Fue también la era de los congresos, en los que los científicos anunciaban apresuradamente descubrimientos que todavía estaban realizando y resultados que esperaban encontrar. No suele caerse en la cuenta de que tales congresos son relativamente modernos. Se habían celebrado reuniones nacionales anuales de asociaciones científicas profesionales, y también reuniones de científicos delegados por sus gobiernos respectivos para la discusión de ciertos problemas, pero los grandes congresos con los que estamos tan familiarizados eran una completa novedad en la década de 1880[27]. Los primeros tuvieron el carácter de pequeñas reuniones. Por ejemplo, al primer Congreso Internacional de Psicología celebrado en 1886 asistieron ciento sesenta par-

[26] Pasteur Vallery-Radot, *Pasteur inconnu*, París, Flammarion, 1954, págs. 101-102.
[27] Werner Leibbrand, «Der Kongress», *Medizinische Klinik*, LVI (1961), 901-904.

ticipantes registrados; al segundo, celebrado en París en 1889, doscientos diez; al tercero, celebrado en Londres en 1892, trescientos; al cuarto, que tuvo lugar en Munich en 1896, quinientos tres. Los idiomas oficiales eran francés, alemán, inglés y, en ocasiones, italiano. Se suponía que los científicos de todos los países podían entenderse sin necesidad de intérpretes (sin que hubiera, desde luego, traducción simultánea, procedimiento que ni siquiera existía en la ciencia ficción de aquella época).

La historia de la ciencia, según se suele enseñar, ensalza a los victoriosos e ignora a los numerosos derrotados en tan fiera lucha. Algunos de estos últimos eran hombres de las mejores cualidades, cuando no geniales. Sólo citaremos un ejemplo, el de Moritz Benedikt (1835-1920) cuyas *Memorias* nos presentan un relato desconsolador de una vida de frustración científica y profesional en Viena [28]. A primera vista parecería que hizo una brillante carrera: pionero de la neurología, electrología, criminología y psiquiatría, enseñó en la Universidad de Viena, tuvo una saneada clientela privada, publicó numerosos trabajos, y viajó mucho por países extranjeros, donde era considerado como una de las cabezas de la medicina austríaca. Se ganó la admiración y amistad de Charcot, quien dio su nombre a una rara enfermedad (el síndrome de Benedikt, que este último había sido en realidad el primero en describir). Sin embargo, sus *Memorias* son las de un hombre frustrado que, literalmente, se ahoga de resentimiento. Relata cómo otros científicos hicieron suyos y desarrollaron sus descubrimientos, uno tras otro, recogiendo la gloria que debía haber sido suya; cómo nunca se le concedió el profesorado al que creía tener derecho, y cómo sus méritos no fueron reconocidos por sus compatriotas. Describe la hostilidad de los austríacos frente a cualquier tipo de grandeza, y rememora su ingratitud para con los grandes artistas: músicos como Mozart, Haydn, Schubert, el poeta Grillparzer, etc. Es una verdad incuestionable que la contribución de Benedikt a la psiquiatría dinámica fue de gran valor, como veremos posteriormente.

Una gran contribución a la historia secreta de la ciencia sería el análisis detallado de los factores que llevaron la fama a unos científicos, y el olvido a otros. Como ejemplo, se podría hacer una comparación entre Champollion (1790-1832), considerado como un genio por haber descifrado la escritura jeroglífica egipcia, y Grotefend (1775-1853) que, aunque descifró la antigua escritura cuneiforme persa, está casi olvidado en la actualidad [29]. No hay pruebas para suponer que hubiera más mérito en descifrar una que otra. ¿Cómo se puede entonces explicar la diferencia de actitud hacia ellos? En primer lugar, Champollion se benefició del

[28] Moritz Benedikt, *Aus meinem Leben. Erinnerungen und Erörterungen*, Viena, Carl Konegen, 1906.

[29] Ver la obra de Cyrus H. Gordon, *Forgotten Scripts: How They Were Deciphered and Their Impact on Contemporary Culture*, Nueva York, Basic Books, 1968.

mito centenario que rodeaba al antiguo Egipto. Se suponía que los jeroglíficos (escritura sagrada) contenían los misterios de una sabiduría prodigiosa y olvidada, de incalculable antigüedad. En cambio, la antigua Persia había sido destruida tan completamente por los conquistadores islámicos y mongoles que era muy poco lo que había sobrevivido. Solamente después, con el *Zend-Avesta* de Fechner y el *Zarathustra* de Nietzsche, se puso un poco más de moda. En segundo lugar, los caracteres cuneiformes eran más abstractos y menos decorativos que los jeroglíficos egipcios, de gran valor artísticos. Tercero, el descubrimiento de Champollion tuvo un telón de fondo político: la expedición de Napoleón a Egipto (uno de los episodios más románticos de la historia) había sido frustrada por los ingleses, y la contienda anglo-francesa proseguía en el campo científico. Aunque los eruditos británicos estaban sobre la pista, el desciframiento de los jeroglíficos fue obra de un francés, lo que significaba un desquite para Francia. El descubrimiento de Grotefend, sin embargo, ocurrió en un momento muy poco «receptivo» en Alemania. Cuarto, la propia vida de Champollion está llena de episodios aventureros y románticos. Siendo todavía un niño, experimentó la emoción de la expedición a Egipto. A los doce años juró solemnemente que descifraría los jeroglíficos. Después entró en relación con un monje egipcio, el cual le enseñó el lenguaje copto, que pronto dominó y supo tan bien como su lengua materna cuando tenía dieciséis años. Su primer trabajo sobre el copto recibió una acogida entusiástica en el Institut de France. Cuando realizó su decisivo descubrimiento, corrió hacia su hermano, gritando: «*Je tiens l'affaire!*» (¡Lo conseguí!), tras lo cual se desmayó y tuvo que guardar reposo durante cinco días. Su hallazgo fue celebrado como un triunfo nacional por los franceses frente a las violentas protestas británicas. Grotefend, por el contrario, era hijo de un zapatero remendón; sólo a fuerza de paciencia consiguió ser profesor de un gimnasio y nunca pasó de ahí en la escala docente. Su descubrimiento chocó con la incredulidad, la sospecha y la hostilidad de los orientalistas, quienes encontraban inadmisible que se hubiera conseguido fuera de los círculos universitarios. Con gran esfuerzo, Grotefend consiguió publicar parte de su descubrimiento, y pasó el resto de su vida luchando desesperadamente por ganar la gloria que sólo se le concedió a título póstumo. Se podrían trazar en otras ciencias numerosos paralelos de los destinos de Champollion y Grotefend. Realmente, el mundo científico, quizá más que en cualquier otro, merece el verso de Kipling: «Triunfo y derrota... esos dos impostores».

El profeta de una nueva era: Nietzsche

Hacia 1880, el mundo occidental estaba bajo la influencia del positivismo, el cientificismo y el evolucionismo. Las tendencias predominantes eran, junto a los restos de la vieja filosofía de la Ilustración, el darvinismo social, el marxismo y las nuevas filosofías materialista y mecanicista. Entre los pensadores dirigentes estaban los utilitaristas y filósofos sociales Herbert Spencer, John Stuart Mill e Hippolyte Taine. En la literatura, el naturalismo trataba de reproducir de forma lo más exacta posible la vida y los hechos, como había hecho Balzac y estaban haciendo Flaubert, Maupassant y Zola. El romanticismo parecía una cosa del pasado.

Sin embargo, hacia 1885 se produjo a lo largo y ancho de Europa un nuevo giro cultural, un cambio en la orientación intelectual. Afectó a numerosos aspectos de la cultura, y sólo en su contexto podremos comprender el nacimiento de una nueva psiquiatría dinámica. Entre los dirigentes de este nuevo movimiento destaca Friedrich Nietzsche (1844-1900), hijo de un ministro protestante que murió siendo él muy joven. Su primera vocación fue la filología greco-latina. Estudiante excepcionalmente brillante, fue nombrado en 1869 profesor de filología clásica en la Universidad de Basilea, a los veinticinco años de edad, proeza legendaria. En 1872 sorprendió y decepcionó a sus colegas con su libro *El nacimiento de la tragedia.* La enfermedad le obligó a renunciar a su puesto en 1879. Ya había comenzado a escribir una serie de libros en los que proclamaba, con un brillante estilo aforístico y en tono profético, la necesidad de derribar los valores aceptados de la sociedad contemporánea, el principio de determinación para el poder, y la enseñanza más oscura del superhombre y del eterno retorno. En 1889 fue atacado de parálisis general y pasó los años restantes de su vida en una alienación mental total hasta su muerte, ocurrida en 1900.

Nietzsche representa en alto grado lo que los alemanes denominan una naturaleza problemática, es decir, una personalidad difícil de valorar y que da lugar a opiniones contradictorias. Toda su evolución siguió un patrón de crisis sucesivas. Tras la pérdida dramática de su fe cristiana en la primera juventud, llegó su entusiasmo por Schopenhauer y Wagner, su paso de la filología a la filosofía, y después la brusca ruptura de su amistad con Wagner. Estas experiencias se combinaron con una sucesión de graves sufrimientos físicos y neuróticos, de los que emergía cada vez con nuevos conceptos filosóficos, el último de los cuales fue su celebrado libro *Así hablaba Zarathustra.* Es difícil determinar hasta qué punto las últimas obras de Nietzsche expresan una evolución más de su pensamiento o una distorsión debida a su enfermedad mental.

Tres hechos contribuyeron a conferir a Nietzsche una importancia particular en el mundo europeo contemporáneo: su leyenda, su estilo y sus ideas. La leyenda había comenzado en vida suya: un hombre que se separa de la sociedad, que vive en solitario en las montañas suizas al igual que Zarathustra en su cueva, y que lanza un anatema sobre la sociedad contemporánea [30]. A continuación surgió su enfermedad mental, que algunos atribuían a una venganza del destino contra un humano que pretendía elevarse por encima de sus iguales. Tras su muerte, la leyenda de Nietzsche fue continuada principalmente por los Archivos de Nietzsche, cuyo verdadero propósito parece haber sido propagar dicha leyenda de acuerdo con los deseos de su hermana y un pequeño grupo de seguidores, los cuales no dudaron en publicar versiones falsificadas de sus obras póstumas [31]. La leyenda de Nietzsche, a su vez, sería explotada por diversas ideologías, entre ellas el nazismo.

La influencia de su obra es posible que se deba tanto a su estilo como a su contenido. *El origen de la tragedia* es su único libro de contornos perfectamente claros. Los trabajos siguientes fueron sucesiones de brillantes aforismos. *Así hablaba Zarathustra,* la historia de un profeta y de sus declaraciones, libro lleno de alegorías y mitos, ejerció una fascinación extraordinaria sobre la juventud europea entre 1890 y 1910.

Las ideas de Nietzsche son particularmente difíciles de valorar, debido a su falta de sistematización y a sus innumerables contradicciones. No es de extrañar que hayan dado lugar a tantas interpretaciones contradictorias. Sus contemporáneos fueron impresionados por su carácter polémico y por sus vehementes ataques contra las ideologías contemporáneas, el orden social, la religión establecida y la moralidad convencional. Negaba la existencia de la causalidad, de las leyes naturales, y la posibilidad de que el hombre alcance ninguna verdad, conclusión ésta expresada en uno de sus aforismos: «Nada es verdad, todo está permitido». En tal perspectiva, el pensamiento de Nietzsche ha sido concebido como un sistema radical de nihilismo filosófico y moral [32]. La mayoría de sus intérpretes, sin embargo, consideran el aspecto negativo de su pensamiento como una fase preliminar para una reconstrucción filosófica del hombre, la sociedad y la ética.

En sus aspectos positivos, Nietzsche es tan importante por sus conceptos psicológicos como por los filosóficos. La novedad de los primeros

---

[30] Geneviève Bianquis, *Nietzsche devant ses contemporains. Textes recueillis et choisis,* Mónaco, Editions du Rocher, s. f., ha demostrado que Nietzsche no era en absoluto tan solitario como la leyenda le ha hecho sino que tenía, por el contrario, amigos muy devotos.

[31] Erich F. Podach, *Friedrich Nietzsche's Werke des Zusammenbruchs,* Heidelberg, Wolfgang Rothe, 1961.

[32] Hans M. Wolff, *Friedrich Nietzsche. Der Wegg zum Nichts,* Berna, Francke, Sammlung Dalp, 1956.

fue reconocida tardíamente, gracias sobre todo a la obra de Ludwig Klages [33], Karl Jaspers [34], y Alwin Mittasch [35]. Klages llega a denominarle el verdadero fundador de la psicología moderna. Thomas Mann le consideró como «el más grande crítico y psicólogo moral conocido en la historia de la mente humana» [36]. Incluso sus ideas sobre el delito y el castigo se han mostrado de gran originalidad e interés desde el punto de vista de la criminología moderna [37].

Alwin Mittasch ha descrito la conexión entre las ideas psicológicas de Nietzsche y los descubrimientos contemporáneos sobre energía física. Nietzsche trasladó a la psicología el principio de conservación y transformación de la energía de Robert Mayer. Del mismo modo que ésta puede permanecer en potencia o ser realizada, Nietzsche indicó que un «quantum de energía (psíquica) estancada» puede esperar hasta ser utilizada, y que en ocasiones una causa precipitante mínima puede liberar una descarga poderosa de energía psíquica. Ésta puede también acumularse voluntariamente con vistas a una posterior utilización a un nivel superior. O bien ser transferida de un instinto a otro. Esto llevó a Nietzsche a considerar la mente humana como un sistema de impulsos, y finalmente la emoción como un «complejo de representaciones inconscientes y estados de la voluntad».

Ludwig Klages ha caracterizado a Nietzsche como un representante eminente de una tendencia prevalente en la década de 1880, la psicología «descubridora» o «desenmascaradora», que Dostoievski e Ibsen desarrollaron en otras direcciones. El propósito de Nietzsche era revelar hasta qué punto es el hombre un ser autoengañador, que está engañando también constantemente a sus iguales. «Con todo lo que una persona nos permite ver, nos podríamos preguntar: ¿Qué es lo que pretende *esconder?* ¿De qué pretende desviar nuestros ojos? ¿Qué prejuicios encubrirá? ¿Hasta dónde llega la sutileza de su disimulo? ¿Hasta qué punto se engaña a sí misma en esa acción?» [38]. Dado que el hombre se miente a sí mismo e incluso más que a los demás, el psicólogo podría extraer conclusiones de lo que la gente realmente significa, más que de lo que dice

---

[33] Ludwig Klages, *Die psychologischen Errungenschaften Nietzsches,* Leipzig, A. Barthes, 1926.

[34] Karl Jaspers, *Nietzsche. Einführung in das Verständnis seines Philosophierens,* Berlín, De Gruyter, 1936, págs. 105-146.

[35] Alwin Mittasch, *Friedrich Nietzsche als Naturphilosoph,* Stuttgart, Alfred Kröner, 1952.

[36] Thomas Mann, *Nietzsche's Philosophy in the Light of Contemporary Events,* Washington, Library of Congress, 1947.

[37] Kurt Heinze, *Verbrechen und Strafe bei Friedrich Nietzsche. Versuch einer Deutung and Zusammenschau seiner Gedanken zum Strafrecht,* Berlín, De Gruyter, 1939.

[38] Friedrich Nietzsche, *Morgenröthe,* en *Nietzsches Werke,* V, núm. 523, Taschen-Ausgabe, Leipzig, Nauman (1906), 338.

o hace. Por ejemplo, la frase del Evangelio «el que se humilla será ensalzado» se podría traducir por «el que se humilla *desea* ser ensalzado»[39]. Más aún, lo que el hombre cree que son sus propios sentimientos y convicciones verdaderos no son muchas veces más que los restos de convicciones, o simples afirmaciones, de sus padres y antepasados. Vivimos, por tanto, de la tontería y de la sabiduría de nuestros antecesores. Nietzsche se muestra incansable en sus intentos de mostrar que todo posible tipo de sentimiento, opinión, actitud, conducta y virtud tiene su origen en el autoengaño o en una mentira inconsciente. Así, «cada uno es el que más lejano está de sí mismo», el inconsciente es la parte esencial del individuo, siendo la consciencia únicamente una especie de fórmula cifrada del inconsciente, «un comentario más o menos fantástico sobre un texto inconsciente, quizá irreconocible, pero sentido»[40].

Nietzsche concebía el inconsciente como una zona de pensamientos, emociones, e instintos confusos, además de como un lugar de representación de estados pasados del individuo y de la especie. La oscuridad, desorden e incoherencia de nuestras representaciones en los sueños recuerdan la condición de la mente humana en sus primeros estadios. Las alucinaciones oníricas nos hacen recordar también aquellas alucinaciones colectivas que atacaban a comunidades enteras de hombres primitivos. «Así, en el sueño y en los sueños, repetimos una vez más el trabajo (*Pensum*) realizado por la primitiva humanidad»[41]. El sueño es una representación de fragmentos de nuestro propio pasado y del pasado de la humanidad, incluso en lo que respecta a los arrebatos de pasión incontrolada y a la enfermedad mental[42].

Klages y Jaspers han demostrado el gran interés de las teorías nietzscheanas de los instintos, su interrelación, sus conflictos y metamorfosis. En sus primeros trabajos habla de la necesidad de placer y lucha, de los instintos sexual y gregario, e incluso del instinto de conocimiento y verdad. Luego, de forma gradual, da prevalencia a un instinto básico, la voluntad de poder. Sobre todo, describe las vicisitudes de los instintos, sus compensaciones ilusorias y descargas vicariantes, sus sublimaciones, inhibiciones, vuelta contra uno mismo, sin olvidar la eventualidad de su control consciente y voluntario.

El concepto de sublimación, que no era nuevo, fue aplicado por Nietzsche tanto al instinto sexual como al de agresividad[43]. Consideraba la sublimación como resultado de la inhibición o de un proceso intelectual,

---

39 Friedrich Nietzsche, *Menschliches, Allzumenschliches*, I, núm. 87, *op. cit.*, III, 91.

40 Friedrich Nietzsche, *Morgenröthe, op. cit.*, V, núm. 119, 123.

41 Friedrich Nietzsche, *Menschliches, Allzumenschliches*, I, núm. 12, *op. cit.*, III, 27.

42 Friedrich Nietzsche, *Morgenröthe*, VI, núm. 312, *op. cit.*, 253-254.

43 Walter Kaufmann, *Nietzsche-Philosopher-Psychologist-Antichrist*, Princeton, University Press, 1950.

y como una manifestación muy extendida. «Las buenas acciones son acciones malas sublimadas» [44]. Incluso en sus formas más sublimadas, los instintos conservan su importancia: «El grado y cualidad de la sexualidad de una persona encuentra su camino en los más altos logros de su espíritu» [45].

Bajo el nombre de inhibición (*Hemmung*), Nietzsche describe lo que hoy día se denomina represión, y la aplica a la percepción y a la memoria. «El olvido no es una mera fuerza de inercia... por el contrario, es una capacidad activa y, en sentido más estricto, positiva para la inhibición» [46]. «Lo he hecho yo, dice mi memoria. Yo no puedo haberlo hecho, dice mi orgullo y se mantiene inexorable. Por último, la memoria cede» [47].

En cuanto al volverse contra uno mismo, proporciona la clave de varios de los conceptos básicos de Nietzsche: resentimiento, conciencia moral, y origen de la civilización.

La palabra «resentimiento», que comprendía todo tipo de sentimientos de rencor, despecho, envidia, inquina, celos y odio, recibió en Nietzsche un nuevo significado. Cuando tales sentimientos son inhibidos y por tanto se hacen inconscientes para el sujeto, se manifiestan disfrazados, sobre todo como falsa moralidad [48]. La moralidad cristiana, afirma Nietzsche, era una forma refinada de resentimiento; es una moralidad de esclavos incapaces de rebelarse abiertamente contra sus opresores y que, por tanto, siguen una forma desviada de rebelión, con la que se sienten superiores al tiempo que humillan a sus enemigos. El mandato cristiano «ama a tus enemigos», dice Nietzsche, es una forma sutil de llevar a los enemigos a la exasperación, de lo que resulta una venganza más cruel. El concepto de resentimiento de Nietzsche sería adoptado, modificado y desarrollado por Max Scheler [49] y Marañón [50].

La teoría nietzscheana sobre el origen de la conciencia moral estuvo inspirada por su amigo Paul Rée, el cual afirmaba que la conciencia se origina ante la imposibilidad de descargar los instintos agresivos del hombre que éste ha encontrado en un momento dado de su historia [51]. En su

---

44 Friedrich Nietzsche, *Menschliches Allzumenschliches*, I, núm. 107, *op. cit.*, III, 110.

45 Friedrich Nietzsche, *Jenseits von Gut und Böse*, IV, núm. 75, *op. cit.*, VIII, 95.

46 Friedrich Nietzsche, *Zur Genealogie der Moral*, II, núm. 1, *op. cit.*, VIII, 343.

47 Friedrich Nietzsche, *Jenseits von Gut and Böse*, IV, núm. 68, *op. cit.*, VIII, 94.

48 Todo esto se explica fundamentalmente en la *Genealogy of Morals* de Nietzsche, *op. cit.*

49 Max Scheler, «Ueber Ressentiment und moralisches Werturteil», *Zeitschrift für Pathopsychologie*, I (1911-1912), 269-368.

50 Gregorio Marañón, «Theorie des Ressentiments», *Merkur*, VI, 241-249; *Tiberius. A Study in Resentment*, Londres, Hollis and Carter, 1956.

51 Paul Rée, *Der Ursprung der Moralischen Empfindungen*, Chemnitz, Ernst Schmeitzner, 1875.

Genealogía de la moral, Nietzsche, al igual que Rée, imaginaba al hombre primitivo como una «bestia salvaje», una «bestia de presa», «la magnífica bestia errante, deseosa de botín y victoria» [52]. Pero, con la fundación de la sociedad humana, los instintos del hombre salvaje y libre ya no pudieron descargarse hacia fuera, y tuvieron que serlo hacia dentro. Este fue el origen de los sentimientos de culpa, que a su vez fueron las raíces primeras de la conciencia moral en la humanidad. En el individuo, este proceso resulta reforzado por la acción de órdenes e inhibiciones morales de todo tipo. «El contenido de nuestra conciencia está formado por todo lo que, en nuestra infancia, nos pedían, sin explicación y de una forma regular, personas a las que respetábamos o temíamos... La fe en la autoridad es la fuente de la conciencia; no es la voz de Dios en el pecho del hombre, sino la voz de varios hombres en el hombre» [53]. Además, el individuo lleva dentro de sí todo tipo de opiniones y sentimientos que provienen de sus padres y antepasados, aunque crea que son propiamente suyos. «En el hijo se hace convicción lo que en el padre era todavía mentira» [54]. No sólo los padres, sino también las madres determinan la conducta del individuo. «Toda persona lleva dentro de sí un retrato de mujer que ha adquirido de su madre. Según sea este retrato, estará determinada para respetar o despreciar a las mujeres, o para mostrarse indiferente» [55].

Nietzsche explica el origen de la civilización de forma idéntica al origen de la conciencia: a partir de una renunciación a la gratificación de nuestros instintos. Reconocemos aquí la vieja teoría de Diderot y sus seguidores. La civilización se iguala con la enfermedad y el sufrimiento de la humanidad, porque es «la consecuencia de una violenta separación del pasado animal, ...una declaración de guerra contra los viejos instintos que, hasta entonces, constituían su fuerza, su placer y su instancia intimidadora» [56].

Una característica destacada de la psicología de Nietzsche es la importancia que adscribe, no sólo al instinto agresivo, sino también al autodestructor. Entre las manifestaciones de este último, según él, está la sed de conocimiento. En palabras suyas, la ciencia es «un principio destructor y enemigo de la vida. El ansia de conocer la verdad puede ser un deseo disfrazado de muerte» [57]. La ciencia es una afirmación de un mundo distinto del nuestro, y por tanto la negación de nuestro mundo, que es el mundo de la vida.

---

52 Friedrich Nietzsche, *Zur Genealogie der Moral*, I, núm. 11, *op. cit.*, VIII, 322.
53 Friedrich Nietzsche, *Der Wanderer und sein Schatten*, IV, núm. 52, *op. cit.*, 230-231.
54 Friedrich Nietzsche, *Der Antichrist*, núm. 55, *op. cit.*, X, 438.
55 Friedrich Nietzsche, *Menschliches, Allzumenschliches*, I, núm. 380, *op. cit.*, III, 301.
56 Friedrich Nietzsche, *Zur Genealogie der Moral*, II, núm. 16, *op. cit.*, VIII, 380-381.
57 Friedrich Nietzsche, *Die fröhliche Wissenschaft*, núm. 344, *op. cit.*, VI, 301.

Entre las ideas propiamente filosóficas de Nietzsche, dos merecen atención especial: la del superhombre y la del eterno retorno. El concepto de superhombre ha dado lugar a numerosas interpretaciones. No tiene nada en común con el retrato de un individuo extraordinariamente fuerte y vigoroso, dotado de misteriosos poderes. No era un concepto nuevo, pero todavía es materia de controversia lo que Nietzsche quiso significar exactamente [58]. Una interpretación posible deriva de la afirmación de Nietzsche de que «el hombre es algo que debe ser superado», el primer mensaje dado por Zarathustra en sus predicaciones [59]. El hombre tiene que conquistarse a sí mismo, pero ¿cómo y con qué fin? Pudiera ser que esté sufriendo por hallarse preso entre su falsa moralidad y sus instintos animales agresivos profundamente arraigados. Para resolver tal conflicto, debe abandonar todos los valores establecidos, y experimentar dentro de sí el resurgir de todos los instintos violentos y reprimidos; así, los pensamientos de un hombre sediento de venganza deben gozarse en tales sentimientos *ad nauseam,* hasta que se sienta preparado para perdonar, bendecir y respetar a su enemigo [60]. Habiendo valorado de nuevo de esta forma todos sus valores, el hombre establece ahora su propia escala de valores y su propia moralidad, y vive de acuerdo con ellas [61]. Este hombre, el superhombre, es ahora fuerte, incluso duro, pero amable con el débil, y sigue la regla moral más alta posible, la del eterno retorno. Igualmente este último concepto ha dado lugar también a numerosas interpretaciones. No se debe entender en el sentido de la «palingenesia cíclica» proclamada por ciertos antiguos filósofos que pensaban que, a la vista de la constitución física del universo, se deberían repetir los mismos acontecimientos necesariamente, a intervalos dados, *ad infinitum.* Como dijo W. D. Williams, la idea de Nietzsche es la siguiente:

> Retrocedemos una y otra vez, no a una vida exactamente igual que ésta, sino a *esta verdadera vida...* La idea de Nietzsche es que *toda* la vida, la más alta y la más baja, la noble y la insignificante, la buena y la mala, es eterna, tanto si queremos como si no... Podemos ver aquí una expresión extrema de la conciencia de nuestra responsabilidad última como seres humanos, de la que no hay escapatoria. Debemos responder por cada momento de nuestras vidas revalidándolo en la eternidad [63].

---

[58] Ernst Benz, ed., *Der Uebermensch,* Zurich, Rhein-Verlag, 1961; Julius Wolff, «Zur Genealogie des Nietzsche'schen Uebermenschen», *Veröffentlichungen der Deutschen Akademischen Vereinigung zu Buenos Aires,* vol. I, núm. 2.

[59] Fritz Ernst, *Die romantische Ironie,* Zurich, Schulthess, 1915, pág. 125, ha demostrado que esta famosa frase estaba ya contenida en el *Athenäum* de Friedrich Schlegel.

[60] Friedrich Nietzsche, *Die fröhlische Wissenschaft,* núm. 49, *op. cit.,* VI, 111-112.

[61] Esta es la interpretación sugerida por Lou Andreas-Salomé, en *Friedrich Nietzsche in seinen Werken,* Viena, Carl Konegen, 1894, págs. 205.

[63] W. D. Williams, *Nietzsche and the French,* Oxford, Basil Blackwell, 1952, pág. 100.

Esto es también lo que Nietzsche expresó en la concisa fórmula: «Esta vida — tu vida eterna». Así unió a los conceptos de superhombre y de eterno retorno. El superhombre conforma su vida según el principio del eterno retorno, viviendo así *sub specie aeternitatis*: de aquí la imponente majestad de cada acto humano.

Nietzsche dijo una vez que cualquier sistema filosófico no es sino una confesión disfrazada. «El hombre se puede extender tanto como quiera con su conocimiento y aparecer ante sí mismo tan objetivo como quiera; en el último análisis no da sino su propia biografía» [64]. Quizá sea esto más cierto para Nietzsche que para ningún otro. Lou Andreas-Salomé fue el primero en comprender la estrecha relación existente entre los sufrimientos físicos y nerviosos de Nietzsche y la producción de su mente [65]. Según él, recorrió una serie de ciclos caracterizados por fases de enfermedad, recuperación acompañada de la obtención de nuevas percepciones filosóficas, y período de euforia que precedía a la siguiente recaída en la enfermedad. Así se explica también su firme convicción de que traía un mensaje completamente nuevo a la humanidad y de que era el profeta de una nueva era, así como el éxito realmente fantástico de que gozaron sus ideas en Europa en la década de 1890. Toda una generación estuvo impregnada del pensamiento de Nietzsche —cualquiera que fuese la interpretación que se le diera— del mismo modo que la generación anterior había estado bajo el hechizo del darwinismo. Por otro lado, es imposible sobreestimar la influencia de Nietzsche sobre la psiquiatría dinámica. Más incluso que Bachofen, puede ser considerado como la fuente común de Freud, Adler y Jung.

Para los familiarizados con Nietzsche y Freud, la semejanza de su pensamiento es tan clara que no puede haber dudas acerca de la influencia del primero sobre el último. Freud habla de Nietzsche como de un filósofo «cuyas conjeturas e intuiciones concuerdan muchas veces de la forma más sorprendente con los laboriosos hallazgos del psicoanálisis», y añade que durante largo tiempo evitó leerle por esta razón, para mantener su mente libre de influencias externas [66]. Hay que recordar, sin embargo, que en el momento de la primera madurez de Freud no era necesario haber estudiado a Nietzsche para estar impregnado de su pensamiento, debido a lo mucho que era citado, revisado y discutido en cualquier círculo, revista o periódico.

El psicoanálisis se inscribe evidentemente en la tendencia «desenmascaradora» que busca las motivaciones inconscientes escondidas, caracte-

[64] Friedrich Nietzsche, *Menschliches, Allzumenschliches*, I, núm. 513, *op. cit.*, III, 369.

[65] Lou Andreas-Salomé, *Friedrich Nietzsche in seinen Werken*, Viena, Carl Konegen, 1894.

[66] Sigmund Freud, *Selbstdarstellung* (1925); *Gesammelte Werke*, XI, 119-182. Edición corriente, XX, 60.

rística de las décadas de 1880 y 1890. Tanto Freud como Nietzsche ven las palabras y los hechos como manifestaciones de motivaciones inconscientes, principalmente de instintos y de conflictos de instintos. Para ambos, el inconsciente es el campo de los instintos salvajes, bestiales, que no encuentran salidas permisibles, que derivan de los primeros estadios del hombre y del individuo, y que encuentran su expresión en la pasión, los sueños y la enfermedad mental. Incluso el término «ello» (*das Es)* tiene su origen en Nietzsche [67]. A él se remonta también el concepto dinámico de la mente, con las nociones de energía mental, cuantos de energía latente o inhibida, o liberación de energía o transferencia de un impulso a otro. Antes que Freud, Nietzsche concibió la mente como un sistema de impulsos que puede colisionar o fundirse unos en otros. En contraste con Freud, sin embargo, no dio preponderancia al impulso sexual (cuya importancia conocía bien), sino a los impulsos agresivos y autodestructores. Comprendió muy bien los procesos que Freud calificó de mecanismos de defensa, en particular la sublimación (término que aparece por lo menos una docena de veces en los trabajos de Nietzsche), la represión (bajo el nombre de inhibición), y la vuelta de los instintos hacia uno mismo. El concepto de imagen del padre y la madre está también implícito en su obra. Las descripciones del resentimiento, de la falsa conciencia y de la falsa moralidad se anticiparon a las descripciones freudianas de la culpabilidad neurótica y del superego. *El malestar en la civilización* de Freud muestra también un notable paralelismo con la *Genealogía de la moral* de Nietzsche. Ambos dan una nueva expresión a la antigua suposición de Diderot de que el hombre moderno está afectado por una enfermedad peculiar unida a la civilización, debido a que ésta demanda de él que renuncie a la satisfacción de sus instintos. Esparcidas por todas las obras de Nietzsche hay incontables ideas o frases cuyos paralelos se encuentran en Freud. Enseñaba que nadie se lamentará o acusará a sí mismo sin un deseo secreto de venganza. Así, «todo lamento (*Klagen*) es acusación (*Anklagen*)» [68]. La misma idea, con el mismo juego de palabras, se encontrará en el famoso trabajo de Freud *Aflicción y melancolía*: «Sus 'lamentos' son en realidad 'demandas' en el sentido más antiguo de la palabra» [69].

Si la interpretación del superhombre sugerida por Lou Andreas-Salomé es la correcta, contiene la semilla del concepto freudiano del tratamiento psicoanalítico. El superhombre, que ha superado el conflicto entre

---

[67] Friedrich Nietzsche, *Zarathustra*, I, «Von den Verächtern des Leibes», *op. cit.*, VII, 46-48.

[68] Friedrich Nietzsche, «Alles Klagen ist Anklagen», *Der Wanderer und sein Schatten*, II, núm. 78, *op. cit.*, IV, 45.

[69] Sigmund Freud, «Ihre Klagen sind Anklagen», *Trauer und Melancholia, Internationale Zeitschrift für ärztliche Psychotherapie* (1916-1917), IV, 288-301.

su moralidad convencional y sus impulsos instintivos, se ha liberado en lo más recóndito de sí mismo, ha erigido su propia escala de valores y su propia moralidad autónoma. Y si es «bueno», es sólo porque ha decidido ser así. Se ha superado a sí mismo de forma en cierto modo parecida a como lo hace el neurótico después de un psicoanálisis con éxito.

Aunque todavía no ha sido investigada muy a fondo la influencia de Nietzsche sobre el psicoanálisis [70], Crookshank ha realizado un estudio detallado de Nietzsche y de Adler [71]. Se pueden trazar grandes paralelismos. Para ambos, el hombre es un ser incompleto que debe obtener por sí mismo su propia perfección. El principio nietzscheano «el hombre es algo que debe ser superado» encuentra su equivalente en el principio adleriano «ser humano significa ser estimulado por un sentimiento de inferioridad que obliga a superarse». El último concepto de Nietzsche de que el impulso básico del hombre es la voluntad de poder se refleja en la enseñanza de Adler de la lucha básica del hombre hacia la superioridad. En este aspecto los trabajos de Nietzsche son una mina inagotable de ejemplos que muestran cómo la voluntad de poder se manifiesta bajo incontables formas disfrazadas, entre las que se incluyen incluso el ascetismo y la sumisión voluntaria a otros hombres (en lenguaje moderno, el masoquismo moral). La principal divergencia entre Adler y Nietzsche es que el primero iguala la superación por parte del hombre de sí mismo con su aceptación del «sentimiento de comunidad», mientras que Nietzsche, individualista radical, habla con desprecio del «instinto gregario». Sin embargo, su idea de que «el error acerca de la vida es necesario para la vida» y de que el autoengaño es necesario para el individuo, anticipa el concepto de Adler de la «ficción guía» en el neurótico.

Al contrario que Freud, Jung proclamó siempre abiertamente el enorme estímulo que recibió de Nietzsche. Las teorías de Jung están llenas de conceptos que se pueden seguir, en forma más o menos modificada, hasta aquél. Tales son sus reflexiones sobre el problema del mal, sobre los instintos superiores en el hombre, sobre el inconsciente, los sueños, los arquetipos, la sombra, la persona, el anciano sabio y muchos otros. Dio también una interpretación de la personalidad de Nietzsche. *Zarathustra*, dijo, era una personalidad secundaria de Nietzsche, que éste había formado y desarrollado lentamente en su inconsciente hasta que brotó de repente, con una enorme cantidad de material arquetípico. Los estudios de Jung sobre *Zarathustra* están contenidos en diez volúmenes escritos

---

[70] Charles Baudouin hizo unos cuantos comentarios: «Nietzsche as a forerunner of psychoanalysis», *Contemporary Studies*, Londres, Allen y Unwin, 1924, págs. 40-43.

[71] F. G. Crookshank, *Individual Psychology and Nietzsche*. Individual Psychology Pamphlets, núm. 10, Londres, C. W. Daniel Co., 1933.

a máquina no publicados que constituyen la más amplia exégesis intentada nunca de la famosa obra de Nietzsche [72].

Neorromanticismo y fin de siècle

Como ya se ha dicho, hacia 1885 ocurrió en toda Europa un cambio rápido y señalado de la orientación intelectual. Supuso una reacción contra el positivismo y el naturalismo y, hasta cierto punto, una vuelta al romanticismo, motivo por el que recibió el nombre de neorromanticismo [73]. No sustituyó a las tendencias positivista y naturalista, pero marchó codo a codo con ellas durante el resto del siglo. Afectó a la filosofía, la literatura, las artes, la música y la forma general de vida, y ejerció una innegable influencia sobre los profundos cambios que tuvieron lugar en aquella época en la psiquiatría dinámica.

En un sentido restringido, el término neorromanticismo designa una serie de poetas alemanes, entre los que se incluyen Stefan Georg, Gerhart Hauptmann, Hugo Von Hofmannsthal y Rainer Maria Rilke. En sentido amplio, incluye un número mucho mayor de poetas, artistas, músicos y pensadores que pertenecieron a variados grupos locales y temporales. Fieles a él fueron los prerrafaelistas en Inglaterra, los simbolistas en Francia y el movimiento *Jugendstil* en Alemania. Culminó con la «decadencia» y el espíritu *fin de siècle.*

A pesar de su nombre, este movimiento estaba lejos de ser una simple vuelta al romanticismo. En ciertos aspectos se podría considerar una imitación deformada, casi una caricatura, del romanticismo. La relación con la naturaleza, principio de todo, posiblemente no fuera la misma. Debido a la industrialización en gran escala, a la urbanización y a los nuevos descubrimientos científicos, la vida en el siglo XIX se había hecho cada vez más artificial. No es de extrañar que falte en el neorromanticismo ese sentimiento inmediato, conmovedor, de íntimo contacto con la naturaleza que había en el origen del romanticismo. Incluso donde no existía una búsqueda directa de lo artificial, y donde se aproximaba más a la naturaleza, el neorromanticismo la veía estilizada, como podemos observar a través de los ojos de artistas y estetas. Mientras que el romanticismo lo había visto todo como un proceso de crecimiento y evolución, el nuevo movimiento estaba inclinado a verlo como un proceso de decadencia. Mientras que el romanticismo había tenido una habilidad peculiar

[72] A. J. Leahy, «Nietzsche interprété par Jung», *Études nietzschéennes,* I, núm. 1, Aix-en-Provence, Societé Française d'Études Nietzschéennes (1948), 36-43.

[73] Ika Thomese, *Romantik und Neu-Romantik,* Den Haag, Martinus Nijhoff, 1923. Eudo C. Mason, *Rilke, Europe and the English-speaking World,* Cambridge, Inglaterra, Cambridge University Press, 1961, págs. 67-80.

para la empatía con casi todos los períodos de la historia, el neorromanticismo mostraba predilección por los períodos de decadencia. Tampoco podía entrar en contacto directo con el alma del pueblo, como habían hecho los románticos alemanes. Con el declinar del campesinado, el folklore, que había sido una rica fuente de inspiración para aquéllos, estaba desapareciendo en el siglo XIX, y los neorrománticos tenían que contentarse con una búsqueda más o menos vaga de los mitos. El romanticismo había resaltado el valor único e irreemplazable del individuo, viéndole al mismo tiempo en el contexto de los contactos interpersonales, en la amistad, el amor, los grupos pequeños y la comunidad. El neorromanticismo destacaba la importancia del individuo en el punto en que se separa de los otros, con lo que una de sus características corrientes es el narcisismo. Nunca, en la historia de la literatura, habían celebrado los poetas hasta tal punto a Narciso y los héroes narcisistas. Se ha dicho que la figura de Narciso era un símbolo general y una encarnación del espíritu de la época [74]. Sin embargo, los neorrománticos estaban tan interesados como sus predecesores por lo irracional, lo oculto y la exploración de las profundidades escondidas de la mente humana. Al igual que aquéllos se habían vuelto hacia Mesmer y el magnetismo animal, los neorrománticos estaban ahora entusiasmados con el hipnotismo, y demandaban nuevas pruebas del inconsciente.

Jules Romains ha señalado en sus memorias el extraordinario contraste existente entre el movimiento simbolista en Francia y la marcha general de la civilización en el mundo contemporáneo:

> El mundo estaba en una marcha ascendente y desbordante de vitalidad. Por todas partes progresaban la libertad política y la justicia social. La condición material del hombre no cesaba de mejorar, no para unos cuantos privilegiados, sino para la mayor parte de las personas. La ciencia y la técnica moderna apenas habían mostrado nada más que sus aspectos beneficiosos, y únicamente parecían prometer una mejoría continua de la estancia sobre la tierra... En un mundo que se llenaba de empresas gigantescas, factorías y máquinas, que desplegaba un inmenso poder y donde uno de los problemas principales era tomar conciencia de todo ello, incorporarlo a la vida del espíritu, dominar toda esta confusión para encajarla en la armonía de una nueva civilización, el simbolista puro, en su torre de marfil, se cuenta leyendas, en ocasiones agradables, otras veces pedantes o infantiles... (Consideraba su época como una decadencia, una corrupción bizantina)... lo cual es ciertamente el más fenomenal error de interpretación jamás cometido por la literatura. Había una especie de esquizofrenia colectiva, cuyo significado no se debe despreciar [75].

Lo que Jules Romains predica del movimiento simbolista en Francia se podría decir, desde luego, exactamente igual de otros movimientos

---

[74] Heinz Mitlacher, «Die Entwicklung des Narziss-Begriffs», *Romanisch-germanische Monatsschrift*, XXI (1933), 373-383.

[75] Jules Romains, *Souvenirs et confidences d'un écrivain*, París, Fayard, 1958, págs. 15-16.

semejantes en toda Europa, es decir, de todos los que proclamaban la decadencia de la civilización moderna y pertenecían a la tendencia neorromántica.

Un historiador de la literatura, A. E. Carter, describe esta tendencia de forma semejante:

> Casi todos los autores de este tiempo consideraban su época como decadente. No era una chifladura de algunos excéntricos, sino una opinión mantenida por patólogos, filósofos y críticos... Visto desde las ruinas del presente, el siglo XIX parece algo increíblemente sólido, un cúmulo de energía, dureza y autoconfianza, como lo fueron sus exposiciones internacionales. Fue el siglo que absorbió continentes y conquistó el mundo... El porqué una época así, que vivía vigorosamente una vida vigorosa, perdió tanto tiempo en hoscas meditaciones sobre su propia «decadencia», real o imaginada, es un problema extraño al que no se puede dar una respuesta simple [76].

Como ha demostrado Carter, la palabra «decadencia» había cambiado de significado y, a finales del siglo XIX, poseía un matiz peculiar de corrupción rica y seductora. Los contemporáneos la comparaban con la era del declinar de Roma (o más bien con una representación legendaria y fantástica de la Roma imperial), con una representación no menos legendaria de la decadencia bizantina, y con el frívolo libertinaje de la corte de Luis XV. Por todas partes se expresaba la idea de que el mundo había envejecido, idea apoyada por teorías pseudocientíficas, sobre todo por la de la degeneración. De aquí el éxito del libro de Max Nordau, *Degeneración,* que contenía una condena radical de los movimientos culturales contemporáneos de aquella época [77].

Las nociones de decadencia y degeneración, bajo todas las formas y disfraces imaginables, impregnaron el pensamiento de la época. En la década de 1850, Morel había formulado una teoría psiquiátrica en la que se unían casi todas las enfermedades mentales crónicas bajo el nombre de «degeneración mental». La teoría de Morel tuvo un gran éxito, y en la década de 1880 dominó junto con Magnan la psiquiatría francesa. Llegó un momento en que casi todos los certificados médicos de los hospitales mentales de Francia comenzaban con las palabras *dégénérescence mentale, avec...* («degeneración mental, con...»), tras lo cual se citaban los síntomas principales. A principios de la década, Lombroso hablaba del «delincuente nato», supuestamente resultante de la regresión a un tipo ancestral de hombre. Las teorías médicas de Morel y Magnan fueron popularizadas por las novelas de Zola y otros escritores naturalistas. Pero también las ideas sobre la degeneración se extendieron de forma más sutil a través de los grupos neorrománticos. El conde de Gobineau afirmaba que

76 A. E. Carter, *The Idea of Decadence in French Litterature, 1830-1900,* Toronto, University of Toronto Press, 1958, págs. 144-151.

77 Max Nordau, *Entartung,* Berlín, C. Dunker, 1892.

las razas humanas no eran iguales, y que todas las civilizaciones existentes habían sido fundadas por razas superiores, las cuales, mediante sucesivos matrimonios mixtos con las razas inferiores, habían sido absorbidas por éstas, de modo que la humanidad estaba sentenciada a un estado final de mestizaje en el que perdería toda su capacidad creadora [78]. Más a menudo, sin embargo, los pensadores se complacían en describir la supuesta decadencia de una raza o nación específica. En Francia e Italia, y también en España tras su derrota de 1898, la idea de la inferioridad de las razas latinas estaba ampliamente extendida y se asociaba muchas veces con una idea obsesionante de la superioridad de los anglosajones [79]. Sin embargo, el británico Houston Stewart Chamberlain afirmaba la superioridad de los alemanes y la necesidad que tenían de protegerse mediante la selección racial [80]. Otra versión del concepto de decadencia era la idea del «declinar aristocrático»: como consecuencia de la extensión universal de la democracia, los individuos y familias superiores serían absorbidos por las masas. Por último, estaba la afirmación de Nietzsche de que la especie humana como totalidad estaba declinando, por ser la civilización incompatible con la naturaleza del hombre. De aquí también la nostalgia entonces corriente por la vida primitiva, las poblaciones primitivas y el arte primitivo.

Esta tendencia general culminó en el espíritu *fin de siècle*. Esta expresión parece haber surgido en París en 1886 y fue puesta de moda por Paul Bourget, en 1887, con su novela *Mensonges*. En 1891 se había convertido en una «calamidad literaria», que surgía a cada momento en las conversaciones y se podía leer docenas de veces en cualquier página de los periódicos [81]. Al igual que el romanticismo había experimentado el *mal du siècle*, el período anterior al fin del siglo estaba impregnado con la moda del *fin de siècle*. Existía, primeramente, un sentimiento general de pesimismo supuestamente fundado en las doctrinas filosóficas de Von Hartmann y de Schopenhauer. En la actualidad nos resulta difícil imaginar la fascinación que ejerció la filosofía de Schopenhauer sobre la élite intelectual de aquella época. Malwida von Meysenburg, amiga de Wagner y Nietzsche, cuenta en sus *Memorias* cómo el descubrimiento de la obra de Schopenhauer fue para ella una especie de conversión reli-

---

[78] Conde Arthur de Gobineau, *Essai sur l'inégalité des races humaines*, 4 vols., París, Firmin-Didot, 1853-1855.

[79] La expresión mejor conocida de ese sentimiento se encuentra en el libro del escritor francés Edmond Demolins, *A quoi tient la supériorité des Anglo-Saxons?*, París, Firmin-Didot, 1897.

[80] Houston Stewart Chamberlain, *Die Grundlagen des neunzehnten Jahrhunderts*, Munich, F. Bruckmann, 1899.

[81] Keith G. Millward, *L'Oeuvre de Pierre Loti et l'esprit «fin de siècle»*, París, Nizet, 1955, págs. 11-36.

giosa[82]. Problemas filosóficos que la habían preocupado durante años se resolvieron de repente. Encontró una nueva interpretación de la fe cristiana, junto con la paz de la mente y una nueva significación de vida. Pero más a menudo, el pesimismo de Schopenhauer y Von Hartmann se expresaba en formas menos dignificadas, e inspiraba ensayos, obras de teatro y novelas sombríos y morbosos.

Una segunda característica del *fin de siècle* era el culto de la *Anti-Physis*, es decir, de todo lo opuesto a la naturaleza. Mientras que el mito predominante en el siglo XIX era el del «salvaje noble», el hombre vigoroso y primitivo que vivía en el bosque y luchaba por su libertad, ahora existía el mito invertido del «hombre civilizado corrompido», debilitado y mundano entre los lujos de la gran ciudad[83]. En contraste directo con la comunión de los románticos con la naturaleza, el hombre de *fin de siècle* se siente cómodo en las ciudades monstruosas, en expansión constante, las *villes tentaculaires* del poeta Verhaeren, y goza de los lujos corrompidos y pervertidos que le ofrecen. Todo ello estaba unido al culto del esteticismo, de la elegancia refinada en el vestido y el mobiliario, y de la búsqueda de lo raro, que llevaba a todo tipo de excentricidades. Raramente en la historia de la cultura ha habido tantas excentricidades como en este período.

Otra característica del espíritu *fin de siècle* era su vago misticismo. En los casos más favorables, llevó a algunos hombres de letras a una conversión religiosa más o menos sensacional (como había ocurrido también con varios románticos), y a otros a unirse a sectas espiritistas u ocultas de un tipo u otro. Con frecuencia aumentó el interés por los fenómenos de hipnosis, sonambulismo, personalidad doble y enfermedad mental. Se adoptó un nuevo procedimiento literario, el monólogo interior, que pretendía ser una reproducción exacta del flujo de conciencia del individuo. El escritor francés Edouard Dujardin[84], y el austríaco Arthur Schnitzler[85] comenzaron a escribir novelas en las que no había acción, sino únicamente una descripción del supuesto devenir del flujo de pensamientos del personaje durante un período dado de tiempo.

Otra característica importante del espíritu de *fin de siècle* fue su culto de lo erótico. El denominado espíritu victoriano, que había dominado fundamentalmente en Inglaterra hasta la mitad del siglo, declinaba por todas partes, y en la Europa continental quedaba muy poco de él. Por el contrario, los libros, periódicos y revistas estaban llenos de preocupa-

---

[82] Malwida von Meysenburg, *Memoiren einer Idealistin*, III, Berlín, Auerbach, s. d. págs. 223-234.

[83] Esta antítesis ha sido bien descrita por A. E. Carter en *The Idea of Decadence in French Literature*, *op. cit.*

[84] Edouard Dujardin, *Les Lauriers sont coupés*, París, Revue Indépendante, 1888.

[85] Arthur Schnitzler, *Leutnant Gustl*, Berlín, S. Fischer, 1901.

ciones eróticas, aunque más restringidas y con mayor sutileza de expresión que en la actualidad. La abundancia de literatura obscena era tal que Jules Claretie, en una revisión del año 1880, escribió: «Aquí yace el año pornográfico 1880» [86]. El erotismo dominaba la literatura, desde los trabajos más refinados de autores como Anatole France y Arthur Schnitzler hasta las peores publicaciones dedicadas a los lectores de menor cultura. Existía una abundante literatura médica o pseudomédica sobre perversiones, que gozaba de una gran aceptación. Las perversiones sexuales se describían también, de forma más o menos velada, en numerosas novelas. Fue entonces cuando algunas recibieron los nombres bajo los que todavía se las conoce técnicamente: sadismo, masoquismo, fetichismo, y en muchas ocasiones la descripción científica seguía a la literaria. Mario Praz ha demostrado el papel que desempeñó el vampirismo en el siglo XIX, explicando que el carácter del «vampiro macho» (seductor destructivo o lobo) fue reemplazado gradualmente por el del «vampiro hembra» (la *femme fatale*) hacia finales de siglo [87]. Otro tema de actualidad era el culto o la admiración hacia la prostituta: artistas como Toulouse-Lautrec y Klimt pintaron a estas mujeres con una cierta ternura; escritores como De Maupassant, Wedekind, Wildgans y Popper-Lynkeus las glorificaron.

El espíritu *fin de siècle* prevaleció sobre todo en dos ciudades: París y Viena. Los historiadores del pensamiento destacan que la generación francesa que en 1890 tenía entre veinte y treinta años era una de las más dotadas que Francia había conocido nunca. Hubo un extraordinario florecimiento de genios y talentos en los campos filosófico, científico, artístico y literario, y una marea de nuevas ideas contradictorias. Los representantes de las generaciones anteriores se mostraban muchas veces aprensivos frente a esta anarquía espiritual; no sospechaban que el *fin de siècle* era una moda temporal y que las formas originales de pensamiento se estaban formando. Escritores como Paul Morand, rememorando dicho período, son propensos a considerarlo como una época frívola que no produjo sino trivialidades, e insisten en el morboso erotismo que impregnaba la vida [88]. André Billy, sin embargo, afirma que dicho erotismo, que no niega, era de una alta calidad y formaba parte de la búsqueda entonces corriente de la felicidad [89]. Piensa que el período de *fin de siècle* sufrió sobre todo de una superabundancia de riqueza cultural.

Viena fue el otro gran centro de la atmósfera de *fin de siècle*. En Austria, la idea de decadencia que prevalecía por toda Europa tomó un

---

[86] «Ci-gît 1888-l'année pornographique», Jules Claretie, *La Vie à Paris* (1880), París, Victor Havard, 1881, pág. 507.

[87] Mario Praz, *The Romantic Agony*, traducido del italiano, Londres, Oxford University Press, 1933.

[88] Paul Morand, *1900*, París, Les Editions de France, 1931.

[89] André Billy, *L'Époque 1900-1885-1900*, París, Tallandier, 1953.

significado especial, por aplicarse a la monarquía y al imperio, cuya inminente caída y desintegración predecían muchos. Al igual que en París, la joven generación vienesa era extraordinariamente inteligente y brillante. El círculo «Joven Viena» contaba entre sus miembros con poetas como Hermann Bahr, Richard Beer-Hofmann, Hugo von Hofmannsthal, Richard Schaukal y Arthur Schnitzler. También aquí el principal defecto fue probablemente la superabundancia de ideas y riqueza cultural.

La profunda semejanza existente entre la nueva e incipiente psiquiatría dinámica y el espíritu de la época se revela por la semejanza existente entre los pacientes descritos por los psiquíatras y por los novelistas y autores de teatro. Ya se ha señalado que muchas de las historias clínicas de Pinel parecen haber sido tomadas de las novelas de Balzac. Del mismo modo, los pacientes de Janet muestran numerosas semejanzas con algunos de los personajes de Zola. (La Irène de Janet, por ejemplo, con Pauline, la heroína de la novela de Zola, *La joie de vivre*). Sin embargo, la Electra de Hofmannsthal se asemeja mucho más a la famosa Anna O. de Breuer que a la Electra de Eurípides, y la Dora de Freud parece sacada de una de las historias cortas de Schnitzler. No es extraño, ya que tanto los escritores como los psiquíatras habían crecido en la misma generación y vivido en la misma atmósfera, y fue del mismo medio refinado y erotizado de *fin de siècle* de donde sacaron los unos sus personajes literarios, y los otros sus pacientes.

Psiquiatría y psicoterapia

Como hemos visto en el capítulo anterior, en las primeras décadas del siglo XIX prevalecieron dos tendencias psiquiátricas principales: la del *Somatiker*, y la del *Psychiker* (según fueron denominadas en Alemania). La primera atribuía las enfermedades mentales a causas físicas y modificaciones cerebrales; la segunda resaltaba las causas emocionales. Como hemos visto también, la última tendencia declinó alrededor de 1840, y Griesinger intentó combinar ambas. Tras él, sin embargo, la tendencia organicista dominó todo el campo de la psiquiatría. A lo largo y ancho de Europa, dos principios presidían aparentemente el tratamiento de los pacientes mentales. Primero, un principio humanitario obtenido de Pinel y sus contemporáneos: los pacientes mentales deben ser tratados tan humanamente como sea posible. El segundo era el de que «las enfermedades mentales son enfermedades cerebrales»; por tanto, lo mejor que un psiquíatra podía hacer por sus pacientes era estudiar la anatomía y patología cerebrales, con la esperanza de que esta investigación condujera eventualmente al descubrimiento de tratamientos específicos. Tal actitud dio lugar a que numerosos hospitales mentales se convirtieran en centros

para el estudio de la anatomía y patología cerebrales. En ocasiones se nombraba a un médico director de un hospital mental debido únicamente a que era un adelantado estudioso de la anatomía del cerebro. De esta forma se hicieron, en pequeños y alejados hospitales mentales, diversos descubrimientos relevantes en este campo.

Con su lema de que «las enfermedades mentales son enfermedades cerebrales», Griesinger declaró la guerra a los supervivientes de la vieja psiquiatría romántica. En esta época, Rokitansky y Virchow sentaban las bases de la anatomopatología celular, lo que parecía ser uno de los pilares más firmes de toda la medicina. Inmediatamente Meynert, Wernicke y sus seguidores trataron de fundar la psiquiatría en la misma base. Theodor Meynert (1833-1892) y Carl Wernicke (1848-1905), dos agudos estudiosos de la anatomía cerebral y clínicos experimentados, trataron de construir un sistema general de psiquiatría orgánica y mecanicista. Pero muchas veces completaban sus hallazgos objetivos con hipótesis acerca del sustrato anatómico y fisiológico de la actividad psíquica, y a finales del siglo XIX numerosos psiquíatras solían denominar las alteraciones psicopatológicas con términos prestados de la anatomía cerebral: fue la llamada *Hirnmythologie* (mitología del cerebro).

El mérito de la superación de esta tendencia corresponde a Emil Kraepelin (1856-1926) con su aproximación múltiple a la psiquiatría: neurología y anatomía cerebral, psicología experimental, con la aplicación de nuevos métodos de prueba elaborados, e investigación completa de la historia vital del paciente. Kraepelin se ha convertido en piedra de escándalo para numerosos psiquíatras actuales, los cuales afirman que su único interés por los pacientes era colocarles etiquetas diagnósticas, tras lo cual no hacía nada más para ayudarles. De hecho, sin embargo, se interesaba al máximo por que cada uno de sus pacientes recibiera el mejor tratamiento disponible en su época, y era una persona extremadamente humanitaria[90]. Uno de sus mayores logros fue la construcción de una nosología y clasificación racionales de la enfermedad mental, con los conceptos de «demencia precoz» y «enfermedad maníaco depresiva». Alrededor de 1900, Kraepelin estaba considerado como el psiquíatra que había esclarecido el capítulo de las enfermedades mentales, y su sistema encontró gradualmente aceptación por todas partes.

Mientras tanto, el trabajo de Heinroth, Ideler, Neumann y los otros *Psychiker*, que posiblemente nunca habían sido olvidados por completo, experimentó un nuevo impulso en la década de 1880. Dos nombres merecen atención especial en este aspecto: Forel y Bleuler.

---

[90] Su primer libro fue un alegato contra la pena de muerte. Emil Kraepelin, *Die Abschaffung des Strafmasses*, Stuttgart, F. Enke, 1880.

Auguste Forel (1848-1931) fue una personalidad extraordinariamente vigorosa, cuya vida es bastante bien conocida gracias a su autobiografía [91] y a una biografía escrita por Annemarie Wettley [92]. Constituye un ejemplo típico del joven que padece un sentimiento de inferioridad, al que encuentra compensación, y que se convierte en uno de los científicos más famosos de su generación. La compensación que encontró en su infancia fue el estudio de las hormigas, campo en el que se hizo probablemente el principal especialista del mundo. El deseo de Forel era estudiar ciencias naturales, pero eligió medicina por razones prácticas y pronto se distinguió por sus descubrimientos en el campo de la anatomía cerebral, que le condujeron al puesto de profesor de psiquiatría en la Universidad de Zurich, función ésta que incluía la supervisión del hospital mental de Burghölzli. Llevó a cabo una reforma muy necesaria en esta institución, con tal éxito que el Burghölzli obtuvo renombre mundial. Forel perteneció inicialmente a la escuela de los organicistas, pero por su actitud sufrió un cambio gradual. Se preguntó por qué los psiquíatras eran incapaces de curar a los alcohólicos, hecho que algunos profanos lograban. Preguntó a uno de éstos, el zapatero Bosshardt, cuál era su secreto y obtuvo la siguiente respuesta: «No es extraño, señor profesor, yo soy abstemio y usted no lo es» [93]. Esta contestación impresionó tanto a Forel que se hizo a sí mismo una promesa de abstinencia, y desde entonces pudo tratar con éxito a los alcohólicos. Fue su primer paso hacia la comprensión de que el secreto del éxito de un tratamiento depende de la actitud personal del psicoterapeuta. Su segundo paso en esta dirección fue su descubrimiento de la hipnosis. Habiendo oído hablar de la obra de Bernheim, inmediatamente viajó hasta Nancy y permaneció allí el tiempo suficiente para adquirir la técnica del tratamiento hipnótico, que llevó consigo a Zurich. Pronto se convirtió en uno de los especialistas más avanzados de ese método. Organizó un servicio de policlínica en el que también se aplicó con éxito tratamiento hipnótico a pacientes afectos de reumatismo y diversos trastornos físicos. Entre los estudiantes de Forel se encontraban Eugen Bleuler (1857-1939), que llegó a ser el psiquíatra más prominente de Suiza, y Adolf Meyer (1866-1950), que sería el psiquíatra más famoso de los Estados Unidos.

Eugen Bleuler [94] es conocido universalmente por su teoría y descripción de la «esquizofrenia» (término ideado por él para reemplazar el de «de-

---

[91] Auguste Forel, *Rükblick auf mein Leben*, Zurich, Europa-Verlag, 1935. La edición francesa es muchas veces más completa: *Mémoires*, Neuchâtel, La Baconnière, 1941.

[92] Annemarie Wettley, *August Forel, ein Arztleben im Zwiespalt seiner Zeit*, Salzburgo, O. Müller, 1953.

[93] August Forel, *Rückblick auf mein Leben*, Zurich, Europa-Verlag, 1935, págs. 126-127.

[94] Hasta el momento no se ha publicado ninguna biografía de Eugen Bleuler. Se han consultado las siguientes obras: Manfred Bleuler, «Eugen Bleuler, die Be-

mencia precoz», cuyo significado original ya no se comprendía)[95]. Es difícil comprender su obra sin tener en cuenta el entorno de luchas sociales y políticas existente en el cantón de Zurich en el siglo XIX. Eugen Bleuler nació en 1857 en Zollikon, entonces un pueblo de agricultores y en la actualidad suburbio de Zurich. De antepasados agricultores, su padre era comerciante y al mismo tiempo administrador de la escuela local. El padre, el abuelo y todos los miembros de la familia de Bleuler tenían todavía un recuerdo claro de la época en que la población agricultora del cantón estaba bajo el dominio de las autoridades de la ciudad de Zurich, las cuales restringían grandemente su acceso a ciertos oficios y profesiones y, sobre todo, a la educación superior. La población agricultora tenía conciencia de clases, unas veces en un sentido agresivo o revolucionario, y otras en una forma más progresiva. Organizaba círculos de lectura y otras actividades culturales. La familia de Bleuler había tomado parte en la lucha política que llevó finalmente, en 1831, al reconocimiento de la igualdad de derechos y a la fundación de la Universidad de Zurich en 1833, destinada a aumentar el desarrollo intelectual de la joven generación campesina. A ella fueron llamados numerosos profesores extranjeros para ocupar los puestos que no podían cubrir los ciudadanos suizos.

Los primeros profesores que acudieron a enseñar psiquiatría en Zurich eran alemanes: Griesinger, Gudden y Hitzig. Fueron también los primeros directores del hospital mental de Burghölzli. Mas surgieron quejas de que se preocupaban más de sus microscopios que de sus pacientes y de que eran incapaces de hacerse entender por éstos debido a que únicamente hablaban el alemán culto y no estaban familiarizados con el dialecto local. Durante los años que pasó en la escuela secundaria, Bleuler oyó muchas veces estas quejas de personas de su propio ambiente. Decidió entonces convertirse en psiquíatra, para entender a los enfermos mentales y hacerse a su vez entender por éstos.

Tan pronto como obtuvo el título, ingresó como residente en el hospital mental de Waldau, cerca de Berna, donde mostró una gran devoción hacia sus pacientes. Después partió a París para estudiar con Charcot y

---

gründung der Schizophrenie-Lehre», *Gestalter unserer Zeit*, IV (Erforscher des Lebens, Oldenburg: Gerhard Stalling, s. f.), págs. 110-117; Jakob Wyrsch, «Eugen Bleuler und sein Werk», *Schweizerische Rundschau*, XXXIX, 1939-1940, págs. 625-627; Manfred Bleuler, «Geschichte des Burghölzli und der psychiatrischen Universitäsklinik», *Zürcher Spitalgeschichte*, Regierungsrat des Kantons Zürich, 1951, págs. 317-425.

[95] En 1852, Morel había creado el término *démence précoce* para etiquetar a los pacientes que sufrían una grave afectación mental poco después del comienzo de la enfermedad. (B. A. Morel, *Études cliniques*, I, 1852, págs. 37-38). Se creía que todas las enfermedades mentales terminarían antes o después con grave afectación mental (denominada *démence*, aunque le faltaba la connotación actual de deterioro intelectual). Así, el término *démence précoce* significaba en realidad «rápida afectación mental». Posteriormente, se confundió su significado y se le dio el de «demencia en edad temprana».

Magnan, viajó a Londres y Munich, y a continuación se incorporó al equipo del Hospital mental de Burghölzli, que estaba en aquella época bajo la dirección de Forel. En 1886 Bleuler fue nombrado director médico del Hospital mental de Rheinau, gran asilo habitado por viejos pacientes demenciados que estaba considerado como una de las instituciones más atrasadas de Suiza. Emprendió la tarea de rehabilitar el hospital y cuidó a sus pacientes con un desinterés poco corriente. Soltero, vivía en el hospital y pasaba todo el tiempo con sus enfermos, desde primeras horas de la mañana hasta últimas de la noche, tomando parte en su tratamiento físico, organizando la terapia ocupacional, y logrando un estrecho contacto emocional con cada uno de los internados. Así obtuvo una comprensión única de los enfermos mentales y los detalles más íntimos de su vida psicológica. Esta experiencia fue la semilla de su futuro libro sobre esquizofrenia y de su libro de texto sobre psiquiatría.

En 1898, fue elegido para suceder a Forel como director del Hospital mental de Burghölzli. Entre sus misiones se incluía la enseñanza, la cual le proporcionó la posibilidad de transmitir los resultados de su experiencia en Rheinau a sus estudiantes, y estas clases fueron el núcleo de su famoso libro sobre la esquizofrenia, que publicó tardíamente en 1911 [96]. Mientras tanto, había continuado sus investigaciones con la ayuda de su equipo el cual, a partir de 1900, contó con C. G. Jung.

Como la doctrina de Bleuler sobre la esquizofrenia ha sido mal entendida en numerosas ocasiones, quizá no esté de más recordar aquí sus características principales. El punto de partida fue el propio esfuerzo de Bleuler por entender a un tipo de personas que nunca habían sido entendidas antes, es decir, los esquizofrénicos. Durante los doce años que pasó en Rheinau, viviendo de forma continuada con un gran número de tales pacientes, no sólo habló con ellos en su propio dialecto, sino que hizo todos los esfuerzos posibles para comprender el significado de sus expresiones y errores supuestamente «insensibles». Fue así capaz de establecer un «contacto emocional» (*affektiver Rapport*) con cada uno de ellos. Esta aproximación clínica fue completada posteriormente en el Hospital mental de Burghölzli con una investigación mediante la prueba de asociación de palabras bajo la dirección de Jung, y todavía más tarde con la ayuda de los conceptos psicoanalíticos de Freud.

Basándose en su investigación clínica, Bleuler desarrolló una nueva teoría sobre la esquizofrenia. En contradicción con las teorías puramente *organicistas* prevalentes en su época, expuso una doctrina que podría ser denominada órgano-dinámica en la actualidad. Supuso que la esquizofrenia derivaba de una causa desconocida (quizás de la acción de sustancias

[96] Eugen Bleuler, *Dementia Praecox, oder Gruppe der Schizophrenien*, en Aschaffenburg, *Handbuch der Psychiatrie*, spezieller Teil, 4. Abt., I, Viena, F. Deuticke, 1911.

tóxicas sobre el cerebro), en la que la herencia jugaba un papel importante. En el caso de los múltiples síntomas presentes, distinguió entre síntomas primarios o fisiogénicos causados directamente por el proceso orgánico desconocido, y síntomas secundarios o psicogénicos derivados de los anteriores. Tal distinción probablemente estuvo inspirada en el concepto de psicastenia de Janet. Al igual que este último distinguía una alteración básica en la psicastenia, es decir, el descenso de la tensión psicológica, Bleuler concebía los síntomas primarios de la esquizofrenia como un «aflojamiento» de la tensión de las asociaciones, en una forma más o menos semejante a lo que ocurre en los sueños o en los ensueños. Pensaba que toda la rica gama de los síntomas secundarios derivaba de estos síntomas básicos, en especial las *Spaltungen* o discontinuidades entre las diversas funciones psíquicas, por ejemplo entre la afectividad y el intelecto, y entre la afectividad y la voluntad. El autismo, es decir, la pérdida de contacto con la realidad, era, en el concepto original de Bleuler, una consecuencia de la disociación (sólo posteriormente vieron en él los estudiantes de Bleuler el síntoma básico de la esquizofrenia). En este punto se puede establecer una curiosa comparación entre el concepto de esquizofrenia de Bleuler y la teoría filosófica de Schlegel [97] de que el hombre está separado de la comunicación con Dios, la naturaleza y el universo por hallarse dividido dentro de sí entre la razón, la voluntad y la fantasía, y de que el deber de la filosofía es restablecer la armonía dentro del hombre. Es dudoso, sin embargo, que estas ideas de Schlegel influyeran en la teoría de la esquizofrenia de Bleuler, a pesar de la semejanza de pensamiento.

Desde el punto de vista nosológico, el concepto de esquizofrenia de Bleuler es más amplio que el de *dementia praecox* de Kraepelin, ya que el primero incluye diversos estados agudos que anteriormente estaban considerados como entidades patológicas propias. Esto era algo más que una sutileza diagnóstica. Bleuler afirmaba que si los pacientes con tales estados agudos recibían una atención intensiva adecuada, tenían grandes posibilidades de recuperación, mientras que si eran desatendidos o tratados de forma inadecuada, muchos de ellos evolucionarían hacia la esquizofrenia crónica.

El concepto de esquizofrenia así elaborado no sólo era una nueva teoría sino que como ha resaltado Minkowski, tenía en sí misma una implicación terapéutica [98]. Bleuler introdujo la noción optimista de que la esquizofrenia podía ser retenida o hecha retroceder en cualquier estadio de su evolución y, en una época en que los métodos terapéuticos fisiológicos y farmacológicos no existían, utilizaba una serie de inventos

[97] Friedrich Schlegel, «Philosophie des Lebens» (1827), en *Schriften und Fragmente*, Ernst Behler, ed., Stuttgart, Kröner, 1956, págs. 245-249.

[98] Eugène Minkowski, *La Schizophrénie*, París, Payot, 1927, págs. 249-265.

que, según el testimonio de todos los que trabajaron en el Hospital mental de Burghölzli, en ocasiones producían efectos milagrosos. Recurría, por ejemplo, a dar el alta prematura a enfermos aparentemente graves, o a cambiarlos de forma súbita e inesperada a otra sala, o a asignarles una responsabilidad. Organizó también un sistema de terapia ocupacional y distribuyó el tiempo libre de sus pacientes, así como el funcionamiento de una comunidad humana en el hospital mental. No fue el único psiquíatra que, entre 1890 y 1900, luchó por introducir la comprensión y el tratamiento psicológico de los enfermos mentales, pero sí, probablemente, el único cuyos esfuerzos en esta dirección tuvieron éxito. Fue un pionero en la ruta que seguiría más tarde Adolf Meyer en los Estados Unidos [99]. En Alemania, numerosos hospitales mentales siguieron unas experiencias semejantes y gradualmente consiguieron mejorías que muchas veces asombraron a los visitantes extranjeros. En 1906 Stewart Paton destacó el optimismo de los psiquíatras alemanes y ensalzó las instituciones psiquiátricas de Erlangen, Würzburg y Munich como hospitales mentales modelos [100]. Llamó también la atención sobre el establecimiento de servicios de policlínica y la mejoría resultante en la salud mental general de la población. Estos esfuerzos culminaron en la *aktivere Therapie* (terapia más activa) de Hermann Simon, método que desarrolló unos cuantos años antes de la Primera Guerra Mundial [101]. Era un sistema elaborado de terapia ocupacional en el que se asignaba a cada paciente una misión particular con un volumen dado de trabajo, y que estaba diseñado para hacer surgir en él la máxima mejoría, con lo que la agitación desaparecía completamente del hospital mental; y esto ocurría en una época en que los tratamientos fisiológicos y farmacológicos eran desconocidos. La terapia ocupacional había sido organizada también en instituciones privadas por Möbius, Grohmann y otros, para el tratamiento de neuróticos [102].

Otra característica de los años 1880 a 1900 fue la elaboración gradual de la noción de psiquiatría dinámica. La palabra «dinámica» llegó a utilizarse corrientemente en psiquiatría, aunque con una diversidad de significados que muchas veces entrañaba alguna confusión. Los filósofos y fisiólogos la habían utilizado dándole significados muchas veces oscuros, de modo que el diccionario de la Sociedad Francesa de Filosofía prevenía

---

99 El trabajo de Adolf Meyer, «Fundamental Concepts in Dementia Praecox», *British Medical Journal*, II (1906), 757-760, y *Journal of Nervous and Mental Disease*, XXXIV (1907), 331-336, constituyó un hito en la historia de la psiquiatría.

100 Stewart Paton, «The Care of the Insane and the Study of Psychiatry in Germany», *Journal of Nervous and Mental Disease*, XXXIII (1906), 225-233.

101 Hermann Simon, *Krankenbehandlung in der Irrenanstalt*, Berlín y Leipzig, De Gruyter, 1929.

102 A. Grohmann, *Technisches und Psychologisches in der Beschäftigung von Nervenkranken*, Stuttgart, Enke, 1899.

contra su uso. «La palabra dinámico», dice, «seductora en el aspecto científico, es sin duda (especialmente como adjetivo) una de las acuñaciones falsas más corrientes en el lenguaje filosófico de estudiantes y escritores pseudofilosóficos» [103]. Vamos a examinar ahora los diversos significados que este término adquirió en neuropsiquiatría.

1) Se suele considerar a Leibniz como el primero que utilizó la palabra «dinámico» en contradicción con «estático» y «cinemático», en el campo de la mecánica. El término fue tomado y aplicado a la psicología por Herbart, el cual distinguía los estados estático y dinámico de conciencia, y posteriormente a la sociología por Auguste Comte, quien distinguía entre una sociología estática y una dinámica. En fisiología, la palabra había sido utilizada ya en 1802, y los magnetizadores alemanes hablaban corrientemente de fuerzas «dinámico-psíquicas» [104]. Sin embargo, fue Fechner el que dio impulso al concepto de energía psíquica y, como veremos posteriormente, durante la segunda mitad del siglo XIX surgieron diversas teorías sobre la energía nerviosa y la energía mental modeladas más o menos sobre la teoría física de la energía.

2) Los fisiólogos franceses, sin embargo, habían utilizado el término «dinámico» para expresar la noción de «funcional» en oposición a la de «orgánico». Macario escribió un estudio muy citado sobre «parálisis dinámicas» [105], expresión con la que quería aludir a las parálisis sin lesiones del sistema nervioso. Posteriormente, Charcot distinguió entre parálisis «orgánicas» y «dinámicas», incluyendo en este último grupo las resultantes de la histeria, hipnosis y traumatismo psíquico.

3) Un tercer significado fue introducido por Brown-Séquard con su teoría de las «acciones dinámicas» del sistema nervioso [106]. El estímulo de una parte del sistema nervioso, decía, podía producir efectos en otra de sus partes, bien como «dinamogénesis» (estímulo de funcionamiento), o como «inhibición» (pérdida de funcionamiento). Los psiquíatras comenzaron a aplicar estos conceptos a los fenómenos de las alteraciones mentales, especialmente la neurosis, completándolos con otros tomados de la fisiología cerebral, como el de la «facilitación» [107].

4) Mientras tanto, el término «dinámico» había sido aplicado al poder motor de las imágenes, concepto éste probablemente debido al filósofo

---

103 André Lalande, ed., *Vocabulaire technique et critique de la philosophie*, 5.ª ed., París, Presses Universitaires de France, 1947, pág. 246.

104 A. Winkelmann, *Einleitung in die Dynamische Physiologie*, Göttingen, Dieterich, 1802.

105 Maurice Martin Antonin Macario, «Mémoire sur les paralysies dynamiques ou nerveuses», *Gazette médicale de París*, 1857-1858.

106 Charles-Edouard Brown-Séquard, «Inhibitions et dynamogénie», *Académie des Sciences*, 1885.

107 Sigmund Exner, *Entwurf zu einer physiologischen Erklärung der psychischen Erscheinungen*, II, Leipzig y Viena, Deuticke, s. f., págs. 69-82.



JOSEF BREUER (1842-1925) fue un eminente médico vienés que también se distinguió en la investigación fisiológica; la historia casi legendaria de «Anna O», paciente suya, se convirtió en uno de los puntos de partida del psicoanálisis. *(De la colección de pinturas del Instituto de Historia de la Medicina de Viena.)*



BERTHA PAPPENHEIM (1860-1936) era «Anna O», la misteriosa paciente de Breuer. La fotografía fue tomada en Konstanz, Alemania, en 1882, en una época en que, según la versión de Jones, se suponía que estaba gravemente enferma en un sanatorio cercano a Viena. *(Reproducido de la fotografía original, con permiso de Ner-Tamid-Verlag y Congregation Solel.)*



THÉODORE FLOURNOY (1854-1920), uno de los grandes pioneros de la exploración del inconsciente, era un gran amigo de William James. La fotografía muestra a James sentado y con su huésped en el jardín de Flournoy en Ginebra en mayo de 1905. *(Por cortesía de la señora Ariane Flournoy.)*

Malebranche y sus sucesores. Según De Morsier, dicho concepto fue transferido de la filosofía a la psiquiatría por Esquirol, quien había asistido a las lecciones del filósofo Laromiguière desde 1811 hasta 1813 [108]. De él lo tomó Bernheim, el cual centró en él su teoría de la sugestión. Bajo el nombre «ley del ideodinamismo», expuso su idea de que «toda idea sugerida y aceptada tiende a transformarse en actos» [109].

En 1897 Aimé esbozó una teoría de psicología dinámica basada en las enseñanzas de Brown-Séquard y de la Escuela de Nancy [110]. Distinguía tres tipos de alteraciones nerviosas: puramente orgánicas, puramente dinámicas (sin lesión conocida) e intermedias (las que en la actualidad se podían denominar organo-dinámicas). Sostenía que las ideas y las emociones son «hechos nerviosos dinámicos», es decir, expresiones de fenómenos dinamogénicos o inhibidores de ciertas estructuras nerviosas. Un diagnóstico verdadero trata de valorar la proporción de factores orgánicos y dinámicos en la enfermedad. Existen dos tipos de tratamientos dinámicos: los basados en la inhibición, y los basados en la dinamogénesis. Entre estos últimos se encuentran la sugestión propiamente dicha, la sugestión hipnótica, «la sugestión materializada» (denominada en la actualidad placebo terapia), y, por último, los métodos de entrenamiento. El autor atribuye un papel muy importante a la terapia dinámica en el tratamiento, o al menos alivio, de numerosas enfermedades físicas.

5) Por último, la palabra «dinámico» adquirió otro significado referido al concepto de evolución y regresión. Parece ser que el primero en aplicar estas nociones a la psiquiatría (sin utilizar todavía el término «dinámico») fue Moreau (de Tours), quien decía que la enfermedad mental es un mundo propio, con diferencias básicas del mundo nuestro y comparable al de los sueños, a pesar de que sus elementos provienen todos del mundo real [111]. El hecho básico que subyace en este mundo de ilusiones y alucinaciones no es la estimulación de alguna función cerebral, sino, por el contrario, una modificación que entraña la disminución de las funciones intelectuales y el desarrollo desproporcionado de actividades psíquicas vestigiales. Janet insistió siempre en que su teoría dinámica había estado inspirada por lo que él denominaba «ley fundamental de la enfermedad mental» de Moreau de Tours [112]. Henry Ey ha subrayado repetidas veces la originalidad de las ideas de Moreau [113]. Un concepto similar fue

[108] Georges De Morsier, «Le mécanisme des hallucinations», *Annales Médico-Psychologiques*, LXXXVIII (1930), II, 365-389; «Les Hallucinations», *Revue d'Oto-Neuro-Ophthalmologie*, XVI (1938), 244-248.

[109] «*Toute idée suggérée et acceptée tend à se faire acte*».

[110] Henri Aimé, *Etude clinique du dynamisme psychique*, París, Doin, 1897.

[111] Jacques-Joseph Moreau (de Tours), *Du Hachisch et de l'aliénation mentale*, París, Fortin, 1845.

[112] Pierre Janet, *Névroses et idées fixes*, I, París, Alcan, 1898, pág. 469.

[113] Henri Ey y Hubert Mignot, «La psychopathologie de J. Moreau (de Tours)», *Annales Médico-Psychologiques*, II (1947), 225-241.

introducido más tarde en neurología por Hughlings Jackson, el cual lo aplicó primero al estudio de la atasia y la epilepsia [114], considerando la evolución del sistema nervioso. En el sistema nervioso humano, ciertos centros han aparecido en una fase más reciente de la evolución que otros. Cuanto menor es su antigüedad, más vulnerables son, y cuando uno de ellos resulta lesionado, aumenta la actividad de los más antiguos. De aquí la distinción hecha entre las lesiones nerviosas de síntomas negativos (producidos directamente por la lesión) y las de síntomas positivos (resultantes de la reactivación de las funciones de los centros más antiguos). En realidad, el término «dinámico», según lo utilizó Jackson, combinaba varios de los anteriores significados de dicha palabra. Designaba el aspecto fisiológico en contraste con el anatómico, el funcional en contraste con el orgánico, el regresivo en contraste con el *status quo*, y expresaba al mismo tiempo el aspecto energético, incluyendo incluso en ocasiones la connotación de conflicto y resistencia. La concepción de Jackson, como se sabe bien en la actualidad, tuvo una gran influencia no sólo sobre neurólogos como Head y Goldstein, sino también sobre los psiquíatras: probablemente sobre Freud, y con toda certeza sobre Adolf Meyer, alumno de Jackson en Londres en 1891.

Psicología y patología sexuales, 1880-1900

Una de las características de las décadas de 1880 y 1890 fue el rápido progreso de las investigaciones en el campo de la psicología y psicopatología sexuales. Aunque esta época no está demasiado lejana, nos resulta muy difícil hacernos una idea verdadera de ella. La idea estereotipada la representa como una era de ignorancia sexual, represión e hipocresía, que consideraba «tabúes» los temas sexuales. Un examen más minucioso muestra, sin embargo, que en la década de 1880 la «hipocresía victoriana» era prácticamente una cosa del pasado, aunque persistía todavía en algunos círculos burgueses «distinguidos». La imagen estereotipada que tenemos de este período puede ser debida a nuestra mala interpretación del hecho de que su código social obligaba a referirse a los temas sexuales de forma más discreta que en la actualidad, y a que ciertas materias, como la homosexualidad, se ignoraban o estaban prohibidas. La represión sexual, fenómeno supuestamente característico de ese período, era en muchas ocasiones la simple expresión de dos hechos: la falta de difusión

[114] John Hughlings Jackson, «The Factors of Insanity», *Medical Press and Circular*, 1874. Reimpreso en *Selected Writings*, I, Londres, Hodder and Stoughton, 1932, págs. 411-421. Ver también la obra de A. Stengel «The Origin and the Status of Dynamic Psychiatry», *British Journal of Medical Psychology*, XXVII, Pt. 41 (1954), 193-200.

de los contraceptivos y el temor a las enfermedades venéreas. La gonorrea suponía varios meses de tratamiento doloroso, y la sífilis, por lo general, acompañaba al paciente durante toda su vida, amenazándole muchas veces con la parálisis general. Fue, concretamente, la causa de innumerables tragedias, que la literatura ha reflejado en obras como *Los fantasmas* de Ibsen, *Les avariés* de Brieux, y los poemas de Anton Wildgans. Pero la literatura es incapaz de expresar todo el horror de las destrucciones individuales que ocurrieron en realidad. El joven Nietzsche que, a los veinte años, en febrero de 1865, se detuvo durante una noche en Colonia, en una casa de prostitución, contrajo la sífilis, y nunca fue tratado. La dolencia siguió insidiosamente su curso, y dio lugar a parálisis general y a la última catástrofe de 1889 [115]. Era la enfermedad venérea más peligrosa, debido a la gran extensión de la prostitución y a que las prostitutas estaban casi invariablemente contaminadas, por lo que eran fuentes potenciales de infección. Difícilmente podemos imaginar hoy cuán monstruosa parecía a la gente de aquella época, agravada por la posibilidad de transmitirla a la generación siguiente en forma de «sífilis hereditaria» que, a su vez, se había convertido en un mito angustioso y a la que numerosos médicos atribuían todas las enfermedades de origen desconocido. Así, cuando Freud consideró la sífilis hereditaria como una de las causas principales de neurosis, se limitaba a reflejar una opinión que era corriente en los círculos médicos de la época.

Otra característica de ese período fue la lucha para el reconocimiento de los derechos de la mujer. El movimiento feminista se remontaba hasta Mary Wolstonecraft y algunos revolucionarios franceses de finales del siglo XVIII, pero se había desarrollado con lentitud. Entre 1880 y 1900, sin embargo, se reanudó la lucha con renovado vigor, a pesar de que la mayoría de los contemporáneos la estimaban como una batalla idealista y sin esperanzas. En todo caso, dio lugar a polémicas discusiones ideológicas acerca de la igualdad o desigualdad natural de los sexos, y de la psicología de la mujer. Hubo diversas opiniones.

La más corriente mantenía que el hombre es por naturaleza superior a la mujer, no sólo en fuerza física, sino en carácter, fuerza de voluntad, inteligencia y creatividad. En 1901 el psiquíatra alemán Moebius publicó un tratado, *Sobre la imbecilidad fisiológica de la mujer*, que coloca a ésta, tanto física como mentalmente, entre el niño y el hombre [116]. Tiene una naturaleza más animal que el hombre, y despliega una falta total de criticismo y autocontrol, lo cual es una suerte porque, en palabras de

---

115 Hellmut Walther Brann, *Nietzsche und die Frauen*, Leipzig, Felix Meiner, 1931, págs. 139-140, 207-208. Este incidente fue utilizado por Thomas Mann en su novela *Doktor Faustus*, Estocolmo, Bermann-Fischer, 1947, caps. XVI y XVII.

116 Moebius, *Über den physiologischen Schwachsinn des Weibes*, Halle, C. Marhold, 1901.

Moebius, «si la mujer no fuera corporal y mentalmente débil, sería muy peligrosa». No faltaron hombres, e incluso mujeres, que apoyaran esta idea. Incluso a comienzos del siglo XX, la inferioridad de la mujer se daba como segura, y el único problema a discutir era la posible razón de su inferioridad. La idea opuesta, la de la superioridad natural de la mujer, era apoyada por unas cuantas feministas apasionadas, y nadie podía haber adivinado que posteriormente habría también algunos hombres que la apoyarían [117].

La tesis de la igualdad natural de los sexos era apoyada por la mayoría de las feministas, las cuales replicaban al argumento de la menor creatividad de la mujer diciendo que su inferioridad intelectual era el resultado de siglos de opresión masculina. En tales discusiones se utilizaron como argumentos los escritos de Bachofen, sobre todo por parte del socialista Bebel, que reclamaba exactamente los mismos derechos y obligaciones para las mujeres que para los hombres, así como una educación igual para ambos sexos.

Una tercera tesis era la de la existencia de una diferencia cualitativa, más que de una superioridad o inferioridad, que hacía de los sexos algo psicológicamente complementario. Fue asociada en algunas ocasiones con la idea de la bisexualidad fundamental de los seres humanos. Era el viejo mito romántico del Andrógino, que volvía a la luz bajo una envoltura psicológica. Michelet ya había dicho que «el hombre y la mujer son dos seres incompletos y relativos, ya que no son sino las dos mitades de la misma totalidad» [118]. Esta teoría era revisada entonces bajo diversas formas.

Es de destacar que cada uno de los tres grandes pioneros, Freud, Adler y Jung, adoptaron posteriormente una de estas tres teorías. Freud pareció tomar como segura la inferioridad natural de la mujer, ya que, en uno de sus primeros trabajos, suponía que la represión sexual más fuerte existente en ella es la causa de su inferioridad intelectual. Posteriormente, llegó a hablar del masoquismo natural de la mujer. Adler, por su parte, era un firme defensor de la teoría de la igualdad natural de los sexos. En cuanto a Jung, es obvio que su teoría del *anima* en el hombre y del *animus* en la mujer alude a la tercera proposición.

Durante las dos últimas décadas del siglo XIX surgieron numerosas ideas alrededor de este tema, muchas de las cuales encontraron su lugar posteriormente en las teorías de los nuevos psiquíatras dinámicos. Una de ellas era la de que el hombre, en lugar de ver a la mujer como real-

---

[117] Lester Ward; citado por Samuel Chugerman en *Lester F. Ward, The American Aristotle*, Durham, Duke University Press, 1939, págs. 378-395; Ashley Montague, *The Natural Superiority of Women*, Londres, Macmillan, 1953.

[118] Jules Michelet, *La Femme*, en *Oeuvres Complètes*, París, Flammarion, 1860, vol. XXXIV, pág. 605.

mente es, proyecta sobre ella imágenes que se podrían clasificar en tres categorías: 1) el ideal imaginario; 2) imágenes extraídas de su propio pasado, y 3) lo que se podría denominar imágenes arquetípicas. E. T. A. Hoffmann, Achim von Arnim y otros románticos habían descrito ya el carácter imaginario e ilusorio de la imagen del ser amado vista por el amante, y habían escrito sobre las consecuencias destructoras de tales engaños. El conflicto entre la mujer ilusoria y la real sería utilizado más tarde por Spitteler como tema para su novela *Imago,* muy admirada por Freud y Jung, cuyo título proporcionó al psicoanálisis uno de los términos favoritos de su vocabulario [119]. Otro tema fue el de la influencia duradera del primer amor, tanto si estaba olvidado como si no. En *Los discípulos en Sais,* Novalis había contado ya la historia de un joven que vaga de un lugar a otro, buscando el objeto de su visión, y que llega por último al templo de Isis, donde se le revela este objeto, en el que reconoce a su amor de la infancia [120]. Dicho tema se anticipa al de *Gradiva* de Wilhelm Jensen, que Freud admiró tanto y honró con un comentario [121]. Otros autores, como Nietzsche, pensaban que la figura guía ideal era la de la madre. Karl Neisser afirmaba que, para que una mujer sea amada por un hombre, tendrá que parecerse a los antepasados femeninos de éste, a las mujeres que despertaron en el pasado el amor de sus abuelos [122]. Lo que Neisser explicó en cien páginas de lenguaje psicológico fue dicho por Verlaine en su maravilloso soneto «Mi sueño familiar», y este mismo concepto no está demasiado lejos del de *anima* de Jung. Un tercer tema favorito era el de que el hombre proyecta sobre la mujer una de varias imágenes prefabricadas que lleva consigo: la imagen del mero objeto sexual, de la *femme fatale,* de la musa, de la virgen-madre, figuras pertenecientes a lo que Jung denominaría posteriormente arquetipos. Algunos de ellos fueron objeto de grandes discusiones en aquel tiempo.

Una de estas figuras arquetípicas (o *Frauenphantome,* como eran denominadas en los países de habla alemana) fue la de la mujer como mero objeto sexual, imagen que podría ser seguida desde Lutero hasta Schopenhauer, y que fue revivida en aquella época en los escritos de Laura Marholm: el fin de la mujer es satisfacer los deseos del hombre, siendo éste el único significado de su vida [123]. La misma idea sería desarrollada y llevada al extremo por Weininger en su famosa obra *Sexo y carácter* [124].

---

119 Carl Spitteler, *Imago,* Jena, E. Diederichs, 1906.

120 Novalis, *Die Lehrlinge zu Sais* (1802), en *Schriften,* Minor, ed., Jena, Diederichs, 1907, vol. IV.

121 Wilhelm Jensen, *Gradiva, Ein pompejanisches Phantasiestück,* Dresde y Leipzig, Carl Reissner, 1903.

122 Karl Neisser, *Die Entstehung der Liebe,* Viena, Carl Konegen, 1897.

123 Laura Marholm, *Zur Psychologie der Frau,* 2 vols., Berlín, C. Duncker, 1897, 1903.

124 Otto Weininger, *Geschlecht und Charakter,* Viena, Wilhelm Braunmüller, 1903.

En ella afirmaba que la mujer no posee ni inteligencia, ni carácter, ni ninguna relación con el mundo de las ideas o con Dios. Es un individuo, pero no una persona, la esencia de cuyo ser es el sexo; es una prostituta nata que, al envejecer, trata de que las jóvenes sigan su mismo camino. El libro de Weininger tuvo un gran éxito y fue muy admirado por varios escritores destacados de aquella época.

Otro «fantasma» o arquetipo era la musa, o lo que los franceses denominaban la *femme inspiratrice*, que muchas veces desempeñó un papel importante en las vidas y obra de escritores y pensadores [125]. La biografía de un autor podía dividirse en períodos según las mujeres que lo hubieran inspirado sucesivamente. Existía una gran variedad de *inspiratrices*, que oscilaban desde la *aventurière* que buscaba relaciones amorosas con hombres famosos, hasta la idealista que buscaba amistades platónicas con pensadores de los que podía ser discípula, colaboradora espiritual o protectora. Una *femme inspiratrice* famosa fue Malwida von Meysenburg, procedente de una familia aristocrática alemana, que escapó a Inglaterra debido a sus ideas democráticas, vivió en Francia e Italia, y desempeñó un gran papel en las vidas de Alexander Herzen y Richard Wagner [126]. Sus *Memorias* describen una galería impresionante de hombres famosos: patriotas y revolucionarios, compositores, novelistas y autores teatrales, filósofos y eruditos [127]. Intervino en la relación entre Nietzsche y otra *femme inspiratrice* más joven, Lou Andreas-Salomé. Esta última intervendría decisivamente en la vida de una serie de grandes hombres, desde Nietzsche hasta Rilke, y terminaría su carrera como psicoanalista.

La *femme fatale* era también un «fantasma» popular. Es la mujer que destroza el genio de un hombre, o incluso le lleva a la muerte. En ocasiones es de lo más peligroso, ya que aparece disfrazada de musa inspiradora, como Rebeca en el drama de Ibsen, *Rosmersholm*. No muy diferente de ella, pero de un carácter algo más ambiguo, es el tipo de mujer a la que Jung denominó *Anima-Figur*, un ejemplo del cual veía en la Avesha de la novela de Rider Haggard *Ella*, la mujer que fascina al hombre y que podría destruirle fácilmente, pero cuyos hechizos pueden ser vencidos, como se advierte en la historia de Ulises y la maga Circe.

Otra figura arquetípica, la de la virgen-madre, fue definida por Ria Claassen como la mujer que ayuda al hombre a «sublimar y espiritualizar»

---

125 Hugues Rebell, *Les Inspiratrices*, París, Dujarric, 1902; Edouard Schuré, *Femmes inspiratrices et poètes annonciateurs*, París, Perrin, 1908.

126 Emil Reicke, *Malwida von Meysenbug*, Berlín y Leipzig, Schuster und Loeffler, 1911.

127 Malwida von Meysenburg, *Memoiren einer Idealistin*, 3 vols., Berlín, Auerbach, s. f.; *Das Lebensabend einer Idealistin*, Berlín y Leipzig, Schuster und Loeffler, s. f.

sus instintos inferiores [128]. Tal fue el papel de la imagen de la Virgen en la vida espiritual de los monjes católicos, y de Beatriz para Dante.

Un curioso producto literario de estas preocupaciones por la mujer se encuentra en la novela de Villiers de L'Isle-Adam *L'Eve future*, en la que hallamos varios de estos arquetipos femeninos [129]. Está la vampiresa Evelyn, que seduce a un honrado padre de familia y lo lleva a la ruina y al suicidio. También Alicia, la mujer hermosísima pero estúpida y vulgar. Existe la mujer construida por Thomas Edison para ser la exacta copia física de Alicia, pero cuyo vacío interior debe ser llenado con el espíritu de una mujer muerta, Hadaly, que será la *femme inspiratrice* del héroe de la novela. Resulta indicativo del espíritu de ese período que el autor recurriera también a los temas de personalidad dual y espiritismo cuando escribió esta típica obra maestra de la ciencia ficción de 1886.

Mientras tenían lugar todas estas discusiones psicológicas acerca de los sexos, los biólogos buscaban nuevos enfoques a los mismos problemas en sus laboratorios. De 1830 databan los decisivos progresos hechos por Baer en Alemania y por otros científicos posteriores, al descubrir o esclarecer el fenómeno de la ovulación. Michelet, en Francia, destacó la importancia de estos descubrimientos para la comprensión de la psicología de la mujer y los vulgarizó en un tono algo romántico [130]. Posteriormente, en la década de 1880, cuando los fisiólogos comenzaban a sentar las bases de la endocrinología, el fisiólogo de setenta y dos años Brown-Séquard leyó un trabajo, el 1 de junio de 1889, en la Société de Biologie de París sobre los efectos producidos en el hombre por inyecciones subcutáneas de un producto extraído de testículos de cobaya y perro [131]. Refirió que había administrado una serie de ocho inyecciones de dicho producto a un anciano, consiguiendo un rejuvenecimiento fisiológico y psicológico extraordinario. El sujeto era el propio Brown-Séquard, y los asistentes que le conocían no pudieron dejar de reconocer que parecía veinte años más joven. Se sabía desde hacía siglos, por el ejemplo de los castrados, que las glándulas sexuales masculinas contenían un producto que tenía una poderosa acción sobre el organismo masculino y que aumentaba la agresividad. Ahora se daba una prueba de la acción «dinamogenética» de esa secreción glandular, que se confirmaría posteriormente por el des-

---

[128] Ria Claassen, «Das Frauenphantom des Mannes», *Zürcher Diskussionen, Flugblätter aus dem Gesamtgebiet des modernen Lebens*, vol. I, núm. 4, 1897-1898.

[129] Auguste Villiers de l'Isle-Adam, *L'Eve future* (1886), en *Oeuvres Complètes*, París, Mercure de France, 1922, vol. I.

[130] Jules Michelet, *La Femme* (1860), en *Oeuvres Complètes*, París, Flammarion, 1895, vol. XXXIV, págs. 13-17.

[131] Brown-Séquard, «Des Effets produits chez l'homme par des injections sous-cutanées d'un liquide retiré des testicules frais de cobayes et de chiens», *Comptes-Rendus hebdomadaires des séances et Mémoires de la Société de Biologie*, 9.ª serie, I (1889), 415-419.

cubrimiento de la propia hormona masculina. Brown-Séquard destacó el paralelismo existente entre los fenómenos fisiológicos y los efectos psicológicos. Bien puede haber sido éste el punto de partida para la teoría de la libido de Freud, concebida al principio como un fenómeno psicobiológico sobre la base de una sustancia química desconocida.

No menos fructífero fue el enfoque psicológico de los hechos sexuales, pero aquí se imponen dos comentarios. Primero, ocurre con frecuencia en la historia de la ciencia que ciertos hechos son de conocimiento común a los científicos de una materia, mientras que son completamente desconocidos por otros. Así, pueden ser bien conocidos por los ginecólogos y desconocidos por los neurólogos, o bien conocidos por los educadores y desconocidos por los médicos. Por otra parte, hay que mencionar la gran persistencia de ciertos errores una vez arraigados. Así, durante los siglos XVIII y XIX eran normales ciertas ideas falsas acerca de los supuestos peligros de la masturbación, como la creencia de que podía ser causa de graves enfermedades medulares y cerebrales de otro tipo, o de hebefrenia. A finales del siglo XVIII tales afirmaciones comenzaron a ser puestas en duda, aunque todavía se mantuvieron en la literatura popular y en parte de la literatura científica. Se creía corrientemente que la masturbación era una de las causas principales de neurastenia, y esta idea subsiste incluso en los primeros trabajos de Freud.

Mientras que los médicos estimaban generalmente la sexualidad infantil como una anomalía rara, los sacerdotes y educadores la consideraron corriente. El padre Debreyne, teólogo moral que era también médico, insistía en sus libros sobre la gran frecuencia de la masturbación infantil, del juego sexual entre los niños, y de la seducción de niños muy pequeños por nodrizas y sirvientes [132]. El obispo Dupanloup de Orleáns, eminente educador, destacó repetidamente en su obra la extrema frecuencia del juego sexual entre niños, y afirmó que la mayoría de ellos adquirían «malos hábitos» entre las edades de uno y dos años [133]. Ideas semejantes fueron brillantemente expuestas por Michelet en algunos de los trabajos que escribió sobre educación popular. En *Nuestros hijos* previene a los padres contra los peligros de lo que en la actualidad se podría denominar sexualidad infantil y complejo de Edipo [134]. Cita con aprobación los antiguos escritos judíos que recomendaban al padre mantenerse a cierta distancia de su hija, y a los moralistas católicos que aconsejaban la misma

[132] P. J. C. Debreyne, *Essais sur la théologie morale considérée dans ses rapports avec la physiologie et la médecine*, París, Poussielgue-Rusand, 1844; *Moechialogie. Traité sur les péchés contre le sixième et le neuvième commandements du Décalogue*, 2.ª ed., París, Poussielgue-Rusand, 1846.

[133] Obispo Dupanloup, *De l'éducation*, 3 vols., París, Douniol, 1866. (Ver I, 86, III, págs. 444-460.)

[134] Jules Michelet, *Nos Fils* (1869), en *Oeuvres Complètes*, XXXI, París, Flammarion, 1895, págs. 283-588.

conducta por parte de las madres hacia sus hijos. Agrega que la ciencia moderna confirma la sabiduría de tales mandatos, y muestra que el muchacho es hombre casi desde su nacimiento: «Aunque carece del poder, tiene los instintos y sueños de una sensualidad vaga». Los niños en la cuna ya pueden ser amorosos, dice, y por tanto la madre debe tener cuidado en este aspecto. Casi siempre el niño está celoso de sus hermanos y de su padre. Michelet describe agudamente cómo el niño pequeño simula dormir para observar mejor con gran atención las conversaciones e intimidades entre sus padres. Si la madre toma la costumbre de llevarle a la cama con ella, se establece entre ambos un lazo «magnético», que puede dar lugar a graves peligros para él en el futuro. Michelet previene también contra las uniones incestuosas entre hermanos a una edad temprana y dice que conoce al menos cinco o seis familias estimadas en las que tales uniones han dado lugar a frutos amargos. Como tantos de sus contemporáneos, Michelet previene también contra la posible seducción de los niños por los sirvientes, y contra los peligros de la preferencia marcada de la madre por uno de los hijos. Las obras de Michelet fueron muy leídas y de su ejemplo, así como del de muchos de sus contemporáneos, resulta obvio que en su mente la «pureza angelical del niño pequeño» no era en absoluto una creencia común [135].

El estudio médico y psiquiátrico de las desviaciones sexuales hizo también progresos decisivos después de 1880, pero este estudio no era ninguna novedad [136]. Durante siglos había sido objeto de preocupación para los teólogos morales, de lo que tenemos un ejemplo en el *De Sancto Matrimonii Sacramento* de Sánchez, en el siglo XVII, obra ingente de la que numerosos párrocos conocían versiones abreviadas [137]. En el siglo XVIII, una obra de Alfonso de Ligorio obtuvo una audiencia aún mayor [138]. Desde el punto de vista teológico del pecado, distinguía entre los actos cometidos de acuerdo con la naturaleza, como la violación, el adulterio, y el incesto, y los cometidos en contra de la naturaleza, como la sodomía y la bestialidad. Se distinguió asimismo entre «actos consumados» y «actos no consumados» (incluyendo en este último apartado una gama completa que oscilaba desde los pensamientos impuros y las palabras obscenas hasta el contacto físico sin consumación real). Esta clasificación fue ampliada

135 La frecuencia de la masturbación entre los niños, y su sustitutivo, la acción de chuparse el pulgar, eran también conocidas por los sexólogos contemporáneos. Ver la obra de Hermann Rohleder *Vorlesungen über Sexualtrieb und Sexualleben des Menschen*, Berlín, Fischer, 1941; Albert Fuchs, «Zwei Fälle von sexueller Paradoxien», *Jahrbuch für Psychiatrie und Neurologie*, XXIII (1903), 206-213.

136 La historia de la patología sexual ha sido tratada por los siguientes autores en las obras: Maurice Heine, *Confessions et observations psychosexuelles tirées de la littérature médicale*, París, Crès, 1936; Annemarie Wettley, *Von der «Psychopathia Sexualis» zur Sexualwissenschaft*, Stuttgart, Enke, 1959.

137 Thomas Sánchez, *De Sancto Matrimonii Sacramento*, 3 vols., Amberes, 1607.

138 Alfonso de Ligorio, en *Oeuvres*, IX, París, Vivès, 1877, págs. 217-223.

por el padre Debreyne, quien, siendo también médico, desarrolló el aspecto psicológico del problema y podría ser considerado uno de los pioneros de la patología sexual.

Rémy de Gourmont decía que la patología sexual se había originado a partir de dos fuentes principales: las obras de los teólogos morales católicos y las de los escritores pornográficos. Pero era tiempo de que los escritores comenzaran a tratar los temas sexuales en forma objetiva y no pornográfica. Jean-Jacques Rousseau (1712-1778) había afirmado que en sus *Confesiones* daba un relato completo y sincero de las experiencias más íntimas de su vida, incluyendo sus experiencias sexuales relativas a la masturbación, inhibición sexual, exhibicionismo y masoquismo moral. Una generación después, Restif de la Bretonne (1734-1806) describía su fetichismo en varias de sus novelas, sobre todo en *Monsieur Nicolas*. El marqués de Sade (1740-1814), que pertenecía a una familia aristócrata francesa, era un psicópata de moral disoluta aunque de brillante inteligencia que, declarado culpable de diversos delitos, pasó catorce años de su vida en prisión y trece en hospitales mentales [139]. Dedicó este ocio forzoso a escribir novelas que fueron consideradas aburridas durante mucho tiempo. Recientemente se le ha elevado al rango de gran genio y de pionero en la patología sexual. Hay que recordar, sin embargo, que pasó su infancia y juventud con su tío, el culto y adinerado obispo de Sade. Si el joven Sade leyó tratados de teología moral en la gran biblioteca de su tío, bien pudiera haber extraído de ellos una buena parte de sus conceptos supuestamente originales sobre patología sexual. Entre los escritores más recientes, Leopold Sacher-Masoch (1836-1895), describió sus propias tendencias sexuales anormales en varias novelas, principalmente en *Venus con abrigo de pieles* [140]. El héroe de la misma suplica ser humillado por la mujer que ama y resulta morbosamente atraído por su abrigo de pieles.

Mientras tanto, un médico ruso, Kaan, había publicado en 1844 un tratado en latín, *Psychopathia sexualis*, en el que describía de forma sucinta las modificaciones del *nisus sexualis* (instinto sexual) [141]. Un psiquíatra alemán, Jakob Christoph Santlus, había fundado un sistema de psicología y psicopatología basado en una teoría de los instintos [142]. En él dividía la tendencia básica a ser (*Seinstrieb*) en dos partes, la animal y espiritual del hombre; de aquí los dos impulsos fundamentales: el sexual y el espiritual. Ambos se desarrollan, pero existen entre ellos interaccio-

---

139 Gilbert Lely, *Vie du marquis de Sade*, 2 vols., París, Gallimard, 1957.

140 Leopold Ritter von Sacher-Masoch, *Venus in Pelz*, Dresde, Dohrn, 1901. Traducción inglesa, *Venus in Furs*, París, C. Carrington, 1902.

141 Henricus Kaan, *Psychopathia sexualis*, Leipzig, Voss, 1844.

142 Dr. Santlus, *Zur Psychologie der menschlichen Triebe*, Neuwied y Leipzig, Heuser, 1864.

nes que incluyen numerosas desviaciones, de las que Santlus describe algunas. Entre otras, hace resaltar la conexión entre los engaños religiosos y los impulsos sexuales. En Francia, Pierre Moreau (de Tours) había escrito un tratado clásico sobre desviaciones sexuales [143]. En 1870, bajo el nombre de «sentimiento sexual contrario», Westphal inauguró el estudio psiquiátrico objetivo de la homosexualidad masculina [144].

Correspondió al clínico austríaco Richard von Krafft-Ebing (1840-1902), ya conocido como psiquíatra forense destacado, el honor de ser el fundador de la moderna patología sexual científica. En 1886 publicó su *Psychopathia Sexualis*, basada en numerosas historias clínicas de individuos sexualmente anormales. El libro tuvo un enorme éxito y fue reeditado varias veces, aprovechando el autor cada edición para modificar el contenido de la obra y sus clasificaciones de las anomalías sexuales. Acuñó los términos «sadismo» y «masoquismo»; el primero en memoria del marqués de Sade, para designar la desviación en que el placer sexual se asocia con la crueldad física infringida a la pareja, y el segundo en recuerdo de Sacher-Masoch, para designar una asociación de placer sexual con la idea o el hecho de ser humillado y maltratado por una mujer [145]. Al contrario de lo que se supone frecuentemente, Krafft-Ebing no habló de dolor físico en tal asociación; por el contrario, decía que el masoquista aborrece la idea de la flagelación. Consideraba esta última como una condición completamente distinta y no necesariamente conectada con la patología sexual. La primera clasificación de patología sexual de Krafft-Ebing distinguía cuatro tipos de anomalía: 1) Ausencia de impulso sexual. 2) Incremento patológico del impulso sexual. 3) Anormal período de emergencia del impulso sexual (o demasiado precoz o demasiado tardío en la vida). 4) Perversiones: sadismo, necrofilia y «sentimiento sexual contrario» [146]. En las siguientes ediciones de la *Psychopathia Sexualis* modificó varias veces esta clasificación y finalmente llegó a distinguir dos grupos principales: el primero según el fin (sadismo, masoquismo, fetichismo y exhibicionismo); el segundo según el objeto (homosexualidad, pedofilia, zoofilia, gerontofilia y autoerotismo). Krafft-Ebing dio un tremendo impulso al estudio de la patología sexual, y a partir de 1880 se multiplicaron los estudios sobre el tema, en especial en Alemania. En 1899 Magnus Hirschfeld fundó el primer periódico especializado en este tema, el *Jahr-*

143 Pierre Moreau (de Tours), *Des aberrations du sens génésique*, París, Asselin, 1880.

144 C. Westphal, «Die Conträre Sexualempfindung», *Archiv für Psychiatrie*, II (1870), 73-100.

145 Richard von Krafft-Ebing, «Beiträge zur Kenntnis des Masochismus», *Arbeiten aus dem Gesammtgebiet der Psychiatrie und Neuropathologie*, Leipzig, Bart, IV (1897-1899), 127-131.

146 Richard von Krafft-Ebing, «Über gewisse Anomalien des Geschlechtstriebes», *Archiv für Psychiatrie und Nervenkrankheiten*, VII (1876-1877), 291-312.

buch für sexuelle Zwischenstufen, y fue el primero en hacer una distinción radical entre la homosexualidad y el trasvestismo. Entre otros estudios se publicaron los de Iwan Bloch, Löwenfeld, Marcuse, Moll y los antropólogos alemanes sobre psicopatología sexual comparada. En Francia, Lasègue había presentado ya en 1877 el primer estudio psiquiátrico sobre el exhibicionismo [147]. Alfred Binet creó la palabra «fetichismo» en un amplio estudio dedicado a esa desviación [148]. Uno de los discípulos de Charcot, Chambard, mencionó las zonas erógenas por primera vez en 1881, término adoptado por Krafft-Ebing y que posteriormente encontró un lugar en el psicoanálisis [149]. En Inglaterra, Havelock Ellis se dio a conocer principalmente por su gran recopilación de *Los estudios sobre la psicología del sexo.*

Estos trabajos de Krafft-Ebing y otros despertaron un profundo interés que pronto alcanzó a un amplio público, a cuyo alcance, como ya hemos visto, había ya un gran número de novelas sobre el tema sexual. Al contrario de la leyenda actual, que nos haría creer que aquellos fueron días de obscurantismo sexual, en el continente no existían barreras a la publicación, distribución y acceso a tales escritos. Fue también entonces cuando empezaron a publicarse multitud de libros de divulgación sobre temas sexuales. En Alemania, por ejemplo, una obra de Bölsche, *Vida amorosa en la naturaleza*, que describía con detalle las múltiples variedades de los procesos de reproducción en el reino animal, se convirtió en un éxito de ventas [150]. Es cierto que hubo agudas críticas contra esta superproducción de literatura sexual, pero el significado real de este criticismo está mal entendido en la actualidad. Moritz Benedikt relata que cuando se publicó la *Psychopathia Sexualis* de Krafft-Ebing, el autor tuvo que disuadir al comité de la British Medico-Psychological Association para que no cancelara su nombramiento como miembro honorario de la misma [151]. Las quejas contra él no se habían producido por publicar su libro, sino por no haber evitado que se vendiera de forma indiscriminada. Benedikt decía que «hoy, los estudiantes de las escuelas superiores conocen más sobre el tema de las perversiones sexuales que nosotros como jóvenes médicos». Y añadía que Mantegazza, un profesor italiano, había publicado un libro sobre temas sexuales que también se había

147 Ernest-Charles Lasègue, «Les exhibitionnistes», *Union médicale* (mayo 1877). Citado por R. Krafft-Ebing en *Psychopathia Sexualis*, Stuttgart, Enke, 1893, pág. 380.

148 Alfred Binet, «Le fétichisme dans l'amour», *Revue Philosophique*, XII II, (1887), 143-167.

149 Ernest Chambard, *Du Somnambulisme en général*, tesis Med., París, 1881, núm. 78; París, Parent, 1881, págs. 55, 65.

150 Wilhelm Bölsche, *Das Liebesleben in der Natur*, 3 vols., Jena, Diederichs, 1898-1902.

151 Moritz Benedikt, *Aus meinem Leben. Erinnerungen und Erörterungen*, Viena, Carl Konegen, 1906, pág. 163.

convertido en un éxito de venta, siendo traducido a varios idiomas; su autor se había justificado diciendo que, a causa de su modesta remuneración como profesor, tenía que encontrar otras fuentes de ingresos. Obviamente, la línea divisoria entre la vulgarización científica y la pornografía era difícil de determinar desde el comienzo. Otra objeción que Moritz Benedikt y otros hicieron a los nuevos «sexólogos» era la de haber creado una especie de «romantización» de la perversión sexual. Mientras que en el pasado los desviados sexuales eran considerados algo así como proscritos, ahora eran presentados como personas que sufrían oscuros padecimientos. Tampoco en ese aspecto era siempre fácil delimitar los escritos de los psiquíatras profesionales y los de los desviados sexuales que defendían su causa.

Una cuestión muy discutida en aquella época fue la de si las desviaciones sexuales eran congénitas o adquiridas. Aquí variaban las ideas según la profesión. Para los educadores, el problema era simple: veían la homosexualidad como un resultado casi natural de ciertas condiciones desfavorables entre los adolescentes y los jóvenes. Lo mismo podía aplicarse al ejército, a la marina y a las prisiones. Krafft-Ebing, que como experto forense tenía que examinar los casos más graves de anomalías sexuales presentados ante los tribunales y en quien había influido la teoría de la degeneración de Morel y Magnan, se inclinaba a atribuir a la mayoría de las perversiones sexuales graves un origen constitucional. Esta opinión fue compartida al principio por numerosos psiquíatras; sin embargo, poco a poco fue ganando terreno la noción favorable a las causas psicológicas. Así, se siguió el rastro de numerosas perversiones hasta llegar a algún suceso particular de la infancia. Rousseau ya había descrito cómo una paliza que recibió de un joven, cuando tenía ocho años, había sido el punto de partida de su desviación sexual. Binet, sin denegar el papel de la predisposición, destacaba en la historia de sus fetichistas algún hecho que había dado a la perversión su forma característica. En 1894 Féré contó el caso de dos mujeres que, en la infancia, habían sido objeto de caricias sexuales por parte de los criados, sin ningún efecto inmediato, pero que posteriormente, y bajo tensiones circunstanciales, habían manifestado desviaciones sexuales [152]. Creía que esto mismo podía ocurrir en los casos de seducción sexual en niños. En 1901 Moll llamó la atención sobre el peligro del castigo corporal en los niños, advirtiendo que se podía convertir en causa de estímulo sexual para el profesor, para los discípulos que observaban el castigo y sobre todo para el niño castigado, en el que podía tener un efecto duradero [153].

---

[152] Charles Féré, «Contributions à l'histoire du choc moral chez les enfants», *Bulletin de la Société de Médecine mentale de Belgique*, LXXIV (1894), 333-340.

[153] Albert Moll, «Über eine wenig beachtete Gefahr der Prügelstrafe bei Kindern», *Zeitschrift für Psychologie und Pathologie*, III (1901), 215-219.

Theodor Meynert señaló los casos de desviación sexual originada por ciertas situaciones interpersonales en la primera juventud [154]. Su experiencia clínica, decía, le había llevado a concluir que la homosexualidad es siempre de origen adquirido. Como ejemplo, relataba la historia de un hombre que se sentía atraído hacia su propio sexo, y cuya madre se había quedado viuda muy joven e invitaba a jóvenes de la edad de su hijo para que le hicieran compañía, siendo incapaz, sin embargo, de lograr que él percibiera los propios sentimientos eróticos que experimentaba hacia éstos. Simplemente por seguir su ejemplo, el muchacho se encontró atraído hacia su propio sexo. Meynert contaba también el caso de un necrófilo cuya desviación se originó cuando estaba trabajando en una funeraria, donde recibió sus primeros estímulos sexuales a la vista de los cuerpos femeninos desnudos.

De esta suerte, ganó terreno la idea de que las alteraciones sexuales podían ser debidas a causas psicológicas inconscientes cuyos orígenes había que buscarlos en la infancia. Dallemagne habló de excitaciones sexuales transitorias a los cinco o seis años, de las que surgían asociaciones que formaban a su vez, en los años posteriores, el sustrato inconsciente de nuestros sentimientos y acciones [155]. Ribot, en 1896 dio una clasificación de las alteraciones sexuales según su origen: 1) causas anatómicas y fisiológicas; 2) causas sociológicas (comunidades cerradas de hombres); 3) causas psicológicas inconscientes del tipo descrito por Dallemagne, expresando la acción de una subpersonalidad inconsciente que dirige la personalidad consciente, y 4) causas psicológicas conscientes (la imaginación que trabaja sobre un tema erótico, al igual que lo haría sobre un tema artístico o científico) [156].

La aceptación de una psicogénesis de las perversiones sexuales llevó naturalmente a intentar tratarlas mediante psicoterapia. Tal fue el caso de un paciente de Charcot y Magnan, el cual, a los seis años, había visto unos soldados masturbándose y que desde entonces sólo se sentía estimulado por la vista de hombres, sin mostrar ningún interés por las mujeres [157]. El tratamiento consistió en sustituir la imagen del hombre por la de una mujer desnuda; transcurridos algunos meses, el paciente fue capaz de tener relaciones satisfactorias con una mujer. Veinte años más tarde, Magnan publicó el curso de esa historia clínica: el paciente se había convencido de que su «obsesión» no era invencible y, después de

---

154 Theodor Meynert, *Klinische Vorlesungen über Psychiatrie auf Wissenschaftlichen Grundlagen*, Viena, Braunmüller, 1889-1890, pág. 185.

155 J. Dallemagne, *Dégénérés et déséquilibrés*, Bruselas, H. Lamertin, 1894, páginas 525-527.

156 Théodule Ribot, *La Psychologie des sentiments*, París, Alcan, 1896, págs. 253-255, 527.

157 Charcot y Magnan, «Inversion du sens génital», *Archives de Neurologie*, III (1882), 53-60; IV, 296-322.

un gran esfuerzo para crear nuevas asociaciones heterosexuales, había podido casarse y nunca había recaído en sus antiguos hábitos hasta el momento de la publicación [158].

Durante el período 1880-1900 se despertó un interés creciente por las manifestaciones disfrazadas del instinto sexual, que ya había sido objeto de investigaciones anteriores por Ideler, Neumann, Santlus y otros. El papel del instinto sexual en la histeria había sido dado por cierto por casi todos los médicos hasta que Briquet, como hemos visto antes, lo denegó expresamente en su libro de texto escrito en 1859. Después de él, las opiniones sobre este tema estuvieron divididas, se produjo así una de esas curiosas escisiones que suceden a veces en la historia de la ciencia: mientras que la mayoría de los neurólogos tendían a seguir el punto de vista de Briquet y Charcot, los ginecólogos todavía creían en la psicogénesis sexual de la histeria. Hemos descrito en el capítulo 3 cómo el ginecólogo americano A. F. A. King, después de adoptar la teoría de Binet sobre la personalidad dual de los pacientes histéricos, afirmó que estas dos personalidades eran el «yo reproductor» y el «yo autoconservador» [159]. Si una mujer decide decir «no» a las demandas de las funciones reproductoras, puede surgir la histeria, a menos que su necesidad de actividad esté totalmente absorbida en la lucha por la existencia. Entre los neurólogos, sin embargo, hubo uno que no aceptó la teoría de Briquet: Moritz Benedikt afirmaba en 1864 que la histeria dependía de trastornos sexuales funcionales (no físicos) [160]. En 1868 reforzó esta teoría con observaciones clínicas sobre la relación de aquélla con trastornos de la libido (según la denominó), publicó cuatro casos de histeria masculina que atribuyó a malos tratos en la infancia, y proclamó la necesidad de la psicoterapia [161]. En 1891 y en los años siguientes describió lo que denominaba segunda vida, aclarando la existencia e importancia de una vida secreta en numerosas personas, particularmente en las mujeres, y el papel patógeno de un secreto que, según él, casi siempre concierne a algún aspecto de la vida sexual del paciente [162]. Aportó además ejemplos de estados histéricos graves curados rápidamente por la confesión de tales secretos patógenos y la desaparición ulterior de los problemas del paciente.

En relación con el otro tipo de neurosis entonces en boga, la neurastenia, la mayoría de los especialistas creían aún que la masturbación era

158 Valentin Magnan, «Inversion sexuelle et pathologie mentale», *Bulletin de l'Académie de Médicine*, LXX (1913), 226-229.

159 A. F. A. King, «Hysteria», *American Journal of Obstetrics*, XXIV (1891), 513-532.

160 Moritz Benedikt, «Beobachtung über Hysterie». Reimpreso de *Zeitschrift für practische Heilkunde*, 1864.

161 Moritz Benedikt, *Elektrotherapie*, Viena, Tendler and Co., 1868, págs. 413-445.

162 Moritz Benedikt, «Second Life. Das Seelenbinnenleben des gesunden und kranken Menschen», *Wiener Klinik*, XX (1894), 127-138.

una de sus causas más frecuentes, aunque comenzó a extenderse la idea de que existían otras causas sexuales, en especial el coitus interruptus. Alexander Peyer, médico de Zurich, citó una docena de autores que compartían esta opinión [163]. Peyer afirmaba también que existía una forma especial de asma producida por una serie de alteraciones en la vida sexual, y especialmente por el coitus interruptus [164].

Otro tema frecuente de discusión era el de las diversas reacciones adoptadas cuando los instintos sexuales eran insatisfechos, aparte la psicosis o la neurosis clásica. El penalista austríaco Hans Gross prestó atención especial a ese problema, porque suponía que el instinto sexual frustrado, en circunstancias dadas, podía inducir al delito y que era, por tanto, necesario para el investigador de la justicia conocer las diversas máscaras de la sexualidad escondida [165]. Una de ellas, dijo, es la falsa piedad; otra el tedio, es decir, un vacío interno que, cualesquiera que sean las ocupaciones de la vida, nunca se llena. Describió una tercera como «vanidad morbosa», y una cuarta como resentimiento. Una cuestión muy discutida era la de si la abstinencia sexual podía ser lesiva. La mayoría de los autores lo creían así. Krafft-Ebing, sin embargo, pensaba que únicamente podía dañar a los individuos predispuestos, en los que sus efectos oscilaban desde la ligera agitación o insomnio hasta las alucinaciones [166].

No menos discutidas fueron las metamorfosis normales o superiores del instinto sexual. Curiosamente, Gall, aunque iniciador de una psicología basada en el estudio de los instintos, se oponía a esa idea y exclamaba: «¿Quién osaría hacer derivar la poesía, la música y las artes figurativas de una condición de los órganos de la generación?» [167]. Ostwald, en su biografía de grandes científicos, señalaba que sus vidas amorosas habían tenido poca importancia y apenas habían ejercido influencia sobre sus descubrimientos [168]. Pero Metchnikov, seguido por la mayoría de los autores, creía en la importancia de la sexualidad en la creatividad de los genios, y había reunido numerosos documentos sobre ese problema [169].

---

163 Alexander Peyer, *Der unvollständige Beischlaf* (*Coitus Interruptus*) (*Onanismus Conjugalis*) *und seine Folgen beim männlichen Geschlecht*, Stuttgart, Enke, 1890.

164 A. Peyer, *Asthma und Geschlechtskrankheiten* (*Asthma sexuale*), Berline Klinik, Sammlung klinischer Vorträge, núm. 9, Berlín, Fischer, 1889.

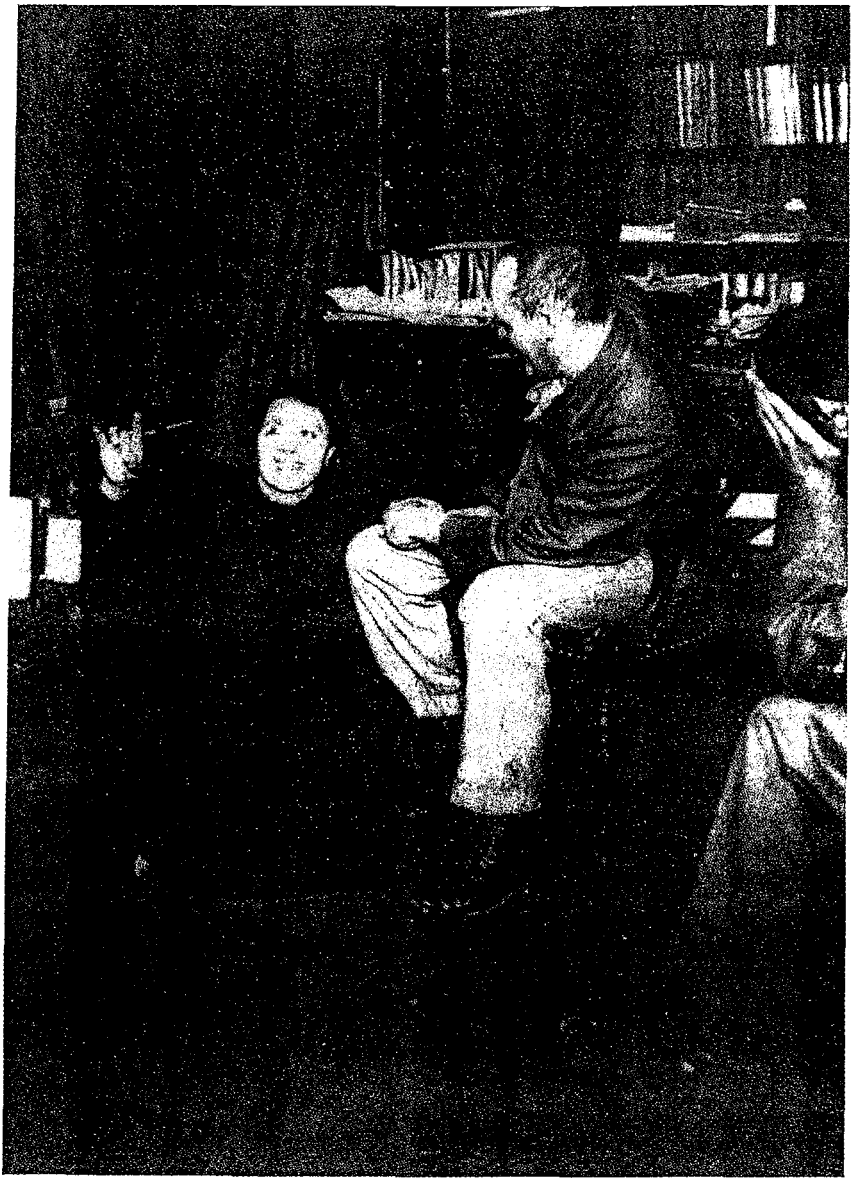
165 Hans Gross, *Criminalpsychologie*, Graz, Langsehner y Lubensky, 1898.

166 Richard von Krafft-Ebing, «Über Neurosen und Psychosen durch sexuelle Abstinenz», *Jahrbuch für psychiatrie*, VIII (1889), 1-6.

167 J. F. Gall, *Sur les fonctions du cerveau et sur celles de chacune de ses parties*, III, París, Baillière, 1925.

168 Wilhelm Ostwald, *Grosse Männer*, Leipzig, Akademische Verlags gesellschaft, 1909.

169 Elie Metchnikov, *Souvenirs. Recueil d'articles autobiographiques*, Moscú, Ediciones en lengua extranjera, 1959, pág. 261.



Théodore Flournoy con su médium. «Hélène Smith» va a reencarnar una de sus existencias anteriores.



MORITZ BENEDIKT (1835-1920) poseía una mente muy versátil y fue un pionero casi completamente olvidado de la psiquiatría dinámica. El retrato le muestra como un anciano, arruinado por la inflación posterior a la guerra y olvidado por la nueva generación, experimentando aquí con la varilla adivinadora. *(De la colección de pinturas del Instituto de Historia de la Medicina, Viena.)*

Muchos autores fueron aún más lejos y atribuyeron un origen sexual al sentimiento de belleza. Espinas presentó una teoría del sentimiento estético basada en la competencia entre los hombres por conseguir a las mujeres so capa de brillantes plumajes, cantos y danzas, y el esfuerzo de la hembra por mostrarse atractiva frente al varón [170]. Nietzsche dijo que «todo tipo de belleza incita a la reproducción, siendo su efecto específico desde la sensualidad más baja hasta la espiritualidad más alta» [171]. Steinthal sostenía que en el curso del ascenso del hombre dentro del mundo animal, una parte de su instinto sexual se transformaba en el sentido de la belleza [172]. Moebius enseñaba que todo lo que nosotros encontramos bello en la naturaleza surge del instinto sexual, y que el sentimiento estético propiamente dicho muestra una conexión directa con él [173]. Santayana decía que el impulso sexual irradia a la religión, la filantropía, el amor por la naturaleza y por los animales y el sentido de la belleza [174]. Naumann subrayaba que «la fuente primitiva y todopoderosa de la actividad estética, así como del placer, es la vida sexual» [175]. Yrjö Hirn veía de forma más moderada en el instinto sexual uno de los cuatro factores básicos del origen del arte, y consideraba el erotismo como una forma de selección en la evolución y como un estímulo emocional [176]. Rémy de Gourmont afirmaba que ni los hombres ni las mujeres son bellos por sí mismos, y la mujer aún menos que el hombre; si el cuerpo de la mujer se ha convertido en la encarnación de la belleza, es por una ilusión sexual del hombre [177]. En resumen, este concepto del origen sexual del sentimiento de la belleza era el dominante, y encajaba bien en el esquema general de aquella época.

También en ese período comenzaron las investigaciones sobre los estadios evolutivos del instinto sexual, tanto en la historia de la especie humana como en el desarrollo del individuo. En 1894 Dessoir [178] hizo un relato de su evolución en los jóvenes. Existe, decía, una fase de indiferenciación, seguida por una de diferenciación que lleva normalmente a la heterosexualidad y anormalmente a la homosexualidad. Las alteraciones en ese proceso de diferenciación pueden inducir anomalías sexuales, pero

170 Alfred Espinas, *Des Sociétés animales*, París, Baillière, 1877.

171 Friedrich Nietzsche, *Götzendämmerung*, X, 22.

172 H. Steinthal, *Einleitung in die Psychologie und Sprachwissenschaft*, 2, tomo I, Berlín, Dümmler, 1881, págs. 351-353.

173 P. J. Moebius, *Ueber Schopenhauer*, Leipzig, J. A. Barth, 1899, págs. 204-205.

174 George Santayana, *The Sense of Beauty*, Nueva York, C. Scribner's Sons, 1896, págs. 57-60.

175 Gustav Naumann, *Geschlecht und Kunst*, Leipzig, Haessel, 1899.

176 Yrjö Hirn, *Origins of Art*, Londres, Macmillan Co., 1900.

177 Rémy de Gourmont, «La Dissociation des idées», reimpreso en *La Culture des idées*, París, Mercure de France, 1900, págs. 98-100.

178 Max Dessoir, «Zur Psychologie der Vita Sexualis», *Allgemeine Zeitschrift für Psychiatrie*, L (1894), 941-975.

el sentimiento sexual puede también permanecer en un estadio «embrionario» tal que el individuo permanece sexualmente indiscriminativo y puede ser atraído por cualquier cuerpo humano vivo, incluso el de un animal. Es importante distinguir entre el verdadero homosexual y el individuo que ha permanecido en un estadio de indiferenciación, y que puede resultar atraído por ambos sexos. Albert Moll, en su libro *Investigación de la libido sexualis,* continuó la idea de Dessoir de una fase de indiferenciación sexual antes de la pubertad, previa a la fase de diferenciación [179]. Incidentalmente, la palabra «libido» había sido usada antes por ciertos médicos aficionados a introducir vocablos latinos en su terminología. Para ellos, significaba simplemente deseo sexual. Había sido usada ocasionalmente por Meynert [180], con más frecuencia por Benedikt [181], y por Krafft-Ebing [182], y con bastante asiduidad por autores menos conocidos como Effertz [183] y Eulenburg [184]. Parece que fue Moll quien le dio su significado más amplio de instinto sexual en sentido de evolución, y Freud se refiere a él en este aspecto.

En 1886 el filósofo francés Arréat sugirió que, al igual que el acto sexual no es sino un momento del instinto sexual propiamente dicho, este último podría ser una parte de un instinto más general [185]. En el matrimonio existe un círculo más amplio de amor conyugal alrededor del núcleo de la sexualidad pura, que está impregnado, sin embargo, de sentimiento sexual. En el amor de los padres hacia los hijos, hay algo más que amor paternal; el padre está celoso de su hija, mucho más a menudo que la madre de su hijo. Lo contrario sucede en el niño, en la avidez sensual con que chupa el pecho de su madre y con que besa a sus padres. Arréat cuenta el caso de una niña de seis o siete años que se revolcaba en la ropa sucia de su padre diciendo «huele a papá». Cita también a Pérez y muchos otros comentando el papel del sexo en los sentimientos emocionales de los hermanos jóvenes. En los actos corrientes de cortesía (especialmente de un hombre hacia una mujer joven) y de «amistad pura» existe siempre un matiz sexual. La contribución del instinto sexual a los sentimientos sociales es considerable, dice. En tal marco de referencia,

179 Albert Moll, *Untersuchungen über die Libido Sexualis,* Berlín, Kornfeld, 1898.

180 Theodor Meynert, *Klinische Vorlesungen über Psychiatrie aus wissenschaftlichen Grundlagen,* Viena, Braunmüller, 1889-1890, pág. 195.

181 Moritz Benedikt, *Elektrotherapie,* Viena, Tendler, 1868. La palabra «libido» aparece nueve veces en las págs. 448 a 454.

182 Richard von Krafft-Ebing, «Ueber Neurosen und Psychosen durch sexuelle abstinenz», *Jahrbuch für Psychiatrie,* vol. VIII (1889). La palabra «libido» aparece tres veces en las págs. 1 a la 6.

183 Otto Effertz, *Ueber Neurasthenie,* Nueva York, 1894.

184 Albert Eulenburg, *Sexuale Neuropathie, genitale Neurosen und Neuropsychosen der Männer und Frauen,* Leipzig, Vogel, 1895.

185 Lucien Arréat, «Sexualité et altruisme», *Revue philosophique,* XXII, II (1886), 620-632.

las anomalías sexuales podían ser consideradas, en el sentido de Lombroso, como un desarrollo detenido.

De lo precedente se puede deducir que en el año 1900 la psicología y la psicopatología sexuales llevaban ya un desarrollo completo de veinte años, y se habían hecho numerosas aportaciones que tendían a ser sintetizadas en la nueva ciencia de la sexología.

El estudio de los sueños

Debido a la importancia que la teoría e interpretación de los sueños estaba destinada a adquirir en la psicología dinámica, es adecuado investigar acerca de su desarrollo durante el período decisivo que va desde 1800 hasta 1900. En esa época se realizó realmente una gran investigación sobre los sueños. Sin embargo, para entender su significado, debemos retroceder unas cuantas décadas.

Recordemos que el romanticismo atribuía una enorme importancia a lo onírico, que casi todos los románticos tenían una teoría completa o por lo menos ideas dispersas sobre ello, y que la mayoría insistían en el proceso creador de los sueños. Ennemoser [186] decía que «la esencia del sueño es la vida potencial de un genio». Troxler [187] llegó a afirmar que el sueño era un proceso más fundamental que la vida vigil, con lo cual daba a entender aparentemente que el proceso onírico en el estado consciente es continuo, aunque sólo nos damos cuenta de él cuando soñamos estando dormidos. El concepto romántico de los sueños culminó con Von Schubert, cuyas ideas fueron revisadas de forma somera en el capítulo IV.

Después del declinar del romanticismo, con el positivismo llegó la noción de que los sueños son un subproducto no significativo de la actividad cerebral automática e incoordinada que tiene lugar durante el sueño. Fue, sin embargo, durante este período cuando apareció el trabajo de tres grandes pioneros de la investigación de los sueños: Scherner, Maury y Hervey de Saint-Denis. Su obra fue básica para la elaboración posterior de la teoría de los sueños desde 1880 hasta 1900 y, más tarde, de las tesis de Freud y Jung.

Mientras tanto, los estudiosos de los sueños establecieron de forma gradual una serie de técnicas para la investigación de los mismos basadas en su observación, experimentación y dirección. Se halló que la observación podía llevarse a cabo en el momento de dormirse, al ser des-

---

186 Joseph Ennemoser, «Das Wesen des Traumes ist ein potentielles Geniusleben», *Der Magnetismus in Verhältnisse zur Natur und Religion*, Stuttgart y Tubinga, Cotta, 1842, págs. 335-336.

187 Ignaz Troxler, *Blicke in das Wesen des Menschen*, Aarau, Sauerländer, 1812.

pertado durante el sueño o al despertar de forma espontánea. Es importante permanecer quieto después de despertar para poder recordar el sueño, el cual deberá ser escrito inmediatamente sobre una hoja de papel ya preparada. Hervey de Saint-Denis complementaba la escritura con el dibujo. Los estudiosos de los sueños observaron que podían entrenarse fácilmente hasta el punto de recordarlos por completo. El método de producción experimental de sueños fue inaugurado por Maury, y el de la dirección de los propios sueños por Hervey de Saint-Denis.

El libro de Scherner *La vida del sueño* apareció en 1861 y fue el único de una serie propuesta de ocho descubrimientos en el campo del alma [188]. Nunca fue popular. A algunos lectores les disgustaba el tono romántico con que habla del alma en la introducción, la cual se manifiesta a sí misma en los sueños «como un amante al ser amado». A otros les molestaba la sequedad del texto y lo que consideraban una tendencia exagerada a la clasificación. Si a esto añadimos que el libro está muy condensado y que se ha hecho muy raro, se puede comprender por qué se lee tan raramente en la actualidad. Scherner comienza su investigación con lo que hoy se podría denominar fenomenología de los sueños. La luz en los sueños, dice, es la expresión del pensamiento claro y de la agudeza de la voluntad; el claroscuro, la expresión de los sentimientos imprecisos. También describe los estadios oníricos en el momento de quedarse dormido, en el sueño profundo y en el momento de despertar. Con relación a la organización interna de los sueños, distingue entre la descentralización (que hoy se denominaría disolución o regresión), y las manifestaciones positivas de la fantasía onírica. Su idea principal es la de que la actividad física en los sueños está expresada directamente en un lenguaje de símbolos; de aquí la posibilidad de interpretarlos. Scherner propuso un sistema de interpretación basado en una teoría plausible, resultante de observaciones objetivas prolongadas.

Algunos símbolos resultan determinados por estímulos espirituales, otros por estímulos corporales. Los sentimientos religiosos se expresan en forma de revelación hecha por un maestro respetado; los sentimientos intelectuales, en forma de discusión entre iguales; los sentimientos de vitalidad disminuida se ven como un individuo enfermo, etc. Una gran parte del libro de Scherner está dedicado al análisis de los símbolos inducidos por las sensaciones corporales. Algunos corresponden a cada uno de los órganos y no son arbitrarios, sino revelados por la experiencia. Scherner estudió la correlación existente entre los sueños y las enfermedades físicas o modificaciones funcionales del soñador en el momento del despertar. Encontró, por ejemplo, que los sueños con vuelos estaban relacionados con un aumento de la actividad de los pulmones; los sueños

188 Karl Albert Scherner, *Das Leben des Traums*, Berlín, Heinrich Schindler, 1861.

con dificultades de tráfico podían expresar en ocasiones alteraciones cardíacas o circulatorias. Según Scherner, existe un símbolo básico del sueño: la imagen de una casa, que es la expresión del cuerpo humano, y cuyas partes representan partes del mismo. Relata la historia de una mujer que se acostó con un violento dolor de cabeza y que soñó que se hallaba en una habitación cuyo techo estaba cubierto de telarañas rebosantes de arañas grandes y repugnantes. Una docena de páginas del libro están dedicadas a los símbolos relacionados con los órganos sexuales. Como símbolos masculinos menciona las torres altas, las pipas, los clarinetes, los cuchillos y las armas puntiagudas, los caballos galopando y la captura de pájaros aleteantes; entre los símbolos femeninos, un patio estrecho y una escalera que hay que subir.

Después de Scherner, varios autores, con o sin relación con él, descubrieron los mismos símbolos relativos a las mismas partes del cuerpo [189]. En su explicación de los símbolos sexuales, Freud cita a Scherner; sin embargo, los símbolos freudianos son unidades más abstractas de significado y no dependen de los estados fisiológicos. En todo caso, la obra de Scherner tuvo consecuencias inesperadas. Friedrich Theodor Vischer mostró el paralelismo existente entre los simbolismos schernerianos y el simbolismo arquitectónico de los templos del antiguo Egipto y de la India, que parecen haber sido concebidos como una representación simbólica del cuerpo humano. Recientemente, el templo de Luxor ha dado lugar a muchas especulaciones de este tipo [190]. La idea de Scherner fue también el punto de partida de un nuevo concepto de la estética, expresado en primer lugar por Robert Vischer y desarrollado por el mismo Friedrich Theodor Vischer [191]. Tenemos la tendencia de proyectar (*hineinversetzen*) nuestros sentimientos corporales en cosas, tanto en el estado de vigilia como en los sueños. La empatía artística (*Einfühlung*) descansa sobre un oscuro impulso de unidad con otros seres (en lenguaje moderno se podría decir que proyectamos nuestra imagen corporal en otros seres o representaciones).

El libro clásico de Maury, *Sueño y sueños*, apareció el mismo año que el de Scherner, pero, en contraste con éste, fue reeditado en varias ocasiones [192]. Maury experimentó en sí mismo con dos métodos de investiga-

189 «Sueños cardíacos» con símbolos semejantes a los de Scherner se pueden encontrar por ejemplo en la obra de F. J. Soesman, «Rêves organo-génésiques», *Annales médico-psychologiques*, LXXXVI, II (1928), 64-67; Jean Piaget, *La Formation du symbole chez l'enfant*, Neuchâtel, Delachaux et Niestlé, 1959, pág. 213; Marcel Déat, «L'Interprétation du rythme du coeur dans certains rêves», *Journal de Psychologie*, XVIII (1921), 555-557.

190 R. A. Schwaller de Lubicz, *Le Temple de l'homme. Apet du Sud à Louqsor*, 3 vols., París, Caractères, 1958.

191 Robert Vischer, *Über das optische Formgefühl*, Leipzig, Credner, 1873.

192 Alfred Maury, *Le Sommeil et les rêves*, París, Didier, 1861. Edición revisada y aumentada, 1878.

ción. En primer lugar, se acostumbró a escribir sus sueños tan pronto como se despertaba, y dedicó una atención considerable a anotar todas las circunstancias que podían haber conducido a cada uno de ellos. Se vio sorprendido por la gran sensibilidad de sus sueños a cualquier cambio en la dieta o en las condiciones atmosféricas. Creyó haber observado también que las ilusiones hipnagógicas de las alucinaciones construían la «embriogénesis» del sueño nocturno. Su otro método fue el de experimentación con estímulos sensoriales. Su ayudante le daba a respirar perfume durante el sueño, y él soñaba que estaba en El Cairo, en la tienda de un vendedor de perfumes. Su ayudante hacía un ruido con vibraciones metálicas, y él soñaba que oía el timbre de alarma y que había estallado una revolución.

Maury comprendió que el estímulo sensorial no daba cuenta de la mayor parte de los sueños. La observación y anotación prolongada de los que él tuvo le llevaron a reducir el papel de la fantasía y de la creatividad. Observó que muchas cosas que creía haber imaginado en sus sueños no eran sino recuerdos olvidados, que en ocasiones se remontaban a su primera infancia. Creía también que la velocidad de los sueños era mucho mayor que la del pensamiento en el estado de vigilia.

La obra de Maury inauguró el estudio de la estimulación experimental de los sueños. Un noruego, John Mourly Vold, realizó experimentos sobre sí mismo y sobre sus estudiantes en los cuales ligaba los miembros, y halló que así se inducían sueños de movimiento (el soñador se veía a sí mismo o a otra persona moviéndose)[193]. Incidentalmente, en este hallazgo se basó teóricamente el concepto de Hermann Rorschach de las «respuestas kinestéticas» en su prueba de las manchas de tinta. Sante de Sanctis criticó los experimentos de Maury, en el sentido de que la expectación de tener ciertos sueños era suficiente para crear en el soñador algunos que cumplieran su teoría, crítica que también se aplicó a todos los que experimentaban con los sueños[194].

El tercer gran pionero de la psicología del sueño fue el marqués Hervey de Saint-Denis (1823-1892), el cual enseñaba lengua y literatura chinos en el Collège de Francia. Su libro *Los sueños y los medios para dirigirlos*, publicado de forma anónima en 1867, es uno de los más extensos y completos estudios dedicados a los propios sueños del autor[195]. Es también uno de los más citados pero menos leídos de la literatura sobre los sue-

193 John Mourly Vold, «Einige Experimente über Gesichtsbilder in Traume», *Dritter Internationaler Congress für Psychologie in München 1896*, Munich, J. F. Lehmann, 1897; *Über den Traum. Experimental-psychologische Untersuchungen*, O. Klemm ed., Leipzig, Barth, 2 vols., 1910-1912, pág. 338.

194 Sante de Sanctis, *Die Träume, Medizin-psychologische Untersuchung*. Traducción alemana del italiano, Halle, Marhold, 1901.

195 Marie-Jean-Léon Hervey de Saint-Denis, *Les Rêves et les moyens de les diriger*, París, Amyot, 1867.

ños, por ser extraordinariamente raro. Freud afirmó que nunca había podido encontrarlo. Esta rareza es de lo más lamentable, ya que la obra contiene los hallazgos de una vida completa de investigación sobre los sueños, realizados por un hombre que abrió caminos que pocos han podido seguir después.

En la primera parte, Hervey de Saint-Denis dice cómo, a la edad de trece años, se le ocurrió la idea de dibujar un curioso sueño que había tenido la noche anterior. Quedó complacido con el resultado y comenzó un álbum en el que dibujaba todos sus sueños. Observó que cada vez le resultaba más fácil recordarlos, de modo que, transcurridos seis meses, raramente olvidaba ninguno. Sin embargo, llegó a estar tan absorbido con esta ocupación que no podía pensar en nada más, y comenzó a tener dolores de cabeza, por lo que se vio obligado a descansar durante una temporada. Se recuperó y comenzó de nuevo a anotar y dibujar sus sueños durante los veinte años siguientes. Decía que no había olvidado uno solo durante todo este tiempo, y de este modo obtuvo veintidós libros de notas que contenían sueños de 1946 noches. Hervey describe los pasos sucesivos del entrenamiento que siguió para poder dirigir sus sueños. El primero lo dio cuando, pocos meses después de comenzar, se dio cuenta de que estaba soñando. El segundo estadio lo alcanzó cuando consiguió despertarse a voluntad para poder anotar sueños interesantes. El tercer paso fue la adquisición de la capacidad de concentrarse a voluntad en cualquier parte del sueño que deseara explorar más a fondo. El cuarto y último paso fue la dirección voluntaria de al menos parte de sus sueños, aunque tuvo que reconocer que existían ciertas limitaciones. Para no dar sino un ejemplo: Hervey deseaba soñar acerca de su propia muerte, y dirigía su sueño de modo que le llevara a lo alto de una torre desde la cual se arrojaría; sin embargo, en este punto se encontraba soñando que estaba entre una multitud de espectadores que observaba a un hombre que acababa de arrojarse desde lo alto de una torre.

La segunda parte del libro de Hervey está dedicada a la investigación crítica de las teorías anteriores sobre los sueños, a las que añade una gran cantidad de material extraído de su propia experiencia. La primera pregunta que se hace es ésta: ¿De dónde vienen las imágenes oníricas? Aquí, confirma la observación de Maury de que el papel que desempeña la memoria es mucho mayor de lo que imaginamos. Al igual que Maury, cita ejemplos de imágenes oníricas que le parecieron completamente nuevas, pero que posteriormente pudo identificar con recuerdos olvidados, siendo las imágenes de los sueños, principalmente, reproducción de *clichés-souvenirs* (lo que se podría traducir como «recuerdos en instantánea»). A la pregunta: «¿Por qué los sueños son en ocasiones confusos o absurdos?», Hervey responde que la percepción pudo haber sido demasiado rápida y oscura, con lo que la reproducción en el sueño es asimismo os-

cura y borrosa. En ocasiones los sueños son oscuros porque existen dos o más *clichés-souvenirs* sobreimpuestos. Por último, a veces existe una «abstracción»: una cualidad es abstraída de un objeto y atribuida a otro. Lo que Hervey denomina abstracción y sobreimposición es lo que en la actualidad se llama desplazamiento y condensación. La conversación entre varias personas, otra cosa que ocurre en los sueños, representa, según él, un conflicto dentro del soñador.

Los recuerdos-imágenes no explican, sin embargo, según Hervey, todo el material de los sueños. La imaginación creadora tiene también su importancia. Aunque sólo relata una historia de un problema de ajedrez resuelto en el sueño, Hervey hace destacar las realizaciones de los sueños imaginativos. Varios de los suyos fueron realmente de gran calidad poética y belleza. En uno de ellos Hervey se mira en un espejo mágico, se ve a sí mismo como un joven que va envejeciendo hasta convertirse en un anciano odioso, y se despierta asustado. En otro (págs. 322-323) se anticipa curiosamente a un episodio del *Hombre invisible* de H. G. Wells. Aún más destacables son los sueños que se podrían denominar arquetípicos en la terminología junguiana, y que al lector actual le parecería en realidad tomados de uno de los escritos de Jung.

Hervey contribuyó también al estudio experimental de los sueños. Mientras que Maury se había contentado con experimentar con estímulos sensoriales simples y con sus respuestas, Hervey imaginó una técnica de *solidarité remémorative*, es decir, algo similar al condicionamiento de los sueños. Durante una estancia de dos semanas en una región pintoresca de la campiña francesa, colocó todos los días una gota de cierto perfume en su pañuelo, dejando de hacerlo al volver a París. Varios meses después, mandó a su criado que colocara varias gotas del mismo perfume sobre su almohada mientras él estaba durmiendo. Doce días después soñó con Vivarais, la región donde había pasado sus vacaciones. Después diseñó experimentos más complicados. En una fiesta en la que bailó con dos damas, pagó a los músicos para que tocaran una pieza determinada cada vez que bailaba con cada una de ellas. Algún tiempo después, oyó las obras en una caja de música, durante su sueño, y comprobó que cada uno de los dos valses le traía la imagen onírica de la dama con la que lo había danzado.

Es mérito de Hervey el haber prestado atención a la plasticidad del proceso onírico. Pero la técnica que había diseñado para dominar y dirigir conscientemente sus propios sueños era tan difícil que encontró pocos imitadores. Uno de ellos fue el psiquíatra y poeta holandés Frederik van Eeden, quien comenzó en 1896 a estudiar sus sueños con una técnica semejante a la de Hervey. Al igual que éste, al cual cita, Van Eeden dice que en un primer estadio se dio cuenta de sus sueños y posteriormente adquirió la capacidad de dirigirlos a voluntad. Primero recogió sus ob-

servaciones en una novela, *La malla de los sueños* [196]. Se había mostrado reacio a publicar sus hallazgos como suyos, debido a su extraño carácter. Sin embargo, informó sobre ellos en un trabajo leído en una reunión de la Sociedad de Investigación Psíquica, y distinguió varias clases de sueños, entre ellos los demoníacos, en los cuales tenía que luchar con personalidades demoníacas, es decir, seres no humanos, independientes, que actuaban y hablaban [197]. Tuvo también sueños lúcidos, en los cuales se dirigía a sí mismo para encontrar personas muertas con las que había estado relacionado. Afirmó asimismo que en un sueño lúcido consiguió transmitir un mensaje subliminal a un médium. Sus experimentos quizá inspiraran la novela *Peter Ibbetson* de George du Maurier, un éxito de venta de la década de 1890, en la cual dos amantes que están separados se las arreglan para encontrarse cada noche en sus sueños y explorar juntos el mundo de su infancia, de sus antepasados y de los siglos pasados [198]. La vida onírica de Robert Louis Stevenson, que ya hemos mencionado en el capítulo III, se podría calificar de dirigida de forma semiinconsciente [199]. Este autor refiere haber utilizado la ayuda de sus «enanitos» o «duendes benéficos» como colaboradores a la hora de escribir sus novelas. Es extraño ver cómo, después de Hervey de Saint-Denis, el poder plástico de los sueños —conscientes o inconscientes— ha sido olvidado por los estudiosos de los sueños, con pocas excepciones [200].

El trabajo de los tres pioneros, Scherner, Maury y Hervey de Saint-Denis, dominó las investigaciones realizadas en el último tercio del siglo XIX. Durante este período trabajaron autores olvidados en su mayor parte en la actualidad y que han sido muy poco mencionados por los investigadores, con la excepción de Binswanger [201]. Strümpell, profesor de la Universidad de Leipzig, se preguntaba por qué el mundo es tan diferente en los sueños de lo que aparece en la vida vigil, y dio esta respuesta: cuando nos despertamos, somos incapaces de colocar el sueño en nuestro pasado o nuestro presente, y por ello tenemos tendencia a buscar su significado en el futuro [202]. A la pregunta de «¿Por qué el soñador cree que su sueño es real?» responde que el alma que sueña construye

---

196 Frederik van Eeden, *De Nachtbruid*, 1909. Traducción inglesa, *The Bride of Dreams*, Nueva York y Londres, Mitchell Kennerley, 1913.

197 Frederik van Eeden, «A Study of Dreams», *Proceedings of the Society for Psychical Research*, LXVII, núm. 26 (1913), 413-461.

198 George Du Maurier, *Peter Ibbetson*, Nueva York, Harper, 1891.

199 Robert Louis Stevenson, *A Chapter on Dreams*, en *Across the Plains*, Londres, Chatto y Windus, 1898, cap. VIII.

200 Georges Dumas, «Comment on gouverne les rêves», *Revue de Paris*, XVI (1909), 344-367.

201 Ludwig Binswanger, *Wandlungen in der Auffassung und Deutung des Traumes, von den Griechen bis zur Gegenwart*, Berlín, Springer-Verlag, 1928.

202 L. Strümpell, *Die Natur und Entstehung der Träume*, Leipzig, Von Veit and Co., 1874.

un «espacio onírico» en el cual se proyectan imágenes y recuerdos que dan la impresión de percepción verdadera en los momentos en que desaparece la distinción entre lo objetivo y lo subjetivo y el sentido de la causalidad. A la pregunta de «¿Por qué se olvida tan fácilmente el sueño?», Strümpell contesta que por la debilidad, laxitud e incoherencia de la mayoría de las imágenes de los sueños, aunque señala que más bien habría que saber «¿Por qué recordamos tanto de ellos?». Señaló el papel de las imágenes de diálogo en los sueños.

El libro *Sueño-fantasía* de Volkelt critica a los anteriores investigadores por dar demasiada importancia a los procesos negativos de los sueños y no la suficiente (con la única excepción de Scherner) al elemento positivo, sueño-fantasía [203]. Les acusa asimismo de atender en exceso al papel de las asociaciones, y no lo suficiente al hecho demostrado por Scherner de que el sueño-fantasía traduce impresiones corporales directamente en símbolos. Volkelt presenta varios ejemplos personales de sueños en los que se confirman los símbolos de Scherner. Lejos de admitir, como hacía la mayoría de los románticos, que en el sueño el alma escapa de las ataduras del cuerpo, dice que, por el contrario, cae en una dependencia mucho más inmediata del cuerpo. La percepción del propio cuerpo como totalidad ocurre en forma muy diferente en los sueños que en el estado vigil. Volkelt aborda con ello el problema de la modificación de la imagen corporal en los sueños.

En el mismo año, 1875, apareció el estudio sobre los sueños de Friedrich Theodor Vischer, que analiza el proceso por el que el soñador se rinde a sus imágenes, creando así la posibilidad de verse a sí mismo reflejado en ellas [204]. Las ideas de Scherner son desarrolladas desde el punto de vista de su aplicación a la teoría de la estética.

En 1876 apareció el estudio de Hildebrandt sobre los sueños y su utilización en la vida [205]. Este autor distingue cuatro posibilidades al respecto. Primero, la belleza de algunos sueños puede resultar agradable para el soñador. Segundo, el sueño da una imagen ampliada al soñador de sus tendencias morales. Las palabras de la Escritura «Todo aquel que odia a su hermano es un asesino» se confirman en los sueños, en los cuales el soñador comete un acto inmoral que le molesta cuando se despierta. En un examen más a fondo, el sueño se revela como la materialización de algún pensamiento inmoral incipiente. Hildebrandt llega a la conclusión de que un hombre perfectamente moral no debería soñar nada impuro. Tercero, el sueño puede aclarar ciertas cosas que en estado de vigi-

[203] Johannes Volkelt, *Die Traum-Phantasie*, Stuttgart, Meyer und Zeller, 1875.

[204] Friedrich Theodor Vischer, *Der Traum* (1875). Reimpreso en *Altes und Neues*, Stuttgart, Adolf Bonz, I (1882), 187-232.

[205] F. W. Hildebrandt, *Der Traum und seine Verwertung für's Leben. Eine psychologische Studie*, Leipzig, Reinboth, s. f.

lia habían sido percibidas de forma oscura, por ejemplo, que alguien desea herir al soñador. Cuarto, existen algunos sueños que anuncian una enfermedad, como ha sido descrito desde Aristóteles, y otros que informan de condiciones fisiológicas del cuerpo, como los descritos por Scherner.

Incidentalmente, la discusión de Hildebrandt sobre la responsabilidad moral del soñador por sus sueños fue utilizada por Joseph Popper, el cual, en un curioso ensayo, describe cómo, tanto si está despierta como dormida, es la misma persona la que tiene los mismos pensamientos y sentimientos y, por tanto, si en ella existe algo escondido o deshonesto, sus sueños serán absurdos o incluso disparatados [206]. Reconocemos aquí la noción que se convertiría en piedra angular de la teoría de los sueños de Freud.

Binz, en 1878, destacó el papel de las causas químicas y toxicológicas en la génesis de los sueños [207]. Ciertas sustancias químicas producen sueños específicos, como ocurre con el opio, la atropina, el alcohol, el hachís y el éter. Según Binz, los estudiosos de los sueños han dado demasiada importancia al aspecto psicológico y han ignorado en gran parte los factores fisiológicos productores de sueños.

Robert introdujo un nuevo punto de vista [208]. La Naturaleza, cree este autor, no hace nada sin necesidad. Si existen los sueños, deben tener una función necesaria. ¿Cuál puede ser? Robert supone que existe un proceso de eliminación en el cerebro, cuyo reflejo percibimos como un sueño. Por tanto, no es que el hombre pueda soñar, sino que debe soñar, para eliminar las imágenes que agobian su mente; así sucede cuando existe un flujo excesivo de percepciones del exterior, o de imágenes fantásticas. Tal es el caso en particular de las percepciones o ideas oscuras que no se han eliminado por completo. La eliminación ocurre mediante un proceso al que Robert denomina trabajo del sueño (*Traumarbeit*), a través del cual esas percepciones o ideas son incorporadas a la memoria u olvidadas. Las eliminadas las percibimos como imágenes de sueños; son «virutas del taller de la muerte». Una consecuencia importante es que «una persona a la que pudiéramos extirpar la capacidad para soñar, antes o después, quedaría mentalmente transtornada», y el tipo de transtorno mental estaría determinado por el tipo de preocupación eliminada por los sueños. Da el ejemplo de dos mercaderes, cada uno de los cuales recibe una carta en su oficina, pero que ambos olvidan leer. El primero

---

[206] Lynkeus (pseudónimo de Joseph Popper), *Phantasien eines Realisten*, II, Dresde, Reissner, 1899, págs. 149-163.

[207] C. Binz, *Über den Traum. Nach einem 1876 gehaltenen öffentlichen Vortrag*, Bonn, Adolph Marcus, 1878.

[208] W. Robert, *Der Traum als Naturnothwendigkeit erklärt*, 2.ª ed., Hamburgo, Hermann Seippel, 1886, págs. 13-17.

está en grandes dificultades económicas, mientras que el segundo se acaba de recuperar de ellas. Por tanto, existe una diferencia que se reflejará en sus sueños. Si no fueran capaces de descargar sus mentes mediante los sueños, el primero desarrollaría delirios de persecución, y el segundo, delirios de grandeza.

Yves Delage, biólogo francés, dedicó muchos años al estudio de los sueños. Dio un primer esbozo de su teoría en 1891 [209]. Comenzó su investigación desde una perspectiva original: ¿Sobre qué cosas *no soñamos?* Encontró que las cosas que ocupan la mente de forma importante durante el día no aparecen en los sueños, como tampoco los acontecimientos decisivos de la vida. Los amantes, por ejemplo, no sueñan uno con otro antes del matrimonio, durante la luna de miel o algún tiempo después; sólo lo hacen posteriormente, cuando se han acostumbrado uno a otro. A la pregunta de «¿Qué soñamos realmente?» respondió que la gran mayoría de las imágenes oníricas provienen de actos o pensamientos incompletos o de percepciones ilusorias, principalmente del día anterior. (No parece que Delage conociera a Robert). Esto no excluye que los sueños puedan ser provocados por un estímulo sensorial real, como describió Maury. La psicología de Delage es energético-dinámica, en la línea de Herbart. Nuestras impresiones, dice, son «acumuladoras de energía»; en otras palabras, cada una tiene su propia carga de energía, y dependiendo de la misma, se repelen o inhiben entre sí. Aunque nuestros sueños dominan los pensamientos o imágenes incompletos y recientes, en ellos pueden irrumpir impresiones completas, si tienen una carga muy fuerte de energía; esto es precisamente lo que ocurre en las pesadillas. Pero existe también una actividad independiente en los sueños, que va en forma decreciente de los ensueños al semisueño, y del sueño parcialmente dirigido al sueño ordinario. Pero el sueño no consta sólo de imágenes recientes sin modificar. En este aspecto Delage menciona dos procesos que ya habían sido descritos por Maury y Hervey de Saint-Denis. Uno es el de la fusión de representaciones dentro de una imagen; el otro, el de la atribución de un acto neutral a un sujeto distinto (en términos modernos, condensación y desplazamiento). Más aún, en el sueño pueden aparecer no sólo recuerdos recientes, sino también antiguos. Hay recuerdos viejos que se asocian con otros recientes, y en ocasiones se pueden reconstruir cadenas de asociaciones (como hizo Maury con las de tipo verbal). Delage creía que tales cadenas de asociaciones deben existir dentro de los sueños.

Por esta somera revisión se puede ver que los investigadores de los sueños desde 1860 hasta 1899 habían descubierto ya casi todas las nociones que serían sintetizadas por Freud y Jung y muchas otras que

[209] Yves Delage, «Essai sur la théorie du rêve», *Revue Scientifique,* XLVIII, núm. 2 (1891), 40-48. Se publicó más tarde en forma de libro, *Le Rêve, étude psychologique, philosophique et littéraire,* París, Presses Universitaires de France, 1919.

todavía no han recibido atención suficiente. En las teorías de Freud se pueden reconocer las influencias de Maury, Scherner, Strümpell, Volkelt y Delage. En cuanto a Jung, su teoría nos recuerda más la de Von Schubert y los románticos y muestra en ocasiones grandes analogías con la de Hervey de Saint-Denis.

La exploración del inconsciente

En las últimas décadas del siglo XIX, el concepto filosófico del inconsciente, según lo enseñaban Schopenhauer y Von Hartmann, era muy popular, y la mayoría de los filósofos contemporáneos admitían la existencia de una vida mental inconsciente. Los psicólogos buscaban pruebas científicas, y en este sentido se hicieron contribuciones decisivas en los años 1880 a 1900. También aquí tenemos que retroceder para ver el problema en su contexto propio. La afirmación de que una parte de la vida psíquica escapa del conocimiento consciente del hombre había sido mantenida durante muchos siglos. En los siglos XVII y XVIII atrajo más la atención; en el XIX, como uno de los problemas más debatidos, se convirtió finalmente en una de las piedras angulares de la moderna psiquiatría dinámica. El enfoque especulativo tradicional, que había sido también el de los románticos, se completaba ahora con otros dos, el experimental y el clínico [210].

El enfoque especulativo era el de los filósofos panteístas y el de los místicos de la India y Grecia, los Vedanta, Plotino, Dionisio Areopagita, muchos místicos de la Edad Media, Boehme, Schelling y los filósofos de la naturaleza, Schopenhauer, C. G. Carus y Von Hartmann. Hay que hacer notar, sin embargo, que en el curso del tiempo, los argumentos esgrimidos por estos filósofos fueron de naturaleza cada vez más claramente psicológica. El enfoque especulativo fue utilizado también por ciertos filósofos-psicólogos. Fue Leibniz el que propuso la primera teoría sobre la mente inconsciente apoyado por argumentos puramente psicológicos [211]. Habló de las pequeñas percepciones, es decir, de las que están bajo el umbral de conciencia de la percepción a pesar de que desempeñan un papel importante en nuestra vida mental. Herbart tomó el concepto de peque-

---

[210] La historia de las teorías del inconsciente ha sido tratada muchas veces. Ver, entre otras: James Miller, *Unconsciousness*, Nueva York, John Wiley, 1942; Donald Brinkmann, *Probleme des Unbewussten*, Zurich, Rascher, 1943; Edward L. Margetts, «The Concept of the Unconscious in the History of Medical Psychology», *Psychiatric Quarterly*, XXVII (1953), 115; H. Ellenberger, «The Unconscious before Freud», *Bulletin of the Menninger Clinic*, XXI (1957), 3-15; Lancelot Law Whyte, *The Unconscious before Freud*, Nueva York, Basic Books, 1960.

[211] G. W. von Leibniz, *Nouveaux essais sur l'entendement humain*, 1704; *Monadologie*, 1714.

ñas percepciones y de umbral de Leibniz, pero introdujo un punto de vista dinámico [212]. Concebía el umbral como una superficie donde había una multitud siempre cambiante de percepciones y representaciones que estaban constantemente luchando entre sí. Las más fuertes empujaban bajo el umbral a las más débiles; éstas, reprimidas, luchaban por volver a emerger, y por esta razón se asociaban muchas veces con otras representaciones. Bajo el umbral, las representaciones oscuras constituyen una especie de coro que acompaña el drama que se representa en el estrato consciente. Allí está también la masa de apercepción, un compacto manojo organizado de representaciones inconscientes. El que una nueva percepción sea retenida o no depende de que encaje en la masa de apercepción y de que pueda ser fácilmente asimilada por ella. Herbart dio fórmulas matemáticas de las relaciones de fuerzas existentes entre las percepciones. Aunque su teoría sobre el inconsciente tenía mucho de especulativa, ejerció una gran influencia sobre la psicología alemana durante todo el siglo XIX, extendiéndose hasta Griesinger y la concepción psicoanalítica de Freud. Un enfoque especulativo biológico, fue utilizado por Hering, el cual afirmaba que la memoria es una función general de la materia organizada y que, al lado de la memoria individual, existe también una memoria de la especie, de la cual es una manifestación el instinto. Ideas semejantes fueron expresadas en Inglaterra por el novelista Samuel Butler, y desarrolladas más tarde por Richard Semon, Hans Driesch y Eugen Bleuler.

El enfoque experimental del estudio del inconsciente fue introducido por Fechner con su psicofísica [213]. Para comprobar su hipótesis metafísica acerca de la relación entre mente y cuerpo, comenzó hacia 1850 una larga serie de experimentos sobre la relación matemática entre la intensidad de los estímulos y la intensidad de las percepciones. Cuando comprobaba esta última, daba valores negativos a los estímulos que estaban por debajo del umbral de percepción. Sin embargo, halló que la diferencia entre el estado vigil y el estado de sueño no era fundamentalmente una diferencia de intensidad de una cierta función mental. Era como si las mismas actividades mentales se desplegaran de forma alternativa en diferentes escenarios (comentario que sería el punto de partida del concepto topográfico de Freud sobre la mente). Mientras que Fechner y sus sucesores trataban de medir las percepciones inconscientes, Helmholtz descubrió el fenómeno de la «inferencia inconsciente»: no percibimos los objetos como impresionan nuestros órganos sensoriales, sino como «de-

---

212 J. F. Herbart, *Psychologie als Wissenschaft, neugegründet auf Erfahrung. Metaphysik und Mathematik* (1824), en *Sämtliche Werek*, Leipzig, Voss, 1850, vols. V y VI.

213 G. T. Fechner, *Elemente der Psychophysik*, 2 vols., Leipzig, Breitkopf und Härtel, 1860.

berían ser» [214]. La percepción es una especie de reconstrucción instantánea e inconsciente de lo que nuestra experiencia anterior nos ha enseñado acerca del objeto. No sólo ayuda a la sensación, sino que abstrae de ella, reteniendo solamente lo que es utilizable para nuestro conocimiento de los objetos, a partir de los datos sensoriales.

Un nuevo enfoque experimental fue el de Chevreul [215], el cual demostró que los movimientos de la varita mágica y del péndulo estaban ocasionados por movimientos musculares inconscientes del sujeto, producidos por pensamientos inconscientes. Extendió su investigación a los movimientos de las «mesas movibles»: No son los «espíritus» —dijo —los que mueven las mesas, sino los movimientos musculares inconscientes de los participantes; los supuestos mensajes de los «espíritus» son la expresión de los pensamientos inconscientes del médium [216]. El mismo concepto de que los pensamientos inconscientes se expresan a través de movimientos inconscientes fue aplicado posteriormente a los fenómenos de «cumberlandismo» (es decir, lectura mental) y escritura automática. Otro enfoque experimental fue el concebido por Galton cuando diseñó la prueba de asociación de palabras. Halló que las respuestas no se daban al azar, sino que tenían cierta relación con los pensamientos, sentimientos y recuerdos del individuo [217]. Este aspecto, sin embargo, fue menospreciado por sus seguidores, y hasta C. G. Jung no se utilizó la prueba para detectar las representaciones inconscientes. Por último, Narziss Ach, en una serie de investigaciones de laboratorio que abordaban directamente el problema de la actividad inconsciente en el pensamiento y en la voluntad, demostró de forma experimental el papel de las tendencias determinantes inconscientes en la ejecución de actos conscientes de la voluntad y el pensamiento [218].

Otro enfoque fue el debido a la nueva investigación parapsicológica, que tuvo sus orígenes en Inglaterra. En la década de 1870 surgió un movimiento en la Universidad de Cambridge dirigido a explorar la profundidad de la mente desconocida y particularmente los hechos de clarividencia, adivinación del futuro y supuestas comunicaciones con los muertos. Después de un largo período de asociación informal, en 1882 fue fundada la Sociedad de Investigación Psíquica por un físico, William Barrett; un

---

214 Hermann von Helmholtz, *Handbuch der physiologischen Optik*, III (1859), 3.ª ed., Hamburgo, L. Voss, 1910, págs. 3-7.

215 Michel-Eugène Chevreul, «Lettre à M. Ampère», *Revue des Deux Mondes*, 2.ª serie (1833), II, 258-266.

216 Michel-Eugène Chevreul, *De la Baguette divinatoire, du pendule explorateur, des tables tournantes, au point de vue de l'histoire, de la critique et de la méthode expérimentale*, París, Mallet-Bachelier, 1854.

217 Francis Galton, «Antechamber of Consciousness», reimpreso en *Inquiries into Human Faculty*, Londres, Dent, 1907, págs. 146-149.

218 Narziss Ach, *Über die Willenstätigkeit und das Denken*, Gotinga, Vandenhoek und Ruprecht, 1905.

clérigo, el reverendo Stainton Moses; un filósofo, Henry Sidgwick; y un joven erudito clásico, Frederick Myers, el cual desempeñaría el papel más importante en los primeros veinte años de la Sociedad[219]. La base del pensamiento de Myers era la pregunta filosófica: «¿Es el universo amistoso?». Una respuesta satisfactoria a esta pregunta, pensaba, sólo se podría dar después de responder a una pregunta preliminar: «¿Tiene la vida del hombre una continuidad más allá de la tumba?». El problema de la supervivencia después de la muerte fue colocado así en un primer plano de la investigación parapsicológica. En este contexto surgieron muchos otros problemas, y Myers opinó que se debía realizar un análisis completo de los temas de la hipnosis y de la personalidad dual, así como de los fenómenos parapsicológicos corrientes, antes de abordar la cuestión de la comunicación con los espíritus de los fallecidos. Comenzó, pues, un examen crítico de toda la literatura que trataba de ellos. Los resultados de su investigación, además de los procedentes de su propia investigación parapsicológica y de la de sus colegas, fueron compilados en una obra enciclopédica publicada a título póstumo en 1903[220]. Myers fue, por tanto, no sólo un parapsicólogo, sino también uno de los grandes sistematizadores de la noción de la mente inconsciente. Según su punto de vista, el «sí mismo subliminal» (como él lo denominaba) ejerce funciones inferiores y superiores. Las primeras se demuestran en los procesos de disociación, descritos por los psicopatólogos, mientras que las funciones superiores se revelan en las obras de los genios, que podían ser comprendidas como el «empuje subliminal» de ricos almacenes de información, sentimiento y reflexión que yacen bajo la conciencia del pensador. Myers creía que a través de las funciones superiores la mente humana puede entrar también en comunicación ocasional con los espíritus de los muertos. Una tercera función del inconsciente es la que calificó de mitopoética, es decir, la tendencia inconsciente a tejer fantasías. Es una lástima que Myers no siguiera la implicación de su fructífera noción hasta su último extremo.

El enfoque clínico de la exploración del inconsciente había sido muy utilizado durante todo el siglo XIX, dado que una gran parte del trabajo de los magnetizadores e hipnotizadores tenía esa característica básica, aunque se realizaba casi siempre asistemáticamente y muchas veces sin crítica o distinción suficiente entre los conceptos experimentales y la teoría.

---

219 Gardner Murphy, «The Life and Work of Frederick W. H. Myers», *Tomorrow*, II (invierno de 1954), 33-39.

220 Frederick W. H. Myers, *Human Personality and its Survival of Bodily Death*, 2 vols., Londres, Longmans, Green and Co., 1903.

En Francia, el interés por tal investigación fue renovado después de la publicación de la obra de Charles Richet en 1875 [221]. A principios de la década de 1880, cuando Charcot y Bernheim iniciaron el estudio clínico de la hipnosis, surgió una oleada de escritos y publicaciones. El estado del problema del inconsciente, según se encontraba a finales de la década de 1880, fue esbozado por Héricourt en una investigación publicada en 1889, en la que establecía que la actividad inconsciente de la mente es una verdad científica establecida fuera de toda duda, y concedía a Chevreul la gloria de haberlo demostrado experimentalmente [222]. Como manifestaciones cotidianas de la vida inconsciente, Héricourt menciona los hábitos y el instinto, los recuerdos olvidados que surgen espontáneamente en la mente, los problemas que se resuelven durante el sueño, los movimientos inconscientes que tienen contenido y significado psicológico, e incontables sentimientos de simpatía y antipatía. Incluso en la vida diaria, nuestra mente consciente permanece bajo la dirección del inconsciente. Recibimos sugestiones del medio, no sólo en los experimentos hipnóticos, sino también en el estado vigil, y las transformamos en pensamientos y sentimientos que creemos propios. Otras pruebas de la actividad del inconsciente se encuentran en la histeria, el mediumismo y la escritura automática. La relación entre la mente consciente y la inconsciente puede ser de tres tipos: 1) Normalmente, debe haber una colaboración pacífica, en la que el inconsciente se contenta con ser un auxiliar silencioso. 2) Pero puede ocurrir una especie de desvío y el inconsciente se organiza entonces en forma de «segunda personalidad»; es lo que ocurre de forma temporal en la hipnosis y permanente en algunos pacientes como Félida. 3) Por último, puede tener lugar una rebelión abierta del inconsciente contra la mente consciente, con una lucha más o menos prolongada y una serie de resultados tales como los impulsos, fobias y obsesiones. La enfermedad se manifiesta cuando la mente consciente ha cedido ante la inconsciente.

Entre 1889 y 1900 se produjeron grandes avances en la exploración clínica del inconsciente. Janet publicó su *Automatisme Psychologique* en 1889 y su impacto, como veremos en el capítulo siguiente, fue considerable y dominó el tema durante algún tiempo. El autor prosiguió en sus investigaciones en esta línea durante varios años. Mientras tanto, Breuer y Freud publicaron su «informe preliminar» de 1893, y sus *Estudios sobre la histeria* en 1895, sobre los que volveremos en el capítulo VII. Al mismo

---

221 Charles Richet, «Du Somnambulisme provoqué», *Journal de l'Anatomie et de la Physiologie normales et pathologiques de l'homme et des animaux*, II (1875), 348-377.

222 Jules Héricourt, «L'Activité inconsciente de l'esprit», *Revue scientifique*, 3.ª serie, XXVI (1889), II, 257-268.

tiempo, Flournoy llevaba a cabo independientemente en Ginebra una investigación de gran originalidad.

Théodore Flournoy (1854-1920), médico, filósofo y psicólogo, así como discípulo de Wundt, fue nombrado profesor de psicología de la Universidad de Ginebra en 1891. Había aprendido las técnicas de la psicología experimental y tratado de aplicarlas a los problemas de la parapsicología. Tomó como máximas lo que él denominaba *principio de Hamlet*: «Todo es posible», y *principio de Laplace*: «El peso de las pruebas debe ir en proporción con la extrañeza del hecho». Llevó a cabo un estudio minucioso sobre los médiums de Ginebra. En diciembre de 1894 fue invitado a una reunión en la que una médium, Catherine Muller, revelaba sus habilidades. Se sintió intrigado al oír que hablaba de ciertos acontecimientos que habían ocurrido hacía mucho tiempo en su propia familia, y se preguntó cómo podría haberse enterado de ellos. Pero no se precipitó a extraer ninguna conclusión. Llevó a cabo una investigación minuciosa sobre el origen y entorno de la médium y encontró que, tiempo antes, había existido una conexión temporal entre los parientes de la misma y los suyos, de modo que ésta podía haber oído hablar de dichos acontecimientos y luego haberlos olvidado. Flournoy se convirtió en un asiduo de aquellas reuniones, y desde entonces el mediumismo de Catherine sufrió un notable cambio [223]. Entraba en estado sonámbulo completo y manifestaba cambios en la personalidad, en los que reencarnaba supuestamente escenas de sus vidas anteriores. Fue el comienzo de una investigación de cinco años de duración. Catherine Muller, más conocida por el seudónimo de Hélène Smith, era una mujer alta y hermosa de treinta años de edad, que trabajaba como vendedora en una tienda. Era una creyente ferviente en el espiritismo, y nunca aceptó pago alguno por su trabajo como médium. Sus declaraciones eran consideradas por su círculo de admiradores como revelaciones de otro mundo, mientras que los escépticos las consideraban como un fraude. Flournoy afirmó que no era ni una cosa ni la otra, y que se podía dar una explicación natural. Comenzó por analizar los tres ciclos de la médium. En el primero reencarnaba su supuesta vida anterior como princesa india del siglo XV. En el segundo representaba escenas de la vida de María Antonieta, de la que también pretendía ser un reencarnación. En el ciclo marciano pretendía estar familiarizada con el planeta Marte, sus paisajes, habitantes e idioma, que podía hablar y escribir. Flournoy consiguió identificar gran parte de este material en libros que la mujer había leído de niña. En una *Historia de la India* encontró los detalles principales que habían dado lugar al ciclo hindú. El resultado de la investigación de Flournoy fue publicado en su

[223] Edouard Claparède, «Théodore Flournoy. Sa Vie et son oeuvre», *Archives de Psychologie*, XVIII (1923), 1-125.

libro *Desde la India hasta el planeta Marte,* en el cual demostraba que las revelaciones de la médium eran «fábulas de la imaginación subliminal» basadas en recuerdos olvidados y que expresaban cumplimientos de deseos, y que el espíritu guía de Hélène Smith, Leopold, era una subpersonalidad inconsciente de la misma [224]. Cada uno de los ciclos, añadía Flournoy, estaba construido sobre una «reversión» de la personalidad a ciertas edades: el ciclo de María Antonieta a la edad de dieciséis años, el ciclo hindú a los doce, y el romance marciano a la primera infancia. Flournoy concluía: «Al igual que la teratología ilustra la embriología, la cual a su vez explica la teratología, y al igual que ambas se unen para iluminar la anatomía, del mismo modo podemos esperar que el estudio de los hechos del mediumismo pueda algún día ayudarnos a conseguir una visión exacta y fructífera de la psicogénesis normal». Un aspecto de la investigación que parece insuficiente en la actualidad es el de la relación (en el lenguaje actual, transferencia) entre la médium y el investigador. De la unión de Hélène Smith a Flournoy se habla más de una vez en el libro. Según Claparède, Flournoy había comprendido muy bien su naturaleza psicosexual, pero la discreción le impidió extenderse sobre ella, puesto que sabía que el libro sería leído por la médium y su círculo de amistades [225].

La publicación de la obra tuvo repercusiones inesperadas. Mientras que Flournoy demostraba que el lenguaje «marciano» estaba construido sobre la base gramatical del francés, un lingüista, Victor Henry, afirmó que gran parte del vocabulario estaba formado por palabras húngaras deformadas [226]. (El húngaro era la lengua materna del padre de la médium). Hélène Smith rompió posteriormente con Flournoy y con sus amigos espiritistas. Una rica dama americana le donó una cantidad de dinero lo suficientemente elevada como para permitirle dedicarse por completo a su actividad como médium. Fue un golpe fatal para su salud mental. Abandonó su posición, rompiendo así su último lazo con la realidad, y vivió en aislamiento casi completo, entrando en sonambulismo para pintar cuadros religiosos [227]. Después de su muerte, estas pinturas fueron exhibidas en Ginebra y París [228].

---

[224] Théodore Flournoy, *Des Indes à la Planète Mars. Étude sur un cas de somnambulisme avec glossolalie,* París y Ginebra, Atar, 1900; *From India to the Planet Mars. A study of a case of somnambulism with glossolalia,* Nueva York y Londres, Harper, 1900.

[225] Edouard Claparède, «Théodore Flournoy. Sa vie et son oeuvre», *Archives de Psychologie,* XVIII (1923), 1-125.

[226] Victor Henry, *Le Langage martien. Étude analytique de la genèse d'une langue dans un cas de glossolalie somnambulique,* París, Maisonneuve, 1901.

[227] H. Cuendet, *Les Tableaux d'Hélène Smith peints à l'état de sommeil,* Ginebra, Atar, 1908.

[228] Un control detallado del curso clínico de la médium ha sido dado por Wladimir Deonna, *De la planète Mars en Terre Sainte,* París, De Boccard, 1932.

Es ésta la mejor conocida de las investigaciones de Flournoy en el campo del inconsciente, y la que muestra la dirección que siguió. Su primera preocupación fue la de evitar que intervinieran hipótesis innecesarias en los procesos parapsicológicos. Trataba de seguir numerosos de estos fenómenos hacia atrás hasta llegar a recuerdos inconscientes olvidados (para los cuales acuñó el término «criptomnesia»). De la misma forma, demostró el origen psicológico, aunque inconsciente, de ciertos mensajes espiritistas [229]. Otra preocupación principal suya fue investigar las diversas funciones del inconsciente, considerando como primera de ellas la actividad creadora. Describe a una joven madre que de tiempo en tiempo dictaba fragmentos filosóficos que estaban muy lejos del hábito de su interés y conocimiento [230]. Un segundo tipo de funciones del inconsciente era, para él, el de las de índole protectora. Menciona casos en que el inconsciente proporciona calor, comodidad o medios de recuperarse de una falta que se ha cometido. Una tercera función es la compensación, particularmente destacable en el caso de Hélène Smith, mujer joven, ambiciosa y bien educada que se sentía frustrada en sus condiciones sociales y financieras y a la que las fantasías de fantasía subliminal elevaron el cumplimiento vicariante de sus deseos. Por último, la función lúdica, o de juego, del inconsciente se manifiesta en estas fantasías de la imaginación subliminal. Según Flournoy, esto es esencial para la comprensión de la psicología de la médium. La mayoría de los médiums no desean engañar, sino que quieren jugar, como las niñas pequeñas con sus muñecas, pero algunas veces la vida fantástica toma el control.

A finales del siglo XIX, el problema del inconsciente había sido enfocado desde diversos puntos de vista. Para resumir, podemos decir que en el año 1900 se habían demostrado cuatro aspectos diferentes de la actividad del inconsciente: el conservador, el disolutivo, el creador y el mitopoético.

1) Las funciones *conservadoras* eran concebidas a modo de un registro de un gran número de recuerdos, incluso de percepciones inconscientes, que han sido almacenados y de las cuales el individuo consciente no sabe nada en absoluto. Existían historias clínicas de pacientes que durante la fiebre hablaban un idioma que habían aprendido de pequeños y olvidado completamente después [231]. El hipnotismo proporcionó abundantes ejemplos de «hipermnesia», y hemos visto cómo los agudos estudiosos de los sueños, como Maury y Hervey de Saint-Denis, consiguieron identificar imágenes oníricas aparentemente nuevas como recuerdos olvidados. La

229 Theodore Flournoy, «Genèse de quelques prétendus messages spirites», *Annales des Sciences psychiques*, IX (1899), 199-216.

230 *Congrès International de Psychologie*, Munich, 1896, págs. 417-420.

231 Henry Freeborn, «Temporary Reminiscence of a Long-Forgotten Language During the Delirium of Broncho-Pneumonia», *Lancet*, LXXX (1902), I, 1685-1686.

acción continuada de las percepciones y recuerdos olvidados fue ilustrada por Korsakov, quien se refirió a un paciente amnésico que manifestaba su miedo por las máquinas eléctricas, aunque parecía haber olvidado por completo sus tratamientos eléctricos previos [232]. Flournoy insistió en la acción persistente de la criptomnesia y en cómo podría explicar ésta supuestos hechos de clarividencia o telepatía. Una discusión clásica a finales del siglo XIX entre psicólogos y filósofos era la de si el individuo retiene un registro inconsciente de la totalidad de los recuerdos de toda su vida.

2) Las funciones *disolutivas* del inconsciente se entendieron integradas por dos tipos de fenómenos. Uno es el de los fenómenos psíquicos que en una ocasión fueron conscientes pero que se han hecho automáticos (como es el caso de los hábitos). El otro es el formado por partes disociadas de la personalidad que todavía pueden llevar una existencia parasitaria e interferirse con los procesos normales. El ejemplo clásico era el de la sugestión poshipnótica. Existían también los hechos investigados por Charcot, Binet, Janet, Delboeuf y Myers. Alrededor de 1895, «la suposición de que las tendencias perturbadoras se veían empujadas al interior del inconsciente era una cosa aceptada» [233]. Estos fenómenos fueron el punto de partida de la investigación tanto de Janet como de Freud.

3) La función *creadora* del inconsciente había sido destacada mucho tiempo atrás por los románticos, después de forma más psicológica por Galton, y posteriormente por Flournoy y Myers [234].

4) La función *mitopoética* (término éste aparentemente inventado por Myers) es una «región intermedia» del sí mismo subliminal, donde tiene lugar perpetuamente una extraña fabricación de fantasías internas [235]. Su gran explorador fue Flournoy, con su investigación sobre Hélène Smith y otros médiums. En esta concepción, el inconsciente parece estar continuamente entretenido en crear ficciones y mitos, que en ocasiones permanecen inconscientes o aparecen únicamente en los sueños. A veces toman la forma de ilusiones que se desarrollan espontáneamente en el fondo de la mente del sujeto (hecho sugerido por Charcot). En ocasiones, estas ficciones salen al exterior en la forma de sonambulismo, hipnosis, posesión, trance de médium, mitomanía o ciertos delirios. Otras veces las funciones mitopoéticas se expresan de forma orgánica (uno de los posibles conceptos de histeria). Es sorprendente, sin embargo, que la noción

---

232 Sergiei Korsakov, «Étude médico-psychologique sur une forme de maladies de la mémoire», *Revue Philosophique*, XXVIII (1889), II, 501-530.

233 Gardner Murphy, *Historical Introduction to Modern Psychology*, Nueva York, Harcourt Brace, 1949, pág. 204.

234 Francis Galton, «Antechamber of Consciousness», reimpreso en *Inquiries into Human Faculty*, Londres, Dent, 1907, págs. 146-149.

235 Gardner Murphy y Robert O. Ballou, *William James on Psychical Research*, Londres, Chatto and Windus, 1961, pág. 221.

de la función mitopoética del inconsciente, que parecía tan prometedora, no fuera investigada más a fondo.

El gran año

Los últimos quince años del siglo XIX no pueden comprenderse bien sin tener en cuenta el espíritu *fin de siècle* que impregnaba la vida y pensamiento de la época. Pero según llegaba el siglo a su fin, la preocupación del *fin de siècle* era reemplazada por la del Gran Año, que iba a cerrar el siglo y abrir el camino a una nueva era desconocida. El año 1900 adquirió el valor de un símbolo, que significaba a la vez el término de un siglo y el nacimiento de uno nuevo. Los astrónomos, desde luego, señalaron que sería como cualquier otro, pero persistía el sentimiento popular fiel al significado simbólico que los etruscos o los aztecas habían dado al cambio de siglos y al Gran Año. Era por lo menos la oportunidad dorada para que filósofos, profesores, científicos y escritores hicieran el balance del siglo XIX y las predicciones para el XX.

Alfred Wallace, en su *Siglo maravilloso*, trató de valorar los éxitos y fracasos del XIX[236]. Entre los aspectos positivos se incluía un amplísimo catálogo de descubrimientos en todos los campos de la ciencia, desde la física y la astronomía hasta la ciencia natural, incluyendo la teoría de la selección natural y la aplicación de estos hallazgos a las formas de viajar, la transmisión del pensamiento, las máquinas que ahorraban trabajo, etc. En el aspecto negativo, Wallace agrupó la vacunación (un delirio) y su imposición penal (un delito), el vergonzoso olvido de la frenología que, predijo, «obtendría con toda seguridad aceptación general en el siglo XX», y también el hipnotismo y la investigación psíquica. Pero las tres grandes plagas del siglo XIX habían sido el «demonio de la avaricia», el «expolio de la tierra» y el «vampiro de la guerra». El primero había traído consigo un enorme incremento de la miseria en el mundo, el segundo era un insulto hecho a la posteridad y el tercero había convertido el mundo en «la mesa de juego de las seis grandes potencias», por no hablar de la exterminación de las poblaciones nativas. Visto desde este punto de vista, los pronósticos para el siglo XX parecían bastante sombríos.

La mayoría de los nuevos profetas veían el futuro desde el punto de vista de sus propios intereses. Un autor de libros famosos de divulgación, Büchner, profetizó que el nuevo siglo acometería todo lo que el anterior había dejado sin hacer, y haría surgir la síntesis de la ciencia

---

236 Alfred Russel Wallace, *The Wonderful Century. Its Successes and Failures*, Londres, Sonnenschein, 1898.

y de la vida [237]. Ellen Key, sueca que se había distinguido como militante de los derechos de la mujer, anunció que el siglo XX se daría cuenta de los derechos y tendría que preocuparse del bienestar de los niños; sería «el siglo de la infancia» [238]. Un socialista, Hertzka, describió en una novela el mundo futuro como un paraíso socialista dotado de todo tipo de mejoras técnicas, entre las que se incluían las excursiones en aeroplanos [239]. Haeckel profetizó la desaparición de las antiguas religiones basadas en creencias supersticiosas, y la aparición de una nueva religión, la Iglesia Monista, basada en la ciencia pero que se mantendría fiel a los ritos estéticos a imitación de las antiguas ceremonias religiosas [240]. En los nuevos templos no habría cruces ni estatuas de santos, sino maravillosas palmeras y acuarios con medusas, corales y estrellas de mar. El altar sería reemplazado por un globo celestial que mostraría los movimientos de las estrellas y planetas.

Los marxistas no dejaron de hacer pronósticos basados en su análisis dialéctico. Friedrich Engels escribió que la espada de Damocles de la guerra colgaba sobre la cabeza de la humanidad y que, en el primer día de dicha guerra, todos los tratados y alianzas serían rotos. Sería una guerra de razas, con los alemanes en un lado, y los latinos y eslavos en el otro. Habría entre quince y veinte millones de combatientes, y la única razón por la que todavía no había estallado era la imposibilidad de predecir su resultado [241].

H. G. Wells trató de hacer predicciones racionales basado en un análisis cuidadoso de las tendencias sociales, políticas y científicas de finales del siglo [242]. Profetizó un tremendo desarrollo de la ciencia y la tecnología, así como del tráfico; la muerte de los ferrocarriles, que serían reemplazados por el tráfico motorizado (consideraba impracticable el tráfico aéreo); una enorme expansión de las ciudades; la aparición de una nueva clase media compuesta principalmente por técnicos; la desaparición de la clase agraria y de los parásitos sociales, es decir, tanto del rico ocioso como del pobre improductivo; la desaparición de los «idiomas secundarios», permaneciendo solamente el inglés y el francés; nuevos tipos de guerras que supondrían «un monstruoso ataque y presión de unos pueblos contra otros»; y la falta de respeto a los derechos de las poblaciones

237 Ludwig Büchner, *Am Sterbelager des Jahrhunderts. Blicke eines freien Denkers aus der Zeit in die Zeit*, Giessen, Emil Roth, 1898.

238 Ellen Key, *The Century of the Child* (1899). Traducción inglesa revisada por el autor, Londres y Nueva York, G. P. Putnam's Sons, 1909.

239 Theodor Hertzka, *Entrückt in die Zukunft. Sozialpolitischer Roman*, Berlín, F. Dümmler, 1895.

240 Ernst Haeckel, *Die Welträthsel*, Bonn, Emil Strauss, 1899.

241 Friedrich Engels, «Einleitung zu 'Der Bürgerkrieg in Frankreich' von Karl Marx Ausgabe 1891», *Karl Marx-Friedrich Engels Werke*, Berlín, Dietz, XVII (1962), 616.

242 H. G. Wells, *Anticipations of the Reaction of Mechanical and Scientific Progress upon Life and Thought*, Nueva York y Londres, Harper Bros., 1902.

civilizadas. Pero en medio de este tumulto, la aparición de un grupo de «hombres cinéticos» traería consigo una nueva filosofía y una nueva moralidad.

Quizás las más leídas de todas estas predicciones fueron las «novelas del siglo XX» del escritor francés Albert Robida, quien las ilustró con fantásticos dibujos de gente vestida a la moda de 1895, en medio de fantásticas máquinas y gigantescos edificios modernistas[243]. Predijo también un fabuloso desarrollo de la ciencia y la tecnología, y afirmó que todas las manifestaciones de la vida serían dependientes de la electricidad. El tiempo sería controlado por un instituto meteorológico; los desiertos serían irrigados y toda la tierra baldía, reclamada y poblada. Las ciudades se extenderían por todas partes; la población de París llegaría a alcanzar los once millones de habitantes. Habría un tráfico incesante de un lugar a otro, servido por túneles neumáticos y aviones. Sería posible obtener comunicación instantánea con alguien situado en cualquier parte del mundo a través del «tele», teléfono combinado con una especie de espejo en el que cada uno podría ver a la persona con la que estaba hablando. Las personas ya no se escribirían unas a otras, sino que se enviarían discos. Los libros serían reemplazados en su mayor parte por «fonolibros». Sería una era de confusión lingüística y cultural en la que los antiguos clásicos solamente serían leídos en forma condensada. Las amas de casa ya no cocinarían; un instituto alimenticio despacharía comidas mediante tubos neumáticos. La ciencia permitiría oír las voces del pasado, revivir las especies animales extinguidas o producir artificialmente un ser humano viviente bajo condiciones experimentales. Las mujeres serían en todas partes iguales al hombre. Surgiría un nuevo feudalismo de los negocios y millones de trabajadores sufrirían una vida de terrible dureza. La vida sería febril y fatigante, y estaría dominada por una constante sobreestimulación. Aparecerían nuevas formas de arte y nuevos deportes, como la caza submarina. Desaparecería la intimidad porque la ciencia proporcionaría medios ilimitados para el espionaje. Habría guerras terribles, no ya causadas por ideales pasados de moda, sino por el afán de conquista de los mercados comerciales. El valor individual carecería de importancia en dichas guerras, en las que se utilizarían gases venenosos y microbios. Permanecerían, sin embargo, algunos refugios de paz. Bretaña, por ejemplo, sería transformada en una reserva en la que los bretones vivirían exactamente de la misma forma que en el siglo XIX, mientras que Italia sería convertida en un gigantesco parque de atracción para turistas.

Al menos un psiquíatra probó fortuna en este juego. Al concluir un trabajo acerca de las grandes psicosis colectivas de los siglos XVI al XIX,

[243] Albert Robida, *Voyage de fiançailles au XX^e siècle*, París, Conquet, 1892; *Le Vingtième Siècle. La vie électrique*, París, Librairie Illustrée, 1895; *Le Vingtième Siècle. Texte et dessins*, París, Montgrédien, s. f.

Regnard trató de esbozar lo que sería la psicosis de masas en el siglo XX[244]. Considerando el declinar de la familia, la aristocracia y la religión, la liberación de la competencia social incontrolada, la extensión de las ideologías revolucionarias y el efecto pernicioso del alcoholismo, predijo que la psicosis de masa del siglo XX sería probablemente «la locura del sacrificio, la locura de la sangre y la destrucción».

En psicología y psiquiatría, como en todos los demás campos, pocos parecían dudar de que el futuro entrañaría un gran progreso y quizá grandes sorpresas. En 1892 Janet afirmó que en el siglo XX «todos los pacientes, desde el simple reumático al paralítico general, serán investigados psicológicamente en profundidad», suposición que parecía paradójica en aquella época[245]. Bergson declaró en 1901: «Explorar el inconsciente, trabajar en el subterráneo de la mente con métodos especialmente adecuados, ésta debe ser la tarea principal de la psicología en el siglo que ha empezado. No dudo de que se harán grandes descubrimientos, tan importantes quizás como han sido en los siglos anteriores los de la física y las ciencias naturales»[246].

Mientras tanto, se había puesto de moda un nuevo término, la palabra «psicoterapia», utilizada al principio por algunos de los discípulos de Bernheim[247]. Fue rápidamente adoptada por los escritores y por el público, y se hicieron conjeturas sobre la psicoterapia del futuro[248]. Van Eeden reconoció que la hipnosis y la sugestión actuaban solamente en los pacientes de las clases inferiores; «es inadmisible que una terapia valga sólo para los pacientes del hospital», añadió[249]. Se tenía que encontrar una psicoterapia para las personas formadas; debería ser un método no autoritario, que mantuviera intacta la libertad personal, explicando al paciente lo que sucede en su mente, y garantizando «que todos los métodos empleados actúan únicamente a través de su propia psique».

De este modo, muchos en el año 1900 esperaban la aparición de una nueva psiquiatría dinámica, pero pocos, aparentemente, se daban cuenta de que ya había nacido.

---

244 Paul Regnard, *Les Maladies épidémiques de l'esprit*, París, Plon, 1887, págs. 423-429.

245 Pierre Janet, «L'Anesthesie hystérique», *Archives de Neurologie*, XXIII (1892), 323-352.

246 Henri Bergson, «Le Rêve», *Bulletin de l'Institut psychologique international*, I (1900-1901), 97-122.

247 Frederick Van Eeden, en su obra autobiográfica *Happy Humanity*, Nueva York, Doubleday, Page and Co., 1912, pretende haber introducido el término, añadiendo, sin embargo, que Hack Tuke ya utilizaba la palabra «psicoterapéutica».

248 Maurice Barrès, *Trois stations de psychothérapie*, París, Perrin, 1891.

249 Frederick van Eeden, «The Theory of Psycho-Therapeutics», *The Medical Magazine*, I (1895), 230-257.

VI

PIERRE JANET Y EL ANALISIS PSICOLÓGICO

Cronológicamente hablando, Pierre Janet fue el primero en fundar un nuevo sistema de psiquiatría dinámica destinado a reemplazar a los del siglo XIX, y a causa de ello, su trabajo es también el nexo de unión entre la primera psiquiatría dinámica y los nuevos sistemas. Ninguno de los nuevos pioneros conocía mejor que él la primera psiquiatría dinámica ni extrajo más (o, por lo menos, más conscientemente) de ella. Su trabajo fue también una de las fuentes principales para Freud, Adler y Jung, quienes, al contrario que Janet, derivaban más o menos directamente del romanticismo, mientras que él prosiguió su propio desarrollo. En el contraste existente entre Janet, por un lado, y Freud, Adler y Jung, por el otro, se puede ver una manifestación más del existente entre el espíritu de la Ilustración y el del romanticismo.

El escenario de la vida de Pierre Janet

Pierre Janet nació en París en 1859 y allí murió en 1947. Exceptuando siete años que pasó de profesor en provincias y varios viajes al extranjero, vivió toda su vida en la capital francesa y era completamente parisiense en sus modales y costumbres.

En el momento del nacimiento de Janet en 1859, el reinado de Napoleón III estaba en su apogeo; pocos años después, sin embargo, Napoleón III se vio envuelto en la desastrosa guerra mejicana; el régimen declinó, y fue finalmente barrido por la derrota en la guerra franco-alemana de 1870. A los once años, Pierre Janet sufrió junto con su familia el sitio de París, con el hambre y bombardeos que lo acompañaron. Estrasburgo, el lugar de nacimiento de su madre, fue ocupado y anexionado por los alemanes. Los años de su adolescencia y juventud fueron los de

la rápida recuperación de Francia y la gran prosperidad económica e intelectual, así como los de la constitución del imperio colonial francés. En 1886, cuando Janet publicó sus primeros trabajos científicos, Francia sufría la fiebre del movimiento boulangista, que despertó, temporalmente, una exaltación patriótica y el deseo de volver a anexionarse Alsacia y Lorena. Los primeros trabajos importantes de Janet fueron publicados durante el período de relativa paz comprendido entre 1889 y 1905. Desde esta última fecha hasta 1914, las tensiones en Europa iban en aumento, manifestadas por una serie de crisis, cuya gravedad aumentó hasta que, en 1914, estalló la Primera Guerra Mundial. Janet tenía sesenta años cuando terminó la guerra con la victoria de los aliados y el Tratado de Versalles. Francia, exhausta, había perdido su categoría de gran potencia mundial y sufría una crisis intelectual y moral. Janet comenzó a reconsiderar sus teorías en 1925 y construyó un nuevo sistema que pasó casi desapercibido en medio de la confusión política y moral. Cuando Hitler alcanzó el poder en Alemania en 1933, Janet tenía setenta y tres años. Se retiró dos años después, pero siguió trabajando. Al comienzo de la Segunda Guerra Mundial había alcanzado los ochenta años de edad. Sufrió entonces la invasión y ocupación de Francia por parte de los alemanes, y en el momento de la liberación de París, en 1944, era un anciano de ochenta y cuatro años. Parecía ser un «hombre de otra época» cuando murió en 1947 a los ochenta y siete de edad.

Procedía de la clase media alta, de una familia que había producido numerosos eruditos, juristas e ingenieros. Pertenecía a los círculos profesionales y estaba familiarizado con los más famosos *savants* franceses de su época. Era agnóstico y liberal, pero nunca intervino en política. Desde 1907 hasta su muerte vivió en la rue de Varennes, en un ambiente exclusivamente aristocrático y diplomático. Sin embargo, la mayoría de los pacientes a los que trató y que le proporcionaron el material para su trabajo psiquiátrico pertenecían a las clases más pobres.

Así, Janet puede ser considerado como un representante de la clase media alta francesa, cuya vida, que abarcó todo el período de la Tercera República, transcurrió casi por entero en París.

El entorno familiar [1]

El bisabuelo de Pierre Janet, Pierre-Etienne Janet (1746-1830), era el próspero dueño de una librería que había fundado en la rue Saint-Jacques

[1] El autor está particularmente agradecido a la Sra. Hélène Pichon-Janet y a la Srta. Fanny Janet, que le proporcionaron abundante información acerca de la vida de su padre y la historia de la familia Janet.

de París[2]. Inculcó a sus seis hijos el gusto por la literatura y el teatro. Uno de ellos, Pierre-Honoré Janet, trabajó también en el comercio librero, especializándose en música. Murió prematuramente en 1832, dejando dos hijos y una hija, Jules, Paul y Félicité. El menor, Paul (1823-1899), llegó a ser un filósofo bien conocido y el orgullo de la familia. El mayor, Jules (1813-1894) comenzó una carrera comercial, aunque, según los documentos de la familia, fue animado por Paul para dedicarse al estudio de las leyes. Sin embargo, aunque ciertos papeles se refieren a él como un *avocat*, parece que en realidad no practicó nunca como jurista, sino que se ganó la vida como editor de libros de derecho. Se casó dos veces. Su primera esposa, prima suya, era Adelaïde-Antoinette Janet, con la que contrajo matrimonio el 5 de septiembre de 1832. Al poco de darle una hija, Berthe, en 1850, murió Adelaïde, y varios años más tarde, en una visita que hizo Jules a su hermano Paul, por entonces profesor universitario en Estrasburgo, trabó conocimiento con Fanny Hummel, joven vecina de Paul. Se casaron el 10 de abril de 1858 y tuvieron tres niños, Pierre, Marguerite y Jules[3].

Poco se sabe acerca de la familia Hummel. François-Jacques Hummel era un contratista de obras de Estrasburgo. Tenía cinco hijos, de los que Fanny, nacida el 4 de septiembre de 1836, era la mayor. Los Hummel eran devotos católicos y Fanny, la madre de Pierre Janet, estuvo muy unida a su fe durante toda la vida. Su hermana María, nacida el 2 de mayo de 1838, profesó como religiosa en la orden de la Asunción y pasó toda su vida en conventos de dicha orden, primero en Francia y después en Inglaterra. (La hermana de Janet, Hélène Pichon-Janet, recordaba una visita que hizo en su infancia a su tía en Londres, donde la había llevado su padre.) Los Hummel pertenecían a un grupo de alsacianos que eran grandes patriotas franceses y para quienes la anexión de Alsacia y Lorena por Alemania había significado una tragedia familiar[4]. Muchos de ellos permanecieron en Alsacia, mientras que otros fueron a vivir a Francia. La tradición familiar cuenta que uno de los hermanos de Fanny escapó a Francia y se unió al ejército francés, donde llegó a ser oficial (siendo, por tanto, sospechoso desde el punto de vista alemán), y que en una ocasión realizó una visita clandestina a Estrasburgo vestido con ropas civiles, acompañado por su joven sobrino Pierre.

Poco se sabe de la personalidad del padre de Pierre Janet. Según la tradición familiar, era un hombre muy amable, aunque retraído, aislado

---

[2] Estos detalles están tomados de una biografía del tío de Pierre Janet escrita por Georges Picot, *Paul Janet, Notice historique*, París, Hachette, 1903.

[3] Los datos relativos a los nombres y fechas de la familia Janet proceden de los Archivos del Departamento del Sena.

[4] Philippe Dollinger, director de los Archivos de Estrasburgo, proporcionó amablemente al autor las fotocopias relativas a la familia Hummel del registro de la ciudad.

y «psicasténico». Los datos acerca de él son escasos y no fáciles de interpretar. El propio Janet mencionó en una ocasión un incidente que recordaba de su infancia. Estaba en el estudio de su padre, corriendo de acá para allá y golpeando la puerta, mientras aquél le miraba plácidamente sin decirle una sola palabra. Por último, él mismo se cansó de su juego y abandonó la habitación. ¿Significaba esto que su padre era tan pasivo que resultaba incapaz de mostrar una reacción o, por el contrario, tan inteligente que triunfó sobre el mal temperamento de su hijo mediante su despliegue de paciencia?

Parece ser que la madre era una persona muy inteligente, sensible y acogedora. Pierre estaba profundamente unido a ella y la trataba con el más profundo afecto. Era el hijo mayor de una madre joven (tenía veintiún años cuando él nació), mientras que los cuarenta y cinco años de su padre le hacían pertenecer a otra generación. La hermanastra de Pierre y las hermanas pequeñas de su madre pertenecían cronológicamente a una generación intermedia.

Jules y Fanny tuvieron, como ya hemos dicho, tres hijos, Pierre, Jules y Marguerite. Esta última, que se casó con un hombre llamado Vuitel, siguió siendo una católica tan devota como su madre. Jules (nacido el 22 de diciembre de 1861) fue médico y un conocido especialista en urología. Estaba muy interesado por la psicología, y durante sus años de internado colaboró con su hermano en experimentos hipnóticos. Su tesis doctoral, dedicada a las alteraciones neuróticas del sistema urinario, es una excelente contribución a lo que en la actualidad se denomina medicina psicosomática, al igual que un estudio posterior que realizó sobre la anuria. Pierre y Jules permanecieron unidos a sus familias respectivas a lo largo de toda su vida [5].

La persona de la familia que ejerció una influencia mayor sobre Pierre Janet fue su tío Paul. No sólo le ayudó en su carrera, sino que parece haber sido el modelo que el joven trató de imitar. En la vida de estos dos hombres se pueden trazar grandes paralelismos. Ambos eran muchachos tímidos, aislados, que sufrieron un período de depresión en la adolescencia y que, después de superarlo, siguieron con éxito su carrera. Ambos estudiaron en el lycée Louis-le-Grand, entraron en la École Normale Supérieure, llegaron a ser agrégés de Philosophie, enseñaron filosofía en un liceo, y posteriormente fueron profesores universitarios y miembros del Institut de France. Paul Janet escribió libros de texto de filosofía, que fueron clásicos en Francia durante dos o tres generaciones, y numerosos estudios sobre historia de la filosofía. Su hijo, llamado también Paul Janet, llegó a ser un famoso ingeniero eléctrico, que fundó el

[5] Jules Janet, *Les Troubles psychopathiques de la miction. Essai de psycho-physiologie normale et pathologique.* Thèse méd., 1889-1890, núm. 216, París, Lefrançois, 1890.

Instituto Electrotécnico de Grenoble y posteriormente la École Supérieure d'Electricité en París. Tenía asimismo inquietudes filosóficas y escribió estudios sobre la filosofía de la ciencia y la psicología de los descubrimientos científicos [6]. Por medio de otros muchos de sus parientes, Pierre Janet tenía diversas conexiones con el mundo de la universidad, la ingeniería y la administración pública.

Acontecimientos en la vida de Pierre Janet

Pierre Janet nació en París el 30 de mayo de 1859, en el número 46 de la rue Madame, pequeña calle cercana al Jardin du Luxembourg. Poco después, sus padres se trasladaron a Bourg-la-Reine, donde habían comprado una casa. Bourg-la-Reine, en la actualidad suburbio de París, era en aquella época un pequeño municipio. La casa era antigua y, a diferencia de las otras de la zona, había sido construida en estilo Renacimiento, con inclinados tejados de pizarra y paredes picadas. Según la tradición familiar, era el último resto de una residencia donada por el galante rey Enrique IV a su admirada Gabrielle d'Estrées. Hasta hoy, la calle lleva el nombre de Impasse Gabrielle d'Estrées. Pierre Janet guardó siempre un recuerdo cariñoso de aquella casa y de su jardín.

Estudió en el Collège Sainte-Barbe-des-Champs de la vecina ciudad de Fontenay-aux-Roses. Se dice que era un niño muy retraído al que resultaba difícil el contacto con sus compañeros. Pocos años después acudió al Collège Sainte-Barbe de París, uno de los más antiguos y de mejor reputación de Francia: pocos podían enorgullecerse de la lista impresionante de sus alumnos: San Ignacio de Loyola, San Francisco Javier y Calvino, así como numerosos científicos, escritores, políticos y militares destacados. El nivel escolar era alto, como se podía esperar de una institución tan honrada. Cuando Janet tenía once años, al comenzar la guerra franco-prusiana de 1870, sus padres tuvieron la desgraciada idea de abandonar Bourg-la-Reine para residir temporalmente en París, pensando que allí estarían más seguros. Como resultado, la familia sufrió el sitio de París, con todas sus consecuencias. Tan pronto como terminó la guerra, los niños fueron enviados con la familia de la madre en Estrasburgo. En consecuencia, el joven Pierre fue testigo de la pena y angustia sufridas por aquellos ardientes patriotas franceses, que veían cómo Alsacia era separada de Francia y anexionada por Alemania [7].

---

[6] Paul Janet, *Notes et souvenirs*, París, Gauthier-Villars, 1933.

[7] Estos detalles están tomados del artículo de la Sra. Hélène Pichon-Janet, «Pierre Janet-Quelques notes sur sa vie», *L'Évolution Psychiatrique*, núm. 3, 1950, págs. 345-364.

A los quince años, Pierre sufrió un período de depresión, e interrumpió sus estudios durante varios meses, en los que padeció al mismo tiempo una crisis religiosa. Consiguió, sin embargo, sobreponerse a la depresión y encontrar un nuevo equilibrio. A partir de entonces se convirtió en un brillante estudiante y decidió dedicarse a la filosofía.

Después de aprobar sus exámenes de *baccalauréat* el 10 de julio de 1878, y de completar un año preparatorio especial en el Lycée Louis-le-Grand, participó con éxito en la rigurosa competencia para la admisión en la École Normale Supérieure. Era una famosa escuela de magisterio donde un grupo escogido de estudiantes vivían durante tres años y eran preparados de forma intensiva para dedicarse al profesorado en los liceos o en la universidad. Todavía hoy sigue impartiendo enseñanzas de la máxima calidad, pero también deja mucha libertad y tiempo libre a los estudiantes para que desarrollen su propio pensamiento independiente. A pesar de la inclinación al cinismo y controversismo (el denominado espíritu normalista que es muchas veces la forma que toma tal pensamiento independiente), el medio es sin embargo muy propicio para el establecimiento de amistades duraderas entre los hombres destinados a ser los dirigentes intelectuales de su generación [8]. Cuando Janet fue admitido en los exámenes selectivos de 1879 había, entre los candidatos aprobados, varios que serían posteriormente eruditos famosos, como Durkheim (el futuro sociólogo) y Goblot (el lógico). Se sabe muy poco de los tres años que Janet pasó en esa escuela [9], aunque sí que obtuvo su *licence ès Lettres* el 3 de agosto de 1880 y que el director Ernest Bersot [10], filósofo y moralista, murió el mismo año, el 1 de febrero y fue reemplazado por el historiador Fustel de Coulanges. Janet pasó parte de su tiempo libre estudiando ciencias y obtuvo el grado de *baccalauréat restreint* en ciencias el 7 de abril de 1881 [11]. El 7 de septiembre de 1882 consiguió el segundo puesto en los duros exámenes selectivos de la *agrégation de Philosophie* (sólo fueron admitidos ocho candidatos, entre los cuales estaba Durkheim, que obtuvo el séptimo puesto). Durante la estancia de Janet en la École Normale Supérieure en 1881, se organizó la Exposición Eléctrica Internacional en París, que supuso la revelación del nuevo mundo del futuro,

---

8 Jules Lemaître, «L'Esprit normalien», *Le Centenaire de l'École Normale Supérieure, 1795-1895*, París, Hachette, 1895, págs. 566-571.

9 El profesor Martin, de la École Normale Supérieure, que amablemente condujo al autor a los archivos de la escuela y localizó el expediente de Pierre Janet, sólo encontró dos documentos: la solicitud de Janet con fecha 1 de febrero de 1879, y la autorización escrita de su padre.

10 Bersot fue también el autor de un libro, *Mesmer et le magnétisme animal*, París, Hachette, 1852, que acababa de ser reeditado en 1879 en una edición aumentada y que pudo haber dirigido la atención del joven Pierre Janet hacia la historia del magnetismo animal.

11 Estos detalles están tomados del expediente de Pierre Janet existente en los archivos de la Faculté de Médecine de París.

en el que la vida estaría dominada por la ciencia, la tecnología y la electricidad. Otro acontecimiento sensacional de 1882 fue la lectura del trabajo de Charcot en la Académie des Sciences, que entrañó una rehabilitación oficial de la hipnosis, la cual adquirió repentinamente rango científico. Charcot era muy discutido en aquella época y, según Parodi, Janet ya veía su futuro como médico capaz de discutir las teorías de aquél [12]. Entre los estudiantes que fueron admitidos el año anterior a Janet estaban Bergson y Jaurès. Este último adquiriría fama como gran líder socialista; el primero se convertiría en el más famoso filósofo francés de su generación. Bergson y Janet permanecerían en estrecho contacto intelectual durante toda su vida.

Después de conseguir la *agrégation de Philosophie*, Janet se embarcó inmediatamente en su carrera profesional. En esa época los normalistas estaban exentos del servicio militar, pues se consideraba servicio suficiente los diez años de enseñanza a que se habían comprometido [13].

El profesor de filosofía de veintidós años fue destinado, por decisión ministerial de 23 de septiembre de 1882, al liceo de Châteauroux, en la provincia rural de Berry, donde tomó posesión el 4 de octubre. Curiosamente, abandonó su plaza el 22 de febrero del año siguiente, habiendo sido nombrado para el liceo de El Havre [14]. Era bastante extraño que un profesor fuera transferido de un liceo a otro a mitad de un curso académico; la única explicación plausible es la de que, como al quedar una vacante súbita, hubiera necesidad urgente de cubrirla. La plaza de El Havre era considerada muy superior a la de Châteauroux. Poco antes de su partida de Châteauroux el 10 de febrero de 1883, Janet dio una clase sobre *La fundación del derecho de propiedad* [15]. Es interesante ver, en esta primera publicación conocida suya, el esquema lógico, la firmeza de pensamiento y la claridad de estilo que desplegaría posteriormente en todos sus trabajos siguientes. La propiedad privada, escribió, no siempre había existido; no es una necesidad metafísica y natural, pero ha sido inventada por el hombre a la vista de su utilidad. Debe ser perfeccionada, y su fin ha de ser el de reconciliar el interés y la justicia.

Pierre Janet pasó los siguientes seis años y medio (desde febrero de 1883 hasta julio de 1889) en El Havre, ciudad marítima, industrial y

---

[12] Dominique Parodi, necrológica de Pierre Janet, *Association Amicale de secours des anciens élèves de l'École Normale Supérieure*, 1948, págs. 27-30.

[13] El servicio militar obligatorio de un año fue impuesto más tarde a los estudiantes, por una nueva ley de 1888. Ver la obra de André Lalande «L'Instruction militaire à l'école», *Le Centenaire de l'École Normale Supérieure*, págs. 544-551.

[14] El autor está agradecido por estos detalles a J. Dupré, proviseur del lycée Jean Giraudoux de Châteauroux.

[15] *Le Fondement du droit de propriété. Conférence de M. Pierre Janet*, Ligue Française de l'enseignement, cercle de Châteauroux, Châteauroux, Imprimerie Gablin, 1883. En la Bibliothèque Nationale en París hay una copia, quizá la única existente.

comercial que contaba con 105.000 habitantes en aquella época. Era administrada por un alcalde progresista, Jules Siegfried, miembro de una familia protestante alsaciana que había abandonado Alsacia después de la anexión alemana. Siegfried era un administrador activo y enérgico, muy preocupado por el bienestar de la ciudad. Un vistazo a los dos periódicos locales de la época, *Le Passe-Temps du Havre* y *Le Carillon* muestra que el espíritu victoriano (que supuestamente predominaba en Europa) no tenía allí mucha fuerza: ambas publicaciones hacían constantes burlas del puritano alcalde que trataba de controlar la prostitución y el vicio en la ciudad. Otro aspecto de la vida ciudadana era el fervor político: de tiempo en tiempo cubrían El Havre olas de sentimientos nacionalistas y antialemanes. En el capítulo de los entretenimientos y la actividad social había, además de las frecuentes representaciones hechas por grupos teatrales procedentes de París, espectaculares actuaciones de hipnotizadores. En mayo de 1883, por ejemplo, los semanarios recibieron la noticia de un profesor que había tenido la idea desgraciada de intentar descubrir los trucos utilizados por Donato y que se vio forzado a abandonar el escenario bajo la mofa de la audiencia. Los casos de mujeres enamoradas de músicos, o que enviaban cartas anónimas, se imputaban como «histeria», que a su vez se creía eran el resultado de la insatisfacción sexual femenina. Sarcásticamente se aconsejaba en los periódicos que tales mujeres histéricas fueran a ver a Charcot. No se sabe hasta qué punto estaba interesado Janet en esta vida febril o si tomaba parte en todos los acontecimientos sociales de la ciudad. Para él, una gran ventaja de vivir en El Havre era la facilidad y rapidez de las comunicaciones con París, que le permitían visitar a su familia bastante a menudo. Durante sus estancias en la capital solía también ver a los enfermos con su hermano Jules, estudiante de medicina que estaba muy interesado por las neurosis y el hipnotismo. Fue en aquellos años cuando Pierre Janet perdió a su madre (que murió el 3 de marzo de 1885, a la edad de cuarenta y nueve años).

No sabemos mucho acerca de las actividades profesionales de Janet. Sin duda, dio un curso de filosofía original y cuidadosamente preparado, como se puede ver por el libro de texto que publicó más tarde. Es costumbre en las escuelas francesas que la ceremonia final del año académico esté dedicada a la *distribution des prix* (entrega de premios a los estudiantes más aprovechados), la cual va precedida por una charla dada por uno de los miembros más jóvenes del claustro de profesores, el cual elige su propio tema. Así, el 5 de agosto de 1884, Pierre Janet leyó un memorial *Sobre la enseñanza de la filosofía*, bajo la presidencia del alcalde Jules Siegfried [16]. Consideramos normal, decía en él, que la filosofía

[16] El autor está en deuda con el Sr. Alekan, proviseur del lycée du Havre, por una copia de su discurso, que fue publicado en el «palmares» del lycée en 1884.

se enseñe en todos los liceos franceses; pero olvidamos las luchas sostenidas por nuestros predecesores para lograr el derecho a enseñar una filosofía independiente en nuestras escuelas. Ahora que gozamos de tantas libertades cívicas y políticas, la enseñanza de la filosofía ha adquirido renovada importancia, ya que el verdadero fin de la misma es enseñar al hombre a guardarse de sus propias opiniones preconcebidas y a respetar las opiniones de los demás. Dos años después, en 1886, Janet publicó una edición de uno de los trabajos de Malebranche, con introducción y notas para utilizar en las escuelas secundarias [17].

En El Havre, Janet compartía una casa con un amigo. Estaba rodeada por un jardín, en el cual podía practicar su afición a la jardinería. Durante algún tiempo el otro ocupante de la casa fue el matemático Gaston Milhaud, colega suyo y, al igual que él, soltero. Se sabe que Janet dedicó la mayor parte de su tiempo libre al trabajo voluntario en el hospital de El Havre y a la investigación psiquiátrica que estaba llevando por su cuenta.

En una nota autobiográfica, nos describe su llegada a El Havre como joven profesor ansioso de encontrar un tema adecuado para su tesis del *doctorat ès-lettres* [18]. Había pensado estudiar las alucinaciones en conexión con el mecanismo de percepción y se dirigió al Dr. Gibert, médico muy conocido de El Havre, quien no tenía por entonces ningún paciente adecuado pero habló a Janet de una persona notable, Léonie, que podía ser hipnotizada a distancia. Léonie, a petición del Dr. Gibert, fue llamada al Havre y sometida a los experimentos de Janet durante varios años, a diversos intervalos, empezando del 24 de septiembre al 14 de octubre de 1885. Janet pudo demostrarse a sí mismo que era fácil hipnotizar a Léonie, no sólo directamente sino también a distancia, y darle sugestiones «mentales» que ella cumpliría exactamente. Escribió un trabajo acerca de sus primeros experimentos, que fue leído por Paul Janet en nombre de su sobrino en la Société de Psychologie Physiologique de París, el 30 de noviembre de 1885, bajo la presidencia de Charcot [19]. No se sabe si Pierre estaba presente en la sesión. Sin embargo, el trabajo produjo sensación, como se advierte por la discusión que siguió a la lectura, según la refirió uno de los participantes, el Dr. Ochorowicz [20]. Janet había tenido cuidado de exponer sus observaciones sin extraer ninguna conclusión pero, como resultado de esa comunicación, llegaron al Havre una serie de visitantes

---

17 Nicolas Malebranche, *De la Recherche de la vérité*, editado por Pierre Janet, París, Alcan, 1886, libro II.

18 Pierre Janet, «Psychological autobiography», en Carl Murchison, *A History of Psychology in Autobiography*, Worcester, Mass., Clark University Press, 1930, I, páginas 123-133.

19 Pierre Janet, «Note sur quelques phénomènes de somnambulisme», *Bulletins de la Société de psychologie physiologique*, I (1885), 24-32.

20 J. Ochorowicz, *De la Suggestion mentale*, París, Doin, 1887, pág. 118.

distinguidos, ansiosos de ver a Léonie: de París, Charles Richet, Julian Ochorowicz y Marillier; de Inglaterra, una delegación de la Sociedad de Investigación Psíquica, con Frederick Myers, su hermano A. Myers y Sidgwick. También se unieron al grupo el tío de Pierre, Paul, y su hermano Jules. Los experimentos preliminares comenzaron el 13 de abril, y los principales tuvieron lugar desde el 21 hasta el 24 de abril de 1886. El resultado pareció confirmar la existencia del fenómeno de sugestión a distancia. Estos experimentos, sin embargo, no fueron ofrecidos, al parecer, al público en una época en que existía una verdadera locura por el hipnotismo teatral en El Havre [21]. A pesar de ello, fueron muy considerados en el mundo científico, y Janet entró en relación con Charcot, Richet, Myers y otros. Para su «asombro y pena», sin embargo, numerosas personas le citaron de oídas, en lugar de escribirle pidiendo información exacta. Sentía que no se habían tomado suficientes precauciones para evitar la sugestión indirecta y que los informes publicados no eran lo suficientemente exactos. Esto le llevó también a sospechar de la investigación parapsicológica, y decidió limitarse, al menos temporalmente, a la investigación sistemática de los fenómenos elementales de la hipnosis y la sugestión.

Mientras tanto, había comenzado ya el trabajo clínico regular en el hospital de El Havre, donde el Dr. Powilewicz había puesto una pequeña sala a su disposición, en la que podía examinar a mujeres histéricas. Se dice que el propio Janet denominó jocosamente a esta habitación *Salle Saint-Charcot* (en aquella época, las salas de numerosos hospitales franceses tenían nombres de santos). La gran ventaja de trabajar en El Havre, creía Janet, era la de que los pacientes eran naturales y no estaban «maleados», puesto que, al contrario de los internados en la Salpêtrière, no habían sido examinados cientos de veces por médicos y estudiantes. Sin embargo, pronto hizo un descubrimiento inesperado: Léonie había sido magnetizada ya en el pasado. Sus actuaciones presentes eran la repetición de ejercicios magnéticos realizados previamente y que Janet halló descritos en los trabajos de los magnetizadores de la generación anterior. Todo lo enseñado por Charcot y Bernheim como novedades asombrosas era, pues, familiar a aquellos hombres oscuros. Janet redescubrió un mundo de conocimientos olvidados y, buscando en el pasado de generación en generación, halló que incluso los primeros magnetizadores, Puységur y Bertrand, sabían ya la mayor parte de lo que los modernos creían haber descubierto. Comenzó, pues, a recoger los trabajos de los antiguos

---

[21] No se encuentra ninguna mención de estos experimentos en *Le Passe-Temps du Havre* y *Le Carillon*. El Sr. A. Lecrocq, jefe archivero de El Havre, que amablemente repasó los diarios de la ciudad en ese período crítico y en las semanas siguientes, dijo al autor que no había encontrado ninguna mención de dichos experimentos.

pioneros y utilizó posteriormente esos datos para redactar la parte histórica de *Les Médications Psychologiques.*

Basándose en su experiencia con Léonie y con la delegación que había ido a examinarla al Havre, Janet se impuso tres reglas metodológicas: primero, examinar siempre a sus pacientes por sí mismo, sin testigos; segundo, registrar exactamente todo lo que decían o hacían (a lo que denominó método de la estilográfica), y tercero, investigar toda su historia vital así como sus tratamientos anteriores. Tales principios pueden parecer obvios en la actualidad, pero en aquellos tiempos fueron una novedad. Los primeros resultados de sus investigaciones fueron publicados seriamente en la *Revue Philosophique* desde 1886 hasta 1889 y fueron la base de la tesis principal de Janet, *L'Automatisme Psychologique.*

El *doctorat ès-lettres* requería la elaboración de una tesis principal en francés y de una menor en latín sobre un tema distinto. Para esta última, Janet eligió como tema *Bacon y los alquimistas*[22]. La personalidad de Francis Bacon, que había sido al mismo tiempo discípulo de los antiguos alquimistas (y heredero así de un conocimiento anticuado) y pionero de la nueva ciencia experimental, parecía fascinar a Janet. Se podría suponer que encontró en él un reflejo de su propio problema. También él era el heredero de una tradición de siglos sobre psicología filosófica de la cual su tío Paul era uno de los últimos representantes, y al mismo tiempo se sentía llamado a participar en la fundación de una nueva psicología experimental a la que apuntaba Ribot y de la que su tesis principal, *L'Automatisme Psychologique,* era un primer paso.

Un grabado de 1889 muestra a Janet, a los treinta años, sentado a los pies de su árbol favorito en su jardín de El Havre, poco antes de su salida de esa ciudad. Pronto tuvo que abandonarla para ir a París a sufrir la prueba de la *soutenance de thèse,* tras la cual comenzaría una nueva carrera científica. Su rostro muestra una expresión de energía tranquila y pensamiento concentrado, latente en la mayoría de los retratos suyos de esos años.

La ceremonia de la presentación de la tesis tuvo lugar en la Sorbona el 21 de junio de 1889, bajo la presidencia del Dean Himly[23]. El jurado estaba compuesto por los profesores Boutroux, Marion, Séailles, Waddington y Paul Janet[24]. Muchas objeciones y argumentos se opusieron a la

---

[22] Pierre Janet, *Baco Verulamius alchemicis philosophis quid debuerit,* Angers, Imprimerie Burdin, 1889.

[23] Estos detalles están tomados de un discurso de Edmond Faral en la sesión conmemoradora del 22 de junio de 1939 en la Sorbona. Ver *Le Centenaire de Théodule Ribot et Jubilé de la psychologie scientifique française,* Agen, Imprimerie Moderne, 1939.

[24] Las objeciones y críticas de Paul Janet a *L'Automatisme psychologique* están contenidas en sus *Principes de métaphysique et de psychologie,* II, París, Delagrave, 1897, págs. 556-572.

tesis, pero Janet impresionó al jurado con su aguda mente, la sutileza de sus argumentos y su elocuencia. El jurado le felicitó y admitió que se había limitado al campo filosófico y había evitado cuidadosamente entrometerse en el médico.

Janet, que ya era conocido en los círculos filosóficos y psicológicos por sus publicaciones durante los tres años y medio anteriores, adquirió entonces reputación de maestro. Se trasladó a París, donde había sido destinado a un nuevo puesto. La ceremonia de presentación de su tesis había tenido lugar durante la gran Exposición Universal de 1889 en París. Científicos de todo el mundo se reunieron por entonces en la *Ville-Lumière*, participando en congresos que se celebraban a un ritmo de tres o más a la vez sin interrupción. Entre otros muchos acontecimientos, tuvo lugar el Congreso Internacional de Hipnotismo Experimental y Terapéutico, del 8 al 12 de agosto [25]. Janet era uno de los miembros del comité junto con Liébeault, Bernheim, Déjerine y Forel, y tuvo muchas oportunidades de relacionarse con celebridades del mundo psicológico y psiquiátrico. Entre los 300 participantes se encontraban Dessoir, Myers, William James, Lombroso y un neurólogo vienés llamado Sigmund Freud.

Janet supo desde el principio que no podría proseguir su investigación psicopatológica si no lograba el título de doctor en medicina, y decidió comenzar sus estudios médicos mientras continuaba con su profesión y su propia investigación. Durante los años 1889 a 1893 estuvo intensamente absorbido en su trabajo, primero en el Lycée Louis-le-Grand durante el curso académico 1889 a 1890, y después en el Collège Rollin. La única pista de sus actividades durante esa época es la conferencia que dio el 30 de julio de 1892 en la distribución de premios, en la cual habló así a los estudiantes que terminaban: «¿Qué habéis aprendido durante los diez años de escuela secundaria? Algunos conocimientos de ciencias básicas, ciertamente, y también el hábito del trabajo intelectual, adquirido a través de ejercicios tales como la traducción y la composición. Pero hay algo más: el fin de la educación secundaria es ayudar a comprender a los demás, y a comprender también los problemas sociales; a adquirir una actitud de duda razonable y de tolerancia hacia la opinión de los demás» [26].

Janet comenzó sus estudios médicos en noviembre de 1889 [27]. En aquella época duraban únicamente cuatro años, incluido uno preparatorio de física, química y ciencias naturales; solía requerirse un quinto año para

[25] *Premier Congrès International de l'hypnotisme expérimental et thérapeutique.* Recensiones publicadas por Edgar Bérillon, París, Doin, 1890.

[26] *Discours de M. Pierre Janet à la distribution des prix du Collège Rollin,* 30 de julio de 1892, París, Chaix, 1892.

[27] El autor está muy agradecido al Dr. Hahn, bibliotecario y archivero jefe de la Faculté de Médecine de París, que le proporcionó una fotocopia del expediente completo de Pierre Janet.

realizar los exámenes finales y la tesis. Janet estuvo, sin embargo, exento del primer año. Teniendo además la buena fortuna de verse liberado de numerosas obligaciones gracias a la benevolencia de sus profesores, pasó a partir de 1890 mucho tiempo en las salas de Charcot en la Salpêtrière, viendo pacientes. Hay también registros de sus actuaciones clínicas en los hospitales Laennec y St. Antoine. En este último observó el caso de una niña de catorce años admitida por presentar síntomas supuestamente neuróticos y que falleció pronto. El examen post-mortem mostró que tenía un quiste hidatídico en el cerebro. Janet publicó un trabajo sobre este caso y se preguntó cómo una lesión cerebral de tal importancia podía haber producido tan pocos síntomas clínicos[28]. La paciente, añadió, pertenecía a una familia fuertemente impregnada de herencia neuropática, lo que quizá pudiera explicar el hecho de que el quiste se hubiera localizado en el cerebro antes que en cualquier otro órgano. Janet superó sus últimos exámenes el 31 de mayo de 1893, y presentó su tesis el 29 de julio del mismo año. Charcot era el presidente y Charles Richet uno de los tres miembros del jurado. Se graduó *cum laude*.

Mientras tanto, en 1890, había proseguido sus investigaciones clínicas, estudiando en la Salpêtrière a las pacientes Madame D., Marcelle, Isabelle y Achilles, las cuales desempeñaron un papel importante en la elaboración de sus teorías. Basándose en sus hallazgos, construyó su teoría de la histeria, que expuso primero en diversos periódicos y posteriormente en su tesis doctoral de 1893. Su reputación había cruzado ya el canal de la Mancha, y en el Congreso Internacional de Psicología Experimental celebrado en Londres en julio de 1892 leyó un informe de su investigación sobre la relación de la amnesia con las ideas fijas inconscientes[29].

Durante mucho tiempo Charcot había estado interesado por la psicología. Fundó la Société de Psychologie Physiologique con Charles Richet. Deseando incorporar la psicología experimental a la gran unidad de investigación que había montado en la Salpêtrière, abrió un laboratorio con este fin, que confió a Pierre Janet. Como Charcot le necesitaba en este aspecto y Janet necesitaba a Charcot por el rico material clínico que tenía en la Salpêtrière, prometía ser el comienzo de una colaboración larga y fructífera. Pero el 17 de agosto de 1893, exactamente tres semanas después de que Janet obtuviera su título de doctor en medicina siendo Charcot como uno de los examinadores, llegaron las noticias de la muerte súbita e inesperada del maestro. Durante el período comprendido entre 1893 y 1902 Janet trabajó con relativa libertad en la Salpêtrière. El sucesor

[28] Pierre Janet, «Kyste parasitaire du cerveau», *Archives Générales de Médecine*, 7.ª serie, XXVIII (1891), II, 464-472.

[29] Pierre Janet, «Étude sur quelques cas d'amnésie antérograde dans la maladie de la désagrégation psychologique», *International Congress of Experimental Psychology*, segunda sesión, Londres, 1892; Londres, William y Norgate, 1892, págs. 26-30.

de Charcot, el neurólogo profesor Fulgence Raymond, no estaba interesado personalmente por las neurosis, pero mantuvo el laboratorio psicológico en la Salpêtrière y dio su aprobación a la investigación de Janet. En cuanto a los pacientes de la Salpêtrière, la mayoría de los artículos de Janet se publicaron durante varios años bajo las firmas conjuntas de Raymond y Janet. Fue también un período de trabajo intenso en otros campos. Janet enseñó filosofía todavía en el Colegio Rollin hasta 1897 y durante el curso académico 1897-1898 en el liceo Condorcet. Después fue nombrado primero *chargé de cours* (1898- 1899) de psicología experimental en la Sorbona, y después *maître de conférences* (1898-1902). Durante este período, Ribot le pidió que le reemplazara temporalmente en el Collège de France desde diciembre de 1895 hasta agosto de 1897 [30]. En 1894 Janet publicó el libro de texto de filosofía, en el que había estado trabajando durante doce años y del que hablaremos después.

También su vida privada había sufrido cambios. En 1894 se casó con Marguerite Duchesne, hija de un subastador de El Havre, que se había trasladado a París tras la muerte de su padre. La joven pareja tomó un apartamento en la rue de Bellechasse y se trasladó, en 1899, a la rue Barbet-de-Jouy, cercana al Quartier latin. Tuvo tres hijos: Hélène (que se casaría con el psicoanalista Edouard Pichon), Fanny (que sería profesora de francés) y Michel (que hizo una brillante carrera como ingeniero y murió prematuramente). Janet llevaba la vida docente normal, es decir, daba clases durante nueve meses en París y tomaba tres meses de vacaciones, en las que escribía o preparaba sus clases para el siguiente curso académico. Normalmente pasaba sus vacaciones en Fontainebleau, donde daba largos paseos a lo largo del bosque. Su padre murió el 22 de octubre de 1894, a los ochenta y dos años de edad.

Durante esos años el interés de Janet abarcó un vasto campo, como demuestran sus revisiones de temas tan dispares como la histología cerebral, la psicología experimental y la criminología. En el campo de la investigación clínica su atención se desplazó del estudio de la histeria al de la neurastenia. Dicha investigación era al mismo tiempo extensiva, en cuanto que veía numerosos pacientes en la policlínica y en las salas, e intensiva, en cuanto que elegía un pequeño número de los mismos a los que sometía a estudios cuidadosos y prolongados que duraban incluso años. Entre los últimos estaba una mujer a la que él denomina «Madeleine», ingresada en la Salpêtrière con un éxtasis religioso y estigmatizada en febrero de 1896; esta enferma ocuparía un lugar casi central en sus estudios durante varios años. Tenía además, una consulta privada en un sanatorio de Vanves. Su reputación como especialista en neurosis estaba

30 No ha sido posible hasta el momento encontrar una lista de los temas sobre los que Janet dio sus conferencias en la Sorbona y en el Collège de France en esos años.

entonces bien arraigada y recibía numerosos visitantes extranjeros. En 1896 leyó un trabajo sobre la «influencia sonámbula» en el Congreso Internacional de Psicología celebrado en Munich, que era una nueva elaboración del antiguo concepto de la relación.

Desde muchos años Janet había pensado en la fundación de una nueva sociedad psicológica que reemplazara a la Société de Psychologie Physiologique, extinguida tras la muerte de Charcot. En 1900 se instituyó en París un Instituto Internacional de Psicología con la ayuda financiera de una serie de donantes, entre los que se encontraba Serge Yourievitch, agregado de la Embajada imperial rusa. Bajo el patrocinio de un comité internacional, entre sus miembros se encontraban William James, Frederick Myers, Lombroso, Théodore Flournoy y Théodule Ribot [31]. Sus fines no parecieron definirse muy bien: se pretendía que tuviera una clínica psicopatológica, laboratorios, una biblioteca y que publicara un boletín. La mayoría de estos ambiciosos proyectos no se pudieron realizar, pero al menos se fundó una nueva sociedad psicológica con cuarenta miembros, que mantenía reuniones mensuales en el recinto del Instituto y utilizaba su boletín para publicar procedimientos. Entre sus miembros activos estaban Pierre Janet y un joven colega suyo, el Dr. Georges Dumas, que había sido nombrado secretario de la nueva sociedad. La historia de este Institut Psychologique nunca se ha escrito; sería interesante saber por qué no se desarrolló más, sino que desapareció unos cuantos años después.

En 1902 Théodule Ribot dejó su puesto como profesor titular de psicología experimental en el Collège de France. Había dos candidatos para la plaza, Pierre Janet y Alfred Binet. En la reunión de profesores del 19 de enero de 1902, la candidatura de Janet fue defendida por Bergson, y la de Binet por el fisiólogo Marey [32]. Este último enumeró los experimentos llevados a cabo por Binet en diversos campos de la psicología y destacó su experiencia en la psicología experimental. Bergson subrayó la forma metódica y concentrada como Janet llevaba a cabo su investigación y experimentos, y la gran importancia de sus descubrimientos en el campo de la mente subconsciente. La decisión quedó en manos del ministro de Educación, el cual optó por Janet el 17 de febrero de 1902. El elegido ya había reemplazado a Ribot desde diciembre de 1895 hasta agosto de 1897, y desde noviembre de 1900 en adelante. A partir de entonces, el Collège de France se convirtió en el centro de sus actividades. A sus clases asistían fundamentalmente visitantes extranjeros, no especialistas y muy pocos estudiantes. Una norma del Collège de France es que los

31 «Réunion constitutive de l'Institut Psychique», *Bulletin de l'Institut Psychique International*, I (1900), 13-21.

32 Estos detalles proceden del expediente de Pierre Janet existente en los archivos del Collège de France.

profesores den clase una vez a la semana y que elijan un tema nuevo para cada curso académico, anunciándolo con antelación. Entre 1902 y 1912, Janet trató de las emociones normales y morbosas, la conciencia, la histeria y la psicastenia, la psicoterapia, la psicología de las tendencias, la percepción y las tendencias sociales. Parte de este material fue incorporado a sus libros, particularmente a *Les Obsessions et la Psychasthénie* y a *Les Médications Psychologiques.* En 1904 fundó el *Journal de Psychologie* con su amigo Georges Dumas, en el que publicó la mayoría de sus artículos a partir de entonces. En 1907 se trasladó a un grande y maravilloso apartamento en el que viviría hasta su muerte. Estaba situado en el número 44 de la rue de Varenne, en el denominado faubourg Saint-Germain, el barrio aristocrático de las novelas de Marcel Proust. El apartamento comprendía siete grandes habitaciones, un espléndido recibidor y una terraza en la que Janet cultivaba flores y cactos.

Mientras tanto, Raymond, director de la Salpêtrière, había muerto en 1910 y había sido reemplazado por Déjerine, hostil a Janet y a su trabajo. Por otra parte, personalidades como Babinski, que solamente habían retenido la parte neurológica de las enseñanzas de Charcot, sentían gran suspicacia hacia Janet, al que acusaban de perpetuar los errores de aquél. No está claro qué intrigas se desplegaron para hacer salir a Janet de su laboratorio y de las antiguas salas de Charcot. Por fortuna, en la Salpêtrière había salas dirigidas por otros médicos, entre los que se contaba el Dr. Nageotte, neurólogo, cuyo interés casi exclusivo se centraba en la histología cerebral. Enseñaba esta materia en el Collège de France, y puso una de las habitaciones de su sala a disposición de Janet, para que éste pudiera llevar a ella un pequeño número de enfermos y visitarlos de forma regular. Estas precarias condiciones no permitieron a Janet impartir enseñanzas clínicas, de modo que se vio obligado a rechazar las peticiones en este sentido [33].

No obstante, su fama continuó extendiéndose por el extranjero. El 24 de septiembre de 1904 dio una conferencia sobre psicopatología en el Congreso Internacional durante la gran Exposición Universal de St. Louis, Missouri, bajo la presidencia del Dr. Edward Cowles y con el Dr. Adolf Meyer como secretario de la sección [34]. Según los relatos familiares, Janet estaba entusiasmado con los Estados Unidos y los espléndidos recibimientos que le hicieron en St. Louis, Boston, Chicago y otras partes. Visitó las Montañas Rocosas y las cataratas del Niágara. En junio de 1906 fue uno de los delegados del Collège de France que viajaron a Londres

[33] Tal fue el caso de Ernest Jones, según él mismo lo cuenta en su autobiografía, *Free Associations,* Londres, Hogarth Press, 1959, pág. 175.

[34] «The Relationships of Abnormal Psychology», *International Congress of Art and Science, Universal Exposition, St. Louis, 1904,* V, Boston, Howard J. Rogers, ed., 1906, págs. 737-753.

para participar en las festividades organizadas por la Universidad de la ciudad. En octubre y noviembre del mismo año fue invitado por la Universidad de Harvard a una segunda estancia en los Estados Unidos, donde dio una serie de quince conferencias sobre la histeria [35]. También tomó parte en varios congresos internacionales celebrados en Roma (1905), Amsterdam (1907) y Ginebra (1909).

En agosto de 1913 tuvo lugar en Londres el Congreso Internacional de Medicina. En la sección psiquiátrica había sido organizada una sesión para discutir el psicoanálisis de Freud. Janet estaba invitado para leer una crítica del mismo y Jung para defenderlo. La crítica de Janet se refería fundamentalmente a dos puntos: primero, reclamaba la prioridad en el descubrimiento de la cura catártica de la neurosis producida por la aclaración de los orígenes traumáticos, y creía que el psicoanálisis era simplemente un desarrollo de ese concepto fundamental. En segundo lugar criticaba agudamente el método de interpretación simbólica de los sueños por parte de Freud y su teoría acerca del origen sexual de la neurosis. Consideraba el psicoanálisis como un sistema «metafísico» [36]. Posteriormente volveremos a aquella memorable sesión del 8 de agosto de 1913, con el informe de Jung sobre el psicoanálisis y la discusión que levantó. En esa circunstancia, Janet pareció separarse de su normal actitud conciliatoria en las discusiones científicas. Por lo común, siempre tenía el máximo cuidado en citar sus fuentes y dar a sus predecesores lo que les pertenecía, incluso en detalles mínimos. No obstante, esperaba la misma cortesía por parte de los demás, y por ello se sintió sin duda herido e irritado al ver cómo Freud desarrollaba lo que él consideraba como ideas originales suyas sin una mención de reconocimiento. Se arrepintió de haber mostrado su irritación, pero siguió convencido durante el resto de su vida de que Freud había sido injusto con él. Cuando el propio Freud fue duramente atacado en la reunión de la Sociedad de Psicoterapia el 16 de junio de 1914, le defendió, valiente acto considerando el creciente sentimiento anti-alemán que se extendía por Francia. Su intervención fue publicada en la *Revue de Psychothérapie* en 1915, cuando ya la guerra hacía estragos [37].

---

[35] Estas conferencias fueron publicadas en un volumen titulado *The Major Symptoms of Hysteria*, Londres, Macmillan Co., 1907.

[36] En la mente de Janet, este término era sin duda una referencia a la idea de Auguste Comte de que la interpretación de la naturaleza por parte del hombre ha pasado por tres estadios: uno «religioso», en el que los fenómenos naturales se explicaban mediante la intervención de los dioses o espíritus, uno «metafísico», del que se recurría a conceptos abstractos ficticios, y uno «científico», en el que sólo se toman en cuenta los datos experimentales para la formulación de leyes generales.

[37] Pierre Janet, «Valeur de la psycho-analyse de Freud», *Revue de Psychothérapie et de Psychologie Appliquée*, XXIX (1915), 82-83.

A partir de 1910, Janet orientó su enseñanza hacia un sistema más perfeccionado de las «funciones jerárquicas de la mente». Su estudio sobre el alcoholismo, de 1915, reveló también una preocupación por los problemas sociales y nacionales. En el desbordamiento de patriotería que sumergió tanto a Francia como a Alemania durante la Primera Guerra Mundial, sólo algunos científicos permanecieron inmunes a tal contagio mental. En ninguno de los escritos de Janet de aquellos años se puede encontrar el más mínimo rastro de chauvinismo, a pesar de —o quizás debido a— que su madre era alsaciana y alguno de sus parientes de aquella región probablemente servirían en el ejército alemán, mientras que algunos otros miembros de su familia estaban en el ejército francés.

La publicación de *Les Médications Psychologiques*, obra a la que había dedicado muchos años de trabajo, fue pospuesta hasta 1919. A pesar de ser un tratado completo y sistemático de psicología que comprendía más de 1.100 páginas, no concordaba, ni en la organización ni en el estilo, con el punto de vista ni los sentimientos de la posguerra. El espíritu de los tiempos había cambiado. De todos los trabajos de Janet, éste sería el último en ser traducido al inglés.

Pero Janet había comenzado a desarrollar su sistema en nuevas direcciones. En 1921 y 1922 dio un curso sobre la evolución de la conducta moral y religiosa. Un americano que asistió a dicho curso, el reverendo W. M. Horton, de Nueva York, publicó un resumen del mismo en el *American Journal of Psychology* [38]. Janet, que durante veinticinco años había estado fascinado por el caso de Madeleine, lo convirtió en punto de partida alrededor del cual organizó una gran investigación psicológica que fue expuesta en su libro *De l'Angoisse à l'extase*. Las comunicaciones científicas entre Francia y otros países fueron reorganizadas de forma gradual, y en mayo de 1920 Janet dio tres conferencias en la Universidad de Londres. En mayo de 1921 fue invitado a asistir a las ceremonias del centenario del Bloomingdale Hospital, cercano a Nueva York, donde pronunció una conferencia el 26 de mayo. En mayo de 1922 asistió a las ceremonias conmemorativas del centenario de la independencia de Brasil como delegado del Institut de France y del Collège de France. También tomó parte en el Congreso Internacional de Psicología celebrado en Oxford (del 27 de julio al 2 de agosto de 1923). En 1925 fue enviado por el gobierno francés, como profesor de intercambio, a Méjico; se le tributó una gran recepción en la Universidad de la Ciudad de Méjico, donde dio quince conferencias en francés [39]. Pronunció otras dos en Puebla y una

[38] Walter M. Horton, «The Origin and Psychological Function of Religion According to Pierre Janet», *American Journal of Psychology*, XXXV (1924), 16-52.

[39] Ver la obra de Ezequiel A. Chavez, *Le Docteur Pierre Janet et son oeuvre. Discours prononcé dans le grand auditoire de l'Université Nationale de Mexico, le 14 août 1925*. Publicaciones de la Secretaría de Educación Pública, México, D. F., Editorial Cultura, 1925.

en Guadalajara. En el viaje de regreso volvió a visitar los Estados Unidos, deteniéndose en Princeton (Nueva Jersey), en Filadelfia y en la Universidad Columbia de Nueva York.

A partir de 1925 desarrolló aún más su nuevo sistema de psicología de la conducta. Sus cursos en el Collège de France desde 1925 hasta 1930 fueron publicados en una versión que no revisó. En los años siguientes comenzó a escribir sus clases, y posteriormente las utilizó para la preparación de sus últimos libros. Pero, a pesar del enorme trabajo dedicado a este nuevo sistema y a la originalidad de sus nuevas teorías, parece que no hubo muchas personas en Francia capaces de seguirle en este nuevo camino. Aparentemente, su nombre había sido demasiado identificado con el concepto de automatismo psicológico y psicastenia. Su fama, sin embargo, todavía era grande en el extranjero. En septiembre de 1932 fue invitado a dar una serie de conferencias en Buenos Aires, y viajó por todo el país, llegando hasta las cataratas las Iguassú [40]. En 1933 volvió a pronuncir una serie de veinte conferencias en Río de Janeiro. En abril de 1937 fue también a Viena y visitó a Wagner von Jauregg. Freud, sin embargo, rehusó verle [41].

En febrero de 1935 se retiró del Collège de Francia, aunque mantuvo su práctica privada. Cifró entonces su curiosidad en nuevos campos de la psicología (como la grafología) y en nuevos tipos de pacientes. Examinó casos paranoicos en el Hôpital Henri-Rousselle, lo que le indujo a modificar y completar su teoría de los delirios de persecución [42]. También examinó mujeres delincuentes y criminales en la prisión de la Petite-Roquette [43]. Es lamentable, sin embargo, que nunca escribiera nada sobre su investigación criminológica. Entre 1935 y 1937 publicó sus tres últimos libros, y en 1938 escribió un esquema resumido de todo su sistema psicológico como contribución a la Enciclopedia Francesa oficial [44]. En septiembre de 1936 fue invitado a tomar parte en las ceremonias del tercer centenario de la Universidad de Harvard, donde también dio conferencias. Celebró su 80 cumpleaños en 1939. Su yerno, Edouard Pichon, recopiló un *Festschrift* en su honor, que contenía trabajos escritos por parientes suyos. A su hermano Jules se debían unos recuerdos del caso de Léonie

---

[40] Janet dio sus impresiones acerca de la Argentina en el *Journal des Nations Américaines*: *Argentine*, nouvelle série, I, núm. 7, 18 de junio de 1933.

[41] Freud comentó este incidente en una carta a Marie Bonaparte, cuyo texto original se puede encontrar en la edición alemana del libro de Jones *Das Leben und Werk von Sigmund Freud*, III, Berna, Huber, 1962, pág. 254.

[42] E. Minkowski, «A Propos des dernières publications de Pierre Janet», *Bulletin de psychologie*, XIV (noviembre de 1960), 121-127.

[43] Como estableció Janet en «Perspectives d'application de la psychologie à l'industrie», *Premier cycle d'étude de psychologie industrielle. Fascicule núm. 1, Psychologie et Travail*, París, Cégos, 1943, págs. 3-8.

[44] Pierre Janet, «La Psychologie de la conduite», *Encyclopédie Française*, VIII; *La vie mentale* (1938), 8.° 08-11 a 8.° 08-16.

y de los experimentos llevados a cabo en El Havre[45]. El 22 de junio de 1939 se celebró en la Sorbona el centenario de Théodule Ribot, y los organizadores decidieron combinar el homenaje a Janet con el de su maestro Ribot. Janet había conseguido el aprobado, con su tesis sobre *L'Automatisme Psychologique*, exactamente cincuenta años y un día antes. Piaget, Minkowski y otros leyeron discursos en homenaje a Janet, después de que este último hubiera leído el suyo en memoria de Ribot[46].

Pero no había concluido el año cuando estalló la Segunda Guerra Mundial. Al principio de la invasión de Francia, Janet y su esposa abandonaron París y pasaron algún tiempo en Lédignan, en el sur, con sus amigos el profesor Georges Dumas y esposa, pero después decidieron volver a París. Además de las tribulaciones generales de la población francesa, Janet sufrió la pérdida de sus parientes y amigos más próximos. Ya había perdido a su yerno Edouard Pichon en enero de 1940; su hermana Marguerite y su hermano Jules murieron en 1942 y su esposa en octubre de 1943, poco antes del cincuenta aniversario de su boda. Su hijo Michel falleció en enero de 1944 y su nuera en 1945, al igual que muchos viejos amigos.

Tras la muerte de su esposa, Janet continuó viviendo en su gran apartamento de la rue de Varenne con su hija Fanny. En 1942 el Dr. Jean Delay, que había sido alumno suyo, fue nombrado profesor de psiquiatría y director de la Clínica Psiquiátrica Universitaria Sainte-Anne de París. Invitó a Janet a ver algunos pacientes a la semana[47]. Janet estaba poseído de un renovado interés por la psiquiatría y durante el curso académico 1942-1943, cuando tenía ochenta y tres años, asistió regularmente a las clases de Delay, sin perder una sola, ante la admiración de los estudiantes que asistían también al curso. Hubo no pocos sorprendidos al ver el apasionado interés del gran anciano. Le pidieron también que diera algunas clases. Agudo observador, Janet fue testigo de los logros de una nueva psiquiatría, completamente distinta de la que él había aprendido en la Salpêtrière. Estaba también encantado de ver cómo algunas de sus propias ideas habían tomado una nueva forma. El narcoanálisis era el cumplimiento de su antigua predicción de que se induciría un nuevo tipo de hipnosis mediante sustancias químicas, y notó la semejanza del tratamiento narcohipnótico en los traumatizados psíquicos con sus antiguos experimentos realizados en sus primeros pacientes en El Havre[48]. Se mostró muy interesado también por la terapéutica con electroshock

---

[45] *Mélanges offerts à Monsieur Pierre Janet par sa famille, ses amis et ses disciples à l'occasion de ses quatrevingts ans*, París, D'Artrey, 1939.

[46] *Centenaire de Théodule Ribot. Jubilé de la psychologie française*, Agen, Imprimerie Moderne, 1939.

[47] Estos detalles los ha proporcionado amablemente el profesor Jean Delay.

[48] Pierre Janet, *Les Médications psychologiques*, I, París, Alcan, 1919, pág. 280.

al ver que un paciente deprimido, que había sido sometido a psicoanálisis durante casi un año sin ningún éxito, se curaba después del tercer choque eléctrico [49].

En agosto de 1946 fue invitado a Zurich y recibido en el Hospital mental Burghölzli por el profesor Manfred Bleuler, hijo de Eugen Bleuler, con el que había estado tan bien relacionado. Janet dio unas conferencias en él y en la Sociedad Suiza de Psicología Aplicada.

En 1947 todavía trabajaba en un libro sobre la psicología de la religión, que quedaría sin terminar. Murió en la noche del 23 al 24 de febrero de 1947, a los ochenta y siete años de edad. Las exequias tuvieron lugar el 27 de febrero en la iglesia de Sainte Clotilde de París, y fue enterrado en el panteón familiar en el cementerio de Bourg-la-Reine, al lado de su madre, su padre, su esposa, su hermano y su nuera. Su tumba ostenta esta simple inscripción: PIERRE JANET † 1859-1947.

LA PERSONALIDAD DE PIERRE JANET

No es fácil hacer una valoración exacta de su personalidad. Siempre trazó una distinción clara entre su vida pública y la privada, y evitó toda publicidad. Por ejemplo, nunca concedió entrevistas a los periodistas [50]. Ni aun cuando hablaba libremente con sus amigos íntimos revelaba con facilidad sus propios sentimientos.

Era un hombre de estatura más bien pequeña, delgado en su juventud aunque más grueso en los últimos años, con el pelo castaño, ojos oscuros, cejas negras y pobladas, y barba bien cuidada. Mucha gente le recuerda como persona muy activa y vivaz, perspicaz y brillante conversador. Otros le describen como un hombre tranquilo que escuchaba con expresión de atención concentrada, pero que también podía quedar absorbido en sus meditaciones, permaneciendo en muchas ocasiones como ausente, y que tenía tendencia a la depresión. Es posible que estas dos facetas reflejen las personalidades de su madre, activa y vivaz, por una parte, y de su padre, «psicasténico», por otra. Ambas se advierten también en las fotografías que de él nos han llegado. Las de estudio le muestran generalmen-

[49] Se atribuyó a Janet el dicho de que si pudiéramos encontrar un medio de provocar ataques epilépticos a voluntad, se podrían aplicar con éxito el tratamiento de ciertos pacientes. El autor no ha podido encontrar esta idea formulada de forma clara en sus obras, pero la idea está implícita en *Les Médications psychologiques*, II, París, Alcan, 1919, pág. 124.

[50] La única entrevista concedida por Janet, que nosotros sepamos, la publicó Frédéric Lefèvre, con fecha 17 de marzo de 1928. Fue reimpresa en la obra de este mismo autor, *Une heure avec...* 6.ª serie, París, Flammarion, 1933, págs. 48-57. No se trata de una entrevista propiamente dicha, sino del relato de una discusión entre Janet y un tal Marcel Jousse que había sido presentado al periodista.

te en una actitud de tranquila atención. Algunas instantáneas tomadas por sorpresa le muestran empeñado en vivaz conversación. Su escritura era clara y legible. Como la mayoría de los eruditos de su época, mantenía una activa correspondencia con sus colegas. Nunca dictaba sus cartas, sino que las escribía él mismo, y posteriormente mecanografiaba sus propios manuscritos.

Janet escribió en dos ocasiones breves notas autobiográficas, la primera de ellas para la *Historia de la psicología en autobiografía* de Carl Murchison [51]. En la segunda, redactada un año antes de su muerte y más completa, explica su vocación psicológica como una especie de compromiso entre su inclinación definida por las ciencias naturales y los fuertes sentimientos religiosos de su infancia y adolescencia [52]. Siempre reprimió sus tendencias místicas y soñó, al igual que Leibniz, en conseguir una reconciliación entre la ciencia y la religión en forma de una filosofía perfeccionada que pudiera satisfacer a la razón y a la fe. «No he descubierto esa maravilla», escribió, «pero he seguido siendo un filósofo». Al dirigir sus esfuerzos hacia la psicología, construyó un sistema extremadamente amplio en el que tenían cabida casi todos los aspectos posibles de dicha ciencia. Existe una destacable continuidad entre sus primeros escritos filosóficos y aquellos que la muerte le impidió completar. Hubo, desde luego, numerosos cambios, pero casi siempre tenían más el carácter de nuevos desarrollos que el de un giro radical de sus teorías anteriores. La misma continuidad se puede notar en el desarrollo de su vida. De niño, se decía que había sido retraído y solitario. A continuación llegó la crisis cuando tenía diecisiete años, con su depresión y sus preocupaciones religiosas, tras la cual se convirtió en un brillante estudiante y en el gran trabajador que siguió siendo durante toda su vida. Por desgracia, tenemos pocos testimonios relativos a los siete años que pasó en El Havre, pero sus publicaciones de aquella época le muestran no sólo como un erudito, sino también como un clínico y psicoterapeuta de gran experiencia. Estas brillantes cualidades se desarrollarían aún más en París cuando amplió su experiencia clínica en la Salpêtrière. Max Dessoir, que le visitó en París en 1894, habla así de él: «Era un reputado erudito y un solicitado especialista de enfermedades nerviosas... Era un hombre vivaz, de pelo negro, que hablaba francés con acento parisiense y a quien gustaba mencionar sus experiencias» [53]. Dessoir añade que, aunque había hecho experimentos con telepatía y sugestión a distancia que tuvieron éxito, había permanecido escéptico acerca de estos temas. «Su criticismo contenía un

---

51 Carl Murchison, *A History of Psychology in Autobiography*, I, Worcester, Mass., Clark University Press, 1930, págs. 123-133.

52 Pierre Janet, «Autobiographie psychologique», *Les Études philosophiques*, nouvelle série, núm. 2, abril-junio 1946, págs. 81-87.

53 Max Dessoir, *Buch der Erinnerungen*, Stuttgart, Enke, 1946, pág. 122.

ácido que disolvería el platino de los hechos. Pero siempre se mostró cortés en sus maneras». En este punto se podría proponer una hipótesis: en 1893 Marcel Prévost publicó una novela, *El otoño de una mujer*, en la que describía a varias personas neuróticas, así como a un cierto Dr. Daumier de la Salpêtrière, que hacía tratamientos psicoterapéuticos extremadamente expertos, con métodos que recordaban los de Janet[54]. No se puede rechazar que este Dr. Daumier, según se le describe en sus maneras y en su charla, fuera un retrato del propio Janet.

Durante toda su carrera en París, Janet no se limitó a su papel de médico ocupado y de erudito absorbido en sus estudios, sino que intervino en una ajetreada vida social, dando excelentes recepciones en su apartamento. Tenía amigos íntimos entre sus colegas, tanto en el país como en el extranjero, figurando entre estos últimos Morton Prince y James Mark Baldwin. Según todos los testimonios, Janet era un hombre de cortesía refinada aunque aficionado a la paradoja, de modo que la gente que no le conocía bien se quedaba a veces dudando si hablaba en serio o no. En ocasiones daba incluso la impresión de estar jugando con ideas más que de buscar un intercambio serio de pensamientos.

En sus últimos años parece que se hicieron más manifiestas sus características psicasténicas, que nunca le habían faltado. Posiblemente se sintiera más afectado de lo que deseaba revelar por la hostilidad de sus colegas de la Salpêtrière y por el relativo aislamiento que siguió. Quizás el gran trabajador había llegado al límite de sus fuerzas. Se dice que tenía estados depresivos progresivamente frecuentes y también que cada vez se mostraba más irrazonable y ausente. Según su familia, su juicio acerca de las personas a las que encontraba en la vida diaria era muchas veces superficial, a menos que se convirtieran en pacientes suyos. Estos rasgos se hicieron cada vez más pronunciados durante los últimos años de su existencia, transcurrida en medio de los graves acontecimientos mundiales y de sus pérdidas personales. Se dice también que se aferraba obstinadamente a sus viejas costumbres e ideas. Sin embargo, cuando aceptaba una idea nueva mostraba una renovada frescura de mente. Madame Pichon-Janet dice que, una vez convencido de que debía ir más allá de sus viejos autores favoritos como Víctor Hugo, se entusiasmó con Marcel Proust y Paul Valéry, hasta el punto de citar frecuentemente al primero y aprender de memoria *Le cimetière marin*.

Janet era un hombre de hábitos regulares, ahorrativo y metódico, y ferviente coleccionista. Su principal colección era la de las historias clínicas de sus pacientes, minuciosamente registradas por su propia mano. Llegaron a sumar más de 5.000 y ocupaban una habitación completa de

[54] Marcel Prévost, *L'Automne d'une femme*, París, Calmann-Lévy, 1893. La Sra. Hélène Pichon-Janet, en contestación a la pregunta del autor, le dijo que su padre había entrado casualmente en relación con Marcel Prévost.

su apartamento. Otra habitación estaba ocupada por su enorme biblioteca, que contenía una colección única de las obras de los antiguos magnetizadores e hipnotizadores, y también un gran número de libros dedicados por sus autores. Llevaba un catálogo de todos ellos. Una tercera colección era su herbolario, que contenía plantas recogidas y clasificadas durante toda su vida.

Pertenecía a una generación de científicos que consideraban un deber el dedicar la mayor parte de su tiempo y actividad a las organizaciones académicas oficiales y a las sociedades científicas y revistas reconocidas. Fue, por tanto, miembro activo de la Société de Neurologie, de la Société Médico-Psychologique, y sobre todo de la Société de Psychologie, y realizó varias funciones en la Académie des Sciences Morales et Politiques. Según todos los relatos, era siempre puntilloso en el trato con sus colegas. En la Société de Psychologie no hablaba con frecuencia, pero asistía con regularidad a las reuniones, escuchaba atentamente a los oradores y en ocasiones tomaba notas. Cuando discutía los trabajos, «traducía» su contenido, por decirlo así, al lenguaje de sus propias teorías.

No hemos encontrado descripciones de sus enseñanzas de filosofía en los liceos, pero es de suponer que las llevara a cabo en forma muy parecida a las clases que dio posteriormente en el Collège de Francia y otros lugares. En todo caso, hay unanimidad en calificar de profesor admirable. Cualquiera que fuera el tema, su audiencia quedaba cautivada desde el principio. El reverendo Walter Horton, de Nueva York, que asistió a las clases de Janet en el invierno de 1921-1922, escribe de los asistentes:

> ...En la primera sesión llenaron hasta los topes la incómoda aula, y durante todo el invierno soportaron alegremente la incomodidad de los bancos sin respaldo y de la mala ventilación sin que disminuyera un solo momento su interés. La popularidad del curso era debida en cierto grado, sin duda, a los centelleos de agudeza volteriana de Janet pero principalmente, creo, a la importancia intrínseca del tema y a la originalidad de los puntos de vista presentados. Estoy seguro de que no era yo el único oyente extranjero que sintió que estas clases bastaban para compensarle de su viaje a Francia [55].

La forma de hablar de Janet era clara y vivaz, y su estilo, intermedio entre el escrito y el hablado. Su modo de explicar está ilustrado en la publicación de los registros estenográficos de sus clases desde 1926 hasta 1929, que no fueron revisados por él antes de la publicación y que en ocasiones contienen incluso deslices como «Arnold Meyer» en lugar de «Adolf Meyer» o algunos de esos pequeños chistes que un profesor dice en ocasiones durante el curso pero que no conserva en sus obras publicadas. Dijo, por ejemplo, que «el amor es una hipótesis transformada en

[55] Walter M. Horton, «The origin and psychological function of religion according to Pierre Janet», *American Journal of Psychology*, XXXV (1924), 16-52.

una idea fija»[56]. En ocasiones, cuando discutía un tema que le interesaba, hablaba con más vivacidad y hacía movimientos con las manos para subrayar sus pensamientos. Un testigo presencial dice que en el Congreso Internacional de Psicología celebrado en París en 1937, se le había pedido que hablara lentamente por consideración al intérprete, pero que, transcurridos unos minutos, olvidó esta petición y comenzó a hablar con animación. El intérprete, que estaba en su cabina y no podía ver a Janet, se vio ganado por la misma animación y comenzó a hacer los mismos gestos que él, «como en una especie de telepatía».

En la relación de Janet con sus pacientes destacan dos características. La primera es su perspicacia. Distinguía con gran facilidad lo que era auténtico de lo simulado. Insistía repetidamente en que la conducta de muchos pacientes incluía un elemento de representación (la misma «función lúdica» que Flournoy había demostrado en sus médiums) así como la necesidad de ser admirados. Sobre todo, decía, en los casos de perversiones sexuales. En una reunión de la Société de Psychologie celebrada en 1908[57], expresó sus dudas acerca de la sinceridad de numerosos desviados sexuales, y en su prólogo a la traducción francesa de la *Psychopathia Sexualis* de Krafft-Ebing[58] no dudó en decir que una gran parte de la conducta sexual anormal no es sino actuación y representación. Llegó incluso a plantearse la cuestión de la sinceridad de numerosos psicóticos severos: «La mayor parte de las veces, los psicóticos están actuando. No crean la cuarta parte de lo que digan. Tratan de impresionarles con su grandeza o con sus faltas, de las que ellos mismos creen la mitad o incluso nada»[59]. Otra de las características de Janet era su destreza como psicoterapeuta, «su prodigiosa genialidad», como lo denominaron los editores del *Hommage*[60]. Aunque hay ejemplos de ella en *Les Médications Psychologiques,* no agotan el tema, y hay que leer muchos de sus trabajos cortos para vislumbrar la variedad casi ilimitada de sus genialidades psicoterapéuticas. Sin embargo, parece que no hay registro de una sola cura realizada por Janet y escrita por uno de sus primeros pacientes, aunque uno de ellos, Raymond Roussel, al que Janet había tratado durante varios años de ideas megalomaníacas y que posteriormente se dio a conocer como escritor surrealista, copió en uno de sus libros, sin ningún comentario, lo que aquél había escrito acerca de su enfermedad[61]. Muy

[56] Pierre Janet, *L'Évolution psychologique de la personnalité,* París, Chahine, 1929, pág. 332: «*L'amour n'est autre chose qu'une hypothèse transformée en idée fixe*».

[57] *Journal de Psychologie,* V (1908), 516-526.

[58] Richard Krafft-Ebing, *Psychopathia Sexualis,* trad. francesa, París, Payot, 1931; préface, págs. 4-8.

[59] Pierre Janet, *L'Évolution psychologique de la personnalité,* París, Chahine, 1929, pág. 328.

[60] *L'Évolution psychiatrique,* núm. 3, 1950, pág. 344.

[61] Raymond Roussel, *Comment j'ai écrit certains de mes livres,* París, Lemerre, 1935, págs. 27, 175-183.

pocos estudiantes pudieron aprender psicoterapia de Janet (el cual, como ya se ha mencionado, se había visto privado de la posibilidad material de dar cualquier enseñanza clínica después de las intrigas en la Salpêtrière). El Dr. Ernest Harms, que le visitó en la Salpêtrière, escribió lo siguiente:

> Cuando fui a París a estudiar las técnicas de Janet, acudí a familiarizarme con los internados y sus alojamientos. Procedente de Kraepelin y Zurich, quedé sorprendido por la organización. Encontré alojados juntos a muchos pacientes con ideas persecutorias que se inflamaban emocionalmente unos a otros con cuentos fantásticos. Cuando pregunté a Janet qué enfoque terapéutico era éste, recibí una extraña respuesta: «Yo creo a esta gente, a menos que se me pruebe que lo que dice es falso». Acababa de encontrarme con un joven que evitaba pisar cualquier sombra porque en ellas vagaba Napoleón, que quería llevarle al ejército. Al lado de él estaba una mujer de más de setenta años temerosa de la persecución del alcalde de París, que quería hacer el amor con ella. Yo encontré difícil ver ninguna verdad en tales ideas fijas. Janet notó mi perplejidad ante sus palabras. Se acercó a mí. «Mire, estas personas están perseguidas por algo, y usted debe investigar cuidadosamente para encontrar la raíz». Lo que quería hacerme ver es que no se deben descartar las fantasías persecutorias como ridículas, o verlas solamente en el aspecto sintomático; hay que considerarlas seriamente y analizarlas, hasta que se revelen las condiciones causales. Nunca he olvidado las sabias palabras de Janet acerca de la persecución, ni las muchas otras que eran un elemento importante en sus relaciones con sus estudiantes. Representaban un arte socrático que yo nunca he experimentado con ningún otro profesor eminente de psiquiatría. En su caso, era inseparable de su concepto de la psiquiatría [62].

Un pequeño incidente muestra la consideración de Janet hacia sus pacientes hospitalizados y cómo los protegía de las indiscreciones y la curiosidad inoportuna. Durante una de las estancias de Madeleine en la Salpêtrière, el Presidente de la República giró una visita al hospital. El interno —que no era otro que Jean Charcot, hijo del gran neurólogo— la llamó para mostrársela al Presidente. «Inmediatamente», escribía Madeleine a su hermana en una carta fechada el 26 de junio de 1898, «el doctor Janet, que conoce mi repugnancia, se adelantó e hizo señas a Mr. Charcot de que no dijera nada» [63]. Algunas personas creían que Janet iba demasiado lejos en su afán de ocultar la identidad de los pacientes cuyas historias clínicas publicaba. Cuando murió, las fichas de sus 5.000 o más enfermos fueron quemadas de acuerdo con su voluntad. No puede por menos de lamentarse la pérdida de este material extraordinariamente rico y bien clasificado, y en particular de las fichas correspondientes a Léonie y Madeleine, pero al mismo tiempo hay que respetar este acto de respeto al secreto profesional.

---

62 Ernest Harms, «Pierre M. F. Janet», *American Journal of Psychiatry*, CXV (1959), 1036-1037.

63 Fr. Bruno de Jésus-Marie, «À propos de la 'Madeleine' de Pierre Janet», *Études Carmélitaines*, XVI, núm. 1 (1931), 20-61.

Acerca de la vida familiar de Janet han quedado algunas notas escritas por Hélène Pichon-Janet. Sus padres eran bastante reservados en la expresión de sus sentimientos, dice, pero inseparables; su esposa le acompañaba en todos los viajes y le resultaba indispensable en la vida social y en las materias prácticas. Añade que el padre era afectuoso y amable. Por ejemplo, aunque estaba muy absorbido por su trabajo, siempre encontraba un momento para leer a sus hijos después de la comida.

Como ocurre con numerosos científicos, Janet estuvo interesado en su juventud por muchas cosas, pero gradualmente restringió su campo de interés para poder concentrarse en el trabajo de su vida. En la época en que estudiaba en la École Normale Supérieure, la enseñanza de griego y latín era excelente y los estudiantes de filosofía estaban tan familiarizados con Cicerón y Virgilio como con los clásicos franceses. Janet parece haber perdido algo el contacto vivo con los clásicos, aunque en ocasiones pudo demostrar sus conocimientos de latín. Según la tradición familiar, en su primer encuentro con J. M. Baldwin, ninguno de los dos podía hablar en el idioma del otro, por lo que recurrieron a la conversación en latín, que la diferencia de pronunciación hacía más laboriosa. Janet había aprendido alemán en la escuela, pero (posiblemente debido a la influencia de su patriótica madre) pareció sufrir cierta inhibición para ese idioma. La falta de un conocimiento fluido del mismo fue un grave obstáculo para él. En cuanto al inglés, lo aprendió posteriormente y llegó a dominarlo, aunque siempre lo hablaba con un pronunciado acento francés.

Quizás debido a la falta de tiempo, Janet no leyó mucho aparte de la literatura psicológica y psiquiátrica. Tampoco estaba interesado particularmente por la música, el arte o la arquitectura. Pero nada más lejos de la realidad que la imagen de Janet como un anciano erudito abstraído o como un «ratón de biblioteca». El amor por la naturaleza estaba incrustado profundamente en su alma. Su herbolario, que formó a lo largo de tantos años, era un solo aspecto de su amor por las flores. Ya desde su infancia, en que cuidaba un pequeño jardín, le gustó cuidar plantas de todos los tipos. Cada especie de flor, decía, tenía, su propia individualidad, que describía en términos poéticos. Janet había hecho algo de hípica con uno de sus tíos de la rama Hummel. Posteriormente aprendió a montar en bicicleta, que en aquella época era una reciente invención. Pero prefería caminar. Incluso en su ancianidad le gustaba vagabundear por las calles de París. Descansaba de su trabajo de todo el año caminando y herborizando en los bosques de Fontainebleau. Los momentos más agradables de su vida fueron sus excursiones a las Montañas Rocosas y al parque Yellowstone, a los bosques primitivos de Brasil y a las cataratas del Iguassú.

Antes de convertirse en psicólogo y psiquíatra, había sido filósofo. Sus libros de texto de filosofía revelan su opinión sobre materias muy

diversas. Se muestra preocupado por la justicia social y la próxima emancipación de las colonias. Dice que la idea de la propiedad privada es una noción que debe ser perfeccionada, que la pena de muerte es una reminiscencia de la barbarie, y que sería conveniente que la humanidad tuviera una lengua internacional artificial[64]. Aunque tuvo gran cuidado de no mezclar nunca conceptos filosóficos con teorías psicológicas, hay una idea metafísica que aparece repetidamente en sus escritos, como una especie de leitmotiv: la de que el pasado de la humanidad ha sido preservado en su totalidad de alguna manera[65]. Se atrevió a predecir que llegaría el momento en que el hombre sería capaz de viajar al pasado de la misma forma que en la actualidad viaja por el aire. «Todo lo que ha existido», decía, «existe todavía y perdura en un lugar que nosotros no comprendemos, al que no podemos llegar». Afirmaba asimismo que, si se inventara el «paleoscopio», el hombre aprendería cosas extraordinarias acerca de las que en la actualidad no tiene la más ligera noción.

En el fondo de todas estas ideas subyacen no sólo la influencia de la «filosofía espiritualista» de su tío Paul Janet, sino los sentimientos religiosos suprimidos de su infancia. Aunque comúnmente se le calificaba de ateo, era en realidad un agnóstico que probablemente nunca deshizo por completo sus lazos con la religión. Su esposa, educada en un convento, pareció ir más lejos que él en su disociación de la religión y aun se opuso abiertamente a la Iglesia católica. La señora Hélène Pichon-Janet ha narrado al autor la insistencia de su padre en que los tres niños recibieran instrucción religiosa protestante en una de las iglesias protestantes de París. Pensaba, al parecer, que quizá desearan acogerse a la religión posteriormente, y ante tal eventualidad no quería privarlos de las enseñanzas religiosas elementales. A la muerte de su esposa, insistió en que tuviera un entierro católico, como el que se le dio a él mismo varios años después. Cuanto más se estudian las obras de Janet, más se tiene la sensación de que su sonrisa socrática ocultaba una sabiduría que se llevó a la tumba.

---

[64] En un congreso internacional celebrado en Amsterdam en 1907, siete de los participantes firmaron una petición en favor de la utilización del esperanto en los congresos internacionales. Uno de ellos era Pierre Janet, *Compte-Rendu des Travaux du Ier Congrès International de Psychiatrie et de Neurologie, tenu à Amsterdam en 1907*, Amsterdam, J. H. de Bussy, 1908, pág. 908.

[65] Pierre Janet, «La Tension psychologique, ses degrés, ses oscillations», *British Journal of Psychology, Medical Section*, I (1920-1921), 164; «Les souvenirs irréels», *Archives de Psychologie*, XIX (1925), 17; *L'Évolution de la mémoire et la notion du temps*, París, Maloine, 1928, pág. 491; *L'Évolution psychologique de la personnalité*, París, Chahine, 1929, pág. 579; *Les Débuts de l'intelligence*, París, Flammarion, 1935, págs. 166-168; «La Psychologie de la croyance et le mysticisme», *Revue de Métaphysique et de Morale*, XLIII (1936), 399; «L'Acte de la destruction», *Revue Générale des Sciences*, LI (1940-1941), 145-148.

Contemporáneos de Janet

Ninguna mente creadora trabaja sola. Los más grandes pioneros tienen no sólo maestros y discípulos, sino también compañeros de viaje, hombres de la misma generación que pueden ser amistosos, hostiles o indiferentes, pero que siguen un curso de evolución paralelo y cuyas ideas están sujetas a influencias mutuas.

Si observamos a vista de pájaro la generación de Pierre Janet, es decir, la de los hombres que nacieron en el mismo año o con uno o dos de diferencia, encontramos, en Francia, una lista impresionante de grandes pensadores. A esa generación pertenecen, entre otros, los filósofos Henri Bergson (1859-1941), Émile Meyerson (1859-1933), Edmond Goblot (1858-1935) y Maurice Blondel (1861-1949); los sociólogos Émile Durkheim (1858-1917) y Lucien Lévy-Bruhl (1857-1939); el dirigente socialista Jean Jaurès (1859-1914); el matemático y filósofo Gaston Milhaud (1858-1918); y el psicólogo Alfred Binet (1857-1911).

Una ojeada rápida a la biografía de Bergson muestra un cierto paralelismo entre su vida y la de Janet[66]. Ambos nacieron en París en 1859. Ambos estudiaron en un Liceo de París (Bergson en el Lycée Condorcet, Janet en el Collège Sainte-Barbe). Ambos fueron admitidos en la École Normale Supérieure; Bergson en 1878, Janet en 1879. Ambos enseñaron primero filosofía en un liceo provincial (Bergson pasó un año en Angers y cinco en Clermont-Ferrand; Janet, medio año en Châteauroux y seis años y medio en El Havre). Para ambos, esos años pasados en provincias representaron un período de maduración y trabajo intensivo. Ambos hicieron experimentos con hipnotismo: el primer trabajo de Bergson, de 1886, estaba dedicado al tema de la simulación inconsciente en la hipnosis, y el primero de Janet, del mismo año, versaba sobre sus experimentos con Léonie[67]. Las dos obras revelaban el escepticismo de sus autores acerca de las interpretaciones parapsicológicas. Ambos editaron también la obra de un filósofo, y ambos presentaron sus tesis en la Sorbona en 1889[68]. Cada uno de ellos trató de encontrar un punto de partida para la psicología en los fenómenos psicológicos más elementales; Bergson en su *Ensayo sobre los datos inmediatos de la conciencia* y Janet en su *Automatismo Psicológico* enfocaron el mismo problema, aunque de forma diferente. Ambos fueron nombrados profesores de filosofía de un liceo de París;

---

66 Jean Guitton, *La Vocation de Bergson*, París, Gallimard, 1960.

67 Henri Bergson, «De la simulation inconsciente dans l'état d'hypnotisme», *Revue Philosophique*, XXII (1886), II, 525-531.

68 Bergson publicó una edición comentada de extractos de la obra de Lucrecio *De Rerum Natura*, 1883, y Janet una edición comentada del segundo libro de Malebranche, *Recherche de la vérité*, 1886.

Bergson llegó algo antes al Collège Rollin, donde Janet fue su inmediato sucesor. Ambos enseñaron también en la Sorbona y posteriormente en el Collège de France, donde Bergson había sido nombrado antes que Janet y defendió la candidatura de éste en la asamblea de profesores. Durante muchos años fueron colegas en dicho centro, y luego también en la Académie des Sciences Morales et Politiques, a la vez que mantuvieron estrechos contactos sociales. Por último, es de destacar que ambos revelaron su profunda preocupación por la religión a una edad avanzada.

La influencia de Bergson sobre la obra de Janet fue muy importante, como este último reconoció. La noción de Bergson de «atención a la vida» (*attention à la vie*) muestra gran semejanza con la *fonction du réel* de Janet, y lo que decía Bergson acerca de la punta de lanza de la vida como avant-garde de la evolución recuerda asimismo el concepto de Janet de «tensión psicológica». El propio Janet reconoció que, si empezó a presentar los hechos psicológicos como conductas, fue muy probablemente por influencia de los primeros libros de Bergson [69]. Pero la influencia recíproca no fue menos importante. En *Materia y memoria,* Bergson se refiere a la investigación de Janet sobre las disociaciones de personalidad; también tomó de él el término *fonction fabulatrice,* concepto quizá no muy diferente del que Frederick Myers había denominado función mitopoética del inconsciente.

No menos complejas fueron las influencias recíprocas entre Janet y Binet. Alfred Binet era dos años mayor, habiendo nacido en Niza en 1857 [70]. Estudió en el liceo de Niza y después en París en el Lycée Louis-le-Grand, donde tuvo como condiscípulo a Babinski. Primero se mostró interesado por el derecho, luego por la biología y finalmente por la psicología. Entonces entró en conexión con Ribot y Charcot, quienes le permitieron examinar pacientes en sus salas. Uno de sus primeros trabajos de investigación versaba sobre la «vida psíquica de los microorganismos» [71]. Al igual que Janet y Bergson, estaba interesado por el problema de la forma más elemental de vida psicológica, que abordó examinando organismos vivos a los que consideraba situados en el grado más inferior de la escala vital, es decir, los infusorios, en los que creyó descubrir manifestaciones de actividad sensorial, inteligencia e incluso rudimentos de ayuda mutua. Su primer libro, publicado en 1886, fue la *Psicología del razonamiento,* en la que eligió el hipnotismo como método de enfoque, llegando a la conclusión de que existe un proceso permanente y automático de razonamiento inconsciente en el fondo de la actividad psí-

---

[69] *Revue de Métaphysique et de Morale,* XLIII (1936), 531.

[70] François-Louis Bertrand, *Alfred Binet et son oeuvre,* París, Alcan, 1930.

[71] Alfred Binet, «La Vie psychique des micro-organismes», *Revue Philosophique,* XXIV (1887), II, 449-489, 582-611.

quica del hombre[72]. Durante varios años se dedicó a investigar la hipnosis, la histeria y la personalidad dual. Sus investigaciones corrieron paralelas con las de Janet, de modo que en un momento dado llevaba la delantera uno u otro de los dos. Cuando Janet publicó su *L'Automatisme Psychologique*, Binet escribió una revisión detallada para la *Revue Philosophique* en la que reconoció que Janet había anticipado ciertos resultados que él había esperado encontrar en su propia investigación, por lo que consideraba innecesario continuar[73]. Al igual que Janet, estaba interesado por la historia del magnetismo animal y escribió un libro sobre ese tema en colaboración con Féré[74]. Sin embargo, carecía de los profundos conocimientos de aquél en dicha materia. En los años siguientes, Janet y Binet se debieron encontrar con bastante frecuencia. Cada uno se refería al trabajo del otro, y ambos actuaron durante algún tiempo en el laboratorio de psicología experimental de la Sorbona. Pero parece que por alguna razón tuvo lugar un alejamiento. En 1893 Binet fundó *L'Année Psychologique*, famoso anuario de psicología que utilizó para publicar sus numerosos artículos pero en el que no se incluyó ninguna contribución de Janet. Binet sufrió serios reveses en su carrera. Cuando solicitó la plaza de profesor en el Collège de France, fue vencido por Janet, y cuando la solicitó en la Soborna dieron preferencia a Georges Dumas. Esto le hizo separarse gradualmente de los contactos con sus colegas. Su laboratorio en la Sorbona estaba situado en un ático alejado al que poca gente sabía llegar y, debido a su extrema reserva, nunca acudía a ningún congreso. Pero era un gran trabajador que abrió caminos en numerosos campos de la psicología. En su *Estudio experimental de la inteligencia* publicó una investigación detallada de las funciones intelectuales de sus dos hijas, Armande y Marguerite, realizada con ayuda de pruebas psicológicas, y demostró que representaban dos tipos psicológicos: precisamente los que, algunos años después, C. G. Jung denominaría introvertido y extrovertido[75]. Fue Binet el que estableció la primera escala para medir la inteligencia de los niños en edad escolar, la llamada prueba o test de Binet y Simon, en 1905; pionero de la psicología infantil y de la pedagogía experimental, lo fue también de la psicología sexual. Describió el fetichismo, acuñando este término. Creó también sombrías obras teatrales bajo seudónimo, bien solo o en colaboración. Fue un infatigable escritor que, por desgracia, diseminó sus actividades en numerosos campos y nunca consiguió crear la obra final que resumiera su vida de esfuerzo. Cuando murió prematuramente, en 1911, había perdido,

---

[72] Alfred Binet, *La Psychologie du raisonnement*, París, Alcan, 1886.
[73] Alfred Binet, *Revue Philosophique*, XXIX (1890), I, 186-200.
[74] Charles Féré et Alfred Binet, *Le Magnétisme Animal*, París, Alcan, 1887.
[75] Alfred Binet, *L'Étude expérimentale de l'intelligence*, París, Schleicher, 1903.

al parecer, todo contacto con Janet, con el que su trabajo había estado tan relacionado durante largo tiempo.

Se podrían trazar otros paralelos entre Janet y Durkheim, Lévy-Bruhl, y otros de sus contemporáneos. Sería imposible determinar las influencias mutuas que estos hombres tuvieron entre sí. Visto a distancia, parecen estatuas que permanecen en mayestático aislamiento; más de cerca, se ve claramente que estaban comprometidas en diálogos más o menos intermitentes.

La obra de Janet: I) Filosofía

No se puede comprender el sistema psicológico de Pierre Janet sin tener en cuenta su subestructura filosófica. Estudió filosofía en el Lycée Louis-le-Grand, y después en la École Normale Supérieure, donde dicha disciplina era explicada por el moralista Bersot, el lógico Rabier, el filósofo académico Ollé-Laprune y el neo-kantiano Boutroux. No cabe duda de que conocía también las obras de su tío Paul Janet. Como él mismo dice en su autobiografía, había mostrado profundos sentimientos religiosos en su juventud y sufrido una crisis religiosa a los diecisiete años. Tras soñar con construir una filosofía que lograra la reconciliación de la ciencia y la religión, «no he hallado tal maravilla», admitió siendo anciano, añadiendo que sus intentos de construir una nueva psicología habían sido un sustitutivo del sueño de su juventud. Hay razón para creer, sin embargo, que hizo algo más que soñar, ya que en realidad buscó dicho sistema filosófico. La única forma de arrojar alguna luz sobre el tema es examinar los escritos filosóficos de Janet, es decir, sus libros de texto de filosofía.

En su primer libro de texto, publicado en 1894, hace una aguda distinción entre la filosofía científica y la filosofía moral[76]. La primera parte comienza con una definición de la ciencia: los hombres se han defendido contra las fuerzas naturales, las han dominado y a continuación han tratado de modificar el mundo. La ciencia ha surgido por la necesidad del hombre de conquistar el mundo, que exige una comprensión previa del mismo mediante la adquisición de conocimientos acerca de él; de aquí la necesidad de obtener un método apropiado basado en el análisis y la síntesis. A continuación, Janet ofrece una clasificación de las ciencias y un examen general de las principales: matemáticas, ciencias naturales, ciencias morales (en las que incluye la psicología y la sociología), e historia. A continuación viene un capítulo sobre las grandes hipótesis científicas; incluye una crítica de la teoría darviniana y del culto exagerado

[76] Pierre Janet, *Manuel du baccalauréat de l'enseignement secondaire classique Philosophie,* París, Nony, 1894.

del progreso, diciendo que es peligroso esperar demasiado de éste porque lleva al desprecio del presente y a la destrucción del pasado. La segunda parte del libro, dedicada a la filosofía moral, incluye un análisis de problemas tales como la libertad, la responsabilidad, la conciencia y la justicia, y finalmente la existencia de Dios y la religión. El libro, que había comenzado con una perspectiva baconiana, termina con una cita de Epicteto: «Soy un ser racional y tengo que alabar a Dios; esta es mi vocación y yo la sigo». Está claro que Janet dedicó un cuidado considerable a su obra. Contiene casi al pie de la letra la conferencia que dio en 1882, a los veintidós años, en Châteauroux sobre el concepto de la propiedad. Cada término filosófico recibe una definición clara. Para cada problema se exponen las teorías principales de forma objetiva. Parecería que, bajo la forma de un libro de texto para escolares, Janet ofrecía un esquema de su propia filosofía. Dos años después, en 1896, lo reformó por completo. Contenía los mismos temas, pero ordenados ahora de acuerdo con el plan de enseñanza oficial, al igual que las siguientes ediciones, muchas veces aumentadas.

No está claro en qué momento se desplazó su interés principal de la filosofía a la psicología, como se había desplazado previamente de la religión a la filosofía. Su actitud posterior hacia la filosofía se puede inferir de lo que escribió en la introducción a su edición de Malebranche: la ciencia sólo es posible a través de la inspiración de algunas ideas generales que proporcionan un método y medios de explicación. Estas ideas generales son inventadas por los filósofos, los cuales, para concebirlas, necesitan un andamiaje metafísico o místico[77]. En ese aspecto, es interesante ver lo que Janet tomó de la filosofía cuando derivó hacia la psicología. Hacía hincapié en utilizar un método estrictamente científico, para abordar los fenómenos psicológicos con un espíritu científico del que él mismo decía que la curiosidad y la independencia eran la base, con exclusión del principio de autoridad y de la tradición. Él mismo definió el método científico como una combinación de análisis y síntesis. Analizar significa disgregar un todo en sus elementos, supuesto que estos últimos sean los verdaderos elementos constituyentes. Un anatómico, por ejemplo, no corta el cuerpo en cuatro o en cien partes, sino que separa los músculos, nervios, vasos sanguíneos y otras partes del mismo. Janet concibió la psicología científica de la misma forma: debe comenzar con el análisis psicológico, es decir, la identificación y estudio separado de las funciones psicológicas elementales, fase ésta que debe ser seguida posteriormente por la síntesis psicológica, es decir, la reconstrucción del todo a partir de las partes separadas.

---

[77] Malebranche, *De la Recherche de la vérité*, II, Pierre Janet, ed., París, Alcan, 1886, pág. 22.

La obra de Janet: II) Automatismo psicológico

Varios filósofos anteriores habían tratado de reconstruir la psique humana mediante el análisis y la síntesis. La mayoría de ellos habían utilizado la sensación como elemento básico y punto de partida. Condillac imaginaba el mito filosófico de una estatua que podría ser recubierta con un sentido tras otro, y con este punto de partida describió el desarrollo hipotético de la mente de la estatua; el único inconveniente es que tal construcción era puramente ficticia. Cuando Janet abordó el mismo problema, permaneció sobre la base sólida de la psicología experimental. Su tesis principal, *El automatismo psicológico,* lleva un subtítulo revelador: «Ensayo Psicológico-Experimental sobre las Formas Inferiores de Actividad Humana». Así, no comienza, como hizo Condillac, a partir de la «sensación pura», sino de la «actividad», o mejor, nunca separa la conciencia de la actividad.

El automatismo psicológico contiene el fruto de las investigaciones realizadas por Janet en El Havre desde 1882 hasta 1888. Los artículos que publicó de forma seriada en la *Revue Philosophique* durante esa época nos permiten seguir el desarrollo de dichas investigaciones. Tras los primeros experimentos con hipnosis a distancia sobre Léonie, que halló poco convincentes, examinó a Lucie, joven de diecinueve años, que era atacada por crisis de terror sin motivación aparente. Por medio de la escritura automática, Janet descubrió tanto la causa como el significado de las crisis de terror. Cuando tenía siete años, dos hombres escondidos detrás de una cortina habían simulado asustarla como juego. Cuando Lucie sufría sus crisis de terror, una segunda personalidad dentro de ella, Adrienne, revivía este episodio inicial. Janet describió cómo utilizó la relación para aliviar a la paciente de sus síntomas, y cómo la segunda personalidad desapareció por fin[78]. Lucie tuvo una recaída ocho meses después, que, sin embargo, cedió rápidamente con la ayuda de una terapéutica que combinaba la hipnosis y la escritura automática. Janet describió el fenómeno de la relación en forma más precisa, y en particular el rasgo suyo característico de la electividad, es decir, de la permanente sugestionabilidad hacia una sola persona, Janet, con exclusión de todas las demás[79].

Nuevos experimentos con Léonie le llevaron a hacer otros descubrimientos de interés particular[80]. Demostró que, bajo hipnosis, se pueden

[78] Pierre Janet, «Les Actes inconscients et le dédoublement de la personnalité pendant le somnambulisme provoqué», *Revue Philosophique,* XXII (1886), II, 577-592.

[79] Pierre Janet, «L'Anesthésie systématisée et la dissociation des phénomènes psychologiques», *Revue Philosophique,* XXIII (1887), II, 449-472.

[80] Pierre Janet, «Les Actes inconscients et la mémoire pendant le somnambulisme», *Revue Philosophique,* XXV (1888), I, 238-279.

producir dos conjuntos muy distintos de manifestaciones psicológicas: por un lado están los «papeles» representados por el sujeto para complacer al hipnotizador; por otro, la personalidad desconocida, que se puede manifestar espontáneamente, sobre todo en forma de regreso a la infancia. En estado hipnótico, Léonie se refería a sí misma por su apodo infantil de Nichette. Pero detrás de la personalidad hipnótica puede haber una tercera escondida, que a su vez emerge al hipnotizar a esta segunda. Lo curioso fue que esta tercera personalidad era una reviviscencia de una antigua personalidad hipnótica que los magnetizadores habían descubierto en Léonie en el pasado. Nunca se había manifestado en el intervalo, pero ahora aparecía exactamente tal como había sido. Janet descubrió que Bertrand, en 1823, había publicado ya un caso semejante.

L'automatisme psichologique fue dedicado a los doctores Gibert y Powilewicz, los cuales habían proporcionado a Janet los pacientes: catorce mujeres histéricas, cinco hombres histéricos, y ocho psicóticos y epilépticos. La esencia de la investigación, sin embargo, descansaba en cuatro mujeres: Rose, Lucie, Marie y sobre todo la famosa Léonie. Janet trató de permanecer en el sólido campo de los hechos objetivos, y por esta razón se abstuvo de hablar de experimentos parapsicológicos con Léonie. Se esforzó también por tener cuidado y abstenerse de informar sobre las explicaciones terapéuticas de su investigación, primero porque la Faculté des Lettres era muy sensible en este punto, y segundo para no despertar las sospechas de los médicos.

El término «automatismo psicológico» no era nuevo. Había sido utilizado entre otros por Despine, quien lo definió como «un conjunto de actos muy complejos e inteligentes que tienden a un fin perfectamente especificado y ajustado a las circunstancias; actos exactamente iguales a aquellos que el yo gobierna en otras ocasiones a través del mismo sistema»[81]. Sin embargo, para Despine, era el producto de una máquina viviente desprovista de conciencia, mientras que para Janet es un fenómeno psicológico por propio derecho, que siempre entraña una conciencia rudimentaria.

Janet clasificó las manifestaciones de automatismo psicológico en dos grupos: automatismo total, proceso que se extiende al sujeto como totalidad, y automatismo parcial, el cual implica que una parte de la personalidad está separada del conocimiento de ella misma y sigue un desarrollo autónomo, subconsciente[82]. La forma más rudimentaria del automatismo total, decía, es la catalepsia. El estado de conciencia de un cataléptico podría compararse con el de un individuo que comienza a recuperarse

[81] Prosper Despine, *Psychologie Naturelle*, I, París, Savy, 1868, págs. 490-491.

[82] Pierre Janet siempre afirmó ser el creador de la palabra *subconsciente*. (El autor no ha encontrado ningún ejemplo de esa palabra antes de que él la utilizara). Al parecer, la había acuñado para demostrar que utilizaba un enfoque psicológico completamente distinto del concepto metafísico de inconsciente de Von Hartmann, que estaba tan de moda en aquella época.

de un síncope: existe algo de conciencia sin conciencia del yo. Las investigaciones de Janet sobre la catalepsia revelaron tres hallazgos: 1) Que estos estados de conciencia tienden a continuar sin modificación a menos que haya un estímulo del exterior; 2) que no existe conciencia, sino cierta forma de motilidad; 3) que cualquier emoción producida durante ese estado tiende a determinar un movimiento adecuado a ese sentimiento, supuesto que este último no sea contrario a la personalidad del sujeto.

Un estado menos rudimentario que la catalepsia es el de sonambulismo artificial, es decir, el estado hipnótico, del cual Janet da tres criterios: 1) amnesia al despertar; 2) recuerdo de estados hipnóticos previos durante la hipnosis y 3) recuerdo del estado vigil durante los estados hipnóticos. Pero los hechos son más complejos, y aquí Janet relata sus experimentos con Léonie y los tres estadios de ésta: Léonie I, Léonie II y Léonie III (alias Léonore), así como las relaciones de estas tres existencias entre sí. Janet creía que había encontrado correlaciones definidas entre las diversas condiciones de amnesia y memoria por una parte y las diferentes condiciones de amnesia y sensibilidad por otra, e interpretaba el fenómeno de la amnesia poshipnótica como una condición modificada en sensibilidad.

Más complejo que el estado hipnótico es lo que Janet denomina existencias sucesivas (evitando así la expresión personalidades alternantes). Janet analiza los sentimientos de cada una de estas personalidades hacia las otras: en ocasiones no son percibidas como tales, aunque existe una sensación de algo extraño o peculiar dentro de uno mismo; en ocasiones se perciben con un sentimiento de hostilidad o desprecio. A veces la otra personalidad es más infantil y adopta el apodo de su infancia.

Janet comienza el estudio del automatismo parcial con sus formas más simples, la catalepsia parcial y las distracciones, es decir, estados peculiares de abstracción. En estos últimos, mientras que la atención del sujeto está absorbida por otra cosa, el médico susurra una pregunta a la que aquél responde sin premeditación. Janet demostró que, por medio de las distracciones, se pueden imprimir en el sujeto sugestiones o incluso alucinaciones, que producen curiosas mezclas e interferencias entre las manifestaciones conscientes y subconscientes. Muy relacionado con las distracciones está el fenómeno de la escritura automática, ampliamente practicado por los espiritistas desde 1850. Colocando un lápiz en la mano de un individuo, y manteniendo su atención en otra parte, se puede ver cómo comienza a escribir cosas de las que no es consciente y produce de esa forma grandes fragmentos de material subconsciente. Otra manifestación del automatismo parcial es la sugestión poshipnótica, problema sujeto a controversias para el que Janet propuso la siguiente explicación: la mente subconsciente, que ha sido traída a un primer plano durante la hipnosis y que a continuación ha retrocedido, persiste y cumplirá pun-

tualmente las órdenes dadas por el hipnotizador durante la hipnosis. El difícil problema de las existencias simultáneas es interpretado por la teoría general de Janet de la *désagrégations psychologiques*, concepto no muy distinto del de disolución psicológica, propuesto en primer lugar por Moreau (de Tours) y posteriormente por Hughlings Jackson.

El resto del libro está dedicado a la descripción e interpretación de diversas formas de automatismo psicológico parcial: la varilla adivinadora, espiritismo y mediumismo, impulsos obsesivos, ideas fijas y alucinaciones de pacientes psicóticos, y por último lo que el autor denomina obsesión, es decir, las actitudes, acciones y sentimientos del ser individual controlados por una idea subconsciente, desconocida para él, como era el caso de «Lucie», que decía con gestos de terror: «Tengo miedo y no sé por qué». Janet explica: «Ello es debido a que el inconsciente tiene un sueño; ve hombres detrás de las cortinas, y pone el cuerpo en la actitud de terror». Cuando Léonie dice: «Grito y no sé por qué», se puede suponer también que hay una idea subconsciente actuando. «Habría que recorrer todo el campo de las enfermedades mentales y una parte de las enfermedades físicas para demostrar las alteraciones mentales y corporales resultantes del destierro de un pensamiento de la conciencia personal», concluye Janet.

El automatismo psicológico, algunos de cuyos fragmentos se habían publicado ya, en forma de resúmenes, en la *Revue Philosophique*, fue considerado desde el principio como una obra clásica de las ciencias psicológicas. Clarificó numerosas materias sujetas a controversia y al mismo tiempo hizo surgir nuevas preguntas. Sus características principales se pueden resumir como sigue: 1) Como trabajaba con pacientes nuevos, Janet evitó la objeción de que los síntomas investigados fueran producto del «clima de invernadero» de la Salpêtrière y de su contagio mental. Sin embargo, había una paciente, Léonie, en la que ya habían experimentado antiguos magnetizadores, por lo que, investigando su historia vital, Janet descubrió el mundo olvidado de un siglo de investigación debida a magnetizadores e hipnotizadores[83]. 2) En su análisis psicológico, partió del marco de referencia de la psicología clásica, con su aguda distinción entre intelecto, afectividad y voluntad. Afirmaba que ni aun en los niveles más inferiores de la vida psíquica había sensación o sentimiento alguno sin movimiento, y estaba de acuerdo con Fouillée en que toda idea tiene una tendencia natural a desarrollarse en un acto. 3) Janet utilizaba el enfoque

[83] Janet conocía bien la plasticidad de los fenómenos histéricos y menciona que tres pacientes histéricos, que habían tenido crisis de tipos muy distintos, fueron colocados en la misma sala, tras lo cual tuvieron el mismo tipo de crisis. En aquella sala se estaba creando, por tanto, un nuevo tipo de histeria, que se habría estudiado como natural si no se conociera su origen. (*L'Automatisme psychologique*, París, Alcan, 1889, pág. 449).

dinámico, en términos de fuerza y debilidad psíquicas. En algunos casos graves de histeria hablaba de miseria psicológica (*misère psychologique*). 4) Resaltaba la noción de «campo de conciencia» y su estrechamiento en los pacientes histéricos como resultado de su debilidad psicológica. 5) En el grado más inferior de la vida mental, encontraba los dos niveles de sentimiento *per se* y de sentimiento en relación con el yo consciente. Esto le llevó a formular el concepto de función de síntesis (embrión de su futuro concepto de la jerarquía de las funciones psíquicas y de la tensión psicológica). 6) Volviendo al antiguo concepto de la relación (rapport), la concibió como una forma particular de *anestesia*, es decir, una distorsión en la percepción del mundo; en otras palabras, como una forma peculiar de percepción del mundo centrada en la persona del hipnotizador. 7) Janet afirmaba que ciertos síntomas histéricos se pueden relacionar con la existencia de partes escindidas de la personalidad (ideas fijas subconscientes) dotadas de vida y desarrollo autónomos. Demostró su origen en los acontecimientos traumáticos del pasado y la posibilidad de curarlos mediante el descubrimiento y disolución subsiguiente de estos sistemas psicológicos subconscientes. En ese aspecto, merece mención especial la historia de la enfermedad y cura psicológica de Marie:

> Esta joven fue llevada del campo al hospital cuando tenía diecinueve años de edad porque estaba considerada como loca y ya casi se había abandonado la esperanza de verla curada. Tenía períodos de ataques convulsivos con delirium que duraban varios días. Tras un período de observación, se aclaró que la enfermedad consistía en manifestaciones periódicas que ocurrían regularmente en la época de las menstruaciones, y de manifestaciones menos graves que eran más prolongadas y aparecían en momentos irregulares durante los intervalos.
>
> Comencemos con las primeras. En los días que precedían a la menstruación, el carácter de Marie cambiaba; se mostraba triste y violenta, lo que no entraba en sus costumbres, y sufría dolores, espasmos nerviosos y estremecimientos en todo el cuerpo. Las cosas ocurrían casi con regularidad durante el primer día, pero apenas veinte horas después del comienzo, la menstruación cesaba bruscamente y un gran temor ocupaba todo su cuerpo; después, un dolor agudo ascendía lentamente desde el abdomen hasta la garganta, y surgía una gran crisis histérica. Los ataques, aunque muy violentos, nunca duraban mucho y no guardaban semejanza con temblores epileptoides; en cambio, había un delirium muy prolongado y severo. En ocasiones profería gritos de terror, hablaba incesantemente de sangre y fuego, y trataba de escapar de las llamas; en otros momentos hablaba como una niña, conversaba con su madre, se subía a la cocina o a los muebles, y producía la devastación de la sala. Este delirio y las violentas contorsiones corporales alternaban con cortos períodos de descanso durante cuarenta y ocho horas. El ataque concluyó con vómitos de sangre en varias ocasiones, tras lo cual se normalizaba la situación. Tras uno o dos días de descanso, Marie se tranquilizaba y no recordaba el episodio en absoluto. Durante los intervalos de estas intensas manifestaciones mensuales, mantenía contracturas limitadas a los brazos o a los músculos intercostales u otros, anestesias cambiantes, y sobre todo, una ceguera completa y permanente del ojo izquierdo (...) Además, en ocasiones sufría crisis más pequeñas sin el gran delirium, pero que se caracterizaba predominantemente por actitudes de terror. La enfermedad, tan clara-

mente ligada a los períodos menstruales, parecía ser únicamente física y de poco interés para el psicólogo. Por lo tanto, al comienzo, traté muy poco con ella. Como máximo, realicé unos cuantos experimentos hipnóticos y algunos estudios sobre su anestesia, evitando cualquier otra cosa que pudiera alterarla en el momento en que se aproximaban las manifestaciones mayores. Permaneció durante siete meses en el hospital, durante los cuales no se consiguió la menor modificación con las diversas medicaciones administradas ni con la hidroterapia. Más aún, las sugestiones terapéuticas, en especial las relativas a su menstruación, produjeron efectos perniciosos e intensificaron el delirium.

A finales del octavo mes se quejó de su mala suerte y dijo, con una especie de desesperación, que estaba segura de que sus síntomas volverían a aparecer. «Veamos», le dije sin curiosidad, «explíqueme ahora lo que ocurre cuando se va a poner enferma». «Pero, ya lo sabe usted... todo se para. Tengo un gran estremecimiento, y no sé lo que ocurre después». Quise conseguir información precisa acerca de cómo habían comenzado sus períodos y cómo se habían interrumpido. Ella no dio una respuesta clara, y parecía haber olvidado la mayoría de los acontecimientos acerca de los cuales le preguntaba. Entonces se me ocurrió ponerla en situación sonámbula profunda, estado en el que (como hemos visto) es posible hacer surgir recuerdos aparentemente olvidados, y así pude conseguir que recordara exactamente un incidente que hasta entonces se había conocido de forma muy incompleta.

A los trece años había tenido su primera menstruación, pero, como resultado de una idea infantil o de algo que había oído y comprendido mal, imaginó que existía algo vergonzoso en ello, y trató de detener el flujo lo más pronto posible. Aproximadamente veinte horas después del comienzo, salió en secreto y se arrojó en un gran cubo de agua fría. El éxito fue completo; la menstruación cesó súbitamente y, a pesar de un violento escalofrío, pudo regresar a casa. Estuvo enferma durante bastante tiempo y tuvo varios días de delirium. Sin embargo, todo se estabilizó, y la menstruación no volvió a aparecer hasta cinco años después. Cuando reapareció, trajo consigo las alteraciones que habíamos observado. Si se compara el cese súbito, el estremecimiento, los dolores que ella describe en la actualidad en estado vigil, con lo que describe en situación sonámbula —que, incidentalmente, fue confirmado por otras fuentes— se llega a esta conclusión: todos los meses se repite la escena del baño frío, con el mismo cese de la menstruación y un delirium que, ciertamente, es mucho más grave que aquella vez, hasta que tiene lugar en el estómago una hemorragia suplementaria. Pero, en su estado normal de conciencia, ella no sabe nada de esto, ni siquiera que los estremecimientos son debidos a la alucinación del frío. Es por tanto probable que esta escena tenga lugar por debajo de la conciencia, y que de ella surjan las otras alteraciones.

Hecha esta suposición —verdadera o falsa—, y después de consultar al Dr. Powilewicz, traté de expulsar de la conciencia sonámbula la idea fija y absurda de que la menstruación era cortada por un baño frío. Al principio, no lo conseguí; la idea fija persistía; y la menstruación, esperada para dos días más tarde, ocurrió como siempre. Pero como yo tenía entonces más tiempo a mi disposición, volví a intentarlo: lo conseguí sólo gracias a un medio singular. Era necesario retrotraerla, mediante la sugestión, a la edad de trece años, colocarla de nuevo en las circunstancias iniciales del delirium, convencerla de que la menstruación había durado tres días y no se había interrumpido debido a ningún incidente desgraciado. Hecho esto, la menstruación siguiente llegó en el momento debido, y duró tres días, sin dolor, convulsiones ni delirium.

Después pasamos a investigar los otros síntomas. Omito los detalles de la exploración psicológica, que en ocasiones fue difícil. Los ataques de terror eran la

repetición de una emoción que la joven había sufrido cuando vio, a los dieciséis años de edad, la muerte de una anciana al caerse por las escaleras; la sangre, de la que siempre hablaba durante las crisis, era recuerdo de aquella escena; en cuanto a la representación del fuego, era probablemente una asociación de ideas, porque no estaba ligada con ningún dato preciso. Por el mismo procedimiento que antes, haciendo retroceder al sujeto mediante sugestión al momento del accidente, conseguí, no sin dificultad, demostrarla que la anciana sólo había tropezado pero no se había matado: no volvieron a aparecer las crisis de terror.

Por último, quise estudiar la ceguera de su ojo izquierdo; pero Marie se opuso a ello y dijo que era de nacimiento. Fue fácil comprobar mediante el sonambulismo que estaba equivocada; cuando se la transformaba en una niña de cinco años, por métodos bien conocidos, recobraba la sensibilidad que tenía a aquella edad, y entonces observamos que veía bien con los dos ojos. Por tanto, la ceguera había comenzado a los seis años. ¿En qué ocasión? Marie mantuvo, en estado de vigilia, que no lo sabía. Durante el sonambulismo, le hice representar las escenas principales de su vida en aquella época, y vi que la ceguera empezaba con ocasión de un incidente fútil. Había sido obligada, a pesar de sus gritos, a dormir con un niño de su misma edad que padecía un impétigo en todo el lado izquierdo de la cara. Poco tiempo después, Marie desarrolló un impétigo casi idéntico en el mismo lugar. Esta infección reapareció varias veces, aproximadamente en la misma época del año, y por último fue curada; pero nadie se dio cuenta de que, a partir de entonces, presentaba anestesia del lado izquierdo de la cara y estaba ciega de ese ojo. Desde aquella época había persistido la anestesia o al menos —para no ir más allá de lo que se puede observar— durante todo el período al que la hice retroceder mediante la sugestión, esta anestesia permanecía constante, aunque sus otras anestesias diversas podían desaparecer completamente en ocasiones. Realizamos el mismo intento anterior. La volví a colocar con el niño que tanto la había horrorizado; la hice creer que ese niño era muy agradable y no tenía impétigo (ella estaba casi convencida? Después de dos representaciones de esta escena conseguí lo mejor): al fin acarició sin miedo al niño imaginario. La sensibilidad del ojo izquierdo reapareció sin dificultad, y cuando le hice despertar, Marie veía claramente con él.

Han transcurrido cinco meses desde que se realizaron estos experimentos. Marie no ha mostrado nunca los menores signos de histeria, evoluciona bien y sobre todo, se está fortaleciendo. Su aspecto físico ha cambiado completamente. No atribuyo a esta cura más importancia de la que merece, y no sé cuánto durará, pero encuentro interesante esta historia en cuanto que muestra la importancia de las ideas fijas subconscientes y el papel que desempeñan en ciertas enfermedades físicas, así como en las enfermedades emocionales [84].

La obra de Janet: III) Análisis psicológico

Tan pronto como comenzó sus estudios médicos en París a finales de 1889, Janet inició sus investigaciones psicológicas en la Salpêtrière, donde tenía a su disposición los pacientes de las salas de Charcot, Falret y Séglas.

[84] Pierre Janet, *L'Automatisme Psychologique*, París, Alcan, 1889, págs. 436-440. Fue el segundo caso de cura catártica publicado por Janet, siendo el primero el de Lucie, publicado en 1886.

Uno de los primeros pacientes sobre los que demostró su método de análisis y síntesis psicológica fue Marcelle, joven de veinte años [85]. Había sido admitida en la sala del Dr. Falret con el diagnóstico de graves alteraciones mentales iniciadas a los catorce años y que habían empeorado de forma gradual. Mostraba una dificultad peculiar para mover las piernas, aunque no estaba paralizada, y sufría también alteraciones graves de la memoria y el pensamiento. ¿Cómo se podría abordar a un paciente así desde el punto de vista de la psicología experimental? Janet admitió que cualquier tipo de medición psicológica de las funciones sería infructuoso. «El enfoque experimental —dijo— consiste sobre todo en conocer bien al propio paciente —en su vida, su escolaridad, su carácter y sus ideas— y estar convencido de que nunca se le conoce lo suficiente... Entonces hay que colocar a esa persona en circunstancias simples y específicas y anotar exactamente todo lo que haga y diga». La observación debe dirigirse en primer lugar a la conducta del paciente, comenzando con sus actos y palabras, y escrutando después cada función específica. El síntoma más llamativo de Marcelle era su dificultad para el movimiento. Parecía que los movimientos automáticos habituales eran fáciles, mientras que los que implicaban una decisión voluntaria resultaban dificultados. La corriente de pensamiento estaba interrumpida muchas veces por lo que la paciente denominaba nubes, durante las cuales su mente se veía invadida por todo tipo de ideas confusas y alucinaciones. La memoria era buena para todos los acontecimientos que habían ocurrido antes de los quince años, vaga para los comprendidos entre los quince y los diecinueve años, y nula, con una amnesia completa, para todo lo ocurrido desde entonces. La paciente era absolutamente incapaz de representar el futuro y se sentía separada de su propia personalidad.

Janet emprendió la clasificación de los síntomas según su profundidad (*profondeur*). En el nivel más superficial estaban las nubes, que el autor comparó a los efectos de las sugestiones poshipnóticas. Se preguntó si su contenido no sería un reflejo parcial de las novelas populares que la paciente había leído con pasión durante varios años. En un nivel intermedio estaban los impulsos, que Janet adscribió a la acción de ideas fijas subconscientes surgidas a partir de ciertos recuerdos traumatizantes. Situado más profundamente estaba el terreno morboso, dependiente de la herencia, de las enfermedades físicas anteriores graves y de los acontecimientos traumáticos tempranos.

Al análisis psicológico tenía que seguir la síntesis psicológica, es decir, la reconstrucción del desarrollo de la enfermedad. Primero estaba la constitución hereditaria; hubo además una grave fiebre tifoidea a los

[85] Pierre Janet, «Étude sur un cas d'aboulie et d'idées fixes», *Revue Philosophique*, XXXI (1891), I, 258-287, 382-407.

catorce años, que había asestado un golpe fatal a la paciente, quitándole la capacidad de adaptación. Se produjo así un círculo vicioso; al ser incapaz de ajustarse a las nuevas situaciones, Marcelle se refugiaba en sus ilusiones, que hacían que se adaptara peor, y así sucesivamente. Un año después se sumó otro trauma. Su padre, parapléjico desde hacía dos años, murió. El último golpe fue un desgraciado asunto amoroso, que llevó consigo ideas de suicidio. En este punto la paciente perdía la memoria de los acontecimientos recientes.

¿Qué hacer con ella? Al principio, Janet trató en vano de desarrollar la función de síntesis por medio de ejercicios elementales de lectura. Después trató de combatir las ideas fijas por medio de la sugestión, pero apenas conseguía hacer desaparecer un síntoma cuando era reemplazado por otro, al tiempo que aumentaba la resistencia de la paciente durante la hipnosis. Los intentos con escritura automática terminaron en crisis histéricas clásicas. Sin embargo, Janet pronto se dio cuenta de que estos diversos intentos no eran infructuosos. En realidad, la hipnosis y la escritura automática daban lugar a crisis, pero después la mente estaba más clara. Las crisis se hacían cada vez más graves, y las ideas fijas que surgían eran de origen cada vez más antiguo. Todas aquellas ideas que la paciente había desarrollado en el curso de su vida aparecían una tras otra, en orden inverso. «Eliminando la capa superficial de las ilusiones, favorecí la aparición de ideas fijas antiguas y tenaces que habitaban todavía en el fondo de su mente. Estas últimas desaparecieron a su vez, dando lugar así a una gran mejoría». Entre otros puntos discutidos en esa historia clínica estaba el aserto, resaltado por Janet, de que «en la mente humana, nada se pierde», y de que «las ideas fijas subconscientes son tanto el resultado de debilidad mental como la fuente de debilidades mentales posteriores y más graves».

Aunque Janet tenía cuidado de elegir únicamente pacientes nuevos en la Salpêtrière para evitar los efectos del contagio mental tan corriente allí, hizo una excepción en el caso de una paciente casi legendaria, madame D., en la que se había basado Charcot para desarrollar su concepto de amnesia dinámica. En una ciudad del oeste de Francia había sido encontrada el 28 de agosto de 1891, en estado de extrema ansiedad, una costurera casada de treinta y cuatro años de edad. Un desconocido, decía, la acababa de llamar por su nombre y de decirle que su marido estaba muerto. La noticia era falsa y el incidente nunca se clarificó, pero durante tres años la paciente permanecería en letargo histérico y delirio. El 31 de agosto manifestó una amnesia retrógrada que se extendía a más de seis semanas. Recordaba toda su vida hasta el 14 de julio de 1891. Durante esas seis semanas habían ocurrido hechos en su vida, como la ceremonia de distribución de premios en la escuela de sus hijos, y una excursión a Royan, que no recordaba en absoluto. Presentaba además una completa

amnesia anterógrada. Olvidaba de un minuto para otro, como hacen los pacientes afectos de la enfermedad de Korsakov. Así, fue mordida por un perro supuestamente rabioso, cauterizada con un cauterio y llevada al Instituto Pasteur de París por su marido, sin que después recordara nada. Antes de dejar París, su marido la llevó a ver a Charcot en la Salpêtrière, donde fue admitida. Se observó que durante la noche hablaba en sueños y contaba incidentes aparentemente olvidados. Esto indujo a Charcot a hacerla hipnotizar por uno de sus ayudantes. En una de sus memorables sesiones clínicas, el 22 de diciembre de 1891, madame D. fue mostrada a la audiencia antes de ser hipnotizada. Charcot le preguntó por la muerte de su marido, por Royan, por la mordedura del perro, por la Torre Eiffel, por el Instituto Pasteur y por la Salpêtrière. La paciente no pudo recordar nada. Tras su primer interrogatorio, fue retirada, hipnotizada y vuelta a llevar a presencia del auditorio. Esta vez, cuando Charcot hizo las mismas preguntas, pudo contestar a todas [86]. La paciente fue confiada a Janet para la psicoterapia. Éste notó que, a pesar de la amnesia continua, los recuerdos recientes debían ser retenidos de alguna forma; de otro modo la paciente no se podría haber adaptado tan bien a la vida del hospital. Janet comenzó entonces a explorar esos recuerdos subconscientes. Además de la manifestación de recuerdos olvidados tanto en los sueños como en estado hipnótico, consiguió provocarlos mediante la escritura automática y las distracciones, y también con un nuevo procedimiento, la charla automática, consistente en dejar a la paciente charlar en voz alta al azar en lugar de escribir de forma automática [87]. Pero ¿por qué había sido incapaz de hacer conscientes esos recuerdos latentes? Janet supuso que era debido al trauma psíquico, y emprendió la tarea de disolver las ideas fijas. Bajo hipnosis, evocó cautelosamente la figura del hombre que la había asustado, y sugirió a la paciente una modificación de la imagen del mismo. Después la hizo volver a representar la escena; ahora el desconocido estaba reemplazado por el propio Janet, que le preguntaba si podía tomarle como huésped en su casa. Los recuerdos volvieron a surgir en la conciencia, pero la paciente presentó graves dolores de cabeza e impulsos suicidas, que finalmente desaparecieron. El tratamiento hipnótico fue completado con un programa de educación intelectual especialmente estudiado. También aquí, Janet destacó el doble aspecto de las ideas fijas como resultado y como causa de la debilidad

---

[86] J. M. Charcot, «Sur un cas d'amnésie rétro-antérograde probablement d'origine hystérique», *Revue de Médecine*, XII (1892), 81-96. (Con comentario de A. Souques, en la misma revista, el mismo año y volumen, 267-400, 867-881).

[87] Pierre Janet, «Étude sur un cas d'amnésie antérograde dans la maladie de la désagrégation psychologique», *International Congress of Experimental Psychology*, Londres, 1892; Londres, Williams and Norgate, 1892, págs. 26-30.

mental [88]. En el último volumen de la *Clínica de las enfermedades del sistema nervioso* de Charcot, el caso de madame D. fue incluido con una nota en la que se reconocía el resultado favorable del tratamiento de Janet [89].

Otro de los primeros pacientes de éste en París fue Justine, mujer casada de cuarenta años que llegó al servicio de policlínica del Dr. Séglas en la Salpêtrière en octubre de 1890. Durante varios años había tenido un temor morboso al cólera y gritaba repetidamente, «¡Cólera... se apodera de mí!», lo que era signo de una crisis histérica. De niña ya manifestaba un temor morboso a la muerte, probablemente porque en ocasiones ayudaba a su madre, que era enfermera y tenía que asistir a pacientes moribundos. En una ocasión había visto además los cuerpos de dos pacientes fallecidos de cólera. Janet trató a Justine como paciente ambulatoria durante tres años y obtuvo con ella una de sus curaciones más famosas [90]. También aquí, el análisis psicológico fue inseparable del proceso terapéutico.

Janet comenzó analizando el contenido de las crisis histéricas. Era inútil tratar de hablar a Justine durante las mismas. No parecía oír. Janet entró por tanto en el drama privado de sus crisis como un actor secundario. Cuando la paciente gritaba, «¡Cólera! ¡Se apoderará de mí!». Janet contestaba «¡Sí, te sujeta por la pierna izquierda!» y la paciente retiraba dicha pierna. Entonces Janet preguntaba, «¿Dónde está tu cólera?» a lo cual ella replicaba, «¡Aquí! ¡Mírela, es azulada, y apesta!» Janet podía así comenzar un diálogo con ella y seguirlo durante todas las crisis, con lo que gradualmente transformó éstas en un estado hipnótico ordinario. Más tarde le fue fácil inducir directamente la hipnosis y obtener una descripción completa de la experiencia subjetiva durante la crisis. Veía los dos cadáveres a su lado, uno de ellos, más próximo, el de un feo anciano desnudo de color grisáceo y con un hedor de putrefacción. Simultáneamente oía sonar las campanas y gritos de «¡Cólera, cólera!». Superada la crisis, Justine parecía haberlo olvidado todo excepto la idea del cólera, que permanecía constante en su mente. Janet trató de ver cómo podría utilizar la hipnosis en este caso. Las órdenes dadas a la paciente hipnotizada eran de escasa utilidad. La ruptura de la imagen alucinatoria resultaba más eficaz, pero era un procedimiento lento y también tenía limitaciones. El método más eficaz demostró ser la sustitución, es decir, la sugestión de una transformación gradual de la imagen aluci-

---

[88] Pierre Janet, «L'amnésie continue», *Revue Générale des Sciences*, IV (1893), 167-179.

[89] J. M. Charcot, *Clinique des maladies du système nerveux*, II, Georges Guinon, ed., París, Progrès Médical et Alcan, 1893, págs. 266-288.

[90] Pierre Janet, «Histoire d'une idée fixe», *Revue Philosophique*, XXXVII (1894), I, 121-168.

natoria. El cadáver desnudo fue cubierto con ropas e identificado con un general chino ante el que Justine había quedado muy impresionado al verle en la Exposición Universal. Dicho general comenzó a caminar y actuar de modo que su imagen, en lugar de ser terrorífica, se hizo cómica. El ataque histérico cambió, en el sentido de que ahora consistía en unos cuantos gritos seguidos por crisis de llanto. Después desaparecieron los gritos, y las visiones de cólera persistieron únicamente durante el sueño, hasta que Janet las expulsó a su vez sugiriendo sueños inocuos. Este resultado había requerido aproximadamente un año de tratamiento. Pero la idea fija del cólera persistía tanto en el nivel consciente como en el inconsciente. En ocasiones se observaba a Justine susurrando la palabra «cólera» mientras su mente estaba ocupada con cualquier otra actividad. Los intentos con la escritura automática no produjeron sino interminables repeticiones de la palabra «cólera, cólera...» Janet dirigió ahora su ataque contra la propia palabra, y sugirió que *Cho-le-ra* era el nombre del general chino. La sílaba *cho* fue asociada con otras terminaciones hasta que llegó el día en que la palabra «cólera» perdió sus malas connotaciones.

Pero la paciente todavía no estaba curada. Tras la desaparición de la idea fija principal, comenzaron a desarrollarse ideas fijas secundarias. Janet las clasificó en tres grupos: 1) *Ideas fijas derivadas*, resultantes de la asociación con la principal (por ejemplo, temor morboso de los ataúdes y los cementerios). 2) *Ideas fijas estratificadas*: resulta sorprendente, después de haber eliminado una idea fija, ver que surge otra sin conexión con la primera ni relación con las circunstancias que la rodean. Lo que reaparece entonces es una idea más antigua, previa a la que se acaba de tratar. Cuando ésta es eliminada a su vez, se descubre una tercera, aún más antigua, de modo que hay que aplicar en orden inverso el tratamiento de las ideas fijas principales que el paciente ha sufrido durante toda su vida. 3) *Ideas fijas accidentales*, que son absolutamente nuevas y están provocadas por cualquier incidente en la vida diaria; son fáciles de borrar, sin embargo, siempre que se traten inmediatamente. El hecho de que puedan aparecer con tanta facilidad prueba que el paciente está en un estado de alta perceptividad, que a su vez crea la necesidad de un tratamiento más prolongado. En este caso no se puede aplicar el tratamiento sugestivo. En su lugar, la solución del problema descansa en conseguir desarrollar la capacidad de atención y síntesis mental en el paciente. Con este fin, Janet ideó un programa de ejercicios escolares elementales para Justine, comenzando con operaciones aritméticas sencillas o unas cuantas líneas de escritura, para lo cual se aseguró la cooperación del comprensivo marido de ella. Después de un año de enseñanza, es decir, a finales del tercer año, la paciente estaba en situación aparentemente normal, aunque Janet todavía rechazaba hablar de recuperación completa.

En la reconstrucción sintética de la enfermedad de Justine, Janet consideró la herencia y la historia vital de la paciente. Dentro de esta última, analizó la acción recíproca de las enfermedades físicas y de los traumas psíquicos. Cuando tenía seis o siete años, Justine padeció una grave enfermedad de naturaleza desconocida, quizás meningitis. Posteriormente sufrió una fiebre tifoidea (Janet destaca que, en muchos pacientes, antes de una neurosis grave se desarrolla en muchas ocasiones una fiebre tifoidea o una influenza). De niña, había sufrido varios sustos y choques emocionales, que culminaron en el episodio de los cadáveres de los fallecidos de cólera. Reconstruyendo la genealogía de la paciente durante tres o cuatro generaciones, Janet halló que habían existido, en las más antiguas, impulsos morbosos y obsesiones, así como alcohólicos, y en las más modernas, epilépticos e imbéciles, exactamente igual que en las genealogías en las que había basado Morel su teoría de la degeneración mental. Sin embargo, Janet no creía en el carácter fatal de la degeneración; afirmaba que las enfermedades familiares pueden desaparecer al igual que las individuales. El punto principal, decía, era comprender que la enfermedad se extiende más allá del individuo, siendo ésta la razón por la que, en un caso de este tipo, nunca se debería esperar la recuperación completa. Previniendo contra otra ilusión, resaltó que «cuanto más fácil parece ser la curación, más enferma está realmente la mente», porque una alta sugestibilidad es signo de gran debilidad de la mente, lo que lleva al paciente a necesitar el sonambulismo, necesidad que se puede convertir en una especie de adición, que Janet consideraba tan peligrosa como la morfinomanía. Tales pacientes no sólo ruegan ser hipnotizados, sino que tienen una necesidad permanente de confesarse con el psiquíatra, cuya imagen guardan constantemente en su mente subconsciente, y de ser reprendidos y dirigidos por él. Justine tenía frecuentes visiones de Janet y oía su voz. En un estado alucinatorio ella le pidió parecer, recibiendo un buen consejo que, curiosamente, era más que una simple repetición de lo que él le había dicho realmente, ya que probó ser de naturaleza nueva e inteligente. El problema terapéutico, concluía Janet, consiste primero en asumir la dirección de la mente del paciente, y segundo en reducir dicha dirección al mínimo necesario, particularmente mediante el espaciamiento de las sesiones con el paciente. Al principio veía a Justine varias veces a la semana, después una vez a la semana y, en el tercer año, una vez al mes. ¿Durante cuánto tiempo se debe continuar el tratamiento? Janet contesta citando la historia de Morel, el cual había magnetizado a una paciente psicótica en su hospital mental y la había curado. La paciente estaba bien, pero iba a verle a intervalos regulares. Cuando Morel murió, tuvo una recaída brusca y se hizo necesario encerrarla a perpetuidad. «Esperemos que este accidente no les ocurra demasiado pronto a nuestros pacientes», concluía.

Otra de sus curaciones famosas fue la de Achilles. Este hombre, de treinta y tres años, fue llevado a la Salpêtrière a finales de 1890 con manifestaciones de posesión demoníaca. Provenía de un ambiente supersticioso y se decía que su padre había visto una vez al demonio al pie de un árbol. Achilles estaba en un estado de agitación furiosa, se golpeaba repetidamente, profería blasfemias y hablaba en ocasiones con la voz del demonio, la cual alternaba con la suya propia. Charcot pidió a Janet que le tratara. La historia de la enfermedad no aclaró mucho las cosas. Unos seis meses antes, el paciente había hecho un corto viaje de negocios que duró varios días, y a su regreso su esposa notó que estaba preocupado, triste y taciturno. Los médicos que le examinaron no encontraron nada patológico. Repentinamente, tuvo un terrible ataque de risa, que duró dos horas, y clamó que veía el infierno, a Satanás y a los demonios. A continuación, y después de atarse las piernas, se arrojó a una alberca, de la que le sacaron, y dijo que había sido una prueba para asegurarse de si estaba poseído o no. Permaneció en esa situación durante varios meses y Janet se dio cuenta de que portaba los antiguos estigmas clásicos de la posesión demoníaca. Pero Achilles se negaba a hablar, y era imposible hipnotizarle.

Janet se aprovechó entonces de sus distracciones, le colocó un lápiz en la mano y le susurró preguntas por la espalda. Cuando la mano comenzó a escribir respuestas, Janet susurró: «¿Quién eres?» El escribiente respondió: «El demonio», y Janet replicó: «Entonces podemos charlar», solicitando, como prueba de la identidad del demonio, que elevara los brazos del paciente contra la voluntad de éste, lo que así sucedió. Como una prueba más, pidió al demonio que colocara al paciente en situación hipnótica contra la voluntad del mismo, lo que también hizo. Una vez hipnotizado, el propio paciente comenzó a responder y contó toda su historia. Durante su viaje de negocios, seis meses antes, había sido infiel a su esposa. Había tratado de olvidar el incidente pero entonces vio que era incapaz de hablar. Comenzó a soñar en numerosas ocasiones con el demonio, hasta que por último se encontró repentinamente poseído.

Como explicaba Janet, las ilusiones del paciente eran más que el mero desarrollo de sus sueños: «Es la combinación, es decir, la reacción de dos grupos de pensamientos que dividen a esta pobre mente; es la interacción mutua del sueño que tiene y de la resistencia de la persona normal». También debido a ello, la sugestión sería un tratamiento insuficiente. «Hay que buscar el hecho básico que constituye el origen de la ilusión... la enfermedad de nuestro paciente no descansa en el pensamiento del demonio. Este pensamiento es secundario y es más bien la interpretación proporcionada por sus ideas supersticiosas. La verdadera enfermedad es el remordimiento». Janet aseguró al paciente hipnotizado el perdón de su esposa. La ilusión desapareció aparentemente, pero per-

sistió en los sueños, de los que tuvo que ser expulsada a su vez. Cuando publicó esta observación en diciembre de 1894, Janet dijo que el paciente había permanecido curado hasta la fecha, durante tres años, y extrajo la conclusión de que «el hombre, demasiado orgulloso, se imagina que es el dueño de sus movimientos, sus palabras, sus ideas y de sí mismo [91]. Es quizá sobre nosotros mismos sobre los que tenemos menor dominio. Hay multitud de cosas que operan dentro de nosotros sin nuestro consentimiento». Añadió que los seres humanos tienen una propensión a conformarse con la triste realidad contándose a sí mismo bellas historias. En algunas personas estas historias toman el mando, hasta el punto de que asumen más importancia que la realidad [92].

Otro caso clásico, algo más antiguo, fue el de Irene, la cual fue llevada a la Salpêtrière a los veintitrés años con graves alteraciones histéricas, crisis sonámbulas, alucinaciones y amnesia [93]. La enfermedad había comenzado tras la muerte de su madre dos años antes. Irene era la única hija de un padre alcohólico y una madre neurótica. Muy inteligente, cumplidora y trabajadora, se mostraba ansiosa y extremadamente solitaria. A los veinte años tuvo que cuidar a su madre, que padecía una tuberculosis grave, al tiempo que se veía agobiada para ganar el sustento de toda la familia. Durante los dos últimos meses de la vida de su madre, Irene la había cuidado día y noche, incluso sin acostarse. A la muerte de aquélla, en julio de 1900, su conducta cambió completamente. Se rió en el cementerio, no llevó luto y comenzó a ir al teatro. Sabía que su madre había muerto, pero hablaba de ello como de un incidente histórico que no le afectaba. Una grave amnesia se extendió sobre los tres o cuatro meses que habían precedido al fallecimiento, con un grado bastante alto de amnesia también para los acontecimientos que le habían seguido. De tiempo en tiempo, sin embargo, tenía alucinaciones en las que veía la imagen de su madre y oía su voz, que en ocasiones le ordenaba suicidarse. Sobre todo, presentaba ataques de sonambulismo en los que reencarnaba la muerte de su madre. Podían durar horas, y Janet decía que era un «espectáculo dramático admirable» y que ninguna actriz podía haber interpretado esas sombrías escenas con tal perfección. Después Irene hablaba durante algún tiempo con su madre muerta y bajo su mando se arrojaba en los raíles del tren, mostrando su terror de forma impresionante cuando éste se acercaba. Representaba asimismo otras experien-

---

91 Pierre Janet, «Un Cas de possession et l'exorcisme moderne», *Bulletin de l'Université de Lyon*, VIII (1894), 41-57. Janet había resumido ya la historia de ese paciente en su tesis médica *Contribution à l'étude des accidents mentaux chez les hystériques*, París, Rueff, 1893, págs. 252-257.

92 En el prólogo a *Névroses et idées fixes*, Janet menciona que Achilles gozaba todavía de buena salud siete años después de la curación.

93 Pierre Janet, «L'Amnésie et la dissociation des souvenirs», *Journal de Psychologie*, I (1904), 28-37.

cias traumáticas, como la de observar a un hombre que se disparaba un tiro. Irene había pasado tres meses aislada en el hospital y había sido tratada con hidroterapia y electricidad sin ningún resultado. Cuando Janet trató de hipnotizarla, encontró una gran resistencia. Los recuerdos volvían únicamente con un gran esfuerzo y estímulo por parte del terapeuta. Más aún, la captura de recuerdos ambiguos iba acompañada de graves dolores de cabeza, como había ocurrido con madame D., y los recuerdos recuperados volvían fácilmente a olvidarse. El principal agente terapéutico fue el estímulo de la memoria: «Desde el momento en que Irene fue capaz de pensar en su madre a voluntad, cesó de pensar en ella involuntariamente; tras ello, no persistieron ni la amnesia ni la hipermnesia; las crisis histéricas, las alucinaciones, los terrores histéricos de origen subconsciente desaparecieron completamente».

Janet notó que en el caso de Irene el proceso terapéutico había sido el contrario que con madame D., en la cual la disolución de la idea fija había traído consigo la desaparición de la amnesia. Llegó así a la conclusión de que en tales casos histéricos «la enfermedad consiste en dos cosas simultáneas: 1) La incapacidad del paciente para evocar de forma consciente y voluntaria ciertos recuerdos; 2) el revivir automático, irresistible e inoportuno de estos mismos recuerdos. Por lo tanto, tenemos que luchar con un sistema psicológico que escapa al control de la conciencia y se desarrolla de forma independiente». Tanto en el caso de Irene como en el de otros pacientes, el tratamiento hipnótico y sugestivo tenía que ser completado por otro de estímulo y reeducación mentales.

Gradualmente, Janet extendió la noción de ideas fijas subconscientes más allá del campo de la histeria clásica; por ejemplo, a los casos de insomnio pertinaz, recordando que Noizet y los antiguos magnetizadores habían destacado el papel de la voluntad y de la sugestión en el sueño. Señaló que hay una forma de insomnio producida por ideas fijas subconscientes, de lo que dio el ejemplo de una mujer de treinta y siete años que había perdido cuatro meses antes un hijo afecto de fiebre tifoidea y que empezó a manifestar una preocupación obsesiva por éste durante uno o dos meses[94]. Cuando esta obsesión desapareció, comenzó el insomnio, que por entonces ya duraba tres años. La medicación a base de soporíferos producía dolores de cabeza y confusión mental, pero no sueño. La paciente fue admitida en la Salpêtrière y observada durante la noche. En ningún momento se la encontró dormida. Cuando Janet comenzó a hipnotizarla, primero se durmió durante dos o tres minutos y después se despertó aterrorizada. Así se descubrió que la enferma podía dormir, pero no continuar durmiendo. Janet consiguió establecer comunicación

---

[94] Pierre Janet, «L'Insomnie par idée fixe subconsciente», *Presse Médicale*, V, (1897), II, 41-44.

con ella durante los pocos minutos de sueño espontáneo y, hablándola amablemente, pudo mantenerla dormida durante dos horas. Durante este tiempo la paciente le confesó que constantemente se enfrentaba con la idea fija de la muerte y el entierro de su hijo, que en ocasiones era reemplazada por la de la muerte de su padre. Por tanto, la idea fija había sido en principio una idea consciente obsesiva, que posteriormente se había hecho subconsciente, produciendo así el insomnio. También aquí el tratamiento consistió en la disociación de la idea fija, pero, tras la desaparición de los síntomas, la paciente siguió necesitando la dirección persistente de Janet.

En un estudio de ocho pacientes afectos de espasmos de los músculos del tronco, Janet halló que todos ellos habían sufrido traumas psíquicos o choques emocionales [95]. «La contractura persiste porque persiste la emoción», dijo. Es una especie de «emoción congelada» de la que el paciente no se da cuenta. El tratamiento sugestivo, continuaba, no es suficiente. Hay que tratar la idea fija subconsciente y completar el tratamiento psicológico con masaje, cuyos resultados dependen en gran parte de la influencia personal ejercida por el masajista sobre el paciente.

La obra de Janet comprende otras numerosas historias detalladas de enfermedades curadas mediante la identificación y disolución de las «ideas fijas subconscientes», comenzando con la de Lucie (1886), Marie (1889) y Marcelle (1891), de cuya investigación sacaría aquél la conclusión de que «el análisis psicológico puede tener también un valor terapéutico» [96].

Resumiremos ahora de forma concisa los hallazgos principales del «análisis psicológico» de Janet.

1) Fue el descubridor de las «ideas fijas subconscientes» y de su papel patogénico. Su causa es, por lo general, según él, un acontecimiento traumatizante o atemorizador que se ha convertido en subconsciente y ha sido reemplazado por unos síntomas. Este proceso está conectado, pensaba Janet, con un estrechamiento del campo de la conciencia.

2) Janet halló unos niveles intermedios de ideas subconscientes entre la conciencia clara y el armazón constitucional de los pacientes estudiados. Más aún, parecía haber una mayor complejidad en esas ideas fijas secundarias surgidas alrededor de las ideas fijas primarias, mediante la asociación o sustitución. En ocasiones constituyen incluso un equipo completo de ideas fijas subconscientes, cada una de ellas originada en un punto dado de la vida del paciente.

---

[95] Pierre Janet, «Note sur quelques spasmes des muscles du tronc chez les hystériques», *La France Médicale et Paris médical*, XLII (1895), 769-776.

[96] El análisis psicológico de Janet tuvo desde el principio implicaciones terapéuticas, pero, como todavía no había comenzado sus estudios médicos, no pudo hacer resaltar ese aspecto de su trabajo.

3) Las ideas fijas subconscientes, según Janet, son al mismo tiempo causa y efecto de debilidad mental, y en ese aspecto constituyen un círculo vicioso patológico. Sufren lentos cambios. En ocasiones se desarrollan e incrementan espontáneamente; otras veces son modificadas dentro de la mente subconsciente.

4) No siempre es fácil identificar estas ideas fijas subconscientes. En ocasiones, el contenido de la crisis es revelador (como en las representaciones sonámbulas que hacía Irene de la muerte de su madre). Con más frecuencia, las crisis histéricas son representaciones disfrazadas de ellas. Janet mencionó en ocasiones el carácter simbólico de los síntomas (por ejemplo, en el caso de Marie). La idea fija subconsciente ha de ser buscada con medios objetivos de investigación. En ocasiones (caso de madame D.) la investigación de los sueños del paciente dará algunos resultados, pero el medio principal de que se valía Janet era la hipnosis, por la cual el paciente rendía sus recuerdos olvidados con más o menos resistencia. La hipnosis se completaba muchas veces con la escritura automática o el uso de la distracción. Janet utilizó también en ocasiones el método de la charla automática (como en el caso de madame D) o el de la contemplación en cristal [97].

5) Las ideas fijas subconscientes son un dato característico de la histeria, y no de las neurosis obsesivas, donde las ideas fijas son conscientes. Sin embargo, Janet descubrió pronto la existencia de ideas fijas subconscientes en estados tales como el insomnio pertinaz y los espasmos musculares. Su estudio sobre el automatismo ambulatorio, publicado conjuntamente con Raymond, parece haber sido el primero en el que se explican los diversos actos realizados durante las fugas como efectos coordinados de diversas ideas fijas subconscientes [98].

6) El tratamiento debe estar dirigido a la idea fija subconsciente, aunque Janet resaltó desde el principio que hacer salir ésta a la conciencia no es suficiente para curar al paciente, pues no hace sino cambiar una idea de este tipo por una obsesión fija consciente. Las ideas fijas deben ser destruidas por medio de la disociación o la transformación. Obviamente, como son en sí mismas una parte de la enfermedad total, su extracción tiene que ser completada con un tratamiento sintetizador en forma de reeducación u otros tipos de entrenamiento mental. La electricidad y el masaje, pensaba Janet, actúan en gran parte como formas disfrazadas de psicoterapia [99].

---

97 Pierre Janet: «Sur la divination par les miroirs et les hallucinations subconscientes», *Bulletin de l'Université de Lyon*, XI (julio de 1897), 261-274.

98 Raymond y Janet, «Les délires ambulatoires ou les fugues», *Gazette des Hôpitaux*, LXVIII (1895), 754-762.

99 En su obra «L'Anesthésie Hystérique», *Archives de Neurologie*, XXIV (1892), 29-55, Janet mencionó el fenómeno de «electrización imaginaria», que observó en 1887 en el hospital de Le Havre. Mientras daba tratamiento eléctrico a un paciente

7) Janet daba mucha importancia al papel de la relación en el proceso terapéutico. En *El automatismo psicológico* la había examinado ya desde el punto de vista del estrechamiento electivo del campo de la conciencia alrededor de la persona del hipnotizador. Pero siempre reconoció lo que debía a la obra de los antiguos magnetizadores que habían descrito e investigado dicha relación y habían demostrado cómo se extendía más allá del tiempo de la sesión hipnótica (la «influencia sonámbula» del propio Janet). En su trabajo de 1891 sobre Marcelle, dio reglas para el control de la «influencia» en beneficio del paciente. En el primer período tenía que establecer la comunicación; en el segundo, había que evitar su desarrollo indebido y restringirla espaciando las sesiones terapéuticas. En agosto de 1896, en el Congreso Internacional de Psicología celebrado en Munich, Janet leyó un trabajo sobre «la influencia sonámbula y la necesidad de su dirección»[100]. Notó que el intervalo entre dos sesiones hipnóticas podía dividirse en dos períodos. En el primero, el paciente se sentía aliviado, más feliz y más eficiente, y no pensaba mucho en el hipnotizador. En el segundo, sin embargo, se sentía deprimido y necesitado de la hipnosis, y pensaba constantemente en el hipnotizador. Los sentimientos hacia este último variaban: amor apasionado, terror supersticioso, veneración o celos. Algunos pacientes aceptaban esa influencia, otros se revelaban contra ella. Pero incluso cuando la influencia no era tan claramente consciente, existía bajo la superficie y podía evidenciarse, por ejemplo, en los sueños del paciente, en la observación al cristal y en la escritura automática. Janet se dio cuenta pronto de que en los pacientes no histéricos existía un fenómeno análogo. Pero mientras que en los histéricos tomaba la forma de necesidad de ser hipnotizado, en los obsesivos o deprimidos se desarrollaba como una «necesidad de ser dirigidos». Tales manifestaciones de dependencia psicológica, pensaba Janet, podrían ser un buen punto de partida para el estudio de la psicología de los sentimientos e interrelaciones sociales entre la gente en general. Desarrolló esas ideas con más detalle en posteriores publicaciones[101].

Cuando hablaba de análisis psicológico, Janet nunca afirmaba que éste fuera su propio método. Aparentemente, utilizaba dicha expresión con el mismo sentido general que los matemáticos cuando hablan de análisis algebraico y los químicos de análisis químico. No obstante, parece ser

---

afecto de parálisis histéricas, se maravilló de la forma tan favorable que tuvo éste de reaccionar al contacto con el electrodo, hasta que notó de repente que el enchufe no estaba conectado.

100 «L'Influence somnambulique et le besoin de direction», *III. Internationaler Congress für Psychologie, vom 4. bis 7. August 1896*, Munich, J. F. Lehmann, 1897, págs. 143-145.

101 Pierre Janet, «L'Influence somnambulique et le besoin de direction», *Revue Philosophique*, XLIII (1897), I, 113-143; *Névroses et idées fixes*, II, París, Alcan, 1903, págs. 423-480.

que las palabras «análisis psicológico» en ocasiones fueron identificadas con la exploración por parte de Janet de los procesos subconscientes [102].

La obra de Janet: IV) La exploración de las neurosis

Janet comenzó su exploración clínica con pacientes histéricos y de ahí pasó a los neuróticos, teniendo a su disposición numerosos pacientes ambulatorios de la Salpêtrière y posteriormente también sus clientes privados. Trató de ordenar algo este campo y elaboró una teoría sintética de la neurosis, que expuso en dos grandes libros: *Neurosis e ideas fijas* [103], y *Las obsesiones y la psicastenia* [104]. Las características esenciales de esa concepción fueron resumidas posteriormente en un libro más pequeño, *Las neurosis* [105].

Janet nunca separó su trabajo teórico de la observación clínica y, en ese aspecto, cualesquiera que sean los cambios que se introduzcan en la teoría de las neurosis, sus historias clínicas mantendrán su valor en orden a la descripción de los síntomas. Este material clínico estaba clasificado e integrado en una síntesis caracterizada por la distinción de dos neurosis básicas: *histeria* y *psicastenia*. Janet descartó la palabra «neurastenia», que implicaba una teoría neurofisiológica de la que no había pruebas, y creó el término «psicastenia» para designar un grupo de neurosis en el que incluía las obsesiones, las fobias y otras diversas manifestaciones.

Sus investigaciones sobre la histeria se publicaban en una serie de trabajos repartidos entre 1886 y 1893 y recopiladas en su tesis (1893) [106], a la que siguió dos años más tarde una contribución a la psicoterapia de la histeria [107]. Posteriormente hizo algunas revisiones, como se advierte en *Les névroses*. La esencia de su concepto de la histeria es la distinción entre dos niveles de síntomas: los «accidentes» (síntomas accidentales o contingentes), y los «estigmas» (síntomas permanentes, básicos). Los primeros dependen de la existencia de ideas fijas subconscientes. Los segundos, a los que denominó también síntomas negativos, son la expresión de una alteración básica a la que llamaba «estrechamiento del campo de la conciencia».

---

102 Como en una revisión de la tesis médica de Janet publicada en *Mind*, nueva serie, II (1893), 403.

103 Pierre Janet, *Névroses et idées fixes*, 2 vols., París, Alcan 1898.

104 Pierre Janet, *Les Obsessions et la psychasthénie*, 2 vols., París, Alcan, 1903.

105 Pierre Janet, *Les Névroses*, París, Flammarion, 1909.

106 Pierre Janet, *Contribution à l'étude des accidents mentaux chez les hystériques*, París, Rueff et Cie, 1893.

107 Pierre Janet, «Traitement psychologique de l'hystérie», *Traité de Thérapeutique Appliquée*, Dir. Albert Robin, Fascicule XV, IIe partie, París, Rueff, 1898, páginas 140-216.

En 1893 revisó y estudió las diversas teorías sobre la histeria propuestas hasta aquel momento [108]. Rechazó tanto la puramente neurológica como la de que los síntomas histéricos son «fingidos». Siguiendo a Briquet y Charcot, consideró la histeria como una enfermedad psicógena (aunque desarrollada sobre la base de un marco fisiológico anormal). Aceptó la teoría de las «representaciones morbosas» defendida por Moebius y Strümpell en lo concerniente a la patogenia de los «accidentes» histéricos. Estuvo de acuerdo con la teoría de Binet sobre la histeria como una forma de personalidad dual; dijo que en las personas histéricas hay en realidad una existencia subconsciente que se manifiesta abiertamente durante los ataques así como en la hipnosis, y que es la causa invisible de los «accidentes». Sin embargo, una explicación completa de la naturaleza de la histeria debe incluir una característica más básica, el «estrechamiento del campo de la conciencia». Para citar a Janet, «la personalidad histérica no puede percibir todos los fenómenos; sacrifica definitivamente algunos de ellos. Es una especie de autotomía, y los fenómenos abandonados se desarrollan independientemente, sin que el sujeto tenga conciencia de ellos» [109]. El «estrechamiento de la conciencia» está, a su vez, condicionado por la falta de fuerza psicológica del paciente.

Sus descripciones y estudios sobre la histeria no mencionan la metaloscopia ni los fenómenos de «transferencia», en los que estaban muy interesados algunos de los discípulos de Charcot. Obviamente, Janet nunca creyó en ellos, aunque se abstuvo de negarlos.

Recopiló asimismo gran cantidad de material sobre la psicastenia, que sistematizó en una amplia estructura teórica. También aquí distinguió dos niveles de síntomas. En el más superficial estaban los diversos tipos de crisis psicasténicas, ataques de ansiedad y todos los tipos de manifestaciones llamativas relativas a las ideas fijas. Pero, en contraste con la histeria, esas ideas fijas eran conscientes y tomaban la forma de obsesiones y fobias. En el nivel más inferior estaban los «estigmas» psicasténicos, que Janet atribuía a una alteración básica de la «función de realidad». «La operación mental más difícil, dado que es la que desaparece primero y con más frecuencia, es la *fonction du réel*», dice Janet. La comparó con la que Bergson había denominado «atención a la vida presente», pero hizo un análisis más detallado de ella [110].

La manifestación más notable de la función de realidad es la capacidad de actuar sobre objetos exteriores y de modificar la realidad. Su dificultad aumenta cuando tiene que enfrentarse al entorno social, a las actividades más complejas de la propia profesión, con la adaptación a nuevas

---

[108] Pierre Janet, «Quelques définitions récentes de l'hystérie», *Archives de Neurologie*, XXV (1893), 417-438; XXVI, 1-29.

[109] *Ibidem.*

[110] Henri Bergson, *Matière et mémoire*, París, Alcan, 1896, pág. 119.

situaciones, cuando tiene que llevar el sello de nuestra libertad y personalidad, es decir, cuando la acción debe ser coordinada tanto con las exigencias del mundo externo como con la totalidad de nuestra personalidad. La función de realidad implica atención, que es el hecho de percibir las realidades exteriores tan bien como nuestras propias ideas y pensamientos. Estas dos operaciones, acción voluntaria y atención, se combinan en una operación sintética, la de *présentification*, es decir, formación en la mente del momento presente. La tendencia natural de la mente es a vagar por el pasado y el futuro; requiere un cierto esfuerzo mantener la atención en el presente, y aún más concentrarla en una acción presente. «El presente real es para nosotros un acto de cierta complejidad que captamos como un estado único de conciencia a pesar de esta complejidad y a pesar de su duración real, que puede ser mayor o menor... La presentificación consiste en hacer presentes un estado de mente y un grupo de fenómenos» [111]. Las operaciones de la mente realizadas a un nivel inferior son denominadas por Janet actividad desinteresada (acciones habituales, indiferentes y automáticas). En un nivel aún más bajo están las funciones de la imaginación (memoria representativa, fantasía, razonamiento abstracto, ilusiones). Existen por último dos niveles inferiores, el de las reacciones emocionales y el de los movimientos musculares inútiles.

Puede verse así cómo se han desarrollado los conceptos de Janet: en *L'automatisme psychologique* distinguía solamente dos niveles: la función de síntesis y la función automática. Ahora concibe un sistema jerárquico de funciones, con cinco niveles, en cuya cúspide está la función de realidad, cuyo punto más alto es la *présentification* (es decir, la capacidad para captar al máximo la realidad) y que tiene en el nivel más inferior las descargas motoras. Este nuevo concepto hace posible adscribir a cada operación de la mente un «coeficiente de realidad», que proporciona la clave para comprender los síntomas de la psicastenia. «Si se considera el orden de frecuencia y rapidez con que desaparecen las funciones psicológicas en el paciente, se ve que cuanto más alto es el coeficiente de realidad, más rápidamente desaparecen, y viceversa, cuanto más bajo es, más tiempo persisten».

Janet consideró entonces que no era suficiente pensar en la energía mental en términos de cantidad, sino que había que tener también en cuenta la «tensión psicológica» del individuo, es decir, su capacidad para elevar dicha energía a un cierto nivel en la jerarquía de funciones. La tensión psicológica, según la definió en 1903, consiste en la combinación de dos hechos: 1) el acto de concentrar y unificar los fenómenos psicológicos en una nueva síntesis mental; 2) el número de fenómenos psico-

[111] Pierre Janet, *Les Obsessions et la psychasthénie*, I, París, Alcan, 1903, pág. 491.

lógicos sintetizados de esta forma [112]: El grado de tensión psicológica de un individuo se manifiesta por el nivel máximo que alcanza en la jerarquía de las funciones mentales. En *Les obsessions et la psychasthénie*, Janet esbozó de esta forma la teoría dinámica que desarrollaría considerablemente en los años siguientes.

Su concepción de sobre las neurosis no encaja en las teorías puramente organicistas ni en las puramente psicogénicas. Tanto en la histeria como en la psicastenia, distinguía entre un proceso psicogénico derivado de los acontecimientos de la vida y de las ideas fijas, y un substrato orgánico, es decir, una predisposición neurótica. Adscribía esta última a los factores hereditarios y constitucionales que, a finales del siglo XIX, se hacinaban bajo el nombre impropio de «degeneración mental», heredado de Morel y que había perdido todo significado pero que se seguía utilizando de forma rutinaria.

La dualidad del papel de la psicogénesis en la conformación de los síntomas y el papel de los factores orgánicos en la producción de la enfermedad propiamente dicha fue bien ilustrada en un trabajo publicado en 1906. Un paciente varón fue admitido en la Salpêtrière con delirio de persecución que había comenzado hacía mucho tiempo y que se podía explicar parcialmente por ciertos acontecimientos de su vida. Sin embargo, el examen posterior demostró que padecía parálisis general; en sus delirios paréticos «había caído hacia el lado en el que se apoyaba» [113].

La obra de Janet: V) La teoría dinámica

La distinción que hizo Janet de dos tipos de neurosis principales, histeria y psicastenia, fue tomada por C. G. Jung, el cual las constituyó en prototipos de las personalidades extrovertida e introvertida (estando esta última ligada también con la teoría de la esquizofrenia de Bleuler). Mientras tanto, en Francia, sea como fuere, la escuela neurológica que había sucedido a Charcot ponía en duda la existencia real de las neurosis histéricas, y los pacientes histéricos desaparecieron gradualmente de los hospitales franceses. También fue criticado el concepto de psicastenia: ¿era en realidad una entidad nosológica?

Janet continuó su investigación de las neurosis y desarrolló una teoría dinámica de la que ya había dado el primer bosquejo en *Les obsessions*

112 *Ibid.*, pág. 505.

113 Pierre Janet «Un Cas de délire systématisé dans la paralysie générale», *Journal de Psychologie*, III (1906), 329-331. Un estudio en cierto modo semejante fue realizado por S. Ferenczi y S. Hollos, *Zur Psychoanalyse der paralytischen Geistesstörung*, Viena, Internationaler Psychoanalytischer Verlag, 1922. Trad. inglesa, *Psychoanalysis and the Psychic Disorders of General Paralysis*, Nervous and Mental Disease Monograph Series, núm. 42, 1925.

et la psychasthénie (1903). Estos nuevos desarrollos se encuentran en *Les médications psychologiques* (1919), y más posteriormente en *La force et la faiblesse psychologiques* (1930). Por último se convirtió en una construcción minuciosa, que trataremos de resumir aquí tan brevemente como permita su complejidad.

En la época de Janet, numerosos autores suponían la existencia de una hipotética energía nerviosa o mental, cuya insuficiencia daría lugar a las alteraciones neurasténicas. Pero se veían confundidos por algunos hechos, como el de que un individuo que parecía completamente exhausto pudiera repentinamente, bajo ciertos estímulos, hallar la fuerza necesaria para realizar acciones difíciles. Janet superó estas aparentes contradicciones elaborando un sistema en el que la energía psicológica se caracteriza por dos parámetros: fuerza y tensión.

La fuerza psicológica es la cantidad de energía psíquica elemental, es decir, la capacidad de realizar actos psicológicos numerosos, prolongados y rápidos. Existen dos formas: latente y manifiesta. Movilizar la energía significa hacerla pasar de la forma latente a la manifiesta.

La tensión psicológica es la capacidad de un individuo para utilizar su energía física a un nivel más o menos alto en la jerarquía de tendencias descrita por Janet. Cuanto mayor sea el número de operaciones sintetizadas, más nueva será la síntesis, y por tanto más alta la tensión psicológica correspondiente [114].

Se han establecido comparaciones con los fenómenos físicos. La relación de fuerza y tensión psicológicas ha sido comparada con la de calor expresado en términos de calorías y en términos de temperatura, y con la de electricidad en términos de corriente y de tensión.

Estas relaciones se manifiestan por diversos fenómenos. La agitación aparece cuando la cantidad de fuerza se mantiene al tiempo que desciende la tensión psicológica. Las crisis psicolépticas y otras descargas son los efectos de un descenso súbito de la tensión psicológica. El agotamiento aparece cuando la energía psicológica de un cierto nivel se utiliza en otro superior. Debiera haber un equilibrio entre fuerza y tensión. Este equilibrio es muchas veces difícil de mantener; de aquí las oscilaciones, que, según Janet, desempeñan un papel importante en la patología mental.

Con la ayuda de estos conceptos de fuerza psicológica, tensión psicológica y sus interrelaciones, Janet pudo construir un nuevo modelo teórico relativo a las condiciones neuróticas y a la psicoterapia.

«Es probable que algún día podamos establecer el balance del presupuesto del espíritu al igual que se hace hoy día en los negocios. El

[114] Apenas hace falta señalar que la «tensión psicológica» en el sentido de Janet no tenía nada en común con la denominada «tensión» en el sentido coloquial de ansiedad o irritación que, según la terminología de Janet, correspondería, por el contrario, a estados *bajos* de «tensión psicológica».

psiquíatra podrá entonces utilizar de forma eficaz recursos escasos al tiempo que evita gastos innecesarios y dirige el esfuerzo exactamente donde se necesita; mejor aún, enseñará a sus pacientes a incrementar sus ingresos, a enriquecer sus mentes» [115]. Este es el principio que Janet desarrolló en el volumen de 1.100 páginas de sus *Médications psychologiques*. Su sistema ha sido posteriormente elaborado y codificado por su discípulo suizo Leonhard Schwartz [116]. El siguiente material está basado tanto en los principios de Janet como en las elaboraciones de Schwartz [117].

Al tratar con un paciente neurótico, la primera preocupación debe ser la de valorar su fuerza y tensión psicológicas. Se debe prestar, pues, una atención cuidadosa a la descripción que hace él mismo de su forma de vida y de sus relaciones dentro de su ambiente social. Esta investigación sistemática permitirá al médico separar las porciones respectivas de los dos síndromes básicos de las neurosis: los síndromes asténico e hipotónico, que casi siempre están mezclados entre sí.

El *síndrome asténico*, definido como insuficiencia de fuerza psicológica, se manifiesta fundamentalmente por laxitud, que aumenta después del esfuerzo y disminuye después del descanso.

Existe una gran variedad de condiciones asténicas. Janet distinguía tres grupos principales [118]. En las astenias leves, los pacientes están insatisfechos de sí mismos, son incapaces de disfrutar completamente de la felicidad o el placer, y con facilidad se muestran ansiosos o deprimidos. Sabiendo que se cansan fácilmente, evitan los esfuerzos, la iniciativa y las relaciones sociales, y son considerados orgullosos o torpes. Restringen sus intereses, sentimientos y acciones al máximo posible, hasta el punto de llevar una vida de ascetas (ascetismo neurótico). Se muestran suspicaces hacia los demás, e inestables y lentos en adaptarse a las situaciones nuevas; tratan de ser reservados, pero no saben guardar con facilidad un secreto, y son muchas veces grandes mentirosos. A consecuencia de su astenia, prestan mucho esfuerzo y atención a cosas que otros considerarían innecesarias.

El grupo intermedio de las astenias, a las que Janet denomina también astenias sociales, afecta a las personas que sufren el sentimiento de vacío (*sentiment du vide*): las cosas, las personas o su propia personalidad les

---

115 Pierre Janet, *Les Médications psychologiques*, III, París, Alcan, 1919, págs. 469-470.

116 Leonhard Schwartz, *Neurasthenie: Entstehung. Erklärung und Behandlung der nervösen Zustande*, Basilea, Benno Schwabe, 1951.

117 Es difícil distinguir hasta qué punto actuó Schwartz sobre los principios de Janet. Como dijo Schwartz, se había mantenido en correspondencia constante con Janet y había discutido estos problemas con él.

118 Se describen ampliamente en un curso multigrafiado, Pierre Janet, *Psycholcgie Expérimentale, Compte-Rendu du cours de M. Janet*, Collège de France, París, Chahine, 1926, págs. 223-317.

parecen vacíos, incluso repulsivos si la astenia empeora. No les gusta la gente y no se sienten ligados a los demás; de ahí su sensación de aislamiento. Muchas veces buscan una persona a la que poderse someter; parte de su actividad está dedicada a encontrar medios para evitar los esfuerzos. Numerosos alcohólicos pertenecen a esta categoría.

El tercer grupo comprende los pacientes cuya astenia es tan grave que son incapaces de permanecer en una ocupación fija. Es el caso de la esquizofrenia grave, que en aquella época todavía se denominaba demencia praecox. Janet solía decir que *la démence précoce est une démence sociale.*

El «síndrome hipotónico», definido como una insuficiencia de la tensión psicológica, se caracteriza por dos clases de síntomas: primarios, resultantes de la incapacidad para realizar actos de síntesis psicológica a un cierto nivel psicológico, y secundarios (o derivaciones), que expresan un agotamiento de la fuerza nerviosa que no se puede utilizar en el nivel deseado. El síntoma subjetivo básico es un sentimiento de insuficiencia (*sentiment d'incomplétude*), revelador de que, debido a su incapacidad para realizar actos completos a un cierto nivel, el individuo tiene que trabajar a un nivel de actividad inferior. Los síntomas secundarios son parte de las agitaciones de las que Janet había dado una minuciosa descripción en *Les obsessions et la psychasthénie* de 1903: agitaciones motoras, tics, gesticulación, garrulidad, ansiedad, obsesión, meditaciones mentales, y también asma, palpitaciones cardíacas y migrañas. Como característica, el cansancio aumenta con el reposo y muchas veces disminuye con el ejercicio. Este tipo de paciente busca espontáneamente estímulos, porque éstos no sólo movilizan sus fuerzas latentes sino que las elevan a un nivel más alto de tensión psicológica.

Es obvio, entonces, que estos dos síndromes requieren tipos diferentes de tratamiento, que en ocasiones pueden ser diametralmente opuestos.

El tratamiento del síndrome asténico debe tener en cuenta que el individuo es psicológicamente pobre. Se puede resumir en tres puntos: 1) aumentar los ingresos; 2) disminuir los gastos, y 3) liquidar las deudas.

Primero, aumentar los ingresos. No conocemos la naturaleza exacta de las fuerzas psicológicas. Janet nunca dudó de su naturaleza fisiológica, y pareció creer que llegaría el día en que podrían ser medidas. Consideraba que estaban, en gran parte, relacionadas con la situación del cerebro y órganos y también con las diversas inclinaciones. Cada inclinación tiene una carga de energía psíquica, que difiere de un individuo a otro. Estas fuerzas pueden ser obviamente reconstituidas y almacenadas de alguna forma. «No sé dónde están estas reservas, pero sé que existen», decía Janet. Una de las fuentes principales de esta reconstitución es el sueño; de aquí la importancia que tiene para el terapeuta enseñar al paciente la mejor forma de prepararse para él. Lo mismo se podría decir de las

diversas técnicas de descanso y relajación, de la distribución de las pausas durante el día, de los descansos diarios durante el mes, y de las vacaciones durante el año. Otra fuente de energía reside en la alimentación, no en el sentido del método de sobrealimentación de Weir Mitchell, sino más bien en el de una dieta cualitativa que utilice la acción de las vitaminas y otros agentes dietéticos todavía insuficientemente conocidos.

Los estimulantes no suelen ser muy útiles aquí, porque tienden a movilizar reservas que muchas veces son insuficientes, y a agotarlas. Sin embargo, parece que algunos tipos de estímulo incrementan realmente la energía. Entre ellos se incluyen ciertos productos endocrinos y métodos fisioterapéuticos que ejercen una acción estimulante sobre la piel [119].

Segundo, disminuir el gasto, o lo que Janet denominó economías psicológicas (*économies psychologiques*). También aquí hay que recordar que las fuerzas psicológicas son en cierto modo idénticas a las fisiológicas. Por tanto, hay que buscar todas las posibles pérdidas de fuerza fisiológica, relacionadas en ocasiones con infecciones crónicas, enfermedades del aparato digestivo y fatiga visual. Hay también actividades superfluas o que consumen una energía excesiva. Pero, como hizo destacar Leonhard Schwartz, los dos puntos débiles se encuentran generalmente en la relación del paciente con su ambiente social y con su trabajo profesional.

El médico debe preguntar primero acerca de las diversas personas con las que el paciente entra en contacto y de su relación con cada una de ellas, para delimitar hasta qué punto le dan fuerza o le privan de ella. Los más peligrosos son los devoradores de energía (o «sanguijuelas»), es decir, aquellas personas que, debido a su mal temperamento constante, sus enfados, sus suspicacias y autoritarismo, dejan exhaustos a sus compañeros. Su acción es en ocasiones lo suficientemente nociva como para que el psiquíatra se sienta autorizado a llevar a cabo una operación de «cirugía social», como decía Janet, es decir, a espaciar o separar a los individuos, o incluso apartarse de ellos permanentemente. Las mujeres asténicas, por ejemplo, no deben tener niños. O si los tienen, de cuando en cuando deben ser cuidados por una institución o en un campo de vacaciones. En los casos más leves será suficiente dar a la familia ciertas reglas o consejos relativos a la forma de llevar la situación y al tratamiento del paciente. Debemos añadir aquí que el propio paciente neurótico es muchas veces un devorador de energía de su medio ambiente y que está grandemente necesitado de consejo acerca de sus actitudes hacia la gente que le rodea. El logro más importante es llegar, de una forma u otra, a la resolución de los conflictos [120].

---

[119] Pierre Janet, *La Force et la faiblesse psychologiques*, París, Maloine, 1930, páginas 127-128.

[120] De forma incidental, Ernst Kretschmer, en su *Psychotherapeutische Studien*, Stuttgart, Thieme, 1949, pág. 198, afirmó que «la aclaración y liquidación entera y

Sería también de la máxima importancia dar al paciente consejos en relación con su trabajo profesional. Se trata de un punto que elaboró el Dr. Leonhard Schwartz debido a su conocimiento de las psicotécnicas y de la psicológica del trabajo profesional. Había investigado en detalle las demandas exigidas al trabajador por diversas profesiones en orden a la fuerte tensión psicológica. Es lamentable que nunca publicara más que un esbozo preliminar de sus hallazgos [121]. Numerosos neuróticos, decía, pueden mejorar mucho cambiando simplemente de ocupación, o quizá cambiando el tiempo o duración de su trabajo. El elemento humano, la relación con los superiores, con los compañeros y subordinados, debe ser considerada también. El concepto de Janet tendría así una gran relevancia en lo relativo a la higiene y la psicología industrial.

Tercero, liquidar las deudas. Cuando el paciente, gracias a los tratamientos mencionados, ha obtenido una cierta fuerza, debe llevar a cabo la liquidación de las deudas psicológicas. En ciertos casos habrá que considerar lo que Janet denominaba la moratoria: después de un sobreesfuerzo físico o emocional, un individuo puede aparecer normal durante cierto tiempo y después derrumbarse bruscamente. Así ocurre cuando ha vivido durante algún tiempo a expensas de sus reservas latentes y las ha agotado. El psiquíatra que ve a alguien en ese período latente debe ser capaz de diagnosticar un agotamiento real bajo la máscara de salud aparente, y someterle a tratamiento como si fuera un asténico.

Encontramos aquí también las ideas fijas subconscientes o las reminiscencias traumáticas con las que Janet había estado tan relacionado en el pasado. Posteriormente llegó a considerarlas como una forma particular de un fenómeno más general, el de los actos no saldados. Todo acontecimiento, todo conflicto, toda enfermedad, incluso toda fase de la vida debe ser saldada en un cierto punto; de otro modo pueden subsistir restos patógenos y producir una pérdida continua e invisible de energía mental. Con el psiquíatra, el paciente debe hacer una revisión de toda su historia vital y discutir con él la interpretación de ciertos hechos, así como el deseo de realizar ciertos actos de renunciación y liquidación. Janet insistía en la gran importancia de los actos de terminación. Es sorprendente ver, al echar una ojeada a las historias de los pacientes neuróticos y mentales, el número e importancia de situaciones inadecuadamente terminadas, no liquidadas, entre las que se puede incluir la propia enfermedad mental [122].

---

total de los conflictos presentes es el alfa y omega de cualquier terapéutica de las neurosis».

[121] Leonhard Schwartz, «Berufstätigkeit und Nervosität», *Schweizerische Zeitschrift für Hygiene*, núm. 4, 1929.

[122] Resulta adecuada aquí una nota personal: un paciente muy inteligente, después de recuperarse de un episodio agudo de esquizofrenia, relató al autor la historia de su enfermedad y añadió: «Doctor, nunca dé el alta a un paciente sin ex-

El tratamiento del síndrome hipotónico incluye dos grupos de terapéuticas, cuya proporción varía de un caso a otro. El primer grupo concierne a las derivaciones; el segundo tiende a reforzar la tensión psicológica.

Primero, es necesario *reabsorber las derivaciones.* Sería posible reducirlas en cierto grado debilitando la energía del paciente, como ocurre de forma natural en la fiebre. Según Janet, los bromuros y sedantes actúan de forma semejante, consiguiendo así una especie de victoria pírrica.

Un método mucho mejor es el consistente en canalizar las agitaciones llevándolas a actividades útiles o tolerables. Recuerda a la estrategia de la madre sagaz que asigna juegos y ocupaciones específicas a sus hijos para que, en lugar de discutir y alterar la paz del hogar, cada uno esté absorbido en su propio trabajo. Por lo demás, descansa también en el principio de la terapia ocupacional sistematizada elaborado en Alemania por Hermann Simon [123]. Determinando el tipo exacto de trabajo que haría posible en cada paciente la reabsorción de su agitación, Simon consiguió que desaparecieran de su hospital mental todo ruido y agitación en una época en que no había métodos de tratamiento fisiológico ni casi sedantes. En cuanto a los neuróticos hipotónicos, un psiquíatra no podría cometer error mayor que tratarlos con reposo, que está indicado en los pacientes asténicos. Dependiendo de la fuerza del individuo y del grado de su agitación, habrá que entretenerle en ocupaciones activas: caminatas, deportes, caza o trabajos manuales. El problema se hace más difícil cuando las derivaciones han tomado un carácter de organización autónoma, como es el caso de los síndromes obsesivos convulsivos. En tales casos, las prescripciones antes mencionadas deben combinarse con otros tratamientos cuyo objeto sea el de obtener la disociación de estas actividades autonómas.

Segundo, es necesario *elevar la tensión psicológica.* Al conseguir esto hasta un nivel suficientemente alto, desaparecen los síntomas hipotónicos primarios, así como los secundarios resultantes de las derivaciones. En términos de Janet, la sobrecarga de energía psicológica es drenada, es decir, utilizada a un nivel más alto.

Un medio fundamental de elevar la tensión psicológica es la estimulación, procedimiento que el paciente tiende por naturaleza a buscar. La estimulación es un fenómeno complejo que combina la movilización de fuerzas latentes con una elevación de las mismas a un nivel más alto de tensión psicológica. Janet describió con detalle los diversos tipos de es-

---

plicarle su enfermedad». En realidad, cuando un paciente es dado de alta en un hospital mental, el residente «terminará» su historia clínica, pero muy a menudo nadie ayudará al paciente a realizar un «acto de terminación» en relación con la enfermedad que ha sufrido.

123 Hermann Simon, *Aktivere Krankenbehandlung in der Irrenanstalt,* Berlín y Leipzig, De Gruyter, 1929.

timulantes, tanto los de tipo químico (alcohol, café y estricnina) como los de tipo psicológico (emociones estimulantes, viajes, cambios de vida, asuntos amorosos), que los pacientes buscan espontáneamente. Pero la estimulación no es más que un desplazamiento o transformación de la energía, y es, por tanto, un método temporal y antieconómico.

Un procedimiento mucho mejor, aunque más largo y difícil, es el entrenamiento, cuyo principio básico es el de que la realización de una acción completa y conseguida permite obtener una elevación de la tensión psicológica. Este método, aplicado y perfeccionado por Schwartz, consta de cuatro pasos:

1) Determinar el nivel en el que el paciente puede realizar una acción completa.

2) Hacerle ejecutar y completar un trabajo de ese tipo, primero lenta y minuciosamente, después con más rápidez pero siempre perfectamente, hasta que no le presenta dificultades.

3) Cambiar al paciente a otro tipo de trabajo, más difícil y de nivel más alto.

4) Encontrar otras salidas psicológicas.

Este es sin duda exactamente el principio de todas las variedades de educación y de reeducación dignas de tal nombre.

Janet y Schwartz han destacado que alteraciones exactamente iguales a las del síndrome hipotónico pueden aparecer en individuos que se vean obligados a trabajar a un nivel de tensión psicológica inferior al suyo propio; por ejemplo, en emigrantes que tienen que dedicarse a una ocupación inferior a su profesión previa, y más aún en los desempleados.

La teoría de Janet de la energía mental va más allá de la interpretación de las condiciones neuróticas antes mencionadas. Existen infinitas transiciones entre los individuos normales, los neuróticos y los psicóticos. Janet nunca elaboró una tipología basada en sus conceptos de energía dinámica, pero sería fácil establecerla agrupando diversas observaciones extraídas de su obra.

Menciona en ocasiones a los millonarios psicológicos, es decir, a las personas dotadas de gran cantidad de fuerza psicológica combinada con un alto nivel de tensión psicológica. Son capaces de realizar un gran número de actos muy sintetizados. Podríamos pensar en Napoleón en el campo de batalla combinando una larga serie de datos conocidos y supuestos acerca de la fuerza y de los movimientos del enemigo y teniendo que conjeturar, sopesar y tomar decisiones rápidamente durante un período prolongado de tiempo.

Otro tipo al que Janet se refiere con frecuencia es el de los individuos propensos a un descenso súbito de la tensión psicológica. La crisis epiléptica no es sino un colapso repentino de tensión psicológica en forma de descarga de energía, cayendo el individuo a un nivel inferior, del que

asciende lentamente. Menos espectaculares son las crisis psicolépticas de los psicasténicos [124]. Existe un emborronamiento súbito de la acción y la percepción y una pérdida del sentimiento de la realidad, y su terminación puede ser repentina o gradual. Janet suponía que en ciertos individuos las oscilaciones de la tensión psicológica siguen un patrón cíclico; pueden vivir durante cierto tiempo en un estado de perfecto equilibrio y después, bien debido al agotamiento o al efecto de acontecimientos externos, descender su tensión psicológica y estabilizarse a un nivel inferior durante un período de tiempo dado, lo que les da apariencia de maníaco-depresivos.

Janet cita también con frecuencia el tipo de individuo cuya tensión psicológica está permanentemente bajo el nivel deseable, aunque posee suficiente fuerza psicológica. Se incluyen aquí no sólo gran número de psicasténicos en las formas clásicas de obsesión, fobias y semejantes, sino también varias otras alteraciones psicopatológicas. La necesidad de estimulación puede hacer que tales individuos recurran a métodos artificiales para elevar su tensión psicológica. Esta es para Janet la principal psicogénesis del alcoholismo, así como de numerosos casos de adicción a las drogas, perversión sexual y ciertas formas de criminalidad [125]. La relación entre cleptomanía y depresión mental fue bien ilustrada en el caso de un paciente que había aprendido accidentalmente a aliviar su depresión mediante la estimulación proporcionada por el robo en las tiendas [126].

El individuo que tiene una cantidad muy pequeña de energía psicológica, a un nivel bajo, sería el reverso del millonario psicológico. Tales personas consiguen en ocasiones una cierta adaptación en la vida, asumiendo una forma de vida humilde y restringida. Su ocupación estará mal pagada, pero será tranquila y segura. Tienen pocas amistades y no se casan. Janet escribió: «La gente los considera egoístas y cobardes; quizás son simplemente sabios» [127].

En un nivel aún más bajo están ciertos esquizofrénicos a los que Janet se refiere en términos de demencia asténica.

Aunque reconociendo siempre la importancia de los factores hereditarios, congénitos y orgánicos, Janet da gran importancia al dinamismo autónomo de la energía psíquica. Siempre que el psiquíatra comprenda y sepa cómo utilizar las leyes de ese dinamismo psicológico, puede esperar resultados psicoterapéuticos sustanciales. En ese aspecto, la ley principal del dinamismo psicológico puede ser formulada así: «El acto completado

---

124 Pierre Janet, «The Psycholeptic Crises», *Boston Medical and Surgical Journal*, CLII (1905), 93-100.

125 Pierre Janet, «L'Alcoolisme et la dépression mentale», *Revue Internationale de Sociologie*, XXIII (1915), 476-485.

126 Pierre Janet, «La Kleptomanie et la dépression mentale», *Journal de Psychologie*, VIII (1911), 97-103.

127 Pierre Janet, *Les Médications psychologiques*, II, París, Alcan, 1919, págs. 97-98.

y terminado eleva la tensión psicológica del individuo, mientras que el acto incompleto y no logrado la hace descender». Janet hace comparaciones con las inversiones financieras: una inversión sana produce beneficios; una sucesión de buenas inversiones produce un aumento de las ganancias y un incremento de la fortuna. Una mala inversión da lugar a una pérdida; una sucesión de malas inversiones termina en las deudas y la ruina [128]. Esto es exactamente lo que ocurre de forma espontánea con numerosos individuos. Dejando aparte todas las formas intermedias, vamos a considerar los dos casos extremos. En uno de ellos estaría quien, gracias a una sucesión ininterrumpida de actos completos y terminados, consigue incrementar su tensión psicológica. Janet se refiere particularmente al caso de las personas reservadas que se esfuerzan en aprender normas sociales para vencer definitivamente su reserva y conseguir el triunfo.

Diametralmente opuesto es el caso del individuo que deja sus acciones incompletas y sin conseguir, haciendo descender cada vez su tensión psicológica y quedando cada vez menos capaz de adaptación; de ese modo cae en un círculo vicioso cuya terminación lógica es un síndrome asténico-hipotónico, que tiene su expresión extrema en la esquizofrenia hebefrénica. Este concepto está muy próximo a la teoría de la esquizofrenia de Adolf Meyer, quien la considera como el resultado de una larga serie de reacciones inadecuadas y de deterioro de los hábitos.

El concepto de Janet podría iluminar también el tan discutido mecanismo de la terapia ocupacional. Es indudable que para él había dos tipos diferentes de terapia ocupacional. La primera actúa mediante la canalización de las derivaciones. Es ésta la que se recomienda en ciertos libros populares escritos para neuróticos, aconsejando que los individuos nerviosos se mantengan ocupados y tengan tantas distracciones y ocupaciones como les sea posible [129]. En psiquiatría, es éste también el principio que Hermann Simon desarrolló hasta su más alto grado con su método de terapia más activa de las enfermedades mentales.

El segundo método, completamente distinto, es el del entrenamiento; consiste en dar al paciente un trabajo manual o intelectual que le haga operar a un nivel bastante alto de su capacidad, enseñándole a hacerlo lenta, completa y perfectamente, y elevando después gradualmente el nivel. Este era el principio de la educación clásica y también de las escuelas profesionales, pero se puede utilizar con los pacientes mentales para enseñarles una nueva técnica, una nueva profesión o un nuevo idioma.

---

128 Pierre Janet, *Les Médications psychologiques*, III, París, Alcan, 1919, págs. 249-297, y *La Force et la faiblesse psychologiques*, págs. 179-180.

129 Ver, por ejemplo, M. B. Ray, *How Never to Be Tired*, Indianápolis y Nueva York, Bobbs Merrill Co., 1938. El consejo dado en ese libro sería bastante aconsejable para los neuróticos hipotónicos, pero desastroso para los asténicos.

Sus resultados pueden no ser tan aparentes de forma inmediata como los de Hermann Simon, pero son más provechosos a largo plazo.

Se podría preguntar cuál es el lugar de la hipnosis dentro de este marco de referencia. Janet nunca olvidó este método y lo utilizó con los pacientes histéricos. Desde su nuevo punto de vista dinámico, era un medio de regular la energía mental en los pacientes que tenían una distribución desigual [130].

El viejo concepto de la relación terapéutica, que Janet había estudiado en 1886 bajo su aspecto de electividad y en 1896 bajo los aspectos más generales de la influencia sonámbula y la necesidad de dirección, también ahora fue desarrollado y se convirtió en el acto de adopción. En la relación entre el paciente y el director, como decía Janet, aparecería antes o después, en ocasiones de forma brusca, un cambio llamativo. El paciente mostraría una conducta específica hacia el terapeuta, que no tenía frente a ninguno más. Afirmaría que el terapeuta era un ser excepcional y que él, el paciente, había encontrado por fin a alguien que le comprendía y le tomaba en serio. Esto significaba en realidad que era ahora capaz de contar sus propios sentimientos y de hablar seriamente acerca de sí mismo. La imagen inexacta que tenía del director era una mezcla de todos los tipos de inclinaciones previas más o menos semejantes hacia otras personas, sintetizadas ahora de una forma particular. Estas opiniones y actitudes del paciente, expresadas en el acto de adopción, y el aumento de su propia estimación, le capacitaban para realizar actos que había sido incapaz de conseguir hasta entonces, y también permitían al terapeuta sacar al paciente de muchas de sus dificultades.

Se podría decir mucho más acerca de la psicoterapia dinámica de Janet; sin embargo, lo expuesto hasta aquí es suficiente para demostrar que es un método flexible y amplio, adaptable a cualquier enfermedad y cualquier paciente. Más que una psicoterapia específica, es un sistema general de economía psicoterapéutica.

La obra de Janet: VI) La gran síntesis

Para Janet, el análisis psicológico era siempre la primera fase de un método cuya segunda sería la síntesis psicológica. En *El automatismo psicológico* hizo la distinción entre la mente consciente y la subconsciente con una función de síntesis realizada por la mente consciente. En *Las obsesiones y la psicastenia* presentó una jerarquía más compleja de la mente con cinco niveles, el concepto de tensión psicológica, y la interpre-

130 Pierre Janet, *Les Médications psychologiques*, III, París, Alcan, 1919, págs. 414-417.

tación de la psicastenia como un descenso de tensión psicológica en dichos niveles. A partir de 1909, en sus clases en el Collège de France, Janet comenzó a crear una síntesis mayor y más completa cuyo primer esbozo apareció en 1926 en el primer volumen sobre *De la angustia al éxtasis* [131]. Janet declaró una vez que los psicólogos de finales del siglo XIX habían escrito demasiadas monografías sobre temas limitados, hasta el punto de crear una gran confusión. Se necesitaban ahora sistemas comprensivos que permitieran a los psicólogos ordenar, clasificar, e interpretar hechos y provocar discusión que llevaría posteriormente a la sustitución de estos sistemas.

Emprendió la construcción de un vasto modelo conceptual basado no sólo en la psicología y psicopatología del adulto sino también en datos proporcionados por la psicología infantil, la etnología y la psicología animal. Dentro de ese marco de referencia apenas hay algún fenómeno de la mente que no pueda ser iluminado de alguna forma. Se dan nuevas interpretaciones a la percepción, la memoria, las creencias y la personalidad, así como a las manifestaciones anormales tales como las alucinaciones y los delirios.

En ese sistema perfeccionado, Janet mantiene sus antiguos conceptos de energía y tensión psicológica, pero ahora se concentra en el análisis psicológico de las tendencias (concepto que prefiere al de instinto; las tendencias son más flexibles y se pueden combinar entre sí). Cada tendencia está dotada de una cierta carga de energía latente que difiere de un individuo a otro. Cada tendencia, una vez activada por la estimulación adecuada, puede llegar más o menos cerca de su completa realización. Cada tendencia está colocada en un nivel jerárquico, y esto da la clave para la comprensión de numerosas condiciones psicopatológicas. En ese nuevo marco de referencia, el acto subconsciente se define ahora como «el acto que ha conservado una forma inferior entre actos de nivel superior»; en otras palabras, un acto de cualquier nivel se puede hacer subconsciente cuando el individuo realiza de forma consciente actos de un nivel superior [132].

La gran síntesis psicológica de Janet es un monumento de tal amplitud que haría falta un volumen de 400 a 500 páginas para exponer sus elementos. Nunca lo hizo [133]. El autor que estuvo más cerca de escribirlo fue Leonhard Schwartz, cuyo libro póstumo quedó sin terminar (le faltaban, entre otras cosas, los capítulos sobre los conceptos de alucinaciones y delirios de Janet) [134].

---

131 Pierre Janet, *De l'Angoisse à l'extase* I, París, Alcan, 1926, págs. 210-234.

132 Pierre Janet, *Les Débuts de l'intelligence*, París, Flammarion, 1935, págs. 44-45.

133 El mejor relato dado por Janet fue su contribución «La psychologie de la conduite», en la *Encyclopédie Française*, VIII (1938), 8.°, 08-11 a 8.°, 08-16.

134 Leonhard Schwartz, *Die dynamische Psychologie von Pierre Janet*, Basilea,

A continuación, trataremos de dar una visión extremadamente sucinta de la gran síntesis de Janet. Recordemos que, en su obra, abarca unos treinta libros y varias docenas de artículos.

Daremos ahora un breve resumen de cada una de las tendencias. Las nueve tendencias se dividen en tres grupos:

I. *Tendencias inferiores*

1. Tendencias reflexivas.
2. Tendencias perceptivo-suspensivas.
3. Tendencias sociopersonales.
4. Tendencias intelectuales elementales.

II. *Tendencias medias*

5. Acciones inmediatas y creencias dogmáticas.
6. Acciones y creencias reflexivas.

III. *Tendencias superiores*

7. Tendencias racional-ergéticas.
8. Tendencias experimentales.
9. Tendencias progresivas.

I.1. *Tendencias reflexivas*: Son actos explosivos que se liberan únicamente cuando un estímulo ha alcanzado un cierto grado, tienen una forma organizada, y están adaptadas a algún objeto o situación exterior. Unas veces son movimientos de repulsión, retirada, excreción o incorporación. Otras, actos más complejos, cadenas de reflejos, melodías cinéticas. Aquí no existen regulaciones psicológicas como en las emociones, y una vez comenzado el movimiento debe seguir su curso hasta su fin. La psicopatología nos muestra ejemplos de tales tendencias reflexivas en la conducta de ciertos casos de idiocia severa. El ataque epiléptico es una regresión transitoria a ese nivel.

I.2. *Tendencias perceptivo-suspensivas*: Son tendencias cuya activación completa requiere una estimulación en dos pasos: el primer estímulo despierta la tendencia y es seguido por un período de suspensión (período de espera), tras el cual es necesario un segundo estímulo para completar el acto. En ocasiones la tendencia es más compleja e incluye una secuencia de acciones. En contraste con las tendencias meramente explosivas, las perceptivo-suspensivas, una vez liberadas por un estímulo externo, tratan de modificar algo en el mundo exterior (como es la acción de la

B. Schwabe, 1951. Ver también, I. Meyerson, «Janet et la théorie des tendances», *Journal de Psychologie*, XL (1947), 5-19.

fiera hacia su presa) e implican, por tanto, un cierto grado de adaptación. Son el punto de partida de todas las formas de acción que implican fases de espera o búsqueda, las bases del acto de percepción y de la noción de los objetos. La percepción está situada a medio camino entre el primero y el segundo estímulos. Un objeto, básicamente, es un esquema perceptivo (por ejemplo, la percepción de un sillón es un esquema perceptivo de los movimientos incluidos en el acto de sentarse en él). Entre los diversos objetos, uno tiene una condición privilegiada: el cuerpo propio, debido a su falta de exterioridad y a nuestra conducta conservadora hacia él.

Una ilustración psicopatológica de ese nivel es la historia que cuenta Janet del corredor de bicicleta que comienza la carrera con espíritu competitivo (tendencia sociopersonal) pero que, bajo el efecto del agotamiento creciente, se torna indiferente hacia los espectadores, el paisaje y la idea de ganar. Su campo de percepción está estrechado en la forma del estadio intermedio de la tendencia perceptivo-suspensiva. El paso siguiente en la regresión sería quedarse dormido y pedalear de forma puramente reflexiva [135].

I.3. *Tendencias sociopersonales*: Ha ocurrido una diferenciación entre dos grupos de conductas, las dirigidas hacia el *socius* y las dirigidas hacia nuestro propio cuerpo. Sin embargo, existen interacciones e influencias recíprocas entre estas dos líneas de conducta.

El individuo adapta sus propios actos a los actos del *socius*. Como consecuencia de ello, tales actos son siempre en proporción variable actos combinados o, como dice Janet, *actes doubles*. Entre éstos se encuentran la imitación, la colaboración y el mando y la obediencia. En lo relativo a la imitación, Janet adopta la definición de Durkheim: la percepción del acto de otro hombre parece controlar la ejecución del acto del imitador, pero la imitación es un «acto doble» que implica una acción no sólo del imitador, sino también del imitado. La imitación espontánea resulta perfeccionada por la consciente que los niños aprenden en el proceso del juego. En la colaboración, dos *socii* participan en una acción común tendente a un resultado común y que crea a ambos el sentimiento de triunfo. El acto de mandar y obedecer se puede considerar un tipo especial de colaboración en el que miembros de un grupo aceptan el acto del jefe como una parte del acto total y los restantes papeles se distribuyen entre los participantes. Pero ¿cómo llegan los *socii* a esa distribución de papeles? A través de los actos de *valorisation sociale* (valoración social), que adscriben al yo propio un cierto valor y llevan a los demás a aceptarlo. Entre otros diversos actos del mismo nivel Janet analiza la pena, la rivalidad,

---

135 Pierre Janet, *De l'Angoisse à l'extase*, París, Alcan, 1926; II, 1928, pág. 262.

la lucha, el regalo y el robo, el esconderse y mostrarse, la conducta sexual y otros.

Pero el individuo no sólo adapta sus propios actos a los actos del *socius;* hace la misma adaptación hacia sí mismo. En otras palabras, actúa hacia sí mismo de la misma forma que actúa hacia otros. Aquí está el punto de partida de lo que Janet denomina acto de intimidad, conducta a la que atribuye la máxima importancia, ya que su último término es el pensamiento interno [136]. Estar solo significa no ser observado y no tener que mantener deberes de respeto y consideración (*égards*); significa una simplificación de la conducta, un menor gasto de energía.

En el mismo nivel, desde el punto de vista de la psicología social, están las ceremonias. En sus estudios sobre los *intichiuma* de los australianos, Durkheim destacó el papel de estímulo mutuo proporcionado por los participantes.

Según Janet, éste es también el nivel al que pertenecen las cuatro emociones básicas. La mayor parte de los sentimientos que constituyen la vida emocional de una persona dependen de la combinación de ciertas conductas sociales con cuatro emociones básicas: esfuerzo, fatiga, tristeza y alegría. Estos cuatro sentimientos corresponden a mecanismos de regulación de acciones. Como comparación, no existen sólo funciones de respiración y circulación de la sangre, sino también mecanismos reguladores que, dependiendo de la necesidad o la circunstancia, aumentan o disminuyen la respiración y la circulación. Del mismo modo, existen regulaciones psicológicas que incrementan o disminuyen la energía necesaria para activar una tendencia. Después de haber aprendido a reaccionar ante los actos de sus *socii,* el hombre aplica para sí la misma conducta, aprendiendo así a reaccionar a sus propias acciones. En algunas situaciones faltan estas regulaciones, y el paciente experimenta un sentimiento de vacío (*sentiment du vide*). Las dos emociones elementales, esfuerzo y fatiga, las compara Janet a la acción del acelerador y los frenos de un coche. Los neuróticos obsesivos son personas que siempre hacen esfuerzos exagerados e innecesarios, mientras que la pereza es una propensión al esfuerzo insuficiente. En la misma teoría, la tristeza es el miedo a la acción y una reacción ante el fallo perpetuo, mientras que la alegría es un sobrante de energía liberado después de una acción terminada con éxito (la reacción del triunfo). Janet compara la tristeza con el cambio a la marcha atrás de un coche. En ese caso, la alegría se podría comparar con el gasto excesivo de gasolina que se produce cuando se tienen los frenos echados. En realidad, sin embargo, la teoría de las emociones de Janet es infinitamente más compleja. En su libro sobre el amor y el odio,

136 Pierre Janet, *La Pensée intérieure et ses troubles,* París, Maloine, 1927.

por ejemplo, da un análisis completo que comprende numerosos matices e implicaciones de estos dos sentimientos [137].

Desde el punto de vista de la psicopatología, Janet estaba muy interesado en todas las formas de conducta social inferiores al nivel del habla, como las que aparecen en los idiotas. Por otra parte, la regresión al nivel de las tendencias sociopersonales le dio la clave de numerosas manifestaciones psicopatológicas en niveles superiores. Las alteraciones de las *valorisations sociales* se manifiestan de forma diferente en los tímidos que en los autoritarios. Es también una falta de *valorisation sociale* la que da lugar a la reacción de fracaso. Los delirios de persecución se originan por el proceso de objetivación social e intencional. Otro tipo del delirio de persecución, el delirio de referencia (el de los pacientes que creen que son constantemente observados y que otros leen sus pensamientos), es adscrito por Janet a deficiencias en la capacidad del paciente para realizar el «acto de intimidad».

I.4. *Tendencias intelectuales elementales:* Este nivel constituyó uno de los temas favoritos de Janet, al que dedicó dos de sus últimos libros [138]. Es el nivel de inteligencia anterior al lenguaje, en el que se incluyen los inicios del mismo, la memoria, el pensamiento simbólico, la producción y la explicación.

El acto más elemental de inteligencia, según Janet, consiste en la confrontación y combinación de dos conductas hacia dos objetos diferentes. Como ilustración, analizó el manejo del cesto de manzanas. Consta de dos acciones que no pertenecen ni al cesto ni a las manzanas: llenar el cesto y vaciarlo. De la misma forma, Janet analizó el significado de la herramienta elemental, del retrato o la estatua, de la cómoda, de la puerta y de la calle y la plaza pública. En cada uno de estos sutiles análisis, demostró cómo existe una combinación de dos acciones en la que están incluidos dos objetos.

Es también el nivel de inicio del lenguaje, que asimismo es un *acte double*, es decir, una combinación de hablar y ser hablado [139]. Janet pensaba que el lenguaje surgió a partir de una transformación de los actos de mandar y obedecer. Los actos vocales como grito de guerra reemplazaron la necesidad de que el jefe gesticulara una orden. Una teoría similar podría explicar los comienzos de la memoria. La memoria es una transformación de una acción tal que puede ser comunicada incluso al ausente (por ejemplo, un centinela, a la llegada del enemigo, dará la alarma, y

---

137 Pierre Janet, *L'Amour et la haine*, París, Maloine, 1937.

138 Pierre Janet, *Les Débuts de l'intelligence*, París, Flammarion, 1935; *L'Intelligence avant le langage*, París, Flammarion, 1936.

139 Al parecer, Janet no sospechó que esta teoría del lenguaje la hubiera establecido ya Heymann Steinthal, *Einleitung in die Psychologie der Sprachwissenschaft*, 2.ª ed., Berlín, Dümmler, 1881, págs. 372-374.

esto es un lenguaje incipiente; en ausencia del enemigo, dará un informe al jefe, y esto es memoria incipiente). Así, «la memoria es la orden dada a los ausentes, antes de convertirse en la orden dada por el ausente».

Otra conducta intelectual elemental explica también el origen de la producción: el alfarero, en su mente, combina dos representaciones, la del acto para el que servirá el objeto, y la del acto que está realizando. Pasa incesantemente de la superioridad de un punto a la del otro, inventando acciones que combinen los dos puntos de vista. Cercano al origen de la producción está el de la explicación, esto es, el tomar conciencia de otros actos de producción.

En este nivel existen también implicaciones psicopatológicas. Ciertos idiotas e imbéciles que están en el nivel del prelenguaje son capaces de realizar ciertos actos de inteligencia rudimentaria. En algunos casos de confusión mental y onirismo pueden ocurrir regresiones a ese nivel.

II.5. *Acciones inmediatas y creencias dogmáticas*: Una vez nacido, el lenguaje se desarrolló enormemente, extendiéndose a todos los actos humanos. Cada acto motor estaba ahora acompañado en paralelo por un acto de habla. Este desarrollo tuvo consecuencias fundamentales. El lenguaje fue disociado de la acción y el hombre lo utilizó para hablarse tanto a sí mismo como a los *socii*. La conducta humana comenzó a disociarse en conducta corporal y conducta verbal. Como señaló Janet, en este estado «la conducta total del hombre se convierte en el análisis de las relaciones entre la conducta corporal y el habla». La conducta corporal, la única que puede cambiar inmediata y directamente el mundo, es la única eficaz, pero es lenta, pesada y cansada. La conducta verbal es fácil, rápida y no produce gastos, pero no puede cambiar inmediatamente el mundo. Janet pensaba que esta gran diferencia entre las dos conductas se convirtió en el punto de partida del concepto de separación de cuerpo y mente.

Al principio la palabra hablada era el comienzo de una acción. Pero después, el habla se emancipó de la conducta corporal; el hombre comenzó a jugar con el lenguaje, y a esto es a lo que Janet denomina lenguaje inconsistente[140]. El lenguaje inconsistente se puede observar en niños de tres a seis años de edad, que muchas veces hablan sin prestar atención a lo que dice el otro, según describió Piaget. También se da, añade Janet, en los monólogos colectivos de ciertos imbéciles, e incluso entre adultos normales. Contra él se manifestó una reacción que discurrió por dos vías. Primero, la *affirmation*, que Janet iguala con la promesa y considera como el origen de la creencia. Segundo, el acto de *voluntad*, que es una forma de crear un fuerte lazo entre el lenguaje y el acto.

---

140 Pierre Janet, «Le Langage inconsistant», *Theoria*, III (1937), 57-71.

Finalmente, el lenguaje fue utilizado por el hombre para hablarse a sí mismo en forma de lenguaje interior. Este fue el origen del pensamiento. Janet dedicó un curso completo al origen del pensamiento interno[141]. Una de las características principales de este estado es lo que Janet denomina creencia dogmática: la creencia es más adecuada a los sentimientos que a los hechos, y por tanto contradictoria o absurda muchas veces. En este estado el hombre cree lo que desea o teme. Es el tipo de creencia normal en los niños, en los débiles mentales o en el proceso de sugestión, y ocasionalmente entre muchas personas normales. La representación del mundo para el hombre toma la forma de lo que Janet denomina mundo de la creencia dogmática: al igual que la conducta perceptiva creaba objetos, la conducta afirmativa crea ahora *seres;* los seres no son sino objetos a los que el nombre y la creencia añaden persistencia y estabilidad.

La memoria en este estado sufre un proceso similar al del lenguaje; la memoria inconsistente se emancipa de la memoria consistente con actos. Carece de una localización exacta en el tiempo y es el punto de partida de leyendas y mitos.

En este punto el individuo se desarrolla en la forma de personaje, caracterizado por actitudes y papeles. El personaje es un individuo que actúa según la imagen que se ha hecho de sí mismo y que presenta a otros hombres. De aquí su sugestibilidad y plasticidad; también adopta los papeles de otros.

Desde el punto de vista psicopatológico, este es el nivel no sólo del lenguaje y la memoria inconsistentes, sino también de la sugestibilidad (que es una especie de creencia inconsistente) y de la confabulación. Janet distingue agudamente entre confabulación y mitomanía. En la última, el individuo es consciente de que está mintiendo, pero el nivel de creencia dogmática es inferior al nivel de conducta más compleja de la mentira.

II.6. *Acciones y creencias reflexivas*: La reflexión, según Janet, surge de la discusión entre el individuo y varios *socii.* Esta conducta colectiva es internalizada en forma de discusión interna en la que se pueden distinguir varias fases. Primero aparece la duda, que es una suspensión de la afirmación, después la deliberación, que es una lucha entre tendencias y argumentos, y posteriormente una conclusión en un acto de decisión. La lucha de estas tendencias se denomina deliberación cuando termina con una voluntad o con una creencia. Las acciones y creencias reflexivas no están aún en el nivel lógico. Sin embargo, implican un conocimiento coherente de un objeto externo y de uno mismo.

La representación del mundo por parte del hombre en este estado toma la forma del mundo de la creencia reflexiva (que Janet denomina

[141] Pierre Janet, *La Pensée intérieure et ses troubles,* París, Maloine, 1927.

también *le réel réfléchi*, lo real reflexivo) donde no hay exactamente seres, sino cuerpos y espíritus. En este punto Janet aporta un nuevo concepto de lo real, más complejo que el que propuso en 1903. Esta es la parte de su enseñanza que tiene mayores conexiones con sus teorías de las alucinaciones y los delirios. La realidad consciente, dice Janet, es una estructura compleja en la que intervienen tres niveles de realidad: lo *réel complet* (lo real completo), lo *presque réel* (lo casi real) y lo *demi-réel* (lo semi-real).

Lo real completo es el fruto de una creencia unida a la posibilidad de una acción inmediata o una permanencia intangible. Comprende cuerpos y espíritus. Un cuerpo es una realidad persistente acerca de la cual se afirma con reflexión que tiene un lugar, una forma, cualidades perceptivas: que está definido y desprovisto de intencionalidad. Un espíritu es la realidad invisible que es distinta del individuo que habla y distinta de otros espíritus, y está dotada de intencionalidad. Estas dos realidades distintas (cuerpo y espíritu) se pueden unir en el hombre en general y en uno mismo en particular.

Lo casi real está unido con la conducta de expectación y referencia a uno mismo, y corresponde en cierto modo con lo que Janet había denominado previamente presentificación. Incluye la noción del instante presente, de la acción que estamos realizando y tenemos en seguida en la mente, y la referencia a uno mismo, y tiene lugar en el mundo de la conciencia, que es la regulación de nuestras acciones presentes.

Lo semi-real comprende los bordes de la realidad, que son, en orden de proximidad decreciente: la percepción del futuro próximo, del pasado reciente, de lo ideal, del futuro remoto, de lo imaginario y finalmente de la idea abstracta.

En estado normal debe haber una adecuación entre la realidad y el sentimiento que tenemos de ella. En la enfermedad mental hay una inadecuación, bien en forma de *surréalisation* (sobrerrealización), como cuando un acontecimiento del pasado lejano es dotado de un sentimiento de creencia que lo establece en el presente, o de infrarrealización, es decir, de incapacidad para sentir los objetos del presente como realmente perceptibles, como ocurre cuando el informe del paciente no corresponde a las ideas que sus *socii* tienen acerca de los mismos acontecimientos u objetos. En estos conceptos, Janet encontró la clave para la comprensión de los delirios, que desarrolló en diversos trabajos.

En el mismo nivel se encuentran la memoria consistente, los actos de la voluntad consciente y un desarrollo ulterior del individuo en la forma del yo reflexivo (*moi réfléchi*). Comparado con el *personnage*, el yo consciente implica una organización temporal de la personalidad y una biografía integrada.

Este nivel tiene una importancia particular desde el punto de vista psicopatológico. La regresión a ese nivel, o las alteraciones en el proceso de creencia reflexiva, se evidencian en los individuos aquejados de una pérdida de sentimiento de realidad y que desarrollan una búsqueda ansiosa de lo real. Este es también el nivel al que pertenecen las alteraciones de la voluntad como la abulia y, como ya se mencionó, la mitomanía. Los individuos que no van más allá del nivel de la acción y creencias reflexivas muestran características como la pasión, el egoísmo, la pereza y la mentira.

III.7. *Tendencias racional-ergéticas*: El nivel racional-ergético es el primero de las tendencias superiores. Aquí se añade una nueva función, la denominada tendencia al trabajo. El trabajo no existe entre los animales, «la labor de un buey no es trabajo real»; el trabajo duro existe entre las gentes primitivas. Desaparece en ciertas clases de individuos civilizados, como los criminales y las prostitutas, así como en numerosos neuróticos y psicóticos.

El trabajo implica una distribución particular de la fuerza. La fuerza se extrae no sólo de las tendencias inferiores, sino también de una reserva especial. Esto significa que un individuo de ese nivel lleva a cabo decisiones y promesas incluso aunque no le proporcionen satisfacción. Kant expresó esto en lenguaje filosófico con su concepto del «imperativo categórico». Janet añade que «el valor de la persona puede medirse por su capacidad para realizar tareas penosas» *(corvées)* [142]. El deber es una de las numerosas tareas que el hombre superior es capaz de imponerse a sí mismo. Lo mismo ocurre con la acción voluntaria, la iniciativa, la perseverancia y la paciencia, es decir, la capacidad para soportar la espera, el aburrimiento y la fatiga. Pertenece también a este nivel el concepto de verdad. La verdad implica la creencia individual en una realidad permanente que se extiende más allá del campo de conocimiento presente del hombre. Se encuentran igualmente en este nivel, según Janet, las reglas de la lógica. Antes estaban los conceptos abstractos, había reglas de conducta que el hombre se imponía a sí mismo. Aquí se encuentra además el acto de enseñar, procedimiento que en su más alto grado impregna toda la cultura. En este nivel se desarrolla más la individualidad, desde el yo hasta la persona. La diferencia entre el yo y la persona está en que esta última implica una coherencia de actos y una unidad de vida.

Aunque las tendencias racional-ergéticas corresponden a los niveles superiores, no están completamente desprovistas de implicaciones psicopatológicas. Una persona situada en ese nivel corre el riesgo de convertirse en nada práctica y en un *esprit faux*, individuo pedante y dogmático

---

[142] Pierre Janet, *De l'Angoisse à l'extase*, I, París, Alcan, 1926, pág. 229.

cuyo juicio está basado en sistemas teóricos y principios rígidos en lugar de en la experiencia.

III.8. *Tendencias experimentales*: En contraste con el nivel racional-ergético, la conducta experimental tiene en cuenta la experiencia y se somete a los hechos. Es, por tanto, el punto de partida de la ciencia. El sentimiento de lo absoluto es reemplazado por el concepto de lo posible. La naturaleza es concebida como un sistema de leyes naturales. El hombre siente la necesidad de «comprobar si un aparato es tan bueno como se dice» y de criticar un sistema según su resultado práctico. Estas tendencias incluyen también lo que los moralistas denominan conducta virtuosa, en la que hay humildad, firmeza de carácter y aceptación de la verdad objetiva.

III.9. *Tendencias progresivas*: Lo que Janet denomina «tendencias progresivas» es el desarrollo más alto de la conducta individual y original. En este nivel el hombre adquiere su propia individualidad única, pero también reconoce la completa individualidad de cada uno de sus semejantes, estableciendo con ellos una relación de intimidad espiritual. La investigación de la individualidad se extiende también a los acontecimientos, en especial a los históricos. Janet llega aquí a una de sus especulaciones favoritas, que expresa en términos velados: «Crecemos en el tiempo como las plantas en el espacio». Esto significa que la evolución del hombre, incluso del hombre como entidad biológica, está abierta hacia el futuro. En ese aspecto, Janet parece concordar con ciertos pensamientos expresados por Bergson en su *Evolución creadora*[143]. «La evolución», concluye, «no está terminada, y las acciones humanas han sido y serán una fuente de maravillas».

La obra de Janet: VII) Psicología de la religión

Janet nunca perdió la profunda preocupación religiosa de su juventud, y en el curso de su trabajo clínico encontró varios casos de interés particular desde el punto de vista de la psicología y psicopatología religiosa. Posteriormente elaboró una teoría psicológica completa sobre la religión, que expuso en sus clases de 1921-1922. Nunca escribió el libro que había planeado sobre ese tema; conocemos sus teorías gracias a una versión condensada publicada por uno de sus oyentes, el reverendo Walter Horton, y a las alusiones hechas por el propio Janet en varias de sus publicaciones posteriores[144].

---

[143] Henri Bergson, *L'Évolution créatrice*, París, Alcan, 1907. Pensamientos similares han sido expresados por Gardner Murphy, *Human Potentialities*, Nueva York, Basic Books, 1958.

[144] Walter M. Horton, «The Origin and Psychological Function of Religion According to Pierre Janet», *American Journal of Psychology*, XXXV (1924), 16-52.

Puede ser apropiado describir brevemente algunos de sus casos clínicos. Uno fue el famoso de Achilles, el hombre que, en 1891, había sido ingresado en la Salpêtrière por posesión demoníaca y al que Janet consiguió curar mediante el desenmarañamiento de sus ideas fijas subconscientes. Otro fue el de Meb, joven de veintiséis años llevada a la Salpêtrière a causa de sus alucinaciones histéricas con temas místicos y eróticos [145]. La paciente afirmaba haber padecido alucinaciones desde los ocho hasta los doce años. Recibía visitas de los ángeles, a uno de los cuales llamaba Santa Filomena. A los diecisiete años, y después de un trauma emocional, comenzaron de nuevo las alucinaciones. La madre y una tía de la paciente eran fervientes espiritistas. Una de las manifestaciones que ocurrían en la casa eran las *aportaciones*: se encontraban guijarros brillantes en la escalera, caían plumas de pájaros sobre la mesa durante las comidas; Meb encontraba sobre su cama, en su habitación, pequeñas piezas de cristal colocadas en forma de cruz; y toda la familia creía que estos objetos habían sido puestos allí por los espíritus. Bajo hipnosis, la paciente dijo a Janet que recordaba haber formado la cruz durante la noche en estado sonámbulo y haber colocado las piedrecillas sobre la escalera, creyendo que se lo veía hacer a Santa Filomena. Recordó también que, durante el día, había caído en una especie de trance o estado sonámbulo en el que creía ser la propia santa. Volvió a representar la escena como había ocurrido: se subió en una mesa y adhirió las plumas en el techo con engrudo; posteriormente las plumas se habían despegado y caído sobre la mesa durante la comida. La paciente fue exorcizada por Janet de la misma forma que Achilles.

La tercera paciente, y con mucho la más interesante, era Madeleine, acerca de la cual se ha escrito muchísimo, tanto por Janet como por los teólogos católicos. Esta mujer de cuarenta y dos años, que había ingresado en la Salpêtrière en febrero de 1896, fue puesta bajo sus cuidados desde el 10 de mayo de 1896 hasta el 2 de diciembre de 1901, y de nuevo desde el 2 de enero de 1903 hasta el 5 de marzo de 1904. Tras ser dada de alta y hasta su muerte en 1918 escribió a Janet casi a diario, por lo que éste pudo seguir su evolución durante veinticinco años. La vida de Madeleine había sido extraordinaria desde el comienzo [146]. Nacida en 1853, en una región tradicionalmente católica del oeste de Francia, desde la

[145] Pierre Janet, «Un Cas du phénomène des Apports», *Bulletin de l'Institut Psychologique International*, I (1900-1901), 329-335. Ver también el prefacio de Janet a la obra de J. Grasset *Le Spiritisme devant la science*, Montpellier y París, 1904, págs. VII-XXIX.

[146] Janet puso gran cuidado en ocultar los detalles reales de nombre y situación de la vida de Madeleine al hablar de ella. Los detalles biográficos que aquí se presentan están tomados del relato probablemente más exacto de su vida, dado por Bruno de Jésus-Marie, «A propos de la Madeleine de Pierre Janet», *Études Carmélitaines*, XVI, núm. 1 (1931), 20-61.

primera infancia había sido muy devota. Cuando tenía dieciocho años marchó a Inglaterra como institutriz, pero regresó a los pocos meses y trastornó a su familia diciéndoles que quería vivir una vida de pobreza y anonimato absolutos. Mantenía comunicación con su familia mediante su hermana. Pasó mucho tiempo cuidando a los pobres, acompañando a una mujer que tenía cáncer, y cumplió una sentencia de cárcel por negarse a revelar su verdadero nombre a la policía. En realidad, Madeleine había sido admitida en la Salpêtrière debido a una contractura peculiar y dolorosa de los músculos de las piernas, que sólo le permitía caminar de puntillas. Estas alteraciones motoras habían sido atribuidas a la histeria. Janet sospechó la existencia de siringomielia o alguna otra lesión de la médula, pero el diagnóstico final no se hizo nunca. Madeleine presentaba también delirios místicos peculiares. Creía que tenía revelaciones divinas y que era capaz de levitación.

Durante su estancia en la sala Claude Bernard (donde se encontraban los pocos pacientes de Janet) se observó que tenía en ocasiones lesiones cutáneas sangrantes en el dorso de las manos, en los pies y una en el lado izquierdo del tórax. Estos cinco puntos sangraban todos a la vez, a intervalos irregulares, varias veces al año, y correspondían a los estigmas de la Pasión tal y como habían sido descritos también en san Francisco de Asís y otros varios santos. Durante todo el tiempo que fue controlada por Janet, Madeleine estuvo sujeta a una dirección doble: tenía un director religioso y tenía a Janet, al que siempre denominaba *mon Père* («Padre»), como psicoterapeuta. De las cartas de Madeleine y de las publicaciones católicas se desprende que Janet siempre la trató con el mayor respeto para su personalidad, aunque como psicólogo enfocara su caso de un modo totalmente objetivo. Observó grandes oscilaciones en su situación y distinguió cinco estados anormales, a los que denominó de consolación, éxtasis, tentación, sequedad y tortura, así como un estado de equilibrio, que era temporal al principio pero que fue predominando en los últimos años de su vida. Todos ellos han sido descritos con detalle por Janet en el primer volumen de su libro *De la angustia al éxtasis*. Fue en gran parte a partir de estas observaciones como desarrolló su teoría de las emociones y parte de sus conceptos de psicología religiosa.

La publicación del libro en 1926 hizo surgir la controversia en ciertos círculos católicos. Janet se convirtió en objeto de vehementes ataques y fue catalogado como ateo. Por otra parte, un teólogo católico, el padre Bruno de Jésus-Marie, escribió un relato del caso de Madeleine que completa las publicaciones de Janet de forma muy interesante *. Desde su punto de vista, Madeleine era indudablemente neurótica, pero era también una persona excelente y notable cuyo misticismo era una mezcla de psicopatología y sentimientos religiosos genuinos.

* Cfr. nota 146, pág. anterior.

La psicología de la religión de Janet tiene que verse dentro del marco de referencia de sus conceptos de energía psíquica y de jerarquía de las tendencias. La conducta religioso-moral, dice Janet, es originariamente una función de gobierno, es decir, la función de controlar el presupuesto de las fuerzas mentales. El instinto de economía es la raíz de toda la moralidad. El hombre lo aplica primariamente a la economía de sus reservas mentales, y de foma secundaria aplica estos principios a la economía de sus recursos financieros. La economía financiera no es sino un resultado del control original del presupuesto de la mente. La conducta moral es básicamente el control que ejerce el individuo sobre todas sus funciones con el fin de conservar la energía mental. Pero en el nivel sociopersonal da un paso adelante, dado que aquí hay una consideración recíproca de la energía mental del individuo y de los *socii* en el proceso de imitación. La energía mental es manejada de forma diferente por los imitadores y por el dirigente. Para el imitador, la imitación es una acción menos costosa. Para el dirigente, dar el ejemplo es una acción costosa de la que se encuentra más que recompensado por el sentimiento de satisfacción que deriva de ser imitado. Así, la imitación es conservadora de energía tanto para el dirigente imitado como para sus imitadores. En el nivel de las tendencias inteligentes elementales, aumenta la especialización social. El dirigente tiende no sólo a seguir realizando sus funciones sino a incrementarlas, e insiste en ser obedecido.

En el nivel dogmático, se crean los ritos y el mito. Los ritos son conductas complicadas en las que los mínimos detalles están rígidamente fijados, que los hombres se obligan unos a otros a respetar, y para los que no se puede dar razón alguna, ni lógica ni moral. Los mitos, dice Janet, no son tan primitivos como los ritos y suelen estar unidos a ellos como una decisión posterior, para explicarlos. La función del rito es la estimulación de las reservas mentales, la elevación de tono del contenido emocional de la conciencia. En su punto más alto, los ritos colectivos hacen surgir una especie de intoxicación colectiva. No es sorprendente que en numerosas religiones primitivas se realizaran ritos orgiásticos en los que la intoxicación alcohólica desempeñaba un papel predominante. Incluso las ceremonias fúnebres pretenden aumentar la energía de los participantes, como señaló Durkheim.

El nivel reflexivo es aquel en el que surge la idea de Dios. Janet dice que no existe una religión real en la que no haya dioses. La característica de un dios (o espíritu) es ser antropomorfo, invisible y poderoso, y tener una función especial que ningún ser humano ordinario pueda realizar. Estas funciones varían con las necesidades del peticionario. Las características del dios están relacionadas con la conducta del creyente, que honra a aquél al igual que adoraría a los hombres. Se humilla como delante de un jefe; solicita favores y da las gracias por los obtenidos. A

su vez, espera una respuesta del dios. Éste responde a través del propio creyente, o en algunos casos del sacerdote, cuya función es «hacer que el dios responda».

Para explicar cómo han surgido estas creencias y prácticas, Janet recurre al análisis del fenómeno del pensamiento. El pensamiento es un lenguaje interiorizado; como ya se ha dicho, con esta interiorización surgió la idea de un doble, o espíritu, existente de forma invisible tras las acciones visibles del individuo. Éste fue también el origen del animismo. «El animismo surge espontáneamente en el momento en que por primera vez se ve la necesidad de distinguir entre el hombre que habla y actúa como si fuera tu amigo, y el enemigo invisible, inaudible, que se esconde tras él». La idea de los espíritus-dioses surgió también de la conducta para con los seres ausentes, de los que los muertos son una categoría especial. Pero ¿por qué los espíritus-dioses adquirieron tal importancia? Janet responde que todas las religiones tienen alianzas (convenios) con un dios, bien por miedo, bien por necesidad de refuerzo moral, o porque el hombre suplica dirección y amor. El hombre busca un director y amigo ideal, invisible, todopoderoso y omnicomprensivo, es decir, un dios. Aquí se revela la función de la religión, que es «hacer que el dios hable»; según Janet, «no podemos suponer que la religión hubiera persistido si los dioses no hubieran hablado nunca».

Existen diversas formas de conseguir que los dioses hablen. Una es la oración, que es una conversación interior. El creyente pregunta algo al dios, y entonces algo dentro de él da la respuesta y alivio en nombre de aquél. Hay aquí una parte de automatismo, que se puede observar como bajo una lupa de aumento en los estados patológicos. Meb, por ejemplo, invocaba a santa Filomena, cuyo papel representaba ella misma en estado sonámbulo, garantizando sus propias peticiones. Madeleine representaba también de forma alternante el papel de humilde suplicante y el de Cristo que le responde y conforta. Janet supone que en las oraciones ocurre lo mismo, aunque el creyente no sea consciente de ello. Algo más complejo es el culto *tromba* en Madagascar, donde toda la tribu reza a los espíritus, tras lo cual algunos de los componentes de la multitud son poseídos por aquéllos y revelan así su respuesta a la comunidad. Sin embargo, puede ocurrir también que la respuesta esperada no venga, como pasa en la *acedia* (condición frecuente en los monasterios en la Edad Media); la *acedia* se podría explicar como un empobrecimiento gradual de energía mental. Su reverso es la «conversión», que incluye una recuperación de la fe y un nuevo sentido de poder y estabilidad mental, así como un proceso de recuperación de energía mental y de ciertos estímulos.

Aquí tienen también su lugar los fenómenos del fanatismo y el proselitismo. El fanatismo se puede explicar señalando la diferencia entre la

discusión filosófica y la religiosa. En la primera existen la aceptación de una posible derrota, el respeto por el adversario y la honradez intelectual. En una discusión religiosa falta la resignación científica, hay desprecio por el adversario y falta de honradez intelectual, por ejemplo, en forma de citas incorrectas de los escritos del mismo. El celo proselitista es otra marca característica de toda religión real. Dependiendo de la época, los conversos pueden entrar en el redil asustados o seducidos por la promesa de unos beneficios. Entre los argumentos de la discusión religiosa destaca el de los milagros, que Janet define como «acontecimientos que siguen a un acto religioso y que llevan el sello religioso oficial». El grado más alto de proselitismo es la persecución religiosa, que Janet explica como un deseo de mando, de unidad intelectual y de alivio de la depresión mental.

El fenómeno de la posesión demoníaca es considerado por Janet como el reverso de la oración. Al igual que en ésta, es una conducta doble en la que el sujeto interpreta dos papeles, pero mientras que en la oración la segunda personalidad es buena (un dios o un santo), en la posesión es mala (un diablo o demonio). En la oración, el creyente permanece dueño del drama interno —la conversación de la divinidad puede ser detenida a voluntad— mientras que en la posesión, el segundo papel escapa a su control y el primero desaparece.

En lo relativo al éxtasis, al que los místicos consideran como la forma auténtica de comunión con la divinidad, Janet refiere sus observaciones sobre Madeleine. Durante el éxtasis, los movimientos están reducidos al mínimo, el individuo desea estar solo, su tono psicológico se eleva, y sobre él se extiende una ola de alegría tranquila, pasiva, beatífica. Se siente iluminado y tiene una convicción enfática de que cualquier cosa que esté en su mente es verdad e inmensamente importante. En algunos aspectos, asemeja el sonambulismo, pero difiere de él en que se conserva el recuerdo de la experiencia y en que sus efectos duran muchas veces toda la vida. Es una experiencia que la religión atesora pero de la que también recela, pues la persona estática está propensa a tener revelaciones privadas, separadas de los dogmas de la Iglesia.

Janet aborda la pregunta «¿Existen los dioses?» desde el punto de vista del análisis psicológico de la fe. Los dioses no son «cosas» ni «hechos», sino «seres» en la terminología de Janet, es decir, entidades religiosas. Los hechos están en el nivel de la verificación experimental, pero las entidades religiosas están en los niveles dogmático y reflectivo. La fe en un hecho de la ciencia y la fe en una realidad religiosa son dos cosas completamente diferentes. En el primero, la fe viene paso a paso a través de la hipótesis y la experimentación. La creencia religiosa surge toda a la vez, y no basta la experiencia para desacreditarla. También puede desaparecer de repente, y su pérdida se acompaña muchas veces de un colapso nervioso. Las verdades científicas o filosóficas nunca comprometen

nuestra lealtad como lo hace la fe religiosa, por la cual un hombre puede morir al igual que lo hace por su país.

La influencia de la religión, dice Janet, ha sido inconmensurable. Es la religión la que ha creado la moralidad en el sentido moderno. Comparados con las órdenes normales del dirigente, las órdenes morales tienen dignidad (cualidad categórica), una cualidad imperativa (es decir, deben ser obedecidas también en secreto), y su obediencia proporciona una sensación de orgullo. La razón de esa diferencia, dice Janet, está en que los deberes son las órdenes no del jefe o del dirigente, sino de los dioses. Así, la moralidad tiene un sello religioso y es un resultado de la religión. Debido a la moralidad religiosa el hombre se ha convertido en ego, es decir, ha aprendido a subordinar y organizar sus deseos. La lógica, añade Janet, que es una moralidad intelectual, también lleva la marca de la influencia religiosa.

Los niveles racional-ergético y experimental han introducido influencias tendentes a la destrucción de la religión. Según Janet, en el nivel ergético o el experimental aparecen por primera vez cuatro tipos importantes de conducta: trabajo, educación, filosofía y ciencia. Todos son, directa o indirectamente, frutos de la religión, pero todos tienden a ejercer una influencia destructora sobre ella. La religión se ve retada por la filosofía y sobre todo por la ciencia, por lo que surge el problema de qué ocurriría en la humanidad si la religión fuera destruida. Debido al importantísimo papel que ha desempeñado y desempeña todavía en la vida de la humanidad, el problema reside en encontrar un sustitutivo. En los últimos años, la religión ha sido escindida en sus factores constituyentes, que aparecen en las tres fases de la oración: interrogación (la búsqueda del dios), respuesta del dios y satisfacción de la respuesta. El momento interrogatorio ha sido asumido por la filosofía que, sin embargo, nunca podrá reemplazar a la religión. El factor de la respuesta ha sido asumido por el espiritismo, movimiento al cual Janet dedicó mucha atención [147]. El espiritismo, o intento de conversar a través de «médiums» con los espíritus desencarnados, es un fenómeno muy antiguo, pero el espiritismo moderno, que se desarrolló alrededor de 1850, difiere de todos los anteriores en que es analítico y está realizado en una atmósfera de curiosidad científica. De esta forma proporcionó involuntariamente contribuciones valiosas a la psicología científica (como el trabajo de Flournoy), aunque para la mayoría de sus adeptos se convirtió en una especie de metafísica popular, un sustitutivo barato y poco satisfactorio de la religión. En cuanto al «elemento de satisfacción», ha sido asumido por el romanticismo, término que Janet usa aquí en sentido amplio como religión del

[147] Pierre Janet, «Le Spiritisme contemporain», *Revue Philosophique*, XXXIII (1892), I, 413-442.

sentimiento. Su proposición fundamental es la de que, en cualquier lugar en que encuentres alegría, fuerza y satisfacción, tienes la evidencia inmediata de la divinidad. El ejemplo clásico podría ser la obra de William James *Las variedades de la experiencia religiosa.* Sin embargo, como comentó Boutroux en su introducción a la edición francesa de dicho libro, «no existen pruebas de que el entusiasmo y la alegría vayan siempre con la verdad».

En su búsqueda de sustitutivos más satisfactorios de la religión, Janet pensó en dos. Uno de ellos, que imaginaba «destinado a hacer quizá más que todos los demás para poner la religión fuera de moda», es la psicoterapia científica, que pretende tratar de forma científica aquellos estados de la mente para los que la religión es el remedio popular soberano pero imperfecto. Un segundo sustitutivo sería el culto al progreso. Janet no toma esta palabra en el sentido de progreso material o mecánico y parece pensar en algo más que un progreso intelectual y social. Su máxima central es la de Guyau, filósofo al que admiraba mucho: «Confiar en nosotros mismos y en el mundo».

Hasta aquí, un resumen extremadamente esquemático del relato que hace el reverendo Horton de las lecciones de Janet entre 1921-1922. El libro que Janet había planeado escribir sobre la psicología de la religión nunca se materializó, quizá porque, durante el resto de su vida, sus pensamientos al respecto siguieran líneas algo diferentes. Algo de eso parece deducirse de un artículo publicado por Janet en 1937 [148]. En el intervalo había sido publicada la obra de Bergson *Las dos fuentes de la moral y de la religión,* así como otros estudios sobre misticismo. Janet ya no parecía estimar el misticismo como una especie de creencia meramente dogmática. Ahora tendía a considerar a los místicos como un grupo de pensadores innovadores que trataba de ir más allá de los tipos de creencia que la ciencia y la lógica de su época les ofrecían. Abrieron así nuevas vías a la humanidad: «Numerosas ideas que son corrientes en la actualidad comenzaron en las obras de los místicos como meras aspiraciones de un conocimiento más perfecto». Ellos fueron los primeros en considerar la verdad como «una virtud adquirida mediante prácticas ascéticas y merecida por la conducta moral». Inauguraron también un nuevo tipo de lógica que concede a los sentimientos humanos, particularmente al del amor, un valor demostrativo. En el mismo contexto, Janet señala cómo el concepto de individualidad penetra incluso en la física, y el concepto de valor en la sociedad, y cómo la historia del siglo XIX estuvo impregnada por los dos principios de «verdad histórica» y de «progreso», conceptos completamente extraños a las ciencias positivas. Es como si la historia

[148] Pierre Janet, «La Psychologie de la croyance et le mysticisme», *Revue de Métaphysique et de Morale,* XLIII (1936), 327-358, 507-532; XLIV (1937), 369-410.

supusiera que el pasado de la humanidad es un espacio permanente que algún día será accesible a la investigación directa del hombre. Aquí concluye Janet también con su pensamiento prometeico favorito de que la evolución de la humanidad no está terminada y de que tomará un curso ni siquiera soñado.

Las fuentes de Janet

La primera y más inmediata fuente de cualquier pensador creador es su propia personalidad. Aunque Janet evitó cuidadosamente hablar de sí mismo, dio algunos indicios que arrojan algo de luz sobre ciertos aspectos de su obra. En *El automatismo psicológico*, menciona incidentalmente que pertenece al tipo motor.

> Cuando estoy despierto, sólo puedo pensar en hablar en voz alta, o escribir, y mi pensamiento es siempre una acción medio retenida. Por la noche, al contrario, guardo, como he notado muchas veces, la más absoluta inmovilidad. Soy simplemente un espectador y no un actor; las imágenes y los sonidos pasan delante de mí formando cuadros y escenas. Me veo actuando, o me oigo hablando, pienso raramente, y siempre mantengo, al mismo tiempo, una vaga sensación de mi inmovilidad y debilidad. Precisamente debido a esta gran diferencia entre mis sueños y mi pensamiento en estado de vigilia encuentro tan difícil recordar aquéllos [149].

En otros pasajes del mismo libro Janet hace una curiosa digresión acerca del fenómeno de enamoramiento, que considera como una especie de enfermedad en que no debería incurrir una persona perfectamente sana o equilibrada [150]. En estos dos pasajes, Janet da una clave que podría explicar la dirección general de su pensamiento. Pertenece obviamente al tipo activo, no emocional. Todos los que le conocían destacaban su prodigiosa actividad, así como su ecuanimidad. No es sorprendente que estuviera destinado a elaborar una teoría psicológica centrada en la noción de actividad y en la que las emociones son consideradas como una alteración algo molesta de la acción, o a lo sumo, como reguladores de la acción. No es de extrañar que Jean Delay le llamara «psicólogo de la eficiencia».

Son también de destacar otras dos características de la personalidad de Janet. La primera es el episodio de depresión que sufrió a los quince años, y la tendencia a la psicastenia, que no era muy visible en sus años de madurez pero que pasó a un primer plano posteriormente. Podemos suponer que su excelente análisis de la psicastenia estuviera en cierto grado derivado de la autoobservación. La segunda característica es la

---

149 Pierre Janet, *L'Automatisme psychologique*, París, Alcan, 1889, págs. 118-119.
150 *Ibidem*, págs. 466-467.

crisis religiosa que sufrió a los diecisiete años de edad y que sin duda fue un acontecimiento decisivo en su vida. Es dudoso que hubiera seguido tan atentamente el caso de Madeleine durante veinticinco años si no hubiera estado continuamente preocupado por la fe perdida en su juventud.

Dentro ya de su familia, su tío Paul se encuentra entre las fuentes principales de su pensamiento. Paul Janet era un representante de la escuela filosófica espiritualista, cuyo credo se puede resumir en tres puntos: creencia en la libertad humana basada en el testimonio directo de la conciencia, moralidad basada en el principio del bien absoluto, y creencia en el deber absoluto, que relaciona la libertad humana con ese bien absoluto, como un medio para su fin. Paul Janet expuso su filosofía en numerosos libros cuyo mérito principal, según Fouillée, era el gran número de preguntas secundarias, ejemplos y temas tratados que no se encuentran en ningún otro lugar [151]. Aunque Pierre Janet, bajo la influencia del espíritu positivista que prevalecía, se distanció del punto de mira espiritualista profesado por su tío, y pasó de la psicología filosófica a la científica, la influencia duradera del pensamiento de Paul Janet es fácilmente reconocible en su obra. Lo que Paul Janet exponía en detalle bajo el nombre de «moral» fue incorporado por Pierre en su jerarquía de las tendencias bajo el nombre de conductas «racional-ergética», «experimental», y «progresiva». Más personal fue la influencia de J. M. Guyau, autor de *La irreligión del futuro*, que afectó grandemente a los jóvenes intelectuales franceses de la generación de Janet [152]. La *Weltanschauung* de Guyau era la de un hombre profundamente religioso afiliado a una religión no establecida, y que nunca podría adoptar ni un credo religioso ni el ateísmo.

Se ignora qué filósofos fueron objeto particular de los estudios de Janet en la École Normale Supérieure y durante sus años de enseñanza. Pareció tener un conocimiento bastante profundo de la historia de la filosofía en general [153]. Entre los autores que citaba más a menudo se encuentran Francis Bacon (el tema de su tesis en latín), Malebranche, Condillac, la escuela de los ideólogos y sobre todo Maine de Biran, fuente tanto directa como indirecta de su psicología. En el siglo XVIII prevalecía la teoría de que la sensación era la sustancia primaria a partir de la cual se desarrollaba toda la vida de la mente. Hacia 1750, los filósofos se interesaron por los acontecimientos que surgían en las personas ciegas a

151 Alfred Fouillée, *Critique des systèmes de morale contemporaine*, 4.ª ed., París, Alcan, 1883, págs. 281-317.

152 Jean-Marie Guyau, *L'Irréligion de l'avenir. Étude Sociologique*, París, Alcan, 1887.

153 En el *Manuel du Baccalauréat* de Pierre Janet, Henri Piéron y Charles Lalo, el capítulo de Historia de la Filosofía (págs. 329-367) está escrito por Pierre Janet, París, Vuibert, 1925.

las que se devolvía la vista después de una operación quirúrgica. Comenzaron a especular sobre el papel de la visión y de cada uno de los otros tipos de percepción sensorial en la vida mental. Posteriormente, Condillac (1715-1780) publicó su entonces famoso *Traité des sensations* (1754), en el que imaginaba el mito de una estatua cuyo aspecto físico sería el de un ser humano, pero que estaba desprovista de vida psíquica y a la que se dotaba progresivamente de todos los sentidos. Describía a continuación cómo se iría animando la estatua, pasando de las sensaciones a las imágenes, las ideas, los pensamientos, los juicios y la elaboración de la ciencia. Maine de Biran (1766-1824) elaboró una nueva construcción teórica de la mente humana en la cual el hecho básico es el esfuerzo [154]. La conciencia es la percepción del esfuerzo. El principio de Descartes «pienso, luego existo» es reemplazado por el de «deseo, luego existo». El esfuerzo voluntario crea la conciencia y eleva la mente desde la sensación hasta la percepción y las operaciones superiores de la mente, y elabora las nociones de fuerza, causalidad, unidad, identidad y libertad. Al lado de esa vida propiamente humana de esfuerzo consciente existe una vida animal que es el campo del hábito, de las emociones elementales y de los instintos, una vida que se continúa por debajo de la conciencia y que se manifiesta en el sueño y el sonambulismo. Más tarde, Maine de Biran llegó a afirmar que por encima de la vida propiamente humana de esfuerzo voluntario hay una tercera vida espiritual y religiosa.

Su influencia sobre la psicología de Janet fue tanto directa —puesto que éste había leído sus trabajos— como indirecta, debido a la gran influencia ejercida por el propio Maine de Biran sobre los *aliénistes* franceses de mediados del siglo XIX. Henri Delacroix ha demostrado cómo los conceptos teóricos de Baillarger y Moreau de Tours derivaban de la enseñanza de aquél [155]. En su teoría de las alucinaciones, Baillarger afirmaba que las alucinaciones y los delirios aparecen cuando la memoria y la imaginación se emancipan de la personalidad consciente. La misma idea es expresada de forma más sistemática en la teoría de la *désagrégation* (que en la actualidad se denominaría regresión) de Moreau de Tours. «La alucinación y el delirio aparecen mediante un debilitamiento gradual de la voluntad libre, del poder mediante el cual unimos y coordinamos las ideas». Por esa razón, Moreau de Tours consideraba el sueño como la llave para el conocimiento de las enfermedades mentales. Janet se refería constantemente a lo que denominaba «ley básica de la vida psíquica de Moreau de Tours».

---

154 Ver el trabajo de Paul Janet, *Les Maîtres de la pensée moderne*, París, Calmann Lévy, 1888, págs. 363-403; André Cresson, *Maine de Biran, sa vie, son oeuvre*, París, Presses Universitaires de France, 1950, y el número especial del *Bulletin de la Société Française de Philosophie*, vol. XXIV (1924), dedicado a Maine de Biran.

155 Henri Delacroix, «Maine de Biran et l'École médico-psychologique», *Bulletin de la Société Française de Philosophie*, XXIV (1924), 51-63.

Entre los psicólogos, el maestro de Janet fue sin duda Théodule Ribot, hacia el que sentía el más profundo respeto y afecto personal. Mientras que la psicología experimental de aquella época se desarrollaba en Alemania, bajo la influencia de Wundt, como ciencia de la medición de los factores psicológicos, la escuela francesa, con Taine y Ribot, prefería el enfoque psicopatológico. Ribot había tomado de Claude Bernard la idea de que la enfermedad es una experiencia instituida por la naturaleza, y la aplicó al campo de la psicología. Para estudiar las funciones normales de la memoria, la voluntad y la personalidad, investigó las enfermedades de esas funciones, y dedicó una monografía a cada una. Sin embargo, al no ser médico, tuvo que fiarse de las descripciones dadas por un psiquíatra, mientras que Janet logró su título de médico para poder realizar estudios clínicos directos. Fue Ribot el que introdujo en Francia el principio de Jackson de la evolución y disolución y de los síntomas positivos y negativos de las enfermedades nerviosas, aplicándolo a la psicopatología de la memoria (el hecho de que, en la amnesia senil, los recuerdos más recientes desaparezcan antes que los más antiguos, ha sido denominado «ley de Ribot») y a la voluntad (en las enfermedades de la voluntad, decía Ribot, las actividades voluntarias desaparecen antes que las automáticas, y este es el origen de la teoría de la psicastenia de Janet).

Desde el punto de vista clínico, Janet suele ser considerado como un discípulo de Charcot. Se olvida muchas veces que, antes de ingresar en la Salpêtrière en 1899, tenía ya una experiencia de seis o siete años de trabajo clínico con neurosis y enfermedades mentales en El Havre con los doctores Gibert y Powilewicz, de modo que fue a la Salpêtrière, no como estudiante, sino como colaborador experimentado. Allí, en todo caso, aprendió a tratar psicóticos, sobre todo en las salas de los doctores Séglas y Falret.

Otra fuente fundamental de la obra de Janet fue la primera psiquiatría dinámica. Recordemos que mientras estaba en El Havre descubrió el trabajo del doctor Perrier y el pequeño grupo de magnetizadores de Caen, y que posteriormente exploró todo el mundo olvidado de los conocimientos de Puységur, Deleuze, Bertrand, Noizet, Teste, Gauthier, Charpignon, los dos Despines, Du Potet, y una larga serie de pioneros cuyos méritos y descubrimientos nunca dejó de mencionar.

Las teorías de Janet sobre la energía psicológica tienen mucho en común con las ideas expresadas por George Beard y S. Weir Mitchell, y sobre todo por William James. La obra de este último *Las energías del hombre* aborda los temas de nuestro presupuesto de energía, de la velocidad de energitación, y de las diversas formas de movilizar la energía [156].

[156] William James, «The Energies of Man», *The American Magazine* (1907). Reimpreso en *Memoires and Studies*, Nueva York y Londres, Longmans Green and Co., 1911, págs. 229-264.



RICHARD VON KRAFFT-EBING (1840-1902), famoso psiquíatra austríaco, experto médico forense y fundador de la moderna psicopatología sexual, se tomó gran trabajo en contestar personalmente a los numerosos desviados desconocidos que le escribían contándole sus problemas. *(De la colección de pinturas del Instituto de Historia de la Medicina, Viena.)*



CHARLES RICHET (1850-1935). Brillante fisiólogo, galardonado con el Premio Nobel. Richet también fue un pionero en el estudio científico del hipnotismo. Max Dessoir, que le visitó en 1894, escribió en sus memorias: «Su personalidad se podría comparar con la de G. Th. Fechner, ya que era una extraña mezcla de rigor científico e indulgencia poética». *(Por cortesía del Sr. Alfred Richet.)*

William James menciona el esfuerzo, la oración y la conversión religiosa entre los factores dinamógenos. Aquí está simbolizada la idea favorita de Janet de la tensión psicológica.

Las últimas teorías de Janet sobre la jerarquía de las tendencias, su amplio conductismo, estuvieron también sin duda muy inspiradas por la obra de Josiah Royce y James Mark Baldwin. Josiah Royce afirmaba que «la distinción entre el sí mismo y el no sí mismo tiene un origen predominantemente *social*». Nuestra autoconciencia empírica, añadía, depende de una serie de efectos de contraste, cuyo origen psicológico reside en la vida social. El sí mismo del niño crece y se forma a sí mismo mediante la imitación. «En su origen, entonces, el yo empírico es consecutivo a las experiencias sociales. En la vida social literal, el yo se conoce siempre en contraste con el otro». El niño, dice Royce, idealiza (es decir, interioriza) sus relaciones sociales, de modo que el contraste entre el yo y el otro «se puede refinar por el contraste consciente entre el sí mismo presente y el pasado, entre mi sí mismo superior e inferior, o entre mi consciencia y mis impulsos. Mi vida reflexiva, tal como se me presenta empíricamente en cada momento, es una especie de abstracción y epítome de toda mi vida social» [157]. Royce extrajo también las implicaciones psicopatológicas de estas teorías [158]. El sí mismo social tiene sus enfermedades, puede estar deprimido, exaltado, o engañado. Los delirios de sospecha, persecución y grandeza son variantes patológicas del aspecto social de la autoconsciencia, que en condiciones normales significarían ser una persona consciente de su posición social, su dignidad, su lugar en el mundo y su carácter.

Las teorías de J. M. Baldwin son semejantes, pero prestan más atención al aspecto genético de este desarrollo. Baldwin distingue tres estadios en la génesis del yo y del otro [159]. Primero hay un estadio proyectivo, en que el niño «proyecta», siente, en otras palabras, otras personalidades antes de tener un sentido de sí propio. A partir del séptimo mes comienza el estadio subjetivo, en el que la imitación permite al niño «pasar de mi experiencia de lo que tú eres a una interpretación de lo que soy yo». A continuación viene el estado «eyectivo», en el que el niño invierte el proceso; va «del sentido más amplio de lo que yo soy, hasta un conocimiento mayor de lo que tú eres». El yo y el otro nacen, pues, juntos. «Mi sentido de mí mismo crece por imitación de ti, y mi sentido de ti crece en términos de mi sentido de mí mismo. Tanto el *yo* como el *otro* son, por tanto, esencialmente sociales; cada uno es un *socius* y una creación imitativa».

157 Josiah Royce, *The World and the Individual*, Nueva York, Macmillan, 1901, págs. 245-266.

158 Josiah Royce, *Studies of Good and Evil*, Nueva York, Appleton, 1898, págs. 169-197.

159 James Mark Baldwin, *Mental Development in the Child and the Race, Methods and Processes*, Nueva York, Macmillan, 1895, págs. 334-338.

Janet nunca ocultó que muchas de las ideas que desarrolló tan ampliamente en su gran síntesis estuvieron inspiradas por Royce y Baldwin. Incluso el término «*socius*», que tanto le gustaba, era tomado de Baldwin.

No es fácil valorar la influencia de la psicología alemana sobre la obra de Janet. Aunque éste no leyó a los psicólogos alemanes directamente, sabía de ellos por Ribot y otras fuentes. Está particularmente sujeta a discusión la influencia de la psicología de Herbart. Uno de los conceptos favoritos de Janet, el de «estrechamiento del campo de la conciencia», parece haber sido desconocido por los psicólogos franceses anteriores a él, pero sus antecedentes se pueden seguir de forma definida hasta Herbart. Para este autor, la represión y el estrechamiento del campo de la consciencia eran dos aspectos del mismo fenómeno. Como el campo de la consciencia es demasiado estrecho, sólo pueden aparecer en un primer plano simultáneamente un número limitado de representaciones, y de aquí surge una lucha entre las más fuertes y las más débiles, con la represión de estas últimas [160].

Resulta imposible descubrir las fuentes de Janet entre sus contemporáneos. Como ya se mencionó en relación con Bergson, Durkheim y Binet, se trata más bien de una serie de influencias recíprocas, que muchas veces surgen más a través de la conversación y el contacto personal que de los escritos.

Otro problema es el presentado por las semejanzas en las teorías de Janet y las de ciertos de sus contemporáneos extranjeros. W. Drabovitch ha señalado la «convergencia de doctrinas» entre Janet y Pavlov [161]. Ambos proclamaron la importancia de la fuerza o energía en la actividad psíquica, aunque Pavlov la expresó en términos fisiológicos y Janet, psicológicos. Según Drabovitch, los conceptos de Janet de tensión psicológica, de «drenaje», de la sugestión o de la hipnosis son paralelos a los de Pavlov. Este último comentó en ocasiones las teorías de aquél [162].

Kerris ha señalado la existencia de semejanzas entre las teorías de Janet y McDougall [163]. Ambos describen el proceso de desarrollo y construcción de la personalidad sobre la base de las tendencias. McDougall, sin embargo, no da una imagen o escala tan minuciosa de la jerarquía de las mismas. Muestra más la rivalidad y lucha entre las tendencias y

---

160 Esta parte de las teorías de Herbart debería ser conocida por Janet, a través de un artículo de Straszewski, «Herbart, sa vie et sa philosophie», *Revue Philosophique*, VII (1879), I, 504-526, 645-673.

161 W. Drabovitch, *Fragilité de la liberté et séduction des dictatures. Essai de psychologie sociale*, París, Mercure de France, 1934.

162 Ivan Pavlov, «Lettre ouverte à Janet, Les sentiments d'emprise et la phase ultraparadoxale», *Journal de Psychologie*, XXX (1933), 849-854.

163 Felicitas Kerris, *Integration und Desintegration der Persönlichkeit bei Janet und McDougall*, Phil. Diss., Bonn-Würzburg, Richard Mayr, 1938.

resalta el proceso integrativo del sistema nervioso. Por otra parte, Janet permanece más próximo a la experiencia clínica.

Las analogías existentes entre las últimas teorías de Janet y las enseñanzas de George Herbert Mead son particularmente llamativas. Mead sustenta también un conductismo social, que toma como punto de partida la actividad social del individuo y la cooperación de varios individuos alrededor de un objeto social [164]. La consciencia, según él, es una interiorización de la acción de los otros, y el razonamiento es la interiorización simbólica de la discusión entre varios individuos [165]. Mead considera también la emoción como la respuesta del organismo humano a nuestras propias actitudes. Ve la percepción como un estadio intermediario evolucionado desde el impulso a la manipulación (la conducta «suspensiva perceptiva» de Janet). Mead distingue en la personalidad consciente el *yo*, el *me* y el *sí mismo*, que corresponden bastante bien con los *individu*, *personnage* y *moi* de Janet. El me, equivalente al «personaje» de Janet, es una colección de papeles interiorizados. Se podrían citar otras semejanzas e inevitablemente surge la cuestión: ¿Influyó Mead sobre Janet o éste sobre aquél? Agrava el problema el hecho de que los trabajos de Mead fueran publicados de forma póstuma a partir de 1934, aunque ya en vida del autor habían aparecido de forma fragmentaria en artículos esparcidos por periódicos no fácilmente accesibles en Europa. Por otra parte, la primera publicación importante de Janet acerca de su último sistema apareció en 1926 en su libro *De la angustia al éxtasis*, aunque también había enseñado ya estas teorías durante quince años en sus conferencias dadas en el Collège de Francia. No hay ninguna prueba de que ambos se hubieran conocido personalmente. Una explicación posible sería la de que desarrollaron por separado los mismos conceptos que habían encontrado en las obras de Josiah Royce y James Mark Baldwin.

La influencia de Janet

Janet permanece en el umbral de toda la psiquiatría dinámica moderna. Sus ideas son tan conocidas que muchas veces se olvida su verdadero origen y se atribuyen a otros. Poca gente sabe, por ejemplo, que la palabra «subconsciente» fue inventada por él.

La concepción de Bleuler de la esquizofrenia, al distinguir entre unos síntomas primarios con un descenso de la tensión de asociación y unos

164 Ver C. W. Morris, en su introducción a la obra de G. H. Mead, *Mind, Self and Society*, Chicago, University of Chicago Press, 1934.

165 David Victoroff, *G. H. Mead, sociologue et philosophe*, París, Presses Universitaires de France, 1953, págs. 62-63, Victoroff argumenta que las teorías de Mead y Janet del pensamiento reflejo son idénticas y están expresadas en términos casi iguales.

síntomas secundarios derivados de los anteriores, era en gran parte una transposición del concepto de psicastenia de Janet, con su descenso de la tensión psicológica. El propio Bleuler dijo que la palabra «autismo» designa esencialmente desde el ángulo positivo lo que Janet denominó «pérdida del sentido de lo real» desde el punto de vista negativo [166].

C. G. Jung se refirió repetidamente a Janet (a cuyas conferencias asistió en París durante el semestre de invierno 1902-1903). La influencia *El automatismo psicológico* es manifiesta en la concepción jungiana de mente humana como un conjunto de subpersonalidades (las «existencias psicológicas simultáneas» de Janet). Lo que Jung denominó «complejo» no era originariamente más que el equivalente de la «idea fija subconsciente» de Janet.

El trabajo de Janet ejerció también una gran influencia sobre la psicología individual de Adler. Este último reconoció que su trabajo sobre el sentimiento de inferioridad constituyó un desarrollo de la observación de Janet del *sentiment d'incomplétude* [167].

La influencia de Janet sobre Freud es un problema sujeto a controversia, que será tratado en un capítulo posterior. Nos contentaremos con dar unos cuantos detalles de él. En su informe preliminar (1893) y en sus *Estudios sobre la histeria* (1895), Breuer y Freud se refirieron a la obra de Janet. Las historias clínicas de Lucie (1886) y Marie (1889), Marcelle (1891), madame D. (1892), Achilles (1893), y varias otras más cortas publicadas por Janet entre 1886 y 1893 contenían ejemplos de pacientes histéricos curados mediante la concienciación de ideas fijas subconscientes y su comprensión. La gran afinidad del concepto de transferencia de Freud con el de influencia sonámbula y necesidad de dirección de Janet fue subrayada por Jones en uno de sus primeros escritos [168].

En la *Formulación del principio doble de la vida psíquica,* Freud, al definir su principio de realidad, se refiere a la función de lo real de Janet. La función de síntesis de este último autor, que posteriormente desarrolló en su psicología de las tendencias y en su teoría de la construcción de la personalidad, anticiparon el paso freudiano de una psicología del inconsciente a una psicología del yo.

La influencia de Janet ha sido considerable también sobre la psiquiatría francesa y sus tres principales representantes contemporáneos, Henri Baruk, Henri Ey y Jean Delay. En el centenario de Janet, Henri Baruk le honró atribuyéndole la fundamentación clínica de la moderna psico-

---

166 Eugen Bleuler, *Dementia Praecox oder Gruppe der Schizophrenien,* 1911, en Aschaffenburg, *Handbuch der Psychiatrie,* parte especial, cap. IV, cuad. 1, pág. 52.

167 Alfred Adler, *Ueber den nervösen Charakter,* Wiesbaden, J. F. Bergmann, 1912, pág. 3.

168 Ernest Jones, «The Action of Suggestion in Psychotherapy», *Journal of Abnormal Psychology,* V (1911), 217-254.

fisiología y proclamó que en el futuro su obra llevaría al desarrollo de nuevos descubrimientos en neurofisiología [169]. La psicología organo-dinámica de Henry Ey y su teoría de la estructura de estados de conciencia son en gran parte desarrollos del pensamiento de Janet [170]. Jean Delay cree que los descubrimientos modernos en neurofisiología apoyan el concepto de Janet de tensión psicológica. Las funciones de vigilancia, así como la *présentification*, tienen su sustrato en ciertas partes del diencéfalo. La psicofarmacología, añade Delay, ha confirmado ciertas de las ideas de Janet, y por esta razón el propio Delay clasificó los fármacos psicotropos en «psicolépticos», «psicoanalépticos» y «psicodislépticos», sobre la base de los conceptos de Janet [171].

Pierre Janet es un ejemplo notable de la forma como la fama y el olvido se distribuyen de manera desigual entre los científicos. Hacia 1900 sus contemporáneos tenían la impresión de que pronto sería el fundador de una gran escuela. Sin embargo, a pesar del constante desarrollo de su obra, pareció como si se separara lentamente de la tendencia general. Muchos psiquíatras y psicólogos, así como personas cultas, todavía le veían únicamente como el autor de *El automatismo psicológico* y como el clínico que había descrito con exactitud las neurosis obsesivas. Comparativamente, pocas personas parecían darse cuenta de que estaba creando una síntesis de inmenso alcance y dimensiones.

Resulta tentador, en este punto, especular acerca de las razones por las que Janet fue favorecido por Lesmosine, la diosa del olvido, en lugar de por Mnemosine, la diosa de la memoria. Las explicaciones se pueden encontrar en los enemigos de Janet, en el propio Janet y en las fluctuaciones en el espíritu de los tiempos.

En el curso de su carrera, Janet se encontró al menos en tres ocasiones con fuertes resistencias o enemistades implacables. La primera fue después de la muerte de Charcot; ya hemos citado la fuerte reacción que surgió entonces contra las enseñanzas de Charcot sobre la histeria y el hipnotismo. Aunque Janet se había abstenido cuidadosamente de seguir las atrevidas especulaciones relativas a la metaloterapia y transferencia, fue identificado con las enseñanzas de Charcot por la simple razón de que en la Salpêtrière fue el único que siguió utilizando la hipnosis y creyendo que la histeria era algo más que un engaño. La reacción contra Charcot llegó al extremo de promover un espíritu rígidamente organicista, antipsicológico, entre los neurólogos franceses. Personalidades como Babinski y Déjerine se mostraron abiertamente hostiles con Janet y por

169 *Revue Philosophique*, CL (1960), 283-288.

170 Henri Ey, «La Psychopathologie de Pierre Janet et la conception dynamique de la psychiatrie», *Mélanges offerts à Monsieur Pierre Janet...*, París, d'Artrey, 1939, págs. 87-100.

171 Jean Delay, «Pierre Janet et la tension psychologique», *Psychologie Française*, V (1960), 93-110.

último consiguieron frenar su influencia en la Salpêtrière. También fue atacado por la Escuela de Nancy, frente a la cual mantuvo la distinción entre hipnotismo y sugestión. Tras la publicación de su obra *De la angustia al éxtasis* hubo una segunda ola de ataques, desencadenados por una serie de teólogos y laicos católicos. Sin embargo, los más feroces procedieron de los psicoanalistas. Aunque Freud había reconocido someramente la investigación previa de Janet en 1893 y 1895, cada vez se mostró más crítico hacia él. El informe de Janet sobre el psicoanálisis en el Congreso de Londres en 1913, en el que defendió su prioridad en el descubrimiento de las ideas fijas subconscientes y la terapia catártica, fue la señal para que ciertos psicoanalistas desataran ataques violentos. Ernest Jones le acusó pública y expresamente de falta de honradez, afirmando que los descubrimientos de Freud no debían nada a Janet [172]. En 1945 la psicoanalista francesa Madeleine Cavé, desafiando la cronología, acusó a Janet de plagio precipitado de la publicación de Breuer y Freud de 1893 [173]. Janet, dijo, había publicado en 1889 el caso de Marie sin saber cómo y por qué se había curado la paciente aunque, tras la publicación del trabajo de Breuer y Freud en 1893, comprendió y se apresuró a aplicar esta terapéutica y a publicar otros casos, refiriéndose a aquéllos como imitadores. El anciano —entonces tenía ochenta y seis años— quizá no advirtió el ataque y no replicó a él; pero éste contribuyó ciertamente al mantenimiento de una actitud hostil hacia él entre la generación psicoanalítica joven.

Otras razones de la falta de fama de Janet se pueden encontrar en su personalidad. Siempre mantuvo una independencia implacable; en realidad no tuvo ningún maestro, ni incluso Charcot o Ribot. Tampoco perteneció nunca a un grupo o equipo. No tuvo discípulos ni escuela; cualquier tipo de proselitismo le resultaba absolutamente ajeno. Para tener estudiantes, Janet habría necesitado una cátedra en la Sorbona, donde enseñar psicología, o una sala de su propiedad en la Salpêtrière, que le permitiera impartir enseñanzas clínicas a los alumnos de medicina. Sin embargo, no tuvo ninguna de las dos cosas, y su actividad docente estuvo restringida al Collège de France, centro de enseñanza superior independiente de cualquier universidad y frecuentado, por tanto, en su mayoría por especialistas, visitantes extranjeros y público de gran cultura, más que por estudiantes. Un pequeño número de sus oyentes se entusiasmaron con sus enseñanzas y trataron de propagarlas. Entre ellos se encontraba el reverendo Horton, el cual publicó una versión condensada de las conferencias de Janet sobre psicología de la religión, el doctor

---

172 Ernest Jones, «Professor Janet on Psychoanalysis: A Rejoinder», *Journal of Abnormal Psychology*, IX (1914-1915), 400-410.

173 Madeleine Cavé, *L'Oeuvre paradoxale de Freud. Essai sur le théorie des névroses*, París, Presses Universitaires de France, 1945.

Benjamin Subercaseaux de Chile [174], que expuso en español la teoría de la jerarquía de las tendencias de Janet, y el doctor Leonhard Schwartz, de Basilea, cuyo libro, publicado póstumamente sobre la psicología de Janet, permaneció por desgracia sin terminar [175].

La tercera razón de que la fama de Janet no se desarrollara como era de esperar se puede encontrar en el *Zeitgeist*. Las conferencias de Janet sobre psicología se dieron en 1909, y en 1910 comenzaba la psicología de las tendencias. Pero tardó varios años en escribir las *Médications psychologiques*, cuya publicación tuvo que posponer debido a la guerra. Cuando apareció, en 1919, el público tuvo la impresión de que los conceptos de Janet no habían cambiado en diez años, y pocos se dieron cuenta de que por aquella época su interés había tomado una nueva dirección. Por otra parte, el período de posguerra fue de conmoción general e iconoclastia, tanto en el campo de las ideas como en el de la política o las costumbres, y según transcurrió el tiempo se hizo mayor la brecha existente entre Janet y las preocupaciones de los jóvenes psiquíatras.

Casi parece como si algún hado misterioso hubiera decretado el olvido de la memoria de Janet. Cuando murió, el 24 de febrero de 1947, en París no había periódicos debido a una huelga de impresores; su muerte pasó, por tanto, casi desapercibida. Cuando reaparecieron los periódicos, el 18 de marzo, fue mencionada la noticia en dos líneas entre un gran número de informaciones de todo tipo [176]. Los cines anunciaron su muerte, pero como no se habían tomado películas de él, tuvieron que contentarse con proyectar en la pantalla un retrato suyo. El único registro conocido de su voz parece haber desaparecido. En 1956 fue celebrado en la Salpêtrière el centenario de Freud, al que se erigió un monumento en recuerdo de su visita a la clínica de Charcot en 1885-1886. Pero nadie pensó en erigir un monumento a Janet en su centenario, en 1959, aunque fue allí donde había realizado sus estudios sobre madame D., Marcelle, Justine, Achilles, Irene, la famosa Madeleine y tantos otros. En 1960, al publicarse un volumen conmemorativo de la fundación del collège Sainte Barbe, la lista de los hombres ilustres que habían estudiado allí no contenía el nombre de Janet. Más aún: sus obras nunca han sido reimpresas; cada vez son más raras y difíciles de obtener [177].

La obra de Janet puede compararse a una vasta ciudad enterrada en cenizas, al igual que Pompeya. El destino de una ciudad enterrada es

---

174 Benjamin Subercaseaux, *Apuntes de Psicología Comparada*, Santiago de Chile, Bardi, 1927.

175 Leonhard Schwartz, *Die Neurosen und die dynamische psychologie von Pierre Janet*, Basilea, Benno Schwabe, 1950.

176 *Le Monde*, 18 de marzo de 1947.

177 Uno de los primeros editores de Janet, al que el autor planteó la cuestión, declaró enfáticamente: «No señor, la obra de Janet *nunca* se reimprimirá».

incierto. Puede permanecer así para siempre. Puede quedar oculta y ser saqueada por los merodeadores. Pero también puede ser desenterrada algún día y volver a la vida.

De este modo, mientras el velo de Lesmosine caía sobre Janet, el velo de Mnemosine se levantaba para iluminar a su gran rival, Sigmund Freud.

VII

SIGMUND FREUD Y EL PSICOANALISIS

Con Sigmund Freud aparece una nueva característica en la historia de la psiquiatría dinámica. Mientras que hombres como Pierre Janet se habían mantenido dentro de los límites de las organizaciones científicas tradicionales, de la universidad, de las sociedades culturales establecidas, escribiendo en periódicos abiertos a cualquier punto de vista psicológico o médico, y sin intentar nunca fundar una escuela, Freud rompió abiertamente con la medicina oficial. Con él comienza la época de las nuevas escuelas dinámicas, con su doctrina oficial, su rígida organización, sus periódicos especializados, su cerrada sociedad y la prolongada iniciación impuesta a sus miembros. La fundación de este nuevo tipo de psiquiatría dinámica estuvo ligada a una revolución cultural comparable en alcance a la desencadenada por Darwin.

El marco vital de Sigmund Freud

Sigmund Freud nació en Freiberg (Moravia) en 1856 y murió en Londres en 1939. Excepto los cuatro primeros años y el último, pasó toda su vida en Viena.

En 1856, el imperio austríaco estaba todavía bajo los efectos de la revolución de 1848, que había sido abortada por el ejército, y el emperador Francisco José I, de veintiséis años, trataba de restringir el poder militar e incrementar el suyo personal [1]. La guerra de Crimea había dejado a Austria el poder de Europa central. En 1857 el joven emperador decidió convertir Viena en la capital moderna de un gran imperio. Fueron

[1] Seguimos aquí la cronología dada por Alfred Kasamas, *Oesterreichische Chronik*, Viena, Hollinak, 1948.

demolidas las antiguas murallas para dejar sitio para el «Ring», gran avenida de circunvalación, a ambos lados de la cual se elevarían en las décadas siguientes espléndidos palacios y edificios. Durante estos años, el imperio gozó de un desarrollo industrial y económico sin precedentes, aunque también sufrió contrariedades políticas. En 1859 Austria fue vencida en Italia por los piamonteses y los franceses, y perdió Lombardía. En 1866 sufrió, en guerra con Prusia, una rápida y aplastante derrota en Sadowa y perdió Venecia. El imperio tuvo que abandonar sus ambiciones relativas a Alemania e Italia y puso sus ojos en la Península Balcánica para su expansión política y económica, pero allí tropezó con la creciente rivalidad de Rusia. En 1867, se convirtió en doble monarquía austro-húngara. En 1875 las provincias vecinas de Bosnia y Herzegovina se rebelaron contra los turcos, desencadenándose la guerra ruso-turca (1877-1878). Este conflicto fue zanjado por el Congreso de Berlín, el cual puso ambas provincias bajo la protección y administración de Austria-Hungría. En 1890 los suburbios de Viena fueron incorporados a la capital, que ahora tenía más de un millón de habitantes y se había convertido en una de las ciudades más bellas del mundo [2].

El asesinato del rey Alejandro de Servia y su esposa en 1903 inauguró un período de abierta hostilidad por parte de Servia contra Austria-Hungría. En 1908 tuvo lugar la revolución de los Jóvenes Turcos, y Bosnia y Herzegovina fueron anexionadas por Austria-Hungría. Los conflictos étnicos y los problemas planteados por las lenguas administrativas oficiales se hicieron cada vez más complejos dentro de la doble monarquía. La opinión pública se mostró preocupada por las guerras balcánicas, que hicieron estragos durante 1912 y 1913.

El asesinato en Sarajevo, en junio de 1914, del archiduque Francisco-Fernando, heredero del trono y su esposa, desencadenó la Primera Guerra Mundial, y posteriormente la derrota y el colapso de Austria-Hungría, en noviembre de 1918. La pequeña República austríaca que surgió de sus ruinas estaba agitada por convulsiones sociales y políticas. En 1926 mejoró temporalmente la situación económica y política, pero después llegarían los tumultos de 1927, la insurrección socialista, el asesinato del canciller Dollfuss y, por último, la ocupación de Viena por los nazis en febrero de 1938. Freud se salvó gracias a la intervención de amigos influyentes. Partió para Inglaterra y murió en Londres el 23 de septiembre de 1939, a los ochenta y tres años de edad, tres semanas después de la terminación de la Segunda Guerra Mundial.

Su vida es un ejemplo de ascenso social gradual desde la clase media baja hasta la alta burguesía. Tras los años difíciles como Privatdozent,

---

2 Gerson Wolf, *Die Juden*, en *Die Völker Oesterreich-Ungarns. Ethnographische und culturhistorische Schilderung*, Viena u. Teschen, Karl Prochaska, 1883, vol. VII.

se convirtió en uno de los médicos más famosos de Viena, poseedor del envidiado título de profesor extraordinario. Los pacientes en los que realizó sus estudios neurológicos pertenecían a los estratos más bajos de la población, pero su práctica privada, en la que basó el psicoanálisis, se desarrolló entre enfermos de los más altos círculos sociales. Cuando apenas tenía cincuenta años se halló convertido en jefe de un movimiento cuya influencia se extendió gradualmente por toda la vida cultural del mundo civilizado, por lo que en la sexta década de su vida había logrado fama mundial. Cuando murió en el exilio en Inglaterra, fue honrado como símbolo de la lucha de la libertad contra la opresión fascista.

Entorno familiar

La mayor parte del entorno familiar de Sigmund Freud es todavía desconocido u oscuro. Lo poco que sabemos debe ser comprendido dentro del más amplio marco de referencia de la situación de los judíos en Austria-Hungría en el siglo XIX. Antes de la emancipación, éstos pertenecían a varios grupos que vivían en condiciones políticas, sociales y económicas muy diversas.

En Viena habitaban las denominadas familias toleradas [3]. Aunque los judíos habían sido desterrados de la ciudad en 1421, y de nuevo en 1670, en la segunda mitad del siglo XVIII se reconstituyó una «tercera comunidad» alrededor de varias familias ricas e influyentes. En el *Vormärz* (período comprendido entre 1790 y 1848) aumentó su número, y a pesar de las disposiciones restrictivas consiguieron desempeñar un gran papel en la vida económica y controlar, sobre todo, los mercados textil y de cereales.

Otro grupo judío de Viena, la denominada comunidad turco-israelita, estaba formado por judíos sefarditas procedentes de Constantinopla y Salónica, y que durante largo tiempo gozaron de la protección del sultán [4]. Hablaban sefardita, y pronunciaban el hebreo de forma diferente que los judíos de habla alemana. Parece ser que eran envidiados por los otros judíos, y corrieron rumores de que algunos de estos últimos trataron de unirse a ellos, pero fueron desdeñosamente rechazados.

Había asimismo ghettos en ciertas ciudades. La forma de vida de los judíos de Pressburg ha sido descrita por Sigmund Mayer, rico mercader que nació y se educó allí [5]. Pressburg, ciudad de 40.000 habitantes en

[3] Hans Tietze, *Die Juden Wiens. Geschichte-Wirtschaft-Kultur*, Leipzig y Viena, E. P. Tal, 1933.

[4] Adolf Zemlinsky, *Geschichte der Türkisch-Israelitischen Gemeinde zu Wien*, Viena, M. Papo, 1888.

[5] Sigmund Mayer, *Ein Jüdischer Kaufmann, 1831 bis 1911. Lebenserinnerungen von Sigmund Mayer*, Leipzig, Duncker und Humblot, 1911.

aquella época, tenía 5.000 judíos, todos los cuales habitaban en una calle larga y estrecha cerrada en cada extremo por una puerta que la policía clausuraba todas las tardes. Un lado de la calle pertenecía a la ciudad; el otro, a la finca del conde Palffy, magnate húngaro, y sus inquilinos sufrían condiciones menos despóticas. Sin embargo, en ningún caso tenían derecho a comprar una casa o propiedad. A ambos lados había tiendas y residencias, donde la gente vivía en condiciones de apiñamiento. Algunos eran artesanos, pero había una gran mayoría de vendedores; otros poseían grandes empresas, sobre todo en los negocios textiles. Como los judíos eran los únicos comerciantes de la ciudad, las calles del ghetto estaban siempre abarrotadas de clientes. Los judíos vivían agobiados, debido a la competencia, y trabajaban febrilmente desde la madrugada hasta la noche durante seis días a la semana. El resto del tiempo lo absorbía la religión. Acudían a la sinagoga a rezar dos veces al día, y celebraban el Sabbath y las festividades judías de forma estrictamente ortodoxa. Los niños iban a la escuela en la sinagoga, donde las enseñanzas se centraban en la lectura de los libros sagrados en hebreo, penosa prueba para la mayoría de ellos por no comprender su significado. La vida familiar era rigurosamente patriarcal, siendo el hombre la autoridad indiscutible en la casa. La disciplina era estricta, aunque los padres hacían los mayores esfuerzos para asegurar a sus hijos un futuro mejor. Bajo tales condiciones de confinamiento, donde todo el mundo sabía lo que hacían los demás, desarrollaron una mentalidad especial de áspera represión instintiva, honradez a toda prueba y presto ingenio, con una acentuada inclinación sarcástica (como se advierte en escritores como Heinrich Heine y Ludwig Börne, que crecieron en un ghetto). La característica principal era el miedo: miedo de los padres, de los profesores, de los esposos, de los rabinos, de Dios y sobre todo de los gentiles. «En Pressburg, ningún judío hubiera osado devolver un golpe recibido de un cristiano; incluso nosotros, los niños, no nos hubiéramos atrevido a luchar contra los niños cristianos que nos atacaban», escribió Sigmund Mayer. Por último, dentro del ghetto existía una cierta estructura social basada en el éxito y el fracaso, el rico y el pobre, con una aristocracia formada por algunas familias ricas, como los Gomperz, los Todeco, los Ullmann o los Pappenheim, que construyeron una gran red de negocios y conexiones sociales.

Otros grupos judíos estaban esparcidos en lugares en los que vivían en condiciones muy diferentes. Existía una activa y próspera comunidad en el pueblo de Kittsee, entre Viena y Pressburg, a los pies del castillo del conde Batthyaniy. Eran comerciantes en cereales que tenían allí sus almacenes y casas, gozaban de relativa libertad y se ocupaban activamente de sus negocios con Viena y Budapest.

La mayor parte de la población judía de Austria vivía en pequeñas ciudades y pueblos de Galitzia, en relación tan íntima con los campesinos polacos que muchas veces se llamaban entre sí por el familiar *Du* (tú). Su mentalidad era distinta de la de los que vivían en ghettos. Entre ellos existían mercaderes ambulantes: los pobres iban a pie y transportaban la mercancía a hombros; otros llevaban carretas tiradas por caballos. Había también numerosos comerciantes detallistas y artesanos, posaderos y pequeños granjeros. La vida de estas comunidades a finales del siglo XVIII ha sido brillantemente descrita en las memorias de Ber de Bolechow (1723-1805), mercader judío que estaba muy interesado en las manifestaciones culturales de su comunidad [6]. Describió su profesión, las reglas de sus negocios, sus relaciones comerciales, el sistema monetario y el dinero en circulación, los créditos y precios, la relación estrecha de algunos de ellos con los centros comerciales extranjeros, sus largas jornadas a caballo, su conocimiento de idiomas y sus amistosas relaciones con los gentiles. Ber describió también la autonomía de estas comunidades judías bajo la administración del *kahal*, cuyas funciones abarcaban las cuestiones legales, las actividades económicas y las instituciones de caridad, y que recaudaba los impuestos, de los que era responsable. El *kahal* tenía su propia administración y mantenía una fuerza de policía. A su lado estaban el rabino, jefe religioso, y el *dayan* (juez). Una característica llamativa de la descripción de Ber es la intensidad de la vida cultural. Aparte el respeto general por el aprendizaje y por los rabinos doctos, se mantenían vivaces controversias entre los judíos ortodoxos y los seguidores del hassidismo y del haskalah. Ber habla con ironía de su educación talmúdica y del *pilpul*, es decir, de la profunda discusión de los hombres cultos acerca de puntos oscuros del Talmud, donde rivalizaban en argumentos sutiles, distinciones demasiado finas y audaces afirmaciones obtenidas de combinaciones ingeniosas del texto. Entre los judíos de Galitzia, el renacimiento del idioma y de la literatura hebreos databa de la primera mitad del siglo XVIII. Por lo tanto, no debe sorprender que Jacob Freud (el padre de Sigmund), procedente de Tysmienica, escribiera hebreo correctamente.

En Moravia no se les permitía establecerse con carácter permanente. Los judíos de esta región eran en su mayor parte inmigrantes de Galitzia con un permiso de residencia limitado a seis meses, que tenían que renovar cuando caducaba. Además, sólo podían vivir en posadas especiales, las denominadas *städtische Bestandhäuser*, pertenecientes a la ciudad y arrendadas a los posaderos. El permiso para habitar en domicilios privados se conseguía mediante el pago de un impuesto especial. Estas rígidas

[6] M. Vishnitzer, trad. y ed., *The Memoirs of Ber of Bolechow (1723-1805)*, Londres, Oxford University Press, 1922.

condiciones no evitaron que numerosos judíos realizaran en Moravia actividades comerciales, que se veían favorecidas por las autoridades locales en la medida en que eran beneficiosas para la comunidad.

Tal era la condición de los judíos antes de la emancipación. Tras la fracasada revolución de 1848 se produjo una corta pero dura reacción, que les afectó también a ellos, pero en 1852 comenzó un período de política liberal. En 1867 se les confirió oficialmente la igualdad de derechos políticos, que en la práctica ostentaban desde hacía una década. Se produjo entonces una gran afluencia de judíos desde todas las regiones de la monarquía hacia Viena, y también desde las zonas vecinas del imperio ruso hacia Austria-Hungría.

La emancipación y la abolición de los ghettos modificó por completo su vida. No sólo emigraron muchos de ellos del campo a las ciudades, y de las provincias a Viena, sino que la mayoría sufrió una modificación radical de su forma de vida. Una gran fracción de judíos, especialmente en las ciudades, tendió a la «asimilación», adoptando las costumbres, modales, vestidos y forma de vida de la población circundante, y los que hablaban yiddish (dialecto alemán del siglo XIV intercalado con palabras hebreas) adoptaron el uso del alemán moderno. Muchos de estos judíos «asimilados» conservaron su religión en la forma denominada judaísmo liberal; otros que tenían poco o ningún sentimiento religioso permanecieron unidos por tradición a sus comunidades. Algunos fueron más lejos y abandonaron la religión de sus mayores, que ya no significaba nada para ellos; como era obligatorio declarar una religión, se registraron como católicos o protestantes. Algunas comunidades de judíos ortodoxos mantuvieron, sin embargo, rigurosamente sus creencias, ritos y costumbres. Leyendo ciertas descripciones de la vida del ghetto, como las de Sigmund Mayer[7] o H. Steinthal[8], se siente una curiosa sensación de nostalgia por aquella época en que la vida religiosa y la disciplina moral eran tan estrictas.

Es natural que una revolución social, política, económica y cultural tan extensa planteara difíciles problemas a las familias de los individuos afectados. La situación semejaba en cierto modo la de los inmigrantes europeos en los Estados Unidos, por significar el cambio de una cultura a la otra. Para muchos jóvenes, la emancipación fue una tremenda experiencia que abrió un mundo de posibilidades insospechadas. Josef Breuer dijo de su padre, Leopold:

> Pertenecía a la primera generación de judíos que pasó del ghetto espiritual al ambiente del mundo occidental... Nunca se valorará suficientemente la energía espi-

[7] Sigmund Mayer, *Ein Jüdischer Kaufmann, 1831 bis 1911. Lebenserinnerungen von Sigmund Mayer*, Leipzig, Duncker und Humblot, 1911.

[8] Heymann Steinthal, *Ueber Juden und Judentum. Vorträge und Aufsätze*, G. Karpeles, ed., Berlín, M. Poppelauer, 1906.

ritual desplegada por esa generación. Cambiar la jerga por el alemán correcto, la estrechez del ghetto por los modales educados del mundo occidental, conseguir el acceso a la literatura, poesía y filosofía de la nación alemana... [9].

Por otra parte, surgieron numerosos conflictos entre los padres ortodoxos y los hijos separados, que no podían comprender las duras condiciones bajo las que habían vivido aquéllos. Freud relata que, cuando tenía diez o doce años, su padre le contó cómo una vez en su juventud, mientras deambulaba por la calle, un gentil pasó a su lado y le tiró la gorra al barro diciendo: «¡Judío, cede la acera!». Sigmund preguntó a su padre qué había hecho entonces, y Jacob replicó: «Salí a la calzada y la recogí» [10]. El joven se mostró indignado por lo que consideraba una cobardía de su padre. Semejante anécdota ilustra el abismo existente entre la joven generación y sus mayores, y puede ayudar a explicar la génesis del concepto del complejo de Edipo.

Como una consecuencia más de la emancipación, los judíos tuvieron que someterse al mismo registro civil que los demás ciudadanos. Muchos adoptaron nombres y apellidos nuevos, así como fechas ficticias de nacimiento; estaban registrados en la comunidad judía con un nombre hebreo, y en el municipio con otro, de modo que tenían una especie de identidad doble. En Austria, el registro civil se llevaba muchas veces de forma descuidada. Para los certificados de matrimonio o de defunción, el encargado del registro anotaba las fechas de nacimiento guiándose por la información dada oralmente por la gente, y así también era corriente que en un documento oficial se hubiera confundido el lugar de nacimiento con el de uno antiguo de residencia. Por tales razones los historiadores deben tener cuidado al utilizar los documentos oficiales austríacos de aquella época, especialmente, los relativos a la población judía.

La tendencia a la asimilación se vio facilitada por la ausencia, durante dos o tres décadas, de todo sentimiento antisemítico. En Viena, la población judía aumentaba constantemente, y de ser unos cuantos centenares a principios del siglo XIX, sus miembros pasaron a ser 72.000 en 1880, 118.000 en 1890 y 147.000 en 1900 [11]. Había numerosos abogados, médicos y científicos. Entre los profesores judíos de la Facultad de Medicina vienesa, Max Grünwald menciona al oculista Mauthner, el fisiólogo Fleischl von Marxow, el anatómico Zuckerkandl, los dermatólogos Kaposi y Zeissl, los laringólogos Stoerk y Johann Schnitzler, el hidrólogo Winternitz, el pediatra Kassowitz, el otólogo Politzer, el patólogo experimental Stricker

---

[9] Josef Breuer, *Curriculum Vitae* en Hans Meyer, *Dr. Joseph Breuer, 1842-1955, Nachruf, 23. Juni 1925*, s. f.. págs. 9-24.

[10] Sigmund Freud, *Traumdeutung*, Leipzig y Viena, Deuticke, 1900, pág. 135.

[11] Hans Tietze, *Die Juden Wiens. Geschichte-Wirtschaft-Kultur*, Leipzig y Viena, E. P. Tal, 1933, pág. 231.

y el neurólogo Moritz Benedikt [12]. También estaban Josef Breuer, los dos premios Nobel Fried y Barany, y muchos otros. Parece ser que los primeros brotes de antisemitismo aparecieron después del pánico en la Bolsa de valores en 1873, y se generalizaron lentamente en las décadas de 1880 y 1890, aunque ciertos eminentes judíos que vivían en Viena en aquella época aseguran que no advirtieron nada, o muy poco [13]. Sin embargo, incluso durante estas dos o tres décadas numerosos judíos se mostraban hipersensibles frente a cualquier cosa que pareciera implicar el más ligero antagonismo. Josef Breuer criticó esa actitud en un trabajo que escribió en 1894 en respuesta a una encuesta hecha por la *Kadimah*, asociación judía de estudiantes:

> Nuestra epidermis se ha hecho demasiado sensible, y desearía que nosotros, los judíos, tuviéramos una firme conciencia de nuestro propio valor, tranquilidad y casi indiferencia por el juicio de los otros, en lugar de este *point d'honneur* oscilante, hipersensible y fácilmente insultado. Sea lo que quiera, ese *point d'honneur* es ciertamente un producto de la «asimilación» [14].

Entre los judíos que vivían en Viena en la segunda mitad del siglo, un ojo escrutador podría reconocer varias características relativas al ambiente familiar. Según que provinieran de las familias «toleradas» vienesas, de la comunidad «hispano-turca», de otras comunidades privilegiadas, del ghetto, o de algunas ciudades de Galitzia, su forma general de vida podía ser muy distinta. No es secundario que el padre de Josef Breuer se hubiera emancipado en su juventud de una comunidad rígida, fuertemente unida, que el abuelo de Bertha Pappenheim fuera un hombre destacado en el ghetto de Pressburg, que el padre de Adler procediera de una próspera comunidad judía de Kittsee, que Moreno fuera originario de una familia hispano-judía, y que los antepasados de Freud hubieran vivido en Galitzia y Rusia.

El cuadro bosquejado nos ayudará a comprender el problema del ambiente familiar de Freud en toda su complejidad. Son escasos los datos objetivos y dignos de confianza acerca de sus antepasados, incluso acerca de sus padres. Al igual que muchos otros de sus contemporáneos, se mostró muy discreto en lo referente a su pasado. Casi todo lo concerniente a la vida y personalidad de Jacob Freud es oscuro. Sólo en fecha

---

12 Max Gruenwald, *Vienna*, Filadelfia, Jewish Publication Society of America, 1936, págs. 518-523.

13 Tales fueron, por ejemplo, Stefan Zweig, *Die Welt von Gestern* (1944), Estocolmo, Fischer, 1958, y Otto Lubarsch, *Ein bewegtes Gelehrtenleben*, Berlín, J. Springer, 1931.

14 Carta al presidente del *Kadimah*, firmada por *Joseph Breuer, stirpe Judaeus natione Germanus*. (Josef Breuer, judío de origen, alemán de nacionalidad). El autor se siente muy obligado con la señora Käthe Breuer, quien le mostró esta carta y le dio su autorización para citarla.



AMBROISE LIÉBEAULT (1823-1904)



HIPPOLYTE BERNHEIM (1840-1919)

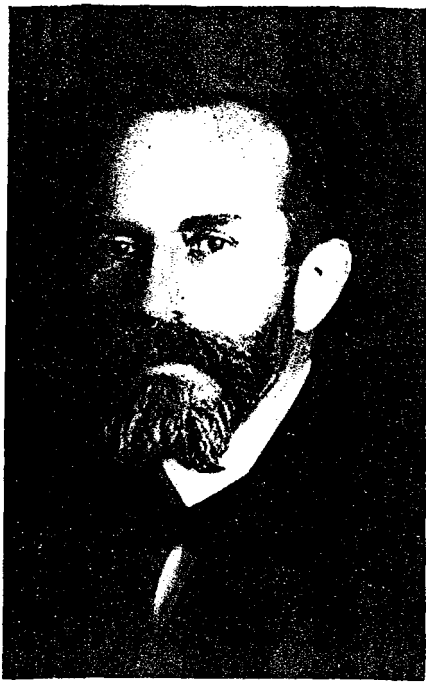


AUGUSTE FOREL (1848-1931)



PAUL DUBOIS (1848-1918)

Cuatro psicoterapeutas famosos del período comprendido entre 1880 y 1910. *(Los retratos de Liébeault, Bernheim y Forel provienen de la colección del Instituto de Historia de la Medicina de Zurich. El retrato de Dubois proviene de la colección del Instituto de Historia de la Medicina de Berna.)*



EUGEN BLEULER (1857-1939), uno de los pioneros del enfoque psicológico de la psicosis en los primeros años de la década de 1890. Destacó tanto por su gran devoción hacia sus enfermos como por sus descubrimientos científicos. *(Por cortesía del profesor Manfred Bleuler.)*



Al igual que Bleuler, ADOLF MEYER (1866-1950) fue discípulo de Forel en el Burghölzli y, al igual que aquél, promovió un nuevo enfoque psicológico al estudio y tratamiento de las psicosis. *(De la colección de pinturas del Instituto de Historia de la Medicina de Zurich.)*

reciente, las concienzudas investigaciones realizadas por el Dr. Renée Gicklhorn y el Dr. J. Sajner han arrojado alguna luz [15].

El documento más antiguo que poseemos acerca de la historia de la familia de Freud es una carta fechada el 24 de julio de 1844, escrita por un mercader judío, Abraham Siskind Hoffman, que vivió en la pequeña ciudad de Klogsdorf, cerca de Freiberg, en Moravia. En ella informaba a las autoridades de que, «como era un anciano de sesenta y nueve años», había tomado como socio en los negocios a su nieto Jacob Kelemen (Kallamon) Freud, de Tysmienica, Galitzia. Abraham Hoffman recordaba a las autoridades que compraba géneros de lana en Freiberg y sus alrededores, los tenía y elaboraba, los enviaba a Galitzia y traía productos regionales de esta zona a Freiberg. Añadía que se había procurado para sí y para su nieto un pasaporte de viaje del gobierno de Lemberg, válido hasta mayo de 1848. Solicitaba de las autoridades el permiso para residir ambos en Freiberg durante el mismo período.

Tras la aprobación del Gremio de Pañeros, la solicitud de Abraham Hoffman fue concedida. Jacob Freud tenía unos veintinueve años en aquel momento. Sabemos por otras fuentes que era hijo de Salomon Freud, mercader, y de Pepi Hoffman, de Tysmienica. Su esposa, Saly Kanner, permaneció en Tysmienica con sus dos hijos. Tanto Abraham Hoffman como Jacob Freud pertenecían al grupo de *Wanderjuden* (judíos viajeros) que estaban constantemente entre Galitzia y Freiberg. Todos ellos eran oriundos de Tysmienica, Stanislau y Lemberg. Sabemos, por el registro de la ciudad de Freiberg, y por el pasaporte de Jacob, que durante los años siguientes pasaba seis meses en Klogsdorf o Freiberg y viajaba el resto del año a Galitzia, Budapest, Dresde y Viena.

En febrero de 1848 la ciudad de Freiberg decidió gravar con un impuesto al grupo de ocho mercaderes judíos de Galitzia. Para ello se tuvo que realizar una encuesta de los negocios de cada uno. El Gremio de Pañeros declaró que Abraham Hoffman y Jacob Freud eran conocidos como honrados hombres de negocios, y que su presencia suponía una gran ventaja para la población. Ocurría esto poco antes de la revolución de 1848, que dio a los judíos libertad de residencia. Hay pruebas documentales de que los negocios de Jacob Freud alcanzaron su máximo en 1852. En este mismo año, su segunda esposa Rebecca, fue a residir en Freiberg con los hijos de la primera, Emanuel, de veintiún años de edad y Filip, de dieciséis. El primero estaba casado y tenía un hijo. Rebecca

[15] Renée Gicklhorn, F. Kalivoda, J. Sajner, «Nové archíví nálezy o dêtství Sigmunda Freuda y Príbore», *Ceskoslovenská Psychiatria*, LXIIII (1967), 131-136; R. Gicklhorn y J. Sajner, «The Freiberg Period of the Freud Family», *Journal of the History of Medicine*, XXIV (1969), 37-43.

Freud falleció entre 1852 y 1855. Jacob Freud se casó por tercera vez el 29 de julio de 1855, en Viena, con Amalia Nathanson [16].

No se sabe cuándo tomó Jacob la dirección de los negocios de su abuelo. Tampoco sabemos la razón por la que se los cedió a su hijo Emanuel en 1858. En 1859 solicitó un certificado de buena conducta a las autoridades y poco después abandonó Freiberg. Aquel año, todas las restricciones legales para los judíos fueron abolidas oficialmente en Austria.

Aparte estos escasos datos documentales, conocemos muy poco sobre Jacob Freud, e incluso es incierta su fecha de nacimiento [17]. No sabemos nada de su infancia, su juventud, su primera esposa y su primer matrimonio, ni dónde vivió hasta 1844, como tampoco acerca de su segunda esposa, ni cuándo ni cómo encontró a la tercera, qué hizo en Leipzig en 1859 y, finalmente, cómo se ganó la vida en Viena y cuál era su situación financiera.

Como ocupación suya en Viena se cita generalmente la de «mercader en lanas», pero incluso este punto es incierto. Renée Gicklhorn afirma que no logró encontrar ninguna mención de él en el Registro de Comerciantes (*Gewerberegister*), ni en el de Impuestos sobre el Comercio (*Gewerbesteuerkataster*), lo que excluiría la posibilidad de que hubiera practicado cualquier tipo de comercio en Viena [18]. Según Jones, estaba siempre en una situación financiera precaria y recibía dinero de la familia de su esposa [19]. Sin embargo, como comenta Siegfried Bernfeld:

> ... Jacob Freud tenía, de hecho, un medio para mantener a la familia razonablemente bien alimentada y vestida, y para vivir en un apartamento espacioso. Ninguno de los niños tuvo que interrumpir su educación, e incluso había para algunos lujos. Había dinero para libros, para entradas de teatro, para un piano, para lecciones de música, para una pintura al óleo de Sigmund a los nueve años, y todos los niños varios años más tarde, para la moderna lámpara de petróleo —la primera de este tipo en Viena— e incluso para pasar las vacaciones de verano en un refugio de Moravia [20].

Renée Gicklhorn añade que, según los datos de archivo, Jacob Freud pagó siempre la educación completa de su hijo en el gimnasio, aunque

---

16 Una fotocopia del certificado de matrimonio de los padres de Freud puede verse reproducida en el artículo de Willy Aron «Notes on Sigmund Freud's Ancestry and Jewish Contacts», *Yivo Annual of Jewish Social Sciences*, XI (1956-1957), 286-295.

17 La cronología de la vida de Jacob Freud es oscura. Se dice que en 1844 tenía veintinueve años y que se casó a los diecisiete. Esto sitúa su fecha de nacimiento en 1815 y su primer matrimonio en 1832. Pero se dice que Emanuel tenía veintiún años en 1852, lo que sitúa su fecha de nacimiento en 1831: su padre tendría entonces dieciséis años.

18 Renée Gicklhorn, «Eine Episode aus Freuds Mittelschulzeit», *Unsere Heimat*, XXXVI (1965), 18-24 (ver nota al pie de la pág. 23).

19 Ernest Jones, *The Life and Work of Sigmund Freud*, I, Nueva York, Basic Books, 1953, págs. 2, 17, 60.

20 Siegfried Bernfeld, «Sigmund Freud, M. D., 1882-1885», *International Journal of Psychoanalysis*, XXXII (1951), 204-217 (resumen de la pág. 207).

el muchacho podría haber obtenido fácilmente una beca, ya que siempre era el primero de su clase. (Sin embargo, esto hubiera supuesto una investigación acerca del estado financiero de la familia).

Aún más oscuras son las personalidades de los hermanos de Jacob, en especial la del tío de Sigmund, Josef, y sus conflictos con la ley.

La tercera esposa de Jacob, Amalia Nathanson, según el certificado de matrimonio, procedía «de Brody» (lo que no significa necesariamente que hubiera nacido allí), tenía diecinueve años (por lo tanto, la fecha de su nacimiento sería 1836) y su padre, Jacob Nathanson, era «agente comercial» (*Handelsagent*) en Viena. Pasó parte de su infancia en Odessa, al sur de Rusia, de donde sus padres se trasladaron a Viena en fecha desconocida. Los testimonios acerca de ella concuerdan en tres puntos: su belleza, su personalidad autoritaria y su admiración ilimitada por su primogénito Sigmund. Murió en 1931, a los noventa y cinco años de edad.

Jones destaca de la familia de Freud, en la que los dos hermanastros, Emanuel y Filip, tenían aproximadamente la misma edad que la madre de Sigmund, que era sólo algo mayor que su sobrino John[21]. De sus hermanos más jóvenes, sólo Anna nació en Freiberg; los otros cinco, Rosa, Marie, Adolfine, Paula y Alexander, nacieron en Viena. Los siete hijos de Jacob y Amalia nacieron en el espacio de diez años.

Es obvio que la familia Freud siguió la tendencia de muchos judíos de Viena hacia la asimilación. Cualquiera que hubiera sido la lengua materna de Jacob y Amalia, parece que en su hogar hablaban únicamente alemán y que pronto adoptaron la forma de vida de la clase media vienesa. En cuanto a la religión, no pertenecían al grupo ortodoxo, pero como la instrucción religiosa era obligatoria, Sigmund la recibió de profesores judíos.

Aunque no estaba educado en el judaísmo ortodoxo y era incapaz de leer hebreo, Freud conservó una unión con el judaísmo que pareció desarrollarse bajo el impacto del creciente antisemitismo, y que se reflejó posteriormente en su fascinación por la figura de Moisés. Su personalidad, en todo caso, fue fuertemente modelada por las tradiciones de su comunidad judía[22]. Mantuvo la ideología patriarcal, con su creencia en la dominación del hombre y la subordinación de la mujer, su devoción por la familia y sus severas costumbres puritanas. Conservó siempre un profundo respeto por sus maestros, como se demuestra por los nombres que puso a alguno de sus hijos. Otros rasgos suyos eran su ingenio pronto y sarcástico, y su predilección por las anécdotas judías.

---

21 Ernest Jones, *The Life and Work of Sigmund Freud, I*, Nueva York, Basic Books, 1953, págs. 9-11.

22 Ernest Simon, *Sigmund Freud, the Jew*, II, Leo Baeck Institute Year Book, 1957, págs. 270-305.

Tenía en común con algunos judíos austriacos su extrema sensibilidad a cualquier forma (verdadera o supuesta) de antisemitismo, así como su discreción al hablar de su familia y de sí mismo, sin revelar nada aunque pareciendo decir mucho. Atribuía a su origen judío su capacidad para no dejarse influenciar por las opiniones de la mayoría; a todo ello podría haber añadido su presteza en creer que era rechazado.

Acontecimientos en la vida de Sigmund Freud

Si es difícil escribir acerca de Freud es por la profusión de obras a él dedicadas y por la leyenda surgida a su alrededor, que hace excesivamente laboriosa y decepcionante la labor de un biógrafo objetivo. Tras la montaña de material objetivo y legendario existen amplias lagunas en nuestro conocimiento de su vida y personalidad. Más aún, muchas de las fuentes no están a nuestra disposición, en particular las contenidas en los archivos de Freud depositadas en la Biblioteca del Congreso de Washington. Las fuentes disponibles se pueden dividir en cuatro grupos:

1) Además de un esbozo autobiográfico, Freud menciona en su obra numerosos detalles de su vida, sobre todo en *La interpretación de los sueños* [23]. De su amplia correspondencia se ha publicado una porción comparativamente pequeña: parte de sus cartas a Fliess [24], Pfister [25], Abraham [26], Lou Andreas-Salomé [27], y una selección de otras cartas [28]. De las novecientas cartas a su novia, solamente se han divulgado algunas, pero Jones ha utilizado otras muchas.

2) Recuerdos de Freud han sido publicados por su hijo Jean Martin, y por numerosos discípulos, colegas, visitantes y entrevistadores [29]. La mayoría de estas publicaciones se refieren a los últimos años de su vida.

3) Siegfried Bernfeld ha iniciado una investigación exacta de la vida de Freud, basada en material de archivo, comenzando por la infancia

---

[23] Sigmund Freud, «Selbstdarstellung». En la obra de L. R. Grote, *Die Medizin der Gegenwart in Selbstdarstellung*, IV, Leipzig, Meiner, 1925, págs. 1-52. Con una posdata en la 2.ª edición, 1935). Traducción inglesa, edición corriente, XX, 7-74. Todas las referencias a esta edición de las obras de Freud se dan según la traducción de James Strachey, *The Standard Edition of the Complete Psychological Works of Sigmund Freud*, Londres, Hogarth Press, 1953.

[24] Sigmund Freud-Wilhelm Fliess, *Aus den Anfängen der Psychoanalyse; Briefe an Wilhelm Fliess, Abhandlungen und Notizen aus den Jahren 1887-1902*, Londres, Imago, 1954. Traducción inglesa, Sigmund Freud, *The Origins of Psychoanalysis*, Nueva York, Basic Books, 1954.

[25] Sigmund Freud-Ernst Pfister, *Briefe (1909-1937)*, Frankfurt a. M., S. Fischer, 1963.

[26] Sigmund Freud-Karl Abraham, *Briefe (1907-1926)*, Frankfurt a. M., S. Fischer, 1965.

[27] Sigmund Freud-Lou Andreas-Salomé, *Briefwechsel*, Frankfurt a. M., S. Fischer, 1966.

[28] Sigmund Freud, *Briefe (1873-1939)*, Frankfurt a. M., S. Fischer, 1960.

[29] Martin Freud, *Glory Reflected*, Londres, Angus L. Robertson, 1957.

del biografiado [30], sus estudios médicos [31], su primera investigación [32], sus estudios sobre la cocaína [33] y su primer año de práctica médica [34]. De valor fundamental son las investigaciones documentales de Josef y Renée Gicklhorn sobre la carrera académica de Freud [35], completadas con la aclaración hecha por esta última sobre ciertos episodios de la vida de Freud y con su libro sobre el denominado «Proceso Wagner-Jauregg» [36]. Otros documentos han sido aportados por K. R. Eissler [37]. El estudio objetivo de las fuentes de Freud ha sido comenzado por Maria Dorer [38], y Ola Andersson ha llevado a cabo una investigación sobre el desarrollo de los conceptos freudianos basándose en materiales de origen [39].

4) Wittels [40], Puner [41] y Sachs [42] publicaron esbozos biográficos de Freud. La biografía principal, realizada por Ernest Jones [43], tiene un valor incalculable, porque su autor tuvo acceso a una gran cantidad de material que era, y probablemente seguirá siendo durante largo tiempo, inalcanzable para otros investigadores. Sin embargo, no está libre de inexactitudes. En resumen, estamos lejos de tener el conocimiento exacto y completo de la vida de Freud que se supone generalmente. Pero ni aun la reconstrucción completa de su vida y del desarrollo de su obra sería suficiente para darnos un retrato exacto de él: hay que atender además a los acontecimientos contemporáneos, y la originalidad de su obra no podrá medirse nunca sin conocer las ideas preexistentes y contemporáneas.

---

30 Siegfried y Suzanne Bernfeld, «Freud's Early Childhood», *Bulletin of the Menninger Clinic*, VIII (1944), 107-114.

31 Siegfried Bernfeld, «Sigmund Freud, M. D.», *International Journal of Psychoanalysis*, XXXII (1951), 204-217.

32 Siegfried Bernfeld, «Freud's Scientific Beginnings», *American Imago*, VI (1949), 165-196.

33 Siegfried Bernfeld, «Freud's Studies on Cocaine, 1884-1887», *Journal of the American Psychoanalytic Association*, I (1953), 581-613.

34 Siegfried y Suzanne Bernfeld, «Freud's First Year in Practice, 1886-1887», *Bulletin of the Menninger Clinic*, XVI (1952), 37-49.

35 Josef y Renée Gicklhorn, *Sigmund Freud's akademische Laufbahn im Lichte der Dokumente*, Viena, Urban und Schwarzenberg, 1960.

36 Renée Gicklhorn, *Der Wagner-Jauregg «Prozess»*, no publicado.

37 K. R. Eissler, *Sigmund Freud und die Wiener Universität*, Berna y Stuttgart, Hans Huber, 1966.

38 Maria Dorer, *Historische Grundlagen der Psychoanalyse*, Leipzig, F. Meiner, 1932.

39 Ola Andersson, *Studies in the Prehistory of Psychoanalysis*, Estocolmo, Svenska Bokförlaget, 1962.

40 Fritz Wittels, *Sigmund Freud. Der Mann, die Lehre, die Schule*, Leipzig, E. P. Tal, 1924.

41 Helen Walker Puner, *Freud: His Life and His Mind*, Nueva York, Howell y Soskin, 1947.

42 Hanns Sachs, *Freud, Master and Friend*, Cambridge, Harvard University Press, 1945.

43 Ernest Jones, *The Life and Work of Sigmund Freud*, 3 vols., Nueva York, Basic Books, 1953, 1955, 1957.

Escribir una nueva biografía de Freud sería una redundancia. Nuestro propósito es, más bien, el de dar una visión cronológica, tratando de separar lo cierto de lo inexacto, los datos históricos de la leyenda, y colocar las realizaciones personales de Freud en su contexto histórico.

Sigmund Freud nació en Freiberg (en checo, Přibor), Moravia[44]. Su nacimiento fue registrado en la Biblia familiar de Jacob Freud bajo el nombre judío de Schlomo, y se indica que ocurrió el martes, año Rosch Hodesch 5616 del calendario judío, es decir, el 6 de mayo de 1856[45]. En 1931, cuando el ayuntamiento de la ciudad decidió colocar una placa conmemorativa en la casa natal, parece ser que se encontró en el registro civil que la fecha de nacimiento era el 6 de marzo de 1856. Jones supuso que fue un desliz de la pluma del encargado. De hecho, Renée Gicklhorn y el doctor Sajner han demostrado que la fecha de nacimiento fue sin duda el 6 de mayo de 1856[46].

Los tres primeros años de la vida de Freud transcurrieron en Freiberg. Era, en aquella época, una pequeña ciudad de unos 5.000 habitantes, en un paisaje pintoresco de arroyos y bosques, alejada de la vía del ferrocarril. Los judíos de habla alemana eran una minoría entre los checos. La casa natal de Freud pertenecía a la familia del cerrajero Zajić y tenía el número 117 de Freiberg. Había dos cuartos en el piso bajo, para la tienda, y dos en el piso alto, uno para la familia del propietario y otro para la de Jacob y Amalia. Emanuel Freud y su familia vivían en otra casa y tenían como doncella a su servicio a Monica Zajić, la cual tuvo que cuidar a los niños de las dos familias, y probablemente fuera la «niñera» de los primeros recuerdos de Freud.

La afirmación de que Jacob Freud poseía una fábrica de tejidos pertenece a la leyenda, así como la historia de que abandonó Freiberg debido al furioso antisemitismo.

No menos fragmentario es nuestro conocimiento acerca del año transcurrido en Leipzig, y del viaje desde allí hasta Viena, donde se estableció aproximadamente en febrero de 1860.

Tampoco se conoce casi nada acerca de la primera infancia de Freud en Viena. El único punto cierto es que su padre cambió de residencia varias veces entre 1860 y 1865, y después vivió en la Pfeffergasse, en el barrio predominantemente judío de Leopoldstadt[47]. Tampoco se sabe si

[44] No se sabe la razón por la que este primer nombre fue cambiado posteriormente por el de Sigmund.

[45] Willy Aron, «Notes on Sigmund Freud's Ancestry and Jewish Contacts», *Yivo Annual of Jewish Social Sciences*, II (1956-1957), 286-295.

[46] La palabra *mayo* fue escrita con la antigua forma *May* en lugar de *Mai*, de modo que era fácil de confundir con *März* (marzo).

[74] Renée Gicklhorn informó al autor de que, según las listas de habitantes de la ciudad, Jacob Freud vivía en 1860 en Weissgärberstrasse 114, en 1864 en Pillersdorfgasse 5, en 1965 en Pfeffergasse 1, y en 1872 en Pfeffergasse 5. No se sabe en qué época se trasladó posteriormente a la Kaiser Josefstrasse.

Sigmund recibió sus primeras enseñanzas en la casa de su padre, o si fue a una de las escuelas judías elementales de la vecindad.

Lo que sí es cierto es que cursó en la escuela secundaria desde 1866 hasta 1873. Lo hizo en el primer gimnasio de Leopoldstadt, denominado comúnmente *Sperlgymnasium* o *Sperlaeum*, que impartía una excelente educación. Entre los profesores estaban el naturalista Alois Pokorny, el historiador Annaka, y el futuro político Victor von Kraus. La investigación de los Bernfelds y de Renée Gicklhorn ha conseguido información precisa acerca del programa de estudios y el aprovechamiento de Freud. La afirmación de éste de que siempre había sido el primero de su clase ha sido confirmada por los archivos. Freud relata asimismo que, cuando tenía quince años, su clase decidió sublevarse en bloque contra un profesor ignorante e impopular, y que fue elegido por aclamación común para actuar como portavoz del grupo [48]. No se ha encontrado ninguna mención de ese incidente en los archivos de la escuela, pero de la investigación de R. Gicklhorn [49] ha surgido otro episodio. En julio de 1869 (Freud tenía trece años) el claustro docente quedó sorprendido al saber que varios alumnos habían visitado lugares de dudosa reputación. Se hizo una investigación y hubo una reunión del director y los profesores para imponer acciones disciplinarias a los culpables. Sigmund Freud no se encontraba entre ellos, y su nombre se menciona simplemente como uno de los que contaron lo que habían oído sobre el tema.

No se sabe mucho acerca de la vida hogareña de Sigmund durante estos años. Podemos visualizarla en parte a través de una descripción del hogar de Jacob Freud hecha por Judith Bernays-Heller, que vivió durante un año con sus abuelos entre 1892 y 1893 [50]. En aquella época Jacob Freud ya no trabajaba, y Judith se preguntaba «quién mantenía realmente la casa». Dividía su tiempo entre la lectura del Talmud y muchos otros libros hebreos y alemanes, sentado en un café y en los paseos por los parques. Vivía algo aislado de los restantes miembros de la familia y no tomaba parte real en la charla durante las comidas. La abuela Amalia, por el contrario, es descrita como una persona tiránica, egoísta y sujeta a estallidos emocionales. En esta época Sigmund había dejado la casa durante algún tiempo, pero todos los detalles que nos han llegado apuntan al hecho de que, en cuanto llegaba, gozaba de una posición privilegiada.

Sus biógrafos se han visto confundidos por el conocimiento que tenía del español, idioma que no se solía aprender en Austria en aquella época.

---

[48] Sigmund Freud, *Die Traumdeutung*, 1900, pág. 146; edición corriente, IV, páginas 211-212.

[49] Renée Gicklhorn, «Eine Episode aus S. Freuds Mittelschulzeit». *Unsere Heimat*, XXXVI (1965), 18-24.

[50] Judith Bernays-Heller, «Freud's Mother and Father», *Commentary*, XXI (1956), 418-421.

La lengua de la comunidad sefardita, no muy numerosa, era un dialecto hispano-judío. ¿Pudo el prestigio de esa comunidad haber incitado al joven Sigmund a aprender su idioma? Se sabe, por lo demás, que Freud aprendió español con un condiscípulo llamado Eduard Silberstein. Los dos adolescentes habían fundado una especie de «Academia Española» de dos miembros, con una «mitología» de su propiedad. Posteriormente, Silberstein estudió derecho y se estableció en Romania. Mantuvieron correspondencia durante un período de diez años, y recientemente se han descubierto las cartas que Freud le dirigió. Cuando se publiquen proporcionarán sin duda valiosa información acerca de la vida de Freud entre los dieciséis y los veintiséis años[51].

Sigmund abandonó el gimnasio a mediados de 1873. Fue éste un año de acontecimientos dramáticos en Viena. Apenas se había inaugurado una Exposición Internacional cuando estalló un brote epidémico de cólera, por lo que los visitantes huyeron de Viena empobrecidos; inmediatamente cayó la Bolsa de valores, con la consiguiente serie de bancarrotas, suicidios y una fuerte depresión económica. No se sabe si ello afectó, y en qué grado, a los negocios de Jacob Freud. En cualquier caso, no pareció disuadir a Sigmund de sus estudios. Según su propio relato, en la elección de su vocación influyó su asistencia a una clase dada por el zoólogo Carl Brühl, el cual leyó un poema, *Naturaleza*, atribuido a Goethe[52]. Para muchos jóvenes de aquella época, el estudio de la medicina era una forma de satisfacer su interés por las ciencias naturales. Tal fue el caso de August Forel y Adolf Meyer.

Por entonces, los estudios médicos en Austria tenían una duración mínima de diez semestres (cinco años). El año académico estaba dividido en un semestre de invierno, que duraba desde octubre hasta marzo, y otro de verano que comprendía desde abril a julio. El estudiante podía comenzar en cualquier semestre. En la Facultad de Medicina, así como en la universidad en general, reinaba la libertad académica. Este término significaba que un estudiante era completamente libre de trabajar o no hacerlo; que no había control de asistencia, ni pruebas o tareas señaladas, ni exámenes excepto los finales. El estudiante podía elegir las asignaturas que deseara con tal de que se matriculara y pagara las tasas. Había, sin embargo, algunas obligatorias. Pocos estudiantes se limitaban

---

51 Heinz Stanescu, «Unbekannte Briefe des jungen Sigmund Freud an einen Rumänischen Freund», *Neue Literatur. Zeitschrift des Schriftstellerverbandes der RVD*, XVI, núm. 3 (junio 1965), 123-129.

52 Este famoso poema, imitación de un himno órfico, fue incluido en las obras completas de Goethe y considerado como un trabajo no publicado de su juventud. La investigación posterior, sin embargo, ha demostrado que su verdadero autor fue Georg Christoph Tobler (1757-1812), joven poeta suizo, que se lo envió a Goethe. Ver la obra de Rudolph Pestalozzi «Sigmund Freuds Berufswahl», *Neue Zürcher Zeitung*, Fernausgabe 179 (1 julio 1956).

a ellas y la mayoría se matriculaba también en otras relacionadas con sus intereses personales o su especialización futura. Con frecuencia asistían a las clases de una o dos asignaturas de otra facultad, especialmente si corrían a cargo de un profesor de prestigio. La mayoría no abusaban de la «libertad académica»; sabían que tendrían que pasar igualmente los exámenes finales. Los alumnos de medicina tenían que pasar las tres *rigorosa*: las dos primeras en momentos determinados del quinquenio, y la tercera al final; podían, sin embargo, posponer las dos primeras hasta el final. Muchos trabajaban además de estudiar, en particular durante las vacaciones, ocupándose como *famuli* en hospitales o laboratorios, es decir, haciendo trabajos domésticos, para que se les permitiera gradualmente realizar misiones más importantes, incluso pagadas, si mostraban celo y capacidad. Dedicaban también parte de su tiempo libre a las «Corporaciones de Estudiantes» (fraternidades).

Freud comenzó sus estudios de medicina en el invierno de 1873, y recibió su título el 31 de marzo de 1881. El hecho de que sus estudios médicos duraran ocho años ha confundido a sus biógrafos, sobre todo por creerse que su familia era pobre. Siegfried Bernfeld ha publicado una lista de las asignaturas que cursó, basada en una investigación realizada en los archivos de la Universidad de Viena [53]. Durante los tres primeros semestres, Freud siguió las mismas asignaturas que los demás estudiantes, con algunas otras adicionales. Al comenzar el cuarto semestre, se dedicó a un estudio intensivo de las ciencias naturales, en particular de la zoología. Al terminar el quinto semestre, comenzó a trabajar regularmente en el laboratorio del profesor de anatomía comparada, Carl Claus. Ese trabajo le ocupó dos semestres, con dos estancias en la Estación Zoológica Marina de Trieste, y fue coronado con la publicación de su primera obra científica. Parece que quedó decepcionado con Claus, por lo que pasó al laboratorio de Brücke, que enseñaba fisiología y «anatomía superior» (como denominaba a la histología). Freud adoptó a Ernst Brücke (1819-1892) como su maestro venerado, y encontró en su laboratorio un lugar a su medida donde trabajaría los seis años siguientes. Benedikt ha dado, en sus memorias, una imagen curiosa de ese prusiano rígido, autoritario, que nunca se sintió cómodo en Viena, y que impresionaba a los vieneses como extranjero, con su cabello rojo, faz rígida y sonrisa mefistofélica [54]. El nivel científico de su enseñanza era demasiado elevado para sus estudiantes, y nunca se dignó descender al de éstos. El más temido de todos los examinadores, hacía una sola pregunta; si el candidato

[53] Siegfried Bernfeld, «Sigmund Freud, M. D.», *International Journal of Psychoanalysis*, XXXII (1951), 204-217 (la lista completa de cursos en los que se matriculó Freud está en las págs. 216-217).

[54] Moritz Benedikt, *Aus meinem Leben. Erinnerungen und Erörterungen*, Viena, Carl Konegen, 1906, págs. 60-62.

no sabía la respuesta, nunca le formulaba una segunda. Brücke esperaba en silencio impasible hasta que habían transcurrido los quince minutos asignados. «Prueba del enorme respeto que infundía a los estudiantes es que nunca se amotinaron contra él», añade Benedikt. La historia de su larga y fiera enemistad con el anatómico Hyrtl se hizo legendaria en el mundo científico de Viena [55]. Brücke había sido alumno de Johannes von Müller, el gran fisiólogo y zoólogo alemán que marcó el cambio de la filosofía de la naturaleza a la nueva tendencia mecanicista-organicista inspirada por el positivismo [56]. Esto significa que, con Helmholtz, Dubois-Reymond, Carl Ludwig y algunos otros, rechazaba cualquier tipo de vitalismo o finalismo en la ciencia, y que trataba de reducir los procesos psicológicos a leyes fisiológicas, y los procesos fisiológicos a leyes físicas y químicas [57]. Dedicó su atención a numerosos campos; escribió acerca de los principios científicos de las bellas artes, de las bases fisiológicas de la poesía alemana, e inventó la *Pasigraphia*, escritura universal aplicable a todos los idiomas del mundo.

En el Instituto de Brücke, Freud se familiarizó con sus dos ayudantes superiores, el fisiólogo Sigmund Exner y el muy dotado Fleischl von Marxow, así como con el Dr. Josef Breuer, que realizaba allí cierta investigación. Freud halló en Breuer un colega que le estimulaba y un amigo paternal, que le ayudó en los últimos años con préstamos sustanciales de dinero y que aguijoneó su curiosidad con la historia de la extraordinaria enfermedad y cura de una joven histérica que se haría famosa con el seudónimo de Anna O.

Josef Breuer (1842-1925) había nacido en Viena, donde su padre Leopold era profesor de religión en la comunidad judía [58]. En una corta nota autobiográfica, él mismo dice que perdió a su madre a edad temprana y que pasó su infancia y juventud «sin miseria y sin lujos» [59]. Concedía los mayores elogios a su padre, educador devoto, siempre dispuesto a ayudar a los miembros de la comunidad (obviamente, era el modelo al que trató de imitar durante toda su vida). Leopold Breuer compuso un libro de texto de religión, que se utilizó en las escuelas judías de Viena durante muchos años [60]. Josef Breuer, sin embargo, se apartó del judaís-

55 Ver cap. V, pág. 307.

56 Nunca hubo nada parecido a una «escuela de Helmholtz» en el sentido que le da Siegfried Bernfeld. Es triste que esta falsa concepción haya sido aceptada sin crítica por tantos historiadores.

57 K. E. Rotschuh, *Geschichte der Physiologie*, Berlín, Springer-Verlag, 1953, páginas 139-141.

58 Erna Lesky, *Die Wiener medizinische Schule im 19. Jahrhundert*, Graz, Verlag Böhlau, 1965, págs. 535-537.

59 *Dr. Josef Breuer, 1842-1925. Curriculum Vitae und Nachruf*, von Hofrat. Prof. Dr. Hans Meyer, en 23 de junio de 1925.

60 Leopold Breuer, *Leitfaden beim Religionsunterrichte der Israelitischen Jugend*, 2.ª ed. rev., Viena, Klopfsen und Eurich, 1855.

mo ortodoxo [61] y adoptó los puntos de vista del denominado judaísmo liberal. Estudió medicina, pero siguió también cursos de muchas otras ciencias. Su profundo interés y su gran talento para las ciencias experimentales se manifestaron en dos investigaciones sobresalientes, una sobre el mecanismo de autorregulación de la respiración, y otra sobre el mecanismo de la percepción de los movimientos y posiciones corporales mediante el laberinto del oído. Según sus biógrafos, había comenzado una brillante carrera científica, pero renunció a su cargo de *Privatdozent* y rehusó el título de profesor extraordinario. Si lo hizo, según algunos, es porque estaba tan dedicado a sus pacientes que no quiso sacrificarlos por una carrera científica; según otros, por intrigas de sus colegas. Ciertamente, no era de naturaleza beligerante. Todos los que le conocieron concuerdan en decir que era «el hombre más modesto que se pueda uno imaginar». Clínico admirable, combinó la perspicacia científica con la humanidad. Trataba gratuitamente a dos grupos de pacientes: sus colegas y familiares, por un lado, y los necesitados, por otro, muchos de los cuales le expresaron su gratitud de forma patética [62]. Por ser uno de los médicos más famosos de Viena, tenía grandes ingresos y podía permitirse un alto nivel de vida, en el que se incluían viajes regulares a Italia. Hombre de cultura excepcional, era un excelente conocedor de la música, la pintura y la literatura, así como conversador inspirado. Tenía amistad personal con el compositor Hugo Wolf, el escritor Schnitzler y el filósofo Brentano, y mantenía correspondencia con la poetisa Maria Ebner-Eschenbach [63]. Según ciertos testigos, era generoso en extremo, y excesivamente fiel [64]. El fisiólogo De Kleyn, que le visitó en su ancianidad, le admiraba por «su perfecto vigor mental, su familiaridad con las más recientes publicaciones médicas, el juicio certero del casi octogenario»; habla también de su «extrema simplicidad y amabilidad personal», así como de su facultad crítica, que «permanecía extraordinariamente aguda, aunque benevolente, hasta el final» [65]. Tenía tantos amigos y admiradores devotos en Viena que cuando Sigmund Exner organizó una suscripción en honor de su setenta cumpleaños, en 1912, contribuyeron a ella las personalidades más conocidas de Viena. Así se fundó el *Breuer-Stiftung*, fundación cuyo propósito era dar premios a la investigación científica meritoria, o invitar a científicos destacados a dar clases en Viena [66].

---

[61] De la carta al *Kadimah* (1894) (con la amable invitación de la señora Käthe Breuer).

[62] Estos detalles los ha proporcionado la señora Käthe Breuer.

[63] Una copia de esta correspondencia está en posesión de la señora Käthe Breuer, quien amablemente autorizó al autor a leerla.

[64] Rudolf Steiner, *Mein Lebensgang*, Dornach, Philos. Anthropos. Verlag, 1925, páginas 134-135.

[65] A. de Kleyn, «Josef Breuer (1842-1925)», *Acta Otolaryngologica*, X (1926), 167-171.

[66] Ver capítulo X, pág. 911. El autor está agradecido a la señora Käthe Breuer,

Todavía no había completado Freud sus estudios médicos cuando tuvo que cumplir un año de servicio militar (1879-1880). Su principal ocupación durante ese tiempo fue la traducción que hizo de un volumen de las *Obras Completas* de John Stuart Mill [67]. Comprendió que tenía que concentrarse para obtener el título médico. En *La interpretación de los sueños* dice que estaba consiguiendo reputación de estudiante perenne. Trabajando todavía en el laboratorio de Brücke, pasó las dos primeras *rigorosa* en junio de 1880, y la tercera el 30 de marzo de 1881, de modo que recibió su título el día siguiente. Inmediatamente ocupó una plaza temporal de «demostrador» (especie de ayudante de enseñanza) en el laboratorio de Brücke, con un pequeño salario, y allí prosiguió sus investigaciones histológicas. También trabajó durante dos semestres en el laboratorio de química del profesor Ludwig, pero ésta no era obviamente su especialidad.

En este punto ocurrió un cambio destacable en su vida. Hasta entonces parecía estar decidido a hacer una carrera científica. Pero en junio de 1882 abandonó súbitamente el laboratorio de Brücke, donde había trabajado durante seis años —manteniendo buenas relaciones con aquél— y comenzó a ejercer como médico práctico, visiblemente sin gran entusiasmo.

En aquella época había tres caminos para el ejercicio de la profesión médica. El primero entrañaba cinco años de trabajo intenso, con especial dedicación a la clínica, y la labor como *famulus* en los hospitales durante las vacaciones, tras lo cual se podía poner una placa en la puerta y esperar la llegada de los pacientes. El segundo consistía en completar los estudios regulares con dos o tres años de internado voluntario, para adquirir más experiencia o especializarse. El tercero y más duro era, una vez terminados los estudios, competir para categorías sucesivas en la carrera docente en cualquiera de las ramas de la medicina teórica o clínica. Convertirse en *Privatdozent* suponía de dos a cinco años, y cinco o diez años más de dura competencia el acceder al grado de profesor extraordinario. Muy pocos conseguían la categoría de profesor ordinario, que llevaba anejas ventajas sustanciales y alto rango social. Freud, en 1882, pareció adoptar la segunda solución, es decir, la de la práctica médica especializada, pero no perdió su interés por el estudio de la histología del cerebro, donde quizás vio ya el medio idóneo para seguir una carrera científica futura. Se han dado dos explicaciones de este cambio. Por un lado, el propio Freud explicó que Brücke le mostró la falta de

---

quien le mostró los documentos de la *Breuer-Stiftung*, y al nieto de Josef Breuer, George Bryant, de Vancouver, por su información adicional.

[67] John Stuart Mill, *Gesammelte Werke*, «Autorisierte Uebersetzung unter Redaktion von Prof. Dr. Theodor Gompertz», XII. Uebersetzung von Siegmund *(sic)* Freud, Leipzig, Fües's Verlag, 1880.

perspectivas en su Instituto, dado que sus dos ayudantes, Exner y Fleischl, tenían diez años de antigüedad, lo que significaba que Freud tendría que haber esperado durante largo tiempo en una posición inferior y pobremente pagada. Siegfried Bernfeld y Jones han supuesto que la verdadera razón se encontraba en los nuevos planes de Freud de casarse y fundar una familia.

Freud había conocido a Martha Bernays, se había enamorado de ella y se había comprometido en junio de 1882. Según Jones, pertenecía a una familia judía muy conocida de Hamburgo [68]. Su padre, comerciante, había llegado a Viena varios años antes y había fallecido en 1879. Los que la conocían la describían como muy atractiva y dotada de un firme carácter. En estos dos aspectos se asemejaba a la madre de Freud. Ambas mujeres vivieron también muchos años (Martha Bernays nació el 26 de julio de 1861 y murió el 2 de noviembre de 1951, a los noventa años de edad). Siguiendo la costumbre de la época, el matrimonio sólo tenía lugar cuando se había conseguido una próspera situación financiera. Eran frecuentes los compromisos largos, las separaciones y la correspondencia asidua. Los lazos existentes entre las familias Freud y Bernays se vieron reforzados por el matrimonio del hermano de Martha, Eli, con la hermana de Sigmund, Anna.

En este punto de su vida, la situación de Freud estaba lejos de ser fácil. Comenzó tres años de residencia hospitalaria con un salario bajo, y se encontró retrasado cuatro años con respecto a los que habían elegido inicialmente la medicina clínica. Sus perspectivas eran brillantes, pero a largo plazo. La única forma de acortar esta carrera lenta y ardua habría sido hacer un brillante descubrimiento que le diera fama rápida (la esperanza secreta de numerosos médicos jóvenes).

El viejo Hospital general de Viena, con sus cuatro o cinco mil pacientes, era uno de los centros de enseñanza más famoso del mundo, donde casi cada jefe de departamento era una celebridad médica. Existía una gran emulación entre el personal médico y una fuerte lucha por los puestos, muy codiciados y pobremente pagados [69]. Sigmund Freud comenzó trabajando dos meses en el Departamento de Cirugía; después pasó, con el grado de aspirante, a las órdenes del gran internista Nothnagel desde octubre de 1882 hasta abril de 1883. El 1 de mayo de 1883 fue nombrado *Sekundararzt* en el Departamento de Psiquiatría, dirigido por el ilustre Theodor Meynert. Freud había estado ya ocupado por el estudio histológico de la médula oblongata en el laboratorio de éste; allí permaneció

[68] Ernest Jones, *The Life and Work of Sigmund Freud*, Nueva York, Basic Books, 1953, vol. I, cap. VII.

[69] No se ha realizado hasta el momento ninguna investigación documental en los archivos del Hospital General de Viena. Seguimos el relato de Jones, basado en las cartas de Freud a su novia.

y trabajó desde 1883 hasta 1886, y parecía como si hubiera encontrado ahora un nuevo maestro.

Theodor Meynert era una personalidad en Viena, pero tenía también lo que los alemanes llaman una naturaleza problemática [70]. Bernard Sachs, que trabajó en su laboratorio durante la misma época que Freud, le describe como «de apariencia bastante llamativa —una enorme cabeza sobre un cuerpo diminuto—, con mechones despeinados que tenían la incómoda costumbre de caer sobre la frente y que obligaban a rechazarlos muy a menudo» [71]. Meynert estaba considerado como el mayor anatómico cerebral de Europa, junto con Flechsig. Por desgracia, cayó gradualmente en la «mitología del cerebro», tendencia entonces corriente de describir los fenómenos [illegible] y psicopatológicos basándose en estructuras cerebrales [illegible]cas. August Forel cuenta en sus memorias la decepción [illegible] cuando fue a trabajar con él y descubrió que numerosos de los tractos cerebrales supuestamente descubiertos no eran sino creaciones de su imaginación [72]. Meynert era conocido como un buen clínico, pero como profesor era bastante aburrido, y tenía poco contacto con sus estudiantes. También era poeta [73], conocedor de la música y el arte, y su círculo social comprendía la élite intelectual de Viena, a pesar de que era una personalidad difícil y tenía grandes enemistades [74].

Después de pasar cinco meses en el Departamento de Meynert, en septiembre de 1883 Freud pasó a la cuarta División Médica dirigida por el doctor Scholtz, donde adquirió una experiencia clínica excelente con los pacientes neurológicos.

Mientras tanto, un artículo escrito por el doctor Aschenbrandt, en diciembre de 1883, destacaba el interés de la cocaína, el alcaloide de la coca [75]. Freud experimentó en sí mismo y en otros la sustancia supuestamente inofensiva, que encontró eficaz contra la fatiga y los síntomas neurasténicos. En julio de 1884 publicó un trabajo en el que elogiaba las virtudes de la nueva droga con elocuencia [76]. Afirmó que se podía utilizar como estimulante, como afrodisíaco, contra los desórdenes estomacales,

---

70 Erna Lesky, *Die Wiener Medizinische Schule im 19. Jahrhundert*, Graz y Colonia, Verlag Hermann Böhlaus Nachf, 1965, págs. 373-379.

71 Bernard Sachs, *Barney Sachs (1858-1944)*, Nueva York, impresión privada, 1949, página 55.

72 August Forel, *Rückblick auf mein Leben*, Zurich, Europa-Verlag, 1935, pág. 64.

73 Theodor Meynert, *Gedichte*, Viena y Leipzig, Braumüller, 1905.

74 Dora Stockert-Meynert, *Theodor Meynert und seine Zeit*, Viena y Leipzig, Oesterreichischer Bundesverlag, 1930.

75 Theodor Aschenbrandt, «Die physiologische Wirkung und Bedeutung des Cocain insbesondere auf den menschlichen Organismus», *Deutsche medizinische Wochenschrift*, IX (1883), 730-732.

76 Sigmund Freud, «Ueber Coca», *Centralblatt für die gesamte Therapie*, II (1884), 289-314.

la caquexia, el asma, y para la eliminación de los síntomas dolorosos que acompañaban a la retirada de la morfina en los adictos. En realidad, la aplicó en ese sentido para tratar a su amigo Fleischl, el cual, debido a una severa neuralgia, se había convertido en morfinómano. El tratamiento, sin embargo, hizo a Fleischl adicto a la cocaína.

Charlando acerca de la cocaína con sus colegas Leopold Königstein (*Privatdozent* seis años mayor que él) y Carl Koller (un año más joven que él), Freud mencionó que aquélla producía una insensibilización de la lengua. Koller investigaba entonces un producto que produjera anestesia del ojo. Cuando Freud se marchó de vacaciones a visitar a su novia en Wandsbek (suburbio de Hamburgo) en agosto de 1884, Koller fue al laboratorio de Stricker y experimentó con cocaína en los ojos de animales, descubriendo rápidamente sus propiedades anestésicas. Como era entonces costumbre entre los científicos ansiosos de asegurar la prioridad de un descubrimiento, mantuvo silencio y se apresuró a enviar un informe preliminar para que lo leyera un amigo suyo, el doctor Brettauer, en el Congreso Oftalmológico celebrado en Heidelberg el 15 de septiembre[77]. El trabajo causó sensación. Königstein se apresuró a realizar experimentos del mismo tipo y a aplicar el descubrimiento a la cirugía humana. Él y Koller presentaron el descubrimiento a la Sociedad de Médicos el 17 de octubre de 1884. Cuando Freud volvió de Wandsbek, supo que Koller era el afortunado ganador que había adquirido fama repentina, lo que le resultaba más decepcionante porque había sido él el que le había dado la pista que llevó al descubrimiento. Pero Freud no abandonó su estudio sobre la cocaína[78]. Experimentó sus efectos sobre la fuerza muscular y continuó insistiendo en la utilización médica de la nueva droga. Fue poco antes de que Albrecht Erlenmeyer publicara un trabajo en el que prevenía contra los peligros de la adicción a la cocaína, que marcó el comienzo de una tormenta desatada contra Freud[79].

Mientras tanto, el 21 de enero de 1885, éste había solicitado el puesto de *Privatdozent* en Neuropatología, y en marzo pidió una beca de viaje de seis meses concedida por la Universidad de Viena. Trabajó en el Departamento de Oftalmología desde marzo hasta finales de mayo, y en el de Dermatología en junio. Su trabajo sobre las raíces y conexiones del nervio acústico apareció también en junio y fue bien recibido. En el mismo mes pasó el examen oral para *Privatdozent* y dio la clase de prueba[80].

---

77 Carl Koller, «Worläufige Mitteilung über locale Anästhesierung am Auge», *Klinische Monatsblätter für Augenheilkunde*, XXII (1884), 60-63.

78 Sigmund Freud, «Beitrag zur Kenntnis der Cocawirkung», *Wiener medizinische Wochenschrift*, XXXV (1885), 129-133.

79 Albrecht Erlenmeyer, «Ueber die Wirkung des Cocain bei Morphiumentziehung», *Zentralblatt für Nervenheilkunde*, VIII (1885), 289-299.

80 Sigmund Freud, «Ueber den Ursprung des Nervus acusticus», *Monatsschrift für Ohrenheilkunde*, Neue Folge, XX (1886), 245-251, 277-282.

Fue nombrado el 18 de julio, y entonces supo que, como consecuencia de la intervención de Brücke y Meynert, había sido elegido como agraciado de la beca de viaje, la cual decidió pasar estudiando en París con Charcot.

El 1 de agosto de 1885 abandonó el Hospital General de Viena, donde había pasado los tres años anteriores. Tomó unas vacaciones de seis semanas en Wandsbek cerca de su novia, y el 11 de octubre partió para París. Aparentemente consideraba esta estancia como la gran oportunidad de su vida [81].

Para un científico joven, serio y espiritual como Freud, debió ser una experiencia abrumadora el verse arrojado repentinamente en el medio en efervescencia de la capital francesa. Con profundo interés observó la vida diaria de París, visitó los museos y la catedral de Notre Dame y asistió a obras representadas por grandes actores. Pero no pudo evitar el sentirse perdido al principio en la Salpêtrière. A pesar de la carta de introducción de Benedikt, Freud era para Charcot uno más de los numerosos visitantes que llegaban allí. Comenzó a hacer investigaciones en el laboratorio de patología con el neurólogo ruso Darkschewitch, y parece que se sintió decepcionado por las condiciones de trabajo. Entonces ofreció sus servicios a Charcot como traductor de alguno de sus trabajos al alemán. El gran hombre le invitó a algunas de sus elegantes recepciones. Desde el comienzo Freud había estado bajo su hechizo: le impresionaban no sólo por la intrepidez de sus concepciones sobre la hipnosis, histeria y neurosis traumáticas, sino también por el inmenso prestigio y vida suntuosa del Príncipe de la Ciencia. Aparentemente, no se dio cuenta de que éste se hallaba rodeado de fieros enemigos, y no permaneció el tiempo suficiente para notar (como hizo Delboeuf, que estaba allí en la misma época) las grandes dosis de sugestión que se administraban a muchos de los pacientes histéricos de Charcot.

A Freud le gustaba decir que había sido alumno de Charcot en París durante 1885 y 1886. Esto ha llevado en ocasiones a creer que permaneció allí durante largo tiempo. En realidad, según establece Jones [82], basándose en las cartas de Freud a su novia, éste vio a Charcot por primera vez el 20 de octubre de 1885, y se separó de él el 23 de febrero de 1886; de estos cuatro meses hay que restar además una semana de las vacaciones de Navidad, que pasó con su novia en Alemania, y «un par de semanas» en que Charcot estuvo enfermo. Podemos suponer que su encuentro con él tuvo más la naturaleza de un encuentro existencial que la de una rela-

[81] En *La interpretación de los sueños*, Freud dice que París fue, durante muchos años, el objeto de uno de sus sueños, y que el éxtasis que sintió cuando puso los pies en la ciudad fue para él la garantía de que otros de sus sueños se cumplirían también. *Traumdeutung* (1900), pág. 133. Edición corriente, IV, pág. 195.

[82] Ernest Jones, *The Life and Work of Sigmund Freud*, I, Nueva York, Basic Books, 1953, págs. 186-189.

ción normal entre maestro y discípulo. Freud abandonó París el 28 de febrero de 1886 con la impresión de haber conocido a un gran hombre, con el que permanecería en contacto para la producción de sus libros y que le había proporcionado un mundo de ideas nuevas.

Tras pasar el mes de marzo en Berlín estudiando pediatría con Baginsky, Freud volvió a Viena el 4 de abril de 1886. Tomó un apartamento en la Rathausstrasse y abrió su consulta a finales de abril de 1886. Fue éste un período de recreo en su vida, lleno por los preparativos de su matrimonio y por su preocupación por el trabajo científico. Escribió un relato de sus actividades durante el tiempo de la beca del viaje para la asamblea de profesores [83], y en mayo leyó unos trabajos sobre hipnotismo ante el Club Fisiológico y la Sociedad Psiquiátrica [84]. En el mismo mes apareció un segundo trabajo de Erlenmeyer que prevenía contra los peligros de la cocaína y mencionaba de forma crítica el nombre de Freud [85]. Éste tenía pocos pacientes que le pagaran y llenaba su ocio forzado traduciendo un volumen de las lecciones de Charcot, que apareció con prólogo del propio Freud con fecha 18 de julio de 1886 [86].

Desde el 11 de agosto hasta el 9 de septiembre completó un período de servicio militar con el rango de médico de batallón en el regimiento de habla alemana que realizaba maniobras en Olmütz. Es curioso comparar su carta a Breuer [87], que expresa sus quejas acerca de la vida militar y su desdén por ésta, con el informe escrito por los superiores de Freud una vez que éste hubo completado dicho período de servicio [88]. El 13 de septiembre de 1886 tuvo lugar su matrimonio con Martha Bernays en Wandsbek; pasaron el mes de luna de miel en las playas del vecino mar Báltico.

De regreso a Viena, Freud trasladó su consulta a un nuevo apartamento de la Kaiserliches Stiftungshaus, gran edificio de apartamentos construido por indicación del emperador Francisco José I en lugar del Teatro Ring, que se había incendiado el 8 de diciembre de 1881, muriendo en la catástrofe 400 personas. Todavía no podía comenzar su enseñanza como *Privatdozent*, pero empezó a trabajar en el Instituto Kassowitz,

---

83 Este documento ha sido publicado en el libro de Josef y Renée Gicklhorn, *Sigmund Freuds akademische Laufbahn im Lichte der Documente*, Viena-Innsbruck: Urban und Schwarzenberg, 1960, págs. 82-89.

84 Ernest Jones, *The Life and Work of Sigmund Freud*, I, Nueva York, Basic Books, 1953, pág. 229.

85 Albrecht Erlenmeyer, «Ueber Cocainsucht», *Deutsche Medizinalzeitung*, VII (1886), 672-675.

86 Jean-Martin Charcot, *Neue Vorlesungen über die Krankheiten des Nervensystems insbesondere der Hysterie*. Uebers. von Sigmund Freud, Leipzig y Viena, Toeplitz und Deuticke, 1886.

87 Ernest Jones, *The Life and Work of Sigmund Freud*, I, Nueva York, Basic Books, 1953, págs. 193-195.

88 Ver cap. VII, págs. 525-526.

hospital pediátrico privado, en una plaza del departamento neurológico, donde pudo reunir gran cantidad de material para estudios clínicos[89].

Había vuelto de París entusiasmado por lo aprendido en la Salpêtrière y ansioso de darlo a conocer en Viena. El trabajo que leyó ante la Sociedad de Médicos le produjo una gran decepción, y este incidente ha dado lugar a una leyenda tenaz. Como nos resulta imposible discutir los numerosos episodios de la vida de Freud en el marco limitado del presente libro, expondremos éste como ejemplo.

El relato típico del acontecimiento es el siguiente: Freud presentó un trabajo sobre la histeria masculina ante la Sociedad de Médicos el 15 de octubre de 1886. Fue recibido con incredulidad y hostilidad. Se le pidió que presentara un caso ante la Sociedad, y aunque respondió al reto el 26 de noviembre del mismo año, la recepción fue fría. Tal fue el punto de partida de la disputa, que duraría toda la vida, de Freud con el mundo médico vienés.

Para valorar el hecho, deben aclararse cuatro puntos: 1) ¿Qué tipo de asociación científica era la Sociedad de Médicos? 2) ¿Qué significaba el concepto de histeria masculina en aquella época? 3) ¿Qué ocurrió realmente en la reunión? 4) ¿Cómo se pueden explicar los acontecimientos de la misma?

La Sociedad Imperial de Médicos (*Kaiserliche Gesellschaft der Ärzte in Wien)* era una de las más reputadas sociedades médicas de Europa[90]. Su origen se remontaba a un grupo de médicos que, hacia 1800, habían comenzado a reunirse una vez al mes para discutir problemas de medicina e higiene pública. Tras varias vicisitudes, la Sociedad recibió reconocimiento oficial y su «status» en 1837. Había mantenido su preocupación original por los problemas de la salud pública, pero se interesaba también por todas las ramas de la medicina y trataba de mantener el más alto grado posible científico en cada una de ellas. Numerosos descubrimientos importantes se anunciaron por primera vez ante ella. En 1858 Czermak demostró el laringoscopio descubierto por Türck. El 15 de mayo de 1850 Semmelweiss expuso su descubrimiento de que la infección puerperal en la sección de maternidad de un hospital era transportada allí desde la sala de anatomía. En 1879 Nitze y Leiter demostraron su citoscopio; y en octubre de 1884, dos años antes del trabajo de Freud, Königstein y Koller anunciaron su utilización de la cocaína en la cirugía del ojo. Otra característica de la Sociedad era que cualquier médico podía presentar sus trabajos, suponiendo que ofreciera algo original. Pero aun-

89 Renée Gicklhorn, «Das erste öffentliche Kinder-Kranken-Institut in Wien», *Unsere Heimat,* XXX (1959), 146-157.

90 Erna Lesky, *Die Wiener medizinische Schule im 19. Jahrhundert,* Graz, Böhlau, 1965, passim; Erich Menninger-Lerchenthal, «Jubiläum der Gesellschaft der Aerzte in Wien», *Oesterreichische Aerztezeitung,* 1964.

que los oradores nunca abandonaban los modales dignos y corteses, las contribuciones se veían expuestas a una aguda crítica. El cirujano Breitner describió en su autobiografía cómo durante la discusión de uno de sus trabajos Wagner-Jauregg «le aplastó contra la pared como una mosca» [91]. Las sesiones tenían lugar las tardes de todos los viernes en el edificio de la Academia de Ciencias de un modo totalmente formal. Las discusiones eran registradas por un secretario (*Schriftführer*) y resumidas en el boletín quincenal de la Sociedad. A las sesiones asistían periodistas de medicina que enviaban relatos a sus periódicos respectivos.

Lo que ocurrió realmente el 15 de octubre de 1886 resulta ininteligible si no se define lo que significaba el término «histeria masculina» en aquella época, y para ello debemos retroceder varios años. En la década anterior había habido un enorme incremento del tráfico por ferrocarril, de los accidentes del mismo y de las demandas a las compañías de seguros. Se había abierto un nuevo capítulo de la patología, del que fueron pioneros los médicos británicos, los cuales describieron la camptocormia y distinguieron el shock nervioso del shock traumático. Su compatriota el doctor Page atenuaba que muchos casos de camptocormia no eran debidos a lesiones nerviosas, sino a alteraciones funcionales, que denominó histéricas; encontró en estos pacientes hemianestesia y otros síntomas considerados generalmente como estigmas de histeria [92]. Tales afirmaciones crearon vivas discusiones en torno a dos puntos: primero, la frecuencia comparativa de las lesiones orgánicas y las dinámicas (en lenguaje moderno, funcionales) y segundo, si esas situaciones nerviosas no orgánicas eran idénticas a la histeria. Ambos aspectos eran de considerable importancia práctica para los pacientes, para las compañías de seguros y para los expertos médicos que tenían que valorar las demandas. El punto de vista del doctor Page fue ampliamente apoyado en Inglaterra, y aceptado en los Estados Unidos por Walton [93], Putnam y otros [94]. En Alemania hubo dos neurólogos destacados, Thomsen y Oppenheim, que objetaron que la hemianestesia no era prueba de histeria (porque, como demostraron, se daba en otras muchas situaciones) y que en sus propios casos de camptocormia era mucho más grave que en los pacientes histéricos, así como que la depresión era más profunda y que había

---

91 Burghard Breitner, *Hand an zwei Pflügen*, Innsbruck, Inn-Verlag, s. f., páginas 222-224.

92 Herbert Page, *Injuries of the Spine and Spinal Chord without Apparent Mechanical Lesions, and Nervous Shock*, Londres, Churchill, 1882.

93 G. L. Walton, «Case of Typical Hysterical Hemianaesthesia in a Man Following Injury», *Archives of Medicine*, X (1883), 88-95; «Case of Hysterical Hemianaesthesia, Convulsions and Motor Paralysis Brought on by a Fall», *Boston Medical and Surgical Journal*, CXI (1884), 558-559.

94 James J. Putnam, «Recent Investigations into the Pathology of So-called Concussion of the Spine», *Boston Medical and Surgical Journal*, CIX (1883), 217-220.

poca respuesta al tratamiento[95]. Describieron los casos no orgánicos de camptocormia como una neurosis traumática específica distinta de la histeria. En Francia, Charcot negó la existencia de la neurosis traumática de Thomsen y Oppenheim; admitió que los casos no orgánicos de camptocormia tenían ciertas peculiaridades sintomáticas (como ya habían establecido los alemanes) pero insistió en que pertenecían al campo de la histeria. Como prueba, adujo que había producido, bajo hipnosis, parálisis sintomáticamente idénticas a las parálisis traumáticas. Como muchas de las víctimas de los accidentes eran hombres, el diagnóstico de histeria masculina, restringido primeramente a quienes presentaban síntomas clásicos de histeria, se extendió entonces a los que padecían trastornos funcionales postraumáticos. Así aumentó la frecuencia de histeria masculina en Francia, al menos como etiqueta diagnóstica, por lo que en París se conocieron dos tipos de histeria masculina: el clásico (en el cual se consideraba la herencia como el principal factor etiológico) y el postraumático (en el que la herencia desempeñaba un papel menor o nulo). En Viena ya no se discutía la existencia de la histeria masculina clásica, pero los neurólogos más famosos no aceptaban la identificación que hacía Charcot de las parálisis traumáticas en el hombre con ella.

Así, para comprender la discusión que siguió a la lectura del trabajo de Freud, debemos recordar dos hechos: que el término «histeria masculina» se aplicaba a dos situaciones diferentes, la histeria masculina clásica, cuya existencia aceptaban todos, y la histeria masculina traumática de Charcot, que era objeto de acaloradas disputas entre los neurólogos; y que la disputa sobre esta última era a su vez parte de una controversia más amplia concerniente a las consecuencias de los accidentes de ferrocarril y de otros traumas.

La mejor forma de reconstruir lo que ocurrió en la reunión del 5 de octubre de 1886 es confiar en los relatos publicados inmediatamente después. No poseemos el texto del trabajo de Freud, pero probablemente era similar al informe que envió al *Professoren-Collegium*[96]. En el siguiente número del boletín de la Sociedad de Médicos se publicó un breve resumen de la discusión que siguió a la presentación de Freud, y en cinco revistas médicas se publicaron informes más detallados[97, 98, 99, 100, 101, 102].

95 R. Thomsen y H. Oppenheim, «Ueber das Vorkommen und die Bedeutung der Sensorischen Anästhesie bei Erkrankungen des Zentralen Nervensystems», *Archiv für Psychiatrie*, XV (1884), 559-583, 633-680, 656-667.

96 Josef y Renée Gicklhorn, *Sigmund Freud's akademische Laufbahn*, págs. 82-89.

97 *Anzeiger der K. K. Gesellschaft der Aerzte in Wien*, núm. 25, 1886, págs. 149-152.

98 *Allgemeine Wiener Medizinische Zeitung*, XXXI (1886), 505-507.

99 *Wiener Medizinische Wochenschrift*, XXXVI (1886), 1445-1447.

100 *Münchner Medizinische Wochenschrift*, XXXIII (1886), 768.

101 *Wiener Medizinische Presse*, XXVII (1886), 1407-1409. (Relato detallado por Arthur Schnitzler).

102 *Wiener Medizinische Blätter*, IX (1886), 1292-1293.

El trabajo de Freud fue precedido por la demostración clínica de un caso de lupus de laringe y paladar, realizado por el laringólogo Dr. Grossmann. A continuación Freud contó a la sociedad cómo había pasado varios meses en París con Charcot y analizó el concepto de histeria de este último. Charcot, explicó, distinguía entre *grande hystérie* (con un tipo específico de convulsiones, hemianestesia y otros diversos estigmas) y *petite hystérie*. Le correspondía, añadió, el mérito de haber demostrado que los pacientes histéricos no eran simuladores, que la histeria no surgía de alteraciones de los órganos genitales y que la histeria masculina era más frecuente de lo que se suponía generalmente. A continuación relató un caso de histeria masculina que había visto cuando estaba en el servicio de Charcot. Se trataba de un joven que había sufrido un accidente de trabajo y a partir de entonces tenía parálisis contráctil en un brazo y una serie completa de estigmas. Basándose en casos semejantes, Charcot se sentía inclinado a equiparar la mayoría de los casos de neurosis traumática con la histeria masculina.

La discusión fue abierta por el profesor Rosenthal, neurólogo. La histeria masculina, dijo, no era rara. Él mismo había descrito dos casos dieciséis años antes.

El profesor Meynert afirmó que había observado repetidamente casos de ataques epilépticos y alteraciones de la conciencia después de algún traumatismo, y que sería interesante comprobar si presentaban siempre los síntomas descritos por Freud.

El profesor Bamberger, presidente, reconoció los méritos de Charcot, pero no vio nada nuevo en el interesante trabajo de Freud. Puso en duda la distinción que hacía Charcot entre *grande* y *petite hystérie* porque algunos de los casos más graves no pertenecían a la *grande hystérie*. En cuanto a la histeria masculina, era un estado conocido, pero, basándose en sus propias observaciones, se mostró en desacuerdo con la equiparación a ella de la camptocormia, a pesar de ciertas semejanzas en el cuadro clínico.

El profesor Leidesdorf mencionó que en muchas ocasiones había examinado pacientes que, después de un accidente de ferrocarril o un trauma similar, habían desarrollado síntomas orgánicos que no tenían nada en común con la histeria. No negó que hubiera casos en los que el shock se siguiera de histeria, pero prevenía contra la conclusión de que la histeria fuera una consecuencia del trauma, porque en ese estadio no se podía valorar todavía la verdadera extensión de las lesiones.

Al trabajo de Freud siguió otro presentado por el profesor Latschenberger, sobre la presencia de pigmentos biliares en los tejidos y líquidos en diversas enfermedades en animales. Bamberger objetó agudamente a las afirmaciones en él contenidas. (No cabe duda de que la frialdad era

el tono dominante en la Sociedad, y en ese aspecto Latschenberger no fue mejor tratado que Freud, a pesar de su título de profesor.)

De los relatos legendarios de esa reunión parece deducirse la idea de que se habían hecho extraordinarios descubrimientos, revelados a Freud en París (como la existencia de la histeria masculina) y de que, al actuar como mensajero de Charcot ante los «sabiondos» vieneses, fue ignominiosamente insultado y rechazado. En realidad, las cosas eran bastante distintas. Freud había vuelto de París con una imagen idealizada de Charcot. Mucho de lo que él le atribuía eran ideas de autores anteriores, y la histeria masculina era un estado conocido del que ya habían publicado casos clínicos en Viena Benedikt [103], Rosenthal, y otros [104] largo tiempo atrás. Charcot era popular en Viena; Benedikt lo visitaba todos los años. Meynert [105] estaba en relaciones amistosas con él, y Leidesdorf hablaba calurosamente del mismo [106]. Pero el mundo médico de habla alemana se sentía inquieto por el giro que habían tomado las investigaciones de Charcot desde 1882. Es característico que la *Neurologisches Zentralblatt* publicara una revisión detallada de la traducción que hizo Freud de las clases de Charcot, en la cual se rendían los más altos honores a aquél como traductor, pero se expresaba una aguda aunque cortés crítica de las nuevas enseñanzas de éste [107].

De lo antedicho resulta obvio que nadie denegó la existencia de la histeria masculina clásica. Dos de las cuatro personas que intervinieron en la discusión, Rosenthal y Bamberger, afirmaron expresamente que era conocida, y Leidesdorf habló de ella como de una idea normal. Meynert compartía necesariamente la misma opinión, ya que hacía apenas un mes que se había publicado un caso de histeria masculina clásica procedente de sus salas y bajo su patrocinio, no porque fuera raro, sino debido a un raro síntoma histérico que presentaba [108]. Es indudable que el quid de la discusión era la equiparación que hacía Charcot de las neurosis traumáticas con la histeria masculina.

Los neurólogos vieneses tomaron, pues, como tema de discusión tres aspectos del trabajo de Freud. Primero, no había cumplido la tradición de la Sociedad de que el conferenciante presentara algo nuevo y original.

---

[103] Moritz Benedikt, *Elektrotherapie*, Viena, Tendler and Co., 1868, págs. 413-445.

[104] Moritz Rosenthal, *Klinik der Nervenkrankheiten* (1870), 2.ª ed., Stuttgart, Enke, 1875, págs. 466-467.

[105] Dora Stockert-Meynert, *Theodor Meynert und seine Zeit*, Viena y Leipzig, Oesterreichischer Bundesverlag, 1930 (presenta una copia de una carta muy aduladora de Charcot a Meynert y habla de una visita que este último le hizo en 1892).

[106] Paul Richer, *Études cliniques sur l'hystéro-épilepsie ou grande hystérie*, París, Delahaye et Lecrosnier, 1881, pág. 258.

[107] Laquer, en *Neurologisches Centralblatt*, VI (1887), 429-432.

[108] A. V. Luzenberger (assistent an der Psychiatrischen Klinik des Hofrathes Professor Meynert in Wien), «Ueber einen Fall von Dyschromatopsie bei einem hysterischen Manne», *Wiener Medizinische Blätter*, IX (16 septiembre 1886), 1113-1126.

(Así debe entenderse el comentario de Bamberger: «Todo esto es muy interesante, pero no veo nada nuevo en ello».) Probablemente habría sido mejor recibido si, en lugar de relatar una de las historias clínicas de Charcot, hubiera aportado una propia. Segundo, Freud intervino con la única autoridad de Charcot en una controversia cuya complejidad e implicaciones prácticas no parecía haber medido. En realidad, la actitud cauta de los neurólogos vieneses acerca del diagnóstico de las alteraciones histéricas iba en ventaja de sus pacientes. (Así debe entenderse el comentario de Leidesdorf). Tercero, a aquellos neurólogos les irritaría que Freud atribuyera a Charcot el descubrimiento de que la histeria no era una simulación ni el resultado de alteraciones de los órganos genitales, dos puntos que ya eran conocidos en Viena hacía largo tiempo, por lo que pensarían que Freud les trataba como ignorantes e intentaba ponerse a su nivel.

Asombra pensar que Freud no se diera cuenta de que estaba ofendiendo a una Sociedad que se había mostrado bien dispuesta hacia él [109]. Una posible razón es la de que Freud, siempre propicio a entusiasmos prontos y fuertes, estaba bajo el hechizo de Charcot. Otra razón, su afán de hacer el gran descubrimiento que le diera fama mundial. Todavía acusaba la decepción que le causó el episodio de la cocaína, y posiblemente pensara que la revelación que había recibido en la Salpêtrière podría ser el punto de partida de posteriores descubrimientos. Por todo ello le resultó aún más dolorosa la fría recepción dada a su trabajo.

No existen pruebas documentales de que fuera desafiado a mostrar a la Sociedad un caso de histeria masculina. Sea como quiera, se sintió obligado a hacerlo. Localizó un caso una semana después de la reunión, sometió al paciente al examen de oftalmología realizado por el doctor Königstein el 24 de octubre, y verificó la demostración el 26 de noviembre. Comenzó su lectura indicando que respondía a la petición del profesor Meynert de que mostrara ante la Sociedad un caso de histeria masculina con los estigmas descritos por Charcot [110]. El paciente era un trabajador de veintinueve años de edad, que a los ocho había sido atropellado en la calle, había sufrido la pérdida de un tímpano y había presentado convulsiones de naturaleza oscura durante los dos años que siguieron al accidente. En aquel momento, después de un shock nervioso experimentado tres años antes, había desarrollado síntomas histéricos. Mostraba grave hemianestesia y otros estigmas histéricos, como los des-

[109] Bamberger fue uno de los cuatro miembros del jurado que concedió a Freud la beca para ir a París. Freud había trabajado durante tres años en el laboratorio de Meynert. El año anterior había reemplazado a un médico en el sanatorio de Leidesdorf durante tres semanas.

[110] Sigmund Freud, «Beiträge zur Kasuistik der Hysterie. I. Beobachtung einer hochgradigen Hemianaesthesie bei einem hysterischen Manne», *Wiener Medizinische Wochenschrift*, XXXVI (1886), 1633-1638. Edición corriente, I, 25-31.

critos por Charcot. En realidad, era un caso ambiguo que podía ser diagnosticado de histeria traumática (debida al antiguo accidente), o de histeria masculina clásica (debida al shock nervioso), y que difícilmente ayudaría a elucidar el punto criticado durante la reunión del 15 de octubre. En esta ocasión no hubo discusión, quizás debido a lo apretado del programa. Freud afirmó posteriormente en su autobiografía que su trabajo había sido aplaudido, pero parece ser que no por ello disipó la impresión creada por la reunión anterior.

En contra de lo que afirma la leyenda, Freud no rompió sus lazos con la Sociedad. Su candidatura fue apoyada por siete miembros destacados de la misma el 16 de febrero de 1887, y fue elegido el 18 de marzo del mismo año. Nunca dejó de ser miembro de la Sociedad hasta el momento en que abandonó Viena [111].

La sesión del 15 de octubre fue rememorada tres meses más tarde por Arthur Schnitzler en una recensión de la traducción que hizo Freud del libro de Charcot [112]. Schnitzler mencionaba la «fantasía del ingenioso médico» (*die Phantasie des geistreichen Arztes*), esto es, Charcot, y de cómo su concepto de la histeria masculina traumática había sido recibido con reservas [113]. Su defensor, el doctor Freud, había hablado «recientemente sobre el tema ante la real e imperial Sociedad de Médicos de Viena, desarrollándose una viva discusión». La controversia sobre las neurosis traumáticas de histeria masculina continuó invadiendo Europa durante algunos años hasta que, hacia 1900, el mundo médico perdió su interés por la histeria, cesó de creer en la existencia de los estigmas de Charcot y la propia enfermedad se hizo mucho menos frecuente [114].

Durante los diez años siguientes Freud luchó por elevar el nivel de su familia, ampliar su consulta, continuar los trabajos neurológicos y crear una nueva psicología. Desde 1886 luchaba con el obstáculo común de los médicos jóvenes que tienen deudas y carecen de fortuna. Los pacientes privados tardaban en llegar, y hallaba dificultades para obtener casos destinados a demostraciones como *Privatdozent*. Algunos hechos demuestran que debió ser objeto de diversas críticas durante este período. Fue acusado de haber desencadenado sobre la humanidad el «tercer azote», la adicción a la cocaína (los otros dos eran el alcoholismo y la morfinoma-

111 Así se ha demostrado gracias a las investigaciones realizadas en los Archivos de la Sociedad por K. Sablik, «Sigmund Freud und die Gesellschaft der Aerzte in Wien», *Wiener Klinische Wochenschrift*, LXXX (1968), 107-110.

112 Arthur Schnitzler, Recensión de Charcot: *Neue Vorlesungen über die Krankheiten des Nervensystems*, übersetzt von Sigmund Freud, *Internationale Klinische Rundschau*, I (1887), 19-20.

113 El adjetivo *geistreich*, que significa literalmente «lleno de ingenio», podía en ocasiones tener un matiz irónico cuando se utilizaba para calificar a un hombre de ciencia. Implicaba que el mismo tenía más imaginación que sentido crítico.

114 Ver la obra de Georges Gilles de la Tourette *traité clinique et thérapeutique de l'hystérie d'après l'enseignement de la Salpêtrière*, París, Plon, 1901, págs. 76-88.

nía). En un último trabajo sobre el tema, de julio de 1887, trató de justificarse: la cocaína, decía, es peligrosa únicamente para los adictos a la morfina, pero se pueden obtener maravillosos resultados tratando a los morfinómanos con cocaína durante el estado de abstinencia [115]. Y añadía: «Quizá sea superfluo añadir que no es una experiencia personal, sino un consejo dado a los demás». Habiéndose publicado en una revista médica una corta recensión que hizo Freud de un libro de Weir Mitchell, se publicó poco después otra más extensa del mismo libro hecha por una persona distinta [116]. Freud había roto con Meynert, y entre ambos tuvo lugar un áspero altercado en 1889. En un trabajo sobre las neurosis traumáticas, Meynert criticó las teorías de Charcot sobre la parálisis traumática y añadió en una nota de pie de página que las opiniones de Freud eran más dogmáticas que científicas y contradecían las enseñanzas de Charcot [117]. A ello replicó Freud con un vehemente ataque dirigido contra Meynert, al que acusó de prejuicios. Tales episodios ilustran la atmósfera de aislamiento y desconfianza en que comenzó Freud su carrera.

Pero tenía también sus adeptos. Su viejo amigo Josef Breuer, que tenía una de las clientelas más ricas de Viena le enviaba pacientes. Más aún, Freud estaba, desde su regreso de París, al frente del Departamento Neurológico del Instituto Kassowitz [118]. Trabajador asiduo, se creó gradualmente su posición social y su reputación de especialista.

Según todos los testimonios, su matrimonio con Martha fue feliz. Tuvieron seis hijos: Matilde, el 16 de octubre de 1887; Jean-Martin, el 7 de diciembre de 1889; Oliver, el 19 de febrero de 1891; Ernst, el 6 de abril de 1892; Sofie, el 12 de abril de 1893, y Anna, el 3 de diciembre de 1895 [119]. En el hogar vivía también la cuñada de Freud, Minna Bernays, y dos o tres criados. En el verano de 1891 la familia se trasladó a un apartamento del número 19 de la calle Berggasse, que Freud abandonaría únicamente en 1938.

Su domicilio estaba situado en una zona residencial, próxima a la *Innere Stadt* o ciudad vieja, en casi inmediata vecindad con la Universidad, los museos, la Ópera, el Burgtheater, los grandes edificios del gobierno y la Corte Imperial. Formaban esta última el Palacio Imperial (*Hofburg*), sus jardines, galerías de arte, la biblioteca, las joyas de la corona (*Schatzkammer*) y la Escuela Española de Equitación. La familia vivió y creció,

115 Sigmund Freud, «Bemerkungen über Cocainsucht und Cocainfurcht», *Wiener Medizinische Wochenschrift*, XXXVII (1887), 929-932.

116 *Wiener Medizinische Wochenschrift*, XXXVII (1887), 138, 200-201.

117 Theodor Meynert, «Beitrag zum Verständnis der traumatischen Neurose», *Wiener Klinische Wochenschrift* (1889), 489-502.

118 Renée Gicklhorn, «Das erste öffentliche Kinder-Kranken-Institut in Wien», *Unsere Heimat*, XXX (1959), 146-157.

119 Seguimos las fechas y la ortografía de los nombres proporcionados por la *Heimat-Rolle* en Viena.

por tanto, cerca del corazón del gran Imperio. Era frecuente ver al emperador paseando por la vecindad en su coche. En muchos aspectos, la vida era muy distinta de lo que es en la actualidad. Los profesionales liberales recibían a sus clientes en su lugar de residencia, de modo que les resultaba fácil interrumpir su trabajo para ver a su familia. Los niños vislumbraban así la ocupación de su padre, el cual gozaba de enorme prestigio ante sus ojos. No era extraño trabajar desde la primera hora de la mañana hasta la última de la noche, durante seis días a la semana, pero los profesionales liberales y las personas de categorías se tomaban tres meses de vacaciones de verano, que pasaban en el campo o viajando *Baedeker* en mano.

La evolución científica de Freud durante esos diez años es manifiesta: en 1886 era un neurólogo que aceptaba completamente las teorías de Charcot, mientras que en 1896 ya no se interesaba por la neurología, y después de abandonar las ideas de Charcot y Bernheim había conseguido elaborar su propio sistema.

Su primer paso fue el creciente interés que mostró por Bernheim, cuyo libro de texto tradujo luego, en julio de 1889, fue a Nancy para visitarle a él y a Liébeault, e inmediatamente después asistió al Congreso Internacional de Psicología que se celebró en París [120].

En 1891 aparecieron su obra sobre la parálisis cerebral en los niños, en colaboración con Oscar Rie, y su estudio crítico de la teoría de la afasia, y en 1892 publicó la traducción de otro libro de Bernheim [121]. En dos conferencias que dio el 27 de abril y el 4 de mayo de 1892 en el Wiener Medizinischer Klub, el concepto de sugestión que expuso era casi exactamente igual que el de Bernheim [122]. Pero tradujo también otro volumen de las clases de Charcot, al que añadió notas de pie de página, algunas de ellas explicando las ideas de Charcot y otras exponiendo su propio concepto de la histeria o contradiciendo a Meynert [123].

En 1893 apareció un esbozo biográfico suyo en *Das geistige Wien*, especie de *Quién es quién* de las celebridades vienesas [124]. Freud publicó por entonces varios artículos sobre la histeria, en particular su «Comunica-

---

120 Hippolyte Bernheim, *Die Suggestion und ihre Heilwirkung*, Uebersetzung von Sigmund Freud, Leipzig y Viena, Deuticke, 1889.

121 Hippolyte Bernheim, *Neue Studien über Hypnotismus, Suggestion und Psychotherapie*, Uebersetzung von Sigmund Freud, Viena y Leipzig, Deuticke, 1892.

122 Sigmund Freud, «Ueber Hypnose und Suggestion», Originalbericht. *Internationale Klinische Rundschau*, VI (1892), 814-818.

123 Esta traducción existe en dos formas. El texto es idéntico; la única diferencia está en los títulos y las fechas, que son: *Poliklinische Vorträge* von Prof. J. M. Charcot übersetzt von Sigmund Freud. Mit zahlreichen Holzschnitten im Text, Leipzig y Viena, Deuticke, 1892; *Poliklinische Vorträge* von Prof. J. M. Charcot übersetzt von Sigmund Freud, I tomo, Schuljahr, 1887-1888. Mit 99 Holzschnitten, Leipzig y Viena, Deuticke, 1894.

124 Ludwig Eisenberg, «Das geistige Wien, Künstler- und Schriftstellerlexikon», II, *Medicinisch-naturwissenschaftlicher Theil*, Viena, Daberkow, 1893, págs. 132-133.

ción preliminar» con Josef Breuer, titulada «Mecanismos psíquicos de los fenómenos histéricos». En ella extendía el concepto de Charcot del mecanismo de las neurosis traumáticas a la histeria en general, y proponía un método psicoterapéutico basado en el concepto de la catarsis y la abreacción. En 1894, en su obra «Neuropsicosis de defensa», Freud pasó de la histeria a las fobias, a las obsesiones, e incluso a las alucinaciones, y presionó a Breuer para que completara los *Estudios sobre la histeria,* que se publicaron en 1895. Era un libro bien estructurado. Tras un corto prólogo en el que se afirmaba que no utilizaban tantas historias clínicas como hubieran deseado debido al secreto profesional, se reimprimía la «Comunicación preliminar» de 1893 y se recogía el caso de la paciente Anna O., expuesto como prototipo de una cura catártica. Seguían cuatro de las historias clínicas de Freud, la primera de ellas la de Emmy von N., el primer tratamiento catártico suyo. El libro concluía con un capítulo escrito por Breuer sobre el concepto de histeria, y con otro de Freud sobre su psicoterapia. Después volveremos al efecto producido por la obra y a los trabajos contemporáneos de su autor. Por aquella época la posición profesional y financiera de Freud había mejorado hasta el punto de que podía permitirse hacer viajes periódicos a Italia y coleccionar objetos de arte. En el año siguiente consideró que su teoría y método terapéutico era lo suficientemente original como para darle un nombre nuevo y específico: psicoanálisis. Pero el nacimiento de esta nueva ciencia iba a sufrir un proceso muy extraño que ya había comenzado entonces.

Durante un período de unos seis años (desde 1894 hasta 1899) cuatro hechos aparecen inexplicablemente unidos en la vida de Freud: su íntima relación con Wilhelm Fliess, sus alteraciones neuróticas, su autoanálisis y su elaboración de los principios básicos del psicoanálisis. Resumiremos primero los hechos conocidos y después propondremos una interpretación. Las dos fuentes principales son *La interpretación de los sueños,* que analiza varias docenas de los sueños del autor en ese período, y la parte publicada de su correspondencia con Fliess. (La publicación completa de estas cartas posiblemente modifique algo nuestra imagen.)

Freud había entrado en 1887 en relación con Wilhelm Fliess, especialista de nariz y oído de Berlín que sustentaba originales teorías basadas en tres puntos principales: la correspondencia entre la mucosa nasal y los órganos genitales, la bisexualidad de los seres humanos y la existencia en cada individuo de una doble periodicidad, una femenina con un ciclo de veintiocho días, y una masculina con un ciclo de veintitrés [125]. La primera carta que le dirigió Freud, el 24 de noviembre de 1887, se refiere al diagnóstico de un paciente. Surgió la amistad entre ambos, sancionada en junio de 1892 por la adopción de la forma familiar del *Du*

125 Ver cap. VIII, pág. 634.

(tú). Pronto adquirió un carácter más emocional. Para Freud, Fliess era un corresponsal científico, un médico que trataba su problema de nariz, y un confidente que le estimulaba y en cuyo juicio tenía una confianza ilimitada.

A principios de 1894 Freud padeció síntomas cardíacos. Por consejo de Fliess dejó de fumar, y a pesar de lo mucho que le costaba se mantuvo en esta decisión. Por entonces ocurrió el episodio descrito por Max Schur [126]. Freud estaba tratando a una mujer, Emma, de histeria, y llamó a Fliess para determinar si existía alguna relación entre sus síntomas y una posible alteración nasal. Fliess operó de la nariz a Emma y regresó a Berlín. La paciente, sin embargo, sufrió graves complicaciones posoperatorias, y otro especialista descubrió que Fliess había dejado por accidente una gran pieza de gasa yodofórmica en la cavidad. Semanas más tarde, la paciente tuvo una hemorragia de tal gravedad que permaneció en situación crítica durante algún tiempo. Según Schur, Freud expresó, en cartas no publicadas hasta ahora, su total confianza en Fliess, quien siguió siendo para él el médico «en cuyas manos puede depositarse con confianza la propia vida». Estos sucesos ocurrieron en una etapa en que Freud estaba completamente absorbido por sus meditaciones sobre una nueva psicología. En junio de 1895 escribió a Fliess que había vuelto a fumar después de una interrupción de catorce meses. Ya no lo podía soportar. Fue durante la noche del 23 al 24 de julio de 1895 cuando tuvo su famoso sueño de la inyección de Irma, el primero del que realizaría un análisis completo con su nueva técnica de las asociaciones y que se convertiría en el prototipo del análisis de los sueños, no sólo en la *Traumdeutung* del propio Freud, sino para todos los psicoanalistas. Max Schur ha demostrado que los elementos básicos de ese sueño estaban presentes en la historia de la paciente Emma, por lo que puede interpretarse como el intento del soñador de justificar a Fliess. Freud tenía la sensación de que había resuelto el misterio de los sueños y hallado una clave para su interpretación, clave que podría utilizar ahora en la investigación y tratamiento de sus pacientes.

En el período que va desde julio de 1895 hasta la muerte de su padre, el 23 de octubre de 1896, Freud publicó con Breuer los *Estudios sobre la histeria*, rompió su relación con él y escribió un *Proyecto para una psicología científica* que, sin embargo, pronto abandonó, de forma que permaneció sin publicar. Los sufrimientos de Freud aumentaron. Durante una excursión a las montañas perdió el aliento y se vio obligado a retroceder. Una vez más dejó de fumar, pero pronto volvió a hacerlo. A

126 Max Schur, «Some additional 'Day Residues' of 'The Specimen Dream of Psychoanalysis'», en Rudolf M. Loewenstein y cols., *Psychoanalysis, a General Psychology. Essays in Honor of Heinz Hartmann*, Nueva York, International Universities Press, 1966, págs. 45-85.

los presentimientos de que había hecho grandes descubrimientos seguían dudas atormentadoras. Su padre, gravemente enfermo desde hacía varios meses, murió el 23 de octubre de 1896. En la noche siguiente al funeral, Sigmund soñó que estaba en un local donde leía un anuncio: «Se ruega cerrar los ojos» [127]. En el sueño había una connotación de reproche hacia sí mismo. Se dio cuenta entonces de lo mucho que su padre había significado para él. Más a menudo tenía sentimientos de culpabilidad por la hostilidad de que le había hecho objeto. A partir de entonces, su autoanálisis, que parecía haber seguido un ritmo intermitente hasta entonces, se hizo sistemático y le absorbió cada vez más, en particular el análisis de sus sueños. Edith Buxbaum [128] en un artículo y Didier Anzieu en un libro [129] han tratado de reconstruirlo colocando los sueños en orden cronológico y en yuxtaposición con la correspondencia con Fliess.

Durante el año que siguió a la muerte de su padre, los sufrimientos internos de Freud empeoraron, como demuestran sus cartas a Fliess. Meditaba día y noche sobre el sistema psicológico y la raíz de las neurosis. Presentaba cada vez más atención a las fantasías que cubrían ciertos recuerdos. Se sentía a punto de descubrir grandes secretos, o quizá de haberlos descubierto ya, pero pronto retrocedía, presa de dudas. Hablaba de sus neurosis, de su pequeña histeria. Pretendía ser indiferente a las intrigas que pudieran ocurrir en la Universidad. El 14 de agosto de 1897 dijo a Fliess que «el paciente que me mantiene más ocupado soy yo mismo», y que su análisis era más arduo que ningún otro.

El 21 de septiembre de 1897 hizo a Fliess una confidencia sorprendente. Los relatos de seducción precoz por parte del padre que contaban todas sus pacientes histéricas eran meras fantasías, de modo que se había derrumbado toda su teoría sobre la histeria. La falta de éxito terapéutico, la improbabilidad de que hubieran pasado inadvertidas tantas seducciones por parte del padre y la imposibilidad de distinguir en el inconsciente un recuerdo de una ficción eran las razones principales que le llevaban ahora a abandonar la esperanza de dilucidar el misterio de la neurosis. Se alejaban las esperanzas de un gran descubrimiento que le daría fama y riquezas. Sin embargo, el tono de la carta era optimista. Le quedaban a Freud su método de interpretación de los sueños y su incipiente metapsicología (sistema del aparato psíquico). A partir de este momento, su autoanálisis entró en una fase fructífera. Los recuerdos de su infancia surgían impetuosos. Ahora consideraba a la vieja y fea «niñera» que le

---

127 Así es como se lo cuenta a Fliess poco después. En *La interpretación de los sueños*, sin embargo, el cartel dice así: «Se ruega cierren los ojos o un ojo».

128 Edith Buxbaum, «Freud's Dream Interpretation in the Light of His Letters to Fliess», *Bulletin of the Menninger Clinic*, XV (1951), 197-212.

129 Didier Anzieu, *L'Auto-Analyse. Son Rôle dans la découverte de la psychanalyse par Freud. Sa Fonction en psychanalyse*, París, Presses Universitaires de France, 1959.

hablaba de Dios y del infierno como la raíz de su primera experiencia sexual, mientras que la libido hacia su madre databa de los dos años y medio. Las relaciones con su sobrino de un año habían proporcionado el patrón del aspecto neurótico de sus amistades posteriores. Recordaba sus celos de su hermano pequeño y los sentimientos de culpabilidad posteriores cuando éste murió. Esforzándose por traer a su mente recuerdos sobre su niñera, descubrió un ejemplo de lo que llamaría posteriormente recuerdo pantalla. Supuso que los sentimientos amorosos del niño pequeño hacia la madre y los celos hacia el padre son fenómenos generales. Invocó los nombres de Edipo y Hamlet. Dio cada vez más importancia a la resistencia, considerada ahora como la persistencia de características infantiles. Volvió a formular su idea acerca del origen de la histeria y de las obsesiones. En este proceso, el autoanálisis y análisis de sus pacientes estaban estrechamente entremezclados, y Freud contó a Fliess: «No puedo darte una idea de la belleza intelectual de este trabajo».

En noviembre de 1897 le escribió que su autoanálisis estaba estancado de nuevo. Los recuerdos de la infancia surgían lentamente. Se afanaba por aclarar los problemas relacionados con las primeras zonas sexuales, en particular los recuerdos y fantasías anales. Comparó los sueños, las fantasías, los síntomas neuróticos, los rasgos de ingenio y las creaciones artísticas. Notó una mejoría de su neurosis, se emancipó de la influencia de Brücke y Charcot, y se identificó con Goethe. Sus cartas a Fliess se hicieron menos frecuentes, más cortas, y manifestaban una desviación de la dependencia y un acercamiento a la competencia. A comienzos de 1898 comenzó a escribir un libro sobre los sueños. Dicho trabajo quedó interrumpido por las vacaciones de verano, y en el otoño por un nuevo período de depresión e inhibición, pero fue reanudado y completado en septiembre de 1899.

La publicación de *La interpretación de los sueños* marcó el fin de la neurosis de Freud, aunque no de su autoanálisis, al que dedicó desde entonces unos minutos todos los días. Salió de su dura experiencia con una transformación interior profunda. Superó su dependencia de Fliess y la estrecha amistad con él terminó a comienzos de 1902. Consiguió superar una misteriosa inhibición que le había impedido visitar Roma, y en septiembre de 1901 pasó doce días en esa ciudad de sus sueños. Finalmente se dedicó a promover su nombramiento como profesor, y se sintió preparado ya para reunir alrededor suyo un pequeño círculo de adeptos.

La extraña enfermedad que Sigmund Freud sufrió entre 1894 y 1900, junto con su autoanálisis, han dado lugar a diversas interpretaciones. Algunos de sus adversarios afirman que era un hombre gravemente enfermo, y que el psicoanálisis era la expresión de una neurosis. Sus seguidores, como Jones, afirman que su autoanálisis fue un acto heroico sin precedentes, que nunca se volvería a realizar, mediante el cual fueron

revelados a la humanidad por primera vez los abismos del inconsciente. Nosotros creemos que el autoanálisis de Freud era un solo aspecto de un proceso complejo (siendo los demás su relación con Fliess, su neurosis y la elaboración del psicoanálisis), y que este proceso es un ejemplo de lo que se puede denominar enfermedad creadora.

Esto nos lleva a definir la enfermedad creadora y a indicar sus características principales [130]. Aparece en ambientes diversos y se puede encontrar tanto entre los hechiceros como entre los místicos de diversas religiones o en ciertos filósofos y escritores creadores. Un ejemplo ya mencionado en este libro es el de Fechner [131]; en un capítulo posterior describiremos el caso de C. G. Jung [132]. La enfermedad creadora sucede a un período dominado por la preocupación intensa por una idea y por la búsqueda de una cierta verdad. Es un estado polimorfo que puede aparentar depresión, neurosis, alteraciones psicosomáticas o incluso psicosis. Cualesquiera que sean los síntomas, se sienten como dolorosos, si no agónicos, con períodos alternantes de alivios y empeoramientos. El sujeto, en todo caso, nunca pierde el hilo de su preocupación dominante. Muchas veces no se obstaculiza la actividad profesional normal y la vida familiar, pero aun en los casos en que el sujeto mantiene sus actividades sociales, está casi completamente absorbido consigo mismo. Sufre de sentimientos de aislamiento total, aun cuando tenga un mentor que le guíe a lo largo de la prueba (como el aprendiz de brujo con su maestro). La terminación es muchas veces rápida y está caracterizada por una fase de alegría. El sujeto emerge de la prueba con una transformación permanente en su personalidad y la convicción de que ha descubierto una gran verdad o un nuevo mundo espiritual.

En el caso de Freud se dan todas estas características. Desde su visita a Charcot en 1885 y 1886, había estado preocupado por el problema del origen de la neurosis, problema que en algún momento se convirtió en preocupación dominante. Desde 1894 sus sufrimientos, según los describió en sus cartas a Fliess, se podrían calificar sin ninguna duda de neuróticos, y en ocasiones aun de psicosomáticos. Pero, a diferencia de las neurosis, la concentración sobre una idea fija no tenía un carácter meramente obsesivo, sino también creador. La especulación intelectual, el autoanálisis y el trabajo con sus pacientes se conjugaban en una especie de búsqueda desesperada de una verdad impalpable. Repetidas veces sintió que estaba al borde de descubrir un gran secreto o de poseerlo ya, únicamente para ser asaltado de nuevo por las dudas. El sentimiento característico de aislamiento total es uno de los leitmotivs de sus cartas

130 H. F. Ellenberger, «La Maladie Créatrice», *Dialogue, Canadian Philosophical Review*, III (1964), 25-41.

131 Ver cap. IV, pág. 255.

132 Ver cap. IX, págs. 751-753.

a Fliess. No hay prueba de que estuviera realmente aislado, y aún menos de que fuera mal tratado por sus colegas durante esos años. Sus tres conferencias en el Doktorenkollegium fueron bien recibidas a pesar de la rareza de sus teorías. Otra de ellas, sobre los sueños, ante el B'nai B'rith, dice Freud, fue objeto de una acogida entusiasta. Más aún: se puede hablar de respeto y tolerancia hacia él por parte de sus colegas. El 2 de mayo de 1896, con ocasión de una conferencia de Freud ante la Sociedad de Psiquiatría y Neurología, en la que expuso su teoría de la seducción precoz como causa de la histeria, Krafft-Ebing, que era el presidente, hizo únicamente el comentario de que parecía un cuento de hadas científico, pero, no obstante, propuso el nombramiento de Freud para el título de *Extraordinarius* el año siguiente [133]. En cuanto al auditorio, ¿quién podría censurarlo por su escepticismo cuando el propio Freud, algunos meses después, descubrió que había estado equivocado? Una característica frecuente de las neurosis es la abundancia de juicios peyorativos; de este tipo fueron los emitidos por Freud en estas cartas acerca de sus colegas. Ya en agosto de 1888 decía que tenían que calmarle en sus ataques a Meynert. Su libro sobre la afasia era un ataque a varios de sus colegas, y particularmente al «ídolo entronizado» Meynert. Incluso el buen Breuer fue tratado con desprecio. En sus cartas se refleja también una gran intolerancia por cualquier tipo de crítica. La recensión de Strümpell de los *Estudios sobre la histeria* que reconocía los méritos del libro, aunque con ciertas reservas, fue calificada por Freud de «baja» *(niederträchtig)* [134]. Cuando C. S. Freund publicó un artículo sobre las parálisis psíquicas [135], Freud dijo que era «casi un plagio» [136], aunque expresaba una teoría completamente distinta de la suya y él mismo era citado por el autor en ese aspecto. Sumamente sensible en materia de prioridad, se mostraba muy celoso de que no se le anticiparan, por ejemplo, Moebius o Janet. Su actitud hacia sus colegas, según indican estas cartas, era suspicaz o provocativa [137].

La relación de Freud con Fliess, que tanto ha confundido a numerosos psicoanalistas, se puede comprender fácilmente si se coloca en el contexto de la enfermedad creadora. La persona tiene el sentimiento de abrir

---

[133] Sigmund Freud, *Aus den Anfängen der Psychoanalyse*, pág. 178; *The Origins of Psychoanalysis*, pág. 167.

[134] Sigmund Freud, *Aus den Anfängen der Psychoanalyse*, pág. 167; *The Origins of Psychoanalysis*, pág. 156.

[135] C. S. Freund, «Ueber psychische Lähmungen», *Neurologisches Centralblatt*, XIV (1895), 938-946.

[136] Sigmund Freud, *Aus den Anfängen der Psychoanalyse*, pág. 145; *The Origins of Psychoanalysis*, pág. 135. En realidad, no hay nada en el artículo de C. S. Freund que pudiera justificar tal acusación.

[137] Así se demuestra en ciertas expresiones, como «*meinen Kollegen zum Trotz*» (en oposición a mis colegas) en una carta fechada el 30 de mayo de 1896; o cuando presume de haber sido «rudo» *(frech)* con ellos.

una senda en un mundo desconocido y en completo aislamiento. Necesita desesperadamente un guía que le ayude en esta prueba. Freud había dejado atrás las figuras patriarcales: Brücke, Meynert, Breuer y Charcot, y recurría ahora a la amistad con un hombre de su generación. En sus años de adolescencia, había mantenido una estrecha amistad con un condiscípulo, Eduard Silberstein, con el que pasaba la mayor parte de su tiempo libre. Los dos amigos aprendieron español para utilizarlo como una especie de idioma secreto, tomaron nombres españoles, fundaron una Academia Castellana y continuaron en relación epistolar durante unos diez años. Sobre un modelo bastante parecido, Freud y Fliess mantuvieron una estrecha amistad. Intercambiaron ideas, y particularmente nuevos puntos de vista y descubrimientos mantenidos todavía en secreto para el resto del mundo. Sin embargo, una lectura atenta de las cartas muestra que la relación inicial de igualdad entre dos amigos fue reemplazada gradualmente por otra de subordinación intelectual de Freud, hasta que éste recuperó por fin su anterior posición de igualdad. Esto demuestra que, durante el período crucial de la enfermedad creadora de Freud, Fliess había tomado de forma involuntaria e inconsciente el papel del hechicero maestro ante el aprendiz de brujo, y de director espiritual del místico.

Típica de la enfermedad creadora es la recuperación espontánea y rápida, acompañada de un sentimiento de júbilo. Recordemos cómo Fechner pasó una leve fase hipomaníaca durante la cual pensó que podía descifrar todos los enigmas del mundo. Un sentimiento en cierto modo semejante se expresa en la frase: «Todo aquel que tiene ojos para ver y oídos para oír se convence de que los mortales no pueden mantener escondido un secreto. Aquel cuyos labios están silenciosos charla con las puntas de los dedos, y la autotraición sale por todos los poros de su piel» [138]. Todos los años de sufrimiento se habían desvanecido, pero permanecía la impresión de haber pasado por un largo período de terrible aislamiento en un mundo hostil. Típico del final de la enfermedad creadora es el paso gradual del interés del mundo interior al exterior. Mientras que en sus cartas había dicho a Fliess que su nombramiento le resultaba indiferente e incluso que pensaba romper por completo con la Universidad, Freud intervenía ahora activamente en el Ministerio para favorecer sus intereses.

El modo como la personalidad de un científico se puede ver afectada por su descubrimiento se demuestra, por ejemplo, en el caso de Robert Bunsen, descrito por Von Uexküll [139]. Cuando Bunsen descubrió el análisis

[138] Sigmund Freud, «Bruchstück einer Hysterie-Analyse», *Monatsschrift für Neurologie und Psychiatrie*, XVIII (1906), 436. (Recordemos que este trabajo fue escrito en 1901 y publicado cinco años después). Standard Edition, VII, 130-243.

[139] J. von Uexkuell, *Niegeschaute Welten*, Berlín, S. Fischer, 1936, págs. 133-145.

espectral, cambió su visión del mundo, y también su personalidad; desde entonces «se aburría como un rey viajando de incógnito». Paul Valéry ha demostrado cómo la personalidad de un escritor creador puede también ser premoldeada por la imagen de su trabajo [140]. En el caso de la enfermedad creadora, la transformación resultante de la personalidad es aún más profunda. Es como si el individuo hubiera seguido la llamada de San Agustín: «Búscate en el interior, vuélvete hacia ti mismo, porque en el interior del hombre habita la verdad» [141]. Por esta razón, la transformación de la personalidad va indisolublemente unida a la condición de haber descubierto una grandiosa verdad que debe ser proclamada a la humanidad. En el caso de Freud fue el descubrimiento del método psicoanalítico y de una nueva teoría de la mente, y su primera evidencia se encuentra en su libro *La interpretación de los sueños* (*Traumdeutung*).

Freud consideró siempre *La interpretación de los sueños* como su obra capital, y es en verdad un libro extraordinario. Aunque todos los años aparecían numerosas publicaciones sobre los sueños, el tema de su interpretación no había sido renovado desde Scherner, en 1855. En segundo lugar, la obra no sólo ofrecía una teoría original de los sueños, sino que fundaba una nueva psicología. Y tercero, estaba, hasta un nivel sin precedentes, unida a la vida y personalidad de su autor. Hervey de Saint-Denis y otros autores han llenado libros enteros con sus propios sueños y con las explicaciones de los mismos, pero ninguno ha analizado los que aparecieron durante una enfermedad creadora.

En la actualidad, *La interpretación de los sueños* es una obra clásica, y estamos tan familiarizados con ella que nos resulta difícil comprender la impresión que causó en 1900. La versión corriente hoy día es la de que Freud era en aquella época un oscuro neurólogo sometido a «ostracismo» por sus colegas, y que su libro, tan repleto de innovaciones, fue despreciado o recibido con un silencio total. Un examen objetivo de los hechos presenta una imagen distinta. Durante los años de enfermedad creadora, la reputación de Freud había crecido lentamente en Viena y en el extranjero. En el Congreso Psicológico Internacional celebrado en Munich en agosto de 1896, su nombre fue mencionado como el de una de las primeras autoridades en histeria [142]. Van Renterghem, en 1897, le citó entre los principales representantes de la Escuela de Nancy [143]. Como ya se ha mencionado, en 1901 apareció un bosquejo biográfico de Freud

---

140 Paul Valéry, *Autres Rhumbs*, en *Oeuvres*, II, Ed. Pléiade, París, Gallimard, 1960. página 673.

141 «Noli foras ire, in teipsum redi; in interiore homine habitat veritas», *De vera religione*, cap. XXXIX, pár. 72.

142 *III. Internationaler Kongress für Psychologie in München vom 4.-7. August, 1896*, Munich, J. F. Lehmann, 1897, pág. 369.

143 A. W. Van Renterghem, *Liébeault en zijne School*, Amsterdam, Van Rossen, 1898, página 133.

en una especie de *Quién es quién* de las celebridades médicas [144]. Más aún, un ginecólogo de Lyon, el Dr. César Tournier, se mostró interesado en 1895 por las ideas suyas sobre la sexualidad infantil [145]. También la afirmación de que Freud estaba sometido a ostracismo en Viena es infundada. Nunca dejó de ser miembro de la Real e Imperial Sociedad de Médicos [146], y por lo menos en 1899-1900 fue asesor de la Asociación de Psiquiatría y Neurología [147] (la misma que había recibido con incredulidad, en 1896, su conferencia sobre la histeria). Un certificado oficial de 4 de octubre de 1897 señalaba que «Freud vive en circunstancias obviamente buenas, tiene tres criados y goza de una clientela privada no muy numerosa pero sí lucrativa», y está claro que su posición había mejorado más aún en el tiempo transcurrido [148].

A pesar de su fama, *La interpretación de los sueños* es uno de los libros menos comprendidos de Freud en la actualidad, y eso por varias razones. Primero, porque el texto sufrió numerosos cambios, adiciones y sustracciones de una edición a otra, de modo que la definitiva es completamente diferente en forma y contenido del original. Segundo, porque es difícil de traducir, y numerosos matices del original escapan a la mejor traducción [149]. El único modo de obtener un conocimiento real de su contenido es leer la edición alemana original, que, por desgracia, es muy rara. Tercero, porque está lleno de alusiones a acontecimientos y costumbres que eran familiares para el lector contemporáneo, pero que son casi incomprensibles hoy día sin un comentario [150]. Está literalmente plagado de detalles humorísticos acerca de la vida en la Viena de *fin de siècle*.

Más aún, el libro podría ser considerado como una autobiografía disfrazada. Freud menciona su nacimiento y la predicción que una vieja campesina hizo entonces, la áspera educación que recibió de una vieja criada, la mezcla peculiar de amistad y hostilidad entre él y su sobrino

---

144 Julius Leopold Pagel, *Biographisches Lexikon hervorragender Aerzte des neunzehnten Jahrhunderts*, Berlín, Urban, 1901, pág. 545.

145 C. Tournier, «Essai de classification étiologique des névroses», *Archives d'Anthropologie Criminelle*, XV (1900), 28-39. A lo largo de su vida, Tournier reunió una inmensa cantidad de material, pero publicó muy poco.

146 Ver cap. VII, pág. 504.

147 *Jahrbuch für Psychiatrie und Neurologie*, XX (1901), 391.

148 Joseph y Renée Gicklhorn, *Sigmund Freuds Akademische Laufbahn*, 1960, página 99.

149 Ha sido demostrado por Erik H. Erikson, «The Dream Specimen of Psychoanalysis», *Journal of the American Psychoanalytic Association*, II (1954), 5-56.

150 Para dar un ejemplo, Freud habla de que iba dos veces al día a una casa para poner una inyección a un paciente, y que escupía en las escaleras, ante el fastidio de la portera, pero dice que era culpa de ella, ya que no ponía escupideras (*Traumdeutung*, pág. 165). Este detalle puede parecer grosero al lector moderno, pero en aquella época, cuando el escupir era una costumbre aceptable, las escupideras se encontraba casi con tanta profusión como los ceniceros en la actualidad; no había nada extraño en esta conducta.

John, un año mayor que él, la emigración de sus hermanastros a Inglaterra, una pesadilla infantil en la que veía a su madre y figuras con pico de ave, su puesto de primero de la clase, la «conspiración contra el profesor impopular», los primeros indicios que tuvo de antisemitismo en sus condiscípulos, y muchos otros detalles. Menciona también acontecimientos políticos: el gobierno liberal de 1866, en el que había dos ministros judíos, la guerra de Estados Unidos contra España de 1898, los atentados anarquistas de París. Habla de sus trabajos anteriores, de su decepción por el asunto de la cocaína, de su sentimiento de júbilo cuando puso el pie en París en 1885, y de su amigo Fliess. Alude vagamente a sus descubrimientos sobre los recuerdos pantalla, la sexualidad infantil y el complejo de Edipo. Oculta cuidadosamente todo lo perteneciente a su propia vida amorosa, pero cita a sus hijos y da ejemplos de sus sueños. No esconde sus sentimientos ateos, ni tampoco su incredulidad acerca de la inmortalidad.

Por otra parte, Freud utilizó la estratagema a que recurrió Dante cuando arrojaba al infierno a las personas que le disgustaban. Tales fueron el Tío Josef, la oveja negra de la familia, al que Freud afirma «no haber querido nunca, desde luego»; la vieja niñera que le trató severamente en su infancia, y el estúpido profesor del gimnasio contra el que se produjo la rebelión. El severo Brücke aparece representado en un sueño en el que obliga a Freud a disecar su propia pierna y pelvis. De Meynert dice que había sido tratado de su adicción al cloroformo en un hospital mental privado. Se hace mención de la dura lucha de Meynert contra él, y se indica que poco antes de su muerte le confesó que estaba afecto de histeria masculina, situación que había ocultado cuidadosamente durante toda su vida[151]. Más llamativos son los recuerdos referentes al padre de Freud: cuando Sigmund tenía seis años, Jacob le dio a él y a su hermana un libro de imágenes para romper en piezas, «lo que se justifica difícilmente desde un punto de vista pedagógico». De pequeño se orinó en la cama de sus padres, y su padre le dijo que nunca llegaría a ser nada. También está el incidente del cristiano que había insultado a Jacob, y la cobarde conducta de este último. En un sueño se le muestra borracho y conducido a presidio. Se mencionan también los síntomas dolorosos que afligieron a Jacob y la familia en los últimos días antes de su muerte. En el lado positivo no hay mucho, lo que nos hace preguntarnos si Freud

[151] La historia no parece muy convincente. Meynert no negó la existencia de la histeria masculina, como demuestra la publicación del artículo de Luzenberger (ver capítulo VII, pág. 501). La histeria es la enfermedad por excelencia que uno no oculta. Las investigaciones que realizó el autor entre los austríacos conocedores de la historia de la medicina revelaron su escepticismo acerca de la supuesta «histeria masculina» de Meynert. Aun suponiendo que Meynert hubiera sido capaz de ocultar que padecía histeria masculina, ¿es posible que, después de varios años de polémica con Freud, le llamara a su lecho de muerte para hacerle una confesión de este tipo?

no tendría razones más profundas para esta actitud hacia su padre que la mera rivalidad infantil con relación a su madre.

Otra característica peculiar del libro es cierta carga de provocación deliberada, aunque bien oculta. En aquella época la palabra *Traumdeutung* se utilizaba para designar la interpretación popular de los sueños que hacían los adivinos; así, el filósofo Gomperz [152] había publicado un panfleto, *Traumdeutung und Zauberei* (Interpretación de los sueños y magia). Para los científicos contemporáneos, el título *Traumdeutung* tenía algo de intriga y escándalo [153]. Freud colocó al principio del libro una cita tomada de la *Eneida* de Virgilio:

Flectere si nequeo Superos, Acheronta movebo!
(¡Si no puedo doblegar los cielos, despertaré los infiernos!) [154]

Así habló Juno cuando Júpiter se negó a evitar que Eneas se convirtiera en rey del Lacio; acto seguido, hizo salir del infierno a la furia Alecto, la cual, con una banda de mujeres enfurecidas, atacó a los troyanos. Esta leyenda se puede interpretar como una alusión al destino de los impulsos reprimidos, pero también como una referencia al fracaso de Freud en obtener una digna plaza docente y a su labor revolucionaria en la ciencia de la mente. En una carta a Fliess, fechada el 9 de febrero de 1898, el autor escribe que se divierte pensando en los «movimientos de cabeza» acerca de las «indiscreciones e impudicias» que el libro contiene [155].

Estas características poco usuales de la *Traumdeutung*, el título y la cita provocativa, su alta calidad literaria, su íntima conexión con la vida y personalidad del autor y las humorísticas alusiones a la vida vienesa en aquellos días contribuyeron a aumentar su efecto sobre los lectores. Algunos criticaron lo que les parecía una falta de rigor científico, pero para otros fue una revelación que les conmocionó y dirigió sus vidas en una nueva dirección. El psiquíatra alemán Blüher [156] expone en su autobiografía el poco interés que sentía por la obra de Freud hasta que un amigo le prestó *La interpretación de los sueños*, del que no pudo separarse hasta que lo terminó y que dio una orientación decisiva a su carrera. Es a través de experiencias semejantes como Stekel, Adler y Ferenczi se convirtieron en discípulos de Freud. En cuanto a la afirmación de que

---

152 Theodor Gomperz, *Traumdeutung und Zauberei, ein Blick auf das Wesen des Aberglaubens*, Viena, Carl Gerold's Sohn, 1866.

153 Existían varios sinónimos, *Traumauslegung, Interpretation der Träume, Deutung des Traumes*, etc., *Traumdeutung* recordaba a *Sterndeuterei* (astrología).

154 Virgil, *Aeneis*, VII, v. 312, trans. H. Rushton-Fairclough, Loeb Classical Library, Virgil, edición revisada, 1954, II, pág. 25.

155 Sigmund Freud, *Aus den Anfängen der Psychoanalyse*, pág. 260. (En la traducción inglesa autorizada, *The Origins of Psychoanalysis*, pág. 244, no se ha hecho demasiado caso de los términos utilizados por Freud).

156 Hans Blüher, *Werke und Tage. Geschichte eines Denkers*, Munich, Paul List, 1953, pág. 253.

el libro se encontró en el silencio o la crítica más aniquiladora, ha sido refutada por Ilse Bry y Alfred Rifkin [157].

Un punto oscuro en la vida de Freud es el de por qué su nombramiento como profesor extraordinario llegó tan tarde. La historia tradicional habla de antisemitismo, del escándalo producido por sus teorías sexuales y de la mezquindad de sus colegas, que se sentían agraviados por su superioridad. El nombramiento final de Freud, añade la leyenda, se obtuvo cuando uno de sus pacientes ricos sobornó al ministro de Educación para que lo firmara, regalándole una pintura de Böcklin para la galería de arte que patrocinaba. No pudo hacerse un estudio objetivo de los hechos hasta que Joseph y Renée Gicklhorn encontraron una serie de cuarenta documentos concernientes a la carrera universitaria de Freud en los archivos de la Universidad de Viena y en el Archivo del Estado de Austria [158]. K. R. Eissler añadió posteriormente otros dos documentos [159]. Es un hecho confirmado que, en enero de 1897, los profesores Nothnagel y Krafft-Ebing solicitaron de la junta de profesores que propusiera a Freud como profesor extraordinario. En su reunión del 13 de febrero de 1897, la junta nombró un comité de seis profesores para que emitiera un informe sobre el tema. El 12 de junio de 1897, después de oír el informe favorable leído por Krafft-Ebing, elevó al Ministerio la propuesta. Sin embargo, hasta el 27 de febrero de 1902 el ministro de Educación Pública, Freiherr W. von Hartel, no propondría el nombramiento, que fue firmado por el emperador Francisco José el 5 de marzo de 1902. Lo que ocurrió durante ese intervalo de cinco años no queda suficientemente explicado por los documentos disponibles. En una carta a Fliess fechada el 11 de marzo de 1902, Freud dice que cuando regresó de Roma se dio cuenta de que tenía que actuar por sí mismo si quería recibir el nombramiento, que Sigmund Exner le había insinuado en el Ministerio que había ciertas «influencias» que trabajaban contra él y que lo mejor que podía hacer era buscar «contrainfluencias», que encontró éstas en una antigua paciente, Frau Elise Gomperz, y que pidió a Nothnagel y Krafft-Ebing que renovaran la petición a su favor. Finalmente, como resultado de la intervención de otra antigua paciente, la baronesa von Ferstel, le fue concedido el título de profesor extraordinario.

Es cierto que tras la nueva petición de Nothnagel y Krafft-Ebing, hecha el 5 de diciembre de 1901, vino pronto el nombramiento de Freud, pero esto no explica por qué la anterior propuesta de la junta de profeso-

---

157 Ilse Bry y Alfred H. Rifkin, «Freud and the History of Ideas: Primary Sources, 1886-1910», *Science and Psychoanalysis*, V (1962), 6-36. Ver también el capítulo X, páginas 783-784.

158 Joseph y Renée Gicklhorn, *Sigmund Freuds akademische Laufbahn im Lichte der Dokumente*, Viena, Urban und Schwarzenberg, 1960.

159 K. R. Eissler, «Zwei bisher übersehene Dokumente zur akademischen Laufbahn Sigmund Freuds», *Wiener klinische Wochenschrift*, LXXVIII (1966), 16-19.

res permaneció olvidada durante más de cuatro años. Los Gicklhorn han dado la siguiente explicación. El 28 de mayo de 1898, el ministro de Educación decidió, por una orden secreta (*Geheimerlass*), reducir el número de nombramientos de profesor extraordinario, estipulando que los candidatos debían estar capacitados para reemplazar al profesor titular, y también que había que considerar a los *Privatdozents* que tuvieran ya una práctica amplia en la enseñanza. Según los Gicklhorn, Freud no cumplía estas condiciones: tenía el título de *Privatdozent* de neurología, pero no (como Wagner-Jauregg) de psiquiatría. Además, había prestado más atención a su práctica privada que a sus funciones docentes. Estas conclusiones han sido discutidas punto por punto por K. R. Eissler [160]. En todo caso, es cierto que candidatos propuestos al mismo tiempo o después que Freud recibieron su nombramiento antes. Se habían producido además repetidos cambios en el Ministerio y el nuevo ministro, Wilhelm von Hartel, hombre extraordinariamente activo, responsable de todo el sistema educativo austríaco, así como de los asuntos religiosos y culturales, no podía esperar estar informado de cada candidatura individual [161]. Pero además estaba sujeto a todo tipo de presiones políticas; numerosos nombramientos de profesores fueron obtenidos más por influencias políticas que por los méritos de los candidatos. En este sentido recibió vehementes ataques por parte de Karl Kraus [162]. Era atacado también por los antisemitas, puesto que había sido instrumento de la concesión de un premio literario a Arthur Schnitzler y había condenado públicamente el antisemitismo ante el Parlamento austríaco. El caso de Freud no puede imputarse, por tanto, a antisemitismo. En cuanto a la leyenda de que su nombramiento fue obtenido por Frau Ferstel a cambio de una pintura de Böcklin (*Die Burgruine*), Renée Gicklhorn ha demostrado que dicha pintura permaneció en manos de sus dueños, la familia Thorsch, hasta 1948, y que para entonces la Galería Moderna había adquirido ya otro de los cuadros del pintor [163]. K. R. Eissler ha replicado, sin embargo, que la Galería Moderna recibió en 1902, de la baronesa Marie von Ferstel, una obra del artista Emil Orlik: «Iglesia en Austria» [164]. A la vista del escaso valor del cuadro, parece poco probable que el nombramiento de Freud fuera obtenido mediante el soborno [165]. Posiblemente

160 K. R. Eissler, *Sigmund Freud und die Wiener Universität*, Berna, Verlag Hans Huber, 1966.

161 A. Engelbrecht, «Wilhelm Ritter von Hartel», *Jahresbericht über die Fortschritte der klassischen Altertumswissenschaft*, CXLI (1908), 75-107.

162 Karl Kraus, «Die Fakultät in Liquidation», *Die Fackel*, V, núm. 144 (17 de octubre de 1903), 4-8.

163 Renée Gicklhorn, «Eine mysteriöse Bildaffäre», *Wiener Geschichtsblätter*, XIII (1958), 14-17.

164 K. R. Eissler, «Kritische Bemerkungen zu Renée Gicklhorns Beitrag 'Eine mysteriöse Bildaffäre'», *Wiener Geschichtsblätter*, XIII (1958), 55-60.

165 Gracias a la amabilidad de la prof. Ebenstein, directora de la Oesterreichische

se tratara tan sólo de un acto de gratitud de la baronesa hacia el ministro. Cabe concluir, en definitiva, que la razón principal del retraso del nombramiento fue la *vis inertiae* burocrática, y que la prioridad se daba siempre a los candidatos recomendados, mientras que Freud había estado demasiado absorbido en su autoanálisis para velar por sus intereses.

De este modo, Freud vio cumplida en 1902 una de sus ambiciones. El título de profesor extraordinario era un reconocimiento de su obra científica y le permitía obtener además unos ingresos más altos. Entonces llegó para él un período de intensa productividad. En el otoño de ese año empezó a reunirse con un pequeño grupo de personas interesadas, que se citaban en su casa todas las tardes de los miércoles para discutir problemas del psicoanálisis. El grupo se autodenominó Sociedad Psicológica de los Miércoles. Los primeros seguidores fueron Kahane, Reitler, Adler y Stekel. Este fue el comienzo del movimiento psicoanalítico, que se expandiría hasta alcanzar dimensiones mundiales.

A partir de entonces, la historia de la vida de Freud es en gran parte la del movimiento psicoanalítico. En 1904 publicó la *Psicopatología de la vida cotidiana* en forma de libro. A pesar de una desagradable polémica con Fliess, halló un reconocimiento cada vez más favorable en diversos lugares; en septiembre comenzó su correspondencia con Eugen Bleuler. En 1905 aparecieron tres de sus trabajos mejor conocidos: *Tres ensayos sobre la vida sexual, El chiste y su relación con el inconsciente,* y la historia de la paciente Dora. Cambió la perspectiva de los que veían el psicoanálisis desde fuera. Mientras que en 1900 Freud era considerado como un explorador del inconsciente y un interpretador de los sueños, ahora aparecía como el sustentador de una teoría sexual. La historia tradicional dice que esta nueva teoría hizo surgir una tormenta de indignación e insultos; pero también aquí el examen objetivo revela un cuadro diferente. Bry y Rifkin, basándose en recensiones de los escritos de Freud, llegan a la conclusión de que «el conocimiento y el aprecio de su obra se extendían amplia y rápidamente» y de que, «en cuanto a la época en que se supone que Freud permaneció ignorado, hay numerosos signos de reconocimiento y extraordinario respeto que podrían añadirse a los pocos ejemplos dados en esta obra»[166]. Freud se había convertido en una celebridad y en un terapeuta muy solicitado. En 1906, con ocasión de su cincuenta aniversario, recibió un medallón adornado con el retrato de sus discípulos. Con la excepción de una polémica con Fliess, cuya antigua amistad se había transformado en odio, Freud recibió signos de reconocimiento y devoción de todas partes.

Galerie, el autor pudo ver la pintura de Orlik en el depósito del museo; es un óleo de 55 × 37 cm., valorado en unos 100 dólares.

166 Ilse Bry y Alfred H. Rifkin, «Freud and the History of Ideas, Primary Sources, 1886-1910», *Science and Psychoanalysis,* V (1962), 6-36.

En marzo de 1907, C. G. Jung y Ludwig Binswanger fueron a visitarle, y a su regreso a Zurich fundaron un pequeño grupo psicoanalítico. En 1908 el movimiento adquirió carácter internacional y se celebró en Salzburgo el primer Congreso Internacional de Psicoanálisis, fundándose en 1909 la primera publicación periódica psicoanalítica. Freud fue invitado a dar unas conferencias en la Universidad de Clark en Worcester, Massachusetts, e hizo el viaje a América con Jung y Ferenczi. Este momento cumbre de su vida supuso, como él mismo lo denominó, «el fin del aislamiento».

Esto nos lleva a examinar el significado de dicho aislamiento, del que tanto se quejó. En su autobiografía habla de «diez años o más de aislamiento», sin especificar en qué año comenzó o terminó. Este aislamiento declarado no estaba ciertamente en relación con su círculo inmediato: él llevaba una feliz vida familiar, y Jones habla de su «extraordinariamente amplio» círculo de amistades [167]. Existen pocas pruebas de envidia y bajeza por parte de sus colegas. En los casos en que la animosidad sucedió a la amistad (como ocurrió con Meynert, Breuer y Fliess), es difícil valorar de quién fue la culpa. Por lo que se sabe, ninguno de los artículos de Freud fue rechazado por ningún periódico, ni tampoco sus libros lo fueron por ningún editor. Al contrario de lo que se afirma usualmente, sus publicaciones no se encontraron con el helado silencio o la crítica despreciativa que se dice haber existido. En realidad, la recepción era la mayoría de las veces favorable, aunque en ocasiones se acompañara de una mezcla de sorpresa y perplejidad. Raramente hubo un rechazo directo, y en ese aspecto otros no fueron tratados mejor que él. Es más probable que el sentimiento de aislamiento completo y amargo, que es un dato característico de la neurosis creadora, persistiera en él y fuera reforzado porque durante aquellos años él mismo se había aislado mucho del mundo médico vienés.

El año 1910 constituye un hito en la vida de Freud y en la historia del psicoanálisis. La Sociedad Psicoanalítica de los Miércoles, que en 1908 se había convertido en la Sociedad Psicoanalítica Vienesa, ya no se pudo reunir en el apartamento de Freud, debido al aumento del número de sus miembros. En el segundo Congreso Internacional, celebrado en Nuremberg, se fundó la Asociación Psicoanalítica Internacional, así como el segundo periódico psicoanalítico. Freud publicó las *Memorias de la infancia de Leonardo da Vinci.* Pero el hecho de que el psicoanálisis fuera proclamado un «movimiento» (y no simplemente como una nueva rama de la ciencia) provocó la inevitable oposición de los círculos psiquiátricos, así como una crisis en el seno del grupo inicial, y rápidamente se extendió un sentimiento antipsicoanalítico [168]. En junio de 1911 Alfred Adler aban-

[167] Ernest Jones, *The Life and Work of Sigmund Freud,* I, Nueva York, Basic Books, 1953, pág. 332.

[168] Ver cap. X, págs. 902-903.

donó a Freud y fundó una sociedad disidente. En octubre de 1912 el que le abandonó fue Stekel, pero durante algún tiempo las deserciones quedaron largamente compensadas por los progresos. La gran crisis llegó en septiembre de 1913, cuando Freud y Jung rompieron su relación y se desorganizó el grupo suizo. En ese año, Freud publicó otro de sus trabajos fundamentales, *Totem y tabú.*

A finales de julio de 1914 estalló la Primera Guerra Mundial. Freud, cuyos dos hijos Jean-Martin y Ernst fueron movilizados en el ejército austríaco, siguió la tendencia general de entusiasmo patriótico. Su consulta se vio seriamente mermada. Escribió unas consideraciones acerca de la guerra y la muerte, y sus últimas clases en la Universidad fueron publicadas bajo el título de *Lecciones de introducción al psicoanálisis.* La preocupación por las neurosis de guerra renovó el interés por el psicoanálisis, y a tal efecto se organizó un congreso en Budapest en septiembre de 1918. Pero poco después llegaron la derrota, la desintegración de Austria-Hungría y los años de ruina económica y hambre. Freud fue nombrado oficialmente profesor ordinario en enero de 1920, y el mes siguiente tomó parte en el denominado proceso Wagner-Jauregg.

Gradualmente fueron reanudadas las relaciones internacionales. La consulta de Freud volvió a recibir pacientes procedentes de países extranjeros. Expuso sus teorías revisadas en *Más allá del principio del placer* y en *Psicología de las masas y análisis del yo.*

El año 1923 fue crítico y ominoso [169]. En febrero, Freud notó una placa de leucoplasia en el paladar y la mandíbula. En abril consultó a un especialista, quien realizó una operación y halló que era cancerosa. Fue la primera de una serie de treinta operaciones que sufriría antes de su muerte. Freud acababa de perder a su hija Sophie, y su nieto Heinerle Halberstadt, al que estaba particularmente unido y que vivía con él, murió el 19 de junio de 1923, lo que le causó el dolor más grande de su vida. El 4 y el 11 de octubre sufrió una operación importante con extirpación parcial del maxilar superior y paladar y sustitución por una prótesis. Durante ese año escribió *El yo y el ello.* A partir de entonces, y hasta su muerte, dieciséis años después, vivió rodeado de una aureola mundial, pero su vida fue una sucesión de sufrimientos soportados con valor estoico. El movimiento psicoanalítico se extendía rápidamente; en 1925 Freud escribió *Inhibición, síntoma y angustia,* y un esbozo autobiográfico. En 1926, su trabajo sobre el *Análisis lego* supuso un fuerte argumento en favor de la práctica del psicoanálisis por personas no tituladas. El psicoanálisis se hizo popular en Inglaterra, y aún más en los Estados Unidos, para sorpresa y en ocasiones intranquilidad de Freud.

[169] Seguimos aquí a Ernest Jones, *The Life and Word of Sigmund Freud,* III, Nueva York, Basic Books, 1957, pág. 89.

En 1927 publicó *El porvenir de una ilusión*, una de las críticas más agudas de la religión nunca publicadas, y en 1929 *El malestar de la civilización*. En agosto de 1930 se le concedió el Premio Goethe y en octubre de 1931 recibió un homenaje en la ciudad de su nacimiento, Freiberg, ahora denominada Przibor. En 1932 Freud revisó parte de sus ideas descritas en forma de lecciones ante una audiencia imaginaria, la *Nuevas lecciones de introducción al psicoanálisis*. En 1933 Hitler alcanzó el poder, y el futuro se mostró sombrío para Europa. En 1934 fueron quemados en Berlín los libros de Freud, y en 1936 fue confiscado en Leipzig todo el material de la Editorial Psicoanalítica Internacional. En ese año, con ocasión del ochenta cumpleaños de Freud, Thomas Mann leyó un memorial en su honor[170]. Al mes siguiente se produjo una recurrencia del cáncer de Freud.

Sus amigos y discípulos trataron de persuadirle para que emigrara, pero él se negó. El 12 de marzo de 1938 los nazis entraron en Viena, y Freud se resignó finalmente a emigrar, tras vencer la oposición nazi. Su marcha fue posible merced a las arduas negociaciones de la princesa Marie Bonaparte y de otros amigos influyentes y devotos. Su hijo Ernst le había proporcionado ya un refugio en Londres, y abandonó Viena el 4 de junio de 1938. Al pasar por París fue saludado en la estación por el embajador americano, Bullitt.

Fue recibido en Londres con grandes honores. A pesar de su edad y sus intolerables sufrimientos, su mente permanecía alerta. Tras alguna duda, publicó *Moisés y el monoteísmo*, quizás su escrito más polémico. Recibió la visita y el homenaje de muchos fervientes admiradores, y fue nombrado «fellow» de la Real Sociedad Médica; la delegación llevó a su casa el acta de nombramiento como excepción única. Desde su primera operación en abril de 1923, Freud había sufrido otras treinta y dos, así como tratamientos con rayos X y radioterapia. Tenía la boca llena de cicatrices, y durante años tuvo que llevar una complicada prótesis. Había momentos en que no podía hablar, tragaba con dificultad y oía muy mal. Nunca mostró impaciencia ni irritación, ni se permitió la autocompasión. Rechazó todo tipo de analgésicos para mantener una mente completamente alerta. Murió en Londres, en la casa que su hijo poseía en Hampstead, el 23 de septiembre de 1939, a los ochenta y tres años de edad. Fue incinerado en el crematorio de Golders Green. No hubo ceremonia religiosa, pero le rindieron homenaje el Dr. Ernest Jones en nombre de la Asociación Psicoanalítica Internacional, el Dr. P. Neumann en nombre

---

[170] Thomas Mann, *Freud und die Zukunft*, Viena, Bermann-Fischer Verlag, 1936. Traducción inglesa en *Essays of Three Decades*, Nueva York, Alfred Knopf, 1947, páginas 411-428.

del Comité de Austríacos en Inglaterra, y otro eminente refugiado, el escritor Stefan Zweig [171].

La personalidad de Sigmund Freud

Freud es uno de esos pocos hombres cuya vida y personalidad permanecen en las candilejas y están expuestas a la curiosidad perenne de la humanidad. Trató de protegerse detrás de una pantalla de secretos, pero la leyenda creció a su alrededor y suscitó numerosos juicios contradictorios.

Podemos ver una explicación de ello en los cambios sustanciales que experimentó su personalidad durante su vida. Los relatos de su infancia le describen como el primogénito de una madre joven que le prodigó amor y seguridad. Es muy probable que fuera ella la que le inspiró la progresiva ambición que caracterizaría su vida. En los recuerdos de su hermana Anna, Sigmund aparece como el muchacho mayor privilegiado y como un joven tirano familiar, que le prohibía leer a Balzac y Dumas, y era el único en poseer una habitación y una lámpara de aceite para él sólo [172]. Se quejó de que le molestaban los ejercicios de piano, lo que dio lugar a que éste fuera vendido y sus hermanas se vieran privadas de la enseñanza musical corriente en Viena. En la escuela fue un alumno brillante, siempre en la cabeza de la clase. Así lo confirman los archivos de la escuela, que revelan también que en un escándalo que se produjo en ella Freud no figuraba entre los responsables, sino que fue uno de los que cooperaron con las autoridades facilitando información [173]. Como estudiante de medicina, siguió mostrándose ambicioso y muy trabajador, aunque lo prolongado de sus estudios y los cursos voluntarios que siguió parecen sugerir una cierta falta de sentido práctico.

De los veintisiete a los treinta años, la correspondencia con su novia sigue reflejando su ambición y su ansia de trabajar; Freud se muestra asimismo como un hombre de gustos y desagrados marcados, y como amante ferviente y devoto, aunque en ocasiones posesivo y celoso.

No sabemos mucho acerca de su relación con Martha tras el matrimonio. Los discípulos y visitantes hablan de ella simplemente como de una buena ama de casa y madre, un tanto distante de la obra científica de su marido. A ella se atribuye la frase siguiente: «El psicoanálisis termina en la puerta de la habitación de los niños», lo que parece estar

---

171 Stefan Zweig, «Worte am Sarge Sigmund Freuds», *Erbe und Zukunft*, II (1947), 101-102.

172 Anna Freud Bernays, «My Brother, Sigmund Freud», *American Mercury*, LI (1940), 335-342.

173 Renée Gicklhorn, «Eine Episode aus Sigmund Freuds Mittelschulzeit», *Unsere Heimat*, XXXVI (1965), 18-24.

apoyado por un pasaje de una carta a Fliess del 8 de febrero de 1897. Laforgue relata que, paseando con ella por los bosques vieneses, le oyó el comentario críptico de que «la naturaleza ha permitido que los árboles no crezcan en el cielo» [174]. Su hijo, Jean-Martin, describe a Freud como un buen educador y un padre amable, que tenía tiempo para dedicar a su familia los domingos y las vacaciones de verano [175]. Habla también de su rígida adhesión a los convencionalismos de la vida profesional, y de su resistencia a aceptar innovaciones como la bicicleta, el teléfono y la máquina de escribir.

El primer documento disponible que da una descripción sustancial del carácter de Freud es un informe de sus calificaciones como oficial médico, escrito tras su servicio militar en el ejército austríaco desde el 11 de agosto hasta el 9 de septiembre de 1886. Haremos una traducción de sus partes fundamentales [176].

INFORME SOBRE CALIFICACIONES

Nombre: Dr. Sigmund Freud.

Rango: K. K. Oberarzt, nombrado el 13 de junio de 1882.

Promoción militar: Desde el 11 de agosto al 9 de septiembre de 1886, durante el ejercicio principal, médico jefe de Batallón, y durante la concentración del Regimiento desde el 31 de agosto al 6 de septiembre, médico jefe de Regimiento.

Conocimiento de idiomas: Alemán escrito y hablado perfectamente, francés e inglés buenos, italiano y español regulares.

Aptitudes profesionales y conocimiento del servicio sanitario: Muy diestro en su profesión, conoce exactamente las prescripciones sanitarias y el servicio sanitario.

¿Goza de la confianza de los militares y civiles?: Goza de gran confianza entre los militares y civiles.

Cualidades de mente y carácter: Honrado, carácter firme, alegre.

Celo, método y fiabilidad en el servicio: Gran celo en la realización del deber; es metódico y muy de fiar en el servicio.

¿Está en posesión del uniforme prescrito y del material de vendaje?: Posee el uniforme prescrito y el material de vendaje.

Conducta en el servicio:

1. Ante el enemigo.—No ha servido.
2. Hacia los superiores.—Obediente y abierto, sobre todo modesto.
3. Hacia los iguales.—Amistoso.
4. Hacia los subordinados.—Benevolente, ejerce una buena influencia.
5. Hacia los pacientes.—Muy preocupado por su bienestar, humano.

Conducta fuera del servicio: Muy decente y modesto, modales agradables.

---

174 René Laforgue, «Ein Bild von Freud», *Zeitschrift für Psychotherapie und Medizinische Psychologie*, IV (1954), 210-217.

175 Martin Freud, *Glory Reflected. Sigmund Freud. Man and Father*, Londres, Angus and Robertson, 1957.

176 Este documento ha sido hallado en el Archivo del Ministerio austríaco de la Guerra por la prof. Renée Gicklhorn, quien generosamente proporcionó al autor una fotocopia y le autorizó a utilizarla para el presente trabajo.

Estado de salud, adecuación para el servicio de guerra: Delicado, pero completamente sano, apto para el servicio de guerra.
Calificaciones para la promoción: En el escalafón.

Esta valoración confirma otros datos que le presentan como un hombre de sólido carácter y con un fuerte sentido del deber. Debe destacarse la palabra «alegre» (*heiter*), que no siempre ha estado asociada con el retrato tradicional de su carácter [177].

Las cartas a Fliess, escritas durante el siguiente período de su vida, revelan su ambición, su deseo de realizar un trabajo de gran magnitud, su amistad apasionada, sus alteraciones depresivas, su juicio crítico de muchas personas y su sentimiento de aislamiento en un mundo hostil.

A partir de 1900, la personalidad de Freud aparece con una nueva luz. Su autoanálisis ha transformado al joven médico inseguro en el firme fundador de una nueva doctrina y escuela, consciente de haber realizado un gran descubrimiento que considera misión suya darlo a conocer al mundo. Por desgracia, carecemos de descripciones contemporáneas de Freud durante ese período. La mayoría de los relatos acerca de él fueron escritos mucho más tarde, después de 1923.

En ese período, su personalidad sufrió ciertas transformaciones debidas a su fama mundial y a los sufrimientos físicos causados por su implacable enfermedad. Sus cartas, así como los testimonios de sus discípulos, le muestran como un buen esposo, padre, hijo, amigo y médico, de ánimo benévolo y dotado de gran tacto para escribir las cartas o elegir los regalos, desprovisto además de cualquier tipo de afectación o teatralidad; como un maestro capaz de llevar a cabo un movimiento en medio de circunstancias difíciles; y como un hombre enfrentado a sus sufrimientos físicos y al conocimiento de su muerte inmediata con el máximo valor. Aparecía, por tanto, a los ojos de sus allegados como una rara personificación de sabio y héroe.

A continuación damos algunos ejemplos de la impresión que causaba en quienes le entrevistaban.

La primera entrevista conocida dada por Freud fue la concertada, con ocasión de su viaje a América, con un periodista de Boston, quien le ha descrito de la manera siguiente:

A la primera mirada se ve que es un hombre de gran refinamiento, inteligente y con una formación polifacética. Sus ojos claros, agudos, todavía alegres, revelan en

---

177 El autor mostró este documento a un antiguo amigo de Viena que está familiarizado con investigación de archivos y que, en su juventud, sirvió en el ejército austro-húngaro. Después de una lectura cuidadosa, se lo devolvió con una sonrisa y dijo: «Esto demuestra que Freud estaba en buenas relaciones con el oficial que escribió el informe».

seguida al médico. Su alta frente, con las grandes gibas de la observación, y sus enérgicas y maravillosas manos, son muy llamativas [178].

Existe una gran laguna entre esta entrevista y las siguientes, hechas con posterioridad a 1923; es decir, durante el período en que la personalidad de Freud sufrió la transformación ligada con su fama mundial y con el cáncer que convirtió su vida en un martirio. Fue después cuando recibió a la mayoría de los visitantes y cuando se escribió la mayor parte de los escritos a él concernientes.

Recouly, periodista francés, calificó el apartamento de Freud de museo y afirmó que el propio Freud tenía el aspecto de un viejo rabino:

> Vemos un tipo judío muy acentuado, con el aspecto de un viejo rabino acabado de llegar de Palestina y la cara fina y demacrada de un hombre que ha pasado días y noches discutiendo con sus seguidores iniciados sobre las sutilezas de la ley; en él se advierte una vida cerebral muy intensa y el poder de jugar con las ideas como un oriental juega con las cuentas de ámbar de su collar. Cuando habla de su doctrina, de sus discípulos, lo hace con una mezcla de orgullo y apartamiento. Sin embargo, es aquél el que domina [179].

Max Eastmann, en 1926, se vio confundido por la injuriosa prevención que Freud desplegaba contra los Estados Unidos y la forma sorprendentemente abierta con que se expresaba ante los visitantes americanos [180].

André Breton escribió que «el psicólogo más grande de la época vive en una casa de apariencia mediocre, en un barrio perdido de Viena» [181]. Juzgó bonita a la criada que abrió la puerta. Cuando, por último, llegó al despacho de Freud, dice, «me encontré en presencia de un anciano pequeño y modesto que recibía en su raído despacho como un médico de los pobres».

Para el comediógrafo Lenormand, el despacho de Freud era «como el de cualquier profesor universitario» [182]. Freud le mostró las obras de Shakespeare y de los trágicos griegos en sus estanterías y dijo: «Aquí están mis maestros». Mantenía que los temas esenciales de sus teorías estaban basados en la intuición de los poetas.

Schultz, psiquíatra alemán, describió a Freud como un hombre de estatura algo más que mediana, ligeramente encorvado, de complexión fuerte y con los modales físicos de un profesor; le recordaba grande-

---

178 Adelbert Albrecht, «Prof. Sigmund Freud. The Eminent Vienna Psycho-Therapeutist Now in America», *Boston Evening Transcript* (11 de septiembre de 1909), 3.

179 Raymond Recouly, «A Visit to Freud», *Outlook*, Nueva York, CXXXV (5 de septiembre de 1923), 27-29.

180 Max Eastmann, *Heroes I Have Known. Twelve Who Lived Great Lives*, Nueva York, Simon y Schuster, 1942, págs. 261-273.

181 André Breton, *Les Pas perdus*, París, Gallimard, 1924, págs. 116-117.

182 H. R. Lenormand, *Les Confessions d'un auteur dramatique*, I, 2 vols., París, Albin Michel, 1949, págs. 270-271.

mente a Paul Ehrlich [183]. Usaba barba, corta y completa, llevaba gafas y tenía una mirada penetrante. Combinaba una actitud objetiva, intelectual, con un espíritu alegre y una amabilidad típicamente austríaca, y se expresaba en lenguaje clásico, cuidado. Schultz le catalogó como un hombre extraordinariamente dotado, con una gran armonía de personalidad. «¿No cree usted realmente que es capaz de curar?» le preguntó Freud. Schultz replicó: «De ninguna forma, pero uno, como hace el jardinero, puede quitar impedimentos para el crecimiento personal». «Entonces nos entenderemos», respondió Freud.

Viktor von Weizsäcker describió a Freud como un «instruido hombre de mundo, de gran cultura burguesa» [184]. En su despacho había una larga fila de antiguas estatuillas de bronce y terracota, sátiros, diosecillos y otras curiosidades. «No mostraba trazas de pedantería, y su conversación se deslizaba fácilmente de los temas serios y difíciles a la charla ligera y graciosa. Siempre estaba presente el hombre eminente». Era obvio que Freud sufría físicamente, pero no resultaba agobiante para los que le rodeaban.

Emil Ludwig relata que le visitó en la depresión de 1927 y afirmó que su interpretación de las vidas de Goethe, Napoleón y Leonardo da Vinci era fantástica [185].

Una periodista francesa, Odette Pannetier, que se había labrado una sólida reputación por sus mistificaciones literarias, obtuvo una entrevista de Freud [186]. Sabiendo que éste, enfermo y con ochenta años, había cerrado sus puertas a los periodistas, afirmó ser una paciente con fobia a los perros y le llevó una carta de recomendación de un psiquíatra francés. La entrevista, como ella le describió, lejos de hacer quedar en ridículo a Freud, le mostró como un hombre agradable, de buen humor, que no parecía haber tomado su fobia demasiado en serio. Pidió ver al marido de ella, explicando el coste y las dificultades del tratamiento. «Le tendí un sobre. Sus modales parecían más amistosos que profesionales. Sin embargo, lo tomó».

Los relatos hechos por personas analizadas por Freud datan en su mayor parte de los últimos años de su actividad. Roy Grinker le presentá como un sabio y una fuente de sabiduría [187]. Hilda Doolittle describió,

---

183 J. H. Schultz, *Psychotherapie, Leben und Werk grosser Aerzte*, Stuttgart, Hippokrates-Verlag, 1952.

184 V. von Weizsäcker, *Erinnerungen eines Arztes. Natur und Geist*, Gotinga, Vandenhoeck und Ruprecht, 1954, págs. 173-174.

185 Emil Ludwig, *Der entzauberte Freud*, Zurich, Carl Posen Verlag, 1946, páginas 177-180.

186 Odette Pannetier, «Visite au Professeur Freud. Je me fais psychanalyser», *Candide*, XIII, núm. 645 (23 de julio de 1936). Traducción inglesa, «Appointment in Vienna», *The Living Age*, Nueva York, CCCLI (octubre de 1936), 138-144.

187 Roy R. Grinker, «Reminiscences of a Personal Contact with Freud», *American Journal of Orthopsychiatry*, X (1940), 850-854.

en términos muy poéticos, la inspiración que obtuvo de su análisis [188]. Joseph Wortis, que se sometió a un análisis didáctico de cuatro meses de duración en 1934, llevó un diario de las sesiones y lo refundió en forma de libro [189]. Su relato muestra gran parte de la técnica utilizada por Freud y cómo daba éste su opinión sobre todos los temas posibles: el dinero, el socialismo, la ancianidad, la mujer americana, la cuestión judía, etc.; también hacía punzantes comentarios sobre ciertos colegas.

Para concluir, mencionaremos las entrevistas que Bruno Goetz celebró con Freud en 1904 y 1905, y que relató de memoria casi medio siglo después [190]. En aquellos años Goetz era un estudiante pobre y hambriento de Viena que sufría violentas neuralgias faciales. Uno de sus profesores le aconsejó que consultara al Dr. Freud, al que él había mostrado algunos de los poemas del propio Goetz. Éste se sintió impresionado por la forma como Freud le reconoció, con sus «ojos maravillosamente amables, pálidos, fuertemente cordiales». Freud le dijo que encontraba sus poemas excelentes, pero añadió: «Te escondes detrás de las palabras en lugar de dejarte llevar por ellas». Le preguntó también por qué aparecía tanto el mar en sus versos y si era un símbolo o una realidad para él. Entonces Goetz le contó su vida, diciéndole que su padre había sido marino, cómo había pasado su infancia entre marineros y muchos otros detalles. Freud le dijo que no necesitaba análisis y le prescribió una medicación para su neuralgia. Le consultó después por su situación financiera y así supo que no había comido carne desde cuatro semanas antes de su encuentro. Entonces, disculpándose por tomar el papel de padre, le tendió un sobre con «unos pequeños honorarios por el placer que me has proporcionado con tus versos y la historia de tu juventud». El sobre contenía 200 coronas. Un mes más tarde, Goetz, cuya neuralgia había desaparecido, hizo una segunda visita a Freud, el cual le previno contra su entusiasmo por el *Bhagavad-Gita* y le descubrió sus ideas acerca de la poesía. Varios meses más tarde, antes de volver a Munich, Goetz fue a despedirse de Freud, el cual criticó algunos de sus artículos que había leído en el intervalo, y añadió: «Es bueno que no nos veamos durante algún tiempo y que no hablemos», y pidió a Goetz que no le escribiera.

Freud era un hombre de estatura media (algunos lo encontraban bajo), delgado en su juventud y más rechoncho según pasaron los años. Tenía los ojos castaños, el pelo castaño oscuro y una barba bien cuidada, más larga en sus años jóvenes que posteriormente. Fue siempre un duro trabajador, incluso durante los peores períodos de su enfermedad. Su único

188 Hilda Doolittle, «Writings on the Wall», *Life and Letters To-day*, XLV (1945), 67-98, 137-154; XLVI, 72-89, 136-151; XLVIII, 33-45.

189 Joseph Wortis, *Fragments of an Analysis with Freud*, Nueva York, Simon and Schuster, 1954.

190 Bruno Goetz, «Erinnerungen an Sigmund Freud», *Neue Schweizer Rundschau*, XX (mayo 1952), 3-11.

deporte era caminar durante las vacaciones de verano. Era un empedernido fumador de cigarros, hasta el punto de poner en peligro su vida, pero los intentos de dejar de fumar le causaban tanto malestar que pronto volvía a comenzar. De los relatos que tenemos de él, se pueden extraer dos imágenes muy distintas. Algunas personas se mostraban impresionadas por lo que calificaban de frialdad, y C. G. Jung afirmó incluso que su principal característica era la amargura: «cada palabra está impregnada de ella... Su actitud es la de una persona que se siente completamente mal interpretada, y sus maneras parecen decir siempre: 'Si no comprenden, se pueden ir al infierno'»[191]. Freud perteneció sin duda al grupo de los que «no pueden soportar alegremente a los necios». Podía llegar además muy lejos en su resentimiento hacia quienes creía, cierta o falsamente, que le habían ofendido[192]. Muchos otros lo describen como un hombre extremadamente amable y civilizado, lleno de ingenio y humor y con gran encanto. Es como si en él se hubieran unido la suspicacia y frialdad de su madre con la amable naturaleza de su padre.

Era proverbial su extraordinaria energía; combinaba la infinita capacidad de trabajo con una intensa concentración sobre un objetivo. El valor físico estaba aliado con el valor moral, como se manifestó en su estoica actitud durante los últimos dieciséis años de su vida. Su convicción de la verdad de sus teorías era tan completa que no admitía contradicciones. Tal postura fue calificada de intolerancia por sus oponentes y de pasión por la verdad por sus seguidores.

Vivió, moral, social y profesionalmente, de acuerdo con los papeles más altos de un hombre de su época y condición. Hombre de honradez escrupulosa y gran dignidad profesional, rechazó despreciativamente cualquier sugestión de prestar su nombre con fines comerciales. Era muy puntilloso, cumplía exactamente sus citas, y sujetaba todas sus actividades a un horario, programándolas por horas, días, semanas y años. Era igualmente meticuloso en cuanto a su aspecto. En visión retrospectiva, algunos de estos rasgos han sido considerados obsesivo-compulsivos, pero son normales y frecuentes en el contexto de la época[193]. De un hombre de su posición se esperaba una dignidad y un decoro considerables. Decir que Freud no era vienés indica una confusión entre el tipo estereotipado de la opereta vienesa y la realidad histórica[194].

---

191 C. G. Jung, *Notes on the Seminar in Analytical Psychology Conducted by C. G. Jung*, Zurich, 23 de marzo a 6 de julio de 1925.

192 Un ejemplo ocurrió en 1936, cuando se negó a ver a Janet en Viena, creyendo (con gran inexactitud) que éste le había insultado en 1913. Otro fue su comentario cuando conoció la noticia de la muerte de Adler (ver cap. VIII, pág. 733).

193 Ernest Jones, en *The Life and Work of Sigmund Freud*, I, Nueva York, Basic Books, 1953, págs. 335-336, habló de «fobia a los viajes», porque Freud iba a la estación una hora antes de la salida del tren. En realidad, era una conducta práctica en una época en que no se podían reservar los asientos.

194 Aquellos vieneses a los que realmente disgustaba Viena emigraban; los que la

La dificultad para comprender la compleja personalidad de Freud ha llevado a muchos a buscar una noción básica que la hiciera inteligible. Se han dado interpretaciones suyas como judío, como profesional vienés de su época, como romántico, como hombre de letras, como neurótico y como genio.

Freud [195] escribió en 1930 que estaba completamente apartado de la religión de sus antepasados (así como de cualquier otra) y que no podía adoptar la idea nacionalista judía, pero nunca negó pertenecer a su gente, pues sentía su singularidad como judío y no deseaba ser otro, y si alguien le hubiera preguntado qué quedaba de judío en él, habría respondido: «No mucho, pero probablemente lo principal» [196]. Sus sentimientos judíos parecieron seguir la misma curva que los de muchos de sus contemporáneos austríacos. Cuando nació apenas podía hablarse en Austria de antisemitismo. Durante su juventud empezó a extenderse en ciertas asociaciones de estudiantes. En las dos últimas décadas del siglo XIX aumentó, pero difícilmente podía obstaculizar la carrera de un profesional. En proporción con este incremento del sentimiento antisemita, en particular después de la Primera Guerra Mundial, revivió el sentimiento de la identidad judía, y muchos que se habían sentido inclinados a rechazarla volvieron a ella con redoblado entusiasmo. Probablemente, la mejor interpretación de la personalidad de Freud como judío sea la dada por Hyman:

> He aquí el muchacho, creciendo en una familia judía de la clase media en la que impera la fábula de que desciende de eruditos famosos, y con una legendaria historia familiar que se remonta hasta la destrucción del Templo. Es el primogénito y el querido de su madre, el «erudito» mal criado y el orgullo de su padre, el favorito de sus profesores. Sabemos que será un poco radical en su juventud, pero que pronto se asentará y se convertirá en un buen esposo y un padre amante e indulgente, apasionado jugador de cartas y gran conversador entre sus amigos. Es ambivalente sobre su semitismo, como cientos de semi-intelectuales que conocemos. Le disgusta el cristianismo, sus amigos son casi todos judíos, se siente fascinado por los ritos judíos, pero se burla de ellos porque los considera supersticiones, juega con la conversión, pero nunca es serio, ambiciona el éxito y la fama, y desprecia por tanto el *Goyim* sin ambiciones, no cree que cualquier autor gentil (en este caso George Eliot) pueda escribir acerca de los judíos y saber cosas que «hablamos sólo entre nosotros», sufre de fantasías «*schnorrer*» (en el propio término de Freud) acerca de la herencia de

amaban pretendían odiarla, pero se quedaban. «El vienés es un hombre descontento de sí mismo, que odia a los vieneses pero no puede vivir sin ellos», dijo Hermann Bahr, *Wien*, Stuttgart, Krabbe, 1906, pág. 9; Martin Freud, *Glory Reflected*, Londres, Angus and Robertson, 1957, pág. 48, expresa grandes dudas acerca del supuesto desagrado de su padre por Viena.

[195] Sigmund Freud, Prólogo a la traducción hebrea de *Totem and Taboo*, *Gesammelte Schriften*, XII, 1934, pág. 385. Edición corriente, XIII, pág. 15.

[196] Freud nunca mostró la menor simpatía por el movimiento sionista, ni tuvo contacto personal con Theodor Herzl, aunque ambos vivían en Viena y tenían muchas amistades comunes. El nombre de Freud no aparece en las 1.800 páginas impresas del diario de Herzl: Theodor Herzl, *Tagebücher*, 3 vols., Berlín, Jüdischer Verlag, 1922-1923.

riquezas inmerecidas, y se identifica a sí mismo con el heroísmo judío de la historia y la leyenda («Muchas veces me siento como si hubiera heredado la pasión de nuestros antepasados cuando defendían el Templo»). Podemos estar seguros de que este muchacho acabará en el B'nai B'rith, y así es. Si nos hubieran dicho que este doctor Freud viviría bien como médico general, proporcionaría una buena formación a sus hijos y nunca se oiría hablar de él fuera de la vecindad, no nos habríamos sorprendido [197].

No cabe duda de que hubo, entre los contemporáneos de Freud, muchos judíos cuyas vidas y carreras siguieron un patrón semejante (sin obtener, en cambio, fama mundial). Puede resultar instructiva la comparación entre Freud y Breuer. Este último, víctima de las intrigas, perdió la oportunidad de seguir una brillante carrera docente, pero nunca atribuyó sus fracasos al antisemitismo y declaró que estaba muy contento con la vida que llevaba; en cambio, Freud se refirió repetidas veces a la actitud hostil de los colegas y oficiales antisemitas. Hablando de su padre, Breuer destacó cuán maravilloso había sido para un hombre de su generación verse libre del ghetto y tener la posibilidad de entrar en un mundo más amplio; la única referencia que hace Freud a la juventud de su padre es la historia de la afrenta que sufrió de un gentil. Breuer dedicó la mitad de su autobiografía a elogiar a su padre, en contraste con Freud, quien no se recató de expresar sus sentimientos de hostilidad. Breuer criticó la hipersensibilidad de los judíos frente al más ligero atisbo de antisemitismo, y lo atribuyó a una asimilación imperfecta; desde el principio, Freud sintió que pertenecía a una minoría perseguida y atribuyó su fuerza creadora en parte al hecho de haber sido obligado a pensar de forma distinta que la mayoría. Benedikt, en su autobiografía, dio una larga lista de quejas de numerosos de sus contemporáneos, pero nunca los acusó de antisemitismo. Así, ser judío en Viena podía llevar a adoptar distintas actitudes hacia el judaísmo y el mundo gentil, lo cual no era obstáculo para sentirse completamente vienés al mismo tiempo.

También se puede estudiar a Freud como un representante típico del mundo profesional vienés de finales del siglo XIX. En Viena, crisol étnico y social, no era extraño que un hombre de la clase media baja pudiera subir en la escala social y alcanzar, mediada su vida, un estado social y financiero bastante alto, siempre que hubiera asistido a la escuela secundaria y a la universidad. Tal fue el caso de Josef Breuer, hijo de un modesto profesor, que se convirtió en uno de los médicos más famosos de la capital y que ciertamente podría haber llegado más lejos si se lo hubiera propuesto. Desde luego, había que estar dotado, ser ambicioso y trabajador —y Freud reunía todas estas condiciones. Siendo médico, para progresar había que enfrentarse a un período de trabajo mal pagado

[197] Stanley Edgar Hyman, «Freud and Boas: Secular Rabbis?», *Commentary*, volumen XVII, núm. 3, 1954, págs. 264-267.

en un hospital, de enseñanza como *Privatdozent*, de intensa competencia, y de esfuerzo en tareas científicas poco recompensadas. Freud fue uno de los que superaron estas pruebas con éxito. Desde los treinta y cinco años pudo vivir la vida de un rico burgués vienés, tener una gran casa con varios criados en uno de los mejores barrios residenciales de Viena, tomar tres meses de vacaciones de verano en Austria y el extranjero, leer la *Neue Freie Presse* y cumplir estrictamente las obligaciones de su profesión. Poseía también en alto grado los modales de la alta burguesía vienesa de su época: cultura refinada y polifacética, exquisita urbanidad, buen humor natural y el arte de la conversación. *La interpretación de los sueños, Psicopatología de la vida cotidiana* y *El chiste y su relación con el inconsciente*, están llenos de alusiones a la vida vienesa y a los acontecimientos locales y contemporáneos. Freud era vienés de pies a cabeza (incluida la afectación característica de odiar a Viena).

Compartía también la escala de valores de su clase. David Riesman, tratando de reconstruir la *Weltanschauung* de Freud a partir de sus escritos, resaltó sus nociones del trabajo y del juego [198]. Freud concebía el mundo del trabajo como el mundo real, e incluso extendía esta opinión al inconsciente, al hablar del «trabajo del sueño» y del «trabajo de la aflicción», en oposición al mundo del placer, que es el de los niños, los inmaduros, los neuróticos, la mujer y la aristocracia. Consideraba como criterios de salud mental la capacidad para trabajar y para gozar del placer. Con esta fórmula expresaba el ideal de la industriosa burguesía vienesa, que cumplía exactamente las exigencias de su posición, pero que clamaba por su participación en los placeres de la ciudad. Freud concebía la sociedad como natural y necesariamente autoritaria, y la familia como patriarcal. Al igual que él había respetado a sus maestros, así esperaba que sus discípulos le respetaran a él. Por lo demás, no concordaba en todos los detalles con cierto tipo de la clase alta vienesa. No frecuentaba el teatro ni la ópera, ni tenía aventuras con actrices. La conducta puritana y la monogamia no resultaban tan excepcionales como la leyenda pretende resaltar. Algunos de los que han dicho que Freud no era vienés han comprendido mal el carácter suyo y de Viena.

La personalidad de Freud se puede ver también desde el aspecto romántico. Wittels ha dicho que, siendo contemporáneo de la Alemania de Bismark, sus ideales eran los de la Alemania de Goethe [199]. En su estilo de vida había mucho de romanticismo. Las cartas a su novia muestran la misma exaltación que palpita, por ejemplo, en las que dirigió Herzen a su amada. Su apasionada relación con Fliess, que tan extraña resulta

198 David Riesman, *Individualism Reconsidered and Other Essays*, Nueva York, The Free Press, 1954, págs. 305-408.

199 Fritz Wittels, *Freud and His Time*, Nueva York, Grosset and Dunlap, 1931, páginas 3-46.

para nuestra mentalidad, era semejante a la que se encontraba entre los jóvenes románticos, como si el propio Freud se identificara a sí mismo con la figura byroniana del héroe solitario que lucha contra una hueste de enemigos y dificultades. Las reuniones semanales de amigos en *cénacles* eran habituales entre los poetas, estudiantes y jóvenes científicos románticos. En 1900, en cambio, los científicos se reunían en las sociedades oficiales. El grupo de los miércoles por la tarde en casa de Freud podía haber estado en relación con los poetas neorrománticos o, un siglo antes, con los científicos románticos. La formación de un grupo secreto de seis discípulos elegidos que juraban su lealtad a la defensa del psicoanálisis y recibían un anillo de Freud era una idea eminentemente romántica. El que Freud abrigara repentinamente sentimientos de patriotismo austríaco, después de un largo período de indiferencia política, cuando estalló la guerra, es una reminiscencia del fervor patriótico de los jóvenes románticos alemanes en 1806. Finalmente, gran parte del psicoanálisis se puede comprender como una reviviscencia de los conceptos de la filosofía de la naturaleza y de la medicina romántica.

Wittels encontró la clave de la personalidad de Freud en la identificación de éste con Goethe, recordando que eligió su vocación después de oír el poema *Sobre la naturaleza* [199]. En él se repiten la idea de la belleza y el interés por el arte y la arqueología de Goethe, así como su concepto de la ciencia, con su búsqueda de factores arquetípicos. El estilo literario de Freud está modelado a partir del de Goethe; la influencia de éste se aprecia incluso en su predilección por ciertas palabras, como «internacional» (en el sentido de supranacional).

Freud puede ser concebido también como hombre de letras. Poseía en alto grado los atributos de gran escritor. Atesoraba grandes dotes lingüísticas y verbales, un intenso amor por su idioma nativo, una gran riqueza de vocabulario y el *Sprachgefühl* (sentimiento del lenguaje) que infaliblemente le llevaba a elegir la palabra adecuada [200]. Incluso sus primeros artículos sobre histología están escritos en un estilo magnífico. Como señaló Wittels:

> Para los lectores que no están interesados profesionalmente, muchas veces lo que dice no es tan importante como la forma fascinante como lo dice. Las traducciones de sus escritos no pueden reproducir el espíritu alemán de sus trabajos. La magia del lenguaje es indesplazable. Si se desea realmente comprender el psicoanálisis de Freud desde el principio, hay que leer sus libros en su propio idioma...

Tenía además, el don de la curiosidad intelectual que impulsa a un escritor a observar a sus compañeros para tratar de penetrar en sus vidas,

200 Entre los diversos estudios sobre Freud como escritor, ver particularmente el de Walter Muschg, «Freud als Schriftsteller», *Die Psychoanalytische Bewegung*, II (1930), 467-509.

sus amores, sus actitudes íntimas. (Curiosidad que ha sido bien descrita por Flaubert y Dostoievski). En tercer lugar, le gustaba escribir, tanto cartas como diarios, ensayos y libros: *nulla dies sine linea.* Para un hombre de letras, escribir los propios pensamientos e impresiones es más importante que comprobar su exactitud. Este es el principio del método de Börne: escribir las impresiones inmediatas propias acerca de todo, buscar la sinceridad sobre todo; así es también como Popper-Lynkeus escribió sus ensayos. Los de Freud sobre Miguel Ángel y Leonardo da Vinci pueden considerarse escritos a la manera de Börne. En cuarto lugar, poseía una de las más raras cualidades de un gran escritor, a la que Paul Bourget denominó credibilidad. Los escritores mediocres pueden hacer que una historia verdadera parezca inventada, mientras que un gran escritor puede hacer que parezcan verdad las historias más increíbles. Un historiador hebreo, comentando *Moisés y el monoteísmo,* dio una larga lista de inexactitud e imposibilidades en él contenidas, pero añadió que, con su gran talento, el autor había hecho una historia plausible de este cúmulo de imposibilidades [201]. Freud refería repetidamente que los grandes poetas y escritores habían precedido a los psicólogos en la exploración de la mente humana. Citaba muy a menudo a los clásicos griegos, a Shakespeare, Goethe, Schiller, Heine y muchos otros. No cabe duda de que podría haber sido uno de los escritores más famosos del mundo, pero que, en lugar de utilizar su conocimiento profundo e intuitivo del alma humana para la creación de obras literarias, intentó formularlo y sistematizarlo.

Se han hecho diversas interpretaciones de su personalidad a la manera de aquellas «patografías» que hizo famosas Moebius y que desarrollaron posteriormente los psicoanalistas [202]. Maylan explicó su obra y su personalidad a través del complejo de su padre [203]. Natenberg recogió, a partir de los escritos y el material biográfico disponible de Freud, todas las pruebas de neurosis, y las reunió en la semblanza de un individuo profundamente perturbado, con un sistema delirante [204]. En la patografía de Erich Fromm, Freud aparece como un fanático de la verdad que, ayudado por varios rasgos neuróticos, estaba imbuido por la convicción de que tenía la misión de dirigir una revolución intelectual para transformar el mundo por medio del movimiento psicoanalítico [205]. Percival Bailey le retrata como una especie de genio excéntrico y desmañado que invocaba

---

201 Ludwig Koehler, *Neue Zürcher Zeitung,* núm. 667, 16 de abril de 1939.

202 P. J. Moebius, *Augewählte Werke,* vol. V, *Nietzsche,* Leipzig, Barth, 1904.

203 Charles E. Maylan, *Freuds tragischer Komplex, Eine Analyse der Psychoanalyse,* Munich, Ernst Reinhardt, 1929.

204 Maurice Natenberg, *The Case History of Sigmund Freud. A Psycho-biography,* Chicago, Regent House, 1955.

205 Erich Fromm, *Sigmund Freud's Mission. An Analysis of his Personality and Influence,* Nueva York, Grove Press, 1963.

el antisemitismo y la hostilidad de sus colegas como excusa para sus fracasos, y que se extraviaba construyendo fantásticas teorías [206]. Maryse Choisy vio en la raíz de su personalidad y su trabajo la debilidad de su libido: «¿No es entonces la teoría de Freud una racionalización de su propia inhibición sexual?» [207]. Según Alexander, sufrió un conflicto no resuelto entre la alternativa de permanecer en la oposición y sus ansias de ser completamente reconocido [208].

En Freud se han señalado diversos rasgos catalogados como neuróticos. Se ha dicho de él que era crédulo en algunas materias (creía, por ejemplo, en la propaganda de guerra de los imperios centrales), que cometió errores de juicio en ciertas personas, que mantuvo resentimientos injustificados contra otras, así como prejuicios contra la civilización americana, que era intolerante, que cometió indiscreciones al hablar de alguno de sus pacientes, que demostró excesivo interés por las cuestiones de prioridad aunque pretendía no preocuparse de ellas, que se atribuyó el origen de numerosos conceptos ya existentes, y que fue un adicto del tabaco [209]. Incluso su conducta puritana y su estricta monogamia han sido considerados anormales: la poetisa Anna de Noailles, después de visitarle, quedó sorprendida de que un hombre que había escrito tanto acerca de la sexualidad no hubiera sido nunca infiel a su esposa [210]. Marthe Robert excusó su forma de vida puritana porque, dijo, en el momento en que había adquirido su conocimiento de la sexualidad era demasiado viejo para cambiar [211]. En la actualidad, en todo esto no hay nada que justifique un diagnóstico de neurosis. Mucho más difícil es saber por qué su hipersensibilidad y el sentimiento subjetivo de aislamiento le pudieron llevar a la convicción de que era rechazado y sometido a ostracismo, convicción ésta que todos los documentos disponibles muestran que era infundada [212].

Que nosotros sepamos, K. R. Eissler es el único autor que intentó un estudio sistemático de Freud como genio [213]. En un libro anterior sobre

[206] Percival Bailey, *Sigmund the Unserene. A Tragedy in Three Acts*, Springfield, Ill., Charles C. Thomas, 1965.

[207] Maryse Choisy, *Sigmund Freud: A New Appraisal*, Nueva York, Philosophical Library, 1963, pág. 48.

[208] Franz Alexander, «The Neurosis of Freud», *Saturday Review of Literature* (2 de noviembre de 1957), 18-19.

[209] Robert Merton, «Resistance to the Systematic Study of Multiple Discoveries in Science», *Archives Européennes de Sociologie*, IV (1963), 237-282.

[210] Maryse Choisy, *Sigmund Freud. A New Appraisal*, Nueva York, Philosophical Library, 1963, págs. 48-49.

[211] Marthe Robert, *La Revolution psychanalytique*, I, París, Payot, 1964, págs. 93-94.

[212] Un ejemplo entre muchos es la creencia de Freud de que *La interpretación de los sueños* encontró únicamente el silencio o la crítica destructiva cuando, de hecho, tuvo un número considerable de críticas positivas o entusiastas. Ver también cap. X, págs. 878-879.

[213] K. R. Eissler, *Freud: Versuch einer Persönlichkeitsanalyse* (dactilografiado). El autor está muy agradecido al doctor K. R. Eissler por haberle dado este estudio y autorizado a citarlo aquí.

Goethe, el propio Eissler define el genio como «...la persona que es capaz de recrear el cosmos humano, o parte de él, de forma que sea comprensible para la humanidad y contenga un aspecto nuevo, hasta entonces no percibido, de realidad». Es el resultado de una combinación extraordinaria de factores y circunstancias. En la raíz yace un factor innato, biológico: en Goethe era la intensidad y calidad de la función del sueño, que estaba al servicio de la creación[214]; en Freud, una perfecta maestría del lenguaje. Pero la aparición del genio requiere también un conjunto completo de factores ambientales. Por ser el primogénito y el hijo más querido de una joven madre, que a su vez era la segunda esposa de un hombre mayor que se llamaba Jacob, Freud estaba predestinado e identificado con el carácter bíblico de José, el intérprete de los sueños que superó a su padre y hermanos. El joven Sigmund había empleado su libido en el trabajo científico y en sus ambiciones; su encuentro con Martha Bernays le llevó a dirigirle en parte hacia ella y el mundo exterior; pero los cuatro años de compromiso entrañaron una grave frustración, de la que surgió un grado más alto de sublimación. Por Martha, Freud abandonó sus sueños de ambición científica, volvió al trabajo clínico, y fue esta renunciación la que le permitió realizar descubrimientos en el campo de las neurosis. Su correspondencia diaria con Martha aguzó su habilidad para la observación psicológica y la introspección. Eissler piensa que este período de compromiso de cuatro años fue el instrumento que determinó la reestructuración de la personalidad de Freud, que a su vez hizo posible su autoanálisis y posteriormente la aparición gradual de una nueva visión del mundo, es decir, del psicoanálisis.

Sin embargo, todavía no ha llegado el momento en que podamos adquirir una valoración completamente satisfactoria de la personalidad de Freud. Los datos son insuficientes (nuestro conocimiento de su infancia es tan escaso como lo era el de su autoanálisis antes de la publicación de la correspondencia de Fliess). Parece inconcebible que, según pasa el tiempo, se haga cada vez más difícil comprenderlo. Freud pertenecía a un grupo de hombres del mismo molde, entre los que se incluyen Kraepelin, Forel y Bleuler, que habían soportado un gran largo entrenamiento en la disciplina intelectual y emocional; eran hombres de amplia cultura, costumbres puritanas, energía ilimitada y fuertes convicciones, que defendían vigorosamente. A pesar de todas las divergencias personales o doctrinales, eran capaces de comprenderse inmediatamente, mientras que su tipo ascético-idealista se hace cada vez más extraño para la generación hedonista-utilitaria.

---

214 K. R. Eissler, *Goethe: A Psychoanalytic Study, 1775-1786*, 2 vols., Detroit, Wayne State University Press, 1963.

Contemporáneos de Freud

La personalidad de Freud, como la de cualquier otro hombre, no se puede comprender del todo si se aísla del contexto de sus contemporáneos, sus paralelismos, divergencias e interrelaciones. De éstos, elegiremos a Wagner von Jauregg, quien, al mismo tiempo que seguía el camino tradicional, hizo importantes descubrimientos en psiquiatría, y a Arthur Schnitzler, que comenzó como neuropatólogo y se convirtió en uno de los más grandes escritores austríacos.

Julius Wagner von Jauregg, hijo de un funcionario público, nació el 7 de marzo de 1857, un año después que Freud [215]. Según su autobiografía, eligió medicina sin tener una vocación especial para ella, y se inscribió en la Facultad de Viena en octubre de 1874 (un año después que Freud) [216]. Al contrario que éste, terminó sus estudios de medicina en el tiempo mínimo, aunque hizo también trabajos adicionales en laboratorios a partir del tercer año. Su gran maestro fue el profesor de patología experimental Solomon Stricker. Al igual que Freud, su primera publicación científica apareció en las Actas de la Real e Imperial Academia de Ciencias, cuando estudiaba cuarto año. Se licenció el 14 de julio de 1880 y permaneció en el laboratorio de Stricker, donde encontró a Freud, con el que llegaría a tratarse con el familiar *Du*. Sabedor de que no tenía futuro con Stricker, Wagner-Jauregg dirigió su atención a la medicina clínica, jugó durante algún tiempo con la idea de emigrar a Egipto, estudió con Bamberger y Leidesdorf, e incluso estuvo interesado, en una ocasión, por la investigación de las propiedades anestésicas de la cocaína. En 1885 le nombraron *Privatdozent* de neuropatología, después de que su maestro Leidesdorf hubiera vencido la fuerte oposición de Meynert. Tres años más tarde obtuvo el título de *Privatdozent* de psiquiatría. Este paso, que Freud no había dado todavía, abrió a Wagner-Jauregg la posibilidad de un nombramiento superior como profesor titular. En 1889 fue designado profesor extraordinario de psiquiatría en Graz, y en 1893 (cuando Freud y Breuer acababan de publicar su *Comunicación preliminar*), profesor titular de de psiquiatría en Viena.

La obra psiquiátrica de Wagner-Jauregg está caracterizada por tres éxitos fundamentales. Primero, observando que el cretinismo está relacionado con una deficiencia de yodo y que podría ser evitado por la ingesta regular de sal yodada, luchó por la aplicación en gran escala de esta medida profiláctica, lo que dio lugar a la casi total desaparición del

---

215 E. Menninger-Lerchenthal, «Julius Wagner-Jauregg», *Die Furche* (20 de abril de 1957).

216 Julius Wagner von Jauregg, *Lebenserinnerungen*, L. Schönbauer y M. Jentsch eds., Viena, Springer-Verlag, 1950.

cretinismo en ciertas partes de Europa. Su segundo éxito fue el descubrimiento de la cura de la paresia general (situación hasta entonces considerada incurable) mediante la malarioterapia, después de experimentos sistemáticos llevados a cabo durante muchos años. El tercer gran logro fue la propuesta y realización de una reforma de la ley austríaca relativa a los pacientes mentales. Wagner-Jauregg recibió numerosos honores, que culminaron en 1927 con la concesión del premio Nobel. Fue el primer psiquíatra que lo recibió.

Wagner-Jauregg era un activo montañero y caballista y había recibido una educación polifacética. Escribía en un estilo claro y conciso, evitando las comparaciones y la palabrería literaria. Su enseñanza se consideraba buena, aunque no elocuente. Su comportamiento con los estudiantes estaba considerado como autoritario y benevolente. Además de la enseñanza, la investigación, las responsabilidades del hospital y la práctica privada intervenía activamente en muchas sociedades científicas y funciones académicas.

Las personalidades de Freud y Wagner-Jauregg eran tan diferentes que difícilmente se podía esperar que se entendieran. Wagner-Jauregg reconoció por completo el valor del trabajo neurológico de Freud, y posiblemente sus primeros estudios sobre la neurosis, pero no pudo aceptar como científicamente válidos sus posteriores trabajos, como la interpretación de los sueños y la teoría de la libido. Mucho se ha dicho acerca de su hostilidad hacia Freud, aunque en su autobiografía mantiene que nunca manifestó ningún tipo de animosidad hacia él, aparte algunas palabras en broma en reuniones privadas. Sin embargo, uno de sus discípulos, Emil Raimann, se convirtió en adversario de Freud, y éste pareció culpar a Wagner-Jauregg de tales ataques. El inculpado afirmó que Freud, por ser un hombre intolerante, no podía comprender que alguien más permitiera a sus discípulos tener opiniones propias, pero a petición suya pidió a Raimann que cesara en sus críticas, lo que éste hizo. Cuando Freud recibió finalmente el título de profesor ordinario en 1920, fue Wagner-Jauregg el que escribió el informe recomendando su nombramiento. Los seguidores de Freud han señalado que, al término del informe, Wagner-Jauregg tuvo un desliz de la pluma, recomendando el nombramiento como «profesor extraordinario», tachando después el prefijo «extra». Se puede extraer la conclusión de que se sentía reacio, pero que apoyó la candidatura por solidaridad profesional.

Muchas afirmaciones contradictorias han surgido en relación con el denominado proceso Wagner-Jauregg de 1920, acontecimiento sobre el que volveremos posteriormente [217]. Aunque el experto dictamen que Freud presentó fue moderado en sus términos, se desprendía de él cierta renuencia, que se manifestaría luego más abiertamente durante los debates

[217] Ver cap. X, págs. 946-948.

y de la que Wagner-Jauregg se resintió. Sin embargo, cuando los dos eran ya viejos y famosos, se intercambiaron felicitaciones por sus ochenta cumpleaños en un tono casi regio. Como dijo K. R. Eissler:

> Dada la enorme diferencia de personalidad y temperamento, se podría haber esperado el desarrollo de una enemistad personal entre Freud y Wagner. La amistad que habían contraído en sus años jóvenes, sin embargo, pudo más que todas las vicisitudes de la vida. El respeto mutuo y el aprecio amistoso no fueron destruidos por las diferencias científicas, y éste es un episodio verdaderamente ejemplar de la biografía de los dos investigadores [218].

Repetidas veces se ha trazado un paralelismo entre Sigmund Freud y Arthur Schnitzler. En una carta a este último con ocasión de su sesenta cumpleaños, aquél escribió: «Le haré una confesión... Creo que le he evitado por una especie de miedo a encontrar mi propio doble (*Doppelgänger-Scheu*)» [219]. Al igual que Freud, Schnitzler pertenecía a una familia judía que había roto sus lazos con la religión de sus antepasados. Nació en Viena el 15 de mayo de 1862 (lo que le hace seis años más joven que Freud). Su padre, notable laringólogo y profesor de la Universidad de Viena, era editor de una revista médica y tenía varias actrices y cantantes de ópera entre sus clientes. Arthur estudió medicina en Viena desde 1879 a 1885, y se licenció, por tanto, tres años después que Freud. Al igual que éste, pasó tres años en el Hospital General, fue alumno de Meynert y se mostró interesado por las discusiones sobre la histeria y la hipnosis. Su primer trabajo examinaba los casos de seis pacientes a los que había curado de afonía histérica en una o dos sesiones hipnóticas cada uno. Prefería denominarla afonía funcional, porque tenía algunas dudas acerca del diagnóstico y los conceptos de histeria [220].

Siguiendo los pasos de su padre, Schnitzler se dedicó al periodismo médico. Informó en la *Wiener Medizinische Presse* sobre las reuniones de la Real Imperial Sociedad de Médicos, y así es como hizo el relato de la reunión del 15 de octubre de 1886, en la que habló Freud sobre la histeria masculina [221]. En un artículo posterior, recordando aquella viva discusión, Schnitzler expresó sus temores de que, como consecuencia de la misma, se presentaran muchos casos de supuesta histeria masculina; pero el exceso de celo, decía, es ciertamente más beneficioso para la ciencia que la actitud negativa [222]. Hizo también numerosas recensiones de libros médicos en el *Internationale Klinische Rundschau*, mostrando preferencia

---

218 K. R. Eissler, «Julius Wagner-Jaureggs Gutachten über Sigmund Freud und seine Studien zur Psychoanalyse», *Wiener Klinische Wochenschrift*, LXX (1958), 401-407.

219 Henry Schnitzler, «Freuds Briefe an Arthur Schnitzler», *Die Neue Rundschau*, LXVI, 1955.

220 Arthur Schnitzler, «Ueber funktionelle Aphonie und deren Behandlung durch Hypnose und Suggestion», *Internationale Klinische Rundschau*, III (1889), 405-408.

221 *Wiener Medizinische Presse*, XXVII (1886), 1407-1409.

222 *Internationale Klinische Rundschau*, I (1887), 19-20.

por los que trataban de histeria, neurosis e hipnosis. Comentando las traducciones que hiciera Freud de las obras de Charcot y Bernheim, alabó su capacidad como traductor, pero puso en duda algunas partes del contenido. En su recensión del libro de Bernheim sobre la sugestión, habló de la «pose» y de la «representación de un papel» del individuo hipnotizado, extraídas de su propia experiencia [223]. Del mismo modo, dio el crédito debido a Liébeault, pero deploró las «ingeniosas fantasías» (*geistvolle Phantastereien*) en que había caído. El 14 de octubre de 1895, cuando Freud leyó en el Doctorencollegium su famoso trabajo en el que proponía su clasificación de cuatro neurosis básicas, con un origen sexual específico para cada una, fue él el que hizo la recensión más exhaustiva y objetiva [224].

Mientras tanto, tenía su tiempo y su interés cada vez más absorbidos por la literatura y el teatro, y su consulta mermó gradualmente. Sus tormentosas relaciones amorosas con algunas actrices le hicieron sufrir, pero le proporcionaron material para sus obras. Hacia 1890 se unió a un grupo de jóvenes poetas y comediógrafos austríacos, que se denominaban a sí mismos Joven Viena [225]. La fama literaria de Schnitzler comenzó con *Anatol*, la historia de un «playboy» vienés de la época [226]. Un episodio de esta obra trata de la hipnosis: Max felicita a Anatol por la forma como hipnotiza a su joven esposa y le hace representar diversos papeles. Le propone averiguar, por medio de la hipnosis, si ella le es fiel. Anatol hipnotiza a Cora, la cual le dice que tiene veintiún años, y no diecinueve como le había hecho creer, y que le ama. Anatol tiene miedo de hacerle más preguntas y le despierta. Max concluye: «Una cosa me resulta clara: que las mujeres también dicen mentiras bajo la hipnosis».

De las siguientes obras de Schnitzler hay una, *Paracelsus*, que gira asimismo alrededor de la hipnosis [227]. En la Basilea del siglo XVI, Paracelso es rechazado por las autoridades como un charlatán, pero atrae a las masas y realiza curas milagrosas. Hipnotiza a Justina, esposa de un rico ciudadano, afirmando que puede hacerla soñar cualquier cosa que él desee. Justina hace entonces revelaciones sorprendentes. Nadie sabe qué parte tienen de verdad. No se aclara el momento en que ella se despierta del estado hipnótico. El sentido moral de la obra es el de la relatividad y falta de certeza, no sólo de la hipnosis, sino de la propia vida mental. Paracelso afirma que si un hombre pudiera ver pintados sus años pasados,

---

223 *Internationale Klinische Rundschau*, III (1889). 891-893.

224 Arthur Schnitzler, *Wiener Klinische Rundschau*, IX (1895), 662-663, 679-680, 696-697.

225 Ver la obra de Olga Schnitzler *Spiegelbild der Freundschaft*, Salzburg, Residenz Verlag, 1962.

226 Arthur Schnitzler, «Anatol» (1889), en *Gesammelte Werke, I. Abt. Die Theaterstücke*, Berlín, S. Fischer, I (1912), 9-107.

227 Arthur Schnitzler, «Paracelsus» (1892), en *Gesammelte Werke, I. Abt. Die Theaterstücke*, Berlín, S. Fischer, II (1912), 957.

difícilmente los reconocería, «porque la memoria engaña casi tanto como la esperanza» y siempre estamos representando un papel incluso en las materias más profundas. El *Paracelsus* de Schnitzler da así una imagen de la hipnosis y la vida mental muy distinta de la que presentan los estudios sobre la histeria de Breuer y Freud. Estos dos parecen tomar las revelaciones de sus sujetos hipnotizados en su sentido literal, y construían sus teorías sobre esta base, mientras que Schnitzler destaca siempre el elemento creador y de representación de un papel que está implícito en la hipnosis y la histeria.

Las semejanzas entre Schnitzler y Freud no se deben sobrevalorar. Si Freud introdujo el método de la libre asociación en psicoterapia, Schnitzler fue uno de los primeros en escribir una novela completa en el estilo de la «corriente de conciencia» [228]. Común a ambos autores fue su interés por los sueños. Se dice de Schnitzler que registró los suyos propios y que hizo amplio uso de este motivo en sus obras. En sus novelas, la gente tiene sueños en los que se distorsionan y entremezclan los acontecimientos recientes, los recuerdos pasados y las preocupaciones actuales en múltiples variedades. Pero no existe ninguno de los «símbolos freudianos», y a pesar de su belleza y riqueza artísticas, estos sueños proporcionan poco material para interpretaciones psicoanalíticas. La misma independencia del psicoanálisis de Freud se demuestra en la novela de Schnitzler *Frau Beate,* historia de incesto entre un joven y su madre viuda [229]. En ella no se hace ninguna referencia al complejo de Edipo o a situaciones infantiles; una extraordinaria combinación de circunstancias hace que el resultado parezca casi inevitable.

La Primera Guerra Mundial hizo que muchos hombres reflexionaran sobre la tragedia en que tomaban parte. Freud concluyó sus *Pensamientos para los momentos de guerra y muerte,* donde afirmó que los instintos agresivos son más fuertes de lo que podía suponer la civilización contemporánea, considerando como problema principal el del manejo y canalización de la agresividad [230]. Schnitzler negó la importancia del odio: ni los soldados, ni los oficiales, ni los diplomáticos, ni los hombres de Estado odian realmente al enemigo [231]. El odio es introducido artificialmente en la opinión pública por la prensa. Las verdaderas causas de la guerra son la malevolencia de unos cuantos individuos que tienen intereses creados en la misma, la estupidez de algunos hombres encaramados al poder que recurren a la lucha armada para resolver los problemas que tendrían solución de otro modo y, sobre todo, la incapacidad de las masas para ver

228 Arthur Schnitzler, *Leutnant Gustl,* Berlín, S. Fischer, 1901.

229 Arthur Schnitzler, *Frau Beate und ihr Sohn* (Novella), Berlín, S. Fischer, 1913.

230 Sigmund Freud, «Zeitgemässes über Krieg und Tod», *Imago,* IV (1915), 1-21. Standard Edition, XIV, 275-300.

231 Arthur Schnitzler, *Ueber Krieg und Frieden,* Estocolmo, Bermann-Fischer Verlag, 1939.

la imagen verdadera de aquélla. Finalmente se impone una ideología de la guerra mediante alegatos pseudofilosóficos y pseudocientíficos, y falsos imperativos políticos, dichos en un vocabulario dotado de gran carga emocional. La prevención de la guerra, decía Schnitzler, entraña la erradicación de toda posibilidad de aprovechamiento de la misma, la existencia de un Parlamento de Naciones permanente para resolver los problemas que suelen conducir a ella, el desenmascaramiento de la ideología de la guerra, y el silenciamiento de quienes trafican con ella.

Después de la Primera Guerra Mundial, la nueva generación austríaca despreció a Schnitzler como prototipo de «espíritu corrompido de la monarquía decadente» y de «la vida frívola de la clase ociosa vienesa». En 1927 publicó un opúsculo, *El espíritu en el trabajo y el espíritu en la acción,* curioso ensayo sobre la tipología de distintas variedades de hombre tales como el poeta, el filósofo, el sacerdote, el periodista, el héroe, el organizador, el dictador, etc.[232]. Otra colección de pensamientos y fragmentos habrían requerido únicamente una pequeña organización para formar las líneas generales de una filosofía[233]. Schnitzler se reveló como mucho menos escéptico de lo que hacían pensar sus primeros trabajos literarios. Se manifestó en contra de la teoría del determinismo universal. Veía la libertad de la voluntad no sólo como la base de la moralidad, sino también de la estética; expresaba su creencia en la existencia de Dios, aunque en términos velados.

Tanto Freud como él se vieron afligidos por los sufrimientos físicos al final de su vida, causados en aquél por el cáncer y en éste por una otosclerosis. En estos dolorosos últimos años, Schnitzler escribió la novela considerada generalmente como su obra maestra, *Huida en las tinieblas:* en ella se describe de tal forma el estado subjetivo de la mente esquizofrénica de un hombre que se hace inteligible el desarrollo de su enfermedad hasta el momento en que asesina a su hermano médico[234].

Freud advertía ciertas semejanzas entre su pensamiento y el de Schnitzler, pero éste, a pesar de toda su admiración por los escritos de aquél, destacaba su desacuerdo con los dogmas principales del psicoanálisis[235]. Ambos exploraron en realidad, cada uno a su modo, el mismo campo, pero llegaron a conclusiones diferentes. Es fácil imaginar el tipo de psicología profunda que Schnitzler pudo idear: habría destacado el papel de la representación y el elemento engañoso de la hipnosis y de la histeria, la poca fiabilidad de la memoria, la función mitopoética del incons-

232 Arthur Schnitzler, *Der Geist im Wort und der Geist in der Tat,* Berlín, S. Fischer, 1927.

233 Arthur Schnitzler, *Buch der Sprüche und Bedenken. Aphorismen und Fragmente,* Viena, Phaidon-Verlag, 1927.

234 Arthur Schnitzler, *Flucht in die Finsternis,* Berlín, S. Fischer, 1931.

235 Ernest Jones, *The Life and Work of Sigmund Freud,* III, Nueva York, Basic Books, 1957, pág. 84.

ciente, el elemento temático (más que simbólico) de los sueños, y el componente de autodecepción (más que de agresión) en el origen de la guerra. Habría escrito también ensayos filosóficos en un estilo menos pesimista que Freud. Somos igualmente libres de especular acerca de las posibilidades literarias de Freud si hubiera dejado la medicina para desarrollar su gran talento como escritor. Emmy von N., Elisabeth von R., y la joven Dora se habrían convertido en heroínas de historias cortas escritas a lo Schnitzler. Las obsesiones del hombre-lobo hubieran dado lugar a una novela angustiosa al estilo de Hoffmann, y el relato sobre Leonardo da Vinci habría eclipsado la ficción histórica de Merezhkovsky. Una novela de Freud sobre el padre cruel y la horda habría llevado a la perfección el género literario de la novela prehistórica que los hermanos Rosny hicieron popular en Francia, aunque Freud lo hubiera concebido más según el estilo del *Regenmacher* de Hesse[236]. La historia de Moisés habría sido una novela comparable a las bíblicas de Shalom Asch y Thomas Mann. Habría quedado entonces para los discípulos de Schnitzler el trabajo de analizar tales escritos y reconstruir el sistema psicológico implícito en ellos. Freud, sin embargo, obvió esta posibilidad, ya que eligió la psicología, con el propósito de unir a la ciencia el sistema de intuición y conocimiento psicológico que poseían los grandes escritores.

La obra de Freud: I. — De la anatomía microscópica a la neurología teórica

Se han contado tantas cosas de la obra de Freud que no haremos aquí más que una revisión somera, prestando atención especial a sus fuentes, a su relación con la ciencia contemporánea y particularmente a su línea de evolución.

Los primeros historiadores del psicoanálisis dividieron la carrera científica de Freud en un período prepsicoanalítico y otro psicoanalítico. Le consideraban como un neurólogo que abandonó su primera vocación para descubrir una nueva psicología. Luego se reconoció la necesidad de conocer el primer período para comprender completamente el origen del psicoanálisis. Un examen aún más detallado de los hechos revela la existencia de una línea definida de evolución a lo largo de todo el período prepsicoanalítico.

Cuando el estudiante de diecinueve años Sigmund Freud comenzó sus investigaciones en el Instituto de Anatomía Comparada del profesor Claus, se comprometió a una carrera especialmente exigente. El trabajo con el microscopio era una escuela de ascetismo y abnegación científicos. Agas-

[236] Hermann Hesse, *Der Regenmacher*, en *Das Glasperlenspiel*, II, Zurich, Fretz y Wasmuth, 1943, págs. 261-328.

siz ha descrito bien el largo y arduo entrenamiento de los ojos, de la mano y del intelecto necesarios para trabajar con eficacia en el microscopio o el telescopio:

> Creo que la gente no se da cuenta por lo general de las dificultades de la observación al microscopio, o de la enorme y penosa preparación necesaria para educar simplemente los órganos de la vista y el tacto para el trabajo... Parece una cosa fácil sentarse y mirar los objetos a través de un cristal que lo aumenta todo; pero en la investigación microscópica existen campos tan oscuros que el estudiante debe observar una dieta especial antes de comenzar su estudio, para evitar que incluso el latido de las arterias pueda alterar la firmeza de su mirada, y tener el sistema nervioso en excitación tan tranquila que toda su figura permanezca durante horas en rígida obediencia a su mirada fija y concentrada [237].

Muchas veces se requieren años de práctica para que el joven científico pueda realizar su primer descubrimiento y, como señaló Agassiz, la obra de toda la vida de un científico puede resumirse en una frase [238]. Pero ni aun los adeptos a este método fueron inmunes contra el autoengaño: Haeckel describió e ilustró configuraciones imaginarias que confirmaban sus teorías y que le condujeron a ser acusado de fraude, Meynert halló tractos ilusorios en la sustancia cerebral, y varias generaciones de astrónomos vieron y levantaron mapas de los «canales» de Marte.

A los estudiantes jóvenes se les asignaba generalmente un pequeño campo de investigación para que trabajaran, tanto para probar su capacidad como con vistas a los resultados. La primera investigación de Freud fue sobre la estructura gonádica de la anguila. Jones cuenta cómo disecó unas cuatrocientas anguilas sin poder llegar a ninguna conclusión definitiva. A pesar de ello, Claus quedó satisfecho con su trabajo y lo presentó a la Academia de Ciencias, aunque Freud no estaba demasiado conforme [239]. (Parece ser que el ambicioso joven todavía no había comprendido la esencia de la investigación microscópica).

Durante los seis años que pasó en el laboratorio de Brücke, Freud hizo investigaciones de gran calidad sobre temas limitados. En aquella época la anatomía del cerebro era un campo recientemente abierto, en el que estaba al alcance de cualquier investigador diligente el hacer algún descubrimiento. Por entonces había tres enfoques posibles: la investiga-

---

237 Louis Agassiz, *Methods of Study in Natural History*, 14.ª ed., Boston, Houghton, Mifflin and Company, 1882, págs. 296-298.

238 Agassiz dijo: «He demostrado que existe una correspondencia entre la sucesión de los peces en los períodos geológicos y los diferentes estadios de su crecimiento en el huevo. Esto es todo». En cuanto a Karl Ernst von Baer, la obra de su vida está condensada en esta frase: «Todos los animales proceden de huevos: y esos huevos son idénticos en el comienzo».

239 Sigmund Freud, «Beobachtungen über Gestaltung und feineren Bau der als Hoden beschriebenen Lappenorgane des Aals», *Sitzungsberichte der Kaiserlichen Akademie der Wissenschaften*, LXXV, Sección I (1877), 417-431.

ción de rutina de casos nuevos con técnicas corrientes; el perfeccionamiento de una técnica nueva (como un microtomo o un agente colorante) para proporcionar nuevas posibilidades a los estudios; y la conceptualización (enfoque adoptado por quienes presentaron la teoría de la neurona). Freud intentó los tres enfoques por turno. Comenzó con una investigación limitada sobre ciertas células de la médula espinal de un género de pez, el *Petromyzon*[240]. También aquí quedó el maestro más satisfecho que el alumno con los resultados. Una característica destacable es la alta calidad del estilo en que fue escrito este trabajo técnico. Después, Freud dirigió sus investigaciones a las regiones menos conocidas del sistema nervioso. De este tipo fue su trabajo sobre el *corpus restiforme* y sobre el núcleo del nervio acústico. Con investigaciones semejantes se estaban dando a conocer estudiosos como August Forel y Constantin von Monakow en el mundo neurológico. En relación con el segundo enfoque, Freud introdujo un método de coloración con cloruro de oro que, sin embargo, no produjo resultados uniformes y, por tanto, no fue adoptado ampliamente[241]. Desde el punto de vista conceptual, escribió un trabajo «Sobre la estructura de los elementos del sistema nervioso», que algunos historiadores consideran como una anticipación de la teoría de la neurona[242].

Durante sus tres años de residencia en el Hospital general de Viena entró por primera vez en contacto con los pacientes, y ello hizo que cambiara la orientación de sus investigaciones. Fue el período de sus pruebas con la cocaína, durante el cual experimentó también con el método anatomoclínico, comparando los diagnósticos clínicos con los hallazgos de la autopsia. Se mostró hábil en este campo y publicó tres de los casos que diagnosticó en 1884[243, 244, 245].

En el período siguiente, después de abandonar el Hospital general y el laboratorio de Meynert, Freud abordó el campo a la neurología puramente clínica. En aquella época el neurólogo dependía fundamentalmente del hospital o de la institución en lo relativo a los pacientes. Freud asu-

---

240 «Ueber den Ursprung der hinteren Nervenwurzeln im hinteren Rückenmark Ammocoetes (Petromyzon Planeri)», *Sitzungsberichte der Mathematisch-Naturwissenschaftlichen Classe der Kaiserlichen Akademie der Wissenschaften*, LXXV, Sección III (1877), 15-27.

241 Sigmund Freud, «Eine neue Methode zum Studium des Faserverlaufes im Centralnerven-system», *Archiv für Anatomie und Physiologie, Anatomische Abt.* (1884), 453-460.

242 Sigmund Freud, «Die Struktur der Elemente des Nervensystems», *Jahrbücher für Psychiatrie*, V (1884), 221-229.

243 Sigmund Freud, «Ein Fall von Hirnblutung mit indirekten basalen Herdsymptomen bei Skorbut», *Wiener Medizinische Wochenschrift*, XXXIV (1884), 244-246, 276-279.

244 Sigmund Freud, Ein Fall von Muskelatrophie mit ausgebreiteten Sensibilitätsstörungen (Syringomyelie)», *Wiener Medizinische Wochenschrift*, XXXVI (1886), 168-172.

245 Sigmund Freud, «Akute multiple Neuritis der Spinalen- und Hirnnerven», *Wiener Medizinische Wochenschrift*, XXXVI (1886), 168-172.

mió la dirección del Departamento de neurología del Instituto Kassowicz, donde examinó tantos niños con parálisis cerebral que se convirtió en un especialista de esta materia. En 1891 pudo publicar, con Oscar Rie, un estudio de treinta y cuatro casos de hemiplejía en parálisis cerebral [246]. En él señalaba la existencia de dos tipos extremos, el uno de aparición aguda de la parálisis, y el otro de aparición gradual con corea, y todas las posibles combinaciones intermedias de síntomas. He aquí un ejemplo de lo que Freud denominó más tarde series complementarias.

En 1891 publicó un libro sobre la afasia dedicado a Josef Breuer [247]. La obra fue, durante mucho tiempo, dada de lado por los psicoanalistas; sólo posteriormente fue considerada como un hito en la historia del estudio de la afasia y un anticipo de los conceptos psicoanalíticos posteriores. En realidad, es más fácil valorar su significado en la evolución de Freud que en la historia de la afasia. En aquella época había una abundancia enorme de literatura sobre este tema, hoy difícilmente accesible; muchas de esas obras estaban escritas en el estilo de la mitología cerebral contemporánea. Las teorías entonces predominantes sobre la afasia, como las de Wernicke y Lichtheim, se basaban en la hipótesis de que las imágenes sensoriales se almacenan en ciertos centros del cerebro, y de que son las lesiones de estas zonas la causa de la afasia. A principios de la década de 1880, Heymann Steinthal [248] propuso lo que en la actualidad se podría calificar de teoría dinámica de la afasia, pero, por tratarse de un lingüista, fue ignorado por los neuropatólogos [249]. Los historiadores de la afasia [250] señalan que desde la época de Bastian hasta la de Déjerine se reconoció gradualmente el influjo de los factores dinámicos de la afasia. En su monografía, Freud prefiguró los conceptos de Déjerine; fue probablemente el primer investigador del continente en referirse al trabajo de Hughlings Jackson, y el que introdujo y definió el término «agnosia». Parece ser que no consideró este trabajo como una contribución importante al problema de la afasia; era una discusión teórica sin nuevas observaciones clínicas o nuevos hallazgos patológicos. La afirmación tradi-

---

246 Sigmund Freud y Oscar Rie, *Klinische Studie über die halbseitige Cerebrallähmung der Kinder*, Viena Deuticke, 1891.

247 Sigmund Freud, *Zur Auffassung der Aphasien. Eine kritische Studie*, Leipzig y Viena, Deuticke, 1891.

248 H. Steinthal, *Einleitung in die Psychologie der Sprachwissenschaft*, 2.ª ed., Berlín, Dümmler, 1881.

249 La importancia de la teoría de Steinthal fue resaltada por Henri Delacroix «Linguistique et psychologie», *Journal de Psychologie*, XX (1923), 798-825; *Le Langage et la pensée*, París, Alcan, 1924, págs. 493-494. Ver también Otto Marx, «Aphasia Studies and Language Theory in the 19th Century», *Bulletin of the History of Medicine*, XL (1966), 328-349.

250 André Ombredane, *L'Aphasie et l'élaboration de la pensée explicite*, París, Presses Universitaires de France, 1951, págs. 107-109.

cional de que el libro no tuvo éxito en absoluto y no fue citado nunca por los autores posteriores es, al menos, una exageración [251].

En 1892 un alumno de Freud, Rosenthal, publicó en su tesis médica cincuenta y tres observaciones de casos de formas dipléjicas de parálisis cerebral observados en el servicio de su maestro [252]. En 1893 el propio Freud expuso su concepto de diplejia cerebral en los niños [253]. Una recensión anónima del libro arguyó que Freud había descrito la anatomía patológica de ese estado basándose no en sus propias observaciones, sino en una compilación de los hallazgos de otros autores, lo que privaba de convicción a sus interpretaciones fisiopatológicas, porque la relación sugerida entre ciertos grupos de síntomas y ciertos factores etiológicos no estaba suficientemente apoyada por los hechos [254]. En cambio, Pierre Marie dio el más alto valor al estudio de Freud, y éste escribió un trabajo en francés sobre el mismo tema para la *Revue Neurologique* [255].

La reputación de Freud como especialista en parálisis cerebral quedó tan firmemente asentada que Nothnagel le pidió que escribiera una monografía sobre el tema, que apareció retrasada en 1897 [256]. Este trabajo fue objeto del aprecio, en Francia, de Brissaud y Raymond [257]. En Bélgica, las teorías de Freud sobre la parálisis cerebral y su clasificación en subformas fue criticada por Van Gehuchten, quien las tachó de concepción artificial carente de base anatomopatológica alguna [258]. Todos estos hechos tienen interés, porque muestran que Freud, también en su período neurológico, recibió tanto honores como críticas, contrariamente a la afirmación de que durante la época en que fue neurólogo no recibió más que honores, que se convirtieron en insultos tan pronto como se dedicó al estudio de la neurosis. Freud se mostró inclinado, desde el comienzo, a hacer audaces generalizaciones que daban lugar a las críticas.

---

251 Jones dice que en las librerías inglesas no había ningún volumen del libro sobre la afasia de Freud, y que esto no había sido mencionado por Head. El autor investigó en dos bibliotecas de Londres, la del British Museum y la del Wellcome Historical Museum, y halló que ambas poseían un ejemplar de la edición alemana original. El nuevo concepto de agnosia de Freud es reconocido por Henri Head, *Aphasia and Kindred Disorders of Speech*, I, Cambridge, Cambridge University Press, 1926, pág. 105. El libro de Freud fue citado, entre otros autores, por Henri Bergson, en *Matière et Mémoire*, París, Alcán, 1896, pág. 131.

252 Emil Rosenthal, *Contribution à l'étude des diplégies cérébrales de l'enfance*, Thèse Méd. Lyon, núm. 761, 1892-1893.

253 Sigmund Freud, *Zur Kenntniss der cerebralen Diplegien des Kinderalters*, Leipzig y Viena, Deuticke, 1893.

254 *Internationale Klinische Rundschau*, VII (1893), 1209.

255 Sigmund Freud, «Les Diplégies cérébrales infantiles», *Revue Neurologique*, I (1893), 177-183.

256 Sigmund Freud, «Die infantile Cerebrallähmung», en Hermann Nothnagel, *Spezielle Pathologie und Therapie*, IX, II tomo, Viena, Alfred Hölder, 1897.

257 Citado por Van Gehuchten en el artículo siguiente.

258 Van Gehuchten, «Contribution à l'étude du faisceau pyramidal», *Journal de Neurologie et d'Hypnologie*, I (1897), 336-345.

Vemos así que durante los veinte años de su período prepsicoanalítico siguió una larga línea de evolución, pasando de la anatomía microscópica a la neurología anatomoclínica, y de ésta a la neurología puramente clínica, e incluso al tipo de neurología teórica no clínica manifestado en su trabajo sobre la afasia. Esta última tendencia alcanzaría su cúspide con el *Proyecto de psicología científica,* sobre el que volveremos a continuación.

La obra de Freud: II. — La búsqueda de un modelo psicológico

Hay dos formas de construir una teoría psicológica. La primera es reunir hechos y hallar factores comunes de los cuales deducir leyes y generalizaciones. La segunda es construir un modelo teórico y ver si los hechos se ajustan a él, para modificarlos si es necesario. Siguiendo una tendencia común en su época, la preferencia de Freud fue por este segundo camino. Entre los autores que intentaron correlacionar las funciones psicológicas con la estructura del cerebro destacó Meynert, quien por desgracia muchas veces se deslizó a la mitología cerebral. Otros, inspirados, por la psicofísica de Fechner, postularon la existencia de una energía nerviosa basados en el modelo de la energía física, y trataron de expresar los fenómenos mentales en términos de esa hipotética energía nerviosa. Aún hubo intentos más atrevidos de interpretar los fenómenos mentales basándose tanto en la anatomía cerebral como en la energía nerviosa.

Freud dedicó gran cantidad de tiempo y puso un empeño máximo en elaborar un modelo teórico de ese tipo. En su correspondencia con Fliess se incluye un estudio de 1895 conocido como *Proyecto de psicología científica* [259]. Los estudiosos del psicoanálisis están de acuerdo en dos hechos: primero, que este modelo es muy artificial y segundo, que nos puede ayudar a comprender el origen de ciertos conceptos psicoanalíticos. La idea principal del *Proyecto* es la de la correlación de los procesos psicológicos con la distribución y circulación de cuantías de energía a través de ciertos elementos materiales, que serían hipotéticas estructuras cerebrales.

La energía denominada cuantía por Freud es igual a las sumas de excitación procedente bien del mundo exterior, mediante los órganos sensoriales, bien del mundo interior, es decir, del cuerpo. La cuantía está regida por dos principios: inercia, que es la tendencia a la descarga completa de la energía, y constancia, que es la tendencia a mantener constante la suma de excitaciones.

[259] Publicado primero como *Entwurf einer Psychologie,* en la obra de Sigmund Freud *Aus den Anfängen der Psychoanalyse,* Londres, Imago Publishing Co., 1950, páginas 371-466; Sigmund Freud, *The Origins of Psychoanalysis,* págs. 347-445.

Los elementos materiales de Freud eran las neuronas, de las que postuló tres tipos. Las neuronas fi reciben cuantías de excitación del mundo exterior, pero no retienen la corriente, porque están reguladas por el principio de inercia. Las neuronas psi reciben cuantías de excitación bien del cuerpo o bien de las neuronas fi, pero como están regidas por el principio de constancia retienen restos de cualquier estímulo adquirido; constituyen, por tanto, el sustrato de la memoria. Las neuronas omega reciben cuantías de estímulo del cuerpo y de las neuronas fi, y tienen la peculiaridad de transformar la cantidad en calidad, debido a un período de movimiento; constituyen el sustrato de la percepción. El principio de placer-displacer se explica en el sentido de que el displacer es una elevación y el placer una descarga del nivel de cantidad.

El yo es una organización de neuronas dotadas de una reserva constante de cuantía y capaces de inhibir la excitación. Proporciona así un criterio de realidad; la comprobación de la realidad equivale a una inhibición por el yo.

Freud distinguió entre un proceso primario y otro secundario. En el primario, una cuantía de excitación estimulaba las imágenes de la memoria en las neuronas psi y a continuación revertía a las neuronas omega, evocando una alucinación; en este proceso, la energía era libre y móvil. En el secundario, la energía era tónica y limitada, y las alucinaciones se comprobaban mediante inhibición por el yo.

Estos son algunos de los principios básicos del *Proyecto* de 1895; se desarrollaban dentro de un sistema extraordinariamente complejo, con el que se daba explicación a casi todas las funciones psicológicas y a varias manifestaciones psicopatológicas.

Para hacer inteligible el *Proyecto* hay que colocarlo en su contexto, es decir, en la larga línea de evolución que había comenzado con Herbart. En el curso del siglo XIX, la anatomía y fisiología cerebrales se construyeron sobre una base científica y experimental, pero existía también una línea paralela de anatomofisiología cerebral especulativa, que en la última parte del siglo fue denominada *Hirnmythologie* (mitología del cerebro). Curiosamente, en ocasiones fueron los mismos estudiosos que patrocinaban la anatomofisiología científica del cerebro los que incurrieron en la mitología cerebral, aunque se consideraban como «positivistas» y despreciaban la filosofía de la naturaleza. El *Proyecto* de Freud no es sino un último resurgir de esta secuencia especulativa. Su filosofía dinámico-especulativa inicial puede remontarse hasta Herbart, y la mayor parte de sus teorías energéticas hasta Fechner [260]. El principio de inercia y el de constancia son muy semejantes a lo que Fechner llamaba estabilidad absoluta y estabilidad aproximada. Fechner había establecido ya una relación

[260] Ver la obra de H. F. Ellenberger «Fechner and Freud», *Bulletin of the Menninger Clinic*, XX (1956), 201-214.

entre el principio de placer-displacer y la idea de aproximación y retirada de la estabilidad; el mismo autor equiparaba la cualidad de la percepción a la periodicidad de un movimiento estable. Estos principios fechnerianos fueron completados posteriormente por Heinrich Sachs con su supuesta ley de la cantidad constante de energía psíquica: «La suma de las tensiones de todas las olas moleculares presentes es, dentro de ciertos límites de tiempo, en el mismo individuo, aproximadamente constante» [261]. Las otras tres fuentes principales del *Proyecto* son Brücke, Meynert y Exner. Así se ha demostrado en un estudio de Peter Amacher [262].

Brücke fue uno de los estudiosos que redujeron la psicología a la neurología y explicaron todo el funcionamiento del sistema nervioso como una combinación de reflejos [263]. La estimulación de los órganos sensitivos determina unas cantidades determinadas de excitación, que son transmitidas por el sistema nervioso, transferidas de célula a célula y muchas veces acumuladas en ciertos centros hasta que pueden ser descargadas en forma de movimientos. Brücke, al igual que Meynert y Exner, describió los procesos mentales indiferentemente en términos físicos y psicológicos.

Meynert describió también los procesos psicológicos en términos de cantidades de excitación y de neurología de los reflejos, aunque de forma más elaborada que Brücke [264]. Tomó de Herbart y de los empíricos ingleses la doctrina del asociacionismo, pero la redujo a una neurología de reflejos semejante a la de Brücke, y a sus propios conceptos sobre la estructura y funcionamiento del cerebro. Distinguía dos tipos de respuestas reflejas, las determinadas desde el nacimiento, que siguen caminos subcorticales, y las adquiridas, que van por vías corticales. Existen haces de asociaciones entre los centros corticales, y cuando un grupo de excitación llega simultáneamente a dos centros, se abre un camino cortical y tiene lugar un fenómeno de inducción, el concomitante físico de una asociación y una función lógica elemental. Tales experiencias, que comienzan el primer día de la vida, desarrollan un sistema de caminos corticales (es decir, de asociaciones) que constituyen el yo primario, es decir, el núcleo de la individualidad. Posteriormente se constituye un yo secundario, cuya función es controlar al primario, y que es la superestructura de los procesos mentales ordenados. Como clínico, Meynert describió la *amentia*, condición mental caracterizada por alucinaciones y delirios in-

261 Heinrich Sachs, *Vorträge über Bau und Thätigkeit des Grosshirns und die Lehre von der Aphasie und Seelenblindheit für Aerzte und Studierende*, Breslau, Preuss und Jünger, 1893, pág. 110.

262 Peter Amacher, *Freud's Neurological Education and Its Influence on Psychoanalytic Theory*, publicado en el volumen IV, núm. 4, de *Psychological Issues*, Nueva York, International Universities Press, 1965.

263 E. Brücke, *Vorlesungen über Physiologie*, 2 vols., Viena, Braumüller, 1876.

264 Theodore Meynert, *Klinische Vorlesungen über Psychiatrie*, Viena, Braumüller, 1890.

coherentes, que reproduce un estado de confusión infantil en que no existe control por parte del yo. Equiparó la actividad cortical del sueño con la que produce la amentia.

Exner, el tercero de los maestros neurológicos de Freud, publicó en 1894 su *Entwurf*, considerado como una síntesis de los sistemas de Brücke y Meynert [265]. En el intervalo, sin embargo, había aparecido la teoría de la neurona, y Exner discutió las cantidades de excitación que podrían ser transferidas en las uniones entre las neuronas, donde él creía que tenía lugar la suma de las excitaciones. Suponía también que las uniones podían ser modificadas en vida del individuo, mediante la excitación simultánea de dos células. Exner denominó al proceso *Bahnung* (canalización) y afirmó que mediante él la excitación simultánea de dos células corticales abriría un camino nervioso entre ellas y transferiría la excitación de una a la otra, por lo que alguna de ellas estaría posteriormente cargada de excitación. Describió los centros de la emoción, en particular el del dolor o displacer. Bajo el nombre de instintos describió las asociaciones existentes entre los centros de las ideas y la emoción. Desarrolló ampliamente su psicología neurológica, dando explicaciones de la percepción, el juicio, la memoria, el pensamiento y otros procesos mentales.

El *Proyecto* de Freud de 1895 puede concebirse como un desarrollo lógico de las teorías de sus predecesores, en particular de sus maestros Brücke, Meynert y Exner. Es el resultado y legado de un siglo de mitología del cerebro, probablemente porque su autor lo abandonó tan pronto como lo terminó. Pero muchas de las ideas formuladas en él aparecerían, bajo formas nuevas, en las posteriores teorías psicoanalíticas.

La obra de Freud: III. — La teoría de las neurosis

Las circunstancias que llevaron a Freud a idear una nueva teoría de las neurosis conciernen tanto al *Zeitgeist* como a experiencias suyas personales específicas. Al pasar de la neuroanatomía a la neurología anatomoclínica, y de ésta a un concepto dinámico de las neurosis, Freud siguió un patrón contemporáneo del que son muestra también Charcot, Forel y posteriormente Adolf Meyer. La neuropatología (en aquella época completamente distinta de la psiquiatría) comenzaba a ser una especialidad médica de moda. Dos experiencias personales orientaron a Freud por este camino: su visita a Charcot, y la historia de Anna O., la paciente de Breuer.

Freud vio el punto de partida del psicoanálisis en la experiencia de Breuer con Anna O. Hasta la fecha, el relato más elemental sobre el

265 Sigmund Exner, *Entwurf zu einer physiologischen Erklärung der psychischen Erscheinungen*, Viena, Deuticke, 1894.

psicoanálisis comienza con la historia de aquella joven «cuyos numerosos síntomas histéricos desaparecieron uno tras otro, según Breuer conseguía hacer que ella los evocara en las circunstancias específicas que habían conducido a su aparición». El velo de leyenda que rodea esta historia sólo ha sido parcialmente descorrido por la investigación objetiva.

Ernest Jones ha revelado el nombre real de la paciente: Bertha Pappenheim (1860-1936). Su vida se conoce gracias a una breve nota biográfica publicada después de su muerte[266] y a una corta biografía escrita por Dora Edinger[267]. Pertenecía a una antigua y distinguida familia judía. Su abuelo, Wolf Pappenheim, era una personalidad del ghetto de Pressburg, y su padre, Siegmund Pappenheim, un conocido comerciante de Viena. Poco se sabe de su infancia y juventud. Había recibido una educación refinada, hablaba inglés perfectamente, y leía francés e italiano. Según su propio relato, llevó la vida normal de una joven dama de la alta sociedad vienesa, ocupada por la labor de costura y por las actividades fuera de casa, entre las que se incluía la hípica. En la nota biográfica de 1936, nada se dice de ninguna enfermedad nerviosa en su juventud. Se sabe que, tras la muerte de su padre, ella y su madre abandonaron Viena para establecerse en Frankfurt del Main, donde Bertha se sintió cada vez más interesada por la asistencia social. A finales de la década de 1880 comenzó a desplegar una gran actividad filantrópica. Durante unos doce años dirigió un orfanato judío de Frankfurt. Viajó por los países balcánicos, el Oriente Próximo y Rusia, para investigar la prostitución y la trata de blancas. En 1904 fundó la *Jüdischer Frauenbund* (Liga de Mujeres Judías) y en 1907 creó una institución de enseñanza afiliada a dicha organización. Entre sus numerosos escritos hay historias cortas, piezas teatrales sobre temas sociales, relatos de viajes, y estudios sobre la situación de la mujer judía y sobre la criminalidad entre los judíos. En sus últimos años reeditó antiguos trabajos religiosos judíos en forma modernizada, y una historia de sus antepasados con extensas tablas genealógicas. Hacia el fin de su vida estaba considerada como una persona muy religiosa, estricta y autoritaria, completamente desinteresada y dedicada a su trabajo, que había conservado de su educación vienesa un vivo sentido del humor, el gusto por la buena mesa y el amor por la belleza, y que poseía una impresionante colección de bordados, porcelanas y cristalería. Murió en marzo de 1936, lo bastante pronto como para escapar al destino de mártir, pero lo suficientemente tarde como para ver el inminente exterminio de su gente y la destrucción de la obra de toda su vida. Después

---

266 *Blätter des Jüdischen Frauenbundes*, vol. XII, núm. 7-8, julio-agosto 1936, número especial dedicado a Bertha Pappenheim.

267 Dora Edinger, *Bertha Pappenheim, Leben und Schriften*, Frankfurt-am-Main, Ner-Tamid-Verlag, 1963. Traducción inglesa, *Bertha Pappenheim, Freud's Anna O.*, Highland Park, Ill., Congregation Solel, 1968.

de la dominación nazi fue recordada como una figura casi legendaria, hasta el punto de que el gobierno de Alemania Occidental honró su memoria en 1954, poniendo en circulación un sello de correos con su imagen.

Existe una gran distancia entre las descripciones de la filántropo judía y asistente social Bertha Pappenheim, y las de la paciente histérica de Breuer, Anna O. Nada en la biografía de la primera nos permitiría adivinar que era Anna O., y nada en la historia de ésta, a su vez, nos permite adivinar que sería famosa como Bertha Pappenheim. Si Jones no hubiera revelado la identidad de las dos figuras, es fácil que nadie la hubiera descubierto [268]. En cuanto a la historia de Anna O., existen dos versiones, una dada por Breuer en 1895 [269] y la otra por Jones en 1953 [270].

Según Breuer, Fräulein Anna O. era una joven atractiva e inteligente, dotada de una fuerte voluntad y mucha imaginación. Aunque amable y caritativa, se veía afligida por una cierta inestabilidad emocional. Creció en una familia muy puritana, y existía un marcado contraste entre la refinada educación recibida y la monótona vida hogareña que llevaba. Esto le indujo a evadirse a un mundo de ilusiones, que denominaba su teatro privado. Su enfermedad, según la refiere Breuer, atravesó cuatro períodos:

Desde julio de 1880 hasta diciembre del mismo año cuidó a su padre, gravemente enfermo y manifestó signos de debilidad física. Éste fue el período denominado por Breuer de incubación latente.

Desde diciembre de 1880 hasta abril de 1881 hubo un período de psicosis manifiesta. En corto plazo aparecieron diversos síntomas: parálisis, contracciones, alteraciones oculares, desorganización ligüística; hablaba una especie de jerga agramatical; su personalidad estaba dividida en una normal, consciente y triste, y otra morbosa, extraña y agitada, que en ocasiones padecía alucinaciones de serpientes negras. Durante ese período Breuer la visitó con frecuencia; bajo hipnosis ella le contó sus últimos sueños, e inmediatamente se sintió mejorada. Es lo que calificó de cura mediante la charla. En marzo no fue ya capaz de hablar otra lengua que el inglés.

Desde abril hasta diciembre de 1881, los síntomas empeoraron de forma notable. La muerte de su padre el 5 de abril fue un gran choque. No reconocía a nadie, excepto a Breuer, que tuvo que alimentarla durante algún tiempo, y no hablaba sino inglés. Fue trasladada a un sanatorio privado cercano a Viena, donde Breuer la visitaba cada tres o cuatro días. Los síntomas aparecían ahora en una forma regular, y fueron aliviados por Breuer mediante sesiones hipnóticas. En lugar de contarle sus ensueños, ella le contaba sus últimas alucinaciones.

Desde diciembre de 1881 hasta junio de 1882 la recuperación fue lenta. Las dos personalidades se distinguían ahora perfectamente, y Breuer podía hacerle pasar de una a otra mostrándole una naranja. La característica principal era que la personalidad enferma estaba trescientos sesenta y cinco días más adelantada que la sana.

---

268 La identidad de Bertha Pappenheim y Anna O. es afirmada por Dora Edinger en su biografía, y ha sido confirmada al autor en comunicación personal por miembros de las familias de Breuer y Pappenheim.

269 Josef Breuer y Sigmund Freud, *Studien über Hysterie*, Leipzig y Viena, Deuticke, 1895, págs. 15-37. Edición corriente, II, págs. 21-47.

270 Ernest Jones, *The Life and Work of Sigmund Freud*, I, Nueva York, Basic Books, 1953, págs. 223-225.

Gracias al diario que había llevado su madre, Breuer pudo comprobar que los acontecimientos que la alucinaban habían ocurrido, día a día, exactamente un año antes. Cierta vez, bajo hipnosis, la enferma contó a Breuer que su dificultad para beber agua databa del día en que vio un perro beber de su vaso. Habiéndole contado esto, el síntoma desapareció. Así comenzó un nuevo tipo de tratamiento: la enferma le narraba a Breuer, en orden cronológico inverso, cada aparición de un síntoma dado, con indicación de la fecha exacta, hasta que alcanzaba la manifestación original y el acontecimiento inicial, y entonces el síntoma desaparecía. Breuer erradicó cada síntoma de esta tediosa manera.

Por último, siguió el rastro del último síntoma hasta llegar a un incidente ocurrido mientras cuidaba a su padre enfermo; al sufrir la alucinación de una serpiente negra, se había sentido turbada y había musitado una oración en inglés, la única que le vino a la mente. Tan pronto como recuperó ese recuerdo, la parálisis desapareció de su brazo y pudo hablar alemán. Anna había decidido y anunciado antes que estaría curada para el 7 de junio de 1882, esto es, en el aniversario del día en que entró en el sanatorio a tiempo para las vacaciones de verano. Entonces, según Breuer, abandonó Viena para hacer un viaje, pero todavía tardó cierto tiempo en recuperar su equilibrio completo.

Los relatos corrientes sobre la enfermedad de Anna O. no destacan las características extrañas de esta historia. En primer lugar, la coexistencia de una personalidad que vivía en el presente y de otra que lo hacía con 365 días de antelación. En segundo lugar, el hecho de que cada uno de los síntomas apareciera supuesta e inmediatamente después del acontecimiento traumático, sin ningún período de incubación. Tercero, que los síntomas pudieran eliminarse. Sin embargo, no era exactamente así (como los relatos corrientes puedan hacer pensar): «era suficiente recordar las circunstancias bajo las cuales habían aparecido por primera vez los síntomas». La paciente tenía que recordar cada uno de los instantes en que el síntoma había aparecido, cualquiera que fuera su número, en un orden cronológico inverso exacto. Estas características hacen de la historia de Anna O. un caso único, del cual no se conoce otro ejemplo, ni antes ni después.

En un seminario dado en Zurich en 1925, Jung reveló que Freud le había dicho que la paciente no había sido curada en realidad[271]. En 1953 el propio Jones publicó una versión de la historia que difiere notablemente de la dada por Breuer. Según ella, Freud reconoció que, en el momento de la supuesta terminación de la enfermedad, la paciente estaba lejos de ser curada y sufría dolores de parto histérico después de un embarazo fantasma; Breuer la había hipnotizado y abandonó la casa cubierta de sudor frío, tras lo cual él se marchó a Venecia a pasar una segunda luna de miel, que dio lugar a la concepción de una hija, Dora. Anna O. fue ingresada en una institución en Gross Enzersdorf, donde per-

[271] *Notes on the Seminar in Analytical Psychology Conducted by Dr. C. G. Jung*, Zurich, 23 de marzo a 6 de julio de 1925. Ordenado por miembros de la clase (dactilografiado), Zurich, 1926.

maneció enferma durante varios años. La versión de Jones indica que Breuer había sido engañado por la paciente y que el supuesto «prototipo de cura catártica» no era una cura en absoluto.

Comparando la biografía de Bertha Pappenheim con las dos versiones de la historia de Anna O. se observa que, según la primera, Bertha se trasladó de Viena a Frankfurt en 1881, mientras que Anna permaneció en el sanatorio vienés hasta junio de 1882 según Breuer, y durante mucho más tiempo según Jones [272]. Más extraño aún es que la fotografía de Bertha (cuyo original ha visto el autor) lleve la fecha de 1882 grabada por el fotógrafo y muestre una mujer de aspecto sano, deportivo; aparece con traje de montar, en agudo contraste con el retrato que hace Breuer de una joven ligada al hogar sin escape para sus energías físicas y mentales.

En cuanto a la versión de Breuer, hay que recordar que en aquella época los psiquíatras ponían gran interés en disfrazar la identidad de sus pacientes cuando publicaban sus historias, alterando los nombres, lugares, profesiones y en ocasiones la fecha [273]. La historia clínica de Breuer es obviamente una reconstrucción hecha de memoria, escrita trece o catorce años más tarde «a partir —como él mismo dice— de notas incompletas» y publicada con bastante indiferencia, para complacer a Freud.

En cuanto a la versión de Jones, está llena de inexactitudes. En primer lugar, Dora, la última hija de Breuer, nació el 11 de marzo de 1882 (como lo prueba el *Heimat-Rolle* de Viena) y por tanto no pudo haber sido concebida tras el supuesto incidente de junio de 1882 [274]. En segundo lugar, nunca existió un sanatorio en Gross Enzersdorf; Schramm, autor de una historia de la localidad, afirmó al autor que dicho nombre debía estar confundido con Inzersdorf, donde había un sanatorio de moda. Al investigar este punto, el autor supo que había sido cerrado, y que sus archivos médicos habían sido trasladados al Hospital Psiquiátrico de Viena. No se pudo encontrar, sin embargo, ninguna historia clínica de Bertha Pappenheim allí [275]. La versión de Jones, publicada más de setenta años

---

272 La señora Dora Edinger informó al autor de que según un documento *(Meldezettel)* encontrado recientemente en los archivos municipales de Frankfurt, Bertha Pappenheim y su madre se trasladaron a esa ciudad en noviembre de 1888. No ha sido posible descubrir dónde vivieron entre 1882 y 1888.

273 La fecha que cita Breuer como de muerte del padre de Anna O. es, sin embargo, idéntica a la de la muerte de Siegmund Pappenheim, es decir, el 5 de abril de 1881, según indica la *Heimat-Rolle* de Viena.

274 Jones añade que Dora Breuer se suicidó en Nueva York en 1942; en realidad, según información recibida de la comunidad judía de Viena, se suicidó en Viena, para escapar de ser asesinada por los nazis.

275 Por la ayuda prestada a la investigación del autor, éste se halla en deuda con el señor Schramm, de Gross Enzersdorf; el señor Karl Neumayer, alcalde de Inzersdorf, y con el doctor W. Podhajsky, director del Hospital Psiquiátrico de Viena (Psychiatrisches Krankenhaus der Stadt Wien.

después del acontecimiento, está basada en rumores y debe ser considerada con precaución [276].

Volviendo a la historia de Anna O. que refiere Breuer, resulta claro que, difiriendo radicalmente de otros casos de histeria de aquella época, es análoga a los grandes casos ejemplares de enfermedad magnética de la primera mitad del siglo XIX, como los de Katharina Emmerich, Friedericke Hauffe o Estelle L'Hardy [277]. Las alucinaciones de Anna O. acerca de lo que le había ocurrido, día tras día, exactamente un año antes, pueden compararse con las visiones nocturnas de Katharina, que coincidían exactamente con el calendario eclesiástico. El recuerdo por parte de Anna O. de todos los incidentes de cada uno de sus síntomas, con las fechas exactas, evoca una de las prodigiosas gestas memorísticas de la Profetisa de Prevorst. Breuer y su paciente jugaron un juego cerrado, como habían hecho Despine y Estelle en el pasado, aunque Breuer tuvo menos éxito. A los viejos magnetizadores, la historia de Anna O. no les hubiera parecido tan extraordinaria como le pareció a Breuer. Era uno de esos casos, frecuentes en la década de 1820, pero raros en la de 1880, en los que la paciente dictaba al médico las pautas terapéuticas que tenía que utilizar, profetizaba el curso de la enfermedad y anunciaba su fecha de terminación. Claro está que en 1880, cuando el uso autoritario de la hipnosis había suplantado a la antigua terapia del regateo, una historia como la de Anna O. ya no era fácil de comprender. Juan Dalma [278] ha demostrado la conexión existente entre la curación de Anna O. y el gran interés por la catarsis que siguió a la publicación, en 1880, de un libro sobre el concepto aristotélico de la catarsis, escrito por Jacob Bernays [279] (tío de la futura esposa de Freud). La catarsis fue durante algún tiempo uno de los temas más discutidos entre los eruditos y se hizo tópico en las conversaciones de los salones vieneses [280]. No es de extrañar que una joven de la alta sociedad la adoptara como medio para una cura autodirigida, pero resulta irónico que el tratamiento infructuoso de Anna O. se convirtiera para la posteridad en el prototipo de una cura catártica.

Adición: Muy recientemente descubrió el autor que Bertha Pappenheim pasó en el Sanatorio Bellevue, en Kreuzlingen, desde el 12 de julio hasta el 29 de octubre de 1882.

276 *¡Mea culpa!* En publicaciones anteriores, el autor relató la historia de Anna O. Según la versión de Jones, sin aplicar la regla: ¡Compruébalo todo!

277 Ver cap. II, págs. 97-108; cap. III, págs. 159-160.

278 Juan Dalma, «La Catarsis en Aristóteles, Bernays y Freud», *Revista de Psiquiatría y Psicología Médica,* VI (1963), 253-269; «Reminiscencias culturales clásicas en algunas corrientes de psicología moderna», *Revista de la Facultad de Medicina de Tucumán,* V (1964), 301-332.

279 Jacob Bernays, *Zwei Abhandlungen über die Aristotelische Theorie des Drama,* Berlín, Wilhelm Hertz, 1880.

280 Wilhelm Wetz, *Shakespeare vom Standpunkte der Vergleichenden Literaturgeschichte,* I, Hamburgo, Haendcke, Lehmkübe, 1897, pág. 30. Wetz se quejó de que después del trabajo de Bernays había surgido tal entusiasmo por el tema de la catarsis que muy poca gente siguió interesándose por la historia del drama.

En el archivo del sanatorio se encontró la copia de un largo informe redactado por el propio Breuer sobre la historia de su enfermedad. Es muy interesante comparar este informe con la historia posterior del caso en los *Studien über Hysterie.* Frases enteras son casi idénticas; por el contrario, en el informe primitivo se encuentran numerosas particularidades que faltan en los *Studien.* Por ejemplo, se habla de disgustos entre Bertha y su hermano, y de que Bertha «no era en absoluto persona religiosa». Algunos meses antes del «primer período» de la enfermedad se presentaron neuralgias faciales y convulsiones. En relación con este primer período, añade Breuer que él sólo sabía lo que le contaba la paciente en hipnosis, y que ella misma, en estado consciente, sólo sabía de ello lo que Breuer le había contado. Por ejemplo, que ella veía una calavera, un esqueleto, en vez de su padre. Breuer vio por primera vez a la paciente a fines de noviembre de 1880 y diagnosticó un catarro histérico.

El «segundo período» de la enfermedad comenzó en diciembre de 1881, poco después que Breuer había iniciado el tratamiento. Los síntomas empeoraron visiblemente. Después que la paciente había sido ofendida por su padre, permaneció unas dos semanas afásica. Breuer intentaba establecer una diagnosis anatómica. Por ejemplo, un tubérculo y una meningitis que se extendía crónicamente en la fosa de Silvio izquierda. A causa de su enfermedad, ella no podía ver ya a su padre, gravemente enfermo, y expresarle «su amor verdaderamente apasionado». En marzo de 1881 empezó la paciente a hablar casi solamente inglés, aunque todos los que la rodeaban hablaban con ella alemán.

El «tercer período» empezó el 5 de abril de 1881. El padre murió; la familia la había engañado siempre, y se intentó ocultarle la verdad durante un cierto tiempo, lo cual indignó a la paciente. Su estado empeoró. Hacia el 15 de abril fue llamado Krafft-Ebing a consulta; la consulta fue motivo de una viva excitación. Las historias que ella le contaba a Breuer por la tarde eran «variaciones sobre el tema de la muerte de su padre». A causa de los frecuentes estados de fuerte egitación, el 7 de junio de 1881 Bertha Pappenheim fue llevada a Inzersdorf, a una villa junto al sanatorio del doctor Fries y Breslauer. La enfermedad había alcanzado su punto álgido. Se habla en el informe de rotura de ventanas y de intentos de suicidio, «en todo caso muy poco peligrosos», y de alucinaciones. La paciente intentaba subirse a los árboles para huir de las culebras. El doctor Breslauer la administró chloral. Breuer estuvo de viaje durante cinco semanas. Cuando regresó, a mediados de agosto, encontró a la paciente «moralmente muy mal, extravagante, malhumorada, maliciosa, apática». Ahora su vena fantástico-poética estaba agotada; hablaba cada vez más sobre sus alucinaciones «talkingcure» o «chimmey-sweeping». La paciente no soportaba que se le quitaran las medias cuando iba a la cama, pero a las dos o las tres de la mañana se quejaba de que se le había hecho dormir con medias. Una tarde contó ella a Breuer cómo, con las medias puestas, se había aproximado silenciosamente a su padre para escuchar, cómo se había dormido cerca de él con las medias puestas y su hermano la había sorprendido.

Después de que ella contó a Breuer esto, desapareció para siempre «todo el capricho de las medias». Esta fue la primera vez que, en una serie de historias semejantes, muchos síntomas fueron eliminados por este medio. A principios de noviembre fue a la ciudad, a casa de su madre. A finales de diciembre se encontraba intranquila «por motivos no manifiestos». Durante toda la semana de Navidad no contaba nada nuevo, sino las historias fantásticas que había contado el año anterior día a día.

El informe de Breuer se corta aquí bruscamente, y no hay ninguna información sobre el cuarto período de la enfermedad. La palabra «catarsis» no aparece jamás y en ninguna parte hay mención de un supuesto embarazo histérico. Sorprendentemente el diagnóstico es «trastornos funcionales en el hemisferio cerebral izquierdo». Aparentemente concebía Breuer la histeria como una misión dinámica del cerebro en el sentido de Charcot.

El segundo documento es la historia clínica sobre la estancia en el Sanatorio Bellevue desde el 12 de julio hasta el 29 de octubre de 1882. Acerca de los últimos seis meses en Inzersdorf (es decir, el «cuarto período» de Breuer) se informa únicamente que la paciente sufrió fuerte neuralgia del trigémino izquierdo. Fue tratada con cuatro o cinco gramos de cloral diarios y dosis crecientes de morfina. A la entrada en Bellevue la morfina fue reducida a 0,07 ó 0,08. A la salida tomaba diariamente de 0,07 a 1,00 gr. La historia clínica contiene mucho acerca de síntomas somáticos y medicamentos administrados, pero no contiene mucho sobre los trastornos psíquicos «decreciente capacidad en la gravedad de su estado nervioso». Permanecía durante horas callada ante la imagen de su padre y quería visitar su sepultura en Presburgo. Al anochecer perdía su lengua materna y hablaba inglés, o en ocasiones francés.

No se da indicación de adónde fue la paciente después de su salida de Bellevue. Manifiestamente, estaba ella enferma física y psíquicamente y era morfinómana en un grado grave. Es realmente paradójico que el tratamiento sin resultado de Ana O. se haya convertido para la posteridad en el prototipo de una curación catártica.

La segunda experiencia personal que orientó a Freud hacia su nueva teoría de las neurosis fue su visita a Charcot, en el curso de la cual vio las demostraciones de este último sobre las parálisis traumáticas y su reproducción bajo hipnosis. La opinión corriente hoy día es la de que estos experimentos con pacientes histéricos no tenían valor científico, porque con tales sujetos sugestionables y mitomaníacos cualquiera podría demostrar cualquier cosa. No obstante, con la historia de Anna O., constituyeron el incentivo para la creación del psicoanálisis de Freud.

El desarrollo de la nueva teoría de la neurosis de Freud, desde 1886 hasta 1896, se puede seguir a través de sus publicaciones y de sus cartas a Fliess [281].

En 1886 y 1887 Freud mostraba absoluto respeto hacia Charcot, se comportaba como un discípulo celoso y presentaba las teorías del maestro según las entendía. En 1888 se publicó en una enciclopedia médica un artículo sin firma sobre la histeria, aunque es casi seguro que fue escrito por Freud [282]. El autor mencionaba la teoría de Charcot, aunque se limitaba a poner en duda la localización cerebral de la histeria y mencionaba el método terapéutico de Breuer.

En julio de 1889 Freud, que acababa de traducir uno de los libros de texto de Bernheim, fue a visitarle a él y a Liébeault a Nancy, y a continuación asistió al Congreso Internacional de Psicología que se celebraba en París. Es probable que viera a Janet allí, aunque no hay ninguna noticia de su encuentro. Tanto si conocía ya a Janet como si no, no cabe duda de que estaba familiarizado con *El automatismo psicológico*, con su historia de Marie y su cura catártica. Aproximadamente en la misma

281 Ver Ola Andersson, *Studies in the Prehistory of Psychoanalysis*, Estocolmo, Norstedts, 1962.

282 Albert Villaret, «Article Hysterie», *Handwörterbuch der gesamten Medicin*, I (Stuttgart, 1888), 886-892.

época Freud utilizó un método terapéutico semejante con su paciente Emmy von N.[283]. Como suele ocurrir en tales casos, alteró numerosos datos para proteger a su paciente, cuya verdadera identidad fue descubierta más tarde por Ola Andersson[284]. El relato de Freud da la impresión de que el tratamiento tuvo lugar en un período anterior a su viaje a París, pero los hallazgos de Andersson indican que ocurrió realmente en dos períodos, antes y después de dicho viaje. Leibbrand afirma que el interés por el caso de Anna O. fue refrescado mediante la publicación del libro de Janet; esto podría explicar por qué Freud esperó desde 1882 hasta 1889 para aplicar el mismo método[285]. De hecho, la cronología del caso de Emmy von N. es tan oscura[286] que no se puede sacar ninguna conclusión de los datos existentes[287]. Esta historia muestra el primer intento de Freud de trabajar con el método de Breuer, que difería en que hacía al paciente recordar bajo hipnosis únicamente el acontecimiento traumático inicial; una vez conseguido esto, el doctor tenía que proponer la desaparición del síntoma. Este procedimiento era, por tanto, idéntico al inaugurado por Janet en 1886.

En 1892 y 1893 Freud pareció oscilar entre la Escuela de Nancy, su antigua lealtad hacia Charcot y la adopción del método catártico de Breuer. En una conferencia dada el 27 de abril de 1892 en el Club Médico Vienés, expuso abiertamente el concepto de hipnosis de Bernheim, recomendó su aplicación y aconsejó a los médicos que fueran a Nancy para aprenderlo[288]. En 1893 publicó la historia de una mujer que no podía amamantar a su hijo debido a varios síntomas histéricos; dos sesiones de sugestión hipnótica fueron suficientes para eliminar todos los síntomas, y lo mismo ocurrió tras el nacimiento de otro hijo un año después[289]. En

---

283 Josef Breuer y Sigmund Freud, *Studien über Hysterie*, Leipzig y Viena, Deuticke, 1895, págs. 37-89. Edicción corriente, II, págs. 48-105.

284 Ola Andersson, «A Supplement to Freud's Case History of Frau Emmy v. N.» (trabajo no publicado).

285 Werner Leibbrand, «Sigmund Freud», *Neue Deutsche Biographie*, Berlín, Duncker und Humblot, V (1961), 407-409.

286 «The Chronology of the Case of Frau Emmy von N.», Apéndice a la traducción inglesa de la obra de Breuer y Freud *Studies in Hysteria*, en las *Complete Works* de Sigmund Freud. Edición corriente, II, págs. 307-309.

287 En la historia clínica de Frau Emmy von N. solamente hay una referencia cronológica precisa: la paciente se asustó al leer, el 8 de mayo de 1889, en la *Frankfurter Zeitung*, la historia de un mal tratamiento aplicado a un aprendiz. El departamento de archivo de dicho periódico informó al autor, a petición de éste, de que no se publicó ningún artículo de este tipo en el *Frankfurter Zeitung* durante todo el mes de mayo de 1889. Esto confirmaría la suposición expresada por los editores de la edición corriente que Freud modificó no sólo los lugares y los nombres, sino también la cronología de la historia clínica.

288 Esta lección fue revisada en *Internationale Klinische Rundschau*, VI, 1892, páginas 814-818, 853-856.

289 Sigmund Freud, «Ein Fall von hypnotischer Heilung nebst Bemerkungen über die Entstehung hysterischer Symptome durch den Gegenwillen». *Zeitschrift für Hypnotismus*, I (1893), 102-107, 123-129. Edición corriente, I, págs. 117-128.

este caso no hubo nada de catarsis. Fue una cura al estilo de Bernheim. El 24 de mayo de 1893 Freud dio, ante el Club Médico Vienés, una conferencia sobre parálisis histérica [290], que escribió en francés para los *Archives de Neurologie* de Charcot [291]. En ella se refirió constantemente a Charcot, introduciendo tan solo una ligera modificación de su teoría (en lugar de lesión dinámica de los centros motores cerebrales, supuso que la representación del brazo estaba disociada de otras representaciones). Aludiendo a Janet, resaltó que las parálisis histéricas no corresponden a la distribución de los nervios, como si la histeria no supiera anatomía. Pero cuatro meses antes, el 11 de enero de 1893, había revelado ya a la misma audiencia la nueva teoría de la histeria sobre la que estaba trabajando junto con Breuer [292]. Fue ésta la base de la «Comunicación preliminar», que muchos consideran como la primera piedra de la construcción del psicoanálisis.

Los autores extienden, en esa obra, el concepto de histeria traumática de Charcot a la histeria en general. Los síntomas histéricos, dicen, están relacionados, en ocasiones claramente, en ocasiones con un disfraz simbólico, con un trauma psíquico determinado. Dicho trauma puede haber ocurrido durante un estado de autohipnosis ligera, o por su carácter doloroso haber sido excluido de la conciencia. En cualquiera de los dos casos, no fue seguido de una reacción suficiente (por ejemplo, gritos o actos de venganza) y desapareció de la conciencia. Bajo hipnosis, sin embargo, el recuerdo del trauma es tan vívido como lo fue el acontecimiento real. La psicoterapia cura los síntomas histéricos (aunque no la predisposición histérica), llevando el trauma a la conciencia y eliminándolo mediante palabras o asociaciones correctoras. Esta teoría se puede considerar como una combinación del concepto de secreto patógeno de Benedikt y de la terapia de Janet de conducción a la conciencia de las «ideas fijas subconscientes». En relación con Janet, los autores recogieron en una nota de pie de página su caso de una joven histérica curada «mediante la aplicación de un procedimiento análogo al nuestro». Otra nota dice que «la mayor aproximación a nuestras bases teóricas y terapéuticas la encontramos en los comentarios publicados ocasionalmente de Benedikt, de los que trataremos en otro lugar». [Sin embargo, no aparece ninguna otra referencia a Benedikt] [293].

El trabajo de Breuer-Freud despertó mucho interés y fue recibido favorablemente en varias revistas neurológicas [294].

---

290 Realizado por el doctor Em. Mandl, *Internationale Klinische Rundschau*, VII, 1893, págs. 107-110.

291 Sigmund Freud, «Quelques considérations pour une étude comparative des paralysies motrices et hystériques», *Archives de Neurologie*, XXVI (1893), 29-43. Edición corriente, I, págs. 160-172.

292 Revisado por el doctor Em. Mandl, *Internationale Klinische Rundschau*, VII, 1893, págs. 868-869.

293 Josef Breuer y Sigmund Freud, «Ueber den psychischen Mechanismus hysterischer Phänomene (Vorläufige Mitteilung)», *Neurologisches Centralblatt*, XII (1893), 4-10, 43-47. Edición corriente, II, págs. 3-17.

294 Ver cap. X, pág. 860.

En el mismo año Freud escribió un elogio de Charcot, atribuyéndole el mérito de una teoría de la histeria que de hecho pertenecía en gran medida a sus predecesores, y añadiendo una crítica respetuosa [295]. Se preguntaba qué habría encontrado Charcot si hubiera tomado como punto de partida la descarga de una emoción fuerte durante los ataques histéricos. Habría buscado en la historia del paciente el trauma del que ése no era consciente de él. Así habría explicado dichas emociones. De hecho, todo esto no estaba muy alejado de la teoría de la *grande histérie* de Charcot, como se puede ver en la tesis de su discípulo Richer [296].

En 1894 surgió algo definitivamente nuevo en la obra de Freud, el concepto de defensa (*Abwehr*) [297]. Este término procedía de Meynert, quien distinguía dos actitudes básicas del organismo, ataque y defensa, que se reflejaban en los temas de las ideas ilusorias. Freud dio a la palabra «defensa» el significado de «elemento determinante del olvido» de los recuerdos o ideas dolorosas, y destacó cuatro puntos. Lo patógeno no es el trauma en sí, sino su representación o idea; la defensa se dirige contra ideas sexuales; la defensa es una característica común de las neurosis y se halló también en un caso de psicosis; la teoría de la degeneración es inadmisible.

En 1895 Freud publicó una contribución al tema de las neurosis de angustia, propias de los pacientes que sufren constantemente de angustia difusa y experimentan ataques agudos de ella sin conocer la causa [298]. Esta neurosis había sido descrita ya por Hecker [299] como una subforma de neurastenia, por Krishaber [300] como una entidad específica y por Kowalewsky [301] como una intoxicación del organismo consecutiva a la estimulación y agotamiento de ciertos centros cerebrales. La hipótesis de que la frustración sexual produce síntomas de angustia ya estaba entonces muy extendida, y la innovación de Freud consistió en poner en relación una forma específica de neurosis de angustia con una teoría etiológica de la frustración sexual.

---

295 Sigmund Freud, «Charcot», *Wiener Medizinische Wochenschrift*, XLIII (1893), 1513-1520. Edición corriente, III, págs. 11-23.

296 Paul Richer, *Études cliniques sur l'hystéro-épilepsie ou Grande Hystérie*, París, Delahaye et Lecrosnier, 1881, págs. 103, 116, 122.

297 Sigmund Freud, «Die Abwehr-Neuro-Psychosen», *Neurologisches Centralblatt*, XII (1894), 362-364, 402-409. Edición corriente, III, págs. 45-61.

298 Sigmund Freud, «Ueber die Berechtigung, von der Neurasthenie einen bestimmten Symptomcmnplex als 'Angstneurose' abzutrennen», *Neurologisches Zentralblatt*, XIV (1895), 50-60. Edición corriente, III, 90-115.

299 Ewald Hecker, «Ueber Larvierte und abortive Angstzustände bei Neurasthenie», *Zentraltblatt für Nervenheilkunde*, XVI (1893), 565-572.

300 Maurice Krishaber, *De la névropathie cérébrocardiaque*, París, Masson, 1873.

301 P. J. Kowalewsky, «Die Lehre vom Wesen der Neurasthenie», *Zentralblatt für Nervenheilkunde*, XIII (1890), 241-244, 294-319.

El año 1895 vio también la publicación de los *Estudios sobre la histeria* de Breuer y Freud [302]. En ellos se reimprimía la «Comunicación preliminar». Seguía una reconstrucción por parte de Breuer del caso de Anna O., expuesto como prototipo de cura catártica, y de cuatro de las historias clínicas de Freud: la de Emmy von N. (primer tratamiento catártico de Freud, de 1889) y las de Lucie R., Katharina y Elisabeth von R. (todas ellas, de finales de 1892). El libro concluía con un capítulo sobre la teoría de la histeria escrito por Breuer, y con otro de Freud sobre su psicoterapia. Freud afirmaba ya abiertamente sus divergencias con Breuer; veía un único origen posible de la histeria: la *Abwehr*. En la historia de Elisabeth von R. describía el nuevo método de la «asociación libre», que le había sido sugerido por la propia paciente. Las cuatro historias clínicas de Freud recuerdan grandemente las de Benedikt. La influencia de Janet todavía se nota en el uso de los términos «análisis psicológico», «miseria psicológica» e «ideas fijas».

A comienzos de 1896 Freud esbozó su nueva clasificación de las neurosis [303]. Todavía invocaba el gran nombre de Charcot, pero hacía destacar su divergencia de Janet. Así, ya no habla de análisis psicológico, sino que denomina psicoanálisis a su propio método. Las neurosis quedan divididas en neurosis reales, cuyo origen está en la vida sexual actual del paciente, y psiconeurosis, cuyas fuentes se encuentran en la vida sexual pasada. Las primeras se subdividen en neurastenias, cuyo origen específico es la masturbación, y neurosis de angustia, debidas a la estimulación sexual frustrada, particularmente en la forma de coitus interruptus. En cuanto a las psiconeurosis, se distingue entre histeria y obsesiones. La causa específica de la histeria es el abuso sexual ejecutado por un adulto y sufrido pasivamente en la infancia. Dicho trauma muchas veces causa poca impresión aparente, y puede parecer olvidado hasta la pubertad, en que una causa leve reaviva la primera impresión, y actúa como un trauma real. La etiología específica de las neurosis obsesivas es la misma que la de la histeria, con la diferencia de que el papel del niño es más activo, ya que siente placer. Las ideas obsesivas son simplemente autorreproches en forma modificada. De esta forma Freud explicaba la prevalencia de la histeria en mujeres y de las obsesiones en hombres.

En el mismo año, su trabajo «Sobre la etiología de la histeria» marcó un hito en la teoría de la histeria, sobre la que había trabajado durante diez años [304]. La piedra angular seguía siendo la suposición de Breuer de

---

[302] Josef Breuer y Sigmund Freud, *Studien über Hysterie*, Leipzig y Viena, Deuticke, 1895. Edición corriente, vol. II.

[303] Sigmund Freud, «L'Herédité et l'étiologie des névroses», *Revue Neurologique*, IV (1896), 161-168; «Weitere Bemerkungen über die Abwehr-Neuropsychosen», *Neurologisches Zentralblatt*, XV (1896), 434-448. Edición corriente, III, págs. 143-156, 162-185.

[304] Sigmund Freud, «Zur Etiologie der Hysterie», *Wiener Klinische Rundschau*, X (1896), 379-381, 395-397, 413-415, 432-433, 450-452. Edición corriente, III, págs. 191-221.

que la histeria está determinada por experiencias traumáticas cuyo recuerdo reaparece insconscientemente de forma simbólica en los síntomas de la enfermedad [305], y que puede ser curado haciendo ver dicho recuerdo a la paciente [306]. Basándose en esto, Freud afirmó que las cosas son de una complejidad mucho mayor.

El trauma debe tener una calidad determinante (una conexión lógica entre causa y efecto) y un poder traumático (debe causar una reacción intensa). La dificultad estriba en que, en la búsqueda del trauma, muchas veces se encuentran acontecimientos no relacionados con los síntomas o inofensivos. La dificultad se podría explicar con la idea de Breuer de que el trauma ocurrió durante un estado hipnótico, pero Freud rechazó esta teoría y supuso que los temas registrados por el paciente son únicamente eslabones de una cadena, y que tras ellos hay traumas más formales y elementales. En realidad, dijo, según se van revelando encadenamientos de recuerdos, divergen y convergen en puntos nodales, hasta llegarse finalmente a determinados acontecimientos de naturaleza sexual ocurridos en la pubertad. Aquí surge una nueva dificultad, porque estos acontecimientos de la pubertad son muchas veces de carácter completamente trivial, y difícilmente justifican la aparición de la histeria. Por ello Freud supuso que son únicamente causas precipitantes que reviven recuerdos inconscientes de traumas mucho más frecuentes de la infancia, que siempre son de naturaleza sexual. En dieciocho casos completamente analizados, Freud afirmó que el paciente había sido víctima de la seducción de un adulto de su ambiente inmediato, seguido muchas veces por una experiencia sexual con niños de la misma edad. Estas experiencias, añadió, no habían dejado en el momento impresión aparente; el efecto traumático revivió por acontecimientos triviales ocurridos en la pubertad, aunque la experiencia de la infancia permanecía perdida para la memoria.

Freud proclamó esta teoría como un gran descubrimiento, que calificó de «fuente del Nilo en neuropatología». En contraste con la «Comunicación preliminar» de 1893, ahora afirmó ser capaz de curar no sólo los síntomas de la histeria, sino la propia enfermedad. En realidad, sólo pasó un año antes de que, como se ve en una carta dirigida a Fliess, admitiera que había sido engañado por las fantasías de sus pacientes [307]. Esta fue una crisis decisiva en el psicoanálisis: Freud admitió que en el inconsciente es imposible distinguir las fantasías de los recuerdos, y a partir de entonces se preocupó por tanto de la reconstrucción de los acontecimien-

[305] Esto estaba ya implícito en la teoría de Charcot de la *Grande hystérie* según la desarrolló Paul Richer, *Études cliniques sur l'hystéroépilepsie ou grande hystérie*, París, Delahaye et Lecrosnier, 1881.

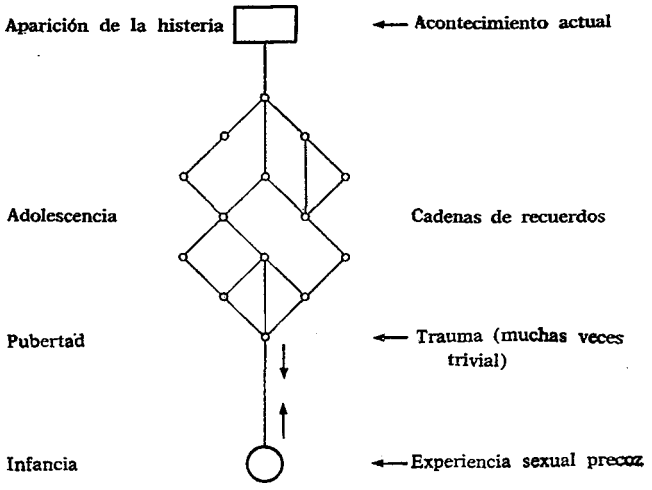
[306] Éste era el procedimiento terapéutico de Janet; ver cap. VI, págs. 426-430.

[307] Sigmund Freud, *Aus den Anfängen der Psychoanalyse*, Londres, Imago, 1950, páginas 229-232. (Carta a Fliess del 21 de septiembre de 1897); *Origins of Psychoanalysis*, págs. 215-218.

tos del pasado mediante el descubrimiento de los recuerdos suprimidos, y luego con la exploración de las fantasías.

Las fuentes de la nueva teoría de la histeria de Freud son numerosas. En primer lugar se encontraban la teoría de Breuer deducida del caso mal comprendido de Anna O., los conceptos de Charcot y Richer sobre la *grande hystérie*, y los experimentos de Charcot con sus pacientes de la Salpêtrière. En segundo lugar estaba Janet, que había explicado, particularmente en el caso de Marcelle en 1891, que en la exploración y tratamiento de los pacientes histéricos había que seguir el rastro a una cadena de ideas fijas inconscientes. En tercer lugar estaba la psicología asociacionista de Herbart. El libro de texto de Lindner, que Freud había utilizado en el gimnasio, explicaba cómo las cadenas de asociaciones pueden divergir y convergir en puntos nodales. En cuarto lugar estaba la atención prestada por Benedikt a la extrema importancia de la vida fantástica en el sujeto normal y el neurótico, y a la frecuencia de los traumas sexuales precoces en la histeria. En quinto lugar se encontraba el interés, corriente en la época, por la sexualidad infantil (en tal aspecto, Freud citó un trabajo de Stekel). En 1894 Dallemagne había afirmado que numerosas desviaciones sexuales de la adolescencia tenían su origen en experiencias sexuales de la infancia, que habían revivido en la pubertad. Freud hizo hincapié en el papel de la defensa (*Abwehr*) y sintetizó estos elementos dentro de una teoría general de la histeria.

A la vista de su gran importancia, mostraremos aquí una representación gráfica de dicho modelo. (El diagrama es del autor, no de Freud, pero sigue su pensamiento tan exactamente como es posible).



La obra de Freud: IV. — Psicología profunda

Podría parecer que, en 1896, Freud había alcanzado su objetivo de construir una nueva teoría de las neurosis, explicando cada detalle de sus síntomas y orígenes. Esta teoría fue considerada por algunos, como Krafft-Ebing, con benevolente escepticismo, por otros, como Löwenfeld, con interés, y por nadie, según se desprende de la literatura de aquella época, con hostilidad. Para Freud, sin embargo, no fue más que el punto de partida para la creación de lo que se denominaría psicología profunda[308]. La psicología profunda pretendía proporcionar una clave para la exploración de la mente inconsciente, y a través de ella un nuevo conocimiento de la mente consciente, con una aplicación más amplia para la comprensión de la literatura, el arte, la religión y la cultura.

La primera psiquiatría dinámica había significado, fundamentalmente, la sistematización de observaciones realizadas sobre pacientes hipnotizados. Con el método de Freud de asociación libre se introdujo una nueva forma de aproximación: el paciente se relajaba sobre un sofá y se le exponía la regla básica de contar todo lo que viniera a su mente, sin importar que fuera fútil, absurdo, confuso o incluso ofensivo. Tratando de hacerlo así, el paciente sentía momentos de inhibición y otras dificultades internas, a las que Freud denominó «resistencia». Según transcurrían las sesiones un día y otro, el paciente comenzaba a manifestar sentimientos irracionales de amor u hostilidad hacia el terapeuta; es lo que Freud llamó «transferencia».

En realidad, tanto la «resistencia» como la «transferencia» habían sido conocidas ya por los magnetizadores e hipnotizadores. Estos últimos sabían que sus sujetos mostraban muchas veces resistencia a caer en sueño hipnótico y que, una vez hipnotizados, resistían ciertos mandatos o realizaban los actos sugeridos de forma distorsionada o incompleta. Forel había descrito cómo, al relatar acontecimientos olvidados bajo hipnosis, el procedimiento se hacía cada vez más difícil cuanto más se aproximaba a los puntos críticos que resultaban dolorosos para el paciente[309]. En cuanto a la transferencia, era una reencarnación de lo que se había conocido durante un siglo como relación y que Janet analizaba como influencia sonámbula[310]. La innovación de Freud no consistió, pues, en introducir las nociones de resistencia y transferencia, sino en analizarlas como una herramienta básica del tratamiento.

---

[308] Se atribuye comúnmente a Eugen Bleuler la creación del término *Tiefenpsychologie* (psicología profunda), que era popular en la época en que el psicoanálisis se equiparaba a la psicología del inconsciente.

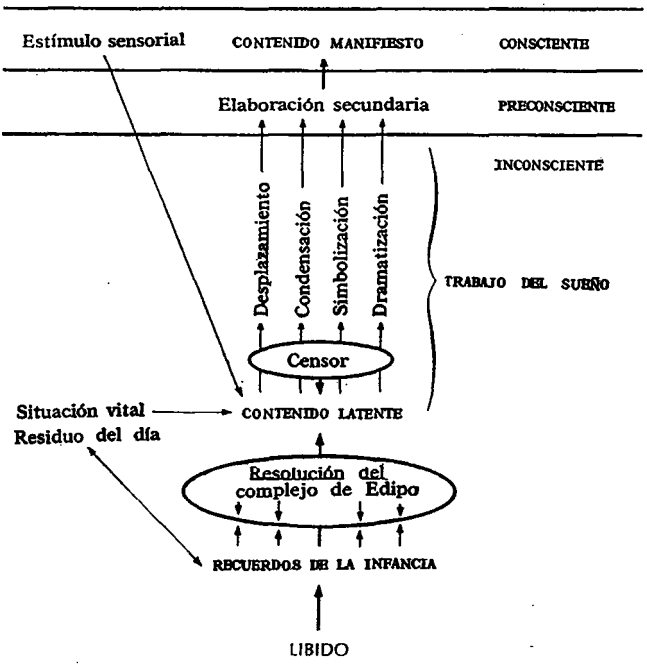
[309] Ver cap. III, págs. 154-155.

[310] Ver cap. III, págs. 185-189.

La psicología profunda se puede concebir como el resultado de hallazgos combinados del autoanálisis de Freud y del análisis de sus pacientes. En su mente, los hallazgos se confirmaban unos a otros y confirmaban gran parte de la teoría de la neurosis y del modelo de la mente que había formulado previamente.

Los principales aspectos de esa psicología profunda fueron la teoría de los sueños de Freud y su teoría de la parapraxia, las dos primeras generalizaciones del patrón que había construido para la histeria. Elaboradas simultáneamente, fueron presentadas en dos de sus libros mejor conocidos: *La interpretación de los sueños,* de 1900, y *Psicopatología de la vida cotidiana,* de 1904.

La teoría freudiana de los sueños ha sido expuesta tantas veces que todo el mundo la conoce. Considerada desde el punto de vista del desarrollo del psicoanálisis, sigue casi el mismo patrón que su teoría de la histeria de 1896. Así se comprueba si se representa también en forma gráfica y se compara con la anterior.



En la parte superior de la gráfica tenemos el contenido manifiesto, es decir, el propio sueño, hasta donde lo podemos recordar. Los psicólogos experimentales habían tratado de relacionarlo con los estímulos sensoria-

les o motores reales producidos durante el sueño. Freud consideró que el papel que desempeñaban éstos es mínimo. Él veía como punto principal la relación existente entre el contenido manifiesto y el contenido latente, relación semejante a la que había encontrado en sus pacientes entre el síntoma histérico y los recuerdos patógenos. Para detectarlos y distinguir uno de otro utilizó el mismo método, es decir, la asociación libre. Entre el síntoma histérico y el recuerdo patógeno se extendía una red de asociaciones divergentes y convergentes. Freud describió asimismo el trabajo del sueño con su mecanismo de desplazamiento y condensación, en el cual ocurre también el proceso de simbolización. Aclaró que el sueño lleva al sujeto del contenido latente hasta un recuerdo de la infancia que expresa un deseo insatisfecho de aquella época remota. Aquí introdujo Freud la noción que había hallado tanto en su autoanálisis como en sus pacientes, el *complejo de Edipo*: el niño desea poseer a su madre, desea verse libre de su padre, pero tiene miedo de su amenazador rival y de la castración como castigo por los sentimientos incestuosos hacia su madre. Tal es, dice Freud, el terrible secreto que todo hombre guarda en lo recóndito de su corazón, reprimido y olvidado, y que aparece en forma velada en el sueño todas las noches.

Para completar el cuadro, debemos añadir la elaboración secundaria, es decir, los cambios que ocurren en el contenido manifiesto cuando el soñador se despierta. Podríamos compararlo a la edición hecha por ciertos periódicos de un artículo original; el artículo se presentará de una forma más organizada y agradable, y el autor quizá encuentre que mucho de lo que él pensaba ha sido perdido o alterado.

Freud consideraba como su mayor descubrimiento que el sueño es el cumplimiento de un deseo o, para decirlo con más exactitud, la satisfacción vicariante de un deseo sexual reprimido, inaceptable, y que por esto es por lo que el censor debe intervenir, para mantenerlo escondido o permitir su aparición únicamente en forma disfrazada. Definió también el sueño como el guardián de la dormición: los sentimientos que despertarían al durmiente son disfrazados de tal forma que no le molestan. Cuando este mecanismo falla, el durmiente tiene una pesadilla y se despierta. El sueño es además, decía Freud, un proceso de regresión que se manifiesta simultáneamente en tres vertientes: como regresión tópica del consciente al inconsciente, como regresión temporal del tiempo presente a la infancia y como regresión formal del nivel del lenguaje al de las representaciones pictóricas y simbólicas.

Las fuentes de esta teoría de los sueños son numerosas. En primer lugar, el propio Freud era un buen soñador, que recordaba sus sueños y que durante algún tiempo, años antes, los había registrado. El de la inyección de Irma (24 de junio de 1896) le proporcionó un prototipo del

análisis de los sueños, así como la noción de que la esencia de los mismos es la satisfacción de un deseo. Al igual que los grandes estudiosos de los sueños del pasado, Scherner, Maury y Hervey de Saint-Denis, utilizó gran parte de la experiencia íntima reflejada en sus sueños para nutrir su libro. Incidentalmente, Hervey de Saint-Denis reveló más cosas de su vida amorosa, mientras que Freud habló más de su infancia, su familia y sus ambiciones.

La segunda fuente fue el estudio que realizó Freud de la vasta literatura sobre los sueños del siglo XIX [311]. Sus quejas a Fliess acerca de la futilidad de tal literatura no debe ser tomada demasiado al pie de la letra, puesto que la estudió detenidamente. Sin embargo, no pudo hallar una copia del libro de Hervey de Saint-Denis, y parece ser que sólo conocía el trabajo de Scherner a través de los relatos dados por Volkelt, por lo que subestimaba su originalidad [312]. Scherner mantenía que los sueños se pueden interpretar científicamente según reglas inherentes a su naturaleza, y que ciertos símbolos oníricos tienen un valor general. Entre otros se encuentran los símbolos sexuales, muy parecidos a los expuestos posteriormente por Freud [313]. El mecanismo de desplazamiento y condensación había sido descrito ya bajo otros nombres por numerosos autores. El término «trabajo del sueño» (*Traumarbeit*) procedía de Robert. Gran parte de la teoría de Freud se puede encontrar en Maury, Strümpell, Volkelt y sobre todo en Delage. Este autor propuso una explicación energético-dinámica según la cual las representaciones cargadas de energía psíquica se reprimen o inhiben entre sí, o bien se confunden; existen, además, en los sueños cadenas de asociaciones que en ocasiones se pueden reconstruir parcialmente, y de ellos pueden hacerse surgir antiguos recuerdos mediante su asociación con imágenes recientes.

La originalidad de Freud residía en cuatro innovaciones. La primera es su propio modelo del sueño, con la distinción entre el contenido manifiesto y el latente y su rasgo específico de ser vivido simultáneamente en el presente y en el pasado remoto. La segunda es la afirmación de que el contenido manifiesto es una distorsión del contenido latente, debida a la represión por parte del censor. Recientemente, Popper-Lynkeus había expresado la idea de que la absurdidad y pobreza de sentido de los sueños

---

311 Ver cap. V, págs. 355-360.

312 La afirmación de Freud (*Traumdeutung*, pág. 58, edición corriente, IV, pág. 83) de que el libro de Scherner está escrito en un estilo tan rimbombante que resulta repulsivo para el lector, es cierta solamente para el prólogo, no para el resto del libro, cuyo estilo es conciso y claro, aunque no vivaz.

313 Karl Albert Scherner, *Das Leben des Traumes*, 1861, pág. 203.

derivan de algo deshonesto y escondido del durmiente [314]. Es seguro que Freud no tomó esta teoría de él [315].

La tercera innovación fue la aplicación de la asociación libre como método para el análisis de los sueños, y la cuarta, la introducción de la interpretación sistemática de los sueños como un medio de psicoterapia.

Curiosamente, Freud atribuyó a Liébeault la idea de que el sueño es el guardián de la dormición, aunque en los trabajos de este último autor no se halla ninguna afirmación de este tipo [316]. En ediciones posteriores, Freud dio más ejemplos de sueños y aumentó la sección dedicada a los símbolos de los mismos, en parte bajo la influencia de Abraham, Ferenczi, Rank y Stekel. Incorporó también los hallazgos de Silberer acerca de la dramatización en los sueños hipnagógicos. Trató con más detalle tipos específicos de sueños, como los de estar examinándose, el de encontrarse sin ropas, o el de la muerte de los seres amados.

Después de las teorías de la histeria y de los sueños, la tercera gran contribución de Freud a la psicología profunda fue su *Psicopatología de la vida cotidiana*, que también acabó durante y a partir de su autoanálisis. Fue publicada en forma seriada en una revista psiquiátrica, desde 1898 hasta 1903 [317], y su mayor parte apareció en forma de libro en 1904 [318].

En el primer estudio, de 1898, Freud trató de la situación de la persona que repentinamente olvida un nombre, no puede recordarlo a pesar de sus esfuerzos, y lo reconoce una vez que lo ha oído. Sus esfuerzos realizados para recordar únicamente traen a la mente otras palabras. Freud halló que dichas otras palabras no aparecen por casualidad, sino que forman cadenas de asociaciones que divergen y convergen en puntos nodales, y que pertenecen al material reprimido. El olvido significa, por

---

314 Lynkeus (seudónimo de Joseph Popper), *Phantasien eines Realisten*, II, Dresde, Carl Reissner, 1899, págs. 149-163.

315 Incidentalmente, Filón de Alejandría había escrito ya: «Las verdaderas visiones vistas en un sueño son, necesariamente, más claras y puras en quienes consideran la belleza moral conveniente para su propia causa, así como sus hechos diurnos están destinados a ser más dignos de apreciación». Filón, *On Dreams*, traducción por F. H. Colson y G. H. Whitaker, Loeb Classical Library, Philo, V, pág. 453.

316 El doctor André Cuvelier, de Nancy, que ha hecho un estudio especial de la obra de Liébeault, informó al autor de que la idea de que «el sueño es el guardián de la dormición» está en oposición directa con la doctrina de Liébeault. (Para Liébeault, el guardián de la dormición es la fijación en la idea de descanso; el sueño es un elemento perturbador). Parece que Freud, al referirse a Liébeault, le confundió con otro autor todavía no identificado.

317 Sigmund Freud, «Zum psychischen Mechanismus der Vergesslichkeit», *Monatsschrift für Psychiatrie und Neurologie*, IV (1898), 436-443; «Ueber Deckerinnerungen», VI (1899), 215-230; «Zur Psychopatologie des Alltaglebens (Vergessen, Versprechen, Vergreifen) nebst Bemerkungen über eine Wurzel des Aberglaubens», X (1901), 1-32, 95-143.

318 Sigmund Freud, *Zur Psychopathologie des Alltagslebens*, Berlín, Karger, 1904. Edición corriente, vol. VI.

tanto, la aparición de un conflicto entre el consciente y el inconsciente, más que el simple resultado de la debilidad de la representación.

En 1899 apareció el estudio sobre los «recuerdos pantalla» (*Deckerinnerungen*). Entre nuestros recuerdos más antiguos, algunos son aparentemente insignificantes, aunque muy vívidos. Freud distinguió dos tipos de recuerdos pantalla. En el más simple, el recuerdo conservado no es sino una parte de un todo más significativo que ha sido reprimido. Por ejemplo, un hombre tuvo un recuerdo que databa de los cuatro años de edad: la pintura de una mesa con un tazón lleno de hielo; estaba ligado a un acontecimiento turbador, la muerte de su abuela, y únicamente este retrato fragmentario se había librado de ser sumergido por la depresión. En el tipo más complejo, el recuerdo, tal como aparece en el individuo, constituye una construcción en la que se ha combinado un cierto acontecimiento de la adolescencia. El recuerdo más antiguo no es necesariamente falso, pero actúa como sustitutivo y represivo del recuerdo de una representación posterior, inaceptable. Por ejemplo, Freud contó el análisis del recuerdo pantalla de un supuesto paciente, que Siegfried Bernfeld ha demostrado convincentemente que era un relato autobiográfico ligeramente modificado.

El narrador cuenta cómo, cuando tenía tres años de edad, su familia se vio obligada a dejar la vida feliz en el campo por la más dura de la ciudad. Recuerda estar jugando, a la edad de dos años y medio, en un arroyo lleno de dientes de león, con un primo y una prima suyos de su misma edad. Él y su primo arrebataron a la niña el ramo de dientes de león que había cogido, y una campesina dio a la niña, en compensación, un pedazo de pan negro. Los dos muchachos recibieron también un trozo del delicioso pan. Este recuerdo surgió en el narrador cuando, a los diecisiete años de edad, visitó su aldea natal y se enamoró de una muchacha de quince años vestida con un traje amarillo. Cuando tenía veinte años, el narrador visitó a un tío acomodado y volvió a encontrar a la prima de su primer recuerdo; los dos jóvenes no se enamoraron ni se casaron, como sus parientes deseaban, plan que habría asegurado la seguridad económica del narrador. El significado del recuerdo pantalla era el ofrecimiento de una «desfloración» infantil inocente como sustitutivo del deseo adolescente; también el anhelo de probar el pan de la seguridad económica. Con este ejemplo se ve que la relación existente entre el acontecimiento más reciente de la juventud y el recuerdo más antiguo de la infancia es semejante a la existente entre el «residuo del día» y los acontecimientos de la infancia en la teoría de los sueños de Freud [319].

La mayor parte de la *Psicopatología de la vida cotidiana* la forman nuevos artículos sobre lapsus de la lengua, de la pluma y otros actos que han sido agrupados bajo el nombre de parapraxias. Aunque la fuente de estos estudios reside primariamente en el autoanálisis de Freud y en las observaciones hechas en sus pacientes, el campo no era nuevo en absolu-

[319] Siegfried Bernfeld, «An Unknown Autobiographical Fragment by Freud», *American Imago*, IV (1946), 3-19.

to. Schopenhauer y Von Hartmann ya habían destacado tales hechos como manifestaciones del inconsciente [320]. Goethe, que solía dictar sus obras, analizó una vez los errores cometidos por sus secretarios [321]. Encontró que algunos eran suyos propios y otros debidos a la falta de familiaridad del secretario con palabras difíciles o extranjeras; pero los había también que provenían del estado emocional del secretario que, por ejemplo, pensaba que había oído el nombre de la persona a la que amaba y lo escribía en lugar del que se le había dicho realmente. En la época de Freud, la psicología había tratado de investigar el problema. En 1895 Meringer y Mayer habían publicado un estudio sobre los lapsus de la lengua, pero en él se preocupaban más de la pronunciación que de los significados [322]. Algunas de las diversas fuentes estaban más próximas al enfoque de Freud: una de ellas eran los estudios de Hanns Gross, el famoso penalista de Graz fundador de la psicología judicial [323]. En la década de 1880 Gross revisó sistemáticamente las declaraciones de testigos y acusados en busca de lapsus de lengua y manifestaciones afines significativas, y publicó observaciones relevantes en sus artículos y libros de textos. Citó el caso de un hombre que sustituyó a un testigo genuino para dar un falso testimonio, primero verbalmente y después por escrito, y que se traicionó en el último momento al firmar inadvertidamente con su nombre real bajo el falso testimonio. Gross halló que los testigos falsos invariablemente se traicionaban, aunque fuera por una sola palabra, y también por su actitud, talante o gestos. Había además una novela humorística escrita por Theodor Vischer, en la que el autor creó e hizo popular la expresión «malicia de los objetos» (*Tücke des Objekts*) para describir los contratiempos que continuamente les ocurren a algunas personas, como si algún pequeño demonio controlara los objetos, escondiéndolos o sustituyéndolos [324].

La noción de parapraxia, si no su teoría, era bien conocida para algunos de los contemporáneos de Freud. Karl Kraus, en su revista *Die Fackel*, solía recoger divertidas erratas que mostraban que el tipógrafo había tratado de adivinar y traicionado involuntariamente el verdadero pensamiento del escritor. Algunos escritores utilizaban corrientemente parapraxias como una argucia tan obvia que no era necesario explicársela al lector.

---

320 Schopenhauer advirtió que quienes cometen un error involuntario al hacer alguna cosa, la mayoría de las veces lo hacen para su propio beneficio.

321 Wolfgang von Goethe, *Hör-, Schreib- und Druckfehler*, en *Goethes Werke*, XLV Stuttgart y Tubinga, J. G. Cotta, 1833, págs. 158-164.

322 Rudolf Meringer y Carl Mayer, *Versprechen und Verlesen*, Berlín, Behrs Verlag, 1895.

323 Hanns Gross, *Handbuch für Untersuchungsrichter*, 2.ª ed. ampliada, Graz, Leuschner y Lubensky, 1894, págs. 90-93.

324 Friedrich Theodor Vischer, *Auch Einer. Eine Reisebekanntschaft*, Berlín, Machler, 1879.

En su *Viaje al centro de la Tierra*[325], Julio Verne describe a un viejo profesor alemán que trata de descifrar un criptograma con la ayuda de su sobrino, el cual está enamorado secretamente de la hija de aquél, Gräuben. El joven cree haber encontrado la clave, y para su sorpresa le da estas palabras: «Estoy enamorado de Gräuben.» En *Veinte mil leguas de viaje submarino*[326] el mismo autor cuenta cómo el profesor Arronax busca unas perlas gigantes en el fondo del mar. Omite informar a sus compañeros que el mar está infestado de tiburones, pero cuando les habla de una ostra gigante, dice que contiene «no menos de ciento cincuenta tiburones». Viendo la sorpresa de sus compañeros, exclama prontamente: «¿Dije tiburones? Quise decir ciento cincuenta perlas. Tiburones no habría tenido sentido».

La *Psicopatología de la vida cotidiana* fue bien recibida, reeditada con frecuencia, aumentada y traducida a muchos idiomas, y los psicoanalistas comenzaron a publicar sus propias colecciones de parapraxias[327].

La cuarta gran contribución de Freud a la psicología profunda fue su libro *El chiste y su relación con el inconsciente*, tema sobre el que había empezado a trabajar en 1897[328]. Por entonces habían surgido numerosas teorías acerca de la psicología de los chistes, de la comicidad y del humor. Freud se sintió estimulado además por el libro *Komik und Humor* de Theodor Lipps, pero el verdadero punto de partida de su trabajo fue su observación de ciertas semejanzas existentes ante los mecanismos de los chistes y los de los sueños[329].

Freud distinguió en los chistes una cierta técnica y una cierta tendencia (en otras palabras, un elemento de forma y otro de contenido). Halló en ellos técnicas de condensación, de desplazamiento, de expresión de una idea por la contraria, etc., semejantes a las existentes en el trabajo del sueño. En cuanto a las tendencias, distinguió entre los chistes inofensivos, cuyo placer se desprende únicamente de la técnica, y los tendenciosos, caracterizados por la agresividad, la oscenidad, o ambas cosas. Los chistes oscenos implican la presencia de un mínimo de tres personas: el bromista, el sujeto y un espectador. Expresan mentalmente el deseo de desnudar o seducir. Los chistes resultan divertidos tanto por las tendencias como por las técnicas. Los tendenciosos nos ayudan también a tolerar necesidades reprimidas, facilitando una forma socialmente aceptable de buscarles salida. Dos diferencias principales halló Freud entre los sueños y los chistes: por un lado, los primeros expresan la satisfacción de un deseo, mientras que los últimos satisfacen el placer de jugar; por otro, los sueños son una regresión del nivel del lenguaje al del pensa-

325 Julio Verne, *Voyage au centre de la terre*, París, Hetzel, 1864.

326 Julio Verne, *Vingt Mille Lieues sous les mers*, París, Hetzel, 1869.

327 Por ejemplo, Herbert Silberer, *Der Zufall und die Koboldstreiche des Unbewussten*, Berna, Bircher, 1921.

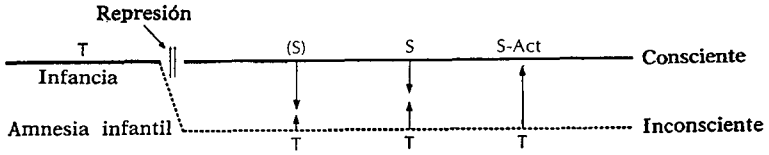
328 Sigmund Freud, *Der Witz und seine Beziehungen zum Unbewussten*, Leipzig y Viena, Deuticke, 1905.

329 Theodor Lipps, *Komik und Humor*, Hamburgo, L. Voss, 1898.

miento gráfico, mientras que en los chistes la regresión ocurre del lenguaje lógico al lenguaje de juego (la función lúdica del lenguaje, en que los niños encuentran tanto placer).

El libro de Freud sobre los chistes es uno de los menos leídos. Está lleno de juegos de palabras divertidos pero intraducibles y da por sentado que el lector conoce a los alemanes clásicos como Heine y Lichtenberg. Sus «historias judías» resultaban más graciosas para los lectores de aquella época que para los actuales. Es el trabajo de un hombre que gozaba enormemente con las anécdotas del lugar, pero en su mayor parte necesitaría un comentario en la actualidad. Refleja la vida vienesa contemporánea en mayor grado que *La interpretación de los sueños.* Con este libro Freud erigió un pequeño monumento al espíritu de la Viena de la Monarquía Doble [330].

Hemos resumido hasta ahora las hipótesis de la psicología profunda relativa a la histeria, los sueños, las parapraxias y los chistes; trataremos ahora de definir los dos modelos comunes que yacen bajo ellas. Uno es simple; el otro, más complejo.



El modelo simple se puede expresar gráficamente por dos líneas paralelas, la superior de las cuales es el nivel de la conciencia y de las manifestaciones aparentes, y la inferior, el nivel de la inconsciencia y de las manifestaciones ocultas que son causa de las manifestaciones conscientes. La vida psicológica se despliega simultáneamente en estos dos niveles, que pueden ser muy diferentes entre sí y entrar en conflicto. Dicho modelo fue creado originalmente con Breuer en los *Estudios sobre la histeria.* Sobre la línea superior colocamos los síntomas histéricos, y sobre la inferior las motivaciones subconscientes que Breuer y Freud, siguiendo a Charcot y Janet, consideraron como representaciones inconscientes (o, en el lenguaje de aquella época, reminiscencias traumáticas). Supongamos que el síntoma S está sobre la línea superior, y la reminiscencia traumática T en la inferior; la asociación entre S y T es triple. Existe en primer lugar una relación hermenéutica: el síntoma es como una cifra en un lenguaje conocido que ayuda a descifrar el texto en otro desconocido. Existe además una relación de efecto o causa, y en tercer lugar, una relación terapéutica. S puede ser eliminado ejerciendo una cierta maniobra sobre T, como es traerla a la consciencia y haciéndola reaccio-

[330] Incidetalmente, ésta es una prueba más contra la leyenda de que Freud «odió a Viena durante toda su vida». Ver cap. VII, pág. 533.

nar. La interpretación clínica, la comprensión científica y la eliminación terapéutica del síntoma deben, por tanto, casi coincidir.

Se trata de un desarrollo de lo que Janet y Breuer ya habían afirmado. La innovación de Freud está en su concepto dinámico de la relación entre S y T. T tiene una tendencia a expresarse en la consciencia, pero está controlado y mantenido en la inconsciencia por medio de una fuerza activa denominada *represión.* Este conflicto interno absorbe la energía psicológica, que puede ser liberada cuando el paciente resulta curado de sus síntomas.

El éxito de la represión es variable. Si es extremadamente fuerte, las reminiscencias traumáticas pueden permanecer latentes y entonces S desaparece, al menos temporalmente. Si es extremadamente débil, T emerge directamente a la superficie y se expresa en forma disfrazada; en este caso S y T son tan semejantes que no hay necesidad de descifrarlos. Tenemos que enfrentarnos con una acción sintomática. En los casos intermedios, cuando la represión es incapaz de mantener a T completamente en el inconsciente, existe una especie de equilibrio o compromiso entre ambas fuerzas en la forma de un síntoma. S expresa T en forma disfrazada y necesita ser descifrado.

El mismo modelo se aplica a la psicología de los sueños, con la diferencia de que en lugar del síntoma S tenemos el contenido manifiesto, en lugar del trauma T tenemos el contenido latente, y las fuerzas de la represión entre ambos se denominan censor y dan lugar a los mecanismos de desplazamiento y condensación. También aquí encontramos tres tipos de sueños. Los primeros se pierden irremediablemente tan pronto como el durmiente despierta; son comparables a los síntomas latentes en los que la represión es tan poderosa que no aparece nada en la superficie. El tipo opuesto es el de los sueños lúcidos, infantiles, comparables a los actos sintomáticos; la represión es tan débil que el contenido latente se muestra sin disfrazar en el contenido manifiesto. La mayoría de los sueños son de tipo intermedio, es decir, hay un compromiso entre las fuerzas inconscientes que tratan de expresarse en la conciencia y las fuerzas de represión.

El mismo esquema se aplica a la parapraxia. En el caso de olvido sintomático, por ejemplo, tenemos como S la pérdida de la memoria, como T la representación latente perturbadora, y entre ambos la fuerza de represión. Aquí vemos nosotros también los tres tipos, según los distinguió Dalbiez [331]. Los primeros son los actos inhibidos en los que hay una represión completa y eficaz, como ocurre cuando se olvida algo importante que se ha conocido bien. Lo opuesto son los actos sintomáticos realiza-

[331] Roland Dalbiez, *La Méthode psychanalytique et la doctrine freudienne,* I, París, Desclée de Brouwer, 1936, págs. 7-37.

dos bajo la influencia del inconsciente, en los que el individuo no sabe por qué actúa y cómo lo hace. Entre los dos hay un grupo de actos perturbados en los que la represión es incompleta. La mayoría de los deslices de lengua y de pluma pertenecen a este grupo.

En cuanto a los chistes, se puede aplicar un modelo semejante, colocando el juego de palabras en lugar de S, el pensamiento subyacente en lugar de T, y la técnica del chiste en lugar de la represión.

Hasta ahora hemos descrito el modelo más simple de la psicología profunda. Pero existe también otro más complejo, que comprende un piso superior y otro inferior. En la histeria encontramos en el piso superior los síntomas conectados mediante cadenas de recuerdos con algunas reminiscencias traumáticas de la pubertad y, mediante éstas, con los recuerdos infantiles del piso inferior. En el sueño, el piso superior muestra el contenido manifiesto relacionado, por mediación del trabajo del sueño y el censor, con el contenido latente. Este último está relacionado con el piso inferior, lugar de los deseos infantiles reprimidos. En la *Psicopatología de la vida cotidiana* se aplica un modelo igualmente complejo a los recuerdos pantalla en los que un acontecimiento de la adolescencia, situado entre el recuerdo presente y el acontecimiento de la infancia, nos da la clave. Por último, el modelo de dos pisos se aplica a aquellos chistes en que el placer preliminar lo ofrece la «técnica» (comparable al trabajo del sueño), mientras que en el nivel inferior encuentra su gratificación un placer malicioso o sexual.

Pero esto no es todo: la psicología profunda ofrece el núcleo de un tercer modelo aún más complejo. Al igual que encontró en el adulto la influencia del mundo olvidado de la infancia, del mismo modo Freud vislumbró una capa más profunda, común a toda la humanidad, a la que pertenece la mayoría de los símbolos sexuales universales que se encuentran en los sueños. No pasó mucho tiempo sin que dedujera, a partir del carácter universal del complejo de Edipo, el concepto del asesinato del primer padre por sus hijos.

Todos estos conceptos de la psicología profunda pueden parecer teóricos y abstractos, pero se convierten en una realidad viva cuando se ilustran con un caso clínico. Tal es la historia clásica de Dora, que fue tratada por Freud en 1900, aunque no publicó su historia hasta 1905 [332]. Destaca por su valor literario y por la habilidad con que el autor mantiene al lector en suspenso a lo largo de ella. Al comienzo, Freud se toma el trabajo de explicar que no hay nada erróneo en examinar materias sexuales desde un punto de vista científico (precaución que parece extraña cuando se considera el flujo de literatura patológico-sexual que cubría

[332] Sigmund Freud, «Bruchstück einer Hysterie-Analyse», *Monatsschrift für Psychologie und Neurologie*, XVIII (1905), 285-310. Edición corriente, VII, págs. 7-122.

Europa desde Krafft-Ebing). El relato, por lo demás, podría incluirse dentro del género de la literatura descubridora contemporánea. En un estilo ibseniano, nos encontramos al principio con una situación aparentemente inofensiva, pero según se desarrolla la historia vamos descubriendo complejas relaciones y conociendo secretos importantes.

Dora, joven de dieciocho años, afecta de algunos síntomas clásicos de *petite hystérie*, vive con su padre, industrial acaudalado; su madre, que está totalmente absorbida en sus deberes del hogar, y un hermano mayor. Como sucede en tantas familias, la hija está más unida al padre y el hijo a la madre. Los padres de Dora tienen una estrecha amistad con el señor y la señora K., con los que en muchas ocasiones pasan sus vacaciones, y Dora cuida cariñosamente a sus dos niños pequeños.

Una primera investigación muestra ya una situación turbia. El padre de Dora, que está frecuentemente enfermo, es cuidado por la señora K., por lo que Dora se muestra resentida. El señor K. abruma a Dora con regalos y flores, para su incomodidad. Con indignación, Dora revela a su madre que el señor K. le ha hecho proposiciones, lo que su padre se niega a creer. El señor K. lo niega todo y replica que ha sabido por su mujer que Dora ha estado leyendo los escritos semi-pornográficos de Mantegazza [333]. De forma gradual, Dora hace confesiones cada vez más sorprendentes a su analista. Está perfectamente enterada de las relaciones adúlteras entre su padre y la señora K. Cuatro años antes, el señor K. le había besado y ella se había sentido completamente repelida. Se siente entregada por su padre al señor K. a cambio de que éste consienta en las relaciones de su padre con la señora K. Por otra parte, resulta obvio que Dora alienta las acciones de su padre. Se sabe también que una institutriz le ha ilustrado sobre temas sexuales, le ha explicado la naturaleza de las relaciones de su padre con la señora K y, estando a su vez enamorada de él, ha prodigado sus cuidados a la joven. Pero Dora se da cuenta de todo y hace que sus padres despidan a la institutriz. A la inversa, queda claro que, si está tan fuertemente unida a los niños pequeños de la familia K., es debido a que está profundamente enamorada del señor K. a pesar de sus afirmaciones de lo contrario. No obstante, se siente muy unida a su padre, y parece que el propósito secreto de su neurosis histérica es llegar al corazón de éste y separarlo de la señora K.

Pero esto no es todo. Mediante insinuaciones veladas, Dora da a entender que sabe que su padre es sexualmente impotente y que, por tanto, sus relaciones con la señora K. deben ser de una naturaleza anormal. Indudablemente, parece que Dora está mucho mejor informada sobre temas sexuales de lo que parecía al principio. Es aquí donde el analista encuentra la clave para comprender la tos histérica de Dora. Pero ésta no está solamente enamorada de su padre y el señor K.; también tiene una relación romántica con la señora K. En los años anteriores, Dora solía compartir una habitación con ella y todabía habla de su «blanco cuerpo adorable»; fue además la señora K. quien, incluso antes que la institutriz, le había enseñado materias sexuales y le había prestado los libros de Mantegazza. Pero desde el momento en que Dora comprendió que la señora K. la apoyaba únicamente porque amaba a su padre, la rechazó exactamente igual que hizo después con la institutriz.

En este punto el psicoanálisis se muestra capaz de ir más allá de lo que cualquier «literatura descubridora» hubiera podido. Freud quiere demostrar cómo la interpretación de los sueños adelantará el tratamiento al llenar las lagunas de la memoria y proporcionar una explicación de los síntomas. Los dos sueños de Dora y su interpretación son demasiado complejos para ser resumidos aquí. Digamos simple-

333 Ver cap. V, págs. 348-349.

mente que el primero expresaba el deseo de que su padre le ayudara a librarse de la tentación del señor K., revelaba su antiguo amor incestuoso por su padre e indicaba que había caído en la masturbación infantil, que sabía que su padre había contraído la sífilis y la había transmitido a su madre, y que había sorprendido intimidades sexuales entre sus padres. El segundo sueño lleva al lector aún más lejos, dentro del campo de los deseos sexuales secretos de Dora y del simbolismo de una especie de «geografía sexual».

Este corto relato no puede transmitir toda la complejidad de la historia de Dora, con lo intrincado de las relaciones interpersonales y su reflejo en forma de síntomas neuróticos. Así vemos cómo la madre de Dora enferma regularmente la víspera de la llegada de su marido, mientras que la propia Dora está enferma cuando el señor K. se encuentra fuera y se recupera cuando aquél vuelve. Vemos también cómo la gente toma prestados, como ocurrió aquí, los síntomas neuróticos de los demás, cómo en otros casos los síntomas somáticos son la expresión de sentimientos escondidos o inconscientes, cómo una negativa puede ser el equivalente de una confesión y cómo las acusaciones de otros pueden representar una auto-acusación. La importancia hermenéutica y terapéutica de la transferencia queda también reflejada.

Los psicoanalistas actuales considerarían que el tratamiento de tres meses a que fue sometida Dora fue demasiado corto y que la técnica empleada dejaba mucho que desear en bastantes aspectos. Pero, por su interés intrínseco, el caso de Dora revela exactamente el estado alcanzado por la psicología profunda a principios de la década de 1900. El propio Freud había proclamado que el inconsciente no hace distinción entre los hechos y las fantasías. Algunos lectores estimaron que esa distinción no era lo suficientemente clara en el caso de Dora y no quedaron convencidos. Es a la luz de estos hechos como hay que ver las primeras controversias sobre el psicoanálisis.

La obra de Freud: V. — La teoría de la libido

En 1905 Freud publicó sus *Tres ensayos sobre la teoría sexual*[334]. Este breve folleto da la impresión de ser un resumen de un libro más extenso, más que un trabajo original por sí mismo. También aquí, las ediciones posteriores fueron considerablemente aumentadas, y para comprender la teoría original hay que leerla en la edición de 1905.

El primer ensayo clasifica las desviaciones sexuales según el objeto y el fin. En el primer grupo está la inversión (homosexualidad), en cuya etiología destaca Freud la bisexualidad básica de los seres humanos, y la falta de una delimitación clara entre la perversión y las variedades normales de sexualidad. Al tratar de la sexualidad de los neuróticos, Freud le atribuye tres rasgos: la intensa represión de un fuerte impulso sexual,

[334] Sigmund Freud, *Drei Abhandlungen zur Sexualtheorie*, Leipzig y Viena, Deuticke, 1905. Edición corriente, VII, págs. 130-243.

una sexualidad de calidad perversa (la neurosis es la negativa de la perversión), y sus características infantiles (impulsos parciales, todavía sin unificar, localizados en zonas erógenas).

El segundo ensayo trata de la sexualidad infantil. «¿Por qué este fenómeno ha sido casi desconocido?» pregunta Freud. No sólo por las ideas convencionales acerca de la inocencia de los niños, responde, sino porque una amnesia peculiar, semejante a la causada por la represión en los neuróticos, emborrona el recuerdo de los seis u ocho primeros años de la vida. «Esta amnesia sirve a cada individuo de prehistoria». El «período de latencia» que sigue resulta de condiciones tanto culturales como orgánicas, y permite la sublimación de los instintos sexuales para beneficio de la sociedad. Freud describió a continuación las fases sucesivas del desarrollo de la sexualidad infantil. En primer lugar hay una fase auto-erótica, en la que cualquier parte del cuerpo puede ser una zona erógena, aunque lo normal es que sea la boca, con gratificación en forma de lactación. Después de esta «fase oral», el ano se convierte en la zona erógena principal, y la retención de las heces es la que proporciona la gratificación. Esta zona es reemplazada en la tercera fase por los genitales; de aquí la frecuencia de la masturbación infantil. Durante estas fases el niño es un «perverso polimorfo», lo que significa que en él están presentes todas las posibilidades de perversión, que en circunstancias específicas se pueden desarrollar en muchos adultos. Freud da también una lista de las fuentes de estimulación sexual (incluyendo entre ellas los movimientos rítmicos, la actividad muscular, las fuertes emociones y el trabajo intelectual intenso), y destaca la importancia del elemento constitucional en las variedades de la sexualidad individuales. En ediciones posteriores, añadió a este segundo ensayo ciertos detalles de las teorías sexuales infantiles y los efectos de la «escena primaria» (la observación por parte del niño de la relación sexual entre los padres).

El tercer ensayo se titula «Las transformaciones en la pubertad». Tras la conmoción biológica de la pubertad, se produce el paso del auto-erotismo a los objetos sexuales, de los impulsos parciales a su unificación bajo el dominio de la zona genital, y del placer individual al servicio de la procreación. En este estado, el placer sexual, tal como existía en el niño, sobrevive en forma de «placer preliminar», de incentivo para una gratificación más completa. Freud compara este mecanismo con el de los chistes en los que la técnica proporciona un placer preliminar y estimula una gratificación más profunda mediante la liberación de sentimientos agresivos eróticos. A continuación sigue la diferenciación psicosexual de hombres y mujeres. La libido, dice Freud, es de naturaleza fundamentalmente masculina, tanto si ocurre en el hombre como en la mujer, y cualquiera que sea su objeto; pero al mismo tiempo, Freud adopta de Fliess el concepto de bisexualidad fundamental de los seres humanos. A con-

tinuación describe el desarrollo de la psicosexualidad en los hombres, en los que es simple, y en las mujeres, donde es más complejo; de aquí la mayor predisposición de éstas a la histeria. El resto del ensayo está dedicado al problema del encuentro de un objeto de amor. El primer objeto de la sexualidad infantil es el propio cuerpo y el pecho de la madre; después del destete, la sexualidad se hace auto-erótica y sólo posteriormente tiene que ser redirigida hacia un objeto. El primer objeto, la madre, al besar y acariciar al niño, despierta su sexualidad infantil, que conduce a la situación de Edipo, punto éste que sería considerablemente desarrollado en la literatura psicoanalítica posterior. Freud destaca la importancia de esta primera educación para la futura elección amorosa y el destino del individuo. En el resumen, hace hincapié en el papel del elemento constitucional, y se refiere a la frecuencia de la sífilis hereditaria en los neuróticos.

A pesar de su brevedad, los *Tres ensayos* son una síntesis de considerable magnitud y alcance, que el propio Freud, y generaciones de psicoanalistas después, ampliarían. No insistiremos en estas ampliaciones, que han sido explicadas en detalle por tantos otros autores. Trataremos únicamente de colocar las teorías de Freud dentro del contexto de la patología sexual contemporánea.

Giran alrededor de varios temas. Primero, el concepto de libido, es decir, del instinto sexual, con su embriología, fases sucesivas de evolución y metamorfosis. Segundo, la insistencia en las vicisitudes de la elección del objeto amoroso, particularmente en el complejo de Edipo. Tercero, basado en lo anterior, la interpretación de ciertos tipos característicos (en especial, el oral y el anal) de las neurosis y las desviaciones sexuales. Cuarto, un sistema de simbolismo sexual. Y por último, una investigación de los acontecimientos primeros de la vida sexual, de las primeras fantasías sexuales y de su papel en la vida emocional posterior.

Cuando aparecieron los *Tres ensayos* en 1905, el *Zeitgeist* mostraba un gran interés por los problemas sexuales, y es difícil distinguir el límite entre las fuentes de Freud y los estudios paralelos que tenían lugar alrededor suyo [335]. Las costumbres sexuales contemporáneas de aquella época habían retenido poco, o nada, de las actitudes simbolizadas por la palabra «victorianismo». August Forel, en sus memorias, da una viva descripción de la laxitud de las costumbres sexuales en Viena, añadiendo que no eran mucho mejores que las de París [336]. Zilboorg menciona que las «ligas de amor libre» florecían por todo el imperio zarista entre estudiantes y adolescentes, y que era «un fenómeno de naturaleza sociológica»

---

335 Ver cap. V, págs. 338-355.

336 August Forel, *Rückblick auf mein Leben*, Zurich, Europa-Verlag, 1935, págs. 64-65.

de ningún modo limitado a Rusia [337]. Los problemas de las enfermedades venéreas, la contracepción y la ilustración sexual de los niños se discutían con libertad. Todas las facetas posibles de la vida sexual aparecían «con evidente franqueza» (en términos de Zilboorg) en las obras de Maupassant, Schnitzler, Wedekind y muchos otros; también se discutía de forma vehemente en revistas como *Die Fackel* de Karl Kraus. Schopenhauer había dado ya a la metafísica del sexo un lugar central en su filosofía; Weininger proponía una doctrina del misticismo sexual en un libro que tuvo un éxito enorme [338]. Sistemas semejantes serían desarrollados por Rozanov y Winthuis [339]. Sobre todo, la nueva ciencia de la patología sexual, de lento desarrollo durante el siglo XIX, había recibido su ímpetu decisivo treinta años antes, con la publicación de la *Psicopatía sexual* de Krafft-Ebing. A partir de 1886, la literatura sobre ese tema había aumentado sin cesar y resultaba ya difícil su estudio. En 1899 Magnus Hirschfeld había comenzado la publicación de un anuario, parte del cual trataba de recoger la bibliografía entonces disponible [340]. Mientras que el primer volumen tenía 282 páginas, el cuarto (de 1902) tenía 980, el quinto (de 1903) 1.368, el sexto (de 1904) 744, y el de 1905, 1.084 páginas. No es de extrañar que gran parte de lo que se dice en los *Tres ensayos* de Freud pueda encontrarse entre los hechos, teorías y especulaciones de esa bibliografía.

Las fuentes de la teoría de la libido son múltiples. Recordemos que los términos *auto-erotismo, zonas erógenas* y *libido* eran ya de utilización común [341]. Los primeros modelos de un concepto unificado del instinto sexual procedían filósofos como Platón. Tanto éste como Freud enseñaban la bisexualidad original del ser humano y la sublimación del instinto sexual. Georgiades señala que Freud consideraba la libido como masculina, mientras que Platón valoraba más el amor homosexual que el heterosexual, y estimaba la sublimación de aquél como el origen de todos los sentimientos elevados [342]. Ya han sido mencionadas [343] las profundas analogías existentes entre la teoría freudiana de la libido y la filosofía de Schopenhauer, así como el extendido concepto de instinto sexual de Arréat [344]. Los biólogos seguían los pasos de los filósofos. Gley, en 1884, sugirió que la bisexualidad anatómica original podía dejar residuos fisio-

337 Gregory Zilboorg, *Sigmund Freud. His Exploration of the Mind*, Nueva York, Charles Scribner's Sons, 1951, págs. 73-75.

338 Ver cap. V, pág. 341; cap. X, págs. 885-886.

339 Ver cap. VII, págs. 634-636.

340 *Jahrbuch für sexuelle Zwischenstufen unter besonderer Berücksichtigung der Homosexualität*, I, Leipzig, Max Spohr, 1899.

341 Ver cap. V, págs. 347-348, 354.

342 Patrice Georgiades, *De Freud à Platon*, París, Fasquelle, 1934.

343 Ver cap. IV, págs. 245-247.

344 Ver cap. V, pág. 354.

lógicos en el ser humano, y que éstos, a su vez, podían ser el punto de partida para la homosexualidad [345]. Teorías semejantes fueron desarrolladas a su vez por los clínicos. Dessoir [346], en 1894, y Moll [347], en 1898, describieron dos estadios de evolución del instinto sexual, uno indiferenciado seguido por otro diferenciado; algunos individuos, decían, permanecen al menos en parte en el estadio indiferenciado, de aquí la aparición de la homosexualidad u otras perversiones. Dos trabajos de 1903 proponían una teoría basada en el concepto de la bisexualidad fundamental del hombre. Uno era el famoso *Sexo y carácter* de Weininger, al que ya nos hemos referido, el otro era —con un enfoque menos filosófico pero más clínico— el libro de Herman, *Libido y manía* [348]. Todas las desviaciones sexuales, dice en él su autor, se originan del efecto combinado de la bisexualidad humana y de las alteraciones en los estadios de evolución de la *libido* (en el sentido dado a este término por Moll). Las anormalidades sexuales son clasificadas en tres grupos: primero, las diversas formas de «asexualismo» (infantilismo sexual, auto-erotismo y similares). Segundo, las derivadas del «bisexualismo». Tercero, las que pertenecen al «suprasexualismo» (fundamentalmente, la sexualidad senil, anormal). La mayor parte de las desviaciones sexuales pertenecen al segundo grupo, que Herman clasifica por parejas (uranismo-lesbianismo, sadismo-masoquismo, etc.). El que la libido indiferenciada sea dirigida hacia un hombre o una mujer depende en gran parte del azar: en ese aspecto se menciona a Meynert [349]. *Libido y manía* de Herman era sin duda una obra conocida por Freud, ya que la menciona en sus *Tres ensayos.*

Las nociones de sexualidad infantil y de las fases precoces del desarrollo sexual no eran completamente nuevas. La idea de que el placer del niño junto al pecho de la madre encuentre expresiones posteriores en el placer estético ya había sido señalada por Erasmus Darwin [350]. El pionero de la investigación del erotismo oral en los niños fue el pediatra húngaro Lindner, quien describió muchas variedades de succión del pulgar, simples y combinadas, y supuso que eran expresiones de gratificación erótica infantil [351]. Esta obra había atraído la atención de Krafft-Ebing y

345 E. Gley, «Les Aberrations de l'instinct sexuel», *Revue Philosophique,* XVII (1884), I, 66-92.

346 Max Dessoir, «Zur Psychologie der Vita Sexualis», *Allgemeine Zeitschrift für Psychiatrie,* L (1984), 941-975.

347 Albert Moll, *Untersuchungen über die Libido sexualis,* vol. I, Berlín, H. Kornfeld, 1898.

348 G. Herman, «*Genesis*», *Das Gesetz der Zeugung,* vol. V, *Libido und Manie,* Leipzig, Strauch, 1903.

349 Ver cap. V, pág. 350.

350 Erasmus Darwin, *Zoonomia; or, the Laws of Organic Life,* I Londres, J. Johnson, 1801, págs. 200-201.

351 S. Lindner, «Das Saugen an den Fingern, Lippen, etc., bei den Kindern (Ludeln)», *Jahrbuch für Kinderheilkunde und Physische Erziehung,* Neue Folge, XIV (1879, 68-89.

otros, los cuales supusieron que ciertas nodrizas obtenían también una gratificación erótica al dar el pecho.

El concepto de erotismo anal de Freud parece ser más original, aunque algunos de sus aspectos ya estaban anticipados. Charles Fourier, socialista utópico francés, clasificó el impulso de jugar con barro y porquería como una fase infantil transitoria entre los instintos humanos básicos [352]. Propuso socializar ese impulso: los niños en esta fase se veían organizados en «pequeñas bandas» de recolectores de estiércol, para su propia delicia y beneficio de la sociedad. En un nivel más especulativo, K. R. Hoffmann, representante de la medicina romántica, había desarrollado la teoría de que la excreción no es simplemente una función corporal, sino un «impulso básico de la vida» (*Grundtrieb des Lebens*), que en ocasiones se puede volver contra el individuo [353]. También se puede señalar una correlación entre la teoría del erotismo anal de Freud y el *Zeitgeist*. Es una tendencia humana la de no hacer caso de cosas que son demasiado claras, y prestarles atención cuando desaparecen. Así, el folklore de los campesinos europeos permaneció desconocido para los científicos o fue despreciado por ellos, hasta que comenzó a declinar, y únicamente entonces surgieron folkloristas para registrarlo. De forma similar, durante siglos la humanidad había considerado como cosa natural la vista y el olfato de los excrementos; sólo cuando, a finales del siglo XIX, se generalizó el alcantarillado y los hombres comenzaban a vivir en un mundo dulcificado y desodorizado, se prestó atención a esta cuestión. La nueva preocupación fue ilustrada por una recopilación de 600 páginas hecha por Krauss e Ihm, en la que hacían una revisión general del papel de los excrementos en diversas poblaciones del mundo, con un prólogo laudatorio escrito por Freud en el que habla de las manifestaciones coprofílicas en los niños, su represión y su conexión con el instinto sexual [354].

Lo que dijo Freud de la fase fálica de la libido expresaba una preocupación general de su época. Educadores, pediatras y patólogos sexuales conocían la frecuencia de la masturbación entre los niños y los muchachos jóvenes, y mostraban su preocupación por la posible seducción de los niños por los sirvientes y otros adultos [355]. No cabe duda de que muchos ignoraban la existencia de la sexualidad infantil, o la consideraban como

352 Charles Fourier, *Pages choisies*, Charles Gide, ed., París, Recueil Sirey, 1932, páginas 174-182. Ver también a Maxime Leroy, *Histoire des idées sociales en France*, París, Gallimard, 1950, págs. 246-292.

353 R. K. Hoffmann, *Die Bedeutung der Excretion im thierischen Organismus* (1823). Citado por Friedrich von Müller, *Spekulation und Mystik in der Heilkunde. Ein Ueberblik über die leitenden Ideen der Medizin im letzten Jahrhundert*, Munich, Lindauer, 1914.

354 Friedrich S. Krauss y H. Ihm, *Der Unrat in Sitte, Brauch, Glauben und Gewohnheitsrecht der Völker von John Gregory Bourke*, Leipzig, Ethnologischer Verlag, 1913.

355 Ver cap. V, págs. 344-345.

de aparición rara y anormal, pero había otros que la conocían mejor. Merecen mención especial dos libros populares de Michelet: *Nuestros hijos* y *Mujer;* este último era conocido por Freud, el cual lo citó en otro lugar [356].

El término y concepto de sublimación eran bien conocidos, y Freud nunca pretendió haberlos introducido él. Se mencionan como una idea corriente en una novela publicada en 1785, y posteriormente fueron utilizados por Novalis, Schopenhauer y particularmente Nietzsche [357].

Freud sistematizó la idea de que el instinto sexual pasa por sus fases iniciales de desarrollo en la primera infancia, atraviesa un período de latencia, y luego resurge y se reorganiza en la pubertad, en la fase de comienzo aparente. Hechos semejantes habían sido observados y descritos primero por Dallemagne y posteriormente por Ribot, aunque estos autores consideraban tal desarrollo como una excepción [358].

La idea de que el instinto sexual apunta al propio sujeto en lugar de a un objeto exterior se hallaba muy extendida. El concepto de amor narcisista, desarrollado abundantemente por poetas y escritores, había llegado hasta los psiquíatras [359]. Havelock Ellis había descrito varias formas de «autoerotismo», y fue Naecke el que introdujo el término «narcisismo».

La gran importancia de las imágenes de la madre y el padre para la futura vida amorosa del individuo también había sido anticipada, y no fue Nietzsche el único en creer que «cada hombre lleva dentro de sí la imagen de su madre, y de la calidad de esta imagen dependerá su actitud futura hacia las mujeres». En una famosa novela, Laclos presenta al famoso seductor Valmont explicando que no se puede seducir a una joven inocente y honesta hasta no destruir en ella el respeto por su madre [360]. Jules Laforgue explicaba que fue esta pérdida de respeto por su madre la que hizo que Hamlet tratara a Ofelia de forma tan ruda [361]. La innovación de Freud fue la introducción y sistematización de este concepto de la *imago* del padre y de la madre en psiquiatría. Muchos educadores y escritores conocían bien la formación de un vínculo erótico entre niño y madre. Stendhal había hablado de su amor incestuoso por su madre [362]. Michelet había popularizado esta idea. Lo que hizo Freud es afirmar que,

---

356 Sigmund Freud, *Der Witz und seine Beziehung zum Unbewussten* (1905), pág. 47; edición corriente, VIII, págs. 59-60.

357 Heinrich Jung-Stilling, *Theobald oder die Schwärmer, eine whare Geschichte,* Frankfurt y Leipzig, 1785.

358 Ver cap. V, pág. 350.

359 Ver cap. V, pág. 324.

360 Choderlos de Laclos, *Les Liaison dangereuses* (1782), éd. Pléiade, París, Gallimard, 1959, pág. 263.

361 Jules Laforgue, «Hamlet, ou les suites de la pitié filiale», *La Vogue,* III (1886), reimpreso en *Oeuvres Complètes,* París, Mercure de France, 1901, II, págs. 17-72.

362 Stendhal, *Vie de Henry Brulard* (1836), París, Union Générale d'Edition, 1964, capítulo III, págs. 57-67.

dentro de ciertos límites, este vínculo es natural y normal, y añadió las ideas de que el niño desea la muerte de su padre y tiene miedo del castigo y castración por parte de éste. El concepto completo del complejo de Edipo, como lo sistematizaría Freud posteriormente, incluía estos tres componentes: un deseo incestuoso hacia la madre, un deseo de matar al padre y la imagen de un padre cruel, castrador.

En realidad, el modelo mitológico de este complejo no es tanto el que se encuentra en el drama de Edipo como en el mito de Saturno y Júpiter. Saturno estaba amenazado de muerte por su padre Urano, el primer dios del mundo, pero fue salvado por su madre. Entonces castró a su padre. Posteriormente, el propio Saturno se comió a sus hijos, excepto al más joven, Júpiter, que fue salvado por su madre. Después, Júpiter le suplantó. El mismo mito se ha encontrado en la India y entre los hititas [363]. Para Dumézil, historiador de las religiones, es simplemente un reflejo de las condiciones que existieron en otro tiempo [364]. En las antiguas dinastías de la India, el poder político y el poder sexual estaban identificados, y el rey era un gran varón tiránico, temeroso de ser destronado y de que sus propios hijos le robaran su virilidad. Los filósofos de la India explicaban, por otra parte, el proceso de reencarnación atribuyendo al reencarnado sentimientos semejantes a los del complejo de Edipo. Vasubandhu decía:

> El ser intermediario... posee el ojo divino. Ve el lugar de su nacimiento, por muy lejos que esté. Ve a su padre y a su madre unidos. Su espíritu se siente turbado por el efecto de complacencia y la hostilidad. Si es un hombre, se siente atacado por el deseo de hombre hacia su madre; si es mujer, por el deseo de mujer hacia el padre; por otra parte, odia al padre o a la madre, a los que considera como rival masculino o femenino. Como se dijo en el Prajnapti: «Entonces ocurre en el Grandharva un pensamiento de codicia o un pensamiento de odio». El Espíritu se siente tan turbado por estos dos pensamientos erróneos que, por deseo amoroso, los une en el mismo lugar donde se juntan los dos órganos, imaginándose que es él mismo el que se une... el ser intermediario goza así del placer de instalarse en la matriz [365].

Uno de los aspectos del psicoanálisis que más se popularizó es el de los símbolos sexuales (los «símbolos freudianos»). A este respecto, los numerosos predecesores de Freud se pueden distribuir en cuatro grupos:

1) Los antropólogos hacían colección de los símbolos obscenos tradicionales que encontraban en la poesía clásica, y de «Kryptadia» de todos

---

[363] Hans Gustav Guterbock, *Kumarbi, Mythen vom churritischen Kronos*, Zurich, Europa-Verlag, 1946.

[364] Georges Dumézil, «Religion et mythologie préhistoriques des Indo-Européens», en *Histoire générale des religions*, I, Maxime Gorce y Raoul Mortier, eds., París, Quillet, 1948, págs. 448-450.

[365] Vasubandhu, *L'Abhidharmakosa de Vasubandhu*, traducido y adaptado por Louis de La Vallée Poussin, París, Geuthner, 1923-1926, II, págs. 50-51. Una creencia similar se encuentra en *El libro tibetano de la muerte*.

los países. Concretamente, el folklorista Oppenheim pidió a Freud que hiciera comentarios psicoanalíticos de una colección de esta especie [366].

2) El interés por los símbolos que aparecen en los sueños hizo también dirigir la atención a los que tenían un significado sexual. Según Laignel-Lavastine y Vinchon, un libro de sueños del Renacimiento, el de Pierus, describe sueños de serpientes, árboles, flores, jardines, dientes, columnas y grutas, con significados semejantes a los del simbolismo freudiano [367]. El primer estudio objetivo del simbolismo onírico fue realizado por Scherner y debemos recordar que los símbolos que en él se consideraban sexuales eran idénticos a los descritos treinta y nueve años más tarde en *La interpretación de los sueños* de Freud [368].

3) A lo largo de todo el siglo XIX se habían llevado a cabo amplias investigaciones sobre el simbolismo sexual en los cultos, mitos y religiones. El pionero de estos estudios, Jacques-Antoine Dulaure, afirmaba que las primeras civilizaciones que alabaron al sol incorporaron sus fuerzas regeneradoras a la imagen del falo [369]. Describió ampliamente el culto del falo y su simbolismo, con innumerables ejemplos tomados de las civilizaciones antiguas. Su libro tuvo un éxito enorme, y popularizó la idea de que había existido un culto universal del falo. Numerosos arqueólogos aficionados se ocuparon en la búsqueda de restos simbólicos de este culto. Para dar únicamente un ejemplo: en la novela de Flaubert, *Bouvard et Pécuchet*, los dos héroes, en su preocupación por la «arqueología céltica», tomaron por seguro que los «túmulos» simbolizan el órgano femenino y la «*pierre levé*» el masculino; que las torres, pirámides, velas de las iglesias, mojones y árboles, eran símbolos fálicos. Abrieron un Departamento de Falos en su museo privado. Mientras tanto, un serio erudito, Adalbert Kuhn, interpretó el encendido ritual del fuego como simbólico de la generación humana [370]. En plena era victoriana, George Cox explicó el simbolismo sexual de las antiguas religiones: la varilla, el árbol, el báculo del pastor, el cetro, la serpiente, el toro eran símbolos masculinos; y el arco, el barco, la copa (incluido el Santo Cáliz), el agujero, el cesto, la lámpara, el loto, símbolos femeninos [371]. Dado que «los pensamientos surgidos del reconocimiento de la diferencia existente entre hombres y

366 Sigmund Freud, «Träume im Folklore», en las obras de Sigmund Freud y D. E. Oppenheim, *Dreams in Folklore*, International Universities Press, 1958, págs. 69-111.

367 Laignel-Lavastine et Vinchon, *Les Maladies de l'esprit et leurs médecins du XVI^e au XIX^e siècle*, París, Maloine, 1930, págs. 101-118.

368 Ver cap. V, págs. 355-357.

369 Jacques-Antoine Dulaure, *Histoire abrégée des différents cultes*, 2.ª ed., París, Guillaume, 1825; vol. I, *Des Cultes qui ont précédé et amené l'idolâtrie;* vol. II, *Des Divinités génératrices chez les anciens et chez les modernes.*

370 Adalbert Kuhn, *Die Herabkunft des Feuers und des Göttertranks*, Berlín, Dümmler, 1859.

371 George W. Cox, *The Mythology of the Aryan Nations*, II, Londres, Longmans Green and Co., 1870, págs. 112-130.

mujeres están entre los más misteriosos y emocionantes del corazón humano», Cox admitió que «una filosofía que pretenda reconciliar los impulsos naturales de los fieles con un sentido de rectitud y deber llevaría consigo una fascinación extraña y casi irresistible». En Alemania, Nagele interpretó el culto a la serpiente de la antigüedad como un culto fálico [372]. En Italia, Gubernatis desarrolló una teoría sistemática del simbolismo sexual universal tomada de la botánica [373] y la zoología [374].

4) La experiencia clínica había proporcionado muchos datos sobre el simbolismo sexual. La psiquiatría romántica hizo hincapié en el papel de los impulsos y frustraciones sexuales sobre las psicosis [375]. Neumann, posteriormente Santlus, y en menor grado Griesinger, describieron las manifestaciones disfrazadas del instinto sexual y sus pacientes. El conocimiento de que muchas formas de misticismo patológico eran debidas a sexualidad reprimida era corriente entre los novelistas, psiquíatras y escritores religiosos [376]. El criminólogo Hanns Gross hizo también una investigación sistemática de las formas disfrazas de sexualidad frustrada y de su papel en la delincuencia.

Otro campo de la investigación de Freud fue el de las variedades y vicisitudes de las fantasías sexuales y su papel subsiguiente en la vida emocional. Afirmó que la observación por parte de los niños pequeños de las relaciones sexuales de sus padres, es decir, de lo que denominó la escena primaria, tenía una influencia perturbadora profunda sobre ellos, en especial cuando la interpretaban como un acto sádico. También atribuyó gran importancia a las teorías que los niños imaginan para responder a sus propias preguntas acerca del nacimiento y de las relaciones sexuales de sus padres. Las mencionó como un argumento más en apoyo de la tendencia contemporánea favorable a la ilustración sexual de los niños. Otra fantasía era la de ciertos niños que imaginaban que sus padres reales pertenecían a un estrato social mucho más alto del verdadero. Este tema fue desarrollado considerablemente por Otto Rank [377]. También aquí encontramos un reflejo psicoanalítico de un tema contemporáneo popular.

---

372 Anton Nagele, «Der Schlangen-Cultus», *Zeitschrift für Völkerpsychologie und Sprachwissenschaft*, Lazarus und Steinthal (1887), XVII, 264-289.

373 Angelo de Gubernatis, 2 vols., *La Mythologie des plantes ou les légendes du règne végétal*, París, C. Reinwald, 1878.

374 Angelo de Gubernatis, *Zoological Mythology or the Legends or Animals*, 2 vols., Londres, Trübner and Co., 1872.

375 Ver cap. IV, págs. 250-254.

376 El filósofo Léon Brunschvicg señaló posteriormente que las interpretaciones místicas dadas a los Cantos de Salomón por graves religiosos eran exactamente lo opuesto de los comentarios freudianos sobre los escritores místicos, «ambos con el mismo aire de infalibilidad». Léon Brunschvicg, «A propos de l'analogie», en *Mélanges offerts à Monsieur Pierre Janet*, París, D'Artrey, 1939, págs. 31-38.

377 Otto Rank, *Der Mythus von der Geburt des Helden; Versuch einer psychologisches Mythendeutung*, Leipzig y Viena, Deuticke, 1909.

En ese período, cuando la mayoría de los países europeos tenía un rey o un emperador, muchos pacientes mentales afirmaban ser descendientes de familias soberanas, o incluso ser los monarcas legítimos. Krafft-Ebing describió una variante de estos delirios bajo el nombre de *Originäre Paranoia* (término éste que muchas veces ha sido mal comprendido como «delirio acerca del origen familiar»; en realidad, significaba una forma de paranoia cuyo «origen» se podía seguir hasta la edad de los primeros recuerdos). En Francia, una famosa paciente, Hersilie Rouy, debido a sus afirmaciones sobre su origen real, fue internada en un hospital mental, del que salió con una recompensa sustancial debido a un error técnico en la orden de ingreso. Publicó dos «autobiografías»: en una disimuló gran parte de sus ideas delirantes, en la otra las expresó en su totalidad [378]. La originalidad de Freud estuvo en demostrar que estas fantasías no sólo existen en las formas paranoicas extremas, sino que son frecuentes entre los niños en forma embrionaria, y que también tienen alguna relevancia en el folklore y la mitología.

Los relatos corrientes de la vida de Freud afirman que la publicación de sus teorías sexuales suscitó indignación debido a su novedad en una sociedad «victoriana». Las pruebas documentales muestran que no fue así en realidad. Los *Tres ensayos* aparecieron en medio de un torrente de obras contemporáneas sobre sexología, y tuvieron una recepción favorable [379]. La principal originalidad de Freud estuvo en sintetizar ideas y conceptos que estaban esparcidos o parcialmente organizados, y en aplicarlos directamente a la psicoterapia. Es ilustrativo el caso del pequeño Hans, que fue para la teoría de la libido lo que el de Dora había sido para la psicología profunda.

La historia tiene menos calidad literaria que la del caso de Dora y la lectura se hace más prolija. Fue relatada por el padre del pequeño Hans y comentada por Freud.

Hans era el primogénito de un psicoanalista discípulo de Freud. Su madre le prodigó tiernos cariños. Muchas veces le llevaba a su cama e incluso, como se supo posteriormente, se hacía acompañar por él cuando iba al aseo. A los tres años, Hans estaba muy interesado por su «miembro». Habiendo preguntado a su madre si ella también tenía uno, ésta respondió: «Sí». Cuando tenía tres años y medio, su madre descubrió que se masturbaba y le amenazó con castrarle. Aproximadamente al mismo tiempo nació su hermana pequeña. A Hans le dijeron que la había traído la cigüeña, pero él se sintió impresionado por el maletín del médico y los recipientes llenos de agua y sangre que había en el cuarto de su madre. Empezó a preocuparse por si las demás personas y los animales también tendrían un «miembro» y se mostró particularmente interesado por el gran tamaño del de los caballos. Llegó a la conclusión

[378] Un relato de este paciente, acerca del cual se ha publicado tanto, se encuentra en la obra de Paul Sérieux y Joseph Capgras *Les Folies raisonnantes; le délire d'interprétation*, París, Alcan, 1909, págs. 386-387.

[379] Ver cap. X, pág. 792.

de que la presencia de ese órgano distinguía a los seres animados de los inanimados; sin embargo, notó que su hermana pequeña carecía de él, y se dijo que después crecería. Incluso antes de los cuatro años, Hans mostró una disposición «polígama»; se enamoró de una serie de niñas de siete a once años de edad, pero también abrazaba tiernamente a un primo suyo de cinco años.

A los cuatro años y nueve meses, Hans (como se sabría después) vio a un caballo que tiraba de un carro pesadamente cargado caído en el suelo. Poco después se mostró cada vez más ansioso, se aferró mucho más a su madre, y expresó su temor de salir a la calle por miedo a que le mordiera un caballo. Freud aconsejó al padre que dijera a Hans que su miedo a los caballos se debía a que estaba muy interesado por sus «miembros», y que comenzara a darle gradualmente alguna ilustración sexual.

Fue el comienzo de un proceso que duró cuatro meses (de enero a mayo de 1908). El padre registró los dichos, sueños y juegos espontáneos del niño y se los comunicó a Freud. Después de una visita al zoo de Schönbrunn, la fobia se extendió a las jirafas, los elefantes y los pelícanos. Una mañana, Hans contó la fantasía de haber visto dos jirafas en su habitación, una grande y otra encogida; la grande gritaba porque Hans había cogido a la encogida. Esto lo interpretó el padre como una trasposición de una pequeña escena familiar: Hans tenía la costumbre de ir a la habitación de sus padres por la mañana temprano; su padre diría a la madre que no le dejara entrar en la cama, y ésta respondería que no importaba si lo cogía durante un corto tiempo. La gran jirafa fue interpretada como el gran pene de su padre; la encogida como los órganos genitales de su madre.

El 30 de mayo de 1908, su padre llevó a Hans a hacer una corta visita al despacho de Freud. Éste explicó al muchacho que el miedo que tenía de su padre era porque quería mucho a su madre. La visita fue seguida de una mejoría sustancial, pero la fobia se extendió pronto a nuevos temas, a saber, grandes caballos peludos arrastrando carretas pesadamente cargadas, carros de mudanza y similares; Hans hablaba de caballos que se caían y cojeaban. Después comenzaron a disgustarle los pololos amarillos de las damas y empezó a preocuparse por los excrementos, las bañeras, las carretas cargadas y las cajas, etc. Una mañana imaginó que cuando estaba en el baño, el fontanero desatornillaba la bañera y le golpeaba en el estómago con una barrena. La interpretación del padre fue ésta: estando en la cama de su madre, el padre le había empujado fuera con su gran pene. Posteriormente se hizo una interpretación en el sentido de una fantasía generacional: el padre le había empujado dentro del útero de la madre con su gran pene. La aversión de Hans por los baños estaba relacionada con su deseo de que su madre quitara la mano mientras bañaba a su hermana pequeña, de modo que ésta se ahogara. La fantasía del caballo caído se interpretó como el deseo (y al mismo tiempo el temor) de que su padre cayera y se matara, y también como una fantasía de su madre en el proceso de dar a luz. De hecho, se comprobó que Hans no había creído la historia de la cigüeña y había comprendido muchas cosas acerca del embarazo de su madre.

En la raíz de la fobia de Hans aparecieron, por tanto, su deseo de poseer a su madre, y de que su padre y su hermana pequeña murieran; su complejo de castración; la influencia de las teorías sexuales infantiles, y su resentimiento contra sus padres por haberle contado la historia falsa de la cigüeña.

El 25 de abril de 1908, Hans, que acababa de cumplir los cinco años, respondió a algunas de las preguntas hechas por su padre. En un clima de confianza y aceptación, admitió que le gustaría verle muerto y casarse con su madre. Éste fue el punto culminante del proceso terapéutico; a partir de entonces cedieron gradualmente los restos de la fobia: el complejo de Edipo había sido superado [380].

---

[380] Sigmund Freud, «Analyse der Phobie eines 5-jährigen Knaben», *Jahrbuch für*

La historia del pequeño Hans no fue aceptada tan fácilmente como lo habían sido las publicaciones anteriores de Freud, pero el significado de ese escepticismo ha sido mal interpretado. No es que se considerara inmoral, sino que algunos lectores pensaron que el niño había sido eróticamente precoz en un grado desacostumbrado antes de su fobia; también se asombraron de que la propia fobia no se hubiera desarrollado como consecuencia de la actitud inquisitiva y las preguntas sugestivas del padre. La psicología testimonial, que en 1909 era una rama nueva y puesta de moda de la psicología, demostró numerosos ejemplos de niños que daban falsos testimonios, que demostraron ser la respuesta a una sugestión inconsciente (los niños tienen una extraña habilidad para sentir lo que los adultos esperan que atestigüen). Los psicoanalistas aclamaron la historia del pequeño Hans como la primera confirmación de la teoría de la sexualidad infantil de Freud obtenida mediante observación directa en un niño. También fue el primer ejemplo de análisis infantil (que, sin embargo, se desarrollaría posteriormente a lo largo de líneas diferentes), y el primer análisis de control registrado.

El reverendo Oskar Pfister [381] comentó los cambios que habían ocurrido en el psicoanálisis. Originalmente, Freud atribuyó los síntomas neuróticos a la represión en recuerdos penosos, en su mayoría de naturaleza sexual (tomando el término «sexualidad» en su sentido usual); la curación se obtenía mediante la abreacción. En 1913 el psicoanálisis habló de la represión de fantasías así como de recuerdos, y del origen de los síntomas neuróticos en el complejo de Edipo; la curación ocurría a través del análisis de transferencia y la resistencia: el concepto de sexualidad se extendía ahora e incluía, bajo el nombre de «psicosexualidad», todas las categorías comprendidas bajo la palabra *Liebe* (amor). Esto absolvería al psicoanálisis de la acusación de pansexualismo. Sin embargo, ciertos críticos afirmaron que el concepto de psicosexualidad hacía más difícil de comprender la teoría de la libido y especialmente la de la sublimación.

La obra de Freud: VI. — De la metapsicología al psicoanálisis del yo

En 1913 parecía que la teoría psicoanalítica se había completado por fin. Sin embargo, y para sorpresa de los seguidores de Freud, todavía tenía que producirse una gran metamorfosis. Esta vez, la nueva enseñanza no estaba contenida en un solo libro (como *La interpretación de los*

---

psychoanalytische und psychopatologische Forschungen, I (1909), 1-109. Edición corriente, X, págs. 5-147.

381 Oskar Pfister, *Die psychanalytische Methode*, Leipzig y Berlín, Klinkhardt, 1913, págs. 59-60.

sueños y los *Tres ensayos*), sino en una serie de artículos y monografías cortas espaciadas en un período de diez años.

En 1914 Freud propuso, en la *Introducción al narcisismo*, sus nuevos puntos de vista como una hipótesis que estaba dispuesto a retirar o modificar si los hechos la contradecían [382]. Hasta entonces, las nociones del conflicto entre consciente e inconsciente y el dualismo de libido e impulsos del yo, habían sido fundamentales en el psicoanálisis. En los *Tres ensayos*, Freud había hablado ya de un estadio precoz de autoerotismo que precedía a la catexia de la libido sobre el primer objeto, la madre. En el intervalo, Jung había explicado que la esquizofrenia resulta de una «introversión de la libido», y Adler había resaltado la importancia del amor de sí mismo. Havelock Ellis en Inglaterra, y Naecke en Alemania, habían descrito el narcisismo como una forma específica de desviación sexual en la cual el individuo se enamora de sí mismo. La teoría de Freud sobre el narcisismo parece haberse elaborado para enfrentarse con todas ellas.

Entrañaba una nueva sistematización de la teoría de los impulsos. La previa distinción freudiana entre impulsos del yo (no sexual) y libido (sexual) era modificada por el nuevo concepto de libido del yo, sólo que ahora había dos tipos de impulsos del yo, libidinosos y no libidinosos. Freud mantuvo el concepto de un estadio precoz de autoerotismo, pero dijo que, según el yo comienza a diferenciarse, la hasta entonces difusa libido se centra sobre él, surgiendo así el narcisismo primario. En el estadio siguiente, se retiene una porción del narcisismo primario, y la libido se concentra en gran parte sobre la madre y posteriormente sobre otros objetos. El objeto de la libido puede retirarse y ésta reinvertirse en el yo, a lo que Freud denominó posteriormente «narcisismo secundario».

Restos del narcisismo primario se encuentran al analizar a individuos normales, y mucho más a neuróticos, homosexuales y otros. La retirada del objeto de la libido explica situaciones tales como los delirios de grandeza, la hipocondriasis, la esquizofrenia y la parafrenia.

Normalmente, el sentimiento amoroso procede directamente de la libido objetal, que crea el amor anaclítico. Si toda la libido está concentrada sobre otra persona, y no es retenida suficientemente por el yo, aparece el apasionamiento. El amor de tipo narcisista aparece cuando el narcisismo primario se ha prolongado excesivamente: el individuo entonces ve en el objeto tan sólo lo que él mismo es, ha sido y le gustaría ser.

Esta teoría del narcisismo sería el preludio de una reestructuración completa de la teoría psicoanalítica. En 1915 Freud anunció que estaba

[382] Sigmund Freud, «Zur Einführung des Narzisismus», *Jahrbuch für psychoanalytische und psychopathologische Forschungen*, VI (1914), 1-24. Edición corriente, XIV, páginas 73-102.

trabajando en un libro titulado *Introducción a la metapsicología*, constituido por doce ensayos, de los cuales sólo se publicaron cinco. Sentía la necesidad de reedificar una estructura conceptual que fuera lo suficientemente amplia como para abarcar todos los hechos y aspectos del psicoanálisis. Definió la *metapsicología* como un sistema que describiría los hechos psicológicos desde los puntos de vista topográfico, dinámico y económico. El primero (refiriéndose a una famosa cita de Fechner) significaba la distinción del inconsciente, el preconsciente y el consciente. El dinámico aludía a las fuerzas físicas en conflicto entre sí. El tercer punto de vista, el económico, significaba la regulación de las fuerzas mentales mediante el principio de placer-displacer.

En *Los impulsos y sus vicisitudes*, Freud definía los impulsos como «representantes psíquicos de las fuentes de estimulación endo-somáticas en flujo continuo», en contraste con los estímulos sensoriales, que proceden de excitaciones externas específicas [383]. A continuación describía las características generales de los impulsos, su fuerza, su fin, su fuente y sus vicisitudes: transformación en el opuesto, vuelta contra el sujeto, represión y sublimación. Freud mencionaba también el concepto de introyección (el niño introyecta el placer y proyecta el displacer). Por último, trataba de la génesis del amor y del odio, afirmando que, aunque forman un par de opuestos, el odio tiene su raíz en un estadio más precoz de la vida psíquica que el amor. El último punto, que contradecía la teoría original de la libido, fue el precursor de cambios posteriores.

El trabajo sobre la represión sorprendió a los analistas que la consideraban como el único concepto explicatorio de la patogénesis [384]. La represión (colocada ahora en tercer lugar entre las vicisitudes de los impulsos) se diferenciaba en primaria, en la cual las representaciones mentales de los instintos nunca han podido entrar en la conciencia, y tardía, en la cual las representaciones conscientes son arrastradas al inconsciente mediante su asociación con una de las ideas reprimidas originales. Cuando las ideas con carga emocional son reprimidas, el destino de la idea y el de la emoción pueden ser diferentes; la primera se organiza en fantasías, y la segunda se transforma en angustia.

En el tercer trabajo metapsicológico, Freud resaltaba que el inconsciente contiene algo más que material reprimido, y explicaba las características principales de la mente inconsciente (denominada previamente proceso primario) [385]. El inconsciente no tiene relación con la realidad,

---

383 Sigmund Freud, «Triebe und Triebschicksale», *Internationale Zeitschrift für Psychoanalyse*, III (1915), 84-100. Edición corriente, XIV, págs. 117-140.

384 Sigmund Freud, «Die Verdrängung», *Internationale Zeitschrift für Psychoanalyse*, III (1915), 129-138. Edición corriente, XIV, págs. 146-158.

385 Sigmund Freud, «Das Unbewusste», *Internationale Zeitschrift für Psychoanalyse*, III (1915), 189-203, 257-269. Edición corriente, XIV, págs. 166-204.



JULES JANET, su padre.



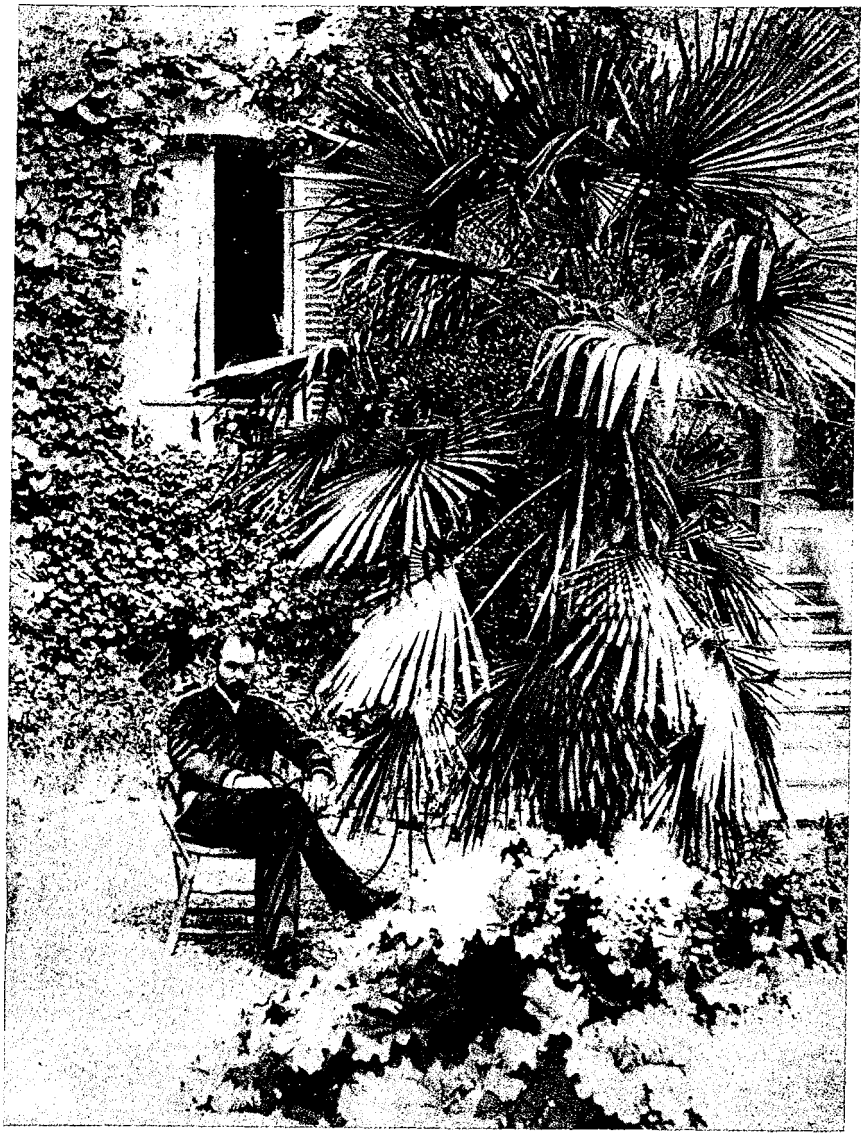
FANNY, nacida HUMMEL, su madre.



Los tres hermanos: PIERRE, MARGUERITE, JULES.



PIERRE JANET, a los diecisiete años.



PIERRE JANET (1859-1947), sentado al pie de su árbol favorito en El Havre, a punto de trasladarse a París para su *doctorat-ès-lettres* y comenzar sus estudios médicos y su investigación en la Salpêtrière. *(Por cortesía de la Sra. Hélène Pichon-Janet.)*

no conoce los principios de contradicción o de tiempo; la energía inconsciente está libre. Freud destacó también la importancia de las fantasías inconscientes, y afirmó que las representaciones inconscientes deben pasar por un estado de verbalización en el nivel preconsciente antes de hacerse conscientes.

En un cuarto ensayo, Freud explicaba algunos aspectos de la teoría de los sueños desde el punto de vista de la metapsicología [386]. En el quinto, *Aflicción y melancolía*, daba una interpretación de la depresión melancólica en términos de la nueva metapsicología, comparándola con la reacción normal de aflicción que sigue a la muerte de una persona querida [387]. La tarea de la aflicción consiste en disolver en forma lenta y normal los lazos emocionales con el objeto perdido, y en incorporar su imagen idealizada al sujeto. En la melancolía, ocurre como si el paciente hubiera perdido inconscientemente un objeto por el cual tenía sentimientos ambivalentes de amor y odio. Como consecuencia de su incorporación «la sombra del objeto ha caído sobre el yo»; de aquí las tendencias melancólicas de suicidio y odio hacia uno mismo.

En 1920 Freud volvió a sorprender grandemente a sus seguidores con la publicación de su libro *Más allá del principio del placer*, que parecía dar a la metapsicología su forma final [388]. Si su título evocaba a Nietzsche, su contenido estaba claramente inspirado por Fechner. Uno de los tres elementos de la metapsicología, el aspecto económico, había sido equiparado hasta entonces por Freud con el principio del placer-displacer, concepto tomado de Fechner. Antes de este último, el principio del placer era concebido comúnmente como una simple búsqueda del placer y evitación del displacer. Fechner lo había relacionado con el principio de estabilidad, y Freud, tras sus pasos, había relacionado el displacer como el aumento de tensión, y el placer con el descenso de ésta a un nivel óptimo. Por tanto, la regla básica de la vida era la regulación del quantum de estimulación por el mecanismo del principio del placer-displacer. Freud, sin embargo, había reconocido ya que este último está limitado: en primer lugar por el principio de la realidad, que hay que tener en cuenta a lo largo del desarrollo humano, y en segundo lugar, porque los impulsos de placer originales, una vez reprimidos, pierden esa cualidad. Ahora, afirmaba que esas limitaciones van «más allá del principio del placer». Juzgaba otro principio más antiguo, la «compulsión de repetición», como la única explicación posible de ciertos hechos clínicos. En

386 Sigmund Freud, «Metapsychologische Ergänzung zur Traumlehre», *Internationale Zeitschrift für Psychoanalyse*, IV (1916-1917), 277-287. Edición corriente, págs. 222 235.

387 Sigmund Freud, «Trauer und Melancholie», *Internationale Zeitschrift für Psychoanalyse*, IV (1916-1917), 288-301. Edición corriente, XIV, págs. 243-258.

388 Sigmund Freud, *Jenseits des Lustprinzips*, Viena, Internationaler Psychoanalytischer Verlag, 1920. Edición corriente, XIV, págs. 7-64.

los sueños repetitivos de las neurosis traumáticas, en los ataques histéricos, en ciertas formas de juegos infantiles, vemos la repetición de acontecimientos displacenteros. La transferencia durante el análisis se revela como la reviviscencia inconsciente de situaciones infantiles. En las neurosis, al igual que en la vida normal, ciertos individuos se encuentran repetidamente en situaciones idénticas, lo que lleva a creer en la predestinación. Freud distinguió, pues, entre el principio del placer-displacer, que es beneficioso para el organismo, y el carácter demoníaco de la compulsión de repetición, y esto le llevó a realizar una breve excursión por el campo de la filosofía.

Después de varias consideraciones sobre la *Reizschutz* (la tendencia del organismo a protegerse de la sobreestimulación), propone una nueva descripción de los impulsos. Los impulsos no tienen un carácter progresivo, no tienden a favorecer el desarrollo del individuo ni de la especie. Su fin es conservador, tienden a restablecer posiciones anteriores. En estilo verdaderamente fechneriano, Freud llega a decir que la evolución del organismo es el reflejo de la historia evolutiva de la tierra y su relación con el Sol. Propone, pues, como hipótesis, una nueva clasificación dual de los instintos: *Eros* (que agrupa todas las formas del instinto libidinoso), y el *instinto de la muerte* (al que sus seguidores denominarían muy pronto *Thanatos*). Con este sistema dual, parece postular que el instinto de la muerte es más fundamental. Al igual que Schopenhauer, Freud proclama así que «el fin de la vida es la muerte» y que el propio instinto de conservación no es sino un aspecto del instinto de la muerte, porque protege contra la muerte accidental, producida por causas externas, preservando al individuo para que muera por causas internas. Eros es ahora mucho más que el instinto sexual: existe en cada célula viviente y conduce a la sustancia viviente a constituir seres mayores; es un aplazamiento de la muerte mediante la huida hacia adelante. El instinto de la muerte es la tendencia a la disolución de la sustancia viva y el reverso aumentado de materia inanimada. Los dos instintos son inseparables; la vida es un compromiso entre Eros y el instinto de la muerte, hasta que prevalece este último. Freud expresó además la esperanza de que el progreso de la biología haga posible una formulación en términos científicos de estas especulaciones. Mientras tanto, tenía que volver a formular gran parte de sus concepciones clínicas. Durante muchos años había proclamado la primacía de la libido, y en 1908 había rechazado la idea de Adler de un impulso agresivo autónomo. En su primer trabajo sobre metapsicología, en 1915, sin embargo, había atribuido el origen del odio a instintos del yo no libidinosos, colocando su origen anterior al del amor. Ahora, con sus nuevas teorías, tenía que admitir que existe un masoquismo primario que no es simplemente sadismo vuelto hacia dentro, y en escritos posteriores atribuyó cada vez más importancia al papel de los

instintos agresivos y destructivos. Pareció cargar tanto el acento en éstos como lo había cargado anteriormente en la libido.

Las teorías contenidas en *Más allá del principio del placer* no eran en absoluto tan nuevas como parecían a algunos de los seguidores de Freud. Éste, simplemente, volvía a la tendencia a la especulación que le había llevado ya en 1895 a escribir su *Proyecto de psicología científica;* volvía también a Fechner, inspirador de sus primeros trabajos especulativos. Al comienzo del *Más allá del principio del placer,* Freud relaciona el principio del placer-displacer con el principio de constancia de Fechner [389]. Por lo demás, como subrayó él mismo, «el principio de constancia no es sino un caso particular del principio más general de «tendencia a la estabilidad de Fechner». Fechner distinguía tres formas de estabilidad: estabilidad absoluta (que implica una inmovilidad permanente de las partes de un todo), estabilidad completa (las partes del todo estaban animadas por movimientos tan regulares que cada una de ellas vuelve al mismo lugar a intervalos regulares), y «estabilidad aproximada» (tendencia más o menos imperfecta a volver al mismo lugar a intervalos regulares, como ocurre en los movimientos del corazón y otras actividades psicológicas rítmicas). Esta sistematización parece inspirar una estructuración similar de las ideas de Freud: al principio del placer-displacer se añade el instinto de la muerte (regreso a la estabilidad completa de Fechner) y la compulsión de repetición, intermedia entre la estabilidad absoluta y la aproximada.

La noción de compulsión de repetición es, desde el punto de vista clínico, la contribución más original contenida en *Más allá del principio del placer,* aunque había sido expresada ya por otros autores. Tarde había descrito la propensión del delincuente a revivir el delito en su imaginación, a volver a la escena del mismo y a repetirlo, como ejemplo particular de una tendencia más general a repetir, de forma consciente o no, actos y situaciones de la historia propia de cada uno [390].

El concepto freudiano de instinto de muerte tenía también muchos precursores. Entre los románticos, Von Schubert lo había expresado claramente, sobre todo como un deseo, experimentado al final de la vida, de morir [391]. Más cerca de la idea de Freud, Novalis proclamó que «la vida existe a causa de la muerte» y que «la característica de la enfermedad es el instinto de autodestrucción» [392]. En oposición al instinto de la muerte, Novalis colocaba el instinto de organización, cuya expresión más alta

---

389 El principio del placer-displacer de Freud y su función económica es «esencialmente idéntica» al concepto de Fechner, según Ludwig Binswanger, *Erinnerungen an Sigmund Freud,* Berna, Francke, 1956.

390 Gabriel Tarde, *Philosophie pénale,* Lyon, Storck, 1890.

391 Ver cap. IV, págs. 242-244.

392 Novalis, *Fragmente über Ethisches, Philosophisches und Wissenschaftliches,* en *Sämmtliche Werke, herausg. Carl Meissner,* III (1898), 292, 168, 219.

veía en el lenguaje, la cultura y la filosofía humanas. A finales del siglo XIX, el psiquíatra ruso Tokarsky escribió un ensayo filosófico sobre la muerte, en el que, a la manera de los antiguos estoicos, disocia los diversos sentimientos e imágenes que van asociados con la idea de muerte, hasta que no queda nada aterrorizador en ella [393]. En él cita a un centenario según el cual, a cierta edad, aparece una necesidad de muerte tan natural como la del sueño. Otro ruso, Metchnikoff, mantenía que existe algo así como un instinto de muerte [394]. Añadió otras observaciones, suponiendo que el deseo de morir debe ser un sentimiento particularmente agradable, pero que pocas personas experimentan, bien porque mueren precozmente, o debido a las enfermedades de la edad anciana. Estos dos autores, sin embargo, vieron el instinto de muerte simplemente como un deseo de morir; en cambio, la idea de la existencia de unos impulsos destructores y auto-destructores estaba mucho más extendida en el siglo XIX. Seguía una tradición que se remontaba a Hobbes y que fue popularizada por Darwin y los darvinistas sociales, por Lombroso y por Nietzsche. Fechner había escrito un curioso ensayo en el que adelantaba la idea de que la destrucción es un principio superior a la creación [395]. En el comienzo estaba la destrucción; después esa destrucción comenzó a destruirse a sí misma, y así apareció la creación. Incluso entre los psicoanalistas había sido expresado ocasionalmente el concepto de instinto de muerte. Sabina Spielrein había escrito sobre la «Destrucción como causa del devenir» [396]. La teoría de Rank de que cada hombre desea volver al útero de su madre ha sido considerada asimismo por Moxon como una anticipación del concepto freudiano de instinto de muerte [397].

Los pares clásicos de opuestos eran *Eros-Neikos* (amor-lucha), y *Bios-Thanatos* (vida-muerte), pero no *Eros-Thanatos*, aunque un escritor austríaco, Schaukal, había publicado una serie de cinco relatos cortos de características más bien sombrías bajo ese título [398]. Freud presentó primero sus conceptos como hipótesis, pero en escritos posteriores mostró que creía firmemente en ellos. En todo proceso psicológico vio la presencia de los dos procesos, Eros como una tendencia a formar unidades mayores, y el instinto de la muerte, Thanatos, como la tendencia inversa;

---

393 A. Tokarsky, *Voprosi Filosofii i Psychologii*, VIII, Moskva, 1897, págs. 931-978. El autor agradece al profesor Schipkowensky, de Sofía, su amabilidad al leer ese folleto y enviarle un resumen.

394 Elie Metchnikoff, *Études sur la nature humaine. Essai de philosophie optimiste*, 3.ª ed., París, Masson, 1905, págs. 343-373.

395 G. T. Fechner, «Vier Paradoxa», en *Kleine Schriften von Dr. Mises*, Leipzig, Breitkopf y Härtel, 1875.

396 Sabina Spielrein, «Die Destruktion als Ursache des Werdens», *Jahrbuch für psychoanalytische und psychopathologische Forschungen*, IV (1912), 464-503.

397 Cavendish Moxon, «Freud's Death Instinct and Rank's Libido Theory», *Psychoanalytic Review*, XIII (1926), 294-303.

398 Richard Schaukal, *Eros Thanatos*, Novellen, Viena y Leipzig, Wiener Verlag, 1906.

este último concepto estaba muy próximo a la definición de evolución y disolución de Spencer. Freud se vio obligado una vez más a reinterpretar sus teorías de los diversos estados clínicos; la melancolía, por ejemplo, la veía ahora como una desintrincación de la libido y el instinto de muerte.

El concepto freudiano de instinto de muerte encontró resistencia, incluso entre los más fieles psicoanalistas. Brun, de Suiza, objetó que carecía de apoyo biológico; la muerte, dijo, es el *finis* (terminación), pero no el *telos* (objetivo final) de la vida. Los psicoanalistas que, como Karl Menninger, utilizan la noción de instintos de vida y muerte, lo hacen desde un punto de vista empírico y clínico más que biológico [399]. En general, como demostró Mechler, el concepto de instinto de muerte de Freud se puede entender mejor insertado en el entorno de la preocupación por la muerte que mostraba un gran número de sus contemporáneos eminentes: biólogos, psicólogos y filósofos existencialistas [400].

Mientras que las nociones contenidas en *Más allá del principio del placer* fueron recibidas con sentimientos diversos por los psicoanalistas, las presentadas tres años más tarde en *El yo y el ello* gozaron de gran éxito, aunque introducían grandes modificaciones en la teoría psicoanalística [401]. Durante muchos años ese psicoanálisis había sido considerado como una psicología profunda, enfocada principalmente sobre la mente inconsciente y su influencia sobre la vida consciente. Freud había distinguido tres capas de la mente: el consciente, el preconsciente y el inconsciente. Las neurosis eran manifestaciones de conflictos entre el consciente y el inconsciente, estando el primero implícitamente equiparado con el yo. Pero sentía ahora que su marco conceptual no era ya adecuado; consideró la vida mental producida por la interacción de tres organismos psíquicos (*Instanzen*), el yo, el ello y el superyo. El yo fue definido como «la organización coordinada de los procesos mentales en una persona». En él existe una parte consciente y una inconsciente. Al yo consciente pertenecen la percepción y el control motor. Y al inconsciente, el censor de los sueños y el proceso de represión. El lenguaje es una función del yo, el contenido del inconsciente se hace preconsciente por medio de las palabras.

El ello no es muy distinto de lo que Freud había descrito originariamente como inconsciente, asiento tanto del material reprimido como de los impulsos, al cual se añadían las fantasías inconscientes y los sentimientos inconscientes, sobre todo los sentimientos de culpabilidad. La palabra «inconsciente» es ahora un adjetivo, utilizado para calificar no

399 Karl Menninger, *Man Against Himself*, Nueva York, Harcourt and Brace, 1938.

400 Achim Mechler, «Der Tod als Thema der neueren medizinischen Literatur», *Jahrbuch für Psychologie und Psychotherapie*, III, núm. 4 (1955), 371-382.

401 Sigmund Freud, *Das Ich und das Es*, Viena, Internationaler Psychoanalytischer Verlag, 1923. Edición corriente, XIX, págs. 12-66.

sólo el ello, sino también parte del yo y el superyo. El término «ello» (*das Es*) puede ser seguido hasta Nietzsche, pero Freud admitió haberlo tomado de *El libro del ello*, de Georg Groddeck [402], admirador del psicoanálisis.

La parte más innovadora de *El yo y el ello* es la dedicada al tercer organismo, el superyo, aunque Freud ya había abordado alguno de sus aspectos bajo el nombre de yo ideal. El superyo es el órgano de observación, juicio y castigo del individuo, la fuente de los sentimientos sociales y religiosos de la humanidad. Su origen está en las configuraciones del primer yo del individuo, que ha sido reemplazado, y sobre todo en la introyección de la figura del padre como parte de la resolución del complejo de Edipo.

La construcción del superyo en un individuo depende, por tanto, de la forma como se haya resuelto el complejo de Edipo. Por otra parte, el superyo recibe su energía del ello; de aquí su calidad frecuentemente cruel, sádica. Este nuevo concepto explica el papel de los sentimientos de culpabilidad neuróticos en las obsesiones, en la melancolía, en la histeria y en la delincuencia. Las ideas de autocastigo y criminalidad debidas a sentimientos de culpa fueron más tarde ampliadas y resaltadas en el psicoanálisis y en la criminología. Freud concluyó que «el ello es completamente amoral, el yo trata de ser moral, y el superyo puede ser supermoral y cruel como sólo el ello puede serlo».

Como consecuencia de estas nuevas teorías, el yo pasaba a ser objeto de la curiosidad del psicoanálisis, especialmente como asiento de la angustia: la angustia de la realidad, es decir, el temor causado por la realidad, crea angustia a partir de presiones del ello, y la angustia de culpabilidad resulta de las presiones del superyo. Freud concluye con una descripción del estado lastimoso del yo, sufriente bajo la presión de sus tres amos. Está claro que la preocupación principal de la psicoterapia sería en adelante aliviar al yo, reduciendo estas presiones y ayudándole a adquirir algo de fuerza.

Para muchos de los contemporáneos de Freud, la tesis de que la estructura psicológica humana consta de estas tres entidades, el yo, el ello y el superyo, parecía perturbadora, aunque no había nada de revolucionario en ella. Como ya se ha mencionado, la noción de ello se puede seguir hasta los románticos, y la esencia del superyo procedía sin lugar a dudas de Nietzsche, especialmente de *La genealogía de la moral*. Definir el yo como organización coordinada de los procesos mentales de una persona era una reminiscencia de la función de síntesis de Janet, y la fuerza del yo no era muy distinta de la tensión psicológica de este mismo

402 Georg Groddeck, *Das Buch vom Es; psychoanalytische Briefe an eine Freundin*, Viena, Internationale Psychoanalytischer Verlag, 1923. Traducción inglesa, *The Book of the Id*, Nueva York, Nervous and Mental Disease Publishing Co., 1928.

autor. El yo era, pues un viejo concepto filosófico con un traje psicológico nuevo. La definición de Nacht del yo como «la entidad mediante la cual el individuo se hace consciente de su propia existencia y de la existencia del mundo exterior» es casi idéntica a la que Fichte había dado en términos filosóficos [403].

Freud publicó en 1936 *Inhibición, síntoma y angustia,* libro que algunos analistas han considerado como el más difícil de los suyos. En él definía la inhibición de nuevo como una limitación de las funciones del yo; la angustia, como una condición emocional penosa acompañada de procesos de descarga (todo ello percibido por el individuo). La angustia ya no es un síntoma, sino una condición necesaria para la formación del síntoma. Como ya se afirmaba en *El yo y el ello,* el yo es el único lugar de asiento de la angustia; ésta puede producirse en dos circunstancias: cuando se han sobrepasado las barreras protectoras del yo, o como señal de alarma contra el peligro de llegada de los impulsos —a lo cual el yo reacciona con varias formas de «defensa» (*Abwehr*). La represión no es sino una de esas defensas; las otras son la formación de reacción, el aislamiento y la destrucción. La represión es característica de la histeria; las otras tres, de las neurosis obsesiva-compulsiva. En esta nueva teoría, la represión ya no es la causa de la angustia; por el contrario, es ésta la que da lugar a la represión y a otras defensas.

Inhibición, síntoma y angustia marcó una nueva fase en la transición de las teorías de Freud de la metapsicología a la psicología del yo. Parece que fue, al menos en parte, una refutación de la teoría de Rank de que toda angustia procede del trauma de nacimiento. Con la importancia cada vez mayor que Freud atribuyó al yo, se aproximó mucho a los conceptos de Janet (por ejemplo, la idea del mecanismo de aislamiento en las neurosis compulsivas) y de Adler (la formación de la reacción como una forma de compensación). Existen también semejanzas notables entre sus nuevas teorías sobre la angustia y las expresadas en 1859 por Heinrich Neumann [404].

Un avance más hacia el psicoanálisis del yo lo dio Anna Freud con su libro *El yo y los mecanismos de defensa,* en el que describe una serie de estos últimos desde el punto de vista teórico y práctico [405]. El propio Freud había vuelto a definir el yo como un sistema de funciones (enfrentamientos con la realidad, control de impulsos, integración de los tres

[403] Sacha Nacht. Citado de memoria. A petición del autor, el doctor Nacht respondió que recordaba haber dado esa definición, pero que no podía encontrar la referencia.

[404] Sigmund Freud, *Hemmung, Symptom und Angst,* Viena, Internationaler Psychoanalytischer Verlag, 1926. Edición corriente, págs. 87-172.

[405] Anna Freud, *Das Ich und die Abwehrmechanismen,* Viena, Internationaler Psychoanalytischer Verlag, 1936. Traducción inglesa por Anna Freud, *The Ego and the Mechanisms of Defence,* Nueva York, International Universities Press, 1946.

«organismos» de la personalidad), que trabaja con su propia energía desexualizada. En sucesivos trabajos destacó los aspectos biológicos del yo, sugirió que poseía características hereditarias e indicó la propia conservación como una de sus funciones principales [406].

El paso final al moderno psicoanálisis del yo se dio en 1939 con la famosa monografía de Heinz Hartmann, en la cual se resaltaba la autonomía del yo y su función de adaptación. Este escrito inspiraría a una generación de psicoanalistas, pero Freud, por aquella época, ya había realizado su trabajo [407].

La obra de Freud: VII. — La técnica psicoanalítica

La creación por parte de Freud de un nuevo método psicoterapéutico fue un largo proceso que sufrió una serie de metamorfosis desde sus primeros intentos hasta el fin de su vida, y que sería continuado por sus discípulos después de su muerte.

No se sabe a ciencia cierta cómo trató a sus primeros pacientes neuróticos. Posiblemente utilizara el enfoque asistemático, intuitivo, propio de los médicos que comprendían los problemas de sus pacientes y los ayudaban dándoles apoyo y directrices. Probablemente se beneficiara de las enseñanzas de Moritz Benedikt acerca de la importancia de la segunda vida (ensueños, deseos suprimidos y ambiciones) y del secreto patógeno, y se sabe que aplicó la técnica de sugestión hipnótica de Bernheim.

El primer sistema de psicoterapia propiamente freudiana apareció en 1895, en el ensayo de Freud incluido en los *Estudios sobre la histeria*. En este estadio era una adaptación del tratamiento catártico de Breuer y casi idéntico al procedimiento de Janet. Probablemente, el uso adyuvante de la relajación física (que se convertiría en el diván psicoanalítico) estuviera inspirado en la cura de Weir Mitchell. Habida cuenta de la dificultad que tenía para hipnotizar a sus propios pacientes, y recordando que Bernheim, provocando el estado de amnesia poshipnótica, podía hacer que el sujeto recordara lo que había ocurrido bajo hipnosis, Freud pedía a sus pacientes que cerraran los ojos y se concentraran. Mientras tanto, mantenía una mano colocada sobre la frente de los mismos, asegurándoles el regreso de los recuerdos olvidados. En ocasiones lo hizo así directamente, y en otras mediante cadenas de asociaciones. Freud notó también la intensificación de los síntomas neuróticos cuando se aproximaba al núcleo patógeno.

---

406 Heinz Hartmann, «The Development of the Ego Concept in Freud's Work», *International Journal of Psychoanalysis*, XXXVII (1956), 425-438.

407 Heinz Hartmann, «Ich-Psychologie und Anpassungsproblem», *Internationale Zeitschrift für Psychoanalyse*, XXIV (1939), 62-135.

En el mismo ensayo se definen los conceptos de «resistencia» y «transferencia». Freud notó un enlentecimiento o parada de la asociación libre en algunos casos; denominó a este fenómeno resistencia y trató de analizarlo [408]. Consideró la resistencia como el resultado bien de causas internas (del propio material) o externas, relacionadas de alguna forma con el terapeuta. En ocasiones el paciente se sentía abandonado por el médico, y bastaba una simple explicación para restablecer el flujo. Otras veces se sentía temeroso de entrar en una dependencia excesiva. Por otra parte, transfería también los recuerdos penosos al médico; era tarea de este último el conseguir que el paciente se diera cuenta de la resistencia y encontrar su origen en la historia vital.

Cinco años después, en 1900, *La interpretación de los sueños* reveló un método práctico para la interpretación de los mismos disponible para la psicoterapia.

Una exposición del método psicoanalítico de Freud, escrita en 1904 a petición de Loewenfeld, muestra las modificaciones que había sufrido en los diez años anteriores [409]. El paciente todavía se reclinaba sobre un diván, pero el médico se sentaba ahora en una silla fuera de su campo de visión. El paciente ya no cerraba los ojos, ni Freud le colocaba la mano en la frente. El método de asociación libre estaba dominado ahora por una regla básica: el paciente debía decir todo aquello que le viniera a la mente, sin importar lo absurdo, inmoral o penoso que pareciera. Freud explica cómo analizaba la resistencia con las lagunas y distorsiones del material obtenido. Una nueva técnica amplia de interpretación utilizaba como material no sólo las asociaciones libres y la resistencia, sino también las parapraxias del paciente, los actos sintomáticos y los sueños. Freud destaca el uso de la hipnosis y afirma que la técnica psicoanalítica es mucho más fácil de lo que el lector podía suponer a partir de su descripción escrita.

Un año más tarde, en 1905, demostró en el caso de Dora cómo se podía utilizar la interpretación de los sueños en psicoterapia. La transferencia fue redefinida como una reviviscencia inconsciente de los acontecimientos de la vida, en la que el terapeuta aparece como si hubiera sido uno de los participantes. La transferencia, el mayor obstáculo para la curación, se consideraba ahora como el arma terapéutica más poderosa, siempre que el médico la manejara con habilidad.

---

[408] El enlentecimiento o detención de las asociaciones podría haber sido explicado de muchas formas. Atribuirlo a la resistencia interna del paciente, y esta resistencia, a su vez, a la represión, fue la hipótesis doble de Freud, como señaló Rudolf Allers, *The Successful Error: A Critical Study of Freudian Psychoanalysis*, Nueva York, Sheed and Ward, 1940, cap. I.

[409] Sigmund Freud, «Die Freudsche psychoanalytische Methode», en Loewenfeld, *Die psychischen Zwangserscheinungen*, Wiesbaden, Bergmann, 1904, págs. 545-551. Traducción inglesa, *Freud's Psychoanalytic Method*. Edición corriente, VII, págs. 249-254.

En 1910 Freud dirigió su atención a la contratransferencia, es decir, los sentimientos irracionales del terapeuta hacia el paciente[410]. En su folleto sobre «Análisis salvaje» se apartó de la opinión que mantenía en 1904, diciendo que era muy difícil aprender psicoanálisis y que, a la vista del peligro del «análisis salvaje», se debería montar una organización para enseñar el método y cualificar a los analistas[411].

En 1912 afirmó que no era necesario interpretar todos los sueños de un paciente; muchos no necesitaban una interpretación completa, y en gran número de los casos ni siquiera era necesaria[412]. En un trabajo posterior distinguió entre la transferencia positiva y la negativa, añadiendo que hay formas mezcladas (ambivalentes) y que la transferencia es un fenómeno general en la vida humana[413]. En un tercer trabajo introdujo el principio de atención flotante: el analista, lejos de concentrarse demasiado intensivamente en las declaraciones del paciente, debe confiar en su «memoria inconsciente»; no ha de tomar demasiadas notas, sino contentarse con anotar las fechas, los hechos importantes y el texto de los sueños[414]. No debe especular acerca de las causas y estructura del caso hasta que éste se halle bien avanzado: «Avanzar sin intención definida», aconseja Freud. El analista debe seguir el ejemplo del cirujano en lo relativo a la frialdad emocional con el paciente: actuar como un espejo, reflejando para el paciente lo que éste le muestra, y mostrándose por tanto opaco ante él. Tampoco debe solicitar un esfuerzo intelectual del paciente (como el de reflexionar sobre un cierto período de su vida), ni tratar de canalizar su proceso de sublimación. Afirma que todo psicoanalista necesita haber pasado un análisis de entrenamiento. En 1914 explicó que en la situación de transferencia todos los síntomas han reemplazado su significado previo por uno nuevo dentro del marco de una neurosis de transferencia, que puede ser curada[415]. La neurosis de transferencia es una enfermedad artificial, un campo intermedio entre la enfermedad y la vida real, una transición de la neurosis a la salud. Así, no sólo se analiza lo que dice el paciente, sino también su conducta y, una vez interpretado todo ello ante él, se espera que aplique esta nueva visión.

410 Sigmund Freud, «Die zukünftigen Chancen der psychoanalytischen Therapie», *Zentralblatt für Psychoanalyse*, I (1910). Edición corriente, XI, págs. 141-152.

411 Sigmund Freud, «Ueber 'wilde' Psychoanalyse», *Zentralblatt für Psychoanalyse*, I (1910), 91-95. Edición corriente, XI, págs. 221-227.

412 Sigmund Freud, «Die Handhabung der Traumdeutung in der Psychoanalyse», *Zentralblatt für Psychoanalyse*, II (1911), 109-113. Edición corriente, XII, págs. 91-96.

413 Sigmund Freud, «Zur Dynamik der Uebertragung», *Zentralblatt für Psychoanalyse*, II (1912), 167-173. Edición corriente, XII, págs. 99-108.

414 Sigmund Freud, «Ratschläge für den Arzt bei der psychoanalytischen Behandlung», *Zentralblatt für Psychoanalyse*, II (1912), 483-489. Edición corriente, XII, páginas 111-120.

415 Sigmund Freud, «Erinnern, Wiederholen und Durcharbeiten», *Internationale Zeitschrift für Psychoanalyse*, II (1914), 485-491. Edición corriente, XII, págs. 147-156.

En presencia de una paciente que manifieste amor de transferencia, añadió Freud en 1915, el papel del analista consiste en demostrarle que tal supuesto amor es una forma de resistencia [416].

En 1919 previno a los analistas contra el peligro de tomar falsas rutas [417]. Desaprobó la innovación de Ferenczi relativa al papel activo del analista, y también se enfrentó a la idea de que éste proporcionara una gratificación emocional al paciente; el análisis se debía realizar en una atmósfera de abstinencia. Tampoco admitió que el psicoanálisis se pudiera completar con la psicosíntesis, ni que se ocupara de la religión o la filosofía, o se dedicara a educar al paciente. Independientemente, Freud estaba preocupado por la futura aplicación del psicoanálisis a los desheredados; en ese aspecto consideraba que tendría que ser completado por la hipnosis.

En *Más allá del principio de placer* reinterpretó el significado de la transferencia como la manifestación de la compulsión de repetición. El concepto de instinto de la muerte y las nuevas teorías que pronto le seguirían entrañaron modificaciones profundas en las técnicas psicoanalíticas, y posteriormente, los promotores del psicoanálisis del yo introdujeron otras nuevas. El centro de la tarea analítica ya no era la investigación directa del inconsciente, sino la exploración de las defensas del yo. Éste siente los impulsos del inconsciente como amenazas, experimenta angustia y se protege mediante un sistema de defensas. El analista debe descubrir con cautela estas defensas y captar al menos una parte de la angustia subyacente (Freud admitía ahora que la angustia no podía ser eliminada por completo). El terapeuta analiza estas defensas, comprueba si son anacrónicas o inadecuadas, y su relación con los síntomas neuróticos. Enseña al paciente a utilizar otras más apropiadas, lo que permite una mejor adaptación.

En las últimas publicaciones de Freud se desliza un matiz casi pesimista. Conjeturó que el futuro atribuiría mucha más importancia al psicoanálisis como ciencia del inconsciente que como método terapéutico. En *Análisis terminable e interminable* admitió que ciertos tratamientos psicoanalíticos deben terminarse después de algunos años, mientras que otros deben ser proseguidos, aunque de forma intermitente, durante toda la vida [418]. Las perspectivas terapéuticas están limitadas por factores biológicos, por la fuerza constitucional de los impulsos, por la debilidad del yo y, sobre todo, por el instinto de muerte. Lo menos accesible al

---

416 Sigmund Freud, «Bemerkungen über die Uebertragungsliebe», *Internationale Zeitschrift für Psychoanalyse*, III (1915), 1-11. Edición corriente, XII, págs. 159-171.

417 Sigmund Freud, «Wege der psychoanalytischen Therapie», *Internationale Zeitschrift für Psychoanalyse*, V (1919), 61-68. Edición corriente, XVII, págs. 159-168.

418 Sigmund Freud, «Die endliche und die unendliche Analyse», *Internationale Zeitschrift für Psychoanalyse*, XXIII (1937), 209-240. Edición corriente, XXIII, páginas 216-253.

psicoanálisis son el deseo femenino del pene y la actitud femenina del hombre hacia su propio sexo. En su *Esquema del psicoanálisis* póstumo añadió a estos factores negativos la inercia psíquica, una especie de viscosidad de la libido, y una capacidad débil para la sublimación[419]. El resultado final del tratamiento le parece depender del equilibrio entre las fuerzas que el analista y el paciente son capaces de movilizar a su favor y de la suma de las fuerzas negativas que trabajan contra ellos.

La mejor forma de valorar la novedad y originalidad de los métodos psicoanalíticos de Freud es compararlos con los preexistentes, de los cuales había partido.

No fue el primer terapeuta que dedicaba una cantidad de tiempo considerable a sus pacientes, les permitía hablar en una atmósfera de benevolencia, atendía todas sus quejas, registraba toda su historia vital y tenía en cuenta las causas emocionales de la enfermedad. Todo esto ya lo habían hecho Janet, Bleuler y muchos otros antes que él, y era preliminar al uso de un método particular. Pero el psicoanálisis se puede entender primariamente como una modificación de las técnicas de hipnotismo existentes.

El hipnotizador, sentado en una silla, se enfrentaba al sujeto sentado en otra y le instruía acerca de la forma de lograr el sueño hipnótico; el paciente mostraba más o menos resistencia, pero cedía en los casos favorables. Estas sesiones se repetían, a veces diariamente, hasta que el paciente aprendía a entrar rápidamente en sueño hipnótico. La cura podía durar entonces semanas o meses. En el sueño hipnótico se descubrían capacidades desconocidas y recuerdos olvidados, el paciente representaba nuevos papeles y el hipnotizador podía inducir la regresión a períodos anteriores de la vida del paciente. Pero éste oponía muchas veces resistencia a las intervenciones del hipnotizador. En el curso del tratamiento se establecía una relación singular entre el sujeto y el hipnotizador. El fuerte elemento erótico de la comunicación, así como la posibilidad de una dependencia infantil por parte del paciente, convertía la terminación del tratamiento en un ejercicio delicado, según resaltaban numerosos autores.

En la técnica psicoanalítica, el paciente se acuesta sobre un diván y el terapeuta se sienta en una silla tras él, viéndole pero sin ser visto. El analista explica la regla básica, que es decir todo aquello que venga a la mente. Esta regla es, desde luego, difícil de seguir, y el paciente tiene que vencer resistencias, que en el mejor de los casos nunca desaparecerán por completo. Después de unas cuantas semanas, sin embargo, el paciente aprende a vencer su resistencia, e incluso a encontrar placer en

---

[419] Sigmund Freud, «Abriss der Psychoanalyse», *Internationale Zeitschrift für Psychoanalyse*, XXV (1940), 1-67. Edición corriente, XXIII, págs. 144-207.

hablar al azar. Se produce una liberación gradual de asociaciones y, en lugar de seguir un orden de pensamiento, el sujeto salta de una idea a otra. Según avanza el análisis, aparecen más y más recuerdos de períodos de la infancia cada vez más remotos, intercalados con recuerdos de sueños y fantasías, y el paciente comienza a tener una imagen extrañamente distorsionada del analista. Éste ofrece interpretaciones, que el paciente acepta o no. Mientras que con la hipnosis la resistencia se considera como un simple estorbo, en el psicoanálisis se convierte en un fenómeno relevante que se ha de analizar. Lo que el hipnotizador denomina relación, el analista lo llama transferencia, y lo considera como una reviviscencia de las primeras actitudes hacia los padres, que requiere análisis. Son el lento desarrollo y la resolución ulterior de la neurosis de transferencia los que en la técnica psicoanalítica se consideran como herramientas principales de trabajo.

El contraste se puede resumir en el cuadro siguiente:

HIPNOSIS	PSICOANÁLISIS
Situación: Paciente sentado. Hipnotizador enfrente.	*Situación:* Paciente acostado. Analista sentado detrás de él, viéndole pero sin ser visto.
Instrucciones preliminares: Cómo ser hipnotizado.	*Instrucciones preliminares:* Regla básica del psicoanálisis.
Primera semana: El paciente aprende ser hipnotizado.	*Primera semana:* El paciente vence su aversión a la regla básica.
Semanas o meses siguientes: Aparición de capacidades desconocidas, nuevos papeles, recuerdos latentes.	*Semanas, meses o años siguientes:* Liberación del proceso de asociación, recuerdos y fantasías fragmentarias, imagen distorsionada del analista.
Regresión hipnótica de edad.	Regresión psicoanalítica a los estadios preedípicos.
Sugestiones hipnóticas (el antiguo «regateo» utilizado por los magnetizadores).	Interpretaciones ofrecidas al sujeto, que es libre de aceptarlas o no.
Resistencia como elemento perturbador.	Resistencia y análisis de la misma.
Relación, utilizada muchas veces como arma terapéutica.	Transferencia, utilizada y analizada como herramienta terapéutica.
El riesgo de dependencia hipnótica hace difícil la terminación del tratamiento.	El tratamiento concluye mediante la resolución de la neurosis de transferencia.

Ciertas características de la técnica psicoanalítica se pueden comprender dentro del contexto de lo que los neuropatólogos escribieron a finales del siglo XIX acerca de la «habilidad diabólica» de los histéricos para engañar al terapeuta e involucrarle en sus juegos. Parece como si cada una de las reglas de la técnica freudiana estuviera diseñada para vencer la sagacidad de estos pacientes. La forma específica de situarse (el psico-

analista ve pero no es visto) priva al paciente de un auditorio y de la satisfacción de observar las reacciones del terapeuta.

La regla básica, junto con la actitud neutral del analista, evita que el paciente distorsione las palabras de aquél, al que coloca en la posición de un padre sensible que ignora la tonta charla de un niño pequeño. La regla de que todas las citas deben ser abonadas, tanto si se han cumplido como si no, y por adelantado, evita que el paciente castigue al terapeuta con el absentismo. El análisis de la transferencia, tal como se realiza, denota el propósito oculto, pero siempre presente del histérico: la seducción del terapeuta. Por la misma razón, se da una libertad completa a la verbalización, pero está prohibido cualquier tipo de actuación, y no se permite ningún contacto con el terapeuta fuera de las horas de tratamiento. Debido a la tendencia del histérico a derrotar al terapeuta por cualquier medio, incluso a costa de permanecer enfermo, nunca se promete la curación, y se dice al paciente que ésta depende de sus propios esfuerzos.

Las técnicas psicoanalíticas deben ser consideradas, por tanto, como una transformación de las viejas técnicas de los hipnotizadores, diseñadas especialmente para vencer la malicia subyacente de los histéricos y su constante empeño en engañar al hipnotizador. No obstante, parece que la resistencia siempre presente de los sujetos psicoanalizados ha heredado esta característica histérica.

El psicoanálisis incorporó también los principios de otras técnicas psicoterapéuticas ya conocidas. El alivio de los secretos penosos, patógenos, mediante la confesión, desempeña sin duda un papel en ciertas curas psicoanalíticas. La exploración de la vida interior de deseos y ambiciones frustrados, así como de las fantasías, según enseñaba Benedikt, es una parte integrante del psicoanálisis. El alivio de los síntomas mediante la toma de conciencia de las influencias inconscientes no era desconocido. En una carta a su amigo Chanut, Descartes le contó su propensión a enamorarse de mujeres bizcas[420]. Pensando acerca de eso, recordó que siendo niño había amado a una joven que tenía tal defecto. Una vez reconocida y comprendida la relación, su predilección desapareció. En esta carta encontramos la teoría del complejo (determinación de un acto consciente a través de un recuerdo inconsciente o semiconsciente) y la noción de su tratamiento mediante su ascenso a la conciencia y ulterior interpretación[421]. La utilización terapéutica de la neurosis de transferencia es comparable a los conjuros de la posesión latente en el

[420] René Descartes, Carta fechada el 6 de junio de 1647, en *Oeuvres et Lettres*, París, Pléiade, 1958, págs. 1272-1278.

[421] Uno de los editores de Descartes dice que historias en cierto modo semejantes fueron contadas por Stendhal y Baudelaire. Samuel De Sacy, *Descartes par lui-même*, París, Editions du Seuil, 1956, pág. 119.

exorcismo, o a las técnicas mesmerianas de la producción de crisis para controlarlas luego gradualmente[422]. El concepto de transferencia no es más que la última metamorfosis de la relación, cuya larga evolución ha sido descrita en los capítulos anteriores, así como su utilización terapéutica por Janet[423].

Ciertos escritores o filósofos recurrían al pensamiento espontáneo como una ayuda para el trabajo creador. El poeta y físico romántico Johann Wilhelm Ritter solía anotar cualquier pensamiento que se le ocurriera, en ocasiones en forma incompleta y oscura, consiguiendo así brillantes aforismos y sugerencias para experimentos científicos[424]. Una técnica algo diferente era la de Ludwig Börne. En un ensayo titulado *El arte de convertirse en un escritor original en tres días*, Börne recomendaba encerrarse durante tres días con una reserva de papel, para escribir, «sin falsear y sin hipocresías», acerca de cualquier tema que se presentara en la mente[425]. Los hombres están ahogados por la carga de las ideas convencionales y no se atreven a pensar por sí mismos. Hay, pues, que liberar la mente del pensamiento adulterado. «La sinceridad es la fuente de todo tipo de genio», proclamó Börne[426]. En otro ensayo dice que «lo peligroso es la palabra *reprimida;* lo que ha sido despreciado se venga, pero lo que ha sido hablado no lo ha sido en vano»[427]. La obra de Börne fue tenida en gran estima por los miembros de la generación de Freud, y por él mismo.

Otras técnicas de espontaneidad utilizaban el automatismo psíquico. Desde el comienzo del magnetismo se sabía que un sujeto en trance hipnótico podía dibujar, pintar, escribir, etc., pero que en estado de vigilia no recordaría nada. Posteriormente, Charles Richet introdujo en psicopatología la escritura automática (actividad en la que el sujeto era consciente de que escribía, pero no de lo que escribía) y Janet la empleó como idea psicoterapéutica. La mirada fija a un cristal fue también objeto de estudios sistemáticos: un individuo miraba a cualquier superficie reflectante y comenzaba a ver nubes que se transformaban en proyecciones visuales de pensamientos inconscientes. El dibujo automático se puso de moda en la década de 1880, y hemos visto que Janet utilizó la escritura automática con su paciente Madame D., en 1892. Esto fue el enfoque más próximo a la técnica de libre asociación.

---

422 Ver cap. II, pág. 86.

423 Ver cap. III, págs. 185-189; cap. IV, pág. 429.

424 R. Haym, *Die romantische Schule*, Berlín, R. Gaertner, 1870, pág. 171.

425 Ludwig Börne, *Gesammelte Schriften*, II, Milwaukee, Bickler & Co., 1858, páginas 116-117.

426 *Aufrichtigkeit ist die Quelle aller Genialität.* Se ha convertido en una expresión proverbial en alemán.

427 Ludwig Börne, *Lichtstrahlen aus seinen Werken*, Leipzig, Brockhaus, 1870, página 150.

Freud hizo que las asociaciones libres de sus pacientes se encontraran con la atención flotante de los analistas, y también aquí tuvo un predecesor. En su autobiografía, Galton decía que en cierta época de su vida estuvo interesado por el mesmerismo y magnetizó a unas ochenta personas, en cuyo proceso hizo una observación inesperada:

> Yo estaba seguro de que el éxito era debido a la fuerza de voluntad del magnetizador, de modo que al principio ejercí todo el poder de voluntad que poseía, lo cual era fatigoso; entonces, por vía de experimento, lo suspendí un poco, conservando en todo momento el mismo aspecto que antes, y advertí el mismo éxito. De forma que lo suspendí cada vez más, y por último conseguí dejar mi mente divagar libremente mientras mantenía el mismo aspecto de búho. Los resultados fueron exactamente iguales [428].

El procedimiento terapéutico de Freud incorpora todos estos mecanismos técnicos, y quizás muchos otros. Pero ello no explica sus características verdaderamente únicas, es decir, su procedencia del autoanálisis. El análisis de Freud era una aplicación a otras personas del autotratamiento que imaginó para su neurosis creadora, sin excluir por esto que hubiera aplicado previamente algunas de sus técnicas (por ejemplo, la libre asociación) y que analizara simultáneamente a sus pacientes y a sí mismo. El psicoanálisis difiere esencialmente de otros métodos psicoterapéuticos en que el paciente repite la experiencia de la propia enfermedad creadora de Freud, aunque en forma atenuada y bajo una guía cualificada. El psicoanálisis equivale a un viaje por el inconsciente, del que el hombre emerge necesariamente con una personalidad modificada. Pero esto a su vez conduce a un dilema. Los psicoanalistas afirman que su método es superior a cualquier otro tipo de terapéutica, por ser el único capaz de reestructurar la personalidad. Por otra parte, Freud y sus sucesores han señalado un número cada vez mayor de limitaciones, contraindicaciones y peligros. ¿Podría suceder que el psicoanálisis como terapéutica, estuviera llamado a ser reemplazado por otras terapéuticas menos laboriosas y más eficaces, mientras que sólo unos pocos hombres privilegiados podrían permitírselo como experiencia única idónea para cambiar su forma de pensar sobre el mundo, sobre la humanidad y sobre sí mismos?

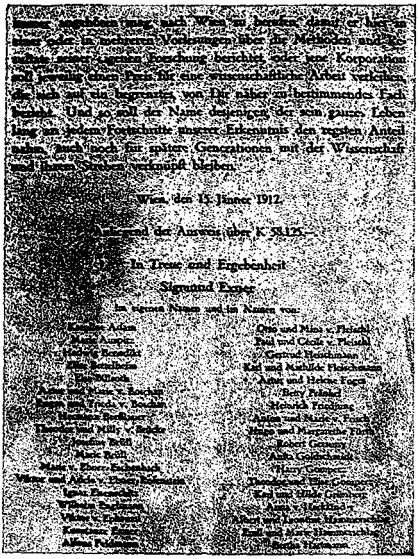
La obra de Freud: VIII. — Filosofía de la religión, cultura y literatura

Poco después de haber concebido su teoría psicoanalítica, Freud la expandió a los campos de la religión, la sociología, la historia de la cultura, el arte y la literatura. Los trabajos que escribió sobre estos temas

[428] Francis Galton, *Memories of My Life*, 2.ª ed., Londres, Methuen, 1908, pág. 80.



PIERRE JANET en la cúspide de su fama: profesor famoso, solicitado psicoterapeuta y hombre de mundo. *(Por cortesía de la Sra. Hélène Pichon-Janet.)*

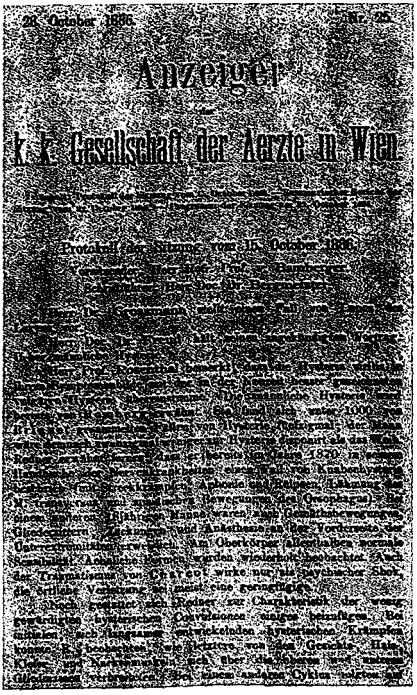


Wien, den 15. Juni 1912.

In Treue und Ergebenheit

Sigmund Exner

En 1912, un grupo de amigos y admiradores de Josef Breuer organizaron una suscripción en su honor y crearon la Fundación Breuer para promover la investigación científica y la enseñanza. Reproducción en microfilm de una página del documento original. *(Por cortesía del Sr. George Bryant, Vancouver.)*



28. October 1886. Nr. 43.

Anzeiger

der

k. k. Gesellschaft der Aerzte in Wien.

La primera página del número del 28 de octubre de 1886 del *Boletín de la Real Sociedad Imperial de Médicos de Viena* da un relato de la discusión que siguió al trabajo de Freud sobre la histeria masculina. *(De la colección del Instituto de Historia de la Medicina, Viena.)*

han dado lugar a opiniones conflictivas. Ciertos críticos se sintieron inclinados a concebirlos como ensayos al estilo de Börne, es decir, como ideas anotadas para clarificar el propio pensamiento mediante la eliminación de todas las ideas meramente convencionales y la conservación de todos los sentimientos sinceros acerca de un tema. Pero ha habido freudianos y no freudianos que los han considerado como una prolongación legítima de la investigación psicoanalítica en los campos de la filosofía, la cultura, la sociología y la teoría del arte y de la literatura.

Aunque Freud afirmó desdeñar la filosofía, en definitiva expresó ideas filosóficas, en el sentido de una ideología materialista, atea. Su filosofía era una forma extrema de positivismo, que consideraba peligrosa la religión y superflua la metafísica. En 1907 Freud comparó los síntomas obsesivo compulsivos de los neuróticos con los ritos y creencias religiosas, y concluyó que la religión es una neurosis obsesiva universal, y la obsesión, una religión individualizada [429]. Veinte años más tarde, en *El porvenir de una ilusión,* definió la religión como una ilusión inspirada por la creencia infantil en la omnipotencia del pensamiento, una neurosis universal, una especie de narcótico que estorba el libre ejercicio de la inteligencia y algo que el hombre tendrá que abandonar [430]. Los psicoanalistas con creencias religiosas objetaron que había sobrepasado los límites del psicoanálisis y que estaba expresando su opinión filosófica personal; pero Freud creía indudablemente que el psicoanálisis podría desenmascarar a la religión al igual que cualquier síntoma neurótico.

En *Totem y tabú* intentó buscar el origen no sólo de la religión, sino de la cultura humana, y hallar un nexo de unión entre el complejo de Edipo individual y la prehistoria de la humanidad [431]. Leyendo los trabajos de Tylor, Lang, Frazer y otros etnólogos, observó que tanto en las poblaciones primitivas como en los neuróticos existe la misma repugnancia por el incesto, y halló el mismo carácter irracional en el tabú primitivo que en las fobias neuróticas, la misma omnipotencia de pensamiento en los procedimientos mágicos que en las fantasías neuróticas. Propuso, pues, una amplia teoría que proporcionaría una base común para explicar los síntomas neuróticos, las manifestaciones sociales y culturales de los pueblos primitivos y el origen de la civilización. El núcleo común se coloca en la historia del asesino del padre primitivo, ampliación de la noción del complejo de Edipo. Todo niño pequeño, decía Freud, tiene que superar su deseo secreto de matar a su padre y casarse

[429] Sigmund Freud, «Zwangshandlungen und Religionsübung», *Zeitschrift für Religionspsychologie,* I (1907), 4-12. Edición corriente, IX, págs. 117-127.

[430] Sigmund Freud, *Die Zukunft einer Illusion,* Viena Internationaler Psychoanalytischer Verlag, 1927. Edición corriente, XXI, págs. 5-56.

[431] Sigmund Freud, «Totem und Tabu, Ueber einige Uebereinstimmungen im Seelenleben der Wilden und der Neurotiker», *Imago,* I (1912), 17-33, 213-227, 301-333; II (1913), 1-21, 357-409. Edición corriente, XIII, págs. 1-161.

con su madre. Si pasa con éxito esta prueba, incorpora a sí mismo la imagen de su padre, se construye su superyo y queda preparado para una madurez normal y una vida adulta; si fracasa, está destinado a ser neurótico. Así es el destino de cada hombre. Pero ese destino individual es el reflejo de un acontecimiento decisivo que ocurrió en la prehistoria de la humanidad. Hace mucho tiempo, los hombres vivían en hordas, cada una de ellas sujeta al despotismo de un viejo padre cruel, que guardaba todas las mujeres para él y alejaba a sus hijos mayores. Los hijos desterrados vivían en una comunidad unida por sentimientos y conductas homosexuales. Por último, mataban y devoraban al padre, satisfaciendo su odio, y dando origen así al totemismo. Reverenciaban, pues, a un animal como un antepasado benevolente (como el padre debía haber sido), pero a intervalos regulares lo mataban y lo devoraban. Después de matar al padre, no se atrevían a tomar sus mujeres, como una especie de obediencia retrasada; más aún, la nueva organización habría resultado amenazada si hubiesen peleado por las mujeres. Tal fue el origen de los dos primeros mandatos de la humanidad, la prohibición del parricidio y la prohibición del incesto, el comienzo de la cultura, la moral y la religión humanas, y al mismo tiempo el prototipo del complejo de Edipo.

La idea de esta humanidad primitiva que vivía en hordas bajo el mando de un hombre tiránico era una hipótesis de Darwin. J. J. Atkinson había desarrollado la descripción darviniana: como resultado de la expulsión de los hijos rivales por parte del padre, había dos grupos viviendo en gran proximidad; uno era el de la «familia ciclópea», constituida por el jefe varón, las hembras capturadas, sus propias hijas adultas y un grupo de niños de ambos sexos; el otro, el formado por una banda de hijos desterrados, «que vivían muy probablemente en estado de poliandria», y en «unión pacífica» [432]. Cuando un grupo de varones se sentía más fuerte que el padre, le atacaba y mataba, y el varón joven más fuerte le sucedía. La lucha se hubiera perpetuado, pero Atkinson explicó que en algún momento una de las esposas logró persuadir al patriarca para que conservara consigo a uno de sus hijos, el cual le sucedería —a cambio de no tocar a las esposas del propio patriarca—, iniciándose así la prohibición del incesto. Freud se inspiró también en la teoría de William Robertson Smith acerca del origen de los cultos semíticos: en la época en que los hombres vivían en pequeños clanes bajo las creencias del totemismo, había que sacrificar un animal totémico a intervalos regulares y comérselo en un banquete ceremonial [433].

---

[432] James Jasper Atkinson, *Primal Law*, publicado como una segunda parte para Andrew Lang, *Social Origins*, Londres, Longmans Green and Co., 1903, págs. 209-294.

[433] William Robertson Smith, *Lectures on the Religion og the Semites*, 1.ª serie, *The Fundamental Institutions*, Londres, A. Black, 1894.

Es probable que fuera la obra de C. G. Jung *Metamorfosis y símbolos de la libido* la que centró el interés de Freud por la historia de la cultura, aunque no hay que olvidar el profundo interés por el tema del totemismo existente entre los etnólogos contemporáneos. Por todas partes surgían teorías, muchas de ellas olvidadas en la actualidad [434]. Durkheim afirmó que el totemismo había sido el origen común de todas las religiones de la humanidad. Frazer enunció tres teorías sucesivas, la tercera expuesta en su libro, *Totem y exogamia*, que fue una de las fuentes principales de Freud. En 1912 Wundt intentó una reconstrucción de los estadios sucesivos por los que había pasado la humanidad, uno de los cuales sería el totemismo.

En realidad, no es imposible que la inspiración para escribir *Totem y tabú* proviniera menos de una prehistoria insondable que de acontecimientos contemporáneos. En aquellos años Turquía, anacrónico imperio vecino de Austria, estaba regido por el «sultán rojo», Abdul Hamid II. Este déspota tenía poder de vida y muerte sobre sus súbditos, guardaba cientos de esposas en un harén protegido por eunucos, y de tiempo en tiempo asesinaba poblaciones enteras de su imperio. En 1908 «los hijos se reunieron contra el cruel anciano». Los Jóvenes Turcos se rebelaron y derrocaron al sultán, creando una comunidad nacional en la que pudieran florecer la civilización y las artes. Estos acontecimientos fueron seguidos en Austria con el más profundo interés, mayor que el de ningún otro sitio. Cualquiera que sea el pensamiento de los etnólogos sobre el asesinato del padre primitivo, el relato mantiene su valor como mito filosófico, correspondiente al mito de Hobbes sobre el origen de la sociedad [435]. El estado original de la humanidad, según Hobbes, era el de «guerra de todos contra todos»; después, unos cuantos hombres se unieron y delegaron sus derechos en un soberano, que utilizaría su poder para el bien común según considerara oportuno. Tal fue el origen de la monarquía absoluta, que durante muchos siglos fue la forma más común de gobierno, para bien o para mal. Al igual que Hobbes propuso un mito filosófico sobre el origen de la monarquía absoluta, Freud propuso otro sobre su disolución.

En *Psicología de las masas y análisis del yo*, de 1921, Freud propuso los rudimentos de una sociología que rechazaba el concepto de instinto social autónomo y se basaba en la teoría de la libido [436]. Examinaba ante todo las teorías de Le Bon, MacDougall y Trotter. La teoría de las mul-

---

434 Un relato detallado y crítico de estas teorías fue dado por Arnold Van Gennep, *L'État actuel du problème totémique*, París, Leroux, 1920.

435 Thomas Hobbes, *Leviathan* (1651), en Great Books of the Western World, XXIII, parte II, cap, 17, págs. 99-101.

436 Sigmund Freud, *Massenpsychologie und Ich-Analyse*, Viena, Internationaler Psychoanalytischer Verlag, 1921. Edición corriente, XVIII, págs. 69-143.

titudes de Le Bon, dijo, no explica el secreto del poder del jefe, que reside en «Eros, que todo lo une en el mundo». La libido une al individuo con el jefe y le induce a abandonar su individualidad. Al lado de las multitudes transitorias, desorganizadas, hay también «multitudes duraderas y artificiales», como la Iglesia y el Ejército, en las que la unión del individuo con el jefe es de tipo amoroso, reforzada por la ilusión de que el jefe le ama a él. Los individuos se identifican con el jefe, y están unidos entre sí por esta identificación común. Todas estas manifestaciones de la libido, además, encubren algo más fundamental: los impulsos agresivos. Cuando un grupo se hunde, la agresividad se libera en forma de estallidos de violencia, o bien la pérdida de seguridad produce angustia, que toma la forma de pánico. Lo que en realidad une a los individuos son los sentimientos elementales de envidia y agresividad. Cuando un cantante popular atrae un enjambre de mujeres jóvenes, la única cosa que les impide tirarse del pelo unas a otras es su admiración común por él. «El sentimiento social reside, por tanto, en la transformación del sentimiento hostil previo en una vinculación positiva que tiene la naturaleza de la identificación. A todos los individuos les gustaría ser iguales, pero también ser regidos por una persona», hipótesis no muy lejana de la teoría del origen de la sociedad de Hobbes. Freud concluyó destacando la semejanza existente entre estos grupos de iguales con su jefe y la horda primitiva.

La *Psicología de las masas y análisis del yo* se inspiró sin lugar a dudas en el derrumbamiento del imperio de los Habsburgo a finales de 1918, con toda su secuela de pánico y miserias. Pero se insertaba además en la corriente de la «psicología de las masas», tendencia cuyo origen e historia no son muy conocidos. Como ha demostrado Dupréel, tras la insurrección de la Comuna de París en 1871 inundó la Europa occidental una «ola de pesimismo anti-democrático», vivificada por la agitación socialista, las huelgas y los sangrientos tumultos tan frecuentes en aquella época[437]. El filósofo Taine escribió por entonces una historia de la Revolución francesa en la que prestaba atención especial a los tumultos y asesinatos colectivos, haciendo un análisis de sus causas sociales y psicológicas. Tales hallazgos fueron desarrollados y sistematizados por Tarde en Francia y Sighele en Italia.

Tarde postuló un proceso interpsicológico básico, que denominó imitación[438]. Esta imitación puede ser consciente o inconsciente, y se aplica tanto a los individuos como a los grupos. Según este autor, el padre es el primer señor, sacerdote y modelo para su hijo; la imitación que éste hace de aquél es el fenómeno primario subyacente en la raíz de la pro-

[437] E. Dupréel, «Y a-t-il une foule diffuse?», *Centre International de Synthèse; 4e semaine internationale: la Foule*, Georges Bohn, ed., París, Alcan, 1934, págs. 109-130.
[438] Gabriel Tarde, *Les Lois de l'imitation*, París, Alcan, 1890.

piedad. Esta imitación no reside en la fuerza o en la astucia, sino en el prestigio, fenómeno que Tarde, al principio, comparó con el hipnotismo. Posteriormente explicó que el prestigio no deriva de la inteligencia ni de la fuerza de voluntad, sino de «una acción física imposible de analizar» que «posiblemente pudiera relacionarse por algunos lazos invisibles con la sexualidad» [439]. Tarde resaltó asimismo el papel del inconsciente en la psicología de las masas. Describió que hay multitudes unidas por el amor y otras unidas por el odio. En cuanto a Sighele, afirmó que ningún fenómeno de masas se podría comprender sin un análisis de su contexto histórico y social, así como de la composición específica de la multitud dada [440].

Estas enseñanzas de Tarde, Taine y Sighele fueron adoptadas, simplificadas y popularizadas por Le Bon en su *Psicología de las multitudes* [441]. Todo hombre inserto en una multitud, decía, pierde su individualidad y adquiere una parcela de «alma de multitud»; este «alma de multitud» es intelectualmente inferior y muestra una especie de malignidad intrínseca, sólo explicable por una especie de regresión hipnótica a un estadio mental prehistórico de la humanidad. Le Bon aplicó estos conceptos a la psicología de los grupos sociales y a las vicisitudes de la historia. Su libro obtuvo un éxito enorme, y su teoría fue considerada por muchos como una verdad científica indiscutible. No es de extrañar que Freud la tomara como punto de partida de la suya. Como ha demostrado Reiwald, las tesis freudianas, al tiempo que contradecían a Le Bon, mostraban grandes semejanzas con las de Tarde [442]. Lo que este autor había denominado imitación, Freud lo llamó identificación, y en muchos aspectos sus ideas parecen las mismas de Tarde expresadas en términos psicoanalíticos.

En 1930, en *El malestar en la civilización*, Freud aportó algunos puntos de vista adicionales sobre los orígenes de la civilización [443]. En los primeros tiempos, afirma, algunos hombres descubrieron que, si limitaban la gratificación de los impulsos instintivos, podrían construir una comunidad fuerte y unida. Esta situación llevó inevitablemente, sin embargo, a un conflicto insoluble entre los deseos del individuo y las demandas de la sociedad. Estas últimas aumentaron con el progreso de la civilización, ahondando el conflicto, y Freud se preguntaba si las de la sociedad civilizada contemporánea no excederían del poder individual del hombre

439 Gabriel Tarde, «Les crimes des foules», *Actes du IIIe Congrès d'Anthropologie criminelle*, Bruselas, agosto 1892; Bruselas, Hayez, 1894, págs. 73-90.

440 Scipio Sighele, *La foule criminelle. Essai de psychologie collective*, traducción francesa, París, Alcan, 1892.

441 Gustave Le Bon, *Psychologie des foules*, París, Alcan, 1895. Traducción inglesa, *The Psychology of Peoples*, Nueva York, Macmillan, 1898.

442 Paul Reiwald, *Vom Geist der Massen*, Zurich, Pan-Verlag, 1946, págs. 131-142.

443 Sigmund Freud, *Das Unbehagen in der Kultur*, Viena, Internationaler Psychoanalytischer Verlag, 1930. Edición corriente, XXI, págs. 64-145.

para reprimir sus instintos, creando así una neurosis de civilización. El problema recuerda en ocasiones a Hobbes, pero puede remontarse claramente hasta *La genealogía de la moral* de Nietzsche, y a través de ésta hasta el *Suplemento al viaje de Bougainville* de Diderot [444].

En el mismo ensayo, Freud propone una nueva hipótesis sobre el dominio del fuego. Dondequiera que el hombre primitivo encontraba fuego, lo extinguía con su orina. Debido a la forma fálica de las llamas, experimentaba un sentimiento erótico de contienda homosexual. El primer hombre que renunció a este placer erótico pudo utilizar el fuego con fines prácticos. «Esta gran conquista cultural fue, por tanto, la recompensa de la renunciación a un instinto». La mujer fue constituida en guardiana del hogar porque era anatómicamente incapaz de extinguir el fuego tal como lo hacía el hombre. En otro lugar Freud aventura que la mujer fue la inventora de las ropas porque deseaba esconder su vergonzosa falta de pene; el vello púbico inspiró la invención del tejido [445]. Mientras que juzgaba la religión nociva y la filosofía inútil, Freud consideraba el arte beneficioso para el hombre. Pero ¿cuál es la esencia del arte? Freud lo definió como «una combinación del principio del placer y el principio de la realidad» (al igual que Nietzsche lo había considerado como una fusión de los principios dionisíaco y apolíneo) [446]. De niño, el individuo vive enteramente según el principio del placer, pero este último retrocede gradualmente en favor del principio de la realidad, que dominará durante toda su vida adulta. El artista mantiene el principio del placer más que los demás, pero transige con el principio de la realidad creando obras de arte que gratificarán aquel primer principio en otros hombres. En un trabajo posterior, referido más al poeta que al artista, Freud destacó el papel de la fantasía: en el niño retrocede gradualmente, pero el escritor creador es capaz de retenerla y convertirla en obra literaria mediante ciertos arreglos: principalmente, proporcionando el placer preliminar que dan los elementos formales [447]. Otra de las contribuciones de Freud a la estética es el análisis de lo sobrenatural, el sentimiento particular de horror viscoso que impregna las obras de un escritor como E. T. A. Hoffmann [448]. Unas veces aparece en la recurrencia inexplicable de acontecimientos que, por sí mismos, pueden ser inofensivos;

---

444 Ver cap. IV, pág. 216; cap. V, pág. 321.

445 Sigmund Freud, *Neue Folge der Vorlesungen zur Einführung in die Psychoanalyse*, Viena, Internationaler Psychoanalytischer Verlag, 1933. Edición corriente, XXII, página 132.

446 Sigmund Freud, «Formulierungen über die zwei Principien des psychischen Geschehens», *Jahrbuch für psychoanalytische und psychopathologische Forschungen*, III (1911), 1-8. Edición corriente, XII, págs. 218-226.

447 Sigmund Freud, «Der Dichter und das Phantasieren», *Neue Revue*, I (1908), 716-724. Edición corriente, IX, págs. 143-153.

448 Sigmund Freud, «Das Unheimliche», *Imago*, V-VI (1919), 297-324. Edición corriente, XVII, págs. 219-252.

otras, en el temor de los fantasmas u otros seres malévolos. El sentimiento de lo sobrenatural, creía Freud, surge en situaciones en las que son estimulados el material profundamente reprimido o las actitudes animistas de la infancia.

La única obra de crítica artística que nos ha dejado Freud fue su artículo sobre el *Moisés* de Miguel Ángel, que al principio apareció en forma anónima[449]. Binswanger señaló que el método utilizado en este estudio corresponde a la psicología de la expresión, uno de los primeros estadios de la metodología psicoanalítica[450]. En cuanto a la crítica literaria, Freud dedicó una monografía de ochenta y una páginas a una novela corta, *Gradiva,* de Wilhelm Jensen[451]. Demostró que podía darse una interpretación psicoanalítica de los delirios y ensueños del héroe de dicha historia, pero no prosiguió sus interpretaciones de la personalidad del autor.

Bajo el nombre de «patografías», Moebius había publicado una serie de monografías cuyo fin era dilucidar el pensamiento de un escritor a través de una valoración de su herencia, constitución e historia vital. No pasó mucho tiempo sin que los discípulos de Freud escribieran monografías semejantes basadas en conceptos psicoanalíticos. El propio Freud dio el modelo clásico de estos estudios con su ensayo *Recuerdos infantiles de Leonardo da Vinci.*

Leonardo da Vinci es considerado generalmente como un genio universal que fue mal comprendido por sus contemporáneos. En su personalidad, Freud destaca tres características. Primera, que su ansia de conocimiento le llevó a despreciar sus grandes dones y a dedicar su interés cada vez más a la investigación científica; segunda, que, siendo un trabajador lento, dejó numerosos esbozos, permaneciendo la mayoría de sus obras sin terminar; tercera, su «indiferente repudio de la sexualidad», que dio lugar a la suposición de su homosexualidad. Freud sigue la raíz común de estas tres características hasta la sexualidad infantil de Leonardo. Hijo ilegítimo, pasó los tres o cuatro primeros años de su vida con su madre abandonada, hasta que su padre, casado por aquel entonces, le adoptó. Una madre, en tales circunstancias, está propensa a volcar su libido en su hijo, determinando así una unión incestuosa con él, en la cual el psicoanálisis ve un origen posible de la homosexualidad posterior. En realidad, no existen registros objetivos de la primera infancia de Leonardo, pero el artista registró un recuerdo de ella: cuando, siendo niño, estaba en su cuna, un ave (llamada *nibbio* en italiano) voló hasta él, le abrió la boca e insertó en ella su cola. Esta fantasía podría tener el significado de una especie pasiva de perversión sexual, o ser una reminiscencia de succión del pecho de su madre. El texto alemán utilizado por Freud traducía *nibbio* por «buitre», y Freud comenta que en el antiguo Egipto el buitre era el jeroglífico de la madre, que *Mut* (reminiscencia del alemán *Mutter,*

[449] Anón. (Sigmund Freud), «Der Moses des Michelangelo», *Imago,* III (1914), 15-36. Edición corriente, XIII, págs. 211-236.

[450] Ludwig Binswanger, «Erfahren, Verstehen, Deuten», en *Ausgewählte Vorträge und Aufsätze,* II, Berna, Francke, 1955, págs. 40-66.

[451] Wilhelm Jensen, *Gradiva; ein pompeianisches Phantasiestück,* Dresde y Leipzig. Reissner, 1903.

madre), la diosa con cabeza de buitre, tenía una estructura andrógina y un órgano masculino, y que, además, en la Edad Media, la especie buitre estaba considerada como completamente femenina. Todo esto, dice Freud, es una reminiscencia de las teorías sexuales infantiles. La curiosidad infantil de Leonardo estaba extraordinariamente estimulada debido a la situación familiar, y se convirtió en la raíz de su posterior curiosidad insaciable. Su fijación inconsciente de la imagen de su madre se puede observar, según Freud, en sus obras maestras. Freud supone que el incidente del buitre era un recuerdo simbólico de los besos apasionados que recibía de su madre, y que la sonrisa de *Mona Lisa* evocaba en Da Vinci una reminiscencia de la sonrisa enigmática de su madre, por lo que no aparece sólo en la *Gioconda*, sino también en otros cuadros. En la pintura de la *Virgen y el Niño con Santa Ana*, esta última parece tan joven como María, y ambas están sonriendo. Freud da aquí una síntesis de la infancia de Leonardo, dividida entre su madre y su madrastra. Por último, la rebelión del artista contra su padre fue otra determinante de la investigación científica y de la falta de fe cristiana de Leonardo [452].

El ensayo de Freud sobre Leonardo da Vinci dio lugar a opiniones encontradas. El reverendo Oskar Pfister afirmó que en *La Virgen y el Niño con Santa Ana* puede detectarse un buitre en un anagrama de la pintura. Meyer Schapiro recogió diversas críticas realizadas por historiadores de arte [453]. La palabra *nibbio*, traducida erróneamente como «buitre», significa en realidad milano. La fantasía del milano colocando su cola en la boca del niño era (como demuestran los paralelismos del folklore) un presagio de inspiración. Artistas anteriores habían pintado a santa Ana y María juntas, aparentando la misma edad; el motivo de la cara sonriente es típico de la escuela del Verrocchio, maestro de Leonardo. No hay pruebas de que Leonardo pasara sus primeros años sólo con su madre; existen razones, de hecho, para suponer que fue llevado con su padre desde el momento del nacimiento. Algunos de estos argumentos han sido puestos en duda por K. R. Eissler [454]. El ensayo de Freud sobre Leonardo da Vinci ha sido admirado generalmente por su bello estilo y su encanto indefinido, habiendo sido comparado con la sonrisa enigmática de la *Gioconda*. Posiblemente algunas de las interpretaciones en él contenidas se refieran a lo que su autoanálisis le había revelado a Freud de su propia infancia.

Puede considerarse también como una patografía el estudio de Freud dedicado al caso de un magistrado alemán, Daniel Paul Schreber [455]. Hom-

[452] Sigmund Freud, *Eine Kindheitserinnerung des Leonardo da Vinci*, Leipzig y Viena, Deuticke, 1910. Edición corriente, XI, págs. 63-137.

[453] Meyer Schapiro, «Leonardo and Freud, An Art Historical Study», *Journal of the History of Ideas*, VII (1956), 147-178.

[454] K. R. Eissler, *Leonardo da Vinci: Psychoanalytic Notes on the Enigma*, Londres, Hogarth, 1962.

[455] Sigmund Freud, «Psychoanalytische Bemerkungen über einen autobiographisch beschriebenen Fall von Paranoia (Dementia Paranoides)», *Jahrbuch für psychoanalytische und psychopathologische Forschungen*, vol. III (1911). Edición corriente, XII, páginas 9-82.

bre de inteligencia y capacidad extraordinarias, Schreber pasó diez años en instituciones mentales debido a una grave enfermedad mental. Después de ser dado de alta, publicó en 1903 una larga narración de sus delirios, con el texto de los informes legales escritos por los expertos. A pesar de su gran interés fenomenológico, el libro ofrecía escasos datos para una patografía; no decía nada acerca de la familia del autor, su infancia y su historia vital antes de ser internado. La propia enfermedad no estaba expuesta en su evolución cronológica, sino solamente en la forma que había tomado después de largos años de evolución[456]. Además, los editores habían eliminado de las *Memorias* de Schreber los fragmentos que podrían haber tenido la mayor importancia desde el punto de vista psicoanalítico. Permanecía, no obstante, gran cantidad inextricable de ideas delirantes de todo tipo. Schreber contaba cómo hablaba con el sol, con los árboles, con los pájaros (que eran fragmentos de almas de personas fallecidas), cómo le habló Dios en alemán culto, cómo casi todos los órganos de su cuerpo habían estado alterados, cómo se aproximaba el final del mundo, cómo le había elegido Dios para salvar a la humanidad, etc. De todos estos delirios, Freud aisló dos que consideró fundamentales: primero, Schreber afirmaba que estaba en vías de convertirse de hombre en mujer; segundo, se quejaba de haber sufrido ataques homosexuales por parte de su primer médico, el neurólogo Flechsig. Freud atribuyó a una homosexualidad reprimida la enfermedad paranoide del paciente. Sus objetos de amor habían sido, sucesivamente, su padre, Flechsig y luego Dios o el sol. Freud explicó que en la homosexualidad reprimida la frase «Le amo» puede ser negada de varias formas, cada una de las cuales daba lugar en este caso a un tipo de delirio (persecución, erotomanía, delirios de celos, de grandeza). Era fundamental en los delirios de persecución el mecanismo de *proyección*. La frase negada «Le amo» era reemplazada por «No le amo», «Le odio»... «porque él me odia y me persigue».

La teoría de Freud sobre el origen homosexual de la paranoia fue adoptada por numerosos psicoanalistas, mientras que otros pensaron que sólo era válida para una cierta forma de esta enfermedad. Algunos críticos señalaron que la desviación de Schreber era calificable de transexualidad más que homosexualidad, y que había padecido una esquizofrenia y no una paranoia. Añadieron que, aun en el caso de que se probara la existencia de una homosexualidad reprimida, no se explicaría así la causa de la enfermedad, sino solamente su cuadro sintomático. Macalpine y Hunter propusieron otra interpretación psicoanalítica del caso de Schreber: una profunda regresión a un estadio precoz de libido indiferenciada,

[456] Franz Baumeyer ha proporcionado algunos datos relativos al ambiente familiar y personal de Schreber, así como fragmentos de historias clínicas del hospital, «The Schreber Case», *International Journal of Psychoanalysis*, XXXVII (1956), 61-74.

que entrañó la reactivación de las fantasías de procreación infantiles [457].

Freud analizó también el caso de Christoph Haizmann, pintor del siglo XVII que firmó supuestamente dos pactos con el diablo, uno con tinta y otro con su propia sangre, pero que consiguió redimirse y recuperar los dos [458]. Basándose en los documentos disponibles (incluidas pinturas y fragmentos de su diario), Freud llegó a la conclusión de que Haizmann, al igual que Schreber, era presa de un poderoso complejo paterno. El diablo era una proyección de su hostilidad contra su padre, y también aquí había un conflicto modelado por la homosexualidad y la angustia de castración. Macalpine y Hunter reinterpretaron la historia de Haizmann, al igual que habían hecho con el caso de Schreber, a la luz de las nociones de confusión sexual y fantasías de procreación [459]. Vandendriessche halló nuevos documentos referentes a Haizmann, que no cambiaron sustancialmente el conocimiento del caso [460]. Hasta el momento, ningún crítico parece haberse preguntado si una parte de los delirios de Schreber y Haizmann podría ser achacada a exageración o mitomanía.

Freud realizó también una valoración psicoanalítica de Dostoievski en el prólogo de la publicación de ciertos pasajes, hasta entonces desconocidos de *Los hermanos Karamazov* [461]. Dostoievski, afirmaba, podía presentar una narración inolvidable de un parricida porque él mismo sufría de un devastador complejo paterno. Durante estos ataques paroxísticos en que parecía estar muerto, se identificaba con su padre según deseaba verlo (es decir, muerto), lo cual era al mismo tiempo un castigo por dicho deseo. La pasión de Dostoievski por el juego tenía su origen en sus tendencias auto-destructoras, ligadas a su complejo paterno. «El propio destino no es finalmente sino una proyección última del padre», concluyó Freud.

Moisés y el monoteísmo, que apareció en forma seriada en la revista *Imago* en 1937 y 1938, no es una patografía, ni un libro erudito, ni una novela [462]. Aunque admitía que gran parte de la obra era hipotética, Freud

---

[457] Ida Macalpine y Richard A. Hunter, «The Schreber Case», *Psychoanalytic Quarterly* XXII (1953), 328-371.

[458] Sigmund Freud, «Eine Teufelsneurose im siebzehnten Jahrhundert», *Imago,* IX (1923), 1-34. Edición corriente, XIX, págs. 72-105.

[459] Ida Macalpine y Richard A. Hunter, *Schizophrenia 1677: A Psychiatric Study of an Illustrated Autobiographical Record of Demoniacal Possession,* Londres, Dawson and Sons, 1956.

[460] Gaston Vandendriessche, *The Parapraxis in the Haizmann Case of Sigmund Freud,* Lovaina, Publications Universitaires, 1965.

[461] Sigmund Freud, «Dostojewski und die Vatertötung», en F. M. Dostoievski, *Die Urgestalt der Brüder Karamazoff. Dostojewskis Quellen, Entwürfe und Fragmente. Erläutert von W. Komarowitsch,* Munich, Piper, 1928, págs. xiii-xxxvi. Edición corriente, XXI, págs. 177-194.

[462] Sigmund Freud, *Der Mann Moses und die monotheistische Religion,* Amsterdam, Albert de Lange, 1939. Edición corriente, XXIII, págs. 7-137.

la creía lo bastante plausible como para justificar su publicación. En resumen:

Freud comienza afirmando que Moisés no era hebreo, sino un egipcio de alto rango y categoría. El faraón Ajnatón había proclamado una religión monoteísta, pero, a su muerte, una contrarrevolución fomentada por los sacerdotes reestableció los cultos paganos. Habiéndose negado a abandonar el monoteísmo, Moisés fue rechazado por los egipcios y eligió a los hebreos como su pueblo. Con la ayuda de sus seguidores, los levitas, dio a conocer el monoteísmo a los judíos, los sacó de Egipto y los condujo a la península de Sinaí, donde se unieron con los medianitas, tribu que adoraba a un dios local llamado Jehová. Entonces estalló una rebelión contra Moisés, el cual fue muerto por su pueblo. Unos sesenta años después, sin embargo, los dos pueblos fueron reunidos por un nuevo jefe, también llamado Moisés (posteriormente, ambos serían confundidos y considerados como uno solo), que concluyó un compromiso de monoteísmo y adoración de Jehová. Esta estructura dual de la nación y la religión hebrea contenía el germen de las secesiones y vicisitudes políticas posteriores. El recuerdo del primer Moisés fue revivido en las enseñanzas de los profetas posterioes, y el deseo de retorno del Moisés asesinado dio lugar a la creencia en el regreso del Mesías. La historia de Jesucristo era una nueva representación de la historia del primer Moisés.

Moisés y el monoteísmo desconcertó a muchos de los discípulos de Freud y provocó protestas indignadas en los círculos judíos. Los historiadores de la religión señalaron sus errores. Se recordó que alrededor de Moisés habían surgido innumerables leyendas, algunas muy anteriores a Cristo. La idea de que Moisés era egipcio había sido sostenida, entre otros, por Eduard Meyer, cuyos trabajos eran conocidos por Freud[463]. Gran parte de lo que éste aventuraba procedía de Schiller[464] y Karl Abraham[465]. Según David Bakan, el propósito de Freud era desviar el antisemitismo separando las características mosaicas (la carga del superyo histórico) de la imagen del judío, cosa ésta que sólo un judío podía hacer[466]. Así, pensaba interpretar el papel de «un nuevo Moisés que desciende con una nueva Ley dedicada a la libertad psicológica personal». Otra interpretación, tan plausible como cualquiera, sería la de que Freud se identificó con el primer Moisés, y a sus fieles seguidores con los levitas, que identificó su partida de Viena como la huida de Moisés de Egipto y que consideró el psicoanálisis contemporáneo como una mezcla de su propia doctrina y de las enseñanzas pseudoanalíticas «impuras». (En realidad estaba preocupado por el giro que había tomado el movimiento y temía sus distorsiones en el mundo anglosajón). Adivinó la prolongada

463 Eduard Meyer, *Geschichte des Altertums*, tomo I, cuad. II, 5.ª ed., Stuttgart, 1926, pág. 679.

464 Friedrich Schiller, *Die Sendung Moses*, en *Sämtliche Werke*, X, Stuttgart y Tubinga, Cotta (1836), 468-500.

465 Karl Abraham, «Amenhotep IV (Ichnaton)», *Imago*, I (1912), 334-360.

466 David Bakan, *Sigmund Freud and the Jewish Mystical Tradition*, Princeton, Van Nostrand Co., 1958.

lucha interna que se entablaría entre los dos elementos del psicoanálisis, pero también que vendrían nuevos profetas para restaurarlo a su pureza original.

A pesar de su rechazo de la filosofía y de su falta de interés por la política, Freud no pudo dejar de expresar sus juicios sobre muchos problemas de interés general. Hay que hacer una breve mención, al menos, de su opinión acerca de la guerra y de la paz, y de los fenómenos parapsicológicos.

En una carta a Einstein, fechada en septiembre de 1932, expresó la idea de que el mayor obstáculo para la creación de una organización central que asegurara la paz se encuentra en la existencia de instintos agresivos y destructivos en el hombre [467]. El instinto de muerte puede ser dirigido hacia dentro o hacia fuera. Con no poca frecuencia es dirigido hacia fuera para preservar al individuo. Enfrentándose a estos instintos están las diversas formas de libido, que pueden ser utilizadas para contrarrestar los instintos destructivos en un cierto grado; sin embargo, Eros y el instinto de muerte están siempre mezclados entre sí. Otra solución sería la formación de una clase superior de intelectuales independientes e intrépidos capaces de guiar a las masas por el camino de la razón.

Durante largo tiempo Freud se mostró escéptico acerca de los fenómenos parapsicológicos, pero en 1911 se hizo miembro de la Sociedad de Investigación Psíquica [468]. En septiembre de 1913 contó a Lou Andreas-Salomé [469] ciertos casos extraños de transmisión de pensamiento que habían llegado a su conocimiento, pero no los publicó, junto con otros semejantes, hasta mucho más tarde [470]. Afirmó que la situación de transferencia psicoanalítica abría una nueva vía para la exploración de los fenómenos telepáticos y similares. Su actitud hacia la parapsicología siguió siendo cautelosa, como demuestra la entrevista que concedió a Tabori en 1935 [471]. En ella comparó las discusiones sobre los denominados fenómenos ocultos con el tema de la composición del interior de la Tierra. No sabemos nada de cierto, pero suponemos que lo forman metales pesados a temperaturas muy elevadas. Una teoría que dijera que está compuesto de agua saturada de ácido carbónico no parece lógica, pero merecería ser

---

[467] La correspondencia entre Einstein y Freud puede consultarse en *Einstein on Peace*, Otto Nathan y Heinz Norden, eds., Nueva York, Simon and Schuster, 1960.

[468] Emilio Servadio, «Freud's Occult Fascinations», *Tomorrow*, VI (invierno de 1958), 9-16.

[469] Lou Andreas-Salomé, *In der Schule bei Freud*, Zurich, Max Niehans, 1958, páginas 191-193. Traducción inglesa, *The Freud Journal*, Londres, Hogarth Press, 1965.

[470] Sigmund Freud, «Psychoanalyse und Telepathie», *Gesammelte Werke* XVII (1941), 27-44; «Traum und Telepathie», *Imago*, VIII (1922), 1-22. Edición corriente, XVIII, págs. 177-193, 197-220; XXII, págs. 31-56; *Neue Folge der Vorlesungen zur Einführung in die Psychoanalyse*, Viena, Internationaler Psychoanalytischer Verlag, 1933, capítulo XXX.

[471] Cornelius Tabori, *My Occult Diary*, Londres, Rider and Co., 1951, págs. 213-219.

discutida. En cambio, quien defendiera que el interior de la Tierra está compuesto por mermelada, no merecería ninguna atención científica.

Una nota redactada por Freud en 1938, quizás su último pensamiento, tiene la enigmática simplicidad de un oráculo de Delfos: «Misticismo: la oscura auto-percepción del campo exterior al yo, el ello» [472].

Las fuentes de Freud

Las fuentes del psicoanálisis freudiano son múltiples y no conocidas del todo. Investigador de gran cultura científica y literaria, que permaneció en la encrucijada de las principales corrientes culturales de su época, y lector omnívoro, capaz de captar rápidamente el interés de las ideas nuevas para adoptarlas y darles su forma original, Freud fue el autor de una poderosa síntesis en la cual es casi imposible discernir lo que venía del exterior y lo que es contribución personal suya. De hecho, muchas de sus teorías eran conocidas antes de él o se inscribían en las tendencias contemporáneas. Tomó cosas de sus maestros, sus colegas, sus rivales, sus colaboradores, sus pacientes y sus discípulos. «Un buen escritor —decía Nietzsche— no tiene sólo su propia mente, sino también las mentes de sus amigos» [473]. Gran parte del presente libro está dedicada a autores y sistemas de pensamiento que, desde cierto punto de vista, podrían calificarse de fuentes o precursores de Freud. A partir de ahora trataremos de dar una lista sucinta de estas fuentes o precursores en la medida en que nos son conocidos en la actualidad.

La fuente primera y principal de cualquier pensador creador descansa en su propia personalidad. Freud poseía esa especie de ascetismo que convierte al científico en investigador, y ese dominio superior de su lengua nativa que (con el profundo interés por la vida secreta de la gente y la intuición psicológica) caracteriza al gran escritor. Era también el gran soñador que pudo ilustrar *La interpretación de los sueños* con sus propias producciones oníricas. Fue sobre todo (creemos) a partir de su enfermedad creadora cuando se originaron los dogmas principales del psicoanálisis: las nociones de sexualidad infantil, de la libido, con sus etapas sucesivas, sus fijaciones y la transformación en angustia, la idea de la situación edípica, la teoría de los sueños, la parapraxia y los recuerdos pantalla, la concepción de los síntomas como realización vicariante de deseos, la noción de que las fantasías desempeñan un papel importante en las neurosis y en la creación poética, y de que las fantasías precoces,

[472] Sigmund Freud, *Gesammelte Werke*, Londres, *Imago*, 1941, XVII, pág. 152. Edición corriente, XXIII, pág. 300.

[473] Friedrich Nietzsche, *Menschliches, Allzumenschliches*, I, núm. 180, en *Friedrich Nietzsche Werke*, III, Taschen-Ausgabe, Leipzig, Naumann, 1906, pág. 181.

así como las primeras experiencias sexuales genuinas, desempeñan un papel no menos importante en el destino del individuo [474].

Los maestros inmediatos de Freud, Brücke, Meynert y Exner, eran los promotores de un enfoque positivista, estrictamente científico, del estudio de la neurofisiología y la neuropsiquiatría. Sin embargo, como ya hemos visto, incurrieron en la tendencia contemporánea de la mitología cerebral. Construyeron grandes edificios especulativos que, aunque aparentemente no lo sabían, no eran sino el resurgir póstumo de la filosofía de la naturaleza. Aquí estaba la fuente del «modelo de la mente» de Freud de 1895, cuya influencia se puede seguir en sus últimas construcciones metapsicológicas. Maria Dorer ha destacado el influjo de Meynert sobre las teorías freudianas [475]. La hipótesis básica de Meynert era la de que las partes filogenéticamente más antiguas del cerebro son el centro de los movimientos involuntarios y están controladas por la corteza, que apareció en un estadio más reciente de la evolución y es el lugar de localización de la función edificadora del yo. Meynert distinguía un yo primario procedente del funcionamiento inmediato de los centros corticales, y un yo secundario resultante de la actividad de los centros de asociación. Pensaba que, cuando se altera la actividad de los centros más recientes, pasa a primer plano la de los centros filogenéticamente más antiguos. De esta forma explicaba el origen de las ideas de grandeza y persecución. Consideraba estos delirios como una manifestación psicológica de dos instintos básicos, de ataque y de defensa, que la enfermedad había hecho salir a la superficie. El concepto de regresión de Freud estaba edificado sobre un patrón semejante. Hemos visto que Meynert y Freud no coincidían acerca de la hipnosis; Meynert era uno de los que más ponían en duda su eficacia y se oponía a su utilización basándose en su naturaleza erótica; Freud no aceptaba estos argumentos, pero posteriormente defendió tesis propias semejantes. Adoptó también ideas enseñadas anteriormente por Meynert en orden a la psicogénesis de la perversión sexual y particularmente de la homosexualidad [476].

Entre los maestros inmediatos de Freud se encontraban también Moritz Benedikt y Josef Breuer. La influencia de este último fue de tal naturaleza que en ocasiones se le ha considerado como cofundador del psicoanálisis. Hemos visto cómo el caso mal interpretado y la fracasada cura de Anna O. inspiraron a Freud para buscar una teoría y tratamiento de la neurosis. Parece que Breuer influyó también en su mitología cerebral. El papel de Benedikt en el origen del psicoanálisis ha sido despreciado por lo general, aunque una nota de pie de página inserta en la *Comunicación*

474 Ver cap. VII, págs. 506-514.

475 Maria Dorer, *Historische Grundlagen der Psychoanalyse*, Leipzig, Felix Meiner, 1932, págs. 128-143.

476 Ver cap. V, pág. 350.

preliminar de Breuer y Freud debería haber atraído la atención sobre este autor[477]. Hemos visto cómo Benedikt[478] enseñaba la importancia de la vida secreta, de los ensueños, de las fantasías, de los deseos y ambiciones suprimidos y del elemento sexual en la histeria y otras neurosis, y cómo obtuvo brillantes curas psicoterapéuticas aliviando a los pacientes de sus secretos patógenos[479].

Maria Dorer ha demostrado que una de las fuentes principales del psicoanálisis fue la psicología de Herbart, que predominaba en Austria en la época de la juventud de Freud[480]. Herbart enseñaba el concepto dinámico de un umbral fluctuante entre el consciente y el inconsciente, la existencia de conflictos entre las representaciones que luchan entre sí para conseguir acceso al consciente y que son reprimidas por otras más fuertes pero siguen luchando por volver, o bien producen un efecto indirecto sobre la consciencia, la noción de cadenas de asociaciones que se cruzan entre sí en puntos nodales, pero también de «asociaciones de aparición libre», y la idea de que los procesos mentales como totalidad están regidos por una lucha en busca del equilibrio. Todo esto se encontrará en el psicoanálisis, aunque en ocasiones en forma modificada. No se sabe si Freud leyó a Herbart, pero es seguro que fue introducido a la psicología de este autor cuando estaba en el Sperläum, a través del libro de texto de Lindner[481]. La psicología de Griesinger y Meynert era también herbartiana en gran parte. Freud se refiere, por su parte, a la idea de Griesinger de que en ciertas psicosis alucinatorias el paciente rechaza el acontecimiento que ha hecho surgir la enfermedad mental[482].

Un problema más oscuro es el de la posible influencia de la psiquiatría romántica[483]. Hemos visto cómo Reil enseñaba que muchas enfermedades mentales tienen una causa psicógena y se pueden curar mediante psicoterapia. Ideler consideraba las pasiones como la causa principal de las psicosis (en especial, el amor sexual frustrado). Hablaba de la caída en la enfermedad, afirmaba que el origen de los delirios se puede seguir hasta la infancia, y era un fervoroso creyente en la psicoterapia de la psicosis. Heinroth destacaba el efecto nocivo de los sentimientos de

---

477 El autor está agradecido a la profesora Erna Lesky, directora del Instituto Universitario de Historia de la Medicina, de Viena, que atrajo su atención hacia la obra de Moritz Benedikt y su influencia en la psiquiatría dinámica.

478 Ver cap. V, pág. 351.

479 Moritz Benedikt, «Aus der Pariser Kongresszeit. Erinnerungen und Betrachtungen», *Internationale klinische Rundschau*, III (1889), 1611-1614, 1657-1659.

480 Marie Dorer, *Historische Grundlagen der Psychoanalyse*, Leipzig, Felix Mainer, 1932, págs. 71-106.

481 Gustav Adolf Lindner, *Lehrbuch der empirischen Psychologie nach genetischer Methode*, Graz, Wiesner, 1858.

482 Sigmund Freud, «Formulierung über die zwei Prinzipien des psychischen Geschehens», *Jahrbuch für psychoanalytische und psychopathologische Forschungen*, III (1911), 1-8. Edición corriente, XII, 218-226.

483 Ver cap. IV, págs. 248-254.

culpa, y utilizaba una psicoterapia diferenciada. Neumann señalaba la relación existente entre la angustia y los impulsos frustrados; explicaba asimismo el significado sexual oculto de los diversos tipos de delirios y conducta psicótica. Es tema de controversia hasta qué punto estos autores habían sido olvidados en la Europa central a finales del siglo XIX. Probablemente, durante todo el siglo siguió discurriendo una corriente subterránea de psiquiatría romántica, que afloró en la década de 1890. Mucho de lo que, en visión retrospectiva, nos parecen sorprendentes novedades en las teorías de Bleuler, Freud o Jung sobre la psicosis aparecía ante sus contemporáneos como un regreso a viejos conceptos psiquiátricos pasados de moda.

No se puede comprender el origen del psicoanálisis sin tener en cuenta diversas tendencias científicas de las últimas décadas del siglo XIX. Tres de ellas han sido descritas en los capítulos anteriores. Una era la nueva ciencia de la patología sexual, a la que dio su ímpetu decisivo Krafft-Ebing [484]. La segunda era el estudio psicológico de los sueños [485], y la tercera la exploración del inconsciente [486].

Otra fuente importante del pensamiento freudiano, la «tendencia desenmascaradora», merece ser mencionada aquí con más detalle, porque ha sido descuidada por lo general. Consiste en la búsqueda sistemática del engaño y el autoengaño y en el descubrimiento de la verdad subyacente (corrientemente conocida en Francia como *démystification*). Pareció iniciarse en los moralistas franceses del siglo XVII. La Rochefoucauld, en sus *Máximas*, desenmascaró las actitudes y actos virtuosos como manifestaciones disfrazadas de *amour-propre* (en el lenguaje de hoy, narcisismo). Schopenhauer describió el amor como una mistificación del individuo a través del Genio de la Especie, significando que las cualidades adscritas al ser amado son ilusiones que surgen del deseo inconsciente de la especie. Karl Marx afirmó que las opiniones del individuo, sin que él lo sepa, están condicionadas por la clase social, que a su vez está determinada por factores económicos. La guerra y la religión son «mistificaciones», con las cuales las clases dirigentes engañan tanto a las clases inferiores como a sí mismas. Nietzsche, admirador tanto de los moralistas franceses como de Schopenhauer, fue otro exponente de la tendencia desenmascaradora. Persiguió incansablemente las manifestaciones de la voluntad de poder bajo sus numerosos disfraces, y las del resentimiento so capa de idealismo y de amor a la humanidad. Resaltó la necesidad humana de «ficciones». En la literatura contemporánea, el «desenmascaramiento» fue un tema constante. En las obras de Ibsen, por ejemplo, algunos de los personajes viven en un desconocimiento completo de la

484 Ver cap. V, págs. 338-355.
485 Ver cap. V, págs. 355-365.
486 Ver cap. V, págs. 365-374.

desagradable realidad tras las fachadas de sus vidas, hasta que aquélla es revelada lenta o brutalmente. La destrucción de sus ilusiones produce entonces una catástrofe como en *Rosmersholm,* y en *El pato salvaje.* En *Fantasmas* (1881), Ibsen dramatizó la idea de que muchas de nuestras acciones libres y voluntarias no son sino meras representaciones de actos realizados por nuestros padres —«vivimos en un mundo de fantasmas»—. El concepto ibseniano de los fantasmas fue citado varias veces por Freud en *La interpretación de los sueños* y se puede reconocer en su concepto de transferencia. El ensayista Max Nordau escribió varios libros en los que denunciaba los «lazos convencionales de la civilización». El economista Vilfredo Pareto destacó la importancia del auto-engaño en los fenómenos sociales y económicos [487]. Hanns Gross, fundador de la psicología judicial, realizó investigaciones sobre la parapraxia y sobre la manifestación de los sentimientos sexuales ocultos o reprimidos [488].

Otra fuente fundamental del psicoanálisis fue la psiquiatría dinámica anterior, de la cual extrajo mucho más de lo que generalmente se cree. Bastará con referir sus cinco rasgos característicos [489]. Primero, la hipnosis, su método principal, fue practicada durante algún tiempo por Freud, y la técnica psicoanalítica surgió de una modificación gradual de la hipnosis [490]. Segundo, la primera psiquiatría dinámica dedicó un interés especial a ciertos cuadros clínicos, en particular a la histeria, y fue precisamente en pacientes histéricos donde Freud realizó sus investigaciones más decisivas. Tercero, elaboró dos modelos de la mente humana; uno basado en la coexistencia de una psique consciente y otra inconsciente, y el otro en la forma de haces sub-personalidades. Freud comenzó con un modelo del primer tipo, y posteriormente adoptó el tipo de haces, con el yo, el ello y el superyo. Cuarto, la primera psiquiatría dinámica basó sus teorías de la patogenia de la enfermedad nerviosa en los conceptos de un fluido indeterminado, de energía mental, y de la actividad autónoma de fragmentos separados de la personalidad. Existe un lazo fácil de reconocer entre estos conceptos y los de la libido y los complejos inconscientes. Por último, el arma psicoterapéutica esencial de los magnetizadores y los hipnotizadores era la relación, y hemos visto que la transferencia psicoanalítica fue una de las diversas metamorfosis de la misma.

En la década de 1880, la primera psiquiatría dinámica había recibido por fin un sello oficial de aprobación por parte de Charcot, de quien

---

487 Vilfredo Pareto, *Le Mythe vertuiste et la littérature immorale,* París, Rivière, 1911. Ver también G. H. Bousquet, *Vilfredo Pareto, sa vie et son oeuvre,* París, Payot, 1928, pág. 144.

488 Ver cap. V, pág. 352; cap. VII, pág. 572.

489 Ver cap. III, pág. 137.

490 Ver cap. VII, págs. 604-605.

Freud afirmó siempre orgullosamente haber sido discípulo, y de Bernheim, al que Freud visitó en Nancy. No es fácil valorar la influencia de Charcot sobre Freud. Como ya se ha mencionado, debió ser más de tipo personal, del orden de un encuentro existencial. Freud tenía una imagen idealizada del maestro francés y no permaneció en la Salpêtrière el tiempo suficiente para darse cuenta de que las demostraciones de Charcot con histéricas hipnotizadas carecían de todo valor científico. Exageró la importancia que Charcot adscribía a la herencia disimilar (degeneración en la jerga médica de la época) en la etiología de la histeria; y parece ser que no leyó el libro de Richer en el que se demostraba que los ataques histéricos son representaciones de traumas psíquicos, la mayoría de naturaleza sexual (idea que Freud desarrollaría posteriormente como propia). Todo esto demuestra, una vez más que la influencia de un maestro muchas veces se ejerce menos por sus enseñanzas objetivas que por las percepciones distorsionadas en las mentes de sus discípulos. Lo mismo puede decirse de la influencia que ejerció la escuela de Nancy sobre Freud, quien atribuyó a Liébeault la idea de que «el sueño es el guardián de la dormición», afirmación que está en oposición directa con su teoría. El fenómeno de los pacientes que dan explicaciones racionales de por qué obedecen las sugestiones poshipnóticas era bien conocido; Freud no tuvo que ir a Nancy para aprenderlo de Bernheim. El procedimiento empleado por este autor para conseguir que sus sujetos recobraran el recuerdo de lo que había ocurrido bajo la hipnosis no tenía la significación que le atribuyó Freud, porque en la demostración de Bernheim ocurría inmediatamente después de un estado hipnótico corto y ligero. En todo caso, hay que reconocer que eso le dio a Freud la idea de procurar que sus pacientes recuperaran recuerdos olvidados durante largo tiempo en estado de vigilia. He aquí otro ejemplo de descubrimiento hecho en virtud de una mala interpretación de los hechos.

La influencia de Janet sobre Freud es un problema sujeto a controversia que nunca ha sido estudiado de forma objetiva. En sus primeros escritos, Freud reconoció la prioridad de aquél en el descubrimiento del papel de la «ideas fijas subconscientes» (en términos janetianos) en la etiología de los síntomas histéricos, y de su cura consiguiente a través de la «catarsis» (en palabras de Breuer y Freud). Cuando estos dos autores publicaron su *Comunicación preliminar* en 1893, la prioridad de Janet era de siete años y ya había publicado seis o siete historias clínicas relevantes[491]. Para los contemporáneos familiarizados con la literatura psiquiátrica francesa y alemana, la prioridad de Janet y la semejanza de su procedimiento con el de Breuer y Freud era indiscutible. Janet se anticipó asimismo a Freud en demostrar, desde el comienzo, que la simple

[491] Ver cap. VI, págs. 413-427.

recuperación del recuerdo traumático no es suficiente y que el «sistema psicológico» (el «complejo») tiene que ser «disociado» («penetrado», en términos freudianos). Su influencia sobre Freud es obvia en los *Estudios sobre la histeria,* incluso en su terminología; Freud utilizó las expresiones «miseria psicológica» y «análisis psicológico». En 1896, sin embargo, denominó a su sistema «psicoanálisis» para distinguirlo del «análisis psicológico» de Janet, y comenzó a resaltar las diferencias existentes entre sus ideas y las de éste. Al hacerlo, dio una imagen distorsionada de los conceptos de Janet, al afirmar que la teoría de este último sobre la histeria estaba basada en el concepto de «degeneración». Lo que Janet decía realmente era que la histeria resultaba de la interacción en proporciones diferentes de factores constitucionales y traumas psíquicos, y esto es exactamente lo que Freud denominó después «serie complementaria». Freud destacó el papel de la represión en la patogenia de los síntomas histéricos, pero descuidó el «estrechamiento del campo de la conciencia», Janet afirmó: «Freud llama «represión» a lo que yo denominé 'estrechamiento del campo de la conciencia'» [492], y es de destacar que ambos conceptos se pueden remontar hasta Herbart [493], para el que eran dos aspectos del mismo fenómeno. Freud criticó también la idea de que la histeria proviene de una debilidad de la «función de síntesis». El psicoanálisis adoptó posteriormente, sin embargo, un concepto semejante bajo el nombre de «debilidad del yo». El paso que dio Janet del estudio de los fenómenos «subconscientes» al de la «tensión psicológica» anticipó el paso del psicoanálisis de la «psicología profunda» a la «psicología del yo». La «función de realidad» de Janet fue trasladada al psicoanálisis bajo el nombre de «principio de realidad». En cuanto a la técnica psicoanalítica, existe una cierta analogía entre la «charla automática» utilizada por Janet en el caso de Madame D. y el método de libre asociación de Freud [494]. Más acusada es la semejanza existente entre la transferencia psicoanalítica y el uso sistemático por parte de Janet de las variedades de comunicación entre el terapeuta y el paciente a las que denominaba «influencia sonámbula» y «necesidad de dirección» [495], semejanza ésta que ha sido reconocida por Jones [496]. Indudablemente, es difícil estudiar los períodos iniciales del análisis psicológico de Janet y del psicoanálisis de Freud sin llegar a la conclusión, expresada por Régis y Hesnard, de que «los métodos y conceptos de Freud fueron modelados después que los de

492 *XVIIth International Congress of Medicine,* Londres, 1913, sec. XII, parte I, páginas 13-64.

493 Ver cap. VI, pág. 466.

494 Ver cap. VI, págs. 420-421.

495 Ver cap. VI, pág. 429.

496 Ernest Jones, «The Action of Suggestion in Psychotherapy», *Journal of Abnormal Psychology,* V (1911), 217-254.

Janet, en los que parecen haberse inspirado constantemente» hasta que los dos tomaron direcciones divergentes [497].

Freud siempre reconoció a los grandes escritores como sus maestros: los trágicos griegos, Shakespeare, Goethe y Schiller. No cabe duda de que recibió gran inspiración de ellos, pero no se debe olvidar la influencia de escritores de menor magnitud, en particular la de Heine, Börne [498] y Lichtenberg [499]. El psicoanálisis muestra una analogía definida con ciertas tendencias literarias contemporáneas, como el círculo Joven Viena, el neorromanticismo y, como ya se ha mencionado, la forma ibseniana de desenmascarar los lazos convencionales.

Las fuentes filosóficas de Freud son numerosas, pero, a pesar de las numerosas investigaciones hechas, aún no bien conocidas [500]. Aunque expresara repetidamente su desprecio por la filosofía, y nunca aceptara la idea de hacer una filosofía del psicoanálisis, tuvo un fondo filosófico definido que se reveló en su *Weltanschauung*, así como también en la forma psicologizó ciertos conceptos filosóficos.

Freud estuvo expuesto desde su juventud al tipo de pensamiento filosófico prevaleciente en Europa después de 1850, que aspiraba a rechazar cualquier clase de metafísica y a estudiar el mundo únicamente desde el punto de vista científico. De hecho, este rechazo de la filosofía equivale a una filosofía específica: el cientificismo, la doctrina según la cual el conocimiento del mundo sólo se puede adquirir a través de la ciencia. Pero, como ésta tiene sus límites, una gran parte de la realidad (quizá su mayor parte) es imposible de conocer. Lógicamente, el positivismo debería implicar el agnosticismo, puesto que la existencia de Dios no se puede probar o negar por métodos científicos. Sin embargo, Freud, al igual que otros muchos científicos contemporáneos, era un decidido ateo. Esta mezcla de positivismo, cientificismo y ateísmo se revela en su obra *El porvenir de una ilusión*.

Curiosamente, este pensamiento positivista extremo llevó a un resurgir de la filosofía de la naturaleza, en forma enmascarada, durante la segunda mitad del siglo XIX. Los vigilantes del positivismo, en su celo de liberar a la ciencia de todo vestigio de metafísica, expulsaron el alma de la psicología, la vitalidad de la biología, y la finalidad de la evolución. Los neurofisiólogos afirmaban que podían explicar los procesos mentales en términos de estructuras cerebrales —ciertas o hipotéticas— (la mitología cerebral a la que antes nos hemos referido), o incluso exclusiva-

---

497 Emmanuel Régis y Angelo Hesnard, *La Psychoanalyse des névroses et des psychoses*, 2.ª ed., París, Alcan, 1922, pág. 352.

498 Ver cap. VII, pág. 607.

499 E. Krapf, «Lichtenberg und Freud», *Acta Psychotherapeutica, Psychosomatica et Orthopaedagogica*, I (1954), 241-255.

500 John A. Sours, «Freud and the Philosophers», *Bulletin of the History of Medicine*, XXXV (1961), 326-345.

mente en términos de procesos físicos y químicos. Ignoraban la afirmación de Bichat de que «la fisiología no es la física de los animales más de lo que la astronomía es la fisiología de las estrellas» [501]. Los principios de conservación y transformación de la energía fueron traspasados a la fisiología y psicología como base de construcciones especulativas que se podrían calificar de mitologías energéticas. La hipótesis de Darwin de que la evolución de las especies está dirigida por la transmisión hereditaria de modificaciones casuales a través de la lucha por la vida y la eliminación de los ineptos se convirtió en un dogma científico. Quedó para Haeckel la tarea de transformar el darvinismo en una pseudo-religión bajo el nombre de monismo. Freud estaba inmerso en ese tipo de pensamiento filosófico. Hemos visto cómo la mitología cerebral de Meynert, la mitología energética de Brücke y la combinación de ambas que hizo Exner le llevaron a construir su *Proyecto de una psicología científica* en 1895.

Ya se ha tratado en un capítulo previo de la influencia de Darwin sobre Freud [502]. Recordemos que el primero introdujo una psicología centrada en los instintos, con referencia especial a los agresivos y amatorios. Entre las pruebas que aportó para la teoría de la evolución se encontraban fenómenos de «reversión» que Freud, en el campo psicológico, denominó «regresión». Darwin esbozó también una teoría biológica sobre el origen de la sociedad y la moral. Freud tomó de él la imagen del hombre primitivo como un ser brutal que vivía en bandas bajo la tiranía de un anciano (el cruel padre anciano de *Totem y tabú*). También Lombroso compartió la idea de que el hombre prehistórico era un ser brutal y peligroso: creía que el «criminal nato» era un resurgir de aquel hombre primitivo, y el retrato que hizo Freud del inconsciente del hombre civilizado no era muy distinto de esta imagen. Haeckel añadió a la doctrina darviniana su denominada ley biogenética fundamental [503], que Freud pareció dar por cierta. Hemos visto también cómo se pueden reconocer los patrones de pensamiento de Karl Marx en ciertos aspectos del psicoanálisis [504].

El único filósofo a cuyas conferencias asistió Freud fue el promotor de una filosofía completamente diferente, Franz Brentano. Procedía de una ilustre familia en la que figuraba el poeta Clemens Brentano, y era hermano del famoso economista Lujo Brentano. Sacerdote dominico y profesor de filosofía en Würzburg, al no poder aceptar el dogma de la infalibilidad del Papa abandonó la Iglesia y se trasladó a Viena para enseñar

501 Xavier Bichat, *Recherches physiologiques sur la vie et la mort*, París, Brosson, Gabon et Cie, 1976, pág. 84.

502 Ver cap. IV, págs. 280-281.

503 Ver cap. IV, págs. 276-277.

504 Ver cap. IV, págs. 284-285.

filosofía como *Privatdozent* (ejemplo único de inversión de la docencia universitaria corriente). Brentano enseñó una nueva psicología basada en el concepto de intencionalidad, que había tomado de la filosofía escolástica medieval. Rudolf Steiner, que fue uno de sus oyentes, dijo que era un lógico perfecto para el que cualquier concepto tenía que ser perfectamente claro y ocupar un lugar definido en una argumentación dialéctica, pero que en ocasiones daba la impresión de que su pensamiento era un mundo en sí mismo, fuera de la realidad. Brillante orador, las damas distinguidas de Viena se apiñaban para oír sus conferencias. Entre sus oyentes había hombres de interés tan variado como Edmund Husserl, Thomas Masaryk, Rudolf Steiner y Sigmund Freud. Brentano fue una figura notable en la vida social vienesa. Dora Stockert-Meynert le describió con aspecto de Cristo bizantino, de habla suave, que puntualizaba su elocuencia con gestos de inimitable gracia: «la figura de un profeta con el espíritu de un hombre de mundo» [505]. Estaba dotado de un prodigioso don lingüístico y además de su fama como erudito y filósofo original era conocido por su improvisación de complicados juegos de palabras. Imaginó un nuevo tipo de enigma al que denominó *dal-dal-dal,* que se puso de moda en los salones vieneses y fue muy imitado; publicó varios enigmas en forma anónima. Freud le mencionó en una nota de pie de página en *El chiste y su relación con el inconsciente;* es la única mención que hace de él en sus escritos. La única prueba de que hubiera sido influido por él se puede obtener revisando cuidadosamente su obra y localizando en ella ideas específicas de Brentano. James Ralph Barclay lo hizo así y llegó a la conclusión de que varios de los conceptos de Freud podían remontarse hasta aquél [506]. La noción de intencionalidad aparece en Freud bajo la forma modificada de una energía física canalizada hacia los fines instintivos y la satisfacción de los deseos. La «existencia intencional» de Brentano se convirtió en la «catexia» de Freud. Para éste, al igual que para aquél, la percepción no era un proceso pasivo, sino una actividad dotada de energía psíquica. La evolución de proceso primario a proceso secundario, según la describió Freud, también se puede encontrar en Brentano.

No se puede determinar tampoco directamente la influencia de la filosofía romántica, aunque es inconfundible. Ya hemos hablado en un capítulo anterior de las semejanzas entre el pensamiento romántico, Goethe y Von Schubert, por una parte, y algunos de los conceptos freudianos por otra [507]. La influencia principal, sin embargo, ejercida sobre Freud

505 Dora Stockert-Meynert, *Theodor Meynert und seine Zeit,* Viena y Leipzig, Oesterreichischer Bundesverlag, 1930, págs. 149-156.

506 James Ralph Barclay, *Franz Brentano and Sigmund Freud: An Unexplored Influence Relationship,* Idaho State College, 17 de octubre de 1961 (Multicopista).

507 Ver cap. IV, págs. 240-243.

por la filosofía de la naturaleza tuvo su origen en sus dos últimos representantes, Bachofen y Fechner [508]. Se puede establecer un estrecho paralelismo entre los estadios de evolución de la sociedad humana de Bachofen y los de la libido freudiana. Freud, sin embargo, nunca menciona a Bachofen. Con referencia a Fechner, debemos recordar que le citó repetidamente y tomó de él el concepto topográfico de la mente, el de energía mental, el principio de placer-displacer, de constancia, de repetición y posiblemente la idea del predominio del instinto destructor sobre Eros. En definitiva, los principales conceptos de su metapsicología derivan de Fechner.

La mayor vecindad con el psicoanálisis se encuentra en los filósofos del inconsciente, Carus, Von Hartmann y particularmente Schopenhauer y Nietzsche. Para quienes están familiarizados con estos dos últimos no puede haber la más ligera duda de que el pensamiento de Freud fue un eco del suyo. Thomas Mann [509] dijo que los conceptos psicoanalíticos eran ideas de Schopenhauer «trasladadas de la metafísica a la psicología». F. W. Foerster [510] llegó a afirmar que no se puede tratar de entender el psicoanálisis sin antes haber estudiado por completo a Schopenhauer. Este estudio demostraría a los psicoanalistas que están aún más en lo cierto de lo que ellos mismos creen. Tanto más tratándose de Nietzsche, cuyas ideas impregnan el psicoanálisis y cuya influencia es obvia, incluso en el estilo literario de Freud, como no ha escapado a la atención de algunos psicoanalistas. Wittels, por ejemplo, hablaba de la «distinción que hace Nietzsche entre dionisíaco y apolíneo, que es casi completamente idéntica a la de función primaria y secundaria» [511]. El propio Freud, en su famoso trabajo sobre «Los delincuentes desde el sentimiento de culpabilidad», notó que Nietzsche había descrito los mismos individuos bajo el nombre de «delincuentes pálidos» [512]. Típicamente nietzscheanos son el concepto de autoengaño de la conciencia por el inconsciente y por el pensamiento emocional, las vicisitudes de los instintos (sus combinaciones, conflictos, desplazamientos, sublimaciones, regresiones y vueltas contra sí mismos), la carga energética de las representaciones, los impulsos auto-destructores del hombre, el origen de la conciencia y de la moral en la vuelta hacia dentro de los impulsos agresivos, el resentimiento y los sentimientos neuróticos de culpabilidad y el origen de la civiliza-

---

508 Ver cap. IV, págs. 254-264.

509 Ver cap. IV, pág. 246.

510 Friedrich Wilhelm Foerster, *Erlebte Weltgeschichte, 1869-1953. Memoiren*, Nuremberg, Glock und Lutz, 1953, pág. 98.

511 Fritz Wittels, *Freud and His Time*, Nueva York, Grosset and Dunlap, 1931.

512 Sigmund Freud, «Die Verbrecher aus Schuldbewusstsein», *Imago*, IV (1916), 334-336. Edición corriente, XIV, págs. 332-333.

ción en la represión de los instintos, para no hablar de los ataques contra las costumbres y la religión contemporáneas [513].

La enumeración de las fuentes de Freud debería tener también en cuenta a sus pacientes y sus discípulos. En los capítulos precedentes de este libro se han dado ejemplos que ilustran el papel desempeñado por los pacientes en la historia de la psiquiatría dinámica. También Freud aprendió mucho de varios de ellos. Elisabeth von R. le sugirió el procedimiento de libre asociación. No se sabe cuántas otras sugerencias recibiría de otros pacientes. Pero uno, al menos, desempeñó un papel importante como paciente ejemplar del que Freud aprendió muchísimo (al igual que Janet de Madeleine). Se hizo famoso bajo el nombre de el Hombre-Lobo. Veamos un resumen:

El hombre de veintitrés años llegó a Viena a comienzos de 1910 y comenzó un tratamiento analítico con Freud. Hijo de un rico terrateniente ruso, era inteligente, lúcido y amable, pero estaba afecto de abulia en un grado extraordinario, lo que le hacía incapaz de realizar nada en la vida. En realidad, este caso habría parecido menos raro en Rusia que en el resto de Europa; era exactamente el retrato de esa condición lo que en Rusia se denomina *oblomovshchina* [514], situación que no era excepcional en los hijos de ricos terratenientes, que llevaban una vida completamente pasiva y ociosa. El paciente era llamado el Hombre-Lobo debido a un terrible sueño sobre estos animales que tuvo a los tres años y medio de edad. A causa de su actitud en extremo pasiva frente al análisis, análoga a la adoptada en toda su vida, no hubo progreso alguno durante cuatro años, hasta que Freud puso un tope al tratamiento y declaró terminaría en junio de 1914. Esta decisión supuso una rápida mejoría y el paciente pudo regresar a Rusia. Su caso fue de enorme interés para Freud debido a la gran cantidad de material obtenido, parte del cual confirmaba las teorías suyas al tiempo que contradecía las de Adler y Jung. Pero también había una parte completamente nueva que le sonaba casi increíble. Freud publicó en 1918 un resumen del caso, aumentado en una edición posterior, pero nunca la historia clínica completa [515]. Cuando el Hombre-Lobo huyó a Viena después de perder su fortuna en la revolución bolchevique, Freud le analizó gratuitamente durante algunos meses y organizó una suscripción para que pudiera vivir en Viena con su esposa y recibiera posteriormente tratamientos psicoanalíticos suplementarios de la señora Ruth Mack Brunswick [516]. El Hombre-Lobo se convirtió en una figura famosa en los círculos psicoanalíticos y en una especie de experto en problemas de ese tipo. No cabe duda de que desempeñó un papel significativo en la evolución de Freud hacia la «metapsicología» y de que le ayudó a comprender el fenómeno de la contratransferencia.

---

513 Ver cap. V, págs. 319-323. Ver también C. Dimitrov y A. Jablenski, «Nietzsche und Freud», *Zeitschrift für Psychosomatische Medizin und Psychoanalyse*, XIII (1967), 282-298.

514 Esta palabra deriva del nombre del héroe de una novela de Ivan Goncharov, *Oblomov*, 1859.

515 Sigmund Freud, «Aus der Geschichte einer infantilen Neurose», *Sammlung kleiner Schriften zur Neurosenlehre*, IV (1918), 578-717; V (1922), 1-140. Edición corriente, XVIII, págs. 7-122.

516 Ruth Mack Brunswick, «A Supplement to Freud's 'History of an Infantile Neurosis'», *International Journal of Psychoanalysis*, IX (1928), 439-476.

Otro problema que necesita aclaración es el de la influencia de los discípulos de Freud sobre el pensamiento de su maestro. Está comprobado que recibió muchas ideas de Stekel, Adler, Ferenczi, Abraham, Rank, Silberer, Pfister, Jung, etc. Los psicólogos individuales destacan que en 1908 Adler propuso el concepto de impulso agresivo primario, que Freud denegó pero que adoptó bajo otra forma en 1920; de Adler tomó también los conceptos de confluencia de impulsos (que tenían su origen en Nietzsche). Jung introdujo en el psicoanálisis los términos «complejo» e «imago», destacó la idea de la identificación del niño pequeño con su padre, estimuló el interés de Freud por el estudio de los mitos e impulsó la práctica del análisis de entrenamiento obligatorio para el futuro psicoanalista. En realidad, es prácticamente imposible discernir la parte que desempeñan los discípulos en el modelado de las ideas del maestro. No sólo porque éstos impulsan nuevos avances, sino también porque sus intereses particulares, sus preguntas y el desafío surgido de su contradicción a las opiniones magistrales superan el ámbito de cualquier apreciación completa.

Es muy posible que con el tiempo se descubran fuentes de Freud desconocidas hasta la fecha. Un intento en esa dirección es el realizado por David Bakan, el cual afirma haber encontrado la conexión entre Freud y la tradición cabalística [517]. Todo judío, dice Bakan, tanto si aprende hebreo como si no, absorbe inevitablemente algo de la tradición mística judía; tanto más si es oriundo de Galitzia, como sucedía con Freud, cuyos padres y antepasados habían bebido en la corriente del hassidismo. En la historia más bien tormentosa del misticismo judío, el psicoanálisis freudiano aparecería, por tanto, como una de sus numerosas vicisitudes. El pensamiento cabalístico está impregnado de un sentido de misterio y poder, trata de extraer significados ocultos de las Escrituras y enseña una especie de metafísica del sexo. Según Bakan, el antisemitismo reinante hizo que Freud ocultara su identidad judía, por lo que en sus escritos presentó una derivación del misticismo judío de forma velada. El estudio objetivo de los hechos muestra, sin embargo, que Bakan exagera la intensidad del sentimiento antisemita en Viena durante la juventud y los años de madurez de Freud, y que muchas de sus interpretaciones de los trabajos de éste son discutibles. En realidad, algunas de las genealogías que señala entre los conceptos psicoanalíticos (en especial los referentes a la sexualidad) y las enseñanzas cabalísticas son llamativas, pero el tema es mucho más complejo. No hay ninguna prueba de que Freud tuviera incluso conocimiento de los escritos místicos judíos. Por otra parte, la metafísica cabalística del sexo no es sino un episodio de una tendencia

[517] David Bakan, *Sigmund Freud and the Jewish Mystical Tradition*, Princeton, D. Van Nostrand Co., 1958.

de misticismo sexual de historia no bien conocida. Es un campo amplio, del que encontramos representantes mayores y menores antes y durante Freud.

Recordemos que la filosofía de Schopenhauer era, en gran parte, una rama más del misticismo sexual. Freud tuvo relación con dos de los últimos representantes de esa tendencia: Wilhelm Fliess y Otto Weininger. Fliess combinaba el misticismo sexual con el misticismo de los números. Como hemos visto, afirmó haber encontrado una correlación entre la mucosa nasal y los órganos genitales, y haber descubierto la bisexualidad fundamental del ser humano[518]. Tanto en el hombre como en la mujer, afirmaba, existen componentes fisiológicos masculinos y femeninos, en cada uno de los cuales hay una ley de periodicidad basada en la cifra 28 para el componente femenino y 23 para el masculino. Utilizando los dos números en diversas combinaciones, Fliess era capaz de calcular, en retrospectiva, la ocurrencia de cualquier acontecimiento biológico. Durante aquellos años, Freud y Fliess se mostraban recíprocamente entusiasmados con sus teorías. El segundo completó y perfeccionó posteriormente la suya. Sostuvo, por lo demás, una acre disputa con Weininger acerca de la prioridad de la teoría bisexual fundamental; extraña ilusión en ambos, ya que la teoría estaba lejos de ser nueva. Era característica de la época el que Fliess fuera criticado por su teoría naso-genital y su numerología, pero no por su pansexualismo[519]. En cuanto a Otto Weininger, su famoso libro *Sexo y carácter* era el esquema de un sistema metafísico centrado en el concepto de la bisexualidad fundamental del ser viviente[520]. A la luz de este principio básico, trataba de encontrar respuestas a los problemas filosóficos sin resolver. El misticismo sexual que impregnaba la atmósfera intelectual de Viena a finales del siglo XIX y comienzos del XX se expandió incluso sobre la nueva ciencia de la patología sexual. Hemos visto que ciertos autores «romantizaron» las perversiones sexuales, insistiendo en los inauditos sufrimientos emocionales de quienes las padecen[521]. Nada más lejos de la verdad que la afirmación corriente de que Freud fue el primero en introducir las nuevas teorías sexuales en una época en que todo lo sexual era «tabú». Es de destacar que, contemporáneamente, se desarrollaron otros sistemas de misticismo sexual, independientes del suyo. En Rusia, Vassili Rozanov, promotor del trascendenta-

---

518 Wilhelm Fliess, *Die Beziehungen zwischen Nase und weiblichen Geschlechtsorganen in ihrer biologischen Bedeutung dargestellt*, Leipzig y Viena, Deuticke, 1897. En este libro se cita con frecuencia a Freud, sobre todo en las páginas 12, 99, 192, 197-199 y 218.

519 Estaban, por ejemplo, los sarcásticos ataques de Moritz Benedikt, «Die Nasen-Messiade von Fliess», *Wiener Medizinische Wochenschrift*, LI (1901), 361-365.

520 Ver cap. V, pág. 341, y cap. X, págs. 885-886.

521 Ver cap. V, pág. 349.

lismo sexual, enseñaba la santidad del sexo, que identificaba con Dios [522]. Para resumir:

El acto sexual, decía, es el centro de la existencia y el momento en que el hombre se convierte en Dios. El sexo es la fuente metafísica de la mente, del alma y de la religión. Llamaba religiones del Sol a las antiguas religiones orientales y al hebraísmo primitivo, porque eran terrenales y universales, exaltaban la procreación y la fertilidad, la continuidad de la familia y la perpetuación de la especie. La antigua civilización egipcia era «una especie de lirismo fálico». El cristianismo, que enseña el ascetismo, la castidad y la virginidad, es una religión de la muerte. La vida es el hogar; el hogar debe ser cálido, agradable y redondo como un útero. Homosexuales fueron los creadores de la civilización griega y los más grandes genios. La prostitución es «el fenómeno más social, hasta cierto punto el prototipo de la socialidad...; los primeros Estados nacieron de los instintos de las mujeres hacia la prostitución». Rozanov interpretó a los escritores a través de sus vidas íntimas (su «ropa interior», como él decía); su amplio simbolismo sexual le llevó a ver el falo por doquier en la naturaleza [523].

Otro sistema muy discutido de misticismo sexual fue el de Winthuis.

El misionero católico Joseph Winthuis [524], que vivió entre los componentes de la tribu gunantuna de Nueva Guinea, sorprendió a los círculos etnológicos con su obra *El ser bisexuado* [525]. Dijo que la lengua gunantuna contenía un gran número de palabras y giros con doble significado, y que aquel pueblo tenía también un idioma de signos, en el que cada gesto poseía un significado sexual, y un idioma de símbolos pictóricos basado en dos líneas fundamentales: la recta (el falo) y la curva (la vagina). Habiendo registrado treinta canciones aparentemente inofensivas de los gunantuna, Winthuis encontró que veintinueve de ellas tenían un significado oculto tan crudo que se sintió obligado a traducirlas al latín en lugar de al alemán. Concluyó que la mente primitiva está impregnada de sexualidad. Entonces dedujo una teoría de la religión primitiva basada en la adoración de un dios bisexual, teoría que extendió gradualmente a todas las poblaciones primitivas, a los pueblos prehistóricos y a la historia de la religión como un todo [526]. La esencia de esa religión era la creencia y adoración de un dios bisexual. La sexualidad era en ella sagrada, porque el acto sexual es una repetición del acontecimiento primordial mediante el cual el dios bisexual creó el mundo y, por tanto, una perpetuación del acto divino de la creación en el nombre de Dios y por su orden. Estas teorías desencadenaron violentas polémicas, pero Winthuis las defendió con convicción casi fanática.

Podríamos preguntarnos por las semejanzas y posibles conexiones existentes entre el misticismo cabalístico, la metafísica del sexo de Scho-

522 Renato Poggioli, *Rozanov*, Nueva York, Hillary House, 1926. V. V. Rozanov, *Solitaria*, con un relato abreviado de la vida del autor por E. Gollerbach. Traducción de S. S. Koteliansky, Londres, Wishart and Co., 1927.

523 V. V. Rozanov, *Izbrannoe. Vstupitelnaya Statya i Redaktsiya Iu*, P. Ivaska, Nueva York, Izdatelstvo Imeni Chekhova, 1956.

524 Carl Laufer, «Dr. Joseph Winthuis zum Gedächtnis», *Anthropos*, LI (1956), 1080-1082.

525 J. Winthuis, *Das Zweigeschlechterwesen bei den Zentralaustraliern und anderen Völkern*, Leipzig, Hirschfeld, 1928.

526 J. Winthuis, *Einführung in die Vorstellungswelt primitiver Völker. Neue Wege der Ethnologie*, Leipzig, Hirschfeld, 1931; *Mythos und Kultgeheimnisse*, Stuttgart, Strecker y Schröder, 1935; *Mythos und Religionswissenschaft*, Moosburg, Selbstverlag des Verfassers, 1936.

penhauer, los sistemas de Fliess y Weininger, el trascendentalismo sexual de Rozanov y el supuesto descubrimiento por parte de Winthuis de una adoración universal a un dios bisexual. Por desgracia, el misticismo sexual es una de las tendencias menos exploradas en la historia de las ideas, y sería prematuro tratar de valorar el papel que desempeñó en la atmósfera cultural en la que se desarrolló el psicoanálisis.

En esta enumeración incompleta de las fuentes de Freud podemos ver que pertenecen a tres períodos distintos y de distinta duración. En el primero de ellos, Freud extrajo las ideas directa o indirectamente de sus maestros y de los numerosos autores que leyó. En el segundo período, el relativamente corto de su autoanálisis, aprendió fundamentalmente de sí mismo. En el tercer período, que se extendió desde 1902 hasta su muerte, aprendió fundamentalmente de unos pocos pacientes privilegiados y de sus discípulos.

La influencia de Freud

La valoración objetiva de la influencia de Freud es extraordinariamente difícil. La historia es demasiado reciente, está alterada por la leyenda y todavía no han surgido a la luz todos los hechos.

Hay unanimidad en que Freud ejerció una poderosa influencia no sólo sobre la psicología y la psiquiatría, sino también sobre todos los campos de la cultura, hasta tal punto que cambió nuestra forma de vida y nuestro concepto del hombre. Una cuestión más intrincada es la de las divergencias que surgen tan pronto como se trata de valorar hasta qué punto esta influencia fue beneficiosa o no. Por un lado están los que incluyen a Freud entre los liberadores del espíritu humano, y que incluso piensan que el futuro de la humanidad depende de que ésta acepte o rechace las enseñanzas del psicoanálisis [527]. Por otro, los que afirman que el efecto del psicoanálisis ha sido desastroso. La Piere, por ejemplo, afirma que el freudismo arruinó la ética del individualismo, la autodisciplina y la responsabilidad que prevalecían en el mundo occidental [528].

Cualquier intento de dar una respuesta objetiva a estas dos preguntas —a saber, el grado y naturaleza de la influencia del psicoanálisis— tiene que enfrentarse con tres grandes dificultades.

Primera: como en el caso de Darwin, la importancia histórica de una teoría no está restringida a lo que era originariamente en la mente de su autor, sino que abarca también sus ampliaciones, añadidos, interpreta-

[527] R. K. Eissler, *Medical Orthodoxy and the Future of Psychoanalysis*, Nueva York, International Universities Press, 1965.

[528] Richard La Piere, *The Freudian Ethic*, Nueva York, Duell, Sloane and Pierce, 1959.

ciones y distorsiones [529]. Así, una valoración de la influencia de Freud debería comenzar con un relato histórico de la escuela freudiana y de las diversas tendencias que surgieron de ella: los freudianos ortodoxos, los sucesores más originales (por ejemplo, los promotores del psicoanálisis del yo), las escuelas desviadas propiamente dichas, con sus propios cismas y ramas separadas, y las otras escuelas (Adler y Jung), que fueron fundadas sobre principios básicos radicalmente distintos, aunque como respuesta al psicoanálisis. Por último, habría que tomar en cuenta los alterados conceptos pseudofreudianos que han sido ampliamente vulgarizados a través de los periódicos, las revistas y la literatura popular.

Segunda: una dificultad aún mayor es la derivada de que, desde el comienzo, el psicoanálisis creciera en una atmósfera de leyenda, con lo que no será posible realizar una valoración objetiva sin separar antes los hechos verdaderamente históricos de los legendarios. Sería de valor incalculable conocer el punto de partida de la leyenda freudiana y los factores que la llevaron a su desarrollo actual. Por desgracia, el estudio científico de las leyendas, su estructura temática, su crecimiento y sus causas es una de las provincias menos conocidas de la ciencia [530], y hasta la fecha no se ha escrito nada sobre Freud que pudiera compararse con el estudio que hizo Etiemble de la leyenda que creció alrededor del poeta Rimbaud [531]. Una ojeada rápida a la leyenda freudiana revela dos características principales. La primera es el tema del héroe solitario que lucha contra una horda de enemigos, sufriendo «los golpes y picotazos de la violenta fortuna», pero triunfando al final. Con ello se exagera considerablemente la amplitud e importancia del antisemitismo, de la hostilidad del mundo docente y de los supuestos prejuicios victorianos. La segunda característica de la leyenda freudiana es el olvido del contexto científico y cultural en que se desarrolló el psicoanálisis; de aquí la afirmación de la absoluta originalidad de sus conclusiones, honrándose al héroe con los descubrimientos de sus predecesores, colaboradores, discípulos, rivales y contemporáneos.

Descartada la leyenda, podemos ver los hechos bajo una luz distinta. Freud se nos presenta como un profesor de la Europa central de su tiempo, que hizo una carrera sólo ligeramente obstaculizada en su comienzo por el antisemitismo, y que no tuvo que sortear más obstáculos que muchos otros. Vivió en una época en que las polémicas científicas tenían un tono más vehemente que en la actualidad, y nunca sufrió el

---

529 Ver cap. IV, págs. 345-347.

530 Uno de los pioneros de este estudio fue el etnólogo francés Arnold van Gennep. Su libro *La Formation des Légendes*, París, Flammarion, 1929, resulta antiguo hoy día, pero posee el mérito de haber indicado el camino.

531 René Etiemble, *Le Mythe de Rimbaud*, París, Gallimard, 1961.

grado de hostilidad que padecieron, por ejemplo, Pasteur y Ehrlich [532]. La leyenda, por otra parte, atribuye a Freud mucho de lo que pertenece sobre todo a Herbart, Fechner, Nietzsche, Meynert, Benedikt y Janet, y descuida la obra de los exploradores previos del inconsciente, de los sueños y de la patología sexual. En gran parte, todos esos conocimientos eran difusos; lo que le honra es que supo cristalizar esas ideas y darles una forma original.

Llegamos ahora a la tercera gran dificultad para valorar la extensión y naturaleza de la influencia ejercida por el psicoanálisis. Muchos autores han tratado de hacer un inventario de la repercursión de las ideas de Freud en el campo de la psicología normal y anormal, de la sociología, la antropología, la criminología, el arte, el teatro y el cine, así como de la filosofía, la religión, la enseñanza y las costumbres. No trataremos de repetir estas investigaciones, ni incluso de resumirlas, pero sí destacaremos un hecho que ha sido olvidado en ocasiones: el propio psicoanálisis estuvo desde el comienzo ligado a otras tendencias preexistentes o contemporáneas de naturaleza más general. Hacia 1895 se había puesto de moda la profesión de neuropsiquíatra, era muy activa la investigación de nuevos métodos psicoterapéuticos, y eruditos como Bleuler y Moebius trataban de «re-psicologizar» la psiquiatría: las primeras publicaciones de Freud aparecieron como manifestaciones de esta nueva tendencia. En el mismo período hubo un gran desarrollo de la psicopatología sexual: la teoría freudiana de la libido era una de las muchas novedades en ese campo. Ya hemos mencionado las afinidades existentes entre el psicoanálisis y las obras literarias de Ibsen, Schnitzler, el grupo de la Joven Viena y los neorrománticos, y a éstos hay que añadir los movimientos de vanguardia que surgirían posteriormente, a saber, los futuristas, dadaístas y surrealistas [533]. La abierta proclamación de ateísmo de Freud estaba en línea con la actitud de muchos científicos contemporáneos y le atrajo el favor de la Monisten-Bund de Haeckel [534]. Su sistema fue juzgado lo bastante materialista como para ser adoptado por los psicólogos soviéticos de Rusia antes de que fuera reemplazado por la psiquiatría de Pavlov [535]. La Primera Guerra Mundial dio lugar a un «declinar del mundo occidental», del que las *Reflexiones sobre la guerra y la muerte* de Freud no fueron sino una de tantas manifestaciones [536]. Los desastres de la guerra y la inminente catástrofe de la Segunda Guerra Mundial empujaron a los pensadores a buscar modos de salvar el mundo [537]. La tarea de la psico-

532 Ver cap. V, págs. 307-308.
533 Ver cap. X, págs. 904, 941-944.
534 Ver cap. X, págs. 913-918.
535 Ver cap. X, págs. 958-965.
536 Ver cap. X, págs. 936-937.
537 Ver cap. X, pág. 968.

terapia era ahora dar al individuo un medio de tolerar las presiones y la angustia; de aquí el paso psicoanalítico de la psicología profunda al psicoanálisis del yo [538].

Sin embargo, esto no era todo. En el intervalo, el progreso de la tecnología había dado lugar a una sociedad opulenta. A un sistema basado en el trabajo esforzado y la intensa competencia al que el darvinismo social había comunicado su ideología sucedió un sistema basado en el consumo de masas, con una filosofía hedonista utilitaria. Ésta es la sociedad que adoptó entusiásticamente el psicoanálisis freudiano, muchas veces en su forma más distorsionada. Los hechos presentados por La Piere en su libro *La ética freudiana* pueden ser ciertos, pero no es justo hacer a Freud responsable de ellos, como tampoco lo sería imputar a Darwin responsabilidad alguna por el modo como los militares, colonialistas y otros grupos predadores, así como, por último, Hitler y los nazis, se sirvieron de las teorías pseudo-darvinistas. Le ocurrió, por tanto, a Freud lo que había ocurrido a Darwin y otros antes de él: pareció poner en movimiento una revolución cultural irresistible cuando, en realidad, era la revolución, originada en cambios socio-económicos, la que le conducía. Volviendo a Freud, pasará ciertamente largo tiempo antes de que podamos discernir lo que se puede atribuir al impacto directo de su enseñanza y hasta qué punto las difusas tendencias sociales, económicas y culturales influyeron sobre los conceptos freudianos o pseudofreudianos para llevarlos a su propio fin.

Quizá ahora estemos preparados para dar una respuesta a esta difícil pregunta: ¿Qué pertenece con certeza a Freud y constituye la originalidad íntima de su trabajo? Podemos distinguir tres grandes contribuciones: la teoría psicoanalítica, el método psicoanalítico y la organización psicoanalítica.

Cualquiera que sea el número de sus fuentes y lo intrincado de su contenido, la teoría psicoanalítica es reconocida universalmente como una síntesis poderosa y original que ha servido de incentivo a numerosos investigadores y hallazgos en el campo de la psicología normal y anormal. Sin embargo, el problema de su status científico todavía no está claro. En ese aspecto, la situación del psicoanálisis es muy semejante a la del magnetismo animal en 1818, cuando el médico Virey preguntó por qué los descubrimientos hechos en el campo de la física en la época de Mesmer se aceptaban entonces como ciertos, mientras que la validez de la doctrina de Mesmer era todavía objeto de discusiones enconadas [539]. Los descubrimientos hechos en la época de Freud en el campo de la endocrinología, la bacteriología, etc. están inequívocamente integrados en la cien-

[538] Ver cap. VII, págs. 597-599; cap. X, pág. 976.
[539] Ver cap. IV, pág. 223, n. 11.

cia, mientras que la validez de los conceptos psicoanalíticos todavía es puesta en duda por muchos experimentados psicólogos y epistemólogos [540]. Esta paradoja ha hecho que muchos freudianos conciban el psicoanálisis como una disciplina que, separándose del campo de la ciencia experimental, está más emparentada con la historia, la filosofía o la lingüística [541], o como una variedad de hermenéutica [542].

Más incluso que el marco conceptual del psicoanálisis, hay que denunciar el método psicoanalítico como creación de Freud y como máxima originalidad suya. Fue el inventor de un nuevo modo de enfrentarse con el inconsciente: la situación psicoanalítica con su regla básica, la libre asociación y el análisis de las resistencias y de la transferencia. Ésta fue su innovación incontestable.

Pero la novedad más llamativa de Freud fue probablemente la fundación de una «escuela» según un patrón que no tenía paralelo en los tiempos modernos, pero que es una reviviscencia de las viejas escuelas filosóficas de la antigüedad greco-romana, tal como las describimos en un capítulo anterior [543]. Casi desde el principio Freud hizo del psicoanálisis un movimiento, con su propia organización y casa editorial, sus reglas estrictas para los miembros, y su doctrina oficial, a saber, la teoría psicoanalítica. La semejanza entre esta escuela y las escuelas filosóficas greco-romanas fue reforzada tras la imposición de una iniciación en forma de un análisis de entrenamiento, análisis que no sólo requería un pesado sacrificio financiero, sino también una rendición de la intimidad y de todo el ser. Por este medio, el seguidor era integrado en una sociedad más indisoluble de lo que lo fuera nunca la pitagórica, estoica o epicurea en su propia organización. El ejemplo sería seguido por Jung y algunos otros movimientos psiquiátricos dinámicos. Esto nos lleva a considerar como logro más manifiesto de Freud la reviviscencia de la escuela filosófica greco-romana, acontecimiento que sin duda merece destacarse en la historia de la cultura moderna.

---

[540] Ver, por ejemplo, *Critical Essays on Psychoanalysis*, Stanley Rachman, ed., Nueva York, Macmillan, 1963.

[541] Jacques Lacan, *Ecrits*, París, Editions du Seuil, 1966.

[542] Ludwig Binswanger, «Erfahren, Verstehen, Deuten», 1926, reimpreso en *Artículos y conferencias escogidas*, II, Madrid, Gredos, 1972, págs. 67-80; Paul Ricoeur, *De l'Interprétation. Essai sur Freud*, París, Editions du Seuil, 1965.

[543] Ver cap. I, pág. 64.

VIII

ALFRED ADLER Y LA PSICOLOGÍA INDIVIDUAL

Contrariamente a la suposición común, ni Adler ni Jung son «herejes del psicoanálisis», y sus sistemas no son meras distorsiones de éste. Ambos tenían sus propias ideas antes de encontrarse con Freud, colaboraron con él manteniendo su independencia y, después de abandonarle, desarrollaron sistemas básicamente distintos del psicoanálisis y también básicamente distintos entre sí.

La diferencia fundamental existente entre la psicología individual de Adler y el psicoanálisis de Freud se puede resumir como sigue: el propósito de Freud es incorporar a la psicología científica los campos ocultos de la psique humana que habían sido captados intuitivamente por los trágicos griegos, Shakespeare, Goethe y otros grandes escritores. Adler está interesado por el campo del *Menschenkenntnis*, es decir, del conocimiento concreto, práctico, del hombre. El interés de la psicología individual consiste en que es el primer sistema registrado, unificado y completo de *Menschenkenntnis*, lo suficientemente vasto además como para abarcar también el campo de las neurosis, de las psicosis y de la conducta delictiva. Por esa razón, al estudiar a Adler, el lector debe abandonar temporalmente todo lo que ha aprendido acerca del psicoanálisis y adaptarse a una forma completamente distinta de pensar.

El marco vital de Alfred Adler

Alfred Adler nació en un suburbio de Viena en 1870 y murió en Aberdeen (Escocia) en 1937. Pasó la mayor parte de su vida en Viena. Los acontecimientos de ésta, al igual que los de Freud, deben ser contemplados sobre el fondo de las vicisitudes de la historia austríaca, pero, siendo catorce años más joven que Freud, Adler experimentó dichos cambios de

una forma algo distinta. Su infancia y juventud transcurrieron durante el período más próspero de la monarquía Dual. Cuando estalló la Primera Guerra Mundial, tenía cuarenta y cuatro años y era todavía lo suficientemente joven como para ser movilizado como médico militar y adquirir un conocimiento directo de las neurosis de guerra. La catástrofe de 1918 afectó también a Adler, que entonces tenía cuarenta y ocho años, de distinta manera que a Freud, que contaba sesenta y dos. Así, el advenimiento del nuevo régimen político le ofreció la posibilidad de materializar sus proyectos y fundar sus instituciones. Los años 1920 a 1932 fueron, a pesar de los cataclismos políticos, los de sus más grandes descubrimientos. Pero no esperó a que Hitler subiera al poder, y emigró a los Estados Unidos en 1932. Negros nubarrones se cernían sobre Europa cuando murió repentinamente en 1937, dos años y medio antes de la catástrofe que había pronosticado.

Tanto Freud como Adler eran hijos de comerciantes judíos de la clase media baja, con la diferencia de que el padre del segundo comerciaba en grano y el del primero lo hacía en lana. Ambos crecieron en los suburbios de Viena, fueron típicamente vieneses y fundaron nuevas escuelas, adquiriendo fama mundial. Sin embargo, lograron sus éxitos de forma distinta. Freud era un profesor universitario, con las acostumbradas vicisitudes de la época. Vivía en una zona residencial de la ciudad y tenía una clientela escogida. La carrera docente de Adler fue interrumpida desde el comienzo. Comenzó como médico general en un barrio no residencial y luchó por la creación de una medicina social. Después de su asociación con Freud, el grupo que fundó tuvo, más que el psicoanálisis, la característica de un movimiento político. Sus pacientes pertenecían en la mayoría a las clases baja o media y siempre fueron para él centro de interés los problemas sociales.

Su carrera, pues, fue la típica de la ascensión social de un hombre que permaneció emocionalmente unido a la clase inferior de la población, en la que había pasado su infancia. La desintegración del imperio austro-húngaro favoreció el paso de su enseñanza desde su posición marginal inicial a la de un movimiento socio-ético de alcance mundial.

Entorno familiar

Por debajo de las analogías superficiales existentes entre Freud y Adler había profundas diferencias. Hemos visto que, durante la segunda mitad del siglo XIX, la actitud y mentalidad de los judíos austríacos dependía en gran parte del grupo al que habían pertenecido sus padres o abuelos antes de la emancipación[1]. Los padres de Freud llevaban con

[1] Ver cap. VII, pág. 480.

ellos el resentimiento acumulado por los judíos de Galitzia y del sur de Rusia a lo largo de siglos. Los de Adler procedían de la comunidad, comparativamente, privilegiada, de Kittsee, en la provincia de Burgenland.

Burgenland es una campiña pintoresca, con sus lagos marginados por juncos, sus campos, las arboledas, los viñedos, los castillos en la cima de las colinas y las aldeas de viejo encanto. Es notable por la gran variedad de sus aves; casi todos los tejados de los pueblos tienen un nido de cigüeñas. Burgenland está orgulloso de su pasado histórico y de sus grandes hombres, entre los que se encuentran los compositores Haydn y Liszt. Durante siglos había sido una especie de «estado tapón» situado entre Austria y Hungría. Entonces pertenecía a Hungría, pero los magnates húngaros, dueños de una gran parte de la tierra, se mostraban amistosos con Austria (lo que era excepcional entre la nobleza húngara). En aquella época la población de Burgenland era de unas 300.000 almas. La mayoría eran de habla alemana, pero había también húngaros, inmigrantes croatas, gitanos y prósperas comunidades judías. Los judíos de Burgenland gozaban de un status más liberal que la mayoría de los demás del imperio. Muchos de ellos eran comerciantes, y como tales, servían de intermediarios entre los judíos del ghetto de Pressburg y los centros comerciales de Viena.

El diferente entorno puede explicar ciertos rasgos característicos de los judíos originarios de Burgenland. Sobre todo, no tenían el sentimiento de pertenecer a una minoría perseguida. Mortiz Benedikt, que provenía de la *kille* (comunidad judía) de Eisenstadt, y que en su autobiografía se quejaba de haber sido víctima de incontables injusticias, nunca se lamentó de haber sufrido debido al antisemitismo. Lo mismo puede decirse de Alfred Adler, en cuyos escritos ni siquiera se menciona el término antisemitismo. Los hombres de esa región podían conservar su religión (como hizo Benedikt, que siguió siendo miembro de la Sinagoga), pero cuando perdían la fe, la tradición judía dejaba de tener significado alguno para ellos. Al no estar unidos sentimentalmente, podían pasar al protestantismo o al catolicismo sin tener el sentimiento de traicionar a sus antecesores o de ser desleales con sus compañeros judíos. Así, Alfred Adler se hizo posteriormente protestante, mientras que dos de sus hermanos (Max y Richard) se convirtieron al catolicismo y el primogénito (Sigmund) abandonó la comunidad judía como *konfessionslos* (sin ninguna religión declarada).

No sabemos mucho acerca de la educación de Alfred Adler. En un corto relato autobiográfico[2] nos cuenta que era el hijo favorito de su padre, pero que durante largo tiempo se sintió rechazado por su madre;

[2] Alfred Adler, «Something About Myself», *Childhood and Character*, VII (abril de 1930), 6-8.

que una vez hirió a otro muchacho, que cuando era pequeño sufrió de raquitismo y ataques de pérdida de respiración, que se sintió impresionado por la muerte de un hermano más joven y que una vez estuvo a punto de morir debido a un grave ataque de neumonía. Éstos fueron los dos acontecimientos que le inspiraron su futura vocación de médico. De otros recuerdos de la infancia recogidos por Phyllis Bottome podemos deducir que en su casa se mantenían los ritos judíos y se iba en familia a la sinagoga [3]. Una vez, cuando tenía cinco años, durante la oración en la sinagoga, Alfred agarró un trozo de ornamento que asomaba de un estante, haciendo que todo éste cayera con gran estrépito. Una noche de Pascua se deslizó escaleras abajo de su casa para sustituir el pan ácimo por pan con levadura, y esperó escondido en un armario para ver si el ángel notaba la diferencia, caso de venir. Si estos dos recuerdos infantiles son ciertos, de acuerdo con el propio método de Adler podría deducirse una actitud negativa hacia la religión judía.

Esta diferencia en el entorno judío de Adler y Freud puede explicar también por qué, en contraste con el psicoanálisis freudiano, la psicología individual de Adler no contiene nada que se pueda atribuir plausiblemente a la tradición judía.

Nuestro conocimiento de la genealogía y familia de Alfred Adler es fragmentario. Los datos contenidos en las biografías corrientes son muchas veces erróneos. La única investigación sistemática realizada hasta la fecha es la del Dr. Hans Beckh-Widmanstetter, que es la que seguimos aquí [4].

El abuelo de Alfred Adler, Simon Adler, era maestro peletero (*Kürschnermeister*) en Kittsee. Nada se sabe de él, excepto que el nombre de su esposa era Katharina Lampl y que ya no vivía cuando se casó su hijo David en 1862. Tampoco se sabe cuántos hijos tuvo, aparte de David (el tío de Adler) y Leopold (el padre de Adler). David tenía treinta y un años cuando se casó en Viena, el 29 de junio de 1862. Trabajaba como sastre en el suburbio judío de Leopoldstadt.

Leopold Adler (cuyo nombre judío era Leb Nathan) nació en Kittsee el 26 de enero de 1835. No se sabe nada de los primeros treinta años de su vida. Cuando se casó en Viena, el 17 de junio de 1866, el certificado de matrimonio da como dirección suya la misma de su suegro en Penzing; esto indica que por lo menos durante algún tiempo vivió en la casa de este último, y probablemente trabajó en sus negocios.

---

[3] Phyllis Bottome, *Alfred Adler, Apostle of Freedom*, Londres, Faber and Faber, 1939, págs. 34-35.

[4] Los datos relativos a la familia y antepasados de Alfred Adler se los debemos a las concienzudas investigaciones del doctor Hans Beckh-Widmanstetter en los archivos de la comunidad judía y de otras fuentes oficiales vienesas. El autor le está muy agradecido por su ayuda en la investigación.

Los abuelos maternos de Alfred Adler provenían del pueblo de Trebitsch, en Moravia. No se sabe cuánto tiempo habían vivido allí, pero cuando emigraron a Penzing, en 1858 ó 1859, tenían al menos cinco hijos: Ignaz (nacido antes de 1839), Moriz (nacido en abril de 1843), Pauline (la madre de Alfred, nacida en enero de 1845), Salomón (nacido en julio de 1849) y Albert (nacido en 1858). Otros dos hijos nacieron en Penzing: Ludwig (en diciembre de 1859) y Julius (en diciembre de 1861). El abuelo de Adler, Hermann Beer, había fundado la firma Hermann Beer e Hijos y comerciaba en avena, trigo y salvado. Era un negocio próspero en aquella época, pero con el desarrollo del transporte por ferrocarril estaba llamado a desaparecer. Posteriormente, la firma fue heredada por su hijo Salomón.

Dos años después de establecerse en Penzing, el 10 de octubre de 1861, Hermann Beer compró una casa en Poststrasse 22. Es probable que Alfred Adler pasara allí varias épocas durante su infancia. La casa sigue todavía en pie y está situada ahora en Linzerstrasse 20, cerca de la esquina de Nobilegasse. A pesar de los nuevos y modernos edificios que la rodean, su estructura principal no ha sufrido cambios. En el piso bajo hay una tienda, y en el primero está la vivienda, a la que se accede por el patio situado en la parte posterior, al que se llega por la entrada de carruajes y en el que puede acomodarse una docena de éstos. A la izquierda está el taller de un mecánico de automóviles, y los establos han sido convertidos en garaje. Una ancha escalera de piedra conduce al apartamento del primer piso, donde la familia Beer vivió durante tantos años.

Hermann Beer y su esposa Elisabeth (también llamada Libussa) Pinsker tuvieron por lo menos siete hijos, que a su vez formaron grandes familias, de modo que Alfred Adler tuvo numerosos parientes por parte de madre. Uno de sus tíos, Julius Beer, era únicamente ocho años mayor que él.

Conocemos muy poco acerca de la vida, ocupación y situación económica de Leopold Adler. Desde 1866 hasta 1877 vivió en los pueblos vecinos de Penzing y Rudolfsheim, cambiando su dirección varias veces y declarando como ocupación la de «comerciante». Por razones desconocidas se trasladó después a Leopoldstadt, suburbio judío situado en el nordeste de Viena, donde vivió desde 1877 hasta 1881, pero también aquí cambió de dirección todos los años. Posteriormente, durante dos años, vivió en Hernals (en aquella época situado en los alrededores de Viena), donde alquiló una casa en Hauptstrasse 25 con un local de negocios unido en el número 23. Las dos casas eran dependencias de la *Grossmeierei* (especie de granja lechera al por mayor), que pertenecía al conde Palffy, uno de los magnates húngaros de Burgenland. Es muy probable que

Leopold Adler actuara como intermediario para la venta de los productos del conde.

Hermann Beer murió el 5 de febrero de 1881, y su esposa el 15 de enero de 1882. Su casa fue dividida entre los siete hijos vivos, pero Pauline vendió su parte a uno de sus hermanos, y muy poco después, el 27 de julio de 1883, ella y Leopold compraron una finca en Währing, que en aquella época era todavía una zona escasamente poblada, situada fuera de los límites de la ciudad de Viena[5], con casas de un piso y jardín. La finca, localizada en Hauptstrasse 57-59 (hoy Währingerstrasse 129-131), todavía está en pie. Era una casa comercial típica de aquella época: un local de negocios, una vivienda en el primer piso, con dos habitaciones grandes y dos pequeñas, así como una cocina, y los establos en la parte inferior[6]. Estaba casi enfrente del cementerio en el que se encontraban las tumbas de Beethoven y Schubert (hoy el Parque de Schubert). Según Phyllis Bottome, la familia criaba caballos, vacas, cabras, gallinas y conejos, pero sería una exageración representar al joven Alfred creciendo en una especie de jardín del Edén en miniatura, como se ha hecho en ocasiones. La casa, que pertenecía por igual a Leopold y Pauline, permaneció en su poder desde julio de 1883 hasta julio de 1891. Pero Leopold no tuvo éxito, y según la tradición familiar los Adler se vieron cada vez más acosados por problemas financieros. Así lo revela el hecho de que hubo un momento en que la casa estaba fuertemente hipotecada y fue finalmente vendida con pérdidas en 1891.

Entonces la familia regresó a Leopoldstadt, donde vivió acuciada por los problemas económicos hasta que Sigmund, el hermano mayor, se convirtió en un acomodado hombre de negocios y pudo restablecer a todos sus parientes en condiciones de vida aceptables.

Puesto que Alfred Adler insistió siempre, tanto como Freud, en la importancia de la constelación familiar para el modelado de la personalidad, será apropiado conocer cómo era ésta en su propio caso. Pero también aquí nuestro conocimiento es incompleto. Se sabe muy poco de la personalidad de su padre, Leopold Adler, y los datos que poseemos acerca de él provienen de impresiones de gente que le conoció siendo ya anciano. Phyllis Bottome refiere que tenía una personalidad descuidada y alegre, muy humorística y tremendamente orgullosa; era un hombre bien parecido que ponía gran cuidado en su apariencia personal, se cepillaba sus ropas meticulosamente, se limpiaba las botas hasta que brillaban como espejos y aparecía invariablemente vestido como si fuera a una fiesta[7].

[5] Estos datos los ha obtenido el doctor H. Beckh-Widmanstetter revisando el Registro Catastral y otros archivos de Viena.

[6] H. A. Beckh-Widmanstetter, «Alfred Adler und Währing», *Unser Währing*, I (1966), 38-42 (con dos grabados de la casa).

[7] Phyllis Bottome, *Alfred Adler, Apostle of Freedom*, Londres, Faber and Faber, 1939, págs. 28-30.

Su nieto Walter Fried, que vivió con él durante varios años cuando era niño, dice:

> Era un hombre de apariencia majestuosa, siempre elegante y pulcro, y que tenía el hábito de vivir bien. Yo le respetaba muchísimo, aunque bien es verdad que él siempre se portó muy bien conmigo. Todavía le veo cuando me acariciaba la cabeza y me daba unas monedas de cobre, de las que me sentía extraordinariamente orgulloso [8].

Otro nieto, Ferdinand Ray, dice:

> El abuelo Leopold Adler era un caballero muy elegante y de buen aspecto, que se mantenía erguido y era muy exigente con su ropa... En los últimos años de su vida hacía la comida del mediodía en el *Rathauskeller*, siempre con un vaso de vino; tomaba un bocadillo de jamón a las cinco de la tarde y se acostaba a las seis [9].

Parece que las relaciones de Alfred con su padre eran buenas. Según Phyllis Bottome, Leopold tenía predilección por él y le estimulaba constantemente (sabemos que el estímulo se convertiría en uno de los *leitmotivs* del sistema educativo de Adler). El mismo autor dice que le repetía muchas veces: «Nunca creas lo que te digan», lo que probablemente significaba que se debe juzgar a la gente por su conducta más que por sus palabras (también esto se convertiría en un axioma básico de la psicología individual).

Pauline Adler no gozó ciertamente de tan buena salud como su marido, que murió casi a los ochenta y siete años de edad. Según todos los testimonios, cuando falleció ella, a los sesenta y uno, estaba consumida por la enfermedad y el exceso de trabajo. Phyllis Bottome la describe como «nerviosa y triste», carente de sentido del humor. Según la tradición, se sacrificó demasiado por ciertos miembros de la familia. Uno de sus nietos la describe como una «mujer amable y excelente, que dirigía los negocios, y que estaba siempre ocupada con su marido, los hijos, el cuidado de la casa y el perro». Ella y Alfred nunca se entendieron, y se dice que desempeñó en la vida de su hijo el papel al que este último denominaría posteriormente *Gegenspieler* (matriz), es decir, la persona contra la que uno mide y ejercita la propia fuerza.

Mientras que Freud destacó principalmente la importancia de la relación del niño con sus padres, y de forma secundaria con sus hermanos, Alfred Adler atribuyó más importancia a la posición en la serie de hermanos que a su relación con los padres. De ahí que debamos examinar su caso concreto a este respecto.

---

[8] Carta de Walter Fried, de Viena.

[9] Carta de Ferdinand Ray, de Bentley, Australia.

Alfred era el segundo de una familia de seis hijos, sin contar dos que murieron en la primera infancia [10]. Su relación con su hermano mayor, Sigmund, es de particular interés.

Sigmund Adler (su nombre judío era Simón) nació el 11 de agosto de 1868 en Rudolfsheim. Todos los testimonios confirman que era una persona muy inteligente y dotada, por lo que, según palabras de Phyllis Bottome, «Alfred Adler se sentía a sí mismo a la sombra del hermano mayor modelo, un verdadero «primogénito», al que siempre vio remontándose delante de él en una esfera que Alfred —a pesar de todos sus esfuerzos— nunca podría alcanzar. Ni siquiera al final de su vida había eliminado por completo este sentimiento». El éxito profesional de Sigmund tenía aún más mérito porque la vida había sido dura para él. Tuvo que abandonar la escuela antes de obtener su *Matura* debido al empobrecimiento de su familia, y se puso a trabajar, primero en los negocios de su padre y posteriormente en los suyos propios. Durante algún tiempo fue agente de ventas para los molinos de grano húngaros, pero luego se estableció en el ramo de bienes raíces. Así, pasado el tiempo se convirtió en un acomodado hombre de negocios y adquirió una fortuna que perdería, sin embargo, en la inflación de la posguerra. Uno de sus hijos relata que, por ser ciudadano húngaro, sirvió en el ejército de esta nación durante un año, que se casó en 1900, tuvo tres hijos, y en vista de la situación política emigró finalmente a los Estados Unidos, donde permaneció hasta su muerte [11]. Otro de sus hijos lo describe así:

> Sigmund era verdaderamente un hombre hecho a sí mismo, tenía una gran biblioteca y estaba orgulloso de sus amigos (de la clase media alta: médicos, abogados, etcétera)... Sus hijos aprendimos por medio de él (y de mamá) a apreciar las cosas más elevadas de la vida, la buena música, los buenos libros, los viajes y cosas semejantes. Era un buen jugador de ajedrez, y todos nosotros aprendimos a jugar con él, pero estaba casi siempre demasiado ocupado para jugar.
>
> En cuanto a su relación con Alfred, le respetaba mucho, tanto como doctor en medicina como en su calidad de psicólogo, y muy a menudo confiaba en su opinión cuando alguno de nosotros estaba enfermo. Posteriormente, cuando la fama de Alfred se extendió, hablaba de él con admiración y gran respeto siempre [12].

Según todos los testimonios, Sigmund Adler era un hombre íntegro, generoso en alto grado, que mantenía no sólo a su propia familia, sino también a su padre Leopold en su ancianidad y a muchos otros de sus parientes.

La rivalidad de Alfred con su hermano Sigmund parece haber desempeñado un papel importante en su vida. Como todos los muchachos, los

---

10 Según la tradición familiar, antes que Sigmund nació otro niño, Albert, que murió en seguida. No existe ningún registro de su existencia en los archivos de la comunidad judía de Viena ni en la Heimat-Rolle.

11 Carta del doctor Ernst T. Adler, de Berlín.

12 Extracto de una carta de Kurt F. Adler, de Kew Gardens, Nueva York.

dos luchaban entre sí, y según la tradición familiar, llegó un momento en que tuvieron la misma fuerza. También se ha dicho que si Alfred dejó su práctica general para especializarse en neuropsiquiatría fue por seguir el ejemplo de su hermano, que había dejado de ser agente de ventas por el negocio más lucrativo de los bienes reales. Como quiera que sea, siempre fueron buenos amigos, y fue a través de Sigmund como Alfred encontró y compró su maravillosa casa de campo de Salmannsdorf. Ambos emigraron a América y murieron de forma semejante: Alfred, de un ataque en una calle de Abardeen en 1937, y Sigmund, en una calle de Nueva York, veinte años más tarde, el 25 de febrero de 1957, a los ochenta y nueve de edad [13].

Después de Sigmund y Alfred vino el tercer hijo, Hermine, una niña, nacida en Rudolfsheim el 24 de octubre de 1871. Phyllis Bottome dice que era la hermana favorita de Alfred y que también le admiraba mucho. Su hijo escribe acerca de ella:

> Hermine, mi madre, tocaba el piano muy bien y era una buena lectora de música. Tenía una voz muy agradable, aunque poco educada. Solía cantar con Alfred, que también tocaba el piano, piezas para cuatro manos. Había una gran afinidad entre ellos, y todos su hijos, cuando nos casamos, llevamos a nuestra pareja para recibir la aprobación de Alfred [14].

Tras Hermine vino otro hermano, Rudolf, que nació en Penzing el 12 de mayo de 1873 y murió de difteria el 31 de enero de 1874 [15]. Como veremos, su nacimiento y muerte prematura fueron acontecimientos significativos en la infancia de Alfred.

La siguiente niña, Irma, nació en Penzing el 23 de noviembre de 1874. Su vida terminaría trágicamente en un campo de exterminio de Polonia en 1941. Se casó con el impresor Franz Fried y tuvieron un hijo, Walter.

Después de Irma vino Max, que nació en Leopoldstadt el 17 de marzo de 1877 [16]. A pesar de la difícil situación de la familia, pudo completar la escuela secundaria en el *Sperläum*, donde recibió su *Matura* en septiembre de 1896. Después estudió historia y lengua y literatura alemanas durante nueve semestres en la Universidad de Viena. Su tesis [17] fue aprobada en octubre de 1903, y recibió el doctorado en filosofía el 23 de junio de 1904 [18]. Trabajó fundamentalmente como periodista, escribiendo sobre

---

[13] Este detalle lo ha proporcionado Kurt F. Adler.

[14] De una carta de Ferdinand Ray.

[15] Estos datos han sido obtenidos en los archivos de la comunidad judía de Viena.

[16] No hay que confundir a este hermano de Alfred Adler con el famoso economista Max Adler.

[17] El título de su tesis fue: *Die Anfänge der merkantilistischen Gewerbepolitik in Oesterreich* («El comienzo de la política comercial mercantilista en Austria»).

[18] Datos obtenidos por el doctor H. Beckh-Widmanstetter en el archivo de la Universidad de Viena.

temas filosóficos, económicos y políticos. Vivió durante muchos años en Dresde, pero posteriormente se trasladó a Roma, donde murió el 5 de noviembre de 1968, a los noventa y un años de edad. Según Phyllis Bottome, «estaba muy envidioso y celoso del popular Alfred, y nunca se recuperó de este pensamiento. Adler le quería mucho, pero nunca consiguió ganar su afecto». Estos detalles deben ser tenidos en cuenta al referirse a la imagen que Alfred Adler dio de la personalidad del segundo hijo de una gran familia: siempre sometido a presión, trata de competir con el primogénito y a su vez le sigue el hermano menor en fuerte competencia.

El último hijo, Richard, nació en Währing el 21 de octubre de 1884. Durante su infancia parece que la situación económica de la familia era pésima, y su educación tuvo que ser sacrificada. Por otra parte, era, al parecer, el predilecto de la madre. Sentía una gran admiración por Alfred, el cual también le ayudó de todas las formas posibles. Como profesor de piano, afirmó aplicar los principios de psicología individual a la enseñanza de la música. Durante algún tiempo permaneció en la casa de campo que tenía Alfred en Salmannsdorf. Durante la Segunda Guerra Mundial trabajó cuidando el gran jardín de Alfred en Döbling, que todavía pertenecía a la familia [19]. Consiguió escapar a la persecución de los nazis y sobrevivir con su esposa Justine. Murió en enero de 1954 sin dejar descendencia.

La diferencia existente entre el ambiente social y familiar de Alfred Adler y Sigmund Freud guarda relación con la diferencia que se advierte entre sus respectivos sistemas psicológicos. La tradición imponía sus exigencias a los judíos procedentes de Galitzia, aun cuando hubieran perdido su fe religiosa. Aunque Freiberg fue para él el perdido paraíso de la primera infancia, Freud era un ciudadano austríaco con plenos derechos. Creció, sin embargo, en Leopoldstadt, suburbio densamente poblado de Viena donde se habían establecido los judíos menos favorecidos de la parte oriental del imperio, y donde había barriadas pobres con gran número de niños y mendigos, de modo que siempre se consideró miembro de un grupo minoritario. Como permaneció constantemente bajo los ojos vigilantes de sus padres y maestros, se sintió inclinado a resaltar sus relaciones de infancia con los padres más que con los hermanos y el grupo de muchachos de su edad. Más aún, fue el primogénito e hijo más querido de su madre, y sintió un gran antagonismo hacia su padre, lo que hizo que la situación de Edipo le resultara familiar.

En el caso de Adler, los hechos eran completamente distintos. La tradición no era tan importante para los judíos procedentes de las comunidades privilegiadas de Burgenland. Al haber nacido en Viena, Burgenland no tuvo para Adler la calidad de paraíso perdido; por el contrario,

[19] De una carta de la señora Justine Adler, de Viena.

fue incluso un inconveniente en su vida, porque no estaba registrado como austríaco, sino como húngaro, lo que le hacía miembro de un país cuya lengua no hablaba y le privaba de los numerosos privilegios concedidos en Viena únicamente a los austríacos. (Adquirió la ciudadanía austríaca en 1911). En contraste con Freud, pasó la mayor parte de su infancia en los arrabales (*Vororte*) de Viena [20], en lugares como Rudolfsheim, Penzing, Hernals y Währing, que habían conservado al menos en parte su carácter rural. No estaban muy densamente poblados; era característica en ellos la existencia de grandes zonas de terreno que habían sido compradas por los especuladores y dejadas en estado de abandono hasta que los precios subieran lo suficiente como para hacer un negocio sustancial. Estos lugares eran denominados comúnmente *Gstätten;* los pilluelos solían ir allí para divertirse. Así, Alfred pasó la mayor parte de su infancia en los «arrabales» de la ciudad, jugando o luchando con muchachos no judíos, muchos de los cuales pertenecían a las clases más inferiores. Obviamente, la vigilancia paterna no era tan estricta como en el caso de Freud. Todos los relatos de la vida de Adler hablan de sus escapadas y luchas con los muchachos de la calle. Esto le llevó necesariamente a resaltar, más que Freud, el papel del grupo de amigos y hermanos en el modelado de la personalidad. La constelación familiar era también muy distinta en ambos casos. Adler era el segundo hijo y se sentía rechazado por la madre pero protegido por el padre; habiendo experimentado, por tanto, la situación opuesta de Freud, no pudo aceptar la idea del complejo de Edipo. Es de destacar que, aunque era judío y extranjero en su propio país, nunca se sintió como perteneciente a una minoría; se veía a sí mismo como participante en la vida popular de la ciudad, y su conocimiento íntimo del dialecto vienés le permitió dar charlas públicas como hombre del pueblo. Es fácil de comprender, por tanto, que el concepto de sentimiento de comunidad se convirtiera en el punto central de su enseñanza.

Acontecimientos en la vida de Alfred Adler

Mientras que la dificultad de escribir acerca de Freud proviene de la superabundancia de material biográfico, con Adler, al igual que con Janet, ocurre exactamente lo contrario. Poseemos muy pocos datos autobiográ-

[20] El doctor Beckh-Widmanstetter llama la atención del autor hacia el hecho de que los vieneses distinguían claramente la «ciudad interior» *(innere Stadt)*, que era la ciudad antigua, histórica, rodeada de murallas que fueron demolidas en 1856, los «suburbios» *(Vorstädte)* de carácter urbano y protegidos por una barrera fortificada, y las «afueras» *(Vororte)*, lugares de carácter predominantemente rural, que fueron incorporados a la *Stadt* en 1890. Había mucha diferencia entre que un niño naciera en un *Vorort* o en una *Vorstadt*.

ficos suyos, aparte de los registrados por Phyllis Bottome. Existen, hasta el momento, cuatro biografías de Adler: Una, de Manes Sperber [21]; otra, de Hertha Ogler [22]; la tercera, de Phyllis Bottome [23], y la cuarta, de Carl Furtmüller, conocida únicamente por su traducción inglesa [24]. Phyllis Bottome dio también detalles de Adler en un libro de ensayos psicológicos y en el segundo volumen de su autobiografía [25]. Cualquiera que sea el mérito de estas publicaciones, la información que contienen está basada fundamentalmente en recuerdos y rumores y plagada de inexactitudes. De la abundante correspondencia de Adler se ha publicado escasamente media docena de cartas [26]. No se han recogido documentos y testimonios acerca de él, y tampoco existen películas o grabaciones de su voz. Recientemente, el Dr. H. Beckh-Widmanstetter, de Viena, ha emprendido una investigación sistemática basada en material de archivo, pero todavía no ha aparecido más que una pequeña parte de los datos reunidos. Su narración corta sobre la infancia y juventud de Adler está sin publicar [27]. El esbozo que presentamos a continuación está basado principalmente en la citada investigación del Dr. H. Beckh-Widmanstetter, completado con información verbal y escrita proporcionada por miembros de la familia [28].

Alfred Adler nació en Rudolfsheim el 7 de febrero de 1870, en la Hauptstrasse, en la esquina de Zollernsperggasse. En aquella época su casa natal, muy grande, estaba dividida en quince pequeños apartamentos; el edificio que la ha reemplazado se halla en el número 208 de la Mariahilferstrasse [29]. La casa estaba enfrente de la plaza del mercado (Central-Markt Platz). Al lado había una gran zona abierta (*Gstätte*) (actualmente, parque Gustav Jäger, con el Museo Técnico), donde jugaban

---

21 Manes Sperber, *Alfred Adler, der Mensch und seine Lehre*, Munich, Bergmann, 1926.

22 Hertha Ogler, *Alfred Adler, the Man and His Work*, Londres, The C. W. Daniel Co., 1939.

23 Phyllis Bottome, *Alfred Adler, Apostle of Freedom*, Londres, Faber and Faber, 1939.

24 Carl Furtmueller, «Alfred Adler, a Biographical Essay», en Heinz y Rowena Ansbacher, *Superiority and Social Interest*, Evanston, Northwestern University Press, 1964, págs. 330-376.

25 Phyllis Bottome, «Some Aspects of Adler's Life and Work», en *Not in Our Stars*, Londres, Faber and Faber, s. f., págs. 147-155, y *The Goal*, Nueva York, Vanguard Press, 1962.

26 Ver Alfred Adler, «Two letters to a Patient», *Journal of Individual Psychology*, XXII (1966), 112-116.

27 Hans Beckh-Widmanstetter, *Kindheit und Jugend Alfred Adlers bis zum Kontakt mit Sigmund Freud 1902*. Mecanografiada, sin publicar.

28 El autor desea expresar su agradecimiento al doctor Beckh-Widmanstetter, que le ayudó en sus investigaciones y puso generosamente a su disposición sus propios hallazgos.

29 Este detalle y la mayoría de los siguientes los ha proporcionado el doctor Beckh-Widmanstetter, procedentes de su investigación en los archivos.

los niños de la vecindad. Durante los siete primeros años de Alfred, la familia vivió en diversos lugares de Rudolfsheim y en el vecino Penzing. El niño se escapaba muchas veces para jugar con los chicos de la calle y llegaba a coger las flores de los jardines del castillo imperial de Schönbrunn, que no estaba lejos de Penzing. Aunque Alfred creía que había ido a la escuela pública de Penzing, en los archivos de la misma no se ha encontrado su nombre ni el de su hermano Sigmund. Posiblemente fuera a una escuela privada cuyos archivos no se han conservado. Un acontecimiento importante de aquel período fue el nacimiento de Rudolf, y su muerte unos días antes del cuarto cumpleaños de Alfred. Si hay que creer en sus primeros recuerdos, este suceso, combinado con una grave enfermedad infantil sufrida algún tiempo después, le inspiró el precoz deseo de hacerse médico.

Cuando Adler tenía siete años, la familia tuvo que trasladarse al suburbio judío de Leopoldstadt, donde vivió durante cuatro años. Es curioso que ninguno de los biógrafos de Adler haya mencionado esa estancia en Leopolsdstadt. Probablemente tenía recuerdos desagradables de aquellos años, y no quería analizarlos. Durante esa época, en 1879 (es decir, cuando tenía nueve años de edad), Alfred ingresó en el Communales Real- und Obergymnasium de la Sperlgasse, más conocido como Sperlgymnasium, o Sperläum, el mismo al que el joven Sigmund Freud había sido enviado catorce años antes, cuando tenía la misma edad. En el intervalo, sin embargo, las reglas de la escuela habían cambiado, exigiéndose una edad mínima (diez años) para el ingreso. El Dr. Beckh-Widmanstetter descubrió que la fecha de nacimiento de Alfred Adler, 1870, había sido corregida por una mano desconocida y transformada en 1869 en el *Klassenbuch* (registro de clase). Sabemos por los archivos de la escuela que el joven Alfred fue suspendido en su primer año y tuvo que repetirlo.

A mediados de 1881, la familia abandonó Leopoldstadt y se trasladó a Hernals, donde Alfred fue al Hernalser Gymnasium, situado en la calle del mismo nombre. Continuó asistiendo a la escuela cuando la familia se trasladó, una vez más, al *Vorort* vecino de Währing, hasta que cumplió los dieciocho años y recibió su *Matura*. Por desgracia, los archivos escolares fueron destruidos durante la ocupación aliada de Viena después de la Segunda Guerra Mundial. Por tanto, es imposible saber el tipo de alumno que fue Alfred Adler. Sí sabemos que recibió una excelente enseñanza, estudiando latín, griego y los clásicos alemanes que se enseñaban en aquella época.

Se ignora casi todo acerca de la adolescencia de Alfred fuera de la escuela. Según sus biógrafos, era un gran apasionado de la música, del canto y del teatro, y también un actor bastante bueno.

Tan pronto como terminó la enseñanza secundaria se matriculó en la Facultad de Medicina de Viena, en el semestre de invierno de 1888 a

1889. El Dr. Hans Beckh-Widmanstetter localizó el expediente académico completo de Adler en el archivo de la Facultad, del cual extraemos los siguientes detalles. Adler completó sus estudios de medicina en un tiempo normal, siguió únicamente los cursos obligatorios necesarios para pasar los exámenes y pasó sus tres *Rigorosa* con la nota de *genügend* (suficiente), que era la mínima para aprobar. Como en aquella época la psiquiatría no era una asignatura obligatoria, Adler no recibió ninguna enseñanza psiquiátrica; tampoco asistió a las clases del *Privatdozent* Sigmund Freud sobre la histeria. Sin embargo, en el sexto semestre siguió el curso de Krafft-Ebing sobre «Las enfermedades más importantes del sistema nervioso».

El expediente de Alfred Adler demuestra que los semestres quinto, sexto y séptimo fueron particularmente duros. Durante ellos asistió, entre otros a un curso de diez horas semanales, sobre cirugía, y a otro, también de diez horas semanales, sobre medicina, este último con el internista Nothnagel (cuya enseñanza incluía varias clases sobre enfermedades nerviosas orgánicas). Después del séptimo semestre, Adler superó su primer *Rigorosum* el 24 de marzo de 1892, y después cumplió los primeros seis meses del año de servicio militar obligatorio en el primero y cuarto Tyroler-Kaiserjäger-Regiment, desde el 1 de abril de 1892 hasta el 1 de octubre del mismo año.

Los siguientes semestres fueron también duros. En el noveno, asistió, entre otros, a un curso sobre patología del sistema nervioso con Solomon Stricker. En el décimo semestre siguió únicamente un curso de cirugía de diez horas semanales. Inmediatamente después superó su segundo *Rigorosum* el 22 de mayo de 1894, y esperó casi año y medio antes de presentarse al tercero.

Es probable que dedicara este tiempo a perfeccionar su medicina clínica. En aquellos días, incluso un joven médico que no deseara seguir una carrera docente o convertirse en especialista solía pasar dos o tres años, bien en el Hospital general o en la Poliklinik, para adquirir experiencia clínica. Consultando los archivos del Hospital general, Beckh-Widmanstetter halló que Alfred Adler no había tenido allí ningún empleo. Considerando que los puestos pagados estaban reservados para los ciudadanos austríacos, y siendo Adler húngaro, sólo podría haber realizado allí un trabajo voluntario, no remunerado. Encontramos su nombre, sin embargo, en la lista de los médicos jóvenes que trabajaron en la Poliklinik en 1895 y 1896. La Poliklinik vienesa, institución caritativa, había sido fundada en 1871, por iniciativa primordial de Moritz Benedikt, para prestar asistencia médica gratuita a las personas de la clase trabajadora en una época en que no existía seguridad social. El personal médico no percibía emolumentos. Para los médicos jóvenes era una oportunidad de adquirir experiencia clínica y también de encontrar futuros clientes.

Alfred Adler trabajó en 1895 en el Departamento de Oftalmología de la Poliklinik, con el profesor von Reuss. Es probable que conociera a Moritz Benedikt, que aplicaba tratamiento eléctrico a los pacientes de dicho Departamento.

Durante ese período pasó su tercer *Rigorosum* el 12 de noviembre de 1895, y recibió el título el 22 de noviembre de 1895. En 1896 volvió a trabajar en la Poliklinik, pero no debió hacerlo durante mucho tiempo, ya que desde el 1 de abril de 1896 hasta el 30 de septiembre del mismo año tuvo que completar su segundo semestre de servicio militar obligatorio en el Hospital Militar número 18 de Pressburg, en una unidad húngara, bajo su nombre magiar de Aladár Adler.

Se ha afirmado que realizó otros estudios como posgraduado, se dice que en patología, pero no ha sido posible encontrar ninguna prueba documental [30]. Si alguna vez trabajó en el Hospital general, debió haber sido con carácter voluntario, porque no hay huellas de ello.

Los años de su vida comprendidos entre 1896 y 1902 no están completamente documentados. Los relatos ofrecidos en sus biografías son cortos, muchas veces contradictorios, y están basados en rumores. No ha sido posible hasta el momento saber cuándo abrió su consulta. Según Carl Furtmüller, había mostrado un gran interés por el socialismo en sus días de estudiante, había asistido a reuniones políticas socialistas, aunque sin tomar parte activa, y en ellas había conocido a su futura esposa, Raissa Timofeyevna Epstein, que había ido a Viena a estudiar, ya que en aquella época no se permitía a las mujeres hacerlo en las universidades rusas. En realidad, las pruebas documentales revelan que ella estudió tres semestres en la Universidad de Zurich, en 1895 y 1896 [31], pero que nunca se matriculó en la de Viena, aunque fue a vivir a esa ciudad en 1897 [32].

El 23 de diciembre de 1897 Alfred Adler contrajo matrimonio con ella. Según los registros de la comunidad judía de Viena, Raissa había nacido en Moscú el 9 de noviembre de 1873 y era hija de un comerciante judío. El matrimonio se celebró en la comunidad judía de Smolensko. Después, los esposos se establecieron en el apartamento que los padres de Adler poseían en Eisengasse 22 (hoy Wilhelm-Exnerstrasse), trasladándose éstos a otro lugar.

---

[30] El doctor Beckh-Widmanstetter supone que Adler trabajó durante algún tiempo en el Departamento de Patología Experimental del profesor Solomon Stricker, el cual disponía de varios puestos para los ayudantes jóvenes y con el que habían trabajado anteriormente Wagner-Jauregg y Freud.

[31] Según datos obtenidos de los archivos de la Universidad de Zurich, Raissa Epstein estuvo matriculada allí durante el 17 de mayo de 1895 hasta el 2 de octubre de 1896, y siguió cursos de zoología, botánica y microscopía.

[32] Información obtenida de los archivos de la Universidad de Viena.

En 1898 destacan dos acontecimientos en su vida: el nacimiento del primogénito, una niña, Valentine Dina, el 5 de agosto de 1898, y la publicación del primer escrito de Adler, el *Libro de la salud del oficio de sastre* [33].

En 1899 abrió su nueva consulta en Czerningasse 7. Es probable que, como médico joven, le resultara difícil establecerse en la Eisengasse, situada en la vecindad de un barrio en el que tenían su consulta muchos distinguidos especialistas. Tenía mejores oportunidades en esta calle popular, no lejos del Prater.

Desde 1899 hasta 1902 carecemos de datos documentales, excepto del nacimiento de su hija Alexandra, el 24 de septiembre de 1901. Desde el 12 de agosto de 1902 hasta el 15 de septiembre del mismo año Adler cumplió treinta y cinco días de servicio militar con el 18 Regimiento de Infantería del Honved, el ejército de reserva húngaro. Dicho regimiento estaba compuesto fundamentalmente por soldados de habla alemana y acampaba en la ciudad de Oedenburg, en Burgenland [34].

En el mismo año Adler comenzó su colaboración con Heinrich Grün, editor de una nueva revista médica, la *Aerztliche Standeszeitung*. No se sabe qué tipo de acuerdo existía entre los dos hombres, pero una lectura atenta de dicha revista muestra que Heinrich Grün consideró obviamente a Adler como su principal colaborador.

Fue en este año crucial de 1902 cuando este último entró en relación con Freud. Se ha afirmado que la *Neue Freie Presse* publicó una crítica despectiva de *La interpretación de los sueños* y que inmediatamente Adler escribió una carta de protesta, que fue también publicada. Con ello despertó la atención de Freud, quien le dio las gracias con una tarjeta, invitándole a visitarle. De hecho, la *Neue Freie Presse* nunca publicó una crítica de *La interpretación de los sueños*, ni ningún otro artículo contra Freud, y no se sabe en qué circunstancias se conocieron los dos colegas [35].

En 1904 Adler se convirtió a la fe protestante. Según Phyllis Bottome, le molestaba el hecho de que la religión judía estuviera reservada para un grupo étnico y prefirió «compartir una deidad común con la fe universal del hombre» [36]. Fue bautizado el 17 de octubre de 1904, con sus hijas Valentine y Alexandra, pero sin Raissa, en la iglesia protestante de la Dorotheergasse [37].

---

[33] Ver págs. 675-677.

[34] En 1919, tras la dislocación de la monarquía austro-húngara, el Burgenland, provincia húngara de habla alemana, fue unida a Austria, pero su parte sur, con la ciudad de Oedenburg, ahora Sopron, siguió perteneciendo a Hungría.

[35] A pesar de la exhaustiva investigación realizada, no se ha encontrado rastro alguno en ningún periódico vienés de un artículo despectivo contra Freud, al que siguiera una respuesta de Adler. El *Neue Freie Presse*, que era el diario de Freud, publicó recensiones de libros o notas suyos en diversas ocasiones.

[36] Phyllis Bottome, *Alfred Adler, Apostle of Freedom*, Londres, Faber and Faber, 1939, pág. 65.

[37] Datos obtenidos de la Heimat-Rolle.

Desde 1902 hasta 1911 perteneció al círculo psicoanalítico que —contándole a él como uno de los cuatro primeros miembros— crecía lentamente alrededor de Freud. Hasta 1904 prosiguió su colaboración en la revista de Heinrich Grün. Pero a partir de 1905 escribió varios artículos orientados psicoanalíticamente para publicaciones médicas y pedagógicas. Sus actividades en las reuniones de las tardes de los miércoles de Freud nos son conocidas gracias a las actas de la Sociedad Psicoanalítica Vienesa, que resumía las conferencias que daba allí y sus intervenciones en las discusiones. Parece ser que era el miembro más activo del círculo, y que Freud le tenía en gran estima durante esos primeros años [38]. En 1907 aparecieron sus *Estudios sobre la inferioridad de los órganos,* obra que fue considerada como un complemento fisiológico de la teoría psicoanalítica y bien conceptuada por Freud. En la primera reunión psicoanalítica internacional, celebrada en Salzburgo el 26 de abril de 1908, Adler leyó un trabajo sobre «El sadismo en la vida y la neurosis». Fue el presidente y uno de los principales participantes en la discusión sobre el suicidio infantil celebrada en la Sociedad en abril de 1910, que posteriormente fue publicada. En octubre de 1910, después del traslado de la Sociedad a sus nuevos locales, Adler fue elegido presidente y Stekel vice-presidente.

Mientras tanto, ocurrieron algunos cambios en su vida. Su familia había crecido con el nacimiento de Kurt, el 25 de febrero de 1905, y de Cornelia (Nelly), el 18 de octubre de 1909. Se trasladó de la Czerningasse a una zona más residencial de la ciudad, tomando un gran apartamento en Dominikanerbastei 10 [39]. Se especializó además como *Nervenarzt,* aunque parece que durante algún tiempo todavía fue llamado como consultor de temas de medicina general. En 1911 adquirió la ciudadanía austríaca [40].

Al mismo tiempo se hizo cada vez más claro que su punto de vista sobre las neurosis difería del de Freud. Sus obras ya no se podían considerar como complementos del psicoanálisis, ya que contradecían las hipótesis básicas de Freud. No obstante, cuando se examinó el tema de la organización de la Sociedad Psicoanalítica Vienesa, Freud le recomendó como presidente, y como director de la recientemente fundada *Zentralblatt,* conjuntamente con Stekel. Pero poco después, las divergencias entre sus puntos de vista y los de Freud se hicieron tan agudas que éste consideró necesario dedicar varias sesiones a su clarificación. El 4 de enero de 1911 y el 1 de febrero del mismo año, Adler leyó dos trabajos, uno sobre «Problemas del psicoanálisis» y el otro sobre la «Protesta masculina». Entre el 8 y el 22 de febrero tuvieron lugar animadas discusiones,

38 Ernest Jones, *The Life and Work of Sigmund Freud,* II, págs. 130-131.

39 Según la tradición familiar, la familia Adler se trasladó a Dominikanerbastei en octubre o noviembre de 1908. Según la Heimat-Rolle, en 1910 vivía todavía en Czerningasse.

40 Información proporcionada por el doctor Beckh-Widmanstetter.

y fue Stekel el único que mantuvo la inexistencia de una contradicción entre ambos puntos de vista. Pero al término de la sesión de febrero, Adler y Stekel renunciaron a sus puestos de presidente y vicepresidente, respectivamente, de la Sociedad. Después de intentar vanamente una reconciliación, Adler la abandonó junto con su amigo Furtmüller y algunos otros.

Con los seis miembros que habían renunciado al mismo tiempo que él y algunos otros, Adler fundó un nuevo grupo, la *Sociedad de Psicoanálisis Libre,* que poco después fue denominada *Sociedad de Psicología Individual.*

Parece ser que durante estas largas discusiones con el grupo psicoanalítico, Adler había tomado nueva conciencia de la originalidad de su pensamiento. Precisamente en aquella época apareció el famoso libro de Hans Vaihinger, *La filosofía del como si,* que impresionó mucho a Adler y le proporcionó una nueva estructura conceptual para su propio sistema.

Mientras que Freud se reunía con sus discípulos primero en su apartamento y luego en los locales de una asociación médica, Adler prefería hacerlo con sus seguidores en uno de los cafés vieneses. Alguno de sus adversarios consideró el procedimiento poco decoroso, a pesar de que las discusiones eran más serias que la charla usual que tenía lugar en los cafés. Durante este tiempo Adler fue remodelando su sistema y organizando su propia escuela. En 1912 le fue editado su segundo libro, *El carácter nervioso,* e inició la publicación de una serie de monografías. En 1913 y 1914 publicó numerosos trabajos sobre las neurosis y temas afines. Posteriormente fundó, con Carl Furtmüller, la *Zeitschrift für Individual-Psychologie* (*Revista de Psicología Individual*). Un volumen colectivo, *Heilen und Bilden* (*Salud y educación*), que contenía varios de sus antiguos trabajos, junto con otros nuevos suyos y de sus seguidores, se convirtió en libro de texto de la psicología individual. Adler tenía ahora pacientes, no sólo de las clases baja y media, sino también de la clase alta. Entre ellos se encontraba el revolucionario ruso Yoffe, amigo de Trotski. (Trotski vivió en Viena desde 1907 hasta julio de 1914; su esposa era amiga de Raissa Adler)[41].

Adler, como hemos visto, había solicitado en julio de 1912 el nombramiento de *Privatdozent.* La respuesta le llegó en enero de 1915. No se sabe el porqué de esta dilación tan extraordinariamente larga. El informe acerca de su candidatura fue escrito por Wagner-Jauregg (quien, casualmente, había presidido el tercer *Rigorosum* del propio Adler y la ceremonia en que éste recibió su título).

[41] Léon Trotsky, *Ma Vie,* Maurice Parijanine, trad., París, Gallimard, 1953, páginas 230-231, 285; I, Deutscher, *The Prophet Armed, Trotzky: 1879-1921* Londres, Oxford University Press, 1954, pág. 193.

La parte de este informe dedicada a los méritos académicos del solicitante es sorprendentemente corta: «Según él, trabajó durante los cuatro años siguientes a la obtención de su título en el Hospital General de Viena y en la *Poliklinik* en los campos de la psiquiatría, medicina interna y oftalmología, sin aclarar en qué institutos ni en qué puestos». Esta forma ligera de expresarse parece indicar que Wagner-Jauregg no estaba muy convencido de la realidad de las afirmaciones de Adler. En todo caso, en su informe afirma que los dos libros y los numerosos artículos de Adler destacan de los trabajos científicos del resto de los candidatos, sin excepción alguna, por una característica importante: los demás candidatos han presentado trabajos acerca de su investigación en el campo de la histología, la anatomía o la fisiología experimental del sistema nervioso, o bien investigaciones clínicas sobre los síntomas y etiología de las enfermedades nerviosas, mientras que en los trabajos de Alfred Adler no hay nada de eso. Da únicamente «explicaciones de naturaleza puramente especulativa». Adler, que pertenecía a la escuela psicoanalítica, había permanecido, pues, fiel a su método, si no a sus enseñanzas. Era la primera vez que un seguidor de dicha escuela solicitaba el puesto de *Privatdozent* y por esa razón era muy importante que el *Professorenkollegium* tomara postura.

Wagner-Jauregg consideraba la teoría adleriana de la inferioridad orgánica «interesante y razonable» (*ansprechend und vernünftig*), dado que tal condición entraña un incremento funcional y quizá una neurosis, pero juzga demasiado general la concepción de órgano, ya que incluye sistemas completos, lo que dificulta su exactitud.

En cuanto a *El carácter nervioso*, critica la amplia definición que hace Adler de las neurosis y su concepto puramente psicogenético de su etiología. En relación con sus conceptos del «fin ficticio» y de la «protesta masculina», Adler presenta historias clínicas que se explican por las teorías que tratan de probar. Wagner-Jauregg no toma en serio el método psicoanalítico y critica otras teorías, algunas de las cuales juzga «tan grotescas como las de Freud».

¿Puede la obra de Adler ser denominada científica?, se pregunta. El arma principal de Adler es la intuición, y su única prueba son sus convicciones. Los trabajos de Adler son «ingeniosos» (*geistreich*), pero para un científico es peligroso ser únicamente ingenioso. La imaginación debe ser controlada por la crítica. Esto lleva a preguntarse: «¿Es aconsejable enseñar en la Facultad de Medicina lo que Adler va a enseñar?» Es de suponer que nunca enseñará otra cosa. «Por tanto, mi respuesta debe ser un *no* definitivo», concluye Wagner-Jauregg [42].

Después de este informe, el *Professorenkollegium* rechazó únánimemente la candidatura de Adler.

Leyendo el informe de Wagner-Jauregg, no se puede por menos de pensar que su crítica de Adler estaba dirigida sobre todo a Freud, que es mencionado varias veces. Para Adler, supuso una grave decepción. Se ha dicho que la causa de su tropiezo fueron sus opiniones socialistas, pero ello es improbable. Incidentalmente, el folleto de Adler sobre la profesión de sastre y sus primeras publicaciones sobre medicina social no son mencionadas en ningún pasaje del informe de Wagner-Jauregg.

[42] Este documento ha sido descubierto en los archivos de la Facultad de Medicina de Viena y publicado por Hans Beckh-Widmanstetter, «Zur Geschichte der Individualpsychologie», *Unsere Heimat*, XXXVI (1965), 182-188.

Mientras tanto había estallado la Primera Guerra Mundial. En medio de la tragedia general, Adler tenía sus propias penas privadas. Su mujer había ido de vacaciones a Rusia con los cuatro niños, y cuando él le envió un telegrama urgiéndole regresar a Viena, ella no se dio cuenta de la seriedad de la situación, pospuso la vuelta y fue detenida. Hubieron de transcurrir varios meses de arduas negociaciones para conseguir que saliera de Rusia y volviese a Viena atravesando Suecia y Alemania. Adler, que tenía cuarenta y cuatro años, no había sido movilizado, ya que había quedado libre del servicio militar en diciembre de 1912. Pero en 1916 la situación militar empeoró en Austria-Hungría y se revisaron las normas, de modo que muchos hombres que de otro modo habrían estado exentos fueron llamados a filas. Adler fue enviado como médico del ejército a la sección neuropsiquiátrica del Hospital militar de Semmering. En su autobiografía, Stekel menciona que trabajó en la misma sección en que Adler le había precedido; nos dice también que éste hizo un excelente trabajo, que sus exploraciones eran completas y sus historias clínicas impecables, y que era un médico modelo [43]. Posteriormente Adler fue trasladado a la sección neuropsiquiátrica del Hospital Garrison núm. 15 de Cracovia. El traslado de un médico del ejército que no tenía grado en el mismo a un Hospital Militar de una ciudad universitaria era bastante extraño, y se ha insinuado que sólo pudo ser posible por influencias muy altas [44]. Lo único que conocemos de su estancia en Cracovia es la mención de una conferencia sobre neurosis de guerra pronunciada ante una reunión de médicos del ejército en noviembre de 1916 [45].

No se sabe exactamente el tiempo que Adler trabajó allí, pero sí que, en noviembre de 1917, fue trasladado al Hospital Militar de Grinzing y durante algún tiempo estuvo al cuidado de pacientes tíficos. Su presencia en Suiza antes de la terminación de la guerra se conoce por una postal; se ha supuesto que fue allí para acompañar un convoy de prisioneros heridos o enfermos.

La derrota de Austria-Hungría dio lugar a un largo período de miseria total en Viena. Había hambre, faltaba el combustible, las calles estaban a oscuras, se declararon varias epidemias y escaseaban los medicamentos. Muchas personas estaban arruinadas, tanto los ricos como los pobres habían perdido su fortuna y sus ahorros, y las familias permanecían desorganizadas porque miles de hombres seguían retenidos como prisioneros en otros países, sin poder dar señales de vida. La propaganda

[43] Wilhelm Stekel, *The Autobiography of Wilhelm Stekel: The Life History of a Pioneer psychoanalyst*, Emil A. Gutheil, ed. Introducción por Hilda Stekel, Nueva York, Liveright Publishing Corporation, 1950, pág. 158.

[44] El doctor Beckh-Widmanstetter señala que entre los pacientes de Adler se encontraba la esposa de un general perteneciente a los más altos círculos militares.

[45] Alfred Adler, «Die neuen Gesichtspunkte in der Frage der Kriegsneurose», *Medizinische Klinik*, XIV (1918), 66-70.

revolucionaria se extendía entre los soldados que regresaban del frente y entre los trabajadores. La delincuencia juvenil crecía de día en día. Inundaba a los vieneses un sentimiento de depresión: habían sido el centro de un poderoso imperio y ya no eran más que el centro hipertrofiado de una pequeña república sin recursos.

En aquellos tiempos de miseria y depresión generales, las opiniones socialistas de Adler resurgieron, aunque de forma original y renovada, como acreditan tres publicaciones que aparecieron en 1918 y 1919.

Tres meses antes del colapso austríaco, en julio de 1918, el periódico suizo *Internationale Rundschau* publicó una corta nota con el título: «Un psiquíatra sobre la psicosis de guerra» y la firma A. A., que casi con seguridad pertenecía a Alfred Adler.

El autor destaca la paradoja de las personas corrientes que marchan a la guerra con grandes muestras de entusiasmo para soportar tantos sufrimientos por una causa que no es la suya. La respuesta es que actúan de tal forma para escapar al perturbador sentimiento de su debilidad [46].

En diciembre de 1918, el mismo periódico publicó un artículo titulado «Bolchevismo y psicología», esta vez con la firma completa de Adler.

«Hemos perdido nuestro dominio sobre otros pueblos y vemos sin envidia ni rencor cómo los checos, los eslavos del sur, los húngaros, los polacos, los rutenios, aumentan su fuerza y despiertan a una nueva vida independiente... Nunca fuimos más miserables que cuando estábamos en la cúspide de nuestro poder... Estamos más próximos a esa verdad que los vencedores». El autor añade que los socialistas habían sido hasta entonces los únicos en afirmar que la vida pacífica en común es el fin supremo de la sociedad. Ahora —agrega— los bolcheviques han alcanzado el poder y proclaman que lo utilizarán para el bien de la humanidad. La ideología comunista parece idéntica a la del socialismo, pero hay una diferencia esencial: que el poder de los primeros está basado y mantenido por la violencia. La violencia provoca la contraviolencia: «Otros se están preparando ya para extender su ofensiva contra el bolchevismo bajo una marea de slogans morales encaminados a la conquista y sumisión de Europa» [47].

Su tercer escrito fue un folleto, *El otro lado*, en el que esbozó sumariamente los acontecimientos de los cinco años precedentes, tratando de sacar de ellos una enseñanza moral.

Antes de la guerra, toda la población estaba intoxicada por la instrucción y la propaganda militaristas, de modo que cuando se rompieron las hostilidades se dejó llevar a ciegas, con la mente envenenada. El esperado levantamiento no se produjo, pero hubo cada vez más hombres que trataron de escapar al deber de combatir, y fueron frecuentes los conflictos entre los médicos militares y comisiones encargadas

[46] A. A., «Ein Psychiater über die Kriegspsychose», *Internationale Rundschau*, IV (1918), 362.

[47] Alfred Adler, «Bolschevismus und Seelenkunde», *Internationale Rundschau*, IV (1918), 597-600.

de devolver a los hombres al frente. Los intentos de deserción en masa durante la ofensiva de Rusia fueron severamente controlados por la policía militar. El único medio que quedaba era la resistencia masiva secreta, y cuando vino el colapso la gente se regocijó porque había ganado su libertad, dándose cuenta de que su verdadero enemigo, la clase dirigente, estaba derrotado. Ahora era el momento de que los dirigentes, los acaparadores, los jueces y médicos sádicos, los periodistas, los escritores, incluso ciertos científicos, respondieran de sus actos. Pero, ¿qué decir del entusiasmo de las masas al comienzo de la guerra y de los numerosos voluntarios? Muchos de estos últimos habían ido a la guerra por sentirse insatisfechos de su posición o de su vida familiar. Ellos fueron los que más rápidamente se sintieron desencantados. Sin embargo, no eran responsables de su actitud del comienzo; desprovistos de medios para valorar la situación, habían sido engañados completamente por sus dirigentes. Adler explicaba a continuación que, al no haber ninguna salida, la única salvación era luchar bajo la bandera del opresor. Incidentalmente, esto es lo que varios años más tarde denominarían los psicoanalistas «identificación con el enemigo» [48].

Tras la derrota de Austria y la revolución social subsiguiente, los socialdemócratas alcanzaron el poder en Viena. A pesar de los problemas económicos, emprendieron un programa de bienestar social: la construcción de casas de renta limitada para los trabajadores, la creación de dispensarios médicos y la reforma educativa se convirtieron en el eje de su programa. El nuevo ministro de Educación, Otto Glöckel, antiguo profesor, promovió la aplicación de un nuevo sistema educativo basado en principios democráticos y en el respeto a las necesidades individuales de los niños [49]. Se aplicaron audaces métodos en varias escuelas experimentales, con lo que, durante una docena de años, Viena fue una especie de meca para los modernos pedagogos [50]. Esta situación dio a Adler una oportunidad dorada de proceder a la materialización de sus propias ideas. En 1920 comenzó la fundación y desarrollo gradual de las instituciones previstas (consultas para profesores, consultas médico-pedagógicas, jardines de infancia y escuelas experimentales), que describiremos después con más detalle [51].

En su segundo artículo del *Internationale Rundschau*, Adler había hablado de «antiguos amigos» que entonces se hallaban en el poder (referencia clara a Trotski y Yoffe). Se negó, sin embargo, a intervenir en la actividad política como militante. Según Furtmüller, únicamente fue a una reunión comunista. Aunque todavía escribió de forma ocasional para el *Arbeiter Zeitung*, hacía mucho que había dejado de ser miembro

[48] Alfred Adler, *Die andere Seite: eine massenpsychologische Studie über die Schuld des Volkes*, Viena, Leopold Heidrich, 1919.

[49] Las ideas acerca de la reforma escolar fueron reunidas en un folleto. Otto Glöckel, *Drillschule, Lernschule, Arbeitsschule*, Viena, Verlag der Organisation Wien der sozial-demokratischen Partei, 1928.

[50] Ver Robert Dottrens, *The New Education in Austria*, Paul L. Dengler, ed. Nueva York, John Day, 1930.

[51] Ver págs. 701-703.

del partido socialdemócrata —para irritación de algunos de sus antiguos compañeros— y proclamó que la necesidad más apremiante de la humanidad era la reforma y extensión de la educación a tenor de los puntos de vista de la psicología individual. En 1920 organizó su primera consulta para profesores. Éstos debían reunirse con él o sus colaboradores para discutir problemas relativos a los niños difíciles de sus clases.

A partir de este momento, la vida de Adler se identificó cada vez más con el desarrollo y la historia de la psicología individual.

La publicación de la *Zeitschrift für Individualpsychologie,* que había estado suspendida durante la guerra, se reanudó en 1923 bajo el nombre de *Internationale Zeitschrift für Individual-Psychologie* (*Revista Internacional de Psicología Individual*), ahora con informes de diversos grupos adlerianos extendidos por Europa y Norteamérica. En el mismo año, Adler dio algunas conferencias en Inglaterra y leyó un trabajo en el Congreso Internacional de Psicología celebrado en Oxford. En 1924 fue nombrado profesor del Instituto Pedagógico de la ciudad de Viena, y a sus cursos asistieron numerosos maestros. En 1926 apareció un gran libro de texto de 864 páginas en el que, y bajo la dirección de Erwin Wexberg, se exponían todos los aspectos posibles de la psicología individual [52].

El año 1926 fue de gran actividad. En él, Adler publicó numerosos trabajos y comenzó la edición de una colección de monografías escritas por algunos de sus seguidores [53]. Dedicó cada vez más tiempo a los viajes profesionales, que ahora extendió hasta los Estados Unidos. Explicó asimismo sus ideas en entrevistas concedidas a algunos periodistas de forma ocasional [54].

La situación social y económica mejoró notablemente en Austria, y Adler recuperó en parte su prosperidad. El 9 de septiembre de 1927 compró una casa de campo en Salmannsdorf, pueblecito situado en el extremo noroeste de la ciudad. Era una casa grande, con un maravilloso jardín y un huerto, que tenía una vista magnífica de los bosques vieneses. Adler solía pasar en ella los domingos y las vacaciones de verano, y allí recibía a sus amigos, que acudían en gran número. Del 19 al 23 de octubre de ese año participó en el Simposio de Wittenberg, celebrado en el Wittenberg College, Springfield, Ohio, junto con gran número de eminentes psicólogos americanos y europeos. Ese mismo año apareció el tercer libro importante de Adler, *Menschenkenntnis* (*Comprensión de la naturaleza humana*), que da una imagen clara de sus enseñanzas.

---

[52] Erwin Wexberg, *Handbuch der Individual-Psychologie,* Munich, Bergmann, 1926.

[53] Alfred Adler, L. Seif, O. Kaus, eds., *Individuum und Gemeinschaft: Schriften für Individualpsychologie,* Munich, Bergmann, s. f.

[54] Entrevistas publicadas en el *New York Times,* 20 de septiembre de 1925, sec. 9, pág. 12; el *New York World,* 26 de diciembre de 1926, sec. E, pág. 3, y sobre todo, «A Doctor Remakes Education», *Graphic Survey,* LVIII (1 de septiembre de 1927), 490-495 y sigs.

Gradualmente, empezó a pasar la mayor parte de su tiempo en los Estados Unidos. Solía permanecer durante el verano, con su familia, en Viena, donde proseguía sus actividades ya establecidas, y después regresaba a América para pasar allí el resto del año, por lo general después de pronunciar algunas conferencias en otros países europeos. En 1929 fue nombrado director médico del Mariahilfe Ambulatorium, de Viena, que tenía una clínica ambulatorio para el tratamiento de las neurosis. También dio lecciones en los cursos de Extensión Universitaria de la Universidad de Columbia, en Nueva York, en la sesión de primavera de 1929 y en la de invierno de 1930 a 1931.

Por decisión del Ayuntamiento de la ciudad, el 11 de julio de 1930 recibió el título de Ciudadano de Viena «en reconocimiento de los grandes méritos que ha adquirido en la ciencia y con ocasión de su sesenta cumpleaños» [55]. Con este motivo se celebró una ceremonia bajo la dirección del alcalde Karl Seitz [56]. Phyllis Bottome relata que el alcalde le calificó de digno discípulo de Freud, torpeza de la que Adler se resintió profundamente. Según el mismo biógrafo, en Nueva York ocurrió ese mismo año otro incidente penoso: sin que él lo supiera, un admirador le propuso para el cargo de profesor titular de la Universidad de Columbia, lo que las autoridades docentes consideraron prematuro. Adler tuvo conocimiento del incidente, se irritó y renunció a su puesto. En 1932 comenzó a enseñar en la Facultad de Medicina de Long Island. En aquella época se enfrentaba con otra serie de problemas, porque algunos de sus seguidores izquierdistas mantenían persistentemente que la psicología individual no era sino una consecuencia del marxismo.

En 1934 fue suprimido el partido socialdemócrata en Austria. La amenaza nazi era cada vez más ominosa. Adler había adivinado la catástrofe que pronto se extendería por Europa, y pensó que el futuro de la psicología individual dependía de su implantación en Norteamérica. Fundó entonces el *Journal for Individual Psychology*, el primero de este tipo en idioma inglés. Adler se estableció en los Estados Unidos, y fue atacado por una grave enfermedad. Cuando se creía que estaba en el lecho de muerte, su esposa llegó de Viena con su hija Alexandra para cuidarle. Se recuperó, sin embargo, y a partir de entonces la familia hizo de Estados Unidos su hogar.

Después de largas negociaciones, la casa de Salmannsdorf fue vendida el 24 de febrero de 1937 [57]. Adler se había comprometido a desarrollar

[55] El título concedido a Adler no fue el de Ciudadano Honorario de Viena, como informó erróneamente Phyllis Bottome, sino el de Ciudadano de Viena. Era un título puramente honorario, sin ningún derecho político ni de otro tipo.

[56] Información proporcionada por el Departamento de Archivos de la ciudad de Viena. No ha sido posible hallar el texto del discurso del alcalde, que al parecer no se registró oficialmente.

[57] Los datos acerca de la compra y venta de la casa de Salmannsdorf nos han

un programa de lecturas y conferencias en Inglaterra desde el 24 de mayo de 1937 hasta el 2 de agosto del mismo año, aunque se sentía muy angustiado por su hija mayor, Valentine, que había desaparecido en Rusia. En camino hacia Inglaterra, pronunció una conferencia en La Haya, Holanda, para la Asociación de Estudio del Niño. Esa misma noche, tuvo que llamar a su amigo el Dr. Joost Meerloo para decirle que había tenido un dolor, probablemente una angina de pecho. El Dr. Meerloo llegó con un cardiólogo. El dolor había desaparecido, pero el especialista recomendó un examen cardiológico completo y un período de descanso [58]. Adler, sin embargo, partió al día siguiente para Inglaterra. Al cuarto día de viaje sufrió un colapso en Aberdeen, en Union Street, en la mañana del viernes 28 de mayo de 1937, y murió en la ambulancia de la policía que le llevaba al hospital. A propuesta de la Universidad de Aberdeen se celebró un servicio fúnebre en la capilla del King's College el 1 de junio, en presencia de algunos miembros de su familia y de representantes del Ayuntamiento, la Universidad y las sociedades científicas. Sus restos fueron trasladados a Edimburgo, donde fueron incinerados en el Crematorio Warriston. Se celebró un servicio religioso y el Dr. Ronge, del grupo psicológico individual holandés, leyó una oración fúnebre en alemán [59].

La personalidad de Alfred Adler

Es difícil hacer una valoración de la verdadera personalidad de Alfred Adler, a la vista de las opiniones contradictorias de sus contemporáneos y de los cambios que sufrió aquélla a lo largo de su vida.

Nuestros datos más antiguos muestran a un niño enfermizo, inhibido por su brillante hermano mayor, y después a un estudiante no demasiado brillante. Aún más tarde, le vemos como un ardiente socialista y un joven y experimentado médico interesado por la medicina social. Las descripciones de Adler durante su asociación con Freud le presentan como una persona activa pero muy sensible y quisquillosa. El Dr. Alphonse Maeder, que trató con él en Nuremberg en marzo de 1910, escribe lo siguiente:

> Después de que hubo leído mi informe, Adler vino hacia mí y, cogiéndome los botones del chaleco, uno tras otro, comenzó a explicarme sus ideas. Quería ganarme para sus teorías... Había algo desagradable en sus maneras... Era bastante peculiar, nada agradable, y carecía de todo atractivo [60].

---

sido proporcionados amablemente por su propietario actual, señor Manfred Reiffenstein.

[58] Comunicación personal del doctor Joost Meerloo.

[59] Datos proporcionados amablemente por Marcus K. Milne, bibliotecario de la ciudad de Aberdeen, y C. S. Minto bibliotecario de la ciudad de Edimburgo.

[60] Doctor Alphonse Maeder, comunicación personal.

Parece ser que los acontecimientos de la guerra provocaron una destacada metamorfosis en él, que Jones caracterizó como sigue:

> Mi propia impresión de Adler fue la de una persona morosa y avinagrada cuya conducta oscilaba entre la pugnacidad y el descontento. Era evidentemente muy ambicioso y constantemente discutía con los demás acerca de cuestiones de prioridad de sus ideas. Cuando le volví a encontrar muchos años después, sin embargo, observé que el éxito le había proporcionado una cierta benignidad, de la que había muy pocas señales en sus años anteriores [61].

Poco a poco se había convertido en el apóstol de un ideal que para él era la única salvación del mundo y por cuya propagación se desgastó fatalmente.

Algunos psicólogos individuales han tratado muchas veces de comprender a Adler mediante su propio método, es decir, interpretando sus primeros recuerdos y analizando su inserción en la constelación familiar.

> En uno de mis primeros recuerdos estoy sentado en un banco, vendado debido al raquitismo, con mi hermano mayor sano sentado enfrente de mí. Él podía correr, saltar y moverse sin ningún esfuerzo, mientras que, para mí, cualquier movimiento era una fatiga y un esfuerzo. Todos se tomaban grandes molestias para ayudarme, y mis padres hacían todo lo que podían. En la época de este recuerdo debía tener unos dos años [62].

Estos primeros recuerdos son sin duda característicos. El raquitismo representa la experiencia de inferioridad orgánica, que después erigiría temporalmente en el centro de su sistema psicológico. El retrato del niño inerme, inmovilizado, es una ilustración de la tendencia del hombre al movimiento, elemento básico en la enseñanza de Adler. La gran rivalidad con su hermano mayor constituye la primera explicación de la idea de la posición en la serie de hermanos. La imagen del niño rodeado por las otras personas que tratan de ayudarle es una versión precoz de su descripción del estilo de vida del neurótico.

Otro recuerdo precoz fue el del nacimiento y muerte de un hermano pequeño, que acaparó parte de la atención que él, cómo niño enfermo, había recibido de su madre. La temprana captación de la realidad de la muerte fue reforzada un año más tarde, cuando casi sucumbió él mismo debido a una neumonía. Nació así su decisión de hacerse médico, es decir, de desafiar a la muerte.

Un incidente escolar ocurrido cuando tenía ocho o nueve años es de mención obligada. Alfred era un completo fracaso en matemáticas. Un día, el maestro puso un problema que nadie de la clase pudo resolver.

---

61 Ernest Jones, *The Life and Work of Sigmund Freud*, II, Nueva York, Basic Books, 1955, pág. 130.

62 Phyllis Bottome, *Alfred Adler, Apostle of Freedom*, Londres, Faber and Faber, 1939, pág. 30.

El joven Alfred sintió que tenía la solución correcta y halló el valor suficiente para ir a la pizarra y escribirla, ante la gran sorpresa de todos los presentes. A partir de aquel día se dio cuenta de que podía ser tan bueno como cualquiera en matemáticas y se distinguió en esa materia. (En la versión que da Phyllis Bottome de la historia, el propio profesor tampoco pudo hallar la solución, y después de su hazaña Alfred se convirtió en un «prodigio matemático»).

En cuanto a la constelación familiar, ya hemos citado que la relación de Alfred con sus padres era inversa a la «situación de Edipo» de Freud. Su madre era el rival contra el que ejercitaba su fuerza, situación que no carece de analogías con su posterior rivalidad con su esposa. ¿No revivió también posteriormente su posición de segundogénito entre un hermano mayor muy brillante y otro más joven muy competitivo, cuando se encontró situado entre Sigmund Freud y Carl Gustav Jung?

Alfred Adler era un hombre bajo, fornido, al que no se podía llamar bien parecido. Tenía una cabeza grande, redonda, una frente enorme y una boca muy ancha. No llevaba barba, pero sí un gran bigote negro, que se afeitó en los últimos años. Sus ojos han sido muy admirados debido a sus cambiantes expresiones, en ocasiones velados y distraídos, otras veces penetrantes. Era un hombre de fuertes emociones, gran actividad y mente rápida. Generalmente dominaba sus emociones, pero a veces se mostraba hipersensible. El rechazo de su solicitud como *Privatdozent* fue una herida que le duró toda la vida, como también el incidente posterior en la Universidad de Columbia y la torpeza del alcalde de Viena.

Como ya se ha dicho, había recibido una educación clásica, que incluía el estudio del griego y latín y de los autores alemanes y había leído además mucho, pero desdeñaba todo despliegue innecesario de erudición. Sus autores favoritos eran, entre los clásicos, Homero, Shakespeare, Goethe, Schiller, Heine y los poetas austríacos Grillparzer y Nestroy; y entre los modernos, Dostoievski y otros novelistas rusos[63]. Le gustaba en particular la novela de Vischer, *Auch Einer*, cuyo delicioso humor era muy parecido al suyo propio.

Sus deportes favoritos eran la natación, la marcha a pie y la escalada, que tuvo que abandonar posteriormente debido a sus alteraciones cardíacas. Tenía casi sesenta años cuando aprendió a conducir, pero nunca fue un buen conductor. Poseía un gran talento para la música, el canto y la representación. Cantaba extraordinariamente bien. Durante su adolescencia y los primeros años de vida adulta iba muchas veces a conciertos y representaciones teatrales. Posteriormente en sus años solitarios en Nueva York, su único pasatiempo era frecuentar las salas de cine.

---

[63] Información personal de la doctora Alexandra Adler.

Adler no era un conversador brillante, pero se encontraba a sus anchas en la charla familiar, que intercalaba con el relato de chistes, a los que era muy aficionado. Por otra parte, existe unanimidad en afirmar que era un espléndido profesor, muy dotado para las respuestas rápidas y agudas. Como escritor careció tanto de estilo como de organización, y tampoco fue un buen lingüista. Aunque hablaba con fluidez su alemán nativo (incluyendo el denominado dialecto vienés), le resultaba difícil aprender idiomas extranjeros. Nunca pudo aprender francés y solamente fue capaz de hablar algunas palabras de húngaro, ruso y otras lenguas continentales. Sin embargo, consiguió aprender inglés en la última etapa de su vida, y hablarlo y escribirlo bastante bien, aunque con un pronunciado acento extranjero.

A algunos de sus visitantes, su forma de vida les causó no poca sorpresa. Al contrario que Freud, no tenía ninguna colección de arte; vivía la vida de un pequeño burgués. Uno de sus primeros vecinos, un hombre muy anciano al que el autor entrevistó en agosto de 1963, le dijo lo siguiente:

> No había nada destacado en él. Era modesto y no causaba una impresión particular. Se le podría haber tomado por un sastre. Aunque tenía una casa de campo, no parecía que gozara de grandes ingresos. Su esposa era un ama de casa normal, decente. Solamente tenía una criada. Aunque viajaba mucho y recibía muchos visitantes, nunca supe que era famoso hasta el día en que se organizó en su honor una gran ceremonia.

El Dr. Eugène Minkowski, que le visitó en Viena, le encontró encantador y de trato muy llano [64]. «No parecía en absoluto el gran Maestro».

Phyllis Bottome cuenta en su autobiografía el desencanto que le produjo su primer encuentro con Adler, en el verano de 1927:

> Yo pensaba en un genio socrático, que nos condujera a todos a las profundidades de la psicología. Me encontré con un anfitrión muy amable y considerado que no hablaba de nada en particular y de todo en general [65].

Todos los que le conocieron concuerdan en que poseía el don del *Menschenkenntnis* (conocimiento intuitivo práctico del hombre) en un grado supremo, sobre todo en su trabajo clínico. En presencia de un paciente nuevo acerca del cual no sabía nada, le miraba un momento, le hacía algunas preguntas y a continuación daba una imagen completa de las dificultades del sujeto, sus alteraciones clínicas y sus problemas en la vida. Después de oír el informe de la historia clínica, podía adivinar cuál sería la conducta del paciente y lo que diría cuando fuera presentado a la asamblea de psicólogos. Llegó a adivinar casi instantáneamente la

[64] Doctor Eugène Minkowski, comunicación personal.

[65] Phyllis Bottome, *The Goal*, Nueva York, Vanguard Press, 1962, pág. 138.

posición de cualquier persona dentro de la constelación de hermanos. Tenía también fama por su don de establecer rápidamente contacto con cualquier persona, incluidos los niños rebeldes, los psicóticos y los criminales. Sentía un genuino interés por todos los seres humanos y compasión por sus sufrimientos, pero, al igual que Janet, detectaba inmediatamente la parte de representación y mentira que había en sus pacientes.

Poseyó la misma visión profética en orden a los acontecimientos políticos. Como hemos visto, ya en 1918 predijo que el uso que hacían los bolcheviques de la violencia desataría la contraviolencia que intentaría conquistar Europa. Eso ocurría mucho antes de que Hitler hubiera fundado su partido e intentado el primer golpe. Con el transcurrir de los años predijo claramente la catástrofe de la invasión nazi y la Segunda Guerra Mundial.

En agudo contraste con su perspicacia psicológica estaba su falta de habilidad práctica, que muchas veces se mostró desastrosa para su movimiento. En los primeros años, fue un grave error haber mantenido tantas reuniones informales en los cafés de Viena y haber invitado a tantos pacientes neuróticos a ellas. Así consiguió una reputación de superficial [66]. Con el paso de los años, esta carencia de sentido práctico se hizo más aparente. Muchas dificultades tuvieron su origen en su horror al compromiso, que fue considerado por los demás como una falta de flexibilidad y sentido diplomático. Cuando Adler emigró a los Estados Unidos culminaron sus dificultades prácticas. Se encontró, a los sesenta años de edad, sólo, en un país nuevo cuyo idioma y costumbres desconocía. Phyllis Bottome creía que un buen secretario habría prolongado su vida en diez años, pero su búsqueda del mismo no tuvo éxito, de modo que los artículos que le enviaban se perdían, y cartas importantes permanecían sin contestación [67].

La historia del amor de Alfred Adler por Raissa Epstein y su matrimonio ha sido relatada por Phyllis Bottome [68]. Raissa había recibido una educación liberal. En aquella época, muchas mujeres estudiantes iban a las universidades de Europa Central, y algunas de ellas se casaban con sus compañeros o profesores. Podría hacerse una lista de los profesores franceses, alemanes y austríacos que contrajeron matrimonio con estudiantes rusas de aquella forma. Sería interesante descubrir la influencia que ejercieron ellas sobre el pensamiento y trabajo de sus maridos. En el caso de Adler, al menos, parece haber sido considerable. Raissa Epstein

66 Un testigo de aquellos tiempos heroicos aseguró al autor que fue Karl Novotny el que previno a Adler del peligro de convertir los cafés vieneses en centro del movimiento de la psicología individual.

67 Phyllis Bottome, *Alfred Adler, Apostle of Freedom*, Londres, Faber and Faber, 1939, pág. 266.

68 *Ibid.*, págs. 50-57, 129-130.

era una ardiente socialista, y Furtmüller dice que tanto ella como Adler frecuentaron las reuniones de este tipo antes de contraer matrimonio. Raissa era además extremadamente independiente y muy enérgica, y después del período inicial de felicidad ilimitada surgieron las dificultades. Como dice Phyllis Bottome, «luchar por la emancipación de la mujer, y vivir con una mujer que se ha emancipado, son dos cosas completamente diferentes» [69]. Existían numerosos puntos de fricción. Adler pertenecía a la clase media baja austríaca, en la cual se esperaba que la mujer fuese sobre todo una buena ama de casa y se adaptara a las normas aceptadas de decoro, mientras que Raissa provenía de la *intelligentsia*, donde tales normas eran consideradas secundarias. Otra fuente de fricción fue el que ella, radical convencida, no lograra comprender por qué su marido había dado preferencia a su psicología individual. Así, en 1914 sus simpatías se dirigieron hacia sus países respectivos de origen, que entonces estaban en guerra.

Phyllis Bottome ha señalado que esas dificultades matrimoniales influyeron mucho en el contenido de *El carácter nervioso*, especialmente en el concepto de «protesta masculina». Los últimos años de Adler transcurrieron pacíficamente en el reestablecido hogar de América, donde Raissa se le había unido durante su grave enfermedad de 1934.

Sus intereses filosóficos sufrieron algunas modificaciones en el curso de su vida. En su juventud estuvo fuertemente atraído por el marxismo, y durante algún tiempo fue miembro del partido socialdemócrata. Conservó un gran interés por la política y nunca trató de ocultar sus opiniones. Pero gradualmente fue dando prioridad a los problemas de la educación y del mensaje de la psicología individual.

No se conoce exactamente cuándo rompió sus lazos con la religión judía. Su actitud escéptica hacia la religión puede deducirse de sus comentarios acerca de ciertos neuróticos que escapan al trabajo de la vida refugiándose en la religión. Sin embargo, en sus escritos no defendió principios antirreligiosos definidos. Es de destacar que cuando abandonó la sinagoga en 1904, se unió a la Iglesia protestante. Según Phyllis Bottome, le molestaba el que la religión judía se limitara a un solo grupo étnico, ya que él deseaba pertenecer a uno universal. También le fueron provechosas las discusiones que tuvo con un ministro protestante, el reverendo Jahn, sobre el tema de la religión y la psicología individual: Adler reconoció que ambos tenían mucho en común en cuanto a los ideales que perseguían, aunque él permaneciera en el campo de la ciencia y el otro en el de la fe [70].

---

[69] *Ibid.*, pág. 57.

[70] Ver págs. 705-706.

La *Weltanschauung* de Adler es fácil de confrontar con la de Freud [71]. Éste, que era un pesimista en cierto modo al estilo de Schopenhauer, veía al neurótico como la víctima de su auto-engaño grandioso y trágico de la humanidad. Adler, optimista que tendía a las ideas de Leibniz, veía al neurótico como un individuo triste que hacía uso de trucos transparentes para escapar de sus deberes en la vida. Llegó a creer que el impulso hacia la auto-percepción era la esencia del hombre. La diferencia entre Adler y Freud se reflejó en la organización de sus movimientos respectivos. Mientras que la Sociedad Psicoanalítica estaba organizada hasta el último detalle, en forma piramidal, con el comité central en la cúspide y un «círculo» secreto alrededor de Freud, la Sociedad de Psicología Individual de Adler estaba constituida en forma laxa. A las sesiones asistían numerosos pacientes, porque Adler esperaba que todos ellos se unieran al movimiento y se convirtieran en sus portaestandartes (*Bannerträger*). Con una actitud casi mesiánica, confiaba en que su movimiento conquistara y transformara el mundo mediante la educación, la enseñanza y la psicoterapia.

Contemporáneos de Alfred Adler

La evolución de cualquier pensador o científico sólo se puede comprender si se analiza dentro del marco de su relación personal y científica con algunos de sus contemporáneos. Al igual que hemos hecho con Janet y Freud, trataremos de dar una visión fugaz de esa complejidad eligiendo las relaciones de Adler con uno de sus contemporáneos, Wilhelm Stekel [72]. Su vida se conoce principalmente debido a la versión inglesa de su autobiografía.

Wilhelm Stekel pasó su infancia y juventud en Czernowitz, en la provincia de Bukovina. Pertenecía a una familia de judíos ortodoxos de habla alemana. Al terminar la enseñanza secundaria marchó a Viena para estudiar medicina e inmediatamente después comenzó la práctica general de la misma al tiempo que continuaba aprendiendo y estudiando. Escribía con facilidad y regularidad, colaboraba en los periódicos, y enviaba también artículos a las revistas médicas. Su trabajo sobre las experiencias sexuales precoces en los niños, con tres casos clínicos, atrajo la atención de Freud, que lo citó [73]. Stekel, por su parte, escribió una

[71] Estas consideraciones han sido inspiradas en gran parte por una conversación con el profesor Viktor Frankl, de Viena.

[72] Wilhelm Stekel, *The Autobiography of Wilhelm Stekel: The Life History of a Pioneer Psychoanalyst*, Emil Gutheil, ed., introducción por la señora Hilda Stekel, Nueva York, Liveright Publishing Co., 1950.

[73] Doctor Wilhelm Stekel, «Über coitus im Kindesalter, eine Hygienische Studie», *Wiener Medizinische Blätter*, XVIII (1895), 247-249.

crítica entusiástica de *La interpretación de los sueños* en el *Neues Wiener Tagblatt* del 29 y 30 de enero de 1902. A partir de entonces se convirtió en un ardiente seguidor de Freud, y afirmó ser él el que sugirió a éste las reuniones de la tarde de los miércoles en su casa. Participó en todos los acontecimientos de la primera historia del psicoanálisis. En 1908 apareció su libro *Estados de angustia nerviosa y su tratamiento,* con prólogo de Freud[74]. En 1911 apareció su libro de texto sobre los sueños[75], y en 1912 su estudio sobre los sueños de los poetas[76]. Su producción literaria parecía inagotable. Gradualmente, sus ideas comenzaron a separarse de las de Freud. Por ejemplo, veía la angustia como una reacción del instinto de vida contra el instinto de muerte; insistió en la importancia de los impulsos agresivos, y explicó el ataque epiléptico como un conjunto de impulsos criminales vueltos hacia uno mismo. Afirmó también que las neurosis surgen muchas veces de la represión de la religión o la moral.

Cuando Adler y su pequeño grupo se separaron de Freud, Stekel permaneció fiel a éste durante algún tiempo, pero fue atacado por los otros miembros del grupo, de modo que abandonó a su vez la sociedad psicoanalítica. Siguió siendo, no obstante, un escritor prolífico en otros campos. No sólo compuso música y creaciones para niños, sino que escribió también obras teatrales tanto en prosa como en verso, así como colecciones de relatos humorísticos, bien bajo su propio nombre o bajo el seudónimo de Serenus. Algunos de los personajes de sus obras parecen más reales que las historias clínicas de sus publicaciones psicoanalíticas.

Durante la Primera Guerra Mundial trabajó como médico militar y tuvo que tratar muchos casos de neurosis de guerra. Sin embargo, encontró tiempo para escribir muy a menudo para los periódicos y revistas médicas. Concluida la contienda, se rodeó de seguidores. Continuó denominándose psicoanalista y refiriéndose a Freud como su gran maestro, pero sus curas eran mucho más breves y daban entrada a la reeducación. Su actividad literaria continuó pujante.

Según pasaron los años, su escuela ganó en importancia. Viajó y dio conferencias por países extranjeros. Su producción literaria tomó la forma de grandes monografías con numerosas historias clínicas. Cuando los nazis invadieron Austria, escapó en el último minuto a Suiza y viajó desde allí a Inglaterra, donde se estableció. Se suicidó durante el período más sombrío de la Segunda Guerra Mundial.

Tanto Adler como Stekel eran hijos de comerciantes judíos y ambos consideraban que su infancia había sido desgraciada. Habían jugado con

---

74 Wilhelm Stekel, *Nervöse Angstzustände und ihre Behandlung,* Vorwort von profesor doctor Sigmund Freud, Berlín y Viena, Urban and Schwarzenberg, 1908.

75 Wilhelm Stekel, *Die Sprache des Traumes,* Munich, Bergmann, 1911.

76 Wilhelm Stekel, *Die Träume der Dichter,* Munich, Bergmann, 1912.

los pilluelos de la calle y estaban muy dotados para la música, el canto y la representación teatral. Ambos realizaron sus estudios médicos en Viena y trabajaron como médicos generales. Ambos se sintieron atraídos por Freud al mismo tiempo y figuraron entre los primeros cuatro miembros del grupo de los miércoles, del que fueron los participantes más activos durante varios años. Los dos publicaron su primera monografía aproximadamente al mismo tiempo: Adler en 1907 y Stekel en 1908. Describieron lo que denominaron jerga orgánica (Adler) y lenguaje orgánico (Stekel), novedad cuya prioridad reclamaron ambos después. Cuando se organizó el movimiento psicoanalítico, se convirtieron respectivamente en presidente y vicepresidente de la Sociedad Vienesa y coeditores de la *Zentralblatt*. Más adelante abandonaron la sociedad psicoanalítica y siguieron sus propios caminos. Durante la Primera Guerra Mundial trabajaron, uno después del otro, en el mismo hospital militar y posteriormente ambos adquirieron una casa en Salmannsdorf [77]. No se sabe la causa por la que, después de una amistad tan larga, se enemistaran hasta el extremo de que ni siquiera se hablaban o se saludaban cuando se encontraban en la calle. Pero el destino decretó que ambos tendrían que abandonar su país y terminar sus días en las islas Británicas.

Al principio, Stekel estaba tan imbuido de la idea psicoanalítica que algunas de sus ideas sobre el simbolismo de los sueños y el significado de los síntomas neuróticos fueron aceptadas por Freud. Desde el comienzo, en cambio, Adler permaneció mucho más independiente de las ideas básicas de Freud. Con el transcurrir de los años, muchas de las ideas del propio Adler fueron adoptadas tranquilamente por Stekel, cuya enseñanza se convirtió en una mezcla de los conceptos freudianos y adlerianos junto con los suyos propios.

En su libro de 1907, sobre la inferioridad orgánica, Adler habla del significado simbólico de los síntomas físicos, a lo que denomina «jerga orgánica». En 1908, los *Estados de angustia* de Stekel contenían una impresionante colección de historias clínicas en las que los diversos síntomas se explicaban como un lenguaje de los órganos que expresaba simbólicamente sentimientos inconscientes. En 1908 Adler sostuvo, contrariamente a la opinión de Freud, la existencia e importancia de los impulsos agresivos primarios; Stekel fue más lejos, manteniendo que el instinto criminal desempeña un papel importante en la neurosis [78], en la melancolía, en la epilepsia y en la elección de profesión [79]. Cuando Adler

[77] La casa de Adler estaba en el núm. 16 de Am Dreimarkstein, y la de Stekel (llamada Lindenhof), en el núm. 2, en la esquina con la Salmannsdorfstrasse.

[78] Ver Emil Gutheil, «Stekel's Contributions to the Problem of Criminality», *Journal of Criminal Psychopathology*, vol. II, 1940-1941.

[79] Wilhelm Stekel, «Berufswahl und Kriminalität, *Archiv für Kriminal-Anthropologie und Kriminalistik*, XLI (1911), 268-280.

desarrolló su concepto de «protesta masculina», Stekel siguió con su descripción de la «guerra de los sexos» y denominó «bipolaridad sexual» a lo que Adler calificaba de «hermafroditismo psíquico».

Cuando Freud habló de represión, tanto Adler como Stekel afirmaron que, de hecho, el neurótico no quiere ver lo supuestamente reprimido. El énfasis que pone Stekel sobre el actor que hay en todo neurótico no está muy lejos de lo que Adler dice acerca del estilo de vida de un paciente. Lo que Stekel denominó «concepto del neurótico de su gran misión» corresponde al deseo de ser como Dios de Adler. Cuando Freud declaró que la perversión es la negación de las neurosis, Stekel y Adler no estuvieron de acuerdo: para ellos, la perversión no es sino otra forma de neurosis.

A principios de la década de 1920 se hizo aún más manifiesto el influjo de Adler sobre la obra de Stekel. En su folleto sobre los sueños telepáticos, Stekel escribe: «Los sueños tratan siempre de explorar el futuro, nos muestran nuestras actitudes hacia la vida y las formas y fines de la misma» [80]. En sus *Cartas a una madre* [81], habla del significado de los primeros recuerdos y dice que la educación nunca debería hacer uso de la fuerza contra el niño porque provoca una contratendencia similar en éste [82]. En otro lugar examina los «fines de la vida» (*Lebensziele*): el niño se marca unos fines inalcanzables y según crece los va abandonando gradualmente [83]. El neurótico ha sido incapaz de hacer esto, y la enfermedad es el resultado de esa ambición rota. El problema central de la autoeducación es el tener «valor para enfrentarse con uno mismo» (*Mut zu sich selbst*). Son ideas de Adler expresadas casi en sus propias palabras.

Las semejanzas existentes entre Stekel y Adler no deben hacernos olvidar la gran diferencia entre los dos hombres y su obra. Stekel fue uno de los discípulos de Freud, e incluso después de abandonarle afirmó seguir siendo psicoanalista. En realidad, conservó el elemento clínico y empírico del psicoanálisis, abandonando el sistema teórico. El caso de Adler es completamente distinto. Llegó a Freud con algunas ideas originales ya formadas, que desarrolló poco a poco durante el período que trabajó con él. Y cuando le abandonó, desarrolló una estructura conceptual básicamente distinta del psicoanálisis.

---

[80] Wilhelm Stekel, *Der telepathische Traum. Meine Erfahrungen über die Phänomene des Hellsehens im Wachen und im Traume*, Berlín, Johannes Baum, 1920.

[81] Wilhelm Stekel, *Briefe an eine Mutter*, Zurich y Leipzig, Wendepunkt-Verlag, 1927, vol. I.

[82] La fórmula de Stekel, *Zwang erzeugt Gegenzwang* (la fuerza engendra la contrafuerza) es casi idéntica a la frase de Adler *Druck erzeugt Gegendruck* (la presión engendra la contrapresión).

[83] Wilhelm Stekel, *Das liebe Ich. Grundriss einer neuen Diätetik der Seele*, 3.ª ed., Berlín, Otto Salle, 1927.

La enseñanza de Stekel muestra el camino que habría tomado el psicoanálisis si hubiera sido un método puramente empírico y práctico sin los sólidos fundamentos de la subestructura teórica. Al mismo tiempo, la rama «desviada» de Stekel muestra exactamente lo que no es la psicología individual; en otras palabras; muestra lo que podría haber sido si Adler no hubiera roto radicalmente sus lazos con el psicoanálisis y no hubiera construido una estructura conceptaul propia.

La obra de Adler: I. — Medicina social

Antes de introducirse en el grupo de Freud, Adler había estado preocupado y había expresado ideas ciertamente originales en el campo de la medicina social. No es posible comprender su elaboración ulterior de la psicología individual sin tener en cuenta los conceptos que formuló en su período pre-psicoanalítico.

En 1898 el Dr. G. Golebiewski, de Berlín, especialista en enfermedades profesionales, aceptó publicar la quinta de una serie de monografías sobre el tema del trabajo, de un autor hasta entonces desconocido, Alfred Adler, con el título *Libro de la salud del oficio de sastre*[84]. Este folleto de treinta y una páginas es tan raro en la actualidad que incluso entre los psicólogos individuales se han formulado dudas sobre su existencia verdadera[85]. En el prólogo, el autor explica que pretende mostrar la relación entre la situación económica y la enfermedad en un oficio determinado, y el perjuicio resultante para la salud pública. Así demostrará que la enfermedad puede ser un producto de la sociedad, que se añade de este modo a las causas de enfermedad comúnmente aceptadas por los médicos.

En la primera parte de la monografía, Adler esboza una imagen de las condiciones sociales y económicas del oficio de sastre en Austria y Alemania, y de los cambios que ha sufrido en las décadas anteriores. Antes, los sastres trabajaban independientemente para clientes individuales y estaban unidos y protegidos por sus gremios. Ahora, el advenimiento de la confección determina un declinar de la condición del sastre modesto. En las fábricas, los trabajadores gozan de mejores condiciones debido al control estatal, y les resulta más fácil unirse para la defensa de sus intereses comunes. La fábrica tiene la ventaja de utilizar todo tipo de grandes máquinas y de trabajar para un mercado amplio, tanto interior como exterior.

En contraste con las condiciones de trabajo existentes en la gran fábrica, el autor presenta una imagen bastante sombría del estado del maestro sastre y sus empleados. El progreso técnico, que presenta tales ventajas para los fabricantes, es mucho menos

[84] Alfred Adler, *Gesundheitsbuch für das Schneidergewerbe*, núm. 5 de la serie: *Wegweiser der Gewerbehygiene*, G. Golebiewski, ed., Berlín, Carl Heymanns, 1898.

[85] Al parecer, no existe ningún ejemplar de este folleto en Austria, Suiza, Francia ni Norteamérica. Tras larga búsqueda, se encontró uno en la biblioteca pública de Mönchengladbach, Alemania, a la que el autor está muy agradecido por su préstamo.

beneficioso para él: utiliza únicamente la máquina de coser, trabaja para un pequeño mercado local, y está mucho más expuesto a las fluctuaciones económicas. La peor calamidad es la desigual distribución del trabajo a lo largo del año: hay cinco o seis meses de trabajo excesivo, durante los cuales el sastre trabaja dieciséis o dieciocho horas diarias, si no más, ayudado por su esposa y los hijos. Y durante el resto del año no tiene casi trabajo en absoluto, lo que le obliga a disminuir los sueldos de sus ayudantes o a despedirlos. Es asombroso que, a pesar de las bajas condiciones salariales, haya no menos de doscientos mil sastres en Alemania, y casi otros tantos en Austria-Hungría. El pequeño sastre tiene que competir no sólo con las fábricas, sino también con los *Sitzgeselle* que trabajan en casa y que consienten en confeccionar trajes completos para clientes individuales. Las condiciones de vida del pequeño sastre son miserables en todos los aspectos. Tiene que vivir y trabajar en el mismo local, situado en la zona más barata e insalubre de la ciudad; son lugares húmedos, oscuros, faltos de aireación, llenos de gente, lo que favorece el contagio de las enfermedades infecciosas. En caso de epidemia, pueden ser peligrosos también para los clientes. Los problemas materiales minan su salud, y está insuficientemente protegido por las leyes laborales.

La segunda parte de la monografía está dedicada a la descripción de las enfermedades comunes entre los sastres. Encabezan la lista las enfermedades pulmonares. No debe extrañarnos, ya que trabajan sentados en posición inclinada, respirando el polvo de la ropa. La tuberculosis pulmonar es dos veces más frecuente entre ellos que en el resto de los oficios. Otros resultados de la posición inclinada son las alteraciones circulatorias, como varices y hemorroides, así como frecuentes alteraciones gástricas e intestinales, de las que están afectos más del treinta por ciento de los sastres. La posición peculiar sentada e inclinada determina deformaciones tales como escoliosis, cifosis, reumatismo y artritis del brazo derecho, callosidades de los tobillos, etc. El sastre sufre con frecuencia calambres en las manos o brazos. Las enfermedades de la piel son frecuentes: se encuentra sarna en aproximadamente el veinticinco por ciento de los sastres. Debido a los pinchazos de la aguja, muchas veces padecen abcesos en los dedos, y debido a la presión de las tijeras, es frecuente la luxación del pulgar derecho. Su costumbre de colocarse hilos en la boca les produce infecciones de las encías y diversas alteraciones bucales y gástricas. Por acercar mucho los ojos, sufren cortedad de vista y calambres de los músculos oculares. Son también víctimas de envenenamiento lento por los tintes tóxicos y de enfermedades infecciosas transmitidas por medio de las ropas viejas llevadas a arreglar. La incidencia de accidentes de trabajo no es particularmente alta, aunque sí superior a lo que se podría suponer. Según las estadísticas, la morbilidad es superior a la de cualquier otro oficio, y su esperanza media de vida es la más baja de todas las profesiones.

Analizando las causas de esta morbilidad, Adler subraya la hipo-alimentación, las malas condiciones de la vivienda, el exceso de trabajo, la ausencia de protección social y el hecho de que muchos sastres eligen esta profesión porque están físicamente incapacitados para cualquier otra, lo que da lugar a una «selección de los incapaces».

En la tercera parte de la monografía, el autor propone un programa para poner fin a esta situación. En primer lugar, hay que redactar nuevas leyes laborales. Las existentes deben ser reforzadas (como ocurre con las cajas de enfermedad); el seguro de accidentes, sólo obligatorio en los talleres con veinte o más trabajadores, debe generalizarse; los inspectores deben controlar las condiciones de trabajo en todas partes y no solamente en las fábricas; han de hacerse obligatorios los seguros de vejez y desempleo; la ley debe imponer un número máximo de horas de trabajo; los locales de trabajo deben estar separados obligatoriamente de las viviendas de los

trabajadores, y ha de ser prohibido el trabajo a destajo. Otra parte del programa se refiere a la edificación de la residencia y comedores adecuados para los trabajadores.

El hilo rojo que cruza la monografía es la denuncia de la medicina académica contemporánea, que ignora la existencia real de las enfermedades sociales. Al igual que en el pasado, cuando se descubrió que las enfermedades contagiosas podían ser controladas únicamente con la introducción de la higiene pública, las enfermedades profesionales como la del sastre podrán ser controladas con éxito mediante una nueva medicina social de la que la medicina actual está ignorante.

Las circunstancias en que Alfred Adler escribió esta monografía nos son desconocidas. Como fuentes de información, se refiere a varios escritos sobre enfermedades profesionales y a las estadísticas comerciales y sanitarias. Lo que dice acerca de la superioridad de la gran fábrica sobre la pequeña tienda parece reflejar la teoría entonces muy discutida de Schulze-Gaewernitz, quien afirmaba que no se podrían mejorar las condiciones de la clase trabajadora hasta que hubiera una industria pesada poderosa y amplia [86]. La descripción que hace Adler del oficio de sastre parece indicar que tenía un conocimiento más que teórico del mismo, posiblemente por mediación de su tío David. Adler era un ardiente socialista y tendía obviamente a una síntesis del socialismo y la medicina.

Transcurrieron cuatro años entre esta monografía y su siguiente trabajo conocido. Según la tradición familiar, durante dicho período escribió artículos para el *Arbeiter-Zeitung*, periódico de la socialdemocracia vienesa, bajo varios seudónimos. No ha sido posible hasta el momento identificar tales artículos.

El 15 de julio de 1902 fue fundada una nueva revista médica, la *Aerztliche Standeszeitung*, por un tal Dr. Heinrich Grün. Aparecía dos veces al mes y tenía una tirada de 10.000 ejemplares. El primer número fue enviado gratuitamente a todos los médicos de Austria. La parte inferior de las tres primeras páginas contenía un artículo de Alfred Adler (que obviamente estaba dirigido como manifiesto) titulado «La penetración de las fuerzas sociales en la medicina» [87].

La medicina ha estado siempre abierta a la influencia de todas las tendencias filosóficas, científicas e incluso pseudo-científicas. La etiología de numerosas enfermedades ha sido clarificada con ayuda de la física, la química y la etnología... Pero, de todas las ciencias, la que más ha contribuido al progreso de la medicina ha sido la óptica: el microscopio permitió a Virchow dar una nueva base científica a la patología con su «teoría de la célula», hizo posible la fundación de la bacteriología, que a su vez permitió el control de las enfermedades infecciosas mediante las me-

[86] Gerhart von Schulze-Gaevernitz, *Der Grossbetrieb, ein wirtschaftlicher und socialer Fortschritt. Eine Studie auf dem Gebiete der Baumwollindustrie*, Leipzig, Duncker und Humboldt, 1892.

[87] Alfred Adler, «Das Eindringen sozialer Triebkräfte in die Medizin», *Aertzliche Standeszeitung*, I, núm. 1 (1902), 1-3.

didas de salud pública. Mientras tanto, el Estado ha acabado por reconocer que la medicina es un tema de interés público, ya que necesita una población sana para proporcionar al país buenos soldados y trabajadores, y aliviar a los fondos públicos de su carga de desvalidos y enfermos. Hasta ahora, se proponía como solución la de que los médicos cuidaran a los pobres por poco dinero. En el momento actual, la aparición de las clases trabajadoras obliga a reconsiderar el problema, en el sentido de crear seguros de enfermedad e instituciones semejantes. Así, la profesión médica tiene que enfrentarse con el problema de la medicina social y tomar partido. Los médicos se han dado menos cuenta de esta necesidad que los administradores y técnicos, que están acostumbrados a resolver problemas de índole médica sin consultar con aquéllos. ¿Continuará la profesión médica dejándose llevar a remolque por los funcionarios, o tomará su lugar a la cabeza del movimiento? ¿Abandonará al fin su política de esfuerzo limitado para adoptar otra que favorezca la prevención consciente y lograda de la enfermedad?

En el número del 15 de octubre de 1902 apareció un artículo bajo el seudónimo de Aladdin, que fue casi con seguridad escrito por Adler (recordemos que su nombre húngaro era Aladár)[88]. Su autor dice que el problema más urgente de la medicina actual es conseguir que los cuidados médicos lleguen a los pobres. Todas las peticiones anteriores en este sentido habían recibido la respuesta: «No tenemos dinero» por parte de las autoridades. Para suprimir esta incomodidad, Adler piensa que es necesario crear una institución reconocida por el Estado y dotada de autoridad científica: un puesto de enseñanza con un seminario de medicina social donde se puedan estudiar los problemas de la higiene social con vistas a encontrarles solución.

Un artículo escrito por Adler en septiembre y octubre de 1903, titulado «Ciudad y campo», se oponía a la idea común de que la vida en los pueblos y el campo es mucho mejor que en las ciudades[89]. En realidad, ocurría exactamente lo contrario. El progreso de la higiene había sido mucho mayor en las ciudades, que, debido a su creciente población y al número de electores, recibía más atención de las autoridades públicas. Más adelante, Adler opinaba que este descuido de la higiene rural acabaría por perjudicar a las ciudades también.

En noviembre de 1903, otro artículo suyo titulado «¿Ayuda gubernamental o autoayuda?» deploraba una vez más la discrepancia existente entre los aspectos científico y social de la medicina[90]. Adler advertía que la ciencia médica estaba progresando rápidamente y que podría avanzar aún más si no estuviera constantemente frenada por las autoridades. A la vista de la importancia capital de la investigación, afirmaba que debe-

[88] Aladdin, «Eine Lehrkanzel für Soziale Medizin», *Aerztliche Standeszeitung*, I, número 7 (1902), 1-2.

[89] Alfred Adler, «Stadt und Land», *Aerztliche Standeszeitung*, II, núm. 18 (1903), 1-3; núm. 19, 1-2; núm. 20, 1-2.

[90] Alfred Adler, «Staatshilfe oder Selbsthilfe», *Aerztliche Standeszeitung*, II, número 21 (1903), 1-3; núm. 22, 1-2.

rían crearse puestos adecuados, permanentes y bien pagados, para los investigadores y profesores de los diversos campos de la medicina (incluida la medicina social).

En julio y agosto de 1904 publicó un largo artículo: «El médico como educador», en el que reveló una nueva faceta de su pensamiento.

El papel social del médico no se agota con lo citado en los artículos anteriores, y debe completarse con su función de educador. Este papel educativo se revela en la lucha contra el alcoholismo, las infecciones, las enfermedades venéreas, la tuberculosis y la mortalidad infantil, y asimismo en materia de higiene escolar, pero debe ir más allá: el médico debe poder aconsejar acerca de la educación de los niños. En presencia de un niño débil y enfermizo, no es suficiente prescribir la dieta, los ejercicios y otras medidas físicas. Ese niño pierde con facilidad su mejor apoyo, es decir, la confianza en su propia fuerza. La primera preocupación del médico debe ser devolverle la confianza en sí mismo y el valor, mediante una utilización correcta del ejercicio, los juegos y los deportes.

Las afirmaciones de Adler van seguidas de un apéndice sobre la educación de los niños. Ésta debe comenzar con la educación de los padres, incluso antes del nacimiento del hijo. El medio más poderoso de educación es el amor, siempre que esté distribuido equitativamente entre todos los niños y no dado en exceso. Entre los errores comunes de la educación, uno de los peores es mimar al niño, lo que le priva de la confianza en sí mismo y del valor; pero es peligroso también aplicar castigos severos, con golpes, gritos y reprensiones constantes. Una breve expulsión de la mesa familiar, algunas palabras de reprensión, una mirada severa, son suficientes. Hay que guardarse mucho de confiar el niño a los criados. A continuación, Adler examina ciertos tipos de niños difíciles, como son el obstinado, el mentiroso, el cobarde, el masturbador y el ansioso. La mejor prevención de la mentira es el desarrollo del valor, siendo el más peligroso de todos los defectos la cobardía: «Si fuera necesario, me atrevería a hacer del niño más cruel un carnicero, un cazador, un recolector de insectos o un cirujano. Pero el cobarde siempre tendrá un valor cultural inferior». El autor concluye con la afirmación: «La confianza en sí mismo del niño y su valor personal son sus bienes más altos» [91].

Este artículo demostró que en 1904 Adler había elaborado ya una teoría completa de la educación. Hallamos además una primera exposición de algunas de sus ideas favoritas: el papel de la inferioridad orgánica, el retrato del niño mimado, y el valor terapéutico de la confianza en sí mismo y del valor.

Adler se refería a los psicólogos infantiles contemporáneos, Preyer y Karl Groos, y, también por primera vez a Freud, como el hombre que había mostrado la gran importancia de las impresiones precoces del niño y la existencia de la sexualidad infantil.

En septiembre y octubre de 1904, Adler expuso sus propias ideas en un artículo titulado «Higiene de la vida sexual», al tiempo que reseñaba un libro de Max Gruber con el mismo título.

---

[91] Alfred Adler, «Der Arzt als Erzieher», *Aerztliche Standeszeitung*, III, núm. 13 (1904), 4-6; núm. 14, 3-4; núm. 15, 4-5.

Adler se opone a las opiniones de Max Gruber relativas a un tema muy discutido en aquella época. Afirma, en efecto, que la abstinencia sexual puede producir inconvenientes para la salud emocional, con algunas raras excepciones. En cuanto a los excesos sexuales, piensa que Max Gruber ha exagerado sus efectos nocivos, y que no existe prueba alguna de que puedan producir neurastenia. Añade que los supuestos peligros del control de la natalidad han sido muy exagerados. (Podemos observar que su opinión contradice a la de Freud en ese aspecto). En cuanto a la homosexualidad, concuerda con el autor de que no es una anomalía congénita, y que solamente debe ser castigada si entraña perjuicio para otra parte y para proteger a los menores. Adler ve los peligros de la masturbación en una perspectiva diferente que el autor. No son tan importantes en lo relativo a la salud física como en lo que concierne al desarrollo emocional armónico [92].

Aunque la publicación de la *Aerztliche Standeszeitung* continuó durante varios años, esta fue la última contribución de Adler. En realidad, cuando se unió al pequeño grupo de Freud, tenía ideas definidas sobre la medicina social, la educación, el papel de las inferioridades orgánicas y los errores educativos en la génesis de las alteraciones emocionales. Durante los años siguientes desarrollaría sus ideas en una nueva dirección dentro del marco del movimiento psicoanalítico.

La obra de Alfred Adler: II. — Teoría de la inferioridad orgánica

Adler asistió asiduamente a las tardes de los miércoles de Freud, donde participó en las discusiones y leyó sus propios trabajos [93]. Así, en la discusión de un trabajo de Nietzsche, *Genealogía de la moral*, expresó su profunda admiración por las ideas psicológicas de aquél; en 1909 atribuyó a Karl Marx importantes descubrimientos psicológicos. En abril de 1910 presidió un simposio sobre el suicidio en los escolares; pronto apareció con un prólogo suyo y un comentario final de Freud.

Entre los numerosos artículos de Adler publicados en aquella época, dos se inclinan fuertemente hacia el psicoanálisis. Ambos aparecieron en 1905. Uno, según el estilo de la *Psicopatología de la vida cotidiana* de Freud, trata de elucidar el significado de las obsesiones de números en tres pacientes [94]. El otro, que versa sobre los problemas sexuales de la educación, examina algunos aspectos de la sexualidad infantil en forma semejante a los *Tres ensayos* [95].

---

[92] Alfred Adler, «Hygiene des Geschlechtslebens», *Aerztliche Standeszeitung*, III, número 18 (1904), 1-2; núm. 19, 1-3.

[93] Ver los *Minutes of the Vienna Psychoanalytic Society, I: 1906-1908*, Herman Nunberg, Ernst Federn, eds.; M. Nunberg, trad., Nueva York, International Universities Press, 1962.

[94] Alfred Adler, «Drei Psycho-Analysen von Zahleneinfällen und obsedierenden Zahlen», *Psychiatrische-Neurologische Wochenschrift*, VII (1905), 263-266.

[95] Alfred Adler, «Das Sexuelle Problem in der Erziehung», *Die Neue Gesellschaft*, VIII (1905), 360-362.

La principal obra de Adler durante su período psicoanalítico fue un librito de noventa y dos páginas sobre la inferioridad orgánica [96]. La idea no era nueva en absoluto. Los clínicos hablaban de *locus minoris resistentiae*, es decir, del órgano de menor resistencia, que corría el peligro de ser asiento de complicaciones durante una infección general. Adler citó a sus predecesores en ese aspecto, pero su originalidad estuvo en desarrollar una teoría sistemática de la inferioridad orgánica.

Comienza afirmando que existen numerosos estados de los que conocemos los síntomas pero no las causas. Las causas conocidas son generales (como las infecciones o las intoxicaciones) o locales (que se originan en el mal funcionamiento de un órgano). Pero en muchas otras enfermedades no encontramos una explicación satisfactoria, y Adler piensa que la teoría de la inferioridad orgánica puede explicar muchas de ellas.

La inferioridad de un órgano se puede manifestar de varias formas. En la mayoría de los casos no se detectan con facilidad anomalías microscópicas, pero a veces es posible hacerlo por signos externos como los llamados estigmas de degeneración o la existencia de un nevo en la vecindad del órgano afecto. Dado que la inferioridad orgánica tiene su origen en una deficiencia del desarrollo fetal, se extiende por todo un segmento embrionario. Segundo, puede tratarse de una inferioridad funcional, por ejemplo, una insuficiencia en la secreción del órgano, o de simples anomalías de los reflejos (un reflejo puede estar aumentado, disminuido o ausente). Tercero, la inferioridad orgánica puede deducirse de la historia clínica del paciente: falta el funcionamiento adecuado del órgano durante la infancia (por ejemplo, Adler habla de pacientes que sufren alteraciones intestinales precozmente, y que mucho después se convirtieron en diabéticos). Las enfermedades frecuentes de un órgano dado son otra indicación de su inferioridad.

La inferioridad orgánica puede, por tanto, ser absoluta o relativa. A veces sigue un curso favorable en virtud de una compensación. Ésta puede ocurrir a diversos niveles: dentro del propio órgano, por mediación de otro órgano, o por mediación de los centros nerviosos. En este último caso, la inferioridad orgánica da lugar a un proceso compensador general. La compensación ocurre como resultado de la concentración de la atención del paciente sobre el funcionamiento del órgano inferior. Este entrenamiento conduce a un nivel de adaptación satisfactorio o incluso superior del órgano inferior.

Sin negar que ciertas enfermedades específicas puedan ser hereditarias, Adler parece asignar un papel más importante a la herencia de las

[96] Alfred Adler, *Studie über Minderwertigkeit von Organen*, Viena, Urban und Schwarzenberg, 1907. Trad. inglesa, *Study of Organ Inferiority and Its Psychical Compensation*, Nueva York, Nervous and Mental Disease Publishing Co., 1917.

inferioridades orgánicas. Como consecuencia, en ciertas familias se manifiesta la misma inferioridad orgánica en diversas formas. En uno de los miembros es una grave enfermedad de un órgano raro, en otro puede ser una mera alteración funcional, en un tercero una simple propensión a alteraciones transitorias de ese órgano, y en un cuarto puede aparecer una superioridad debida a la compensación. Adler cita casos de músicos cuyos parientes o ellos mismos estuvieron afectos de enfermedades auditivas, de pintores cuyas familias padecían de enfermedades oculares, o que sufrieron ellos mismos alteraciones oculares.

Según Adler, el papel que desempeña la casualidad en la localización de la enfermedad es menor de lo que comúnmente se cree. Así, cuenta el caso de un niño de ocho años que recibió un pequeño golpe en un ojo cuando un condiscípulo que jugaba con un lápiz le hirió accidentalmente con él; dos meses más tarde se le metió una mota de carbón en el mismo ojo; tres meses después le ocurrió el mismo accidente con el lápiz, de la misma forma y en el mismo ojo. ¿Ocurrieron estos accidentes por simple casualidad? Adler afirma que el abuelo materno del paciente padecía iritis diabética, la madre estrabismo, y el hermano más joven estrabismo e hipermetropía, así como pérdida de agudeza visual. Un tío materno presentaba estrabismo y conjuntivitis frecuentes. El propio paciente mostraba una falta total de reflejos conjuntivales en ambos ojos. Esta falta de reflejos, que entrañaba una falta de protección, explicaría la sucesión de los accidentes.

La teoría de Adler de la inferioridad orgánica y del proceso compensador parece ser independiente del psicoanálisis, y más complementaria que opuesta a él. Freud había mantenido siempre que la neurosis se desarrollaba sobre la base de una predisposición. Adler estaba tratando de ofrecer una teoría plausible del sustrato de la neurosis. Hay dos pasajes en el libro que revelan su unión con el psicoanálisis. La compensación, según Adler, surge de la concentración de la atención del paciente sobre el órgano inferior, así como sobre la superficie corporal adyacente y, si esta última es una zona erógena, dará lugar necesariamente a su sobreestimulación y desatará un proceso neurótico. Un segundo lazo con el psicoanálisis se encuentra en la afirmación de que «no existe inferioridad orgánica sin inferioridad sexual», especialmente en el caso de las inferioridades orgánicas múltiples.

La teoría expuesta fue bien aceptada por el grupo psicoanalítico. El propio Freud pareció considerarla como una aportación valiosa al conocimiento de las neurosis.

Ya en 1908 se había opuesto Adler al concepto básico de Freud de la libido como fuente dinámica principal de la vida psíquica, al afirmar que existe un impulso agresivo que no se puede explicar como resultado de

la libido frustrada y que desempeña un papel no menos importante que ésta tanto en la vida normal como en las neurosis [97].

En 1910 esbozó una teoría del hermafroditismo psicológico [98]. La experiencia, dice, le ha demostrado la gran frecuencia de aparición de características secundarias del sexo opuesto entre los pacientes neuróticos. Se produce así en éstos un sentimiento subjetivo de inferioridad y una tendencia a la compensación en forma de protesta masculina. Tratándose de un joven, éste equiparará la masculinidad con la agresión y la feminidad con la pasividad. Analizando el exhibicionismo y el fetichismo se llega a la protesta masculina. Esta misma protesta incita a tratar de sobrepasar al padre, y secundariamente dirige las representaciones de deseos hacia la madre. Así es como Adler explica el tema de Edipo (*Oedipusmotiv*).

La obra de Alfred Adler: III. — Teoría de la neurosis

Tras su separación de Freud en 1911, Adler formuló de un modo nuevo su teoría de la neurosis, gran parte de esta reformulación era un retorno a sus ideas anteriores de la patogénesis social y del papel de la inferioridad orgánica. Aunque rechazó una gran parte de las teorías de Freud, mantuvo la noción de situaciones de la primera infancia que combinó con sus propias ideas sobre los impulsos agresivos y el hermafroditismo psicológico. La *Filosofía del como si* de Vaihinger apareció exactamente en el momento oportuno para proporcionarle una nueva estructura conceptual.

El libro de Adler *El carácter nervioso* apareció en 1912. Iba encabezado por una cita de Séneca: *Omnia ex opinione suspensa sunt* («Todas las cosas dependen de la opinión»), alusiva al concepto de «ficciones» de Vaihinger [99]. El libro estaba dividido en dos partes, una teórica y una práctica, pero esta división no es tan clara como parece, y no siempre es fácil captar completamente el significado del pensamiento del autor.

El concepto básico es el de «individualidad», término que expresa tanto la unicidad como la indivisibilidad del ser humano. Este concepto está muy bien ilustrado en el prólogo por una cita de Virchow: «El individuo representa un todo unificado, todas las partes del cual cooperan hacia un fin común». Como consecuencia, cada rasgo psicológico aislado del individuo refleja su personalidad total.

---

[97] Alfred Adler, «Der Aggressionstrieb im Leben und in der Neurose», *Fortschritte der Medizin*, XXVI (1908), 577-584.

[98] Alfred Adler, «Der Psychische Hermaphroditismus im Leben und in der Neurose», *Fortschritte der Medizin*, XXVIII (1910), 486-493.

[99] Alfred Adler, *Ueber den Nervösen Charakter: Grundzüge einer vergleichenden Individual-Psychologie und Psychotherapie*, Wiesbaden, Bergmann, 1912. Trad. inglesa, *The Neurotic Constitution*, Nueva York, Moffat, Yard, 1917.

El individuo es considerado también en la dimensión temporal. En un momento determinado, todo síntoma muestra señales del pasado, el presente y el futuro. La vida psíquica está dirigida hacia el futuro y es teleológica, es decir, tiende a un fin. Éste no se establece de una vez y para siempre, sino que puede ser modificado.

Aquí es donde Adler utiliza el concepto de «ficción» de Vaihinger. Las cosas prosiguen *como si* a la actividad humana se le hubiera dado una norma ideal, a la que Adler denomina verdad absoluta, o lógica absoluta de la vida social, que es igual a una conformidad perfecta con las demandas sociales e incluso cósmicas. El autor llama anormalidad al grado de desviación de un individuo de dicha norma ficticia. Las neurosis son concebidas como variedades de tal desviación.

El origen de las neurosis lo sitúa Adler en los sentimientos que surgen de las inferioridades orgánicas, y en este punto se remite a su libro de 1907. Además de la compensación puramente fisiológica, la inferioridad orgánica pone en movimiento un complejo proceso psicológico de autoafirmación, que se convierte en un factor permanente de desarrollo psíquico. Como ya quedó esbozado en el libro sobre la inferioridad orgánica, este proceso psicológico implica una observación y entrenamiento constante de la función del órgano supuestamente inferior. Pero Adler añade a estos fenómenos, que ya había descrito, la idea de que los sentimientos de inferioridad pueden surgir también debido a factores puramente sociales, como la competencia temprana entre hermanos y la posición del niño en la serie de los mismos. Incluso cuando existe una inferioridad orgánica, el elemento fundamental es la reacción psicológica.

Cualesquiera que sean las variedades de neurosis, existe un proceso de entrenamiento común a todas ellas, que resulta de la mayor atención prestada por el paciente a sí mismo y a sus relaciones con los demás, de un descenso del umbral de excitabilidad y de una agudización de sus facultades para prever ciertos acontecimientos. Todo ello lo concibe subjetivamente como una tendencia a la superioridad y un miedo a ser dejado atrás. Más aún, el neurótico recurre a medios auxiliares, como son una imagen guía con la que vivir de acuerdo, y una técnica de vida neurótica. Con el tiempo, estos diversos medios se convierten en un fin por sí mismos.

El neurótico vive en un mundo ficticio estructurado en torno a parejas de conceptos opuestos. La principal de ellas es la oposición entre el profundo sentimiento de inferioridad y el exaltado sentimiento de personalidad del sujeto, oposición que es equiparada a los conceptos de «alto» y «bajo», «masculino» y «femenino», «triunfo» y «derrota». La oposición alto-bajo desempeña un papel importante en las fantasías, en los sueños y en los tropos de la gente normal, y adquiere una mayor importancia para el neurótico, el cual equipara la idea de superioridad con la de alto

y la de inferioridad con la de bajo. Lo mismo ocurre con relación al triunfo y la derrota, y, para el individuo neurótico, el más pequeño éxito o fracaso adquiere una importancia enorme. La oposición «masculino-femenino» está tratada ampliamente en *El carácter nervioso*. Adler parece atribuir menos importancia que anteriormente a los signos biológicos de intersexualidad. Lo que de verdad importa es la impresión subjetiva persistente en el paciente. Como la sociedad supone que la mujer es inferior al hombre, la protesta masculina se puede desarrollar tanto en el hombre como en la mujer. En esta última, es una reacción casi normal contra el papel que se le ha impuesto en un mundo masculino. En el hombre, es el resultado de las dudas que surgen acerca de su papel sexual o el miedo de no ser capaz de vivir con arreglo a él, que al mismo tiempo refuerza sus prejuicios contra la mujer. Basándose en ello, Adler describe diversas formas de neurosis en el hombre y en la mujer, y también aquí sus ideas difieren grandemente de las de Freud: lejos de ver la libido como la raíz de las neurosis y las desviaciones sexuales, hace resaltar el carácter simbólico de la conducta sexual.

A diferencia de Freud, subraya el papel del factor social en el origen de las neurosis y sus defectos sociales. Ciertos neuróticos, por ejemplo, se refugian de la sociedad restringiendo su campo de actividad social al círculo familiar, y en ocasiones prefieren incluso la familia de sus padres a la suya propia.

Adler compara el progreso de las neurosis a la evolución de las ficciones, según las describió Vaihinger. Ciertos científicos proponían una teoría en forma de modelo ficticio, en cuya realidad no creía. Este modelo ficticio era entonces tomado erróneamente por una hipótesis, y ésta transformada en un dogma. Del mismo modo, el neurótico juega con las fantasías, y posteriormente pasa a creerlas. Es lo que Adler denomina sustanciación. Cuando esta ficción sustanciada tiene que enfrentarse a la realidad, surge una situación peligrosa. Este patrón general de evolución, con sus fases de ficción, sustanciación y confrontación crítica con la realidad, existe independientemente de la variedad de las neurosis. Adler se deshace de las distinciones clásicas (histeria, fobia y obsesiones), que había conservado Freud. Llega a incluir las desviaciones sexuales en el campo de las neurosis.

El carácter nervioso adolece de un deficiente estilo y composición, pero está lleno de ideas y datos clínicos. En él se citan gran variedad de autores: médicos, pediatras y psiquíatras como Kraepelin y Wernicke y, entre los representantes de las nuevas escuelas, Janet, Bleuler, Freud y numerosos psicoanalistas. Entre los filósofos, los que aparecen con más frecuencia son Nietzsche y Vaihinger, y entre los escritores, Goethe, Schiller, Shakespeare, Tolstoi, Dostoievski, Gogol e Ibsen.

La obra de Alfred Adler: IV. — Psicología individual

Después de la Primera Guerra Mundial, Alfred Adler reconsideró y volvió a formular su sistema psicológico. La noción de sentimiento de comunidad (*Gemeinschaftsgefühl*), que había estado implícita en su teoría previa de la neurosis, fue ahora designada por este nombre y llevada a un primer plano. El nuevo sistema fue expuesto en 1927 en el más claro y sistemático de sus libros, *Conocimiento de la naturaleza humana* [100]. Esbozaremos ahora una revisión general de la psicología individual de Adler, tomando como base este libro y completándolo en ocasiones con otros escritos del mismo período.

La psicología adleriana no se adscribe ni a la psicología académica tradicional ni a la psicología experimental, y difiere radicalmente del psicoanálisis freudiano. Sería injusto valorar el sistema de Adler con la vara de medir de cualesquiera de esas corrientes. El término *Menschenkenntnis* designa la tendencia psicológica particular a la que pertenece la Psicología Individual de Adler. Esta especie de psicología pragmática, calificada en ocasiones de concreta, no pretende profundizar demasiado en los temas, sino proporcionar principios y métodos que permitan adquirir un conocimiento práctico de uno mismo y de los demás. Esto fue también lo que intentó Kant en su *La antropología desde el punto de vista pragmático* [101]. Incidentalmente, en el prólogo de este libro Kant utiliza dos veces el término *Kenntnis des Menschen* (conocimiento del hombre) y emplea la palabra *Menschenkenntnis*, que Adler utilizaría después casi como sinónimo de la psicología individual. Henri Lefèbvre ha demostrado asimismo que del marxismo se podía deducir un sistema para el conocimiento práctico del hombre en general y de la vida diaria [102]. Aún más fácilmente se podría extraer otro sistema de psicología pragmática de las obras de Nietzsche [103].

El *Menschenkenntnis* de Adler es, sin embargo, mucho más sistematizado y completo que los de Kant, Marx o Nietzsche. Su punto de partida se puede expresar así: «Todo ocurre en la vida mental *como si*... ciertos axiomas básicos fueran ciertos». ¿Cuáles son estos axiomas?

Primero, el *principio de unidad*: el ser humano es uno e indivisible, tanto en lo relativo a la relación mente-cuerpo como a las diversas activi-

[100] Alfred Adler, *Menschenkenntnis*, Leipzig, Hirzel, 1927. Trad. inglesa, *Understanding Human Nature*, Nueva York, Greenberg, 1927.

[101] Immanuel Kant, *Anthropologie in Pragmatischer Hinsicht* (1978), en *Kants Werke*, VII, Berlín, Georg. Reimer, 1971, págs. 117-333.

[102] Henri Lefèbvre, *Critique de la vie quotidienne*, Introducción, París, Bernard Grasset, 1947.

[103] Así lo ha demostrado en especial Ludwig Klages, *Die psychologischen Errungenschaften Nietzsches*, Leipzig, A. Barthes, 1926. Ver cap. V, págs. 314-323.

dades y funciones de la mente. La psicología individual de Adler se aparta, por tanto, de la insistencia freudiana sobre la ambivalencia básica del hombre y los conflictos existentes entre el consciente y el inconsciente, el yo, el ello y el superyo.

Segundo, el *principio de dinamismo;* la vida no se puede concebir sin movimiento. Pero, así como Freud da más importancia a la causa, Adler resalta el fin y la intencionalidad de los procesos psíquicos (lo que denomina *Zielstrebigkeit,* la «tendencia a un fin»): «Ningún hombre puede pensar, sentir, desear, ni incluso soñar, sin que todo ello esté definido, condicionado, limitado, dirigido por un fin situado ante él». Tal intencionalidad implica necesariamente la libertad de elegir. El hombre es libre en cuanto que puede elegir un fin o cambiarlo por otro, pero tan pronto como hace esto está determinado, en cuanto que obedece su ley autoimpuesta.

Alexander Neuer consideraba la noción de que el hombre se encuentra constantemente en situaciones de inferioridad, y que depende de él el superarlas o no, como una noción básica de la psicología individual [104]. Para superarlas, no es suficiente darse cuenta de las mismas; hay que actuar, y para ello se necesita valor. (Como en la anécdota del niño que siempre fracasaba en matemáticas hasta el día en que fue el único alumno de la clase que consiguió la solución de un problema y tuvo el valor de ir hasta la pizarra y demostrarla). Así, un acto de valor permitirá a un hombre cambiar también su estilo de vida después de haber cambiado de forma consciente el fin de la misma. Según Neuer, Adler denomina valor (*Mut*) esta especie de energía psíquica superior o *thymos,* que los antiguos griegos consideraban como esencia del alma. Dotar al niño de *thymos* deberá ser la preocupación básica del educador, así como la del psicoterapeuta, independietemente de que su paciente sea un niño o un adulto.

Tercero, el *principio de influencia cósmica*: no se puede concebir un individuo aislado del cosmos, que influye sobre él de mil formas. Pero aparte estas influencias universales, cada individuo percibe el cosmos de una forma específica propia. El *sentimiento de comunidad* es un reflejo de la interdependencia general del cosmos, que vive dentro de nosotros, del que nunca nos podemos abstraer completamente y que nos dota de la facultad de empatizar con otros seres. Sobre todo, significa la aceptación espontánea de vivir en conformidad con las demandas naturales y legítimas de la comunidad humana.

Quizá no sea superfluo eliminar algunos errores de interpretación. El sentimiento de comunidad no tiene nada que ver con la simple aptitud para mezclarse con otros y es mucho más que la lealtad a un grupo o

[104] Alexander Neuer, *Mut und Entmutigung. Die Prinzipien der Psychologie Alfred Adlers,* Munich, Bergmann, 1926, pág. 12.

a una causa. Tampoco debe ser confundido con la abdicación de la personalidad de un individuo en beneficio de la comunidad. La noción adleriana de comunidad incluye la estructura de los lazos familiares y sociales, las actividades creativas (es en la comunidad donde se crean la lógica, el lenguaje, los proverbios y el folklore), y una función ética (la justicia es una emanación de la comunidad). Por tanto, el sentimiento de comunidad es la percepción por parte del individuo de estos principios que rigen las relaciones de los hombres entre sí.

El sentimiento de comunidad está más o menos desarrollado según los individuos: en ocasiones se limita a la familia o al grupo de origen, pero se puede extender hasta abarcar la nación, la humanidad como un todo, y más allá, los animales, las plantas, los seres inanimados y el universo.

Cuarto, *el principio de estructuración espontánea de las partes en un todo*: todos los componentes de la mente se organizan y equilibran espontáneamente según el fin autoestablecido. Las sensaciones, las percepciones, las imágenes, los recuerdos, las fantasías, los sueños —todo converge en la línea de dirección del individuo. Del mismo modo, con la humanidad como un todo, esta estructuración espontánea aparece en la división del trabajo. Tanto en la esfera del individuo como de la humanidad, dicha estructuración espontánea es una manifestación del principio de adaptación a la propia ley.

Un quinto axioma básico es el *principio de acción y reacción entre el individuo y su ambiente*. El individuo se debe adaptar y readaptar constantemente a su ambiente. Cuando está en una posición de inferioridad, espontáneamente trata de superarla, directa o indirectamente. Lo mismo puede decirse, no ya del individuo, sino de la especie. Al igual que Marx, Adler considera como característica distintiva del hombre su gran habilidad para modificar su ambiente. Pero también aquí, como en la mecánica de los fluidos, toda acción conlleva una reacción, y tanto más cuando el individuo está en su grupo social: «Nadie puede salirse de la comunidad y extender su poder sobre otros sin despertar inmediatamente fuerzas que tenderán a frenar su expansión».

Como consecuencia, la psicología de Adler es esencialmente una dinámica de las relaciones interpersonales. Nunca considera el individuo en una situación aislada y estática, sino a la luz de sus acciones y de las reacciones de su ambiente.

Un sexto axioma es el que Adler denominó *ley de la verdad absoluta*, norma ficticia establecida para el gobierno del individuo que consiste en un equilibrio óptimo entre las exigencias de la comunidad y las del individuo; en otras palabras, entre el sentimiento de comunidad y la legítima autoafirmación. El individuo que se acomoda a ese ideal permanece en la verdad absoluta, lo que significa que se ajusta a la lógica de la vida en

sociedad y, por tanto, a las reglas del juego. La aparición de la desgracia, del fracaso, de las neurosis, de las psicosis, de las perversiones y de la criminalidad da una medida del grado de desviación de esta regla básica.

A partir de estas premisas es posible deducir una dialéctica que definiría las relaciones de la humanidad con la naturaleza, de los grupos sociales dentro de la humanidad, del individuo dentro de la comunidad, del individuo dentro de grupos pequeños y de los individuos entre sí.

La dialéctica de la *relación de las especies humanas y la naturaleza* es escasamente citada por Adler. Como el hombre es la más débil de las especies animales superiores, desarrolló un órgano psíquico con la facultad de prever, e imaginó la división del trabajo. De esta forma pudo sobrecompensar su inferioridad natural y conquistar la naturaleza. Adler podría haber examinado el problema del daño causado a la naturaleza por el hombre y sus desastrosos efectos superiores sobre el mismo, pero no prosiguió su dialéctica en esta dirección.

La dialéctica de las *relaciones de los grupos sociales entre sí* había sido abundantemente tratada por Marx y Engels, con su teoría de la lucha de clases. Adler pudo haber ampliado fácilmente este tema, pero, por la razón que sea, pareció evitarlo. Sin embargo, subrayó que el sentimiento de envidia es una consecuencia natural de la desigualdad social, en oposición con la envidia patológica resultante de los impulsos agresivos. Existe, sin embargo, un punto común a la sociología y a la biología, al que Adler dedica mucha atención: el de los papeles respectivos del hombre y la mujer. Las diferencias fisiológicas no explican la discrepancia entre sus papeles psicológicos y sociológicos. Todas nuestras instituciones públicas y privadas se basan en el prejuicio de la superioridad del varón. Siguiendo a Bachofen y Bebel, Adler supone que esta actitud representó una reacción histórica contra un período anterior de matriarcado, y que después se ha perpetuado y reforzado, tanto en el niño como en la niña, mediante la educación y la sugestión sutil y muchas veces inconsciente. Ésta es una de las raíces principales de la neurosis y del fenómeno de la protesta masculina, que describió de forma tan completa en *El carácter nervioso.*

La dialéctica de las interrelaciones entre los grupos humanos fue abordada por Adler en otras publicaciones. Recordemos cómo, en 1918 y 1919, trató de elucidar el fenómeno de la guerra y lo explicó por la actitud criminalmente irresponsable de los poseedores del poder y la impotencia de los demás cuando se dan cuenta del engaño [105]. La guerra puede ser considerada, por tanto, como una de las formas de psicosis de masas provocada por unos cuantos hombres que buscan el poder para sus pro-

[105] Ver cap. VIII, pág. 661.

pios intereses egoístas [106]. Adler, sin embargo, no consideró la lucha por el poder personal como un impulso primario, sino como resultado de un falso ideal guía que podía ser reemplazado por el de sentimiento de comunidad; de aquí la importancia capital que da a la educación en la prevención de la guerra [107].

La dialéctica de la *interrelación del individuo y la comunidad* ocupa gran parte del *Menschenkenntnis* de Adler y de sus otros escritos. El equilibrio entre el sentimiento de comunidad y el impulso hacia la autoexpansión se puede ver alterado muy precozmente. ¿Cómo explica Adler el origen del desequilibrio cuando éste se produce? Lo sitúa en el sentimiento de inferioridad, que se puede adquirir a la edad más temprana.

En este punto resulta adecuado un comentario lingüístico. El término «sentimiento de inferioridad», según lo utilizó Adler, tiene en realidad dos significados diferentes. Uno está relacionado con una inferioridad natural, como es la del tamaño de un niño cuando se compara con el de un adulto, o con una inferioridad de hecho resultante de una enfermedad. Pero los psicólogos individuales utilizan sobre todo el término en el sentido de un juicio valorativo, que es lo que implica la palabra alemana —*Minderwertigkeitsgefühl*— que incluye los radicales *minder*, «menor», y *Wert* «valor». Significa, por tanto, un juicio de «menor valor» pronunciado por un individuo sobre sí mismo. Esta confusión semántica fue señalada por Häberlin [108]. Y en 1926 Alexander Neuer distinguió entre las «posiciones de inferioridad», que son numerosas y múltiples, y los «sentimientos de inferioridad», que son el resultado de las «posiciones de inferioridad» no vencidas por el valor [109]. Este mismo punto fue también tratado en detalle por Brachfeld [110]. Posteriormente, el propio Adler distinguiría entre el sentimiento natural de inferioridad y el complejo subjetivo de inferioridad [111].

Adler distingue varias causas del sentimiento de inferioridad. Están las inferioridades orgánicas, según las describió en su monografía de 1907, pero Adler ahora resalta la importancia de la reacción del individuo frente a su inferioridad orgánica más que la inferioridad por sí misma. Otra fuente común son los errores educativos, como son el exigir demasiado del niño, destacar su debilidad, hacerle juguete del estado de ánimo

---

106 Alfred Adler, «Zur Massenpsychologie», *Internationale Zeitschrift für Individualpsychologie*, XII (1934), 133-141.

107 Alfred Adler, «Psychologie der Macht», en Franz Kobler, *Gewalt und Gewaltlosigkeit. Handbuch des aktiven Pazifismus*, Zurich, Rotapfel-Verlag, 1928, págs. 41-46.

108 Paul Häberlin, *Minderwertigkeitsgefühle*, Zurich, Schweizer Spiegel, Verlag, 1936.

109 Alexander Neuer, *Mut und Entmutigung. Die Prinzipien der Psychologie Alfred Adlers*, Munich, Bergmann, 1926, págs. 13-14.

110 F. Oliver Brachfeld, *Les sentiments d'infériorité*, Ginebra, Mont-Blanc, 1945.

111 Alfred Adler, «Der Komplexzwang als Teil der Persönlickheit und Neurose», *Internationale Zeitschrift für Individualpsychologie*, XIII (1935), 1-6.

de uno, darle a entender que es una carga, ridiculizarle y mentirle. Hay también causas sociales, como las inducidas entre los niños pobres por la inferioridad económica y social.

Cualquiera que sea su causa, el sentimiento de inferioridad se puede desarrollar a lo largo de dos líneas diferentes, distinguibles ya en el niño pequeño. Ambas se dirigen hacia un fin de superioridad, pero siguen una ruta distinta.

En el primer caso, el individuo buscará directamente la superioridad sobre los demás. Su línea guía estará orientada hacia este fin, al igual que sus funciones psicológicas y su carácter. Desplegará ambición, arrogancia, envidia y odio. La voluntad de poder de Nietzsche es una de las múltiples manifestaciones del complejo de superioridad; como ya había demostrado el propio autor, estos sentimientos agresivos pueden llevar múltiples disfraces.

En el segundo caso, el individuo tratará de alcanzar su fin de superioridad por medios indirectos y se refugiará detrás de barricadas tales como la debilidad, la timidez, la ansiedad o un círculo familiar o social restringido, posición ésta que le permitirá ejercer su tiranía y dominio al menos sobre unas cuantas personas. También aquí existen innumerables variedades de patrones de conducta.

Adler creía que, por regla general, el individuo elige la primera línea directa, y sólo recurre a la segunda cuando aquélla ha fallado. Esto puede ocurrir antes o después, muchas veces precozmente, en la infancia. En todos los casos, sin embargo, la discrepancia existente entre el fin de superioridad autoestablecido y su capacidad para alcanzarlo llevará al individuo a la derrota. Durante largo tiempo tratará de evitarla por medio de la distancia [112]. Retrocederá súbitamente cuando se esté acercando a su fin, parará poco antes de alcanzarlo, adoptará una actitud oscilante, o construirá con habilidad obstáculos artificiales que impedirán el éxito. Cuando el uso inteligente de la distancia no es suficiente, el sujeto tiene que confrontar su sueño con la dura realidad y, para evitar una catástrofe, recurrirá a lo que Adler denomina *arreglo*, sea en forma de depresión, de angustia, de fobia, de amnesia o de cualquier tipo de neurosis; en ocasiones, incluso de una enfermedad física o una psicosis. El fin del *arreglo* es ocultar al ambiente y al propio sujeto la derrota inminente de sus ambiciones inalcanzables.

A la luz de estos conceptos, los numerosos tipos de neurosis, depresión, perversión, adicción, criminalidad e incluso la psicosis no son sino variedades de alteraciones de la relación existente entre el individuo y la comunidad.

---

[112] Alfred Adler, «Das Problem der Distanz; über einen Grundcharakter der Neurose und Psychose», *Zeitschrift für, Individual-Psychologie*, I (1914), 8-16.

Otro tema de preocupación de la psicología individual es el de *las interrelaciones de los individuos dentro de un grupo pequeño.* Las conclusiones de Adler se pueden aplicar a cualquier situación de grupo natural o artificial. El profesor Biäsch, de Zurich, aplica corrientemente los principios adlerianos a sus investigaciones en psicología industrial y comercial. En realidad, Adler prestó su atención fundamentalmente a la psicología dentro del grupo familiar.

La influencia más fuerte en la vida de un niño proviene de la madre; ella es la que imparte (o debería impartir) la semilla del sentimiento de comunidad; el papel del padre es enseñar la confianza en sí mismo y el valor. La situación de Edipo, que Freud afirma ser un estadio normal y universal de la vida humana, es para Adler el resultado de la educación defectuosa de un niño mimado. Las relaciones con los padres no se limitan a las de amor y odio que describió Freud; los padres pueden desempeñar también el papel de *Gegenspieler* («aquel contra el que se actúa», el compañero contra el cual mide el niño su fuerza), que otras veces está reservado a uno de los hermanos, especialmente el mayor.

Según Adler, cada uno de los hijos de una familia nace y crece con una perspectiva específica según su posición en la serie de hermanos. Desde el comienzo la posición del primogénito es mejor que la de los hermanos más jóvenes. Se le hace creer que es el más fuerte, el más listo y el más responsable. Por ello es por lo que valora el concepto de autoridad y tradición, y es conservador en sus opiniones. El benjamín, en cambio, está siempre en peligro de seguir siendo el niño mimado y cobarde de la familia. Mientras que el mayor seguirá la profesión de su padre, el pequeño se convertirá fácilmente en artista o, como resultado de la sobrecompensación, desarrollará una tremenda ambición y luchará por ser el salvador de toda la familia. El segundogénito está bajo una presión constante por ambos lados: trata de aventajar al mayor y teme ser dejado atrás por el más joven. En cuanto al hijo único, está aún más expuesto que el último a ser mimado y consentido. La preocupación de sus padres por su salud puede hacerle ansioso y temeroso. Tales patrones están sujetos a modificaciones según los años que se lleven entre sí los hermanos y según el reparto de chicos y chicas y su posición respectiva en la familia. Si el primogénito está seguido de cerca por una hermana, llega un momento en que teme ser dejado atrás por ésta, que madurará mucho más rápidamente que él. Entre muchas otras situaciones posibles están las de la hija única en una familia de chicos, y el caso opuesto, de un solo muchacho entre una constelación de niñas (situación particularmente desfavorable según Adler).

Las *interrelaciones entre dos individuos* fueron también objeto de estudio por parte de Adler. Existe una obediencia normal, guiada por el sentimiento de comunidad; existe una desobediencia debida a la falta de

un sentimiento de comunidad o a la voluntad de poder; existe una obediencia ciega que es particularmente nociva cuando se da en grupos delincuentes. Adler considera la hipnosis como un tipo específico de relación interpersonal igualmente degradante para el sujeto que para el hipnotizador. La sugestión, según él, es una forma de reaccionar a un cierto estímulo exógeno; algunos individuos están muy dispuestos a sobrevalorar la opinión de otros y a menospreciar la suya propia, otros, por el contrario, son más propensos a considerar únicamente su propia opinión como la cierta y a rechazar siempre la de los demás. Aunque no está claramente descrita en ninguna parte de los trabajos de Adler, en ellos se encuentra implícita la inmediata relación interpersonal que se establece espontáneamente entre dos hombres que se encuentran por primera vez.

Una de las circunstancias que más dificultan las relaciones interpersonales es la falta de comprensión. La mayoría de los hombres carecen de una percepción clara de sí mismos y de los demás y, lo que es aún peor, la experiencia no les ayudará porque siempre harán sus valoraciones basándose en su perspectiva ya deformada. Más aún, no les gusta ser ilustrados acerca de sí mismos. Pero Adler está convencido de que, si el conocimiento del hombre fuera más general, se facilitarían las relaciones sociales, porque entonces la gente no se podría engañar tan fácilmente. De aquí la necesidad de una técnica para el diagnóstico psicológico práctico.

La técnica de Adler comienza con el principio axiomático de que la mayoría de los individuos tratan de alcanzar un fin oculto, o del que son ignorantes. El conocimiento de tal fin proporcionaría la clave para la comprensión de la personalidad de un hombre y, a la inversa, del examen crítico de la conducta de un individuo se podría deducir la naturaleza de dicho fin. Como éste determina tanto la línea guía como la perspectiva (o imagen del mundo) del individuo, poseemos una serie de claves que apuntan a este fin secreto. El psicólogo individual procederá de forma semejante al astrónomo que desea determinar la trayectoria de una nueva estrella. Determinará una serie de posiciones sucesivas y a partir de ellas reconstruirá la línea y dirección seguidas por la estrella. Así, comenzará con dos puntos, lo más alejados entre sí que sea posible: uno podría ser un recuerdo infantil y el otro un acontecimiento reciente que ilustre la conducta esencial del individuo. Desde luego, tomará también puntos intermedios; cuanto mayor sea el número de éstos, más exacta será la reconstrucción de la línea. Entre los datos utilizados se encuentran los primeros recuerdos, los juegos espontáneos del niño, los deseos sucesivos del niño y el adolescente en relación con su profesión futura, y sus sueños.

Según Adler, los primeros recuerdos tienen un gran valor diagnóstico, sean o no históricamente ciertos. Reflejan el fin vital y el estilo de vida

del individuo, siempre que sean examinados en conexión con otras indicaciones psicológicas.

Adler considera que los sueños muestran algo del estilo de vida del individuo, particularmente el aspecto de sí mismo que desea ocultar a sus compañeros (porque la censura del control social es temporalmente eliminada). También poseen una función prospectiva: expresan una tentativa de solución de los problemas actuales del soñador, o más bien un escape de una verdadera solución racional, y son por tanto un autoengaño [113].

Este tipo de investigación de las actitudes presentes, los primeros recuerdos, las actividades infantiles, los deseos adolescentes y los sueños descubre simultáneamente la perspectiva del individuo, es decir, su percepción específica, selectiva del mundo, y su estilo de vida. Cada individuo utiliza sus tácticas particulares para alcanzar su fin, y esto es lo que Adler denomina estilo de vida (*Lebensstil*). Uno recurrirá a la arrogancia, el otro a la modestia fingida, un tercero despertará la lástima en los demás y así sucesivamente. La mayoría de las veces se tratará de una combinación compleja de recursos. Para diagnosticar un estilo de vida son mucho más reveladoras las acciones y la conducta de un individuo que sus palabras. Así es posible diagnosticar de forma simple y rápida el fin secreto perseguido por aquellos con los que tratamos y ver cómo intentan influir sobre nosotros. De esta forma se puede ver a través de la máscara, y evitar sus ataques. En los niños es fácil descubrir el secreto de sus dificultades de carácter y los obstáculos para su educación.

Para valorar completamente un carácter, hay que considerar otros factores. La imagen que tiene un individuo del mundo depende en gran parte de que pertenezca al tipo visual, al auditivo o al motor; el último necesita más movimiento. Adler atribuyó también mucha importancia al grado de energía mental y física del individuo, independientemente de su valor. Vemos por tanto que, para la valoración completa de la personalidad de un hombre, es necesario conocer sus insuficiencias orgánicas, sus primeras relaciones interpersonales y su situación familiar, si su tipo es sensorial o motor, su energía física y mental naturales, sus preferencias y su valor.

Adler examina el curso y desarrollo de la vida humana a la luz de los conceptos anteriores. La individualidad del hombre se manifiesta en etapa muy temprana. Según Adler, es posible valorar el grado de sentimiento de comunidad en un niño a los pocos meses de edad, y ya en el segundo año deducirlo de la forma como el propio niño se expresa en palabras. Según crece, su forma de jugar se hace característica. Adler concuerda

[113] Alfred Adler, «On the Interpretation of Dreams», *International Journal of Individual Psychology*, II, núm. 1 (1936), 3-16.

con Groos en que el juego es una preparación espontánea del niño para el futuro, pero añade que es también una expresión de su actividad creadora, de su sentimiento de comunidad y de su voluntad de poder. La primera infancia es asimismo el período durante el cual el hombre aprende de su medio ambiente en muchas y sutiles formas, adquiriendo las ideas comúnmente aceptadas acerca de los papeles respectivos del hombre y la mujer en la sociedad, y encontrando su identidad. Adler considera importantes los deseos sucesivos del niño relativos a su futura profesión, y piensa que la ausencia de cualquier deseo de este tipo podía ser signo de una grave alteración subyacente. La edad adulta es el período en que el individuo debe cumplir las tres tareas de su vida: amor y familia, profesión y relaciones con la comunidad. La forma como el individuo cumple estas tres obligaciones vitales da la medida de su adaptación. Los nuevos problemas que surgen en el proceso posterior de envejecimiento tienen que ser considerados en esta perspectiva.

El libro *Menschenkenntnis* contiene también una tipología, y un capítulo que los antiguos autores habrían denominado tratado de las pasiones. Aunque señalando que cada ser humano es único, Adler da una clasificación empírica, en la que distingue dos categorías principales: la naturaleza agresiva y la no agresiva. En la primera coloca no sólo a quienes muestran una agresividad abierta, sino también disfrazada. Esta caracterología está íntimamente relacionada con la descripción de las pasiones que hace Adler, quien las divide en separativas y unitivas.

Las concepciones de Adler de las psicosis, las desviaciones y la delincuencia están contenidas en otros diversos escritos del mismo período.

Su teoría de la melancolía fue publicada en 1920 [114]. En un episodio depresivo Adler no ve sino la exacerbación de la forma característica que tiene el paciente de dirigir las situaciones vitales. El paciente deprimido, dice, es un hombre que siempre ha estado afligido por un profundo sentimiento de inferioridad. Pero lo característico es su forma personal de hacer frente al mismo. Desde la primera infancia muestra una carencia de impulso y actividad, evitando las dificultades, las decisiones y las responsabilidades. Es desconfiado y crítico con respecto a los otros, y considera el mundo como básicamente hostil, la vida como una empresa tremendamente difícil, y sus compañeros como seres fríos y displicentes. Por otra parte, ha alimentado siempre una idea secreta de su propia superioridad y desea obtener las mayores ventajas posibles de los demás. Para lograr su fin secreto, adopta tácticas definidas: hacerse tan pequeño y poco notable como le sea posible, y limitarse a un estrecho círculo de personas a las que puede dominar, fundamentalmente con sus quejas,

[114] Alfred Adler, *Praxis und Theorie der Individualpsychologie*, Viena, Bergmann, 1920, págs. 171-182. Trad. inglesa, *The Practice and Theory of Individual Psychology*, Londres, Routledge and Kegan Paul, 1925.

lágrimas y tristeza. La melancolía aparece siempre como consecuencia de una crisis vital: ejemplo típico es el de una situación difícil que requiera adoptar una decisión firme; también puede ocurrir que el entorno del paciente se haga más crítico y escape a su control; o quizás que el propio paciente comience a criticarse a sí mismo. En este punto surge la melancolía y se forma un círculo vicioso, puesto que el insomnio, la alimentación insuficiente y factores semejantes alteran el equilibrio fisiológico del paciente y, consecuentemente, refuerzan su ficción. El desenlace de la enfermedad depende, dice Adler, de que las tácticas del paciente triunfen o no. En el primer caso, la enfermedad retrocede tan pronto como aquél ha alcanzado su fin secreto. Pero si fracasa, recurre a su *ultima ratio*, el suicidio, que es a la vez la única salida honorable de una situación sin esperanza y un acto de venganza contra el ambiente.

La paranoia, según Adler es el desarrollo de otra forma específica precoz de resolver las situaciones vitales [115]. Cuando un individuo ha mostrado ya durante la niñez una falta de sentimiento de comunidad, ha estado siempre insatisfecho con la vida y se ha mostrado crítico y hostil hacia los demás, alimenta en sí mismo un fin secreto de alta ambición y trata de alcanzarlo con acciones de naturaleza beligerante. Durante algún tiempo progresa en esa dirección, pero llega a un momento en que se ve obligado a pararse a cierta distancia del fin esperado. Para justificarse, tanto a sus ojos como a los de los demás, recurre ahora a dos ardides: crea obstáculos ficticios y a partir de entonces gasta sus energías en la lucha para vencerlos, y desplaza la batalla a otro campo.

La esquizofrenia, piensa Adler, afecta a los individuos que manifiestan tempranamente temor de la vida. La enfermedad aparece cuando tienen que enfrentarse con las fatigas de la vida. Es la manifestación de un desaliento extremo.

En cuanto al alcoholismo, tanto Adler como sus discípulos mencionan diversas causas. La inferioridad orgánica puede desempeñar un papel [116]. La ingesta de alcohol puede ser un modo de expulsar los sentimientos de inferioridad, una manifestación de protesta masculina, o una forma de exaltar una actitud hostil hacia los demás hombres. La ebriedad es un medio de separarse de la comunidad. La adicción alcohólica es una forma de escapar a los deberes y responsabilidades de la vida [117].

En términos generales, Adler considera las perversiones sexuales como expresión del aumento de distancia psicológica entre el hombre y la

[115] La teoría de Adler sobre la paranoia aparece en el mismo artículo que la de la melancolía. Ver también Georges Verdeaux, *La Paranoia de compensation*, París, Le François, 1943.

[116] Vera Strasser-Eppelbaum, *Zur Psychologie des Alkoholismus. Ergebnisse experimenteller und individualpsychologischer Untersuchungen*, Munich, Reinhardt, 1914.

[117] P. Nussbaum, «Alkoholismus als Individualpsychologisches Problem», en Stavros Zurukzoglu, *Die Alkoholfrage in der Schweiz*, Basilea, B. Schwabe, 1935, págs. 603-618.

mujer, de una rebelión del sujeto contra su papel sexual normal, y de una actitud depredadora y hostil hacia el compañero sexual [118].

De la homosexualidad se ocupó Adler en un estudio de setenta y cinco páginas que publicó en 1917 [119] y en una monografía más amplia de 1930 [120]. En esas obras rechaza la teoría de la constitución física. Admite que ciertos homosexuales puedan exhibir características secundarias del sexo opuesto, pero afirma que lo mismo ocurre en numerosos individuos que son perfectamente normales. No existe un determinismo biológico, y todo depende de la forma subjetiva como el paciente asuma su identidad somática y del uso que haga de ella. El móvil principal se encuentra en el miedo y hostilidad al otro sexo, porque la distancia psicológica es menor con las personas del sexo propio que con las del opuesto. El niño que no ha sido preparado adecuadamente para asumir su papel social evita a las personas del otro sexo y lo compensa aumentando sus relaciones con las del propio. A partir de entonces, siempre que se enfrente a una situación en la que deba tratar con miembros del sexo opuesto, reacciona con el desaliento y la huida. En su última monografía sobre la homosexualidad, Adler subrayó la importancia del hábito: por lo general es difícil convertirse en un pervertido, y a un homosexual le es fácil autoengañarse y convencerse de que ya desde pequeño se sintió atraído por los niños de su mismo sexo.

De los grandes pioneros de la psiquiatría dinámica, fueron Janet y Adler los únicos que tuvieron contacto clínico personal con delincuentes, y Adler el único que escribió algo sobre el tema extraído de su experiencia directa [121]. En la raíz de la delincuencia, así como en la de las neurosis, psicosis y desviaciones sexuales, Adler halla una falta de interés social. Pero el delincuente difiere en que no se contenta con recibir ayuda de los demás y ser una carga para ellos, sino en que actúa como si todo el mundo estuviera contra él. Es fácil «detectar» al niño delincuente: sigue su propio camino hiriendo a los demás. Adler distingue tres tipos de delincuentes: primero, los que fueron niños mimados, acostumbrados siempre a recibir y nunca a dar, y que han conservado este patrón; segundo, los niños olvidados, que en realidad han experimentado un mundo hostil; por último, hay un grupo más pequeño que comprende a los niños perversos. En todo caso, cualquiera que sea la situación original, los

[118] Adler expuso sus conceptos de vida sexual normal y anormal en varios artículos de una enciclopedia médica: A. Bethe, ed., *Handbuch der normalen und pathologischen Physiologie*, XIV, núm. 1, Berlín, Springer-Verlag, 1926.

[119] Alfred Adler, *Das Problem der Homosexualität*, Munich, Reinhardt, 1917.

[120] Alfred Adler, *Das Problem der Homosexualität, Erotisches Training und erotischer Rückzug*, Leipzig, S. Hirzel, Verlag, 1930.

[121] Alfred Adler, «The Individual Criminal and His Cure», *National Committee on Prisons and Prison Labour*, Nueva York, Annual Meeting, 1930. Ver también Phyllis Bottome, *Alfred Adler, Apostle of Freedom*, Londres, Faber and Faber, 1939, páginas 228-235.

delincuentes muestran el mismo impulso intenso de superioridad. Adler les considera, en esencia, como cobardes. Nunca realizan una pelea limpia; cometen sus delitos únicamente cuando tienen ventaja (robarán a una persona descuidada o indefensa, matarán cuando su víctima no se pueda defender, etc.). Su sentimiento de superioridad se ve reforzado por el hecho de haber cometido, antes de su detención, varios delitos sin ser descubiertos. Factores coadyuvantes de la delincuencia son el bajo nivel de inteligencia y la falta de toda formación profesional. Según Phyllis Bottome, Adler juzgaba a los ladrones más fáciles de curar que al resto de los delincuentes, porque poseen un nivel de inteligencia superior al promedio de éstos y porque, al ser «expertos», les resulta más fácil encontrar un trabajo honorable y adaptarse a él.

A diferencia de Freud, Adler no abordó apenas los campos del arte, la literatura, la etnología y la historia cultural. Un artículo escrito casualmente para el periódico de la socialdemocracia vienesa muestra cómo se puede aplicar la psicología individual a la interpretación de un acontecimiento histórico, a saber, la Revolución francesa de 1789.

El rápido desarrollo económico de Francia, junto con la urbanización, el crecimiento de un proletariado industrial y la explotación de los campesinos, habían llevado el país al caos. En esta situación, su exclusión de numerosas funciones públicas irritó a algunos de los hombres más capaces. Voltaire y Rousseau expresaron los sentimientos de las masas y ayudaron a crear una «línea revolucionaria». Se llegó a un punto crítico cuando el gobierno obstaculizó los primeros intentos de introducir unas reformas que eran urgentes. Así se puso en movimiento la corriente revolucionaria y se pavimentó el camino para sus grandes dirigentes.

Marat, que era pobre, había pasado hambre y estaba perseguido por la policía, proclamó la revolución de los pobres contra los ricos. Se ofreció a sí mismo como víctima, sobre todo porque su salud estaba arruinada. Al no ser elocuente, empleó la táctica de escribir cartas y artículos inflamados, y de recibir a numerosos visitantes para exponerles sus ideas. Era desinteresado y sincero, pero no se dio cuenta de que la gran mayoría de sus adeptos estaba compuesta por criminales.

Danton, hombre extraordinariamente ambicioso, había dado ya una indicación precoz de su estilo de vida cuando, siendo un escolar, se escapó para asistir a la coronación del rey. Durante la revolución supo ver los acontecimientos venideros y estar siempre en el centro de los más importantes. Era valiente y resuelto, y un brillante orador. Su táctica era la de mantener buenas relaciones con los ricos y poderosos mientras aparentaba servir al pueblo, y utilizar a éste para la satisfacción de sus propios intereses egoístas.

Robespierre había sido un «alumno modelo», siempre el primero de su clase. Su pasión predominante era la vanidad. A los hambrientos les predicaba el ideal abstracto de la «virtud» y el culto del Ser Supremo (el cual concebía a su propia imagen). Su táctica era la de mantenerse en la sombra siempre que fuera posible, para preparar lenta y metódicamente ataques demoledores contra sus enemigos, maniobrando para que se destruyeran entre sí. Pero carecía de flexibilidad, y cuando llegó a su último enemigo, súbitamente se derrumbó [122].

[122] Alfred Adler, «Danton, Marat, Robespierre. Eine Charakterstudie», *Arbeiter-Zeitung*, núm. 352 (25 de diciembre de 1923), 17-18.

Podríamos preguntarnos hasta qué puntos derivan estos análisis de la psicología individual o de las relaciones personales de Adler con los revolucionarios rusos.

La obra de Alfred Adler: V. — Psicoterapia y educación

No se sabe exactamente cuándo comenzó Adler a estudiar y practicar la psicoterapia. Probablemente aprendiera algo de Moritz Benedikt en la *Poliklinik*. En la última década del siglo XIX se puso de moda ser *Nervenarzt*, es decir, tratar a esos numerosos pacientes cuyas enfermedades no pertenecían ni a la neurología orgánica ni a la psiquiatría hospitalaria. Como no había una enseñanza organizada de esta nueva rama de la medicina, los que la practicaban tenían que elaborar de forma empírica su propio método, que probablemente nunca se transmitiría. Parece ser, que, durante sus años como médico general, Adler tuvo un número cada vez mayor de pacientes nerviosos, y es tema de debate hasta qué punto los trató según sus propios métodos o los que aprendió de Benedikt, y posteriormente de Freud y del grupo psicoanalítico. De sus escritos se desprende claramente que, durante su asociación con Freud, estuvo dedicado activamente al tratamiento de las neurosis. *El carácter nervioso* es, sin duda, la obra de un hombre con varios años de experiencia psicoterapéutica y que dominaba su técnica.

Por desgracia, Adler, al contrario que Freud, nunca hizo un relato detallado de su técnica psicoterapéutica. Referencias a la misma están esparcidas por sus escritos y los de sus discípulos [123].

Una diferencia fundamental entre Adler y Freud es la de que este último elaboró una técnica psicoterapéutica pensada únicamente para el adulto individual; su hija Anna fue la primera en adaptarla al análisis infantil; Pfister y Aichhorn la aplicaron a la pedagogía terapéutica, y otros posteriores a la terapia de grupo. Adler estableció varios métodos terapéuticos, aptos para el adulto, el niño y la pedagogía terapéutica.

Las diferencias entre sus métodos y los de Freud son manifiestas. Con Adler no hay motivo para que el paciente se tumbe sobre un diván y el médico se siente tras él, viéndole pero sin ser visto. El terapeuta y su paciente se sientan enfrente y Adler insistió en que las dos sillas deben ser de altura, forma y tamaño semejantes. Las sesiones son menos frecuentes y el tratamiento mucho más corto que en los análisis freudianos. En general, las entrevistas de una hora tienen lugar tres veces a la se-

123 Seguimos primordialmente la sistematización escrita por la doctora Alexandra Adler, «Individualpsychologie (Alfred Adler)», en *Handbuch der Neurosenlehre und Psychotherapie*, III, Frankl, Gebsattel, y Schultz, eds., Munich, Urban und Schwarzenberg, 1959, págs. 221-268.

mana, reduciéndose su frecuencia gradualmente a dos y luego a una vez. Las rígidas reglas características del psicoanálisis freudiano son tomadas muchas veces a la ligera. El terapeuta no dudará en charlar con miembros de la familia o amigos del paciente en presencia de este último (y con su consentimiento), si lo considera necesario. Los psicólogos individuales nunca observaron diferencia alguna entre los resultados de las terapias pagadas y gratuitas, ni creían que hubiera necesidad de pagar una cita no cumplida, independientemente de la causa.

La psicoterapia individual comprende tres estadios de distinta duración. Durante el primero, el objetivo principal del terapeuta es comprender al paciente y sus problemas. Dependiendo de su experiencia y agudeza psicológica, invertirá en ello de un día a dos semanas o más. Adler era famoso por la rapidez de sus diagnósticos. El paciente empieza por relatar su historia vital y hablar de sus dificultades; el terapeuta le pregunta entonces por los primeros recuerdos, situaciones de la primera infancia, sueños y otros rasgos característicos de la personalidad que le permitan reconstruir el fin vital y el estilo de vida. Una de las preguntas favoritas de Adler era ésta: «Suponiendo que no tuviera usted esta alteración, ¿qué haría?». La respuesta indicaba lo que en realidad deseaba evitar.

En el segundo estadio, el terapeuta tiene que conseguir que el paciente comprenda gradualmente su fin vital y estilo de vida ficticios. No se trata, desde luego, de decírselo directamente. Tiene que conocerlo de forma gradual mientras se discute su fracaso en la vida o su conducta neurótica. También se le demostrará que su estilo y fin vital estaban en contradicción con la realidad de la vida y la ley del interés social.

Una vez que el paciente ha adquirido y aceptado una imagen clara y objetiva de sí mismo, se ha llegado al tercer estadio, en el que tiene que decidir si desea cambiar su fin y estilo de vida. En caso positivo, hay que ayudarle en sus intentos de readaptarse a la realidad recién descubierta, tarea que puede llevar algunos meses. No obstante, los tratamientos de psicología individual raramente duran más de un año; mientras que Freud consideraba como criterio para el éxito de la terapia el que el paciente recuperase la capacidad de disfrutar y trabajar, Adler atendió a la capacidad para cumplir las tres tareas fundamentales de la vida: ocupación, amor y familia, comunidad. Los fenómenos de resistencia y transferencia, tan importantes en el psicoanálisis freudiano, tienden a ser considerados por los adlerianos como artificiosos. Adler equiparó la resistencia con una forma de protesta masculina, que ha de ser señalada inmediatamente al paciente como indeseable. La transferencia era para él un deseo neurótico, que tiene que ser erradicado.

En contraste con Freud, Adler nunca publicó historias clínicas completas comparables a la del hombre-lobo o el pequeño Hans. Poseemos, sin embargo, dos fragmentos bastante largos, que pueden interesarnos.

Son conocidos como el caso de la Srta. R.[124] y el caso de la Sra. A.[125], aunque no son historias clínicas en sentido estricto. El primero es una corta historia escrita por la propia paciente; el segundo, un relato escrito por el médico acerca de la paciente. Ambos fueron leídos a Adler, que no conocía a las enfermas y que los comentó, frase por frase, con objeto de demostrar que cualquier documento clínico puede interpretarse para reconstruir el fin y estilo de vida del sujeto.

La técnica de psicoterapia infantil de Adler difería en muchos aspectos de la que utilizaba con los adultos. Variaba según el niño, su edad y sus problemas. Adler no trató nunca a un niño sin haberse entrevistado con sus padres, y al menos parte de las sesiones terapéuticas se daban en presencia de uno de éstos o de persona cualificada.

El método elaborado por Adler para el tratamiento de los pacientes individuales no agota su actividad como psicoterapeuta. Hay otro aspecto de la misma, que aparece en las organizaciones de pedagogía terapéutica que concibió y organizó en Viena[126].

En 1920, juzgando que los esfuerzos en el campo de la pedagogía terapéutica debían dirigirse más a los maestros que a las familias, organizó un sistema de consultas para aquéllos. Podían reunirse con él o sus colaboradores a intervalos regulares para discutir problemas relativos a los niños difíciles que tenían en clase. En dichas sesiones se les enseñaba a comprender tales problemas a la luz de la psicología individual. Pronto se evidenció la necesidad de celebrar consultas en las que pudieran participar también los padres; se celebraron, pues, gratuitamente, dos veces a la semana, en una de las aulas. El maestro preparaba una ficha del niño antes de la consulta y Adler, o su sustituto, hablaba siempre primero con la madre, luego con el niño, y por último con el maestro. Había además algunos otros maestros presentes, y Adler estaba asistido al menos por uno de sus colaboradores, que grababa la entrevista. Adler resaltaba el valor de la presencia de varios maestros y educadores, no sólo porque así podrían aprender sus métodos otros maestros y psicólogos, sino también para que el niño sintiera que estaba al cuidado de un grupo preocupado genuinamente de su bienestar. Fue un ejemplo temprano de lo que después sería denominado terapia múltiple. Adler no utilizaba las

---

124 Alfred Adler, «Die Technik der Individualpsychologie», *Die Kunst eine Leben-und Krankengeschichte zu lesen*, Munich, Bergmann, 1928, vol. I. Trad. inglesa, *The Case of Miss. R.; The Interpretation of a Life Story*, Nueva York, Greenberg, 1929.

125 Alfred Adler, «The Case of Mrs. A.», *Individual Psychology Pamphlets*, volumen I, 1931.

126 El propio Adler escribió muy poco acerca de estas organizaciones. La descripción más completa que de ella conocemos es la escrita por Madelaine Ganz, *La Psychologie d'Alfred Adler et le développement de l'enfant*, Neuchâtel, Delachaux et Niestlé, s. f. Trad. inglesa, *The Psychology of Alfred Adler and the Development of the Child*, Londres, Routledge and Kegan Paul, 1953.

pruebas psicológicas. Afirmaba la necesidad de tratar al niño en el hogar y de enseñarle a daptarse a las dificultades que le rodeaban. Únicamente en casos extremos se le enviaría a una institución. Algunos niños fueron enviados a un *Hort*, especie de asilo medio-pensionista donde los niños realizaban sus deberes y jugaban al acabar las clases.

Adler nunca trató de imponer sus servicios y esperaba a ser invitado antes de comenzar a trabajar en una escuela nueva. Según Madelaine Ganz, en 1929 lo hacía en veintiséis de ellas. Viena se convirtió en la primera ciudad del mundo en que todos los niños en edad escolar podían gozar de terapia educacional gratuita cuando la necesitaban.

La experiencia había enseñado a Adler que cuanto antes se empezaba la terapia, tanto más efectiva era. Esto le llevó a crear clases de jardín de infancia ajustadas a los principios de la psicología individual. Con ello pretendía hacer independientes y adaptables a los niños más pequeños. Madelaine Ganz, que visitó uno de estos jardines de infancia en 1932, notó que los niños parecían menos disciplinados que en el de Montessori. Eran libres de realizar sus actividades en pequeños grupos o solos. La única regla impuesta era la de concluir cualquier trabajo que eligieran. El sentimiento de comunidad se estimulaba no sólo mediante una clase de gimnasia rítmica, sino también con una hora de coloquio presidido por el profesor. Los niños podían tomar un desayuno a las diez, sentados en una mesa común, y espontáneamente tendían a cambiar y compartir su comida.

Otro progreso educativo fue el de la escuela experimental, abierta en septiembre de 1931, después de diez años de trabajo preliminar y de negociaciones con las autoridades escolares. Estaba dirigida por tres de los más avezados seguidores de Adler: Oskar Spiel, Birnbaum y Scharmer. Su labor no era fácil, porque el Consejo escolar había estipulado que el programa y las reglas generales se ajustaran a los de las restantes *Hauptschulen* de Viena. La escuela estaba situada en uno de los barrios más pobres de Viena, y tenía clases de treinta y cuarenta niños. Era en la época de la Gran Depresión y muchos de los padres carecían de empleo, de modo que los alumnos estaban en muchas ocasiones hiponutridos. Madelaine Ganz expone su admiración por la dedicación de aquellos educadores y sus notables éxitos a pesar de los numerosos obstáculos que se les oponían. Las clases estaban divididas en grupos de trabajo de cinco a siete alumnos, con un presidente en contacto con el primero y segundo alumnos. El espíritu comunitario de la clase se mantenía gracias a un «grupo de conversación» en el que participaban todos una vez a la semana, además de compartir otras experiencias. Se estimulaba sistemáticamente la ayuda mutua. Por ejemplo, al niño adelantado en matemáticas se le sentaba al lado de otro atrasado, para que pudiera ayudarle. Los maestros concedían entrevistas individuales a los alumnos que mostraban

necesidad de ella, y había una reunión mensual de padres y profesores (lo que no era cosa corriente en aquella época).

Estas organizaciones fueron abolidas cuando el partido socialdemócrata abandonó su último reducto, «Viena roja», en 1934. Pero las ideas de Adler permanecieron vivas, y se puede percibir su inspiración en creaciones, no ya suyas, sino de algunos de sus discípulos. El Dr. Joshua Bierer, que fue formado personalmente por Adler y emigró a Inglaterra, proclamaba que cualquier psiquiatría que quiera merecer el título de social debe acoger a toda la comunidad. En esta idea se basó cuando [127] formó el primer Club Terapéutico Social, regido por los propios enfermos agudos y crónicos del Runwell Hospital (1938-1939), los primeros clubs para pacientes dados de alta y ambulatorios de East Ham y Southend en 1939, y el Centro de Psicoterapia Social (hoy, Day Hospital) en 1946 [128]. La terapia de grupo y la psiquiatría comunitaria son, sin duda, los vástagos legítimos del pensamiento y la obra de Alfred Adler.

La obra de Alfred Adler: VI. — Últimos desarrollos

Con su libro *Conocimiento de la naturaleza humana,* en 1927, Adler había dado la exposición más sistematizada de su doctrina. Luego, particularmente después de 1933, introdujo ciertas modificaciones, unas inspiradas en conceptos psicológicos nuevos y otras encaminadas a subrayar la importancia del aspecto filosófico de sus ideas. Estos cambios son notables en su libro *El significado de la vida* [129] y en varios de sus artículos postreros [130].

En estos últimos atribuye mayor importancia al poder creador y al grado de actividad del individuo. Considera ahora el poder creador como un factor esencial en la construcción del plan de vida o estilo de vida. Este último, por tanto, ya no puede ser considerado como un mero reflejo de las primeras situaciones infantiles. El mismo poder se encuentra también en el modelado de la neurosis por el neurótico. Otra innovación importante de las últimas enseñanzas de Adler es el concepto de «grado de actividad» de los niños problema: la diferencia de grado de actividad determina diferencias en el resultado psicopatológico posterior del adulto y, a su vez, diferentes medidas de educación. Una tercera innovación es

127 Información proporcionada amablemente por el doctor Joshua Bierer.

128 También el doctor D. Ewen Cameron abrió en 1946 un hospital de día en Montreal, aunque con principios algo diferentes.

129 Alfred Adler, *Der Sinn des Lebens,* Viena, Passer, 1933. Trad. Inglesa, *Social Interest: A Challenge to Mankind,* Londres, Faber and Faber, 1938.

130 La mayoría de estos últimos escritos han sido recogidos en el volumen editado por Heinz y Rowena Ansbacher, *Superiority and Social Interest,* Evanston, Northwestern University, 1964.

la de la mayor importancia atribuida a la tendencia a la superioridad, que ahora considera esencial y normal. Ya no aparece como antagonista del sentimiento de comunidad: este último es un ideal normativo que dirige dicha tendencia. Adler no considera ya los sentimientos de inferioridad como primarios (y la tendencia a la superioridad como compensadora). Por el contrario, piensa que son secundarios a dicha tendencia. Lo opuesto del sentimiento de comunidad es ahora la «inteligencia privada».

En su descripción de la neurosis y la delincuencia, Adler utiliza asimismo nuevos términos. El neurótico y el delincuente que siguen su inteligencia privada en lugar de la lógica de la vida comunitaria dedican su actividad al lado inútil de la vida. En todos los que se separan del ideal de la comunidad se produce necesariamente una restricción de campo: el homosexual, por ejemplo, se separa a sí mismo del sexo opuesto, es decir, de la mitad de la humanidad. En el delincuente habitual, la restricción es mucho más pronunciada. La diferencia entre el neurótico y el delincuente está en que el primero no ha perdido el sentimiento de comunidad, aunque su respuesta a las demandas de ésta es «sí, pero», mientras que el segundo responde «no». En otro de sus últimos trabajos, Adler trata del problema de la muerte: la persona mentalmente sana no deja que el pensamiento de la muerte le aparte de la adaptación activa a los problemas de la vida; el neurótico preparará varios tipos de deseos obsesivos de muerte o de temores a la misma según su estilo de vida [131].

Adler pareció dudar entre varios sistemas de tipología y proponer otros que, sin embargo, no se excluyen mutuamente. Previamente distinguía cuatro tipos de individuos: los que se conforman a la lógica del sentimiento de comunidad, los directamente agresivos, los indirectamente agresivos y los que se refugian en la adicción o la psicosis. Posteriormente resaltó la importancia de los tipos motor y sensoriales: el primero con su necesidad de actividad, el tipo visual y el tipo auditivo. Habló incluso del tipo «gustativo», en el que situaba a ciertos alcohólicos. En *El significado de la vida,* distingue tres tipos de hombres: los dominados por el intelecto (a este tipo pertenecen los neuróticos obsesivo-compulsivos y la mayoría de los psicóticos), los dominados por la afectividad (la mayor parte de los neuróticos y los alcohólicos) y los dominados por la actividad (los delincuentes y los suicidas). Sin embargo, no atribuye demasiada importancia a estas tipologías, y en sus últimos escritos resalta la unicidad del individuo, como habían hecho los románticos antes que él y harían los existencialistas después.

Parece ser que no modificó demasiado su técnica de tratamiento. En orden al diagnóstico, creía que cualquiera puede desarrollar la habilidad

---

131 Alfred Adler, «Das Todesproblem in der Neurose», *Internationale Zeitschrift für Individualpsychologie,* XIV, 1936, 1-6.

de adivinar, haciendo un diagnóstico a primera vista y contrastándolo, lo que le servía de entrenamiento. En el proceso de desvelar las ficciones neuróticas del paciente, había que intentar conducirlo a una «trampa» (incidentalmente, es el viejo método dialéctico empleado por Sócrates en sus discusiones con los sofistas) [132].

Con el tiempo, su sistema tomó un giro cada vez más filosófico. El sentimiento de inferioridad, lejos de ser un síntoma neurótico, se convirtió en la característica esencial del hombre. En *El significado de la vida,* enunció su conocida frase: «Ser hombre significa padecer un sentimiento de inferioridad que constantemente induce a superarlo» [133]. Destacó también la tendencia del hombre a pasar de un estado de inferioridad a otro de superioridad. Es el mismo proceso que impulsa a toda la naturaleza viviente, desde la primera célula hasta la humanidad y el mundo presente: una lucha para desafiar y conquistar la propia muerte. Hay que destacar las semejanzas de este concepto con los de Leibniz y Bergson.

La actitud de Adler, que había sido hostil o al menos indiferente a la religión, mostró también una gran evolución. Así lo revelan su encuentro y discusión con el pastor Jahn en 1932.

El Dr. Ernst Jahn, pastor luterano de Steblitz, cerca de Berlín, se había mostrado profundamente interesado por las nuevas escuelas psicoterapéuticas y por la contribución que podrían ofrecer a la tradicional «cura de almas »(*Seelsorge*) religiosa [134]. Había escrito un libro sobre el psicoanálisis [135]; había mantenido correspondencia con Jung, Pfister y Künkel; y posteriormente escribió una amplia crítica de la psicología individual [136]. Cuando Adler fue a Berlín en 1932, los dos se conocieron y decidieron escribir un libro conjuntamente confrontando la cura de almas y la psicología individual. El libro fue publicado en 1933, pero casi inmediatamente fue embargado por los nazis y destruido [137].

Según el punto de vista de Adler, el hombre está unido esencialmente a la tierra; la religión es una manifestación del sentimiento de comunidad; la cura de almas es una anticipación de la psicoterapia, Dios es la

---

132 Alfred Adler, «Case Interpretation», *Individual Psychology Bulletin,* II (1941), 1-9. Reimpreso por H. y R. Ansbacher, eds., *Superiority and Social Interest,* págs. 143-158.

133 *«Menschsein heisst, ein Minderwertigkeitsgefühl zu besitzen, das ständig nach seiner Überwindung drängt», Der Sinn des Lebens,* pág. 48.

134 El autor está muy agradecido al reverendo Ernst Jahn, quien le prestó amablemente sus propios ejemplares de sus libros (al parecer, son los únicos existentes y nunca han sido reimpresos) y le proporcionó mucha información acerca de Alfred Adler y varios de sus contemporáneos.

135 Ernst Jahn, *Wesen und Grenzen der Psychanalyse,* Schwerin i. M., Bahn, 1927.

136 Ernst Jahn *Machtwille und Minderwertigkeitsgefühl,* Berlín, Martin Warneck, 1931.

137 Ernst Jahn y Alfred Adler, *Religion und Individualpsychologie. Eine prinzipielle Auseinandersetzung über Menschenführung,* Viena y Leipzig, Passer, 1933. Ver también el nuevo prefacio de Ernst Jahn a la obra de Heinz y Rowena Ansbacher, *Superiority and Social Interest,* Evanston, Northwestern University Press, 1964, págs. 272-274.

materialización de la idea de perfección y la más alta de todas las ideas en que se puede pensar; el hombre no es ni bueno ni malvado: todo depende de la evolución de su sentimiento comunitario; la maldad es un error en el estilo de vida; la gracia consiste en darse cuenta y corregir el estilo de vida erróneo «dentro de los límites de la inmanencia» (es decir, con ayuda humana únicamente). Para el reverendo Jahn, el hombre está en relación concreta no sólo con la tierra sino con Dios; Dios es una realidad supracósmica, viviente; la maldad no es sólo un error, sino un pecado que merece la cólera de Dios; pero el pecado es perdonado mediante la gracia, que es un don de Dios; por todas estas razones, la cura de almas, que reconcilia al hombre con Dios, nunca puede ser equiparada a la psicoterapia. Jahn reconoce, sin embargo, los méritos de la psicoterapia, en particular de la psicología individual. Nota que Adler volvió a descubrir una de las afirmaciones esenciales de Lutero: la de que la actitud básica del hombre es el amor egocéntrico (aunque Adler considera este amor a sí mismo como un error en el estilo de vida, y la religión, como un pecado contra Dios).

A lo largo de esta controversia, Adler y el reverendo Jahn se mostraron gran respeto. Respondiendo a las preguntas del autor, el reverendo Jahn le contó que había encontrado en Adler un hombre modesto, gran empírico y psicólogo experimentado, imbuido de un alto idealismo y convencido de la verdad de sus observaciones. Quizás fuera un positivista, pero buscó honestamente una confrontación con el cristianismo. Concluyó con estas palabras: «Hoy día estoy convencido de que Adler no era ateo».

Las fuentes de Adler

La fuente primaria de cualquier hombre creador es su propia personalidad. Si nos referimos a la distinción de tipos visual, auditivo y motor, Adler estaba bien dotado, ya que pertenecía a los tres: sentía una gran necesidad de movimiento y actividad, era un buen músico y amante de la música, y su rápido sentido de observación le permitía hacer diagnósticos rápidos. Su teoría de la inferioridad orgánica no procedía sólo de la investigación clínica; había experimentado personalmente este estado en su primera infancia, cuando la enfermedad impidió su necesidad de movimiento. Experimentó en la misma forma la situación de segundogénito, una de las que expondría más tarde, y su descripción psicológica del hijo mayor y del más joven provenía obviamente de su propia familia. Si hay que creer a Phyllis Bottome, las dificultades con su esposa fueron una de las fuentes de su teoría de la protesta masculina. Su reacción personal frente a la Primera Guerra Mundial y sus experiencias como

médico militar pudieron haberle inspirado el concepto de sentimiento de comunidad.

Una de las fuentes, muchas veces descuidada, de cualquier teoría de la neurosis es el tipo de pacientes con los que se enfrenta el psicoterapeuta. Izydor Wasserman explica la diferencia entre el psicoanálisis de Freud y la psicología individual de Adler por el hecho de que, según su cálculo, la mayoría de los pacientes del primero pertenecían a la clase alta (un 74 por ciento) y los del segundo a las clases media y baja (75 por ciento)[138]. A esto replicó Ansbacher que tanto las teorías psicológicas como la elección de pacientes derivaban de las personalidades de Freud y Adler[139]. Según Wasserman, Adler tenía un 26 por ciento de pacientes de la clase alta, un 38 por ciento de la clase media y un 36 por ciento de la clase baja, lo que muestra una división bastante equilibrada. Otra diferencia es que había llegado al estudio de la neurosis partiendo de la neurología, mientras que Adler lo había hecho partiendo de la medicina general, lo cual explica la importancia que da el primero a un modelo conceptual tomado de la fisiología cerebral, en contraste con el interés del segundo por las relaciones entre mente y cuerpo. Más aún, los primeros estudios de Freud sobre las neurosis fueron realizados en pacientes histéricos, pero alrededor de 1900 la histeria había pasado de moda, y las observaciones de Adler fueron realizadas fundamentalmente en neuróticos obsesivo-compulsivos.

Comúnmente se supone que Adler no sabía nada de las neurosis y las psicoterapias antes de su encuentro con Freud. De hecho, la realidad era más compleja. En su autobiografía, Hellpach describió cómo en el año 1899 se había puesto de moda ser «médico de los nervios» (*Nervenarzt*), al igual que una generación antes lo era ser oftalmólogo[140]. La principal dificultad estribaba en encontrar el sitio adecuado para aprender esta nueva rama de la medicina. Probablemente Adler recibió algunos rudimentos de ella de las clases de Krafft-Ebing. Sin embargo, se puede suponer que su primer maestro en el estudio de las neurosis fue Moritz Benedikt en la *Poliklinik* vienesa. La repugnancia que sentía este autor por la hipnosis, su psicoterapia descubridora a nivel consciente, y su noción de la segunda vida individual de fantasía secreta se refleja en el método de Adler y en su teoría de la ficción guía. El papel de las influen-

---

138 Izydor Wasserman, «Letter to the Editor», *American Journal of Psychotherapy*, XII (1958), 623-627; «Ist eine Differenzielle Psychotherapie möglich?», *Zeitschrift für Psychotherapie und Medizinische Psychologie*, IX (1959), 187-193.

139 Heinz Ansbacher, «The Significance of the Socio-Economic Status of the Patients of Freud and of Adler», *American Journal of Psychotherapy*, XIII (1959), 376-382.

140 Willy Hellpach, *Wirken und Wirren. Lebenserinnerungen. Eine Rechenschaft über Wert und Glück, Schuld und Sturz meiner Generation*, I, Hamburgo, Christian Wegner, 1948, pág. 413.

cias ambientales y sobre todo educativas en la psicogénesis de las neurosis es típico también del período prepsicoanalítico de Adler.

No es fácil valorar la importancia de la contribución de Freud a la psicología individual. Aunque manteniendo que nunca estuvo de acuerdo con los conceptos freudianos de la libido del complejo de Edipo, Adler reconoció que debía a Freud varios de sus principios básicos: la influencia perdurable de las primeras relaciones interpersonales en la infancia, el gran significado de los síntomas y parapraxias, y la posibilidad de dar una interpretación de los sueños. En ocasiones se afirma erróneamente que rechazó el concepto de inconsciente. De hecho, Adler creía que las primeras situaciones y acontecimientos de la infancia determinan inconscientemente el estilo de vida adulto; habló de las ficciones y fines vitales inconscientes. Tampoco es cierto que su orientación sea únicamente teleológica y la de Freud sólo causal; Adler mantenía que las situaciones de la primera infancia eran la causa real (no ficticia) de la neurosis, y Freud enseñaba asimismo que los síntomas neuróticos tenían un fin.

Freud, por lo demás, influyó también negativamente sobre Adler. Durante las discusiones de las tardes de los miércoles, parece que este último le utilizó en gran parte como antagonista que le ayudara a encontrar su propio camino inspirándole formas opuestas de pensar. Algunas de estas oposiciones se pueden resumir como sigue:

FREUD	ADLER
Pesimismo filosófico.	Optimismo filosófico.
El individuo está dividido contra sí mismo.	Indivisibilidad esencial del individuo.
Orientación predominantemente causal.	Orientación predominantemente teleológica.
El yo está oprimido por el superyo y amenazado por la civilización.	El individuo tiende a actuar agresivamente contra la comunidad.
Defensas del yo. Cuando las defensas no son lo suficientemente fuertes, puede aparecer la representación.	Estilos de la agresión del individuo contra otros hombres. «Barricadas» cuando la agresión activa ha fallado».
El niño tiene un sentimiento de omnipotencia (realización alucinatoria del deseo).	El niño tiene un sentimiento de inferioridad (relación de enano a gigante).
Importancia básica de la libido y de sus fijaciones y regresiones.	La mayor parte de la conducta sexual del hombre tiene un significado simbólico en relación con la tendencia a la superioridad.
Acentuación de las relaciones objetales en forma de catexia de la libido y del sentimiento agresivo.	Concepto del «antagonista» (Gegenspieler).

Acentuación de la relación con el padre y con la madre, y complejo de Edipo.	Acentuación de la relación con los hermanos y situación en la serie de los mismos.
La mujer tiene un sentimiento de inferioridad porque carece de pene («envidia del pene»).	El hombre tiene un sentimiento de inferioridad porque su potencia es más limitada que la de la mujer.
La neurosis es un efecto inevitable de la civilización y casi inherente a la condición humana.	La neurosis es un ardid del individuo para escapar al cumplimiento de sus deberes con la comunidad.
Después de la Primera Guerra Mundial, Freud desarrolló el concepto de instinto de la muerte.	Después de la Primera Guerra Mundial, Adler desarrolló el concepto de interés social.
En la terapia psicoanalítica, el paciente yace sobre un diván.	Durante la psicoterapia adleriana, el paciente se sienta enfrente del terapeuta.

En cualquier grupo en que el maestro enseñe mediante el sistema de discusión libre con sus discípulos, es imposible discernir qué influencias ejerce él sobre los discípulos, los discípulos sobre él, y éstos entre sí. Lo mismo sucedió con Adler y su grupo de discípulos. Un ejemplo: la distinción entre el sentimiento de inferioridad objetivo y el neurótico (en otras palabras, el sentimiento de inferioridad y el complejo de inferioridad), parece haber sido sugerido por Alexander Neuer. Por lo demás, las objeciones a una teoría pueden ser rechazadas por el autor de ésta, pero no por eso dejar de «introducirse» en su mente, quizá en forma de criptomnesias. Es lo que ocurrió cuando Freud, después de rechazar en 1908 el concepto adleriano de impulso agresivo autónomo, lo adoptó posteriormente, en 1920. Del mismo modo, Hans Kunz publicó una crítica inmisericorde de la psicología individual en 1928, arguyendo que la tendencia a la superioridad no era una compensación de los sentimientos de inferioridad, sino un impulso autónomo; esta misma idea fue introducida por Adler en sus revisiones posteriores de la psicología individual [141].

Como ya sucedió en el psicoanálisis, la contribución de varios filósofos fue esencial para la configuración de la psicología individual. Según Phyllis Bottome, Adler había estudiado a Aristóteles y le admiraba profundamente [142]. Sin embargo, la influencia de Aristóteles no es patente en la obra de Adler, a menos que lo sea en la definición de Aristóteles del hombre como «animal político». La psicología individual muestra una analogía más estrecha con la filosofía del estoicismo, la cual procla-

[141] Hans Kunz, «Zur grundsätzlichen Kritik der Individualpsychologie Adlers», *Zeitschrift für die gesamte Neurologie und Psychiatrie*, CXVI (1928), 700-766.

[142] Phyllis Bottome, *Alfred Adler. Apostle of Freedom*, Londres, Faber and Faber, 1939, pág. 17.

maba la unidad del universo y el hombre y la comunidad de la humanidad, y afirmaba que la sabiduría consiste en ajustarse a las leyes universales y que la virtud es la realización de un esfuerzo constante para alcanzar dicho fin (esta virtud principal es muy semejante a lo que Adler denominó valor).

La filosofía predominante en todo el pensamiento de Adler es la de la Ilustración (aunque no de forma tan exclusiva como con Janet). Mientras que la visión filosófica de Freud es semejante a la de Schopenhauer, Adler sigue la línea de Leibniz y Kant. Al igual que Leibniz, enseña que el ser humano es una entidad indivisible, una mónada que refleja el universo. Cada parte está coordinada con el todo, y el hombre, al igual que las demás mónadas, tiende constantemente de una perfección menor a otra mayor.

Adler tiene numerosas afinidades con Kant. Lo que denomina verdad absoluta, es decir, la regla de que el hombre debe adaptar perfectamente su vida y acciones a las demandas de la comunidad, no difiere mucho del imperativo categórico. En un irónico folleto acerca de Swedenborg, Kant dice que el gran místico sueco construyó una especie de mundo metafísico privado para él, distinto de aquél en que viven los demás hombres [143]. Y en su *Antropología* añade que «la única característica común a todos los trastornos mentales es la pérdida de sentido común (*sensus communis*) y el desarrollo compensador de un sentido único, privado (*sensu privatus*), de razonamiento» [144]. Este sentido privado es semejante a lo que Adler llamó inteligencia privada [145].

La psicología individual pertenece al tipo de psicología desarrollada sobre el modelo kantiano de la antropología pragmática. Kant había explicado que investigar el fundamento fisiológico cerebral de la memoria significa especular sobre psicología teórica, mientras que investigar las causas que favorecen o dificultan la memoria, en orden a mejorarla y desarrollarla, significa utilizar la antropología pragmática. Mantenía también la opinión de que el hombre puede superar numerosas alteraciones emocionales y físicas mediante el poder de la voluntad, ejemplo de lo que Adler denominó valor [146].

Adler acepta claramente a la filosofía de la Ilustración al destacar que el hombre es un ser racional y social, dotado de voluntad libre y de capacidad para tomar decisiones conscientes. Sin embargo, varios de sus conceptos básicos están más en armonía con la filosofía romántica: tales

[143] Immanuel Kant, «Träume eines Geistessehers, en *Immanuel Kants Werke*, II, Ernst Cassirer, ed., Berlín, Bruno Cassirer, 1912, págs. 329-390.

[144] Immanuel Kant, «Anthropologie in pragmatischer Hinsicht», en *Immanuel Kants Werke*, VIII, Ernst Cassirer, ed., Berlín, Bruno Cassirer, 1922, págs. 3-228.

[145] Esto ha sido destacado por Heinz Ansbacher, «Sensus Privatus versus Sensus Communis», *Journal of Individual Psychology*, XXI (1965), 48-50.

[146] Ver cap. IV, pág. 232.

son la unicidad absoluta del individuo y de su visión del mundo (perspectiva de Adler) y la noción de la comunidad como un todo orgánico y creador (idea muy alejada del concepto de «contrato social» de la Ilustración). Otro elemento romántico de la psicología individual se remonta a Bachofen [147]. Este autor enseñaba que la humanidad vivió en otras épocas en un estadio previo de matriarcado y que la presente dominación del hombre sobre la mujer se había logrado después de una larga lucha. Bebel combinó esta teoría con la del marxismo [148]. La mujer había sido esclavizada por el hombre, al igual que la clase proletaria lo había sido por la burguesía; el socialismo daría igualdad de derechos a los dos sexos. La teoría bebeliana inspiró en Adler el concepto de la «protesta masculina» (proceso compensador en la mujer contra su sentimiento de ser una mujer interior) y el del «miedo de la mujer» de los hombres neuróticos. Adler conjeturó que el hombre derribó el matriarcado y lo reemplazó por su propio dominio como compensación de su sentimiento de inferioridad hacia la mujer: su potencia es más limitada que la de ésta [149].

Adler creció en una atmósfera intelectual impregnada de darvinismo, y sobre todo de darvinismo social [150], tendencia que resaltaba la lucha por la vida (concebida muchas veces como una guerra hobbesiana de todos contra todos), la supervivencia del más apto y la eliminación del menos apto. Adler fue uno de los muchos que respondieron al darvinismo tomando el camino opuesto. En primer lugar, concebía la inferioridad orgánica no como causa de derrota y eliminación, sino, en virtud de la compensación, como un estímulo para lograr la superioridad. En segundo lugar, observaba que el impulso básico del hombre no es el instinto de lucha, sino el sentimiento de comunidad.

El apasionado interés que mostró por los problemas sociales y el socialismo en su juventud le llevó necesariamente a entrar en contacto con las enseñanzas de Karl Marx. No se sabe si leyó los escritos de este autor, pero no pudo evitar impregnarse de gran parte de la doctrina marxista. Aunque se negó a identificar en ningún aspecto su movimiento con el socialismo o el comunismo, la influencia del marxismo se puede reconocer en varios conceptos básicos de la psicología individual. Primero, recordemos que su primer escrito fue un folleto sobre el oficio de sastre, en el que demostraba que ciertas enfermedades no están causadas por microbios o venenos, sino por la sociedad. Por lo demás, destacó siempre la importancia de los factores sociales y ambientales en la etiología de la neurosis. Segundo, el concepto marxista de las «mistifica-

147 Ver cap. IV, pág. 264.

148 August Bebel, *Die Frau und der Sozialismus*, Stuttgart, Dietz, 1879.

149 Sofie Lazarsfeld, *Wie die Frau den Mann erlebt*, Leipzig y Viena, Verlag für Sexualwissenschaft, 1931, págs. 79-82.

150 Ver cap. IV, págs. 277-278.

ciones» no es muy distinto del de los engaños y autoengaños inconscientes, que desempeñarían un papel decisivo en la teoría de las neurosis de Adler [151]. Recíprocamente, los medios de descubrir las mistificaciones son semejantes en el marxismo y en la psicología individual. Una regla del análisis marxista sirve de ejemplo a esta semejanza: «Detrás de lo que la gente *dice,* detrás de lo que *piensa* de sí misma, descubrir lo que *es* mediante lo que *hace*» [152].

Al igual que todos los hombres de su generación, Adler sintió la poderosa influencia de Nietzsche [153]. Sin embargo, la naturaleza de dicha influencia ha sido mal interpretada muchas veces. No consiste simplemente en que Adler «reemplazara la libido de Freud por la voluntad de poder de Nietzsche». En el sistema adleriano, la voluntad de poder no es sino una forma de la tendencia a la superioridad y, al final de su evolución, el propio Adler afirmó que el impulso a la superioridad deriva del poder creador del individuo. Crookshank ha registrado numerosas semejanzas entre Adler y Nietzsche, y posiblemente existan muchas más [154]. No obstante, el concepto de sentimiento comunitario es absolutamente extraño a Nietzsche.

Adler se refiere frecuentemente en sus obras al neo-kantiano Hans Vaihinger y su *Filosofía del como si* [155]. Las ficciones legales eran conocidas desde mucho tiempo atrás. Bentham demostró que las ficciones existían en otros campos [156]. Nietzsche insistió acerca del papel de las ficciones psicológicas y morales, y afirmó que eran esenciales para el hombre. Se puso de moda hablar de los lazos convencionales de la civilización. La originalidad de Vaihinger consistió en establecer el papel que desempeñan las ficciones en la ciencia y en definir la diferencia existente entre ficción e hipótesis.

Ambas son necesarias para el progreso de la ciencia, pero no deben confundirse, pues su naturaleza es completamente distinta. Con hipótesis, el científico trata de llegar a la realidad; propone una hipótesis como lógica y posible, y a continuación procede a verificarla. Si resulta verdadera, se convierte en conocimiento científico; en caso contrario, es abandonada. Una ficción no necesita ser cierta ni incluso parecer probable, no se somete a pruebas experimentales, pero es una figura de dicción

151 Henri Lefebvre, *La Conscience mystifiée,* París, Nouvelle Revue Française, 1936.

152 Henri Lefebvre, *Pour connaître la pensée de Karl Marx,* París, Bordas, 1947, páginas 42-43.

153 Ver cap. V, págs. 313-323.

154 F. G. Crookshank, *Individual Psychology and Nietzsche, Individual Psychology Pamphlets,* núm. 10, Londres, C. W. Daniel Co., 1933.

155 Hans Vaihinger, *Die Philosophie des Als Ob. System der theoretischen, praktischen und religiösen Fiktionen der Menschheit auf Grund eines idealistischen Positivismus,* Berlín, Reuther and Reichard, 1911. Existen varias ediciones posteriores aumentadas.

156 Bentham da su definición de ficciones en la obra *Logical Arrangements, or Instruments of Invention and Discovery,* en *The Works of Jeremy Bentham,* III, John Bowring, ed., Edimburgo, William Tait, 1843, pág. 286.

que se mantiene mientras se muestra útil y se abandona tan pronto como ya no sirve o cuando puede ser reemplazada por otra mejor. No siempre es fácil definir cuándo una preposición es una ficción o una hipótesis, y puede ser una u otra en momentos distintos. Por ejemplo, la idea del átomo era una ficción en la época de Demócrito porque no había medios de comprobar si era cierta o no, pero se convirtió en una hipótesis con el advenimiento de la física moderna. Cuando los antiguos astrónomos griegos propusieron un modelo del universo con la tierra fija en el centro rodeada por una serie de esferas transparentes concéntricas a cada una de las cuales iba adosado el sol, la luna, los planetas y las estrellas, tenían en el pensamiento una ficción que servía bien para su propósito, es decir, para predecir los movimientos de los cuerpos celestes. Pero durante la Edad Media se olvidó el carácter ficticio del modelo y se convirtió en un dogma.

Entre los modernos psicólogos, el inconsciente ha sido tratado como hipótesis y como ficción. Freud lo consideró implícitamente como una hipótesis confirmada por su investigación, mientras que Janet lo calificó de *façon de parler* (figura de dicción), significando con ello que lo utilizaba como ficción científica.

Adler aplicó el concepto de «ficción» en dos sentidos. Primero, como concepto general, metodológico. En contradicción con el psicoanálisis, la psicología individual no pretende ser un sistema de hipótesis, sino de ficciones. Todo aparece como si las actividades humanas estuvieran regidas por un ideal normativo de adaptación humana a la comunidad y al cosmos, y como si las variedades de conducta anormal fueran desviaciones de dicha norma. Segundo, el término «ficción» se utiliza para hacer inteligible la conducta del neurótico. Es como si el neurótico tratara de alcanzar un fin ficticio y viviera de acuerdo con él.

Siempre que un psiquíatra aplique un concepto filosófico, es fácil que surja un filósofo y le demuestre que ha interpretado mal su verdadero significado. Así, Wandeler objeta que el fin ficticio del neurótico no es una ficción en el sentido de Vaihinger, es decir, un instrumento pragmático para explorar la realidad y que se abandona tan pronto como deja de ser útil [157]. El fracaso del neurótico, lejos de disuadirle de su error, le sumerge más en él. De hecho, es una idea delirante. Según Wandeler, la mayor parte de lo que Adler denomina ficciones son ideas delirantes de ese tipo, o por el contrario, hipótesis, o incluso hechos bien establecidos (como, por ejemplo, el plan de vida).

Después de con Vaihinger, probablemente en 1926, Adler entró en contacto con la filosofía holística de Jan Christian Smuts. Encontró en ella una confirmación de sus ideas y una base filosófica para la psicología individual. Smuts había nacido en una aislada granja sudafricana en

[157] Joseph Wandeler, *Die Individualpsychologie Alfred Adlers in ihrer Beziehung zur Philosophie des Als Ob Hans Vaihingers*, tesis doct. filos., Friburgo, Schweiz, 1932, Lachen, Buchdruckerei Gutenberg, 1932.

1870 [158]. Adquirió fama mundial como jefe militar y hombre de Estado, pero también se interesó profundamente por las ciencias naturales y la filosofía. En 1924, después de la derrota de su partido en las elecciones, se retiró a su granja y escribió su libro *Holismo y evolución.*

Smuts denomina *Holos* a un principio universal que crea los «todos». Los todos son factores activos en y a través de la materia, la vida y la mente. Smuts concibe la evolución como una serie de todos que se elevan desde los electrones y átomos hasta los coloides, las plantas y animales, las mentes y personalidades. El todo es mayor que sus partes, influye sobre éstas, que a su vez influyen sobre él y entre sí, e influyen además sobre su ambiente. Smuts ve en el universo «un impulso hacia la totalidad que se manifiesta en cada individuo en un poder de desarrollo, crecimiento y evolución que surge de su interior y que actúa en su propio ambiente partiendo de sí mismo». Los todos más inferiores dan lugar a todos superiores a los que se incorporan. Cada todo es un laboratorio en el que el tiempo se transmuta en eternidad. Smuts considera insatisfactoria la psicología actual. Hay espacio, dice, para una nueva ciencia de la personalidad que, «como ciencia sintética de la naturaleza humana, formará la corona de todas las ciencias y, a su vez, se convertirá en la base de la nueva Ética, una nueva Metafísica». Como método de aproximación a esta nueva ciencia propone un estudio comparado de biografías cuidadosamente documentadas que permitirá al hombre formular las leyes de la evolución personal [159].

Según los biógrafos de Smuts y Adler, los dos intercambiaron correspondencia (de la que todavía no se ha publicado nada). Posiblemente Adler identificó su psicología individual con esa ciencia futura de la personalidad esbozada por Smuts. La influencia del holismo es destacada en el *Conocimiento de la naturaleza humana* y en los últimos trabajos de Adler.

Daremos ahora un breve resumen de las fuentes de algunos conceptos específicos: sentimiento de inferioridad, tendencia a la superioridad, ficciones neuróticas, diagnóstico del carácter, ley del interés social y sentimiento de comunidad.

Acerca del sentimiento de inferioridad, Oliver Brachfeld propuso una larga lista de autores que habían anticipado este concepto [160]. Adler escribió que «lo que yo denomino sentimiento de inferioridad es un desarrollo de lo que Janet llama sentimiento de incompletación» [161]. Hay dos escritores particularmente dignos de mención a este respecto: Stendhal en Francia y Ralph Waldo Emerson en los Estados Unidos.

Stendhal fue un excelente ejemplo de vida dirigida por un complejo de inferioridad [162]. Sufrió mucho por su fealdad, torpeza y rusticidad na-

158 Sarah Gertrude Millin, *General Smuts,* 2 vols., Londres, Faber and Faber, 1936.

159 Jan Christian Smuts, *Holism and Evolution,* Londres y Nueva York, Macmillan, 1926.

160 F. Oliver Brachfeld, *Les Sentiments d'infériorité,* Ginebra, Mont-Blanc, 1945.

161 Alfred Adler, *Über den Nervösen Charakter,* Wiesbaden, Bergmann, 1912, página 3. Trad. inglesa, *The Neurotic Constitution,* Nueva York, Moffat, Yard, 1917.

162 Así lo ha demostrado George Blin, *Stendhal et les problèmes de la personnalité,* I, París, Corti, 1958, págs. 169-217.

turales, y las compensó con la arrogancia, afectando los modales de un dandy y buscando la compañía de los elegantes. En su diario registró cuidadosamente sus relaciones sociales, así como quién se había portado mejor en una situación dada, él o su compañero. En sus novelas gustaba de describir individuos que sobrecompensaban su profundo sentimiento de inferioridad. Tal es Julien Sorel, el personaje central de *Rojo y negro* [163]. Las teorías psicológicas de Stendhal se anticiparon muchas veces a las de Adler. Stendhal considera la admiración como una posición de inferioridad y una humillación para el que da lugar a ella. En un asunto amoroso, es intolerable ser abandonado y que ello se sepa públicamente, porque entonces se queda como una persona inferior. En una reunión social, la principal preocupación de los participantes es no aparecer como inferiores. La teoría sobre lo cómico de Stendhal se podría incorporar fácilmente a la psicología individual [164]. El sentimiento de lo cómico surge con la percepción súbita de la superioridad propia sobre otro. Cuanto más respetamos a alguien, más preparados estamos para reírnos de él. Lo cómico aumenta a la vista de la confusión de aquel de quien nos reímos. Pero el que se mofa de su víctima está a merced del resto de la compañía, que juzgará el valor de su ingenio. Lo cómico está frenado por la indignación y la compasión (en lenguaje adleriano, el sentimiento de comunidad).

Ralph Waldo Emerson no definió el sentimiento de comunidad de forma tan precisa como Stendhal, pero lo recoge de modo implícito en su obra, particularmente en los *Ensayos* y en *La conducta de la vida* [165]. En el ensayo que lleva por título «Confianza en sí mismo», describe lo que Adler denominaría valor y estímulo. Esparcidos por toda su obra están numerosos pensamientos y consejos que encajan de forma admirable en la psicología individual.

La idea de que el impulso central de la naturaleza humana es la tendencia a la superioridad ha sido expresada muchas veces y de numerosas formas. Hobbes enseñaba que la condición natural del hombre era la guerra de todos contra todos. Helvecio mantenía que el motivo principal de las acciones humanas es el deseo de ser lo más poderoso posible, para poder controlar a los demás y gratificar así las propias pasiones [166]. Para Nietzsche, la voluntad de poder es primordial, y el poder un fin en sí mismo. Adler concebía la voluntad de poder como una de las posibles

---

163 Stendhal menciona expresamente el «continuo sentimiento de la inferioridad» de Julien Sorel, *Le Rouge et le noir*, cap. XL. Ver Stendhal, *Romans et Nouvelles*, I, París, Pléiade, 1952, pág. 507.

164 Stendhal, *Du Rire. Mélanges d'art et de littérature*, París, Calmann-Lévy, 1924, páginas 1-30.

165 Ralph Waldo Emerson, *The Complete Works. Centenary Edition*, Boston y Nueva York, Houghton, Mifflin and Co., 1903-1912, vols. II-III, VI.

166 Helvétius, *De l'Esprit*, París, Durand, 1758.

desviaciones del impulso básico de superioridad, y también aquí tuvo predecesores. Un psicólogo francés, Prosper Despine, describió cómo la vida social está regulada por la ascendencia que poseen unos individuos sobre otros [167].

La noción de que la tendencia a la superioridad es innata a todo hombre y el agente más poderoso en las relaciones interpersonales se ha hecho de conocimiento común con el progreso de la psicología animal. No se sabe si Adler conocía el primer estudio de Schjeldrup-Ebbe sobre el «rango social» de las gallinas.

Cuando dos gallinas se encuentran por primera vez, se establece una confrontación de fuerzas expresadas en amenazas o en la lucha directa. Ambas deciden quién dominará. Cuando son varios los animales que están juntos, la jerarquía de superioridad se establece en un tiempo bastante corto. En la cúspide está el animal alfa, al que todos deben someterse; a continuación el animal beta, que únicamente se somete al alfa y domina al resto; siguen todos los intermediarios hasta llegar al último animal, que se somete a todos y no domina a ninguno. Cuanto más alto está un animal en ese «rango social», más son sus privilegios, más comida toma para sí, mejor lugar se reserva en el gallinero y mayor número de hembras toma. Los animales jóvenes son dominados por el más viejo, y en sus juegos establecen gradualmente su propio rango. Cuando crecen desafían a los más viejos y por fin los derrotan. Esta jerarquía social es aceptada en silencio, pero tan pronto como hay algún tipo de competencia, sea por la comida o por otras causas, comienzan los picotazos, que también tienen un orden y se ajustan al rango social: el animal alfa picotea a todos los demás y no es picoteado por ninguno; el animal beta es picoteado únicamente por el alfa y picotea a todos los demás; así hasta el más inferior, que no picotea a nadie y es picoteado por todos. Sin embargo, las cosas pueden ser más complejas. Existen relaciones triangulares en que el alfa domina a un beta que, a su vez, domina a un gamma, el cual, paradójicamente, domina al alfa. También puede suceder que un animal situado en un lugar inferior de la escala desafíe a otro superior y así mejore su posición en la jerarquía [168].

Estos hallazgos de Schjeldrup-Ebbe son aplicables a un gran número de aves y mamíferos, y ya desde el comienzo David Katz había demostrado que permiten explicar ciertos hechos de la psicología y sociología humanas [169]. Estas verdades, extrañamente olvidadas durante largo tiempo por los científicos, fueron percibidas por los escritores. Emerson escribió, por ejemplo:

Cuando llega a la escuela un nuevo alumno, cuando alguien viaja y se encuentra con extraños todos los días, o cuando se acepta a un recién llegado en un antiguo círculo, ocurre lo mismo que cuando un buey extraño es conducido a un corral o dehesa donde hay ganado recogido: se entabla una confrontación de fuerzas entre

[167] Prosper Despine, *Psychologie naturelle. Étude sur les facultés intellectuelles et morales dans leur état normal et dans leurs manifestations anormales chez les aliénés et chez les criminels*, I, París, Savy, 1868, págs. 291-292.

[168] Thorleif Schjeldrup-Ebbe, «Beiträge zur Sozialpsychologie des Haushuhns», *Zeitschrift für Psychologie und Physiologie der Sinnesorgane*, LXXXVIII (1922), 225-253.

[169] David Katz, «Tierpsychologie und Soziologie des Menschen», *Zeitschrift für Psychologie und Physiologie der Sinnesorgane*, LXXXVIII (1922), 253-264.

el mejor par de cuernos y el recién llegado, y se decide quién es el jefe. También entre los hombres existe una medición de fuerzas, muy cortés pero decisiva, y una conformidad cuando dos se encuentran. Cada uno lee su destino en los ojos del otro.

Los hombres se miden entre sí cuando se encuentran por primera vez, y en cada ocasión en que se ven. ¿Cómo consiguen, incluso antes de hablar, este rápido conocimiento del poder y disposición del otro? Yo diría que la persuasión de su charla no está en lo que dicen, o que los hombres no convencen por sus argumentos, sino por su personalidad, por lo que son, y por lo que dijeron e hicieron en el pasado [170].

Hacía mucho tiempo que los escritores conocían estas cosas. Un ejemplo clásico puede verse en la novela de Samuel Butler *The way of all flesh,* en la que una joven pareja de recién casados llega a un hotel pocas horas después de la ceremonia. El marido invita a su esposa a que baje las escaleras y pida la cena. Ella está cansada y se muestra reacia, pero él insiste, y desde ese momento establece su dominio de una vez por todas.

Todos estos hechos corresponden de forma muy exacta con algunos de los conceptos básicos de la psicología individual, pero no debemos olvidar que las cosas son más complejas. Las relaciones entre dos individuos no están regidas solamente por la fuerza comparativa de su afirmación de sí mismos, sino también por su estilo de vida y su ficción guía y por sus relaciones con los grupos que les rodean o que se reúnen a su alrededor. Estas nociones fueron desarrolladas en Francia por un autor del que Adler parece no haber oído hablar nunca, el barón Ernest Seillière [171].

Siguiendo a Nietzsche, Seillière considera la voluntad de poder, a la que denomina imperialismo, como el impulso central de las acciones humanas; puede ser sano y racional o hacerse patológico. En el último caso el imperialismo es sustituido muchas veces por el misticismo, es decir, por una creencia irracional. Seillière distingue tres variedades de imperialismo. Existe el imperialismo individual, que el individuo puede satisfacer superándose a sí mismo o a los que le rodean. A continuación está el imperialismo colectivo, lo que significa que el individuo se identifica con un grupo del que se convierte en campeón. Y por último existe el imperialismo humano, es decir, el dominio de la naturaleza por la humanidad. Seillière escribió una larga serie de monografías, en especial sobre Jean-Jacques Rousseau, los románticos, los neorrománticos y Nietzsche. Curiosamente, en el volumen dedicado a Freud y Adler, no destacó la estrecha analogía existente entre sus conceptos de imperialismo y misticismo, y el impulso hacia la superioridad y la ficción guía de Adler [172].

---

170 Ralph Waldo Emerson, *The Conduct of Life, Centenary Edition,* VI, Boston y Nueva York, Houghton, Mifflin and Co., 1903-1912, págs. 59, 190.

171 Ver Louis Estève, *Une Nouvelle Psychologie de l'impérialisme,* París, Alcan, 1913.

172 Ernest Seillière, *Le Néoromantisme en Alemagne. I. Psychanalyse freudienne ou psychologie impérialiste,* París, Alcan, 1928.

En otros volúmenes, Seillière fue un paso más allá que éste. Dijo que la verdadera naturaleza de las relaciones interhumanas se puede descubrir más fácilmente en el campo de la vida internacional que a nivel individual, y que las relaciones interpersonales están más o menos reguladas por el control social.

La idea de que los hombres dirigen sus vidas según una idea ficticia de sí mismos y de los demás ha sido expresada en muchas ocasiones por los escritores. Personajes como Don Quijote o Tartarín de Tarascón son ilustraciones algo exageradas de la misma. En cuanto a los personajes de la vida diaria, ningún escritor ha demostrado con más agudeza que Flaubert la discrepancia existente entre lo que los hombres son en realidad y lo que creen ser, y cómo su ficción de vida les engaña y en ocasiones (como en el caso de Madame Bovary) puede causar su ruina. Algunas veces la ficción tiene un valor protector, y su descubrimiento brutal puede dar lugar a una catástrofe, como en la famosa obra de Ibsen, *El pato salvaje*. Un autor francés, Jules de Gaultier, sistematizó bajo el nombre de «bovarysmo» (por la Madame Bovary de la novela de Flaubert) la idea de que muchos individuos crean una imagen ficticia de sí mismos y no acomodan sus acciones a su verdadera personalidad, sino a esta falsa imagen [173]. Esta noción ha sido aplicada más recientemente a las biografías. Por ejemplo, N. B. Fagin trató de demostrar que Edgar Allan Poe se adaptó y representó el papel de un distinguido genio melancólico y mal comprendido, en el que tuvo mucho éxito [174]. Una interpretación en cierto modo semejante de la personalidad de Thorstein Veblen fue dada por Joseph Dorfman [175].

Estos hechos llevan necesariamente a tratar de averiguar el verdadero carácter de un hombre, y también aquí tuvo Adler precursores. Goethe dijo: «Es vano que tratemos de representar el carácter de un hombre; si colocamos juntas las acciones y logros, emergerá una imagen de carácter» [176]. La misma idea fue expresada de forma más explícita por F. J. Gall:

> ¿Desea descubrir el carácter de una persona sin correr el riesgo de un error, aun cuando dicha persona esté informada y en guardia? Entonces déjele hablar de su infancia y primera juventud, hágale relatar sus travesuras escolares, su conducta hacia sus padres, hermanos, hermanas y condiscípulos, sus deslealtades, sus competencias, el motivo de su amistad con algunos niños y de su enemistad con otros, cómo jugaba, y cosas parecidas. Difícilmente pensará que merezca la pena mantener estas cosas ocultas. No se dará cuenta de que está tratando con un hombre que

173 Jules de Gaultier, *Le Bovarysme*, París, Mercure de France, s. f.

174 N. Bryllion Fagin, *The Histrionic Mr. Poe*, Baltimore, Johns Hopkins Press, 1949.

175 Joseph Dorfman, *Thorstein Veblen and His America*, Nueva York, Viking Press, 1934, págs. 313-319.

176 Johann Wolfgang von Goethe, *Zur Farbenlehre*, 1810, en *Sämtliche Werke*, LII, Stuttgart, Cotta, 1833, pág. xi.

sabe perfectamente que los rasgos principales del carácter son permanentes y que sólo cambian los objetos de interés con la edad y la posición social [177].

Sería difícil encontrar una anticipación más cercana al método de diagnóstico de la psicología individual. Nos quedan por examinar las fuentes del concepto de comunidad y del sentimiento de comunidad. Sería imposible tratar de determinar hasta qué punto pudo inspirarse Adler en los estoicos, los románticos alemanes, los socialistas, muchos otros, pero hay dos fuentes posibles que sí debemos señalar.

Es poco probable que Adler no hubiera oído hablar de Josef Popper-Lynkeus y de su grandioso proyecto para una solución radical de los problemas sociales [178]. Popper-Lynkeus propuso la institución de una especie de ejército del trabajo en el que todo hombre y mujer tendría que enrolarse durante varios años. Con ello se aseguraría un mínimo aceptable de necesidades vitales, materiales y culturales de cada miembro de la sociedad. Como el hombre quedaría así libre de la carga intolerable de los problemas materiales, recuperaría su dignidad original. El proyecto estaba inspirado en un ideal de la comunidad humana que guarda bastante analogía con el sentimiento de comunidad de Adler. Y Popper-Lynkeus, al igual que él, insistió en la importancia de la educación, que proporcionaría a todo niño, lo antes posible, la verdadera noción del valor y dignidad de un ser humano y de sus deberes para con la humanidad.

Otra fuente muy probable de la idea del sentimiento de comunidad de Adler debió ser la representada por Kropotkin y la ideología de los pensadores rusos para quienes la verdadera fuente de la cultura nacional reside en el pueblo. El pueblo es el creador de la lengua, el arte, la poesía épica y lírica del país, y las clases superiores, al elevarse sobre las masas, las han empobrecido. La verdadera profesión de los hombres y mujeres jóvenes de la clase superior es acercarse a la gente, no para enseñar sino para aprender. Esta idea era extraña al pensamiento de la Europa occidental, con la posible excepción de los románticos alemanes. Había sido mantenida por ciertos grupos de revolucionarios, los *narodniki* (populistas); posteriormente impregnó la obra de Tolstoi y Dostoievski. Con Máximo Gorki tomó la forma de un mito filosófico expuesto en su ensayo *La caída de la personalidad.*

Al comienzo era el pueblo, y el pueblo era la fuente de todo valor material y espiritual. El pueblo creó la lengua, el mito, la religión, la poesía épica y también las imágenes de los héroes. Con el crecimiento de las comunidades y su lucha contra

[177] Franz Joseph Gall, *Sur les Fonctions du cerveau et sur celles de ses parties*, III, París, Baillière, 1825, págs. 181-182.

[178] Josef Popper-Lynkeus, *Die allgemeine Nährpflicht als Lösung der Socialen Frage*, Dresde, Carl Reissner, 1912.

otros grupos, se hizo preciso elegir jefes y sacerdotes, que fueron investidos con los atributos de los héroes épicos. Fue el comienzo del yo. Al principio, estos individuos privilegiados eran órganos de la comunidad, pero luego se emanciparon y llevaron una vida independiente de ella y, posteriormente, superpuesta a ella. Todavía participaron con la comunidad, por ser la encarnación de héroes épicos emanados del pueblo, pero llegó un día en que, adquirido el gusto del poder sobre los demás, lo desearon para su propio respeto. Siguió un período de luchas entre la comunidad y ellas, afanosos de elevarse sobre las masas. Inventaron la propiedad privada como un medio para obtener poder, y desde entonces decayó la comunidad. Con el paso del tiempo se hicieron más fuertes y agresivos. Por último, llegó la era de la lucha de todos contra todos, que dio lugar a la declinación del propio individuo [179].

Traducida en términos adlerianos, encontramos aquí la historia del individuo que se deja conducir por su impulso hacia la superioridad para elevarse sobre la comunidad, en detrimento de sus compañeros y de su propia personalidad. Así proporcionó Gorki el mito central, que es a la psicología individual lo que el mito del asesino del padre primitivo al psicoanálisis.

La influencia de Adler

Para valorar la influencia ejercida por Alfred Adler, hay que tener presente que su psicología individual no es simplemente una desviación del psicoanálisis, sino que difiere radicalmente de éste. Como teoría psicológica, es un sistema de psicología pragmática (o concreta) que analiza la conducta humana con relación a dos impulsos opuestos: el sentimiento de comunidad y la tendencia desviada a la superioridad. Las neurosis, psicosis y psicopatías aparecen así como variedades de desviación de la ley del interés social. Otros conceptos básicos son los de unicidad, autocongruencia y creatividad del individuo y su estilo de vida, inferioridad orgánica, sentimiento de inferioridad, compensación, protesta masculina, fin ficticio, entrenamiento neurótico, arreglo, significado de los primeros recuerdos e influencia de la posición dentro del conjunto de hermanos. Como método terapéutico, la psicología individual aplica, por una parte, técnicas de terapia individual racional descubriendo los fines y estilo de vida ficticios, dando a conocer el valor y reeducando hacia la orientación comunitaria, y por otra parte, una serie de técnicas de orientación infantil, terapia de grupo y psiquiatría comunitaria. Resalta que su principal preocupación no está en unos cuantos pacientes ricos, privilegiados, sino en la población total. Habida cuenta de estos rasgos tan característicos,

[179] Máximo Gorki, «Razrushenye Lichnosti», en *Ocherki Filosofiy Kollektivizma*, I, San Petersburgo, 1909, págs. 351-403. Trad. alemana, *Die Zerstörung der Persönlichkeit*, en *Aufsätze*, Dresde, Kaemmerer, 1922, págs. 17-86.

parecería difícil confundirla con las otras escuelas dinámicas, ni tampoco su influencia con las de éstas. Paradójicamente, resulta muy difícil seguir el rastro de la influencia ejercida por la obra y el pensamiento de Adler en el mundo contemporáneo.

En cuanto al propio movimiento psicológico individual, su historia se puede resumir rápidamente. Durante los primeros años, e incluso después, fue mucho menos rígido que la asociación psicoanalítica. Sin embargo, sufrió comparativamente más que la asociación freudiana bajo la opresión nacionalsocialista, porque no estaba tan bien establecido fuera de Europa central. Se recuperó después de la Segunda Guerra Mundial, contando entonces con centros de enseñanza, periódicos y congresos internacionales propios. Sin embargo, no se puede comparar con el movimiento psicoanalítico en orden al número de miembros, rigidez de organización y popularidad.

Como ocurre con cualquier movimiento, también hubo miembros que se separaron de Adler y fundaron sus propias escuelas, bien en forma de una psicología individual ligeramente modificada, como Hans Künkel, o de una nueva enseñanza, como el análisis existencial de Victor Frankl.

Paradójicamente, sin embargo, es sobre el psicoanálisis donde la psicología individual ejerció el mayor impacto, a pesar de la diferencia fundamental existente entre las dos escuelas. La influencia de Adler afectó incluso a Freud, a ciertas tendencias de su movimiento (los denominados neo-freudianos) y al propio psicoanálisis, en forma de una asimilación casi imperceptible de sus conceptos.

Durante los años de su asociación con Freud, éste adoptó algunas de las ideas propuestas por Adler, bien de forma inmediata o retrasada. En 1908 Adler afirmó que existía un impulso agresivo autónomo; Freud lo negó, pero en 1920 vino a hablar de un impulso destructor primario [180]. En el mismo trabajo de 1908, Adler utilizó los conceptos de «confluencia de impulsos», desplazamiento de impulsos, desviación de un impulso contra uno mismo, desplazamiento sobre otro fuerte impulso y transformación en los opuestos. Estos conceptos (que incidentalmente se originaron con Nietzsche) encontraron lugar en el pensamiento freudiano en distintos períodos [181]. Otra vicisitud de los impulsos es la internalización de las demandas externas, descrita por Furtmüller y Adler, y que fue tomada por Freud en 1921 y ampliada posteriormente por Anna Freud bajo el nombre de identificación con el agresor. El paso del psicoanálisis a la psicología del yo supuso en gran parte una adaptación de los primeros conceptos de Adler, de modo que este autor fue aclamado por ciertos

180 Alfred Adler, «Der Aggressionstrieb im Leben und in der Neurose», *Fortschritte der Medizin*, XXVI (1928), 577-584.

181 Heinz y Rowena Ansbacher, *The Individual Psychology of Alfred Adler*, Nueva York, Basic Books, 1956, págs. 31-32, 37-39, 458-459.

psicoanalistas como «un precursor de los últimos desarrollos del psicoanálisis».

Más destacable fue la adopción, por parte de varios grupos psicoanalíticos, de gran número de conceptos muy semejantes a los de la psicología individual, aunque manteniendo la terminología psicoanalítica para la mayor parte de ellos. Entre estos neo-psicoanalistas encontramos a Edward Kempf, Harry Stack Sullivan, Karen Horney, Erich Fromm y Clara Thompson en los Estados Unidos, y Harald Schultz-Hencke en Alemania.

Los neo-psicoanalistas no constituyen una escuela. Cada uno tiene su propia teoría, pero todos ellos rechazan ciertas de las ideas básicas de Freud y las reemplazan por conceptos muy semejantes a los de Adler (sin mencionar, no obstante, su nombre). La mayoría comparten las siguientes ideas: niegan el concepto de la libido con sus estadios, y cuando mantienen el complejo de Edipo le dan una interpretación distinta. Quitan importancia al papel del instinto innato y prestan más atención al del ambiente, particularmente al de las relaciones interpersonales. El hombre ya no se concibe como un ser naturalmente ansioso y destructivo. En lugar de los conflictos entre el yo, el ello y el superyo, analizan los patrones corrientes de conducta neurótica en forma de estilos neuróticos. Se reduce ampliamente el papel atribuido a la sexualidad, que se considera como un medio de expresión de otra conducta. Inversamente, se da más importancia a los impulsos de autoafirmación, competitivos. Queda menos espacio para el análisis de los sueños y los símbolos. La terapéutica, aunque todavía se denomina psicoanalítica, difiere grandemente de la típica freudiana, por cuanto que apunta más al presente que al pasado, a las relaciones interpersonales más que a las intrapersonales, y no considera primordial la asociación libre, el análisis de los sueños o el uso del diván.

Edward J. Kempf fue el autor de un voluminoso libro de texto de psiquiatría de base psicoanalítica, abundantemente ilustrado con reproducciones de obras de arte y fotografías de sus pacientes [182].

Aunque el autor afirma ser psicoanalista, la palabra libido no aparece en ningún pasaje. El nombre de Adler es citado una sola vez en las 762 páginas, pero su espíritu impregna todo el libro. Se presta gran atención a los conceptos de inferioridad orgánica y sentimientos de inferioridad, y a las variedades de compensación sana y morbosa. Entre las defensas contra los sentimientos de inferioridad, Kempf describe la de «evitar la competencia», cuya forma extrema es el «miedo general a todo contacto personal», característica del hebefrénico. Menciona incluso la situación peculiar del segundo hijo de una familia.

182 Edward J. Kempf, *Psychopathology*, San Luis, C. V. Mosby Co., 1920.

La teoría interpersonal de Harry Stack Sullivan se aproxima mucho a los puntos de vista adlerianos, aunque no se menciona el nombre de Adler en los cuatro volúmenes de la compilación de lecciones de Sullivan, que fueron editadas póstumamente.

Sullivan define la psiquiatría como el estudio de las relaciones interpersonales, y llega más lejos que Adler cuando afirma que la personalidad no existe aparte de la relación del individuo con sus compañeros. La personalidad, dice, es un patrón de situaciones interpersonales recurrentes. Su sistema del sí mismo es una organización estable de procesos interpersonales (muy parecidos al estilo de vida de Adler). Al igual que Adler, considera que el concepto de uno mismo está condicionado por la valoración refleja, es decir, por el reflejo de los juicios de los padres y personas cercanas de la primera infancia. Lo que denomina personificaciones son las imágenes distorsionadas que el individuo tiene de sí mismo y de los otros, al igual que las ficciones de Adler. En la psicología de Sullivan se expresan, con terminología distinta, el concepto de perspectiva de Adler con las distorsiones individuales de la percepción, la memoria y la lógica. Lo que Sullivan denomina inatención selectiva es un aspecto de las distorsiones de la percepción que conforman el estilo de vida propio. Y lo que llama modo paratáxico de pensamiento son, en la terminología adleriana, las distorsiones individuales de la lógica. En cuanto a la psicoterapia, Sullivan no utilizó el diván en muchos de sus pacientes, sino que los hacía sentarse en una silla ante él; hizo uso moderado de la asociación libre y de la interpretación de los sueños; no dudó en intervenir activamente (en especial con sus pacientes obsesivos y esquizoides); fundamentalmente, trataba de hacer que éstos se dieran cuenta de sus distorsiones paratáxicas o de otro tipo. En resumen, parece como si practicara una especie de psicoterapia adleriana, aunque denominándose psicoanalista. Las diferencias principales consisten en que Sullivan dio descripciones meticulosas de los estadios individuales del desarrollo, y concibió la sociedad como una fuente de enfermedad emocional en mayor medida que Adler [183].

Semejanzas no menos destacables con las enseñanzas de Adler se encuentran en la obra de Karen Horney. Después de haber seguido un psicoanalismo ortodoxo durante quince años, rompió con la escuela de Freud y fundó su propia asociación. Ya en 1926 había comenzado a poner en duda el concepto freudiano de la «envidia del pene» [184]. Su trabajo de 1927 sobre el «complejo de masculinidad de las mujeres» recordaba grandemente la «protesta masculina» de Adler [185].

Pocos años después, otro trabajo suyo llevaba el título «El miedo de la mujer», término típicamente adleriano [186]. Después de emigrar a los

[183] Harry Stack Sullivan, *Conceptions of Modern Psychiatry*, Washington, William Alanson White Psychiatric Foundation, 1947; *The Interpersonal Theory of Psychiatry*, Nueva York, Norton, 1953; *The Psychiatric Interview*, Nueva York, Norton, 1954; *Clinical Studies in Psychiatry*, Nueva York, Norton, 1956.

[184] Karen Horney, «Flucht aus der Weiblichkeit», *Internationale Zeitschrift für Psychoanalyse*, XII (1926), 360-374.

[185] Karen Horney, «Der Männlichkeitskomplex der Frau», *Archiv für Frauenkunde*, XIII (1927), 141-154.

[186] Karen Horney, «Die Angst vor der Frau», *Internationale Zeitschrift für Psychoanalyse*, XVIII (1932), 5-18

Estados Unidos en 1932, se vio sorprendida por las diferencias existentes entre los pacientes europeos y americanos, diferencias que únicamente pudo adscribir a factores culturales. Las enseñanzas de Karen Horney están contenidas en cuatro libros fundamentales.

Karen Horney criticó la importancia excesiva que concedía Freud a la biología y su desprecio de los factores culturales. Así, rechazó definitivamente la teoría de la libido con sus estadios de desarrollo y la teoría freudiana de la neurosis. En la raíz de las neurosis veía, en cambio, un esfuerzo para protegerse de la angustia (Adler lo habría denominado falta de valor). Al igual que Adler, se separó también de la clasificación tradicional de las neurosis a la que todavía se adhería Freud. Se conoce únicamente una neurosis general, con varios tipos de desarrollo: el complaciente (o sumiso), el agresivo guiado por la voluntad de poder y el de retirada. Estos tipos neuróticos de desarrollo se remontan a situaciones infantiles específicas. En cuanto al complejo de Edipo, Horney, exactamente igual que Adler, admite que existe en alguna ocasión, pero lo explica como un tipo de desarrollo de un niño inicialmente mimado. El narcisismo lo concibe no como amor de sí mismo, al modo de Freud, sino como autoadmiración, es decir, como admiración por una imagen idealizada de uno mismo. En sus últimos trabajos llegó a considerar el impulso a la autorrealización como el principal del ser humano, impulso que, según ella, está impedido por la imagen idealizada de su persona que tiene el individuo. También aquí reconocemos la importancia que Adler atribuyó posteriormente al impulso creador y al papel de la visión ficticia que de sí mismo tiene el individuo [187].

La teoría de Erich Fromm, según la expresa en varios de sus famosos libros, es otro tipo de neo-psicoanálisis influido por la sociología y por la ideología filosófica.

Fromm critica también la teoría de los impulsos de Freud, pero basándose en la diferencia entre el instinto en los seres humanos y en los animales. En comparación con el animal, el desarrollo del ser humano tiene lugar de forma completamente distinta y específica (equivalente, de forma incidental, a lo que Jung llama individuación), con la libertad como fin. Fromm considera la neurosis como un mal uso o huida de esta libertad; no acepta las entidades neuróticas tradicionales. Habla de diversos tipos de mecanismo neurótico: impulso de sumisión desinteresada a la autoridad, ansia de poder (carácter autoritario), impulso de destrucción, y compulsión de conformidad automática. Atribuye las causas de estos mecanismos neuróticos a factores sociales y culturales, a saber, al sistema capitalista. Por otra parte, habla de un carácter productivo que recuerda lo que dice Adler acerca del hombre regido por un sentimiento social y situado en el lado útil de la vida. Fromm no niega la existencia del complejo de Edipo, pero lo explica como una rebelión del joven contra el orden patriarcal, autoritario, personificado por su padre. El marxismo influyó, pues, en él más que en Adler. Entre los neopsicoanalistas, Fromm es el único en el que encontramos un equivalente casi exacto del sentimiento social adleriano [188].

---

[187] Karen Horney, *The Neurotic Personality of Our Time*, Nueva York, W. W. Norton, 1937; *New Ways in Psychoanalysis*, Nueva York, W. W. Norton, 1939; *Our Inner Conflicts: A Constructive Theory of Neurosis*, Nueva York, W. W. Norton, 1945; *Neurosis and Human Growth: The Struggle towards Self-Realization*, Nueva York, W. W. Norton, 1950.

[188] Erich Fromm, *Escape from Freedom*, Nueva York, Farrar, Strauss and Giroux,

La corriente neo-psicoanalítica se prolonga con Thomas French, Clara Thompson, Sandor Radó, Theodore Reik y Abram Kardiner. En Europa el único autor que se autodenominó neo-psicoanalista fue Harald Schultz-Hencke. Sus ideas han sido recogidas en varios trabajos, y fundó una escuela propia en Alemania. Su enseñanza es una mezcla original de conceptos freudianos y adlerianos.

En la raíz de todas las neurosis y psicosis ve una alteración básica: la inhibición (*Hemmung*), desempeña en su sistema el papel de la falta de valor en la psicología individual. Schultz-Hencke distingue cuatro impulsos básicos: los impulsos captativos y retentivos corresponden, en esencia, a las tendencias oral y anal de Freud. El impulso de agresión y autovalorización tiene mucho en común con la tendencia a la superioridad de Adler. El cuarto es el impulso sexual, que concibe primariamente como una necesidad de ternura; nunca utiliza la palabra libido. La inhibición tiene sus orígenes en la acción del ambiente sobre el niño, que determina las actitudes permanentes que regirán la conducta del individuo a lo largo de la vida. Schultz-Hencke propone una teoría de las inferioridades de las funciones psíquicas y de sus manifestaciones en las estructuras neuróticas. Utiliza los términos «compensación» y «sobrecompensación» con tanta generosidad como Adler. En su sistema, el inconsciente tiene una importancia secundaria; lo mismo se puede decir de la transferencia en su técnica terapéutica [189].

Después de considerar la influencia que la psicología individual ejerció sobre los neo-psicoanalistas (que mejor se deberían haber denominado neo-adlerianos), debemos mencionar ahora otra influencia suya, más sutil y difusa, sobre el cuerpo principal de los psicoanalistas. Es difícil de describir, porque se advierte por todas partes en forma más o menos disfrazada. Algunos psicoanalistas son decididamente freudianos en cuanto a las teorías que profesan de forma consciente, pero aplican las ideas adlerianas en los temas de la vida diaria. Cierto psicoanalista suizo declaró una vez públicamente que el pensamiento de Adler era disparatado e indigno de atención. Un momento después, refiriéndose a una amistad común en una charla privada, dijo: «Este hombre sufre de un doloroso sentimiento de inferioridad que compensa con maneras arrogantes». Oficialmente, Adler no es tomado en consideración, pero sin darse cuenta de ello, todo el mundo es cripto-adleriano. A esto se debe que en las revistas psicoanalíticas aparezca gran número de artículos que presentan una noción adleriana clásica sin referirse a Adler, o incluso con la mención expresa que el presente estudio no debe ser relacionado con su trabajo. Por lo demás, tal actitud no está limitada en absoluto a los psicoanalistas, y aquí nos encontramos uno de los datos más paradójicos de la historia de la psiquiatría dinámica.

Inc., 1941; *Man for Himself*, Nueva York, Reinhart, 1947; *The Same Society*, Nueva York, Reinhart, 1955.

189 Sus dos obras principales son *Der gehemmte Mensch*, Berlín, Springer-Verlag, 1940, y *Lehrbuch der analytischen Psychotherapie*, Berlín, Springer-Verlag, 1950.

Joseph Wilder escribió en 1959: «Creo que la mayoría de las observaciones e ideas de Alfred Adler han impregnado de forma tan sutil y tranquila el pensamiento psicológico moderno que lo que debe preguntar no es si uno es adleriano, sino hasta qué punto lo es» [190].

Es fácil comprobarlo, por ejemplo, en el campo de la psiquiatría existencial [191]. Victor Frankl comenzó como discípulo de Adler y nunca lo negó. Comparándole con el propio Adler, Birnbaum afirma que la actitud «para-religiosa» de Frankl con sus pacientes tuvo su modelo en el «sentimiento cósmico» de Adler en su último desarrollo [192]. La influencia sobre el análisis existencial de Binswanger no es menos clara, aunque este autor nunca cite a Adler. El modo dual, modo plural y modo singular de ser-con-otros de Binswanger no difieren mucho de las descripciones de sentimiento de comunidad, impulso activo de superioridad y protección detrás de barricadas. Sus descripciones fenomenológicas de la dimensión vertical parecen ser un desarrollo de lo que Adler escribió sobre las dialécticas de arriba y abajo.

Cuando Jean-Paul Sartre esbozó su psicoanálisis existencial como parte de su existencialismo filosófico, recibió una respuesta unánime de los psicoanalistas, en el sentido de que eso no tenía nada en común con el psicoanálisis [193]. El psicoanálisis existencial se basa en el principio de que el hombre es una totalidad y, por tanto, se expresa a sí mismo incluso en la más insignificante y superficial de sus acciones. El método consiste en descifrar sus diversos modos de conducta. Con este fin se comparan las diversas tendencias empíricas para averiguar el proyecto fundamental que yace bajo cada uno de ellos. El psicoanálisis existencial de Sartre rechaza el concepto de la mente inconsciente. No trata de encontrar complejos, sino que intenta definir la voluntad original del individuo. Esta voluntad es ante todo una decisión libre y consciente suya y como tal vive plenamente, aunque no sea necesariamente consciente de ella. El fin de la terapéutica es hacerle consciente de su proyecto fundamental. Los modos de conducta estudiados por este método no son solamente (como en el análisis freudiano) los sueños, las parapraxias y las neurosis, sino, sobre todo, el pensamiento consciente, las acciones adaptadas y con éxito, y el estilo. Sartre concluye con la sorprendente afirmación: «¡Este psicoanáli-

[190] Joseph Wilder, «Introducción», a Kurt A. Adler y Danica Deutsch, eds., *Essays in Individual Psychology*, Nueva York, Grove Press, 1959, pág. XV.

[191] Así se ha señalado repetidas veces. Ver, por ejemplo, Ernest L. Johnson, «Existential Trends toward Individual Psychology», *Journal of Individual Psychology*, XXII (1966), 33-42.

[192] Ferdinand Birnbaum, «Victor E. Frankls Existentialpsychologie individualpsychologisch gesehen», *Internationale Zeitschrift für Individualpsychologie*, XVI (1947), 145-152.

[193] J.-P. Sartre, *L'Etre et le néant. Essai d'Ontologie Phénoménologique*, París, Gallimard, 1943, págs. 643-663. Trad. inglesa, *Being and Nothingness*, Nueva York, Philosophical Library, 1956, págs. 557-575.

sis todavía no ha encontrado su Freud!». ¿Cómo no captó que su método ya existía y tenía como autor a Alfred Adler?

Los que aprendieron psiquiatría con el profesor Klaesi en Berna no pudieron dejar de notar la estrecha analogía de muchas de sus ideas con las de Adler (aunque nunca se refirió a él). La interpretación que hacía del complejo de Edipo era idéntica a la de Adler. Afirmaba que las neurosis resultan de un conflicto entre los instintos cratóforos, es decir, de dominación egoísta, y los instintos aristóforos, es decir, los instintos sociales [194].

El aspecto holístico de la psicología individual ha sido desarrollado bajo el nombre de autocongruencia por Prescott Lecky, psicólogo americano que estudió con Adler en Viena durante 1927 y 1928.

> La necesidad primera del organismo, dice Lecky, es mantener su organización mental como un todo unificado. La personalidad es una organización de valores que el sujeto siente que son consecuentes entre sí. La conducta expresa, pues, el esfuerzo por ser consecuente y unificado en la organización y en la acción. El individuo es un sistema unificado con dos conjuntos de problemas: el problema de mantener la armonía dentro de sí mismo, y el de mantener la armonía con el medio, especialmente el medio social. La percepción, la memoria y el olvido, el sentimiento, el pensamiento, la imaginación, etc., deben ser adaptados constantemente para mantener la autoconsecuencia. El núcleo del sistema es la valoración que de sí mismo hace el individuo. Cualquier valor que sea consecuente con esta autovaloración es asimilado y, por el contrario, al que no lo sea se le opone resistencia. Entonces se le rechaza, a menos que tenga lugar una reorganización general. Como psicoterapeuta, Lecky decía que los síntomas son expresión de actitudes, y aportaba un inventario de éstas. Después demostraba al paciente la irrelevancia y carácter anticuado de sus actitudes presentes, llevándole a sustituirlas por otras mejores. La resistencia no era para Lecky una perseveración neurótica, sino un mecanismo natural para evitar el esfuerzo de reorganización [195].

La noción de que el hombre posee una tendencia básica a la autoperfección, que Adler destacó particularmente en su último período, ha sido desarrollada por varios autores, sobre todo por Wilhelm Keller [196]. Según él, en el hombre hay un impulso básico a la afirmación de sí mismo, que se expresa de diversas formas. Aunque sólo menciona a Adler de pasada, su libro es manifiestamente una elaboración de las ideas adlerianas.

Los estudios de Adler sobre el papel de la posición del individuo en la serie de hermanos han encontrado desarrollos originales e inesperados.

---

194 Jakob Klaesi, *Vom seelischen Kranksein. Vorbeugung und Heilen*, Berna, Paul Haupt, 1937.

195 Prescott Lecky, *Self-Consistency. A theory of personality*, Nueva York, Highland Press, 1945.

196 Wilhelm Keller, *Das Selbstwertstreben: Wesen. Formen und Schicksale*, Munich, Reinhardt, 1963.

Walter Toman ha enunciado una teoría basada en la observación de varios centenares de individuos cuyas constelaciones familiares fueron registradas cuidadosamente [197]. En su análisis de las mismas, Toman tiene en cuenta el número de niños, la distribución de chicos y chicas, el intervalo entre ellos, y las muertes ocurridas entre los hermanos. El análisis se extiende a la constelación familiar de padres, hijos y consortes. Para cada una de las numerosas combinaciones posibles, Toman da una corta descripción de las características personales más importantes que se pueden encontrar.

El análisis de la constelación familiar de Martensen-Larsen fue realizado con un enfoque diferente [198]. Este autor, trabajando con alcohólicos, realizó una investigación genealógica que le llevó a descubrir que la posición en la constelación familiar se extendía hasta la generación de los abuelos y que el factor determinante en la etiología del alcoholismo no es la herencia. Posteriormente extendió su investigación a la homosexualidad masculina.

En relación con el estilo de vida, hemos visto que son muchos los autores que han escrito sobre este tema, haciendo o no referencia a Adler. Pero ni éste ni sus discípulos parecen haber investigado a fondo las variaciones posibles de interrelación entre dos estilos de vida diferentes. Sólo conocemos un intento, debido al Dr. Eric Berne, cuyo éxito *Juegos que la gente juega* muestra cuán fructífero sería realizar una exploración sistemática y científica de este campo poco conocido [199].

La noción de sentimiento de inferioridad ha sido aceptada tan rápidamente por el público que Paul Häberlin pudo escribir un libro sobre este tema, describiendo las numerosas formas, variedades, compensaciones y causas sin citar una sola vez el nombre de Adler [200]. Para dar otro ejemplo entre los muchos existentes, un psicoanalista publicó la historia de un neurótico cuya fobia estaba reflejada en su primer recuerdo (ser asustado por un ratón); de niño jugaba con una muñeca [201]. Como su sentimiento de inferioridad empeoró, encontró compensación gracias a grandiosos ensueños en los que se veía como un superhombre. Fue curado por un método que el autor denomina psicoanálisis.

Se podrían dar otros muchos ejemplos de la lenta y continua penetración de las ideas adlerianas en el pensamiento psicológico contemporáneo.

197 Walter Toman, *Family Constellation*, Nueva York, Springer Publishing, Co., 1961. Traducción alemana aumentada, *Familienkonstellationen. Ihr Einfluss auf Menschen und seine Handlungen*, Munich, C. H. Beck, 1965.

198 La técnica típica de análisis para su investigación se describe en la obra de O. Martensen-Larsen, «Family Constellation Analysis and Male Alcoholism», *Acta Psychiatrica Scandinavica*, sup., vol. CVI (1956), 241-247.

199 Eric Berne, *Games People Play*, Nueva York, Grove Press, 1964.

200 Paul Häberlin, *Minderwertigkeitsgefühle*, Zurich, Schweizer Spiegel-Verlag, 1936.

201 Gustav Hans Graber, «Untermensch-Uebermensch, Ein Problem zur Psychologie der Ueberkompensation», *Acta Psychotherapeutica*, IV (1956), 217-224.

Entre ellas están los conceptos de sentimiento de inferioridad y estilo de vida, el papel de la inferioridad orgánica, la aplicación del *como si* de Vaihinger a la teoría de la neurosis, el papel de la protesta masculina y el del temor de la mujer en la etiología de la homosexualidad y otras desviaciones sexuales. Podríamos dar una lista de al menos una docena de autores que han redescubierto recientemente el significado simbólico de los primeros recuerdos. Partiendo de la idea tradicional de que las crisis de la adolescencia resultan de la intensificación de la libido, algunos psicoanalistas admiten ahora que el yo del adolescente está impulsado por energías poderosas que no dependen directa ni exclusivamente de aquélla. Se han señalado semejanzas entre ciertos pasajes del libro de Margaret Mead, *Familia,* y otros de *Lo que la vida debería significar para usted* de Adler [202]. La teoría de los imperativos sociales de Walter Goldschmidt muestra analogías con las tesis adlerianas sobre el sentimiento de comunidad: el hombre está confiado a la vida social, y cada individuo, según crece, debe subordinar sus fines personales a las demandas de la sociedad; ésta «debe ser organizada para equilibrar el impulso egoísta del individuo frente a las demandas de la armonía social» [203]. Ciertas características de la terapia psicológica individual se puede reconocer también en métodos recientes como la terapéutica racional de Ellis y la terapéutica de la realidad de Glasser.

Es probable que la influencia de la psicología individual se muestre muy fructífera en los campos de la criminología y de la pedagogía terapéutica. La utilización de la cirugía plástica en el tratamiento de un grupo limitado de delincuentes de feo aspecto es una aplicación de una de las ideas de Adler [204]. Una técnica correctora, la restitución creadora, aunque desarrollada independientemente de la psicología individual, está relacionada con la teoría adleriana, según demostró Ernst Papanek [205]. El padre Noël Mailloux, el famoso psicólogo de Montreal, afirma que las teorías psicoanalíticas corrientes acerca de la delincuencia juvenil (carencia o distorsión del superyo, complejo de Edipo sin resolver, e identificación con un modelo criminal) no están confirmadas por la experiencia [206]. Ello le lleva a explicar la delincuencia juvenil como resultante de un proceso específico de disocialización, es decir, como una distorsión del proceso

202 Margaret Mead y K. Heyman, *Family,* Nueva York, Macmillan, 165. Ver Danica Deutsch, «Alfred Adler and Margaret Mead, a Juxtaposition», *Journal of Individual Psychology,* XXII (1966), 228-233.

203 Walter Goldschmidt, *Man's Way,* Nueva York, Holt, Rinehart and Winston, 1959, página 220.

204 Alfred Adler, Introducción a la obra de Maxwell Maltz, *New Faces, New Futures,* Nueva York, Richard K. Smith, 1936, pág. vii.

205 Albert Eglash y Ernst Papanek, «Creative Restitution: A Correctional Technique and a Theory», *Journal of Individual Psychology,* XV (1959), 226-232.

206 Noël Mailloux, O. P., «Genèse et signification de la conduite antisociale», *Revue Canadienne de Criminologie,* IV (1962), 103-111.

normal de socialización. La socialización, dice, sigue su propia línea de evolución paralela a la de la sexualidad, con sus propias vicisitudes y puntos críticos, y un conflicto inicial comparable al de Edipo (aunque sin ser en absoluto idéntico a éste). Las actitudes defectuosas, hipercríticas, de los padres hacen que el niño se vea como una especie de paria, sometido al ostracismo por su familia y la comunidad. Como cree que es malo, se siente obligado a cometer acciones malas. Esta conducta, a su vez, provoca la reprobación de los que le rodean. Entonces se considera una víctima del odio y trata de vengarse, y por ello comete transgresiones más graves y busca un refugio en la pandilla. El tratamiento de los delincuentes juveniles implica un encuentro con los educadores terapéuticos y un tratamiento colectivo en el marco de un grupo delincuente. Es manifiesta la facilidad con que estas teorías y métodos se pueden formular en términos de la psicología individual: cuando el niño moralmente rebajado se encuentra en una posición de inferioridad, se adhiere a un estilo de vida que encaja dentro de su auto-imagen menospreciada, y de aquí pasa a una reacción de castigo contra el medio ambiente (la presión engendra la contrapresión); el tratamiento pretende despertar y restaurar el sentimiento de comunidad alterado.

Cualquier intento de valorar la obra de Adler ha de empezar por advertir una paradoja. El impacto de la psicología individual sobre la psicología contemporánea está fuera de toda duda. Hans Hoff declaró que Adler inauguró la medicina psicosomática moderna, fue el precursor de la psicología social y del enfoque social de la higiene mental, fundó la psicoterapia de grupo, y su concepción del ser creador en su dirección hacia un fin, responsable del estilo de vida, le convierte en el padre de la psicología del yo [207]. Podría haber añadido que fue el fundador del primer sistema unificado de psicología concreta registrado.

Sin embargo, nos encontramos con el fenómeno asombroso de la negación colectiva de la obra de Adler y de la atribución sistemática a otros autores de cualquier cosa ideada por él. Son muchos los psicoanalistas que, tomando algunos de los hallazgos más originales de Adler, afirman que estaban contenidos implícitamente en los escritos de Freud o eran aspectos olvidados de su pensamiento, y sólo mencionan a Adler para afirmar que, a pesar de las aparentes semejanzas con sus ideas, éstas son completamente distintas. La misma actitud se encuentra entre los psicólogos no freudianos, que en ocasiones rechazan aún más descaradamente a Adler. Es típico su tono de honrada indignación al negar la influencia de éste. Incluso los que admiten haberle conocido personalmente y han

[207] Hans Hoff, «Opening Address to the Eighth International Congress of Individual Psychology, Vienna, August 28, 1960», *Journal of Individual Psychology*, XVII (1961), 212.

leído algunos de sus trabajos, mantienen con firmeza que sus ideas no tienen nada que ver con las suyas.

Sería difícil encontrar otro autor del que se hayan tomado tantas cosas sin reconocerlo. Su enseñanza se ha convertido, para utilizar un modismo francés, en «cantera abierta» (*une carrière publique*), es decir, un lugar en el que todos pueden entrar y llevarse cualquier cosa sin escrúpulo. Cualquier autor citará meticulosamente la fuente de cualquier frase que tome, pero no se le ocurrirá hacer lo mismo cuando ésta proceda de la psicología individual; es como si nada original pudiera provenir de Adler. Tal actitud se extiende incluso al público en general. Resulta irónico que *The Times* de Londres, en su necrológica, de Freud escribiera: «Algunos de sus términos se han convertido en parte del lenguaje diario, como por ejemplo, el complejo de inferioridad» [208]. Veintidós años más tarde, cuando Jung murió, el *New York Times* publicó esta cabecera: «El Dr. Karl Jung ha muerto... Fue él quien acuñó los términos de introversión, extroversión y complejo de inferioridad» [209].

A esta confusa cuestión de la discrepancia existente entre la grandeza de los descubrimientos, el rechazo masivo de la persona y la obra, y el plagio en gran escala, se pueden dar varias respuestas.

En primer lugar, hay que ponerse de acuerdo acerca de los criterios según los cuales un hombre puede ser considerado como genio o serle negada esta cualidad. Se han propuesto teorías conflictivas acerca de la esencia del genio. Según Lange-Eichbaum, el problema es psicosociológico, es decir, consiste en definir qué características deben estar presentes en un trabajo para que pueda atribuirse a un genio [210]. La asociación de un contenido en cierto modo psicótico con una forma perfecta ofrece la máxima oportunidad de etiquetarlo como «trabajo de genio». (Por «psicótico» el autor quiere significar en realidad extraño, paradójico, desconcertante). Si fuera así, el pensamiento de Adler es demasiado racional, su estilo demasiado imperfecto para llamarle genio.

Una teoría opuesta es la de Bernard Grasset, quien afirma que el genio es la capacidad para crear una nueva evidencia [211]. En otras palabras, la capacidad para descubrir y formular algo que ya estaba allí, pero de lo que nadie se había dado cuenta. Tan pronto como el genio la formula, esa cosa parece tan obvia que es asimilada por el conocimiento común y se olvida que ha sido recientemente descubierta. (De forma en cierto modo parecida, se describe que Franz Schubert oyó una vez a unas lavanderas cantar sus propios *Lieder*: cuando les preguntó donde lo habían apren-

---

208 *The Times*, Londres, 25 de septiembre de 1939, pág. 10.
209 *New York Times*, 7 de junio de 1961.
210 G. Lange-Eichbaum, *Genie, Irrsinn und Ruhm*, Munich, Reinhardt, 1927.
211 Bernard Grasset, *Remarques sur l'action*, París, Gallimard, 1928.

dido, le contestaron que eran viejas canciones populares que habían cantado siempre en la región). La teoría de Bernard Grasset podría ser aplicada a Adler y a la rápida asimilación de sus conceptos, en especial el del sentimiento de inferioridad.

Una tercera teoría afirma que el genio es un fenómeno microsociológico y una creación voluntaria. Ningún hombre aislado puede ser llamado genio. Es imperativo que esté rodeado por un grupo de seguidores que no sólo proclamen sus enseñanzas sino que creen una reputación (cuando no una leyenda positiva) para su maestro. Su éxito depende en gran parte de la organización y del método. En este aspecto, Freud estuvo mucho más favorecido que Adler; tenía unos seguidores numerosos y mejor organizados. Adler contaba con pocos discípulos, nunca fue un buen organizador, ni se interesó por guardar registros de su vida y obra. Los seguidores de Freud propagaron la imagen positiva del genio arquetípico: obra de novedad no oída hasta entonces, realizada a pesar del rechazo universal y de terribles penalidades y persecuciones. A Adler, algunos de sus discípulos le llamaron Confucio occidental y salvador de la humanidad, pero no consiguió producir una imagen positiva convincente ni evitar que prevaleciera la imagen negativa: un pequeño burgués, discípulo envidioso de un gran maestro, que le traicionó y que enseñó una caricatura de psicoanálisis, una psicología para maestros de escuela y un tedioso apéndice psicológico para una doctrina socialista.

¿Por qué prevaleció esta imagen negativa? Una explicación posible se podría encontrar en la victimología, moderna rama de la criminología que analiza la personalidad de las víctimas potenciales de los delitos [212]. Los mismos factores psicológicos descubiertos en estas personalidades se pueden encontrar en quienes son víctimas persistentes de la mala suerte o del fracaso. En la personalidad de Adler reconocemos los rasgos de un tipo particular de víctima potencial, el denominado síndrome de Abel. Es el caso de un hombre cuya superioridad en un cierto campo está propensa a generar la envidia, pero que no es capaz o no desea defenderse. Es un caso muy extendido que se puede encontrar en toda condición social. En un estudio sobre Jean-Jacques Rousseau, Cocteau explicó las persistentes desgracias y persecuciones que le ocurrieron al gran escritor de la forma siguiente: «Cuando ciertos hombres reciben una bofetada en la cara, se dirá por todas partes que la han dado ellos; cuando ciertos otros dan una bofetada, se dirá que la han recibido» [213] (Rousseau pertenecía al último

---

212 Ver, sobre victimología, Hans von Hentig, *The Criminal and His Victim*, Nueva Haven, Yale University Press, 1948. Hans von Hentig, *Das Verbrechen*, Berlín, Springer, 1962, II, 364-515. H. F. Ellenberger, «Psychological Relationships between Criminal and Victim», *Archives of Criminal Psychodynamics*, I, núm. 2 (1955), 257-290.

213 Jean Cocteau, «Rousseau», en *Oeuvres complètes*, IX, París, Marguerat, 1950, páginas 365-373.

grupo). Sin ir tan lejos, ¿cuántas veces no ocurre en un grupo social que una persona que goza de cierto prestigio puede decir cualquier trivialidad y atraer la atención de la audiencia, mientras que otra dice la cosa más juiciosa y aguda y no logra despertar ningún interés (o incluso lo que ha dicho se lo apropia tranquilamente otro y lo repite con gran éxito)?

Hasta qué punto se puede aplicar esto a Adler lo podemos ver comparando su personalidad con la de Freud.

FREUD	ADLER
Elegante, impresionante, con una barba bien cuidada.	No demasiado atractivo, modesto, con un pequeño bigote y lentes.
Vivía en el mejor barrio residencial, tenía una colección de obras de arte y varios sirvientes.	Vivía en una zona residencial más burguesa, en un apartamento amueblado de forma ordinaria, con sólo un criado.
Consiguió ser nombrado profesor universitario.	Se le negó el nombramiento docente universitario.
Dio clases en la universidad y tuvo un círculo de discípulos entusiastas.	Dio cursos, fundamentalmente a los maestros de escuela, y mantuvo reuniones informales en los cafés.
Fue un maestro de la prosa alemana y un escritor superior que sabía utilizar imágenes notables.	Escribió en estilo llano y sus obras están mal estructuradas y no contienen imágenes que llamen la atención.
Fundador de la psicología profunda, ciencia aplicada al descubrimiento de los misterios del alma.	Promotor de una psicología racional, de sentido común, con aplicación práctica inmediata.

Se podría proseguir la comparación y asimismo buscar muchos paralelismos más en la historia de la ciencia, como el de Champollion y Grotefend [214]. La vida de Freud, embellecida por la leyenda, muestra características románticas; su forma de vida era la de un aristócrata de la mente que se había identificado con Charcot y Goethe; Adler vivía como un pequeño burgués que había identificado su causa con la del pueblo. Cuando Freud supo la muerte de Adler, escribió a Arnold Zweig: «Para un muchacho judío procedente de un suburbio vienés, morir en Aberdeen es un éxito nunca oído y una prueba de lo lejos que había llegado» [215]. ¿Había olvidado que él mismo era «un niño judío procedente de un suburbio vienés»?

Existe otra posible explicación de esta paradoja. El éxito de un hombre depende en gran parte de que sea portavoz de las tendencias culturales y

[214] Ver cap. V, pág. 311.

[215] Ernest Jones, *The Life and Work of Sigmund Freud*, III, Nueva York, Basic Books, 1955, pág. 208.

sociales contemporáneas. Si Schopenhauer no tuvo éxito durante tres décadas y sólo gozó tardíamente de la fama, no fue por una conspiración de silencio, sino porque su filosofía era incompatible con el *Zeitgeist* del período comprendido entre la década de 1820 y la de 1840, y sólo pudo ser mejor comprendido por la nueva generación posterior a 1848 [216].

Las mismas tendencias contemporáneas suponen muchas veces el resurgimiento de movimientos precedentes. En la oposición entre la psicología individual y el psicoanálisis vemos una repetición de la vieja oposición entre la Ilustración y el romanticismo. Ya hemos indicado en un capítulo anterior cómo las vicisitudes de la psiquiatría dinámica durante el siglo XIX podían ser consideradas como manifestaciones de la lucha entre la Ilustración y el romanticismo, siendo Janet y en menor grado Adler últimos representantes de la Ilustración, y Freud y aún más Jung los epígonos póstumos del romanticismo [217]. Retrocediendo aún más, observamos que los mundos helénico y romano estaban divididos entre la filosofía estoica y la epicúrea, y que la primera presentaba características que se pueden encontrar hoy día en las escuelas adleriana y existencialista, mientras que la segunda ha sido comparada con éxito por De Saussure al psicoanálisis de Freud [218]. Por último, desde tiempo inmemorial han existido dos formas de aproximarse a la salud: una, utilizando medios racionales; otra, movilizando fuerzas irracionales. El paralelismo entre Adler y Freud es, pues, simplemente una de las numerosas ilustraciones de una ley fundamental de la historia de la cultura: la de las oscilaciones adelante y atrás entre dos actitudes básicas de la mente humana.

---

216 Ver cap. IV, págs. 245-246, n. 65.
217 Ver cap. IV, pág. 234.
218 Ver cap. I, pág. 66.

IX

CARL GUSTAV JUNG Y LA PSICOLOGÍA ANALÍTICA

Carl Gustav Jung, no más que Alfred Adler es un disidente del psicoanálisis de Freud, y su psicología analítica no debe ser medida con el mismo patrón que el psicoanálisis freudiano, como tampoco éste debe ser medido con el patrón de la psicología analítica. Ambos deben ser estudiados en función de su propia filosofía.

Las diferencias fundamentales entre los sistemas de Jung y Freud se pueden resumir como sigue:

Primero, el fundamento filosófico es completamente distinto. La psicología analítica de Jung, al igual que el psicoanálisis de Freud, es un descendiente póstumo del romanticismo, pero el psicoanálisis es también heredero del positivismo, cienticismo y darvinismo, mientras que la psicología analítica rechaza dicha herencia y regresa a las fuentes inalteradas del romanticismo psiquiátrico y de la filosofía de la naturaleza.

Segundo, mientras que el propósito de Freud es explorar la parte de la mente humana que conocían de forma intuitiva los grandes escritores, Jung afirma haberse aproximado de forma objetiva y haber anexionado a la ciencia un campo de la mente humana situado en posición intermedia entre la religión y la psicología.

El marco vital de Carl Gustav Jung

Carl Gustav Jung nació en un pueblecito de Thurgovia, Suiza, en 1875, y murió en Küsnacht, a orillas del lago Zurich, en 1961. Toda su vida transcurrió en su Suiza nativa, aparte una serie de viajes a Francia, Inglaterra, Italia, América del Norte, Africa e India. Cuando nació, Freud tenía diecinueve años, Janet dieciséis y Adler cinco. Fue, por tanto, el más joven de los grandes pioneros de la nueva psiquiatría dinámica, y sobre-

vivió a todos los demás. Por vivir en la neutral Suiza, no sufrió tampoco las vicisitudes que afligieron las vidas de Freud y Adler.

La primera mitad de la vida de Jung, desde 1875 hasta 1914, es decir, los años de su juventud, de su carrera psiquiátrica, de su asociación con Freud y de su separación posterior, se desarrollaron durante el período de la «paz armada» europea. Después de la Primera Guerra Mundial fundó su escuela y expuso sus ideas en numerosos libros. Durante la Segunda Guerra Mundial y con posterioridad aflojó sus lazos con su escuela y expresó sus pensamientos en forma cada vez más personal. Sus pacientes fueron al principio psicóticos internados de los estratos sociales más bajos, y posteriormente, en su mayoría, neuróticos de las clases altas.

La vida de Carl Gustav Jung se puede considerar como un ejemplo de ascenso social. Nacido en una familia de la clase media empobrecida, fue un estudiante sin dinero, comenzó su carrera como médico de un hospital mental y como psiquíatra en la Universidad, y por último llegó a ser un psicoterapeuta de renombre mundial y fundador y director de una escuela. Hacia el fin de su vida personificó la figura casi legendaria del «sabio anciano de Küsnacht», al que iban a visitar personas procedentes de todas las partes del mundo.

Entorno familiar

Es imposible comprender la personalidad y obra de Carl Gustav Jung sin considerar su entorno suizo y su familia.

Suiza es un estado multinacional, como lo era Austria-Hungría, con la diferencia de que en Suiza hay únicamente tres grupos étnicos y tres lenguas fundamentales, y de que la unidad política se había conseguido antes de la aparición del nacionalismo furioso. Aquellos problemas a los que la monarquía austro-húngara buscó desesperadamente solución ya habían sido resueltos en Suiza mediante el federalismo. Aunque los tres grupos étnicos principales hablan las lenguas de los países vecinos —Alemania, Francia, Italia—, la identidad nacional suiza es muy fuerte, porque sus instituciones políticas difieren considerablemente de la de los restantes países europeos.

Para el suizo, el federalismo y la democracia son términos casi sinónimos. Todo suizo ejerce sus derechos políticos en tres niveles: municipio, cantón y federación. Cada municipio goza de gran autonomía, y todos los ciudadanos varones intervienen de forma constante y activa en sus problemas. Cada suizo pertenece a un municipio de origen, y este privilegio se transmite a sus descendientes, independientemente de su lugar real de



SIGMUND FREUD, en 1891, a los treinta y cinco años. *(Del volumen I de «The Life and Work of Sigmund Freud», por Ernest Jones* [*Nueva York: Basic Books, 1953*].)



A pesar de lo absorbente de su actividad profesional, Freud encontraba tiempo para pasear por las calles de Viena, donde muy poco escapaba a su ojo vigilante. *(Por cortesía del Dr. Emil Oberholzer.)*

residencia. Un extranjero que trate de conseguir la ciudadanía suiza debe solicitar primero la aceptación de un municipio dado, tras lo cual se convierte en ciudadano del cantón y consiguientemente de la Confederación Suiza. El autogobierno se ha desarrollado en Suiza en el seno del municipio y del cantón, hasta el límite extremo compatible con la unidad nacional. Nada hay más detestable, menos democrático para un suizo que la idea de imponer un idioma común en todo el país. El alemán, el francés y el italiano son considerados como lenguas nacionales, y cada una de ellas se convierte en la lengua oficial de aquella parte del país en que se habla. Más aún, en la Suiza de habla alemana se utilizan una variedad de dialectos, en contraste con el *Schriftdeutsch* (alemán escrito), la lengua oficial administrativa y universitaria.

Otra característica que diferencia a Suiza de los restantes países es la organización del ejército. Cada varón suizo, mientras permanece en servicio activo, guarda en su casa el uniforme militar y las armas, permanece a las órdenes del jefe de sección de su municipio, y sufre inspecciones regulares del equipo. En contraste con los otros ejércitos europeos, que imponen un período de uno, dos o más años de servicio militar, los jóvenes reclutas reciben unas cuantas semanas de instrucción y ejercicio militares intensivos. Aparte esto, se someten cada año a un corto período de instrucción. Los que deseen convertirse en oficiales están sujetos a una instrucción periódica semejante. De este modo, cada varón suizo es simultáneamente soldado u oficial y civil. Los efectivos militares permanentes están reducidos al mínimo.

El suizo está fuertemente integrado en la vida de su municipio, su cantón y su país. Le preocupan profundamente la política local y la vida militar, y muchas veces muestra no menos interés por la genealogía e historia de su familia; así (de forma realmente democrática) disponen de escudos de armas no sólo los aristócratas, sino todas las familias. Como consecuencia del sistema de municipio de origen, a cualquiera le resulta muy fácil reconstruir su genealogía consultando los archivos municipales.

Esto explica la estabilidad general de la población suiza y su apego a la tradición, su respeto por las costumbres y dialectos locales, y también las grandes diferencias existentes entre las localidades. Suiza ha llegado a esta situación después de una evolución histórica larga y difícil, abundante en guerras civiles. Las vicisitudes de la historia le llevaron a convertirse gradualmente en una Confederación de veintidós cantones, tres de los cuales están divididos en medios cantones, formando así veinticinco unidades políticas autónomas. Durante la segunda mitad del siglo XIX, se convirtió en una especie de laboratorio experimental de las instituciones democráticas. Aunque es uno de los pocos países que todavía no aceptan el voto femenino, goza de los beneficios de instituciones desconocidas

fuera del mismo, como el derecho de iniciativa de los ciudadanos y el referéndum [1].

Suiza se suele identificar hoy con la imagen de un país que ha gozado de un período prolongado de paz en medio de la agitación de la historia europea. En realidad, cuando Carl Gustav Jung, nació, en 1875, sus padres y abuelos no hubieran mantenido esta opinión. La juventud de sus abuelos se había desarrollado durante el período en que Suiza se vio complicada en los sucesos de la Revolución francesa y de las guerras napoleónicas. Después, entre 1815 y 1830, el país había sufrido mucho con las guerras civiles, especialmente cuando los partidos de agricultores de varios cantones trataron de abolir los privilegios del patriciado de la ciudad. En el cantón de Basilea llegó a declararse una guerra armada entre el campo y la ciudad, que terminó en 1833 con la separación del cantón en dos unidades políticas: Basilea-Ciudad y Basilea-Campo. En 1838 Suiza se movilizó y estuvo al borde de la guerra con Francia. En 1845 los siete cantones católicos constituyeron una Liga separada, la *Sonderbund*, dando lugar a una guerra civil que terminó con la victoria de la Federación y la reunificación de 1847. En 1857 Suiza se movilizó de nuevo, esta vez contra Prusia, pero el conflicto se solucionó mediante negociaciones. Habían sido también frecuentes las contiendas sobre temas religiosos.

La personalidad de Carl Gustav Jung reflejaba en alto grado no sólo las características de la mentalidad suiza, sino también el espíritu de su ciudad natal, Basilea, de sus antepasados y de su familia. Basilea no es sólo una ciudad, sino un ejemplo casi único de unidad política autónoma, con su gobierno, sus asambleas, sus departamentos ministeriales y su administración. Centro industrial y comercial internacional situado en el cruce de Suiza, Francia y Alemania, era en aquella época lo suficientemente pequeña como para que sus ciudadanos se conocieran entre sí. En 1875, el año del nacimiento de Jung, tenía 50.000 habitantes. Desde el Renacimiento, Basilea había sido uno de los centros de la cultura europea. En su infancia, cuando paseaba por las calles, Jung podía ver al eminente filósofo historiador Jacob Burckhardt, o al anciano Bachofen; oía hablar por todas partes de Nietzsche, al que tanta gente había conocido; y era identificado infaliblemente como «el nieto del famoso Carl Gustav Jung».

Su abuelo, Carl Gustav Jung (1794-1864) [2], era un personaje legendario en Basilea [3]. Hijo de un médico alemán, había estudiado medicina en Heidelberg y había entrado en contacto con los poetas románticos, escribien-

---

[1] Para una exposición del sistema democrático suizo ver André Siegfried, *La Suisse, démocratie-témoin, édition revue et augmentée*, Neuchatel, La Baconnière, 1956.

[2] Damos la fecha más probable de su nacimiento. Ciertos documentos la sitúan en 1793, otros en 1795, pero la mayoría lo hacen en 1794.

[3] Eduard His, *Basler Gelehrte des 19. Jahrhunderts*, Basilea, Benno Schwabe, 1941, páginas 69-76.

do poemas y cantos estudiantiles él mismo[4]. Su conversión al protestantismo se debió al famoso Schleiermacher. En 1817, el 17 de octubre, un grupo de profesores universitarios organizaron una fiesta religiosa y patriótica en el Wartburg, en Sajonia, con el permiso del gobierno. Aunque se abstuvieron cuidadosamente de cualquier tipo de manifestación política, las autoridades aprovecharon un incidente fútil para intervenir y destruir posteriormente las organizaciones estudiantiles de toda Alemania. Carl Gustav Jung, entre otros muchos jóvenes, fue encarcelado sin juicio previo. Tras su liberación, trece meses después, encontró su carrera rota y emigró a Francia. En París conoció a Alexander von Humboldt, el cual, sabiendo que la Universidad de Basilea buscaba un joven enérgico para reorganizar la Facultad de Medicina, le recomendó, y de este modo Carl Gustav Jung el viejo se convirtió en ciudadano suizo y en una de las principales personalidades de la ciudad. Según todos los relatos de la época, era un hombre de encanto irresistible, que conquistaba los corazones de todos aquellos con los que entraba en contacto. Como excepción, uno de sus hijos lo describió como un padre despótico, aunque en ocasiones participara en las diversiones y travesuras de ellos[5]. Tras la muerte de su primera esposa, con la que había tenido tres hijos, solicitó del alcalde de Basilea que le concediera a su hija en matrimonio. El alcalde denegó la petición, e inmediatamente Carl Gustav Jung se dirigió a una taberna y preguntó a la camarera si quería casarse con él. Ésta aceptó en el momento, celebrándose el matrimonio ante la consternación de toda la ciudad. Ella murió tres años más tarde, habiéndole dado dos hijos. En esta ocasión el alcalde consintió en darle a su hija, Sophie Frey. En total, Jung el viejo tuvo trece hijos, varios de los cuales le produjeron grandes pesadumbres durante la última etapa de su vida. En 1857 fundó una casa para niños retrasados, a la que dedicaría la mayor parte de su tiempo.

Carl Gustav Jung el viejo realizó una carrera extraordinariamente afortunada, fue uno de los médicos más solicitados de Basilea, fue elegido rector de la Universidad, llegó a ser Gran Maestro de los Masones suizos, y escribió tratados científicos, así como obras teatrales bajo diversos seudónimos. Según un rumor, era hijo ilegítimo de Goethe. No cabe duda de que existía una cierta semejanza física entre los dos hombres. Jung el viejo nunca se refirió a este tema, pero quizás merezca la pena destacar que en una página de su diario emitió un juicio severo sobre la falta de sentido moral de Goethe en dos de sus obras, y que en un tratado anatómico sobre huesos supernumerarios no citó el estudio clásico de éste sobre

[4] H. Haupt, *Ein vergessener Dichter aus der Frühzeit der Burschenschaft, Karl Gustav Jung (1794-1864)*, s. l., s. f.

[5] Ernst Jung. ed., *Aus den Tagebüchern meines Vaters*, s. l., s. f.

el hueso intermaxilar[6]. Esta historia de una supuesta relación con Goethe contribuyó a convertir al viejo Jung en una figura legendaria durante su vida. Tal era el hombre fascinante al que el psiquíatra Carl Gustav nunca había conocido, pero cuyo nombre había recibido, y cuya imagen ejerció sin duda una gran influencia sobre su destino[7].

Los abuelos maternos de Carl Gustav Jung no fueron menos notables que los paternos. Samuel Preiswerk (1799-1871), distinguido teólogo y hebraísta, sufrió numerosas vicisitudes en su vida, hasta que se convirtió en *antistes* de la Iglesia de Basilea, es decir, presidente de la Compañía de Pastores. Abandonó la reputación de hombre piadoso y sabio que componía numerosos poemas e himnos eclesiásticos y escribió una gramática hebrea. Estaba convencido de que Palestina debía ser devuelta a los judíos y defendió activamente esa idea, de modo que en la actualidad se le considera como un precursor del sionismo. Se casó dos veces: de su primera esposa sólo tuvo un hijo, y de la segunda, Augusta Faber, trece. Según la tradición familiar, tenía visiones, conversaba con el mundo de los espíritus y en su estudio había una silla especial reservada para él de su primera esposa, que le visitaba todas las semanas, para mayor dolor de la segunda. También se decía que, cuando escribía sus sermones, tenía a su hija Emilie sentada detrás para que los espíritus no pudieran leer por encima de su hombro. Su segunda esposa (la abuela de C. G. Jung) se decía que tenía el don de conocer el futuro, y vários miembros de su familia poseían al parecer habilidades parapsicológicas[8].

Los padres de C. G. Jung eran ambos los últimos hijos de grandes familias, y pertenecían a la «generación sacrificada», ya que nacieron cuando sus padres respectivos se habían arruinado. Paul Achilles Jung (1842-1896) estaba muy interesado por las lenguas clásicas y el hebreo, pero tuvo que conformarse con ser un modesto pastor de pueblo. Se casó con Emilie Preiswerk, la hija más joven de su profesor de hebreo. Jung tuvo la impresión de que su matrimonio no fue feliz. Debemos añadir, sin embargo, que el autor encontró una vez a una anciana dama que había conocido bien al reverendo Paul Jung en su juventud. Le describió como un hombre tranquilo, modesto, de gran corazón, que predicaba admirablemente bien a los campesinos y era querido y respetado universalmente por sus feligreses. Según otra fuente digna de confianza, era considerado por sus colegas como un hombre algo aburrido.

---

[6] C. G. Jung, *Animadversiones quaedam de ossibus generatim et in specie de ossibus raphogeminantibus, quae vulgo ossa suturarum dicuntur*, Basilea, 1827.

[7] Según el Registro de la comunidad de Basilea, el primer nombre del psiquíatra se deletreaba «Karl», pero él siempre utilizó la vieja terminología «Carl», que había sido la de su abuelo.

[8] Estos detalles están tomados de un estudio de Aniela Jaffé sobre la familia de Jung, recogidos a partir de documentos familiares; C. G. Jung, *Erinnerungen, Träume, Gedanken*, Zurich, Rascher Verlag, 1962, págs. 399-407.

Tras completar sus estudios teológicos, el reverendo Paul Jung fue asignado a la rectoría de Kesswil, a orillas del lago Constanza, y posteriormente, durante tres años, a la de Laufen, cerca de Schaffhausen. En 1879 recibió su nombramiento final en Klein-Hüningen, pueblecito perteneciente a Basilea-Ciudad, y fue asimismo capellán protestante del Hospital mental Friedmatt de Basilea[9]. No sabemos lo suficiente acerca de su personalidad para comprender la razón del fuerte resentimiento que su hijo sintió hacia él durante toda su vida. Ciertamente, no lo acusó de tirano. Es más bien la supuesta inmadurez de su padre la que le molestaba, el hecho de que fuera un hombre de estudios y no se hubiera desarrollado intelectualmente, sino que hubiera esparcido su actividad en bondadosas pero fútiles ocupaciones. Pensaba también que tenía dudas religiosas y que nunca las admitió.

Estamos aún menos informados acerca de la personalidad de la madre de Carl Gustav Jung, Emilie Preiswerk. La misma persona anciana que habló al autor acerca de la infancia de Jung y de su padre describió a la Sra. de Paul Jung como una mujer gruesa, fea, autoritaria y altanera. Su hijo le atribuye un carácter ciertamente difícil, y una personalidad doble. En ocasiones, decía, era muy sensible, hasta el punto de mostrar habilidades parapsicológicas, y en otras se manifestaba muy apegada a la tierra y se comportaba de forma vulgar.

El reverendo Paul Jung y su esposa tuvieron tres hijos. El mayor, Paul, nacido en agosto de 1873, vivió únicamente algunos días. A continuación vino Carl Gustav, el futuro psiquíatra y, tras un intervalo de nueve años, Johanna Gertrud, nacida el 17 de julio de 1884. Nunca se casó, ni parece haber tenido ninguna ocupación profesional; permaneció a la sombra de su hermano, al que admiraba mucho, y murió en Zurich el 30 de mayo de 1935.

Esta situación familiar puede explicar ciertos aspectos del pensamiento de C. G. Jung y sus divergencias de Freud. Freud había sido el primogénito querido de una madre joven y hermosa, mientras que Jung conservaba la imagen de una madre vulgar, ambivalente. La idea de que todo niño pequeño se enamora de su madre y siente celos de su padre le parecía absurda. Por otra parte, no dio tanta importancia a la hostilidad del hijo hacia el padre, sino a la identificación inconsciente con él y con sus antecesores. No cabe duda de que Jung se identificó menos con su padre que con su brillante, romántico y famoso abuelo. Solía sonreír cuando negaba los rumores de que este último era el hijo ilegítimo de Goethe. Esta

[9] El profesor P. Kielholz, director del Hospital Mental Friedmatt, informó al autor de que el nombre del reverendo Paul Jung se encuentra en los informes anuales de esa institución por primera vez en 1888, y que ocupó el puesto de capellán hasta su muerte en 1896. Los informes anuales de ese período expresaron el alto aprecio en que se tenía su carácter y los servicios que prestaba a los pacientes.

leyenda posiblemente fuera uno de los incentivos que le llevaron a personificar la figura del sabio anciano al final de su vida.

Vivió su infancia y juventud en la casa rectoral del pueblo. La casa rectoral (*Pfarrhaus*) ha sido calificada de «una de las células germinales de la cultura alemana» [10]. En una vivienda bastante espaciosa y con un gran jardín, el ministro cumplía sus deberes eclesiásticos, practicaba la cura de almas, daba ejemplo de virtudes domésticas, fundaba su familia y todavía le quedaba algún tiempo para la contemplación y el estudio. La mayoría de los hijos de pastores fueron hombres destacados, aunque algunos se rebelaron contra la ortodoxia religiosa paterna (cuando no contra la propia religión, como sucedió con Nietzsche). En el caso de Jung parece que sus intereses religiosos y filosóficos estaban despiertos, pero, al no poder encontrar una respuesta que le satisficiera por parte de su padre, dirigió su investigación a otros problemas situados más allá del ámbito de la religión tradicional.

Acontecimientos de la vida de Carl Gustav Jung

Nuestro conocimiento de la vida de Carl Gustav Jung es todavía imperfecto. Los relatos biográficos son simples bosquejos y revelan amplias lagunas [11]. Algunos recuerdos de su infancia y juventud fueron relatados por su amigo de toda la vida, Albert Oeri [12]. Hasta el momento no se ha realizado ningún estudio documental de la vida de Jung similar a los que realizaron los Bernfeld y los Gicklhorn para Freud, y al de Beckh-Widmanstetter sobre Adler, con la única excepción del estudio de Gustav Steiner sobre las actividades de Jung en la asociación de estudiantes a que pertenecía, para lo que se ha basado en los archivos de dicha asociación [13]. Jung siempre había rechazado la sugerencia de sus amigos de que escribiera la historia de su vida. A fines de 1957, cuando tenía ochenta y dos años, cambió de idea y escribió lo que se convirtió en los primeros capítulos de su autobiografía; el resto se lo contó a su secretaria, quien posteriormente lo editó y publicó [14]. También aquí, sin embargo, hay amplias

10 Pierre Berteaux, *La Vie quotidienne en Allemagne au temps de Guillaume II*, París, Hachette, 1962, pág. 27.

11 El libro de E. A. Bennet *C. G. Jung*, Londres, Barris and Rockliff, 1961, se basa principalmente en entrevistas concedidas por Jung en su edad madura.

12 Albert Oeri, «Ein paar Jugenderinnerungen», *Die kulturelle Bedeutung der komplexen Psychologie*, Berlín, Springer, 1935, págs. 524-528.

13 Gustav Steiner, «Erinnerungen an Carl Gustav Jung. Zur Entstehung der Autobiographie», *Basler Stadtbuch*, págs. 117-163.

14 Las partes principales de la autobiografía aparecieron de forma seriada en el semanario *Die Weltwoche* (Zurich), del 31 de agosto de 1962 al 1 de febrero de 1963, y posteriormente en forma de libro; C. G. Jung, *Erinnerungen, Träume, Gedanken,*

lagunas, así como contradicciones entre ciertas de las afirmaciones de Jung y la versión dada por otras fuentes [15]. Sería lícito preguntarse cómo el anciano de ochenta y dos años pudo rememorar su infancia con tal seguridad. Sólo se ha publicado una pequeña parte de su amplia correspondencia, y muchos de sus escritos todavía no están disponibles en forma impresa [16].

Según el registro civil de Basilea, Jung nació el 26 de julio de 1875 en Kesswil, cantón de Thurgovia, a orillas del lago Constanza [17]. Seis meses después, su familia se trasladó a Laufen, cerca de Schaffhausen, donde permaneció durante tres años. La casa rectoral estaba situada muy cerca de las cataratas del Rhin. Era un paraje de lo más pintoresco, aunque algo atemorizador para el joven, si creemos en los primeros recuerdos de Jung según lo registró en su autobiografía.

En 1879, cuando Carl aún no había cumplido los cuatro años, la familia se trasladó a Klein-Hüningen, que en aquella época era un pueblecito de compesinos y pescadores situado a orillas del Rhin [18]. En la actualidad, es un suburbio industrializado de Basilea (a la que fue incorporado en 1908), y su población rural original ha sido reemplazada por trabajadores reclutados de otras regiones para las plantas químicas y el puerto de la ciudad. Pero en aquella época remota, Klein-Hüningen era todavía un pueblo patriarcal, y Carl Gustav fue a la escuela con los hijos de las familias campesinas. La casa rectoral era un gran edificio, con jardín y establos, antigua casa de campo de los Iselin, rica familia patricia cuyo escudo de armas con tres rosas todavía se puede ver sobre una de las puertas. Existía una notable discrepancia entre el estilo aristocrático de la vivienda y los modestos medios económicos de un pastor de pueblo de aquella época.

No sabemos mucho acerca de la infancia de Carl Gustav. Albert Oeri relata simplemente unas cuantas travesuras que hizo a otros chicos. En su autobiografía, Jung resalta las fantasías, los sueños y la angustia de la infancia. Fue a la escuela del pueblo con los hijos de los agricultores locales, y notó que era distinto de ellos. Cuenta que, cuando tenía seis años, su padre comenzó a enseñarle latín. Posteriormente adquirió un

---

Aniela Jaffé, Zurich, Rascher, 1962. La traducción inglesa, *Memories, Dreams, Reflections*, Nueva York, Pantheon Books (1963), es algo incompleta.

15 Para dar sólo un ejemplo: Albert Oeri dice que Jung había decidido, siendo muy joven, convertirse en médico; en su autobiografía, Jung relata que esta decisión fue tomada repentinamente, bajo el impacto de dos sueños, poco antes de matricularse en la Universidad.

16 En la actualidad se prepara una edición de la correspondencia de C. G. Jung bajo la dirección del doctor Gerhard Adler.

17 Todos los datos pertenecientes a nombres, fechas y lugares de nacimiento de los miembros de la familia de Jung se han obtenido de la oficina del Registro Civil de la ciudad de Basilea.

18 Justin Gehrig, *Aus Kleinhüningens vergangenen Tagen*, Basilea, 1914.

buen conocimiento del mismo, aunque parece ser que nunca pudo igualar la maestría de su padre en esa materia.

En la primavera de 1886, a los once años de edad, Jung comenzó sus estudios secundarios en el Gymnasium de Basilea. Según su autobiografía, fue el comienzo de un período difícil para él, en el que no se relacionó fácilmente con sus condiscípulos. Era buen alumno en latín, pero malo en matemáticas. Hay un episodio, en el que estuvo involucrado, curiosamente semejante a otro de la vida de André Gide. Un condiscípulo le arrojó traidoramente al suelo; Carl Gustav perdió el conocimiento durante breves instantes, pero simuló seguir inconsciente durante más tiempo para asustar al culpable. A partir de entonces perdía la conciencia cada vez que no quería ir a la escuela o incluso quedarse en casa sin hacer nada. Durante seis meses se escapó una y otra vez de la escuela, para vagar y soñar por el campo. Los médicos estaban confundidos; uno de ellos habló de epilepsia. Luego, cierto día, Carl Gustav oyó a su padre expresar su preocupación acerca del futuro de su hijo a un amigo que le visitaba. El muchacho se dio cuenta repentinamente de que la vida era una cosa seria y que tenía que prepararse para ganársela. A partir de ese día luchó por reprimir sus accesos de pérdida de conciencia y reanudó su trabajo escolar. Este episodio revela no sólo el comienzo de una neurosis infantil, sino también cómo puede ser curada ésta espontáneamente, en contraste con André Gide, cuya infancia entera estuvo accidentada por una neurosis semejante [19]. También encontramos simbolizado aquí uno de los principios fundamentales de la psicoterapia de Jung: el de la devolución del paciente a la realidad.

Parece ser que a partir de entonces todo fue bastante bien en su enseñanza secundaria. Sin embargo, en su autobiografía apenas dice nada acerca de sus estudios y sus maestros, aunque resalta los acontecimientos de su vida interior: sueños, ilusiones, fantasía e intuiciones. Al ver un antiguo carruaje del siglo XVIII, sintió repentinamente que había vivido en aquellos días, y comenzó a tener recuerdos de esta vida previa. Le parecía que tenía dos personalidades: la del niño nervioso y difícil, según aparecía ante su ambiente, y otra desconocida para todos, la de un hombre eminente del siglo XVIII [20]. Además, leía mucho. Se sintió impresionado por Schopenhauer, cuya filosofía pesimista estaba entonces en la cumbre de la popularidad, y por Goethe, en cuyo *Fausto* vio una interpretación del problema del mal. Sufrió una crisis religiosa entre los quince y los dieciocho años, época en que, como está claramente indicado en su autobiografía, abundaron las largas, tediosas y estériles discusiones con su padre. De esta forma llegó a su actitud hacia la religión, que expresaría

[19] Jean Delay, *La Jeunesse d'André Gide*, I, París, Gallimard, 1956, págs. 193-199.

[20] Aunque Jung nunca dio nombre al personaje, esta segunda personalidad era con mucha probabilidad la de Goethe, como reflejo de la leyenda de su abuelo.

posteriormente en su frase favorita: «No puedo creer en lo que no sé, y en lo que sé no necesito creer» [21].

Carl Gustav Jung superó el examen final, la *Matura*, en la primavera de 1895 [22]. Según Oeri, tuvo suerte de que las reglas de aquella época permitieron conceder el aprobado en función del promedio de calificaciones, porque así pudo compensar su gran debilidad en matemáticas. Cuando le llegó el momento de elegir una vocación, escogió medicina. Su padre le había conseguido una beca en la Universidad de Basilea (hay que destacar que las becas eran entonces escasas y solamente se daban a estudiantes de medios muy modestos); por aquella época, Paul Jung estaba ya gravemente enfermo. Carl se matriculó en la Facultad de Medicina de la Universidad de Basilea el 18 de abril de 1895, y estudió allí desde el semestre de verano de 1895 hasta el de invierno de 1900-1901 [23]. Su padre murió el 28 de enero de 1896, cuando él estudiaba el primer año. Jung vivió a partir de entonces con su madre y su hermana, convirtiéndose en el cabeza de familia. Se habían trasladado a una casita situada en el pueblo de Binningen, desde donde iba todos los días andando hasta la Facultad de Medicina. Terminó sus estudios en cinco años, tiempo relativamente corto incluso en aquellos días, lo que nos permite suponer que trabajó mucho.

No obstante, dedicó algún tiempo a las actividades estudiantiles. El 18 de mayo de 1895 fue admitido en la sección de Basilea de la Zofingia, sociedad estudiantil suiza. Gustav Steiner relata que dicha sección tenía en aquella época unos 120 miembros, procedentes de cuatro Facultades (Teología, Filosofía, Derecho y Medicina), y que había un promedio de 80 miembros en las reuniones semanales [24]. Albert Oeri, que perteneció a la misma sociedad, escribe que Jung no se mostraba interesado por los bailes sociales, ni por las francachelas de sus miembros, sino fundamentalmente por las veladas de discusión, en las que participaba activamente, sobre todo cuando se abordaban temas de filosofía, psicología u ocultismo. Steiner describe cómo cautivaba las mentes de su audiencia. Se sentía apasionadamente interesado por autores como Swedenborg, Mesmer, Jung-Stilling, Justinus Kerner, Lombroso y, sobre todo, Schopenhauer. Como veremos después, las charlas de Jung y su participación en las discusiones fueron registradas en los archivos de la sociedad, lo que nos permite seguir las huellas de varios de los conceptos básicos de su psicología analítica hasta este primer período. Steiner habla también de la ascendencia de Jung sobre sus compañeros estudiantes, y relata cómo alardeó de ser

---

21 *Ich kann nicht glauben an was ich nicht kenne, und an was ich kenne brauche ich nicht zu glauben.*

22 Datos proporcionados por el doctor Hans Gutzwiller, rector del Humanistisches Gymnasium de Basilea.

23 Información proporcionada por el Archivo Estatal del Cantón de Basilea-Ciudad.

24 Gustav Steiner, «Erinnerungen an Carl Gustav Jung. Zur Entstehung der Autobiographie», en *Basler Stadtbuch*, 1965, págs. 117-163.

descendiente de Goethe. «No fue la leyenda lo que me dejó perplejo», añade Steiner, «sino el hecho de que nos la contara».

En su autobiografía, Jung relata que el acontecimiento más importante de este período fue el descubrimiento del *Zarathustra* de Nietzsche, libro que ejerció una extraordinaria fascinación sobre él, al igual que sobre muchos de los jóvenes de su generación. Habla también de un día de verano en que él se hallaba trabajando en su habitación y su madre tejiendo en el comedor, cerca de la ventana. De pronto oyeron un violento ruido, parecido al de una explosión. Su madre se asustó; una mesa redonda de nogal estaba casi partida en dos. Dos semanas más tarde resonó otra explosión, en esta ocasión dentro de una alacena. La hoja de un cuchillo de pan había «explotado» en cuatro piezas como si hubiera sido cortada limpiamente. Poco después Carl Gustav supo que una prima por parte de su madre, Hélène Preiswerk, de quince años de edad, realizaba experimentos espiritistas y sufría crisis de sonambulismo mediumnístico. Fue el comienzo de un episodio importante en la vida de Jung.

Carl Gustav, que tenía entonces veintitrés años de edad, se unió al grupo que realizaba experimentos con la joven médium [25]. Las notas recogidas por él mismo constituirían la base de su posterior tesis médica. Mientras tanto devoraba todo lo que podía encontrar sobre espiritismo y parapsicología, y discutía estos temas en las reuniones de Zofingia, defendiendo la causa del espiritismo y hablando de Zöllner y Crookes como si fueran mártires de la ciencia.

Al término de sus estudios médicos, el interés de Jung se había desplazado a la psiquiatría. Según su autobiografía, fue debido a un súbito impulso que sintió cuando leía el *Lehrbuch der Psychiatrie* de Krafft-Ebing. ¿Pero era esta disciplina tan nueva para él como afirmaba? Según los archivos de la Universidad de Basilea, había seguido un curso de psiquiatría con el profesor Wille durante el semestre de invierno de 1898 a 1899 y el semestre de verano de 1900, por no recordar que su abuelo Carl Gustav Jung había estado profundamente interesado en los niños retrasados, y que su padre había sido capellán del Hospital mental Friedmatt. En aquella época, la única forma de convertirse en psiquíatra, en Suiza, era unirse al equipo de un hospital mental universitario como ayudante (residente) y ascender gradualmente los escalones de la jerarquía médica. Jung deseaba abandonar Basilea, donde se sentía demasiado íntimamente identificado con las familias de sus padres, y solicitó un puesto en el famoso Hospital psiquiátrico Burghölzli de Zurich.

---

[25] La identidad de la joven médium ya no es un secreto. Era la hija número once de Rudolph Preiswerk, tío materno de C. G. Jung. Pueden verse más detalles en el libro de Ernst Schopf-Preiswerk *Die Basler Familie Preiswerk*, Basilea, Friedrich Reinhardt, s. d., pág. 122.

Mientras tanto, había superado su examen final, probablemente en octubre de 1899, y completado su primer período de servicio militar (en la denominada Escuela de Reclutas), como soldado de infantería, en Aarau [26]. Su actividad en el Burghölzli se inició el 11 de diciembre de 1900 [27].

El residente recién llegado al Burghölzli fue introducido por el portero en una sala de espera donde, un momento después, llegó el profesor Eugen Bleuler para darle la bienvenida con unas cuantas palabras de salutación. Luego, a pesar de las protestas del joven médico, el propio profesor tomó su maleta y la llevó a la habitación que le había sido destinada. El joven viviría en adelante en una especie de monasterio psiquiátrico. Eugen Bleuler era la personificación del trabajo y el deber [28]. Exigente consigo mismo y con su equipo, reclamaba un trabajo celoso, arduo y una dedicación ilimitada a los pacientes. Los residentes tenían que hacer la primera visita a sus salas antes de la reunión diaria del equipo, que tenía lugar a las ocho y media de la mañana y en la que tenían que informar acerca de sus pacientes. Dos o tres veces por semana, a las diez de la mañana, había una reunión llamada *Gemeinsame* (discusión común entre los miembros del equipo acerca de las historias clínicas de los pacientes nuevos), bajo la dirección de Bleuler. La visita de la tarde tenía que hacerse entre las cinco y las siete. No había secretarias, y los residentes tenían que escribir a máquina sus propias historias clínicas, trabajando muchas veces hasta las diez o las once. Las puertas del hospital se cerraban a las diez de la noche. Los residentes más jóvenes no tenían llave, y si querían regresar después de esa hora, se veían obligados a pedirla prestada a alguien más antiguo. Bleuler mostraba una dedicación máxima a los pacientes; solía realizar visitas cortas a las salas hasta cuatro o seis veces al día. El Dr. Alphonse Maeder, que estaba en el equipo del Burghölzli en aquellos tiempos heroicos, relata lo siguiente:

> El paciente era el centro de interés. Los estudiantes aprendían a hablar con él. Burghölzli era en aquella época una especie de fábrica en la que se trabajaba mucho y por muy poco dinero. Todo el mundo, desde el profesor hasta el residente más joven, estaba totalmente absorbido por su trabajo. La abstinencia de bebidas alcohólicas era una norma general. Bleuler se mostraba amable con todos y nunca se comportaba como el jefe [29].

El profesor Jakob Wyrsch añade lo siguiente:

> Bleuler nunca censuró a un residente. Si algo no estaba hecho, se limitaba a preguntar las razones de la omisión. En él no había nada dictatorial. Muchas veces

26 Los detalles acerca del servicio militar de C. G. Jung nos fueron proporcionados amablemente por su hijo, Franz Jung.

27 Debemos esta información al profesor Manfred Bleuler, director del Hospital Mental Burghölzli de Zurich.

28 Ver cap. V, págs. 331-335.

29 Doctor Alphonse Maeder, comunicación personal.

iba a la habitación de los residentes después de la comida y tomaba café con ellos. Luego les preguntaba por los nuevos progresos en la medicina y la cirugía, no para probar sus conocimientos, sino para mantenerse informado [30].

Jung relata que pasó allí los seis primeros meses separado del mundo exterior y sin poder establecer demasiado contacto con sus colegas, y que leyó los cincuenta volúmenes de la *Allgemeine Zeitschrift für Psychiatrie* en su tiempo libre. Es extraordinario que en su autobiografía no se mencione el nombre de Bleuler ni una sola vez, y que Jung afirme que, cuando llegó al Burghölzli, a los psiquíatras no les interesaba otra cosa que describir los síntomas y etiquetar a los pacientes, y que «la psicología del paciente mental no tenía ninguna importancia». Esta afirmación está en contradicción manifiesta con la de todos los que trabajaron con Bleuler. En ese primer año, Jung completó también su curso de instrucción como oficial en Basilea y recibió el grado de teniente del ejército suizo. Su tesis médica, dedicada a la historia de su prima médium, apareció en 1902.

A continuación pidió un permiso temporal para estudiar con Janet en París durante el semestre de invierno de 1902 a 1903. Curiosamente, este período de su vida tampoco se menciona en su autobiografía. Según las fuentes informadas de los círculos jungianos, no era un estudiante muy asiduo y pasaba la mayor parte del tiempo visitando los lugares de interés de la capital francesa.

Al regresar de París, continuó su trabajo en el Burghölzli y se casó el 14 de febrero de 1903 con Emma Rauschenbach, hija de un acaudalado industrial de Schaffhausen. Bleuler, que acababa de introducir en el Burghölzli el uso de los tests psicológicos tal como existían en aquella época, le pidió que experimentara con el Test de Asociación de Palabras, investigación en la que se mostró posteriormente muy afortunado.

Los que conocieron a Jung en aquella época tuvieron la impresión de que comenzaba una carrera extraordinariamente brillante como psiquíatra universitario. El año 1905 fue feliz para él. Ante todo, fue nombrado primer *Oberarzt*, título equivalente al de director de clínica en una institución americana; esto significa que ocupaba el lugar inmediato a Bleuler en la jerarquía del hospital. Segundo, fue nombrado director de la policlínica, en la cual la hipnosis estaba siendo reemplazada gradualmente por otras formas de psicoterapia. Tercero, logró el envidiado título de *Privatdozent* en la universidad. Inauguró sus enseñanzas en el semestre de invierno de 1905 a 1906 con un curso sobre psiquiatría con demostraciones. A él siguió, durante el semestre de verano de 1906, un curso de psicoterapia, también con demostraciones. Durante varios años alternaría

30 Profesor Jakob Wyrsch, comunicación personal.

un curso de histeria durante el semestre de invierno y otro de psicoterapia en el semestre de verano [31].

En 1906 publicó el primer volumen de los estudios que había realizado con varios colaboradores sobre el Test de Asociación de Palabras. Intercambió sus primeras cartas con Freud, y a partir de entonces se dedicó completamente a la causa del psicoanálisis. En noviembre de 1906 publicó una aguda réplica a una leve crítica que Aschaffenburg había hecho de la teoría de la histeria de Freud. En febrero de 1907 fue a Viena a visitar a Freud. En septiembre de 1907 asistió al Congreso Psiquiátrico Internacional celebrado en Amsterdam, actuando como portavoz de Freud en la discusión sobre la histeria. El 26 de noviembre del mismo año dio una conferencia sobre psicoanálisis en una reunión de la Sociedad Médica de Zurich; despertó una viva discusión, en la que fue apoyado por Bleuler [32]. Ese mismo año apareció su *Psicología de la demencia precoz*, la primera monografía dedicada a la investigación «psicológica profunda» de un paciente psicótico. Mientras tanto, todo el equipo del Burghölzli estaba fascinado con las ideas de Freud y trataba de elucidar hasta qué punto podrían ser aplicadas para la comprensión de las enfermedades mentales.

En 1908 Jung se hizo construir, según su propio diseño, una casa grande y hermosa en Küsnacht, a orillas del lago cercano a Zurich. Adquirió fama internacional, y en 1909 fue invitado a participar en las ceremonias del XX aniversario de la fundación de la Universidad Clark en Worcester, Massachusetts. Freud, como hemos visto, era otro de los invitados, y ambos dieron conferencias en septiembre de 1909.

Aproximadamente por entonces, Jung abandonó el Burghölzli y se trasladó a su casa de Küsnacht, donde pasaría el resto de su vida. El acontecimiento ha sido explicado de diversas formas, pero no cabe duda de que se había producido un conflicto agudo entre él y Bleuler. Se dijo que Jung estaba tan interesado por el psicoanálisis que había abandonado sus deberes del hospital, y que los dos tuvieron frecuentes choques [33]. Lo cierto es que Jung se dedicó a su práctica privada e intensificó su relación con el movimiento psicoanalítico desde 1909 hasta 1913. Fue el primer presidente de la Asociación Psicoanalítica Internacional y el editor del *Jahrbuch*, la primera revista psicoanalítica. A partir de 1910, todos los semestres de verano dio un curso de conferencias en la Universidad de Zurich sobre «Introducción al psicoanálisis».

---

31 El profesor Erwin Ackerknecht se preocupó en obtener para el autor, en los archivos de la Universidad de Zurich, la lista de las lecciones dadas por Jung como *Privatdozent*.

32 C. G. Jung, «Ueber die Bedeutung der Lehre Freuds für Neurologie und Psychiatrie», *Korrespondenz-Blatt für Schweizer Aerzte*, XXXVIII (1908), 218-222.

33 El doctor Alphonse Maeder asegura al autor que fue testigo de incidentes durante los cuales Jung ridiculizó públicamente a Bleuler.

Durante largo tiempo sólo se había conocido la historia de la relación suya con Freud gracias a los relatos del propio Freud y de sus discípulos. Jung ofreció su versión en 1925, en un seminario que dio a un grupo limitado de estudiantes, y en 1962 a una audiencia mayor, en su autobiografía. Nunca ocultó su admiración por Freud y sus descubrimientos. Pero Freud representó también para él la figura del padre que había tratado de descubrir, sin éxito, en Flournoy y Janet. Freud buscaba un discípulo digno de sucederle, y creyó haberlo encontrado en él. Hubo por tanto un período de entusiasmo mutuo, reforzado por la circunstancia de que no sólo Jung, sino también su maestro Bleuler, tomaran públicamente partido por Freud. Pero ya desde el comienzo hubo un error fundamental. Freud quería discípulos que aceptaran su doctrina sin reservas. Bleuler y Jung concebían la relación con él como una colaboración que dejaba libres a ambas partes. Al comienzo, la relación se vio facilitada por la buena voluntad mutua. Jung tenía la misma naturaleza persuasiva y flexible que su abuelo paterno; Freud estaba dispuesto a ser paciente y a hacer ciertas concesiones, aunque permaneció firme en lo relativo a su teoría del complejo de Edipo y de la libido. Pero éstas precisamente eran las ideas que Jung nunca aceptó, por lo que fue inevitable que Freud le reprochara su oportunismo, y que éste rechazara a Freud por su dogmatismo autoritario. La verdadera historia de su relación probablemente sólo se conocerá cuando se publique su correspondencia.

El psicoanálisis no era todavía la doctrina unificada en que se convertiría posteriormente. Según explicó Maeder, los miembros del grupo psicoanalítico de Zurich no estaban sometidos al control estricto de Freud, como les ocurría a los de Viena [34]. Se sentían libres para desarrollar sus ideas a su propia manera, de modo que las primeras divergencias fueron aumentando con el tiempo. Las primeras importantes aparecieron en 1911, en la obra de Jung, *Metamorfosis y símbolos de la libido*. Después desde diciembre de 1911 hasta febrero de 1912, tuvo lugar en Zurich una viva polémica en la que Jung intervino como campeón de Freud [35]. En noviembre de 1912 fue invitado a pronunciar unas conferencias sobre el psicoanálisis en Nueva York, donde dio su propia versión del psicoanálisis como un desarrollo más avanzado de las ideas básicas de Freud. Éste se sentía cada vez más receloso de tales divergencias. No obstante, le confió la misión de defender el psicoanálisis contra Janet en el Congreso Internacional de Medicina celebrado en Londres en agosto de 1913. El informe de Jung, sin embargo, contenía en su mayor parte sus propios puntos de vista sobre el tema [36]. Cuando, en el mes siguiente, se celebró en Munich la reunión de la Asociación Psicoanalítica Internacional, el conflicto entre

[34] Doctor Alphonse Maeder, comunicación personal.
[35] Ver cap. X, págs. 912-917.
[36] Ver cap. X, pág. 921.

Jung y el grupo psicoanalítico se agudizó [37]. En octubre de 1913 Jung abandonó la Asociación y la editorial del *Jahrbuch.* Dimitió también de su puesto de *Privatdozent;* dio su último ciclo de conferencias en el semestre de invierno del año académico 1913-1914, y después rompió sus lazos con la Universidad de Zurich al igual que los había roto con el Burghölzli en 1909 y con la Asociación Psicoanalítica en 1913 [38]. Estos acontecimientos inauguraron un período intermedio de seis años de duración (desde finales de 1913 hasta 1919), uno de los más oscuros en la vida de Jung y cuyo verdadero significado nos ha sido revelado por su autobiografía.

Se sabía que, después de su ruptura con Freud y su dimisión de la Universidad de Zurich, se dedicó a su práctica privada. En la Primera Guerra Mundial fue movilizado de forma intermitente durante períodos de varios meses de duración, y entre 1914 y 1919 publicó muy poco. Luego, en un seminario que tuvo lugar en 1925, expuso las etapas de su confrontación con el inconsciente desarrolladas en el transcurso de esos años [39]. Estos hechos, que sólo conocía un pequeño círculo de adeptos, han sido ahora revelados al público por su autobiografía. Nos dan la clave para comprender su doctrina y la explicación de su origen.

Jung, que había trabajado en el Burghölzli con pacientes psicóticos graves, se había sentido sorprendido por la frecuente aparición de símbolos universales (a los que posteriormente denominaría arquetipos) en sus ideas delirantes y alucinaciones. Esto le llevó a suponer que existía otro campo del inconsciente, además del de las representaciones reprimidas estudiado por Freud. Por entonces había llegado a la edad que, según sus propias teorías, marca el «cambio de vida», es decir, el período comprendido entre los treinta y cinco y treinta y ocho años. En el curso de un crucero de cuatro días de duración por el lago Zurich que hizo con Albert Oeri y tres amigos más jóvenes, Oeri leía en voz alta a los demás el episodio de la *Nekyia* de la Odisea de Homero (el viaje de Ulises a la morada de los muertos) según la traducción alemana clásica de Voss [40]: fue un agradable preludio del viaje a través del inconsciente que Jung realizaría después y al que muchas veces se refirió como su propia *Nekyia.* Parece ser que entre 1910 y 1913 realizó algunos intentos de comprender ese campo desconocido, permitiendo que el material inconsciente emer-

---

[37] Ver cap. X, págs. 923-924.

[38] Según el doctor Alphonse Maeder, Jung dimitió porque la Universidad de Zurich se negó a concederle el título de profesor.

[39] *Notes on the Seminar in Analytical Psychology Conducted by C. G. Jung,* Zurich, 23 de marzo-6 de julio de 1925. Obtenidas por miembros de la clase (mecanografiadas).

[40] C. J. Jung, *Erinnerungen, Träume, Gedanken,* Zurich, Rascher Verlag, 1962, páginas 103-104. Este episodio ha sido omitido en la traducción inglesa de la autobiografía de Jung.

giera en los sueños y las fantasías. Llegó un momento en que dio el paso decisivo y se arrojó a la solitaria y peligrosa empresa.

Fue análoga al «autoanálisis» de Freud, que probablemente desconocía Jung, aunque el método que empleó era muy distinto. Mientras que Freud había utilizado la libre asociación, él recurrió a la técnica de provocar la aparición de las imágenes inconscientes y su desbordamiento a la conciencia por dos medios: primero, escribiendo y dibujando sus sueños todas las mañanas, y segundo, contándose a sí mismo historias y forzándose a prolongarlas escribiendo todo lo que su libre imaginación le dictara. El 12 de diciembre de 1913 comenzó dichos ejercicios. Al principio dirigió sus ensueños imaginando que excavaba la tierra y penetraba en galerías y cuevas subterráneas, donde encontraba todo tipo de figuras extrañas. El 18 de diciembre, los arquetipos comenzaron a manifestarse de forma más directa. Soñó que estaba con un joven salvaje en una montaña desierta, donde asesinaron al viejo héroe alemán, Sigfrido. Interpretó este sueño en el sentido de que tenía que matar una identificación secreta que había dentro de él con una figura heroica, que tenía que ser superada [41]. En el mundo subterráneo al que le conducían ahora sus fantasías, encontró a un anciano, Elías, con una joven ciega, Salomé, y posteriormente a un hombre sabio y erudito, Filemón. Conversando con este último, aprendió que el hombre se puede enseñar a sí mismo cosas de las que no se da cuenta.

Pero el mundo de los arquetipos amenazaba con sumergirle, y Jung se dio cuenta de que este tipo de ejercicio era muy peligroso. Por lo tanto, se impuso varias reglas. La primera, mantener un lazo de fuerte unión con la realidad. Por fortuna para él tenía una casa, una familia, una profesión y una clientela, y se obligó escrupulosamente a cumplir sus deberes con todos ellos.

Segundo, tenía que examinar cuidadosamente cada imagen procedente del inconsciente y traducirla, en cuanto fuera posible, al lenguaje de la consciencia. Tercero, tenía que averiguar hasta qué punto las revelaciones del inconsciente podían ser traducidas en acciones e incorporadas a la vida diaria. Como resultado de estas reglas, dice Jung, logró descender al Hades y emerger victoriosamente de su arriesgado experimento. Mantuvo que Nietzsche había tenido una experiencia similar. Su *Zarathustra* era una erupción formidable de material arquetípico, pero, por no estar firmemente anclado en la realidad, ya que vivía sólo, sin una familia y sin ocupación, Nietzsche fue aplastado.

Uno de los episodios más singulares del experimento de Jung ocurrió un día en que, mientras escribía bajo el dictado del inconsciente, se pre-

[41] Incidentalmente el autor supo, por el doctor Alphonse Maeder, que los psicoanalistas vieneses a los que no agradaba Jung le habían puesto el mote de «El rubio Sigfrido».



ALFRED ADLER (1870-1937). Este dibujo de Horowicz resalta la mezcla peculiar de atenta observación y pensamiento reflexivo de Alfred Adler. *(Por cortesía de la señora Cornelia N. Michel.)*







Alfred Adler con dos de sus hermanos. A la izquierda, el mayor, Sigmund, próspero hombre de negocios que durante mucho tiempo inspiró en Adler sentimientos de inferioridad y rivalidad. A la derecha, el más joven, Richard, el artista de la familia, que admiraba mucho a Alfred. *(Por cortesía del Sr. Kurt Adler, Kew Gardens, Nueva York, la Dra. Alexandra Adler, Nueva York, y la Sra. Justine Adler, Viena.)*

guntó: «¿Es realmente ciencia lo que estoy haciendo?», y oyó una voz de mujer que le contestaba: «¡Es arte!». Él lo negó, pero la voz insistió en que era arte y conversaron durante un rato. Así, percibió que tenía dentro de sí una subpersonalidad autónoma, femenina, a la que denominó *anima*. El anima hablaba con la voz de una dama que en aquella época ejercía una cierta influencia sobre él. Jung era consciente de que lo que el anima le decía no era cierto, y aprendió, después de una larga confrontación, que su influencia podía ser beneficiosa o perjudicial; el problema estaba en establecer con ella la relación apropiada.

Dio otro paso adelante cuando sintió la necesidad de elaborar estos mensajes procedentes del inconsciente. Según su autobiografía, cierto domingo de 1916 oyó sonar la campanilla de la puerta principal, pero no vio a nadie. Entonces tuvo la impresión de que una hueste de fantasmas invadía la casa. Jung exclamó dentro de sí mismo: «¿Cuál es el significado de todo esto?», y fue como si un coro le respondiera: «Somos las almas de los muertos que han regresado de Jerusalén sin haber encontrado lo que buscaban». La respuesta le proporcionó la primera frase de su *Septem Sermones ad Mortuos* (Siete Sermones para los Muertos), que escribió en tres tardes y publicó en una edición privada, atribuyéndola a Basílides de Alejandría [42]. Posteriormente escribió otros dos trabajos, probablemente en la misma vena neognóstica, el *Libro negro* y el *Libro rojo*, que no han sido publicados.

Gradualmente, Jung tuvo la impresión de que surgía de una larga noche, e hizo otro descubrimiento notable: el proceso en el que había estado empeñado tenía un fin; llevaba al individuo al descubrimiento de los elementos más íntimos de su personalidad, el sí mismo [43]. Esta progresión desde el inconsciente al consciente y desde el yo al sí mismo fue lo que denominó *individuación*. Hacia finales de la Primera Guerra Mundial, descubrió que, muchas veces, un avance decisivo en la individuación era sancionado por la aparición de una figura cuadrada específica en sus sueños, más o menos semejante a los mandalas de la India y el Tibet. A principios de 1919 terminó su experimento, del cual surgió como un hombre nuevo con una nueva enseñanza. En adelante dedicaría el resto de su vida a la aplicación y propagación de sus descubrimientos.

Vemos, por tanto, que el período comprendido desde 1913 hasta 1919 fue de *enfermedad creadora*, dotada de las mismas características que ya hemos señalado con relación a Freud. Las enfermedades creadoras de los dos siguieron a un período de intensa preocupación por los misterios del alma humana. Los dos cortaron o restringieron al mínimo sus lazos

[42] Los *Septem Sermones ad Mortuos* de C. G. Jung han sido reimpresos en la edición alemana original de su autobiografía, págs. 389-398.

[43] El término «sí mismo» expresa de forma incompleta el significado de la palabra *Selbst*, que será definida más tarde.

con la universidad y las organizaciones profesionales o científicas. Ambos sufrieron síntomas de enfermedad emocional: Freud habló de su «neurastenia» o su «histeria»; Jung pasó largos períodos meditando a orillas del lago, o apilando piedras en pequeños castillos. Ambos se sometieron a ejercicios psíquicos autoimpuestos, cada uno según su propio método: Freud, mediante la libre asociación, tratando de rememorar los recuerdos perdidos de su primera infancia; Jung, mediante la imaginación forzada y el dibujo de sus sueños. En los dos, tales ejercicios actuaron como autoterapia, aunque al principio aumentaron sus sufrimientos. Por lo demás, no carecieron ciertamente de peligro. La paradójica amistad de Freud con Fliess se puede comprender mejor como un medio de mantener un lazo con la realidad. En cuanto a Jung, no sabemos la importancia que pudieron tener las relaciones humanas durante esos años, pero sí que se aferró deliberadamente a sus deberes para con su familia, su profesión y su país.

El viaje de Jung a través del inconsciente lo conocemos únicamente por las descripciones que él mismo dio de él en sus seminarios de 1925 y posteriormente en su autobiografía. Por desgracia, no hay documentos contemporáneos acerca del mismo comparables a las cartas que dirigió Freud a Fliess, y existen muy pocos relatos de su actividad profesional durante ese período. Jung dice que estuvo completamente aislado y abandonado por todos sus amigos. Se trata, sin duda, de una exageración, ya que había conservado unos cuantos discípulos, y en 1916 fue fundado un pequeño grupo jungiano en Zurich bajo el nombre de *Psychologischer Club* [44].

La terminación de una enfermedad creadora suele ser rápida, e ir seguida por una corta fase de euforia, un sentimiento de júbilo y una necesidad de actividad. En sus seminarios, Jung aludió algunas veces a los sentimientos del individuo que ha superado la extrema introversión y progresa hacia la extroversión, y a la «sensación de alivio y libertad» de quien no siente ya la carga de los convencionalismos sociales.

Cuando el resultado de una experimento así es afortunado, se manifiesta por un cambio permanente en la personalidad. Jung, al igual que Freud, estaba capacitado ya para ser el fundador y dirigente de su propia escuela. Pero emergió también de su enfermedad creadora con una mayor propensión para las intuiciones, las experiencias psíquicas y los sueños llenos de significado. Otra característica de los que han atravesado una aventura espiritual de este tipo es atribuir un valor universal a su propia experiencia personal. Los que han conocido a Jung recuerdan el tono de convicción absoluta con que hablaba del anima, del sí mismo, de los

[44] El doctor Alphonse Maeder informa al autor de que permaneció cerca de Jung y fue su discípulo durante todo este período y hasta 1928.

arquetipos y del inconsciente colectivo. Para él, eran realidades psicológicas que existían de forma tan real como el mundo material que le rodeaba.

En el período que siguió a la Primera Guerra Mundial, Jung salió de su experiencia psicológica como quien acaba de sufrir una profunda metamorfosis interior. Ahora era el jefe de una escuela psicológica y un psicoterapeuta muy solicitado, con numerosos pacientes de Inglaterra y Estados Unidos. Vivía en su maravillosa casa patricia de Küsnacht con su familia, que ahora constaba de cinco niños: Agathe (nacida el 26 de diciembre de 1904), Anna (nacida el 8 de febrero de 1906), Franz (nacido el 28 de noviembre de 1908), Marianne (nacida el 20 de septiembre de 1910) y Emma (nacida el 18 de marzo de 1914). Su esposa era una mujer excepcional, muy capacitada como madre y ama de casa, y con un interés muy despierto, que se convirtió en su colaboradora y aplicó sus métodos psicoterapéuticos. En su «viaje a través del inconsciente», Jung había obtenido tal abundancia de arquetipos y símbolos que pasaría unos veinte años elaborando este material y utilizándolo en la terapéutica y en series completas de seminarios mecanografiados y volúmenes impresos.

Algunos de sus discípulos indican que su vida durante los veinte años siguientes estuvo dedicada exclusivamente a la psicoterapia, la enseñanza y la escritura de sus libros. El propio Jung afirmó que su vida había sido «singularmente pobre en acontecimientos externos». La afirmación es algo simplista, ya que viajó mucho y se relacionó con personalidades destacadas.

En 1919 fue a Inglaterra para disertar sobre la creencia en los espíritus en la Sociedad de Investigación Psíquica: en su opinión, los «espíritus» no son más que proyecciones de partes extinguidas del inconsciente. Sin embargo, al año siguiente volvió a Inglaterra, esta vez para una estancia más larga, durante la cual, y según su propio relato, tuvo una curiosa experiencia que culminó en una breve visión de un fantasma; posteriormente supo que esa casa estaba considerada como encantada [45]. En 1920 realizó también un viaje a Argelia, Túnez y algunas partes del Sahara, observando la vida y mentalidad de las civilizaciones no europeas con profundo interés.

En 1921 apareció uno de sus trabajos más conocidos, *Los tipos psicológicos* [46]. Libro importante, de 700 páginas, contiene no sólo su teoría de la introversión, extroversión y el sistema tipológico, sino también una visión general de sus nuevas teorías sobre el inconsciente. Muchos de sus

---

[45] Fanny Moser, ed., *Spuk: Irrglaube oder Wahrglaube?*, Baden bei Zurich, Gyr, 1950, págs. 250-261.

[46] C. G. Jung, *Psychologische Typen*, Zurich, Rascher, 1921. Trad. inglesa, *Psychological Types*, Nueva York, Harcourt, Brace, 1923.

trabajos posteriores no son sino elaboraciones de los pensamientos esbozados en él.

A principios de la década de 1920 entró en relación con el reputado sinólogo Richard Wilhelm. En 1923 le invitó incluso a dar una serie de conferencias en el Club Psicológico de Zurich. Antes de que Wilhelm publicara su traducción alemana de *I Ching*, Jung estaba ya apasionadamente interesado por ese método chino de oráculos y realizó experimentos con él, aparentemente con algún éxito, aunque se abstuvo de comentarlos hasta muchos años después. Por la misma época, participó en experimentos mediumnísticos en Zurich con Eugen Bleuler y Von Schrenck-Notzing, trabajando con el entonces famoso médium austríaco Rudi Schneider. Jung, sin embargo, se negó a extraer ninguna conclusión de tales experimentos y ni siquiera los mencionó por aquella época. En 1923 compró una finca en Bollingen, a orillas del otro extremo del lago Zurich, donde posteriormente edificó una torre en la que iba a pasar los fines de semana y las vacaciones.

Al parecer, Jung sintió entonces que, para aumentar su conocimiento del inconsciente, sería más útil entrar en contacto con miembros de sociedades primitivas. Por lo tanto, cuando viajó a los Estados Unidos en 1924 y 1925 se unió a un grupo de amigos americanos y fue con ellos a visitar a los indios pueblo de Nuevo Méjico. Quedó impresionado por la atmósfera de reserva extrema que reinaba entre ellos y por la imagen poco favorecedora de los blancos que le diera un inteligente *taos*. Un año más tarde, Jung estuvo viviendo algunos meses en una tribu africana del Monte Elgon, en Kenia. Parece ser que residía en una choza situada en los límites del pueblo, con objeto de poder observar los acontecimientos y la charla diarios de la gente sin entrometerse en sus vidas. Mantuvo interesantes conversaciones con alguno de los hombres, especialmente con el hombre medicina, y llevó un diario de sus observaciones [47].

En la década siguiente su fama siguió aumentando. En 1930 fue nombrado presidente honorario de la Sociedad Alemana de Psicoterapia. El 25 de noviembre de 1932, el Ayuntamiento de Zurich decidió concederle el Premio de Literatura de la Ciudad, que ascendía a 8.000 francos suizos [48]. La ceremonia tuvo lugar en la casa consistorial el 18 de diciembre. Se le concedía el premio por haber superado la «psicología sin alma» del siglo XIX, así como las concepciones parciales de Freud, por la gran influen-

---

[47] El autor preguntó a Jung una vez por qué no publicaba sus observaciones sobre los elgoni, a lo que éste respondió que, siendo psicólogo, no quería invadir el campo de la antropología. En su autobiografía se puede encontrar un corto relato de éste y otro de los trabajos de Jung.

[48] Información proporcionada por el doctor Paul Guyer, archivero de la ciudad de Zurich.

cia ejercida por sus ideas sobre la literatura, y por su propia labor como crítico literario [49].

Jung reanudó su interés por los experimentos mediumnísticos durante esta década. Ahora estaba convencido de la realidad de estos fenómenos, que le parecían inexplicables. Se abstuvo, sin embargo, de referirse públicamente a ellos. También prestó gran interés a los escritos de los alquimistas, a los que consideraba precursores de la psicología del inconsciente.

En enero de 1933 Hitler subió al poder en Alemania. La Sociedad Alemana de Psicoterapia fue reorganizada según los principios nacionalsocialistas y su presidente Ernst Kretschmer dimitió. Se organizó entonces una Sociedad Internacional, con Jung como presidente, pero no era más que una *Dachorganisation*, una «organización tapadera», constituida por las sociedades nacionales (entre las que estaba la alemana) y por miembros individuales. Como Jung explicó posteriormente, había sido un subterfugio para permitir que los psicoterapeutas judíos expulsados de la sociedad alemana pudieran permanecer en la organización.

Desde octubre de 1933 hasta febrero de 1934 dio un curso sobre historia de la psicología en la Escuela Politécnica Suiza de Zurich, en el cual revisó el pensamiento psicológico de los filósofos desde Descartes, prestando particular interés a Fechner, C. G. Carus y Schopenhauer, aunque la mayor parte del curso fue dedicada a Justinus Kerner y la profetisa de Prevorst, así como a Flournoy y su investigación con Hélène Smith.

En febrero de 1934 Gustav Bally expresó su sorpresa de que Jung continuara sus funciones en el seno de la Sociedad de Psicoterapia y de que trabajara como redactor jefe de la *Zentralblatt für Psychotherapie* [50]. Jung replicó que estaba confundido. Habría resultado fácil para él abandonar todo este trabajo, pero había preferido ayudar a sus colegas alemanes aun a riesgo de ser mal interpretado [51]. Explicó que no había ocupado el lugar de Kretschmer en la antigua Sociedad Alemana de Psicoterapia, sino que había sido elegido presidente de la Sociedad Internacional de Psicoterapia recientemente formada. Protestó contra la acusación de colaboración con los nazis y de antisemitismo. Bally no replicó, pero algunos años después publicó una apreciación de la psicología jungiana raramente imparcial, demostrando mucha simpatía hacia Jung [52].

---

49 *Neue Zürcher Zeitung*, núm. 2.202, 26 de noviembre de 1932, y núm. 2.210, 27 de noviembre de 1932.

50 Gustav Bally, «Deutschstammige Psychotherapie», *Neue Zürcher Zeitung*, número 343, 27 de febrero de 1934.

51 C. G. Jung, «Zeitgenössisches», *Neue Zürcher Zeitung*, núm. 437, 13 de marzo de 1934; núm. 443, 14 de marzo de 1934; «Ein Nachtrag», *Neue Zürcher Zeitung*, número 457, 15 de marzo de 1934.

52 Gustav Bally, «C. G. Jung», *Neue Zürcher Zeitung*, núm. 2.118, folio 2, 23 de diciembre de 1942.

En 1935 Jung fue nombrado profesor titular de psicología de la Escuela Politécnica Suiza de Zurich. El mismo año fundó la Sociedad Suiza de Psicología Aplicada. En septiembre de 1936 fue uno de los participantes en la celebración del tercer centenario de la Universidad de Harvard; leyó un trabajo y le fue concedido el grado honorario de Doctor en Ciencias.

A finales de 1937 fue invitado a tomar parte en la celebración del 25 aniversario de la Universidad de Calcuta, lo que le dio la oportunidad de viajar por la India y Ceilán [53]. Sin embargo, y según su autobiografía, estaba más preocupado por encontrar su propia verdad que por recibir enseñanzas de los sabios de la India. En todo caso, el viaje fue profundamente estimulante [54]. Recibió también un doctorado honorario en la Universidad de Oxford en 1938, y fue elegido miembro honorario de la Real Sociedad de Medicina en Londres el 15 de mayo de 1939.

Como la situación internacional empeoraba, Jung, que nunca había demostrado un interés excesivo por la política mundial, empezó a interesarse cada vez más por ella. Por las entrevistas concedidas a diversas revistas sabemos que trató de analizar la psicología de los jefes de estado, y particularmente de los dictadores. El 28 de septiembre de 1937 estaba en Berlín durante la histórica visita de Mussolini a Hitler y los observó detenidamente durante tres cuartos de hora en el desfile. Desde entonces, su preocupación se centró fundamentalmente en los problemas de las psicosis de masas y en los peligros que amenazaban la existencia de la humanidad.

El 15 de octubre de 1943 recibió el título de profesor de psicología médica, con especial consideración a la psicoterapia, de la Universidad de Basilea. Dio únicamente dos o tres clases y dimitió debido a su mala salud. De esta forma, aunque con retraso, obtuvo de su ciudad natal el reconocimiento académico que había perdido veinte años antes en Zurich.

Al final de la Segunda Guerra Mundial hubo en su vida un nuevo acontecimiento crucial. Su autobiografía ha arrojado nueva luz sobre aspectos hasta entonces desconocidos de esta evolución posterior. A principios de 1944, relata Jung, se fracturó un pie y sufrió un infarto de miocardio, durante el cual perdió la conciencia y se sintió morir. Tuvo una visión cósmica, percibiendo nuestro planeta como desde una distancia inmensa, y su personalidad pareció ser la suma total de todo lo que había dicho y hecho durante su vida. Luego, en el momento en que iba a entrar en una especie de templo, vio cómo su médico se acercaba hacia él; había

[53] Según información enviada por el archivero de la Universidad de Calcuta, a Jung le fue concedido un título honorario de Doctor en Leyes el 7 de enero de 1938, pero no pudo asistir a la ceremonia debido a su enfermedad.

[54] Jung publicó sus impresiones acerca de la India en dos artículos: «The Dreamlike World of India», y «What India Can Teach Us», en la revista *Asia*, XXXIX (1939), 5-8 y 98-99.

tomado los rasgos de un rey de la isla de Cos (la tierra natal de Hipócrates) para devolverle a la tierra, y Jung tuvo la impresión de que la que estaba en peligro era la vida del propio médico, mientras que la suya se había salvado (en realidad, el médico murió inesperadamente algunas semanas después). Luego declaró que lo primero que sintió cuando volvió a la vida fue una amarga decepción. En realidad, algo había cambiado en él: su pensamiento había tomado una nueva dirección, como demuestran los trabajos que escribió a partir de entonces. Ahora era el «sabio anciano de Küsnacht». Durante el resto de su vida escribiría libros que confundirían a sus discípulos (como fue su *Respuesta a Job*); concedió entrevistas a visitantes de todas las partes del mundo, y recibió numerosos honores, aunque también sufrió muchas indignidades.

Al terminar la Segunda Guerra Mundial fue objeto de una campaña instigada por algunos que le acusaban de haber exhibido una actitud prohitleriana y antisemita durante el período comprendido entre 1933 y 1940 [55]. Se le acusó de haber ocupado la presidencia de la nazificada Asociación Alemana de Psicoterapia después de haber sido expulsados los miembros judíos y de haber dimitido Kretschmer. La acusación de antisemitismo se basaba en unas cuantas citas de un artículo en el que hablaba de una psicoterapia judía y otra aria [56]. A esto replicaron sus amigos: primera, que Jung nunca había tomado la sucesión de Kretschmer en la Asociación Alemana, sino que había aceptado la presidencia de la Asociación Internacional para prestar la máxima ayuda posible a los miembros judíos [57]. En aquella época, es decir, en 1934, la gente todavía creía que se podía negociar con los nazis, e incluso en 1936 el propio Jones se entrevistó en Basilea con el Dr. Goering y otros representantes del movimiento nazi [58]. Segundo, que las frases aludidas no tenían el significado antisemita que los acusadores encontraban en ellas. Jung mantenía la opinión de que no existe un método universal de psicoterapia, y que el zen o el yoga, que podían ser eficaces en el Japón o la India, no tienen por qué serlo en Europa; de forma semejante, el suizo, que había estado profundamente enraizado durante generaciones en las estructuras de su cultura específica (familia, municipio, cantón y Confederación), necesitaría un tipo de psico-

55 La campaña fue iniciada en los círculos socialistas suizos por Theodor Schwarz y Alex von Muralt; luego se extendió a ciertas publicaciones periódicas judías, y fue renovada unos años más tarde por un pequeño grupo de psicoanalistas.

56 Las frases acusatorias se encuentran en un artículo de C. G. Jung, «Zur gegenwärtigen Lage der Psychotherapie», *Zentralblatt für Psychotherapie*, VII (1934), 1-16.

57 Si Jung hubiera ocupado realmente el puesto de Kretschmer en la Asociación alemana, como afirma Jones erróneamente, resulta obvio que Kretschmer lo habría mencionado en su autobiografía. Sin embargo, no dice nada de este tipo y da una imagen muy favorable de Jung. Ver la obra de Ernst Kretschmer *Gestalten und Gedanken*, Stuttgart, Thieme, 1963, págs. 133-136.

58 Ernest Jones, *The Life and Work of Sigmund Freud*, III, Nueva York, Basic Books, 1957, pág. 187.

terapia distinto del del judío que había sido desarraigado y había asimilado la cultura de un país adoptado [59]. De hecho, lo que Jung decía acerca de la falta de una identidad cultural judía no era muy distinto de lo que había proclamado Theodor Herzl y los sionistas. Lo que sucedió es que, al igual que muchos otros de sus contemporáneos, había subestimado inicialmente la penetración del mal nazi. Quizá estuviera influido por los recuerdos de la participación de su abuelo en el movimiento nacionalista y democrático alemán que fue derrotado después de la revolución en 1848. Es posible que identificara de forma inconsciente el incipiente movimiento nazi con la sublevación patriótica y creadora de la juventud alemana en 1848, y el artículo que escribió en 1945 muestra lo que sintió cuando se dio cuenta de la terrible verdad [60].

Mientras tanto, Jung, y su obra obtenían un reconocimiento cada vez más universal. La Universidad de Ginebra le concedió el título de doctor *honoris causa* el 26 de julio de 1945. En Inglaterra fue fundado un *Journal of Analytical Psychology*. En los Estados Unidos, Paul y Mary Mellon, que habían entablado conocimiento personal con Jung, crearon la Fundación Bollingen, que patrocinó la publicación de una traducción inglesa de las *Obras Completas* del propio Jung y otros escritos eruditos.

El 24 de abril de 1948, por iniciativa de un comité de personalidades suizas, inglesas y americanas, se inauguró en Zurich el Instituto C. G. Jung, dedicado principalmente a la enseñanza de las teorías y métodos de su psicología analítica. El Instituto da conferencias en alemán e inglés, y ofrece análisis de entrenamiento. Tiene una biblioteca muy completa en la que se encuentran los seminarios y conferencias no publicados de Jung. Trata asimismo de estimular la investigación inspirada en las teorías jungianas y ofrece la publicación de los resultados de dichas investigaciones.

Durante toda su vida, Jung había estado muy interesado por el gnosticismo, y en 1945 se sintió conmovido por la noticia del descubrimiento de una colección de manuscritos gnósticos en el pueblo de Khenoboskion, en el alto Egipto. Poco podía sospechar que un influyente amigo suyo le regalaría uno de estos manuscritos, que se había ingeniado para adquirir. Jung lo recibió en noviembre de 1953 en Zurich, y se le dio el nombre de *Codex Jung*. Él mismo se encargó de la publicación del mismo por un equipo de eruditos [61].

En el curso de 1955, año de su ochenta aniversario, Jung fue muy honrado y festejado. En Zurich tuvo lugar un Congreso Internacional de

[59] Ver el artículo de Ernest Harms «Carl Gustav Jung - Defender of Freud and the Jews», *Psychiatric Quarterly*, XX (1946), 198-230.

[60] C. G. Jung, «Nach der Katastrophe», *Neue Schweizer Rundschau*, XIII (1945), 67-88.

[61] M. Malinine, H. Puech, G. Quispel, eds., *Evangelium Veritatis*, VI, Studien aus dem C. G. Jung Institute, Zurich, Rascher, 1957.

Psiquiatría bajo la presidencia del profesor Manfred Bleuler, hijo de Eugen Bleuler (con el cual había comenzado Jung su carrera psiquiátrica en el Burghölzli). Jung fue requerido para que hablara de la psicología de la esquizofrenia, tema que había comenzado a investigar ya en 1901. Pero su ochenta cumpleaños estuvo caracterizado también por una reanudación de la campaña que trataba de estigmatizarle por su supuesta colaboración con los nazis. Se dijo que había ocultado cuidadosamente sus sentimientos antisemíticos, descubriéndolos tan sólo en el momento en que creyó que Hitler dominaría Europa. Había traicionado a Freud en 1913 y tratado de hundir el psicoanálisis en 1933 [62]. Un grupo de discípulos judíos suyos publicó una protesta en la *Israelitisches Wochenblatt* [63]. Sus amigos adujeron que las acusaciones contra él se basaban en unas cuantas frases extraídas de su contexto, mal interpretadas y en ocasiones mal traducidas, que Jung se había opuesto abiertamente al antisemitismo, que había proporcionado una ayuda discreta y eficaz a los judíos refugiados en Suiza, que su nombre estaba en la «lista negra» de los nazis, y que sus obras habían sido requisadas por éstos en Alemania y en los países ocupados. No obstante, la campaña seguiría su curso, incluso después de su muerte.

En su ochenta y cinco aniversario, Jung recibió la ciudadanía honoraria de la pequeña ciudad de Küsnacht, donde había comprado en 1908 el terreno sobre el que construyó su casa, y donde vivía desde junio de 1909. El alcalde le tendió la «carta y sello» en una pequeña ceremonia, y Jung respondió dirigiéndose al «alcalde y los concejales» en su dialecto nativo de Basilea [64]. Para él, que se sentía muy unido a las costumbres y tradiciones suizas, el acto significó mucho, sobre todo porque ese honor se concede muy raramente en Suiza. Sin embargo, durante los últimos años de su vida la soledad se extendió a su alrededor. Había perdido a su esposa el 27 de noviembre de 1955, y muchos de sus antiguos amigos habían muerto también. Se convirtió en blanco favorito de los entrevistadores, que por último prepararon libros enteros a partir de estas conversaciones [65]. Después de un largo período de resistencia escribió los tres primeros capítulos de su autobiografía y dictó el resto a su secretaria privada, la Sra. Aniéla Jaffé. Aceptó también una invitación para escribir, con alguno

---

62 Ludwig Marcuse, «Der Fall C. G. Jung», *Der Zeitgeist*, núm. 36 (1955), 13-15. (Suplemento mensual de la revista *Der Aufbau*, Nueva York).

63 *Israelitisches Wochenblatt*, 2 de marzo de 1956, págs. 39-40.

64 Pueden consultarse los detalles de la ceremonia en el *Zürichsee Zeitung*, 28 de julio de 1960.

65 Tales son los libros de E. A. Bennet, *C. G. Jung*, Londres, Barrie and Rockliff, 1961; Richard I. Evans, *Conversations with Carl Jung and Reactions from Ernest Jones*, Princeton, Van Nostrand Co., 1964.

de sus discípulos, un libro ampliamente ilustrado, que sería su última obra, *El hombre y sus símbolos* [66].

Carl Gustav Jung murió en su casa de Küsnacht el 6 de junio de 1961. La ceremonia fúnebre tuvo lugar en la iglesia protestante de Küsnacht y a ella asistió un gran número de personas. El reverendo Werner Meyer, pastor de Küsnacht, le honró como el profeta que había resistido el desbordante flujo de racionalismo y que había dado al hombre el valor de poseer un alma de nuevo. Dos de los discípulos de Jung, el teólogo Hans Schär y el economista Eugen Böhler, celebraron los méritos científicos y humanos de su maestro. El cuerpo fue incinerado y las cenizas depositadas en el cementerio de Küsnacht, en el panteón familiar que el propio Jung había diseñado y decorado con inscripciones latinas y el escudo de armas de su familia, y donde ya reposaban los restos mortales de su padre, su madre, su hermana y su esposa.

La personalidad de Carl Gustav Jung

Jung solía hablar de la vida como de una sucesión de metamorfosis psíquicas. Su propia vida no fue una excepción en este aspecto, lo que puede explicar los juicios contradictorios emitidos acerca de él. En su autobiografía cuenta que ya desde los primeros años tuvo una rica vida interior de la que nadie se daba cuenta, y que aparecía ante sus padres y profesores como un niño nervioso. Sus primeros condiscípulos contaron a Gustav Steiner que en el gimnasio era hipersensible e irascible, no buscaba la compañía de sus condiscípulos y desconfiaba de sus profesores [67]. Durante sus años de estudiante, Steiner entró en relación directa con Jung, y habla de su vitalidad, impetuosidad, elocuencia y absoluta confianza en sí mismo. Daba la impresión de sentirse superior a los demás, necesitaba compañeros que le escucharan, y sabía cómo cautivar sus mentes. Todavía era hipersensible a la crítica de los demás, aunque él mismo no siempre hacía gala de diplomacia. Nadie pudo imaginar que se pudiera sentir entonces tan aislado como describe en su autobiografía.

Durante su período de estancia en el Burghölzli fue un psiquíatra extraordinariamente brillante que ejercía una especie de fascinación sobre los miembros más jóvenes del equipo, aunque éstos se sintieran a veces resentidos por sus maneras autoritarias y egocéntricas. Cuando Freud llegó a Zurich camino de América en 1909, Jung le recibió como invitado suyo y no le presentó al resto del equipo del Burghölzli, lo que suscitó

66 Carl Jung, M. L., von Franz, Joseph L. Henderson, Jolande Jacobi, Aniela Jaffé, *Man and His Symbols*, Londres, Aldus Books, 1964.

67 Gustav Steiner, «Erinnerungen an Carl Gustav Jung», *Basler Standtbuch* (1965) 117-163.

un considerable antagonismo [68]. Jean-Martin Freud, en el relato de la primera visita que hizo Jung a su padre en Viena, dice que el visitante acaparó toda la conversación, hablando únicamente a Freud y sin dirigirse en ningún momento a la Sra. Freud ni a los niños [69]. Existen declaraciones contradictorias acerca de la actitud de Jung durante su período psicoanalítico de 1909 a 1913. Sobre todo, carecemos de información acerca de los años intermedios de 1914 a 1919. Según Maeder, era extremadamente reservado y algo desconfiado, incluso con sus discípulos más fieles [70]. Ninguno de ellos sospechó la experiencia interior que estaba llevando a cabo entonces.

Casi todas las personas que han descrito la personalidad de Jung se refieren al período posterior a 1920, cuando había adquirido un dominio completo de su sistema psicológico y de su método terapéutico, y era el dirigente de una escuela. Es esa imagen la que desde ahora tendremos en la mente.

Carl Gustav Jung era un hombre alto, ancho de hombros, de apariencia dominante. Tenía los ojos oscuros, los pómulos altos, una mandíbula firme, una nariz aquilina y usaba un pequeño bigote. Todos los que le veían quedaban sorprendidos por la impresión de fuerza física y moral que de él emanaba, y por ese aspecto particular de estabilidad y firmeza que poseen quienes están bien asentados en su medio. Algunos creían reconocer en él un antepasado campesino, aunque en realidad descendía de intelectuales. Le gustaba trabajar con la tierra, las piedras y la madera, y gozaba particularmente edificando y construyendo. Le entusiasmaba pescar en el lago de Zurich, deporte que continuó practicando hasta la última etapa de su vida.

Daba la impresión de ser un hombre práctico firmemente anclado en la realidad, y por ello ciertos visitantes quedaban sorprendidos de la convicción absoluta con que hablaba del ánima, del sí mismo, de los arquetipos y de otros temas intangibles. No obstante, este fuerte sentido de realidad se manifestaba también en su psicoterapia, la primera fase de la cual consistía en devolver al paciente a la realidad.

Jung era cualquier cosa excepto un erudito teórico. Gozaba con los contactos humanos y los pequeños incidentes de la vida diaria. Cuando viajaba, no sólo visitaba los monumentos y los museos, sino que disfrutaba con todo lo que veía. Jean-Martin Freud relata que un día, cuando su hermana Matilde estaba en Viena con Jung y su familia y habían salido

---

[68] Comunicación personal del doctor Alphonse Maeder, que estaba en el equipo del Burghölzli en aquella época.

[69] Martin Freud, *Sigmund Freud, Man and Father*, Nueva York, Vanguard, 1958, páginas 108-109.

[70] Comunicación personal.

de compras, pasó por delante el Emperador[71]. Jung se excusó y corrió a unirse a la multitud «tan entusiasmado como cualquier muchacho». Era además muy sociable. Ernst Kretschmer cuenta que, en las reuniones sociales que seguían a las asambleas de la Asociación Médica de Psicoterapia, Jung se quitaba la chaqueta y cantaba y bailaba hasta altas horas de la noche, contribuyendo generalmente a crear una atmósfera alegre[72]. Tenía un agudo sentido del humor y era conocido por las variedades de su risa, que comprendía toda la gama desde la sonrisa sutil hasta la estruendosa carcajada.

Todos los que estuvieron en contacto personal con él, por breve que fuera, concuerdan en la brillantez y fascinación de su conversación. Las opiniones más sutiles, profundas y en ocasiones paradójicas se sucedían unas tras otras con incomparable rapidez y facilidad. En sus seminarios no publicados se advierten algunas de las calidades que caracterizaron su conversación, en contraste con el estilo muchas veces pesado y laborioso de sus libros.

Mucho se ha hablado acerca de la amplia erudición de Jung. En principio estuvo interesado por la psicología y la arqueología. Posteriormente, cuando comenzó a estudiar los símbolos, adquirió un amplio conocimiento de la historia de los mitos y las religiones. Le interesaron en especial el gnosticismo y la alquimia, y luego los filósofos de la India, Tibet y China. Durante toda su vida mostró gran afición por la etnología. Esta variedad de intereses se reflejaba en su biblioteca. Aunque no coleccionaba los libros por su rareza, llegó a poseer una biblioteca única de viejas obras sobre alquimia.

Poseía buenas aptitudes lingüísticas. Además del alemán clásico, y del dialecto de Basilea que utilizaba en su charla diaria, hablaba un francés excelente. Aprendió inglés algo tarde y llegó a dominarlo bastante bien, aunque sin llegar a perder su acento suizo-alemán. Muy versado en latín, tenía un conocimiento bastante bueno de griego, pero, a diferencia de su padre, no sabía hebreo. Antes de partir para el este de Africa tomó lecciones de swahili en Zurich, aunque en sus conversaciones con los nativos se valió fundamentalmente de un intérprete.

Muchos admiraban el talento particular que poseía Jung para hablar con gente de todas las condiciones sociales; se sentía igualmente cómodo con simples campesinos que con hombres de las más altas posiciones (sin duda, un don precioso para un psicoterapeuta). Mantenía también la opinión de que cualquiera que deseara ser un buen psiquíatra debía abandonar la consulta y partir para visitar las prisiones y las casas de los pobres, los garitos, los burdeles y tabernas, los salones distinguidos, la

[71] Martin Freud, *Sigmund Freud, Man and Father*, Nueva York, Vanguard, 1958, páginas 108-109.

[72] Ernst Kretschmer, *Gestalten und Gedanken*, Stuttgart, Thieme, 1963, pág. 135.

Bolsa de valores, las reuniones socialistas, las iglesias y las sectas. Una vez adquirida esta experiencia, podía volver a sus pacientes con una mayor comprensión. Dejando a un lado lo que haya de exageración en ello, Jung señaló claramente la necesidad que tiene el psicoterapeuta de completar las enseñanzas profesionales con un conocimiento práctico de la vida. En los círculos jungianos se dijo que se había mostrado rudo e intolerante con ciertos pacientes. Se han dado versiones contradictorias acerca de su actitud ante el dinero; según fuentes dignas de crédito, en los años veinte cobraba 50 francos suizos a la hora por la psicoterapia (cifra muy alta para aquellos días en Suiza), pero hay otros informes de que, muchos años después, la gente se veía sorprendida por los bajos honorarios que solicitaba. Hay unanimidad, en todo caso, en que era un psicoterapeuta extraordinariamente experimentado que enfocaba a cada uno de sus pacientes de forma distinta, según su personalidad y necesidades.

Jung mantenía la opinión de que nadie puede ser una persona normal sin realizar todos sus deberes como ciudadano. Tenía a orgullo participar en todas las elecciones públicas, tanto si eran del municipio como del cantón o de la Confederación. Un testigo digno de confianza dice que cuando estaba enfermo, pedía ser trasladado a los colegios electorales. Al igual que muchos suizos, mostró un profundo interés por su genealogía, su escudo de armas y la historia de sus antepasados. Estaba orgulloso de su servicio en el Ejército suizo y de su grado de capitán. Le gustaba recordar acontecimientos de su servicio militar y hablar acerca de la dura vida de los soldados en las montañas, que él había conocido durante sus períodos de servicio. Le gustaba jugar con sus hijos a juegos militares de su invención que comprendían la construcción, el ataque y la defensa de fortalezas de piedra [73].

Ya hemos hablado de su esposa, recordada por todos los que la conocieron como una mujer notable. De todos los grandes pioneros de la psiquiatría dinámica, Jung es el único cuya esposa se convirtió en su discípulo, adoptó sus enseñanzas y aplicó su método psicoterapéutico.

Quizá la característica más llamativa de la personalidad de Jung fuera el contraste entre su profunda percepción de la realidad, por un lado, y su vida secreta de meditación, sueños y experiencias parapsicológicas, por otro. Era un hombre muy sociable, pero cumplía en su grado máximo lo que se dice en el aforismo de Goethe: «El supremo bien de los hijos del hombre es la personalidad». Llegó a decir que «la sociedad no existe, únicamente hay individuos». Pero también mantenía que el individuo no se puede desarrollar a menos que goce de una cierta estabilidad material; de ahí el valor que tenían, para el destino de la salud mental, la posesión de una casa y un jardín.

73 Información personal de Franz Jung.

Jung aplicó estos principios haciéndose construir una casa en Küsnacht y participando en la vida civil y política de su municipio. La casa era grande, espléndida, recordando en cierto modo el estilo de una mansión patricia del siglo XVIII, con inscripciones latinas grabadas sobre la puerta principal, entre las que figuraba la divisa:

Vocatus atque non vocatus, Deus aderit
(Llamado o no llamado, Dios estará aquí)

La casa estaba situada en medio de un bello jardín. Había un cobertizo para los barcos de vela y un pabellón de observación desde el que se tenía una vista magnífica del lago (y que utilizó muchas veces en verano para la psicoterapia). Como ya se mencionó, adquirió en 1923 una tierra en Bollingen, al otro extremo del lago de Zurich, y aproximadamente en 1928 construyó allí una torre. Con el paso de los años, amplió el edificio original, añadiendo varias habitaciones, una segunda torre y un patio. Allí iba a pasar los días libres, y en aquella casa pudo aplicar otro de sus principios favoritos, a saber, el de vivir lo más simplemente posible. La casa de Bollingen no tenía teléfono ni luz eléctrica, ni tampoco calefacción central. El agua se traía del pozo, y la comida se cocinaba en un hogar de leña que encendía el propio Jung. Había una habitación en la que no se permitía el paso a nadie, y donde podía meditar sin ser molestado. Es como si la transición de la casa de Küsnacht a la de Bollingen simbolizara para Jung la transición del yo al sí mismo; en otras palabras, el camino de la individuación.

En sus últimos años, Jung se debilitó físicamente, pero su mente permaneció alerta. Fascinaba a sus visitantes con sus reflexiones sobre los misterios del alma humana o el futuro de la humanidad. Personificaba así la figura casi legendaria del «sabio anciano de Küsnacht».

Contemporáneos de Carl Gustav Jung

Para definir con más precisión la posición de la psicología analítica entre las ciencias del espíritu, sería útil comparar a Jung con tres de sus contemporáneos: el teólogo Karl Barth, el filósofo Paul Häberlin y el antroposofista Rudolf Steiner.

Denis de Rougemont dijo que «posiblemente el mayor teólogo y el mayor psicólogo de nuestro siglo sean dos suizos: Karl Barth (1886-1968) y C. G. Jung» [74]. Los dos, sigue explicando, se dedicaron a la cura de almas y a la edificación de un vasto sistema. Ambos eran hijos de pastores de

[74] Denis de Rougemont, «Le Suisse moyen et quelques autres», *Revue de Paris*, LXXII (1965), 52-64.

Basilea, altos y de constitución fuerte, fumadores de pipa, tenían un excelente sentido del humor y carecían de todo matiz «doctoral» en su forma de vida y su relación con los demás. Barth compartía asimismo con Jung su orgullo de ser ciudadano suizo y su afición por la vida militar. En la mayoría de los restantes aspectos, sin embargo, diferían ampliamente. Siendo pastor de un pueblecito, Barth publicó un comentario sobre la *Epístola a los romanos* que revolucionó el pensamiento teológico. Se vio entonces solicitado como profesor de teología en las universidades alemanas. Cuando Hitler subió al poder, encabezó la resistencia de la Iglesia protestante contra los nazis, por lo que fue juzgado y expulsado de Alemania. A su regreso a Suiza fue nombrado profesor de Teología de la Universidad de Basilea. Barth, que había escrito incontables libros y artículos, se concentró entonces en un vasto y universal tratado de teología, la *Kirchliche Dogmatik*, que ha sido comparado a la *Summa* de santo Tomás de Aquino por su magnitud y profundidad. Barth está considerado unánimemente como el mayor teólogo protestante desde Lutero y Calvino, y goza de audiencia universal, no sólo entre los protestantes sino también entre los católicos.

Si Jung es leído ampliamente también por los teólogos protestantes, católicos y ortodoxos, es por razones completamente diferentes. Mientras que Barth invita al hombre a volver a una obediencia incondicional al Dios trascendente de la revelación bíblica, Jung descifra los valores religiosos ocultos en el hombre, sobre todo en el análisis de los símbolos y ritos. Tanto Barth como Jung despliegan un conocimiento y erudición inmensas, pero mientras que el primero extrae sus conclusiones de la interpretación canónica de la Biblia, el último muestra una predilección por los evangelios apócrifos, los gnósticos y los libros sagrados del Oriente. Los dogmas de Barth permanecen resueltamente fuera de la psicología; su Dios es el «enteramente otro» que habla al hombre por medio de su Palabra y de la Iglesia. Jung, por el contrario, nunca abandona el campo de la psicología. Lo que él denomina Dios es una especie de realidad psíquica cuya fuente sigue siendo misteriosa. Es difícil concebir una síntesis entre los pensamientos de estos dos pensadores, pero en ocasiones compartieron algunas ideas; por ejemplo, la noción de que la esencia del hombre es su relación complementaria con la mujer y viceversa [75].

Paul Häberlin (1878-1960), considerado generalmente como el mayor filósofo suizo moderno, tiene algunas características comunes con Jung, como es la de que nació también en Kesswil. Hijo de un maestro, se sintió destinado al ministerio eclesiástico, estudió teología en Basilea, donde mantuvo algunas discusiones con Jung en la *Zofingia*, y aprobó sus

[75] Karl Barth, *Die kirchliche Dogmatik*, vol. III/4, parte I, pár. 54, I, Zollikon, Evangelischer Verlag, 1951.

exámenes en 1900. Después estudió filosofía, se doctoró en Basilea en 1903, y a partir de entonces ocupó puestos de enseñanza, dedicándose a la educación de los niños problema. Durante varios años tuvo siempre dos o tres niños difíciles viviendo con su propia familia. Desde 1914 hasta 1922 fue profesor titular de Filosofía en Berna. Sus clases tenían gran audiencia y su éxito era comparado con el de Bergson en el Collège de Francia. Ocupó este puesto en la Universidad de Basilea desde 1922 hasta su retiro en 1944. Los escritos de Häberlin son notables por su extraordinaria abundancia, la claridad de su estilo, sus cualidades didácticas, su perfecta organización y su minuciosidad, que abarca cualquier detalle posible. Su *Antropología filosófica* es realmente notable [76]. La obra de Häberlin cubre los campos de la metafísica, la lógica, la filosofía de la naturaleza, la religión, la estética, la moral, la caracterología, la psicología del matrimonio y la educación [77]. Algunos se mostraron sorprendidos de que, a pesar de su brillante carrera docente, la popularidad de su clase, su versatilidad y su condición de autor prolífico, no gozara de fama comparable a la de Jung. La razón puede estar en la inexistencia de un aura romántica alrededor de su vida y su obra. Dos de los escritos de Häberlin muestran un agudo contraste con el resto de su obra: su esbozo autobiográfico [78] y un pequeño folleto relativo a sus experiencias de cazador en las montañas suizas, en el que relata de manera informal sus pensamientos acerca de la vida y los hombres [79]. Häberlin considera la depresión como efecto de la arrogancia frente a la vida y de la falta de humor, y atribuía la angustia en muchas ocasiones a sentimientos de culpabilidad. En cuanto a la «angustia del hombre moderno», no veía en ella más que una moda comparable a la «enfermedad del siglo» de los románticos. Analizando las variedades de jactancia en que incurren los cazadores, Häberlin extiende esta noción a las «jactancias» de filósofos y psicólogos. Asegura que Jung admitió una vez delante de él que en su obra había realmente un elemento de este tipo, añadiendo que *mundus vult decipi* (el mundo pide ser engañado).

El contraste entre Häberlin y Jung se muestra en sus actitudes respectivas hacia Freud. La de Jung fue de un apasionado interés y entusiasmo al comienzo, seguidos de una postura cada vez más crítica que culminó en una ruptura, tras la cual rechazó casi todo lo que Freud le había enseñado. La actitud de Häberlin, aunque de aguda curiosidad, fue siempre

---

[76] Paul Häberlin, *Der Mensch, eine Philosophische Anthropologie*, Zurich, Schweizer Spiegel-Verlag, 1941.

[77] Entre sus libros sobre educación hay dos particularmente destacados: *Wege und Irrwege der Erziehung*, Basilea, Kober, 1918, y *Eltern und Kinder, Psychologische Bemerkungen zum Konflikt der Generationen*, Basley, Kober, 1922.

[78] Paul Häberlin, *Statt einer Autobiographie*, Frauenfeld, Huber, 1956 y 1959.

[79] Paul Häberlin, *Aus meinem Hüttenbuch. Erlebnisse and Gedanken eines Gemsjägers*, Frauenfeld, Huber, 1956.

crítica. Sin embargo, nunca se le pudo llamar anti-freudiano. En los dos libritos mencionados habla de sus encuentros con Freud[80]. Aunque respetaba mucho al hombre, no estaba impresionado por sus ideas. En la teoría freudiana de los impulsos veía simplemente un reflejo de los acontecimientos de la vida de su autor. El psicoanálisis no es una teoría psicológica universal, afirmaba, ya que el propio Freud admite que no puede explicar el misterio del genio artístico y poético. Freud no consiguió explicarle cómo los impulsos pueden ser frenados por un censor que se origina en los propios impulsos (postura que defendía antes de la introducción del concepto de superyo). Durante la conversación que nos relata, Freud afirmó que la religión, la filosofía y la ciencia eran formas de sexualidad sublimada. Häberlin objetó que la psicología debía ser entonces también una forma de sexualidad sublimada, a lo que aquél respondió con evasivas: «Pero es socialmente útil». Häberlin tomó del psicoanálisis todo lo que le pareció verdad. Las ideas que no aceptó las utilizó ocasionalmente como punto de partida para su propia investigación, y así, la teoría de los sueños de Freud, que Häberlin rechazó, le llevó a edificar una teoría propia sobre este tema[81].

Carl Gustav Jung ha sido comparado muchas veces con Rudolf Steiner (1861-1925), fundador de la antroposofía. Se ha dicho que las enseñanzas de ambos son variedades de *Weltanschauung* que permanecen fuera de la ciencia experimental. La vida de Rudolf Steiner la conocemos principalmente por su autobiografía que, al contrario que la de Jung, trata sobre todo de los acontecimientos externos de su vida, con descuido de su desarrollo espiritual íntimo[82]. Hijo de un modesto empleado de los ferrocarriles austríacos, manifestó precozmente unas dotes notables para las matemáticas y las ciencias naturales. Cursó estudios secundarios y técnicos en Viena, donde asistió a las conferencias del filósofo Franz Brentano. Sin que lo supiera su familia, desde los siete años había tenido experiencias parapsicológicas. Trabó contacto, asimismo, con individuos que, al tiempo que vivían de forma muy simple, pertenecían a un misterioso mundo espiritual. Desde los veintitrés hasta los veintinueve años estuvo al servicio de una distinguida familia austríaca como educador de un niño difícil, con el que tuvo un éxito notable. Mantuvo relaciones con la élite intelectual de Viena; por ejemplo, con Josef Breuer. Trabajó después durante siete años en el Goethe-Schiller-Archiv, en Weimar, y le fue confiada la edición de las obras científicas de Goethe. En aquella época estaba

[80] Paul Häberlin, *Aus meinem Hüttenbuch*, Frauenfeld, Huber, 1956, pág. 54; *Statt einer Autobiographie*, Frauenfeld, Huber, 1959, págs. 52-55.

[81] Paul Häberlin, «Zur Lehre vom Traum», *Schweizer Archiv für Neurologie und Psychiatrie*, LXVII (1951), 19-46. Reimpreso en *Zwischen Philosophie und Medizin*, Zurich, Schweizer-Spiegel-Verlag, 1965, págs. 96-136.

[82] Rudolf Steiner, *Mein Lebensgang*, Dornach, Philosophisch-Anthroposophischer Verlag, 1925.

muy extendida la idea de que esta parte de la obra del gran escritor se inscribía en una rama anticuada de la filosofía de la naturaleza. Steiner mantuvo, sin embargo, que el enfoque de Goethe constituía la base para un verdadero estudio científico de la naturaleza. Fue una época de profunda introversión para él. En su autobiografía indica que percibía el mundo que le rodeaba como en un sueño, y que la única realidad para él era el mundo espiritual interno. Sin duda, fue en esos años cuando experimentó la aventura espiritual a la que, por desgracia, sólo alude en sus escritos. En 1896, a los treinta y cinco años, tuvo lugar en él una profunda metamorfosis psicológica. Ahora veía el mundo material de forma clara y exacta; sus relaciones con la gente se hicieron «abiertas». Posteriormente vivió durante varios años en el mundo literario semibohemio de Berlín. A partir de 1902 fue un miembro influyente de la Sociedad Teosófica, pero gradualmente desarrolló sus propias ideas en una dirección que por último le llevó a fundar un movimiento propio en febrero de 1913, la Sociedad Antroposófica. En el mismo año se comenzó la construcción del gran centro Antroposófico en Dornach, Suiza, no lejos de Basilea, que fue llamado *Goetheanum* en honor de quien, según Steiner, había alcanzado el grado más alto posible de sabiduría humana. A partir de entonces, la vida de Steiner se identificó con el desarrollo del movimiento antroposófico y su aplicación a los diversos campos de la actividad humana.

El término «antroposofía» había sido acuñado por el filósofo romántico suizo Ignaz Troxler (1780-1866) para designar un método cognoscitivo que, tomando como punto de partida la naturaleza espiritual del hombre, investigaría la naturaleza espiritual del mundo (al igual que los órganos sensoriales exploran su naturaleza física y la inteligencia sus leyes abstractas)[83]. Rudolf Steiner afirmaba que todo hombre es capaz, con la ayuda de un sistema de entrenamiento psíquico, de descubrir ciertas facultades psíquicas latentes, por medio de las cuales puede adquirir un conocimiento de los mundos superiores, puramente espirituales. Su método de entrenamiento psíquico ha sido recogido en un librito[84]. El futuro discípulo debe estar inundado de una profunda reverencia por la verdad y vivir de forma poco ostentosa, dirigiendo su atención hacia la vida interior, tratando de aprender lo que pueda ser de utilidad al hombre y al mundo en lugar de satisfacer su propia curiosidad, de hacer una clara distinción entre lo esencial y lo accesorio, y de dedicar algún tiempo al día a la meditación. Un ejercicio básico consiste en observar a todos los seres en su dimensión temporal, es decir, imaginar cómo eran antes y cómo serán después. Otro es distinguir las percepciones sensoriales emanadas de lo animado y de lo inanimado. Cuando estas formas de percep-

[83] Ver cap. IV, pág. 244.

[84] Rudolf Steiner, *Wie erlangt man Erkenntnisse der Höheren Welten?*, Berlín, Philosophisch-Anthroposophischer Verlag, 1922.

ción se hayan convertido en una segunda naturaleza, el individuo podrá sentir ciertas cualidades de las cosas que escapan a los demás. Un estadio posterior confiere la facultad de dominar no sólo los sentimientos y pensamientos propios, sino también el sueño y los ensueños, y de adquirir la continuidad de la conciencia. Por último, el discípulo tiene que sufrir duras pruebas espirituales, y Steiner habla de encuentros con misteriosos seres espirituales. En contraste con Jung, no las considera, en cambio, como meras proyecciones de contenidos separados del inconsciente.

Aunque muchos trataron de aplicar el método de Rudolf Steiner, parece ser que nadie llegó nunca adonde el maestro. Éste afirmó que, como consecuencia de su conocimiento del mundo espiritual, podía enunciar numerosas verdades acerca de la estructura del hombre, su cuerpo etéreo y astral, la reencarnación, etc. Gradualmente, sus revelaciones se extendieron a variados campos de la ciencia, el arte y la vida política y económica. Enseñó un nuevo estilo arquitectónico y nuevos principios de pintura, declamación y arte dramático. Sus nuevos principios sobre la educación del niño normal y anormal despertaron gran interés más allá de los círculos antroposóficos.

Se han señalado ciertas semejanzas entre Jung y Steiner. Ambos tuvieron experiencias parapsicológicas, ambos imaginaron un método de autoentrenamiento que les llevaría a explorar los abismos de la mente inconsciente, y ambos emergieron de sus respectivos viajes espirituales con una nueva personalidad. No debe extrañar que ambos vieran la vida como una sucesión de metamorfosis, siendo la central el «cambio» que se produce hacia los treinta y cinco años [85].

El concepto jungiano de la sombra y de las subpersonalidades proyectadas del hombre tiene en ocasiones su paralelo en Steiner. En su comentario del *Fausto* de Goethe, Steiner explica que Wagner y Mefistófeles son aspectos diferentes de la personalidad de Fausto [86]. Curiosamente, este mismo ejemplo se utiliza muchas veces para ilustrar la enseñanza jungiana que, en este aspecto, es idéntica a la de Steiner. No obstante, en la mayoría de los casos en que Jung ve contenidos proyectados del inconsciente Steiner se inclina a ver seres espirituales independientes [87].

La diferencia esencial entre Jung y Steiner se muestra en el uso que cada uno de ellos hizo de su viaje al inconsciente. Ambos, como hemos

---

[85] El concepto de «cambio de vida» de Rudolf Steiner está esparcido en su obra. Sus ideas sobre este punto han sido resumidas por Friedrich Husemann, *Das Bild des Menschen als Grundlage der Heilkunst*, II, Stuttgart, Verlag Freies Geistesleben, 1956, pág. 136.

[86] Rudolf Steiner, *Geisteswissenschaftliche Erläuterungen zu Goethes Faust*, I, Dornach, Philosophisch-Anthroposophischer Verlag, 1931, pág. 76.

[87] Rudolf Steiner, *Anthroposophie und Psychoanalyse*, vol. I, Dornach, 10 de noviembre de 1917. Reimpreso en *Anthroposophie*, vols. III y IV, Stuttgart, abril-septiembre de 1935.

visto, sufrieron lo que se podría calificar de enfermedad creadora cuando habían llegado a la edad media de su vida (al igual que Fechner y Freud), y de esa experiencia extrajeron los conceptos básicos de su enseñanza. Sin embargo, Steiner afirmó que había alcanzado una fuente espiritual de conocimiento, que le permitía hacer revelaciones, mientras que Jung (y Freud) se atuvieron estrictamente al trabajo práctico ofrecido por su práctica psicoterapéutica.

Estas consideraciones nos pueden ayudar a definir con más exactitud la posición de Jung. Ha sido etiquetado de místico, metafísico, neo-gnóstico, etc. Él siempre mantuvo que no era un filósofo, sino un empirista, que se limitaba a describir las observaciones que había hecho en el curso de su actividad psicoterapéutica. Sin embargo, la fuente principal de sus conceptos se encuentra en su *Nekyia,* es decir, en su viaje a través del inconsciente. Esta experiencia pertenece a la misma categoría que el autoanálisis de Freud; se trata de una enfermedad creadora, que fue canalizada hacia la fundación de un sistema de psicología dinámica. Aunque la estructura conceptual de Jung difiere radicalmente de la de Freud, está infinitamente más cerca de éste que de un teólogo como Barth, un filósofo como Häberlin o un antroposofista como Rudolf Steiner.

La obra de C. G. Jung: I. — La noción de realidad psicológica

La célula germinal de la psicología analítica de Jung hay que buscarla en sus discusiones en la Asociación Zofingia de Estudiantes y en sus experimentos con su joven prima médium, Hélène Preiswerk.

Por los recuerdos de Albert Oeri se sabía que Jung se entregó en muchas ocasiones a estimulantes discusiones con sus compañeros. Como ya se ha dicho fue miembro de la sección de Basilea de la Zofingia y participante activo en sus reuniones semanales. Como en los archivos de la Asociación se registraba y guardaba un relato de las charlas y de los principales argumentos expuestos por los participantes en las discusiones, Gustav Steiner pudo completar sus recuerdos personales con una investigación documental y reconstruir las líneas del pensamiento de Jung en aquellos años de formación[88]. Como señala Steiner, «la Zofingia le proporcionó la valiosísima oportunidad de pasar de los monólogos de sus ensueños y reflexiones a las apasionadas discusiones, y de probar la orgullosa rigidez de sus ideas mediante luchas intelectuales con compañeros inteligentes».

Durante los tres primeros semestres de sus estudios médicos Jung no levantó su voz en las discusiones, ni siquiera cuando un estudiante de

[88] Gustav Steiner, «Erinnerungen an Carl Gustav Jung», *Basler Stadtbuch,* 1965, páginas 117-163.

teología, Altherr, habló sobre espiritismo. En el cuarto semestre, el 28 de noviembre de 1896, Jung dio su primera charla: «Sobre los límites de las ciencias exactas». Fue un vehemente ataque contra la ciencia materialista contemporánea y un argumento en favor del estudio objetivo del hipnotismo y el espiritismo. Durante la discusión, resaltó la posibilidad de llevar a cabo una investigación exacta en un campo metafísico. La charla tuvo tanto éxito que la asamblea decidió unánimemente recomendarla para su publicación en el Boletín Central de la Asociación. No se sabe las razones por las que no fue aceptada por el comité editorial de Berna. Gustav Steiner señala que el gran éxito de esta charla contradice lo que Jung escribió en su autobiografía, a saber, que siempre que hablaba a sus compañeros de espiritismo reaccionaban con mofa, incredulidad o una retirada ansiosa [89].

En el semestre de verano de 1897 dio otra charla titulada: «Algunos pensamientos acerca de la psicología». En ella deploró la actual falta de interés por la metafísica. «Cuando el hombre normal supone que en su vida nunca ocurre nada metafísico, olvida un acontecimiento de este tipo: su muerte». La muerte ha sido siempre el punto de partida de esperanzas trascendentes, y estas esperanzas postulan la existencia del alma. El trabajo de una psicología racional es demostrar la existencia de un alma. El alma puede ser concebida como una inteligencia independiente del tiempo y el espacio. Invocó además el sonambulismo como un argumento contra los prejuicios del materialismo. El debate fue extraordinariamente animado, y el número de intervenciones muy grande.

En el semestre de invierno de 1897 a 1898 Jung fue elegido presidente de la Zofingia de Basilea. En su charla de apertura declaró que un hombre formado no debía tomar parte activa en la vida política. (Actitud común mantenida por los intelectuales antes de 1914).

En enero de 1899 Jung —ante la sorpresa de los estudiantes de teología del grupo— dio una charla sobre la teología de Albrecht Ritschl, al que criticó por negar la existencia de un elemento místico en la religión. En ese año Jung se mostró muy activo en las discusiones. Cuando un estudiante de medicina dio una charla sobre el tema del sueño, le criticó por haber dejado a un lado el fenómeno de los ensueños, añadiendo que: «En los ensueños somos nuestro propio deseo y al mismo tiempo diversos actores».

La última intervención de Jung en la Zofingia tuvo lugar después de una charla dada por un estudiante de teología, Lichtenhan, sobre «Teología y religión». Jung criticó la idea de que Dios pudiera ser experimentado. En cuanto a él mismo, dijo, nunca había tenido una experiencia así. Las

[89] C. G. Jung, *Erinnerungen, Träume, Gedanken*, Zurich, Rascher Verlag, 1962, página 106; *Memories, Dreams, Reflections*, pág. 99.

experiencias religiosas, añadió, van acompañadas muchas veces por emociones eróticas. La psiquiatría moderna se inclinaba a admitir la existencia de una conexión interior entre la religión y el instinto sexual [90]. La objeción de que también se producen experiencias religiosas en hombres normales no era una prueba contra la naturaleza morbosa de los impulsos religiosos, porque se podían originar a partir del inconsciente. A un argumento expuesto por Paul Häberlin, Jung replicó que el concepto de un «Dios bueno» se contradecía a sí mismo. La discusión fue más viva de lo corriente, pero Lichtenhan llevó la mejor parte.

Por el artículo de Steiner nos damos cuenta de que Jung mantenía ya la ambigua relación con los estudiantes de teología que tendría más tarde con numerosos ministros religiosos. En realidad, éstos temían su crítica de la religión tradicional, pero aprobaban sus ataques contra el materialismo contemporáneo. Hay otros puntos que merecen ser destacados. Uno es la preocupación precoz de Jung por el problema del mal, al que dedicaría uno de sus últimos trabajos, la *Respuesta a Job*. Aunque no era de ningún modo ateo, atacó varias formas de religiosidad: la fe religiosa tradicional, el racionalismo (tal como lo veía en la teología de Ritschl), y el interés por las «experiencias religiosas» (al estilo de William James). Era notable el tono de absoluta convicción cuando hablaba del *alma* (término que había desaparecido de la psicología) y la forma de definirla como algo inmaterial, trascendente, fuera del tiempo y del espacio, y falto de un estudio científico consideraba como medios de obtener un conocimiento del alma el estudio del sonambulismo, la hipnosis y las manifestaciones espiritistas. Por tanto, el espiritismo no era para él ocultismo, sino un conjunto de fenómenos psíquicos desconocidos que necesitaban ser investigados con métodos científicos adecuados.

Antes de su entrada en el Burghölzli, Jung había hecho va varias observaciones que se convertirían en el tema de su tesis en 1902 [91]. Encontramos en ellas algunas de sus ideas básicas en estado embrionario. Las observaciones las hizo en una joven médium, Hélène Preiswerk.

Según el relato de Jung, la joven experimentó primero con mesas movedizas, en julio de 1899, y a comienzos de agosto manifestó sonambulismo mediumnístico. Primero encarnó el espíritu de su abuelo Samuel Preiswerk, y los testigos se admiraban de la exactitud con que reproducía su tono pastoral, aunque nunca le había conocido. A partir de entonces, Jung frecuentó con asiduidad las sesiones. Hélène personificó también a algunos miembros fallecidos de la familia y sus relaciones, y desplegó

---

[90] Incidentalmente, esta idea era común en aquella época.

[91] C. G. Jung, *Zur Psychologie und Pathologie sogenannter occulter Phenomäne. Eine Psychiatrische Studie*, Leipzig, Oswald Mutze, 1902. Trad. inglesa, *On the Psychology and Pathology of So-Called Occult Phenomena*, en C. G. Jung, *Collected Works*, I, Nueva York, Pantheon Books, 1957, págs. 3-88.

notable talento para representarlos. Era sorprendente cómo durante estas sesiones hablaba perfectamente el alto alemán en lugar de su acostumbrado dialecto de Basilea. No estaba claro hasta qué punto recordaba lo que había dicho durante su estado sonámbulo una vez acabadas las sesiones, pero siempre mantuvo que eran los espíritus de la muerte los que hablaban por su boca. Se atrajo el respeto y admiración de varios parientes y amigos que iban a pedirle consejo. Aproximadamente un mes después cayó en estados semisonámbulos, en los que permanecía consciente de lo que le rodeaba, aunque seguía manteniendo una estrecha comunicación con los espíritus. En ese estado decía que su nombre era Ivenes, hablaba en un tono tranquilo y digno, y no mostraba ninguna traza de su usual carácter inestable y atolondrado.

En septiembre, la joven médium vio el libro de Justinus Kerner *La adivinadora de Prevorst*, y sus manifestaciones cambiaron [92]. Siguiendo el ejemplo de Friedericke Hauffe, se magnetizaba a sí misma al final de la sesión y hablaba en una lengua desconocida, que recordaba vagamente una mezcla de italiano y francés.

Ivenes dijo que había viajado al planeta Marte, que había visto sus canales y máquinas voladoras, y que había visitado a los habitantes de las estrellas y del mundo espiritual. Era instruida por los espíritus claros y a su vez instruía a los espíritus negros. El espíritu dominante seguía siendo el de su abuelo, el reverendo Samuel Preiswerk, con sus charlas edificantes. Los restantes espíritus podían clasificarse en dos grupos. Unos eran bastante tranquilos y otros exuberantes. Jung se dio cuenta de que estas características se correspondían con los dos aspectos de la personalidad de la joven médium, entre los que oscilaba constantemente. Luego, las personificaciones fueron reemplazadas gradualmente por revelaciones. La médium facilitaba numerosos detalles acerca de sus vidas previas: ella había sido la profetisa de Prevorst, y anteriormente una joven seducida por Goethe, lo que supuestamente la convertía en la tatarabuela de Jung. En el siglo XV había sido la condesa de Thierfelsenburg, en el siglo XIII madame de Valours, quemada como bruja, y mucho antes una mártir cristiana bajo Nerón en Roma. En el curso de cada una de esas vidas había tenido varios hijos, con numerosos descendientes. En el espacio de algunas semanas tejió una inmensa red de genealogías imaginarias y se autoproclamó antepasado de la mayoría de las personas que conocía. Cualquier persona nueva que conociera quedaba integrada inmediatamente en ese sistema. Aseguró a Jung que una mujer amiga de él había sido una famosa envenenadora en París en el siglo XVIII y había cometido todo tipo de delitos secretos en su vida actual.

---

92 Ver cap. II, págs. 107-109.

En marzo de 1900 comenzó a describir la estructura del mundo místico con la ayuda de siete círculos: la fuerza primaria en el círculo central, materia en el segundo, la luz y la oscuridad en el tercero, y así sucesivamente. Una vez agotadas estas revelaciones, pareció que la inspiración de la médium declinaba. Jung dijo que él abandonó las sesiones en este punto y que seis meses más tarde ella mostró a su audiencia «aportes», es decir, objetos supuestamente llevados a las sesiones por los espíritus. Pero aquí fue descubierta «con las manos en la masa» y esto significó el fin de su carrera como médium.

En la discusión de este caso, Jung definió y clasificó los diversos fenómenos mediumnísticos presentados por el sujeto: sonambulismo, semisonambulismo, escritura automática y alucinaciones. Trató también de identificar las fuentes de sus fantasías. Una de ellas era la Profetisa de Prevorst, de Kerner; otra, las conversaciones que había oído acerca de la cosmogonía de Kant. Jung no mencionó, en cambio, las tradiciones verbales y escritas referentes a las antiguas familias de Basilea. Solamente en un contexto así podía un paciente haber reconstruido un sistema de delirios genealógicos de tan fantásticas proporciones.

Hubo dos características en la historia de la médium que asombraron a Jung. Primero, su habilidad, en estado mediumnístico, para hacer cosas cuya realización superaba sus posibilidades en estado consciente. Segundo, el contraste entre la personalidad de Ivenes, que era seria, equilibrada y reflexiva, y la personalidad habitual desequilibrada de la médium. Llegó así a la conclusión de que Ivenes no era otra que la personalidad adulta de la médium, que se hallaba en proceso de elaboración en su inconsciente. El crecimiento psíquico de la paciente se veía impedido por obstáculos psicológicos y sociales, y la actividad mediumnística no era sino un medio al que había recurrido el inconsciente para superar dichos obstáculos. Encontramos aquí el germen de lo que se convertiría en la teoría de la individuación. Las fantasías de la médium abundaban en historias acerca de asuntos amorosos y nacimientos ilegítimos claros o secretos, y Jung pensó que su deseo de una inmensa familia era la manifestación de un sueño de satisfacción sexual. Parece ser que sólo mucho más tarde se dio cuenta de que su joven prima había estado enamorada de él y había multiplicado sus revelaciones mediumnísticas para satisfacerle.

El resto de la historia fue divulgado por Jung en un seminario dado en 1925 [93]. Hélène Preiswerk abandonó Basilea y fue a aprender corte y confección a Montpellier y París. En 1903 Jung la visitó en esta última ciudad y se sorprendió al ver que aparentemente había olvidado todo lo relativo a las sesiones mediumnísticas. Posteriormente ella regresó a Ba-

[93] *Notes on the Seminar in Analytical Psychology, Conducted by Dr. C. G. Jung, Zurich, March 23-July 6, 1925*, recogidas por miembros de la clase, 1926.

silea, donde montó una tienda de modas con una de sus hermanas, y Jung afirmó que creaba vestidos muy elegantes [94]. Por desgracia, murió prematuramente de tuberculosis en 1911.

La tesis de Jung obtuvo una crítica entusiasta de Théodore Flournoy [95]. Un epílogo curioso fue la historia del pintor francés Cornillier, quien en 1910 descubrió que Reine, modelo suyo de diecinueve años, era médium, y durante dos años realizó sesiones con ella en cuyo curso ésta le hacía sorprendentes revelaciones de sus vidas anteriores y de las vidas de personas fallecidas, y le explicaba las complejidades del otro mundo con sus leyes, moral y costumbres, así como la jerarquía de los espíritus [96]. El comediógrafo francés Lenormand, supuso que todo el proceso se había debido a la secreta pasión que sentía la médium por el pintor, y citó a Jung en ese aspecto [97]. Esta historia sirvió de inspiración para su obra *L'amour magicien* [98].

Cuando Jung entró en el Burghölzli en diciembre de 1900, tenía ideas muy definidas acerca de lo que debía ser la psicología. La definió como el estudio científico del alma humana, tomando como punto de partida ciertas manifestaciones a las que denominó realidad psicológica. Había aprendido por experiencia que los contenidos extinguidos del inconsciente pueden tomar la apariencia de una personalidad humana, tanto si son proyectadas al exterior en forma de alucinaciones como si toman el control de la mente consciente, como ocurre en las sesiones mediumnísticas. Siguiendo el ejemplo de Myers, Janet, Binet y Flournoy, dirigió su atención a la exploración de estas realidades psicológicas.

La obra de Carl Gustav Jung: II. — El período en el Burghölzli

Los nueve años que Jung pasó en el Burghölzli fueron de trabajo intenso y concentrado. Después de escribir su tesis y algunos otros trabajos, fundamentalmente sobre casos clínicos, se concentró en la investigación del test de asociación de palabras. Para aplicar esta prueba se enunciaba al sujeto una sucesión de palabras cuidadosamente elegidas, a cada una de

---

94 Una dama que durante largo tiempo dirigió en Basilea una tienda de modas a la que acudía una clientela distinguida aseguró al autor que la prima de Jung «trabajaba bien, pero creaba vestidos que carecían de originalidad, copiados de las revistas de moda». ¿Era simple rivalidad profesional, o es que los psiquíatras no siempre son los mejores jueces en materia de moda?

95 *Archives de Psychologie*, II (1903), 85-86.

96 P. E. Cornillier, *La Survivance de l'âme et son évolution après la mort. Comptesrendus d'expériences*, París, Alcan, 1920.

97 H. R. Lenormand, *Les Confessions d'un auteur dramatique*, II, París, Albin Michel, 1953, págs. 134-140.

98 H. R. Lenormand, *L'Amour magicien*, 1926, en *Théâtre complet*, VI, París, Crès, 1930, págs. 1-113.

las cuales tenía que responder con la primera que se le ocurriera; el tiempo de reacción se medía con exactitud.

Jung expuso en cierta ocasión la historia completa de la prueba [99]. Inventada por Galton, quien demostró cómo se podía utilizar para explorar lo más recóndito de la mente, había sido adoptada y perfeccionada por Wundt, el cual intentó establecer experimentalmente las leyes de la asociación de ideas. Después, Aschaffenburg y Kraepelin introdujeron la distinción entre asociaciones internas y externas: las primeras conciernen al significado; las segundas, a las formas de dicción y sonido; también podrían denominarse, respectivamente, asociaciones semánticas y verbales. Kraepelin demostró que la fatiga favorecía las asociaciones verbales. Efectos semejantes fueron observados en la fiebre y la intoxicación alcohólica. Los mismos autores compararon los resultados del test de asociación de palabras en los diversos estados mentales. Posteriormente, un nuevo camino fue abierto por Ziehen, el cual halló que el tiempo de reacción era más largo cuando la palabra estímulo se relacionaba con algo desagradable para el sujeto. En ocasiones, extrayendo varias respuestas retardadas, se podían relacionar con una representación subyacente común, que Ziehen denominó *gefühlsbetonter Vorstellungkomplex* (complejo de representación cargado emocionalmente), o simplemente complejo. Cuando el sujeto daba estas respuestas, por lo general desconocía la conexión existente entre ellas y el complejo.

En este punto Bleuler introdujo dicho método de prueba en el Burghölzli para completar la exploración clínica de los pacientes. Como creía que el síntoma básico de la esquizofrenia era el aflojamiento de la tensión de las asociaciones, es lógico que comprobara esta hipótesis por medio del test de asociación de palabras, y confió a Jung dicha investigación. Éste se dedicó a la experimentación en gran escala con el test, junto con algunos de los restantes residentes de Burghölzli. Sus investigaciones, que se realizaron en el curso de varios años, fueron recogidas en forma de libro [100]. Jung perfeccionó la técnica de la prueba. Comparando los hallazgos en personas instruidas y no instruidas, halló un mayor porcentaje de asociaciones semánticas entre las segundas. Uno de los colaboradores comprobó que estadísticamente aumentaban las semejanzas entre las pruebas de personas pertenecientes a la misma familia, prticularmente entre padre e hijo y madre e hija.

Pero el principal objetivo de Jung fue la detección y análisis de los complejos (en el sentido original dado a este término por Ziehen). Distinguió al efecto entre complejos normales, accidentales y permanentes.

---

99 C. G. Jung, «Die Psychopathologische Bedeutung des Assoziationsexperimentes», *Archiv für Kriminal-Anthropologie und Kriminalistik*, XXII (1906), 145-162.

100 C. G. Jung, *Diagnostische Assoziationsstudien*, Leipzig, J. A. Barth, 1906, 1909. Trad. inglesa, *Studies in Word Association*, Nueva York, Moffat Yard, 1919, 2 vols.

Comparó los primeros en hombres y mujeres. En las mujeres, los complejos eróticos ocupaban el primer plano, junto con los relativos a la familia y la casa, el embarazo, los niños y la situación marital; en las mujeres ancianas detectó complejos que mostraban añoranza de antiguos amantes. En los hombres, los complejos de ambición, dinero y tendencia al éxito aventajaban a los eróticos. Los complejos accidentales se referían a acontecimientos específicos que habían ocurrido en la vida del paciente. Los permanentes tenían un interés particular en los pacientes afectos de histeria y demencia precoz.

En la histeria, Jung halló que las asociaciones estaban inundadas por un gran complejo tenaz relacionado con una antigua herida secreta, pero el individuo podía ser curado si se le hacía conquistarlo y asimilarlo. En la demencia precoz halló uno o más complejos fijos imposibles de dominar.

Con ello se abría una nueva vía al problema de la demencia precoz, que completaba la investigación en que Bleuler había estado ocupado durante los quince años anteriores. Jung recogió sus primeros hallazgos en un volumen: *Psicología de la demencia precoz*[101]. En él se muestra todavía en gran parte bajo la influencia de Janet y Flournoy. Da crédito a Bleuler, y expresa serias reservas con relación a las teorías de Freud. El término «complejo» se utiliza en un sentido más amplio que el original, por lo que se requiere distinguir según esté relacionado con un acontecimiento único o con una situación continua, según sea consciente, parcialmente consciente o totalmente inconsciente, y según lleve una carga emocional más o menos fuerte. Para demostrar su método, Jung hace un análisis muy detallado de un caso de una paciente de sesenta años que había pasado casi veinte en el Burghölzli, y que padecía abundantes alucinaciones e ideas delirantes, al parecer poco menos que incoherentes. Jung realizó repetidamente con ella el test de asociación de palabras y permitió las asociaciones libres para lo que parecían ser las palabras claves de sus delirios. De esta forma pudo identificar un gran número de complejos, que clasificó en tres grupos: sueños de felicidad, quejas de injusticias sufridas y complejos sexuales. Las expresiones aparentemente incoherentes de la paciente resultaban expresar así una satisfacción sistemática de deseos que compensaban de una vida de trabajo y privaciones. Jung señaló la analogía de sus hallazgos con los de Flournoy en su trabajo con Hélène Smith: sus «fantasías de la imaginación subliminal» eran una compensación de la mediocridad de su vida. El propio Jung había llegado a análogas conclusiones en su estudio de la joven médium de Basilea, con la única diferencia de que las fantasías subliminales de ésta eran un intento

---

101 C. G. Jung, *Ueber die Psychologie der Dementia Praecox*, Halle, C. Marhold, 1907. Traducción inglesa, *The Psychology of Dementia Praecox*, Nervous and Mental Disease Monograph Series, núm. 3, 1909; *Collected Works*, III, Nueva York, Pantheon Books, 1959, págs. 3-151.

de forzar los obstáculos que impedían su desarrollo. La paciente del Burghölzli, por el contrario, estaba presa de sus delirios.

Pero ¿por qué los complejos podían ser vencidos en la histeria y no en la demencia precoz? Jung emitió la hipótesis de que en esta última producían una toxina que ejercía una acción nociva sobre el cerebro y que hacía irreversible la enfermedad. La teoría se oponía a la de Bleuler, para quien la causa primaria de la enfermedad era la acción de una hipotética toxina sobre el cerebro: los complejos no causaban los síntomas, sino que les daban su forma específica. En una declaración conjunta, Bleuler y Jung definieron sus divergencias en este terreno [102]. En el mismo año, Jung anunció la hipótesis de que las ideas delirantes de un psicótico eran la expresión de sus esfuerzos por crear una nueva visión del mundo [103].

Mientras tanto, había dado una nueva dirección a la aplicación del test de asociación de palabras. En 1905 se le presentó un anciano caballero contándole que le habían robado dinero y que sospechaba de su pupilo, un muchacho de dieciocho años. Jung sometió al joven a un test de asociación de palabras adaptado para su caso. El sujeto respondió de tal forma que Jung obtuvo la certeza de que no le quedaba más que decir «tú has robado» para obtener la confesión, como ocurrió en realidad [104]. Otro caso notable fue el de una sustracción de dinero en un hospital, de la que sólo podía ser responsable una de tres enfermeras sospechosas. Jung las sometió al test y descubrió a la culpable, que, incidentalmente, no era la que más sospechas había levantado [105].

Durante algún tiempo Jung creyó haber hallado un nuevo método para descubrir a los delincuentes, pero pronto se dio cuenta de que el problema no era tan simple. Freud señaló que el sujeto no reaccionaba a la prueba según su culpa objetiva, sino de acuerdo con los sentimientos subjetivos de culpabilidad y sus angustias [106]. Después de varios años de aplicación intensiva de la prueba, Jung dejó de utilizarla por completo. Nunca la repudió, y su práctica fue mantenida en el Instituto C. G. Jung debido a su valor disciplinario. Pero Jung proclamó que «quien desee conocer la mente humana no aprenderá nada, o casi nada, de la psicología experimental» [107].

---

102 Eugen Bleuler y C. G. Jung, «Komplexe und Krankheitsursachen bei Dementia Praecox», *Zentralblatt für Nervenheilkunde und Psychiatrie*, XXXI, núm. 19 (1908), 220-227.

103 C. G. Jung, *Der Inhalt der Psychose*, Viena y Leipzig, Deuticke, 1908, *Collected Works*, III, págs. 153-178.

104 C. G. Jung, «Zur psychologischen Tatbestandsdiagnostik», *Centralblatt für Nervenheilkunde und Psychiatrie*, XXVIII (1905), 813-815.

105 C. G. Jung, «Le Nuove Vedute della Psicologia Criminale», *Rivista di Psicologia Applicata*, IV (1908), 278-304.

106 Sigmund Freud, «Tatbestandsdiagnostik und Psychoanalyse», *Archiv für Kriminal-Anthropologie und Kriminalistik*, XXXVI (1906), 1-10.

107 C. G. Jung, *Das Unbewusste im normalen und kranken Seelenleben*, Zurich,

La obra de C. G. Jung: III. — El período psicoanalítico

La relación de Jung con el psicoanálisis se remonta al comienzo de su estancia en el Burghölzli. En una entrevista concedida en 1957 [108] afirmó que ya en 1900 [109] Bleuler le había pedido que hiciera un informe sobre *La interpretación de los sueños* durante una de las tardes de reunión de los médicos [110]. En su tesis doctoral de 1902 citaba a Freud cuatro veces, como de pasada, y esporádicamente en los artículos que escribió entre 1902 y 1905; luego, en sus trabajos sobre el test de asociación de palabras, se refirió ya a él como una autoridad. Jung había dirigido su atención, al principio, a los contenidos extinguidos del inconsciente (las ideas fijas subconscientes de Janet); después asimiló a los complejos de representación con carga emocional de Ziehen, y por último los volvió a encontrar en las reminiscencias traumáticas de Freud [111]. A partir de entonces estudió la obra de éste con un interés apasionado. En él halló la confirmación de sus propios hallazgos con el test de asociación de palabras, que adquirieron además un nuevo significado a la luz de las ideas freudianas. Los escritos de Jung en este período expresan su entusiasmo por Freud y su actitud agresiva hacia los adversarios del psicoanálisis, pero también una tranquila afirmación de sus divergencias con Freud. En el prólogo a la *Psicología de la demencia precoz*, con fecha de julio de 1906, Jung escribe que no concuerda con las ideas de aquél sobre la importancia del trauma sexual infantil, que no coloca la sexualidad en un plano tan principal y que considera la psicoterapia freudiana «a lo sumo como aceptable».

El período psicoanalítico de Jung se extiende desde 1909 (cuando dejó el Burghölzli) hasta 1913 (cuando abandonó la Asociación Psicoanalítica). Durante él tuvo lugar un cambio gradual de sus propios conceptos: al principio no hizo más que proponer alternativas a ciertas ideas de Freud, pero pronto sus divergencias se hicieron inaceptables para éste.

Rascher, 1926. Trad. inglesa en *Two Essays on Analytical Psychology*, Londres, Bailliè-re, 1929, págs. 1-121.

108 Richard I. Evans, *Conversations with Carl Jung*, Princeton, Van Nostrand Co., 1964.

109 Puesto que Jung entró en el Burghölzli el 11 de diciembre de 1900, es más probable que Bleuler le asignara este trabajo en 1901.

110 Era costumbre en el Burghölzli que los médicos mantuvieran una reunión mensual llamada *Referierabend*: se empleaba una tarde en el informe y discusión de un trabajo psiquiátrico reciente de interés general. Se asignaba a un miembro del equipo la labor de informar, tras lo cual cada uno de los restantes médicos hacía preguntas o comentarios, y Bleuler extraía las conclusiones finales.

111 Resulta por lo tanto erróneo lo que ciertos autores afirman de que el test de asociación de palabras era «una aplicación del psicoanálisis al método de prueba». El propio método y la noción de «complejo» precedieron a la fundación del psicoanálisis.

Jung nunca aceptó el concepto del complejo de Edipo. En un artículo publicado en 1909, titulado «El significado del padre para el destino del individuo», recuerda la sorpresa que experimentó al advertir que el test de asociación de palabras generaba respuestas semejantes en los padres y los hijos y las madres y las hijas [112]. Tanto los chicos como las chicas, dice, se conforman de modo inconsciente a las actitudes familiares, como si hubiera una especie de contagio psíquico. Una vez fijadas estas actitudes, persistirán a lo largo de toda la vida. Valiéndose de varias historias clínicas impresionantes, Jung indicó que dichas actitudes dirigen inconscientemente la vida del individuo y constituyen el destino. En resumen, Jung atribuía a esta asimilación precoz de las actitudes familiares («identificación» en la terminología posterior) todos los efectos que Freud adscribía a la resolución del complejo de Edipo. En una nota de pie de página, afirmaba que la libido es lo que los psiquíatras llamaban voluntad y esfuerzo.

Al año siguiente Freud publicó su historia clínica del pequeño Hans. Poco después, en la misma revista, apareció un trabajo de Jung titulado «Conflictos psíquicos en el niño», historia en cierto modo paralela [113]. Al igual que las fobias de Hans habían comenzado tras el nacimiento de una hermana pequeña, Anna, niña de cuatro años tratada por Jung, tuvo problemas tras el nacimiento de un hermano, acontecimiento que provocó numerosas preocupaciones y fantasías en su mente, no sólo relativas al origen de los niños, sino también a la vida después de la muerte y antes del nacimiento. La niña imaginó incluso, de forma espontánea, la teoría de la reencarnación. Su padre decidió que era mejor responder a todas las preguntas de la forma más simple y franca posible. La ilustración incluyó una explicación del papel del padre y Anna se recuperó completamente. En una edición posterior del mismo trabajo, Jung mencionó que la niña había abandonado más tarde la explicación «ilustratoria» y vuelto a su teoría infantil.

Una de las primeras aplicaciones del psicoanálisis a la psicología social fue el trabajo de Jung sobre «Psicología de los rumores»: una niña de trece años había contado a sus condiscípulas un sueño que había tenido acerca de su profesor. La historia produjo un gran escándalo y la niña fue expulsada de la escuela, si bien la junta escolar se mostró dispuesta a readmitirla bajo aprobación psiquiátrica. Jung, al que se pidió que realizara el informe, relata el sueño tal como lo contó el sujeto, así como

---

112 C. G. Jung, «Die Bedeutung des Vaters für das Schicksal des Einzelnen», *Jahrbuch für Psychoanalytische und Psychopathologische Forschungen*, I (1909), 155-173. Trad. inglesa en *Collected Papers on Analytical Psychology*, Londres, Baillière, 1916, páginas 156-175.

113 C. G. Jung, «Ueber Konflikte der kindlichen Séele», *Jahrbuch für Psycho-analytische und Psychopathologische Forschungen*, II (1910), 33-58.

las versiones de ocho testigos. El sueño en sí no tenía nada escandaloso, pero las testigos habían elaborado una serie de detalles escabrosos. Jung llegó a la conclusión de que el sueño representaba sin lugar a dudas los deseos inconscientes de la niña, y que los testigos habían aportado nuevas versiones, al igual que si lo hubieran interpretado en un sentido psicoanalítico [114].

Mientras tanto, Jung se había entregado a la preparación de una obra de gran alcance. Con el apoyo de Freud, varios psicoanalistas se habían ocupado del estudio de los mitos, en particular Abraham, Rank y Silberer, así como Riklin en Zurich. Jung, interesado durante largo tiempo por la historia de la religión, reanudó sus antiguas investigaciones. Según indica en su autobiografía, leyó las obras de Creuzer con particular interés [115]. Pero no se limitó a dar una interpretación psicoanalítica de los mitos, sino que utilizó también su conocimiento de éstos como un medio para comprender los ensueños y fantasías de sus pacientes. Dedicó más de cuatrocientas páginas a la interpretación mitológica de algunas ilusiones y fantasías de una persona a la que nunca había visto. Esta obra fue publicada en dos partes en el *Jahrbuch*, en 1911 y 1912 [116].

En 1906 Flournoy había editado unas cuantas notas que había recibido de una estudiante americana, la señorita Frank Miller [117]. Esta joven era muy propensa a experiencias de sugestión y autosugestión: en una ilusión que tuvo durante un crucero realizado por el Mediterráneo, oyó un poema en tres estrofas: «Gloria a Dios»; luego, una noche, viajando en tren, creó un poema hipnagógico de diez versos llamado «La polilla y el sol». Cierto tiempo después, tras una tarde de agitación y ansiedad, imaginó un drama hipnagógico centrado en la figura de un héroe azteca o inca, Chiwantopel. Al tiempo que registraba estas fantasías, trató de buscar su origen, bien en los acontecimientos anteriores de su vida o en sus lecturas. Sobre este escaso material trabajó Jung para tratar de encontrar una interpretación basada en la mitología y la historia de la religión.

La obra de Jung no es fácil de leer. En la versión original alemana abundan las citas latinas, griegas, inglesas y francesas sin traducir, así como largas etimologías copiadas de diccionarios. El lector se ve aplastado

114 C. G. Jung, «Ein Beitrag zur Psychologie des Gerüchtes», *Centralblatt für Psychoanalyse*, I (1911), 81-90.

115 Friedrich Creuzer, *Symbolik und Mythologie der alten Völker, besonders der Griechen*, 4 vols., Leipzig, Leske, págs. 1810-1812.

116 C. G. Jung, «Wandlungen und Symbole der Libido. Beiträge zur Entwicklungsgeschichte des Denkens», *Jahrbuch für Psychoanalytische und Psychopathologische Forschungen*, III, núm. 1 (1911), 120-227; IV (1912), 162-464. Publicado en forma de libro, Leipzig y Viena, Deuticke, 1912. Trad. inglesa, *Psychology of the Unconscious*, Nueva York, Moffat Yard, 1916. Nueva edición con el título *Symbols of Transformation*, en *Collected Works*, vol. V, Nueva York, Pantheon Books, 1956.

117 Señorita Frank Miller, «Quelques Faits d'imagination créatrice subconsciente», *Archives de Psychologie*, V (1906), 36-51.

por una avalancha de citas eruditas de la Biblia, los Upanishad y otros libros sagrados; de la epopeya de *Gilgamés* y la *Odisea;* de poetas y filósofos (en particular, Goethe y Nietzsche); de arqueólogos, lingüistas e historiadores de la religión; de Creuzer, Steinthal y otros estudiosos de la mitología, para no hablar de los psicólogos, psiquíatras y psicoanalistas contemporáneos. En medio de esta abundancia de material, el lector se encuentra bajo el temor constante de perder la ilación, pero de cuando en cuando regresa a la señorita Miller. Parece como si el autor deseara liberarse de un exceso de material acumulado a lo largo de los años. Se cita incluso un himno compuesto por su abuelo Samuel Preiswerk. Pero todavía hay escasas referencias a los trabajos de los etnólogos (aparte de Frobenius), y casi ninguna de los gnósticos y alquimistas.

A pesar de la dificultad de la lectura, el trabajo de Jung despertó un gran interés. Aportó tres novedades al mundo psicoanalítico. La primera fue la separación del concepto de libido original de Freud; Jung juzga imposible explicar el fenómeno de la psicosis por la retirada de la libido del mundo exterior. Ésta sólo sería posible si la libido fuera algo más que instinto sexual, por cuya razón Jung la identifica con la energía psíquica. En segundo lugar afirma que la libido en su nuevo significado se expresa naturalmente sólo a través de símbolos. Como dijo más tarde en uno de sus seminarios, aparece siempre en forma cristalizada, es decir, en forma de símbolos universales, según comprobamos al estudiar la mitología comparada. Se observa aquí el comienzo de lo que pronto se convertiría en el concepto del inconsciente colectivo y de los arquetipos. Tercero, entre todos los mitos discutidos en este libro, aparece uno de extraordinaria importancia: el del héroe. Rank había tratado ya del mito del nacimiento del héroe. Jung habla ahora de la batalla que éste sostiene para liberarse de la madre, y de su lucha con una bestia monstruosa.

El libro, en su versión alemana original, termina con un comentario bastante ambiguo que se podía aplicar tanto a los adversarios de Freud como a éste mismo: «No considero que sea misión de la ciencia tratar de decir la última palabra, sino trabajar por el aumento y profundidad de los conocimientos» [118].

En septiembre de 1912 Jung pronunció una serie de nueve conferencias sobre psicoanálisis en Nueva York. Fueron recogidas y publicadas en 1913 [119]. En ellas señala que la teoría psicoanalítica ha cambiado a lo

---

[118] Hay que resaltar que el libro sufrió tantas modificaciones en las ediciones posteriores que la última (así como la traducción inglesa) constituye casi una obra nueva.

[119] C. G. Jung, «Versuch einer Darstellung der Psychoanalytischen Theorie», *Jahrbuch für Psychoanalytische und Psychopathologische Forschungen,* V (1913), 307-441. Traducción inglesa, *The Theory of Psychoanalysis,* Nervous and Mental Disease Monograph Series núm. 19, 1915; *Collected Works,* IV, Nueva York, Pantheon Books, 1961, págs. 83-226.

largo de los años y que Freud había abandonado su primera teoría de que todas las neurosis se podían remontar hasta un trauma sexual de la infancia. Del mismo modo, Jung propone desarrollarla aún más y, sobre todo, revisar la teoría de la libido. En primer lugar, la equiparación de la libido con el impulso sexual le parece insostenible. ¿Por qué motivo el placer que experimenta el niño al mamar ha de ser de naturaleza sexual en lugar de ser la gratificación del instinto nutritivo? El concepto de Freud implicaría que el hambre es una manifestación del impulso sexual; con la misma razón podrían describirse las manifestaciones sexuales propiamente dichas como desarrollo del instinto de nutrición. Por desgracia, Freud equiparó el término «libido» con el «deseo sexual», pero posteriormente extendió tanto su significado que Claparède tuvo que señalar que lo utilizaba en el sentido de «interés». Todas las dificultades, según Jung, se zanjarían dando a la palabra «libido» el significado de «energía psíquica», la energía que se manifiesta en el proceso vital y es percibida subjetivamente como tendencia y deseo. Con ello se produciría una revolución en la psicología semejante a la que causó en la física Robert Mayer cuando propuso la teoría de la transformación de la energía. Esta readaptación privaría, además, a los adversarios del psicoanálisis de un argumento justificado: el de que la «libido» es un concepto místico. Tomado en el nuevo sentido propuesto, el término «libido» se convertiría en un concepto abstracto (al igual que el de energía en la física), en una pura hipótesis [120].

A la luz de estos nuevos principios, la evolución de la libido debe ser comprendida en una nueva forma. Jung distingue tres estadios: el primero es el presexual, que dura hasta los tres o cinco años de edad; aquí la libido, también llamada energía psíquica, está al servicio del crecimiento y la nutrición. No hay sexualidad infantil propiamente dicha, y Jung critica duramente la expresión «perverso polimorfo» adscrita por Freud al niño. El segundo estadio se extiende desde esa época hasta el comienzo de la pubertad. Freud lo denomina «período latente», pero Jung, por el contrario, afirma que durante él aparece el germen del instinto sexual, que se desarrollará en el tercer estadio, cuando el individuo alcance la madurez sexual. Después de considerar las implicaciones que esta teoría de la libido revisada tendría sobre las perversiones y las psicosis, Jung insiste en las que tendría sobre la neurosis. No acepta el principio de que la raíz de las neurosis se encuentre en la infancia remota; antes bien, cree que está en las situaciones presentes. (Es, dice Jung, como si se atribuyeran las dificultades políticas de la Alemania del siglo XIX a las antiguas conquistas romanas). Entonces, ¿cómo se pueden explicar los

120 En la terminología de Vaihinger, esto no sería una hipótesis, sino una ficción (ver cap. VII, pág. 712).

«complejos paternos»? Jung mantiene que la evolución natural de la libido resulta frenada por las dificultades actuales, que producen una reactivación de conflictos pasados. Más aún, no acepta la noción freudiana del complejo de Edipo. Admite que el niño o niña pequeños están unidos más o menos intensamente a la madre, lo que puede dar lugar a una cierta rivalidad con el padre, pero la madre es para ellos una figura protectora y nutricia, no el objeto de deseos incestuosos. Es más fácil que aparezca una verdadera neurosis infantil cuando el niño comienza la escuela, y posteriormente cuando el individuo se ha de enfrentar con el matrimonio o con la forma de ganarse la vida. En presencia de una neurosis, lo que hay que preguntarse es: «¿Qué tarea desea evitar el paciente?» «¿A qué dificultad de la vida trata de escapar?» (Podemos notar que este concepto de neurosis se aproxima a las opiniones de Janet y Adler).

En cuanto a la psicoterapia, Jung recuerda que la confesión de un secreto agobiante puede tener un efecto inmensamente beneficioso. Esto se sabe desde hace siglos y todavía es válido, aunque el proceso de curación es completamente distinto del que utiliza el psicoanálisis. En orden a la técnica psicoanalítica propiamente dicha, Jung resalta el papel de la interpretación de los sueños, reconociendo la función teleológica de los mismos que les atribuye Maeder e insistiendo en la ayuda que presta la mitología comparada. Destaca también una idea completamente nueva para su tiempo: el psicoanalista debe haberse sometido él mismo al análisis. Considera el autoanálisis imposible. Concluye que los psicoanalistas deberían poder elaborar una filogénesis del espíritu.

Jung insistió sobre estos puntos de vista en una conferencia que dio en Londres en agosto de 1913 [121]. Contó el caso de un joven neurótico que describía el siguiente sueño: «Estaba subiendo un tramo de escaleras con mi madre y mi hermana. Cuando alcancé la cumbre me dijeron que mi hermana estaba esperando un hijo». Según el punto de vista psicoanalítico ortodoxo, era un sueño típicamente incestuoso. Jung objetó: «Si afirmo que las escaleras son un símbolo del acto sexual, ¿qué me autoriza a considerar a la madre, la hermana y el niño como reales, es decir, no como simbólicos?» Una investigación de la situación demostró que el joven tenía sentimientos de culpabilidad porque había terminado sus estudios varios meses antes y todavía no había comenzado a ejercer su profesión. A la luz de este hecho, el sueño del paciente no era tanto la satisfacción de deseos incestuosos infantiles, como la llamada para cumplir los deberes que hasta entonces había desatendido.

---

121 C. G. Jung, «Psycho-Analysis», *Transactions of the Psycho-Medical Society*, vol. IV, parte II, 1913.

La obra de Carl Gustav Jung: IV. — El período intermedio

A finales de 1913 Jung rompió con Freud y poco después renunció a su puesto en la Universidad de Zurich. En 1921, sus *Tipos psicológicos* ofrecieron un sistema nuevo y completo de psiquiatría dinámica [122]. Durante el período intermedio (1914-1920) apenas publicó nada, pero se dedicó a tres grandes tareas. Íntimamente conexionados entre sí estaban su viaje a través del inconsciente, su preocupación por los tipos psicológicos y su estudio del gnosticismo.

Hemos visto que en diciembre de 1913 comenzó su *Nekyia*, aplicándose un método de imaginación activa y de análisis de los símbolos que iban surgiendo. Aplicó a sus propias fantasías, según aparecían, la misma explicación simbólica que, con ayuda de la mitología comparada, había aplicado a las de la señorita Miller. El experimento fue la fuente de varios de los conceptos básicos de la psicología jungiana: el anima, el sí mismo, la función trascendente y el proceso de individuación. Todos ellos eran realidades psíquicas que había experimentado personalmente. En un artículo publicado en diciembre de 1916 esbozó sus nuevos conceptos del inconsciente, indicando que existen varias formas de enfrentarse con él [123]. Se podría intentar reprimirlo o vaciarlo mediante el análisis reductor, pero estos intentos serían vanos, porque el inconsciente nunca admite ser reducido a la inactividad. Podría suceder asimismo que el sujeto fuera anegado por el inconsciente, como ocurre con los esquizofrénicos. También es posible la identificación mística con la psique colectiva. La solución preferible es emprender una lucha peligrosa pero provechosa contra los contenidos del inconsciente, para sojuzgarlos. Éste es el significado simbólico de los mitos que hablan de la lucha de un héroe contra un monstruo y de la victoria que asegurará un tesoro, un arma invencible o un talismán mágico. «Es en el logro de la victoria sobre la psique colectiva donde descansa el verdadero valor». Esta frase, que muy probablemente se refiera a su propia experiencia, parece indicar que antes de finalizar el año 1916 había alcanzado ya la victoria principal en aquélla.

La autoexperiencia de Jung le permitió adscribir un significado más amplio a sus conceptos anteriores de los tipos psicológicos. Había presentado un primer esbozo esquemático de su tipología a la reunión psicoanalítica celebrada en Munich el 7 y 8 de septiembre de 1913, y lo había publicado en la revista de Flournoy en diciembre del mismo año [124]. En

122 C. G. Jung, *Psychologische Typen*, Zurich, Rascher, 1921. Trad. inglesa, *Psychological Types*, Nueva York, Harcourt Brace, 1923.

123 C. G. Jung, «La Structure de l'inconscient», *Archives de Psychologie*, XVI (1916), 152-179. Trad. inglesa, *Collected Works*, VII, Nueva York, Pantheon Books, 1953, páginas 263-292.

124 C. G. Jung, «Contribution à l'étude des types psychologiques», *Archives de*

el contraste existente entre los síndromes psicológicos de la histeria y de la esquizofrenia veía el grado extremo de contraste entre dos actitudes que existen también en los individuos normales, extraversión e introversión, y que pueden sufrir modificaciones en el mismo individuo. Cada una entraña una visión diferente del mundo, y esto puede explicar también las desavenencias entre introvertidos y extravertidos (como las existentes entre Freud y Adler). Después, el viaje a través del inconsciente le llevó a comprender que la extraversión y la introversión no son dos actitudes opuestas, sino dos funciones psicológicas complementarias. Experimentó primero el incremento gradual del estado de introversión cuando la percepción del mundo exterior se debilita, mientras las visiones y fantasías interiores se convierten en la realidad principal, y posteriormente el retorno gradual desde la introversión extrema hasta la extraversión abierta, con la percepción agudizada del mundo y de los demás hombres, y la necesidad de actividad y placer.

Durante estos años, Jung, muy versado en la historia de la religión, se sintió embargado por un gran interés por los gnósticos, herejes que florecieron a mediados del siglo II después de Jesucristo y que pretendían reemplazar la fe pura por el conocimiento. Consideraban sus visiones como realidades y las sistematizaban en sistemas cosmogónicos. Jung los aclamó como los precursores de la psicología del inconsciente. No cabe duda de que supuso que habían extraído su «gnosis» de la misma fuente que él había sacado su conocimiento del inconsciente.

Si comparamos el material utilizado en *Metamorfosis y símbolos de la libido* (1911-1912) y en *Los tipos psicológicos* (1921) podemos medir lo mucho que Jung había aumentado su conocimiento: además de los gnósticos, cita ahora a los Padres de la Iglesia, los teólogos medievales, los poemas clásicos de la antigua India, los filósofos chinos y una serie de obras etnológicas. Esta variedad de fuentes explica el motivo de que *Los tipos psicológicos* sea un libro en cierto modo desconcertante. El lector que abre ese volumen de 700 páginas esperando que comience con una clara descripción psicológica de lo que su título sugiere, pronto se siente decepcionado. La descripción clínica de los tipos ocupa únicamente el último tercio del libro, después de un largo estudio que comprende las obras de teólogos, filósofos, psicólogos, poetas e historiadores de la ciencia. Pero estaría equivocado el que viera en esta investigación un mero despliegue de erudición. La noción de la existencia de una visión introvertida y otra extravertida del mundo nos puede ayudar a comprender las divergencias y conflictos de opinión existentes entre ciertos filósofos o teólogos. Las disputas entre Tertuliano y Orígenes, San Agustín y Pelagio, los

---

Psychologie, XIII (1913), 289-299. Trad. inglesa, *Collected Papers on Analytical Psychology*, Londres, Baillière. Tindall and Cox, 1916, págs. 287-298.

partidarios y los adversarios del dogma de la transubstanciación, los realistas y nominalistas medievales y Lutero y Zwinglio, tenían su origen en las divergencias existentes entre una visión del mundo introvertida y otra extravertida. Del mismo tipo era la distinción que hacía Schiller entre poesía sentimental e ingenua. (En realidad, Schiller describió la diferencia que observaba entre él mismo, el poeta sentimental e introvertido, y Goethe, el poeta ingenuo y extravertido). Análogas eran también la distinción de Nietzsche entre las actitudes apolínea y dionisíaca, y el contraste entre los caracteres de Prometeo y Epimeteo en el poema de Spitteler *Primavera olímpica.* Wilhelm Ostwald había distinguido recientemente dos tipos de científicos: los clásicos y los románticos; Jung los igualó a los tipos introvertidos y extravertidos [125].

La mayoría de los relatos acerca de los tipos psicológicos de Jung están simplificados en exceso. Para captar la teoría jungiana en toda su complejidad, no hay nada que pueda reemplazar a la lectura del arduo capítulo X de la obra citada. La contribución de Jung al *Festschrift* de Morton Prince sería una buena introdución [126]. La introversión y la extraversión son actitudes, espontáneas o voluntarias, presentes en cada individuo en diversos grados. La introversión es la actitud de quienes hacen derivar sus motivaciones fundamentalmente de su interior, es decir, de factores internos o subjetivos, y la extraversión es la actitud de quienes las derivan del exterior, es decir, de factores externos. El mismo individuo puede ser más o menos introvertido o extravertido, o pasar de una actitud a otra en el curso de su vida. Pero una de estas actitudes puede estar fija en él y entonces se habla de tipos introvertidos o extravertidos. No siempre es fácil clasificar a un individuo, porque existen tipos intermedios y, como destacó Jung, «cada individuo es una excepción de la regla». Un alto grado de introversión o extraversión tiende a hacer surgir un proceso compensador por parte de la actitud sometida en el inconsciente. Esta extraversión del introvertido (o viceversa) es una especie de retorno de lo reprimido. La introversión y la extraversión entrañan una visión específica del mundo. Sin embargo, un individuo introvertido puede tener una visión extravertida del mundo y viceversa. A los que son muy introvertidos o extravertidos les resulta difícil comprender a los del otro tipo, al menos intelectualmente. Pero, puesto que la introversión y la extraversión se complementan entre sí, los matrimonios entre personas de distintos tipos son frecuentes y muchas veces felices.

A las nociones de introversión y extraversión Jung añadió el sistema de las cuatro funciones fundamentales de la psique consciente. Comprende dos pares de funciones opuestas: las dos funciones racionales de pensa-

125 Wilhelm Ostwald, *Grosse Männer,* Leipzig, Akademische Verlagsgesellschaft, 1909.

126 C. G. Jung, *Psychological Types in Problems of Personality: Studies Presented to Dr. Morton Prince,* Nueva York, Harcourt, Brace and Co., 1925, págs. 289-302.

miento y sentimiento, y las dos irracionales de sensación e intuición. El pensamiento es lo opuesto del sentimiento, y la sensación lo es de la intuición. (La palabra «irracional» no significa que estas funciones sean antirracionales, sino más bien que están fuera del campo de la racionalidad). Las cuatro funciones existen en todo individuo, pero en cada uno predomina una de ellas, lo que coloca a la función opuesta en una posición de inferioridad. Por ejemplo, cuando predomina el pensamiento, el sentimiento está en una posición inferior. Pero también aquí se puede ver una especie de retorno de lo reprimido que en un intelectual puede tomar la forma de estallidos de sentimentalismo grotesco, y en un sentimental, la de unas opiniones intelectuales absurdas. El tema es, no obstante, aún más complejo, porque en muchas ocasiones existe una función auxiliar al lado de la principal.

La noción de introversión y extraversión y la de las cuatro funciones permitió a Jung establecer un sistema de ocho tipos psicológicos, cuatro de los cuales son extravertidos y los otro cuatro introvertidos.

El tipo *reflexivo-extravertido* dirige su vida y la de los que de él dependen según reglas fijas; su pensamiento es positivo, sintético, dogmático. El tipo *afectivo-extravertido* se atiene a los valores que le han enseñado, respeta las conveniencias sociales, hace lo que es correcto, y es muy emocional. El tipo *sensorial-extravertido* es amante del placer, sociable, y se adapta fácilmente a la gente y a las circunstancias. El tipo *intuitivo-extravertido* muestra gran perspicacia en las situaciones vitales, detecta y se siente atraído por las nuevas posibilidades, tiene gran talento para los negocios, la especulación y la política. Luego tenemos el tipo *reflexivo-introvertido,* descrito ampliamente por Jung, quien parece que tomó a Nietzsche como modelo: es el hombre que carece de sentido práctico, se aísla después de las experiencias desagradables con sus compañeros, desea llegar al fondo de las cosas y muestra una gran audacia en sus ideas, aunque muchas veces se ve estorbado o detenido por dudas y escrúpulos. El tipo *afectivo-introvertido* es un individuo modesto, tranquilo, hipersensible, al que resulta difícil hacerse entender por sus compañeros; en el caso de que sea mujer, ejerce un misterioso poder sobre los hombres extravertidos. El tipo *sensorial-introvertido* es también una persona tranquila que mira el mundo con una mezcla de benevolencia y regocijo, y es particularmente sensible a la calidad estética de las cosas. El tipo *intuitivo-introvertido* es un soñador que adscribe el máximo valor a su pensamiento interior y al que los demás consideran en muchas ocasiones raro o excéntrico.

Como truco mnemotécnico, Ania Teillard [127] imaginó la historia de la cena de los tipos psicológicos: la perfecta anfitriona (afectiva-extravertida) recibe a los invitados con su marido, un tranquilo caballero coleccionista de arte y experto en pinturas antiguas (sensorial-introvertido). El primer invitado en llegar es un hábil letrado (reflexivo-extravertido). A continuación llega un célebre hombre de negocios (sensorial-extravertido) con su esposa, una mujer taciturna, algo enigmática y amante de la música (afectivo-introvertido). Luego, un eminente erudito (reflexivo-introvertido) que llega sin su esposa, una antigua cocinera (afectivo-extravertido), y un distinguido ingeniero (intuitivo-extravertido). Esperan en vano al último invitado, un poeta (intuitivo-introvertido), pero el pobre ha olvidado la invitacón.

[127] Ania Teillard, *L'âme et l'écriture,* París, Stock, 1948, págs. 89-94.

Las fuentes de la tipología de Jung son múltiples. Una de ellas, la preocupación psiquiátrica entonces en boga por encontrar correlaciones entre las entidades clínicas y los tipos psicológicos. Janet, Bleuler, Kretschmer y Rorschach insistieron en este aspecto en épocas distintas [128]. Para la concepción de Jung fue básica además su experiencia personal, real, de creciente introversión y retorno ulterior a la extraversión en el curso de su enfermedad creadora. Por último, estaba la amplia investigación realizada por Jung en la historia de la filosofía, la teología y la literatura. Por lo demás, es posible hallar otros antecesores de su tipología además de los que él indica en su revisión histórica.

El místico Swedenborg (cuyas obras había devorado Jung en su juventud) afirmaba haber visitado el cielo y el infierno [129]. Había encontrado dos reinos celestiales separados y dos categorías de ángeles. Los ángeles celestiales recibían la verdad divina directamente del Señor, la percibían interiormente y la reconocían inmediatamente como tal. Los ángeles espirituales la recibían indirectamente, por mediación de su inteligencia, y la examinaban como tal antes de aceptarla. Basta cambiar ángel por poeta, y verdad divina por inspiración poética, para tener la distinción de Schiller entre poetas y poesía, ingenuos y sentimentales [130].

Oliver Brachfeld [131] destacó la semejanza existente entre los tipos de introversión y extraversión de Jung y los dos tipos de actitudes intelectuales descritos por Binet [132].

Durante tres años Binet realizó diversas investigaciones en sus dos hijas, Armande y Marguerite, por medio de numerosas pruebas psicológicas de su invención. Calificó a Armande de subjetivista y a Marguerite de objetivista. Pidiendo a ambas que escribieran un número dado de palabras al azar, Binet halló que Armande escribía palabras más abstractas y más relacionadas con fantasías y recuerdos antiguos; Marguerite, en cambio, elegía palabras más concretas y asociadas con objetos presentes y recuerdos recientes. En Armande había una imaginación más espontánea, mientras que Marguerite podía controlar el curso de la misma. Armande describía también los objetos de forma menos metódica que Marguerite, la cual establecía exactamente la situación del mismo en el espacio. En Armande dominaba la atención espontánea, y en Marguerite, la atención activa, voluntaria. Armande podía medir con más exactitud los intervalos de tiempo, y Marguerite los de espacio. Binet llegó a la conclusión de que existen dos actitudes y cualidades de la mente diferentes, a las que denomina *introspección* y *externospección*. La introspección, cuyo ejemplo es Armande, es «el conocimiento que tenemos de nuestro mundo interno, nuestros pensamientos, nuestros sentimientos». La externospección es «la orientación de nuestro conocimiento

128 Ver cap. X, págs. 949-950.

129 Emanuel Swedenborg, *Heaven and Hell*, trad. inglesa, Londres, Dent, Everyman's Library, 1909, págs. 11-13.

130 Friedrich Schiller, «Ueber naive und sentimentalische Dichtung» (1795-1796), en *Sämtliche Schriften*, X, Stuttgart, Cotta, 1871, págs. 425-523.

131 Oliver Brachfeld, «Gelenkte Tagträume als Hilfsmittel der Psychotherapie», *Zeitschrift für Psychotherapie*, IV (1954), 79-93.

132 Alfred Binet, *L'Étude expérimentale de l'intelligence*, París, Schleicher, 1903.

hacia el mundo exterior, en oposición con el conocimiento de nosotros mismos». Por tanto, Armande describía mejor sus estados de conciencia, pero se mostraba menos segura en las descripciones que hacía del mundo exterior, ocurriendo lo inverso con Marguerite. Binet subrayó que la sociabilidad y la capacidad de contacto con los demás no están unidas necesariamente a una de las dos actitudes. Sin embargo, el «tipo introspectivo» está más dotado para el arte, la poesía y el misticismo, mientras que el «externospectivo» está más dotado para la ciencia [133]. Binet concluyó que ambos tipos mentales desempeñaban un papel importante en la historia de la filosofía, y explicaban, entre otras cosas, las disputas medievales entre los realistas y los nominalistas.

Como el libro de Binet apareció aproximadamente en la época en que Jung estudiaba en París con Janet, es probable que lo leyera y después lo olvidara, lo cual sería un ejemplo más de esas criptomnesias tan frecuentes en la historia de la psiquiatría dinámica.

La obra de Carl Gustav Jung: V. — Psicología analítica

Desde que Jung abandonó el movimiento psicoanalítico, no se denominó a sí mismo psicoanalista, ni tampoco los freudianos le reconocieron como tal. Ya desde el principio había sacado a la luz diversos conceptos no freudianos, y ahora era libre de seguir sus propias ideas y desarrollar su sistema, al que denominó psicología analítica o psicología de los complejos. Sus nuevos conceptos fueron definidos en 1922 en el último capítulo de *Los tipos psicológicos*. Éste es el material que desarrollaría durante el resto de su vida en un mínimo de veinte libros y numerosos artículos. A continuación trataremos de dar un bosquejo muy sucinto de la psicología analítica. La revisión completa de este amplio sistema requeriría un libro de 500 páginas, que por desgracia Jung no escribió nunca. Tenemos que contentarnos con un breve esbozo de los puntos principales: el estudio de la energía psíquica, el inconsciente y los arquetipos, la estructura de la psique humana, la individuación, los sueños y los conceptos jungianos de psicosis y neurosis.

Estudio de la energía psíquica

Al igual que muchos de sus contemporáneos, Jung desarrolló un sistema energético-psíquico. Sus ideas sobre dicho tema se encuentran en su *Metamorfosis y símbolos de la libido* y en un libro sobre energética psíquica [134]. A finales del siglo XIX, la palabra «libido» solía utilizarse para

[133] En realidad, se cuenta que Armande se hizo pintora.

[134] C. G. Jung, *Uber die Energetik der Seele*, Zurich, Rascher, 1928. Posteriormente se aumentó bajo el título *Ueber Psychische Energetik und das Wesen der Träume*,

indicar «deseo sexual» o «instinto sexual». Moll le dio la connotación de estadios de evolución del instinto sexual, y Freud extendió su significado a la suma total de los estadios evolutivos y posibles transformaciones del instinto sexual. Lo que Freud hizo por Moll, lo hizo Jung por Freud; extendió aún más el significado: a saber, a la energía psíquica como un todo. Posteriormente dejó de utilizar la palabra libido definitivamente y habló sólo de energía psíquica.

Se plantea aquí la cuestión de la relación existente entre la energía psíquica y la energía física. Al igual que Janet, Jung supone que tal relación existe, aunque no puede ser demostrada, y que, en contradicción con la segunda, la primera no se puede medir. No se pueden establecer equivalentes entre ambas. Por otra parte, Jung supone que los principios reguladores de la energía física son paralelos con los de la energía psíquica; a saber, los principios de conservación, transformación y degradación de la energía. Pero, a diferencia de la energía física, la psíquica no sólo tiene una causa, sino también un fin.

La energía psíquica tiene su fuente en los instintos y puede ser trasladada además de un instinto a otro (la sublimación no es sino uno de los diversos procesos posibles). En el curso de estas transformaciones, la cantidad de energía permanece constante; su supuesta desaparición significa simplemente que ha sido almacenada en el inconsciente, a partir del cual puede ser movilizada de nuevo. Aunque no tenemos medios de medir la energía psíquica, podemos sin embargo estimar diferencias cuantitativas de la misma. Existen indicadores que nos permiten hacer una estimación grosera de la cantidad de energía que carga un complejo. Tales son el número de palabras relacionadas y la intensidad de elementos perturbadores en el test de asociación de palabras.

En la energía psíquica existen también niveles. Jung, siguiendo el ejemplo de Janet, habla de energía psíquica superior e inferior. Incluso el principio de entropía se puede aplicar a la psicología, en cuanto que existen sistemas cerrados de naturaleza psicológica. El viejo paciente esquizofrénico que ha perdido el contacto con el mundo exterior y permanece inmóvil y mudo manifiesta una degradación extrema de la energía psíquica y un incremento de la entropía.

Jung supone que la energía psíquica está dirigida en forma de progresión o de regresión. La progresión es un proceso continuo de adaptación a las demandas del mundo externo. El fracaso da lugar a fenómenos de estancamiento o regresión, que a su vez provoca la reactivación de contenidos inconscientes y de viejos conflictos interiores. No obstante, la progresión no se debe confundir con la evolución: un individuo puede

---

Zurich, Rascher, 1948. Trad. inglesa en *Collected Works*, VIII, Nueva York, Pantheon Books, 1960, págs. 3-66.

permanecer bien adaptado a las demandas del mundo exterior, pero perder el contacto con su realidad psíquica interior, y en tal caso sería útil una regresión temporal, en cuanto que le permitiría adaptarse a las demandas del inconsciente.

En la misma perspectiva, los símbolos se convierten en transformadores de energía. Cuando un símbolo es asimilado, se libera una cierta cantidad de energía psíquica que puede ser utilizada en el nivel consciente. Los ritos religiosos y mágicos, como los que realizan en los pueblos primitivos antes de la caza o de la guerra, son medios de movilizar energía o propósitos definidos [135].

El inconsciente colectivo y los arquetipos

Durante varios años Jung estuvo preocupado sobre todo por el inconsciente personal, aunque nunca le asignó un carácter puramente regresivo (recordemos la historia de la joven médium, en una de cuyas personalidades inconscientes vio Jung a la personalidad futura esforzándose por surgir). Posteriormente, en sus experimentos con el test de asociación de palabras, tuvo que enfrentarse a los complejos, que identificó en todas las variedades posibles, desde los pequeños grupos de representaciones inconscientes hasta las personalidades dobles completas. Aparecían dos características destacables: el desarrollo autónomo de los complejos y su tendencia a asumir la forma de una personalidad (como se puede ver en los sueños, el espiritismo, el mediumnismo, la posesión y la personalidad múltiple).

El paso siguiente fue la noción de *imago*. Freud había resaltado la importancia e influencia duradera de las relaciones existentes entre los niños y sus padres; lo que importa no es la realidad del padre o de la madre, sino el modo como el niño los ve subjetivamente. Jung propuso llamar a esta representación subjetiva *imago*, término inspirado por el título de la novela de Carl Spitteler [136]. Freud señaló que la *imago* dirige inconscientemente la elección del objeto de amor. Jung se maravilló de las discrepancias existentes entre la madre real y la *imago* de ella. Esto le hizo suponer que el hecho principal es la preexistencia en el hombre de una imagen inconsciente de la mujer. El concepto de *imago*, uno de los más populares entre los psicoanalistas hacia 1907, perdió poco a poco su importancia, aunque nunca fue denegado formalmente. En la psicología de Jung fue un estado de transición entre la noción de complejo y la de arquetipo, este último ligado estrechamente al concepto jungiano de inconsciente colectivo [137].

---

135 Ya lo había indicado Janet; ver cap. VI, pág. 456.

136 Ver cap. X, págs. 892-893.

137 La traducción «inconsciente racial» es impropia y debe ser descartada.

El concepto de Jung del inconsciente difiere del de Freud en tres puntos principales: 1) Tiene un curso autónomo de desarrollo. 2) Es complementario de la consciencia. 3) Es el asiento de las imágenes primordiales universales, los *arquetipos*. Jung dice que una de las primeras experiencias que le llevaron a concebir la idea de los arquetipos fue el caso de un anciano paciente esquizofrénico del Burghölzli que sufría numerosas alucinaciones de día y de noche. Dicho paciente declaró una vez al médico encargado, el Dr. Honegger, que veía el sol dotado de un falo cuyos movimientos producían el viento. El origen de este extraño delirio parecía inexplicable, hasta que cayó en manos de Jung un libro reciente de un historiador de la religión, Dieterich [138], acerca de la liturgia del culto de Mitra, según había revelado un papiro griego no publicado hasta entonces. En el texto se indicaba que el viento se originaba en un tubo que colgaba del sol. Se excluyó la posibilidad de que el paciente lo hubiera leído, por haberse descubierto recientemente. Para Jung [139], la única explicación parecía ser la existencia de símbolos universales que pueden aparecer tanto en los mitos religiosos como en los delirios psicóticos [140] Se comprobó que las coincidencias de este tipo no eran muy raras.

La teoría de los arquetipos de Jung ha sido en muchas ocasiones mal interpretada. Hay que hacer una distinción entre los «arquetipos propiamente dichos» que normalmente están latentes e inconscientes, y las «imágenes arquetípicas» que son las manifestaciones de aquéllos en la consciencia. Los arquetipos no son fruto de la experiencia individual, son «universales». Esta universalidad ha sido interpretada por los jungianos bien como producto de la estructura del cerebro humano o como expresión de una especie de alma mundial-neo-platónica. Sin negar la posibilidad de cualquiera de estas explicaciones, Jung, que afirmaba ser un empírico, decía que llegó a reconocer los arquetipos sin saber su naturaleza íntima. En cuanto a las imágenes arquetípicas, nos hace recordar la idea de Von Schubert de un lenguaje universal de símbolos común a la humanidad, manifestado tanto en los sueños como en los mitos de todos los pueblos. No obstante, en la concepción de Jung, los arquetipos son algo más que eso: son los centros de la energía psíquica; tienen una calidad «numinosa», vital, y son propensos a manifestarse en circunstancias críticas, bien mediante un acontecimiento exterior o debido a algún cambio interno.

---

138 Albrecht Dieterich, *Eine Mithrasliturgie erläutert*, Leipzig, Teubner, 1903, páginas 7-62.

139 C. G. Jung, *Wandlungen und Symbole der Libido*, pág. 91.

140 En realidad, el símbolo del sol fálico *(Sonnenphallus)* había sido mencionado por Friedrich Creuzer en *Symbolik und Mythologie der alten Völker*, III, 3.ª ed., Leipzig, Leske, 1841, pág. 335, trabajo con el que Jung estaba muy familiarizado, y Dieterich señaló que en muchos países era popular un concepto semejante.

Como ejemplo de imagen arquetípica liberada por un acontecimiento exterior podemos citar la experiencia de William James en el terremoto de San Francisco de 1906 [141]. Estando despierto en su cama, reconoció inmediatamente lo que sucedía y no sintió miedo, sino «puro placer y agrado». En palabras de James:

> Personifiqué el terremoto como una entidad individual permanente... Vino, además, directamente hacia *mí*. Se deslizó tras mi espalda y una vez dentro de la habitación se apoderó de mí, y se pudo manifestar de forma convincente. En ninguna acción humana estuvo nunca más presente el ánimo y el intento, ni tampoco actividad humana alguna señaló nunca de forma más definida a un agente vivo como su fuente y origen.

James comprobó que otras personas sintieron o notaron en el terremoto una intención que calificaron de maligna, tendente a la destrucción, mientras que algunos llegaron a hablar de su vago poder demoníaco. Aún hubo otro grupo que pensó en el fin del mundo y el juicio final. Para James poseía más bien la cualidad de ser individual. Concluyó:

> Me di cuenta entonces, mejor que nunca, de cuán inevitables eran las primeras versiones mitológicas de tales catástrofes y cuán artificial y contra la índole de nuestra percepción espontánea son las costumbres posteriores en que nos educa la ciencia. Para los hombres incultos era simplemente imposible considerar los terremotos como una cosa que no fueran avisos o castigos sobrenaturales.

Es una maravillosa descripción de cómo se experimenta la aparición de una imagen arquetípica. En el caso de James, el arquetipo fue proyectado bajo el impacto de un acontecimiento exterior. Con más frecuencia, los arquetipos se manifiestan en conjunción con acontecimientos de la propia vida íntima. Pueden aparecer en los sueños; se facilitan asimismo con la imaginación forzada o los dibujos espontáneos. Existe una variedad casi infinita de arquetipos. Algunos parecen estar muy alejados de la conciencia; otros son más inmediatos y deben ser descritos en conexión con la estructura de la psique humana.

La estructura de la psique humana

Jung sitúa el yo consciente en la confluencia de dos mundos: el mundo exterior o espacial y el mundo objetivo interior o psíquico. Como afirma Baudouin: «El hecho de que el inconsciente se extienda más allá de la consciencia no es más que la contrapartida de que el mundo exterior se extiende más allá de nuestro campo visual» [142]. Alrededor de nuestro yo

[141] William James, «On Some Mental Effects of the Earthquake» (1906), reimpreso en *Memories and Studies*, Londres, Longmans Green and Co., 1911, págs. 209-226.

[142] Charles Baudouin, «Position de C. G. Jung», *Schweizerische Zeitschrift für Psychologie*, IV (1945), 263-275.

gravita una serie de subpersonalidades cuya relación con él se modifica en el curso de la vida. Tales son la persona, la sombra, el anima o animus, el arquetipo del espíritu y el sí mismo. Hacia el exterior, el individuo presenta una especie de fachada o máscara social, la *persona,* palabra que en latín significa máscara de teatro. La persona es la suma total de las actitudes convencionales que un individuo adopta por pertenecer a ciertos grupos: trabajo, clase social, casta, partido político o nación. Algunos individuos se identifican de tal manera con estas actitudes que pierden el contacto con su verdadera personalidad. Los aspectos más crueles de la persona se manifiestan en los prejuicios racial, social y nacional.

La *sombra* es la suma de las características personales que el individuo desea esconder a los demás y a sí mismo. Pero cuanto mayor empeño pone en ocultársela a sí mismo, más activa y maligna se hace. Un ejemplo literario es el de «El monje sombrío» que acompañaba al monje Medardus en la novela *Los elixires del diablo* de E. T. A. Hoffman, excelente explicación de la emancipación de la «sombra» del control de la personalidad consciente para cometer malas acciones. Pero la sombra también se puede proyectar; entonces el individuo ve sus propias características perversas reflejadas en otra persona, a la que puede elegir como cabeza de turco. Y en ocasiones, debido a la influencia del alcohol o por alguna otra causa, la sombra puede apoderarse incluso temporalmente de un individuo, que luego quedará muy sorprendido por haber sido capaz de tal conducta.

El concepto jungiano de la sombra no debe confundirse con el concepto freudiano de lo reprimido; está relacionado con el fenómeno de la *no percatación,* opuesto al de la inconsciencia[143]. Con la no percatación se relacionan los aspectos del mundo y de uno mismo que un individuo no ve, aunque podría verlos si lo deseara honradamente. Un hombre puede verse a sí mismo como buen marido y padre, y como un individuo amado por sus subordinados, y respetado por sus conciudadanos, no percatándose de que es un esposo egoísta, un padre tiránico, que sus subordinados le odian, y que sus conciudadanos le temen más que le respetan. A este aspecto negativo es precisamente a lo que Jung denomina sombra.

Mientras que la persona y la sombra son los aspectos más externos de un individuo, otras subpersonalidades están relacionadas con la realidad psíquica interna del inconsciente colectivo. Tales son el arquetipo del alma *(anima* o *animus),* el arquetipo del espíritu (el *sabio anciano,* la *magna mater)* y el más central de todos los arquetipos, el *sí mismo.*

Al igual que todos los arquetipos, el del alma se conoce por sus manifestaciones cuando es proyectado, en este caso, como personificación

[143] El alemán distingue *die Unbewusstheit* (no percatación, ignorancia) y *das Unbewusste* (el inconsciente).

característica del otro sexo. Por lo tanto, el hombre toma la forma de una figura femenina, el *anima*, y en la mujer la de una figura masculina, el *animus*. Hemos visto cómo descubrió Jung el *anima* durante su autoanálisis; posteriormente la halló también en los sueños y fantasías de sus pacientes, y más tarde bajo numerosas formas en las religiones, los mitos y la literatura [144].

El arquetipo del alma adopta en el hombre la forma de una figura femenina ideal, el *anima*, y en la mujer la de una masculina, el *animus*, debido a la naturaleza complementaria del hombre y la mujer, ya que ambos conservan en su inconsciente una representación ideal del otro. La existencia del *anima* se manifiesta por la forma como el hombre distorsiona la representación de las mujeres reales de su vida: su madre, hermanas, amigas, amadas y esposa. El *anima* está personificada también en los sueños, las visiones y las fantasías, en numerosos mitos de todos los pueblos, y ha sido una rica fuente de inspiración para novelistas y poetas. En ocasiones es proyectada desde el inconsciente en una forma dramática, como ocurre en el amor a primera vista, o en el enamoramiento incomprensible, con resultados desastrosos. Pero el *anima* no sólo posee estos efectos negativos. El individuo puede manejar su relación con ella de tal forma que ésta se convierta en una fuente de sabiduría, inspiración y creatividad.

El concepto del *anima* de Jung abarca varias ideas que fueron objeto de vivas discusiones a finales del siglo XIX. En primer lugar, la del *amor narcisista*, es decir, la proyección de un amor a sí mismo más o menos inconsciente sobre otra persona. En segundo lugar, la de la *imago* de la madre. Nietzsche había dicho ya: «Cada hombre guarda dentro de sí una imagen de la mujer que deriva de la de su madre, y según la cual se sentirá propenso a respetar o despreciar a las mujeres». Karl Neisser desarrolló una idea bastante parecida: para que un hombre ame a una mujer, ésta debe recordar a las mujeres de su genealogía [145]. El poema de Verlaine «Mi sueño familiar» habla de la imagen de una mujer ideal, amante y muy amada, cambiante aunque siempre la misma, y que recuerda a las mujeres fallecidas de su familia. En tercer lugar, el tema de un amor precoz trasladado de una mujer a otra. Un ejemplo literario es la novela *La bien amada* de Thomas Hardy, en la que un hombre se enamora sucesivamente, en el curso de su vida, de tres mujeres: en su juventud, en la madurez y al comenzar la senectud [146]. A todas las ama en vano, pues todas

144 C. G. Jung, *Erinnerungen, Träume, Gedanken*, Zurich, Rascher Verlag, 1962, páginas 188-191. Trad. inglesa, *Memories, Dreams, Reflections*, Nueva York, Pantheon, 1963, págs. 185-189.

145 Karl Neisser, *Die Entstehung der Liebe*, Viena, Karl Koneggen, 1897.

146 Thomas Hardy, *The Well-Beloved, A Sketch of a Temperament*, Londres, McIlvaine and Co., 1897.

se casan con otros hombres: la primera es madre de la segunda, y ésta a su vez, de la tercera. Al final se da cuenta de que siempre ha amado a la misma mujer. En cuarto lugar, el concepto de anima incluye también la atracción resultante de la bisexualidad fisiológica del ser humano. Como en el hombre hay un componente femenino y en la mujer uno masculino, tanto hombre como mujer se sienten atraídos por los elementos complementarios de su personalidad que encuentran uno en otro. Pertenece a la naturaleza del *anima* el que un hombre pueda proyectar su imagen (del *anima)* sobre la mujer a la que ama, que entonces le parece distinta de lo que es en realidad. Este hombre atribuye a su amada cualidades que le son completamente extrañas. Pero esto no es todo. Jung llama *Anima-Gestalt* (figura del *anima)* a un tipo específico de mujer que parece atraer la proyección del *anima* de los hombres. Jung se refirió muchas veces a la novela *Ella* de Rider Haggard [147].

Un joven inglés de origen griego descubre en el África Oriental central una ciudad desconocida. De ella es reina una mujer blanca, Ayesha, que únicamente se muestra cubierta de velos; enigmática, fascinante y diabólica, tiene dos mil años de edad y conserva su juventud por artes mágicas. Todavía llora al único hombre al que quiso, el griego Kallikrates. Cuando descubre que su visitante actual es un descendiente de aquél, se enamora de él y desea hacerle inmortal. Para ello, el hombre debe atravesar una pila de fuego, y cuando duda en hacerlo, es ella la que la atraviesa para mostrarle cómo se hace. Pero esto es la causa de que pierda su inmortalidad y se convierta en polvo. La novela tuvo un gran éxito a finales del siglo XIX y de ella se dijo que había sido escrita bajo una inspiración súbita, en una especie de trance [148].

Se podría hacer una larga lista de figuras de *animas* semejantes en la literatura, desde la Circe homérica de la *Odisea* hasta la Antinea de Pierre Benoit en la novela *La Atlántida* (a la que también se refirió Jung con frecuencia).

En la mujer, el arquetipo del alma es el *animus*. Jung y sus seguidores lo han descrito con menos amplitud que el *anima* [149]. Mientras que el *anima* suele ser únicamente una figura de mujer, el *animus* es muchas veces una pluralidad de figuras masculinas. En una mujer muy joven aparecerá como un enamoramiento por un hombre mayor o una figura paternal; en una mujer madura el objeto podrá ser un campeón deportivo o, en los casos negativos, un joven rico y disipado o incluso un criminal; y una mujer mayor es más probable que sea un médico, un aclesiástico o un genio supuestamente incomprendido. La proyección del animus en un hombre real puede tener efectos tan desastrosos como

147 H. Rider Haggard, *She. A History of Adventure*, Londres, Longman's, Green and Co., 1886.

148 Morton Cohen, *Rider Haggard, His Life and Works*, Londres, Hutchinson, 1960, páginas 102-114.

149 Emma Jung, «Ein Beitrag zum Problem des Animus» en la obra de C. G. Jung *Wirklichkeit der Seele*, Zurich, Rascher, 1934, págs. 296-354.

la proyección del anima de un hombre en una «figura de anima». Más comúnmente, el animus se puede manifestar en la percepción distorsionada que tiene una mujer de su marido o de otras figuras masculinas de su vida. También puede dar lugar a ideas fijas y opiniones obstinadas, irracionales, fuente de irritantes discusiones. (Muchas veces se tiene la impresión de que gran parte de lo que Adler denomina protesta masculina es considerado por Jung como manifestaciones del animus). Pero cuando una mujer encuentra la verdadera relación con su animus, éste deja de ser elemento perturbador y se convierte en una fuente de contrapeso y balance intelectual. Parece, por lo demás, que el animus no ha inspirado a los novelistas tan a menudo como el anima [150].

El *arquetipo del espíritu* sigue en importancia al arquetipo del alma (anima y animus). El individuo se suele enfrentar a él en situaciones críticas de la vida, en las que debe tomar decisiones difíciles. Aparece en los sueños bajo múltiples formas simbólicas: viento, figuras ancestrales, animales colaboradores, divinidades, etc. Tiende a personificarse en forma de sabio anciano: el hombre medicina de los pueblos primitivos, los sacerdotes y monjes de todas las religiones, o cualquier hombre de buen consejo que uno haya conocido. Al igual que en todos los arquetipos, el anciano sabio puede aparecer también como una figura maligna, como un brujo. Este arquetipo puede ser proyectado sobre un ser humano real, como ocurre en el proceso de psicoterapia. El paciente ve entonces a su terapeuta como un mago todopoderoso. La identificación de uno mismo con este arquetipo sería un ejemplo peligroso de lo que Jung llama inflación psíquica. En la literatura, la personificación por excelencia del sabio anciano se encuentra en el *Zarathustra* de Nietzsche; con él, según Jung, se identificó el propio Nietzsche, lo cual explicaría por qué desarrolló tales delirios de grandeza cuando se convirtió en psicótico.

Durante largo tiempo pareció que Jung consideraba el arquetipo del sabio anciano como característico de la psicología masculina, pero posteriormente también lo encontró en las mujeres. A la inversa, el arquetipo de la *magna mater* (o gran madre), que había considerado al principio como típico de la mujer, habita también en el hombre. Parece que Jung lo considera como una forma particular del arquetipo de la madre; al igual que todos los demás arquetipos, puede tomar numerosas formas [151]. Puede ser proyectado sobre la madre, la abuela o la nodriza, y aparecer como un antepasado femenino, una santa, la Virgen, la sabiduría divina,

---

150 Los círculos jungianos se refieren a las descripciones literarias del animus en la obra de Mary Hay *The Evil Vineyard;* Ronald Frazier, *The Flying Draper;* H. G. Wells, *Christina Alberta's Father.*

151 C. G. Jung, «Die psychologischen Aspekte des Mutterarchetypus», *Eranos-Jahrbuch,* VI (1938), 403-443. Trad. inglesa, *Collected Works,* IX, Nueva York, Pantheon Books, 1959, págs. 75-110.

la Iglesia, la universidad (el *alma mater*) o el país de origen. Entre sus aspectos negativos se encuentran las deidades que regulan los destinos humanos, las brujas, los dragones, etc.

El *sí mismo* es el más central de todos los arquetipos. La palabra inglesa *self*, a la que se han dado tantos significados antagónicos, difícilmente expresa lo que quería significar Jung con *Selbst* (literalmente, el «ello mismo»). Es al mismo tiempo el centro invisible, inconsciente, íntimo de la personalidad y una totalidad psíquica, como resultado de la unificación del consciente y el inconsciente. Sobre todo, no debe confundirse con el yo consciente. Al igual que los demás arquetipos, es normalmente inconsciente, pero se manifiesta en forma proyectada o mediante la aparición de figuras arquetípicas en los sueños o fantasías. La descripción del sí mismo no se puede separar de la del proceso de individuación.

Individuación

Nos aproximamos, por tanto, a la noción central del sistema y de la terapia psicológica de Jung. Este autor llama *individuación* al proceso que normalmente eleva a un ser humano a la unificación de su personalidad. El término era utilizado por los teólogos medievales, aunque con otro significado [152]. La individuación es un proceso que abarca todo el curso de la vida humana.

Freud había dado una nueva concepción del curso de la vida humana: una serie de estadios del desarrollo libidinal que culminan en la situación de Edipo, a continuación una fase de latencia, seguida por un segundo despertar del instinto sexual a la pubertad conduciendo a la madurez, y a partir de entonces un período sin cambios sustanciales. La concepción de Jung es completamente distinta. Jung ve la vida humana como una serie de metamorfosis. Desde que el niño emerge del inconsciente colectivo hasta que completa el sí mismo hay un proceso que dura toda la vida.

El ser humano entra en la vida con un inconsciente no diferenciado; después emerge lentamente como un yo consciente. Jung insiste en la simbiosis psicológica en que vive el niño pequeño, no sólo con la madre, sino con la familia como un todo. Existen ejemplos de sueños paralelos en la madre y el hijo y de semejanza en las respuestas de padres e hijos al test de asociación de palabras. Por esa razón, las neurosis infantiles deben llevar a dedicar atención a las actitudes de los padres. En cuanto al complejo de Edipo, Jung nunca lo consideró como una característica universal y necesaria de la naturaleza humana, sino como un posible síntoma de actitudes defectuosas de los padres hacia el niño.

152 Johannes Assenmacher, *Die Geschichte des Individuationsprinzips in der Scholastik*, Leipzig, Meiner, 1926.

Gradualmente, la individuación del niño emerge de la de la familia. La entrada en la escuela es un acontecimiento importante y uno de los primeros pasos de la individuación. Posteriormente, el adolescente debe dejar atrás las características infantiles, y el joven, las de la adolescencia. Jung observó cómo en África Oriental se facilitaba esta transición de la infancia a la edad adulta mediante los ritos de iniciación; los jóvenes escapaban así a los peligros de una adolescencia prolongada que tan frecuente es en el mundo occidental. La edad adulta trae nuevas preocupaciones unidas a responsabilidades sociales y nuevos problemas relacionados con el anima y el animus.

Una de las principales metamorfosis de la vida humana es el «cambio de vida» *(Lebenswende)*. Entre los treinta y dos y los treinta y ocho años de edad se produce un profundo cambio en la persona; puede aparecer de forma gradual o súbita, y en ocasiones es anunciado por un sueño impresionante de calidad arquetípica. Entonces se manifiestan los problemas, deberes o necesidades que han sido soslayados durante la primera mitad de la vida. Un hombre que siempre haya reprimido su necesidad de amor será presa quizá de lo que los franceses denominan *le démon de midi* (el «demonio meridiano»), como se ilustra en una de las novelas mejor conocidas de Paul Bourget [153], que fue discutido desde el punto de vista psicoanalítico por Répond [154]. En ocasiones surge una neurosis a partir de necesidades intelectuales o espirituales largamente reprimidas [155]. Considerando dicha neurosis como un aviso del inconsciente, el sujeto debe cambiar su forma de vida, o de lo contrario desperdiciará la segunda mitad de la misma. Del mismo modo que es importante dejar atrás todo lo que pertenece a la infancia y a la adolescencia cuando se alcanza la madurez, así el individuo debe dejar atrás todo lo perteneciente a la primera mitad de su vida cuando comienza la segunda. Con ésta se inicia un período de confrontación con el arquetipo del espíritu y del sí mismo. Jung contrastó la deplorable pseudo-juventud de las personas de edad en la civilización occidental con la dignidad de los ancianos entre los elgoni del este de África y el respeto que inspiraban a sus compañeros de tribu.

Una vez obtenida la individuación, el yo ya no es el centro de la personalidad, sino un planeta que gira alrededor de un sol invisible, el sí mismo. El individuo ha logrado la ecuanimidad y ya no teme a la muerte, y del mismo modo que se ha encontrado a sí mismo, ha encontrado la

153 Paul Bourget, *Le Démon de midi*, París, Plon, 1914.

154 André Répond, «Le Démon de midi», *L'Évolution Psychiatrique*, núm. 3, 1939, páginas 87-100.

155 Ver, por ejemplo, la descripción de la neurosis de la mitad de la vida de Velchaninov, en la novela de Dostoievski *El eterno marido*, y la de Claude Lothaire en la novela de Edmond Jaloux *Les Profondeurs de la mer*.

verdadera relación con los demás hombres. Jung no duda en usar una palabra casi anticuada, «sabiduría» (cuyo sustituto más moderno de «madurez» es insatisfactorio), y declara que «el fin natural de la vida no es la senilidad, sino la sabiduría» [156].

La individuación, sin embargo, puede detenerse, y la tarea del psicoterapeuta será entonces ayudar al paciente a eliminar los obstáculos que impiden el continuo desarrollo de la personalidad. Volveremos a este punto cuando analicemos la psicoterapia de Jung.

Los avances en el proceso de individuación se manifiestan muchas veces a la conciencia por la aparición de imágenes arquetípicas del sí mismo. Entre estas imágenes hay tres especialmente frecuentes: la *cuaternidad*, el *mandala* y el *niño divino*. La cuaternidad puede aparecer como una figura geométrica de forma cuadrada o rectangular, o tener alguna relación con el número cuatro: cuatro personas, cuatro árboles, etc. Muchas veces consiste en contemplar una figura de tres términos por un cuarto, formando así una cuaternidad. En una serie de cuatrocientos sueños publicados por Jung, este símbolo aparecía no menos de setenta y una veces [157]. Desde luego, no fue él el primero en tratar de los símbolos de la cuaternidad. En Francia, Fabre d'Olivet había escrito sobre el mismo tema a principios del siglo XIX [158]. Sin embargo, Jung fue sin duda el primero en relacionarlo íntimamente con el proceso de individuación. El mandala es una figura circular ornada con símbolos y dividida generalmente en cuatro secciones. Es muy conocido en la India y Tibet, donde fue utilizado durante siglos por los ascéticos y místicos para ayudarse en la contemplación [159].

No debemos confundir el proceso de individuación con los procesos más temporales de regresión y progresión. Lo que Jung denomina regresión es un movimiento interno, es decir, un incremento gradual de la introversión o un movimiento hacia el inconsciente. Por el contrario, la progresión es una vuelta del inconsciente al consciente, un descenso de la introversión y un aumento de la extraversión con la que el individuo toma un asidero aún más firme en la realidad. Siempre que la individuación se detenga, la regresión, seguida por la progresión, le dará un nuevo impulso. Éste es exactamente el principio de la individuación terapéutica. Mediante

---

156 Es uno de lo dichos de Jung que circularon entre sus discípulos, pero no aparece en ninguno de sus escritos.

157 C. G. Jung, *Psychology and Religion*, The Terry Lectures, New Haven, Yale University Press, 1937.

158 Fabre D'Olivet, *Les Vers dorés de Pythagore*, París, Treuttel and Würtz, 1813. Ver Léon Cellier, *Fabre d'Olivet - La Vraie Maçonnerie et la céleste culture*, París, 1952, páginas 75-144.

159 Giuseppe Tucci, *Teoria e practica del Mandala con particolare riguardo alla moderna psicologia del profondo*, Roma, Astrolabio, 1949; Anagarika Govinda, *Mandala. Des heilige Kreis*, Zurich, Origo-Verlag, 1960.

el análisis de los sueños, de la imaginación activa, o de la pintura o dibujo de fantasías inconscientes, el paciente podrá regresar y comenzar su viaje a través del inconsciente. Este tipo de viaje, que Jung experimentó desde 1913 hasta 1918, es también el modelo de su terapéutica sintético-hermenéutica. Según él, fueron experiencias semejantes las que sirvieron de base para los antiguos relatos de viajes a la tierra de los muertos. Hay una larga tradición en este sentido, originada probablemente con los viajes de los hechiceros a través de la tierra de los espíritus, expresada en la epopeya de *Gilgamés*, la *Odisea* de Homero, la *Eneida* de Virgilio y la *Divina Comedia* de Dante [160], y que podría seguir, bajo nuevas formas, en los tiempos modernos [161].

Un dato característico de cualquier viaje a través del inconsciente es la aparición de lo que Jung denominó *enantiodromia*. Este término, originario de Heráclito, significa «regreso a lo opuesto». Ciertos procesos mentales se convierten, en un momento dado, en sus opuestos, en virtud de una especie de autorregulación. Esta noción ha sido ilustrada también simbólicamente por los poetas. En la *Divina Comedia* vemos a Dante y Virgilio alcanzar el punto más profundo del infierno y a continuación dar el primer paso hacia arriba en una dirección inversa hacia el purgatorio y el cielo. Este fenómeno misterioso de la inversión espontánea de la regresión ha sido experimentado por todos los que han sufrido una enfermedad creadora y se convirtió en un dato característico de la terapéutica sintético-hermenéutica de Jung.

La obra de Carl Gustav Jung: VI. — Psicoterapia

La psicoterapia de Jung comprende varios estadios, cada uno de los cuales puede constituir un método por sí mismo. Tenemos que considerar separadamente la terapia de concienciación, el tratamiento del secreto patógeno, el método reductivo-analítico, la activación de la individuación y la reeducación.

Según Jung, el primer paso en cualquier psicoterapia debe ser devolver al sujeto a la realidad, y particularmente a la conciencia de su situación presente. Algunos pacientes necesitan ser concienciados de ciertos aspectos de sus problemas; otros viven en un estado general de no percatación. A Jung le gustaba recordar la historia de Tartarín, héroe de la novela

160 August Rüegg, *Die Jenseitsvorstellungen vor Dante und die übrigen literarischen Voraussetzungen der Divina Commedia*, Einsiedeln, Benziger, 1944.

161 El *Viaje al centro de la Tierra* de Julio Verne se puede interpretar en todos sus detalles como un viaje a través del inconsciente con el descubrimiento de arquetipos cada vez más profundos, hasta el encuentro de una bola de fuego (símbolo del espíritu) que establece la *enantiodromia*, es decir, el inverso de la regresión y el regreso al mundo normal.

de Alphonse Daudet, quien creyó un cuento que le contó un fanfarrón: que en los Alpes suizos había túneles y galerías llenas de empleados que tenían la misión de resolver todos los peligros de la escalada de montaña [162]. Tartarín emprendió sin ningún miedo la peligrosa escalada del Jungfrau, pero se vio acometido por un pánico mortal cuando conoció la verdad. De la misma forma, Jung dice que mucha gente vive una vida provisional; algunos se despiertan pronto, otros a mitad de su existencia, otros muy tarde, incluso en su lecho de muerte. En ocasiones el individuo necesita abrir los ojos a algún peligro material para el que es ciego [163]. Mucho más a menudo debe darse cuenta de las implicaciones morales de lo que realiza. Como ejemplo de esto último, Jung habla de un joven neurótico que se había sometido a tratamiento psicoterapéutico [164]. Vivía a expensas de una pobre maestra, que se sentía muy unida a él. El primer paso en la terapéutica fue conseguir que se diera cuenta de que su forma de vida era inmoral y de que tenía que cambiarla. Esta preocupación por la situación real y la realidad permanece en primer plano en toda la psicoterapia jungiana. Como veremos, incluso en el momento de analizar los símbolos más abstrusos, al tratar de los arquetipos, el paciente se ve siempre enfrentado con la pregunta de cómo va a aplicar estas perspectivas a su vida práctica presente.

Un segundo estadio en la psicoterapia jungiana es el de resolución de los secretos patógenos. Hemos visto en el capítulo anterior que el manejo discreto y hábil del secreto patógeno se había convertido en un arma terapéutica eficaz para la cura de almas practicada por ciertos ministros protestantes [165]. Hemos visto también cómo esa terapia fue perdiendo gradualmente su carácter religioso hasta ser introducida en la psiquiatría por Moritz Benedikt. No se ha aclarado si Jung oyó hablar de ella o la redescubrió por sí mismo. En su autobiografía habla de su primera experiencia clínica al respecto.

Cuando trabajaba en el Burghölzli, fue encargado del cuidado de una mujer cuya depresión era tan grave que estaba considerada como un caso de demencia precoz. Sus hallazgos con el test de asociación de palabras y los sueños de la paciente le llevaron a sospechar un secreto trágico, que posteriormente la paciente le confió. Había sufrido un duro golpe al saber que el hombre con el que ella deseaba casarse

---

162 Alphonse Daudet, *Tartarin sur les Alpes*, París, Calmann-Lévy, 1885.

163 Puede verse un ejemplo en la novela autobiográfica de Gertrud Isolani *Stadt ohne Männer*, Zurich, Falken-Verlag, 1945. Una joven judía se encuentra en el campo de concentración de Gurs en las primeras semanas siguientes a la derrota francesa. Tanto ella como sus compañeras se preocupan únicamente por los temas diarios y en ocasiones frívolos, hasta que una monja católica les abre los ojos hablándoles de la inmensidad de la catástrofe que les amenaza.

164 C. G. Jung, *Analytische Psychologie und Erziehung*, Heidelberg, Kampmann, 1926. Trad. inglesa, *Collected Works*, XVII, Nueva York, Pantheon Books, 1954, páginas 65-132.

165 Ver cap. I, págs. 68-71.

y que no parecía haberse mostrado interesado por ella había estado en realidad enamorado. Pero ya no había remedio, porque ella se había casado con otra persona y tenía dos hijos. Entonces hizo que su hija chupara una esponja empapada en agua contaminada, e incluso dio al niño un vaso del mismo agua para beber. Cuando la niña murió de fiebre tifoidea, la madre se mostró tan alterada que hubo necesidad de ingresarla. Jung le explicó que la causa de su enfermedad era este secreto, y dos semanas más tarde la mujer pudo abandonar el hospital curada. Jung decidió, no obstante, mantener el secreto ante sus colegas. Tuvo la oportunidad de reiterar tales curas y llegó a la conclusión de que en todos los casos había que considerar sistemáticamente la posibilidad de existencia de un secreto patógeno [166].

Es necesario destacar que este tipo de tratamiento requiere del terapeuta un respeto absoluto por el secreto del paciente. No es lícito compartir la información con los colegas o supervisores, ni registrarla en la historia clínica, y menos aún utilizar magnetófonos o habitaciones con visión unilateral. Es, como si dijéramos, la terapia «del secreto por el secreto».

Antes de seguir con el tratamiento hay que considerar el problema religioso. Jung afirma que, de todos sus pacientes que estaban en la segunda mitad de la vida, no había uno solo cuyo problema principal no estuviera relacionado con su actitud hacia la religión [167]. Es innecesario decir que el psicoterapeuta no debe interferirse en estas materias, pero sí indicar al paciente que, si ha tenido una creencia religiosa, quedaría curado de su neurosis mediante la simple reanudación de la práctica de su religión, sobre todo tratándose de católicos y, en menor medida, de protestantes. Jung cuenta que algunos de sus pacientes de este último grupo quedaron libres de su neurosis después de unirse al grupo de Oxford o algún movimiento semejante.

La mayoría, sin embargo, no responden a una cura tan simple y radical y necesitan un tratamiento psicoterapéutico completo. Un requisito previo es obtener de ellos un relato detallado de su vida y de la historia de su enfermedad. El terapeuta debe decidir entonces si usará una terapia analítica-reductora (es decir, una terapia basada en los principios freudianos o adlerianos), o *sintético-hermenéutica.*

Existen, dice Jung, pacientes cuya característica principal es una especie de hedonismo y ansia infantil por la gratificación de sus instintos, mientras que otros están poseídos por el impulso del poder y la superioridad. Los del primer grupo deben ser tratados con una terapia de orientación psicoanalítica, y los del segundo, según los principios adlerianos. Sería una equivocación, por ejemplo, tratar a un hombre fracasado y con

166 C. G. Jung, *Erinnerungen, Träume, Gedanken,* Zurich, Rascher Verlag, 1962, páginas 121-124; *Memories, Dreams, Reflections,* págs. 115-117.

167 C. G. Jung, *Die Beziehungen der Psychotherapie zur Seelsorge,* Zurich. Rascher, 1932. Trad. inglesa, *Collected Works,* XI, Nueva York, Pantheon Books, 1958, páginas 327-347.

una necesidad infantil de superioridad con el método freudiano, y no menos aplicar el método adleriano a otro que ha triunfado y tiene una fuerte psicología hedonista. El examen preliminar será muchas veces suficiente para indicar cuál de las dos terapias es la más apropiada; en ocasiones Jung daba a sus pacientes más cultos escritos de Freud y Adler para que los leyeran, y por lo general pronto encontraban por ellos mismos lo que más de acuerdo iba consigo.

Los métodos reductores-analíticos proporcionan muchas veces buenos resultados, pero otras no son completamente satisfactorios, y el progreso resulta detenido o el paciente tiene sueños de carácter arquetípico. Todo ello señala la necesidad de cambiar el procedimiento, es decir, de trabajar con el método sintético-hermenéutico. Este último se prescribe también desde el principio a quienes, sobre todo en la segunda mitad de la vida, están preocupados por problemas morales, filosóficos o religiosos.

El método sintético-hermenéutico, conocido comúnmente como terapéutica jungiana, difiere en muchos aspectos del psicoanálisis freudiano. Al igual que en la terapia adleriana, el paciente no yace sobre un diván, sino que se sienta en una silla enfrente del psicoterapeuta. Las sesiones, de una hora de duración, son dos por semana al comienzo, pasando a una semanal lo antes posible. Se pide al paciente que realice tareas específicas y muchas veces se le asignan temas para leer. En resumen, debe colaborar activamente con su terapeuta. El método, dice Jung, tiene evidentes ventajas: evita que el analizado caiga en una regresión infantil y no se separa a éste de su entorno; además, el tratamiento es menos caro y ocupa al psicoterapeuta menos tiempo. Se presta la mayor importancia a la situación de la vida presente e inmediata, a la utilización concreta de cualquier perspectiva que el paciente haya obtenido en el proceso terapéutico. Jung concibe la transferencia de forma completamente distinta que Freud. Considera los desarrollos de la transferencia, positivos o negativos, que tienen lugar en el psicoanálisis como meros artificios que prolongan el tratamiento o incluso lo pueden arruinar. Lo que Freud denomina neurosis de transferencia es para él un intento desesperado del paciente de compensar sus actitudes equivocadas ante la realidad y un resultado de la falta de habilidad del terapeuta. Supone una sujeción degradante para el paciente, y es peligrosa tanto para él como para el terapeuta, quien corre el riesgo de infectarse con ella. La transferencia no consta solamente de sentimientos eróticos, sino de una mezcla de impulsos posesivos y de poder, así como de miedo [168]. Según Jung, la única transferencia aceptable debería ser suave y casi imperceptible; en suma, un proceso de colaboración entre el paciente y el terapeuta, y una

[168] Incidentalmente, esto es exactamente lo que Janet había dicho en 1896 en su trabajo *L'Influence somnambulique et le besoin de direction*. Ver cap. VI, pág. 429.

confrontación de sus mutuos hallazgos. Solamente de esta forma puede el proceso psicoterapéutico desarrollarse mediante la acción de la función trascendente [169].

La función trascendente es la síntesis progresiva de los datos conscientes e inconscientes que lleva a la individuación. La vida consciente y la inconsciente raramente discurren paralelas entre sí, y para el paciente resulta peligroso la aparición de una brecha entre las dos, porque lleva a la formación de fuertes contraposiciones del inconsciente que da lugar a graves alteraciones. El terapeuta debe llevarle, pues, a confrontar el consciente y el inconsciente de modo que pueda tener lugar la deseada síntesis. Cuando los contenidos del inconsciente son demasiado débiles o están inhibidos, debe ayudarle a estimularlos y hacerlos surgir; después cooperará con él para confrontarlos con el yo consciente y la situación vital diaria.

¿Cómo hacer que emerjan los contenidos del inconsciente? En virtud de un entrenamiento específico que se basa principalmente en el uso de los sueños, de las fantasías espontáneas y de los dibujos o pinturas libres. Los estudiosos de los sueños, como Hervey de Saint-Denis, sabían cómo provocarlos con frecuencia y en número abundante: los transcribían nada más despertarse y los ilustraban con dibujos en blanco y negro o en color [170]. El mismo método se puede aplicar a las fantasías espontáneas en estado de vigilia: también se puede dibujar o pintar sin concretar el tema con antelación, o bien utilizar con ese fin el modelado en barro y la escritura automática.

En la terapia jungiana, el sueño sigue siendo, sin embargo, el medio de acceso más importante al inconsciente. Mientras que muchos de los psicoanalistas freudianos de la actualidad nunca analizan los sueños de sus pacientes, no ocurre así en la terapia jungiana. Las ideas de Jung relativas a los sueños y su utilización terapéutica difieren de la teoría de Freud en casi todos los puntos. Mientras que este último sostiene que todo sueño es una satisfacción vicariante de un deseo reprimido, por lo general relacionado con la sexualidad infantil, Jung mantiene que las funciones de los sueños son múltiples. Pueden expresar tanto temores como deseos; pueden dar una imagen como en un espejo de la situación actual del soñador; hay sueños del futuro (como los descritos por Adler y Maeder); otros son creadores, consejeros o parapsicológicos. Jung no acepta la distinción que hace Freud entre el contenido manifiesto y el latente de los sueños, sino que afirma que el manifiesto es el propio sueño. Las asociaciones, tal como las obtiene la técnica freudiana, llevarían a

[169] C. G. Jung, «Die Transzendente Funktion», en *Geist und Werk*, Zurich, Rhein-Verlag, 1958, págs. 3-33. Trad. inglesa, *Collected Works*, VIII, Nueva York, Pantheon Books, 1960, págs. 67-91.

[170] Ver cap. V, págs. 358-361.

los complejos corrientes, susceptibles de descubrirse también mediante asociación con cualquier otro tema. Los símbolos oníricos se pueden comprender sin las nociones de represión y censor. Los sueños no se pueden interpretar si el intérprete no está bien relacionado con la vida y situación actual del soñador, y tampoco si carece de un buen conocimiento de los símbolos, y por tanto de la mitología y la historia de la religión. Una característica básica de la interpretación de los sueños de Jung es la importancia que da a la serie de ellos: un sueño cualquiera sólo se puede comprender en el contexto de los que le preceden o siguen y, en ocasiones, de todo el conjunto. Mientras que Freud analiza los sueños con el método de libre asociación, Jung recurre al de amplificación, consistente en examinar todas las connotaciones posibles de una imagen dada, muchas de las cuales pueden estar relacionadas con experiencias pasadas o presentes del paciente, mientras que otras elucidan quizá el significado de un sueño arquetípico. Se adscribe gran importancia a los sueños arquetípicos; deben ser estudiados cuidadosamente y en serie, como hitos que marcarán el camino de la individuación.

Puede aplicarse un método semejante de interpretación a los otros datos obtenidos del inconsciente, especialmente a las fantasías espontáneas, dibujos y pinturas. En la apreciación de estos últimos no hay que dar demasiada importancia ni al contenido ni al aspecto formal. (Por ejemplo, el paciente nunca debe pensar que es un artista). Por lo demás, no sólo se utilizan para obtener los contenidos del inconsciente, sino también para controlarlos. Cuando un paciente está obsesionado por una cierta representación, Jung le hace dibujarla o pintarla hasta conseguir que pierda gradualmente el miedo y por último que lo controle por completo.

Resumiremos ahora los estados sucesivos de la psicoterapia sintético-hermenéutica normal.

Recordemos primero que Jung recurre únicamente al análisis del inconsciente cuando todos los demás métodos han fallado y sólo después de haber obtenido una anamnesia completa. El primer sueño es muchas veces muy claro y en ocasiones da ya el pronóstico del tratamiento. En el primer estadio se enfrenta uno con la persona y sobre todo con la *sombra.* El paciente sueña con un individuo repulsivo que es siempre diferente, aunque conserva ciertas características, y que muestra además ciertos rasgos que recuerdan los suyos propios. Por último, llega el momento en que comprende que ese individuo no es otro que él mismo, o mejor, su sombra, lo que le permite tomar conciencia de ciertos aspectos de su personalidad que había rehusado ver. Una vez que está completamente consciente de su sombra, tiene que asimilarla. El individuo no se puede separar nunca de ella, pero Jung no dice, desde luego, que deba hacer ahora abierta y conscientemente lo que la sombra le obligaba a

realizar en un estado de no percatación. Hay que aceptarla, desde luego, pero al mismo tiempo hay que desarmarla. Para ilustrar este procedimiento, en los círculos jungianos se relata muchas veces la historia de San Francisco de Asís y el lobo de Gubbio [171]. Los habitantes de este pueblo estaban preocupados por un lobo y llamaron a San Francisco para que les ayudara. Éste se dirigió al animal, no para matarlo, sino para hablar con él. El lobo le siguió voluntariamente hasta el pueblo, donde recibió albergue y permaneció como un huésped inofensivo durante el resto de su vida.

En el segundo estadio del proceso terapéutico se manifiestan espontáneamente los problemas del *anima* y el *animus*. En el caso de un hombre, comienza a tener sueños frecuentes en los que aparece una mujer en diversos aspectos y formas. Puede ser dulce y encantadora, extraña y fascinante, y en ocasiones amenazadora. El sujeto ve que todas estas figuras tienen algo en común, y por último percibe que no se trata más que de su *anima*. Las discusiones terapéuticas abordan ahora este problema. El sujeto debe darse cuenta de que, siempre que ha tratado con mujeres, ha proyectado más o menos su *anima* sobre ellas. Lo que ha de hacer ahora es verlas tal como son, sin interferencia de la proyección del *anima*. Tratándose de una paciente femenina, el problema del *animus* se trata en forma semejante. Una vez resueltas estas cuestiones, ya no existen elementos perturbadores en la vida emocional y las relaciones sociales; en términos de Jung, el *anima* y el *animus* se convierten en «funciones psicológicas».

En el tercer estadio de la terapia salen a un primer plano los arquetipos del sabio anciano y de la *magna mater*. También aquí las imágenes arquetípicas aparecen en los sueños tanto como en las fantasías y dibujos. Hay asimismo ciertos peligros que evitar: el paciente puede proyectar el arquetipo del sabio anciano sobre su terapeuta, o identificarse él mismo con él, lo que daría lugar a una inflación psíquica.

Existen, por tanto, en la terapia jungiana tres estadios principales, que se refieren, respectivamente, a la sombra, el *anima* y el *animus*, el sabio anciano y la *magna mater*. Sin embargo, las cosas son muchas veces más complejas, ya que puede aparecer una gran variedad de otros arquetipos en diversos estadios, que haya que manejar de forma específica. El terapeuta, por un lado, ha de facilitar su aparición y, por otro, evitar que se apoderen de todo. Cada nuevo arquetipo debe ser interpretado y asimilado por la mente consciente, y todo lo que el paciente haya aprendido ha de ser aplicado a su vida práctica. Maeder ha destacado que en algunos

---

[171] No ha sido posible hasta el momento comprobar si esta comparación surgió del propio Jung o de alguno de sus discípulos.

casos la curación se acelera cuando emerge el arquetipo del salvador, que podría ser considerado como una variedad del sabio anciano [172].

Por lo general, la terapéutica jungiana dura unos tres años. La experiencia ha demostrado que se puede reducir el número y frecuencia de las sesiones, pero no la duración total del tratamiento. Como ya se ha mencionado, el progreso de la individuación puede caracterizarse por la aparición de imágenes arquetípicas específicas, en especial el mandala o las figuras de cuaternidad, y en ocasiones el niño divino. El tratamiento pretende la progresión y terminación de la individuación, lo que significa que una persona ha seguido el viejo precepto de «conviértete en lo que eres», que se atribuye algunas veces a Nietzsche, pero que en realidad es una cita del poeta griego Píndaro.

La terapéutica sintético-hermenéutica de Jung no es ciertamente una empresa fácil. En ocasiones, el sujeto se encuentra aplastado por el material que surge del inconsciente, y la confrontación con los arquetipos puede ser atemorizante. Es necesario un esfuerzo incesante para mantener un firme asidero en la realidad. Ésta es también la razón por la que el autoanálisis jungiano podría ser una realización peligrosa, contra la que hay que estar prevenido.

Entre los métodos terapéuticos utilizados por Jung encontramos asimismo el de la reeducación. Mientras que Freud declara que el psicoanalista no debe tratar de reeducar a su paciente, Jung insiste en que éste debe ser ayudado desde el principio y a lo largo de todos los estadios, sea cual sea la terapia que se utilice. Toda comprensión clara lograda por el paciente ha de trasladarla éste inmediatamente a la conducta de su vida diaria. En esa reeducación es esencial enseñarle a dejar de proyectar sus problemas sobre quienes le rodean. Jung concibe la neurosis como un «sistema enfermo de relaciones sociales», definición que concuerda con los conceptos de Janet y de Adler [173]. Debido a esta proyección, el neurótico manipula inconscientemente a las personas que le rodean (esposa, padres, hijos y amigos) y les hace enfrentarse uno con otro de modo que pronto se encuentra preso en una red de intrigas de las que son víctimas tanto él como los demás. El establecimiento y aclaración de estas dificultades son dos de los designios finales de la psicoterapia.

Jung hace gran hincapié desde el comienzo en lo que ahora se denomina contratransferencia. Afirma que nadie puede llevar a otra persona más lejos de lo que ha ido él mismo. Es de reconocimiento general que el principio de análisis de entrenamiento fue introducido por Jung y que

---

172 Alphonse Maeder, *La Personne du médecin, un agent psychothérapeutique*, Neuchatel, Delachaux et Niestlé, 1953, págs. 111-134.

173 C. G. Jung, «Was ist Psychotherapie», *Schweizerische Aerztezeitung für Standesfragen* (1935), 335-339. Trad. inglesa, *Collected Works*, XVI, Nueva York, Pantheon Books, 1954, págs. 21-28.

éste fue una de sus últimas contribuciones al análisis freudiano. Pero después de su análisis de entrenamiento, el terapeuta debe mantenerse siempre en guardia y vigilar su propio inconsciente, por ejemplo, mediante el análisis de sus sueños.

La obra de Carl Gustav Jung: VII. — Sabiduría oriental y occidental

Hemos trazado hasta ahora un retrato muy esquemático de la psicología y psicoterapia de Jung. Pero el alcance de su obra es considerablemente más amplio. Desde el comienzo, su reflexión se extendió a la historia de la humanidad, la psicología de las naciones, los problemas contemporáneos, el arte y la literatura. En los últimos años mostró cada vez más interés por la confrontación de las enseñanzas tradicionales y los libros sagrados del Este y del Oeste, por el principio de «sincronicidad» y por los problemas religiosos.

Hemos visto cómo durante 1914 y 1920 estuvo profundamente interesado por el gnosticismo. Aclamó a los gnósticos como quienes no creían pero sabían, y aprendió mucho de su exploración del inconsciente, regida por la preocupación por el problema del mal. Posteriormente, en 1937, interpretó según su teoría de los arquetipos la visión de Zosimos de Panopolis, gnóstico del siglo III d. de J. C. que marcó además la transición entre el gnosticismo y la alquimia [174].

La alquimia había sido siempre un rompecabezas para los historiadores de la cultura. Ya en la antigüedad griega y romana, y hasta el siglo XVIII, gran número de hombres cultos habían dedicado su vida a la práctica de operaciones pseudoquímicas que implicaban la metamorfosis de sustancias según reglas definidas. Marcellin Berthelot, historiador de la ciencia, consideraba la alquimia como una «ciencia semirracional, semimística», basada en interpretaciones falsas de hechos objetivos [175]. Parece ser que el primero que vio en ella una secuencia de operaciones simbólicas susceptibles de ser descifradas psicológicamente fue Silberer, quien en un tratado sobre alquimia del siglo XVIII halló la representación simbólica del asesino del padre, de las teorías de sexualidad infantil y de otras varias [176]. Jung, a su vez, vio en la serie de operaciones realizadas por los alquimistas una proyección del proceso de individuación. Del mismo modo que sus pacientes materializaban sus sueños y fantasías en forma de dibujos y pinturas, los alquimistas materializaban sus propios procesos de

174 C. G. Jung, «Einige Bemerkungen zu den Visionen des Zosimos», *Eranos-Jahrbuch*, V (1937), 15-54.

175 M. Berthelot, *Les Origines de l'alchimie*, París, Steinheil, 1885.

176 Herbert Silberer, *Probleme der Mystik und ihrer Symbolik*, Viena, H. Heller, 1914.

individuación en forma de operaciones pseudoquímicas. Ésta es también la razón, añadía, de la frecuente aparición en los escritos de los alquimistas de relatos de visiones. Con el paso de los años, Jung intensificó su atención a la alquimia y dedicó mucho tiempo y esfuerzos a descifrar e interpretar psicológicamente los símbolos de los viejos tratados [177].

Su interés se dirigió también a la astrología y los símbolos astrológicos. No creía en la influencia causal de las estrellas sobre el destino del individuo, pero, como veremos, no rechazaba la posibilidad de que existieran relaciones sincrónicas.

Durante la Segunda Guerra Mundial se renovó en Suiza el interés por el famoso médico y filósofo místico Paracelso. Jung lo consideró como un pionero de la psicología del inconsciente y de la psicoterapia. Jung aparentemente se interesó tanto por su personalidad como por sus abstrusos escritos. Vio en él un buen ejemplo del «cambio de vida»: la filosofía de Paracelso se transformó a partir de su treinta y ocho aniversario [178].

El precoz interés de Jung por la historia de las religiones le llevó al estudio de los libros sagrados orientales. Uno de ellos, el *Libro tibetano de los muertos,* fue traducido al inglés en 1927 [179]. Jung se tomó un gran interés por él y escribió una introducción para la traducción alemana.

El *Libro tibetano de los muertos* es una descripción de lo que experimenta el alma desde el momento de la muerte hasta el de la próxima reencarnación, así como una explicación de cómo alcanzar la iluminación final y escapar, por tanto, a la reencarnación. El viaje a través del Bardo Thödol, es decir, la morada de los muertos, está dividido en tres períodos. En el primero, de corta duración, el alma permanece en una especie de sueño o trance, ignorante de la muerte. A continuación viene el despertar, con las primeras visiones. En este punto, el alma iluminada puede pasar directamente a un campo paradisíaco, pero si desperdicia este momento continuará teniendo visiones y alucinaciones; a saber, el delirio de tener un cuerpo de carne y hueso. Creerá ver otros seres humanos, así como todo tipo de dioses y criaturas fantásticas. Pero siempre permanecerá consciente de que todas estas cosas no son sino productos de su propia mente. Estas visiones cambian sin cesar, pero se agotan gradualmente según el alma retrocede paso a paso a niveles inferiores de consciencia. Cuando el alma alcanza el tercer estadio, percibe hombres y mujeres en unión. Si está destinada a nacer como hombre, se sentirá como tal y estará animada de un intenso odio al padre y de celos y atracción hacia la madre, y se colocará entre

---

177 C. G. Jung, «Die Erlösungsvorstellungen in der Alchemie», *Eranos-Jahrbuch,* IV (1936), 12-111; *Psychologie und Alchemie,* Zurich, Rascher, 1944; *Die Psychologie der Uebertragung,* Zurich, Rascher, 1946; *Symbolik des Geistes,* Zurich, Rascher, 1948; *Gestaltungen des Unbewussten,* Zurich, Rascher, 1950; *Mysterium Conjunctionis,* 2 vols., Zurich, 1955-1956. Trad. inglesa, *Complete Works,* Nueva York, Pantheon Books, 1962.

178 C. G. Jung, *Paracelsica,* Zurich, Rascher, 1942.

179 W. Y. Evans-Wentz, *The Tibetan Book of the Dead, or the After Death Experiences on the Bardo Plain, according to Lama Kazi Tawa Sandup's English rendering,* Londres, Oxford, University Press, 1927.

ambos, siendo así reencarnada; si está destinada a ser femenima, los sentimientos se invierten y odiará a la madre al tiempo que ama al padre [180].

Jung quedó maravillado de la sabiduría psicológica de los desconocidos autores del *Libro tibetano de los muertos* y de su comprensión del fenómeno de proyección. Se vio sorprendido asimismo de que el viaje a través del Bardo Thödol mostrara grandes semejanzas con el curso de la individuación a la inversa.

En 1929 publicó un comentario psicológico como introducción a la traducción alemana que hizo su amigo, el sinólogo Richard Wilhelm, de un antiguo libro chino, *El secreto de la flor dorada* [181]. En él vio Jung el equivalente de su descripción del sí mismo y una analogía entre los símbolos chinos y los que aparecían espontáneamente en sus pacientes, así como entre éstos y los de ciertos místicos cristianos y algunos alquimistas.

Richard Wilhelm tradujo asimismo al alemán otro antiguo tratado chino el *I Ching*, o «Libro de las mutaciones», obra que describe un método para obtener oráculos con la ayuda de pequeños bastoncillos o de una moneda; en él se dice que cada oráculo tiene una aplicación personal para el hombre que lo utiliza y para el momento que lo utiliza. Richard Wilhelm había aprendido la práctica con un maestro chino. Jung se sintió interesado por el carácter simbólico de las fórmulas mágicas y sobre todo por el principio dominante del *I Ching*: cualquier cosa que ocurra en un momento dado está dotada necesariamente de la cualidad específica de ese momento [182]. Fue uno de los puntos de partida del concepto de sincronidad.

Con referencia al budismo Zen, Jung señaló algunos paralelismos con ciertas experiencias de los místicos occidentales, aunque el método sea completamente distinto de todo lo concebido en el mundo occidental [183]. Aunque Jung aconsejó que no se infravalorara la sabiduría de tales enseñanzas, disuadió a los occidentales de practicar dichos métodos.

Dedicó también mucho interés al yoga e invitó repetidamente a los indianistas alemanes J. W. Hauer y Heinrich Zimmer a dar seminarios acerca de este tema en Zurich durante 1931 a 1933 [184]. Aunque mostrán-

---

180 *Das Tibetanische Totenbuch*, trad. de Louise Göpfert-March, con un comentario psicológico de C. G. Jung, Zurich, Rascher, 1935.

181 Richard Wilhelm, *Das Geheimnis der goldenen Blüte*, con comentario de C. G. Jung, Munich, Dorn, 1929.

182 Jung escribió un prólogo para la traducción inglesa de la versión alemana de Richard Wilhelm: *The I Ching, or Book of Changes, Carry F. Baynes, trans.*, Nueva York, Pantheon Books, 1950.

183 Jung escribió una introducción al libro de T. D. Suzuki *Die grosse Befreiung*, Leipzig, Curt Weller, 1939, págs. 7-37.

184 J. W. Hauer, *The Kundalini Yoga*, Berich über das Seminar im psychologischen Klub, Zurich, 3-8 octubre 1932, Zurich, 1933 (escrito a máquina).

dose contrario a su práctica en el mundo occidental, opinaba que podría ser muy interesante su comparación con ciertas enseñanzas occidentales. El rico simbolismo del yoga tántrico le proporcionó abundante material comparativo para el estudio de los símbolos del inconsciente colectivo. Consideradas como sistemas de entrenamiento, ciertas variedades de yoga podrían encontrar paralelo en los ejercicios de San Ignacio de Loyola, el entrenamiento autógeno de Schultz y los métodos de psicoterapia dinámica de Freud y Jung.

En varios comentarios sobre las enseñanzas orientales, y sobre todo en su estudio del *I Ching*, Jung anunció un nuevo concepto que desarrollaría en 1952 bajo el nombre de *sincronicidad*[185]. Lo describía como un principio de conexión acausal, y quedó sorprendido por la importancia del mismo en el pensamiento chino. En realidad, algo de eso había también en el concepto de «armonía preestablecida» de Leibniz, en ciertos comentarios de Schopenhauer y en la aparición bastante corriente de la denominada ley de la serie. La atención de Jung se dirigió a la aparición de «coincidencias significativas». Es clásico el ejemplo de una paciente cuyo análisis no progresaba a causa de su *animus* hiperracional. Había soñado que le regalaban un escarabajo de oro, y Jung estaba examinando el sueño con ella cuando golpeó el cristal de la ventana un escarabajo vivo. Jung lo tomó y se lo dio. La paciente quedó tan impresionada que se derrumbó su muro de racionalidad. Jung relacionó estos fenómenos con los datos experimentales ofrecidos por Rhine acerca de la percepción extrasensorial, con la diferencia de que, así como éste había destacado el papel del factor emocional en la aparición de dicha percepción extrasensorial, él destacó que en sus «coincidencias significativas» estaba implicado un elemento arquetípico. Por último, se preguntó si la física moderna, tomando como punto de partida el principio del determinismo causal rigoroso, no daría un paso adelante hacia el principio de sincronicidad.

De todos los filósofos que Jung había leído en su juventud, Nietzsche fue el que más cautivó su atención a lo largo de los años. Le consideraba como un hombre que había desarrollado lentamente una personalidad doble inconsciente que apareció de súbito, produciendo una especie de erupción volcánica y arrojando a la luz una enorme cantidad de material arquetípico. Esto explicaría por qué *Zarathustra* ejerce tal fascinación sobre tantos lectores. Desde la primavera de 1934 hasta el invierno de 1939, Jung dedicó a *Zarathustra* un seminario cada semestre. La colección de estos seminarios, conservada en su Instituto, comprende diez volúmenes escri-

---

185 C. G. Jung, «Synchronizität als ein Princip akausaler Zuzammenhänge», en la obra de C. G. Jung y W. Pauli *Naturerklärung und Psyche*, Zurich, Rascher, 1952, páginas 1-107. Trad. inglesa, *Collected Works*, VIII, Nueva York, Pantheon Books, 1960, páginas 417-519.

tos a máquina y constituye ciertamente el comentario más completo que se haya hecho nunca de la obra maestra de Nietzsche [186].

Jung se ocupó asimismo del arte y la literatura contemporáneos, aunque en sus trabajos publicados no abunden las referencias a este tema. Habiéndose organizado en Zurich una exposición de pinturas de Picasso, las examinó en orden cronológico y halló una evolución psicológica característica [187]. El período azul de Picasso representaba el comienzo de una *Nekyia*, es decir, un «viaje a través de la tierra de los muertos», con una serie de «regresiones» (en el sentido de la psicología jungiana), quedando en la duda cuál habría sido el resultado de la aventura espiritual del pintor.

Extrañamente, cuando se solicitó de Jung que escribiera una introducción para la tercera edición de la traducción alemana del *Ulises* de Joyce, no fue capaz de reconocer en la obra un duplicado moderno de la *Odisea*, con inclusión de su *Nekyia*. Se sintió confundido por la aparente falta de sentido del libro. Le pareció una especie de «tenia» interminable, y consideró que se podía leer con la misma facilidad al derecho o al revés. Estos comentarios fueron publicados en una revista [188] e irritaron a Joyce [189]. Es una desgracia para Jung que este artículo fuera la única pieza de crítica literaria que publicó. En sus seminarios se refirió muchas veces a novelas inglesas, francesas o alemanas en las que encontraba ilustraciones inesperadas de sus teorías.

En los artículos de Jung, y sobre todo en sus seminarios, figuran esparcidos los elementos de una filosofía de la historia centrada en la idea de que la humanidad ha ido sufriendo un lento proceso de individuación colectiva. Consideraba las epidemias psíquicas como efectos de la reviviscencia de un arquetipo a escala masiva. Vio en el hitlerismo el resurgir del arquetipo de Wotan, el antiguo dios germánico de la tormenta, la batalla, la inspiración profética y las ciencias secretas [190]. Distinguió dos tipos de dictadores: el tipo «caudillo» (como Mussolini y Stalin) y el tipo «vidente» (como Hitler). Este último es capaz de percibir fuerzas oscuras en el inconsciente de sus seguidores y conducirlos como un Mesías [191]. En

---

186 C. G. Jung, *Psychological Analysis of Nietzsche's Zarathustra*. Notas sobre el seminario dado por el doctor C. G. Jung, Zurich, 10 vols., 1934-1939, más un índice recopilado por Mary Briner (escrito a máquina).

187 C. G. Jung, «Picasso», *Neue Zürcher Zeitung*, núm. 2.107, 3 de noviembre de 1932, reimpreso en *Wirklichkeit der Seele*, Zurich, Rascher, 1934, págs. 170-179.

188 C. G. Jung, «Ulysses. Ein Monolog», *Europäische Revue*, VIII, II (1932), 547-568. Traducción inglesa, «Ulysses: A Monologue», *Nimbus*, II, núm. 1 (junio-agosto de 1953), 7-20.

189 Richard Ellmann, *James Joyce*, Londres, Oxford University Press, 1959, páginas 641-693.

190 C. G. Jung, «Wotan», *Neue Schweizer Rundschau*, III (1935-1936), 657-669. Traducción inglesa, «Wotan», *Essays on Contemporary Events*, Londres, Kegan Paul, 1947, páginas 1-16.

191 C. G. Jung, «Psychology of Dictatorship», *The Observer*, 18 de octubre de 1936,

un librito dedicado a los «platillos volantes», Jung dijo que, tanto si estas manifestaciones tienen una realidad física como en caso contrario, son «realidades psíquicas» para quienes creen en su existencia, símbolos arquetípicos de una mediación entre dos mundos inconmensurables, mito debido al temor a una destrucción colectiva de la humanidad [192]. El peligro mayor que amenaza a la humanidad, añadía, es la sustitución de una mentalidad verdaderamente democrática, basada en la educación y perfeccionamiento del individuo, por una mentalidad de masa.

Quienes le visitaron en la última época de su vida recuerdan su conversación como una mezcla única de elevados conceptos psicológicos y sabiduría práctica. Destacaba el significado del conocimiento no sólo como ingenio terapéutico, sino también como un principio ético. «La ignorancia es el mayor pecado», era una de sus máximas [193]. Numerosas neurosis, decía Jung, se originan en la ignorancia, muchas otras en la evasión de las propias tareas vitales. Tal es el caso del niño que evita ir a la escuela, del adolescente retrasado, del universitario perenne, del hombre que no cumple sus deberes como ciudadano, del anciano que desea vivir como un joven. El matrimonio es un factor de salud emocional en la medida en que ni el marido ni la mujer proyecten su *anima* y *animus* respectivos uno sobre otro; una función que cumple es la de impulsar la individuación de ambos esposos. Otro factor de estabilidad emocional es la integración social del individuo: todo el mundo debería poseer su propia casa y jardín, ser un miembro activo de su comunidad, vivir en la continuidad de su tradición familiar y cultura y obedecer los mandatos de su religión si creen en alguna. Aunque el camino de la individuación puede diferir en el Este y el Oeste, tiende al mismo fin: cuanto más se acerca un individuo a «convertirse en lo que es», en mayor medida es un hombre verdaderamente social.

La obra de Carl Gustav Jung: VIII. — La psicología de la religión

A partir de la época de su crisis religiosa de la adolescencia, Jung nunca dejó de preocuparse profundamente por la religión, aun cuando, en sus primeros escritos, encontremos intercalados aquí y allá comentarios escépticos relativos a la religión establecida. Parece ser que su actitud cambió como resultado de su «viaje a través del inconsciente» en el pe-

página 15; «Diagnosing the Dictators», *Heart's International Journal Cosmopolitan*, CVI (enero de 1939), 22-23, 116-120.

192 C. G. Jung, *Ein moderner Mythus. Von Dingen, die am Himmel gesehen werden*, Zurich, Rascher, 1958. Trad. inglesa, *Flying Saucers: A Modern Myth of Things Seen in the Skies*, Nueva York, Harcourt Brace, 1959.

193 *Unbewusstheit ist die grösste Sünde.*

ríodo comprendido entre 1913 y 1918. Llegó a adscribir un carácter «numinoso» a los arquetipos, y a hablar de la «función natural de la religión».

Como ocurre tan a menudo en la historia de la psiquiatría dinámica, fue una publicación contemporánea la que dio una nueva dirección al desarrollo de las teorías de Jung. *La idea de lo santo* de Rudolf Otto apareció en 1917 y fue considerada como una contribución sustancial a la psicología de la religión [194]. Tratando de identificar una experiencia fundamental común a todas las religiones, Otto describió lo «numinoso» como una experiencia bien definida, compleja y rigurosamente específica. Lo «numinoso» inspira inmediatamente un «sentimiento de haber sido creado», es decir, un sentimiento no de dependencia, sino de insignificancia de la creatura frente a su Creador. La presencia del Creador se experimenta como un *mysterium tremendum*, es decir, como un sentimiento de temor y estremecimiento ante un Ser inaccesible, que es una energía viviente y «totalmente otro». Pero, en contraste con lo *tremendum*, lo «numinoso» se experimenta simultáneamente como un *Fascinans*, es decir, como algo que atrae y llena de exaltación dichosa. Lo numinoso se siente también como una confrontación con un valor insuperable, al cual se debe respeto y obediencia absolutos como procedentes de una obligación interna.

Jung tomó el término numinoso pero amplió su significado. Otto veía en él una experiencia excepcional vivida por los profetas, los místicos y los fundadores de las religiones. Jung confiere una «calidad numinosa» a la experiencia del arquetipo, pero esto significa que sólo algunos rasgos de la experiencia total de lo numinoso (tal como lo describió Otto) acompañan a la manifestación del arquetipo. Jung consideró los arquetipos como origen de esas experiencias religiosas de las que derivan los ritos y dogmas religiosos. Afirmó además que gran parte de ellas no están canalizadas en las religiones establecidas.

Así se comprende una de sus afirmaciones favoritas: el hombre es religioso por naturaleza. La «función religiosa» en él es tan poderosa, dice Jung, como el instinto del sexo o de la agresión. A ello se debe el que ciertos individuos se liberen de su neurosis simplemente volviendo a la práctica de la religión en que creen, y eso mismo explica que la salud mental de los ancianos sea mejor en los que tienen una fe religiosa. Incidentalmente, el neo-psicoanalista Schultz-Hencke, al parecer de forma independiente de Jung, afirmó que hay sentimientos y actitudes religiosas entre los no creyentes [195].

Jung fue aún más lejos y afirmó que «de todos mis pacientes que se encuentran en la segunda mitad de la vida, no hay uno solo cuyo pro-

[194] Rudolf Otto, *Das Heilige*, Breslau, Trewendt und Granier, 1917.

[195] Harald Schultz-Hencke, «Das religiöse Erleben des Atheisten», *Psyche*, IV (1950-1951), 417-435.

blema principal no sea religioso». No se sabe con certeza, sin embargo, la amplitud que dio a la palabra religión. Así, entre las personas a las que denomina «religiosas», unas son creyentes, tanto si practican su religión como si no. Otras tienen inclinaciones religiosas sin saberlo, y por último están las que a nivel consciente son antirreligiosas, pero que, bajo ciertas circunstancias, son asiento de una experiencia religiosa arquetípica.

En ocasiones, los arquetipos religiosos irrumpen en forma de una «experiencia religiosa inmediata» que cambia la vida de un individuo y que puede afectar al curso de la historia. Tal fue la visión de Saulo en el camino a Damasco que le convirtió en cristiano y en el gran apóstol San Pablo. No menos impresionante fue la del místico suizo Nicolás de Flue [196]. Ciudadano rico y respetable, abondonó a su familia y sus intereses mundanos para convertirse en ermitaño de Stans. La población le pedía consejo muchas veces. Una vez tuvo una visión de la Santísima Trinidad, tan espantable y temerosa que cambió incluso su apariencia física, que se hizo también espantable. Durante largo tiempo meditó acerca de esa visión, pintándola en distintas formas, hasta que pudo asimilarla. En este punto, en 1481, los cantones suizos estaban al borde de la guerra civil, pero la Confederación se salvó gracias a la oportuna intervención del hermano Nicolás de Flue en la Dieta de Stans.

Hay que recordar, sin embargo, que la aparición de tales arquetipos no es sólo una experiencia espantable, sino también peligrosa. Los mismos arquetipos cuyas formas cristalizadas constituyen el origen de la experiencia religiosa en el individuo normal pueden manifestarse en los delirios religiosos de los esquizofrénicos.

Entre los arquetipos, el más íntimamente relacionado con la religión es el del sí mismo. Jung parece considerarlo en ocasiones como un eslabón intermedio en la experiencia religiosa de Dios, hasta el punto de llamarlo arquetipo de Dios. No obstante, él siempre afirmó que era un empírico: el que el hombre sea «religioso por naturaleza» no prueba necesariamente la verdad de la religión, como tampoco la existencia del arquetipo de Dios prueba su existencia.

La actitud evasiva de Jung fue considerada por algunos como ambigua. Este sentimiento aumentó cuando publicó *Aion* en 1951 [197]. En esta obra parece identificar a Cristo con el arquetipo del sí mismo y considerar que la humanidad como un todo está sufriendo un proceso de individuación colectiva; Cristo se manifestó en un momento predeterminado, es decir,

---

196 C. G. Jung, «Bruder Klaus», *Neue Schweizer Rundschau*, I (1933), 223-229. Traducción inglesa, «Brother Klaus», *Psychology and Religion: West and East*, IX, Collected Works, Nueva York, Pantheon Books, 1958, págs. 316-323.

197 C. G. Jung, *Aion. Untersuchungen zur Symbolgeschichte*, Zurich, Rascher, 1951. Traducción inglesa, *Aion. Researches into the Phenomenology of the Self. Collected Works*, vol. IX, parte II, Nueva York, Pantheon Books, 1959.

cuando la primavera entró en el signo zodiacal de Piscis. En 1952 apareció sin embargo su libro más discutido, *Respuesta a Job* [198]. En él vuelve al problema que le había preocupado en su juventud, el del mal. Al igual que miles de autores anteriores a él, se preguntó cómo un Dios perfectamente bueno y omnipotente podía haber permitido el mal, sobre todo los sufrimientos de los inocentes y los justos. ¿Acaso es Dios al mismo tiempo bueno y malo? Jung examina críticamente las respuestas dadas en el *Libro de Job*. Se siente indignado por la conducta de Dios, quien hizo caer a Adán en una trampa en el Paraíso, solicitó de Abraham el sacrificio de su hijo y permitió que Satanás atormentara a Job. Mas como Job tenía una concepción de la justicia más alta que el propio Dios, Éste se enfrentó con el desafío mediante la encarnación de su Hijo. El sacrificio de Cristo aparece así como una reparación que hace Dios de una injusticia que cometió con el hombre. Dios se perfeccionó mediante su unión con la Divina Sabiduría, la «sophia», el paralelo femenino del Espíritu Santo que reaparece bajo la imagen de la Virgen María. Por esa razón, Jung considera que la proclamación en 1950 del dogma de la Asunción es «el acontecimiento religioso más importante desde la Reforma».

La *Respuesta a Job* escandalizó a algunos de sus discípulos y desató animadas controversias. Algunos le dieron una interpretación psicológica, suponiendo que quería describir simplemente la evolución de la imagen que el hombre se ha formado acerca de Dios. Otros supusieron que pretendía especular sobre la metamorfosis de Dios en un estilo neo-gnóstico. El libro se podría comprender también como un grito de angustia existencial proferido por un hombre que buscaba desesperadamente la solución al mayor de todos los enigmas filosóficos, el problema del mal.

A la pregunta de si creía o no en la existencia de Dios, Jung nunca dio una respuesta directa. En ocasiones se refirió de forma enigmática al «anciano», pareciendo aludir a un ser humano colectivo al que están unidos todos los individuos mediante el inconsciente colectivo y los arquetipos [199]. Por último, hizo una declaración más directa: veía la mano de Dios en esos acontecimientos extraños, inesperados, pero llenos de significación que se imponen a todo individuo durante su vida. En una de las últimas entrevistas que concedió a un periodista, afirmó que Dios es al mismo tiempo la voz de la conciencia hablando dentro de nosotros y los inexplicables acontecimientos trascendentales: «Todo lo que he aprendido me ha llevado paso a paso a una convicción inalterable de la existencia de Dios... No es que crea en Su existencia. *Sé* que existe» [200].

[198] C. G. Jung, *Antwort auf Hiob*, Zurich, Rascher, 1952. Trad. inglesa, «Answer to Job», *Psychology and Religion: West and East, Collected Works*, XI, Nueva York, Pantheon Books, 1959, págs. 355-470.

[199] H. G. Wells, conversación con Jung descrita en una carta al *Neue Zürcher Zeitung*, 18 de noviembre de 1928, núm. 2.116, Blatt 9.

[200] Entrevista con Frederic Sands, *Daily Mail*, Londres, 29 de abril de 1955.

En cuanto al problema de la vida después de la muerte, Jung observó una discreción aún mayor. Sus opiniones sobre este tema sólo fueron divulgadas en su autobiografía. Dice en ella que, para un pensador, es tan difícil descubrir los caminos íntimos de sus meditaciones como para una dama respetable hablar de su vida erótica. ¡Cuántos pensadores han hecho quemar antes de su muerte sus manuscritos no publicados o, como Bergson, han prohibido su publicación póstuma! Él, desde luego, no pretende dar una respuesta definida; sin embargo, está seguro de que la búsqueda de una solución es característica del individuo normal. Pero ¿cómo se va a encontrar el camino en un tema tan intrincado? Jung considera varias hipótesis. Le parece improbable la idea de un mundo de espíritus dichosos privados de todo sufrimiento, habida cuenta de la unidad fundamental del universo; en el otro mundo debe haber mucha angustia y sufrimiento; será un mundo «grandioso y terrible», pero también en él, como en la tierra, habrá algún tipo de evolución. Jung no encuentra muchos argumentos en favor de la reencarnación. No obstante, nuestra vida individual no debe ser sino un eslabón de una cadena más amplia, quizá en relación con la vida de nuestros antepasados. La vida que vivimos en la tierra quizá signifique la respuesta a preguntas hechas por ellos, o realice un destino aparte de aquéllos. O acaso no sea más que la reencarnación de un arquetipo (en otras palabras, una proyección temporal de un sí mismo permanente). Jung considera probable la existencia de una comunicación entre los vivos y los muertos. Fechner enunció una vez la opinión defendida con interesantes argumentos por Frederik van Eeden[201], de que, cuando en ciertos sueños se nos aparece una persona fallecida y nos da la impresión de absoluta realidad, se produce una aparición real de dicha persona. No obstante, analizando los sueños de este tipo que había tenido en el curso de su vida, Jung nota una característica común en todos ellos: lejos de revelarnos o enseñarnos algo, los muertos nos necesitan y nos hacen preguntas. Como viven fuera del tiempo y del espacio, tienen que recurrir a la ayuda de quienes todavía participan en la vida espacio-temporal. Claro está que todo esto no es más que una suposición. El principal problema es ver si se toma en cuenta el infinito[202]. Cualquiera que haya alcanzado este estadio y logrado su individuación se ve libre del temor a la muerte; incluso se mostrará menos afectado por numerosas preocupaciones terrenas.

---

201 Frederik van Eeden, «A Study of Dreams», *Proceedings of the Society for Psychical Research*, LXVII, núm. 26 (1913), 413-461.

202 *Bist Du auf Unendliches bezogen?* Esta frase significa literalmente: ¿Estás en relación con el infinito?

Las fuentes de Carl Gustav Jung

Las fuentes más inmediatas de Jung fueron su propia personalidad, su familia y su entorno étnico. Era un hombre práctico, bien adaptado a la realidad material, pero también desplegó una aguda percepción psíquica. Este contraste se expresa tanto en su enseñanza como en su terapia. Su fondo suizo le había dado ese sentido práctico que le incitó, primero, a devolver a sus pacientes a la realidad y, después, a ayudarles a readaptarse en la mayor medida posible a su situación social y tradicional. Por otra parte, el raro don que poseía de intuición psicológica y su aptitud para los experimentos parapsicológicos explican el otro aspecto de su enseñanza terapéutica: la exploración del inconsciente colectivo y del mundo de los arquetipos.

Al ser hijo de un ministro protestante y tener varios parientes clérigos, estaba familiarizado con los problemas religiosos, y la crisis religiosa de su adolescencia marcó su huella en él para el resto de su vida. Estaba familiarizado con el pensamiento de los teólogos protestantes (ya hemos mencionado a Albrecht Ritschl y Rudolf Otto) y probablemente con el principio de la «cura de almas». Su interés por la medicina, las lenguas clásicas y la historia de la religión formaban también parte de la tradición familiar. No debe olvidarse tampoco la tradición humanística de Basilea, ciudad natal de eruditos que combinaron la erudición con la imaginación (como Bachofen, con el que Jung tiene más de un punto en común).

Al igual que todos los intelectuales de su generación, estaba familiarizado con los clásicos griegos y latinos, de modo que, cuando emprendió su viaje por el inconsciente, le pareció natural compararlo con los viajes de Ulises y Eneas por la Tierra de los Muertos. Era asimismo natural que conociera a Goethe y, al igual que Freud, citara el *Fausto* en casi todas las ocasiones. Ya hemos visto que Schiller fue una de las fuentes principales de los *Tipos psicológicos*.

Jung recibió su enseñanza psiquiátrica en una época en que la psiquiatría estaba sufriendo cambios fundamentales. Sus maestros fueron Bleuler, Janet, Binet y Flournoy. Lo que preocupaba básicamente a Bleuler era comprender al paciente y establecer una relación afectiva con él; fue el primero que en aquellos años trató de «re-psicologizar» la psiquiatría[203]. En cuanto a Pierre Janet, con el que Jung estudió durante un semestre en París, su influencia sobre él fue considerable. De él aprendió Jung el «automatismo psicológico», la personalidad dual, la fuerza y debilidad psicológica, la «función de síntesis», el *abaissement du niveau mental* y las «ideas fijas subconscientes» (que identificó posteriormente con los

[203] Ver cap. V, págs. 331-335.

«complejos» de Ziehen y las «reminiscencias traumáticas» de Freud). Aprendió asimismo la distinción de Janet entre las dos neurosis básicas: histeria y psicastenia (que él sustituyó por la distinción entre histeria extravertida y esquizofrenia introvertida). En cuanto a Binet, Jung se refiere a su libro sobre las alteraciones de la personalidad y, aunque no cita el otro de este autor sobre los dos tipos de inteligencia [204], es casi imposible que no lo conociera ni se inspirara en él para su descripción de los tipos introvertidos y extravertidos. Jung reconoció la ayuda e inspiración que había recibido de Théodore Flournoy. No habría comprendido tan bien a la joven médium de Basilea de no haber sido por la investigación de Flournoy sobre Hélène Smith. De él procede también su interés por el fenómeno de la criptomnesia.

Del psicoanálisis, Jung aceptó con entusiasmo el nuevo método de Freud de exploración del inconsciente mediante la libre asociación, la afirmación de que los sueños pueden ser interpretados y utilizados, por tanto, para la psicoterapia, y la acentuación de la influencia duradera de la infancia y de las primeras relaciones con las figuras de los padres. En realidad, sustituyó posteriormente estas tres grandes innovaciones de Freud por sus propios métodos e ideas, aunque fue de éste de quien había recibido el impulso decisivo. Por otra parte, nunca aceptó las ideas de Freud acerca del papel de la sexualidad en las neurosis, del simbolismo sexual y del complejo de Edipo.

Jung reconoció repetidas veces la importancia de Adler; admitió que en la raíz de ciertas neurosis puede encontrarse el impulso de superioridad y que la teoría de los sueños de Adler puede proporcionar pistas para la interpretación de ciertos sueños, así como que los neuróticos tienden a manipular su ambiente. Por lo demás, al igual que Adler, sentaba a sus pacientes en una silla enfrente de él. Lo que enseñaba acerca de la «edad social» del individuo y sus deberes sociales tiene mucho en común con el concepto de Adler de las «tres grandes tareas de la vida»; convirtió además la «reeducación terapéutica» en una parte de su propia psicoterapia.

Jung aceptó las teorías de Alphonse Maeder sobre la función teleológica de los sueños; las incorporó a su sistema, dando a Maeder el mérito que le correspondía [205]. Herbert Silberer había llegado también a la conclusión de que ciertas imágenes oníricas son autorrepresentaciones simbólicas del soñador, y fue el primer psicoanalista en preocuparse por el significado simbólico de la alquimia [206].

---

[204] Ver cap. VI, págs. 407-409; cap. IX, págs. 791-792.

[205] Alphonse Maeder, «Uber die Funktion des Traumes», *Jahrbuch für psychoanalytische und psychopathologische Forschungen*, IV (1912); 692-707; «Ueber das Traumproblem», V (1913), 647-686.

[206] Herbert Silberer, «Zur Symbolbildung», *Jahrbuch für psychoanalytische und psychopathologische Forschungen*, IV (1912), 607.

El «viaje al inconsciente» de Jung fue la fuente principal de la que se originó su sistema. Sabemos por su autobiografía que adquirió de este autoexperimento sus primeras nociones del *anima*, el sí mismo y la individuación, con sus símbolos correspondientes. Entonces experimentó personalmente el inconsciente colectivo y los arquetipos, que conocía por su trabajo con los enfermos y por la literatura. Los métodos que había aplicado en su autoexperimento, a saber, la imaginación activa, la amplificación de los sueños y el dibujo y pintura del inconsciente, los sistematizó después como método terapéutico para sus pacientes.

Las amplias lecturas de Jung abarcaban obras de filósofos, teólogos, místicos, orientalistas, etnólogos, novelistas y poetas. Quizás las más importantes de sus fuentes sean la filosofía romántica y la filosofía de la naturaleza. Según Leibbrand, el sistema jungiano no se puede concebir sin la filosofía de Schelling [207]. Rose Mehlich halló ciertos paralelismos entre los conceptos de alma de Fichte y algunas de las afirmaciones básicas de Jung [208]. Análogas semejanzas pueden trazarse entre la psicología de Jung y la filosofía de G. H. von Schubert [209], y lo que este último explicó en términos filosóficos, lo utilizó E. T. A. Hoffmann como fondo filosófico de su novela [210]. Al igual que Von Schubert, Hoffmann describió la coexistencia en cada individuo de un alma individual (el yo) y de otro principio psíquico relacionado con la actividad del Alma Mundial (el sí mismo). El individuo puede en ocasiones ser consciente del Alma Mundial; esas ocasiones es lo que Von Schubert llama «momentos cósmicos» y Hoffmann «estados exaltados» *(erhöhte Zustände)*. De este tipo son ciertos sueños, visiones, crisis sonámbulas y alucinaciones psicóticas.

Es costumbre designar a estos grandes filósofos del inconsciente —Carl Gustav Carus, Arthur Schopenhauer y Eduardo von Hartmann— como los predecesores de Jung. Sería conveniente, sin embargo, llamar la atención sobre otro filósofo romántico, Ignaz Paul Vital Troxler, que ha sido redescubierto recientemente después de un siglo de olvido [211]. Troxler veía el curso de la vida humana como una serie de metamorfosis psíquicas. El centro de la personalidad no es el yo en el sentido ordinario, sino lo que Troxler denomina el *Gemüt* o el *Ich selbst*, es decir, exactamente lo que Jung denomina el sí mismo. Troxler lo concibe como un fin a alcanzar en esta vida y como un punto de partida de la vida posterior a la muerte y de la comunicación con Dios. La vida de los sueños es una revelación de

---

[207] W. Leibbrand, «Schellings Bedeutung für die moderne Medizin», *Atti del XIV^e Congresso Internationale di Storia della Medicina*, vol. II, Roma, 1954.

[208] Rose Mehlich, *I. H. Fichtes Seelenlehre und ihre Beziehung zur Gegenwart*, Zurich, Rascher, 1935.

[209] Ver cap. IV, págs. 242-243.

[210] Lo ha explicado muy bien Paul Sucher, *Les Sources du merveilleux chez E. T. A. Hoffmann*, París, Alcan, 1912, págs. 132-133.

[211] Ver cap. IV, págs. 243-244.

la esencia del hombre mismo y un medio de progresión. El concepto de individuación de Jung se encuentra también en Schleiermacher [212], quien destacó la unicidad absoluta del individuo y la idea de que cada individuo está llamado a convertirse en su auto-imagen primordial, y afirmó que la verdadera libertad es el cumplimiento de esa autorrealización.

Entre los otros románticos, merece especial mención Friedrich Creuzer [213]; el propio Jung relata haber devorado sus obras con apasionado interés [214]. En las obras de Creuzer encontró una rica mina de mitos y símbolos, con sus correspondientes interpretaciones, y también una concepción específica de los mismos. No constituyen un material histórico ni literario, sino realidades específicas intermedias entre la abstracción y la vida. Existe en la mente humana una doble función simbólica; los pueblos primitivos traducen ciertas experiencias y conocimientos en mitos, y las personas dotadas son capaces de captar su significado e interpretarlos.

No se sabe si Jung conoció a los psiquíatras románticos —Reil, Heinroth, Ideler y Neumann— que hacían hincapié en la psicogénesis de la enfermedad mental, el significado simbólico de ciertos síntomas y la posibilidad de una psicoterapia de la psicosis [215]. Pero, sin lugar a dudas, conoció a Justinus Kerner y la historia de su famosa «profetisa», Friedericke Hauffe, que en ciertos aspectos sirvió como modelo para las actividades mediumnísticas de Hélène Preiswerk [216].

Aunque Jung casi nunca cita a Bachofen, es poco probable que no conociera su trabajo. Bachofen, como Creuzer, enseñaba la forma de descifrar el significado de los símbolos [217]. Explicaba que el matriarcado había sido vencido y suplantado por el patriarcado, y cómo se expresaba el recuerdo de aquél en forma simbólica. Traducido a términos psicológicos, es la tesis jungiana del individuo masculino con su alma femenina reprimida y sus símbolos del anima. En cuanto a Nietzsche, Jung lo citó libremente, y acaso tomó de él los conceptos de la sombra del Sabio Anciano.

Se discute todavía hasta qué punto contribuyeron los místicos y ocultistas al pensamiento de Jung o si fueron simples objetos de estudio para él. Los filósofos románticos que alimentaron directamente sus ideas tuvieron asimismo una larga serie de predecesores, desde los gnósticos y alquimistas hasta Paracelso, Boehme, Swedenborg, Saint-Martin, Von Baa-

212 Ver cap. IV, pág. 237.

213 Friedrich Creuzer, *Symbolik und Mythologie der alten Völker, besonders der Griechen*, Leipzig y Darmstadt, Leske, 1910, vol. I; Leipzig y Darmstadt, Heyer und Leske, 1911-1912, vols. II, III, IV.

214 C. G. Jung, *Erinnerungen, Traüme, Gedanken*, Zurich, Rascher Verlag, 1962, página 166.

215 Ver cap. IV, págs. 249-254.

216 Ver cap. II, págs. 106-109.

217 Ver cap. IV, págs. 258-264.

der y Fabre d'Olivet. Algunos de ellos fueron aclamados por Jung como los pioneros de la psicología del inconsciente.

Parece ser que Jung estaba influido asimismo por la obra del etnólogo alemán Adolf Bastian, erudito, viajero y autor prolífico, que desarrolló una teoría de los «pensamientos elementales» [218]. Bastian afirmó que la teoría de la difusión no bastaba para explicar la sucesión de los mismos ritos, mitos y pensamientos a lo largo y ancho del mundo, que únicamente podría ser explicada por una teoría de la estructura universal de la mente humana. Estas ideas llevaron a un famoso psiquíatra italiano, Tanzi, a trazar un paralelismo entre las alucinaciones y delirios de sus pacientes paranoicos y los ritos y creencias de muchos pueblos primitivos [219]. Otro etnólogo alemán, Leo Frobenius, afirmó que la humanidad había pasado por tres visiones sucesivas del mundo. La más antigua era la animalista, en la cual los hombres adoraban a los animales. Con la agricultura llegó otra nueva visión, centrada en el problema de la muerte y el culto a los muertos. A continuación vino la «época del Dios-Sol», dominada por el culto del Sol. Los hombres creían que las almas de los muertos seguían al Sol en el mundo subterráneo, y esta creencia dio lugar a innumerables relatos de héroes míticos que eran tragados por un monstruo y viajaban a través de su interior antes de emerger y comenzar una nueva vida [220]. Jung reconoció este mito básico en las fantasías subconscientes de la señorita Miller, y durante algún tiempo tanto él como sus alumnos lo hallaron en pacientes del Burghölzli [221]. Podemos preguntarnos hasta qué punto inspiró ciertas características del propio «viaje a través del inconsciente» de Jung. La obra de Albrecht Dieterich *Madre Tierra* [222] parece haber inspirado asimismo parcialmente los conceptos de la *magna mater* y su simbolismo en Jung.

Es difícil valorar hasta qué punto la literatura asiática sirvió como fuente o estímulo para el pensamiento jungiano. Es probable que el efecto de las conversaciones con Richard Wilhelm o Heinrich Zimmer, por ejemplo, fuera más decisivo que las más amplias lecturas.

Ya hemos mencionado el estímulo que recibió Jung de novelas como *Imago* de Spitteler, *Tartarín en los Alpes* de Alphonse Daudet, *Ella* de Rider Haggard y *La Atlántida* de Pierre Benoit. Otro novelista, Léon

---

218 Adolf Bastian, *Ethnische Elementargedanken in der Lehre vom Menschen*, Berlín, 1895.

219 Eugenio Tanzi, «Il Folk-Lore nella Patologia Mentale», *Rivista di Filosofia Scientifica*, IX (1890), 385-419.

220 Leo Frobenius, *Das Zeitalter des Sonnengottes*, Berlín, George Reiner, 1904.

221 Jan Nelken, «Analytische Beobachtungen über Phantasien eines Schizophrenen», *Jahrbuch für psychoanalytische und psychopathologische Forschungen*, IV (1912), 504-562.

222 Albrecht Dieterich, *Mutter Erde. Ein Versuch über Volksreligion*, Leipzig, 1905.

Daudet, enunció ideas que muestran grandes paralelismos con las teorías psicológicas de Jung [223].

Léon Daudet afirma que el impulso principal del hombre es su tendencia a realizarse en contra de las influencias hereditarias nocivas y a adquirir así una libertad interior. La personalidad humana, dice, consta de dos entidades, el yo y el sí mismo (el *moi* y el *soi*) y el drama vital de cada hombre es la lucha entre ambos. El yo no consta únicamente de la personalidad consciente con sus percepciones, recuerdos, modas e inspiraciones vagas, sino también de una personalidad inconsciente con un «instinto generacional», automatismos psíquicos y restos esparcidos de influencias hereditarias. El sí mismo, por otra parte, es la esencia de la personalidad humana, un ser verdadero, original y nuevo. Los impulsos creadores, las decisiones importantes, los actos de razón y de fe surgen de él.

Cuando predomina el yo, la personalidad pierde su unidad y da lugar a una serie de «personajes» conflictivos que no son otra cosa que los vestigios de nuestros antepasados. En ocasiones, la personalidad puede ser destrozada por la aparición súbita de uno o varios (antecesores) que toman posesión del individuo, bien bajo la influencia de una circunstancia exterior o de forma espontánea mediante una especie de auto-fertilización. Al principio el individuo puede experimentarlo como una influencia provechosa, pero con el tiempo se convierte en un inconveniente para él. A este individuo «dominado por los antecesores» lo denomina Daudet *hérédo;* es inquieto, impulsivo y caprichoso. El hombre que está dominado por el sí mismo es sereno, bien equilibrado y muestra perspicacia y valor moral. Es la verdadera posesión del sí mismo lo que permite ser un héroe o un genio creador. Por tanto, el fin principal de la vida humana es vencer al yo con sus impulsos ancestrales incontrolados y descubrir y actualizar el sí mismo. Esto sería objeto de una nueva ciencia a la que Daudet denomina «metapsicología».

Algunas personas viven sus vidas ignorando el sí mismo, descubriéndolo muy tarde o únicamente en el momento de la muerte. Pero existen momentos propicios en la vida para su aparición; a saber, entre los siete años y la pubertad, posteriormente en un momento fugaz alrededor de los veinte años y sobre todo entre los treinta y cinco y los cuarenta años, cuando el individuo se enfrenta a la alternativa de seguir siendo un *hérédo* por el resto de su vida o de conseguir su sí mismo. Daudet considera que la longevidad depende de la «tonificación metódica» del sí mismo. El éxito de una relación matrimonial está ligado al modo como los dos esposos hayan obtenido su sí mismo. El sí mismo es la parte eminentemente social de la personalidad, mientras que la denominación por el yo es fuente de alteraciones en las relaciones humanas.

Daudet llama «imaginación» a una función del sí mismo mediante la cual el hombre se hace consciente de sus «heredismos», con lo cual puede desechar los nocivos y retener como modelos las imágenes de sus antepasados sabios. La enfermedad mental, añade, es consecuencia de cataclismos en cuya virtud ciertos antecesores toman posesión de un individuo. Así, «el hombre vive y muere por sus imágenes», y Daudet concluye que su «metapsicología» podría encontrar aplicaciones inesperadas.

Al leer *L'Hérédo* y su continuación, *El mundo de las imágenes* [224], se tiene la sensación de leer el resumen de un sistema completo de psiquiatría

223 Léon Daudet, *L'Hérédo, essai sur le drame intérieur,* París, Nouvelle Librairie Nationale, 1917.

224 Léon Daudet, *Le Monde des images. Suite de «L'Hérédo»,* París, Nouvelle Librairie Nationale, 1919.

dinámica al que únicamente falta la comprobación en un trabajo psicoterapéutico. No se sabe hasta qué punto inspiró a Jung, aunque hay seguridad de que lo leyó, ya que se refirió a *L'hérédo* en una ocasión cuando menos [225].

La influencia de Carl Gustav Jung

Jung ejerció su influencia por mediación de su personalidad, su doctrina, sus discípulos, sus primeros pacientes y su escuela. Al principio estuvo limitada a la psiquiatría y la psicoterapia, pero desde 1920 se extendió a la religión y a la historia de la cultura. Posteriormente atrajo también la atención de sociólogos, economistas y estudiantes de ciencias políticas.

El nombre de Jung se dio a conocer primero por sus investigaciones con el test de asociación de palabras, método ya existente, que convirtió en la primera prueba proyectiva [226]. Pasó a formar parte de la rutina diaria en los hospitales mentales suizos, y sirvió también como incentivo para el test de Rorschach, entre otros. Aunque fallaron los designios de utilizar la prueba con fines de policía judicial, otros científicos investigaron en esta dirección, que culminó en la invención del detector de mentiras.

Luego aparecieron los estudios de Jung sobre la esquizofrenia, que seguían la línea de los esfuerzos de Bleuler por comprender a estos pacientes y establecer una comunicación con ellos. Hemos visto cómo Jung encontró primero «complejos» y después «arquetipos» en la raíz de los síntomas esquizofrénicos. Dio un gran impulso a la psicoterapia de la esquizofrenia, y se anticipó a la investigación de los analistas existenciales contemporáneos en sus intentos de comprender y hacer inteligible la experiencia subjetiva de estos pacientes. Diversos psiquíatras jungianos y no jungianos han destacado la semejanza de los mitos universales con las experiencias esquizofrénicas subjetivas [227].

Las contribuciones de C. G. Jung al psicoanálisis han sido debidamente reconocidas por los freudianos [228]. Introdujo los términos «complejo» e «imago», y fue el promotor del análisis de entrenamiento. Según él, fue quien llamó la atención de Freud sobre las *Memoirs* de Schreber. La crítica que hizo a la interpretación freudiana de este caso llevó a Freud

---

225 C. G. Jung, *The Interpretation of Visions*, XI (seminarios no publicados), invierno de 1934, pág. 25.

226 Ver Bruno Klopfer *et al.*, «C. G. Jung and Projective Techniques», número especial del *Journal of Projective Techniques*, XIX, núm. 3 (1955), 225-270.

227 Ver, por ejemplo, John Weir Perry, *The Self in Psychotic Processes, Its Symbolization in Schizophrenia*, University of California Press, 1953; John Custance, *Weisheit und Wahn*, Zurich, Rascher, 1954; John Staehelin, «Mythos und Psychose», *Schweizer Archiv für Neurologie und Psychiatrie*, LXVIII (1951), 408-414.

228 Sheldon T. Selesnick, «C. G. Jung's Contributions to Psychoanalysis», *American Journal of Psychiatry*, CXX (1963), 350-356.

a revisar su teoría de la libido y a introducir el concepto de narcisismo. La preocupación de Jung por los mitos y sus *Metamorfosis y símbolos de la libido* estimularon a Freud a escribir su *Totem y tabú*. Los analistas infantiles adoptaron asimismo las técnicas de terapia jungiana mediante el dibujo y la pintura. Recientemente, una serie de analistas han enunciado discretamente ideas que ofrecen ciertas semejanzas con las enseñanzas de Jung. Erikson, por ejemplo, describe el desarrollo del individuo en ocho etapas: las cinco primeras son análogas a los estadios de desarrollo libidinoso de Freud, mientras que las tres restantes parecen inspirarse en el concepto de individuación de Jung [229].

El método jungiano de imaginación activa inspiró la terapia de ensueños de Desoille [230]. Desoille hace que el paciente se tumbe en un diván e imagine que sube por el aire hasta llegar al cielo; debe contar al terapeuta todas las imágenes que se le presentan, lo que permite a éste explorar su inconsciente.

Numerosos terapeutas adoptaron el método de pintura inconsciente de Jung en diversas formas; los psicoanalistas lo utilizaron también en la psicoterapia de niños y psicóticos. Uno de los discípulos de Jung, Hans Trüb, pensaba que el único factor curador de la psicoterapia era el encuentro entre el terapeuta y el paciente [231]. En el desarrollo de esta teoría se separó de Jung, con el que permaneció en un fiel antagonismo, según dijo él mismo. El tratamiento jungiano de las enfermedades mentales ha sido sistematizado por H. K. Fierz [232]. Jung tocó ligeramente el tema de la medicina psicosomática hacia 1909, y C. A. Meier ha desarrollado luego un enfoque jungiano [233]. Hans Illing [234] ha introducido asimismo una variación de la terapia de grupo basada en los principios de Jung.

Podemos mencionar también que los Alcohólicos Anónimos le deben indirectamente su origen.

Esta historia poco conocida ha sido aclarada por la publicación reciente de un intercambio de cartas entre uno de los fundadores de A. A. y Jung [235]. Hacia 1931, un paciente alcohólico estadounidense, Roland H., acudió a C. G. Jung, quien le aplicó psicoterapia durante aproximadamente un año. Aquél, sin embargo, recayó

---

229 Erik Erikson, *Childhood and Society*, Nueva York, W. W. Norton, 1950, páginas 219-234.

230 Robert Desoille, *Exploration de l'affectivité subconsciente par la méthode du rêve éveillé*, París, D'Artrey, 1938.

231 Hans Trüb, *Heilung aus der Begegnung*, Stuttgart, Klett, 1951.

232 H. K. Fierz, *Klinik und Analytische Psychologie*, Zurich, Rascher, 1963.

233 C. A. Meier, «Psychosomatik in Jungscher Sicht», *Psyche*, XV (1962), 625-638.

234 Hans A. Illing, *International Journal of Group Therapy*, VII (1957), 392-397; «C. G. Jung on the Present Trends in Group Psychotherapy», *Human Relations*, X (1957), 77-83.

235 Bill W.-Carl Jung Letters, *A. A. Grapevine. The International Monthly Journal of Alcoholics Anonymous*, XIX, núm. 8 (enero de 1963), 2-7. (El autor agradece a la señora Paula Carpenter que le enviara una copia de este número).

poco después. Volvió a Jung, el cual le dijo francamente que no había esperanzas con ningún tratamiento médico o psiquiátrico. Roland H. preguntó si había alguna esperanza de otro tipo, a lo que Jung replicó que podría haberla si lograba tener una experiencia espiritual o religiosa que le motivara nuevamente. Roland H. se unió al Grupo de Oxford, en cuyo seno sufrió una experiencia de conversión, se vio liberado de su impulso a beber y se dedicó a ayudar a otros alcohólicos. Uno de ellos, Eddy, siguió su ejemplo y se unió al mismo Grupo. Eddy, a su vez, visitó en noviembre de 1934 a su amigo Bill, cuyo caso no tenía remedio, y le habló de su experiencia. Bill tuvo posteriormente una experiencia religiosa y una visión de una sociedad de alcohólicos que transmitían su experiencia de unos a otros. Ambos fundaron entonces la Sociedad de Alcohólicos Anónimos, cuyo desarrollo posterior es de todos conocido [236].

Los investigadores de la caracterología han criticado la tipología de Jung con su distinción entre extraversión e introversión y las cuatro funciones psicológicas. No obstante, Eysenck adoptó la dicotomía extraversión-introversión como una de sus dimensiones de personalidad [237]. Plattner, consejero matrimonial suizo, afirma que la mayoría de los individuos tienden a elegir como compañera a una persona que pertenezca al tipo y función opuestas a la suya propia; por ejemplo, un racionalista extravertido elegirá un afectivo introvertido, y de aquí la existencia de ciertos tipos de matrimonio, cada uno con sus propias dificultades y posibilidades de conflicto [238]. El historiador Toynbee halló que las grandes religiones mundiales se podían clasificar según los tipos psicológicos de Jung [239]. En términos generales, los conceptos de extraversión e introversión de Jung gozaron de tal popularidad que han pasado al lenguaje coloquial (aunque no siempre se emplean de acuerdo con su significado original). La idea básica de Jung se reconoce a veces bajo el ropaje de una terminología distinta. De este tipo es la distinción que hace David Riesman entre personas dirigidas a sí mismas y personas dirigidas a otros [240].

Una de las características principales de la psicología de Jung es su intensa preocupación por los símbolos, los mitos y los arquetipos. Al principio se trató de aplicar la psicología profunda al estudio de los mitos. En un segundo período, Jung utilizó éstos para comprender los fenómenos psicológicos, aplicando su método de amplificación, el cual requiere un conocimiento completo de la mitología y los múltiples significados posibles de los símbolos por parte del terapeuta. Por ejemplo, para un analista freudiano, la serpiente no es más que un símbolo fálico; para un

236 Ver «Bill's Story», en *Alcoholics Anonymous*, Nueva York, Works Publishing, 1939, 10-26.

237 H. J. Eysenck, *Dimensions of Personality*, Londres, Routledge and Kegan Paul, 1947, págs. 10-14.

238 P. Plattner, *Glücklichere Ehen*, Berna, Hans Huber, 1950.

239 Arnold J. Toynbee, *A Study of History*, VII, Londres, Oxford University Press, 1954, págs. 722-736; X, 1954, págs. 225-226.

240 David Riesman, *The Lonely Crowd*, New Haven, Yale University Press, 1950.

jungiano puede ser esto, pero también tener otros diez significados. En un tercer período, los mitólogos por un lado y los psicólogos jungianos por otro realizaron estudios comparados de los mismos mitos. Es prototípico de este tipo de estudios el libro publicado conjuntamente por Karl Kerényi, estudiante húngaro de mitología residente en Zurich, y C. G. Jung [241]. El mito del niño divino y de la virgen divina es analizado por ambos en función de sus disciplinas particulares. En las conferencias anuales de Eranos en Ascona se presentaron otros estudios comparados, que posteriormente se han publicado en los *Anuarios (Jahrbücher).*

El concepto de inconsciente colectivo se ha aplicado a la psicología de las ideas filosóficas y de los descubrimientos científicos. El propio Jung interpretó así el descubrimiento de la ley de conservación de la energía por Robert Mayer. El físico Pauli dio una interpretación bastante semejante de los descubrimientos de Kepler [242]. Refiriéndose a la idea de Anaximandro de la materia primordial de un universo ilimitado sin principio ni fin, F. M. Cornford subraya que dicha idea no podía haber surgido de la observación o de una hipótesis científica [243]. Surgió, pues, «de un nivel tan profundo de la mente inconsciente que no lo reconocemos como parte de nosotros mismos», es decir, del inconsciente colectivo de Jung. Esto explicaría la semejanza del concepto de Anaximandro con la imagen primitiva del mapa polinesio. De hecho, Cornford supone que el «desarrollo de la filosofía y la ciencia consiste fundamentalmente en la diferenciación, por efecto de la crítica intelectual consciente, de las imágenes primordiales que previamente han dado lugar, mediante un proceso diferente, a todas las formas de representación religiosa». En esa perspectiva, tanto la filosofía como la ciencia y la mitología derivan, por canales diferentes, del inconsciente colectivo.

Los conceptos de Jung sobre la función natural de la religión y la existencia de los arquetipos religiosos en el hombre provocaron vivas discusiones en los círculos religiosos. Algunos teólogos creyeron haber encontrado en él un aliado contra el ateísmo; otros censuraron su psicologismo. Decían que, mientras que Freud era abiertamente ateo y consideraba la religión como una ilusión y el resultado de una creencia inspirada por el deseo, Jung veía en la religión la proyección de arquetipos religiosos, de los que no se sabe a qué realidad trascendental corresponden. El teólogo Frischknecht, de Basilea, designó el sistema de Jung como una

---

241 C. G. Jung y Karl Kerényi, *Eine Einführung in das Wesen der Mythologie,* Zurich, Rascher, 1941.

242 W. Pauli, «Der Einfluss archetypischer Vorstellungen auf die Bildung naturwissenschaftlicher Theorien bei Kepler», en C. G. Jung y W. Pauli, *Naturerklärung und Psyche,* Zurich, Rascher, 1952.

243 F. M. Cornford, *The Unwritten Philosophy,* Cambridge, Cambridge University Press, 1950, págs. 10-13.

variedad de ateísmo «amable y comprensiva» [244]. Otro teólogo, Hans Schär, de Berna, afirmó que ninguna persona preocupada por la religión puede en la actualidad dejar de estudiar la obra de Jung [245]. Basándose en sus conceptos, Hans Schär escribió su tratado de 700 páginas sobre la psicología de la religión [246].

Otro teólogo, Rochedieu, desarrollando la idea de Jung de que el hombre es religioso por naturaleza, afirmó que, aunque la mayoría de los terapeutas lo desconocen, la transferencia es en parte una manifestación religiosa [247]. Otro teólogo famoso, Paul Tillich, expuso que la doctrina de los arquetipos de Jung resulta de gran ayuda para la teología protestante, especialmente en lo que concierne a la teoría de los símbolos religiosos [248]. Las ideas de Jung despertaron también mucho interés entre los teólogos católicos [249]. Al menos tres de éstos escribieron un amplio estudio: el padre White [250], el padre Hostie [251] y el padre Goldbrunner [252]. Entre los teólogos ortodoxos rusos, el profesor Evdokimov utilizó los conceptos de los arquetipos y del *anima* y el *animus* en un estudio antropológico filosófico de la mujer [253].

En su libro de texto sobre psicología colectiva, Reiwald dedicó un capítulo a Jung, en el que destacó la gran importancia de sus conceptos para la comprensión de la psicosis de masas [254]. Jung resaltó la «inflación psíquica» del individuo dentro de una multitud. Mientras que para Freud la masa se identifica con el dirigente, Jung (al igual que Janet) subraya que el dirigente depende a su vez de la masa. Explica así la psicosis de masas como la reaparición súbita de arquetipos latentes dentro de una colectividad.

---

244 Max Frischknecht, «Die Religion in der Psychologie C. G. Jungs», *Religiöse Gegenwartsfragen*, cuad. 12, Berna, Haupt, 1945.

245 Hans Schär, *Religion und Seele in der Psychologie C. G. Jungs*, Zurich, Rascher, 1946.

246 Hans Schär, *Erlösungsvorstellungen und ihre psychologischen Aspekte*, Zurich, Rascher, 1950.

247 Edmond Rochedieu, «Le Transfert et le sentiment religieux», *Acta Psychotherapeutica, Psychosomatica et Orthopaedagogica*, III, suplemento (1956), 592-595.

248 Paul Tillich, en *Carl Gustav Jung, 1875-1961. A Memorial Meeting*, The Analytical Psychology Club of New York, 1962, págs. 28-32.

249 Aquí resulta apropiado un recuerdo personal: en un viaje a Inglaterra, después de la Segunda Guerra Mundial, el autor visitó un monasterio benedictino; tan pronto como el abad supo de la presencia de un psiquíatra suizo, le llamó y le preguntó con gran interés por C. G. Jung.

250 Victor White, *God and the Unconscious*, con un prólogo de C. G. Jung, Londres, Harville Press, 1952.

251 Father Hostie, *C. G. Jung und Die Religion*, Freiburg, Karl Alber, 1957.

252 Josef Goldbrunner, *Individuation. Die Tiefenpsychologie von Carl Gustav Jung*, Krailling vor Munich, Erich Wewel, 1949.

253 Paul Evdokimov, *La Femme et le salut du monde, Étude d'anthropologie chrétienne, Tournay*, Casterman, 1958.

254 Paul Reiwald, *Vom Geist der Massen. Handbuch der Massenpsychologie*, Zurich, Pan-Verlag, 1946, págs. 213-236.

Entre los discípulos más próximos de Jung se encuentra el economista suizo Eugen Böhler [255], quien dirigió la atención de los círculos comerciales hacia la psicología jungiana y trató, en numerosas publicaciones, de aplicar los conceptos de éste relativos a la ciencia económica [256], en especial el de los mitos en relación con la psicología de las masas [257].

La vida económica, según Böhler, está menos dominada por fines nacionales que por impulsos colectivos originados en la fantasía y el mito. O, de forma más precisa, mientras que la producción es el resultado de un proceso racional, el consumo depende de un impulso irracional semejante al erótico. La fantasía es el verdadero incentivo del progreso económico: el progreso de la ciencia y de la técnica ha dado lugar a un enorme desarrollo de la parte asignada a la fantasía en la vida humana. La literatura, el arte, los periódicos, el cine, la radio, la televisión son «fábricas de sueños», al igual que los modernos hoteles y el negocio turístico: «La economía moderna tiene tanto de fábrica de sueños como Hollywood». Su fundamento lo componen en una pequeña proporción las necesidades reales, estando basada en su mayor parte en la fantasía y el mito. De aquí el importante papel que desempeñan en la economía moderna las empresas publicitarias. La propia ciencia se ve ahora rodeada de un halo mítico. Al tiempo que satisface la imaginación humana, la ciencia crea también nuevas necesidades entre los consumidores, así como los medios de satisfacerlas. La moda significa para la mujer «una liberación dionisíaca de la racionalidad» y la exaltación de su personalidad. Y es la imposibilidad de predecirla la que le confiere ese aire misterioso de oráculo que debe ser sondeado. La Bolsa de Valores tiene también una función mítica; no es el «cerebro», sino el «corazón» de la vida económica, que compensa las presiones sufridas por el *homo economicus* en su tendencia implacable hacia la organización racional, el orden, la economía, la exactitud de la teneduría, el cálculo y la confección de los balances. La Bolsa de Valores es la única ventana por la cual pueden entrar los ensueños en la vida de ese hombre. Al mismo tiempo, en ella se proyectan y convergen las creencias, esperanzas y deseos de numerosos hombres. Lejos de regir la vida económica, se encuentra a merced de la marea de las fantasías colectivas; las depresiones surgen cuando el mito económico se pierde bruscamente. Böhler extendió su crítica a otros mitos económicos, pasados o presentes, como el libre comercio, el Grossraum, etc.

La aplicación de los conceptos jungianos a la filosofía política fue inaugurada en 1931 por Schindler con su estudio sobre el Derecho constitucional y la estructura social [258]. Hans Fehr aplicó en 1954 el concepto de los arquetipos a la filosofía del derecho [259]. Posteriormente, Hans Marti

---

255 Eugen Böhler, «Die Grundgedanken der Psychologie von C. G. Jung», *Industrielle Organisation*, XXIX (1960), 182-191.

256 Un buen resumen de las ideas de Böhler puede verse en Karl Schmid, «Über die wichtigsten psychologischen Ideen Eugen Böhler's, en *Kultur und Wirtschaft. Festschrift zum 70, Geburtstag von Eugen Böhler*, Zurich, Polygraphischer Verlag, s. f., págs. 79-86.

257 Eugen Böhler, «Der Mythus in der Wirtschaft», *Industrielle Organisation*, XXXI (1962), 129-136.

258 Dietrich Schindler, *Verfassungsrecht und Soziale Struktur*, Zurich, Schulthess, 1931.

259 Hans Fehr, «Primitives und germanisches Recht. Zur Lehre vom Archetypus», *Archiv für Rechts-und Sozialphilosophie*, vol. XLI, 1954-1955.

propuso una interpretación jungiana de la Constitución suiza [260]. Los intentos más serios en esta dirección fueron, sin embargo, los de Erich Fechner en 1956 [261] y Max Imboden en 1959 [262].

En una revisión crítica de todas las posibles teorías sobre el origen de la noción de ley (teorías biológicas, económicas, políticas, sociológicas, fisiológicas y teológicas), Erich Fechner llega a proponer una teoría psicológica basada en los conceptos jungianos de los arquetipos. El instinto social, según él, no puede explicar el origen de una comunidad jurídica ni el del Estado. El mandamiento: «No matarás» o la institución de la monogamia, por ejemplo, debieron ser representaciones inconscientes mucho antes de convertirse en instituciones jurídicas y, por tanto, imágenes primordiales o arquetipos.

Max Imboden afirma que la estructura del Estado es un reflejo de la realidad psíquica. Las tres formas clásicas de Estado: monarquía, aristocracia y democracia, corresponden a distintos niveles de desarrollo de la conciencia colectiva. La monarquía (o autocracia) es el Estado en el cual un individuo asume el yo potencial y actualiza los contenidos inconscientes de todos los demás. El dominador y los dominados están fuertemente unidos entre sí por un fenómeno de transferencia, que entorpece el desarrollo de los individuos. La aristocracia, que es el dominio por un grupo de hombres escogidos, permite una cierta evolución a los individuos dominados. Pero implica una compleja red de relaciones entre la élite y la masa. Dependiendo de que el lazo de unión sea más bien una transferencia inconsciente o un mandato consciente, existe una gran variedad de tales sistemas. La democracia sería la forma de Estado en que todos los ciudadanos, o al menos la mayor parte de ellos, han alcanzado un grado suficiente de individuación, de modo que son claramente conscientes de su relación mutua y están capacitados, por tanto, para crear una auténtica comunidad. Refiriéndose a la teoría de Montesquieu de los tres poderes (legislativo, ejecutivo y judicial), Imboden señala ciertas analogías con el dogma de la Trinidad, del que piensa que aquélla surgió en realidad en virtud de un aumento de la conciencia colectiva al iniciarse la Edad Contemporánea.

Es el sino de todos los innovadores no poder predecir el desarrollo de su obra, que no depende tanto de su valor intrínseco cuanto de factores materiales, de circunstancias históricas y de las fluctuaciones de la mente colectiva.

Existe una semejanza básica entre el sistema de Freud y el de Jung, los dos derivados de una «enfermedad creadora» canalizada por un método psicoterapéutico. Ambos ofrecen la posibilidad de realizar un viaje a través del inconsciente, en forma de un análisis de entrenamiento o terapéutico. Pero el viaje es muy distinto en uno y en otro. Quienes llevan a cabo un análisis freudiano pronto desarrollan una intensa neurosis de transferencia, tienen sueños freudianos y descubren su complejo de Edipo, su sexualidad infantil y la angustia de la castración. Los que se deciden

260 Hans Marti, *Urbild und Verfassung*, Berna, 1958.

261 Erich Fechner, *Rechtsphilosophie. Soziologie und Metaphysik des Rechts*, Tubingen, J. C. B. Mohr, 1956.

262 Max Imboden, *Die Staatsformen. Versuch einer psychologischen Deutung staatsrechtlicher Dogmen*, Basilea y Stuttgart, Helving und Lichtenhahn, 1959.

por un análisis jungiano tienen sueños jungianos, se enfrentan con su sombra, su *anima*, sus arquetipos, y buscan su individuación. Un psicoanalista freudiano que fuera sometido a un análisis jungiano se sentiría tan desorientado como Mefistófeles en la segunda parte de *Fausto*, cuando llega a la noche de Walpurgis clásica y descubre con asombro que «existe otro Infierno con sus propias leyes». (En realidad, el contraste entre el inconsciente freudiano y el jungiano se podría ilustrar de forma muy adecuada con las diferencias existentes entre la noche de Walpurgis del Blocksberg, con sus demonios y brujas, y la noche de Walpurgis clásica, con sus figuras mitológicas).

Por esto mismo es por lo que muchas personas reaccionan ante Freud y Jung más de acuerdo con sus tendencias personales que con un estudio objetivo de los hechos. Algunos creen que Freud permanece en el sólido terreno de los hechos científicos, mientras que Jung está perdido en un brumoso misticismo. Otros piensan que aquél priva al alma humana de su aura de misterio [263] y que éste salva sus valores espirituales. ¿No eligió el propio Freud (dirán) como epígrafe de su *Interpretación de los sueños* el verso de Virgilio:

Flectere si nequeo Superos, Acheronta movebo
(Si no puedo mover a los del Cielo, reuniré a los del Infierno)?

En contraste, el tema de Jung podría ser otro verso de Virgilio [264]:

Carmina vel coelo possunt deducere lunam
(Los cantos pueden hacer que hasta la Luna baje del cielo)

De este modo, las mismas personas que ven en Freud al mago que redujo al hombre a sus instintos diabólicos, probablemente vean a Jung como el brujo que dominó la Luna.

Es de suponer que con el paso del tiempo la obra de Jung sufra ciertas transformaciones. Existe una razón general para ello: el destino de toda ideología es que cada generación sucesiva tienda a verla en una nueva perspectiva. En el caso de Jung hay algo más. En la actualidad, su obra se conoce sobre todo por sus libros, artículos y ensayos publicados en vida y reunidos en su *Obras Completas*. Cuando se disponga en letra impresa de sus seminarios escritos a máquina, su personalidad y su obra se mostrarán en una nueva perspectiva, y más aún cuando se publiquen

---

263 Estos sentimientos están bien expresados en una carta de Carl Buckhardt a Hofmannsthal. Ver Hugo von Hofmannsthal-Carl Burckhardt, *Briefwechsel*, Frankfurt am Main, S. Fischer, 1957, págs. 161-163.

264 Virgilio, égloga VIII.

sus cartas. No podemos excluir que incluso el *Libro Rojo* y el *Libro Negro* aparezcan algún día y le muestren bajo otro aspecto insospechado. No sólo la vida del hombre, sino también su imagen y su influencia póstuma pueden sufrir una sucesión imprevisible de metamorfosis.

X

APARICIÒN Y ASCENSO DE LA NUEVA PSIQUIATRÍA DINÁMICA

Una de las dificultades con que nos enfrentamos al escribir historia es la de que siempre tendemos a exponer los acontecimientos pretéritos según el significado que han adquirido en nuestra época. Pero los hombres del pasado los vivieron en su propia perspectiva. Prestaron mucha atención a hechos que en la actualidad están olvidados o se consideran insignificantes, y se afanaron en vehementes controversias acerca de temas difícilmente inteligibles hoy día, mientras que numerosos aspectos que nos parecen cruciales atrajeron en el momento de ocurrir muy poca atención. Los historiadores tienen la doble tarea de describir los acontecimientos en su perspectiva del pasado y centrar la atención sobre aquellos que se consideran cruciales en la actualidad.

Por eso, después de describir el entorno social, político, cultural y médico de la nueva psiquiatría dinámica y de tratar de resumir las doctrinas de sus cuatro grandes representantes, Janet, Freud, Adler y Jung, tenemos todavía que esbozar la compleja interrelación de estos grandes sistemas entre sí y con otros menores, así como con el entorno general de los acontecimientos de su tiempo. Tomaremos como punto de partida el memorable informe de Charcot sobre la hipnosis, de febrero de 1882, que abrió la nueva era, y terminaremos a finales de la Segunda Guerra Mundial, porque después de esa fecha carecemos de la perspectiva suficiente para obtener una nueva visión sintética.

RIVALIDAD ENTRE LAS ESCUELAS DE LA SALPÊTRIÈRE Y DE NANCY: 1882-1893

En los once años comprendidos entre 1882 y 1893 se produjo la resurrección del magnetismo animal en una forma modificada, bajo el nombre de hipnosis y sugestión. Dos centros docentes dieron la aprobación cien-

tífica a tales prácticas: el de la Salpêtrière, centrado en Charcot, y el de Nancy, centrado en Bernheim. La obra de estas dos escuelas, y su rivalidad, dominaban la escena. Pueden distinguirse en esos once años tres subperíodos.

Nacimiento y desarrollo de las escuelas de la Salpêtrière y de Nancy: 1882-1885

El 13 de febrero de 1882, el famoso neurólogo Jean-Martin Charcot subió a la tribuna de la Academia de Ciencias de París para leer un informe «Sobre los diversos estados nerviosos determinados por hipnotización en los histéricos» [1]. En él se pretendía dar una imagen objetiva de los estados hipnóticos en términos puramente neurológicos. En su forma más completa, como se puede observar en las mujeres histéricas, Charcot decía de ellos lo siguiente:

> El hipnotismo comprende tres estados que se pueden suceder entre sí en cualquier orden, o existir independientemente unos de otros. En el *estado cataléptico*, el paciente mantiene los brazos en la posición que le hayan sido colocados, los reflejos tendinosos están abolidos o son muy débiles, hay largas pausas respiratorias, y se pueden provocar diversos impulsos automáticos. En el *estado letárgico*, los músculos están fláccidos, la respiración es rápida y profunda, los reflejos tendinosos están muy exaltados y el paciente muestra «hiperexcitabilidad neuromuscular», es decir, una capacidad de los músculos para contraerse fuertemente cuando se toca el tendón, el músculo o el nervio correspondiente. En el *estado sonámbulo*, los reflejos tendinosos son normales, no hay excitabilidad neuromuscular, aunque cierta estimulación ligera produce un estado de rigidez en el miembro; suele producirse una «exaltación de ciertas variedades poco conocidas de sensibilidad cutánea, sentido muscular y ciertos sentidos especiales», y por lo general al paciente le resulta fácil realizar, a petición, los actos automáticos más complicados. Puede hacérsele pasar del estado cataléptico al letárgico, y de éste al sonámbulo mediante una suave fricción del vértice. La presión sobre los globos oculares le hace pasar del sonambulismo al letargo.

En visión retrospectiva podría pensarse que este informe de Charcot desencadenó una revolución súbita. «Fue un *tour de force* —según Janet— lograr que la Academia de las Ciencias reconociera el hipnotismo, que en el siglo pasado había condenado tres veces bajo el nombre de magnetismo [2]. En realidad, las personalidades médicas de aquella época no se preocupaban mucho de la historia. Es poco probable que la Academia de Ciencias contara con muchos miembros que hubieran leído las obras de los primeros magnetizadores, o que alguno de ellos (incluido el propio

1 J.-M. Charcot, «Sur les divers états nerveux déterminés par l'hypnotisation chez les hystériques», *Comptes-Rendus hebdomadaires des séances de l'Académie des Sciences*, XCIV (1882), I, 403-405.

2 Pierre Janet, *Les Médications psychologiques*, I, París, Alcan, 1919, pág. 155.

Charcot) sospechara que se estaba reviviendo algo preexistente. Más bien compartían la ilusión, que no ha desaparecido en absoluto en la actualidad, de que todo lo que sacaban a la luz era nuevo.

Resulta una exageración decir que en aquella época el hipnotismo estaba considerado como una simple charlatanería. Cada vez era mayor el número de médicos que trabajaban con él, solos o en pequeñas sociedades, aunque el tema seguía siendo considerado oscuro y sujeto a controversias. Resulta difícil creer que la autoridad de Charcot hubiera sido suficiente para hacer revivir el hipnotismo si no existiera ya un campo «abonado» para ello: el proporcionado por los hipnotizadores de teatro [3]. Hansen (en Alemania y Austria) y Donato (en Bélgica, Francia, Suiza e Italia) recorrían una ciudad tras otra con sus sesiones hipnóticas teatrales, que atraían grandes multitudes y no raras veces dejaban regueros de epidemias psíquicas. A ellas asistían numerosos neurólogos y psiquíatras, algunos de los cuales llegaron a la conclusión de que «debe haber algo en todo esto». El filósofo Charles Richet fue uno de los primeros que se atrevieron a experimentar en este campo aparentemente nuevo y a publicar los resultados en una revista científica [4]. Quizá estimulara esto a Charcot a realizar sus propios experimentos, y el progreso de sus investigaciones animara a otros hombres a utilizar la hipnosis.

Con anterioridad al informe de Charcot, el neurólogo Heidenhain, de Breslau, se había visto impresionado por las realizaciones de Hansen, había adoptado el método y publicado un libro sobre hipnosis en 1880 [5]. En Austria, Moritz Benedikt lo había ensayado durante algún tiempo, y su ejemplo fue seguido por Josef Breuer. La hipnosis tuvo también adeptos en Bélgica, y en Nancy se habló tanto de las curas de Liébeault que la Sociedad Médica de aquella ciudad dedicó una reunión en 1882 a los experimentos con hipnotismo. Bernheim visitó a Liébeault, resultó favorablemente impresionado y decidió adoptar y perfeccionar el método [6]. La atención del público se había centrado también en el hipnotismo, que se convirtió en un tema corriente en los periódicos [7].

A partir de aquel momento, fuera por la aprobación de Charcot o por cualquier otra causa, «las puertas se abrieron» (en palabras de Janet) y el público se vio anegado por una avalancha de publicaciones sobre ese

---

3 A. Jaquet, *Ein halbes Jahrhundert Medizin*, Basilea, Benno Schwabe, 1929, páginas 169-171.

4 Charles Richet, «Du Somnambulisme provoqué», *Journal de l'Anatomie et de la Physiologie normale et pathologique de l'homme et des animaux*, II (1875), 348-377.

5 Rudolf Heidenhain, *Der sog. thierisches Magnetismus; Physiologische Beobachtungen*, Leipzig, Breitkopf und Härtel, 1880.

6 Ver cap. II, pág. 116.

7 Robert G. Hillman, «A Scientific Study of Mystery: The Role of the Medical and Popular Press in the Nancy-Salpêtrière Controversy on Hypnotism», *Bulletin of the History of Medicine*, XXXIX (1965), 163-182.

tema. No había de pasar mucho tiempo sin que aparecieran grandes divergencias entre los autores. En 1883 Bernheim leyó un informe ante la Sociedad Médica de Nancy en el que definía la hipnosis como «un simple sueño, producido por sugestión, y con implicaciones terapéuticas». Constituía el equivalente de una declaración de guerra contra la doctrina de Charcot, pues para éste la hipnosis era un estado fisiológico muy distinto del sueño, que podía aparecer únicamente en individuos predispuestos a la histeria y que no admitía su empleo con fines terapéuticos.

En el año siguiente, 1884, la «guerra» entre las dos escuelas se trasladó a un nuevo campo. Un abogado de Nancy, Liégeois, había experimentado con individuos hipnotizados sugiriéndoles que cometieran delitos, para los que les proporcionaba armas inofensivas [8]. Llegó así a inducirles la comisión de falsos asesinatos. No obstante, la Escuela de la Salpêtrière objetó las conclusiones obtenidas por Liégeois, y el folleto de Bernheim acerca de la sugestión se recibió en París con censura [9].

En 1885, cuando la atención de todo el mundo estaba fija en la hipnosis y en la histeria, Charcot dedicó una serie de clases a las parálisis traumáticas, con demostraciones clínicas sobre el modo como reproducía parálisis análogas mediante hipnosis en individuos predispuestos. Muchos de sus oyentes, como él, consideraban que esas demostraciones constituían una prueba científica de la psicogénesis de dichas dolencias. Ya hemos visto, por lo demás, que tenían implicaciones más amplias [10]. Creyendo, pues, que el mecanismo de las parálisis traumáticas era idéntico al de las de origen histérico, Charcot las incluyó en el campo de la histeria. La nueva terminología así acuñada despertó una viva oposición, especialmente en Alemania, e hizo revivir las controversias acerca de la incidencia relativa de la etiología orgánica y funcional en las parálisis traumáticas. La oposición se extendió sobre todo entre los neurólogos.

Fue entonces, a finales de 1885, cuando Sigmund Freud recibió la beca que le permitiría pasar cuatro meses en París. He aquí uno de esos acontecimientos que resultan cruciales en visión retrospectiva pero que en su época apareció insignificante. Lo comprobaremos mejor contrastándolo con el entorno de la vida en París y en la Salpêtrière durante esos cuatro meses.

Una revisión cuidadosa de la prensa parisiense desde octubre de 1885 hasta febrero de 1886 nos revela que aquel período fue muy agitado en todo el mundo. Se llenaban páginas y páginas con la rivalidad anglo-rusa

---

[8] Jules Liégeois, «De la Suggestion hypnotique dans ses rapports avec le droit civil et le droit criminel», *Séances et travaux de l'Académie des Sciences Morales et Politiques*, CXXII (1884), 155.

[9] H. Bernheim, *De la Suggestion dans l'état hypnotique et dans l'état de veille*, París, Doin, 1884.

[10] Ver cap. II, págs. 120-121; cap. VII, págs. 498-505.

en Asia central, franco-inglesa en África e hispano-alemana en las islas de los Mares del Sur; los ingleses invadían Birmania; en Londres se produjo un gran escándalo por la revolución que hizo la *Pall Mall Gazette* acerca de la prostitución de menores. Los italianos invadían Eritrea; los franceses luchaban en Indochina; los canadienses franceses de Montreal se mostraban inquietos por la ejecución del jefe de una rebelión india, Louis Riel. En Perú hacía estragos la guerra civil; las tropas de los Estados Unidos expulsaban a los mormones de Salt Lake City; había agitación socialista, luchas y tumultos sangrientos en diversas ciudades de Francia, Bélgica y los Estados Unidos. Había estallado la guerra entre Bulgaria y Servia, intensificándose peligrosamente la rivalidad entre Rusia y Austria-Hungría. En Nueva York acababa de ser erigida la estatua de la Libertad. En Francia, el general Boulanger, ídolo de los nacionalistas, fue nombrado ministro de la Guerra en enero de 1886, lo que animó a los que todavía esperaban el desquite por la derrota de 1870 a 1871. Había muchas protestas por el aluvión de literatura pornográfica y obras teatrales de esta especie, y se suscitó un gran escándalo con motivo de los exámenes de oposición en los hospitales de París, al afirmarse que ciertos candidatos habían sido informados de las preguntas antes del examen por uno de los examinadores. La opinión pública estaba entusiasmada con el primer tratamiento espectacular de la rabia realizado por Pasteur, y de toda Europa llegaban a París personas que habían sido mordidas por perros rabiosos. El interés principal del público, sin embargo, parecía centrarse en las nuevas obras de teatro, como *Safo*, de Daudet, en una visita que realizó de incógnito a París el excéntrico rey de Baviera Luis II, y en la exhibición de un grupo de aborígenes australianos en un parque zoológico. Por el diario de los hermanos Goncourt sabemos que Charcot se había trasladado un año antes al espléndido palacio que se había hecho construir en el Faubourg Saint-Germain, y que, según se contaba, su hija Jeanne estaba enamorada del hijo de Alphonse Daudet, Léon, cuya resistencia suscitó el desagrado de Charcot. Las revistas médicas informaban fielmente de las clases de éste, que se encontraba entonces en la cúspide de la fama.

No hay duda de que la visita de un joven neurólogo austríaco en la época en que tantos hombres distinguidos realizaban su peregrinaje a la Salpêtrière, la «Meca de la neurología», aparecería como un incidente de importancia mínima. Y sin embargo, en retrospectiva, representó uno de los lazos históricos entre la antigua y la nueva psiquiatría dinámica.

Sigmund Freud, que acababa de obtener el título de *Privatdozent* de la Universidad de Viena, era autor de varios trabajos estimables sobre neuroanatomía, pero había sufrido varias decepciones en su investigación sobre la cocaína. Llegó a París en octubre de 1885, después de visitar a su novia en Wandsbek, cerca de Hamburgo. Según Jones, vio

a Charcot por primera vez el 20 de octubre de 1885, y se despidió de él el 23 de febrero de 1886. De este corto período debemos deducir todavía lo que duró una breve enfermedad de Charcot y el tiempo de vacaciones que pasó Freud en Wandsbek, en la Navidad; a pesar de todo, fue suficiente para producir en Freud una impresión indeleble. No cabe duda de que, como hiciera Delboeuf, no fue a la Salpêtrière a observar con ojos críticos la forma como Charcot experimentaba con sus pacientes histéricos. Antes bien, se sintió fascinado por la personalidad del gran hombre. No sólo vio confirmadas en Charcot la fama mundial del gran neurólogo, las dotes artísticas, la elocuencia y las maneras de un hombre de mundo, sino también su forma de ver las personas y las cosas sin ideas preconcebidas.

Fue, sin embargo, poco tiempo para adquirir un conocimiento real de la obra de Charcot. Freud se sintió impresionado por sus experimentos sobre las parálisis histéricas, que habían tenido lugar poco tiempo antes, y por la idea de que la causa de las alteraciones motoras pudieran ser una representación inconsciente [11]. Pero se construyó una imagen en cierto modo inexacta e idealizada de la obra de Charcot. Así, como podemos comprobar en la necrológica que escribió posteriormente, le atribuyó mucho de lo que en realidad era una contribución de Briquet a la histeria [12]. Exageró la importancia que concedía a la herencia desemejante («degeneración» en la jerga médica de la época); parece ser que no había leído la obra de Richer sobre la *grande hystérie*, en la cual se describía el ataque histérico como una reencarnación de un trauma psíquico, muchas veces sexual [13]. De haberla leído, no se habría mostrado tan sorprendido cuando oyó a Charcot mencionar el papel de la sexualidad en las alteraciones neuróticas como cosa corriente. Podemos llegar a la conclusión de que su relación con Charcot no fue realmente la de un discípulo con su maestro; poseyó más el matiz de un «encuentro» existencial. Charcot proporcionó a Freud un modelo de identificación y la idea germinal del dinamismo psíquico inconsciente.

Existen algunas dudas sobre si Freud conoció a Janet entonces. Él, desde luego, protestó contra el rumor de que había seguido las enseñanzas de este último en la Salpêtrière, añadiendo que «durante mi estancia en ese hospital ni siquiera oí pronunciar el nombre de Janet» [14]. Es cierto que Janet vivía en aquella época en El Havre, desde que, en febrero de 1883,

---

[11] Ver cap. II, págs. 121-122.

[12] Sigmund Freud, «Charcot», *Wiener Medizinische Wochenschrift*, XLIII (1893), 1513-1520. Edición corriente, III, págs. 11-23.

[13] Paul Richer, *Études cliniques sur l'hystérie-épilepsie ou grande hystérie*, Delahaye et Lecrosnier, 1881.

[14] Sigmund Freud, *Selbstdarstellung*, en Grote, *Die Medizin der Gegenwart*, IV (1925), 1-52 (cita de la pág. 4). Edición corriente, XX, págs. 7-74.

fuera nombrado profesor de Filosofía del Liceo [15]. Pero en ocasiones iba a París de vacaciones y entonces visitaba la Salpêtrière [16]. El 30 de noviembre, mientras Freud estaba en París, el tío de Pierre Janet, Paul, leyó un trabajo de éste acerca de sus primeros experimentos con Léonie en una reunión de la Société de Psychologie Physiologique, bajo la presidencia de Charcot [17]. Dicho trabajo despertó gran interés y una viva discusión, y resulta poco probable que no se pronunciara en esa ocasión el nombre de Janet en la Salpêtrière [18]. En cualquier caso, no hay ninguna prueba de que Freud y Janet se conocieran u oyeran hablar uno de otro en aquella época.

Entre las personas a quienes Freud conoció en París estaba Léon Daudet (hijo del escritor Alphonse Daudet), con el que se encontró por lo menos una vez en casa de Charcot [19]. Aunque aún no había acabado sus estudios de medicina, el dotado joven era una persona muy notable, a la que se predecía un brillante futuro en la política, la literatura o la medicina. Agudo observador y dueño de una gran memoria para recordar a las personas, al parecer no tomó en consideración al neurólogo vienés, ya que nunca mencionó su encuentro con él, mientras que Freud conservó un recuerdo duradero del joven Daudet [20]. ¿Quién hubiera pensado entonces que el invitado austríaco se convertiría en un hombre de fama mundial y que Léon Daudet no terminaría sus estudios de medicina, seguiría una carrera política sin esperanzas como dirigente del movimiento realista y, a pesar de su gran talento literario, no escribiría nunca una obra maestra? Por lo demás, hay curiosas semejanzas entre los dos, ambos profundamente influidos por la personalidad de Charcot. Alguna de las novelas de Léon Daudet trata del incesto y otras desviaciones sexuales, de la adicción a la morfina y de la herencia psicopática. Escribió asimismo obras no ficticias sobre los ensueños y la personalidad humana, en especial sobre el yo y el sí mismo, y denominó metapsicología a su propio sistema psicológico [21]. Sus concepciones, sin embargo, difieren notablemente de las de Freud y muestran más semejanzas con las de Jung [22].

---

15 Ver cap. VI, págs. 384-386.

16 Comunicación personal de la señora Hélène Pichon-Janet.

17 Ver cap. VI, pág. 386.

18 Ernst Freud, que amablemente revisó, a petición del autor, las cartas de Freud a su novia, le dijo que no había encontrado ninguna mención de dicha reunión.

19 Ernest Jones, *The Life and Work of Sigmund Freud,* I, Nueva York, Basic Books, 1953, pág. 187.

20 Así se demuestra en las dos cartas de Freud reproducidas en la traducción francesa de André Gaucher, *L'Obsédé. Drame de la libido.* Avec lettres de Freud et de Pierre Janet, París, André Delpech, 1925.

21 Léon Daudet, «Le Moi et le Soi», *L'Hérédo,* París, Nouvelle Librairie Nationale 1917, págs. 1-38.

22 Ver cap. IX, págs. 826-827.

La guerra de las escuelas y la entrada en escena de Pierre Janet: 1886-1889

Desde 1886 hasta 1889, la historia de la psiquiatría dinámica se vio dominada por las polémicas entre la Salpêtrière y la Escuela de Nancy. Por otra parte, la literatura sobre la hipnosis y la sugestión no dejó de aumentar.

Para la gente de aquella época, 1886 pareció un año de tensión política y de tragedia. Tras el triunfo del general Boulanger, Francia fue presa de la fiebre chauvinista, que empeoró la tensión con Alemania. A pesar de su éxito con la vacunación contra la rabia, Pasteur fue objeto de durísimos ataques por parte de Peter en la Academia de Medicina, de una campaña de las revistas médicas y aun de insultos en la prensa diaria, de modo que se derrumbó y fue a Italia a recuperarse. El 13 de junio el joven y extravagante rey de Baviera, Luis II, que acababa de ser declarado psicótico por una comisión médica y recluido en su castillo de Berg, apareció ahogado en un lago junto con el psiquíatra que le atendía, el profesor Gudden. En los Estados Unidos hubo una violenta agitación socialista, que culminó en el caso Haymarket, en el que cuatro dirigentes sindicales, víctimas de un complot de la empresa, fueron sentenciados a muerte y ahorcados en Chicago el 1 de mayo, fecha que desde entonces conmemoran los años los socialistas en todo el mundo.

Mientras tanto, aunque la estrella de Charcot seguía brillando, su trabajo se ponía seriamente en duda en los círculos competentes, y su equiparación de las parálisis traumáticas no orgánicas con la histeria masculina era rechazada en los países de habla alemana. La fría recepción que recibió el informe de Freud en la Sociedad de Médicos de Viena el 15 de octubre no fue sino uno de los múltiples signos de tal actitud [23]. En Bélgica, Delboeuf ponía sus dudas acerca de los experimentos de Charcot [24]. En Clermont-Ferrand, un joven profesor de psicología, Henri Bergson (cuya fama todavía se extendería más en el futuro) publicó un trabajo sobre «Simulación inconsciente en estado hipnótico», que fue una llamada de atención para las numerosas personas preocupadas por este tema [25].

Otro joven profesor de filosofía, Pierre Janet, en El Havre, después de observar los experimentos realizados con Léonie por la Comisión, fue prudente y decidió abstenerse de cualquier tipo de experimentación parapsicológica. Se limitó a pacientes nuevos y métodos comprobados, y en

---

23 Ver cap. VII, págs. 498-505.

24 J. Delboeuf, «De l'Influence de l'imitation et de l'éducation dans le somnambulisme provoqué», *Revue Philosophique*, XXII (1886), II, 146-171.

25 Henri Bergson, «Simulation inconsciente dans l'état d'hypnotisme», *Revue Philosophique*, XXII (1886), II, 525-531.

este año de 1886 publicó el resultado de su trabajo con la paciente Lucie, considerada retrospectivamente como la primera cura catártica registrada [26].

En Nancy, Bernheim publicó una edición aumentada, en forma de libro de texto, de su primer folleto sobre la sugestión [27]. El libro le convirtió en cabeza de una escuela, y los estudiosos del hipnotismo comenzaron a agolparse en Nancy para visitarle a él y a Liébeault. Este último, que había pasado su vida en la oscuridad, se vio repentinamente trasladado a un primer plano; Bernheim se proclamó discípulo suyo y aprovechó todas las oportunidades para rendirle honores, con lo que la gente se maravillaba de que un profesor de universidad pudiera haber sido discípulo de un médico rural. Pero en Italia ocurría una cosa aún más extraordinaria. Enrico Morselli, profesor de psiquiatría de la Universidad de Turín y considerado como un hombre sensible y distinguido, asistió a una sesión teatral de hipnotismo llevada a cabo por Donato, se dejó hipnotizar por aquel hombre tosco y vulgar, mantuvo largas charlas con él, y posteriormente publicó un libro sobre hipnosis en el cual dedicó treinta páginas a elogiar a Donato y atacar a sus supuestos plagiarios [28].

En Inglaterra, el interés por la hipnosis iba unido a los problemas de la parapsicología. Myers, que en 1882 había sido uno de los fundadores de la Sociedad de Investigación Psíquica, realizó un cuidadoso estudio de la hipnosis y de lo que denominaba el sí mismo subliminal, como fase previa de los estudios parapsicológicos propiamente dichos. En 1886 resaltó la analogía del estado hipnótico con el genio, así como con la histeria, y adivinó que la prosecución de esta investigación llevaría a descubrimientos insospechados en el campo de la naturaleza humana [29]. En el mismo año, Edmund Gurney y Frederick Myers publicaron *Fantasmas de la vida,* que se ha convertido en un clásico de la parapsicología [30].

En Austria, el acontecimiento principal de 1886 fue probablemente la publicación de la *Psychopathia Sexualis* de Krafft-Ebing.

En el prólogo, Krafft-Ebing hace resaltar la «poderosa influencia de la vida sexual sobre el individuo y la existencia social, en las áreas del sentimiento, el pensamiento y la acción». En este aspecto se refiere a la filosofía de Schopenhauer y Von Hartmann y a las afirmaciones de Schiller y Michelet. Cita la teoría de Maudsley según la cual la sexualidad es la base del desarrollo de los sentimientos sociales, y añade

---

26 Ver cap. VI, pág. 411.

27 H. Bernheim, *De la Suggestion et de ses applications à la thérapeutique,* París, Doin, 1886.

28 Enrico Morselli, *Il Magnetismo animale. La fascinazione e gli stat ipnotici,* Turín, Roux e Favale, 1886.

29 Frederick W. H. Myers, «Multiplex Personality», *The Nineteenth Century,* XXX (1886), 648-666.

30 E. Gurney, F. W. H. Myers, F. Podmore, *Phantasms of the Living,* 2 vols., Londres, Society for Psychical Research, 1886.

que proporciona el ímpetu para la utilización de la energía física, para el impulso de adquisición, para la ética y para gran parte de la estética y la religión. La sexualidad es la fuente de las más altas virtudes, así como de los vicios. «¡Qué sería de las bellas artes sin un fundamento sexual!... La sexualidad se encuentra en la raíz de todo tipo de ética». El capítulo siguiente está dedicado a la fisiología de la «libido sexualis». La parte principal del libro es una descripción de «patología sexual general», en la que el autor sigue la clasificación neurológica utilizada por los franceses, distinguiendo entre las neurosis sexuales de origen «periférico», «espinal» y «cerebral». Añade además una serie de anomalías no clasificadas. El libro concluye con dos capítulos sobre formas psicóticas y delictivas de desviación sexual. Contiene 45 historias clínicas (once de las cuales son de pacientes de Krafft-Ebing)[31].

En Rusia, Tarnowsky publicó también un volumen sobre desviaciones sexuales que tuvo mucho éxito[32]. No obstante, fue la obra de Krafft-Ebing, con su alcance más filosófico y quizá también su llamativo título, la que produjo en el campo de la patología sexual el mismo efecto que el informe de Charcot de 1882 en el del hipnotismo. «Las puertas se abrieron y el número de publicaciones sobre patología sexual aumentó de año en año. Aunque Krafft-Ebing había tenido cuidado de escribir ciertas partes de su libro en latín, el interés se extendió más allá de los círculos profesionales médicos. No se tienen noticias de que se produjeran críticas por el contenido del libro, pero sí por no haberse limitado su circulación al campo profesional. A la primera edición, que sólo contaba 110 páginas, siguieron rápidamente otras ampliadas y enriquecidas con numerosas historias clínicas, y una clasificación muy modificada.

En 1887 el interés del público se centraba en los incidentes diplomáticos ocurridos entre Alemania y Francia y en los escándalos políticos de esta última nación. Los incesantes ataques contra Pasteur dieron lugar por fin a la intervención de Charcot y Vulpian en la Académie de Médecine, quedando reducidos los agresores al silencio. Entre los acontecimientos médicos de aquel año existen algunos que nos parecen más importantes en visión retrospectiva de lo que fueron para sus contemporáneos. En 1887 Victor Horsley realizó por primera vez una intervención sobre un tumor que comprimía la médula, curando al paciente. Los neurólogos continentales, sin embargo, se mostraron escépticos. En Austria, Wagner-Jauregg, que había notado el efecto favorable que tenía la fiebre sobre el estado mental de los pacientes psicóticos, comenzó la larga serie de experimentos que le conducirían, muchos años más tarde, al descubrimiento de la malarioterapia en los paréticos generales[33].

---

31 Richard von Krafft-Ebing, *Psychopathia Sexualis, Eine Klinisch-Forensische Studie*, Stuttgart, Enke, 1886.

32 Benjamin Tarnowsky, *Die krankhaften Erscheinungen des Geschlechtssinnes; eine forensisch-psychiatrische Studie*, Berlín, Hirschwald, 1886.

33 Julius Wagner, «Ueber die Einwirkung Fieberhafter Erkranhungen auf Psychosen», *Jahrbuch für Psychologie und Neurologie*, VII (1887), 94-130.

En Europa había un gran interés por los problemas de las enfermedades mentales, las neurosis y la hipnosis. En Zurich, August Forel dio un gran prestigio al Burghölzli (el Hospital Mental de la Universidad de Zurich). Un joven escritor alemán, Gerhart Hauptmann, siguió sus demostraciones clínicas con un interés apasionado y posteriormente utilizó los conocimientos así obtenidos para su obra literaria [34]. En Holanda, Van Renterghem y Van Eeden, al volver de Nancy, abrieron una clínica para tratamiento hipnótico en Amsterdam, el 15 de agosto de 1887. En Berlín, Albert Moll dio una conferencia sobre terapéutica hipnótica ante una audiencia médica [35]. Fue recibido, según sus propias palabras, con resistencia; no obstante, su segunda conferencia fue mejor comprendida. En Estocolmo, Wetterstrand abrió una consulta dedicada al tratamiento hipnótico, que tendría un éxito fabuloso. En París, Bérillon, que había adoptado las ideas de Bernheim, fue autorizado a dar una serie de conferencias sobre la aplicación terapéutica de la hipnosis en la propia Facultad de Medicina, es decir, en lo que se consideraba como feudo de Charcot [36].

El año 1888 fue también de intensa agitación mundial. En Alemania se le conoció como «año fatal»: el emperador Guillermo I murió en marzo, a los noventa y un años de edad; pero su sucesor, el liberal Federico III, del que se esperaba que invirtiera la política autoritaria de su padre, murió tres meses más tarde, y le sucedió el errático Guillermo II. En Francia crecía la fiebre boulangista, y los nacionalistas veían a Boulanger como el hombre que recuperaría Alsacia y Lorena. Los franceses, pensando en una alianza con Rusia, suscribieron de forma entusiasta los créditos a esta nación. Las potencias europeas competían duramente por las últimas colonias; la colonización se consideraba como una misión civilizadora de los europeos. Cuando Brasil abolió la esclavitud en 1880, el resto del mundo quedó desconcertado al saber que había existido hasta entonces.

Tal era la atmósfera general en que creció y se desarrolló el conocimiento y la práctica del hipnotismo. En este año Max Dessoir publicó una *Bibliografía del hipnotismo moderno,* que contenía 821 títulos recientes, pero excluía los artículos sobre el tema publicados en los periódicos y revistas populares y asimismo las novelas, cuentos y obras de teatro basados en la hipnosis o en la personalidad dual [37]. El hipnotismo reclutaba nuevos adeptos. August Forel fue a Nancy, regresó a Zurich

---

[34] Gerhart Hauptmann, *Das Abenteuer meiner Jugend,* en *Sämtliche Werke,* N. p., Propyläen-Verlag, 1962, VII, págs. 451-1088. (Ver la descripción del Burghölzli de Forel, páginas 1063-1067).

[35] Albert Moll, *Ein Leben als Arzt der Seele, Erinnerungen,* Dresde, Reissner, 1936, página 31.

[36] Doctor Crocq, *L'Hypnotisme scientifique,* 2.ª ed., París, Société d'Éditions Scientifiques, 1900.

[37] Max Dessoir, *Bibliographie des modernen Hypnotismus,* Berlín, Düncker, 1888.

entusiasmado con el hipnotismo y publicó un libro en el que expresaba sus creencias en la posibilidad de realización del delito bajo hipnosis y examinaba el fenómeno de la resistencia consciente e inconsciente en ese estado [38]. En Berlín, Preyer dio una serie de conferencias sobre el mismo tema. En Bélgica, Masoin provocó una discusión sobre la hipnosis en la Academia Belga de Medicina. En Francia proseguía una investigación original e independiente sobre la hipnosis, llevada a cabo en París por Binet y en El Havre por Janet.

La hipnosis fue también tema de controversia jurídica. Desde que la Escuela de Nancy admitió la posibilidad del delito bajo hipnosis, y la Salpêtrière la negó, los expertos tuvieron la posibilidad de librar auténticas batallas verbales sobre el tema. Así ocurrió con motivo del famoso caso Chambige [39]. En enero de 1888, en una villa de un pueblo de Argelia, se encontró sobre una cama el cadáver desnudo de la señora Grille y cerca de ella a un estudiante de leyes de veintidós años, Henri Chambige, con un disparo en el rostro. El marido de la víctima prefirió creer que la seducción había tenido lugar bajo hipnotismo. Chambige declaró que había existido una violenta pasión entre él y la señora Grille, que ella había querido poner fin a las relaciones con un doble suicidio, y que a su propia petición la había matado y a continuación se había disparado él. La acusación mantenía que Chambige la había hipnotizado o quizá había utilizado alguna droga sutil para rendir su inconsciente. Chambige lo negó, pero fue sentenciado a siete años de trabajos forzados.

En todas partes se mostraba gran interés por la histeria. Siguiendo a Charcot y Strümpell, Moebius, en Alemania, definió la histeria como un conjunto de «cambios morbosos en el cuerpo causados por representaciones» [40].

El año 1889 se abrió con dos acontecimientos sensacionales. El 30 de enero, el príncipe Rudolf, heredero del trono de la monarquía austrohúngara, fue hallado muerto de un disparo en el pabellón de caza de Mayerling, situado en los bosques vieneses, junto a su esposa, la joven baronesa María Vetsera. El misterio que rodeó la doble muerte todavía no ha sido aclarado. Fue un grave golpe para el emperador Francisco José I y creó problemas con la sucesión. Otro acontecimiento sensacional fue el gran éxito de Boulanger en las elecciones generales celebradas en Francia. El entusiasmo por él había alcanzado la cumbre y se esperaba que tomara el poder, pero en el momento de la verdad le faltó el gesto

---

38 August Forel, *Der Hypnotismus und seine strafrechtliche Bedeutung*, Berlín y Leipzig, Guttentag, 1888.

39 Anón., «L'Affaire Chambige», *Revue des grands procès contemporains*, VII (1889), 21-101.

40 P. J. Moebius, «Ueber den Begriff der Hysterie», *Centralblatt für Nervenheilkunde*, XI (1888), 66-71.

decisivo y huyó a Bélgica, produciendo el fracaso del movimiento. La tensión política se aflojó entonces en Francia, creando una atmósfera más favorable para la Exposición Universal. El gobierno la había organizado para celebrar el centenario de la Revolución y para demostrar que, a pesar de su derrota ante Alemania en 1870-1871, Francia era todavía una gran potencia.

Un tercer acontecimiento sensacional fue la noticia de que Friedrich Nietzsche había sufrido en Turín alteraciones psicóticas agudas y de que, como consecuencia de ellas, había tenido que ser internado en una institución mental, donde pasaría el resto de su vida perdido en una completa oscuridad mental. Esta tragedia ayudó a que se prestara más atención a su obra, y durante unas dos décadas la juventud europea se sintió extraordinariamente fascinada por ella.

La Exposición Universal atrajo enormes multitudes a París, deseosos de visitar la Torre Eiffel, el Moulin Rouge y otras atracciones. Hubo también una secuencia ininterrumpida de congresos internacionales, celebrándose en ocasiones cinco o seis de ellos simultáneamente. Los visitantes tenían la impresión de que la actividad intelectual nunca había sido tan intensa en Francia. Entre los mayores éxitos de venta de aquel año figuran *La Bête Humaine* de Zola, *Thaïs* de Anatole France, *Un Homme Libre* de Barrès y *Le Disciple* de Paul Bourget (inspirada en el caso Chambige). La tesis de Henri Bergson, *Los datos inmediatos de la conciencia,* le dio un puesto entre los filósofos [41]. Su colega Pierre Janet, que había defendido brillantemente su propia tesis *El automatismo psicológico,* logró también la fama en los círculos filosóficos y psicológicos [42]. Otro acontecimiento muy comentado fue la lectura ante la Société de Biologie del trabajo de Brown-Sequard sobre los efectos rejuvenecedores de las inyecciones de extracto testicular en el hombre [43]. Se las había administrado a sí mismo y sus colegas le hallaron considerablemente rejuvenecido. Fue una de las más precoces aplicaciones conocidas de la endocrinología.

Entre los congresos que tuvieron lugar durante la Exposición, hay tres que interesan a nuestro propósito, los de psicología fisiológica, hipnotismo y magnetismo. El Congreso Internacional de Psicología Fisiológica tuvo lugar del 6 al 10 de agosto [44]. Se eligió este título para significar que la psicología era ya una ciencia por derecho propio y no una simple rama de la filosofía. Charcot había sido nombrado presidente del Congreso, pero

41 Henri Bergson, *Les Données immediates de la conscience,* París, Alcan, 1889.

42 Ver cap. VI, págs. 411-417.

43 Brown-Sequard, «Des Effets produits chez l'homme par des injections souscutanées d'un liquide retiré des testicules frais de cobaye et de chien», *Comptes-rendus hebdomadaires des séances et mémoires de la société de biologie,* 9.ª serie, I (1889), 415-419.

44 «Congrès International de Psychologie Physiologique», *Revue Philosophique,* XXVIII (1889), II, 109-111, 539-546.

excusó su asistencia, de modo que la inauguración corrió a cargo de uno de los vicepresidentes, Ribot. Constó de cuatro secciones; la primera, bajo la presidencia de William James, examinó el tema de la sensibilidad muscular. La segunda trató de la herencia psicológica, con Galton como principal orador. La tercera centró su trabajo en las alucinaciones, y sobre todo en su incidencia en individuos no psicóticos, lo que ofreció una oportunidad a Frederick Myers y William James para referir ciertos fenómenos parapsicológicos. En la cuarta sección, dedicada al hipnotismo, se confrontaron tres teorías. Bernheim defendió la posición de Nancy, a saber, que cualquier persona puede ser hipnotizada, admitiendo, sin embargo, que se necesita como requisito previo una cierta impresionabilidad; Janet afirmó que sólo los histéricos y los individuos agotados pueden ser hipnotizados, y Ochorowicz mantuvo que la capacidad de ser hipnotizado es una condición individual que se puede encontrar tanto en personas normales como enfermas.

El congreso Internacional de Hipnotismo tuvo lugar en el Hotel Dieu de París, del 8 al 12 de agosto [45]. Había sido muy anunciado y, según las actas, a él asistieron periodistas de 31 periódicos (hecho poco corriente en aquella época), entre ellos el *Sphinx* de Munich y el *Sun* de Nueva York. Los delegados eran tan numerosos que el auditorium resultó demasiado pequeño para contenerlos a todos. Entre los presidentes honorarios se encontraba Charcot, que excusó su asistencia. Participaron, entre otros, Azam, Babinski, Binet, Delboeuf, Dessoir, Sigmund Freud, William James, Ladame, Lombroso, Myers, Coronel de Rochas, Van Eeden y Van Renterghem: una extraña mezcla de filósofos, neurólogos, psiquíatras y practicantes del hipnotismo. El Congreso fue inaugurado por Dumontpallier, pionero del estudio de la hipnosis, quien invocó el recuerdo de una larga serie de otros pioneros y concluyó diciendo que «el hipnotismo es una ciencia experimental; su avance resulta inevitable». A continuación Ladame, de Ginebra, leyó un trabajo en el que atacaba a Delboeuf, y defendió la prohibición de realizar hipnotismo en los teatros. Despertó una viva discusión. Van Renterghem y Van Eeden dieron una descripción de la Clínica de Psicoterapia Sugestiva que habían abierto en Amsterdam dos años antes. (Quizá fuera ésta la primera vez que se utilizó en un congreso el término «psicoterapia»).

El día siguiente, 9 de agosto, comenzó con el informe de Bernheim sobre el valor comparativo de las diversas técnicas utilizadas para producir hipnotismo y favorecer la sugestibilidad, desde un punto de vista terapéutico. Afirmó: «No es hipnotizador el que ha hipnotizado a dos o tres individuos que se hipnotizaron a sí mismos. Solamente se es hipno-

[45] *Premier Congrès International de l'Hypnotisme Expérimental et Thérapeutique*, París, 8-12 de agosto de 1889. C. R. publiés par Edgar Bérillon, París, Doin, 1890.

tizador cuando, en un servicio hospitalario en el que se tiene autoridad sobre los pacientes, se puede influir a ocho o nueve sujetos de cada diez». El informe de Bernheim provocó una animada discusión; Pierre Janet declaró que sus afirmaciones eran peligrosas porque entrañaban la eliminación de todo tipo de determinismo, y antipsicológicas, porque la psicología, al igual que la fisiología, también tiene sus leyes. Bernheim replicó que hay una ley básica: cualquier célula cerebral activada por una idea tiende a convertir ésta en un acto.

El tercer día, 10 de agosto, se dedicó a la utilización clínica del hipnotismo, con aportación de historias clínicas. Marcel Briand expuso el caso de uno de sus pacientes femeninos que solía gritar a la misma hora todas las noches [46]. La sugestión «no gritarás» no sirvió de nada. Entonces Briand sugirió a su esposo que le preguntara durante la crisis qué es lo que le ocurría, a lo que éste respondió que su mujer veía cómo la enterraban viva. El doctor Briand hizo a la paciente revivir, bajo hipnosis, toda la escena del enterramiento, y la convenció de que la rescataría a tiempo, con lo que acabarían las pesadillas. La paciente resultó curada, pero Briand prefirió reforzar el efecto repitiendo la sesión transcurridos cinco días, y de nuevo al mes. A continuación, Bourru y Burot refirieron el caso de una mujer de cuarenta y cinco años que, después de sufrir varias desgracias en su vida, presentaba graves alteraciones histéricas [47]. La paciente solicitó la hipnosis, con el convencimiento de que volvería a representar un acontecimiento agradable que le había ocurrido dos años antes. Bajo hipnosis revivió, en efecto, el tiempo feliz, y los síntomas desaparecieron temporalmente. Después recordó su vida y la época agradable en estado de vigilia; a partir de entonces se convirtió en una personalidad doble, alternando entre la enfermedad y la felicidad. De esta historia clínica podría deducirse que el autor había obtenido un éxito limitado, al transformar a una persona permanentemente enferma en otra persona que se sentía bien de forma intermitente; pero el informe contiene una afirmación notable:

> No basta con combatir los fenómenos morbosos uno a uno mediante la sugestión. Los fenómenos pueden desaparecer pero persistir la enfermedad, aplicándose, en suma, una terapéutica sintomática. Sólo se obtiene una mejoría real y duradera cuando la observación cuidadosa y lógica nos lleva al origen verdadero de la enfermedad... Fue la averiguación de estas crisis alucinatorias la que inspiró la idea de hacer retroceder a la paciente a aquel período de su vida, provocando un cambio en su personalidad.

Los autores atribuían el efecto terapéutico de estas crisis a su calidad de descarga o explosión.

---

46 Briand, *Premier Congrès International de l'Hypnotisme*, págs. 182-187.

47 Bourru y Burot, *Premier Congrès International de l'Hypnotisme*, págs. 228-240.

El 11 de agosto, los participantes visitaron el hospital de Villejuif, y al día siguiente, último del Congreso, la Salpêtrière. Significativamente, no se mostró a los delegados el servicio de Charcot, sino el de August Voisin, psiquíatra que afirmaba poder hipnotizar a uno de cada diez psicóticos, mejorando así a muchos de ellos. En una de las sesiones, un trabajo de Liégeois sobre «Sugestión criminal» despertó una áspera discusión, y Delboeuf replicó vehementemente a la crítica que le había dirigido Ladame el 8 de agosto.

Es de destacar que el Congreso estuvo dominado por Bernheim y la Escuela de Nancy, y que en las discusiones no participó casi ningún representante de la Escuela de la Salpêtrière, con excepción de Georges Gilles de la Tourette y Pierre Janet.

El Congreso Internacional de Magnetismo, que tuvo lugar desde el 21 al 26 de octubre de 1889, bajo la presidencia del conde de Constantin, confirmó que, a pesar de la reciente y extendida popularidad del hipnotismo, el magnetismo no había muerto [48]. Al Congreso no sólo asistieron la mayoría de los legos que lo practicaban a la sombra de la medicina oficial, sino también numerosos médicos, y contó con el beneplácito de personalidades ilustres. Camille Flammarion envió una nota disculpándose por su ausencia y afirmando que estaba «en el planeta Marte», es decir, completando un estudio geográfico de dicho planeta. Los participantes hicieron resaltar que su maestro era Mesmer, que el magnetismo no debía ser confundido con el hipnotismo, y que el sueño magnético no era necesariamente una parte del tratamiento genético de la enfermedad. Se hicieron acerbos comentarios acerca de la obra de Charcot. Se recomendó la fundación de una escuela de magnetismo curativo en la que los futuros magnetizadores recibieran enseñanza.

El año 1889 fue feliz para la psicología dinámica. Las publicaciones médicas de París recogían frecuentes artículos de Charcot e informes de sus conferencias. No cabía duda de que cada vez se mostraba más cauteloso acerca del hipnotismo; como dato característico, dedicó una clase a los accidentes causados por la hipnosis [49]. Los recientes estudios sobre hipnosis e histeria de Alfred Binet, así como la tesis publicada por Janet sobre *El automatismo psicológico*, demostraron al público que las enseñanzas de Charcot progresaban en nuevas direcciones. El propio Charcot creó un Laboratorio Psicológico en sus salas de la Salpêtrière, para que lo dirigiera Pierre Janet, el cual comenzó sus estudios médicos investigando y tratando pacientes histéricos, al tiempo que enseñaba filosofía en el Liceo Louis-le-Grand.

---

[48] *Congrès International de 1889. Le Magnétisme humain appliqué au soulagement et à la guérison des malades.* Comunicación general, París, Georges Carré, 1890.

[49] J. M. Charcot, *Leçons du mardi à la Salpêtrière. Policlinique, 1888-1889*, París, Progrès Médical, 1889, págs. 247-256.

Sin embargo, hemos visto que la Escuela de Nancy ganaba terreno de forma continuada. Liébeault se aprovechó de su fama tardía para publicar una edición revisada de su libro [50]. Forel, en Zurich, abrió un servicio de policlínica en el que daba tratamiento hipnótico. En Berlín, Moll halló ahora audiencias receptivas y publicó un libro sobre hipnotismo [51]. En Montpellier, Grasset dio una serie de conferencias y comenzó a enseñar una teoría propia. Pero Meynert, en Viena, resaltó el elemento erótico existente en la hipnosis, y uno de sus discípulos, Anton, publicó ejemplos impresionantes de los peligros del método [52]. Entre los partidarios del hipnotismo se encontraba Sigmund Freud, quien, en su viaje a París, se había desviado a Nancy para aprender de Bernheim y Liébeault.

Dessoir [53] en Alemania y Héricourt [54] en Francia trataron de realizar un inventario de los conocimientos adquiridos acerca de la mente inconsciente. Moritz Benedikt publicó historias clínicas que ilustraban sus observaciones sobre la vida secreta de los ensueños y de las emociones suprimidas (en especial de tipo sexual) y sobre su papel en la patogenia de la histeria y las neurosis [55].

La psicopatología sexual fue otro campo que atrajo cada vez más interés. Los médicos no sólo describían y clasificaban las variedades de desviaciones sexuales, sino que estudiaban también los efectos enmascarados de éstas sobre la vida emocional y física. De este tipo fueron las publicaciones de Alexander Peyer sobre los efectos nocivos del *coitus interruptus*, particularmente sus manifestaciones como «asma sexual» [56].

El declinar de la Escuela de la Salpêtrière: 1890-1893

El Congreso de Hipnosis había dado el primer indicio de que la estrella de Charcot comenzaba a declinar, al tiempo que la Escuela de Nancy cobraba ímpetu. Desde 1890 hasta 1893, es decir, hasta la muerte de su fundador, la Escuela de la Salpêtrière fue perdiendo terreno. Los enemigos de Charcot decían que éste ignoraba todo trabajo realizado sobre la hipnosis fuera de la Salpêtrière; es más probable que se sintiera alarmado por la plétora cada vez mayor de publicaciones de dudoso valor acerca del hipnotismo.

---

50 A. A. Liébeault, *Le Sommeil provoqué et les états analogues*, París, Doin, 1889.

51 Albert Moll, *Der Hypnotismus*, Berlín, Kornfeld, 1889.

52 G. Anton, «Hypnotische Heilmethode und mitgetheilte Neurose», *Jahrbuch für Psychiatrie*, VIII (1889), 194-211.

53 Ver cap. III, págs. 178-179.

54 Ver cap. V, pág. 369.

55 Moritz Benedikt, «Aus der Pariser Kongresszeit. Erinnerungen und Betrachtungen», *Internationale Klinische Rundschau*, III (1889), 1531-1533, 1573-1576, 1611-1614, 1657-1659, 1699-1703, 1858-1860.

56 Ver cap. V, pág. 351.

El año 1890 estuvo caracterizado por las grandes tensiones políticas y sociales y por los atentados anarquistas, pero en los anales del mundo médico se hizo famoso como el año de la tuberculina. Robert Koch, que había descubierto el bacilo tuberculoso y se caracterizaba por el cuidado con que desarrollaba sus experimentos, preparó tuberculina a partir de un cultivo del bacilo. Los primeros experimentos llevaron a la profesión médica a creer que la tuberculina podía ejercer una acción curativa sobre la tuberculosis. Estas noticias provocaron una sensación sin precedentes entre los pacientes y sus médicos, que convergían en Berlín para obtener muestras de tuberculina; a su regreso, sus pacientes parecían sentir una mejoría temporal, y los informes publicados a la ligera aumentaban cada vez más las esperanzas. Hubieron de transcurrir algunos meses antes de que se impusiera la terrible verdad: los pacientes tratados con el nuevo método morían por centenares de miles [57].

En el campo de la psicología, el acontecimiento más importante fue la publicación de los *Principios de psicología* de William James [58]. El famoso psicólogo de Harvard había trabajado durante doce años en el libro, que era una de las mayores obras de este tipo que aparecían en los Estados Unidos y que tuvo un éxito inmediato y duradero a ambos lados del Atlántico. Trataba no sólo de diversos aspectos de la psicología experimental, sino también de problemas de hipnosis, personalidad dual e investigación psíquica.

Mientras tanto, las publicaciones sobre la hipnosis se hicieron tan numerosas que resultaba imposible conocerlas todas. Max Dessoir añadió un suplemento con 382 títulos nuevos a los 801 de su bibliografía de 1888. Un gran número de ellos trataban del problema del delito bajo hipnosis. La cuestión no era meramente académica; hubo enconadas batallas entre los peritos ante los tribunales y apasionadas discusiones entre el público y en la prensa.

Un juicio memorable del año 1890 fue el de Gabrielle Bompard [59]. En julio de 1889 había sido asesinado en París el alguacil Gouffé. Pocos meses más tarde, una joven, Gabrielle Bompard, llegó a la ciudad y se denunció a sí misma y a su cómplice, Michel Eyraud, como los asesinos. Afirmó haber sido hipnotizada por su amante Eyraud para que atrajera a Gouffé a un apartamento, donde le colocaron una cuerda alrededor del cuello y posteriormente Eyraud le estranguló y robó. Después de la denuncia, Eyraud fue detenido en La Habana y devuelto a Francia, donde negó haber hipnotizado a Gabrielle. Fue sentenciado a muerte y su cómplice a veinte años de prisión. La opinión pública se inflamó con el caso y con los argumentos expuestos por los peritos ante el tribunal. Defendiendo la posibilidad del delito bajo hipnosis,

---

[57] Adolf Strümpell, *Aus dem Leben eines deutschen Klinikers. Erinnerungen und Beobachtungen*, Leipzig. F. C. W. Vogel. 1925, págs. 217-219.

[58] William James, *The Principles of Psychology*, 2 vols., Nueva York, H. Holt, 1890.

[59] Anón., «Michel Eyraud et Gabrielle Bompard», *Revue des Grands Procès Contemporains*,, IX (1891), 19-107.

Liégeois fue el portavoz de la Escuela de Nancy. Se le oponían los famosos peritos Brouardel, Motet y Ballet, que invocaron la autoridad de Charcot al negar tal posibilidad. Incluso años más tarde, Bernheim mantenía que Gabrielle Bompard había actuado bajo sugestión, añadiendo, sin embargo, que carecía con carácter innato de sentido moral [60].

Hubo otros procesos que ayudaron al descrédito de la teoría del delito bajo hipnosis. Grasset refirió el caso de una mujer histérica de diecinueve años que, encontrándose embarazada, afirmó haber sido hipnotizada por un buhonero [61]. Los expertos la hipnotizaron a su vez y así consiguieron detalles de la supuesta violación. A pesar de sus negativas, el buhonero fue detenido. Entonces ocurrió que, dos meses antes de la fecha esperada, nació un niño a término. La nueva madre confesó entonces que sus acusaciones contra el buhonero eran falsas, y que sus sesiones hipnóticas con los peritos habían sido simuladas.

En 1891 Charcot defendió valientemente sus posiciones contra los ataques de la Escuela de Nancy. Su discípulo Georges Gilles de la Tourette publicó el gran *Tratado sobre la histeria,* síntesis de la doctrina de Charcot y refutación de la de sus adversarios [62]. Mientras tanto, Pierre Janet, la nueva estrella de la Salpêtrière, desarrollaba su análisis psicológico; en ese año publicó la historia de Marcelle, en la que analizó con detalle la relación existente entre los síntomas, las ideas fijas subconscientes y el entorno constitucional [63].

El 25 de mayo tuvo lugar en Nancy una ceremonia en honor de Liébeault, que se jubilaba, con el acostumbrado banquete, discursos y regalos. Pudo comprobarse así cuántos adeptos había logrado la Escuela de Nancy en todo el mundo [64]. Se fundó un Premio Liébeault para recompensar la investigación en el campo del hipnotismo.

En Viena, Moritz Benedikt restableció su teoría de la histeria, diciendo que se basa en una vulnerabilidad innata y adquirida del sistema nervioso, pero que su causa actual podía ser un trauma psíquico (tanto en los hombres como en la mujeres) o una alteración funcional del sistema genital o de la vida sexual, que una mujer mantendría en secreto incluso ante sus familiares más próximos y el médico de cabecera [65]. Proclamó la futilidad del tratamiento hipnótico, así como la necesidad de una psicoterapia a

[60] H. Bernheim, *De la Suggestion,* París, Albin Michel, s. f., págs. 170-171.

[61] J. Grasset, «Le Roman d'une hystérique. Histoire vraie pouvant servir à l'étude médico-légale de l'hystérie et de l'hypnotisme», *Le Semaine Médicale,* X (1890), 57-58.

[62] Georges Gilles de la Tourette, *Traité clinique et thérapeutique de l'hystérie d'après l'enseignement de la Salpêtrière,* París, Plon, 1891.

[63] Ver cap. VI, págs. 417-419.

[64] «La manifestation en l'honneur du Dr. Liébeault le 25 mai 1891», *Revue de l'Hypnotisme,* V (1890-1891), 353-359.

[65] Moritz Benedikt, «Ueber Neuralgien und neuralgische Affectionen und deren Behandlung», *Klinische Zeit und Streitfragen,* VI, núm. 3 (1892), 67-106.

nivel consciente. El penalista Hans Gross, de Graz, publicó en 1891 su *Manual del investigador criminal*, que contenía agudas observaciones sobre los efectos deletéreos y los diversos disfraces adoptados por el instinto sexual frustrado [66]. En aquella época, Sigmund Freud estaba todavía básicamente preocupado por la neurología; publicó algunos artículos acerca de la parálisis cerebral en los niños y su libro sobre la afasia.

El año 1892 dio la impresión de ser particularmente violento, por los numerosos atentados criminales llevados a cabo por los anarquistas en Europa y América.

En París, la estrella de Charcot declinaba de forma definitiva, y por primera vez sufrió un serio contratiempo. Deseaba que Babinski fuera elevado al rango de profesor (es muy probable que pensara en él como su sucesor); pero Bouchard consiguió contrarrestar su influencia y, como resultado, Babinski nunca obtuvo el título y vio rota su carrera universitaria. Charcot buscaba ahora nuevos senderos. Había quedado impresionado al ver cómo algunos de sus pacientes regresaban de Lourdes libres de síntomas (no sólo de parálisis histéricas, sino también de tumores y úlceras), y llegó a la conclusión de que existían factores curativos desconocidos y poderosos que la medicina del futuro aprendería a controlar [67]. Trató también de extender a otros campos la distinción que había hecho entre parálisis orgánicas y dinámicas. Un famoso paciente, madame D., sirvió como prototipo para demostrar la distinción entre amnesia orgánica y dinámica [68]. La misma paciente, confiada a Janet para que éste aplicara psicoterapia, se convirtió en uno de los casos más famosos de tratamiento mediante el análisis psicológico [69].

En la Salpêtrière, Janet proseguía activamente su investigación completamente independiente del equipo neurológico. Sus clases sobre amnesia y anestesia histéricas y su artículo sobre espiritismo, en el que daba una interpretación psicológica dinámica de los fenómenos mediumnísticos, llamaron la atención [70]. Sus análisis psicológicos de unos cuantos pacientes escogidos establecieron un modelo para la investigación y el tratamiento posteriores. Habiendo publicado en aquella época un volumen con las historias clínicas de Lucie, Marie, Marcelle, madame D. y los otros sujetos a los que había tratado con éxito, nadie habría dudado de su prioridad en el descubrimiento de lo que se denominaría posteriormente terapéutica catártica. Janet empieza a convertirse también en una fuente

---

66 Ver cap. V, pág. 352.

67 J. M. Charcot, «La Foi qui guérit», *Revue hebdomadaire*, I (1892); *Archives de Neurologia*, XXV (1893), 72-87.

68 J. M. Charcot, «Sur un Cas d'amnésie rétro-antérograde probablement d'origine hystérique», *Revue de Médicine*, XII (1892); 81-96. (Con catamnesis de A. Souques, igual revista, igual año y volumen, 267-400, 867-881).

69 Ver cap. VI, págs. 420-421.

70 Ver cap. VI, pág. 459.

de inspiración para otros investigadores, como demuestra la tesis médica de Laurent sobre las variaciones patológicas del campo de la consciencia[71].

Mientras tanto, la influencia de la Escuela de Nancy se extendía por toda Europa. Así se advirtió claramente en el Segundo Congreso Internacional de Psicología, que tuvo lugar del 1 al 4 de agosto en Londres[72]. El primero, tres años antes, había sido denominado Congreso de Psicología Fisiológica, pero, por iniciativa de ciertos miembros, se decidió cambiar la palabra «fisiológica» por «experimental». El presidente de este segundo Congreso fue Sidgwick, y el secretario general, F. W. H. Myers. Uno de los primeros trabajos fue el de Pierre Janet sobre «Amnesia continua», con tres observaciones clínicas. La más larga era la historia de madame D. Janet demostró cómo esta paciente, que al parecer era incapaz de adquirir nuevos recuerdos y olvidaba las cosas inmediatamente, tenía una memoria conservada subconscientemente detrás de esa amnesia aparente. Utilizando tres métodos: la hipnosis, la escritura automática y la charla automática (nueva técnica que consistía en dejar al sujeto que hablara al azar), consiguió no sólo llegar a las ideas fijas subconscientes y a los sueños subconscientes, sino también modificarlos y devolver a la paciente la mayor parte de sus recuerdos cuando ésta volvía al estado consciente.

Frederick van Eeden, el joven médico y poeta holandés que junto con Van Renterghem había abierto una clínica de terapia sugestiva en Amsterdam, trató de «la teoría de la psicoterapéutica». El término «psicoterapéutica», introducido por Hack Tuke, había sido definido como «la cura del cuerpo por medio de las funciones psíquicas del propio sujeto». Van Eeden definía ahora la «psicoterapia» como «la cura del cuerpo por la mente, ayudada por el impulso de una mente sobre otra». «La centralización de las funciones psíquicas debe ser la máxima principal de la psicoterapia —dijo—, tomándose como centro el intelecto y la volición consciente». La psicoterapia debe guiar e instruir, no mandar, y el mejor medio para lograrlo es el entrenamiento. La observación de que «la psicoterapia no cura de forma total y duradera» es ridícula. La Escuela de Nancy quedó victoriosa, más incluso que en el primer Congreso. Janet fue el único que intervino para recordar que había una cosa denominada hipnosis.

Toda Europa solicitaba una nueva psicología, más amplia que el mero hipnotismo y sugestión. Esto mismo pedía Strümpell en la conferencia inaugural que, con el título «Sobre el origen y curación de las enfermedades mediante las representaciones mentales», pronunció el 4 de no-

---

71 Louis-Henri-Charles Laurent, *Des États seconds. Variations pathologiques du champ de la conscience.* Thèse Méd. Bordeaux, 1891-1892, núm. 13, Burdeos, Cadoret, 1892.

72 *International Congress on Experimental Psychology. Second Session,* Londres, Williams and Norgate, 1892.

viembre de 1892, después de haber sido elegido vicerrector de la Universidad de Erlangen.

Strümpell recordó que la influencia de los factores psicológicos en la etiología de las enfermedades corporales era conocido desde tiempo immemorial, aunque algunas personas sean más sensibles que otras a dichas influencias. Si los factores psicológicos pueden producir enfermedades, también las pueden curar. Muchas curaciones se deben menos a los agentes terapéuticos propiamente dichos que a la fe que el paciente pone en su eficacia. La moda actual solicita el hipnotismo y la sugestión. En realidad, la hipnosis es eficaz en la medida en que el paciente cree en su poder y no se da cuenta de su verdadera naturaleza. Un hombre normal que sepa exactamente lo que es la hipnosis difícilmente podrá ser hipnotizado, para no mencionar que la hipnosis es una forma grave de histeria artificial. No existe curación por medio de la hipnosis que no se pudiera haber conseguido por otros métodos. El hipnotismo no se habría extendido tanto si los médicos jóvenes hubieran recibido una mejor educación psicológica. Strümpell concluyó su discurso expresando la esperanza de que el estudio de la psicología se hiciera obligatorio en las Facultades de Medicina, como lo era el de la fisiología [73].

El interés general por la nueva forma de psicoterapia quedó expresado en la novela de Marcel Prévost *El otoño de una mujer*, que apareció a finales de 1892 llevando como fecha de publicación la de 1893 y como lema un verso de Alfred de Vigny: *Il rêvera partout à la chaleur du sein.* («Soñará en todas partes con la tibieza del seno»).

Maurice, joven extraordinariamente mimado y unido a su madre en su infancia, corteja a mujeres de espíritu maternal. Tiene un asunto amoroso con una mujer frustrada que se siente envejecer, y el amor entre ellos adquiere una calidad trágica debido a la inmadurez de Maurice y a los sentimientos de culpabilidad que atormentan a su amante, la señora Surgère, mujer muy religiosa. Por otra parte, la hija adoptiva de ésta, Claire, está profundamente enamorada de él, que, después de un galanteo superficial con ella, piensa hacerla su esposa cuando se canse de su aventura. Mientras tanto, la familia ha arreglado el compromiso entre Claire y un hombre mayor al que ella respeta pero no ama. Claire entra en una profunda depresión causada por su secreto, que no se atreve a revelar a nadie. Su condición empeora y está a punto de morir, cuando alguien adivina su pesar y consigue que se lo cuente. Esta persona es el doctor Daumier, joven neurólogo de la Salpêtrière. Psicoterapeuta extraordinariamente hábil, Daumier maneja la situación brillantemente y hace que cada uno de los personajes se dé cuenta de la causa profunda de su problema. Demuestra a Maurice cómo es la situación en realidad, y apela con éxito a su sentido de la responsabilidad. Maurice pone fin a su relación con la señora Surgère y decide casarse con Claire, la cual, como resultado, se recupera rápidamente. En cuanto a la señora Surgère, el doctor Daumier le ayuda a recuperarse del choque que ha supuesto para ella su ruptura con Maurice, y le envía a su confesor, que la reconciliará con la religión. En cuanto al serio caballero con el que Claire ha estado comprometida, el doctor Daumier le ayuda a reconocer su verdadera vocación, el sacerdocio [74].

[73] Adolf Strümpell, *Ueber die Entstehung und die Heilung von Krankheiten durch Vorstellungen*, Erlangen, F. Junge, 1892.

[74] Marcel Prévost, *L'Automne d'une femme*, París, Lemerre, 1893.

El interés de esta novela es doble. Por una parte, es un análisis psicológico de varios caracteres: Maurice, falto de la autoridad de un padre y excesivamente mimado por su madre, es un joven inmaduro, irresponsable, que busca aventuras transitorias o el amor de mujeres de edad, maternales. La enfermedad de Claire comienza en forma de una depresión ordinaria que gradualmente adquiere proporciones alarmantes, y a continuación padece una hemorragia que la conduce a las puertas de la muerte. Sana rápidamente cuando se descubre su secreto patógeno y se arbitra un medio de concederle su deseo. (En la actualidad, esta situación se denominaría enfermedad psicosomática). La otra característica interesante de la novela es el retrato del psicoterapeuta, el doctor Daumier, con su agudo sentido perceptivo, su pericia para desenmarañar una situación y el tacto de que hace gala al hablar con cada uno de los personajes. Por su semejanza con la personalidad y la psicoterapia de Pierre Janet, apenas hay dudas de que el escritor utilizó a éste como modelo. Los procedimientos psicoterapéuticos de este doctor Daumier recuerdan tambien a los utilizados por Benedikt en Viena: se basan en la búsqueda de los problemas secretos del paciente mientras éste se halla en estado consciente, consiguiéndose la curación al ayudarle a resolverlos.

Podemos ver, por tanto, que en 1892 hubo un desplazamiento en las preferencias de los psicoterapeutas: de la sugestión hipnótica y la catarsis se pasó a la combinación de una terapia de apoyo, expresiva y directiva. Tal era la situación a comienzos del crucial año de 1893.

También éste fue un año de tensión política y social en todo el mundo. Una flotilla de la escuadra rusa visitó Tolón, y la población francesa le tributó una entusiasta acogida. Era el preludio de la alianza militar franco-rusa, considerada por los franceses como un alivio frente a la amenaza alemana, al quedar equilibrada la balanza de poder (Alemania, Austria-Hungría e Italia por un lado, Francia y Rusia por el otro). Los franceses, mientras tanto, continuaban aumentando su ya vasto imperio colonial. Nunca había sido tanta la actividad anarquista, y el 9 de diciembre Vaillant arrojó una bomba en la Chambre des Députés. Tras el incidente, el presidente pronunció la famosa frase: «*Messieurs, la séance continue*». («Caballeros, continúa la sesión»).

En la Salpêtrière emergían lentamente nuevas tendencias. Mientras Janet proseguía su análisis psicológico de la histeria, Babinski buscaba criterios neurológicos precisos para definir los síntomas histéricos y distinguirlos de los orgánicos (lo que le llevaría al descubrimiento del reflejo plantar-cutáneo, o «reflejo de Babinski»).

En Viena, la batalla a favor y en contra de la hipnosis estaba más enconada que nunca. Krafft-Ebing publicó una serie de investigaciones

sobre el tema que hallaron una violenta crítica por parte de Benedikt, no sólo en las reuniones médicas, sino también en la prensa diaria [75]. Sigmund Freud, cuya reputación como neurólogo estaba por aquel entonces bien asentada, comenzó a darse a conocer en el campo de la neuropsiquiatría. Ya hemos visto que en 1893 trataba todavía a los pacientes con el método de Bernheim, pero también pagó su tributo a Charcot con un artículo sobre la diferencia entre parálisis orgánica e histérica [76]. Al parecer, no se daba cuenta de los movimientos que tenían lugar en París; su trabajo habría estado en línea con la doctrina de la Salpêtrière de 1886, pero, en vista de la nueva dirección abierta por Babinski, pareció ligeramente anticuado en 1893. Con todo, escribió un artículo conjunto con Breuer, «Sobre el mecanismo psíquico de los fenómenos histéricos», en el que proponía una nueva teoría, combinación de los conceptos de Janet y Benedikt, que fue recibida favorablemente; en el mes siguiente apareció una crítica objetiva del artículo en la *Revue Neurologique* y en algunas revistas alemanas [77]. Obersteiner lo mencionó, en su libro sobre hipnosis, como «una aplicación muy interesante de la sugestión hipnótica» [78]. En Inglaterra, Myers encontró en él una confirmación de sus teorías sobre el sí mismo subliminal [79]. Michel Clarke dio en *Brain* un comentario amplio y cordial del mismo [80]. En Bélgica, Dallemagne presentó un buen resumen de la teoría de Breuer-Freud y expresó algunas reservas [81]. Janet escribió: «Me siento feliz al ver que los resultados de mis ya viejos hallazgos han sido confirmados recientemente por dos autores alemanes, Breuer y Freud» [82]. Benedikt, que al igual que Janet, era mencionado en una nota de pie de página, criticó el trabajo y dijo que sus autores debían haber sido realmente muy afortunados para dar con un grupo tan extraordinariamente bueno de casos clínicos [83].

La muerte súbita de Charcot el 16 de agosto de 1893 provocó una conmoción en Francia y en todo el mundo científico. Como ya se ha men-

---

75 Richard von Krafft-Ebing, *Hypnotische Experimente*, Stuttgart, Enke, 1893.

76 Ver cap. VII, pág. 561.

77 *Revue Neurologique*, I (1893), 36.

78 Heinrich Obersteiner, *Die Lehre vom Hypnotismus*, Viena, Breitenstein, 1893, página 44.

79 Frederick W. H. Myers, «The Subliminal Consciousness», *Proceedings of the Society for Psychical Research*, IX (1893-1894), 3-25.

80 J. Michell Clarke: «Critical Digest, Hysteria and Neurasthenia», *Brain*, XVII (1894), 119-178, 263-321.

81 J. Dallemagne, *Dégénérés et déséquilibrés*, Bruselas, Lamertin, 1894, páginas 436, 445-446.

82 Pierre Janet, *Contribution à l'étude des accidents mentaux chez les hystériques*. Thèse méd., París, 1892-1893, núm. 432, París, Rueff, 1893, págs. 252-257.

83 Moritz Benedikt, *Hypnotismus und Suggestion. Eine Klinisch-psychologische Studie*, Leipzig y Viena, Breitenstein, 1894, págs. 64-65.

cionado en otros lugares, estaba rodeado de una hueste de enemgios, ansiosos de explotar cualquier incidente en contra de él[84]. Se le criticó su actitud en el caso Valroff, en que un sirviente de este nombre, después de intentar matar a la señora de la casa y a su doncella personal, declaró que había actuado en estado sonámbulo, agregando que no era consciente de lo que hacía[85]. Se solicitó el dictamen de Charcot. Éste se mostró evasivo; dio una descripción del estado sonámbulo, pero no pudo decir si se podía aplicar a Valroff. Mientras tanto, había comenzado la campaña para las elecciones generales, con aspereza poco corriente. La opinión pública estaba conmocionada por los escándalos financieros. En junio, en la Cámara de Diputados, varios políticos fueron acusados de haber sido sobornados por los ingleses, por mediación del financiero Cornelius Hertz. Se demostró que los documentos presentados eran falsos, pero Hertz, acusado de desfalco, huyó a Inglaterra. Los ingleses se negaron a su extradición, afirmando que se hallaba gravemente enfermo. Los franceses enviaron entonces a Charcot, con otro perito médico, para que informara sobre el estado de Hertz. Vaticinó que moriría en un plazo de dos semanas, y, al no cumplirse el diagnóstico (en realidad Hertz sobrevivió al propio Charcot), las críticas cayeron sobre él. El mes de julio se inició con diversas manifestaciones estudiantiles en París, y un joven fue muerto accidentalmente en un café. Fue la señal de comienzo de violentos disturbios estudiantiles, secundados por los trabajadores. Durante cuatro días, el Barrio Latino se vio cubierto de barricadas. El tiempo, por lo demás, era bochornoso, lo que hacía más intolerables las presiones usuales en la Facultad de Medicina para concluir las tesis. El 29 de julio, Janet defendió brillantemente la suya, bajo la presidencia de Charcot. Los preparativos para las elecciones generales seguían dando ocasión a enconadas polémicas, que degeneraron, en más de una ocasión, en actos de violencia.

En estas circunstancias, Charcot abandonó París poco antes del 15 de agosto, para pasar unas vacaciones en el distrito de Morvan, acompañado de dos de sus discípulos favoritos, Debove y Strauss. El médico ruso Lyubimov cuenta cómo fue a buscarle a su casa y, desconocedor de su muerte inminente, se vio sorprendido por la expresión de sufrimiento que presentaba[86].

Charcot, sin embargo, accedió a la petición de Lyubimov, y de esta forma vio a su último paciente en el camino desde su casa hasta la estación de ferrocarril. Al día siguiente pareció que se recuperaba, pero a última hora de la tarde cayó enfermo y llamó a sus compañeros. Éstos

---

[84] Ver cap. II, págs. 128-129.

[85] Auguste Motet, *Affaire Valroff. Double tentative de meurtre. Somnambulisme allégué*, París, Baillière, 1893.

[86] A. Lyubimov, *Professor Sharko, Nautshno-biografitshesky etiud*, San Petersburgo, Tip. Suvorina, 1894.

le administraron una inyección de morfina y le dejaron dormir. A la mañana siguiente, el 16 de agosto, le encontraron muerto [87]. Fue enterrado con honores nacionales. En la capilla de la Salpêtrière se celebró una ceremonia impresionante, con asistencia de representantes del gobierno, la administración pública y las corporaciones científicas y otras muchas personalidades. Varias revistas médicas aparecieron con las portadas bordeadas en negro, y los periódicos publicaron numerosos detalles —exactos e inexactos— de la carrera y muerte de Charcot. Se dijo que la mañana de su muerte una delegación de pacientes histéricos fue al director del hospital y le preguntó si le había ocurrido algo a Charcot, porque habían soñado que estaba muerto. Algunas necrológicas tuvieron un tono ambiguo; el *Figaro* del 17 de agosto destacó el genio y los grandes descubrimientos científicos de Charcot, pero sacó también a la luz las antiguas acusaciones de orgullo incontrolable, egoísmo absorbente y autoengrandecimiento lindante con el histrionismo. El doctor Antoine Emile Blanche, fallecido el mismo día, fue elogiado como un médico de la vieja escuela capaz de escribir informes inteligibles, humano y compasivo, para el cual los pacientes eran antes seres humanos que historias clínicas.

En las revistas médicas de Francia y de todo el mundo aparecieron numerosas notas necrológicas. Una de las primeras fue la de la *Wiener Medizinische Wochenschrift* del 9 de septiembre de 1893, firmada por el doctor Sigmund Freud [88]. El autor, que se sentía orgulloso de relatar recuerdos personales, comparaba a Charcot con Adán, que había dado nombre a los animales en el Edén, y con Pinel, que había liberado a los locos de sus cadenas; de la misma forma, Charcot había dado nombre a enfermedades desconocidas en la Salpêtrière y había liberado a los histéricos de las cadenas de los prejuicios. Freud reconocía plenamente la obra neurológica de Charcot; en cuanto a su trabajo sobre la histeria, le concedía el mérito de haber sido uno de los primeros en aproximarse a su comprensión. Acerca de la hipnosis, Freud reconocía las investigaciones serias, aunque escasas, de Charcot.

A los ojos de sus contemporáneos, la nota necrológica de Freud no fue sino una más de las muchas escritas en toda Europa. En Francia, tras las laudatorias necrológicas de los discípulos de Charcot, apareció un trabajo de Janet en el que éste indicaba discretamente los puntos débiles de la metodología de aquél [89]. El primer libro acerca de Charcot, curiosamente, fue escrito por un médico ruso, Lyubimov, el cual le había tratado durante veinte años y registraba información que no se puede encontrar en ningún otro sitio. La impresión general fue la de que sería

87 Ver cap. II, pág. 132.
88 Ver cap. VII, pág. 562; cap. X, pág. 842.
89 Ver cap. II, pág. 130.

muy difícil reemplazarle y de que con su muerte había llegado a su fin una era en la historia de la neuropsiquiatría.

Predominio y declive de la Escuela de Nancy: 1894-1900

Con la muerte de Charcot, el reinado de la Salpêtrière parecía concluir. El propio Charcot había ido perdiendo terreno frente a la Escuela de Nancy en los últimos años, y se le discutía incluso en la Salpêtrière: los abundantes elementos dudosos de sus experimentos con pacientes histéricos habían generalizado el deseo de asentar las investigaciones sobre una base más sólida. Hubo dos tipos de reacción: por un lado estaban los que, como Janet, se mostraban a favor de proseguir los estudios psicológicos con métodos objetivos y críticos; por otro, los discípulos que rechazaban el método psicológico en favor del neurológico. Su sucesor, el profesor Fulgence Raymond, tomó una posición intermedia. Tendió directamente al enfoque neurológico, pero animó a Janet a que prosiguiera con el psicológico. Parecía que ahora era la Escuela de Nancy la que dominaba la escena, continuando su expansión, aunque con ello se diluía su enseñanza. Bernheim había comenzado con el sueño hipnótico, y posteriormente se había concentrado en la «sugestión». La palabra «sugestión» adquirió un significado cada vez más vago y por último fue reemplazada por el término, más de moda, de «psicoterapia».

La búsqueda de nuevas psicoterapias: 1894-1896

En el año 1894 todavía no se discutía la supremacía política de Europa, pero hubo dos acontecimientos que pudieron haber servido de aviso. Japón, por propia iniciativa, declaró la guerra a China y, después de una rápida victoria, hizo de Corea su «protectorado». El sultán turco Abdul Hamid II eligió a los armenios como víctimas propiciatorias y exterminó sistemáticamente a 80.000 de ellos. Hasta entonces había sido costumbre que los países europeos intervinieran declarando la guerra o amenazando con hacerla tan pronto como los turcos comenzaban una matanza de cristianos. Pero esta vez, a pesar de la indignación levantada en las naciones cristianas, nadie se opuso de forma eficaz al sultán rojo, lo que significó otra derrota moral para Europa. La actividad anarquista, mientras tanto, continuaba, y el presidente francés Sadi Carnot fue asesinado. Entre tanto, la muerte del zar Alejandro III sumió a Europa en la incertidumbre acerca de la política que seguiría su sucesor, Nicolás II.

En París no tardó en llegar la reacción contra Charcot, tanto dentro

como fuera de la Salpêtrière[90]. No obstante, Janet, favorecido por la actitud de benovolente neutralidad de Raymond, publicó dos de sus famosas historias clínicas, las de Justine y Achilles[91]. Bernheim, sin embargo, se consideró ahora a sí mismo como el gran dirigente de la psicoterapia y su influencia se extendió rápidamente.

En el mundo de habla alemana, la *Comunicación preliminar* de Breuer y Freud había despertado un cierto interés, aunque los que habían leído a Janet no encontraron nada nuevo en ella. Freud insistió, sin embargo, en las diferencias existentes entre sus teorías y las de Janet, y en 1894 publicó un trabajo sobre las «neurosis de defensa» en el que tomó una posición contraria a la de aquél.

Los acontecimientos del año 1895 aparecieron ante quienes los vivieron como desastrosos para el prestigio del mundo occidental. La matanza de los armenios continuó a pesar de las protestas de los Estados cristianos, y hubo un nuevo despertar de antisemitismo en Europa. El dirigente antisemita Karl Lueger fue elegido alcalde de Viena, nombramiento que canceló el emperador. Se produjo una cierta agitación durante la campaña electoral, aunque prácticamente no hubo brotes de violencia contra las personas o propiedades judías. En Francia, el antisemitismo se centró en el caso Dreyfus. El capitán Alfred Dreyfus fue acusado de traición, desposeído de su rango y sentenciado a trabajos forzados en la isla del Diablo. El mismo año se hicieron dos grandes descubrimientos científicos: el de los rayos X por Roentgen y el del cinematógrafo por Lumière. Pasteur, que murió el 28 de septiembre, fue enterrado con honores nacionales, como uno de los más grandes científicos de todos los tiempos, y sus compatriotas pensaron que la historia de la medicina se podía dividir en dos períodos: antes y después de Pasteur.

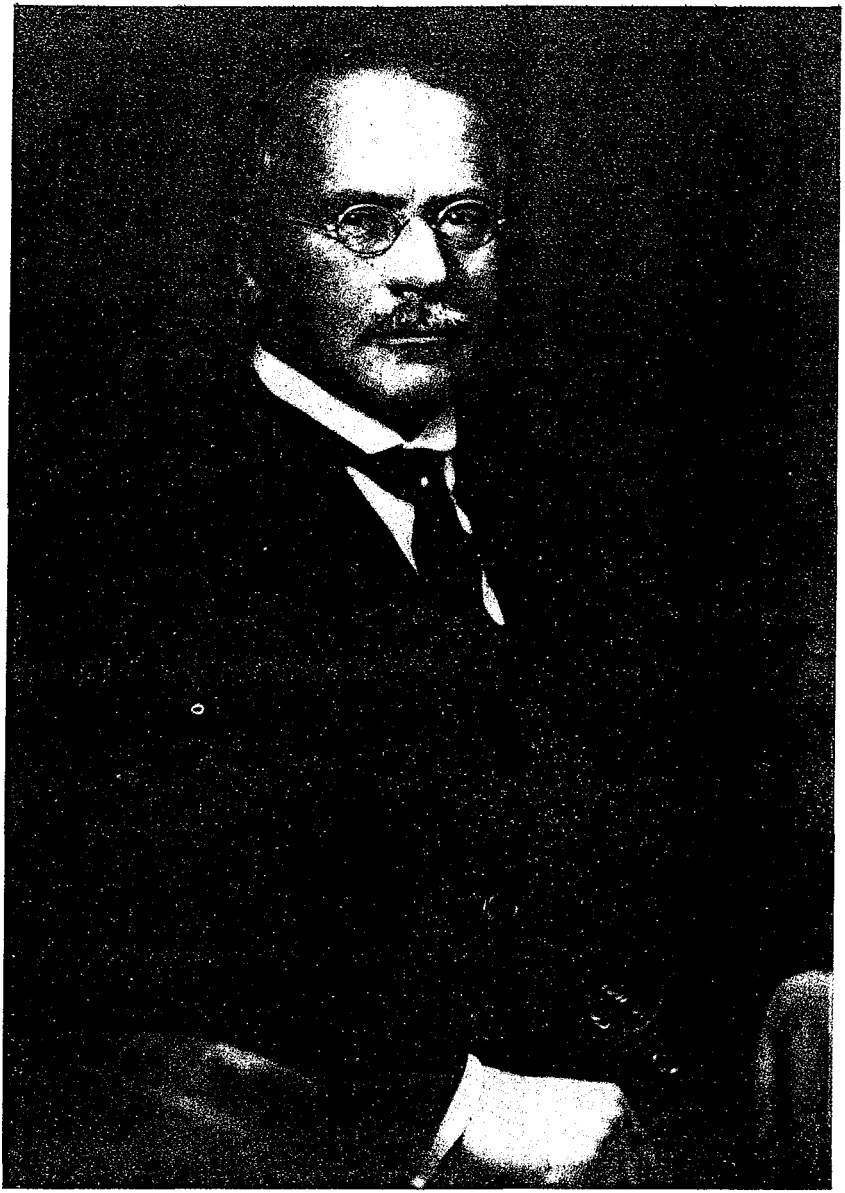
En París, Janet publicó una serie de trabajos en los que ilustraba el papel de las ideas subconscientes en la etiología de los síntomas, fugas e incluso espasmos musculares histéricos[92]. Pero el favor del público cultivado se inclinó por la *Psicología de las masas* de Gustave Le Bon, que se creyó proporcionaría una nueva clave para la comprensión de la sociología, la historia y la ciencia política[93].

En Viena, Sigmund Freud, estudioso de las neurosis, aparecía como rival de Pierre Janet. Así lo revelaban sus trabajos sobre psicoterapia de la histeria y de la neurosis de angustia, su estudio en francés sobre las obsesiones y las fobias (con su teoría de los cuatro tipos de neurosis y su etiología sexual específica) y, sobre todo, la publicación con Breuer

90 Ver cap. II, págs. 133-134.
91 Ver cap. VI, págs. 421-425.
92 Ver cap. VI, pág. 427.
93 Gustave Le Bon, *Psychologie des foules*, París, Alcan, 1895. Trad. inglesa, *The Psychology of Peoples*, Nueva York, Macmillan, 1898.



C. G. JUNG EL VIEJO (1794-1864), personalidad casi legendaria, fue el modelo con el que su nieto se identificó más o menos conscientemente. *(De la colección de cuadros de la Biblioteca de la Universidad de Basilea.)*



CARL GUSTAV JUNG (1875-1961). El pragmatismo de Jung se reflejaba en su terapéutica, que trataba en primer lugar de llevar al paciente a la conciencia de su situación real en la vida. *(Por cortesía del Sr. Franz Jung.)*

de los *Estudios sobre la histeria*[94]. Este libro, como hemos visto, contiene el relato que hace Breuer de Anna O., y cuatro historias clínicas de Freud. La evolución desde la «Comunicación preliminar» es notable: de los cuatro pacientes, sólo dos habían sido tratados con hipnosis; en los otros dos se procuró la resolución directa de sus problemas en estado de vigilia, en gran parte a la manera de Benedikt.

La creencia tradicional de que los *Estudios sobre la histeria* no tuvieron éxito está categóricamente desmentida por los hechos. Umpfenbach indicó que las cinco historias clínicas tenían un interés extremo y que los dos autores habían llegado a los conceptos de Janet y Binet[95]. Bleuler hizo una recensión objetiva y expresó algunas reservas (no estaba desechado, dijo, que el éxito terapéutico del método catártico fuera simplemente el resultado de la sugestión); consideró el libro como uno de los más importantes publicados en los últimos años[96]. Según Jones, la obra sufrió la crítica incomprensiva y vejatoria de Strümpell, pero tuvo una acogida extremadamente amable por parte de J. Michell Clarke. En realidad, tanto uno como otro dieron la misma opinión e hicieron igual crítica, aunque con frases diferentes. Strümpell dijo que «los autores han tratado de darnos, con mucha destreza y penetración psicológica, una visión profunda del estado mental de los histéricos, y sus afirmaciones tienen muchos aspectos interesantes y estimulantes»[97]. No ponía en duda el éxito terapéutico de Breuer y Freud, pero se preguntó hasta qué punto tenía uno el derecho de investigar los secretos más íntimos de sus pacientes, y si lo que éstos contaban bajo hipnosis correspondía realmente a la realidad, porque muchos histéricos son capaces de fantasear en estado hipnótico. Las mismas objeciones (que Jones califica de vejatorias cuando proceden de Strümpell) fueron expresadas por Michell Clarke, quien escribió: «No entro en la cuestión de la conveniencia o no de penetrar de forma tan íntima en los pensamientos y preocupaciones más privados de un paciente» y «no sería extraño que los pacientes se resintieran en muchos casos. Conviene reiterar la necesidad de tener presente, al estudiar a los pacientes histéricos, la gran facilidad con que responden a la sugestión, ya que quizás se encuentre ahí el punto débil del método de investigación»[98]. El peligro, añadía, está en que los pacientes «hagan manifestaciones concordantes con la más ligera sugestión que se les dé», incluso de forma completamente inconsciente. También en Inglaterra, Myers alabó el libro, en el que vio una confirmación de sus propias ideas y de

[94] Ver cap. VII, págs. 552-557.

[95] Umpfenbach, *Zeitschrift für die Psychologie und Physiologie der Sinnesorgane*, X (1896), 308-309.

[96] E. Bleuler, *Münchener medizinische Wochenschrift*, XLII (1896), 524-525.

[97] Adolf Strümpell, *Deutsche Zeitschrift für Nervenheilkunde*, VIII (1896), 159-161.

[98] J. Michell Clarke, *Brain*, XIX (1896), 401-414.

la investigación de Binet y Janet en Francia[99]. Havelock Ellis hizo comentarios entusiastas, y añadió que Breuer y Freud habían «abierto una puerta», añadiendo: «Parece probable que los avances futuros en la explicación de la histeria se basen en análisis psíquicos más amplios»[100]. El caso de Anna O. fue utilizado por Bressler[101] en su estudio sobre la paciente de Blumhardt y su cura mediante exorcismo[102]; la teoría de Breuer y Freud sobre la histeria, decía podría ser útil para conocer científicamente ese remoto caso. En Budapest, Ranschburg y Hajos realizaron un estudio comparado de las teorías de la histeria de Janet y de Breuer y Freud, reconociendo los métodos de ambos, aunque no aceptaron la crítica que hacía Breuer de los conceptos de Janet[103]. Más sobrio fue el comentario de Krafft-Ebing, quien afirmó que, habiendo probado el método de Breuer-Freud en algunos pacientes histéricos, había advertido que la reavivación del trauma causal no era suficiente para curar el síntoma[104]. Resaltó también que el recuerdo del trauma reprimido podía emerger en la consciencia en forma fantástica y distorsionada[105].

Los *Estudios sobre la histeria* tuvieron también éxito en los círculos literarios. El escritor Alfred Berger, conocido por su ensayo filosófico sobre Descartes, por sus novelas psicológicas y por sus críticas literarias, hizo una recensión con el título *Cirugía del alma*, en la *Morgenpresse*[106]. Alabó la profundidad emocional, la sagacidad psicológica y la grandeza de corazón manifestada en el trabajo de los dos autores; comparó sus curas catárticas con la cura de Orestes en la obra de Goethe *Ifigenia en Táuride*. Sobre todo, la aclamó como «una pieza de psicología de antiguos escritores». Los escritores, decía, son como los grandes vikingos que estuvieron en América mucho tiempo antes que Colón; ahora, al fin, los médicos empiezan a alcanzarles. Sabemos asimismo, por la correspondencia de Hofmannsthal, que éste se interesaba por los *Estudios sobre la histeria* como fuente de material para preparar su *Electra*[107]. Quería que su he-

[99] Frederick W. H. Myers, «Hysteria and Genius», *Journal of the Society for Psychical Research*, VIII, núm. 138 (abril 1897), 50-59.

[100] Havelock Ellis, «Hysteria in Relation to Sexual Emotions», *The Alienist and Neurologist*, XIX (1898), 599-615.

[101] Johann Bressler, «Culturhistorischer Beitrag zur Hysterie», *Allgemeine Zeitschrift für Psychiatrie*, LIII (1896-1897), 333-376.

[102] Ver cap. I, págs. 37-42.

[103] Paul Ranschburg y Ludwig Hajos, *Neue Beiträge zur Psychologie des Hysterischen Geisteszustandes. Kritisch-experimentelle Studien*, Leipzig y Viena, Deuticke, 1897.

[104] Richard von Krafft-Ebing, «Zur Suggestionsbehandlung der Hysteria Gravis», *Zeitschrift für Hypnotismus*, IV, núm. 1 (1896), 27-31.

[105] Richard von Krafft-Ebing, *Arbeiten aus dem Gesamtgebiet der Psychiatrie und Neuropathologie*, Leipzig, Barth, 1897, III, págs. 193-211.

[106] Alfred Freiherr von Berger, «Chirurgie der Seele» (1896). Reimpreso parcialmente en *Almanach der Psychoanalyse*, Viena, Internationaler Psychoanalytiker Verlag, 1933, págs. 285-289.

[107] Hugo von Hofmannsthal, *Elektra*, Berlín, Fischer, 1904.

roína, en contraste con la de Goethe, fuera una especie de furia histérica [108]. Hermann Bahr, que le había prestado su ejemplar del libro de Breuer-Freud, utilizó esta noción de la catarsis para su interpretación de las obras dramáticas [109].

En el año 1896 se produjo otro grave golpe contra la autoestimación de Europa. Los italianos, que habían emprendido la conquista de Etiopía, sufrieron una dura derrota frente al emperador Menelik en Adua. Pero de los acontecimientos de ese año, quizá ninguno fue tan terrible como la catástrofe que acompañó a la coronación del zar Nicolás II y la emperatriz Alejandra el 29 de mayo. Durante los festejos, la multitud se vio acometida por el pánico y varios miles de hombres, mujeres y niños fueron pisoteados y muertos. Se suscitaron duras protestas de los liberales y alborotos estudiantiles que tuvieron que ser reprimidos. Los supersticiosos vieron en todo eso como un mal augurio para el reinado del nuevo zar. La alianza entre Francia y Rusia, sin embargo, tomaba forma, y cuando el zar Nicolás visitó París se le tributó una recepción triunfal. Todo ello no hacía sino aumentar la tensión existente entre los dos bloques políticos de Europa.

El antisemitismo empezaba a convertirse en un grave problema en Europa. En Francia se había iniciado una campaña en favor de Dreyfus, las opiniones se escindieron en dos campos. En Austria, Theodor Herzl, periodista y escritor teatral judío, publicó *El Estado judío* [110]. Al servicio de la *Neue Freie Presse* había sido testigo de la agitación desatada por la elección de Lueger y había seguido de cerca el caso Dreyfus. La única alternativa que veía era la creación de un Estado nacional judío en Palestina. No era el primero en sugerir esta solución, pero en su libro presentaba planes completos, y él mismo se esforzó por su realización.

En 1896 tuvo lugar el Tercer Congreso Internacional de Psicología en Munich, del 4 al 7 de agosto [111]. Había sido preparado con la característica *Gründlichkeit* alemana, y reunió a unos 500 participantes, número considerable para entonces. Se leyeron 166 trabajos en cuatro idiomas (alemán, francés, inglés e italiano). Entre los participantes figuraban los más famosos filósofos, psiquíatras y psicólogos de la época. Muchas de las aportaciones eran de gran calidad, y algunas de ellas conservan un interés particular vistas en retrospectiva.

---

108 Citado por Walter Jens, *Hofmannsthal und die Griechen*, Tubinga, Niemayer, 1955, pág. 155.

109 Hermann Bahr, *Dialog vom Tragischen*, Berlín, Fischer, 1904.

110 Theodor Herzl, *Der Judenstaat. Versuch einer modernen Lösung der Judenfrage*, Leipzig y Viena, M. Breitenstein, 1896.

111 *III. Internationaler Congress für Psychologie in München vom. 4. bis 7. August 1896*, Munich, J. F. Lehmann, 1897.

Theodor Lipps leyó un impresionante trabajo sobre el concepto de inconsciente [112]. El inconsciente, dijo, es «el» problema de la psicología. Base general de la vida psíquica, es como una cadena de montañas submarinas de la que sólo emergen las cumbres, que representan el consciente. Nuestra vida consciente está, en gran parte, dominada por las representaciones inconscientes: «Así, mis representaciones pasadas están ahora activas dentro de mí, sin que yo me dé cuenta de su presencia y actividad». El inconsciente no se puede explicar por completo en términos fisiológicos; es una realidad psíquica en sí mismo. Una dirección en cierto modo semejante es la que seguía el trabajo de Georg Hirth sobre los *Merksysteme,* es decir, las asociaciones duraderas de percepciones que, por debajo del umbral de la consciencia, están en conflicto activo entre sí [113]. Estos *Merksysteme* pueden tomar posesión de un individuo sin que él lo advierta. En el peor de los casos, su tiranía puede llevarle a la ruina. Los *Merksysteme* pueden unirse en forma de sistema de sombra, que constituyen la raíz de las antipatías, las sospechas, las perversiones, etcétera, y que son traicionados muchas veces por los sistemas del sueño. «El camino vital del histérico y el melancólico está pavimentado con *sistemas sombra*». En la discusión que siguió a la lectura, el rector Ufer comentó que los *Merksysteme* eran las *Vorstellungsmassen* de Herbart, y Truper añadió que coincidían con las condensaciones de Lazarus.

En un trabajo sobre «Diferencia entre sugestibilidad e histeria», Forel trató de responder a la antigua pregunta: «¿Qué es la histeria?» La definió como «un complejo patológico de síntomas» que puede ser constitucional o adquirido, o participar de ambas características, aunque por lo general predomine el elemento constitucional. Nada significan, añadió, las pruebas aportadas «por Charcot, Freud, Breuer, Vogt y muchos otros antes que ellos» de que pueden producirse síntomas aparentemente graves mediante representaciones mentales inconscientes y curarse al eliminar éstas. Otto Wetterstrand leyó un informe sobre su nuevo método de tratamiento hipnótico y sueño hipnótico prolongado. Rehipnotizaba a los pacientes para mantenerlos en sueño hipnótico durante seis, ocho, diez o más días, y afirmaba poder curar de esta forma a los histéricos.

En su trabajo titulado «Influencia sonámbula y necesidad de dirección», Janet dio una clara descripción de la relación específica existente entre el terapeuta y el paciente. Basándose en su propia experiencia clínica, distinguió dos tipos de relación: la influencia sonámbula que aparece en los pacientes histéricos, y la necesidad de dirección de los psicasténicos [114].

---

112 Theodor Lipps, *III. Internationaler Congress für Psychologie in München,* páginas 146-164.

113 Georg Hirth, *III. Internationaler Congress für Psychologie in München,* páginas 458-473.

114 Ver cap. III, págs. 188-189; cap. VI, pág. 429.

Los trabajos precedentes son sólo una pequeña muestra de los leídos en el Congreso. El número, variedad y originalidad de las contribuciones debió hacer pensar a los participantes que la psicología estaba al borde de una ruptura.

El secretario general del Congreso, Von Schrenck-Notzing, publicó en el mismo año un estudio sobre la personalidad dual [115]. Afirmó que ésta era una reviviscencia inconsciente de recuerdos olvidados. Apoyó este punto de vista en una revisión cuidadosa de casos clínicos famosos (Félida de Azam, Blanche Wittmann de Charcot, y diversos pacientes de Janet) y en las recientes investigaciones de los autores franceses, así como de Breuer y Freud.

El período «fin de siècle»: 1897-1900

En el período 1897-1900 culminó el espíritu *fin de siècle* en Europa [116]. Una de sus características, como hemos visto, era el extremo interés por los problemas psicológicos y psicopatológicos y por la búsqueda de nuevos sistemas de psicoterapia. Bernheim todavía se consideraba como el dirigente sin rival de la medicina psicológica, pero la Escuela de Nancy se convirtió en algo cada vez más nebuloso. En París, la reacción contra Charcot llegó tan lejos que muchos consideraron innecesaria la psicología en el tratamiento de los pacientes mentales. Janet, sin negar su estudio previo de las ideas fijas subconscientes, prestó más atención a las descripciones minuciosas de la psicastenia. Pocos, desde luego, podían saber que Flournoy se había entregado en Ginebra a una larga investigación con la médium Hélène Smith, y ¿quién podía haber imaginado que Sigmund Freud llevaba a cabo en Viena su autoanálisis, así como la investigación de sus sueños?

El año 1897 dio la impresión de estar, como los anteriores, preñado de tensiones políticas y sociales. La población de Creta se rebeló contra la ley turca y fue apoyada por tropas procedentes de Grecia, pero los turcos reconquistaron la isla, provocando la intervención de otras potencias europeas. La alianza franco-rusa se vió confirmada por la visita del presidente francés Félix Faure al zar Nicolás II. En Viena, Karl Lueger, dirigente antisemita, fue elegido por tercera vez alcalde; después de que el emperador hubiera cancelado en dos ocasiones su nombramiento, esta vez fue ratificado. En Basilea se celebró el primer Congreso sionista, bajo la presidencia de Theodor Herzl. Pero el acontecimiento que probablemente causó la impresión más dramática de aquel año fue el incendio del Bazar de la Charité de París, el 4 de mayo. Los organizadores y par-

115 Albert Freiherr von Schrenck-Notzing, *Ueber Spaltung der Persönlichkeit (sogenanntes Doppel-Ich)*, Viena, Hölder, 1896.

116 Var cap. VI, págs. 326-329.

ticipantes pertenecían a la élite de la aristocracia francesa. Una de las víctimas del desastre fue la hermana de la emperatriz Isabel de Austria. Entre las ciento veinticinco personas que perecieron en el incendio sólo había cinco hombres (tres ancianos, un muchacho de veinte años y un médico). Se confirmó que los jóvenes aristócratas presentes se habían abierto camino a puntapiés, conducta que significó el golpe mortal para el poco respeto que seguía teniéndose a la aristocracia.

Entre las numerosas publicaciones de ese año hubo un estudio de Frederick Myers sobre la relación existente entre los síntomas histéricos y las ideas fijas [117]. Los síntomas histéricos, dijo, tienen rasgos pueriles y «me sugieren de forma irresistible la fantástica representación cuasi-onírica del sí mismo subliminal». Añadió:

> Todos los síntomas histéricos, lo digo claramente, son equivalentes a *idées fixes;* y un ataque histérico es la explosión de una *idée fixe*... Nociones como ésta, que me han sido sugeridas en gran parte por los experimentos del Dr. Janet, encuentran (me parece) una extraña confirmación en los recientes *Studien über Hysterie* de los doctores Breuer y Freud. Estos médicos han tenido que tratar, sobre todo en el caso de Anna O., con histéricos de capacidad intelectual muy superior a la de los pacientes de la Salpêtrière. [Myers compara el mecanismo de producción de los síntomas histéricos con el de la creatividad del genio]... El genio es, en esencia, una súbita afluencia subliminal que expresa simbólicamente el resultado de observaciones, y de cuya inferencia no es consciente el sí mismo subliminal.

En conjunto, sin embargo, cada vez se hacía más sospechoso todo lo concerniente a la histeria, la hipnosis y la sugestión, aceptándose, en cambio, el empleo de la palabra «psicoterapia» para designar cualesquiera métodos de curación mediante la mente. Un ejemplo típico de esta nueva actitud se encuentra en el libro de texto de Löwenfeld [118]. Después de una revisión histórica de la psicoterapia y de los principios generales de la psicología médica, el autor da instrucciones relativas a la relación paciente-médico. Entre los principales métodos psicoterapéuticos expone la gimnasia psíquica, el tratamiento hipnótico y sugestivo, el método de Breuer-Freud, la terapia por la emoción y la curación por la fe.

El año 1898 llevó a Europa al borde de la guerra. El incidente desencadenante fue uno de los muchos que caracterizaron la lucha por la posesión colonial de África. Los franceses poseían ya un gran imperio que se extendía desde el Atlántico hasta el lago Chad. Una expedición bajo el mando del coronel Marchand llegó a Fashoda, donde fue detenida por los ingleses. El hecho levantó una gran indignación, hasta el punto de

---

[117] Frederick W. H. Myers, «Hysteria and Genius», *Journal of the Society for Psychical Research,* VIII (1897), 50-59.

[118] L. Löwenfeld, *Lehrbuch der gesamten Psychotherapie mit einer einleitenden, Darstellung der Hauptthatsachen der medicinischen Psychologie,* Wiesbaden, Bergman, 1897.

que la guerra entre ambos países parecía inevitable; por fortuna, los franceses cedieron finalmente a las demandas inglesas (concesión muy oportuna con vistas a una posible guerra con Alemania). El narcisismo europeo recibió un nuevo y serio golpe con la guerra de Cuba. Como consecuencia de un incidente no aclarado (la explosión del *Maine* cerca de La Habana), los Estados Unidos declararon la guerra a España, cuya flota sufrió una gran derrota. En corto espacio de tiempo, los norteamericanos ocuparon Cuba, Puerto Rico, Guam y las islas Filipinas. En España, la derrota motivó una autorreflexión que cristalizó en la «generación de 1898», muchos de cuyos componentes hicieron resurgir la vida intelectual del país. El caso Dreyfus alcanzó su máximo interés en Francia cuando el novelista Zola publicó un libelo, *J'accuse*, y uno de los acusados, el coronel Henry, descubierta su falsedad, se suicidó. Cuando la emperatriz Isabel de Austria fue asesinada por un anarquista en Ginebra, muchos creyeron que la mano del destino trabajaba contra el desgraciado emperador Francisco José I.

En el mismo año 1898 Pierre Janet publicó *Névroses et idées fixes*, la primera de las grandes obras suyas que aparecía bajo los auspicios del laboratorio psicológico de la Salpêtrière [119]. Gran parte de ella se había dado a conocer ya en forma de artículos separados. Siguiendo la costumbre francesa de la época, se reconoció el patrocinio de Raymond, uniendo su nombre al del autor, aunque toda la obra había sido escrita por Janet. *Névroses et idées fixes* contiene varias de las historias clínicas más famosas de Janet, las de Marcelle, Justine, Marcelline, madame D. y Achilles, así como contribuciones de naturaleza más teórica. Después de *L'automatisme psychologique* y la tesis médica sobre la histeria, el libro aseguró la fama de Janet como el primer especialista francés en neurosis. A ello contribuyó su importante estudio sobre «El tratamiento psicológico de la histeria» incluido en el enciclopédico libro de texto de terapéutica de Albert Robin.

Janet sintetizó en él sus concepciones acerca de las ideas fijas subconscientes, su naturaleza, detección y dirección, y su relación con los síntomas (de carácter simbólico en ciertos casos); hizo notar que no era suficiente hacerlas volver a la consciencia, que tenían que ser disociadas a pesar de la resistencia (a menudo en forma de síntomas somáticos). Insistió también en el papel capital de la influencia sonámbula, y en cómo debía emplearse para el tratamiento, manteniéndola en el mínimo compatible con el efecto terapéutico. No menos esencial, dijo Janet, es complementar el tratamiento hipnótico con un programa de reeducación [120].

La Escuela de Nancy había crecido demasiado, y uno de sus adeptos, el alemán Van Renterghem, publicó una revisión de la misma, descri-

119 Ver cap. VI, pág. 430.

120 Pierre Janet, «Traitement psychologique de l'hystérie», en *Traité de Thérapeutique*, Albert Robin, ed., fascículo 15, 2.ª parte, París, Rueff, 1898, págs. 140-216.

biendo primero a los miembros del grupo de Nancy, Liébeault y Bernheim, y luego a los adeptos de toda Europa, como Polonia, Suecia y Alemania [121]. Breuer y Freud representaban la rama austríaca.

El médico de 1898 que leyera en las revistas profesionales los nombramientos docentes quedaría sorprendido al ver que el famoso profesor August Forel había dejado su cátedra de psiquiatría de la Universidad de Zurich para ser reemplazado por un recién llegado casi desconocido, Eugen Bleuler, como reconocimiento de la destacable labor clínica desarrollada durante los diez años anteriores en el Hospital Mental de Rheinau [122].

Entre la gran producción literaria de ese año ocupan un lugar central las *Investigaciones sobre la libido sexualis* de Alber Moll [123], ideas sugeridas en 1894 por Dessoir: existencia de una evolución del instinto sexual y de un estado transitorio indiferenciado en los adolescentes jóvenes, y posibilidad de que una alteración del desarrollo sea la explicación de la homosexualidad en los adultos. La palabra «libido», que había sido utilizada por Benedikt, Krafft-Ebing y otros en el sentido de deseo sexual, recibió un nuevo significado, al identificarse con el instinto sexual en sus fases de evolución. En Viena, Freud publicó sus trabajos sobre el «Mecanismo psíquico del olvido» y la «Sexualidad en la etiología de las neurosis».

El año 1899 trajo consigo la guerra de los boers. El público esperaba una rápida victoria de los ingleses, pero sufrieron algunas derrotas iniciales y tuvieron que pedir refuerzos. Los boers gozaron de amplias simpatías en Francia y Alemania. En la primera de estas naciones la agitación por el caso Dreyfus se apaciguó gradualmente. La sentencia fue suspendida y Dreyfus regresó de la isla del Diablo.

Los progresos de la Escuela de Nancy fueron notables en Holanda. La clínica psicoterapéutica de Van Renterghem, situada en una zona residencial de Amsterdam, fue transformada solemnemente en el Instituto Liébeault, constituido por un salón de entrada, salas de espera y exploración, oficinas, una biblioteca y veintiséis habitaciones para enfermos. En el salón había una placa con la inscripción:

Ambrosio Augusto Liébeault
Ex Favereis oriundo (Lotharingia)
Dedicatum

(en la que se recordaba a los visitantes que Liébeault había nacido en el pueblo de Favières, en la Lorena). La clínica estaba decorada con retratos de Liébeault, Bernheim y Liégeois.

121 A. W. Van Renterghem, *Liébeault en zijne School*, Amsterdam, Van Rossen, 1898.
122 Ver cap. V, págs. 331-335.
123 Albert Moll, *Untersuchungen über die Libido sexualis*, vol. I, Berlín, H. Kornfeld, 1898.

El interés de la patología sexual, que había sido muy fuerte desde la publicación de la primera edición de la *Psychopathia sexualis* de Krafft-Ebing, se manifestó en la fundación del *Jahrbuch* de Magnus Hirschfeld [124], publicación que incluía artículos originales y recensiones de la bibliografía sobre patología sexual y que tomó una posición activa, solicitando una reforma de las leyes relativas a la homosexualidad. Entre las numerosas publicaciones de ese año se encontraba el libro de Féré *Instinto sexual: evolución y disolución,* en el que el autor trató de introducir un concepto evolucionario en el campo de las desviaciones sexuales [125]. En él, y basándose en las numerosas observaciones clínicas que había realizado, resaltó la influencia de las experiencias sexuales precoces sobre el desarrollo sexual futuro de los individuos.

En ese año, Freud publicó su trabajo sobre los «recuerdos pantalla», que fue comentado de forma favorable en la *Revue Neurologique* y en varias revistas psiquiátricas y psicológicas.

El año 1900 se presentó como uno de los más sangrientos nunca vistos. La guerra hacía estragos en África del Sur; los ingleses parecían aferrados allí, pero, a pesar de sus éxitos locales, se mostraban incapaces de lograr una victoria decisiva. Kruger, presidente de Transvaal, viajó por Europa recibiendo únicamente buenas palabras y manifestaciones de simpatía. Cierta sociedad secreta, la de los bóxers, provocó una insurrección en China. En junio, los europeos fueron sitiados en sus embajadas en Pekín y rescatados en agosto por una expedición internacional al mando de un alemán. Se habló mucho del «peligro amarillo», y el pensar que los chinos se unieran para constituir un ejército poderoso que anegaría y destruiría Europa se convirtió en una pesadilla. El rey Umberto de Italia fue asesinado por un anarquista.

No obstante, pareció ser un año productivo en muchos terrenos. En Alemania, Planck leyó su primer trabajo sobre la teoría de los cuantos, que revolucionaría la física. Ellen Key publicó *El siglo del niño,* en el que proclamó que el siglo XX traería consigo la liberación del niño y propuso reformas revolucionarias de la educación. En el arte, pasaron a un primer plano nuevas tendencias que habían madurado durante los años precedentes. El «modernismo» triunfó en Francia y el *Jugendstil* en Alemania y Austria. En Viena, Gustav Klimt había recibido el encargo de realizar la decoración en frescos del nuevo edificio de la Universidad, pero sus diseños despertaron la indignación de los profesores. La noticia de la muerte de Nietzsche después de diez años de demencia aumentó el interés por su filosofía en toda Europa. Otro alemán, Edmund Husserl, publicó un libro que atrajo poca atención fuera de un estrecho círculo de

---

124 *Jahrbuch für sexuelle Zwischenstufen unter besonderer Berücksichtigung der Homosexualität* Leipzig, Max Spohr, 1899.

125 Charles Féré, *L'Instinct sexuel. Évolution et dissolution,* París, Alcan, 1899.

filósofos profesionales[126]. ¿Quién podía haber adivinado que, cincuenta años más tarde, se convertiría en fuente de inspiración de una nueva tendencia psiquiátrica, el análisis existencial?

Muchos esperaban que el nuevo siglo fuera el siglo de la psicología. Quizás no deba extrañarnos que en 1900 se fundara en París el Instituto Internacional de Psicología, con Janet como principal promotor[127]. El mismo año se llamó a Janet para que sustituyera a Ribot en su curso de psicología del Collège de France. Su primera serie de clases trató sobre «Sueño y estados hipnóticos», y en ellas examinó el sueño, los ensueños, las alteraciones del sueño y el sonambulismo.

Uno de los acontecimientos más notables de 1900 fue la gran Exposición Universal celebrada en París. Fue, por lo demás, un año de congresos internacionales. El de Medicina reunió a 8.000 participantes, divididos en 23 secciones, número muy alto para la época. La sección de Neurología, bajo la presidencia de Raymond, se cuidó de permanecer en el sólido campo neurológico y de no invadir el del hipnotismo.

El Segundo Congreso Internacional de Hipnotismo tuvo lugar del 12 al 16 de agosto[128]. El discurso de apertura, pronunciado por Raymond, ilustra los cambios sufridos por las ideas acerca de esta técnica desde la muerte de Charcot. El conferenciante dijo que éste había hecho del hipnotismo un tema de investigación con los mismos métodos que aplicaba a las enfermedades neurológicas, mientras que la Escuela de Nancy destacaba los aspectos psicológicos del mismo. En realidad, continuó Raymond, ambas tendencias tenían bases antiguas; Pierre Janet había demostrado que los magnetizadores ya habían descrito los tres estadios de hipnotismo en 1840, y que la disputa entre las escuelas no era sino una reviviscencia de la antigua guerra entre los fluidistas y los animistas. El único hecho realmente nuevo, añadió, era que en la actualidad todos creían en el determinismo psicológico y trataban de descubrir las leyes de la mente. El discurso fue completado con una larga y detallada revisión de la historia del hipnotismo realizada por Bérillon, comenzando con Braid y llegando hasta sus días.

Oskar Vogt habló del valor de la hipnosis como herramienta de la investigación psicológica. El autor había puesto a punto un método con el que hacía que el sujeto hipnotizado se concentrara en una cierta idea, imagen, recuerdo o sentimiento, que daba lugar a un aumento de la consciencia, como si el contenido y entorno del fenómeno sometido a investigación se vieran bajo un cristal de aumento[129]. Los participantes

126 E. Husserl, *Logische Untersuchungen*, vol. I, Halle, Niemeyer, 1890.

127 Ver cap. VI, pág. 392.

128 *Ie Congrès International de l'Hypnotisme*, París, 12-16 de agosto de 1900, París, Revue de l'Hypnotisme, Vigot, 1902, pág. 320, Comptes-Rendus publiés par Dr. Bérillon et Dr. Farez.

129 Ver cap. III, pág. 212.

en el Congreso visitaron la Salpêtrière el 13 de agosto, guiados por los doctores Cestan Philippe y Janet. Los periodistas asistentes notarían probablemente la falta del elemento misterioso que iba unido a la Salpêtrière desde la época de Charcot, de modo que se mostraron encantados de poder extender la noticia de una extraordinaria paciente llamada Madeleine, que llevaba los estigmas de la Pasión de Cristo.

El Cuarto Congreso Internacional de Psicología tuvo lugar del 20 al 25 de agosto, con Théodule Ribot como presidente, Charles Richet como vicepresidente y Pierre Janet como secretario general [130]. Entre los participantes había un número impresionante de filósofos, psicólogos, psiquíatras e incluso escritores. En él se discutieron todos los temas posibles de interés psicológico. La tercera sesión general se dedicó al fenómeno del sonambulismo. Théodore Flournoy, cuya obra *De la India al planeta Marte* había aparecido algunos meses antes, se refirió a Hélène Smith y a sus alteraciones sonámbulas; el infantilismo e ineptitud de lo que ésta decía demostraba que dichos fenómenos se originaban en capas primitivas, infantiles, de la mente individual. Existe una especie de aparición transitoria de estadios de desarrollo psicológico largo tiempo escondidos. Otro rasgo de las realizaciones sonámbulas es la audacia con que el sujeto trata de imponer sus teorías como hechos indiscutibles. También aquí vio Flournoy una característica infantil como reconstitución del candor con que el niño vive sus ficciones y juegos. Todos esos fenómenos deben ser considerados como regresivos.

F. W. H. Myers, en un trabajo «Sobre los fenómenos de trance de la señora Thompson», citó a Pierre Janet, Binet, Breuer y Freud como autoridades en histeria. Inmediatamente después, Frederik van Eeden habló de sus experimentos con la misma señora Thompson (médium clarividente). Estando él en Holanda y ella en Inglaterra, le llamó en tres ocasiones mientras soñaba, y ella pudo confirmar los momentos y las fechas. Las dos primeras veces la había llamado Nellie, y la tercera, por error, Elsie. Dos días más tarde recibió una carta de la señora Thompson informándole de que le había oído llamar Elsie, que era el nombre de un espíritu al que ella conocía. Van Eeden dijo también que no existe diferencia esencial entre un trance mediumnístico y un ensueño, y que una persona puede entrenarse para dirigir sus ensueños a voluntad [131].

Morton Prince leyó otro trabajo sobre las personalidades múltiples de la señorita Beauchamp; Hartenberg lo hizo sobre la neurosis de angustia, negando la teoría de Freud de su origen sexual (aunque en la discusión admitió su posible presencia en ciertos casos); y Durand (de Gros) trató de su teoría del polipsiquismo. Después de la lectura de un trabajo por

[130] *IVe Congrès International de Psychologie*, París, 20-26 de agosto de 1900, París, Alcan, 1901.

[131] Ver cap. V, págs. 360-361.

Jovic, en el que proponía el uso de métodos experimentales en la psicología, un joven vienés, Otto Weininger, replicó vivazmente que, según se fueran perfeccionando dichos métodos, la introspección alcanzaría un grado de refinamiento imposible de imaginar en la actualidad.

Se presentaron también aportaciones sobre casos clínicos. Paul Farez, discípulo de Durand (de Gros), distinguió dos tipos de tratamiento hipnótico: en uno basta una orden para curar al paciente, y en el otro es necesaria la exploración del inconsciente para hallar la causa y poderla tratar [132]. Esta causa puede ser una pesadilla o una impresión vivida de la que el paciente no conserva un recuerdo consciente. Farez contó también la historia de un escritor que se había convertido en juguete de una actriz y tenía lagunas en su memoria. Bajo hipnosis, pudo recordar que ella le hipnotizaba y le obligaba a hacer lo que quería y posteriormente a olvidarlo. Farez consiguió neutralizar entonces la influencia nociva de la mujer.

En su información del Congreso, el *Figaro* escribió:

> Nunca mentes más variadas han discutido temás más diversos. Había profesores de filosofía, hombres de letras, sacerdotes, jesuitas, dominicos, fisiólogos, magos, brahamanes hindúes, penalistas, veterinarios, príncipes rusos, y también algunas mujeres, varias de las cuales habían llegado para discutir acerca del espiritismo... [133].

De 1900 datan dos libros que se convertirían en clásicos de la psiquiatría dinámica: *De la India al planeta Marte* de Flournoy y *La interpretación de los sueños* de Freud (ambos aparecieron realmente a finales de 1899, pero la fecha de publicación es de 1900).

Ya nos hemos referido a la investigación de cinco años llevada a cabo por Théodore Flournoy en Ginebra sobre la médium «Hélène Smith» (Catherine Muller), la cual afirmaba poseer el don de la clarividencia y la capacidad de reencarnar, en sus trances mediumnísticos, fases de sus vidas anteriores. Había sido la reina de Simandini en la India en el siglo XV, la reina María Antonieta en Versalles, y había vivido en Marte, cuyo lenguaje hablaba y escribía correctamente [134]. Flournoy describió estos tres ciclos, calificándolos de fantasías de la imaginación subliminal. El libro, tan entretenido como una novela de Julio Verne o H. G. Wells, es un profundo análisis de algunos de los sutiles procesos de la mente inconsciente. Evidencia la imaginación subliminal como una actividad creadora y continua. A través de las diversas subpersonalidades de la médium, Flournoy resalta la unidad fundamental de su personalidad. Demuestra también la importancia de la criptomnesia: las fantasías subliminales se basaban funda-

132 Paul Farez, «L'Hypnotisme et l'évocation du subconscient», *IV^e Congrès International de Psychologie* (1900), París, Alcan, 1901, págs. 670-674.

133 *Le Figaro*, 29 de agosto de 1900.

134 Ver cap. V, págs. 370-371.

mentalmente en recuerdos infantiles olvidados, en especial de libros. Se daba plena libertad a la satisfacción de los deseos; los sueños de superioridad, de ser reina, de dar consejos o información sobre otros mundos, expresaban los deseos de grandeza de la paciente, aunque mezclados con manifestaciones simbólicas de la mediocre realidad. Flournoy sigue la regresión expresada por cada ciclo hasta una edad específica. Un elemento que al lector moderno le puede parecer descuidado es el papel de la relación o transferencia, pero, como señaló Claparède, Flournoy era lo bastante consciente de este fenómeno, aunque lo tratara de forma discreta.

El libro de Flournoy irritó a quienes creían que las declaraciones de los médiums eran verdaderas revelaciones de otros mundos. Otros, sin embargo, aportaron una sana crítica. El doctor Metzger señaló el efecto perturbador que los recién llegados habían ejercido durante las sesiones de Hélène, estropeando la espontaneidad de la médium con sus absurdas distracciones, e influyendo sobre ella [135]. El responsable *Journal de Genève,* en una larga recensión del 15 de enero, dio el crédito debido a la empresa y a la agudeza psicológica de Flournoy. El anónimo crítico destacó humorísticamente lo extraño que resultaba que los mismos aventureros reunidos alrededor de Hélène Smith de una reencarnación a otra fueran unos pacíficos burgueses de Ginebra, y afirmaba que *De la India al planeta Marte* era en realidad una novela con una clave para los ginebrinos. Insinuaba incluso que el conocimiento superficial que tenía la médium del sánscrito se podía haber originado en un chiste contado por uno de los cultos amigos de Flournoy. Destacó también la fantasía de la joven, que podía crear simultáneamente varias caracterizaciones y dramas, leer y hablar varios idiomas, uno de ellos de su propia creación. Deploró que se perdiera tanto talento, y llegó a la conclusión de que la médium era, sobre todo, una actriz admirable que representaba sus papeles con tal pasión que embrujaba a su círculo íntimo. Flournoy protestó contra estas afirmaciones en una carta dirigida al *Journal de Genève,* que apareció en el número del 19 de enero.

El libro tuvo un gran éxito. El mismo año que el francés original apareció la traducción al inglés, y poco después al italiano y alemán. Según Claparède, fue citado en innumerables periódicos, revistas y diarios, y el *World* de Nueva York incluyó un retrato en colores de Flournoy [136]. Comentado en las revistas humorísticas, como en el *Punch* londinense del 14 de marzo de 1900, fue satirizado por los estudiantes en las representaciones de fin de curso. El Casino Teatro de Ginebra puso en escena la obra *En Avant, Mars!* («¡Adelante, Marte!»); Flournoy recibió

135 Anón. (D. Metzger), *Autour «des Indes à la planète Mars»,* Bâle et Genève Georg & Cie, ed., París, Librairie Spirite, 1901.

136 Edouard Claparède, «Théodore Flournoy, Sa Vie et son oeuvre. 1854-1920», *Archives de Psychologie,* XVIII (1923), 1-125.

cartas de todas partes del mundo. William James escribió: «Creo que su obra ha dado probablemente el paso decisivo para convertir la investigación psíquica en una ciencia respetable». Myers dijo que el libro era «un modelo de honradez» y lo consideró también como un paso decisivo para la exploración de la muerte subliminal, opinión compartida por Morselli, Dessoir, Oesterreich y otros.

El segundo gran libro de 1900 fue *La interpretación de los sueños* de Freud, del que ya hemos tratado [137]. Sólo comentaremos aquí el modo como fue recibido. Entre los numerosos trabajos editados cada año acerca de los sueños, el título *Traumdeutung* atrajo la atención debido a lo poco que se había publicado sobre el tema desde la época de Scherner. *Traumdeutung*, además, recordaba a *Sterndeutung* (astrología). A pesar de su título, un tanto ambiguo, el libro de Freud ofrecía mucho al lector: en primer lugar una revisión histórica de la psicología de los sueños, a continuación una explicación del método del autor para la interpretación de los mismos, posteriormente su teoría sobre los sueños, y por último su teoría sobre la mente en general. Estaba bien escrito y contenía ilustraciones de los propios sueños del autor, así como interesantes detalles de la vida en Viena a finales del siglo XIX. Prometía ser la piedra angular de la nueva ciencia de la mente.

La acogida tributada a *La interpretación de los sueños* ha dado lugar a una tenaz leyenda. «Pocas veces un libro importante ha producido un eco tan nulo», dijo Jones; y, según Freud, dieciocho meses después de la publicación ninguna revista psiquiátrica había insertado su recensión. Ilse Bry y Alfred Rifkin han demostrado que las cosas ocurrieron, de hecho, de forma completamente distinta:

> *La interpretación de los sueños* fue analizada al menos en once publicaciones periódicas generales y revistas especializadas, entre ellas, siete dedicadas a la filosofía y la teología, psicología, la neuropsiquiatría, la investigación psíquica y la antropología criminal. Las recensiones están firmadas, no son noticias de rutina, y juntas suman más de 7.500 palabras. El intervalo entre la publicación y la crítica fue por término medio de un año, lo que no es mucho... Parece ser que los libros de Freud sobre los sueños fueron criticados amplia y rápidamente en las revistas especializadas, entre las que se contaban las más sobresalientes de sus campos respectivos.
>
> Más aún, los editores de las bibliografías anuales internacionales de psicología y filosofía los seleccionaron para incluirlos en ellas. En este país, el *Psychological Index* anotó *La interpretación de los sueños* a los cuatro meses de su edición. Aproximadamente a finales de 1901, la publicación de Freud había sido sometida a la atención de los círculos médicos, psiquiátricos, psicológicos y educativos de todo el mundo.
>
> ...Algunas de las recensiones son profundas y serias, varias están escritas por autores de gran relieve y conocedores del tema, y todas se muestran respetuosas. Las críticas siguen siempre a un breve resumen del contenido básico del libro... [138].

---

[137] Ver cap. VII, págs. 514-518 y 567-570.

[138] Ilse Bry y Alfred H. Rifkin, «Freud and the History of Ideas: Primary Sources, 1886-1910», *Science and Psychoanalysis*, V (1962), 6-36.

Para probar esta afirmación, Bry y Rifkin dieron un resumen de una de las críticas realizadas por William Stern, demostrando cuán lejos estaba de ser «aniquiladora» (para utilizar el término de Jones)[139]. Stern reconoce que Freud investiga los sueños desde un nuevo punto de vista, con lo que «abren muchas perspectivas nuevas», que Freud «tiene el mérito de buscar una nueva explicación de los sueños en la esfera poco conocida de la vida emocional», que el libro contiene «numerosos detalles de valor muy estimulante, excelentes observaciones y perspectivas teóricas y, sobre todo, un material extraordinariamente rico de registros de sueños muy exactos». Naecke hizo una crítica extremadamente favorable del «excelente libro» *(vortreffliches Buch)*, en la que afirmaba «es psicológicamente el más profundo que la psicología de los sueños haya producido hasta el momento», añadiendo que «la obra está realizada como un todo unificado, y pensada toda ella con genialidad»[140].

Weygandt escribió: «El libro ofrece un rico material bien estudiado y llega más lejos que ninguno de los publicados hasta el momento en el esfuerzo por analizar los sueños»[141]. Flournoy hizo una crítica muy favorable, en la que dice que «presenta numerosos ejemplos (de análisis de los sueños) que son obras de arte de sagaz penetración y sutil ingenuidad»[142].

En París, Henri Bergson citó la obra en una conferencia sobre los sueños que dio en el Institut Psychologique el 26 de marzo de 1901[143]. Carl Gustav Jung, que era en aquella época un joven residente en el Burghölzli de Zurich, la mencionó en su tesis en 1902. Emil Raimann escribió en un libro sobre histeria: «Freud ha demostrado de forma completamente convincente que en el sueño la vida mental se expresa a sí misma, que los deseos y pensamientos inconscientes, disfrazados hasta ser casi irreconocibles, forman el contenido de los sueños»[144]. Sin embargo, puso objeciones a la teoría sexual de Freud y sospechó que «como se conoce en casi todas partes», los pacientes que acudieran a él estarían influidos previamente por ella. Raimann resaltó, no obstante, que estas objeciones no disminuían el mérito de la enseñanza de Freud. En todo el libro no se encuentra una sola mención despectiva del autor[145].

139 William Stern, *Zeitschrift für Psychologie und Physiologie der Sinnesorgane*, XXVI (1901), 30-133.

140 Naecke, *Archiv für Kriminal-Anthropologie und Kriminalistik*, VII (1901), 168-169.

141 W. Weygandt, *Zentralblatt für Nervenheilkunde*, XXIV (1901), 548-549.

142 Théodore Flournoy, *Archives de Psychologie*, II (1903), 72-73.

143 Henri Bergson, «Le Rêve», *Bulletin de l'Institut Psychologique International*, I (1901), 97-122; reimpreso en *Revue Scientifique*, 4.ª serie, XV (1901), 705-713, y en *Revue de Philosophie*, I (1901), 486-489.

144 Emil Raimann, *Die hysterischen Geistesstörungen. Eine Klinische Studie*, Leipzig y Viena, Deuticke, 1904.

145 En el mismo libro, Raimann atribuye el más alto valor a la teoría sobre la histeria de Breuer y Freud. Es sin duda extraordinario que Jones pudiera considerar este libro como un ataque vitriólico contra Freud.

La interpretación de los sueños fue criticada también en una serie de periódicos y revistas destinadas al gran público. Apenas había salido de la imprenta cuando apareció su recensión en el periódico vienés *Die Zeit* de 6 y 13 de enero de 1900, firmada nada menos que por su redactor jefe, Max Burckhardt [146]. Era una crítica amplia y documentada, aunque algo desenfadada. En realidad, no se podía considerar negativa en ningún aspecto; no cabe duda de que Burckhardt había leído la obra completa. La resumía de forma clara y exacta, haciendo numerosas citas. Consideraba que el autor había dado demasiada importancia al elemento infantil, y lamentaba que no explicara sueños de las personas pertenecientes al tipo verbal (las que piensan en palabras más que en imágenes), ni la escisión de la personalidad en los sueños. Aún no habían transcurrido tres meses de su publicación cuando una revista berlinesa, *Die Umschau*, publicó una crítica firmada por el doctor C. Oppenheimer, calificándolo de «libro extraordinariamente interesante, aunque extraño» [147]. En la misma fecha, un diario vienés, *Fremden-Blatt*, hizo una crítica igualmente positiva de lo que estimó como un «libro extraordinariamente ingenioso e interesante», ensalzando en particular las observaciones de Freud acerca del mundo de los niños, que llenarían de entusiasmo a todos los amigos de éstos [148]. *La interpretación de los sueños* recibió también una crítica muy favorable por parte del periódico socialista vienés *Arbeiter-Zeitung* [149], y otra amplia y entusiástica del *Neues Wiener Tagblatt* [150], firmada por un hombre que pronto se convertiría en uno de los primeros discípulos de Freud, Wilhelm Stekel [151].

El psicoanálisis contra el análisis psicológico: 1901-1914

El comienzo del siglo XX representó para los contemporáneos el nacimiento de una nueva era. La decadencia y la atmósfera de *fin de siècle* se habían hecho intolerables. La muerte de la reina Victoria significó el final de una época, y el reinado de Eduardo VII se caracterizó por una combinación de «gracia aristocrática y comodidad moderna». Este período, la Belle Époque, nos parece ahora de paz, seguridad y *joie de vivre*, pero

146 Max Burckhardt, «Ein modernes Traumbuch», *Die Zeit*, XXII, 6 de enero de 1900, núm. 275, pág. 911, y 13 de enero de 1900, núm. 276, págs. 25-27.

147 *Die Umschau*, IV, núm. 11 (10 de marzo de 1900), 218-219.

148 «H. K. Träume und Traumdeutung», *Fremden-Blatt*, LIV, núm. 67 (10 de marzo de 1900), 13-14.

149 *Arbeiter-Zeitung*, XII, núm. 289 (21 de octubre de 1900).

150 *Neues Wiener Tagblatt*, 29 y 30 de enero de 1902.

151 Estas dos recensiones últimamente mencionadas fueron descubiertas por el doctor Hans Beckh-Widmanstetter. El autor le agradece a él y a K. R. Eissler las fotocopias.



Uno de los rasgos más fascinantes de Carl Gustav Jung era su capacidad para pasar instantáneamente de las consideraciones materiales a las especulaciones abstractas más elevadas. *(Por cortesía del Sr. Franz Jung.)*



REV. OSKAR PFISTER, ministro protestante de Zurich. Fue el pionero de la aplicacion del psicoanálisis a la educación y a la «cura de almas» religiosas. *(Por cortesía del Rev. Oskar Pfister.)*



El DR. ALPHONSE MAEDER, tras su asociación con Freud y Jung, creó un método original de terapéutica resumida. *(Por cortesía del Dr. Alphonse Maeder.)*

para los que lo vivieron fue de «paz armada» y estuvo amenazado por una guerra inminente; así se advierte en obras de ficción como *La guerra en el aire* de H. G. Wells y las novelas del capitán Danrit, en las que se describe una guerra terrorífica. Hubo un desplazamiento político general hacia la izquierda, y mucha gente esperaba que el triunfo de los partidos socialistas asegurara la paz internacional. La lenta caída de Europa se manifestaba en el crecimiento y provocación de las potencias no europeas.

Existía un deseo general de dar la espalda al siglo XIX y buscar nuevos caminos. Se pusieron de moda los deportes del motorismo y esquí. En el campo intelectual destacaron nuevos nombres: el filósofo Henri Bergson, el economista Vilfredo Pareto y el pensador político Georges Sorel, quien introdujo una nueva ideología antidemocrática. En la psiquiatría dinámica se puso de manifiesto la misma actitud al rechazarse la primera psiquiatría dinámica, perderse todo interés por la histeria y la hipnosis y buscarse nuevas psicoterapias, como la de Dubois. Hubo dos nombres, sin embargo, que parecieron polarizar la nueva psiquiatría dinámica: Pierre Janet en París y Sigmund Freud en Viena.

El comienzo de una nueva era: 1901-1905

El año 1901 estuvo marcado por un acontecimiento de gran resonancia en la época, a saber, la muerte de la reina Victoria. Su nombre había estado asociado con la expansión y dominio mundial del Imperio británico, y también con una serie de valores morales y sociales agrupados bajo la denominación de espíritu victoriano [152]. Había mantenido a su hijo, el rey Eduardo VII, celosamente apartado de los asuntos del Imperio, pero éste tenía su propia manera de pensar y adoptó una línea política propia. Una vez en el poder, su primera preocupación fue concluir la guerra de los boers y normalizar las relaciones con Francia. Otros acontecimientos importantes de este año fueron la imposición por parte de las potencias europeas de un tratado de paz en China y el asesinato del presidente McKinley en los Estados Unidos.

En ese año, Joseph Babinski, otrora el discípulo más querido de Charcot, asestó el golpe de muerte a lo que quedaba de la enseñanza de su maestro sobre la histeria. En una reunión memorable de la Sociedad Neurológica de París, leyó un informe titulado «Definición de la histeria», en el que propuso un concepto puramente pragmático [153]. La histeria, dijo, es la suma total de los síntomas que se pueden hacer surgir mediante la sugestión y desaparecer mediante la contrasugestión (a la que denominó persuasión). Por lo tanto, ciertos síntomas, como la supuesta fiebre histé-

152 Ver cap. V, págs. 296-297.

153 J. Babinski, «Définition de l'hystérie», *Revue Neurologique*, IX (1901), 1074-1080.

rica, las hemorragias, etc., quedaban excluidos de la misma. Según Babinski, no existía más que una propensión peculiar a responder de forma positiva a la sugestión. Recomendó reemplazar el término «histeria» por el de «pitiatismo». La mayoría de los neurólogos franceses, que estaban hartos de ver demostraciones de pacientes histéricos en la Salpêtrière, la Charité o el Hôtel-Dieu, aceptaron con rapidez las ideas de Babinski. Muchos ni siquiera se dieron cuenta de que éste aceptaba la existencia de ciertos individuos predispuestos a la sugestión; llegaron a la conclusión de que la histeria era una entidad carente de existencia. El número de pacientes histéricos descendió de forma rápida y continuada; los franceses pretendieron atribuir este descenso a los nuevos conceptos de Babinski, pero, dado que en toda Europa ocurría el mismo fenómeno, podría preguntarse uno hasta qué punto no estuvieron implicados factores sociales y culturales.

Freud escribió una versión resumida de la *Traumdeutung;* titulada *Sobre los sueños,* apareció a principios de 1901 como el primero de una serie de folletos médicos, de modo que caló más profundamente en el mundo médico [154]. Las críticas fueron aún más favorables que para la *Traumdeutung.* Bry y Rifkin escriben: «Hallamos diecinueve críticas del ensayo *Sobre los sueños,* todas ellas publicadas en revistas médicas y psiquiátricas, con un total de 9.500 palabras y en un intervalo de tiempo de ocho meses [155]. Hay que destacar las de Kornfeld [156], Ziehen [157], Moebius [158], Liepmann [159], Giessler [160], Kohnstamm [161], Pick [162] y Voss [163], por su objetividad y por ser sus autores especialistas famosos.

En el mismo año publicó Freud los primeros resultados de sus estudios sobre las parapraxias en forma seriada en una revista psiquiátrica [164]. Estos artículos fueron bien recibidos. Ziehen, sin embargo, afirmó que lo que Freud denominaba represión lo había descrito él ya como *Vorstellung-*

---

154 Sigmund Freud, *Ueber den Traum,* en Loewenfeld y Kurella, *Grenzfragen des Nerven- und Seelenlebens,* Wiesbaden, Bergmann, 1901, págs. 307-344. Standard Edition, V, págs. 633-686.

155 Ilse Bry y Alfred Rifkin, «Freud and the History of Ideas: Primary Sources», *Science and Psychoanalysis,* V (1962), 6-36.

156 Hermann Kornfeld, *Psychiatrische Wochenschrift,* II (1900-1901), 430-431.

157 Ziehen, *Jahresbericht über die Leistungen und Fortschritte auf dem Gebiete der Neurologie und Psychiatrie,* V (1901), 829.

158 Moebius, *Schmidt's Jahrbücher der in- und ausländischen gesammten Medizin,* CCLXIX (1901), 271.

159 Liepmann, *Monatsschrift für Psychiatrie und Neurologie,* X (1901), 237-239.

160 Giessler, *Zeitschrift für Psychologie und Physiologie der Sinnesorgane,* XXIX (1902), 228-230.

161 O. Kohnstamm, *Fortschritte der Medizin,* XX (1902), 45-46.

162 A. Pick, *Prager Medizinische Wochenschrift,* XXVI (1901), 145.

163 Voss, *St. Petersburger Medizinische Wochenschrift* XXVI (1901), 325.

164 Ver cap. VII, pág. 571.

shemmung (inhibición de la representación) [165]. Llegó a la conclusión de que el estudio de Freud «merecía muchos lectores con espíritu crítico».

Desde la edición de la *Psychopathia sexualis* de Krafft-Ebing en 1886, el número de publicaciones sobre la patología sexual había crecido ininterrumpidamente. El tema atraía la atención tanto como lo habían hecho las teorías de Lombroso durante las dos décadas anteriores. En un tratado de patología sexual, Kohleder destacó la frecuencia de masturbación en el niño, y el hecho de que «la libido sexualis se puede manifestar en la primera infancia, incluso en el período de lactancia» [166].

El año 1902 fue, en comparación, mucho más pacífico que los anteriores. La erupción del Mont-Pelée, en la Martinica, que destruyó la capital de la isla, fue considerada por algunos como un signo de la ira de Dios contra el gobierno anticlerical francés. La nueva ciencia de la patología sexual se expandió rápidamente. Entre las numerosas publicaciones sobre este tema se encontraba la de Albert Moll previniendo contra los castigos corporales, ante el peligro de producir un placer sexual vicariante en el que administraba el castigo, el castigado y los observadores [167]. El etnólogo Heinrich Schurtz defendió que la sociedad no tenía su origen en la familia (como se creía hasta entonces), sino en asociaciones de hombres, teoría que utilizarían luego Hans Blüher y otros [168].

En ese año Janet fue nombrado profesor de psicología experimental en el Collège de France y comenzó a dar clases sobre la tensión psicológica y las emociones, mientras que Freud era designado profesor extraordinario de la Universidad de Viena y comenzaba a reunir su círculo de la tarde de los miércoles. La literatura psiquiátrica de la época mostraba un interés cada vez mayor por la nueva psiquiatría dinámica. Un médico de Varsovia, Theodor Dunin, comparó las teorías y terapéuticas de la histeria de Janet y Freud, dando su preferencia al primero, aunque añadiendo que también podrían tener éxito otros tratamientos [169]. En un Congreso psiquiátrico celebrado en Grenoble, los conceptos freudianos de la neurosis de angustia de Freud fueron objeto de vivas pero objetivas discusiones [170].

---

165 *Jahresbericht über die Leistungen und Fortschritte auf dem Gebiete der Neurologie und Psychiatrie*, V (1901).

166 Hermann Rohleder, *Vorlesungen über Sexualtrieb und Sexualleben des Menschen*, Berlín, Fischer, 1901.

167 Albert Moll, «Ueber eine wenig beachtete Gefahr der Prügelstrafe bei Kindern», *Zeitschrift für Psychologie und Physiologie der Sinnesorgane*, XXVIII (1902), 203-204.

168 Heinrich Schurtz, *Altersklassen und Männerbünde. Eine Darstellung der Grundformen der Gesellschraft*, Berlín, G. Reimer, 1902.

169 Theodor Dunin, *Grundsätze der Behandlung der Neurasthenie und Hysterie*, Berlín, Hirschwald, 1902.

170 *Congrès des Médecins Aliénistes et Neurologistes de France*, 12.ª sesión, Grenoble, 1902, II, París, Masson, 1902.

En Zurich, Eugen Bleuler, el nuevo profesor de psiquiatría, después de reorganizar el Hospital Mental Universitario del Burghölzli, prosiguió sus investigaciones sobre la demencia precoz y enseñaba a los internos sus nuevos conceptos de la enfermedad. Carl Gustav Jung, joven incorporado al equipo a finales de 1900, publicó su tesis *Sobre la psicopatología de los fenómenos denominados ocultos*, tras lo cual fue a París para asistir a las enseñanzas de Janet [171]. La tesis recibió una acogida muy favorable por parte de Théodore Flournoy, quien presentó en el mismo año los datos del control de la médium Hélène Smith [172]. Este control equivalía a un *mea culpa:*

> Pregunto si será conveniente que una médium sea investigada durante tanto tiempo por el mismo investigador, porque, a pesar de las precauciones de este último, inevitablemente termina por moldear el subconsciente de su sujeto, tan sugestionable ya de por sí, por imprimirle distorsiones cada vez más persistentes que impiden cualquier posible expansión de la esfera de la que surge su automatismo (pág. 143).

El año 1903 estuvo caracterizado por grandes tensiones en todo el mundo. En Servia fueron asesinados el rey Alejandro y la reina Draga, en virtud de un complot organizado por una sociedad secreta. Su sucesor, Pedro I, abrió una nueva dirección política. Su gobierno era rabiosamente nacionalista, se oponía a Austria-Hungría y estaba apoyado por Rusia. Lo que parecía ser en un principio otra revolución palaciega de un país balcánico, se tradujo en realidad en un importante agravamiento de las tensiones existentes entre los países europeos. En Francia, el gobierno decretó la expulsión de todas las congregaciones religiosas; el tumulto que siguió fue tal que mereció el nombre de guerra de religión sin derramamiento de sangre. En el continente americano, los Estados Unidos, tras construir el canal de Panamá, donde los franceses habían fracasado, obtuvieron la concesión territorial de la zona. En el Congreso Internacional de Medicina celebrado en Madrid en abril de 1903, Pavlov leyó un informe sobre «Psicología y psicopatología experimental de los animales», que contenía las primeras definiciones de reflejos condicionados y no condicionados [173].

Entre las publicaciones de ese año, hubo tres que tuvieron una importancia directa para la psiquiatría dinámica. Janet publicó sus dos grandes volúmenes, *Las obsesiones y la psicastenia*, descripción completa y exacta de las obsesiones y alteraciones psicasténicas, con numerosas historias clínicas y una elaboración de sus nuevos conceptos sobre fuerza y tensión psicológicas [174].

---

171 Ver cap. IX, págs. 774-777.

172 Théodore Flournoy, «Nouvelles Observations sur un cas de somnambulisme avec glossolalie», *Archives de Psychologie*, I (1902), 101-255.

173 *XIV^e Congrès International de Médicine, Madrid, 23-30 avril 1903*, volume général, 1904, pág. 295.

174 Ver cap. VI, págs. 430-433.

La segunda fue la obra póstuma de Frederic Myers, *Personalidad humana* [175], libro que no sólo contenía una colección inigualable de material acerca de los temas del sonambulismo, la hipnosis, la histeria, la personalidad dual y los fenómenos parapsicológicos, sino también una teoría completa de la mente inconsciente, con sus funciones regresiva, creadora y mitopoética [176].

En la literatura psicológica de aquel año, sin embargo, nada pudo superar el éxito del libro de Weininger *Sexo y carácter.*

Weininger propuso la creación de una nueva metafísica de los sexos: la diferencia entre el hombre y la mujer se toma como punto de partida para la resolución de numerosos problemas psicológicos, sociológicos, morales y filosóficos. El principio básico es la bisexualidad fundamental del ser humano. En los primeros capítulos de su libro, Weininger recoge todos los datos anatómicos, fisiológicos y psicológicos disponibles acerca de la bisexualidad de los seres vivientes. Se refiere a un zoólogo danés, J. J. Steenstrup, quien proclamó, ya en 1846, que la sexualidad no es una característica exclusivamente del cuerpo como un todo, sino de cada órgano y cada célula. Weininger considera a cada hombre o mujer como una combinación, en proporción diversa, de dos «sustancias», una masculina (*arrenoplasma*) y otra femenina (*teliplasma*). La proporción difiere no solamente en cada célula y órgano de cada individuo, sino que en este individuo oscila y puede cambiar en el curso de la vida. La ley básica de la atracción sexual dice que todo individuo resulta atraído por otro de proporción complementaria (así un hombre con 3/4 de sustancia masculina más 1/4 de femenina buscará una mujer con 3/4 de femenina más 1/4 de masculina). Los homosexuales son seres intersexuales cuyos objetos de amor cumplen también esta ley de complementaridad, aunque pertenecen al mismo sexo.

Según Weininger, todo el individuo está presente en cada uno de sus actos, declaraciones, sentimientos o pensamientos, en cada momento de su vida. Tomando esto como base puede crearse una ciencia de la caracterología. Dado que la bisexualidad y la oposición del tipo masculino y el femenino son hechos permanentes, se reflejarán en todos los sectores posibles de la vida psíquica. Weininger esboza una tipología de los tipos intermedios; el hombre femenino, la mujer masculina (al que pertenecerían las que luchan por la emancipación; las mujeres superiores son seres en los que predomina el elemento masculino). En especial, describe dos tipos ideales opuestos, el «varón absoluto» y la «mujer absoluta», que no deben confundirse con el hombre promedio y la mujer promedio. La diferencia esencial entre el hombre y la mujer es que en ésta la esfera sexual se extiende a toda la personalidad: «La mujer no es nada más que sexualidad, el hombre es sexualidad y algo más... La mujer es *únicamente* sexual, el hombre es *también* sexual». El hombre tiene algunas zonas erógenas bien localizadas; en la mujer, éstas se extienden por todo el cuerpo. «La mujer es constantemente sexual, el hombre lo es de forma intermitente... El hombre tiene un pene, la vagina tiene a la mujer... Todo el cuerpo de la mujer está en dependencia de sus genitales». El hombre tiene una conciencia más objetiva de su sexualidad, a diferencia de la mujer; se puede desligar de ella, bien para aceptarla o para rechazarla.

---

175 Frederic W. H. Myers, *Human Personality and Its Survival of Bodily Death*, 2 vols. Londres, Longmans, Green and Co., 1903.

176 Ver cap. V, pág. 368.

Otra diferencia básica entre el «hombre absoluto» y la «mujer absoluta» se encuentra en su nivel respectivo de conciencia. La mujer se encuentra todavía en el nivel del *henide* (es decir, la percepción y el sentimiento están sin diferenciar); en el hombre la percepción y el sentimiento son distintos; de ahí una mayor claridad de pensamiento y la capacidad de expresar pensamientos en palabras y de lograr la objetividad. «El hombre vive de forma consciente; la mujer, de forma inconsciente». La función del hombre típico es llevar a la mujer a la consciencia. El genio es la aptitud para una mayor claridad de pensamiento con una consciencia más amplia; entraña, por tanto, un grado más alto de masculinidad, al que una mujer no puede llegar. La vida psíquica de la mujer y su memoria carecen de continuidad; la memoria del hombre es continua. La continuidad es la base del pensamiento lógico, de la vida ética y de la personalidad. Por tanto, la «mujer abstracta» es alógica, amoral, no tiene yo y debe ser mantenida aparte de los asuntos públicos.

Weininger distingue dos tipos ideales opuestos de mujeres: la «prostituta absoluta» y la «madre absoluta». El tipo materno existe únicamente para la preservación de la raza humana; su único fin es el niño, cualquier hombre puede convertirla en madre. Es valiente y ahorrativa. El tipo de prostituta existe únicamente debido a la relación sexual; es cobarde y despilfarradora. El tipo «prostituta» percibe y resulta estimulado por la masculinidad de su hijo; y como ninguna mujer pertenece por completo al «tipo madre», la relación entre madre e hijo tiene siempre una cierta afinidad con la de la mujer y el hombre, como se evidencia por el placer sensual de la mujer cuando alimenta al pecho. En el hombre, Weininger distingue entre la sexualidad y el erotismo. El amor es una ilusión creada por el deseo del hombre. La relación entre hombre y mujer es la de sujeto y objeto; en términos aristotélicos, la mujer es la «materia» sobre la cual actúa la «forma» masculina. Los principios de masculinidad y feminidad están distribuidos de forma desigual, no sólo entre los individuos, sino entre las naciones: los chinos y, sobre todo los judíos, son más «femeninos» [177].

Las 472 páginas del libro de Weininger se completaban con un apéndice de otras 133, con citas de los clásicos griegos, latinos y alemanes, de Shakespeare, Dante, los filósofos antiguos y modernos, los Padres de la Iglesia y psiquíatras contemporáneos, entre los que figuraban Janet, Breuer, Freud, Friess, Krafft-Ebing y los sexólogos y otros. El libro fue muy criticado, levantó una tormenta de controversias, fue considerado como obra maestra y obtuvo un éxito fabuloso, sobre todo en los países de habla alemana, Italia, Rusia y Dinamarca. En Suecia conquistó la entusiasta admiración de Strindberg. En Viena se convirtió en el tema de comentario de la ciudad durante cuatro meses. Su éxito se vio reforzado cuando el autor, que únicamente contaba veintitrés años de edad, se suicidó antes de concluir el año [178].

El concepto de la bisexualidad fundamental del ser humano, junto con el de la libido, sirvió de base para que G. Herman expusiera en *Libido y manía* una clasificación y una teoría perfeccionada de las anomalías se-

177 Otto Weininger, *Geschlecht und Charakter*, Viena, Braumüller, 1903.

178 Entre la amplia literatura acerca de Weininger, ver en especial David Abrahamsen, *The Mind and Death of a Genius*, Nueva York, Columbia University Press, 1946.

xuales [179]. La obrita no atrajo mucha atención en el momento, pero a nosotros nos parece precursora de los *Tres ensayos* de Freud.

Entre la producción literaria de 1903 hubo otros dos libros destinados a adquirir fama posteriormente gracias a los comentarios de Freud. El primero era una apología realizada por un magistrado perturbado mental, el presidente Daniel Paul Schreber [180]. El segundo, una novela corta de Wilhelm Jensen, *Gradiva.*

Norbert Hanold, joven arqueólogo, vive únicamente para la antigüedad grecorromana, y se muestra indiferente hacia sus contemporáneos, y en especial hacia las mujeres. De niño había tenido mucha amistad con la pequeña Zoe Bertgang, hija de un profesor de zoología. Después la olvidó, hasta el punto de no reconocerla, aunque ambos viven en la misma calle. Una vez, en Roma, Norbert ve un bajorrelieve que representa a una mujer joven que camina agarrándose el borde del vestido, cargando el peso sobre la pierna derecha y con la izquierda flexionada para dar el próximo paso. Hanold se enamora del relieve, y realiza un molde que cuelga en su habitación. Edifica una fantasía alrededor de la joven, a la que denomina *Gradiva,* la «caminante» (sin darse cuenta de que es una traducción de *Bertgang*) y que imagina como la hija de un sacerdote de Pompeya que pereció en la catástrofe del año 79 d. de J. C. Una vez sueña que está en Pompeya el día de la catástrofe, que ve a Gradiva caminando bajo una nube de cenizas y que después cae transformándose en piedra. Este sueño le inspira un deseo súbito de ir a Italia, pero en Roma y Nápoles se ve repelido por las parejas alemanas que están en viaje de luna de miel, y se dirige a Pompeya. Allí sueña que está bajo una lluvia de cenizas y ve cómo Apolo transporta a Venus en sus brazos hasta un carruaje. Al día siguiente, sentado en medio de las ruinas, al mediodía, ve a la Zoe real, a la que cree Gradiva. Al igual que había reprimido el pensamiento de Zoe y lo había transferido a la Gradiva de su fantasía, ahora transfiere su fantasía a la Zoe real. El autor describe el sentimiento de Norbert, para el cual Zoe es al mismo tiempo una extraña aunque con algo familiar. Ésta comprende gradualmente su delirio. Al día siguiente, él encuentra al padre de Zoe cazando lagartos, y se entera de que se aloja en el Hotel del Sol. A la noche siguiente sueña que ve a Gradiva sentada en el sol capturando un lagarto y diciendo: «Estate tranquilo, la unión es perfecta. Ella ha aplicado el ingenio con éxito». El tercer día, Zoe le saca con facilidad de su delirio, se comprometen y deciden pasar la luna de miel en Pompeya [181].

Para los contemporáneos, *Gradiva* no fue más que una de esas novelas de estilo neorromántico que ilustraban el tema entonces corriente del enamoramiento del «fantasma» de una mujer [182]. La historia del joven que busca el objeto de su visión en la vida real y lo encuentra en la persona de una compañera de infancia ya había sido contada por Novalis en *Los discípulos en Sais* [183]. La situación de Norbert hubiera resultado familiar

179 Ver cap. VII, págs. 582-583.

180 Paul Daniel Schreber, *Denkwürdigkeiten eines Nervenkranken,* Leipzig, Oswald Mutze, 1903.

181 Wilhelm Jensen, *Gradiva; ein pompeianisches Phantasiestück,* Dresde y Leipzig, Reissner, 1903.

182 Ver cap. V, pág. 341.

183 Ver cap. V, pág. 341.

a los psiquíatras del siglo precedente como un ejemplo de «visión de éxtasis»: Prichard la había descrito en 1835 como un estado transitorio en el que se mezclan perfectamente los ensueños vívidos y los acontecimientos de la vida normal [184]. ¿Quién podría haber adivinado en 1903 que *Gradiva* sería rescatada del olvido cuatro años más tarde, gracias al comentario psicoanalítico de Freud? Incluso se pondría de moda el que los psicoanalistas tuvieran un vaciado del relieve de Gradiva en sus salas de consulta, y quienes vivieron en París en 1936 ó 1937 podrán recordar una pequeña galería de arte situada en la rue de Seine, llamada «Gradiva».

En el año 1904 se descargó sobre el prestigio europeo el golpe más fuerte que nunca se había asestado: una gran potencia, Rusia, fue atacada por un país no europeo, el Japón que apenas hacía medio siglo que se había abierto a la civilización occidental. Peor, quizás, fue el que ningún otro país protestara ante la alevosía del ataque a la flota rusa sin una declaración de guerra previa. Habiendo logrado así una ventaja estratégica desde el comienzo, los japoneses lograron la victoria. Poca compensación fue para los rusos el que por primera vez ganara el premio Nobel un científico suyo, Pavlov.

Mientras tanto, se organizó en los Estados Unidos una Exposición Universal, que tuvo lugar en St. Louis, Missouri. Siguiendo el ejemplo de Francia, durante ella se celebró un Congreso de Artes y Ciencias, con numerosas sesiones dedicadas a las diversas materias. En la división de Ciencias Mentales, el departamento XV fue dedicado a la psicología, reservándose una sección para la psicología anormal, actuando como secretario el doctor Adolf Meyer y como oradores invitados Pierre Janet y Morton Prince. El primero iba a América por primera vez y el 24 de septiembre de 1904 leyó un trabajo titulado «Las relaciones de la psicología anormal» [185]. A continuación, Morton Prince habló sobre «Algunos de los problemas actuales de la psicología anormal», diciendo que «ciertos problemas del automatismo subconsciente siempre estarán asociados a los nombres de Breuer y Freud en Alemania, y Janet y Alfred Binet en Francia». La lista de trabajos de referencia sobre el tema de la psicología anormal preparada por Morton Prince incluía obras de Bernheim, Flournoy, Forel y otros, los *Estudios sobre la histeria* de Breuer y Freud, cuatro libros de Janet, tres de Binet y dos de Freud [186].

La fama de Janet estaba entonces bien establecida en los Estados Unidos, y después del Congreso dio conferencias en Boston y otros lugares. Entre sus publicaciones de ese año destacó la historia de Irène, notable porque los síntomas histéricos se explicaban por acontecimien-

184 Ver cap. III, págs. 151-152.

185 Ver cap. VI, pág. 393.

186 De las actas del congreso no resulta claro si fue una exposición de libros o una lista recomendada.

tos traumáticos, exactamente igual que en las primeras historias clínicas de Marie y Justine, pero con esta diferencia: Janet admitía ahora que el recuerdo del trauma había sido algo alterado (en contraposición con Freud).

Dos neuropsiquíatras franceses, Camus y Pagniez, esbozaron una historia de la psicoterapia, resaltando los métodos de aislamiento, sugestión, persuasión y entrenamiento [187]. Mientras tanto, había aparecido una nueva estrella en el firmamento de la psicoterapia. Un médico suizo, Paul Dubois, afirmó que las alteraciones neuróticas y muchas enfermedades físicas eran producto de la imaginación y se podían curar mediante la voluntad a través de la autoeducación [188]. En 1904 dio unas conferencias en la Universidad de Berna acerca de los métodos psicoterapéuticos que empleaba en su consulta privada y en el hospital. Según los relatos, Dubois era un terapeuta reputado; le llegaban pacientes de todas partes del mundo, y el profesor Déjerine, de la Salpêtrière, aprendió su método de él. Las razones de estos éxitos terapéuticos no aparecen en sus escritos, y parecían misteriosas a sus contemporáneos.

En Viena, la *Psicopatología de la vida cotidiana* de Sigmund Freud, ahora editada en forma de libro, recibió críticas favorables [189]. Cuando Löwenfeld publicó un volumen sobre las obsesiones, pidió a Freud que contribuyera con una exposición de su método psicoanalítico [190].

En Alemania, Hellpach destacó el papel de la clase social en la etiología de la histeria, pero, en lo relativo a la psicogénesis, adoptó las teorías de Freud [191]. Emil Raimann (que posteriormente se convertiría en un áspero adversario de Freud) revisó las diversas teorías sobre la histeria, haciendo un relato objetivo de la «de Breuer-Freud», aunque criticando sus implicaciones terapéuticas [192].

En el año 1905 concluyó la guerra ruso-japonesa. Los rusos habían sufrido derrota tras derrota. La flota báltica, que alcanzó el Océano Pacífico después de navegar por medio mundo, fue hundida en unas pocas horas por la japonesa. Un ejército ruso sitiado en Port Arthur fue obligado a rendirse. El presidente Theodore Roosevelt se ofreció como mediador del tratado de paz que se firmó en Portsmouth, New Hampshire. Tras esta humillación nacional estalló una revolución en Rusia, que fue aplastada. El zar aprobó entonces algunas reformas y la creación de un

187 Jean Camus y Philippe Pagniez, *Isolement et psychothérapie*, París, Alcan, 1904, páginas 5-82.

188 Paul Dubois, *Les Psychonévroses et leur traitement moral*, París, Masson, 1904.

189 Ver cap. VII, págs. 570-572.

190 Sigmund Freud, «Die Freudsche psychoanalytische Methode», en L. Löwenfeld, *Die psychischen Zwangsercheinungen auf klinischer Grundlage dargestellt*, Wiesbaden, Bergmann, 1904, págs. 545-551. Edición corriente, VII, págs. 249-254.

191 Willy Hellpach, *Grundlinien einer Psychologie der Hysterie*, Leipzig, Wilhelm Engelmann, 1904.

192 Emil Raimann, *Die hysterischen Geistesstörungen. Eine Klinische Studie*, Leipzig y Viena, Deuticke, 1904.

cuerpo representativo, la Duma. Mientras tanto, los alemanes adoptaron una actitud política más agresiva y surgió un conflicto con Francia sobre Marruecos.

En ese año vio la luz el primer trabajo de Albert Einstein acerca de la teoría de la relatividad. En Ginebra, Claparède publicó su *Psicología del niño*, considerada por muchos como un hito en la historia de la psicología y educación infantiles [193]. En París, Alfred Binet, con Théodore Simon, divulgó su método para la medición de la inteligencia del niño [194]. Los dos autores probablemente no adivinaron el grado y rapidez con que su método sería adoptado y aplicado. El libro de Forel sobre el tema sexual tuvo un éxito inmediato, fue traducido a numerosos idiomas, y de él aparecerían numerosas ediciones revisadas [195].

El año 1905 fue muy fructífero para Sigmund Freud, quien publicó durante él tres de sus principales obras: los *Tres ensayos sobre la teoría sexual*, *El chiste y su relación con el inconsciente* y la historia clínica de la paciente Dora. De los *Tres ensayos* se ha dicho que fueron una «novedad revolucionaria» que «levantó una tormenta de indignación y abuso». Estas dos afirmaciones son, por lo menos, exageradas. Durante las tres décadas anteriores, particularmente desde la aparición de la *Psychopathia sexualis* de Krafft-Ebing, se habían publicado numerosas obras sobre psicología y patología sexuales, y apenas existe nada en los *Tres ensayos* que no se hubiera anticipado de una forma u otra. Una revisión objetiva de la literatura contemporánea, además, muestra de forma indiscutible que las ideas de Freud hallaron una acogida muy favorable. Bry y Rifkin [196] han publicado resúmenes de las críticas propicias escritas por Eulenburg [197], Näcke [198], Rosa Mayreder [199], Adolf Meyer [200] y, sobre todo, por Magnus Hirschfeld [201]. Se podrían añadir otros muchos ejemplos. En el periódico de Karl Kraus, *Die Fackel*, Otto Soyka contrastó los *Tres ensayos* de Freud con la *Cuestión sexual* de Forel. Sobre este último escribió sarcásticos comentarios, pero reconoció el mayor valor de contenido, la novedad y el estilo del libro de Freud, al que comparó con la *Metafísica del amor* de Schopenhauer [202].

---

193 Edouard Claparède, *Psychologie de l'enfant et pédagogie expérimentale*, Ginebra, Kündig, 1905.

194 Alfred Binet y Théodore Simon, «Méthodes nouvelles pour le diagnostic du niveau intellectuel des anormaux», *L'année Psychologique*, XI (1905), 191-244.

195 August Forel, *Die sexuelle Frage*, Munich, Reinhardt, 1905.

196 Ilse Bry and Alfred H. Rifkin, «Freud and the History of Ideas: Primary Sources, 1886-1910», *Science and Psychoanalysis*, V (1962), 6-36.

197 *Medizinische Klinik*, II (1906), 740.

198 *Archiv für Kriminal-Anthropologie und Kriminalistik*, XXIV (1906), 166.

199 *Wiener klinische Rundschau*, XX (1906), 189-190.

200 *Psychological Bulletin*, III (1906), 280-283.

201 *Jahrbuch für sexuelle Zwischenstufen*, VIII (1906), 729-748.

202 Otto Soyka, «Zwei Bücher», *Die Fackel*, núm. 191 (21 de diciembre de 1905), 6-11.

El florecimiento del psicoanálisis: 1906-1910

Característico de este período fue el contraste entre el lento desarrollo de la obra de Janet en su marco académico y el rápido crecimiento del psicoanálisis de Freud, que había adquirido la categoría de movimiento.

El año 1906 estuvo, de nuevo, lleno de tensiones y rumores de guerra. Los conflictos sobre Marruecos y la distribución de las colonias llevaron de nuevo a las potencias europeas al borde de la guerra, pero se mantuvo la paz gracias a la Conferencia de Algeciras, que llevó la soberanía de Marruecos, aunque bajo el protectorado de Francia y España. Los alemanes se sintieron engañados por estos arreglos. San Francisco fue destruido por un terremoto y el incendio subsiguiente[203].

En Ginebra, Claparède organizó un seminario de psicología aplicada a la educación, pero se vio obligado a clausurarlo a consecuencia de una intriga. Hombre de amplios intereses, había comenzado varios experimentos con sus alumnos acerca de la psicología del testimonio, mientras Binet investigaba el testimonio de los niños.

En París, Janet se enfrentó a la creciente oposición de Babinski y Déjerine. El primero de ellos, como hemos visto, era el dirigente de una tendencia a la que se podía denominar antipsicológica. Déjerine estaba en favor de la psicoterapia, pero el método que introdujo en la Salpêtrière se inspiraba en Dubois. La reputación de Janet era muy grande en los Estados Unidos; fue invitado a la ceremonia de apertura de los nuevos edificios de la Facultad de Medicina de Harvard, donde dio una serie de conferencias desde el 15 de octubre hasta finales de noviembre.

Bajo la dirección de Eugen Bleuler, el Hospital Mental Universitario del Burghölzli de Zurich se había convertido en un centro muy progresivo y activo, y el propio Bleuler publicó un notable estudio sobre la paranoia[204]. Había conocido a Freud dos años antes y adoptado varias de sus ideas. Reconoció que los principios de éste podían ayudar a la comprensión del significado de las ideas delirantes de ciertos pacientes psicóticos[205]. Había confiado a Carl Gustav Jung una investigación sobre la «dementia praecox» utilizando el test de asociación de palabras. Como hemos visto, la investigación dio pronto resultados inesperados[206]. Jung halló que se podía utilizar como detector de complejos. Fue la primera ocasión en que una prueba psicológica se aplicó al estudio de la mente subconsciente.

---

203 Ver la experiencia de William James acerca del terremoto (cap. IX), pág. 796.

204 Eugen Bleuler, *Affektivität, Suggestibilität, Paranoia*, Halle, Marhold, 1906.

205 Eugen Bleuler, «Freud'sche Mechanismen in der Symptomatologie von Psychosen», *Psychiatrisch-Neurologische Wochenschrift*, VIII (1905-1907), 316-318, 323-325, 338-340.

206 Ver cap. IX, págs. 777-780.

Según se extendían las ideas de Freud, se intensificaban las críticas. Aschaffenburg escribió que mientras Freud permaneció solo con sus afirmaciones relativas al papel de la sexualidad en las neurosis, los demás se contentaban con comprobar sus interesantes ideas en los casos individuales; pero ahora que autores famosos como Löwenfeld, Hellpach, Bleuler y Jung se ponían abiertamente a su lado, era necesario adoptar una postura pública. No dudaba de la existencia de un elemento de verdad en las afirmaciones de Freud acerca del papel de las reminiscencias y la sexualidad en la histeria, pero expresaba sus reservas acerca del modo como exploraba la mente de sus pacientes y de la calidad duradera de sus curas. Freud no había dado indicaciones precisas del número de sus casos y de la proporción de tratamientos con éxito. Cualquier psiquíatra, decía Aschaffenburg, con cualquier método, dedicando tanto tiempo como hacía Freud a cada paciente, podía tener éxito. Jung replicó pronto a esta crítica en la misma revista, diciendo que había utilizado el método de Freud y había encontrado confirmación de su uso en todos los aspectos [207].

En los Estados Unidos, Adolf Meyer, psiquíatra de origen suizo, comenzó a enseñar un nuevo concepto de «dementia praecox» aún más revolucionario que el de Bleuler [208]. Cada individuo, decía, es capaz de reaccionar ante una gran variedad de situaciones mediante un número limitado de tipos de reacción. Algunas de estas reacciones son beneficiosas y conducen a una adaptación satisfactoria; otras son temporales, sustitutivas. Aún hay otras que son nocivas y peligrosas (charla tartamudeante, las rabietas, los ataques histéricos, las actitudes falsamente morosas, etc.). En pacientes con tendencia a la «dementia praecox» confirmada, ciertos tipos de reacciones inadecuadas ocurren con tanta frecuencia que este deterioro de los hábitos es el que debe ser considerado como el proceso patológico principal, lo que proporcionaría un nuevo enfoque terapéutico.

En 1906 apareció una novela, *Imago*, del poeta suizo (y futuro premio Nobel) Carl Spitteler, que tuvo un éxito inesperado entre los psicoanalistas [209].

Victor, poeta de treinta y cuatro años, realiza una corta visita a la pequeña ciudad donde nació y se crió. Años atrás había conocido por casualidad a una joven, Theuda Neukomm; entre ellos no se intercambió ninguna palabra de amor. Theuda nunca supo los sentimientos suyos, pero Victor había recibido en aquel corto encuentro una «parusía», es decir, una especie de visión o revelación espiritual, como consecuencia de la cual convirtió a Theuda en una imagen ideal y una fuente de inspiración bajo el nombre de *Imago*. Ahora, se entera de que Theuda se ha casado con

207 Gustav Aschaffenburg, «Die Beziehungen des sexuellen Leben zur Entstehung von Nerven- und Geisteskrankheiten», *Münchener Medizinische Wochenschrift*, LIII (1906), 1793-1798.

208 Adolf Meyer, «Fundamental Conceptions of Dementia Praecox», *British Medical Journal*, II (1906), 757-760.

209 Carl Spitteler, *Imago*, Jena, Diederichs, 1906.

un tal director Wyss y de que tiene un hijo. Entonces decide infringir un castigo simbólico a la «infiel», a la que denomina *Pseuda,* para restablecer la imagen original de la *Imago.* Poco después de su llegada, Victor es invitado a las reuniones de la *Idealia,* sociedad caritativa y de esparcimiento local. Aunque comete torpeza tras torpeza, le invitan al círculo familiar del director Wyss. Éste le pide que escriba un poema para la fiesta anual de *Idealia.* Miembros del grupo, disfrazados, representan una especie de cuento de hadas. Cuando el hombre que iba a representar el papel de oso es llamado para un asunto urgente, piden a Victor que le reemplace, lo que acepta, gruñendo a satisfacción de la audiencia. El momento cumbre se produce cuando la señora Wyss canta un poema a una gran «crisálida», cae el velo y aparece la «mariposa»: una joven huérfana, la *Idealkind* (niña ideal), protegida por la *Idealia,* y que a su vez recita un poema a sus benefactores. Desde este momento, Victor se da cuenta de que está desesperadamente enamorado de Theuda, pero sigue cometiendo torpezas. No obstante, los Wyss le invitan al aniversario de su hija. Theuda, vestida de blanco como una reina del país de las hadas, con dos alas y una corona sobre la cabeza, recita un poema; el embelesado Victor la ve como una diosa. Pocos días más tarde se arrodilla ante ella y le confiesa su amor. Para ayudarle a salir de esta situación, ella le permite visitarla y charlar todos los días. Sus charlas se van haciendo gradualmente más impersonales, hasta que por fin ella le pregunta cuándo abandonará la ciudad. En la siguiente visita, Theuda no está en casa y Victor es recibido amablemente por el marido, pero con insinuaciones inconfundibles. La misma tarde, la patrona de Victor, la señora Steinbach, una joven viuda, le pregunta ácremente cuándo dejará de hacer el tonto. Victor sabe entonces que todo lo que él ha contado a Theuda lo ha repetido ésta no sólo a su marido, sino a la señora Steinbach. Se siente «ahogar, igual que un ratón en un orinal». Al día siguiente abandona la ciudad, ignorante de que la señora Steinbach estaba enamorada de él desde el principio. Pero ahora ha separado la *Imago* verdadera de la Theuda real y de la *Pseuda* espúrea. La *Imago* purificada será para él una radiante fuente de inspiración durante el resto de su vida.

Tanto la trama como el estilo de esa novela resultan curiosamente anacrónicos en la actualidad, pero hay que comprenderla a la luz del pensamiento de la época. Hemos visto que la noción de una imagen imaginaria proyectada sobre una persona real era un tema común de la filosofía y ficción románticas, y que se había convertido de nuevo en un tema corriente de discusión a finales del siglo XIX [210]. Se había escrito mucho acerca de las *femmes inspiratrices* y los perniciosos efectos de la confusión de la persona real con un espectro. La novela de Jensen *Gradiva,* publicada en 1903, había resucitado el tema, y en ella la mujer objeto de la proyección ayudaba al héroe de la historia a salir de la ilusión mediante una especie de psicoterapia. Esto fue lo que Spitteler relató también en su obra, aunque con mayor perspicacia psicológica. Encontramos aquí uno de los lazos ya aludidos entre la tradición romántica y la nueva psiquiatría dinámica. La novela de Spitteler fue muy admirada por los psicoanalistas; éstos adoptaron el término *imago* para designar la imagen que un individuo construye inconscientemente de su padre o su madre,

210 Ver cap. V, págs. 340-343.

independientemente de cómo sean en realidad, noción que se desarrollaría posteriormente en el concepto jungiano de *anima*. El título *Imago* se daría también a una revista psicoanalítica, a una colección de libros psicoanalíticos y, por último, a la casa que editó las obras completas de Freud.

En 1907 las tropas de ocupación francesas pusieron pie en Marruecos y el presidente Theodore Roosevelt envió alrededor del mundo la Gran Flota Blanca para demostrar el poder norteamericano. Hubo crisis agrícolas y motines en el sur de Francia, nuevas escuelas de arte fueron muy discutidas y jóvenes y audaces artistas como Picasso pasaron a un primer plano de la actualidad.

En Berna, Dubois consiguió un inmenso éxito con sus teorías acerca de la influencia de la mente sobre el cuerpo; sus libros se reeditaban y traducían constantemente. Zurich, a su vez, se erigió en un gran centro psicoterápico. En febrero de 1907 Jung fue a Viena a visitar a Freud, acompañado por un joven colega, Ludwig Binswanger. Freud, que a pesar del crecimiento de su grupo no estaba satisfecho de la recepción que habían tenido sus ideas en Viena, se alegró al saber que habían sido aceptadas en un ambiente universitario. Le agradaba la personalidad de Jung, al que veía como su posible sucesor. Por su parte, éste pensaba que por fin había encontrado al maestro que buscara durante largo tiempo, y se apresuró a propagar los conceptos freudianos en el Burghölzli. A partir de este día, pareció que el psicoanálisis tuviera dos centros: Viena y Zurich, y todo el equipo del Burghölzli tomó un apasionado interés por las ideas de Freud. Un joven médico, el doctor A. A. Brill, que fue a trabajar al Burghölzli en aquella época, recordaría más tarde sus impresiones de entonces:

> En 1907, todo el mundo en el Burghölzli estaba empeñado en dominar el psicoanálisis de Freud. El profesor Eugen Bleuler, el director, que fue el primer psiquíatra ortodoxo en reconocer el valor de la contribución de Freud, urgía a sus ayudantes a que dominaran estas nuevas teorías y utilizaran las técnicas freudianas en su trabajo clínico. Dirigidos por Jung, todos los ayudantes de la clínica trabajaban en los experimentos de asociación; durante cuatro horas diarias examinaban a personas de prueba para comprobar, experimentalmente, si las opiniones de Freud eran correctas... Es imposible describir en la actualidad lo que sentí cuando fui aceptado en aquel grupo de trabajadores ardorosos y entusiastas. Estoy seguro de que nunca existió otro igual. No sólo se aplicaban los principios freudianos a los pacientes, sino que el psicoanálisis parecía absorber toda la clínica [211].

En Viena, Freud reunía más discípulos cada año y recibía gran número de visitantes extranjeros. Sus alumnos publicaban artículos originales, como el *Estudio sobre la inferioridad orgánica* de Alfred Adler [212].

---

211 Introducción del traductor A. A. Brill a la obra de C. G. Jung *The Psychology of Dementia Praecox*, Nervous and Mental Disease Monographs, 1936.

212 Ver cap. VIII, págs. 680-683.

Otto Rank, joven de veinte años, impresionó al grupo psicoanalítico con su monografía *El artista* [213].

Según tomaba el psicoanálisis el carácter de un movimiento, crecían las polémicas a su alrededor. Como ejemplo tomaremos el Primer Congreso Internacional de Psiquiatría y Neurología, que tuvo lugar en Amsterdam del 2 al 7 de septiembre de 1907 y dio a los participantes la oportunidad de airear las tendencias rivales entre la psiquiatría dinámica [214]. Una de las sesiones la del 4 de septiembre, dedicada a las teorías modernas sobre la génesis de la histeria, fue confiada a Janet, quien restableció su teoría de las ideas fijas subconscientes y del estrechamiento del campo de la conciencia resultante de la disociación mental, y llegó a la conclusión de que la histeria pertenece a un grupo más amplio de depresiones mentales. Después de él, Aschaffenburg presentó una crítica de la teoría de la histeria de Freud; afirmó que ésta no explicaba por qué ciertos individuos se convierten en histéricos y otros no después de sufrir un trauma semejante; la predisposición debe desempeñar algún papel. Freud y Jung, añadió, prestan tanta importancia a la sexualidad que promueven la aparición en los pacientes de representaciones sexuales.

El tercer orador fue Carl Gustav Jung, quien comenzó con un repaso histórico y declaró: «Los presupuestos teóricos de la investigación freudiana residen, sobre todo, en los hallazgos de los experimentos de Janet». Presentó un amplio bosquejo de la técnica psicoanalítica, y agregó que su propia experiencia confirmaba cada uno de los puntos de Freud. Según Jones, que estaba presente en la reunión, «cometió el error de no controlar el tiempo de su trabajo y también de negarse a obedecer las repetidas señales que le hacía el presidente para que terminara. Por último, se le obligó a hacerlo, por lo que, con cara de enfado, abandonó la sala» [215].

Al día siguiente, 5 de septiembre, se entabló una viva discusión acerca de la naturaleza de la histeria [216]. Dupré, Auguste Marie y Sollier defendieron sus teorías respectivas. Joire afirmó que la histeria resulta de modificaciones en el potencial nervioso y que había inventado un aparato, el «estenómetro», que así lo demostraba. Bezzola dijo que él aceptaba la vieja teoría de Breuer-Freud, pero no la psicoanalítica más reciente. Otto

---

213 Otto Rank, *Der Künstler; Ansätze zu einer Sexualpsychologie*, Viena, Heller, 1907.

214 *Premier Congrès International de Psychiatrie, de Neurologie, de Psychologie et de l'Assistance des Aliénés*, Amsterdam, 2-7 de septiembre de 1907, Amsterdam, De Bussy, 1908.

215 Ernest Jones, *The Life and Work of Sigmund Freud*, II, Nueva York, Basic Books, 1955, pág. 186.

216 El relato que hace Jones de la reunión da a entender que ésta no fue otra cosa que un ataque concentrado sobre las teorías de Freud. Las actas oficiales dan una impresión completamente distinta: La mayoría de los oradores se interesaron únicamente por defender sus propias teorías; entre los restantes, había tantos a favor como en contra de Freud.

Gross y Ludwig Frank defendieron las afirmaciones de Freud, mientras que Konrad Alt y Heilbronner las atacaron. Alt declaró: «Si las concepciones de Freud sobre la génesis de la histeria prevalecen, los pobres histéricos serán parias tan despreciados como antes. Sería un gran paso atrás, para perjuicio de los desgraciados pacientes». Janet declaró: «El primer trabajo de los señores Breuer y Freud sobre la histeria publicado en 1895 es, en mi opinión, una contribución interesante a la obra de los médicos franceses que, durante quince años, han analizado el estado mental de los histéricos por medio de la hipnosis o la escritura automática». Habían hallado casos semejantes a los de los autores franceses, añadió, pero Freud había generalizado excesivamente a partir de ellos. Todos sabemos, concluyó, que en la histeria encontramos en ocasiones ideas fijas de carácter sexual, pero no hay que cimentar sobre ellas una teoría general de la histeria.

Dubois habló de su método de tratamiento de las fobias. Las emociones, dijo, siempre siguen a las ideas, de modo que el tratamiento debe dirigirse a la raíz, es decir, a la idea errónea que el paciente ha permitido deslizarse dentro de su mente. Van Renterghem dio una clasificación de los métodos psicoterapéuticos en tres grupos: los dirigidos a la afectividad del paciente (por ejemplo, a disipar la angustia o a estimular), los dirigidos a su inteligencia (explicaciones de las causas de la enfermedad, entrenamiento y reeducación) y los que apuntan a la imaginación (variedades de tratamiento sugestivo).

Resulta interesante ver cuán grande era el prestigio de Janet en el Congreso: le había sido confiada la ponencia sobre la histeria, Jung le atribuyó las ideas básicas a partir de las cuales se originó el psicoanálisis, y un joven médico inglés, Ernest Jones, se refirió al «notable ensayo del profesor Janet, que no ha recibido la atención que merece». Otra característica destacada del Congreso fue la gran animación de las discusiones cada vez que se tocaba el tema del psicoanálisis. En un informe acerca del Congreso, Conrad Alt señaló que las teorías freudianas encontraron poco apoyo en los numerosos neurólogos y psiquíatras alemanes presentes [217]. Se afirmó que Janet dijo que la hipótesis freudiana sobre la histeria era una broma *(una plaisanterie)* [218].

Las discusiones sobre el psicoanálisis desarrolladas en el Congreso de Amsterdam se inscribían en el marco de una controversia más amplia, cuyo significado ha sido muy a menudo oscurecido por la leyenda. Un

---

217 *Monatsschrift für Neurologie und Psychiatrie,* XXII (1907), 562-572.

218 Esta supuesta afirmación de Janet no se encuentra en las actas del Congreso. Pudo haber sido un comentario extraoficial durante una interrupción. De todas formas, fue alterada en los relatos posteriores: Janet (supuesto autor) había declarado públicamente que el psicoanálisis (no su teoría de la histeria) era una *mauvaise plaisanterie* (una broma).

trabajo de Friedländer estaba, según Jones, «lleno de graves interpretaciones falsas» [219]. En realidad, Friedländer reconocía el valor del método de Freud: «Considero los *Estudios* de Breuer-Freud como uno de los trabajos más valiosos sobre la histeria» [220]. Lo que no aceptaba es el argumento de Jung de que sólo los que habían utilizado el método psicoanalítico tenían derecho a interpelar a Freud; un método de refutarlo era curar la histeria con métodos no analíticos. Friedländer habló de siete enfermos gravemente histéricos a los que había tratado por un método no analítico y que habían permanecido sanos durante períodos de tiempo de hasta dos décadas. Lo mismo se podría decir acerca de los supuestos ataques de Weygandt contra el psicoanálisis [221]. Weygandt objetó a la forma como los discípulos de Freud comparaban a su maestro con Galileo y se negaban a atender cualquier opinión que no correspondiera a las teorías suyas. Objetó también a su argumento de que «sólo los que han utilizado el método psicoanalítico tienen el derecho de discutirlo», porque los métodos defectuosos dan resultados erróneos, y la repetición de los mismos producirá necesariamente el mismo error una y otra vez. Consideró asimismo insuficientes ciertas expresiones psicoanalíticas, como la de «satisfacción de los deseos». En una crítica de *La psicología de la demencia precoz* de Jung, Isserlin se preguntó si existía una conexión causal entre la palabra de prueba y la respuesta, y si ésta revelaba en realidad complejos disociados [222]. Esta crítica metodológica fue lo que calificó Jones de «polémicas violentas».

En 1908 el Imperio turco, «el hombre enfermo de Europa», demostró que todavía no estaba muerto. Ocurrió un hecho que algunos consideraron como la agonía final y otros como el primer signo de recuperación. Un grupo de revolucionarios, los Jóvenes Turcos, cansados del sangriento despotismo del sultán Abdul Hamid II, dieron un *coup d'état*, tras lo cual el sultán les ofreció un puesto en el gobierno. Las minorías oprimidas del Imperio comenzaron a tener esperanza. Los búlgaros proclamaron su independencia, y entre los armenios surgió la agitación nacionalista, deseosos de emanciparse, al igual que lo habían hecho los griegos, servios y búlgaros. El gobierno austro-húngaro aprovechó la oportunidad para proclamar la anexión de las provincias de Bosnia y Herzegovina, que durante tres décadas habían estado nominalmente bajo la soberanía del sultán, pero

219 Ernest Jones, *The Life and Work of Sigmund Freud*, II, Nueva York, Basic Books, 1955, pág. 119.

220 A. A. Friedländer, «Ueber Hysterie und die Freudsche psychoanalytische Behandlung derselben», *Monatsschrift für Psychiatrie und Neurologie*, XXII (1907), Ergänzungsheft, 45-54.

221 W. Weygandt, «Kritische Bemerkungen zur Psychologie der Dementia Praecox», *Monatsschrift für Psychiatrie und Neurologie*, XXII (1907), 289-302.

222 M. Isserlin, *Centralblatt für Nervenheilkunde und Psychiatrie*, XVIII (1907), 329-343.

que en la práctica las había administrado él. La anexión aumentó la tensión política entre Austria-Hungría por un lado y Servia y Rusia por otro. La tirantez entre Alemania y Francia no había disminuido. El acercamiento franco-británico, iniciado por el Rey Eduardo VII, tomaba forma, de modo que Alemania se sentía cada vez más acosada.

La gente tenía la sensación de vivir en un clima general de violencia y destrucción. Los anarquistas continuaban su actividad, fruto de la cual fue el asesinato del rey Carlos de Portugal. Entre los intelectuales europeos aparecieron nuevas tendencias antidemocráticas, antiintelectualistas y futuristas. El economista Georges Sorel publicó sus *Reflexiones sobre la violencia,* negación de la fe liberalista en la razón y el progreso [223]. El público se veía sorprendido por las exposiciones de pinturas cubistas. Muchas personas llegaron a pensar en guerras terroríficas como resultado inexcusable de la situación política internacional. Karl Kraus predijo que el advenimiento de la aviación desataría el colapso en el mundo [224].

Nunca se había hablado tanto de psicoterapia, lo mismo en los hospitales mentales que en la práctica privada. Dos norteamericanos, E. Ryan [225] y R. C. Clarke [226], que habían visitado las instituciones alemanas y suizas, quedaron maravillados ante los progresos terapéuticos de los hospitales mentales que visitaron en Berlín, Munich, Tubinga y Zurich. Oberndorf, que estudió en Alemania en el mismo año, habla de un sanatorio cercano a Berlín, Haus Schonow, donde se hacía pleno uso de los deportes, la jardinería y la terapia artística [227]. Los pacientes tenían mascotas (entre ellas, un asno) a su disposición. En París, Pierre Janet hizo una revisión de todos los métodos de psicoterapia ante el Collège de France, comenzando con las curaciones religiosas milagrosas, y refiriéndose a la hipnosis, la sugestión, la reeducación y el entrenamiento.

Freud era ahora un psicoterapeuta de renombre mundial, con una gran consulta, y a él seguían llegando nuevos discípulos, como Ferenczi y Brill. El 26 de abril se celebró en Salzburgo una reunión informal de personas interesadas en el psicoanálisis: asistieron cuarenta y dos participantes, la mayoría austríacos. Entre los seis trabajos había uno de Freud en el que se resumía la historia clínica de un famoso paciente, «el hombre con las ratas». En años posteriores, esta reunión pasó a ser conocida como Primer Congreso Internacional de Psicoanálisis.

223 Georges Sorel, *Réflexions sur la violence,* París, Librairie de «Pages Libres», 1908.

224 Karl Kraus, «Apocalypse (Offener Brief an das Publikum)», *Die Fackel,* X, número 261-262 (13 de octubre de 1908), 1-14.

225 Edward Ryan, «A Visit to the Psychiatric Clinics and Asylums of the Old Land», *American Journal of Insanity,* LXV (1908-1909), 347-356.

226 R. C. Clarke, «Notes on Some of the Psychiatric Clinics and Asylums of Germany», *American Journal of Insanity,* LXV (1908-1909), 357-376.

227 Clarence P. Oberndorf, *A History of Psychoanalysis in America,* Nueva York, Grune and Stratton, 1953, pág. 75.

Algunas de las críticas sobre Freud expresaban un benevolente escepticismo. Tal fue la que hizo Gruhle de «Moral sexual cultural y nerviosismo moderno» [228]. Después de un resumen detallado y objetivo del trabajo, Gruhle añadió que a todo el mundo le resultaba fácil extraer sus propias conclusiones: «Quizás sea agradable en ocasiones vagar por caminos vírgenes, fantásticos, que nos lleven muy lejos en el campo de los ensueños extraños». La oposición más decidida al psicoanálisis provino de algunos que antes lo habían recibido con entusiasmo. La famosa revista de Karl Kraus, *Die Fackel,* que mantuvo una vehemente lucha contra la moralidad sexual convencional y glorificó al marqués de Sade y a Weininger, había alabado años antes los *Tres ensayos* de Freud. Ahora, sin embargo, Karl Kraus ridiculizó a un psicoanalista que afirmaba haber descubierto fantasías masturbatorias en el poema de Goethe *El aprendiz de brujo* [229]. Kraus negó el poder curativo del psicoanálisis y comparó a los psicoanalistas con los meteorólogos que pretenden no sólo predecir el tiempo, sino controlarlo.

En los círculos psiquiátricos continuaban las polémicas. El 9 de noviembre de 1908 Abraham leyó ante la Asociación Psiquiátrica de Berlín un trabajo sobre el significado neurótico del matrimonio entre parientes cercanos [230]. Según el relato tradicional, fue una reunión casi tumultuosa que suscitó «furiosos estallidos» por parte de Oppenheim contra «tales ideas monstruosas», de Ziehen contra «tales afirmaciones frívolas» y «sin sentido», y de Braatz, quien gritó que «los ideales alemanes están en peligro y se debe tomar una solución drástica para protegerlos» [231]. Según el informe oficial, sin embargo, la reunión fue mucho menos tormentosa. Oppenheim, aunque rechazó el complejo de Edipo, reconoció que había visto casos similares a los de Abraham y estuvo de acuerdo en sus interpretaciones. Ziehen dijo en realidad que los conceptos de Freud eran «carentes de sentido» *(Unsinn),* pero halló las observaciones de Abraham interesantes y verdaderas en líneas generales. Rothmann creía que los matrimonios consanguíneos eran comunes entre los judíos por haber vivido siempre en comunidades aisladas. Al término de la discusión, Abraham convino en que estaba de acuerdo con Oppenheim no en lo relativo a la interpretación, sino a los hechos en sí mismos.

El año 1909 se caracterizó por una agravación de las tensiones en toda Europa. En Turquía, los elementos conservadores se rebelaron contra los Jóvenes Turcos, cuyos dirigentes fueron asesinados el 31 de marzo, pero

228 H. W. Gruhle, *Zentralblatt für Nervenheilkunde,* XXXI, XIX (1908), 885-887.

229 Karl Kraus, «Tagebuch», *Die Fackel,* X, núm. 256 (5 de junio de 1908), 15-32.

230 Karl Abraham, «Verwandtenehe und Neurose», *Zentralblatt für Nervenheilkunde,* XXXII (1909), 87-90.

231 Ernest Jones, *The Life and Work of Sigmund Freud,* II, Nueva York, Basic Books, 1955, pág. 128.

un destacamento del ejército mandado por ellos consiguió el poder y depuso a Abdul Hamid II, reemplazándole por su hermano Mohamed V. El nuevo gobierno decidió reorganizar y modernizar Turquía. Se dotó al ejército de consejeros alemanes. Surgió un movimiento nacionalista, consecuencia del cual fue la matanza de armenios en Cilicia y Constantinopla. El nuevo gobierno trató de revitalizar la literatura y cultura. El público de todo el mundo quedó fascinado por la conquista del Polo Norte por Perry, por la exploración de Shackleton de las regiones del Polo Sur y por el primer vuelo aéreo realizado por Blériot sobre el Canal de la Mancha.

El Sexto Congreso Internacional de Psicología tuvo lugar en Ginebra del 2 al 7 de agosto, bajo la presidencia de Claparéde [232]. Su tema principal fue «El subconsciente», y la ponencia principal estuvo a cargo de quien había acuñado el término: Pierre Janet. En ella procuró distinguir el subconsciente, concepto clínico, del inconsciente, concepto filosófico. El primero se había ideado para resumir los datos característicos que presentaban ciertas alteraciones de la personalidad en una neurosis particular, la histeria. Los psicoanalistas no estaban presentes para refutarle, pero en publicaciones posteriores le interpretaron mal, creyendo que había rechazado sus opiniones anteriores y negado la existencia del inconsciente.

A la vista del interés cada vez mayor por la psicoterapia, se realizaron varios intentos de determinar y comparar el valor de los métodos existentes. En Estados Unidos, una obra colectiva, editada por W. B. Parker, contenía ensayos sobre la filosofía e historia de la psicoterapia, y una revisión de diversos métodos: la terapia religiosa del movimiento Emmanuel, la cura moral de Dubois, el método de aislamiento de Déjerine, la terapia ocupacional, el análisis y modificación del ambiente, y el procedimiento de «afirmación creadora» de Cabot [233]. Brill escribió el capítulo sobre el psicoanálisis [234]. En el capítulo final, R. C. Cabot criticó la tendencia entonces corriente de considerar la obra de Freud como la parte más científica de la psicoterapia; en su opinión, únicamente la obra de Janet merecía este respeto, aunque todos los métodos podían tener su utilidad [235].

Mientras tanto, el movimiento psicoanalítico hacía grandes avances. Freud y Jung entre otros científicos, recibieron una invitación para participar en las ceremonias del XX aniversario de la fundación de la Universidad Clark de Worcester, Massachusetts. Jones ha escrito una bella

232 *VIe Congrès International de Psychologie, 1909, Rapports et Comptes-Rendus*, Edouard Claparède, ed., Ginebra, Kündig, 1910.

233 W. B. Parker, ed., *Psychotherapy: A Caurse of Reading in Sound Psychology, Sound Medicine, and Sound Religion*, 3 vols., Nueva York, Centre Publishing Co., 1909.

234 A. A. Brill, «Freud's Method of Psychotherapy», *Psychotherapy*, II, núm. 4, 36-47.

235 Richard C. Cabot, «The Literature of Psychotherapy», *Psychotherapy*, III, número 4, 1909, págs. 18-25.

narración del viaje de ambos a América [236]. En las actas se recogieron los pormenores de las sesiones, y en los periódicos de Nueva York y Boston se incluyeron interesantes reseñas [237].

En los primeros días de septiembre de 1909, el *New York Times* anunció que Cook afirmaba haber alcanzado el Polo Norte, que el príncipe de Abisinia había ofrecido un elefante blanco al presidente Roosevelt, que en Rheims, Francia, se había celebrado la primera reunión nacional de aviación que registra la historia, y que el vapor *George Washington* había llegado, procedente de Brema, el 30 de agosto. Curiosamente, la lista de pasajeros notables no incluía ni a Freud ni a Jung; se mencionaba, sin embargo, al psicólogo William Stern.

El *Boston Evening Transcript* ofreció relatos detallados de las celebraciones y conferencias. El 6 de septiembre, lunes, William Stern habló sobre la psicología de los testigos, nueva rama de la psicología aplicada, de la que era pionero, y al día siguiente dio una conferencia sobre los problemas escolares. Entre otros eminentes eruditos que hablaron el martes 7 de septiembre, se encontraban Franz Boas y Sigmund Freud. El *Boston Evening Transcript* informó el 8 de septiembre:

> Los que hayan estudiado el libro del doctor Freud sobre análisis psíquico, sin duda se lo habrán imaginado como una persona fría y triste, pero esa suposición se desvanece cuando se le conoce personalmente, encorvado y gris, aunque con la faz amable que la edad nunca puede endurecer..., y se le oye contar las historias de sus pacientes. Por otra parte, el doctor Freud es modesto, y da al doctor Breuer su colega, más honor del debido quizás a un hombre cuyo deseo era dejar dormir un descubrimiento durante diez años o más. Así se demostró una vez más cuando el doctor Freud —hablando en alemán, pero al igual que el doctor Stern, con estudiada claridad— relató un caso propio. El doctor Franz Boas..., que había cedido generosamente su lugar en el programa de la mañana, estaba entusiasmado con el sacrificio, y aunque sus amigos se consolaban pensando que valía la pena esperar, estaban contentos de que se hubiera dado prioridad al vienés, quien parecía tener derecho al honor de un descubrimiento de los que hacen época.

Hubo también documentadas conferencias sobre biología y sobre matemáticas, y el médico italiano Volterra habló en francés acerca de las teorías de Maxwell y Lorentz.

El 9 de septiembre, jueves, se discutió, en las diversas secciones, una amplia gama de temas científicos. Tischener habló de la psicología experimental, C. G. Jung del test de asociación de palabras y Leo Bürgerstein, de Viena («que ya se había convertido en el favorito de los auditorios de Clark»), de la coeducación. Adolf Meyer presentó un «llamativo ensayo»

---

236 Ernest Jones, *The Life and Work of Sigmund Freud*, II, Nueva York, Basic Books, 1955, págs. 54-59.

237 *Lectures and Addresses Delivered before the Departments of Psychology and Pedagogy in Celebration of the Twentieth Anniversary of the Opening of Clark University, September 1909*, 2 vols., Worcester, Mass., 1910.

sobre los factores dinámicos en la dementia praecox, y las conferencias de Freud encontraron oyentes entusiasmados.

El viernes 10 de septiembre continuó la miscelánea de conferencias sobre temas eruditos. Freud destacó que su teoría era «dinámica» y no «hereditaria», como la de la escuela de Janet. Jung mantuvo fascinado a su auditorio contando cómo utilizaba su test de asociación de palabras para descubrir delitos y revelar las causas ocultas de la enfermedad. La atmósfera de erudición se vio interrumpida en la tarde cuando, en una conferencia sobre educación, intervino en la discusión la anarquista Emma Goldman, acompañada por Ben Reitman, «el rey de los vagabundos».

El sábado 11 de septiembre, el *Boston Evening Transcript* publicó una larga entrevista de Adelbert Albrecht a Sigmund Freud [238]. Según el periodista, Freud predijo que el entonces discutido movimiento Emmanuel de los Estados Unidos moriría. Como pioneros de la psicoterapia mencionó a Liébeault, Bernheim y Moebius. Definió la hipnosis como «un fracaso y un método de dudoso valor ético». En relación con la cura psicoanalítica, dijo: «Sólo he podido aplicar mi método a los casos graves y considerados incurables por otros médicos. Va mejor en los casos graves».

Durante su estancia en la Universidad Clark, Freud y Jung fueron huéspedes personales de su presidente, Stanley Hall. Freud declaró, en su discurso de apertura, que esta invitación a visitar América era el primer reconocimiento oficial de sus esfuerzos, afirmación bastante sorprendente a la vista de su antiguo reconocimiento por Bleuler y el equipo del Burghölzli.

En esta época Jung acababa de renunciar a su puesto de director asociado en el Burghölzli. Ahora se dedicaba a la práctica privada, a la dirección de la Asociación Psicoanalítica Internacional, de reciente fundación, y a la editorial del *Jahrbuch*. Parecía haberse identificado por completo con el destino del movimiento.

La literatura psicoanalítica crecía de año en año. Freud publicó numerosos trabajos, entre los que se encontraban dos de sus más famosas historias clínicas, la del pequeño Hans y la del hombre con las ratas. Sus discípulos eran prolíficos escritores, en especial Stekel, Rank y Abraham, así como muchos otros menos recordados en la actualidad. Se editaban asimismo gran cantidad de obras que trataban indirectamente del psicoanálisis, bien en forma de revisiones imparciales o de controversias en favor o en contra.

Interesante en ese aspecto es un trabajo leído por Friedländer en el Congreso Internacional de Medicina celebrado en Budapest, porque demuestra lo que eran exactamente las objeciones contra el psicoanálisis:

---

238 Ver cap. VII, págs. 526-527.

Primero, en lugar de las tranquilas demostraciones corrientes entre los científicos en sus discusiones, los psicoanalistas hacen afirmaciones dogmáticas matizadas por estallidos emocionales; son únicos para comparar a Freud con hombres como Kepler, Newton y Semmelweis, y se caracterizan por el vigor de sus ataques contra sus adversarios. Segundo, en lugar de probar sus afirmaciones de forma científica, se contentan con manifestaciones imposibles de verificar. Dicen: «Sabemos por experiencia psicoanalítica que...» y dejan a otros el trabajo de probarlo. Tercero, no aceptan ninguna crítica, ni siquiera la expresión de la duda más justificada, a la que denominan «resistencia neurótica». Friedländer cita de Sadger: «La mojigatería de los médicos en sus discusiones sobre los temas sexuales se debe menos a razones de principio que a su fondo psicológico... En lugar de aceptarse como histéricos, prefieren ser neurasténicos. Aunque no sean ninguna de esas dos cosas, tienen que admitir el tener una esposa, una madre o una hermana histérica. Va contra su carácter conceder tal cosa acerca de sus parientes cercanos o de sí mismos, de modo que prefieren declarar inválida toda la teoría y condenarla a priori» [239]. Friedländer conviene con Aschaffenburg en que tal argumentación es inaceptable entre científicos. Cuarto, los psicoanalistas ignoran todo lo realizado antes de ellos, o por otros, pretendiendo así ser innovadores. En tal caso, antes de Freud, no se habría curado a ningún paciente histérico, y tampoco se hubiera practicado ningún tipo de psicoterapia. Quinto, las teorías sexuales del psicoanálisis se presentan como un hecho científico, aunque no probado, como cuando Wulffen dice: «Todas las facultades éticas del interior del hombre, su sentido del pudor, su moralidad, su adoración de Dios, su estética, sus sentimientos sociales, proceden de la sexualidad reprimida». Wulffen recuerda a Weininger cuando dice: «La mujer es un delincuente sexual nato; cuando su fuerte sexualidad se reprime por completo, le conduce fácilmente a la enfermedad y la histeria y, cuando tal represión es insuficiente, a la delincuencia; en muchas ocasiones le conducirá a ambas cosas». Sexto, Friedländer objeta a la costumbre de los psicoanalistas de dirigirse directamente al gran público como si sus teorías estuvieran ya científicamente probadas; al actuar así consiguen que quienes no aceptan dichas teorías aparezcan como ignorantes y retrógrados [240].

Los argumentos de Friedländer se vieron reforzados por otros de psiquíatras contemporáneos. Era corriente la queja por la falta de estadísticas en el psicoanálisis. Se afirmaba asimismo que las ideas psicoanalíticas podían ser «ingeniosas» *(geistreich)*, pero no propiamente «científicas». En tercer lugar, se indicaba que, lejos de ser nuevas, eran muchas veces un regreso a conceptos antiguos, pasados de moda (esto es lo que Rieger quería significar cuando hablaba de psiquiatría de comadres, es decir, de la psiquiatría tal como era antes de la introducción de la nosología moderna; la teoría sexual de la histeria de Freud se consideraba como el regreso a una teoría ya rechazada). Por último, estaba el argumento del *genius loci*. Aschaffenburg, Löwenfeld y Friedländer explicaron el éxito de las teorías sexuales de Freud basándose en que habían caído

[239] A. Friedländer, «Hysterie und Moderne Psychoanalyse», *Congrès International de Médecine*, Budapest, 1909, Sect. XII, págs. 146-172.

[240] J. I. Sadger, «Die Bedeutung der psychoanalytischen Methode nach Freud», *Centralblatt für Nervenheilkunde und Psychiatrie*, XXX, XVIII (1907), 45-52 (cita de la pág. 50).

en el terreno fértil vienés. La *Psychopathia sexualis* de Krafft-Ebing había logrado en Viena, en 1886, un extraordinario éxito entre el gran público, y desde entonces no había cesado de crecer el interés específico por los temas sexuales, como demostró el éxito fabuloso del libro de Weininger, para no mencionar el de Schnitzler y los trabajos de otros escritores. Los pacientes de Freud eran, por tanto, receptivos ante ese tipo específico de cuestiones. Este argumento del «genius loci», que Ladame citaría posteriormente y Janet de éste, ha sido mal interpretado, a veces, al identificarlo con la inmoralidad general del ambiente vienés.

El período anterior a la Primera Guerra: 1910-1914

Hasta 1910, Europa había vivido bajo el sistema de la paz armada y se confiaba, a pesar del aumento de las tensiones políticas, en mantener esa situación. Pero a partir de ese año se hizo evidente la inevitabilidad de una conflagración general. Las guerras balcánicas fueron consideradas por muchos como un preludio de la guerra entre las grandes potencias europeas. Francia, Inglaterra y Alemania eran presa de una neurosis nacionalista de masas, y los esfuerzos desesperados de un manojo de pacifistas eran absolutamente inadecuados para contrarrestarla[241]. La expectación de la guerra se reflejaba en la literatura de la época y en la tendencia general de la mentalidad de la gente.

Otro signo ominoso fue la aparición de tendencias nihilistas, tales como el movimiento futurista. Un poeta italiano, Filippo Tommaso Marinetti, predicó el desmoronamiento de la moralidad y los valores tradicionales, y la destrucción de las academias, bibliotecas y museos; ensalzó la belleza de la velocidad, de las máquinas modernas, del peligro y de la guerra[242]. Tanto él como sus seguidores trataban de revolucionar la pintura, la escultura, la música y la literatura; organizaron espectáculos teatrales diseñados para conmocionar y maltratar al público, que terminaban en reyertas. Fueron los promotores de un agresivo nacionalismo italiano; posteriormente realizaron una campaña a favor de la intervención de Italia en la Primera Guerra Mundial y de la causa del fascismo. Marinetti encontró imitadores en toda Europa, sobre todo en Rusia.

Esta tensión general se reflejó también en la historia de la psiquiatría dinámica. Fue un período de polémicas y crisis internas para el movimiento psicoanalítico.

El gran acontecimiento de 1910 fue la muerte del rey Eduardo VII, al que sucedió Jorge V. Durante los diez años de su reinado, Eduardo había

---

241 Caroline E. Playne, *The Neuroses of the Nations*, Londres, Allen and Unwin, 1928.

242 F. T. Marinetti, «Le Futurisme», *Le Figaro*, núm. 51, 20 de febrero de 1909.

propiciado un acercamiento a Francia, pero los alemanes le acusaron del cerco político de su país, de modo que la situación era mucho más explosiva cuando murió que en el momento de su acceso al trono. El mismo año murió un gran apóstol de la paz, el patriarca de las letras europeas, Leon Tolstoi, que contaba ochenta y dos años. Su doctrina de no violencia sería aplicada posteriormente por su discípulo más famoso, Gandhi.

Durante la primera década del siglo XX habían ocurrido numerosos cambios en la psiquiatría dinámica. Cuando se celebró el aniversario de Bernheim, éste parecía una figura del pasado, y la alocución que dio estaba llena de amargura [243]. Todo lo que había escrito durante los veintiocho años anteriores, dijo, estaba ahora olvidado. Un suizo, Dubois, era considerado como el fundador de la psicoterapia y se la había «anexionado» (símil de la «anexión» alemana de Alsacia-Lorena). Aparentemente, Bernheim no advertía lo que estaba ocurriendo en Viena y Zurich.

Los psicoanalistas se mostraban cada vez más activos, y sobre todo en el campo de la interpretación de los mitos, la literatura y la antropología. Freud publicó su famoso ensayo sobre Leonardo da Vinci [244] y Jones su interpretación de Hamlet [245]. El folklorista Friedrich Krauss, cuya revista *Anthropophyteia* estaba dedicada a la colección de chistes obscenos de todas las gentes y países, pidió a Freud que realizara una valoración psicológica de ese material [246].

Los días 30 y 31 de marzo tuvo lugar una segunda reunión internacional en Nuremberg. Se decidió formar una Asociación Psicoanalítica Internacional. Freud prefirió que hubiera un gentil a su cabeza [247]. A pesar de la gran oposición de los miembros vieneses, Jung fue elegido presidente. Como compensación, se colocó una nueva revista, la *Zentralblatt für Psychoanalyse,* bajo la jefatura editorial conjunta de Adler y Stekel.

Gran parte del antagonismo que despertaban en aquella época los psiconalistas se debía a los denominados «analistas salvajes», es decir, a las personas que, sin ninguna preparación para esa tarea, comenzaban a «analizar» de forma que muchas veces se mostraba perjudicial para los pacientes. Hans Blüher, que pertenecía al grupo freudiano de Berlín, dio una imagen de la situación:

> En Berlín [relata Blüher], al igual que en Viena y en Zurich, cada grupo psicoanalítico consta de dos círculos: uno médico, reducido, que utiliza una terminología

---

243 Anón., *Jubilé du Professeur Bernheim. 12 novembre 1910,* Nancy, 1910.

244 Ver cap. VII, págs. 615-616.

245 Ernest Jones, «The Oedipus Complex as an Explanation of Hamlet's Mystery: A Study in Motive», *American Journal of Psychology,* XXI (1910), 72-113.

246 Sigmund Freud, «Brief an Dr. Friedrich Krauss», *Anthropophyteia,* VII (1910), 472-473. Edición corriente, XI, págs. 221-227.

247 Es de destacar que, al mismo tiempo, Ludwig Zamenhof, el creador del esperanto, quería dejar la dirección de su organización a un no judío. Ver *Israelitisches Wochenblatt,* XI (1912), 541-542.

estrictamente médica y cuyo fin es el tratamiento del neurótico, y otro mucho mayor, cuyo propósito es atraer la atención pública hacia las neurosis y el psicoanálisis. Según Blüher, este círculo laico era la principal fuerza motora del movimiento psicoanalítico; sus adeptos escribían gran número de obras supuestamente psicoanalíticas. Sin ninguna restricción, proclamaban que el psicoanálisis proporcionaría una clave para resolver todos los problemas de la humanidad, desde la cura de las neurosis individuales hasta la abolición de la guerra. Así, aunque atraían pacientes al tratamiento psicoanalítico, hacían que éste adquiriera una mala reputación [248].

Fue esto lo que impulsó a Freud a escribir su famoso trabajo sobre el «Análisis salvaje» [249], en el que resaltó que nadie, sin un entrenamiento adecuado, debía dedicarse al psicoanálisis. Utilizaba, además, por primera vez, el término *psicosexualidad*, explicando que su concepto de la libido no sólo incluía los impulsos sexuales instintivos, sino el significado total de la palabra alemana *lieben* (amar). «¡Cuántos odios y rencores se habrían evitado si esta aclaración se hubiera hecho antes!», comentó Oskar Pfister [250].

El Congreso Internacional de Psicología Médica y Psicoterapia, que tuvo lugar en Bruselas del 7 al 8 de agosto, mostró el cambio de las relaciones entre las escuelas psicoterapéuticas [251]. Janet, que había desempeñado un papel moderado en los congresos anteriores, no asistió (su trabajo sobre la sugestión se leyó *in absentia*). Las discusiones tomaron muchas veces la apariencia de un conflicto de generaciones entre los viejos (Forel, Bernheim y Vogt) y los jóvenes (Seif, Jones y Muthmann). En ocasiones parecía como si estos últimos replicaran con un ataque masivo a cualquier cosa que dijeran aquéllos. Es ilustrativo el trabajo de Ernst Trömner sobre «El proceso de la dormición» y los fenómenos hipnagógicos. El que más destacó en la discusión fue Seif, quien objetó que el autor no hubiera citado a Freud y Silberer, añadiendo que «el material era perfecto para realizar un trabajo psicoanalítico». Forel se levantó para protestar, e inmediatamente Muthmann, Jones y Graeter apoyaron enérgicamente a Seif. De Montet trató de contradecir la teoría de Freud, y entonces Trömner recordó al auditorio que su trabajo trataba del tema de la dormición, más que del de los sueños. En la discusión de uno de los siguientes trabajos, Vogt protestó contra la pretensión de Seif de prohibirle hablar de los sueños y el inconsciente: «Objeto que a un hombre como yo, que ha coleccionado sus propios sueños desde los die-

248 Hans Blüher, *Traktat über die Heilkunde*, Stuttgart, Klett, 1926. (Citado por la tercera edición, 1950, págs. 99-107).

249 Sigmund Freud, «Ueber 'wilde' Psychoanalyse», *Zentralblatt für Psychoanalyse*, I (1910), 91-95. Edición corriente, XI, págs. 221-227.

250 Oskar Pfister, *Die psychanalytische Methode*, Leipzig y Berlín, Klinkhardt, 1913, páginas 59-60.

251 *Journal für Psychologie und Neurologie*, XVII; Ergänzungscheft (1910-1911), 307-433.

ciséis años de edad y ha investigado los problemas aquí discutidos desde 1894, es decir, casi tanto tiempo como Freud y más que cualquiera de sus discípulos, cualquier freudiano le niegue el derecho de discutir estas cuestiones».

El Congreso de Bruselas es típico por la naturaleza de discusiones que surgían en casi todas las reuniones de aquella época en los territorios de habla alemana. El tono estaba unas veces dominado por los psicoanalistas, como en Bruselas, y otras por sus adversarios. En una reunión de los psiquíatras y neurólogos del sudeste de Alemania celebrada en Baden-Baden el 8 de mayo, el doctor Hoche dio una conferencia memorable sobre «Una epidemia psíquica entre los médicos».

Una epidemia psíquica, dijo, es «la transmisión de representaciones específicas de un poder compulsorio a un gran número de cabezas, con pérdida de juicio y la lucidez». Los seguidores de Freud, añadió, no pertenecen a una «escuela» en el sentido específico de la palabra, sino a una especie de secta, que no propone hechos verificables, sino artículos de fe. El psicoanálisis muestra todas las características de una secta: la convicción fanática de su superioridad, la jerga, la aguda intolerancia y tendencia a vilipendiar a los defensores de otras creencias, la alta veneración del maestro, la tendencia al proselitismo, la rapidez para aceptar las improbabilidades más monstruosas y la fantástica supervaloración de lo que han realizado y pueden realizar sus adeptos. Como explicación de esta epidemia psíquica, Hoche citó la falta de sentido histórico y de educación filosófica de sus víctimas y lo poco agradecido de la curación de las enfermedades nerviosas. El éxito terapéutico surge, dijo, de la incansable atención prestada por los médicos a los pacientes. Concluyó afirmando que el movimiento freudiano era el «regreso, en forma modernizada, de una medicina mágica, una especie de enseñanza secreta...», que traería a la historia de la medicina otro ejemplo de epidemia psíquica [252].

En Zurich, Ludwig Frank aplicó una modificación del método catártico original de Breuer-Freud [253]. Hacía que sus pacientes se tendieran sobre un diván y se concentraran en los sentimientos que ocurrían en su interior. Así revivirían sus emociones del pasado, muchas veces a partir de episodios olvidados de su vida, e inmediatamente aparecería el recuerdo de los acontecimientos y sería discutido con el terapeuta. En ocasiones se reaccionaba ante las emociones sin un conocimiento completo de los hechos, lo que era suficiente para producir una curación. Forel proclamó que este método era el único psicoanálisis verdadero, original de Breuer, que Freud había distorsionado desde entonces.

En 1910, Bleuler introdujo en psiquiatría el término «ambivalencia» para designar un estado mental peculiar dominado a la vez por tonos emocionales negativos y positivos. La ambivalencia normal es el producto de la adaptación de dos sentimientos opuestos (a un hombre le gusta la rosa

252 Alfred Hoche, «Eine psychische Epidemie unter Aertzten», *Medizinische Klinik*, VI (1910), 1007-1010.

253 Ludwig Frank, *Die Psychanalyse*, Munich, E. Reinhardt, 1910.

a pesar de las espinas que le disgustan). En la ambivalencia anormal hay una fusión paradójica de dos sentimientos opuestos (un esquizofrénico podría amar y odiar simultáneamente a la rosa). El concepto de ambivalencia fue adoptado y desarrollado rápidamente por los psicoanalistas [253a].

En el año 1911, las tensiones europeas llegaron casi al punto de ruptura, y de nuevo el objeto de la discordia fue Marruecos. En virtud de un acuerdo con Inglaterra, Francia abandonó sus pretensiones sobre Egipto a cambio de libertad completa en Marruecos. Los alemanes, sin embargo, también tenían intereses en el protectorado y, para hacerlos destacar, enviaron un buque de guerra a Agadir. Después de difíciles negociaciones se evitó la guerra, y Alemania cedió sus «derechos» sobre Marruecos a cambio de una zona del Congo Francés, pero ambas potencias se sintieron engañadas y la tensión apenas disminuyó. Italia se opuso a ser dejada a un lado en el reparto de Africa y, viendo que el Imperio turco sufría una grave crisis interna, le declaró la guerra e invadió Trípoli con ánimo de adquirir una nueva colonia y vengar así su derrota en Adua.

Parecía que nunca habían existido tantas escuelas psicoterapéuticas. Janet en París y Dubois en Berna gozaban todavía de gran prestigio. Otro terapeuta que adquirió fama en aquella época fue Roger Vittoz, que vivía en Lausana, a orillas del lago Ginebra [254]. Sometía a sus pacientes a un ingenioso sistema de entrenamiento mental, consistente en ejercicios graduados de relajación y concentración. Inculcaba en ellos una conciencia completa de todas las sensaciones, y les enseñaba a concentrarse sobre una representación o idea, como podían ser las de «reposo», «control», «el infinito», etc. Vittoz afirmaba que, colocando su mano sobre la frente del sujeto, podía valorar el grado de control. También enseñaba una filosofía de la vida [255]. Le llegaban pacientes de todas las partes del mundo, pero no enseñaba su método, y pocos lo practicaron después de su muerte.

Para la gente de aquella época, el gran acontecimiento psiquiátrico del año 1911 fue probablemente la aparición del libro de Bleuler sobre la demencia precoz, para la que había acuñado el nuevo término de «esquizofrenia»:

> El libro, fruto de veinte años de trabajo, presentaba cuatro innovaciones. Primera, incluía bajo el amplio concepto de «esquizofrenia» no sólo la antigua demencia precoz, sino también una serie de estados, en especial los agudos y transitorios, que

[253a] Eugen Bleuler, «Die Ambivalenz», *Festschrift der Dozenten der Universität Zürich* (Zurich, Schultherz, 1914).

[254] Roger Vittoz, *Traitement des psychonévroses par la rééducation du contrôle cérébral*, París, Baillière, 1911.

[255] Se pueden encontrar más detalles acerca del método de Vittoz en la tesis médica de Robert Dupond *La Cure des psychonévroses par la méthode du Dr. Vittoz*, París, Jouve, 1934, y en un folleto escrito por una admiradora, Henriette Lefebvre, *Un Sauveur, le Docteur Vittoz*, París, Jouve, s. f.

habían sido considerados hasta entonces como entidades separadas. Segunda, presentaba un concepto dinámico de la enfermedad, inspirado al parecer en la noción de psicastenia de Janet, distinguiendo entre los síntomas primarios relacionados directamente con el proceso y los secundarios derivados de los anteriores. Tercera, Bleuler proponía una interpretación del concepto de alucinación y delirio esquizofrénico en la que seguía a Freud. Cuarta, en contraste con la opinión de que la demencia precoz es incurable, Bleuler sustentaba la idea optimista de que la esquizofrenia es una enfermedad que se puede detener o hacer retroceder en cualquier momento de su curso. La intensa dedicación de los médicos del Burghölzli a sus pacientes y el uso de la terapia ocupacional y de otras técnicas determinaron un aumento notable del número de éxitos terapéuticos [256].

El año 1911 fue de gran expansión para el movimiento psicoanalítico, con el afortunado Congreso Internacional celebrado en Weimar en septiembre. Pero fue también un período de lucha interna. Incluso después de la dimisión de Adler en julio, la Sociedad vienesa estaba (en palabras de Jones) «destrozada por los celos y las disensiones».

En 1911 apareció una novela de Grete Meisel-Hess que es la primera obra conocida de ficción que da la imagen de un psicoanalista tal como el público la podía imaginar en aquella época.

Los personajes son un grupo de intelectuales que gastan el tiempo en fútiles asuntos amorosos y largas discusiones acerca de cualquier tema. Una dama neurótica de cuarenta años que ha vivido los mejores años de su vida en ese círculo se da cuenta de que necesita la ayuda de un médico. Oye que existe un nuevo método, el psicoanálisis, capaz de curar a los pacientes haciendo surgir la vida inconsciente dentro de la consciencia. Llena de intensos sentimientos de curiosidad y esperanza, entra en la casa del psicoanalista. La doncella, una anciana alta y delgada vestida de negro, la conduce a través de una larga serie de habitaciones elegantemente decoradas hasta la puerta del despacho del gran hombre.

El doctor, sentado a su mesa, la mira de forma penetrante durante un rato, y en silencio se acaricia la barba. A continuación le ofrece asiento y, con un gesto de estímulo, le invita a contar su historia. A partir de entonces la consulta evoluciona en cuatro fases. La paciente cuenta su historia completa mientras el psicoanalista escucha tranquilamente y toma notas. A continuación empieza la segunda fase: el analista explica a la paciente que ésta ha reprimido recuerdos sexuales dolorosos; inmediatamente trata de extraer esos recuerdos reprimidos «por medio de una técnica especial». Le pregunta, entre otras cosas, por sus sueños. En la tercera fase, el psicoanalista se transforma en ginecólogo: como los casos sexuales suelen ser el origen de las neurosis, es necesario hacer un examen ginecológico completo. Afortunadamente, los hallazgos son satisfactorios. Por lo tanto, se pasa a la cuarta fase, en la cual el psicoanalista se transforma en hipnotizador. Hace que la paciente se siente en un cómodo sillón y se describe la técnica prolijamente. Una vez la dama en estado de sueño hipnótico, el analista acaricia su frente y le sugiere que se verá liberada de todos sus complejos. Concluida la sesión, la paciente abandona al analista con un sentimiento de júbilo. No se hace ninguna mención de los honorarios. El

256 E. Bleuler, *Dementia Praecox, oder Gruppe der Schizophrenien*, en Aschaffenburg, *Handbuch der Psychiatrie, Specieller Teil*, parte IV, I.ª mitad, Viena, Deuticke, 1911. (Ver cap. V, págs. 333-334).

tratamiento psicoanalítico queda terminado con esta única sesión y, hasta el final de la novela, la antigua paciente se ve libre de cualquier síntoma neurótico [257].

El año 1912 fue, sobre todo, el de las guerras balcánicas. Grecia, Servia y Bulgaria, los nuevos Estados balcánicos, atacaron a Turquía pretendiendo liberarse de su yugo. Éste fue el tema del día, y se habló mucho de las «atrocidades macedonias». La guerra intensificó la tensión entre las otras potencias europeas, en particular entre Rusia y Austria-Hungría.

Otro acontecimiento sensacional fue el hundimiento del *Titanic* en su viaje inaugural el 14 de abril, en el que se perdieron más de mil quinientas vidas. El barco estaba considerado como el más moderno y perfeccionado de los construidos hasta entonces, y se había dicho que era insumergible, pero las medidas de seguridad resultaron inadecuadas y los botes salvavidas insuficientes. Los prejuicios sociales se manifestaron en el hecho de que los pasajeros de primera y segunda clase fueran rescatados antes que los de tercera. De este modo se sacrificó a un gran número de inmigrantes pobres, con sus familias [258]. Los supersticiosos vieron el desastre como un mal presagio para el futuro de la civilización europea. Mucho se había escrito sobre la inminencia de guerra. Un alemán, Von Bernhardi, explicó en *Alemania y la guerra próxima* que su país tendría que enfrentarse a una serie de enemigos; sólo se conseguiría la victoria al precio de extraordinarios esfuerzos y sacrificios [259]. Un grupo de eruditos fundaron una *Gesellschaft für positivistische Philosophie* (Sociedad de Filosofía Positivista), con domicilio en Berlín, con el objeto de fomentar una concepción unificada y científica del universo, y a partir de ella resolver los problemas de la humanidad. Entre sus miembros se encontraban Ernst Mach, Josef Popper, Albert Einstein, August Forel y Sigmund Freud.

Fue éste un período de febril agitación entre la juventud europea. Por todas partes florecían nuevos grupos literarios, artísticos, culturales y políticos que afirmaban romper con el pasado e introducir nuevos valores y que mantenían constantes polémicas entre sí: las discusiones sobre el movimiento psicoanalítico deben ser consideradas en esta perspectiva.

Josef Breuer era ahora completamente ignorado por la nueva generación. Cuando se celebró su setenta aniversario el 15 de enero de 1912, Sigmund Exner leyó un texto laudatorio y le regaló los documentos de

257 Grete Meisel-Hess, *Die Intellektuellen*, Berlín, Oesterheld, 1911, págs. 341-346.

258 En una de las audiencias después del hundimiento, un pasajero de tercera clase afirmó bajo juramento que durante las operaciones de rescate, una puerta que separaba el entrepuente de la cubierta superior fue cerrada ante sus narices. Los pasajeros de tercera clase que consiguieron escapar lo hicieron rompiendo la cerradura. *Titanic Disaster. Hearing before a Subcommitee on Commerce.* United States Senate, 62 Congreso, 2.ª sesión. Documento núm. 726, Washington, Government Printing Office, 1912, pág. 1021.

259 Friedrich von Bernhardi, *Deutschland und der nächste Krieg*, Stuttgart, Cottas Nachfolger, 1912. Trad. inglesa, *Germany an dthe Next War*, Londres, E. Arnold, 1912.

la *Breuer-Stiftung,* fundación cuyo propósito era conceder premios al trabajo de investigación y permitir que los científicos más destacados dieran conferencias en Viena. Una suscripción totalizó una suma inicial de 58.125 coronas [260]. La lista de suscriptores incluía los nombres de numerosos científicos famosos, escritores y artistas vieneses. Freud, sin embargo, no aparecía en ella [261].

Los psicoanalistas desplegaban una gran actividad. Rank y Sachs lanzaron una nueva revista, *Imago,* que en su primer número recogía la contribución inicial de Freud a lo que se convertiría después en su *Totem y tabú.* El interés de Freud por la etnología había sido estimulado, al parecer, por la *Metamorfosis y símbolos de la libido* de Jung. En los años precedentes, por lo demás, se había demostrado gran interés por el problema del totemismo. Frazer había publicado su *Totemismo y exogamia* [262]. Durkheim [263] afirmaba que el totemismo fue la forma original de religión, y Thurnwald lo describió como una forma primitiva de pensamiento [264]. Wundt esbozó un amplio cuadro de la evolución de la humanidad, que según él comprendía cuatro períodos: uno primitivo de vida salvaje, uno totémico con organización trival y exogamia, un «período de los héroes y los dioses», y el período moderno (con las religiones mundiales, los poderes mundiales, la cultura mundial y la historia mundial) [265]. Parece ser que *Totem y tabú* se inspiraba además en acontecimientos recientes: el levantamiento de los Jóvenes Turcos (los hijos contrariados) contra el sultán Abdul Hamid II (el padre cruel), que mantenía un gran harén cuidado por eunucos. Después del levantamiento se había iniciado la modernización de la organización social, floreciendo la literatura exactamente igual que en el modelo de Freud la cultura humana florecía después del asesinato del anciano padre. Como complemento a *Totem y tabú,* Otto Rank publicó una vasta compilación del motivo del incesto en la poesía y la leyenda [266].

---

260 No ha sido posible encontrar si hubo malversación de alguna parte de los fondos de la fundación. La Breuer-Stiftung fue una de las numerosas víctimas de la inflación de la posguerra. Cuando la economía austríaca se estabilizó en 1922, 10.000 coronas valían un chelín (la séptima parte de un dólar).

261 El autor está reconocido a la señora Käthe Breuer, que le mostró estos documentos, y al señor George H. Bryant, nieto de Josef Breuer, por la información complementaria.

262 Sir James Frazer, *Totemism and Exogamy, A Treatise on Certain Early Forms of Superstition and Society,* 4 vols., Londres, Macmillan Co., 1910.

263 Émile Durkheim, *Les Formes élémentaires de la vie religieuse, le système totémique en Australie,* París, Alcan, 1912.

264 Richard Thurnwald, «Die Denkart als Wurzel des Totemismus», *Korrespondenzblatt der deutschen Gesellschaft für Anthropologie, Ethnologie, und Urgeschichte,* 1911, págs. 173-179.

265 Wilhelm Wundt, *Elemente der Völkerpsychologie,* Leipzig, Alfred Kröner, 1912.

266 Otto Rank, *Das Inzest-Motiv in Dichtung und Sage,* Leipzig y Viena, Deuticke, 1912.

Las controversias acerca del psicoanálisis eran más intensas que nunca. La comprensión de su verdadero significado requiere un conocimiento completo del entorno cultural de la época. Así lo indica el ejemplo de una discusión que tuvo lugar en Zurich a comienzos de 1912 [267].

No se encuentra ninguna mención del psicoanálisis en el *Neue Zürcher Zeitung* antes del 8 de febrero de 1911, en que el doctor Karl Oetker publicó una recensión del folleto *Die Psychanalyse* de Ludwig Frank [268]. Esta crítica, en la que ni siquiera se menciona el nombre de Freud, deja al lector con la impresión de que «el Psychanalysis» (sic) era un descubrimiento suizo y de que contenía una profesión de fe materialista, por afirmar que en el momento de la muerte el alma perece para siempre. Diez meses más tarde, el 7 de diciembre, un cierto «doctor E. A.» comentaba en el mismo periódico una conferencia pronunciada por el doctor F. Riklin en una reunión reciente de una sociedad filológica de Zurich, la Gesellschaft für deutsche Sprache. Riklin, según el comentarista, dijo que el psicoanálisis había logrado curar a los neuróticos haciendo aflorar al consciente imágenes reprimidas, e interpretando los sueños. Añadió que se había demostrado que los sueños y símbolos delirantes son idénticos a los mitos universales de la humanidad, consiguiéndose así descifrar éstos. El sol, por ejemplo, es un símbolo de energía sexual masculina; la serpiente y el pie, símbolos fálicos, y el oro, símbolo de los excrementos. Todo esto se presentaba en la crítica no como una hipótesis, sino como un descubrimiento incontestable. Debió ser la lectura de ésta y otras reseñas análogas lo que hizo que la Kepler–Bund dedicara una velada al tema del psicoanálisis. El significado de dicha velada requiere una explicación.

En aquellos años, la cultura europea estaba impregnada de cientificismo, es decir, de la creencia de que únicamente la ciencia puede dar respuesta a los grandes enigmas del mundo. La ciencia entonces dominante era la ciencia natural (como la física atómica lo es en nuestros días), con la teoría de la evolución en primer plano. Bajo este último nombre se entremezclaban cuatro conceptos diferentes: el del transformismo (en oposición al creacionismo o fijacionismo), la teoría original de Darwin de que la evolución de las especies se produce por selección natural en la lucha por la existencia, una serie de doctrinas pseudo-darvinistas agrupadas bajo el epígrafe de darvinismo social y, por último, la doctrina de Haeckel. En la actualidad es difícil imaginar el papel tan importante que las ideas de este último autor desempeñaron en la vida cultural de su época. Haeckel había comenzado su carrera como brillante naturalista, había pasado a ser un filósofo de la naturaleza, y luego se convirtió

[267] El autor está reconocido al doctor Gustav Morf, que atrajo su atención hacia el interés de ese episodio, y al Departamento de Archivo del *Neue Zürcher Zeitung*, de Zurich, por su ayuda.

[268] Ver cap. X, pág. 907.

en un enemigo cada vez más acérrimo de la religión. Equiparaba la ciencia con el materialismo, el ateísmo y la rama haeckeliana del transformismo; y la religión con la tradición, la superstición y las actitudes anticientíficas. Fue el ídolo de muchos jóvenes que se habían convertido a su doctrina. Es notable la dramática conversión del joven Goldschmidt: habiendo leído la historia de la creación de Haeckel, creyó haber encontrado la clave de todos los problemas filosóficos y científicos y comenzó a propagar estas opiniones con el celo de un misionero [269].

Haeckel había fundado una asociación, la *Monisten-Bund,* que afirmaba absorber la religión en la ciencia y ser la religión del futuro. No es sorprendente que su actividad encontrara considerable resistencia de las Iglesias. A sus enemigos les resultaba fácil demostrar que presentaba hipótesis como si fueran realidades, y se le acusó incluso de falsificar una serie de ilustraciones de sus libros para hacer que se adaptaran a su doctrina. Los ataques contra él partían de dos frentes: el teólogo Wasmann había fundado la Thomas-Bund para refutar a Haeckel en nombre de la religión, y el naturalista Dennert la Kepler-Bund, con el objeto oficial de oponerse a las especulaciones pseudocientíficas en nombre de la ciencia. Incluía varios famosos científicos entre sus miembros, y tenía sucursales en las principales ciudades de habla alemana.

La rama de Zurich de la Kepler-Bund organizó una velada sobre psicoanálisis. Basándose en las interpretaciones de Oetker del libro de Frank y en las de «E. A.» de la conferencia de Riklin, llegó aparentemente a la conclusión de que el psicoanálisis era una doctrina materialista y atea que enseñaba fantásticas especulaciones como si fueran verdades científicas. El 2 de enero de 1912, el *Neue Zürcher Zeitung* informó acerca de dicha reunión. El doctor Max Kesselring, se decía en la crónica, especialista en enfermedades nerviosas de Zurich, habló «sobre la teoría y práctica del psicólogo vienés Freud». Comenzó expresando su pesar porque tales enseñanzas hubieran alcanzado tanto éxito en Zurich entre los educadores y los sacerdotes. Kesselring había asistido a una serie de conferencias dadas por Freud en Viena, y dijo que éste estaba imbuido por la convicción de que su enseñanza era cierta, y en sus conferencias animaba a los estudiantes a hacer preguntas, pero les daba respuestas vagas y poco convincentes. Después de hacer una revisión histórica del psicoanálisis, Kesselring se declaró definitivamente opuesto a él. Leyó citas de Freud que produjeron la risa en el auditorio. El comentarista lamentó que Kesselring no hiciera justicia al núcleo de verdad contenido en las enseñanzas de Freud. Al día siguiente, 3 de enero de 1912, el *Neue Zürcher Zeitung* publicó una corta declaración de Kesselring, en la que éste declaraba que no era miembro del Kepler-Bund, y que su rechazo del psico-

[269] Richard B. Goldschmidt, *Portraits from Memory: Recollections of a Zoologist,* Seattle, University of Washington Press, 1956, pág. 35.

análisis no estaba basado en una opinión filosófica, sino que era el resultado de estudios carentes de prejuicios. En 5 de enero, un miembro de la Kepler-Bund confirmó que el doctor Kesselring no pertenecía al grupo y explicó que éste mantenía una actitud «neutral» sobre el tema de discusión. La única preocupación de la Kepler-Bund era distinguir las hipótesis de los actos confirmados en la literatura científica.

En su número del 10 de enero, el *Neue Zürcher Zeitung* publicó dos cartas interesantes. Una, firmada por «J. M.», afirmaba que la Kepler-Bund era en realidad una organización de combate contra el monismo y el ateísmo. Obviamente, las enseñanzas de Freud se oponían a las ideas mantenidas por ella, y cuando invitó al doctor Kesselring a hablar acerca de Freud, sabía con antelación cuál sería su actitud. La segunda carta, firmada por el «Dr. J.», decía que era de mal gusto desarrollarlas en una discusión así ante una audiencia lega; ¿por qué no hacer lo mismo, entonces, con los exámenes ginecológicos? Incluso el público mejor educado es incapaz de formar una opinión objetiva sobre tales temas. Más aún, dijo que la conferencia carecía de objetividad y contenía una gran cantidad de afirmaciones falsas.

En el número del 13 de enero, un tal «F. M.» replicó al «Dr. J.» que el *Raschers Jahrbuch* más reciente contenía un largo artículo de C. G. Jung acerca de las ideas de Freud, que era una obra maestra de vulgarización. Consideró extremadamente imprudente entregar sin seguridades al psicoanalista los secretos personales que antes sólo se confiaban al sacerdote. Añadió que se sentía abrumado por la extravagante literatura psicoanalítica; acababa de recibir una obra de Johann Michelsen en la que se interpretaba a Cristo como un símbolo del acto sexual, y el buey en el establo como un símbolo de castración, y se explicaban de forma semejante todos los demás personajes de la Natividad[270]. «F. M.» citaba a continuación algunos ejemplos del simbolismo sexual del propio Freud: por ejemplo, si uno sueña con un paisaje que está seguro de haber visitado antes, la escena es simbólica de los genitales maternos, porque éste es el único lugar donde un hombre puede asegurar haber estado antes. «F. M.» concluía destacando el peligro de la creencia psicoanalista de poseer un secreto infalible, y afirmaba que los que presentan problemas sexuales no pueden ser ayudados realmente por el psicoanálisis, unas veces porque el desorden es de tipo social y económico, y otras porque la curación requeriría el rechazo de los conceptos morales. En el siguiente número, del 15 de enero, el doctor Kesselring protestó contra la acusación de Jung de que había llevado el psicoanálisis a un público laico. En Zurich, educadores y sacerdotes lo hacían así constantemente, como demostraban los numerosos artículos publicados en *Evangelische Freiheit* o en *Berner*

[270] Johann Michelsen, *Ein Wort an geistigen Adel deutscher Nation*, Munich, Bonsels, 1911.

Seminarblätter y, en cualquier caso, los propios psicoanalistas habían establecido la práctica.

En el número del 17 de enero aparecieron de nuevo dos cartas. La primera, firmada por C. G. Jung, decía que «el concepto de sexualidad usado por Freud y por mí mismo tiene un significado mucho más amplio que el vulgar... Así puede leerse en los escritos de Freud y en los míos propios...», y añadía que era injusto colocar el libro de Michelsen al mismo nivel que los valiosos trabajos de Riklin. La segunda carta era de «F. M.», en réplica a Jung. En teoría, decía, Freud tiene un amplio concepto de la sexualidad, pero en la práctica utiliza esta palabra en su sentido más estricto. Protestaba contra quienes le criticaban por hablar del psicoanálisis sin ser médico; no hace falta serlo, de hecho, para juzgar el inmenso peligro del psicoanálisis, pseudociencia que ha encontrado más adeptos fanáticos en Zurich que en ningún otro sitio y que ha desatado una epidemia psíquica.

El 25 de enero, August Forel, en su retiro cercano al lago Ginebra, se unió a la disputa. Puso reparos a una crítica de «F. M.» referente a la hipnosis, así como a la afirmación de Kesselring de que los pacientes neuróticos se convertían en psicóticos después del tratamiento psicoanalítico. Deploró que Freud hubiera distorsionado la fructífera enseñanza de Breuer sobre la terapia catártica. La gente no se debía preocupar de polemizar acerca del psicoanálisis, sino de estudiarlo con seriedad, como hizo el doctor Frank en Zurich. A su carta siguió una réplica de Kesselring: los psicoanalistas hablaban constantemente de sus éxitos y nunca de sus fracasos. Presentó dos ejemplos de pacientes neuróticos que, después del análisis, se habían convertido en psicóticos. Por último, «F. M.» replicó a Forel que eran los psicoanalistas los que se dirigían directamente a un amplio público y escribían propaganda por medio de numerosos folletos y artículos en la prensa.

El número del 27 de enero contenía una protesta de los psicoanalistas en términos bastante vehementes:

> El presidente de las asociaciones Psicoanalítica Internacional y de Zurich se ve obligado a rechazar enérgicamente las acusaciones insultantes y gravemente ofensivas formuladas por un lego contra los especialistas médicos. Los artículos firmados por F. M. dan una imagen completamente distorsionada del tratamiento psicoanalítico, debido a la ignorancia de su autor. Ningún hombre razonable se sometería voluntariamente a un método tan desagradable de tratamiento como el que presenta el señor F. M. El tono de estos dicterios hace imposible cualquier discusión posterior.
>
> Por la Asociación Psicoanalítica Internacional: C. G. Jung, doctor en medicina, presidente; F. Riklin, doctor en medicina, secretario.
>
> Por la Asociación Psicoanalítica de Zurich: Alph. Maeder, doctor en medicina, presidente; J. H. W. van Ophuijsen, médico, secretario.

A la protesta contestó, en el mismo número, «F. M.». «Los señores psicoanalistas —dijo— se identifican tanto con su ciencia que toman

cualquier crítica a ésta como un insulto personal». Destacó el áspero tono del doctor Jung al llamarle periodista y lego, así como el hecho de que también había médicos que se oponían al psicoanálisis. Aunque Freud hubiera hecho muchas observaciones interesantes sobre las neurosis, su método, añadió, es defectuoso y poco científico. (El hecho de que estas observaciones fueran hechas en la Viena medio eslava no era irrelevante). Los psicoanalistas analizan ahora no sólo la vida, sino la muerte: toda la vida espiritual de la humanidad, la religión, el arte, la literatura y el folklore. No pueden aceptar críticas de los legos, pero no dudan en invadir campos en los que ellos mismos son legos.

El 28 de enero, «F. M.» continuó su ataque contra el psicoanálisis, que calificó de método positivamente peligroso. Incluso en el mejor de los casos, cuando lo realiza un médico extraordinariamente capaz y consciente, reduce al individuo a una fórmula sexual y pretende curarle sobre esa base. ¿Qué niño no se desesperaría después de decirle que ha tenido deseos incestuosos hacia su madre? En cuanto al adulto, si su neurosis se origina en los deseos sexuales reprimidos, ¿cuál sería la catarsis? «F. M.» mencionó el caso de un amigo al que había enviado a un eminente especialista de nervios y que, a pesar de sus avisos, fue a un psicoanalista. Incapaz de seguir el consejo de éste en su ciudad natal, desapareció y nunca se volvió a oír hablar de él. Si el psicoanálisis es un instrumento tan peligroso en manos de un médico consciente, ¿qué desastres no causaría en manos de los carentes de escrúpulos? La popularización de los conceptos psicoanalíticos, además, significaría el rechazo de la moralidad sexual en aras de la justificación científica.

El 31 de enero, el *Neue Zürcher Zeitung* publicó la respuesta de Kesselring a Forel. Mantuvo que el psicoanálisis podía ser peligroso, y que no era el único en haber observado sus efectos desastrosos sobre los pacientes. Era una actitud insostenible, añadió, que los psicoanalistas hablaran únicamente de sus éxitos al tiempo que prohibían a los demás mencionar sus fracasos. El hecho de que fueran tan sensibles traicionaba su carencia de objetividad y hacía imposible cualquier discusión constructiva.

En el número de 1 de febrero apareció la respuesta de Forel a Fritz Marti (designado por primera vez por su nombre completo), en la que le acusaba de mezclar la hipnosis, el psicoanálisis freudiano y las nuevas psicoterapias (refiriéndose bajo este concepto al perfeccionamiento que hizo Ludwig Frank de la vieja cura catártica de Breuer-Freud). «Debo declarar que los investigadores sensatos concuerdan completamente con el señor F. M. en su condena de la parcialidad de la escuela freudiana, su santificación de la iglesia sexual, su sexualidad infantil y sus interpretaciones talmúdico-exegético-teológicas». Fueron Freud y Jung quienes habían involucrado a legos en estas materias. Por fortuna, existían todavía

personas interesadas en utilizar el germen de verdad contenido en la investigación de Breuer-Freud. A esta carta respondió «F. M.» con unas cuantas líneas en las que daba las gracias a Forel y declaraba terminada la discusión.

Del estudio de esta controversia de Zurich de 1912 se deduce que la naturaleza real de la oposición al psicoanálisis en aquellos años era muy distinta de la imagen que se da de ella en la actualidad. La opinión corriente es que «los descubrimientos de Freud se encontraron con la enérgica y fanática resistencia de quienes no podían aceptar su concepto de sexualidad, debido a los prejuicios «victorianos» de la época y a la «represión neurótica». En realidad, el examen objetivo de los hechos muestra que la situación era completamente distinta. En las controversias surgidas en torno al psicoanálisis hay que distinguir al menos cinco elementos:

Primero, los conceptos psicoanalíticos fueron presentados al público de tal forma que obligadamente debían producir dos tipos opuestos de reacciones; unas personas tenían que sentirse conmocionadas y hallar esos conceptos desagradables y peligrosos; otras tenían que aceptarlos de forma entusiasta, como auténticas revelaciones. Wittgenstein se expresó a este respecto con bastante claridad [271]. Los conflictos entre ambos grupos eran inevitables, y muchas veces tomaron la forma de un conflicto de generaciones. Una posición intermedia era la de las personas sensatas que trataban de pensar por sí mismas para eliminar lo que no fuese estrictamente científico. Oppenheim, Friedländer, Isserlin, etc., considerados por lo general en la actualidad como los primeros oponentes del psicoanálisis, pertenecieron en realidad al grupo que intentaba hacer una valoración objetiva. Sus críticas han sido considerablemente exageradas y el «germen de verdad» que aceptaban ha sido olvidado.

Segundo, bajo el epígrafe de psicoanálisis se mezclaban numerosas tendencias; existían amplias gradaciones entre los escritos de Freud, de su círculo inmediato, del círculo más amplio de analistas legos y de los excéntricos, como Michelsen, que afirmaban ser psicoanalistas. ¿Cómo podía reconocer el público lo perteneciente al psicoanálisis genuino? Lo mismo ocurría con relación a la terapia psicoanalítica, que administraban tanto los analistas del grupo de Freud como individuos irresponsables. Fueron estos mismos abusos los que dieron lugar a las críticas y a la oposición al psicoanálisis, y que llevaron a Freud a escribir su ensayo sobre el «Análisis salvaje».

Tercero, el psicoanálisis fue recibido de dos formas distintas. En Viena, Krafft-Ebing, Weininger, Schnitzler, etc., habían condicionado al público para que aceptara las teorías sexuales de Freud. En Zurich, la

---

271 Norman Malcolm, *Ludwig Wittgenstein: A Memoir*, Londres, Oxford University Press, 1958.

diferencia de *genius loci* hizo que el psicoanálisis fuera admitido como una clave para resolver los problemas religiosos y educativos, y para comprender los mitos y las psicosis. Era inevitable que surgieran conflictos entre estas dos tendencias divergentes.

Cuarto, el psicoanálisis se identificó por lo general con la filosofía materialista y con el monismo haeckeliano. En realidad, se podía utilizar como argumento tanto a favor del ateísmo como en su contra. Rank y Sachs llegaron a concebir el ateísmo como la expresión extrema del triunfo sobre el padre [272]. El conocimiento de que Freud era un ateo declarado que consideraba la religión como una neurosis colectiva contribuyó a esta mala interpretación. Hans Blüher relata en sus Memorias cómo la casa berlinesa del Dr. Heinrich Koerber, dirigente de la Monisten-Bund local, era también lugar de reunión de jóvenes artistas y escritores «modernos», así como freudianos [273]. En cierto modo, la oposición al psicoanálisis fue parte de la creciente oposición a Haeckel y su Monisten-Bund.

Por último, la razón más importante de la repulsa del psicoanálisis fue probablemente la forma de promoverlo. Los psicoanalistas, sobre todo los discípulos jóvenes, proclamaban sus hallazgos sin respaldarlos con pruebas o estadísticas. Dejaban este trabajo a sus adversarios, se mostraban intolerantes ante cualquier tipo de crítica y utilizaban argumetos *ad hominem*, tachando, por ejemplo, a sus adversarios de neuróticos. El psicoanálisis fue utilizado en ocasiones (caso de Michelsen) para escribir cosas que, al parecer, solamente estaban ideadas para escandalizar al lector devoto, muy al estilo de los futuristas [274].

El retrato de estas controversias sería incompleto si no se mencionara que eran igualmente vehementes entre los psicoanalistas. Alphonse Maeder relata que, en el curso de una discusión sobre los sueños durante un congreso psicoanalítico, mencionó su propio concepto de la función «prospectiva» de los mismos. Se levantó entonces «una tormenta de oposición contra mí, como si hubiera tocado algo sagrado». No había contradicho ninguna de las teorías de Freud; simplemente había propuesto completarlas [275]. Hubo graves conflictos entre la Sociedad Vienesa y Stekel. Además, Jung había comenzado la evolución que le separaría de Freud. En fe-

---

[272] Otto Rank y Hanns Sachs, *Die Bedeutung der Psychoanalyse für die Geitesswissenschaften*, Wiesbaden, Bergmann, 1913, pág. 68.

[273] Hans Blüher, *Werke und Tage, Geschichte eines Denkers*, Munich, Paul List, 1935, pág. 252.

[274] En el mismo año, Marinetti publicó una novela en versos franceses, *Le Monoplan du Pape, roman politique en vers libres*, París, Sansot, 1912, con la «asombrosa» historia del Papa raptado y viajando en aeroplano. Poco podía adivinar que muchos de sus jóvenes lectores vivirían lo suficiente para ver a un Papa volar hasta Jerusalén y Nueva York.

[275] Doctor Alphonse Maeder, comunicación personal.

brero de 1912, la *Zentralblatt* publicó un extracto resumido de un libro del historiador de arte francés Sartiaux bajo la firma de Freud [276].

Hace veinte siglos, en la ciudad de Éfeso, el templo de Diana atraía numerosos peregrinos, al igual que Lourdes en la actualidad. En el año 54 d. de J. C., el apóstol San Pablo predicó en él y durante los años siguientes logró numerosas conversiones. Viéndose perseguido, fundó su propia comunidad. Con ello perjudicó el comercio de los orfebres, los cuales organizaron una revuelta contra él bajo el lema: «¡Grande es la Diana de los efesios!». La comunidad de San Pablo no le permaneció fiel, cayó bajo la influencia de un hombre llamado Juan, que había venido con María, y promovió el culto de la Madre de Dios. De nuevo acudieron los peregrinos, y los orfebres tuvieron otra vez trabajo. Diecinueve siglos más tarde, el mismo sitio fue objeto de las visiones de Katharina Emmerich [277].

¿Qué pretendía Freud con la publicación de esta anécdota arqueológica? No hace falta estar muy versado en hermenéutica para adivinar su significado alegórico. Freud (San Pablo) había promovido una nueva enseñanza y, ante la oposición hallada, tuvo que reunir un grupo de fieles discípulos; pero éstos se convirtieron en objeto de violentas persecuciones porque sus enseñanzas amenazaban ciertos intereses. A él se acercó un discípulo, Juan (Jung), quien al principio fue su aliado pero después introdujo tendencias místicas, hizo que sus discípulos se separaran de él y organizó una comunidad disidente, que satisfizo de nuevo a los «Mercaderes del Templo».

En el transcurso de 1913 se exacerbaron las oposiciones políticas en Europa hasta tal punto que en varias ocasiones pareció inminente una guerra general. El centro del conflicto se encontraba en los Balcanes. Después de vencer a los turcos, Grecia, Bulgaria y Servia comenzaron a despedazarse entre sí en una segunda guerra balcánica, aliándose Grecia, Servia y Rumania contra Bulgaria. Estas convulsiones sacudieron a Austria-Hungría y asimismo a Rusia, donde se decretó una movilización parcial, y únicamente se logró evitar la guerra gracias a una conferencia de embajadores. La tensión entre Francia y Alemania aumentaba debido a los frecuentes incidentes fronterizos, y el Parlamento francés alargó el período de servicio militar obligatorio de dos a tres años. Es ilustrativo que Léon Daudet publicara un libro con el título *L'Avant-Guerre.*

Los conflictos eran cada vez más corrientes entre las diversas escuelas de psiquiatría dinámica. En París, Janet compilaba su vasta obra sobre curación psicológica. En Nancy, la dimisión de Bernheim favoreció una reacción antipsicológica, al igual que había ocurrido en París tras la muerte de Charcot. En Berna, Dubois era todavía una luminaria de la psicoterapia, al igual que Vittoz en Lausana, pero ambos estaban aisla-

276 Sigmund Freud, «Gross ist die Diana der Epheser», *Zentralblatt für Psychoanalyse,* II (1912), 158-159. Edición corriente, XII, págs. 342-344.

277 Ver cap. II, pág. 105.

dos. En Zurich, Ludwig Frank luchaba duramente por promocionar su propia rama de tratamiento catártico, y en ese año publicó un libro de texto sobre su método [278]. En Viena, el movimiento psicoanalítico sufría la crisis más severa que nunca había conocido. Ya había perdido a Alfred Adler, que, como jefe de una nueva escuela, publicó un libro de texto sobre su método [279]. Stekel, que había abandonado el movimiento el año anterior, promocionaba su propio método de tratamiento psicoanalítico reducido. Y ahora fue Jung el que rompió sus relaciones con Freud tras publicar sus propias opiniones no freudianas considerándolas como una descripción del psicoanálisis. En ese año, la guerra de las escuelas de psiquiatría dinámica tuvo dos escenarios principales: el Séptimo Congreso Internacional de Medicina de Londres y el Cuarto Congreso Psicoanalítico de Munich.

El Séptimo Congreso Internacional de Medicina tuvo lugar en Londres del 7 al 12 de agosto. El psicoanálisis fue uno de los temas discutidos en la sección XII. Las ponencias y las discusiones que siguieron se conocen no sólo por las actas oficiales, sino también por las crónicas detalladas publicadas en *The Times* [280]. El jueves 7 de agosto, Adolf Meyer leyó un informe sobre la Clínica Psiquiátrica Phipps, que acababa de abrirse en Baltimore bajo su dirección. Durante la discusión se demostró la sorpresa de sus colegas ante la cifra facilitada de diez médicos para noventa enfermos. Sir Thomas Clouston exclamó: «Creemos que nuestros subvencionadores y comités necesitarán una formación muy amplia antes de proporcionar los fondos para llevar a cabo proyectos tan beneficiosos como éste».

El viernes 8 de agosto, Pierre Janet leyó su informe sobre el psicoanálisis.

El punto de partida del psicoanálisis, dijo, reside en las observaciones de Charcot acerca de las neurosis traumáticas, que él (el propio Janet) había extendido a otras neurosis, añadiendo los conceptos de estrechamiento del campo de la consciencia y de debilidad de la tensión psicológica. Así, desde el comienzo, había visto en la obra de Freud una confirmación de sus propias observaciones. Freud afirmaba que la enorme cantidad de tiempo que dedicaba a cada paciente era una novedad, como también lo era la investigación completa de su historia vital, la observación minuciosa de las palabras, gestos, etc.; pero él, agregó Janet, había hecho siempre lo mismo. Calificó de *naïve* al método de libre asociación, porque el terapeuta sugería, sin saberlo, el curso de las asociaciones. En cuanto a la interpretación de los sueños, Freud no tenía un método adecuado para registrarlos, y sus métodos de interpretarlos eran también arbitrarios; llamaba complejo a lo que él había denominado ideas fijas subconscientes. Muchas de las ideas supuestamente nuevas del psicoanálisis no eran sino conceptos ya existentes bautizados de nuevo, como la represión, que no

278 Ludwig Frank *Affektstörungen*, Berlín, J. Springer, 1913.

279 Ver cap. VII, págs. 683-685.

280 *17th International Congress of Medicine*, Londres, 1913, Sect. 12, partes I y II, Londres, Henry Frowde, 1913.

era más que el estrechamiento del campo de la conciencia. Incluso la palabra «psicoanálisis» era una denominación nueva del «análisis psicológico». Sobre todo, Janet no admitió que la sexualidad fuera la causa única y esencial de las neurosis; según su experiencia, las alteraciones sexuales eran más resultado que causa de las neurosis. Freud dio a la palabra «libido» una amplitud inmensa y un significado muy vago. El psicoanálisis podía lograr tantos éxitos terapéuticos como cualquier otro método. De pasada, Janet mencionó (sin tomar posición) la curiosa opinión mantenida por ciertos autores acerca del papel del *genius loci* en Viena [281]. Concluyó, en tono conciliador, que los escritos de Freud contenían «...un gran número de preciosos estudios acerca de la neurosis, la evolución de la mente en la infancia, las diversas formas de sentimientos sexuales...». En los últimos años, dijo, se olvidarían las exageraciones corrientes del psicoanálisis y sólo se recordaría que «éste había rendido grandes servicios al análisis psicológico».

Obviamente, Janet basó su conocimiento de la enseñanza de Freud en la amplia literatura psicoanalítica en francés e inglés. Había leído *La interpretación de los sueños* en la traducción de Brill, los resúmenes de la literatura freudiana publicados por Brill y Acher, y ciertas publicaciones de Maeder, Ferenczi, Sadger, Jung, Jones y Putnam. Por tanto, su crítica se dirigía más contra los primeros psicoanalistas que contra sus desarrollos ulteriores.

La defensa que hizo a continuación Jung del psicoanálisis fue leída en inglés y comenzó con un cáustico comentario acerca de Janet: «Por desgracia, ocurre muchas veces que la gente se cree capacitada para juzgar el psicoanálisis cuando ni siquiera es capaz de leer alemán». Como la teoría de Freud no estaba todavía muy clara ni era fácilmente accesible en su totalidad, Jung ofreció una versión condensada del psicoanálisis, con críticas aún más severas que las de Janet: «Por tanto, propongo liberar la teoría psicoanalítica del punto de partida puramente sexual. En su lugar, me gustaría introducir un *punto de vista energético* en la psicología de las neurosis». Equiparó la libido y el *élan vital* de Bergson. La neurosis es un acto de adaptación que ha fracasado, produciendo una pérdida de energía y la sustitución de las partes superiores de la función por las inferiores. (Incidentalmente, aunque no se citaba a Janet, éste era casi exactamente su concepto de neurosis).

En la discusión que siguió, nadie replicó a Jung. Participaron nueve personas, cinco de las cuales se mostraron favorables a Freud, tres contrarias y una neutral. Jones dijo que el relato de Janet contenía una larga serie de interpretaciones falsas, distorsiones y declaraciones erró-

[281] El hecho ha dado lugar a una de las más tenaces leyendas de la historia de la psiquiatría dinámica: se acusa a Janet de haber insultado a Freud y de haber dicho que «el psicoanálisis podía aparecer únicamente en un lugar tan inmoral como Viena». Basta ver el texto del informe de Janet para advertir que se refería a Ladame, quien había citado a su vez la opinión de Friedländer sobre el *genius loci*, es decir, el interés particular del público vienés por la patología sexual que siguió a las publicaciones de Krafft-Ebing y otros.

neas, y que no había comprendido nada del psicoanálisis. Corriat afirmó que había sido un oponente del psicoanálisis, pero que ahora comprendía la validez completa de su teoría y sutil valor desde el punto de vista terapéutico. Forsyth dijo que Freud había dado una «visión única de los atributos afectivos de los niños». Eder se preguntó cómo podía decir Janet que el psicoanálisis era absurdo y al mismo tiempo afirmar que era su verdadero autor. Savage expuso que no había que dejarse impresionar por la elocuencia de Janet, y que era preciso darse cuenta de la importancia del subconsciente infantil. Frankl-Hochwart, de Viena, objetó que habían sido muchos los fracasos del tratamiento psicoanalítico, que siempre es peligroso despertar los problemas sexuales en los pacientes, que los analistas legos eran peligrosos y que, sobre todo, debían realizarse estadísticas de los casos, distinguiendo entre los éxitos y los fracasos. Walsh destacó también el peligro de dar demasiada importancia a la sexualidad, y dijo que no existía ningún método terapéutico que no hubiera tenido sus éxitos. Bérillon ofreció seis criterios para calificar una psicoterapia aceptable, y afirmó que el psicoanálisis no cumplía ninguno de ellos. T. A. Williams expresó una opinión distinta: «La investigación psicoanalítica del origen de la enfermedad supone un gran avance sobre la mera descripción». Sin embargo, expresó sus dudas acerca de que los complejos patógenos fueron realmente inconscientes y de que los psicoanalistas curaran los hábitos psíquicos defectuosos, y consideró preferible la reorientación, siempre que se efectuara de forma consciente y racional. Llegó a la conclusión de que el criterio terapéutico era dudoso.

Todos los relatos de esta discusión confirman su carácter tormentoso. En su autobiografía, Jones afirma que el informe de Janet fue «un ataque fustigador y satírico de Freud y su obra... llevado a cabo con su inimitable experiencia teatral». Añade: «Me resultó fácil demostrar al auditorio no sólo la profunda ignorancia de Janet acerca del psicoanálisis, sino también su falta de escrúpulos al inventar, de la forma más descarada, hombres de paja para su ridículo juego»[282]. Jones atribuye la oposición de Janet al psicoanálisis a los celos, afirmando que se sentía superado por Freud. En su biografía de éste, Jones dice simplemente: «En la primera semana de agosto hubo un duelo entre Janet y yo en el Congreso Internacional de Medicina, que puso fin a sus pretensiones de haber fundado el psicoanálisis viendo después cómo Freud se lo arrebataba»; a eso siguió una carta de agradecimiento por parte de Freud[283]. Los relatos contemporáneos no dan la impresión de «duelo». Según las actas oficiales del Congreso, la intervención de Jones debió ser muy corta y no destacó

[282] Ernest Jones, *Free Associations: Memories of a Psycho-Analyst*, Londres, Hogarth Press, 1959, pág. 241.

[283] Ernest Jones, *The Life and Work of Sigmund Freud*, II, Nueva York, Basic Books, 1955, pág. 99.

de las de los ocho participantes restantes. El periódico londinense *Times*, en su relato detallado de todas las reuniones y discusiones, resumió únicamente la fuerte intervención del doctor Coriat a favor del psicoanálisis y la afirmación del doctor Walsh de que éste era el último de una serie de epidemias psíquicas. No se hace ninguna mención de Jones. Posiblemente éste confundió su intervención verbal en el Congreso con su respuesta a Janet que se publicó más tarde en el *Diario de Psicología Anormal*.

Para apreciar los acontecimientos de ese Congreso ha de considerarse la atmósfera política reinante. Durante varios años se había sostenido en Inglaterra una dura campaña contra todo lo que llevara el rótulo «Made in Germany». Wollenberg, uno de los psiquíatras alemanes que participó en el Congreso, recordó posteriormente como prueba de este sentimiento el hecho de que no se invitara a ningún alemán a pronunciar un brindis en el banquete de clausura [284].

Tres semanas después del Congreso Médico Internacional celebrado en Londres, los psicoanalistas se reunieron en su Cuarto Congreso Internacional en Munich, del 7 al 8 de septiembre. Parecía que los participantes en él estaban más interesados por sus conflictos dentro de la asociación que por sus trabajos científicos. Freud y sus colaboradores más íntimos se sentían preocupados por el nuevo giro que Jung y sus seguidores estaban dando al psicoanálisis. En su calidad de presidente de la Asociación Internacional, Jung ocupaba la presidencia, aunque su mandato estaba a punto de expirar. A pesar de la fuerte oposición contra él, fue reelegido por treinta votos de cincuenta y dos.

Lou Andreas-Salomé, que llegó como invitada acompañada por el poeta Rilke, anotó todas sus impresiones en su diario [285]. Observó que la actitud de Jung hacia Freud era excesivamente agresiva y dogmática; éste permanecía a la defensiva y contenía con dificultad su profunda emoción al enfrentarse con el «hijo» al que tanto había amado.

Podemos suponer que el conflicto estaba teñido de elementos emocionales. ¿No recordaba la relación entre Jung y Freud la que había existido entre éste y Breuer dieciocho años antes? Por su parte, Jung parecía reencarnar su conflicto con Bleuler de 1909, cuando no el primero que le enfrentó con su padre. En todo caso, la razón más profunda de la oposición era la diferencia básica de pensamiento entre el grupo de Zurich y Freud. Bleuler y Jung habían vivido su relación con Freud como una colaboración entre científicos independientes que trabajaban en el mismo campo, aceptando del psicoanálisis sólo lo que consideraban cierto. Breuer

---

[284] Robert Wollenberg, *Erinnerungen eines alten Psychiaters*, Stuttgart, Enke, 1931, pág. 126.

[285] Lou Andreas-Salomé, *In der Schule bei Freud. Tagebuch eines Jahres 1912-1913*, Zurich, Max Niehans, 1958, pág. 190.

y Freud habían hecho lo mismo al exponer sus teorías respectivas en los *Estudios sobre la histeria.* En 1908 Bleuler y Jung habían explicado sus teorías conflictivas sobre la esquizofrenia en un artículo conjunto [286]. Pero Freud deseaba discípulos que aceptaran su enseñanza *en bloc* o la desarrollaran bajo su control, por lo que el conflicto se hizo inevitable, y ésta es también la razón por la que Bleuler siempre declinó ser miembro de Asociación Psicoanalítica Internacional.

Todavía no se ha escrito la verdadera historia de este episodio, como tampoco la de las polémicas suscitadas alrededor del psicoanálisis. La versión corriente de que Freud y sus discípulos fueron víctimas de los ataques masivos de enemigos poco honrados no resiste el examen objetivo de los hechos, como tampoco la historia de una supuesta persecución. En las sociedades y congresos médicos se producían discusiones vivaces, en ocasiones vehementes, pero no hay ningún dato de que nadie pusiera en duda siquiera la sinceridad o integridad de Freud. En cuanto a la afirmación que hace Jones de que un pastor australiano, el reverendo Donald Fraser, se vio obligado a dimitir de su puesto debido a su interés por el psicoanálisis, y de que el lingüista sueco Hans Sperber vio su carrera destrozada por la misma razón, pertenece al reino de la leyenda [287]. El reverendo Donald Fraser abandonó voluntariamente su ministerio para estudiar medicina con el apoyo de su comunidad [288], y a Sperber se le negó el cargo de *Privatdozent* por razones que nada tienen que ver con su trabajo sobre el origen sexual del lenguaje [289]. Es legendario también el modo como ciertos chistes inocentes se toman por graves ofensas. Jones, que conocía mejor el humor británico que el *Witz* vienés, da como ejemplo de desvergonzados insultos antifreudianos ciertas bromas que unen el nombre de Freud con la palabra *Freudenmädchen* (prostituta) [290]. De hecho, el chiste era: «¿Por qué ciertas mujeres van a Freud, y otras a Jung? Las primeras son *Freudenmädchen* (prostitutas); las últimas, *Jungfrauen* (vírgenes)».

El año 1914 empezó cubierto por negros nubarrones. Europa se hundía en una larga serie de conflictos claros o encubiertos. En Austria-Hungría,

286 Ver cap. IX, pág. 780.

287 Ernest Jones, *The Life and Work of Sigmund Freud,* II, Nueva York, Basic Books, 1955, pág. 109.

288 El autor está muy agradecido a la señora Paula Hammet, de Melbourne, que investigó esa materia y proporcionó pruebas de personas que habían estado relacionadas con la familia del reverendo Donald Fraser.

289 El profesor Birger Strandell investigó amablemente en los archivos de la Universidad de Uppsala y procuró al autor una fotocopia de la discusión del Consejo de Facultad sobre la candidatura de Sperber. La tesis de éste fue rechazada después de una larga discusión en la que sólo tuvo una persona a favor. De los oponentes, solamente uno hizo un comentario casual acerca del artículo de Sperber. En realidad, este trabajo no desempeñó ningún papel en el rechazo de la tesis.

290 Ernest Jones, *Free Associations: Memories of a Psychoanalyst,* Londres, Hogarth Press, 1959, pág. 225.

la creciente agitación nacionalista checa dio lugar a una fuerte protesta de los grupos de habla alemana contra lo que se consideraba como una intrusión eslava. Austria y Servia mantenían unas tensas relaciones por causa de Albania, que los servios habían querido anexionarse, frente a la oposición de Austria-Hungría. En Gran Bretaña preocupaba la creciente agitación nacionalista en Irlanda. El nuevo presidente de Francia, Poincaré, fue a Rusia en junio, y en un banquete oficial aseguró a los rusos el apoyo de su país en caso de conflicto.

Fueron también meses de aguda crisis en el movimiento psicoanalítico. La posición de Jung se hizo insostenible y tuvo que renunciar a su cargo en la Asociación Internacional en marzo. Bleuler publicó una crítica de las teorías de Freud, pero no rompió sus relaciones personales con éste. Se disolvió la Asociación Psicoanalítica Suiza.

La gran crisis hizo que Freud escribiera una historia del movimiento psicoanalítico como una *apología pro domo,* llena de las usuales inexactitudes de memoria y de las polémicas que caracterizaban su relación con Adler y Jung. En esos meses, la revista *Imago* publicó una colaboración anónima «Sobre el *Moisés* de Miguel Ángel» [291]. El articulista analizaba la postura y expresión de la famosa estatua, y llegaba a la conclusión de que, lejos de mostrar la ira del profeta por la rotura de las tablas de piedra, expresaba el supremo esfuerzo hecho por el gran dirigente para controlar su justa cólera. Años más tarde se descubrió que su autor era Freud. Al parecer, al escribir el artículo estaba proyectando sus propios sentimientos. Por entonces apareció también una de las principales novedades en la teoría psicoanalítica: la *Introducción al narcisismo* de Freud [292].

A pesar de la crisis del movimiento, las teorías freudianas adquirían una audiencia cada vez mayor en todo el mundo. El psicoanálisis se popularizaba en Rusia, donde habían sido traducidas las principales obras de Freud, y había grupos psicoanalíticos en varias ciudades importantes. También ganaba terreno en Inglaterra y los Estados Unidos. En Francia, las ideas de Freud eran conocidas por un número limitado de personas, pero el fuerte sentimiento chauvinista que impregnaba el país impulsó vehementes ataques contra ellas, como los expuestos ante la Sociedad de Psicoterapia de París el 16 de junio. El propio Janet tuvo que acudir en su defensa.

Janet protestó de que, en una sesión dedicada a la obra de Freud, no se hubieran oído nada más que críticas; no era ni cortés ni justo. La investigación de Freud y de su escuela había adquirido un desarrollo considerable no sólo en Austria y Alemania, sino en otros países, incluidos los Estados Unidos; algo debía valer para haberse extendido así. Admitiendo la parte de errores y exageraciones que contenía,

291 Ver cap. VII, pág. 615.
292 Ver cap. VII, pág. 591.

la teoría general servía de base para realizar valiosos estudios. El psicoanálisis había proporcionado numerosos datos para el conocimiento de las neurosis, de la psicología y de la psicopatología sexual. «Reconozcamos estos méritos; nuestras inevitables críticas no deben impedirnos mostrar admiración por el excelente trabajo y las importantes observaciones de nuestros colegas vieneses» [293].

Pero los sentimientos nacionalistas habían llegado a tal punto que la objetividad científica resultaría imposible en los años siguientes. Fue en esta atmósfera tensa donde resonaron las noticias del asesinato de Sarajevo doce días más tarde, mientras la muerte llamaba a las puertas de Europa.

Primera Guerra Mundial: julio de 1914 - noviembre de 1918

Henri Bergson relata que cuando, el 4 de agosto de 1914, abrió un periódico y sus ojos se fijaron en un gran titular: «Alemania declara la guerra a Francia», sintió la percepción súbita de una presencia invisible, como si una figura mítica hubiera escapado de un libro y se hubiera situado tranquilamente en su habitación [294]. Como todos los que eran niños durante la guerra franco-prusiana de 1870-1871, había vivido los doce o quince años siguientes con la idea de la inminencia de una nueva guerra, y después con el sentimiento complejo de que una nueva guerra era al tiempo probable e imposible. Bergson se dio cuenta entonces de que este acontecimiento, que había esperado sin descanso durante cuarenta y tres años, había llegado por fin y, a pesar de su horror ante la catástrofe, no pudo sino maravillarse de la facilidad con que la idea abstracta de la guerra se había convertido en una presencia viva. El conflicto armado, que vemos en retrospectiva como un trueno en un cielo azul y como una interrupción dramática de la marcha de Europa hacia la felicidad y la prosperidad, apareció ante muchos contemporáneos como el resultado inevitable de una larga serie de conflictos, amenazas, guerras locales y rumores de guerra, cuando no como una liberación de intolerables tensiones.

En 1914 la civilización europea, en su expansión, se enfrentaba con el último fortín de la barbarie: el Imperio turco. Únicamente las rivalidades interiores habían impedido que se asestara el golpe de muerte al hombre enfermo, como se denominaba comúnmente a Turquía. Pero de los dientes del dragón habían surgido los nuevos Estados Balcánicos, y éstos, apenas conseguida su libertad, empezaron a oprimir a sus propias minorías y a luchar entre sí. Organizaciones terroristas secretas empeñadas hasta en-

293 Ver cap. VI, pág. 394.

294 Henri Bergson, *Les Deux Sources de la morale et de la religion*, París, Alcan, 1932, págs. 166-167.

tonces en la lucha contra los turcos se emplearon como armas políticas generales. Jóvenes que se llamaban a sí mismos patriotas eran entrenados como terroristas para ponerlos al servicio de inicuos intereses políticos.

El principio de las nacionalidades, que había llegado ya a los países balcánicos, se aplicaba con más firmeza que nunca, y cada país tenía su forma particular de enfocarlo. Francia había asimilado ya en el pasado a sus minorías, pero Gran Bretaña tenía dificultades con los irlandeses. Epaña, con los catalanes, y Alemania, con sus minorías alsacianas, danesas y polacas. Los turcos recurrían a las matanzas periódicas, cuyas últimas víctimas habían sido los búlgaros y los armenios. Rusia, que durante mucho tiempo había mostrado un talante liberal, trataba ahora de «rusificar» a sus minorías. La situación de Austria-Hungría era la más difícil, ya que era el único gran Estado multinacional en período de nacionalismo universal. Estaba expuesta a la agitación interior y asimismo a las intrigas de Rusia y Servia. Difícilmente podían comprenderse sus problemas en una época en que los conceptos de «descolonización», «Estados satélites» y «Estado supranacional» todavía no habían sido formulados. Los países balcánicos, recientemente liberados del poder turco, eran presa del nacionalismo fanático y de las luchas interiores. Servia era un satélite de Rusia, que dirigía prácticamente su política y la utilizaba contra Austria-Hungría. Esta última sería considerada, si existiera hoy, como un Estado supranacional, pero sus disensiones internas reclamaban una reforma política completa[295]. La monarquía era la única fuerza que mantenía unido el Imperio, y se tenía al príncipe heredero Francisco Fernando por el único hombre poseedor de la voluntad y la capacidad suficientes para llevar a cabo la necesaria reforma.

El público europeo estaba tan acostumbrado a los asesinatos de reyes y jefes de Estado por anarquistas o paranoicos aislados que no comprendió el verdadero significado del asesinato de Sarajevo, auténtico complot organizado por el servicio secreto servio[296]. Ya hemos visto que en 1903 habían sido asesinados el rey pro-austríaco de Servia Alejandro III y su esposa, la reina Draga, así como algunos de sus partidarios. El nuevo monarca, Pedro, inició, apoyado por Rusia, una política anti-austríaca, respaldada por los terroristas que le habían elevado al poder. La anexión de Bosnia-Herzegovina por Austria-Hungría y la creación de una Dieta bosnia enfureció a los nacionalistas servios, los cuales llevaron a cabo una serie de actos terroristas contra funcionarios austríacos y en 1912 contra el gobernador de Croacia. El 28 de junio de 1914, un grupo de jóvenes conspiradores bosnios entrenados en las escuelas terroristas ser-

295 Robert A. Kann, *The Multinational Emprire,* 2 vols., Nueva York, Oregon Books, 1964.

296 Z. A. B. Zerman, *The Break-Up of the Hapsburg Empire, 1914-1918,* Londres, Oxford University Press, 1961, pág. 24.

vias, equipados con armas del ejército servio y ayudados a través de la frontera por agentes de ese mismo país, asesinaron al archiduque Francisco Fernando y a su esposa en su visita a Sarajevo. Si alguna vez hubo un crimen maquiavélico, fue éste: como el archiduque había decidido resolver los problemas del Imperio reconociendo un status igual a los grupos eslavos del sur para contener a los nacionalistas servios, su asesinato puso fin a toda esperanza de readaptación, al dejar como presuntos herederos a un emperador viejo y cansado y a un joven sin preparación. El gobierno austro-húngaro se enfrentaba ahora con un trágico dilema: dejar sin castigo las actividades de un peligroso nido de terroristas que había jurado destruir el Imperio, o recurrir a una intervención armada con el riesgo de una guerra general, a la vista del apoyo que concedía Rusia a Servia [297]. Según Somary:

> Europa Occidental no comprendió en absoluto lo que estaba sucediendo... Supuso erróneamente que la mala voluntad imperialista estaba asaltando a una pequeña nación, e instintivamente se puso de parte de David, cuando lo que en realidad ocurría era que se estaba minando un imperio civilizado por mediación de un satélite de Rusia, y que el asesinato de Sarajevo fue un acto partisano típico [298].

La guerra suponía un riesgo mortal, sobre todo porque, apenas un año antes, se había descubierto que el coronel Alfred Redl, jefe del Servicio de Contraespionaje del ejército imperial, había sido obligado mediante coacciones a proporcionar información militar vital a los rusos. Por otra parte, amenazaba con romperse la alianza con Italia. El que la guerra se limitara a una zona determinada o no dependía de lo que hiciera Rusia. A causa de su rápido crecimiento económico, sus conflictos sociales y las actividades de los grupos revolucionarios, Rusia estaba mal preparada para un conflicto armado. Pero un partido militarista consiguió que se decretara la movilización general, que tenía también el significado de una amenaza potencial para sus vecinos del Oeste. Alemania sí estaba preparada para una guerra que sus dirigentes militares y políticos habían considerado durante mucho tiempo como inevitable. Más aún: como se estimaba que el resultado dependía de la rapidez de los primeros movimientos, y para asegurar la ventaja estratégica inicial, declaró la guerra a Rusia y Francia, y violó la neutralidad belga; inmediatamente Italia rompió su alianza con los imperios centrales, e Inglaterra declaró la guerra a

[297] Al actuar así, el gobierno austro-húngaro seguía la práctica política de la época. Dos meses antes, el gobierno de los Estados Unidos había enviado una expedición contra los mejicanos de Veracruz, como respuesta a un acto mucho menos grave de agresión. Para explicar la situación austro-servia, debemos imaginar lo que habría ocurrido si el presidente Wilson hubiera sido asesinado en Santa Fe por un grupo de terroristas procedentes de Nuevo Méjico, armados, entrenados y dirigidos por la policía secreta mejicana, y con el apoyo encubierto de una potencia importante.

[298] Felix Somary, *Erinnerungen aus meinem Leben*, Zurich, Manasse-Verlag, 1959, página 114.

Alemania. De este modo, en unas cuantas semanas se puso en movimiento la máquina infernal.

La mayoría de los europeos estaban «condicionados» para la guerra, que comenzó entre demostraciones de extraordinario entusiasmo patriótico. Austríacos y húngaros vieron en ella el único medio de supervivencia para la Monarquía Dual. Los alemanes luchaban para liberarse del círculo agobiante de naciones vecinas y de la invasión de la barbarie rusa. Los franceses pensaban que era una cruzada para la libertad del mundo y la liberación de Alsacia-Lorena. Pero la guerra significó la quiebra de los poderes espirituales. Todas las Iglesias se pusieron al lado de sus respectivos países, y el Papa encomendó simplemente a los combatientes a Dios. Los socialistas, que habían proclamado repetidas veces su oposición a la lucha armada, se unieron al movimiento general dentro de sus países respectivos con el mismo entusiasmo que los demás. Los pacifistas eran minoría en todas partes, y los que se negaron a luchar fueron muertos tranquilamente. Los intelectuales participaron con febril entusiasmo en lo que luego se llamaría movilización de las conciencias, es decir, ese nacionalismo fanático que se muestra intolerante ante la menor desviación de opinión. Sólo unos pocos pensadores supieron contemplar la catástrofe con lucidez. El filósofo francés Alain adivinó que significaría una hecatombe de la élite y que dejaría al país a merced de los ladinos, los tiranos y los esclavos [299]. Anatole France, que, en una protesta escrita contra el bombardeo de la catedral de Reims, expresó la esperanza de que después de terminar la guerra los franceses concederían su amistad al enemigo derrotado, fue insultado y su casa apedreada por la multitud. Romain Rolland, otro escritor francés residente en Ginebra, lanzó un manifiesto ensalzando el heroísmo de la juventud europea y sus sacrificios por un ideal patriótico, pero acusando a los hombres de Estado que habían desencadenado la guerra y no hacían nada para detenerla, y condenando a los escritores que atizaban el fuego [300]. En el mismo sentido, el novelista alemán Hermann Hesse, al tiempo que ensalzaba a los combatientes, denunció a quienes permanecían en la seguridad de sus casas para escribir fogosas incitaciones contra el enemigo [301].

En la conmoción incial, cada psiquíatra reaccionó según su propio carácter y ambiente. Breuer predijo que Austria saldría de la conflagración como una joven y fuerte ave fénix [302]. Freud expresó sus sentimientos

299 Citado por Georges Pascal, *Pour Connaître la pensée d'Alain*, 3.ª ed., París, Bordas, 1957, págs. 176-177.

300 Romain Rolland, «Au-dessus de la mêlée», *Journal de Genève* (22-23 de septiembre de 1914), sup., 5.

301 Hermann Hesse, «O Freunde, nicht diese Töne!», núm. 1.487, *Neue Zürcher Zeitung* (3 de noviembre de 1914), 1-2.

302 Josef Breuer, carta a Maria Ebner-Eschenbach, 28 de junio de 1914. (Comunicado amablemente por la señora Käthe Breuer).

patrióticos austríacos, y es de maravillarse la sorpresa de Jones en ese aspecto [303]. Más extraña fue la actitud de Janet, uno de los pocos que no participaron en la fiebre chauvinista [304]. Moll relata en su autobiografía un episodio curioso [305]. Se le presentó un agente secreto y le pidió que le instruyera para poder asumir de forma convincente la identidad de un médico. Moll le contestó que era imposible, pero que le podía mostrar cómo encarnar a un psicoanalista. Así, le enseñó los rudimentos y la jerga de la profesión en unos cuantos días, y el hombre sirvió realmente a su país durante toda la guerra «ejerciendo» su nueva profesión. En Suiza, August Forel se sintió tan afectado por la catástrofe que abandonó su campaña antialcohólica y se sumergió en intensas actividades pacifistas [306].

Los miles de hombres que habían ido a luchar con tan gran entusiasmo esperaban una guerra corta, pensando que las armas modernas favorecerían necesariamente una conclusión rápida. Muy pocos adivinaron que duraría más de cuatro años. La guerra comenzó con un período de vehemente entusiasmo y mortíferos ataques. Nunca, quizás, en la historia de la humanidad, se había pedido a tantos hombres tales hechos de heroísmo y nunca se desperdiciaron vidas humanas con tanta prodigalidad.

Tras este período inicial vino el estacionamiento de los ejércitos en los frentes occidentales, donde se llegó a una especie de punto muerto. En esta guerra de desgaste se intercalaron infructuosos intentos por ambos lados de romper las líneas enemigas. Como en una especie de subasta gigantesca, los beligerantes competían entre sí para ver quién arrojaba más riquezas y hombres en el brasero y adquiría nuevos aliados. Por entonces tuvo lugar el primer genocidio de los tiempos modernos. Los armenios, que habían sido incitados por los agentes aliados a sacudirse el yugo turco con la promesa de independencia, fueron presa de una matanza organizada y sistemática; casi dos millones de ellos fueron asesinados de forma repugnante [307].

El espontáneo entusiasmo patriótico exhibido por los beligerantes había sido reemplazado poco a poco por una propaganda omnipresente, perfectamente organizada e insidiosa. En 1917 las poblaciones empezaron a mostrar signos de cansancio, y en el ejército francés se produjeron algunos motines. El Imperio ruso fue el primero en derrumbarse como conse-

---

303 Ernest Jones, *The Life and Work of Sigmund Freud*, II, Nueva York, Basic Books, 1955, pág. 192.

304 Ver cap. VI, pág. 395.

305 Albert Moll, *Ein Leben als Arzt der Seele. Erinnerungen*, Dresde, Carl Reissner, 1936, págs. 192-193.

306 Angust Forel, *Rückblick auf mein Leben*, Zurich, Europa-Verlag, 1935, páginas 263-270.

307 Ver, entre otros, los documentos oficiales compilados bajo el título *The Memoirs of Naim Bey. Turkish Official Documents Relating to the Deportations and Massacres of Armenians*, Londres, Hodder and Stoughton, 1920.

cuencia de la revolución democrática de Kerenski, de marzo de 1917, y de la revolución bolchevique de noviembre del mismo año, tras lo cual firmó una paz separada con los imperios centrales. Alemania trató de forzar la suerte intensificando la guerra submarina, que dio lugar a la intervención de los Estados Unidos al lado de los aliados.

Tras la muerte del emperador Francisco José, su sucesor, el joven Carlos, hizo varias tentativas de obtener la paz por separado. Alemania trataba desesperadamente de conseguir la victoria antes de que interviniera con eficacia el ejército de los Estados Unidos. Pero una vez más la decisión se vio forzada en el Próximo Oriente, con la caída de Turquía, a la que siguieron la de Bulgaria, la de Austria-Hungría y, por último, la de Alemania, firmándose el armisticio el 11 de noviembre de 1918. Para los ingleses y, sobre todo, para los franceses, fue una victoria pírrica, lograda únicamente gracias a la intervención americana. A finales de 1918, toda Europa tenía puestas sus esperanzas en el presidente Wilson. Los aliados veían en él al poderoso defensor que apoyaría sus peticiones en la conferencia de paz; los alemanes y austríacos estaban convencidos de que conseguiría una paz de justicia y reconciliación.

Durante estos cuatro años y medio, el mundo occidental había quedado sumido en el confusionismo. La vida política, económica, social e intelectual de las naciones beligerantes había estado absorbida por la guerra; en ese aspecto, los psiquíatras no fueron ninguna excepción. Su preocupación más inmediata fue el tratamiento de las neurosis de guerra; se vieron enfrentados, además, con problemas que estaban mal preparados para resolver. El tratamiento por estimulación eléctrica, con frecuencia útil en las parálisis funcionales, se empleó a menudo de forma demasiado drástica, hasta el punto de que en Francia se le llamó *torpillage* («torpedeamiento»). Babinski, que había atacado el concepto de histeria de Charcot, se enfrentó con alteraciones clínicas muy semejantes a las de la vieja histeria que, no obstante, resistían la acción terapéutica de la sugestión [308]. Las denominó alteraciones fisiopáticas. Wagner-Jauregg distinguió, en relación con las neurosis de guerra, la acción de factores físicos (ruido, luz intensa, vibraciones y presión atmosférica) y de dos categorías de factores psicogénicos: los precipitantes y los determinantes [309]. Señaló el escaso número de neurosis de guerra producidas entre los alemanes, austríacos, húngaros y eslavos del sur, frente a la incidencia mayor entre los checos, y más aún entre los soldados de los grupos étnicos italiano y rumano. (En otras palabras, la incidencia de las neurosis de guerra era proporcional a la falta de lealtad a la Monarquía Dual). Los psicoanalistas,

[308] Joseph Babinski y Eugène Froment, *Hystérie-pithiatisme et troubles nerveux d'origine réflexe en neurologie de guerre*, París, Masson. 1917.

[309] J. Wagner-Jauregg, «Erfahrungen über Kriegsneurosen». Reimpreso de *Wiener Medizinische Wochenschrift*, 1916-1917.

para quienes las neurosis de guerra eran también un campo nuevo, tuvieron que revisar y ampliar sus teorías.

Mientras tanto, la psiquiatría realizaba grandes progresos. En 1917 Wagner-Jauregg publicó los primeros resultados de su investigación sobre el tratamiento de la paresia general con malarioterapia. Von Economo dio la primera descripción de la encefalitis epidémica y sus lesiones. La movilización del ejército estadounidense permitió aplicar por primera vez de forma simultánea tests psicológicos a cerca de dos millones de individuos, con lo que a partir de entonces las pruebas psicológicas se convirtieron en un procedimiento común.

Durante los años de guerra, los grandes sistemas de la psiquiatría dinámica fueron formulados de nuevo por sus autores. Janet estuvo absorbido por la elaboración de su nueva psicología de las tendencias. En 1916, Freud publicó sus *Lecciones de introducción al psicoanálisis*, la primera revisión sistemática de sus teorías. Al mismo tiempo dio un nuevo impulso al psicoanálisis con sus trabajos sobre metapsicología. Se ha supuesto que la importancia cada vez mayor que adscribía a los impulsos agresivos era debida a los acontecimientos bélicos. Alfred Adler, que, al igual que todo el mundo, había mostrado al principio un ardiente patriotismo, empezó gradualmente a ver la guerra con horror y a considerar el sentimiento de comunidad como un componente básico de la naturaleza humana. Para Jung, los años de guerra fueron el período de su neurosis creadora; durante este tiempo apenas publicó nada, pero mantuvo a su alrededor un grupo de discípulos.

De los cuatro grandes sistemas dinámicos, el único que hizo progresos tangibles durante la guerra fue el psicoanálisis. En 1918 se fundó en Viena una editorial psicoanalítica gracias a una generosa donación de Anton von Freund, magnate húngaro que había sido paciente de Freud. Fue el poderoso instrumento mediante el cual se aseguró la propagación del movimiento. En Inglaterra, el psicoanálisis se hizo cada vez más popular, gracias sobre todo a Rivers. En Estados Unidos, Frink publicó su entonces famoso libro sobre temores y compulsiones morbosas [310]. En los límites del psicoanálisis se produjeron contribuciones originales, como los escritos de Silberer sobre el simbolismo del nuevo nacimiento [311]. Hans Blüher afirmó que lo que mantiene unidas las asociaciones de jóvenes era un lazo homosexual más o menos inconsciente; fue ésta una de las primeras aplicaciones del psicoanálisis a la psicología de masas [312].

---

310 Horace W. Frink, *Morbid Fears and Compulsions: Their Psychology and Psychoanalytic Treatment*, Nueva York, Dodd Mead, 1918.

311 Herbert Silberer, *Durch Tod zum Leben*, Leipzig, Heims, 1915.

312 Hans Blüher, *Die Rolle der Erotik in der Männergesellschaft*, Jena, Diederich, 1917-1919.

Las circunstancias obligaron a reflexionar sobre las causas y el significado de la guerra. Cuando Freud publicó su *Pensamiento para los tiempos de guerra y de muerte* en 1915, seguía una corriente en la que estaban involucrados muchos distinguidos pensadores. Un famoso cardiólogo alemán, G. F. Nicolai, que fue apresado por sus ideas pacifistas, escribió una *Biología de la guerra* [313]. Otros, como Arthur Schnitzler en Viena, o el filósofo Alain en Francia, hicieron anotaciones que se reunirían posteriormente en forma de libro.

Durante la guerra, Zurich, la mayor ciudad de la neutral Suiza, mantuvo su carácter cosmopolita [314]. Un grupo de jóvenes artistas, poetas y músicos que se reunían en torno al rumano Tristan Tzara, abrió en 1916 el «Cabaret Voltaire» en una de las calles más viejas y estrechas de Zurich, la Spiegelgasse (la misma, casualmente, en la que vivió Lenin). En él, aquellos jóvenes, que se denominaban a sí mismos dadaístas, recitaban poemas de calculada absurdidad y expresaban de todas las formas posibles su desprecio por los poderes constituidos, que habían sido incapaces de prevenir la matanza masiva. Varios de ellos habían escapado a sus obligaciones militares en sus países respectivos [315]. Algunos dadaístas, como Hans Arp, Hugo Ball y Marcel Janco, se harían famosos más tarde como escritores o artistas; Friedrich Glauser se convirtió en el autor suizo más famoso de novelas policíacas, y otro dadaísta, Richard Hülsenbeck, terminaría su carrera como psicoanalista en Nueva York.

En Viena, los acontecimientos de la guerra suscitaron tendencias de pensamiento divergentes. El entusiasmo inicial se había apagado tras las primeras derrotas. El ejército servio, bien entrenado como consecuencia de las guerras balcánicas, se mostró más potente de lo esperado. La invasión rusa de Galitzia hizo que multitud de refugiados, entre los que se encontraban numerosos judíos de las clases más deprimidas, confluyeran en la capital. Italia y posteriormente Rumania declararon la guerra a Austria. Una hábil propaganda provocó deserciones en masa entre los checos y otras minorías menos leales. Escaseaban la comida y el aceite, y el coste de la vida subía sin cesar. La muerte del emperador Francisco José fue considerada por muchos como el fin del Imperio. En los últimos meses de la guerra se demostraba de forma abierta la oposición a las hostilidades. Un joven médico que participaba activamente en la vida literaria, Jakob Moreno Levy, creó una nueva revista, *Daimon*, cuyo pri-

313 Georg Friedrich Nicolai, *Die Biologie des Krieges. Betrachtungen eines deutschen Naturforschers*, Zurich, Orell-Füssli, 1917. Trad. inglesa, *The Biology of War*, Nueva York, The Century Co., 1919.

314 Ver el número especial de la revista suiza *Du*, XXVI, septiembre de 1966, «Zürich, 1914-1918».

315 Según Friedrich Glauser, Tristan Tzara llegó a simular una enfermedad mental ante una comisión médica rumana; respondía simplemente «Da, Da» (sí, sí) a las preguntas que le hacían los expertos. Ver *Schweizer Spiegel*, octubre de 1931.

mer número se abrió con un manifiesto lírico: «Invitación a un encuentro», defensa encubierta de la paz que luego sería considerado como un hito en la literatura existencial [316]. Todas las esperanzas de la población estaban depositadas en el presidente Wilson, que había proclamado, el 8 de enero de 1918, sus Catorce Puntos para la paz mundial. Pero la derrota y desintegración del antiquísimo imperio de los Habsburgo significaron para la mayoría de los austríacos una catástrofe insoportable. Ernst Lothar lo ha expresado muy bien en sus memorias:

El derrumbamiento de Austria-Hungría fue un duro golpe para mí y para otros muchos. Supimos con implacable claridad que algo irreemplazable había muerto y que nunca volvería nada semejante... El imperio fue reducido a un octavo de su tamaño. En él había habido sitio para un pequeño universo: el mar y las estepas, los glaciares y los campos de trigo, el sur, el oeste y el este. los alemanes, los romanos y los múltiples eslavos, los magiares e incluso los turcos: los Estados Unidos de Enropa habían existido aquí durante generaciones, cuando en ningún otro sitio había sido posible hacerlos vivir juntos. Y este imperio múltiple, con sus lenguas, culturas y temperamentos, esa mezcla brillante de colores en contraste, existió únicamente aquí... [317].

Lothar, que conocía a Freud, sintió la necesidad de consultarle en su aflicción y, según su relato, le preguntó cómo se podía existir sin el país en el que se había vivido. Freud, que sabía que Lothar había perdido a su madre cinco meses antes, le dijo:

Me he conmovido al saber la muerte de tu madre, pero tú continúas vivo. La madre es la tierra natal de cada uno. El que uno la sobreviva es un hecho biológico, porque la madre muere antes que sus hijos... Siempre llega el momento en que el adulto se convierte en huérfano. «Ya no existe el país», dices. Quizás el país que tú quieres decir nunca ha existido, y tanto tú como yo nos hemos estado engañando. La necesidad de autoengaño es también un hecho biológico. Puede ocurrir que, en un cierto momento, te des cuenta de que una persona próxima a ti no es lo que tú pensabas que era...

Lothar insistió en que Austria era la única tierra en la que podía vivir, a lo que Freud replicó:

¿En cuántos países has vivido hasta ahora?... Al igual que tú, yo procedo de Moravia y, lo mismo que tú, tengo un afecto indomable por Viena y Austria, aunque quizás, y al contrario que tú, estoy familiarizado con su lado peor [318].

---

316 Jakob Moreno Levy, «Einladung zu einer Begegnung», *Daimon, eine Montsschrift*, núm. 1, febrero de 1918, págs. 3-21.

317 Ernst Lothar, *Das Wunder des Ueberlebens, Erinnerungen und Erlebnisse*, Hamburgo-Wirn, Paul Zsolnay, 1960. págs. 36-37.

318 *«Ich habe wie Sie eine unbändige Zuneigung zu Wien und Oesterreich»*. Incidentalmente es una prueba más contra la leyenda según la cual Freud odió profundamente a Viena durante toda su vida.

A continuación, Freud tomó un trozo de papel en el que escribió:

Austria-Hungría ya no existe. No podría vivir en ningún otro lugar. La emigración no existe para mí. Continuaré viviendo con el tronco e imaginaré que constituye el todo.

Freud concluyó que aquél era un país en el que uno podía morir o enfurecerse, pero donde terminaría gustosamente sus días.

En Viena, en medio del desastre, había también algunos hombres que trataron de aliviar la desastrosa situación; su preocupación inmediata fue salvar a la juventud y elaborar nuevos métodos educativos.

ENTREGUERRAS: NOVIEMBRE DE 1918 - SEPTIEMBRE DE 1939

La guerra había dejado a Francia e Inglaterra arruinadas y exhaustas por su victoria pírrica, a Rusia presa de la revolución y la guerra civil, y a Europa Central afligida por el hambre y la desesperación. Millones de personas habían sustentado la convicción, alimentada por una sagaz propaganda, de que luchaban en la última guerra, supuestamente iniciada para asegurar de una vez la paz y la democracia. Pero los políticos que habían sido incapaces de evitarla, o de detenerla una vez comenzada, se mostraron también incapaces de asegurar una paz duradera, de modo que, veinte años después del final de la Primera Guerra Mundial, estalló la Segunda. En el intervalo entre ambas se produjeron incontables vicisitudes que imprimieron también su sello sobre la evolución de la psiquiatría dinámica.

El año de la paz fallida: 1919

El mundo esperaba ansiosamente la prometida paz que traería un nuevo orden bajo la égida de la Liga de las Naciones. Pero los tratados de paz fueron redactados de una forma que difería radicalmente de la tradicional en el mundo occidental. En el Congreso de Viena, en cuyas sesiones se firmó en 1815 una paz duradera después de las guerras napoleónicas, la derrotada Francia había negociado en un plano de igualdad. En 1919 no se admitió, en cambio, en las negociaciones a las potencias vencidas; más aún, Alemania fue obligada a reconocerse culpable, demanda nunca oída antes en la historia de la diplomacia. No es de extrañar que los pueblos de Europa Central que habían puesto su confianza en el presidente Wilson se enfureciesen y, si Freud mantuvo una aversión inveterada contra el presidente, se limitaba a compartir un sentimiento ampliamente extendido por Austria y Europa Central.

El Tratado de Versalles, firmado el 28 de junio de 1919, devolvió Alsacia-Lorena a Francia y la Silesia polaca al resurgido Estado de Polonia. Tras la ignominiosa huida del káiser a Holanda y un corto intento de revolución comunista, se estableció el gobierno democrático de Weimar, que pisaba ciertamente un terreno inseguro. Alemania, perdida su marina, sus colonias en Africa y el Pacífico, y sus establecimientos en China, no era ya una potencia mundial. Las tierras propiedad de alemanes en los países bálticos fueron expropiadas, los inmigrantes alemanes en los Estados Unidos aceleraron su americanización, y el alemán, hasta entonces la primera lengua cultural del mundo, fue reemplazado por el inglés. Bajo la carga de la miseria espiritual y material, muchos alemanes se rebelaron contra la situación y aceptaron la leyenda de que la derrota se debía a la «puñalada por la espalda» *(Dolchstoss)* de los socialistas; comenzaron, pues, a pensar en el desquite.

La población que había formado hasta entonces el Imperio austrohúngaro quedaba dividida en tres grupos. En el primero estaban los habitantes de los denominados Estados sucesores, que se habían puesto del lado de los vencedores: Yugoslavia, Rumania, Polonia y Checoslovaquia. En el segundo grupo se encontraban Austria, privada del territorio de habla alemana de los Sudetes, incorporado a Checoslovaquia, y del sur del Tirol, anexionado a Italia, y Hungría, privada de un tercio de su población de habla húngara. En el tercer grupo estaban los eslovenos, los eslovacos y los rutenios, incorporados a los Estados sucesores. Los tratados que habían devuelto Alsacia-Lorena a Francia habían creado una docena de Alsacia-Lorenas en Europa Central y engendrado odios imperecederos. «Los creadores del Tratado de Paz no se dieron cuenta de que el desmembramiento del imperio de los Habsburgo había separado razas cuyas rivalidades se remontaban a mil años antes, y que únicamente se habían mantenido juntas por las tradiciones de la monarquía [319]. Austria pasó a ser un país de seis millones y medio de habitantes, con una capital hipertrófica de dos millones y medio. Empezó un período de gran miseria. No había comida, aceite ni medios de transporte, y los expolios, los motines, el mercado negro y la disolución moral reinaban por todas partes.

En Rusia, el nuevo gobierno soviético se mostró mucho más fuerte de lo que los aliados habían esperado, y Europa comenzó a temblar ante el espectro del bolchevismo. Hasta entonces, el nihilismo había sido para la mayoría un concepto fundamentalmente abstracto, o algo que concernía únicamente a los rusos, pero súbitamente apareció como una terrible amenaza para el mundo [320].

---

[319] Malcolm Bullock, *Austria, 1918-1938: A Study in Failure,* Londres, Macmillan Co., 1939, pág. 67.

[320] Característico en ese aspecto fue un folleto de Hermann Hesse, *Blick ins Chaos,* Berna, Verlag Seldwyla, 1921.

El Imperio turco fue también desmembrado, en especial mediante la fundación de los nuevos Estados árabes. A los armenios se les había prometido un Estado independiente, pero resultó que después de las matanzas ya no quedaban armenios. A los judíos se les había prometido la fundación de un «hogar nacional» en Palestina, en la Declaración Balfour (2 de noviembre de 1917), pero el Mando Británico en Palestina solamente cumplió la promesa a medias.

El estado general de ánimo estaba dominado por los efectos de la guerra y de la destrucción en gran escala. Comenzaron a aparecer novelas bélicas por docenas, y se escribieron trabajos sobre la decadencia de Europa, de la civilización occidental, de la raza blanca y de la humanidad como un todo. El libro de Oswald Spengler *La decadencia de Occidente* gozó de un éxito prodigioso en Alemania.

Al igual que Nietzsche, Spengler juzga al hombre como una bestia de presa, aunque también como un predador creador, que ha inventado la ciencia, la tecnología y el arte para separarse de la naturaleza y hacerse semejante a Dios. Según él, las grandes culturas son formas biológicas de vida que han nacido, crecido, decaído y muerto según un patrón ineludible. Hasta el momento han existido ocho culturas de este tipo, y la octava o presente, denominada cultura occidental, ya está muriendo, presta para ser reemplazada por las culturas de las razas de color. Lo único que le queda al hombre occidental es morir de una forma honorable en su último puesto [321].

A Spengler le criticaron tanto los biólogos como los historiadores, debido a los numerosos errores contenidos en sus obras. Algunos lo compararon con Freud por su pesimismo cultural y por la importancia que daba a los impulsos agresivos, comparación en cierto modo inexacta porque, en contraste con él, Freud creía que los impulsos libidinosos neutralizan en cierto modo a los agresivos.

El catastrófico estado de ánimo del período se refleja en el drama de Karl Kraus *Los últimos días de la humanidad* [322]. Al igual que el libro de Spengler, había sido escrito durante los años de guerra, aunque apareció posteriormente. Es una visión amplia y apocalíptica que retrata no sólo el fin de Austria, sino la destrucción de los valores humanos, la derrota de la humanidad y la desintegración de nuestro planeta, considerado como un pecado contra la armonía cósmica.

Varios psiquíatras dinámicos trataron de interpretar los acontecimientos contemporáneos. Como ya hemos visto, Alfred Adler publicó un folleto, *El otro lado*, en el que intentaba explicar por qué el trabajador ordinario luchaba con tal coraje y soportaba tanta miseria por una causa que no

321 Oswald Spengler, *Der Untergang des Abendlandes; Umriss einer Morphologie der Weltgeschichte*, 2 vols., Munich, Beck, 1919, 1922.

322 Karl Kraus, *Die Letzten Tage der Menschheit* (1926), en *Werke*, Munich, Kösel-Verlag, 1957, vol. V.

era la suya [323]. Llegaba a la conclusión de que, además de la presión militar y del engaño de la propaganda, su completo aislamiento le había llevado a hacer suya la causa de su enemigo real (es decir, sus superiores).

El psicoanalista Paul Federn distinguía, entre las consecuencias de la revolución austríaca, unas negativas (como las huelgas) y otras positivas (como los consejos de trabajadores) [324]. Las explicó ambas a la luz de los conceptos de Freud de la horda primitiva y de la rebelión de los hijos. El viejo emperador Francisco José había sido la figura paterna del país. Tras su caída, surgió una sociedad sin padre; algunos huérfanos rechazaron todo tipo de sustituto: de aquí las huelgas y revueltas; otros trataron de crear una nueva organización y una Sociedad de Hermanos.

En medio del desastre se hicieron heroicos esfuerzos para salvar la salud nacional de la juventud. Entre ellos destaca el famoso experimento sobre pedagogía terapéutica realizado por Aichhorn en Oberhollabrunn, cerca de Viena. Por desgracia, es uno de los episodios de la historia de la pedagogía acerca del cual existe menos documentación. No está claro hasta qué punto fue impuesto por las condiciones actuales y en qué medida fue planeado por Aichhorn. No tenemos relatos contemporáneos, ni estadísticas, ni comentarios; ni siquiera conocemos el tiempo que duró. Los colaboradores de Aichhorn permanecieron en el anonimato, y los escasos datos que poseemos proceden todos ellos del libro que su autor publicó seis años más tarde. Aichhorn había sido maestro de escuela pública en Viena; durante la guerra intervino activamente en la organización de centros juveniles donde se enseñaba a los muchachos la instrucción militar y se les impregnaba de sentimientos patrióticos, como se puede ver en los boletines que él mismo editó en conexión con estas actividades [325]. Cuando la monarquía austro-húngara se derrumbó, Aichhorn se hizo cargo de un grupo de muchachos difíciles. (Según su propio relato, estaba al cuidado directo de doce muchachos delincuentes o agresivos, en su mayor parte procedentes de hogares destruidos). Se les alojó en viejas barracas militares. En una época en que Viena era presa de la agitación revolucionaria y de los tumultos, no es sorprendente que aquellos muchachos también se agitaran, rompieran muebles, puertas y ventanas, y pelearan entre sí. Aichhorn instruyó a sus colaboradores para que únicamente intervinieran en caso de peligro real. Y, al igual que en la propia Viena, las manifestaciones revolucionarias, aunque ruidosas, se hicieron

---

323 Ver cap. VIII, pág. 661.

324 Paul Federn, «Zur Psychologie der Revolution: die Vaterlose Gesellschaft», *Der Aufstieg. Neue Zeit - und Streitschriften*, núm. 12-13, Leipzig y Viena, Anzengruber Verlag, 1919.

325 A. Aichhorn, editor, *Saatkörnlein. Mitteilungen Zum Ausbau des Hortbetriebes der Wiener Städtischen Knabenhorte*, Viena, 1917.

cada vez menos peligrosas, de modo que la agresividad de los muchachos se vio reemplazada por una especie de pseudoagresividad, seguida por estallidos emocionales. Entonces, del mismo modo que en Austria apareció un período de mejoría a pesar de la prolongada inestabilidad, así aquellos muchachos permanecieron estables durante largo tiempo y sólo se recuperaron de forma gradual. Los hallazgos de este experimento fueron objeto, más tarde, de interpretación psicoanalítica [326].

A pesar de la extrema dureza de los tiempos, el movimiento psicoanalítico fue reorganizado y el contacto con algunos países extranjeros reestablecido. Tres psicoanalistas estadounidenses fueron a Viena para someterse a un análisis de entrenamiento con Freud [327]. Los discípulos de éste seguían siendo prolíficos escritores. Publicaron, entre otras obras, una colección de estudios sobre las neurosis de guerra [328].

En Francia, Janet construía lentamente un nuevo sistema de psicología de la conducta, pero tenía un auditorio comparativamente pequeño. En 1919 consiguió publicar su libro, largo tiempo pospuesto, sobre la salud mental [329], pero el retraso en la aparición llevó a la impresión errónea de que sus enseñanzas se habían estancado en los años anteriores a la guerra.

En cuanto a Jung, nadie conocía su autoexperimento y se ignoraba que seguía trabajando en sus *Tipos psicológicos*. Curiosamente, el primer indicio de su nueva psicología analítica lo proporcionó el escritor Hermann Hesse en una novela, *Demian*.

Emil Sinclair ha sido educado en un ambiente muy religioso. En sus años de escuela, cierta vez presume de ser el autor de alguna travesura cometida por otros, y eso le lleva a ser maltratado y coaccionado por un camarada perverso. Entonces encuentra a un muchacho mayor, Max Demian, al cual confía su secreto, lo que da lugar a la pronta liberación de una situación intolerable. Una estrecha amistad con Demian incita a Sinclair a modificar su visión del mundo, a aceptar la existencia y necesidad del mal. Pero va demasiado lejos y lleva una vida estudiantil disoluta, hasta que un breve encuentro con una joven, Beatrice, le inspira un nuevo ideal (aunque entre ellos no se ha intercambiado ninguna palabra). Posteriormente encuentra un culto y sabio músico que le enseña a interpretar sus sueños y dibujos espontáneos. Ambos concuerdan en la noción de que Dios es idéntico al demonio (o, más bien, que Dios y el demonio son dos aspectos de un ser supremo, Abraxas). Aún más tarde, Sinclair encuentra a la madre de Demian, Eva, y reconoce en ella la imagen de mujer que vio y pintó en una visión. En este punto estalla la guerra mundial. Demian se aparece a Sinclair y le explica que, a partir de ahora, cuando necesite ayuda y consejo lo encontrará en su propio sí mismo más profundo [330].

---

326 Ver cap. X, pág. 958.

327 Clarence P. Oberndorf, *A History of Psychoanalysis in America*, Nueva York, Grune and Stratton, 1953, pág. 75.

328 Sandor Ferenczi, *et al.*, *Zur Psychoanalyse der Kriegsneurosen*, Viena, Internationaler Psychoanalytischer Verlag, 1919. (Prólogo de Freud).

329 Ver cap. VI, págs. 395, 433-434, 443.

330 Hermann Hesse, *Demian, Die Geschichte einer Jugend, von Emil Sinclair*, Berlín, S. Fischer, 1919. Trad. inglesa, *Demian*, Nueva York, Boni and Liveright, 1923.

Es fácil reconocer en las aventuras espirituales del héroe las frases de la terapia jungiana: confesión del secreto patógeno, asimilación de la sombra, confrontación con el anima, el sabio anciano y el sí mismo [331].

El primer período de posguerra: 1920-1925

La Gran Guerra (como la llamaron sus contemporáneos) había causado unos treinta millones de muertos e incontables víctimas de otro tipo (para no mencionar las del hambre y las epidemias), pero el mayor desastre fue la «matanza de las élites», es decir, de los jóvenes vigorosos comprendidos entre los veinte y los cuarenta años. Los dirigentes del mundo de la posguerra pertenecían a la generación anterior, muchas veces incapaz de comprender y enfrentarse a los nuevos problemas. La generación nueva (es decir, la de quienes, por su edad, no habían ido a la guerra) sentía la ausencia de todo lazo con sus mayores, estaba animada por el desprecio por ellos y se mostraba más capaz de protestar que de actuar de forma constructiva. Tanto los jóvenes como los viejos se enfrentaron con un cataclismo general en todas las esferas de la vida. Se puso en duda la supremacía de la raza blanca y, particularmente, de Europa. En Europa, los franceses vivían con la ilusión de haber reemplazado a Alemania en su hegemonía. El régimen democrático liberal estaba en su declive y surgió un nuevo tipo de Estado basado en el poder absoluto de un partido reforzado por el poder de la policía política. Reapareció la tortura, superada ya en el siglo XIX convirtiéndose en una institución permanente en un número cada vez mayor de países [332]. Por todas partes amenazaban los movimientos revolucionarios y contrarrevolucionarios, y se hacían desesperados esfuerzos por encontrar nuevas soluciones. Al menos hubo algunos progresos en la legislación social, como el de la reducción de la jornada de trabajo.

Lo más llamativo para los contemporáneos quizá fuera la transformación de las costumbres, que algunos consideraron como una disolución desastrosa de los valores, y otros como una simplificación venturosa del estilo de vida [333]. Estos cambios se manifestaron en la forma de vestir, de hablar o de escribir una carta, en las relaciones sociales e incluso en los gestos y en el tono de voz. La educación se hizo menos estricta. Se redu-

---

331 Herman Hesse se sometió a un análisis jungiano en 1916 y 1917 con el doctor Josef Lang en Lucerna, y posteriormente, en 1920, a unas «charlas terapéuticas» con el propio Jung. *Demian* fue escrito en 1917 y publicado dos años más tarde. (Información cedida amablemente por la señora Ninon Hesse en carta fechada en 15 de marzo de 1964.)

332 Alec Mellor, *La Torture, son historie; son abolition, sa réapparition au XX^e siècle*, Tours, Mame, 1961.

333 Ver, por ejemplo, Maurice Sachs, *Au Temps du boeuf sur le toit*, París, Nouvelle Revue Critique, 1939, págs. 108-127.

jeron las diferencias entre las clases sociales, y las personas de distintos ambientes empezaron a mezclarse con más libertad. Las relaciones entre los sexos se hicieron menos formales. Se permitió a las jóvenes salir, incluso por la noche, sin dama de compañía, perdieron favor los matrimonios de razón, se aceptó como norma el amor «romántico», se acortó el largo período de noviazgo antes dominante, aumentó la incidencia de divorcios y las mujeres divorciadas ya no sufrieron la reprobación social. Se popularizaron los deportes y los viajes, gracias especialmente al desarrollo de la industria automovilística. El teatro se vio desplazado gradualmente por el cine, que llegaba a una audiencia mucho mayor, y ésta empezó a sentirse atraída por las nuevas figuras ideales de las estrellas. La música de jazz se hizo inmensamente popular no sólo en América, sino también en Europa. El mundo se veía acuciado por un febril deseo de dinero y placer, se especulaba con los valores y aun con las obras de arte y las ediciones especiales de los libros. En Europa se puso de moda imitar todo lo anglosajón. Mientras que antes de la guerra la ingesta de alcohol se había considerado como un vicio de las clases trabajadoras, ahora se convirtió en una costumbre elegante de las clases superiores [334].

Se generalizaron una cierta tendencia iconoclasta y una búsqueda de nuevas formas de expresión. Fue el período de apogeo del expresionismo y del cubismo, y el cine fue aclamado como el séptimo arte. La joven generación literaria rebosaba sarcasmo y desprecio hacia los viejos maestros. Cuando Anatole France murió en 1924, un grupo de jóvenes escritores compuso y difundió una vehemente diatriba con el título: *Un cadavre* (Un cadáver) [335]. La nueva generación buscaba en el pasado precursores y profetas del nuevo espíritu de los tiempos. Así, en Francia, Lautréamont, que había muerto joven y cuyos escritos se consideraban contaminados por la enfermedad mental, fue proclamado el más grande poeta francés del siglo XIX. Se aclamó al marqués de Sade como un genio extraordinario, profundo filósofo y escritor y verdadero fundador de la patología sexual.

Algunas de esas características del período de la posguerra, tales como el desprecio por la antigua generación, el anti-intelectualismo y la afectación de no sorprenderse de nada, favorecieron el éxito de un movimiento que desempeñó un importante papel en la vida cultural de la época, especialmente en Francia: el surrealismo [336]. Ha sido considerado

---

334 Resulta característico que en las novelas de Marcel Proust no se haga ninguna mención de las bebidas alcohólicas, mientras que en las de Hemingway y otros escritores de la posguerra el alcohol desempeña un papel considerable.

335 Philippe Soupault, Paul Eluard, Pierre Drieu La Rochelle, Joseph Delteil, André Breton y Louis Aragon, *Un Cadavre*, París, 1924. Reimpreso parcialmente en Marcel Nadeau, *Histoire du surréalisme. II. Documents surréalistes*, París, Editions du Seuil, 1948, págs. 11-15.

336 Entre la abundante literatura dedicada al surrealismo, ver particularmente

muchas veces como una broma inventada por los artistas y estimulada por el esnobismo intelectual, pero en realidad era algo más, y satisfizo una necesidad intelectual de la época. Todo comenzó cuando Tristan Tzara y algunos otros dadaístas abandonaron Zurich y se establecieron en París para continuar sus actividades. Allí se les unieron algunos otros, pero pronto se dispersaron en grupos diferentes. Uno de éstos fue el de surrealistas, reunidos alrededor de André Breton, Philippe Soupault, Paul Eluard y Louis Aragon. Su historia es bastante tormentosa, por las continuas luchas que libraron entre sí. No obstante, André Breton consiguió mantenerse como dirigente del movimiento durante dos décadas y se mostró como el más creador de todos ellos.

Los surrealistas mantenían la actitud negativa y el rechazo dadaísta de los valores aceptados: familia, país, religión, trabajo e incluso honor. Muchos de ellos se afiliaron, al menos temporalmente, al partido comunista. Sin embargo, su gran preocupación era la exploración de los campos escondidos de la mente, lo que los románticos habían denominado el lado oscuro de la naturaleza, es decir, el inconsciente, los sueños, la enfermedad mental, lo fantástico y lo maravilloso.

Siendo estudiante de medicina, André Breton fue movilizado para trabajar en una unidad psiquiátrica militar. Entre sus pacientes se encontraba un hombre que había permanecido en una trinchera durante la batalla y que, al igual que un policía dirigiendo el tráfico, había «dirigido» el vuelo de las granadas a su alrededor. El hombre estaba convencido de que se trataba de una guerra simulada, con armas falsas y heridos y muertos simulados; prueba de ello es que él siempre escapaba a las heridas. Breton quedó impresionado al ver cómo una persona joven y bien educada, que parecía lúcida, podía vivir en un mundo fantástico hasta un grado tal. Comenzó, pues, a interesarse por los trabajos de Myers, Flournoy, Janet y Freud, pero después de la guerra abandonó sus estudios de medicina, se unió a los dadaístas y posteriormente fundó su propio movimiento literario. Su fin era rejuvenecer la poesía y el arte recurriendo a fuentes no utilizadas de creatividad. Su interés primero se centraba en el estado intermedio entre el sueño y la vigilia; en otras palabras, ese estado hipnagógico en el que aparecen en la mente palabras e imágenes aisladas. Una vez oyó las palabras: «Hay un hombre cortado en dos por la ventana», y vio la imagen correspondiente. Al parecer, no supo que este tipo de sueño había sido ya ampliamente investigado por Herbert Silberer, a quien se debe la afirmación de que la imagen hipnagógica es una representación simbólica del estado del soñador, que está a caballo entre los

---

Maurice Nadeau, *Histoire du surréalisme*, 2 vols., París, Editions du Seuil, 1945, 1948. M. Carrouges, *André Breton et les données fondamentales du surréalisme*, París, Gallimard, 1950. Yves Duplessis, «Que sais-je?», *Le surréalisme*, núm. 432, París, Presses-Universitaires de France, 1958.

estados de vigilia y sueño [337]. La atención de Breton estaba atraída por esas misteriosas frases, en las que veía la verdadera esencia de la poesía. Distinguió ese automatismo verbal de la imaginería visual, afirmando que, aunque podían estar mezclados en ocasiones, se trataba de dos tipos distintos de fenómenos. El automatismo verbal era el más valioso para el poeta.

Posteriormente notó que en el hombre hay no sólo en estado hipnagógico, sino de forma permanente, un «discurso interior» *(discours intérieur)*, que se puede percibir en cualquier momento si se presta la suficiente atención. Esta voz interior es completamente distinta de lo que poetas como James Joyce denominaron monólogo interior, que es más bien una imitación de la charla ordinaria. El discurso interior de Breton es intermitente y aparece en frases cortas y grupos de palabras desconectadas entre sí. Más aún, puede haber varias corrientes verbales simultáneas, cada una portadora de un flujo de imágenes que luchan por la supremacía.

El problema ahora era cómo utilizar este discurso interior con propósitos creadores. Durante algún tiempo Breton, trabajando con Desnos, intentó la charla automática, esto es, decir cualquier cosa que llegara a la mente al azar (método que, incidentalmente, había utilizado Janet con su paciente madame D.) [338]. Pero pronto advirtió que el método era peligroso, y recurrió a la escritura automática, aunque concibiéndola de modo distinto que los espiritistas, para quienes era un simple automatismo motor en el que el sujeto permanecía inconsciente del contenido de lo que ponía en el papel. Según la utilizaban los surrealistas, la escritura automática era un dictado interior *(dictée intérieure);* el poeta tenía, pues, que colocarse en un clima onírico para poder atender a su discurso interior, que registraba sin cambiar una sola palabra. Según Breton, la conciencia clara y las imágenes visuales impedían el dictado interior. Por esto se hacía necesario el entrenamiento y no había ninguna garantía de que se produjeran obras maestras. En realidad, sólo algunos de los trabajos literarios de los surrealistas se originaron a partir de la escritura automática [339].

Breton llegó a la conclusión de que existe un campo misterioso en la mente humana, una especie de punto central que une al individuo consciente con el sí mismo más interno, y al mismo tiempo con fuerzas desconocidas del universo. El fin del surrealismo es reconquistar ese punto

---

337 Herbert Silberer, «Bericht über eine Methode, gewisse symbolische Halluzinations-Erscheinungen hervorzurufen und zu beobachten», *Jahrbuch für psychoanalytische und psychopathologische Forschungen,* I (1909), 513-525.

338 Ver cap. VI, págs. 419-420.

339 Uno de los más conocidos fue el de André Breton y Philippe Soupault, *Les Champs magnétiques,* París, Au Sans-Pareil, 1921.

central de modo que el individuo pueda recuperar la totalidad de su energía psíquica y las riquezas desconocidas que hay dentro de sí. De este centro emanan todas las formas de creación artística: la poesía, la pintura y la escultura, así como las nuevas formas de arte.

Durante los dos primeros años, los surrealistas utilizaron liberalmente la escritura automática y la hipnosis, pero pronto se dieron cuenta de los peligros de su práctica. Breton cuenta cómo el uso inmoderado de la escritura automática suscitó en él estados alucinatorios[340]. Uno de sus colaboradores, Desnos, caía cada vez con más facilidad en profundos estados sonámbulos, en los que se tornaba agitado y peligroso, hasta el punto de que una vez persiguió al poeta Eluard con un cuchillo para matarlo. Otra tarde, en una fiesta surrealista, diez personas de un total de treinta cayeron en sonambulismo hipnótico, y varias de ellas fueron descubiertas intentando colgarse en una antecámara oscura (una cometió suicidio posteriormente). Esto indujo a un cese temporal de las actividades del movimiento, que fue reorganizado por Breton en 1924.

Gradualmente, el surrealismo extendió su interés a la pintura, la escultura, la fotografía y el cine, y pretendió enriquecer a la humanidad con una nueva forma de estética. Los surrealistas buscaban un linaje y unos aliados, y citaron a Freud, Sade y Lautréamont entre sus figuras procreadoras. (Omitieron en su larga lista de precursores a los únicos directos, los futuristas). Estaban interesados por todas las manifestaciones de lo maravilloso, lo fantástico, lo misterioso y las coincidencias inexplicables. Breton sospechaba que hay extraños seres invisibles que desempeñan algún papel en la vida humana. Estaban atentos a esas ironías que súbitamente traicionan el carácter trágico de la vida (a esto es a lo que denominó humor negro o *humour noir*). Otra de sus grandes preocupaciones era el *hasard objectif*, esas extrañas coincidencias que parecen haberse combinado con intención irónica.

Prosiguieron e inventaron nuevas formas de arte, y organizaron exposiciones de objetos surrealistas: en ellas incluían máquinas muy precisas e ingeniosas sin ninguna utilidad práctica, o cosas que habían visto en sueños o resultaban de la combinación de la inspiración creadora, la casualidad y el automatismo[341]. Entre sus numerosos artificios debemos mencionar su imitación consciente de la enfermedad mental, al menos en la escritura: Breton y Eluard publicaron una serie de cinco ensayos en los que imitaban las manifestaciones verbales de los débiles mentales,

---

340 André Breton, *Entretiens, 1913-1952, avec André Parinaud*, París, Nouvelle Revue Française, 1952, págs. 89-91.

341 No era tan nuevo como los surrealistas creían. Durante las epidemias mentales, los indios americanos confeccionaban sistemáticamente objetos que habían visto en visiones y sueños. Ver la obra de James Mooney *The Ghost Dance Religion and the Stoux Outbreak of 1890*, Catorce informe anual de la Oficina de Etnología para 1892-1893, parte II, Washington, 1896.

la manía aguda, la paresia general, los delirios de interpretación y la «dementia praecox» [342].

El movimiento surrealista está relacionado con la historia de la psiquiatría dinámica en varios aspectos. Resulta claro que su dirigente, André Breton, tomó gran cantidad de conceptos de la primera psiquiatría dinámica, aun cuando su técnica de escritura automática no tuviera nada en común con la de los espiritistas, William James o Janet. Tampoco era su dictado del inconsciente idéntico al método de libre asociación de Freud. Si Breton se hubiera licenciado en medicina y ejercido la psiquiatría, bien habría podido, con estos nuevos métodos, convertirse en el fundador de una nueva tendencia de la psiquiatría dinámica. Esto explica también su admiración por Freud y su interés por el psicoanálisis. Le visitó en Viena y mantuvo una breve correspondencia con él [343]. Al menos dos de los trabajos de Freud aparecieron traducidos al francés por primera vez en las revistas surrealistas [344]. Freud, sin embargo, pareció confuso y embarazado por el interés que por él mostraban aquellos hombres cuyas ideas y escritos no conseguía entender [345]. Como se podía esperar, el surrealismo se convirtió también en objeto de estudio por los psiquíatras. Henry Ey afirma que tanto el arte psicopatológico como el surrealista se originan de la misma fuente creadora inconsciente; sin embargo, el surrealista llega conscientemente a ella y canaliza su inspiración, mientras que el paciente mental se ve superado por ella [346]. En otras palabras, concluye Ey, el surrealista «*hace* lo maravilloso», mientras que el artista psicótico «*es* maravilloso».

En 1920, cuando Europa Occidental y Estados Unidos estaban ya en vías de recuperar la prosperidad, Alemania, y sobre todo Austria, seguían luchando con graves problemas económicos y financieros. Lo peor de todo era la actitud predatoria de los austríacos hacia su propio país y su cultura tradicional. No tenían más que sarcasmo y desprecio para los días de la Monarquía Dual.

En los círculos socialistas se lanzaron por entonces vehementes ataques contra los cirujanos militares que habían utilizado la estimulación eléctrica en el tratamiento de las neurosis de guerra. El Parlamento austríaco nombró una comisión investigadora bajo la presidencia del profe-

342 André Breton y Paul Eluard, *L'immaculée Conception*, París, Corti, 1930.

343 Ver cap. VII, pág. 527.

344 Una parte del trabajo de Freud sobre el análisis lego apareció en *La Révolution surréaliste*, III, núm. 9-10 (octubre 1927), 25-32. Parte de su ensayo sobre «El chiste y el inconsciente» apareció en *Variétés*, en un número especial, junio 1929, págs. 3-6, bajo el título «L'Humour».

345 En cuanto a Jung, se afirmó que había dicho de las obras dadaístas: «Es demasiado idiota para ser esquizofrénico».

346 Henri Ey, «La Psychiatrie devant le surréalisme», *L'Evolution Psychiatrique*, número 4 (1948), 3-52.

sor Löffler, famoso abogado. Se recibieron las quejas de una serie de antiguos pacientes militares contra media docena de neuropsiquíatras, entre ellos, Wagner-Jauregg [347]. Las audiencias tuvieron lugar del 15 al 17 de octubre de 1920, en presencia de numerosos neuropsiquíatras y periodistas [348]. La comisión nombró a Sigmund Freud y Emil Raimann para que informaran como peritos acerca del tratamiento eléctrico de los neuróticos de guerra.

Wagner-Jauregg declaró que el teniente Kauders (su principal acusador) había sido un simulador, y que no le había resultado agradable hacer tal diagnóstico. Wagner-Jauregg mencionó que se había ofrecido voluntario para servir como neuropsiquíatra durante toda la contienda, sin uniforme, ni rango militar, ni sueldo, ni reconocimiento oficial. Había examinado y tratado a muchos miles de soldados y oficiales afectos de todo tipo de neurosis de guerra. Solamente un pequeño número de estas neurosis tenían su origen en el frente de combate. No se observó ninguna entre los prisioneros. La mayoría fueron contraídas en la retaguardia y muchas veces del mismo modo que las epidemias, sobre todo entre ciertos grupos étnicos. «Entre los checos, los más valientes alzaban las manos y se rendían al enemigo, aunque sabían que debían haber luchado por éste; los menos valientes huyeron a la enfermedad. Cuando llegó el colapso, gran número de neuróticos se escaparon del hospital. Habían adquirido súbitamente la capacidad de moverse». Muchos checos admitieron abiertamente que habían simulado, e incluso que había escuelas para simuladores. Wagner-Jauregg añadió que al principio trató a los neuróticos de guerra con aislamiento y dieta láctea, y posteriormente aplicó terapia farádica, «tratamiento de las situaciones histéricas conocido desde hace largo tiempo», con resultados brillantes, muchas veces después de una sola sesión.

A continuación fue llamado Freud para leer su informe [349]. Puso objeciones al hecho de que Wagner-Jauregg hubiera visto tantas simulaciones, y señaló que la expresión «huida a la enfermedad» había sido introducida por él y aceptada por la ciencia médica [350]. El número de simuladores

---

347 Este episodio ha sido calificado, de forma completamente errónea, como juicio de Wagner-Jauregg. En realidad, fue una investigación administrativa en la que se oyó no sólo a Wagner-Jauregg, sino a varios otros antiguos neuropsiquíatras militares.

348 El autor está muy agradecido a Renée Gicklhorn, que le prestó el manuscrito de su libro sin publicar: *Der Wagner-Jauregg «Prozess»*, relato detallado de la investigación, incluido el texto de los principales documentos y el estenograma de las discusiones. El relato dado por Jones presenta una impresión inadecuada de los debates, porque habla únicamente del informe escrito de Freud, no de sus intervenciones verbales durante las discusiones.

349 El dictamen de Freud fue publicado primeramente en traducción inglesa en la edición corriente, XVII, págs. 210-215.

350 De hecho, el concepto de «huida a la enfermedad» había sido formulado casi en los mismos términos por Ideler (ver cap. IV, pág. 252) y era muy corriente en la medicina romántica.

debía haber sido escaso. (Aquí interrumpió Wagner-Jauregg: «¡Ahí están las confesiones!»). El papel de los médicos no debe ser el de ametralladoras dirigidas contra los soldados que huyen; debe ser el de defensores de los pacientes y de nadie más. El paciente Kauders había sido herido (Wagner-Jauregg exclamó: «¡No!»), y Wagner-Jauregg le había perjudicado al llamarle simulador. «Creo, por tanto, que las causas hay que imputarlas parcialmente al consejero señor Wagner. Ello es debido a que no utilizó mi terapéutica. No le pido que sea capaz de hacerlo, no puedo pedírselo a él cuando ni aun mis alumnos pueden hacerlo». Freud añadió que, en Alemania, el tratamiento psicoanalítico había tenido un éxito extraordinario con los doctores Schnee y Siegel.

Wagner-Jauregg replicó: «En lo relativo a la simulación, quizá pueda decir sin inmodestia que soy algo más competente. Ningún simulador va al profesor Freud para tratarse, mientras que yo, en mi profesión, tengo muchas oportunidades de tratarlos. Más aún, he tenido una gran experiencia durante la guerra, de la que carece el profesor Freud». Añadió que durante la guerra no se podía utilizar el psicoanálisis, y el propio Freud admitió el obstáculo del idioma[351]. Sin embargo, este último objetó: «El psicoanálisis sí puede realizarse en la guerra». Wagner-Jauregg replicó: «Pero sólo en casos aislados». Entonces Freud puntualizó: «En masas, pero acortado por la hipnosis. Causaría muchos problemas, pero en casos particularmente difíciles habría merecido la pena».

El día siguiente, 16 de octubre, leyó su informe el otro experto, Raimann, el cual —como se podía esperar de un fiel discípulo de Wagner-Jauregg— estuvo enteramente a su favor. Al ser criticado también por Fuchs, Freud replicó que la opinión de Wagner-Jauregg «prueba que es un mal psicólogo y está inclinado a ver simuladores por todas partes»... «Si estos pacientes hubieran sido examinados psicoanalíticamente, no habría habido tales quejas».

Raimann se opuso entonces a lo que Freud había dicho (a saber: «Yo lo hubiera hecho de forma distinta»): «¿Por qué en subjuntivo? ¿Por qué no lo hizo de la otra manera y demostró cómo se curan psicoanalíticamente las neurosis de guerra? Inmediatamente se le habría asignado una sala... Nunca ha visto neurosis de guerra, y hace falta mucho valor para dar un dictamen pericial sobre estos temas sin saber nada de ellos». Raimann añadió que en el Congreso Psicoanalítico de 1918, dos de los más cercanos discípulos de Freud habían admitido que el psicoanálisis era inaplicable en estos casos, para no mencionar la cuestión monetaria. Los pacientes menesterosos no pueden ser analizados... «Cuando alguien no puede pagar, admite estar sano».

---

351 Recordemos que en los ejércitos del imperio multinacional se hablaban no menos de once lenguas.

Otto Pötzl se puso del lado de Freud y declaró que, desde el punto de vista teórico, era un adepto del psicoanálisis, aunque mantenía otra opinión en lo relativo a su aplicación práctica.

Fuchs testificó que había estudiado y aplicado el psicoanálisis, pero que nunca había obtenido los menores resultados con él. Había enviado varios neuróticos de guerra a psicoanalistas y todos ellos le habían sido devueltos sin curar. «Cuando el profesor Freud dice que sus alumnos no estaban preparados para la tarea, ¿por qué no saltó él mismo a la arena?», concluyó sarcásticamente.

Resultó obvio que lo que había comenzado como una comisión investigadora tomó pronto el carácter de una justa verbal entre los partidarios y los adversarios del psicoanálisis, en la que estos últimos llevaban la ventaja. La comisión llegó a la conclusión de que no había material suficiente para un juicio. En medio de los problemas de aquellos días, el incidente se olvidó pronto. Posteriormente, cuando se publicó el dictamen de Freud, los psicoanalistas tuvieron la impresión de que éste se había mostrado extremadamente delicado con Wagner-Jauregg, quien, sin embargo, pensaba de una forma completamente distinta[352]. En su autobiografía afirmó que la investigación había dado a Freud una ocasión inesperada de expresar su rencor contra él[353].

Tales polémicas, sin embargo, no impidieron la expansión del movimiento psicoanalítico. Se había puesto de moda que los ingleses y norteamericanos fueran a Viena para someterse a análisis didácticos o terapéuticos. En Berlín, Max Eitingon abrió la primera Policlínica Psicoanalítica. Freud se encontraba en una nueva fase creadora y publicó su ensayo *Más allá del principio del placer.*

En el año 1921 se hicieron patentes una vez más las dificultades que encontraba Europa para recuperarse de los efectos de la guerra. La Comisión de Reparaciones pidió a Alemania que pagara 132.000 millones de marcos de oro, lo que dio lugar a problemas económicos y financieros irresolubles. La rebelión irlandesa forzó a Gran Bretaña a permitir la fundación de la República de Irlanda (Eire). Italia fue presa de movimientos subversivos izquierdistas, al tiempo que Mussolini construía su movimiento fascista. En Rusia, el gobierno bolchevique tenía grandes dificultades para organizar una economía puramente comunista, por lo que Lenin aprobó la «Nueva política económica» (N. E. P.), en la que se volvía en parte a los métodos tradicionales. Austria luchaba denodadamente con una situación desesperada, hasta el punto de que en ciertas provincias surgieron movimientos separatistas.

---

352 Ernest Jones, *The Life and Work of Sigmund Freud,* III, Nueva York, Basic Books, 1957, págs. 21-24.

353 Julius Wagner-Jauregg, *Lebenserinnerungen.* Von L. Schönbauer y M. Jantsch, eds., Viena, Springer, 1950, págs. 71-73.

En psiquiatría, algunos de los maestros de la antigua generación se interesaban por otros campos. Eugen Bleuler publicó su *Historia natural del alma* [354], en la que había trabajado durante muchos años y que algunas personas llamaron su *Segundo Fausto* [355]. Para muchos constituyó una sorpresa ver que el científico positivista adoptaba algunos de los conceptos especulativos de Driesch y describía el desarrollo de la consciencia fuera del psicoide, una forma hipotética, elemental, de actividad psíquica (en cierto modo reminiscente del inconsciente orgánico de los románticos alemanes). Forel, que además de su vocación neuropsiquiátrica había sido un luchador apasionado de la reforma social durante toda su vida y que estaba considerado también como una autoridad mundial en la clasificación de las hormigas, publicó ahora un vasto trabajo en el que representaba el orden social supuestamente perfecto de éstas, que propuso como modelo para la humanidad [356].

En el año académico de 1920 a 1921, Janet dio un curso sobre psicología de la religión que atrajo entusiastas oyentes, entre ellos, el clérigo estadounidense reverendo Horton, el cual publicó sus apuntes a su regreso a los Estados Unidos [357]. Pero Janet fue ignorado de forma sistemática por la nueva generación que, en Francia y en todo el mundo, comenzaba a mirar a Viena.

Un acontecimiento psiquiátrico de ese año fue la reaparición de Jung con la publicación de sus *Tipos psicológicos*. El libro era fruto de años de trabajo silencioso proseguido durante la guerra y (como sabemos en la actualidad) del autoexperimento de Jung. En él explicaba los principios básicos de su sistema, que desarrollaría durante las dos o tres décadas siguientes. Al mismo tiempo, trataba un tema que se mostró muy interesante entre la joven generación psiquiátrica, a saber, el estudio de los tipos psicológicos y sus correlaciones con diversos tipos de enfermedades mentales.

De forma característica, tres psiquíatras, Jung, Kretschmer y Rorschach, publicaron, de forma casi simultánea, descripciones de sistemas centradas en la distinción de dos tipos. La tipología de Jung ha sido descrita en el capítulo anterior [358]. Para Kretschmer, la enfermedad maníaco-depresiva y la esquizofrenia son los grados extremos de dos actitudes a las que denominó ciclotimia y esquizotimia [359]. Los individuos ciclotími-

354 Eugen Bleuler, *Naturgeschichte der Seele und ihres Bewusstwerdens*, Berlín, Springer, 1921.

355 Significando que, al igual que Goethe con su *Segundo Fausto*, Bleuler lo escribió hacia el final de su vida, y el trabajo era profundo y oscuro.

356 August Forel, *Le Monde social des fourmis*, 5 vols., Ginebra, Kündig, 1921.

357 Ver cap. VI, págs. 453-454.

358 Ver cap. IX, págs. 788-792.

359 Ernst Kretschmer, *Körperbau und Carakter*, Berlín, Springer, 1921, págs. 189-192. *Medizinische Psychologie*, Leipzig, Thieme, 1922, págs. 149-156.

cos son sintónicos, lo que significa que toda su personalidad vibra en concordancia con su ambiente, mientras que los esquizotímicos son esquizoides, es decir, existe una especie de discordancia en sus reacciones con su ambiente. Kretschmer correlacionó también la ciclotimia con los individuos del tipo pícnico, y la esquizofrenia con los de tipo asténico; en otras palabras, existe una correlación entre el tipo psicológico, la predisposición a las enfermedades mentales y el biotipo constitucional.

Hermann Rorschach, joven psiquíatra suizo que había seguido con profundo interés el desarrollo de la tipología de Jung, integró las nociones de introversión y extratensión dentro del marco de una teoría psicológica unida a la invención de un test de proyección nuevo y original [360]. Artísticamente dotado y con intereses polifacéticos, Rorschach había sido alumno de Bleuler (aunque nunca perteneció al equipo del Burghölzli) y publicado estudios sobre la psicopatología de las sectas suizas, así como sobre diversos temas psicoanalíticos [361]. Había hecho pruebas en escolares con manchas de tinta y comparado los hallazgos con los del test de asociación de palabras. Estaba preocupado por el problema de la traslación de imágenes sensoriales de un campo de percepción a otro; por ejemplo, de las percepciones visuales a cinestésicas. Mourly Vold había demostrado que la inhibición de los movimientos estimula la aparición de sueños cinestésicos. Esta observación llevó a Rorschach a concebir la introversión como la vuelta a un mundo interior de imágenes cinestésicas y de actividad creadora. A la inversa, la extratensión es la vuelta a un mundo de color, de emociones y de adaptación a la realidad. Rorschach combinó estas dos funciones en el concepto más amplio de *Erlebnistypus* (es decir, la extensión de la introversión, de la extratensión y su proporción recíproca). Además, concibió el *Erlebnistypus* como la capacidad máxima, íntima, de resonancia ante las experiencias vitales y, al mismo tiempo, como una elaboración continua de estas nuevas experiencias vitales. En el mismo individuo, el *Erlebnistypus* está sujeto a fluctuaciones diarias, pero también a un proceso de evolución lento, continuo y autónomo. El *Erlebnistypus* puede conocerse mediante el test de la mancha de tinta. En comparación con pruebas anteriores similares (en especial la de Hens), el principal elemento diagnóstico no es el contenido de las respuestas, sino los elementos formales: número y proporción de las respuestas totales y de detalles, de movimiento y color, etc. El libro de Rorschach sobre «psicodiagnóstico» fue publicado, a pesar de las difíciles circunstancias, a mediados de 1921, y encontró una gran aceptación dentro de un pequeño grupo de amigos y colegas [362].

---

360 H. F. Ellenberger, «The Life and Work of Hermann Rorschach, 1884-1922», *Bulletin of the Menninger Clinic*, XVIII (1954). 173-219.

361 Hermann Rorschach, *Gesammelte Aufsätze*, Berna, Huber, 1965.

362 Hermann Rorschach, *Psychodiagnostik Methodik und Ergebnisse eines wahr-*

La principal publicación de Freud en ese año fue su *Psicología de las masas y análisis del yo* [363]. Freud, que contaba ya sesenta y cinco años, dedicaba todo su tiempo al análisis, y en este año trató al menos a cuatro pacientes estadounidenses, entre los que se encontraban Abram Kardiner y Clarence Oberndorf [364]. La atmósfera psicoanalítica en Viena era bastante tormentosa en aquella época. Debido al flujo cada vez mayor de extranjeros que llegaban a la capital para someterse a análisis, faltaban analistas serios, con lo que la situación se mostraba favorable para las personas incompetentes e insuficientemente entrenadas. Corrieron rumores acerca de que algunos ricos americanos habían caído en manos de charlatanes peligrosos que les cobraban elevados honorarios y no hacían sino empeorar las cosas [365]. La Editorial Psicoanalítica pasó también por momentos buenos y malos. Cuando publicó una «novela psicoanalítica» de Groddeck, despertó agudas críticas; algunos analistas la juzgaron de mal gusto, pornográfica e indigna de ser publicada por una editorial científica [366].

Otro trabajo publicado en 1918 y reeditado en aquella época desencadenó una viva controversia. Se trataba de un diario escrito por una adolescente anónima entre los once y los catorce años, y presentado por Hermine von Hug-Helmuth con un prólogo de Freud [367]. Se dijo que era una broma. En realidad, Cyril Burt [368], de Inglaterra, ha señalado la poca probabilidad de que tal documento pudiera ser el diario verbal de una adolescente sin adiciones, omisiones u otros cambios [369].

En Rusia se reorganizó el movimiento, que había llegado a un punto muerto durante la guerra y la revolución: en Moscú se fundó un grupo floreciente, y el interés por el psicoanálisis se despertó incluso en los

---

nehmungsdiagnostischen Experiments. (Deutenlassen von Zufallsformen), Berna, Bircher, 1921.

363 Ver cap. VII, págs. 611-613.

364 C. P. Oberndorf, *A History of Psychoanalysis in America*, Nueva York, Grune and Stratton, 1953, pág. 138.

365 George Seldes, *Can These Things Be?*, Nueva York, Brewer, Warren and Putnam, 1931, págs. 409-423.

366 Georg Groddeck, *Der Seelensucher. Ein psychoanalytischer Roman*, Viena, Internationaler Psychoanalytischer Verlag, 1921.

367 Hermine von Hug-Helmuth, *Tagebuch eines halbwüchsigen Mädchens*, Viena, Internationaler Psychoanalytischer Verlag, 1918.

368 Cyril Burt, *British Journal of Psychology*, sección médica, I (1920-1921), 353-357.

369 No sólo presentaba cualidades literarias y coherencias lógicas muy superiores a las existentes en la adolescencia, dijo Cyril Burt, sino que de él estaban extrañamente ausentes las trivialidades personales que por lo general llenan los diarios de los jóvenes. Más aún, se preocupaba de describir y explicar la personalidad y relaciones de las personas de que hablaba. Ciertas anotaciones diarias eran tan largas que debió tardar un mínimo de cinco horas en hacerlas, aunque se trataba supuestamente de un diario secreto escrito bajo condiciones en que la intimidad era imposible. Surge la pregunta, además, de por qué se tomó el trabajo de copiar el texto completo de largas cartas, en lugar de añadirlas al diario.

países balcánicos. Así, un búlgaro, Ivan Kinkel, publicó un estudio psicoanalítico sobre los fundamentos de la religión [370].

En 1922 no se habían apagado aún los rescoldos de la guerra, siendo frecuentes los conflictos entre los alemanes y los aliados, y entre estos últimos. En Asia Menor, los griegos fueron derrotados por los turcos. Pero aparecían ya signos definidos de recuperación económica. En Austria, el prelado Seippel fue nombrado primer ministro y poco a poco fue sacando al país de una situación aparentemente desesperada.

En psiquiatría se manifestaban nuevas tendencias. El tratamiento de la parálisis general mediante malarioterapia utilizado por Wagner-Jauregg fue conocido y aplicado universalmente. Es difícil darse cuenta hoy día de la sensación que este descubrimiento causó: la paresia general era el arquetipo de la enfermedad mental incurable y fatal, y el tratamiento citado suponía la introducción del método fisiológico en psiquiatría. Klaesi, en Suiza, puso a punto un nuevo tipo de terapéutica de sueño prolongado utilizando Somnifain, más eficaz que la cura de Trional de Otto Wolff [371]. Los psiquíatras fueron admitiendo gradualmente que las enfermedades mentales graves se podían tratar por métodos fisiológicos.

El psicoanálisis se convertía por momentos en la escuela de psicoterapéutica más importante. Como había ocurrido entre 1860 y 1880, la hipnosis, la sugestión y las enseñanzas de la primera psiquiatría dinámica se consideraban otra vez anticuadas. Había, sin embargo, una denominada Segunda Escuela de Nancy. Un farmacéutico de esa ciudad, Emile Coué, había diseñado un método de tratamiento de las alteraciones nerviosas mediante un entrenamiento del subconsciente [372]. Le llegaban pacientes de numerosos países, a los que trataba en grupos y de forma totalmente gratuita [373].

El primer signo de un enfoque nuevo y completamente distinto se tuvo cuando Ludwig Binswanger leyó un trabajo «sobre fenomenología» ante la Sociedad Suiza de Neurología y Psiquiatría [374]. Este autor, psiquíatra dotado de amplia base filosófica, discípulo de Bleuler e influido por Freud, destacó el interés de la fenomenología de Husserl como método aplicable a la psiquiatría clínica. Su ensayo no atrajo demasiado la atención, pero cuando Rorschach leyó su última comunicación ante la Socie-

370 Ivan Kinkel, *Kem veprosa za psikhologicheskite osnovi i proizkhoda na religiata*, Sofía, 1921.

371 Jakob Klaesi, «Ueber die therapeutische Anwendung der Dauernarkose mittels Somnifens bei Schizophrenen», *Zeitschrift für die gesamte Neurologie und Psychiatrie*, LXXIV (1922), 557-592.

372 Emile Coué, *La Maîtrise de soi par l'autosuggestion consciente*, nouvelle edition, Nancy, chez l'auteur, 1922.

373 Ella Boyce Kirk, *My Pilgrimage to Nancy*, Nueva York, American Library Service, 1922.

374 Ludwig Binswanger, «Ueber Phänomenologie», *Schweizer Archiv für Neurologie und Psychiatrie*, XII (1923), 327-330.

dad Psicoanalítica Suiza el 18 de febrero de 1922, se vio claro que desarrollaba su método de interpretación de las pruebas en la dirección de la fenomenología. Pero Rorschach murió, sin embargo, poco después, el 2 de abril, a los treinta y siete años de edad, siendo su pérdida muy sentida por sus colegas.

En el año 1912 se agudizaron los conflictos en la Europa Occidental. Como Alemania no pudo pagar las reparaciones, los franceses ocuparon los ricos centros industriales del Ruhr. Se produjo así una gran agitación política en Alemania y se suscitó la oposición entre Francia e Inglaterra. Los gobiernos autoritarios se afirmaban en algunos países. Poco después del establecimiento de la dictadura fascista de Mussolini, Primo de Rivera subió al poder en España.

La psicología se desarrollaba rápidamente e invadía todos los campos de la vida en lo que se calificó de revolución psicológica. Es representativo el caso de Suiza. En Ginebra, los discípulos de Théodore Flournoy y Claparède desarrollaban la psicología infantil y la ciencia de la educación. Jean Piaget publicó su *Lenguaje y pensamiento en el niño*, primera de una larga serie de monografías que renovarían el conocimiento de la psicología y desarrollo infantiles [375]. En Zurich, un grupo de ingenieros se reunió alrededor de Alfred Carrard y fundó el «Instituto de Psicología Aplicada» *(Institut für angewandte Psychologie)* partiendo de los recientes desarrollos de la psicología en los campos de la orientación profesional, la psicotecnia y el consejo. Se dio particular importancia a las pruebas psicológicas y a la grafología.

Ese año apareció el primer trabajo sobre fenomenología clínica. Eugène Minkowski relató la historia de un esquizofrénico deprimido que anunciaba diariamente su ejecución para la tarde [376]. Cuando Minkowski le recordaba que, aunque había hecho esa afirmación tantas veces, nunca se había cumplido, el paciente se limitaba a rechazar el argumento y afirmar que sería ejecutado esa misma tarde. Minkowski llegó a la conclusión de que el paciente experimentaba el tiempo de forma completamente distinta que la gente normal. La tesis dominante suponía que la percepción del tiempo estaba distorsionada debido a los delirios, pero Minkowski adelantó la idea de que lo que ocurría era lo contrario:

> ¿Es el trastorno relativo al futuro una consecuencia natural de la creencia ilusoria de que la ejecución es inminente?... ¿No podríamos, por el contrario, suponer que

375 Jean Piaget, *Le Langage et la pensée chez l'enfant*, Neuchâtel, Delachaux et Niestlé, 1923. Trad. inglesa, *The Language and Thought of the Child*, Nueva York, Harcourt Brace and Co., 1926.

376 Eugène Minkowski, «Étude psychologique et analyse phénoménologique d'un cas de mélancolie schizophrénique», *Journal de Psychologie Normale et Pathologique*, XX (1923), 543-558. Trad. inglesa, Rollo May, Ernest Angel y Henri F. Ellenberger, eds., *Existence*, Nueva York, Basic Books, 1958, págs. 127-138. Trad. española, Madrid, Gredos, 1967, núm. 7 de esta misma colec. Cfr. págs. 163-176.

el trastorno básico es la actitud deformada hacia el futuro, mientras que el delirio es únicamente una de sus manifestaciones?

Este trabajo de Minkowski marcaría el comienzo de una nueva tendencia en la fenomenología psiquiátrica. En el mismo año, Buber publicó un librito, *Yo y tu*, que se convertiría en uno de los clásicos del existencialismo [377]. Buber resalta en él la diferencia existente entre las relaciones con una cosa que observo y con una persona que se dirige a mí y a la que respondo. Pero, aunque mi relación con una persona puede ser de «yo y tú», muchas veces se convierte en una de «yo y ello».

El movimiento psicoanalítico estaba en completa expansión, y al mismo tiempo sufría nuevos cambios. Su editorial publicó el tratado de Freud, *El yo y el ello*, en el que se explicaba su nueva teoría de las tres instancias de la personalidad humana: el yo, el ello y el superyo [378].

El término *das Es* (el ello) lo había tomado de Groddeck, cuyo *Libro del ello* acababa de aparecer despertando gran atención [379]. Se trataba de una colección de cartas supuestamente escritas por un cierto Patrick Troll y dirigidas a una mujer, relativas a la influencia del inconsciente sobre nuestra vida consciente y nuestro organismo. La descripción que hacía Groddeck del ello reflejaba, en grado extremo, el viejo concepto romántico de inconsciente irracional. Concebía el ello como impersonal y lleno de impulsos agresivos y asesinos, y creía que cada uno de ellos tenía su complementario. Por ejemplo, la joven madre que ama a su bebé también le odia de forma inconsciente. Las náuseas, vómitos y odontalgias de la mujer embarazada son manifestaciones simbólicas de su deseo de verse libre del hijo. Verdadero epígono de Novalis, Carus y Von Hartmann, Groddeck afirmó que el ello podía conformar procesos fisiológicos y producir enfermedades.

El psicoanálisis se extendía también por Rusia. En el prólogo del tercer volumen de una nueva colección de traducciones de Freud, Ivan Ermakov reconoció el concepto de éste de la sexualidad infantil como uno de los descubrimientos psicológicos más grandes de nuestros tiempos, absolutamente indispensable para cualquier educador [380].

En 1924, muchos observadores notaron que el mundo occidental caminaba de forma segura hacia su recuperación, a pesar de la agitación política en Alemania. En Italia, tras el asesinato del líder socialista

377 Martin Buber, *Ich und Du*, Leipzig, Insel-Verlag, 1923. Trad. inglesa, *I And Thou*, 2.ª ed., Nueva York, Scribner, 1958.

378 Ver cap. VII, págs. 597-599.

379 Georg Groddeck, *Das Buch vom Es; Psychoanalytische Briefe and eine Freundin*, Viena, Internationaler Psychoanalytischer Verlag, 1923. Trad. inglesa, *The Book of the Id*, Nueva York, Funk and Wagnalls, 1950.

380 Ivan Dm. Ermakov, ed., *Psikhologicheskaya i psikhoanaliticheskaya biblioteka*, III, *Osnovnie psikhologicheskie teorii v psikhoanalize*, 1923.

Matteotti, los fascistas fortalecieron su dictadura. En Austria, la situación retornaba lentamente a la normalidad.

En la psiquiatría dinámica, el psicoanálisis se había convertido definitivamente en la tendencia dominante, y era discutido por todas partes en Europa Occidental, en los Estados Unidos e incluso en Rusia. En Bulgaria, Ivan Kinkel escribió un estudio psicoanalítico de los movimientos revolucionarios (prestando particular atención a la revolución francesa desde 1789 hasta 1799)[381].

Alrededor de las nuevas tendencias se desarrollaron muchas controversias, y se mantuvieron discusiones sobre si eran desviacionistas o no. A comienzos del año, un libro conjunto de Ferenczi y Rank señaló nuevos caminos en la terapéutica y teoría psicoanalítica[382]. En el curso del mismo año, cada uno de ellos aportó una contribución distinta, siendo ambas igualmente atrevidas.

El trauma del nacimiento de Otto Rank era nada menos que un intento de reformulación de la teoría y práctica psicoanalítica, basado en la teoría de que todo ser humano sufre, en el momento del nacimiento, el mayor trauma de su vida, que trata vanamente de superar de todas las formas posibles, deseando inconscientemente regresar al útero de su madre[383]. El libro estaba dedicado a Freud y pretendía ser un desarrollo perfeccionado del psicoanálisis, basado en la obra analítica de Rank con sus pacientes. Freud había expresado una vez la opinión de que la angustia del niño durante el proceso de nacimiento es el prototipo de toda angustia posterior. Rank desarrolló la idea de que no sólo la angustia, sino la totalidad de la vida psíquica del individuo pueden estar relacionadas con el trauma del nacimiento. En los sueños y fantasías de sus pacientes, dijo, el proceso curativo estaba representado por símbolos de nacimiento; la transferencia se mostraba como una reencarnación de la más temprana fijación sobre la madre y, al término del análisis, la liberación del analista representaba la separación de la madre en el momento del nacimiento. El análisis fructífero suponía, por tanto, la tardía abreacción del trauma del nacimiento. Esta teoría entrañó un nuevo sistema de interpretación de los sueños, un nuevo código de símbolos universales, una reformulación del principio del placer como deseo de volver al útero, y una nueva interpretación de la vida sexual normal y anormal, de las neurosis, de las psicosis y de la vida cultural en su totalidad.

---

381 Ivan Kinkel, «Sotsialna psikhopatiya v revolutsionnit dvizheniya», *Annuaire de l'Université de Sofia*, XIX (1924).

382 Sandor Ferenczi y Otto Rank, *Entwicklungsziele der Psychoanalyse*, Viena, Internationaler Psychoanalytischer Verlag, 1924.

383 Otto Rank, *Das Trauma der Geburt und seine Bedeutung für die Psychoanalyse*, Viena, Internationaler Psychoanalytischer Verlag, 1924. Trad. inglesa, *The Trauma of Birth*, Nueva York, Harcourt, Brace and Co., 1929.

El trabajo sorprendió a los psicoanalistas. Al parecer, el propio Freud quedó impresionado por la teoría, aunque también muy perplejo; dudó durante varios meses, pero finalmente la rechazó y se separó de Rank con disgusto. Según Edward Glover, algunos analistas descubrieron rápidamente traumas del nacimiento en todos sus pacientes después de la publicación del libro, aunque todo ello acabó una vez que la teoría de Rank fue desacreditada oficialmente [384].

La teoría de Ferenczi era aún más atrevida, pero despertó menos controversias [385]. La vida intrauterina, afirmaba el autor, es una representación de la existencia de las primeras formas de vida en el océano. Cuando una especie animal emergía, hace siglos, del mar para proseguir su evolución en tierra firme, experimentaba un trauma del que es repetición el trauma del nacimiento. El hombre se siente afligido por la nostalgia, no de regresar al vientre de su madre (como pretendía Rank), sino de volver a su primitiva existencia en las profundidades del mar [386].

En 1925 el mundo occidental tenía la impresión de haber superado por fin la confusión que había seguido a la Gran Guerra. En octubre fue firmado por las grandes potencias el pacto de Locarno, tendente a la prevención de posteriores agresiones, con lo que se estimó que había concluido la posguerra.

Fue también un período de prosperidad para la psiquiatría, la psicología y la psicoterapia, sobre todo en las dos ciudades, Zurich y Viena, que competían por el título de capital de la psicología.

En Zurich tenían su sede no sólo el famoso Burghölzli, sino también el Instituto de Psicología Aplicada, donde recibían enseñanza los psicólogos prácticos, y el Seminario de Educación Terapéutica de Hans Hanselmann, destinado a la formación de profesores terapéuticos especializados. Psicólogos y psicoterapeutas abundaban de tal modo en Zurich y sus alrededores, que su lago llegó a conocerse con el nombre de Lago de la Psicología. Eugen Bleuler, el gran anciano de la psiquiatría suiza, proseguía sus investigaciones sobre la actividad inconsciente elemental, a la que denominaba psicoide [387]. Su sucesor en el Burghölzli, Hans Maier, fundador en 1920 del primer Centro de Observación Infantil, había establecido el prototipo de muchas instituciones similares en Suiza y otros

384 Edward Glover, «The Therapeutic Effect of Inexact Interpretations: A Contribution to the Theory of Suggestion», *International Journal of Psychoanalysis*, XII (1931), 397-411.

385 Sandor Ferenczi, *Versuch einer Genitaltheorie*, Viena, Internationaler Psychoanalytischer Verlag, 1924.

386 Incidentalmente, una teoría similar fue expresada por el neurótico Ellida en la obra de Ibsen *La dama del mar (Rruen fra havet, 1888)*, trad. por Eleanor Marx-Aveling, Londres, Unwin, 1890.

387 Eugen Bleuler, *Die Psychoide, das Princip der organischen Entwicklunk*, Berlín, Springer, 1925.

lugares. Max Bircher-Benner, dietético destacado y psicoterapeuta famoso, mantenía en su sanatorio discusiones acerca de los problemas de la salud mental y física. La Sociedad Psicoanalítica Suiza había revivido en 1920, y su figura principal era el reverendo Oskar Pfister, personalidad tenaz y escritor prolífico, que publicó una serie de libros y artículos sobre la aplicación del psicoanálisis a la educación de los niños normales y anormales, a la cura de almas *(Seelsorge)* y a los problemas del arte y la filosofía. Jung, en Küsnacht, gozaba de una fama cada vez mayor y reunía a sus discípulos en el Psychologischer. En 1925 emprendió su viaje al monte Elgon, en Kenia. No lejos de Zurich, en Kilchberg, a orillas del lago, vivía el filósofo y psicólogo alemán Ludwig Klages, uno de los fundadores de la caracterología y grafología.

La otra ciudad que aspiraba a la capitalidad de la psicología era Viena, de la que un visitante estadounidense, la señora Stratton Parker, dio una maravillosa descripción[388]. Según ella, Freud era entonces un hombre anciano y enfermo que limitaba su actividad al análisis de algunas personas importantes y a la escritura de artículos, y al que casi nunca veían ni aun sus discípulos vieneses. En la sede de la Sociedad Psicoanalítica, situada en la Pelikangasse, se celebraban las sesiones de la Sociedad Psicoanalítica todos los miércoles y se daban conferencias los demás días de la semana. La señora Parker habla también de la extraordinaria actividad desplegada por Alfred Adler, de sus conferencias ante grandes auditorios, en su mayoría pertenecientes a las clases trabajadoras, de las clínicas que mantenía en las escuelas públicas dedicadas al tratamiento de los niños difíciles, y de sus discusiones de las tardes para maestros, trabajadores de instituciones y médicos. Estaban también las conferencias del doctor Schilder sobre psiquiatría, celebradas las tardes de los sábados, y a las que asistían cientos de oyentes, las clínicas del doctor Lazar para niños difíciles y la actividad del grupo de Stekel.

La actividad del grupo freudiano de Viena se demuestra en que en el año 1925 aparecieron dos trabajos considerados todavía como clásicos del psicoanálisis. Uno fue la *Compulsión de confesión y necesidad de castigo* de Theodor Reik[389]. Un analista lego, Theodor Reik, se enfrentó a un problema que había confundido a penalistas como Anselm Feuerbach y Hans Gross: ¿Por qué ciertos delincuentes confiesan inesperadamente, cuando podrían salvar sus vidas manteniendo silencio, y cómo pueden olvidar en el lugar del delito un objeto que servirá de prueba contra ellos? Reik dio como explicación la necesidad de castigo procedente del complejo de Edipo. Desde el comienzo, los impulsos delictivos

388 Cornelia Stratton Parker, «The Capital of Psychology», *The Survey*, LIV, Nueva York (septiembre), 551-555.

389 Theodor Reik, *Geständniszwang und Strafbedürfnis. Probleme der Psychoanalyse und der Kriminologie*, Viena, Internationaler Psychoanalytischer Verlag, 1925.

están en conflicto con los del superyo; una vez gratificados los primeros, la necesidad de castigo se vigoriza y se puede manifestar en la autotraición inconsciente (de aquí el objeto olvidado en el lugar del delito) o en la confesión «innecesaria». Reik resaltó la importancia de esa necesidad de castigo y del impulso autopunitivo en la vida del individuo y de la sociedad. Llegó a la conclusión de que muchos de los males que afligen a la humanidad se pueden comprender mejor en esta perspectiva. El concepto de autocastigo se convirtió así en uno de los más populares del psicoanálisis.

El segundo clásico del psicoanálisis que apareció en 1925 fue el libro de Aichhorn *Juventud díscola,* con prólogo de Freud [390]. No se sabe por qué el autor esperó hasta ese año para publicar la historia del experimento sobre educación terapéutica que había llevado a cabo en 1918-1919 en Oberhollabrunn [391]. En el intervalo había sufrido entrenamiento analítico, y su libro se preocupaba menos de dar un relato de su experimento que de proporcionar una interpretación psicoanalítica del mismo.

En la Rusia soviética se reimprimieron los primeros trabajos de Freud y se tradujeron otros nuevos. Un destacado psicólogo, Alexander Luria, publicó entusiásticos libros y trabajos sobre el psicoanálisis, que consideraba como «un sistema de psicología monista» y como «la base materialista fundamental para la construcción de una verdadera psicología marxista», incluso en el campo de la pedagogía y de la criminología («el estudio del delito sin el psicoanálisis no es más que el título de un capítulo sin contenido») [392]. Según Morselli, el psicoanálisis se había convertido en uno de los grandes temas de discusión entre los intelectuales de Rusia [393].

En Francia tropezó, en cambio, con gran oposición, y la intervención de Freud en el caso de Philippe Daudet fue muy criticada. Este joven de catorce años, hijo del escritor y dirigente realista Léon Daudet, y nieto de Alphonse, había desaparecido de su hogar el 20 de noviembre de 1923 y fue encontrado muerto el 23 del mismo mes, con una bala alojada en la cabeza. Se supuso que se había suicidado, pero la investigación judicial demostró que había estado en relación estrecha con un grupo anarquista. Se convenció a Léon Daudet de que su hijo había sido asesinado por la policía secreta, y éste instigó una violenta campaña de prensa con aque-

---

390 August Aichhorn, *Verwahrloste Jugend, die Psychoanalyse in der Fürsorgeerziehung. Zehn Vorträge zur ersten Einführung.* Mit eine Geleitwort von Prof. Dr. Sigmund Freud, Leipzig, Internationaler Psychoanalytische Bibliothek, 1925, núm. 19. Traducción inglesa, *Wayward Youth,* Nueva York, Meridian Books, 1955.

391 Ver cap. X, págs. 938-939.

392 Alexander R. Luria, «Psikhoanaliz kak sistema monisticheskoi psikhologii», *Psikhologii i Marxisma,* 1925, págs. 47-80.

393 Enrico Morselli, *La psicanalisi,* I, Turín, Bocca, 1926, pág. 19.

llos a quienes acusaba de la captura y asesinato [394]. Algún tiempo después, el anarquista André Gaucher, conocido por sus vehementes ataques contra Léon Daudet, dijo que, poco antes de la misteriosa muerte de Philippe, había recibido la visita de un adolescente desconocido que quería saber si era cierto que Léon Daudet era una escritor pornográfico, y que él, Gaucher, le había mostrado algunos resúmenes significativos de las novelas de aquél. El muchacho era Philippe Daudet, el cual, derrumbado por las revelaciones acerca de su padre, agregó Gaucher, podía haberse suicidado. Gaucher utilizó la sensación causada por esa historia para publicar un libro contra Léon Daudet y trató de enrolar a Pierre Janet y Sigmund Freud en su campaña [395]. Al primero le envió, por medio de un intermediario, una historia clínica incompleta de Philippe Daudet, sin dar ningún nombre, pero únicamente recibió una corta y evasiva respuesta. A Freud le remitió parte del manuscrito del libro que estaba escribiendo acerca de Léon Daudet, y recibió dos cartas. En una de ellas, Freud le respondía que había visto a Léon Daudet varias veces en París en 1885 y 1886, pero que nunca había leído nada suyo. Alphonse Daudet había sido sifilítico, dijo, añadiendo que, en su experiencia, la sífilis es una de las causas principales de predisposición a la neurosis. Agregó que «su Daudet quizá se habría visto afectado por su neurosis si no hubiera poseído un talento lo suficientemente grande como para permitirle descargar sus perversiones en su producción literaria». Llegó a la conclusión de que el caso Philippe Daudet, al igual que cualquier otro, se podía explicar mediante el psicoanálisis. Sin lugar a dudas, Freud no advirtió que André Gaucher era un notorio anarquista y que se apresuraría a utilizar las dos cartas para sus propios y discutibles fines. El poeta y periodista alemán Tucholsky, al relatar la historia, deploró que Sigmund Freud hubiera «dado su bendición papal a esa mala acción» [396].

Los años del fracaso de la reconstrucción: 1926-1929

La firma del pacto de Locarno en octubre de 1925 dio a millones de europeos la impresión de que la paz estaba asegurada. La prosperidad económica volvía en mayor o menor medida y alcanzaba alturas sin precedentes en los Estados Unidos. Pero los jóvenes que habían vivido la guerra estaban más desorientados que nunca. Tal era el caso de los norteamericanos que residían como expatriados voluntarios en París, la ge-

394 La versión de Léon Daudet del caso se puede encontrar en su libro *La Police politique, ses moyens et ses crimes*, París, Denoel et Steel, 1934, págs. 170-324.

395 André Gaucher, *L'Obsédé, Drame de la libido*. Avec lettres de Freud et de Pierre Janet, París, Delpeuch, 1925.

396 Kurt Tucholsky, «Herr Maurras vor Gericht», *Gesammelte Werke*, II, Hamburgo, Rohwolt Verlag, s. f., págs. 217-223.

neración perdida descrita por Hemingway, o de los ingleses que aparecen en las novelas de Aldous Huxley. En los países en que se había establecido o era inminente la dictadura, esta misma generación proporcionó los dirigentes y adeptos de las organizaciones fascistas. La inmadurez emocional, la irresponsabilidad, la desesperanza, el cinismo y la rebeldía fueron las notas destacadas de esta nueva enfermedad, que muchas veces ocultaba sufrimientos reales pero no declarados. El rechazo de todos los frenos morales y la búsqueda omnipresente del placer hicieron que los franceses llamaran a este período *les années folles* (los años locos). Su fin llegó repentinamente con el colapso de la Bolsa de Valores de Nueva York en octubre de 1929.

Para algunos contemporáneos, la admisión de Alemania en la Liga de las Naciones en septiembre de 1926 fue un paso adelante en la reconstrucción de Europa; para otros, un signo inquietante de recuperación del poder perdido. Los observadores políticos indicaron que la democracia perdía terreno; en esta línea política, el general Pilsudski alcanzó el poder en Polonia en mayo de 1926. En Francia, el gobierno izquierdista de 1924 había llevado al país al borde de la catástrofe monetaria y, en julio de 1926, el Parlamento se vio obligado a llamar a Poincaré para que lo rescatara.

Pierre Janet, que durante los doce años anteriores había estado absorbido con la construcción de su gran síntesis psicológica, reapareció brillantemente ante el público en 1926 con la publicación de *De la angustia al éxtasis*, volumen que contenía la historia de su paciente Madeleine y el primer relato sustancial de su nuevo sistema [397]. El curso que dio en el Collège de France en 1925-1926 fue publicado también [398], y asimismo las conferencias que pronunció como profesor invitado en Méjico sobre la psicología de los sentimientos traducidas al español [399]. Pero ninguno de esos trabajos atrajo demasiada atención más allá de los círculos académicos franceses.

En Zurich, Jung, que no había publicado casi nada desde los *Tipos psicológicos* en 1921, sacó a la luz una colección de artículos anteriores que representaban una visión general de su sistema [400]. Característico de Zurich era el número y variedad de escuelas psicoterapéuticas independientes existentes.

El setenta aniversario de Freud fue celebrado a lo largo y ancho de todo el mundo civilizado. En ese año publicó su *Inhibición, síntoma y angustia* y *El problema del análisis lego*. El movimiento psicoanalítico

397 Pierre Janet, *De l'Angoisse à l'extase, Études sur les croyances et les sentiments*, I, París, Alcan, 1926. (Ver también cap. VI, págs. 454-455).

398 Pierre Janet, *Les Stades de l'évolution psychologique*, París, Maloine, 1926.

399 Pierre Janet, *Psicología de los sentimientos*, México, D. F., Sociedad de Edición y Librería Franco-Americana, 1926.

400 C. G. Jung, *Das Unbewusste im normalen und kranken Seelenleben*, Zurich, Rascher, 1926.

se vio enfrentado con la misma cuestión que el magnetismo un siglo antes: si el derecho de practicar el método debe ser restringido a los médicos o extendido a los legos bien preparados [401]. Freud estaba decididamente a favor de esta última postura. El psicoanálisis se desarrollaba sin pausa en multitud de direcciones. Ernst Simmel abrió un sanatorio psicoanalítico, Schloss Tegel, cerca de Berlín. En Rusia, el movimiento alcanzó su cumbre pero, debido al aislamiento del país, el mundo occidental apenas sospechaba tal desarrollo. En París, el psicoanálisis había estado durante mucho tiempo de moda entre los surrealistas y los escritores de vanguardia; ahora atraía también la atención de psiquíatras y psicólogos, y en noviembre de 1926 se fundó en París una Sociedad Psicoanalítica [402].

Otro acontecimiento importante de 1926 fue el gran Congreso Internacional de Investigación Sexual, celebrado en Berlín del 11 al 16 de octubre y organizado por Albert Moll. Su objeto era el de pasar revista a los conocimientos actuales sobre sexología, para lo cual se dividió en varias secciones, como las de biología, psicología, sociología y criminología, cada una de ellas con un brillante equipo de eminentes especialistas. Freud excusó su asistencia, y sus discípulos siguieron su ejemplo. Entre los oradores se encontraba Alfred Adler. El propio Moll pronunció un discurso muy comentado sobre la tendencia de algunos homosexuales a presentar su Eros como algo por encima de la sexualidad ordinaria.

En el año 1927 concluyó el control militar de los aliados en Alemania. Entre otros muchos acontecimientos políticos, el momento culminante para los contemporáneos fue el vuelo de Charles A. Lindbergh sobre el Atlántico con el *Spirit of St. Louis,* del 20 al 22 de mayo. Europeos y americanos podían decir que sus respectivos continentes se habían aproximado algo más.

La principal contribución de Freud en ese año fue su ensayo *El porvenir de una ilusión,* en el que consideraba la religión como el equivalente de una neurosis infantil y compulsiva, una negación de la realidad y una defensa cultural que fracasa muy a menudo en obtener su objetivo [403]. El reverendo Oskar Pfister, que mantenía lazos de mutua amistad y respeto con él, le replicó con un trabajo, *La ilusión de un porvenir,* en el que indicaba, con tacto pero con firmeza, la debilidad de los argumentos aducidos y del optimismo científico [404]. Freud no replicó, y ambos

401 Ver cap. III, pág. 156.

402 En el Bureau des Recherches Surréalistes (Oficina de Investigación Surrealista) de París se exhibía una copia de las *Lecciones de introducción al psicoanálisis* de Freud, rodeada de tenedores «como una invitación a devorar el libro». Ver la obra de André Masson «Le Peintre et ses fantasmes», *Les Études Philosophiques,* II, número 4 (1956), 634-636.

403 Sigmund Freud, *Die Zukunft einer Illusion,* Viena, Internationaler Psychoanalytischer Verlag, 1927. Edición corriente, XXI, págs. 5-56.

404 Oskar Pfister, «Die Illusion einer Zukunft, Eine freundschaftliche Auseinandersetzung mit Sigmund Freud», *Imago,* XIV (1928), 149-184.

mantuvieron sus posiciones, así como sus sentimientos de respeto y amistad.

Dos de los discípulos de Freud, Federn y Meng, tuvieron la idea de publicar un libro en el que se ilustrara la influencia y relevancia del psicoanálisis en las diversas ramas de la ciencia y la actividad humana [405]. Otro, Heinz Hartmann, escribió un relato sistemático, básico, de la doctrina psicoanalítica [406]. En Berlín, Franz Alexander dio una nueva formulación a la teoría de las neurosis, haciendo referencia a los últimos trabajos de Freud *(El yo y el ello; Inhibición, síntoma y angustia)* [407]. Fue el primer paso hacia la ulterior teoría psicoanalítica del yo. En el libro de Wilhelm Reich *La función del orgasmo,* la innovación era completamente distinta: el autor afirmaba establecer conexiones entre la sexualidad, la angustia y el sistema vegetativo [408].

Otto Rank, después de modificar la teoría psicoanalítica, diseñó su propio método terapéutico [409]. Marcó un plazo de duración del tratamiento. La resistencia se consideraba ahora como una manifestación del deseo de independencia del paciente y, por tanto, como un factor positivo. Se prestó más importancia a la situación analítica inmediata que a la del pasado, a la «experiencia» más que al aprendizaje, a la toma de conciencia de los patrones de reacción más que al análisis de las experiencias individuales. Rank destacó la voluntad de autodeterminación del paciente, los aspectos creadores de su conducta y los aspectos sociales del análisis. Su terapia se podía considerar como una mezcla de los principios freudianos, adlerianos y jungianos.

En Viena, Adler dio a la luz su libro *Conocimiento de la naturaleza humana,* considerado por lo general como la exposición mejor organizada y más clara que hasta entonces había hecho de su sistema [410]. En Zurich, Ludwig Frank lograba grandes éxitos terapéuticos con el viejo método catártico de Breuer y Freud, que había perfeccionado [411]. Bircher-Benner comenzaba también a publicar el resultado de su amplia experiencia psicoterapéutica [412]. En París, Eugène Minkowski dirigía la nueva tendencia

[405] Federn-Meng, *Das Psychoanalytische Volksbuch,* Stuttgart, Hippokrates-Verlag, 1927.

[406] Heinz Hartmann, *Die Grundlagen der Psychoanalyse,* Leipzig, Thieme, 1927.

[407] Franz Alexander, *Psychoanalyse der Gesamtpersönlichkeit; neun Vorlesungen über die Anwendung von Freud's Ichteorie auf die Neurosenlehre,* Viena, Internationaler Psychoanalytischer Verlag, 1927.

[408] Wilhelm Reich, *Die Funktion des Orgasmus. Zur Psychopathologie und zur Soziologie des Geschlechtslebens,* Viena, Internationaler Psychoanalytischer Verlag, 1927.

[409] Otto Rank, *Die Technik der Psychoanalyse,* vol. I, Leipzig y Viena, Deuticke, 1926.

[410] Ver cap. VIII, págs. 686-695.

[411] Ludwig Frank, *Die Psychokathartische Behandlung nervöser Störungen,* Leipzig, Thieme, 1927.

[412] Max Bircher-Benner, *Der Menschenseele Not, Erkrankung und Gesundung,* 2 vols., Zurich, Wendepunkt-Verlag, 1927-1933.

de psiquiatría fenomenológica [413]. Su libro *Esquizofrenia* inauguró un nuevo enfoque de esa enfermedad mental tan explorada; señaló la prevalencia de la experiencia de espacio sobre la experiencia de tiempo en el universo interno del paciente y su «geometricismo morboso».

Entre las manifestaciones internacionales estuvo el Simposio de Wittenberg, celebrado en Springfield, Ohío, del 19 al 23 de octubre, y la inauguración del nuevo laboratorio psicológico del Wittenberg College [414]. Los invitados constituían una muestra impresionante de los más distinguidos psicólogos del mundo. Rusia, que nunca enviaba delegados a los congresos internacionales, estaba representada por el anciano Bechterev, de Leningrado. Pierre Janet y Alfred Adler recibieron títulos honorarios.

En Rusia, el famoso fisiólogo Ivan Petrovitch Pavlov, que había comenzado a estudiar las neurosis experimentales hacia 1921, empezó a interesarse por la psiquiatría clínica, en una evolución precipitada, al parecer, por un acontecimiento personal. En 1927 se le practicó una operación por calculosis vesicular, y durante su convalecencia sufrió una neurosis cardíaca que posteriormente describió en un trabajo poco conocido [415].

El relato del año 1927 no sería completo sin mencionar el libro de Heidegger *Sein und Zeit* (Ser y tiempo), análisis completamente nuevo y original de la estructura de la existencia humana [416]. Como había ocurrido con las *Logische Untersuchungen* de Husserl en 1900, la obra pasó casi desapercibida en los círculos psiquátricos. Sin embargo, años más tarde se convertiría en el punto de partida de una nueva tendencia psiquiátrica, el análisis existencial.

Uno de los principales acontecimientos de 1928, el pacto Briand-Kellogg de renuncia a la guerra, fue firmado solemnemente en París el 27 de agosto por los representantes de quince Estados. Algunos vieron en él un paso definitivo hacia la paz; otros, un ceremonial sin ningún significado.

Freud, cuya salud estaba gravemente amenazada, publicó el ensayo *Dostoievski y el asesinato del padre,* que fue una de sus escasas aportaciones a la criminología [417]. En él suponía que el complejo de Edipo sin resolver que padecía este escritor había dado lugar a poderosas tendencias parricidas, que dirigía en diversos sentidos y contra sí mismo.

---

413 Eugène Minkowski, *La Schizophrénie,* París, Payot, 1927.

414 Martin L. Reymert, ed., *Feelings and Emotions. The Wittenberg Symposium,* Worcester, Clark University Press, 1928.

415 M. K. Petrova, «Posleoperatsionnyi nevroz serdtsa, tchastyu analizirovannyi samim patsientom-fiziologom I. P. P.», *Klinitcheskaya Meditsina,* VIII (1930), 937-940. El autor se siente muy reconocido al profesor P. Kupalov, de Leningrado, quien le envió una fotocopia de este artículo, que no se encuentra en las *Obras Completas* de Pavlov.

416 Martin Heidegger, *Sein und Zeit,* Tubinga, Niemayer, 1927.

417 Ver cap. VII, pág. 618.

En París, la actividad de Janet iba en aumento. Publicó un segundo volumen de *De la angustia al éxtasis*, con una revisión más amplia de su vasta síntesis psicológica. Además, desde 1926, sus conferencias en el Collège de France eran estenografiadas y publicadas todos los años. Sin embargo, tuvo escasa audiencia entre la generación más joven.

Durante el mismo año, en Zurich, Jung publicó dos de sus principales obras en alemán [418] y un volumen de ensayos traducido al inglés [419].

Había gran interés por los nuevos enfoques psicológicos. Von Gebsattel publicó un estudio fenomenológico sobre la melancolía, que confirmaba algunos de los hallazgos de Minkowski [420]. Entre los nuevos métodos psicoterapéuticos se encontraban la técnica de relajación progresiva de Jacobson, de Chicago, y la terapéutica de Morita, de Japón [421].

El año 1929 comenzó con el destierro de Trotsky y con el acceso al poder del rey Alejandro de Yugoslavia. El pacto lateranense, firmado por el Papa Pío XI y Mussolini en febrero, puso fin a un largo conflicto entre el Papado y el gobierno italiano, y creó el Estado Vaticano. En Inglaterra, las elecciones generales llevaron al poder al partido laborista, mientras que en Alemania la agitación de los extremistas se hizo amenazadora. En los Estados Unidos, el crecimiento económico sin precedentes terminó bruscamente con la caída de la Bolsa de Valores de Nueva York en octubre.

En Viena, Freud publicó *El malestar en la civilización*, expresando la opinión pesimista de que la civilización se había adquirido al coste de la neurosis de la humanidad, resultante de la represión del instinto. La teoría, que no era nueva, encajaba en el espíritu de los tiempos [422]. Una aportación significativa a la criminología psicoanalítica fue el libro de Alexander y Staub *El delincuente y sus jueces* [423]. Los autores resucitaban la vieja idea de la existencia de impulsos delictivos en todo ser humano. En la psicología del castigo no existe sólo una demanda interna de reparar la violación de la ley, sino también el deseo de desquite. Más aún, los impulsos delictivos reprimidos del espectador se despiertan por el ejemplo del

---

418 C. G. Jung, *Beziehungen zwischen dem Ich und dem Unbewussten*, Darmstad, Reichel, 1928. *Ueber die Energetik der Seele*, Zurich, Rascher, 1928.

419 C. G. Jung, *Contributions to Analytical Psychology*, trad. por C. F. Baynes y H. G. Baynes, Londres, Kegan Paul, 1928.

420 V. E. Freiherr von Gebsattel, «Zeitbezogenes Zwangsdenken in der Melancholie (Versuche einer konstruktiv-genetischen Betrachtung der Melancholiesymptome)», *Nervenarzt*, I (1928), 275-287.

421 Edmund Jacobson, *Progressive Relaxation*, Chicago, University of Chicago Press, 1928.

422 Ver cap. VII, págs. 613-614.

423 Franz Alexander y Hugo Staub, *Der Verbrecher und seine Richter*, Viena, Internationaler Psychoanalytischer Verein, 1929. Se ha publicado una traducción inglesa revisada y aumentada: *The Criminal, the Judge and the Public: A Psychological Analysis*, Nueva York, Macmillan, 1931.

reo y amenazan con expresarse; de aquí la necesidad de reforzar la represión propia y la severidad de la ley penal.

En el movimiento psicoanalítico se produjo cierta tensión, al no sentirse muy inclinada la Asociación Americana a aceptar el principio de análisis lego que Freud consideraba esencial. Otro acontecimiento, quizá de mayor alcance, fue la rápida desaparición del psicoanálisis en Rusia en el período de uno o dos años. La historia del psicoanálisis ruso no se ha escrito nunca, ni tampoco sabemos por qué la teoría freudiana, considerada materialista, monista y compatible con el marxismo, fue descartada súbitamente por la ideología comunista. Una de las últimas consideraciones rusas a favor del psicoanálisis se encuentra en la *Historia de la Psiquiatría* de Kannabikh[424]. El autor consideraba a Freud como el representante más sobresaliente de la rebeldía progresista contra la psiquiatría «formal, estática, impersonal» de Kraepelin, y afirmaba: «Gracias a él hemos progresado considerablemente en nuestro conocimiento de muchos mecanismos de la conducta humana». Por lo demás, el psicoanálisis seguía su progreso en otras partes del mundo. En el Japón, donde se habían adaptado algunos de los escritos de Freud a partir de las traducciones inglesas, el doctor Kenji Ohtsuki llevó a cabo una traducción de las *Obras Completas* de aquél a partir del texto alemán original.

Entre los nuevos métodos psicoterapéuticos, algunos se limitaban a revivir y perfeccionar otros antiguos. Así, Krestnikoff, psiquíatra búlgaro, preparó una nueva técnica de terapéutica catártica; se dijo que había obtenido brillantes éxitos terapéuticos, pero al estar muy separado de los grandes centros universitarios, su método no atrajo mucha atención[425].

La «terapia más activa» practicada por Hermann Simon[426] en los hospitales mentales era una variante perfeccionada de los métodos aplicados en Alemania antes de la Primera Guerra Mundial[427]. El autor sostenía que ningún paciente mental debe ser considerado «irresponsable» o excusado del trabajo. Simon creó y elaboró un sistema de trabajo y terapéutica ocupacional en el Hospital Mental de Gütersloh, Westfalia. En una época en que no había insulina, terapéutica de electro-shock ni tranquilizantes, consiguió hacer desaparecer por completo los síntomas de agitación, agresividad, regresión emocional y deterioro. Su método fue muy admirado, pero sólo se adoptó en unos cuantos hospitales mentales.

---

424 Yuriy V. Kannabikh, *Istoriya psikhiatrii*, Leningrado, Gos. Med. Izd., 1929, páginas 455-458, 470-471.

425 Nicolaus Krestnikoff, «Die heilende Wirkung hervorgerufener Reproduktionen von pathogenen affektiven Erlebnissen», *Archiv für Psychiatrie und Nervenkrankheiten*, LXXXVIII (1929), 369-410.

426 Hermann Simon, *Aktivere Krankenbehandlung in der Irrenanstalt*, Berlín, De Gruyter, 1929.

427 Ver cap. X, pág. 898.

Otro psiquíatra alemán, Hans Berger, publicó en el mismo año sus primeros resultados con un nuevo método de investigación fisiológica cerebral, la electroencefalografía, que en aquel tiempo despertó poco interés [428].

El segundo período de la preguerra: 1930-1939

El colapso de la Bolsa de Nueva York en octubre de 1929 suscitó una reacción en cadena que afectó gradualmente a toda América y Europa, provocando quiebras de negocios y bancos, un desempleo general e incontables tragedias individuales. Sobre este telón de fondo preparó Hitler la propaganda que le haría aparecer como un salvador a los ojos de millones de alemanes sin esperanza. Después de alcanzar el poder en 1933, parecía que las naciones caminaban a la catástrofe con los ojos abiertos y sin poder evitarla.

En 1930 la gran depresión económica dominó a Estados Unidos y se extendió a Europa. Las elecciones generales celebradas en Alemania en septiembre estuvieron caracterizadas por la gran ventaja del partido nazi. Del 1 de octubre al 14 de noviembre tuvo lugar la Conferencia Imperial Británica, en la que se aprobó el Estatuto de Westminster, que garantizaba a los dominios su independencia dentro de la Commonwealth.

En la crónica de la psiquiatría dinámica aparecen pocos acontecimientos destacables, aparte la concesión a Freud del premio Goethe por la ciudad de Frankfurt. Sus amigos habían intentado, en vano, que le fuera concedido el Nobel.

En 1931 las nubes de tormenta se cernían definitivamente sobre Europa. El banco más importante de Austria, el Kreditanstalt de Viena, quebró en mayo; dos meses más tarde cerraron los bancos en Alemania, e inmediatamente se declararon suspendidos los pagos internacionales. En abril se proclamó la República española, y en septiembre los japoneses ocuparon Manchuria. Ludwig Bauer, pensador político, escribió un análisis de la situación y llegó a la conclusión de que era inevitable una nueva guerra mundial, más terrible que la primera, salvo el caso improbable de creación de un Estado universal supranacional [429].

El empeoramiento de la situación política influyó sobre el mundo de la psiquiatría dinámica. Algunos analistas bien establecidos emigraron a América. Alfred Adler advirtió que el futuro de la psicología individual no estaba en Europa, sino en los Estados Unidos, y se estableció de forma permanente en Nueva York.

---

[428] Hans Berger, «Ueber das Elektrenkephalogramm des Menschen», *Archiv für Psychiatrie und Nervenkrankheiten*, LXXXVII (1929), 527-570.

[429] Ludwig Bauer, *Morgen wieder Krieg. Untersuchung der Gegenwart, Blick in die Zukunft*, Berlín, Rowohlt, 1931.

El psicoanálisis era entonces la tendencia dominante en la psiquiatría dinámica. Prueba de ello fueron los numerosos actos organizados para celebrar el setenta y cinco aniversario de Freud, así como los honores que se le concedieron y las cartas de felicitación que recibió de celebridades mundiales.

Sin embargo, las restantes escuelas no permanecían inactivas, y gradualmente surgían nuevas tendencias. Ludwig Binswanger, que había sido alumno de Bleuler, entonces adepto al psicoanálisis y posteriormente promotor de la fenomenología psiquiátrica, emprendió la reconstrucción del mundo experiencial interior de los pacientes mentales [430]. En 1931 comenzó a publicar un sutil análisis fenomenológico de los maníacos, prestando particular interés a la manifestación de la fuga de ideas.

En 1932 se agravó la depresión y menudearon las agresiones e intentos de agresión política. Los japoneses crearon el Estado títere del Manchukuo. En Alemania, Hindenburg fue reelegido presidente y pareció ser la última barrera para el acceso de Hitler al poder. Salazar pasó a ser el jefe del gobierno de Portugal, y en Sudamérica estalló la guerra del Chaco entre Paraguay y Bolivia. Roosevelt fue elegido presidente de los Estados Unidos, y Francia rehusó pagar sus deudas a esta nación.

En el tumulto general, miles de destinos individuales fueron sacudidos. La Editorial Psicoanalítica, que había sido la estructura de apoyo del movimiento, se enfrentaba con la quiebra y fue salvada con dificultad. Algunos psicoterapeutas emigraron a América; la mayoría de ellos perdieron a sus pacientes. Pero todo esto no impidió la aparición de nuevas tendencias e ideas. Melanie Klein, psicoanalista infantil que se había trasladado a Londres, introdujo nuevos conceptos acerca de las primeras formas del yo y el complejo de Edipo y la prevalencia de los mecanismos de proyección e introversión en la primera infancia [431]. Estas ideas sorprendieron a alguno de sus colegas, mientras que otros las consideraron como el desarrollo más brillante de la teoría psicoanalítica después de las contribuciones del propio Freud.

Un psiquíatra alemán, J. H. Schultz, publicó un libro de texto sobre entrenamiento autógeno, método inspirado por las viejas técnicas de autohipnosis de Oskar Vogt [432]. Consistía en una serie de ejercicios graduados de relajación y concentración bajo una vigilancia competente; su fin era aumentar el control del individuo sobre sus funciones neurovegetativas.

---

430 Ludwig Binswanger, «Über Ideenflucht», *Schweizer Archiv für Neurologie und Psychiatrie*, XXVII (1931), 203-217; XXVIII (1932), 18-72; XXVIII (1932), 183-202; XXIX (1932), 1 y 193; XXX (1932), 68-85.

431 Melanie Klein, *The Psychoanalysis of Children*, Londres, Hogarth Press, 1932.

432 J. H. Schultz, *Das autogene Training (konzentrative Selbstentspannung)*, Leipzig, Thieme, 1932. Trad. inglesa, *Autogenic Training*, Nueva York, Grune and Stratton, 1959.

El año 1932 es famoso en los anales de la psiquiatría por la introducción, por J. L. Moreno, de la «psicoterapia de grupo»[433]. Numerosos médicos y legos habían reunido a sus pacientes y les habían dado conferencias, con coloquios, sobre los problemas de la salud y la enfermedad. De este tipo habían sido las clases de J. H. Pratt para pacientes tuberculosos en Boston. En Europa se habían realizado experiencias semejantes en el sanatorio de Bircher-Benner, en las organizaciones antialcohólicas y en algunos otros lugares. Pero la nueva psicoterapia de grupo se basaba en unos principios completamente distintos, a saber, en la dinámica de las relaciones interpersonales dentro de la situación del grupo. Moreno desarrollaría sus conceptos en la triple dirección de la sociometría, el psicodrama y la terapia de grupo propiamente dicha.

El fatídico año de 1933 fue el del advenimiento de Hitler al poder. El 30 de enero entró en funciones su gobierno, y el 27 de febrero un misterioso incendio, del que se acusó a los comunistas, destruyó el edificio del Reichstag. El 24 de marzo Hitler solicitó y obtuvo plenos poderes. Se prohibió el partido comunista. Se lanzó la frase: «Los judíos deben partir», y se proclamó un boicot nacional contra los negocios que estaban en su poder. Miles de ellos, acosados por el terror, trataron de cruzar las fronteras, pero prácticamente no había nada preparado para su emigración e instalación, por lo que muchos tuvieron que volver. Un último intento para salvar la paz fue el pacto de Roma firmado el 15 de julio entre los cuatro grandes Estados occidentales (Alemania, Italia, Francia e Inglaterra). Pero la situación siguió empeorando progresivamente.

Estos acontecimientos políticos tuvieron profundas consecuencias para la psiquiatría dinámica. Debido a la prohibición sistemática de todo lo judío, tanto el psicoanálisis de Freud como la psicología individual de Adler fueron prohibidos en Alemania, junto con sus instituciones, organizaciones y revistas. La Sociedad Alemana de Psicoterapia fue reorganizada y su presidente, Ernst Kretschmer, renunció a su puesto. En todas partes se intentó salvar lo humanamente posible, tanto en los círculos psicoanalíticos como en los psicoterapéuticos y psiquiátricos. Todos aquellos intentos de compromiso fueron hechos de buena fe, ya que en aquel momento nadie podía imaginar el giro que tomarían posteriormente los acontecimientos. En un capítulo precedente hemos visto el papel que desempeñó Jung al respecto. No fue el único en creer durante algún tiempo que podría «hablar con los nazis»[434].

---

433 J. L. Moreno, *Group Method and Group Psychotherapy*, Nueva York, Beacon House, 1932.

434 Recordemos que incluso el 19 de julio de 1936, Ernest Jones tuvo una reunión en Basilea con el doctor M. H. Göring, Böhm, y Müller-Braunschweig; obtuvo la promesa por parte de Göring de garantizar la libertad de práctica del psicoanálisis. Ver la obra de Ernest Jones *The Life and Work of Sigmund Freud*, III, Nueva York, Basic Books, 1952.

En esa confusión difícilmente se podía esperar que los psicoanalistas hicieran alguna aportación original. Fue, sin embargo, en ese año cuando Wilhelm Reich publicó su *Análisis del carácter*[435]. Afirmó que, en el curso del tratamiento psicoanalítico, la resistencia se expresaba no sólo mediante los diversos trucos psicológicos conocidos por los analistas, sino también mediante tipos específicos de tensión muscular. La disolución de la resistencia física es paralela a la de esta «coraza muscular». Reich dio también una tipología de los diversos tipos de neuróticos, en particular del masoquista.

El enfoque fenomenológico se amplió cuando Eugène Minkowski publicó su libro *Tiempo experimentado,* recopilación de estudios sobre las variedades de la experiencia subjetiva del tiempo que se encuentran en muchas situaciones psicopatológicas[436].

En 1934 Hitler había consolidado su poder en Alemania y trataba de formar una alianza con la Italia fascista. Éste fue el objeto de la reunión que tuvieron los dos dictadores en Venecia los días 14 y 15 de junio. En Francia, el escándalo Stavisky suscitó tumultuosas protestas contra la corrupción en el gobierno. Peor fue en Austria, donde los levantamientos socialistas del 1 al 16 de febrero fueron reprimidos sin piedad y el partido socialista disuelto. El 25 de julio, el canciller Dollfuss, que acababa de librarse de un intento de asesinato, fue muerto por un grupo de nazis. El asesinato se convirtió en un arma política. El 9 de octubre, el rey Alejandro de Yugoslavia y el ministro francés Barthou fueron asesinados en Marsella por un grupo de conspiradores ustasi.

A la vista de la inminente catástrofe, las mejores mentes buscaban desesperadamente una solución. Einstein deploró que los científicos intelectuales, que en el siglo XVII habían formado una comunidad espiritual, fueran ahora meros representantes de sus diversas tradiciones nacionalistas. Habían dejado la responsabilidad de pensar a escala internacional en manos de los políticos[437]. Pidió con urgencia científicos que reconstruyeran una comunidad espiritual para asumir la dirección de todos los esfuerzos encaminados a impedir la guerra.

Freud, convertido en un hombre viejo y enfermo, fue conminado por sus amigos a abandonar Austria. Pero, al igual que tantos de sus contemporáneos, se mostró extrañamente ciego a la difusión del peligro nazi. Publicó complementos y revisiones de su enseñanza en forma de lecciones

---

435 Wilhelm Reich, *Charakteranalyse,* Copenhague, Sexpol Verlag, 1933. Trad. inglesa, *Character Analysis,* Nueva York, Orgone Institute Press, 1945.

436 Eugène Minkowski, *Le Temps vécu. Études phénoménologiques et psychopathologiques,* París, D'Artrey, 1933.

437 Albert Einstein, *Mein Weltbild,* Amsterdam, Querido, 1934, págs. 36-69, 72.

imaginarias bajo el título de *Nuevas lecciones de introducción al psicoanálisis* [438].

Jung estaba sin duda en un gran momento creador y publicó, entre otros, un libro con el título característico de *Realidad del alma* [439]. Uno de sus discípulos, Gehrard Adler, esbozó la historia de la psicoterapia moderna, presentando a Freud y Adler como los precursores de Jung [440]. En los Estados Unidos, Moreno publicó uno de sus trabajos mejor conocidos, *¿Quién sobrevivirá?* [441].

El año 1935 dejó un terrible recuerdo a los habitantes de Europa. Tanto los individuos como las naciones se sentían indefensos, como si estuvieran hipnotizados frente a un desastre inminente que eran incapaces de evitar. Hitler gozaba de una inmensa popularidad en un gran sector de la población alemana, siendo estimado como el hombre que había borrado la deshonra del tratado de Versalles y resuelto el problema del desempleo. De hecho, Alemania se rearmaba febrilmente y se aprestaba para la guerra. El 16 de marzo, Hitler denunció las restricciones militares del tratado de Versalles. El 15 de septiembre se proclamaron las leyes de Nuremberg «para la protección de la sangre y el honor alemanes». Los judíos alemanes se dieron cuenta de que la emigración era su única esperanza de supervivencia, a pesar de las inmensas dificultades que entrañaba: prohibición de exportar capital y, sobre todo, severas restricciones de visados para casi todos los países. Mientras tanto, las tropas italianas invadieron Etiopía el 3 de octubre, e inmediatamente el Consejo de la Liga de las Naciones declaró la agresión y decidió aumentar las sanciones económicas.

En medio de estos conflictos resulta casi irónico que la psiquiatría hiciera progresos significativos. Hemos visto que en 1929 Hans Berger había hallado un medio para registrar el electroencefalograma humano. Sin embargo, el verdadero valor de ese descubrimiento sólo se apreciaría algunos años después. En 1935 Gibbs Davis y Lenox registraron y describieron el electroencefalograma durante un ataque epiléptico, y Grey Walter pudo localizar con este método tumores cerebrales. Los investigadores comenzaron a aplicarlo entusiasmados, esperando que revolucionara el conocimiento de la fisiología cerebral, la neuropsiquiatría y la criminología. Más aún, Manfred Sakel publicó en Viena el resultado de la investigación que había llevado a cabo durante varios años con un nuevo tra-

---

438 Sigmund Freud, *Neue Folge der Vorlesungen zur Einführung in die Psychoanalyse*, Viena, Internationaler Psychoanalytischer Verlag, 1934. Edición corriente, XXII, 5-182.

439 C. G. Jung, *Wirklichkeit der Seele*, Zurich, Rascher, 1934.

440 Gerhard Adler, *Entdeckung der Seele von Sigmund Freud und Alfred Adler zu C. G. Jung*, Zurich, Rascher, 1934.

441 J. L. Moreno, *Who Shall Survive?*, Washington, Nervous and Mental Disease Co., 1934.

tamiento fisiológico de la esquizofrenia mediante choques insulínicos [442]. Era la primera vez que la esquizofrenia podía ser tratada con éxito con medios puramente fisiológicos, y pareció como una vindicación de la vieja psiquiatría organicista frente a las más modernas tendencias dinámicas.

El año 1936 significó para los contemporáneos otro paso hacia el desastre inevitable. Hitler denunció el tratado de Locarno y procedió a remilitarizar la zona del Rhin. Francia e Inglaterra no se atrevieron a intervenir. En Francia, las elecciones dieron la victoria al Frente Popular y Léon Blum, dirigente del partido socialista, designó un nuevo gobierno. Bélgica reafirmó su neutralidad. Las tropas italianas entraron en Addis Abeba el 5 de mayo, e inmediatamente Mussolini proclamó la fundación del imperio italiano, con el rey de Italia como emperador de Etiopía. El 17 de julio, tras el alzamiento de Marruecos, comenzó la guerra civil española. El mundo occidental estaba asombrado y confundido ante los juicios moscovitas, donde los viejos dirigentes bolcheviques se acusaban públicamente de traición y exigían severos castigos. Sin embargo, quizá lo que más sensación causó fue que el rey de Inglaterra Eduardo VIII, que había sucedido a su padre Jorge V el 20 de enero, abdicara el 10 de diciembre para poder casarse con la divorciada señora Simpson.

El éxito de la terapéutica fisiológica de las enfermedades mentales hizo a los psiquíatras cada vez más atrevidos. Egaz Moniz intentó el tratamiento de estados psicóticos mediante la lobotomía, iniciando así lo que años más tarde se denominaría psicocirugía [443].

En ese año apareció el último libro de Janet, *La inteligencia antes del lenguaje*, estudio de las formas no verbales de inteligencia en el que se compara al animal, el niño y el idiota [444]. Anna Freud publicó *El yo y los mecanismos de defensa*, paso decisivo hacia el nuevo psicoanálisis del yo [445]. Recopiló los tipos ya conocidos de defensa del yo (represión, formación de reacción, aislamiento, destrucción, introyección y proyección), describió algunas variedades de negativismo y añadió dos nuevos mecanismos de defensa: la identificación con el agresor y la complacencia altruista.

A principios de 1937 se desarrolló la segunda fase de los juicios moscovitas. Se estrecharon los lazos políticos entre Francia e Inglaterra, por un lado, y Alemania e Italia, por otro, mientras que la actitud de la Rusia soviética permanecía inescrutable. La guerra civil hacía estragos en Es-

442 Manfred Sakel, *Neue Behandlungsmethode der Schizophrenie*, Viena y Leipzig, Perles, 1935.

443 Egaz Moniz, «Les Premières Tentatives Opératoires dans le traitement de certaines psychoses», *L'Encéphale*, XXXI, núm. 2 (1936), 1-29.

444 Pierre Janet, *L'Intelligence avant le langage*, París, Flammarion, 1936. (Ver capítulo VI, pág. 448).

445 Ver cap. VII, pág. 599.

paña, y los expertos la consideraban como un ensayo de la Segunda Guerra Mundial.

Von Meduna introdujo un nuevo tratamiento fisiológico de los trastornos mentales [446]. Mediante inyecciones de metrazol produjo ataques epilépticos en pacientes esquizofrénicos, obteniendo numerosos éxitos.

Sigmund Freud, que contaba ochenta y un años de edad y estaba muy enfermo, rechazó obstinadamente las invitaciones de sus amigos para abandonar Austria. Al parecer, todavía creía que el canciller Schuschnigg salvaría al país de los nazis. Para perplejidad de la mayoría de sus amigos y discípulos, publicó en aquel ya trágico momento los primeros capítulos de su ensayo sobre Moisés.

Entre el gran número de obras publicadas pasó casi desapercibida una monografía de Szondi titulada *Análisis de los matrimonios* [447]. Genético húngaro con profundos conocimientos de psicoanálisis, Szondi comparó la herencia del marido y la mujer en una serie de matrimonios y afirmó que la elección matrimonial está determinada inconscientemente por semejanzas en los antecedentes genético-hereditarios, fenómeno biológico que denominó genotropismo.

En 1938 la situación política se agravó hasta tal extremo de que aun los más ciegos consideraban inevitable una Segunda Guerra Mundial. En vista de la agitación nazi en pro de la anexión *(Anschluss)* de Austria, el canciller Schuschnigg decretó un plebiscito que probablemente habría dado la mayoría a los partidarios de la independencia. El 12 de marzo, un día antes del plebiscito, las tropas alemanas ocuparon Austria, al día siguiente la legislación nazi legalizó el acto y el 14 de marzo Hitler hizo su entrada triunfal en Viena. En Alemania y Austria había gran número de judíos que trataban desesperadamente de obtener visados y permisos de emigración a países extranjeros. Las normas legales eran cada vez más restrictivas en casi todos los países. Los estafadores vendían documentos falsificados, y las compañías navieras poco escrupulosas embarcaban judíos en «barcos errantes» que eran rechazados de un país a otro (incluso en Palestina fueron recibidos a tiros). Siguiendo la iniciativa del presidente Roosevelt, se celebró una conferencia para resolver el problema de los refugiados en Evian, del 6 al 15 de julio, pero el único resultado obtenido fue la creación de una ineficaz «Comisión Intergubernamental de Refugiados» [448].

Mientras tanto, la agitación nazi había llegado a las provincias de habla alemana de Bohemia. Los nuevos temores suscitados llevaron a

---

446 L. J. von Meduna, *Die Konvulsionstherapie der Schizophrenie*, Halle, Carl Marhold, 1937.

447 L. Szondi, «Analysis of Marriages», *Acta Psychologica*, III (1938), 1-80.

448 Mark Wischnitzer, *To Dwell in Safety, The Story of Jewish Emigration Since 1800*, Filadelfia, Jewish Publication Society of America, 1948.

celebrar la Conferencia de Munich. En septiembre de 1938 Chamberlain y Daladier, representantes de Gran Bretaña y Francia, aceptaron la cesión de los Sudetes a Alemania. La huida de los judíos tomó caracteres dramáticos después del 7 de noviembre, cuando un joven judío polaco, Herszel Grynszpan, mató a un oficial de la Embajada alemana en París. El hecho se tomó como pretexto para desencadenar en Alemania violentos «progroms» nacionales; más aún, se impuso a los judíos una multa colectiva de mil millones de marcos.

La historia de la psiquiatría dinámica en esos años comparte la de los trágicos acontecimientos políticos. Después de ocupar Viena, los nazis suprimieron las sociedades psicoanalítica y psicológica individual y destruyeron todos los libros de Freud y Adler, al igual que habían hecho en Alemania. Los psicoterapeutas judíos que habían permanecido allí trataron entonces de escapar. La sombría atmósfera de la capital en 1938, con las terribles dificultades que econtraban quienes intentaban huir, ha sido descrita fielmente por Leopold Ehrlich-Hichler en una novela [449]. Para los que la hayan leído, las tribulaciones que sufrió Freud antes de abandonar Viena no les parecerán excepcionales; de hecho, él se benefició de una protección poco común proporcionada por la princesa Marie Bonaparte, la Embajada de los Estados Unidos y las asociaciones británica y americana. Los detalles de su éxodo desde Viena y de la recepción triunfal que se le tributó en Inglaterra recibieron una gran publicidad, como si se tratara de distraer la atención del público de ciertos hechos dolorosos.

Los nazis no sólo suprimieron las teorías e instituciones judías; atacaron también la religión y la ética cristiana y promovieron una doctrina nacionalsocialista, que era una combinación de diversas teorías extracientíficas. Entre ellas figuraban las de carácter racista formuladas en el siglo XIX por dos franceses, el conde Gobineau y Vacher de Lapouge, y un inglés, Houston Stewart Chamberlain [450], y que se asociaron entonces con representaciones pseudohistóricas de la vida cultural de los antiguos alemanes. Se amalgamaron asimismo teorías pseudobiológicas sobre la lucha por la vida y el «espacio vital» *(Lebensraum)*, con algunas reminiscencias del monismo haeckeliano. Según Jochen Besser, en la ideología nazi influyeron fuertemente las teorías de los círculos ocultistas y teosóficos de principios del siglo XX [451]. Es de destacar el favor concedido, en efecto, a la cosmogonía glacial, o *Welt-Eis-Lehre* (teoría del hielo cósmico) de Hörbiger, ingeniero austríaco que enseñaba un complicado sistema astronómico y cosmogónico. En él incluía la idea de que el hielo es la sustancia funda-

---

449 Leopold Ehrlich-Hichler, *«1938»-Ein Wiener Roman*, Viena, Europäischer Verlag, s. f.

450 Ver cap. V, pág. 326.

451 Citado por Annemarie Wettley *August Forel*, Salzburg, Otto Müller, 1953, páginas 116-117.

mental constituyente del universo [452]. Su sistema consiguió un éxito prodigioso entre los nazis [453], e incluso encontró adeptos en Inglaterra [454]. Los nazis favorecieron también una medicina denominada alemana, combinación de la dietética de Bircher-Benner, los principios naturistas, el uso tradicional de las hierbas medicinales y la medicina popular.

A pesar de los negros nubarrones que se cernían sobre el mundo y de la extensión del obscurantismo por Europa, la psiquiatría científica siguió su progreso. Dos italianos, Cerletti y Bini, anunciaron el descubrimiento de un poderoso agente terapéutico: el electroshock. Este método, elaborado para tratar la esquizofrenia, se mostró más tarde mucho más útil en la terapéutica de la depresión grave [455].

Entre los nuevos métodos de tratamiento propuestos debe incluirse el del Ensueño Dirigido de Desoille [456]. En él se invita al paciente, que yace sobre un diván, a imaginar que asciende en el aire y a decir al psiquíatra todo lo que siente e imagina que está ocurriendo. A continuación, entre él y el terapeuta discuten los sentimientos y producciones de la imaginación subliminal que han surgido. De hecho, esta terapia es una variante del método de imaginación forzada de Jung. En los Estados Unidos, Sullivan definió la psiquiatría como el estudio de las relaciones interpersonales y comenzó a publicar los principios básicos de su sistema [457].

Los pocos optimistas que habían confiado en la paz perdieron esta ilusión en marzo de 1939. En estos nuevos idus de marzo, los alemanes ocuparon Bohemia y Moravia, y Hitler hizo una entrada espectacular en Praga. El mismo mes terminó la guerra civil española con la capitulación de Madrid y la huida de miles de republicanos a Francia. Según Toynbee, el mundo estaba dividido por entonces en tres campos: las potencias occidentales (Inglaterra y la Commonwealth, Francia y los reacios Estados Unidos), las potencias anti-Comintern (Alemania, Italia y el Japón) y la Rusia soviética [458]. El problema estaba en saber con cual de los dos grupos restantes se aliaría esta última. Ambos bloques trataron de ganarse su apoyo. El anuncio, el 23 de agosto, de la firma de un tratado de no agresión entre la Alemania nazi y la Rusia soviética, fue la última señal

---

452 Hans Wolfgang, *Hörbiger. Ein Schicksal*, Leipzig, Koehler and Amelang, 1930.

453 Irónicamente, el Instituto Hörbiger se instaló en la casa que había pertenecido a Alfred Adler en Salmannsdorf.

454 H. S. Bellamy, *A Life History of Our Earth, Based on the Geological Application of Hoerbiger's Theory*, Londres, Faber and Faber, s. f.

455 Ugo Cerletti y L. Bini, «L'elettroshock», *Archivio generale di neurologia, psichiatria e psicoanalisis*, XIX (1938), 266-268.

456 Robert Desoille, *Exploration del'affectivité subconsciente par la méthode du réve éveillé*, París, D'Artrey, 1938.

457 Harry Stack Sullivan, «Introduction to the Study of Interpersonal Relations», *Psychiatry*, I (1938), 121-134.

458 Arnold Toynbee y Frank T. Ashton-Gwatkin, *The World in March, 1939*, Londres y Nueva York, Oxford University Press, 1952.

que precedió al ultimátum alemán a Polonia, seguido inmediatamente por la declaración conjunta de guerra de Inglaterra y Francia a Alemania.

Mientras los franceses se mostraban temerosos ante la guerra inminente y la posible destrucción de París, un grupo de psicólogos organizó en la Sorbona una conmemoración del centenario de Théodule Ribot, que coincidió con el cincuenta aniversario de la famosa tesis de Janet *L'automatisme psychologique.* Fue el último reconocimiento público que el anciano Janet, ochenta años, recibiría antes de su muerte. Las circunstancias eran tan adversas que el acontecimiento pasó desapercibido y el libro-homenaje es hoy una rareza bibliográfica [459].

El 23 de septiembre de 1939 se produjo la muerte de dos hombres que se habían detestado cordialmente: Sigmund Freud en Londres y Albert Moll en Berlín. Aunque uno murió «en olor de multitud» y el otro en una oscuridad total, es posible advertir curiosos paralelismos en sus biografías. Ambos eran hijos de comerciantes judíos. Licenciados en medicina, durante su juventud se interesaron por el hipnotismo y la exploración de la mente inconsciente. Ambos desviaron su interés a la patología sexual, en especial a los estadios de evolución del instinto sexual, que Moll denominó *libido sexualis,* y Freud (refiriéndose a Moll) *libido.* En el momento de su muerte, Moll vivía oscuramente después de que los nazis hubieran destruido sus libros, incluida su autobiografía, recientemente publicada. Freud, por el contrario, ocupaba un primer plano como símbolo de la lucha entre la democracia y el fascismo.

Antes de su muerte expresó su preocupación por el futuro del psicoanálisis. Le veía en camino de ser suprimido en Europa y alterado en Estados Unidos. Sabía que había llegado el momento de que la creación se emancipara del creador y tomara un curso de vida independiente.

De hecho, ya habían surgido algunas escuelas desviacionistas, a las que seguirían otras varias. Otto Rank consiguió un cierto éxito con las escuelas del trabajo social y desplazaba su interés hacia una especie de psicoterapia religiosa. Wilhelm Reich llegó a los Estados Unidos en mayo de 1939, donde fundaría el Instituto Orgone, con teorías muy alejadas del psicoanálisis freudiano ortodoxo. El mismo año, Karen Horney publicó sus *Nuevos caminos en psicoanálisis,* manifiesto y primer libro de texto de una escuela desviacionista que combinaba las enseñanzas de Adler con la terminología freudiana [460].

También en 1939 publicó Heinz Hartmann un notabilísimo trabajo sobre psicología del yo, que significó una nueva metamorfosis del psicoanálisis [461]. Completando la evolución que había comenzado con la *Psico-*

459 *Le Centenaire de Théodule Ribot et Jubilé de la Psychologie Scientifique Française,* Agen, Imprimerie Française, 1939. Ni la Biblioteca Nacional de París, ni el Collège de France, poseen copia. (Ver cap. VI, págs. 396-397).

460 Ver cap. VIII, págs. 723-724.

461 Ver cap. VII, pág. 600.

logía de las masas y análisis del yo de Freud, y que había seguido con el *Psicoanálisis de la personalidad total* de Alexander y *El yo y los mecanismos de defensa* de Anna Freud, Hartmann hizo definitivamente del yo el centro del interés y del trabajo psicoanalítico. El punto focal de la técnica se desplazó del análisis del contenido del inconsciente a la naturaleza de los mecanismos de defensa, a su adecuación a la edad del paciente y a los conflictos externos e internos que tenía que soportar. No cabe duda de que esta nueva técnica resultaba apropiada para la condición del hombre contemporáneo, sumergido en un mundo cambiante y angustioso.

La Segunda Guerra Mundial: 1939-1945

Durante esta época estuvo en juego el destino del mundo. En el cataclismo general, la psiquiatría dinámica sufrió nuevas vicisitudes.

La Segunda Guerra Mundial se distinguió de la Primera en varios aspectos. Su comienzo tuvo lugar sin el entusiasmo popular que había caracterizado el de aquélla. Existía un amargo sentimiento de indefensión, semejante al de algunas poblaciones de Austria-Hungría en agosto de 1914. Se enseñaron nuevas estrategias, tácticas y armas, todas las cuales culminaron en la explosión de la bomba atómica. No era tanto una guerra entre naciones como entre ideologías: el racismo hitleriano, el comunismo de la Rusia soviética y el concepto de democracia anglosajón. La Segunda Guerra Mundial produjo una terrible devastación, la destrucción completa de ciudades desde Coventry a Dresde, grandes migraciones, matanzas de poblaciones militares y civiles y genocidios (después de los dos millones de armenios en 1915-1916, seis millones de judíos). Agravó el declive del mundo occidental y alimentó ulteriores procesos de descolonización a menudo dolorosos. Sin embargo, se reconstruyó la Liga de Naciones sobre una base más sólida, bajo el nombre de Organización de las Naciones Unidas, y por primera vez en la historia se creó un tribunal para juzgar a los criminales de guerra. Aceleró asimismo el cambio de las costumbres y de las formas de vida que habían acompañado y seguido a la Primera Guerra Mundial. La generación que surgió en 1945 era tan distinta de la precedente como la de 1919 lo había sido de la «Belle Époque».

Tan pronto como la guerra se convirtió en un hecho, resultó obvio que sería extraordinariamente cruel y despiadada. Hitler había afirmado sus fines en la declaración del 22 de agosto de 1939:

> ... Nuestra fuerza descansa en nuestra rapidez y nuestra brutalidad. Ghengis Khan hizo que millones de mujeres y niños murieran por su propia voluntad y con un corazón alegre. La historia sólo ve en él el gran constructor de un estado. No me importa lo que piense de mí la débil civilización europea... Por ello he enviado al Este únicamente a mis unidades de la «Calavera», con orden de matar sin pena o



HERMANN RORSCHACH (1884-1922) retratado el día de Navidad de 1917, cuando comenzaba a elaborar su test de las manchas de tinta. *(Por cortesía de la Sra. Olga Rorschach.)*



LUDWIG BINSWANGER (1881-1966), fundador del análisis existencial y uno de los primeros adeptos del psicoanálisis, nunca rompió sus lazos personales con Freud. *(Por cortesía del Dr. Wolfgang Binswanger.)*

piedad a todos los hombres, mujeres y niños de raza o idioma polaco. ¿Quién se acuerda hoy día del exterminio de los armenios? [462].

Las tropas alemanas comenzaron su *Blitzkrieg* en Polonia el 1 de septiembre de 1939. El 17 del mismo mes, los rusos invadieron el país desde el Este para tomar su parte en el botín, de modo que, en menos de tres semanas, Polonia había desaparecido del mapa. En el frente occidental, todo se limitó a una *drôle de guerre*: dos ejércitos gigantescos se enfrentaron durante ocho meses mediante escaramuzas insignificantes. En noviembre, los rusos atacaron Finlandia; pero en abril de 1940 los alemanes ocuparon rápidamente Dinamarca y Noruega, y el 10 de mayo iniciaron *Blitzkrieg* sobre Holanda, Bélgica y Francia, con resultados tan inesperados que los franceses se vieron obligados a firmar un armisticio el 16 de junio. Desde agosto a octubre se desarrolló, sin embargo, la batalla de Inglaterra, que salvó al mundo occidental. Después de una nueva pausa, los alemanes invadieron Yugoslavia y Grecia en abril de 1941, y el 22 de junio atacaron Rusia. Después de grandes éxitos iniciales y de un rápido avance, el ejército alemán fue detenido en las afueras de Moscú. La campaña se libró con dureza sin precedentes en el riguroso invierno ruso.

La guerra tomó un nuevo rumbo el 7 de diciembre de 1941. Los japoneses repitieron una acción estratégica que les había dado la victoria en su guerra con Rusia: al igual que habían hecho con la flota rusa en 1904, atacaron a la marina norteamericana en Pearl Harbor sin que estuvieran rotas las hostilidades. Su declaración de guerra a los Estados Unidos e Inglaterra fue el preámbulo de la rápida invasión de Malasia, Indonesia, las islas Filipinas y las islas de los mares del Sur. El colosal esfuerzo bélico de los norteamericanos les permitió, sin embargo, combatir simultáneamente en el Pacífico y Europa. Los territorios ocupados por los japoneses fueron reconquistados uno por uno por el general MacArthur, mietras que el general Eisenhower preparaba la invasión de los aliados en Europa. En noviembre de 1942 los aliados pusieron pie en Argelia, en julio de 1943 en Sicilia y el 6 de junio de 1944 en Normandía. Tras las victorias angloamericanas en Europa Occidental y las rusas en el Este, los ejércitos alemanes capitularon el 8 de mayo de 1945, mientras el Japón resistía. Pero el 6 de julio, después de un breve vuelo de una escuadrilla norteamericana sobre Hiroshima, el mundo conoció, atónito, la bomba atómica. La guerra había terminado, y una nueva era comenzaba para la humanidad.

El destino de la psiquiatría dinámica se vio profundamente afectado por estos acontecimientos. De sus cuatro grandes pioneros, dos, Freud y

[462] Citado de la traducción hecha por *The Times*, Londres, 24 de noviembre de 1945. Ver Hrant Pasdermadjian, *Histoire de l'Arménie depuis les Origines jusqu'au Traité de Lausanne*, París, Samuelian, 1949, pág. 456.

Adler, habían muerto en el exilio; otro, Janet, trabajaba en un libro, *La psicología de la creencia* (que permaneció sin completar), y el último, Jung, parecía concentrar su interés en la mitología y la alquimia. Más importante, sin embargo, fue la emigración masiva de los psicoterapeutas de Europa Occidental a Inglaterra y, más aún, a los Estados Unidos. Como resultado, el centro de las asociaciones psicoanalíticas y psicológicas individuales se trasladó a América; el inglés suplantó al alemán como su lengua oficial. Tras la destrucción de la Editorial Psicoanalítica de Viena, se fundó en Londres otra, la Editorial Imago, que comenzó la publicación de las *Sämtliche Werke* de Freud, para reemplazar las colecciones destruidas de las *Gesammelte Werke*. Los trabajos más recientes, incluso los de terapeutas alemanes y austríacos, se publicaban directamente en inglés. Este paso del alemán al inglés no tuvo lugar sin algunas fluctuaciones semánticas. Se perdieron ciertos matices de significado de la terminología alemana, mientras que otros términos, como el de «frustración», gozaron de una popularidad que no habían poseído en alemán.

La crónica psiquiátrica de esos años es relativamente corta.

En 1940 apareció de forma póstuma el *Esquema del psicoanálisis* de Freud. Su libro sobre Moisés provocó grandes controversias y protestas entre los círculos judíos. Parecía extraordinario que, en un momento en que estaba amenazada la existencia física del pueblo de Israel, un judío publicara un libro en el que afirmaba que Moisés era un egipcio que había sido asesinado por los hebreos. Se comparó la actitud de Freud con la de Bergson, quien se había convertido al catolicismo por convicción personal pero se había negado a ser bautizado para expresar su solidaridad con su pueblo. Igualmente se negó a que le excluyeran de cualquiera de las indignidades impuestas a los judíos; murió el 3 de enero de 1941, antes de la deportación de los judíos franceses.

En 1941 el psicoanálisis florecía con renovada pujanza en Estados Unidos, pero las tendencias neo-freudianas empezaban a ganar terreno. Karen Horney abandonó la Asociación Psicoanalítica Americana y fundó el Instituto de Psicoanálisis Americano para la propagación de su propia enseñanza y terapéutica. Erich Fromm publicó su *Huida de la libertad,* inspirada más por los acontecimientos contemporáneos que por la teoría psicoanalítica [463].

En 1942 Binswanger publicó en Suiza sus *Formas básicas y conocimiento de la existencia humana,* formidable libro de 726 páginas en el que compiló y discutió su nuevo sistema de *Daseinsanalyse* (análisis existencial) [464]. Este sistema estaba inspirado en la *Daseinsanalytik* de Heidegger, pero, mientras que esta última era un análisis filosófico de la estructura

[463] Erich Fromm, *Escape from Freedom,* Nueva York, Farrer and Rinehart, 1941.
[464] Ludwig Binswanger, *Grundformen und Erkenntnis menschlichen Daseins,* Zurich, Niehans, 1942.

de la existencia humana en general, Binswanger pretendía analizar el «ser en el mundo» de los individuos. Por medio de un sistema de coordenadas fenomenológicas derivado de Heidegger, trataba de reconstruir el universo de la experiencia interna, incluso de los pacientes gravemente psicóticos, y hacerlo inteligible.

La búsqueda de nuevas psicoterapias proseguía tan activa como siempre. Carl R. Rogers publicó en los Estados Unidos el primer relato de su método de consejo psicoterapéutico [465]. «El consejo eficaz —dijo— es una relación permisiva y claramente estructurada que permite al paciente obtener una comprensión de sí mismo en un grado tal que le capacite para realizar avances positivos a la luz de su nueva orientación». En Suiza, Marc Guillerey informó a la Asociación Psiquiátrica del método psicoterapéutico que había estado aplicando durante los últimos quince años [466]. Se trataba de una combinación original de la técnica de relajación, concentración y percatación corporal de Vittoz con la de imaginación forzada de Jung.

En 1943 pasó a un primer plano una nueva tendencia dinámica: la medicina psicosomática. En ese año se publicaron dos trabajos clásicos, los de Weiss y English [467], y el de Flanders Dunbar [468]. En realidad, la medicina psicosomática ya tenía una larga historia: la medicina primitiva era en gran parte psicosomática, al igual que las curaciones realizadas por Gassner y Mesmer, por generaciones de magnetizadores e hipnotizadores o por hombres como Liébeault, Bernheim, Forel y sus seguidores. La medicina romántica no fue la única en proclamar que la enfermedad física puede tener su origen en causas emocionales. Lo mismo enseñaron los grandes representantes de la medicina científica, así como ciertos fisiólogos (Krehl en Alemania, Cannon en los Estados Unidos). Adolf Meyer había tratado de relacionar ciertos estados clínicos con determinadas emociones experimentadas conscientemente por los pacientes. Los nuevos pioneros de la medicina psicosomática emprendieron entonces el trabajo de delinear el perfil de la personalidad de los pacientes en diversas enfermedades: hipertensión, oclusión coronaria, reumatismo, diabetes, etc. Fue el punto de partida de nuevas investigaciones y teorías que recibirían un desarrollo inesperado en las décadas siguientes.

Podemos añadir que, en el mismo año y en los laboratorios de la compañía farmacéutica Sandoz, de Basilea, el químico Albert Hofmann descubrió por casualidad una sustancia que producía vívidas alucinaciones

---

465 Carl R. Rogers, *Counseling and Psychotherapy: Newer Concepts in Practice*, Boston, Houghton Mifflin, 1942.

466 Marc Guillerey, «Médecine psychologique», en la obra de Alexis Carrel y Auguste Lumière, *Médecines officielles et médecines hérétiques*, París, Plon, 1943.

467 Edward Weiss y O. Spurgeon English, *Psychosomatic Medicine*, Filadelfia, W. B. Saunders Co., 1943.

468 Flanders Dunbar, *Psychosomatic Diagnosis*, Nueva York, P. Hoeber, 1943.

en dosis infinitesimales [469]. Su descubrimiento no atrajo mucha atención en aquella época, pero el producto se haría famoso más tarde bajo el nombre de LSD [25].

En Francia, Sartre publicó *El ser y la nada,* trabajo minucioso y original inspirado por Heidegger, con un capítulo dedicado al «psicoanálisis existencial», método psicoterapéutico que mostraba grandes semejanzas con el enfoque adleriano [470]. En España, J. J. López Ibor presentó el primer informe de su nueva y original teoría de la angustia vital, concepto con profundas implicaciones para la psicoterapia [471].

El año 1944 fue el del desarrollo del análisis existencial de Binswanger y el análisis del destino de Szondi.

El análisis existencial había sido considerado hasta entonces como un sistema teórico completamente abstracto. Con la publicación del caso de Ellen West, entró en el campo de la psiquiatría y psicopatología clínica [472]. Este caso modelo fue para Binswanger lo que el de Madeleine había sido para Janet y el del hombre-lobo para Freud. Como señaló el propio Binswanger, recordaba mucho al de la Nadia de Janet [473]. Ambos sujetos habían sido remitidos a un psiquíatra porque estaban obsesionados por el miedo de engordar; ambos se privaron de comer, aunque en ocasiones devoraban grandes cantidades de alimentos en secreto. Janet reconoció pronto que la enfermedad de Nadia no era la *anorexia nervosa* ordinaria; sus negativas a comer eran parte de una obsesión referida al cuerpo y a sus funciones, que a su vez estaba relacionada con el miedo de que la gente le pudiera rechazar o despreciar. En cuanto a Ellen West, Binswanger comienza su análisis donde Janet había interrumpido el estudio de Nadia, es decir, éste es su intento de elucidar y reconstruir la evolución del *Dasein* de la paciente con su universo de experiencia subjetiva. En esa tarea se vio favorecido por la aptitud de Ellen West, persona de una formación esmerada, para expresarse en prosa y en verso.

Al tratar con un caso clínico se emplea tradicionalmente un procedimiento de doble reducción: de la historia vital del paciente a la historia

---

469 La importancia de este descubrimiento desde el punto de vista psiquiátrico la demostró W. A. Stoll, «Lysergsäure-diäthylamid, ein Phantastikum aus der Mutterkorngruppe», *Schweizer Archiv für Neurologie und Psychiatrie,* LX (1947), 279-323. Ver también B. Holmstedt y Liljestrand, *Readings in Pharmacology,* Nueva York, Pergamon Press, 1963, pág. 209.

470 Ver cap. VIII, pág. 726.

471 J. J. López Ibor, «Psicopatología de la angustia», reimpreso de *Revista Clínica Española,* 1943. La teoría de la angustia de López Ibor fue desarrollada y expuesta en su libro *La angustia vital,* Madrid, Paz Montalvo, 1950.

472 Ludwig Binswanger, «Der Fall Ellen West», *Schweizer Archiv für Neurologie und Psychiatrie,* LIII (1944), 255-277; LIV, 69-117, 330-360; LV, 16-40. Trad. inglesa en Rollo May, Ernest Angel y H. F. Ellenberger, eds., *Existence,* Nueva York, Basic Books, 1958, págs. 237-364. En la versión española, *Existencia,* Madrid, Gredos, 1967, páginas 287-434.

473 Pierre Janet, *Les Obsessions et la psychasthénie,* I, París, Alcan, 1903, págs. 33-41.

de su enfermedad, y del retrato clínico a su estrato biológico (comprobando, por ejemplo, si Nadia o Ellen tenían alteraciones endocrinas). El psicoanálisis completa todo ello con una reducción a las vicisitudes de los impulsos y relaciones objetales del paciente. Binswanger conserva la trama de la nosología kraepeliana y recurre en ocasiones a los conceptos psicoanalíticos, pero su preocupación principal consiste en desplegar el «ser en el mundo» del paciente, con sus metamorfosis desde la infancia.

Ellen West procedía de una acomodada familia judía a la que pertenecían personas distinguidas y en la que se habían dado algunos casos de enfermedad mental y suicidio. A los nueve meses rechazó la leche y siempre mostró dificultades en relación con la ingesta de comidas. Era una niña vivaz, con aspecto de muchacho, muy obstinada y ambiciosa y a la que gustaba la lectura. Desde su adolescencia había llevado un diario, escrito poesía y expresado una especie de entusiasmo panteísta por la vida y la naturaleza. Se sentía llamada a grandes logros, a conseguir fama imperecedera, y ansiaba el amor de un hombre perfecto. Llevaba la vida de una joven rica y cosmopolita, montando a caballo, viajando y realizando estudios irregulares, pero se mostraba preocupada por los problemas sociales, por la idea de «ir al pueblo», y albergaba la esperanza de una gran revolución social. (De hecho, tenía mucho en común con Marie Bashkirtseff o Lou Andreas-Salomé; su conducta parece menos errática si se la imagina como una aristócrata rusa en la época del zar).

A los veinte años comenzó a tener miedo de engordar, que gradualmente se convirtió en una obsesión que dominó toda su vida. Se impuso dietas drásticas y curas reductoras de peso, pero en ocasiones se arrojaba sobre la comida y la engullía en grandes cantidades, avergonzándose después de su conducta.

A los veintisiete años contrajo matrimonio con un primo suyo que al parecer fue un excelente marido; siguió trabajando por el bienestar social, pero su estado físico se alteró. A los treinta y dos años se sometió a tratamiento con un psicoanalista, quien la hizo ver que su fin era «la subyugación de todas las demás personas». Un año más tarde, un segundo análisis tuvo al parecer menos éxito; el analista lo prosiguió a pesar de varios intentos de suicidio, y el estado de la enferma empeoró hasta el punto de que intervino su internista, interrumpiendo el tratamiento. Ellen West entró entonces en el sanatorio de Binswanger en Kreuzlingen, donde permaneció durante dos meses y medio. Debido a sus impulsos suicidas, Binswanger no se atrevió a mantenerla en la zona abierta de la institución. Dos famosos psiquíatras llamados a consulta concordaron con él en que la paciente era incurable. El marido, informado de esta situación y del peligro, prefirió llevarla a casa. Inmediatamente cesaron los sufrimientos de la paciente. Alegremente, comió a satisfacción por primera vez en trece años, leyó poesías, escribió unas cartas, e inmediatamente tomó un veneno y murió a la mañana siguiente.

No podemos resumir aquí el largo, completo y sutil análisis que realizó Binswanger del «ser en el mundo» de Ellen West. El temor a engordar y a la glotonería no eran sino las manifestaciones más destacadas de un lento proceso de empobrecimiento y vaciamiento existencial. Había perdido su lugar en el mundo de la acción práctica; sus actividades de bienestar social eran un medio de llenar el vacío de su vida. La paciente oscilaba constantemente entre dos mundos de experiencia subjetiva cada vez más divergentes. Uno era un mundo ideal, etéreo, espacioso, brillante, cálido, lleno de colorido y resplandeciente, en el que no se necesita comer. El otro mundo, del que era expresión la glotonería, estaba dominado por el proceso en cuya virtud la espontaneidad y libertad de acción del individuo ceden al dominio del mundo

circundante. Era un mundo de espesa niebla, nubes oscuras, pesadez, pereza, sequedad y decadencia, un mundo de tumbas. Desde el punto de vista de la temporalidad, Ellen West, que no había sido capaz de construir el tiempo. no tenía futuro, o más bien éste estaba reemplazado por el mundo etéreo de las fantasías, falto de raíces en su presente o su pasado. Tampoco tenía un pasado sobre el que contruir sus acciones presentes o su futuro; estaba reemplazado por ese mundo de oscuridad, pesadez y decadencia, cuya expresión completa era la muerte. El presente quedaba reducido a lo instantáneo. La continuidad del tiempo estaba reemplazada por una sucesión de instantes. El conflicto y discrepancia cada vez mayor entre los dos mundos no permitía ningún arreglo, y por eso llegó un punto en que el único acto de libertad y autenticidad que le quedaban a Ellen West era el suicidio.

El año 1944 fue también el de publicación del *Análisis del destino* de Szondi, que contenía una teoría que ha sido mal comprendida en muchas ocasiones [474]. El *Análisis del destino (Schicksalsanalyse)* se puede definir como una síntesis de la genética psiquiátrica y del psicoanálisis. El enfoque genético tuvo su origen en el estudio de las enfermedades mentales hereditarias. Partiendo de ellas (epilepsia, esquizofrenia y síndrome maníaco-depresivo), la escuela alemana llegó a la noción de «círculo hereditario». Un «círculo hereditario» *(Erbkreis)* comprende no sólo las manifestaciones negativas (tipos específicos de psicosis y anomalías del carácter), sino también otras positivas (dones y talentos específicos), de modo que, en una misma familia, ciertos individuos pueden estar afectos de psicosis, otros favorecidos por un talento particular y otros mostrar, por último, rasgos específicos de carácter dentro de los límites de la normalidad. Esto lleva a suponer que en en cada círculo hereditario hay un denominador común, que ha sido denominado factor raíz o radical biológico. Lo que Szondi denomina factores de impulso es un sistema de ocho radicales biológicos de ese tipo derivados de la investigación genética psiquiátrica.

En cuanto al psicoanálisis, ha sido admitida siempre la existencia de un sustrato biológico de la vida inconsciente. Freud había llamado predisposición a una mezcla de *Anlage* biológica y de influencias ambientales precoces. Algunos analistas llegaron a sospechar la existencia de diversos tipos de predisposiciones. Abraham afirmó que el desarrollo acusado de las características oral y anal puede atribuirse a factores predisponentes específicos [475]. Otros psicoanalistas hablaron de pacientes con un yo fuerte o débil, considerando así la existencia de otro tipo de predisposición específica.

Es precisamente este oscuro campo de las predisposiciones biológicas subyacente en el inconsciente personal del hombre lo que se convierte en el

[474] Leopold Szondi, *Schicksalsanalyse,* Basilea, Benno Schwabe, 1944.

[475] Karl Abraham, *Klinische Beiträge zur Psychoanalyse,* Viena, Internationaler Psychoanalytischer Verlag, 1921, págs. 231-258. *Psychoanalytische Studien zur Charakterbildung,* 1925.

centro de *Análisis del destino* de Szondi. En él encuentra otra vez los ocho radicales o factores biológicos que habían resultado de la genética psiquiátrica.

Vemos, por tanto, que se cruzan las dos líneas de investigación, a saber, de la genética psiquiátrica y del psicoanálisis. El punto de intersección se encuentra en un campo hasta entonces inexplorado de la mente humana al que Szondi denomina incosciente familiar. Para los genetistas pertenece al genotipo, es decir, a las *Anlagen* escondidas, latentes, hereditarias. Para los psicólogos es, según Szondi, un estrato del inconsciente de reciente descubrimiento, un campo del destino del que proceden las elecciones vitales (elección del amor, la amistad, la profesión, la enfermedad e incluso la forma de morir), cuya suma constituye nuestro destino. La hipótesis fundamental de que parte es la de que todo hombre llega al mundo con una serie de posibilidades de destino, determinadas por la fórmula de su genotipo. Al igual que Freud había analizado los mecanismos de formación de los sueños (desplazamiento y condensación), para interpretar el sueño por el soñador, Szondi analiza los mecanismos de formación del destino para reconstruir la estructura genética latente del individuo. Entre los principales mecanismos de destino que describe se encuentra el genotropismo: a saber, que la elección del amor está dirigida inconscientemente por semejanzas latentes en la fórmula genética. Otro mecanismo es el operotropismo, es decir, la tendencia inconsciente de un individuo a elegir una ocupación para la cual los factores hereditarios positivos le confieren una superioridad. Szondi encontró una lista de ocupaciones características para cada uno de sus ocho factores. Debido al origen doble del *Análisis del destino*, las mismas manifestaciones pueden recibir una interpretación biológica y psicológica. Lo que para el genetista son «manifestaciones positivas de un radical biológico», pueden ser «sublimación» para el psicoanalista. Szondi distinguió tres grados de sublimación: «socialización», es decir, canalización de los impulsos en la ocupación propia, «sublimación propiamente dicha» dentro del carácter del individuo, y «humanización», forma superior de sublimación extendida al beneficio de la humanidad.

El método básico del análisis del destino es el establecimiento de una genealogía muy completa del individuo. A diferencia de la genética psiquiátrica ordinaria, no sólo se registran la aparición de psicosis, neurosis, psicopatía, o los casos de delincuencia, sino también la estructura del carácter y la ocupación de todas las personas incluidas en dicha genealogía. Más aún, la genealogía así establecida se confronta con la de las personas a las que el individuo está íntimamente unido por el destino (es el método que Szondi había aplicado en su *Análisis de los matrimonios*).

Como dicho método resultaba demasiado largo y exigía mucho tiempo, Szondi buscó otro más resumido de explorar el inconsciente familiar para encontrar la fórmula genética de sus sujetos. En 1944 ya había elaborado y aplicado durante años la prueba que publicaría posteriormente. Se basa en una serie de fotografías de asesinos, homosexuales, epilépticos y otros pacientes representativos de las manifestaciones negativas extremas en cada uno de los ocho factores. Estas series se muestran sucesivamente al sujeto y se le invita a señalar las que cree más simpáticas y las que le resultan más repulsivas. Se utiliza un método complejo de evaluación para elucidar la fórmula genética del sujeto y su estructura personal a partir de sus reacciones.

Desde el principio, el *Análisis del destino* encontró una admiración entusiasta y una aguda crítica. Se pusieron en duda sus hipótesis genéticas, en particular su sistema de los ocho factores agrupados en cuatro vectores. En realidad, parece ser que, en la mente de Szondi, este sistema es más bien un modelo ficticio, comparable a los resonadores diseñados por Helmholtz y con los que analizan los médicos los elementos constitutivos de un tono. La elección de los resonadores tiene que ser necesariamente arbitraria, pero ningún médico negará su utilidad para el análisis de un sonido. Con los años, Szondi haría hincapié en su prueba, y posteriormente en su propio método psicoterapéutico original.

Cuando terminó la guerra, en 1945, una avalancha de nuevas publicaciones fue el signo seguro de que el espíritu creador todavía estaba vivo. En Francia, el filósofo Merleau-Ponty publicó su *Fenomenología de la percepción*, que pronto se convirtió en uno de los clásicos de la fenomenología [476]. El psiquíatra francés Henri Baruk, judío que había vivido los últimos años en gran peligro y había escapado de forma casi milagrosa, publicó la *Psiquiatría moral*, donde resaltó la persistencia de la «personalidad moral» en los pacientes mentales más demenciados y con mayor regresión. Señaló que en ellos el sentido de justicia estaba incluso aumentado, y demostró que se podía obtener una gran mejoría teniendo en cuenta su sentimiento de dignidad y necesidad de justicia. Esta preocupación por la personalidad más interna del paciente representaba una reacción contra el espíritu organicista y materialista que había dominado la psiquiatría desde mediados del siglo XIX [477]. Otro aspecto de dicha reacción fue el éxito del existencialismo en la psiquiatría y la filosofía en la Europa Occidental.

Otra innovación fue el método de psicoterapia abreviada de Maeder, quien suponía en el paciente un deseo de recuperación real y genuino y,

[476] Maurice Merleau-Ponty, *Phénoménologie de la perception*, París, Gallimard, 1945.
[477] Henri Baruk, *Psychiatrie morale expérimentale, individuelle et sociale*, París, Presses Universitaires de France, 1945.

en el terapeuta, un deseo genuino de ayudarle [478]. El terapeuta incita a las tendencias autocuradoras del paciente, y éste proyecta en aquél el arquetipo de la imagen del curador. El método de Maeder está parcialmente inspirado en los conceptos jungianos, pero presta importancia fundamental a los procesos de autorregulación y autocuración. (Nociones que había aprendido del biólogo Hans Driesch y de Théodore Flournoy).

En Estados Unidos, la principal característica fue el creciente desarrollo de la terapia de grupo. Moreno tuvo numerosos seguidores e imitadores, y se confeccionaron y aplicaron variadísimas técnicas de terapia de grupo [479].

La guerra dejó al mundo repartido entre dos grandes potencias que se enfrentaban con suspicacia cada vez mayor, los Estados Unidos y la Rusia soviética, cada una de ellas con sus aliados, satélites y zonas de influencia. Entre estos dos colosos, las ruinas de lo que habían sido los países europeos luchaban por recobrar su identidad. Dicha situación se reflejó también en la psiquiatría. En la Rusia soviética, la psiquiatría pavloviana era la doctrina oficial, habiéndose prohibido el psicoanálisis y las enseñanzas afines. En los Estados Unidos se garantizaba igual libertad a todas las escuelas psiquiátricas (a la pavloviana tanta como a cualquier otra), pero de hecho prevalecía el psicoanálisis; el número de psicoanalistas aumentaba continuamente, ocupaban puestos dirigentes en los departamentos psiquiátricos de las universidades y la ideología freudiana o pseudofreudiana impregnaba la vida cultural.

La oposición entre las dos grandes potencias mundiales se reflejaba también en las controversias entre los psiquíatras rusos y norteamericanos. Aunque ninguno ponía en duda los descubrimientos de Pavlov como fisiólogo, se consideraban insuficientes para formar la base de una psiquiatría. El conocimiento adquirido en los experimentos con animales en un sistema experimental artificial no se podía aplicar directamente a los seres humanos; nunca proporcionaría una comprensión de la condición mental subjetiva del paciente. La psiquiatría pavloviana era considerada, por tanto, como una psiquiatría para robots más que para seres humanos, y la técnica del lavado de cerebro como su logro más original. Los psiquíatras rusos, a su vez, etiquetaban al psicoanálisis de idealista (con el sentido peyorativo de esa palabra en la terminología marxista), como una manifestación penosa de capitalismo decadente, como una terapéutica plutocrática restringida a los parásitos ricos, mientras los pobres se veían privados de cualquier posibilidad de tratamiento.

Como un reflejo más de la situación política, la psiquiatría pavloviana se extendió por el este de Europa y los países balcánicos. En la Europa

[478] Alphonse Maeder, *Wege zur seelischen Heilung*, Zurich, Rascher, 1945.
[479] J. L. Moreno, *Group Therapy*, Nueva York, Beacon House, 1945.

Central y Occidental (donde quedaban pocos psicoanalistas anteriores a la guerra) el freudismo tomó en ocasiones la apariencia de una importación cultural de Norteamérica. Para los franceses se hizo corriente el leer a Freud en inglés, e incluso los alemanes jóvenes hablaban del *ego*, el *id* y el *superego*, en lugar de utilizar los términos originales *Ich, Es, Ueberich.* Por otra parte, la influencia de la filosofía y psiquiatría existenciales se iba extendiendo y Europa continuó siendo la cuna de los nuevos métodos psicoterapéuticos. El futuro de la psiquiatría dinámica se presentaba prometedor y lleno de posibilidades, pero tan imposible de predecir como el futuro de la humanidad.

XI

CONCLUSIÓN

A lo largo de este estudio acerca del origen y desarrollo de la psiquiatría dinámica hemos permanecido, siempre que nos ha sido posible, en el campo de los hechos históricos. Trataremos ahora de analizar los factores que causaron y dirigieron esta evolución para tratar de encontrar una respuesta al problema que fue punto de partida de nuestra investigación (como establecimos en la Introducción).

Estos factores se pueden agrupar en varias categorías pertenecientes al ambiente socio-económico y político, las tendencias culturales, la personalidad de los pioneros, el papel de los pacientes y la ocurrencia de una serie de acontecimientos.

En primer lugar veamos la evolución de la psiquiatría dinámica frente al ambiente socio-económico y político, en especial el de la historia económica y la lucha de clases. La victoria de Mesmer sobre Gassner fue la de la aristocracia sobre el clero[1]. La Société de l'Harmonie de Mesmer estaba compuesta fundamentalmente por miembros de la nobleza francesa poco antes de su caída. Las «crisis» desencadenadas alrededor del *baquet* de Mesmer eran idénticas a los *vapeurs*, la enfermedad de moda de las damas de la sociedad. El paso de Mesmer a Puységur significó un paso del «magnetismo para los aristócratas» a un «magnetismo para el pueblo», con los cambios correspondientes en la doctrina y la práctica terapéutica[2]. Pero el creciente poder de la nueva clase dirigente, la burguesía, se siguió por el paso del magnetismo al hipnotismo. Mientras que la comunicación entre el magnetizador y su paciente reflejaba la relación paternalista y simbiótica entre el noble y su vasallo, la existencia entre el hipnotizador y el hipnotizado reflejaba la actitud autoritaria del maestro

[1] Ver cap. II, págs. 76-79.
[2] Ver cap. IV, págs. 220-224.

burgués hacia sus dependientes; la terapia de regateo de los viejos magnetizadores y su manejo de los secretos patógenos de los pacientes fueron así reemplazados por la división de órdenes hipnóticas [3]. Hablando de Bleuler, señalamos que el origen de su trabajo sobre la esquizofrenia se puede remontar hasta las luchas políticas entre los granjeros y la aristocracia de la ciudad de Zurich. En esa perspectiva, la génesis del concepto de esquizofrenia de Bleuler aparecería como un subproducto, lo que en realidad fue, de la victoria del partido de los granjeros sobre los patricios de la ciudad [4]. La fracasada revolución de 1848, cuyas implicaciones para la psiquiatría dinámica ya hemos señalado, trajo consigo un refuerzo del dominio de la clase burguesa [5].

Mientras tanto, la Revolución industrial había llevado a la constitución de una poderosa clase superior industrial y comercial, por un lado, y de un proletariado numeroso y desamparado por otro. Las teorías de Darwin fueron modificadas para proporcionar a la burguesía alta una ideología de competencia ciega e inmisericorde, mientras que Marx proporcionó otra para la clase trabajadora y sus aliados [6]. El fracasado intento revolucionario de la Comuna de París en 1871 desencadenó una ola de sentimientos antidemocráticos. Dupréel ha demostrado que la teoría de Gustave Le Bon sobre la «psicología de las masas» era una expresión de esa tendencia, y a pesar de ello fue tomada como verdad científica indiscutible y utilizada como tal por muchos autores, incluyendo a Freud [7]. Al mismo tiempo, es decir, a finales del siglo XIX, las clases superiores ya no se contentaron con el método existente de terapéutica hipnótica y sugestiva y pidieron una psicoterapia nueva, no autoritaria, que explicara al paciente lo que ocurría en su propia mente [8]. Hemos visto también cómo los grandes cataclismos sociales y políticos producidos por la Primera Guerra Mundial llevaron a profundos cambios dentro de los nuevos sistemas de psiquiatría dinámica [9]. Los conceptos freudianos fueron distorsionados para proporcionar una ideología al mundo hedonístico utilitario de consumo de masas nacido de la revolución tecnológica del siglo XX, del mismo modo que los conceptos darwinianos distorsionados habían proporcionado una ideología al mundo de feroz competición producida por la Revolución industrial [10].

La estructura socio-económica es el terreno sobre el que se originan y desarrollan las tendencias culturales. En el capítulo IV revisamos aque-

3 Ver cap. IV, pág. 225.
4 Ver cap. V, pág. 332.
5 Ver cap. IV, págs. 264-268; cap. II, págs. 111-114.
6 Ver cap. IV, págs. 270-285.
7 Ver cap. VII, pág. 613.
8 Ver cap. V, pág. 377.
9 Ver cap. X, pág. 932.
10 Ver cap. VII, págs. 638-639.

llos movimientos culturales que se sucedieron en el mundo occidental después del Renacimiento, a saber, el barroco, la Ilustración, el romanticismo y el positivismo. La victoria de Mesmer sobre Gassner no fue sólo la de la aristocracia sobre el clero, sino también de la Ilustración sobre el declinante barroco, y resulta irónico que las enseñanzas de Mesmer fueran tomadas y desarrolladas por los románticos [11]. La Ilustración inspiró la obra psiquiátrica de Pinel y Esquirol, y Mesmer se consideró a sí mismo como representante de la misma tendencia. Pero el romanticismo se apropió y reinterpretó el magnetismo, extendiendo su influencia sobre la medicina y la psiquiatría; hemos visto que muchos de los conceptos que se consideran característicos del psicoanálisis de Freud y la psicología analítica de Jung impregnaban ya la obra de los psiquíatras románticos [12]. Hacia 1850, el romanticismo fue dominado por el positivismo, tendencia cultural que puso en un primer plano la psiquiatría organicista y que prevaleció durante la segunda mitad del siglo XIX [13]. A finales de este siglo y comienzos del XX, un resurgimiento del romanticismo ejerció una influencia indudable sobre las nuevas escuelas dinámicas incipientes [14]. No es de extrañar que muchas de las ideas de Freud y Jung sean semejantes a las enseñanzas de los viejos psiquíatras románticos. Janet, por el contrario, es en definitiva un representante póstumo de la Ilustración, al igual que, en menor grado, Adler. Bajo esta luz se pueden comprender las rivalidades existentes entre estos cuatro autores y sus discípulos, como olas retrasadas de las luchas de la Ilustración y el romanticismo a finales del siglo XVIII y principios del XIX.

Al igual que el artista y el escritor, el psiquíatra dinámico parte fundamentalmente de su talento y sensibilidad específica para determinar su forma de percibir el mundo. Cada psiquíatra dinámico tiene su propio sentimiento específico de la realidad psíquica, y sus teorías también resultan influidas por los acontecimientos de su vida. Janet era un hombre activo y no emocional; de aquí su interés por encontrar una especie de psicología de la conducta [15]. Su actitud desapasionada, suavemente humorística y benevolente, se refleja en su psicoterapia racional; las costumbres laboriosas y ahorrativas de sus antepasados se reflejan en su teoría del «presupuesto de fuerzas psicológicas». Como Janet no recordaba sus sueños, posiblemente no hubiera podido escribir una *Interpretación de los sueños,* como hizo Freud, que era un buen soñador. La crisis religiosa no resuelta de su adolescencia le hizo volver repetidamente a la psicología de la religión. Freud, como hemos visto, compartió con los grandes escri-

[11] Ver cap. II, págs. 104-119.
[12] Ver cap. IV, págs. 248-254.
[13] Ver cap. IV, págs. 266-270.
[14] Ver cap. V, págs. 323-329.
[15] Ver cap. VI, pág. 461.

tores el profundo interés por los aspectos secretos de las vidas y personalidades de la gente, y un dominio superior del idioma [16]. La noción del complejo de Edipo y de su lugar central en el destino humano derivan sin lugar a dudas de su propia historia vital, y es también la razón de por qué ni Adler ni Jung la pudieron aceptar, pues ellos habían experimentado situaciones familiares completamente distintas en la primera infancia.

En cuanto a Adler, su privilegiado talento era ese rápido sentido de la exacta observación que hace al gran clínico, el denominado ojo clínico *(der klinische Blick)* [17]. Trasladada al campo de la psicología, era la capacidad de realizar a primera vista una valoración exacta del estilo de vida de un individuo normal o enfermo y, consecuentemente, de convertirse en el fundador de un sistema de psicología pragmática. Los acontecimientos de su infancia llevaron a Adler a atribuir una importancia básica a la situación del individuo dentro de la serie de hermanos, más que a las primeras relaciones con las figuras paternas. En el caso de Jung, su característica más destacada es el contraste entre las habilidades prácticas de un hombre bien adaptado a la realidad material y un raro don para la intuición psicológica (si no parapsicológica) [18]. Este contraste se refleja en su sistema tipológico, y su psicoterapia, que incluye la devolución de los pacientes a la consciencia y el método sintético-hermenéutico para la consecución de la individuación. Al igual que en el caso de Janet, la crisis religiosa sin resolver de su adolescencia ejerció una influencia duradera sobre el desarrollo de su sistema psicológico.

Más aún un estudioso de la mente debe enfrentarse con su propia neurosis o los elementos neuróticos de su personalidad. Hay que hacer una distinción básica, sin embargo, entre los psiquíatras que se limitan a tomar su neurosis como un objeto de estudio y aquellos otros cuya obra es el resultado de una enfermedad creadora.

No sería difícil encontrar muchos ejemplos del primer grupo. Robert Burton describió su propia condición en su triste pero vigorosa descripción de la «melancolía del erudito» [19]. George Cheyne dio una descripción clásica de la hipocondríasis basada en varias historias clínicas, la más larga e interesante de las cuales era la suya propia [20]. Bénédict-Augustin Morel realizó su descripción del *délire émotif* (denominado posteriormente fobia) con la vívida historia de su propio caso [21]. En cuanto a Janet, existen razones para suponer que ciertos rasgos de su descripción de la psicastenia fueron tomados de su experiencia personal. Según Phyllis Bot-

16 Ver cap. VII, pág. 621.
17 Ver cap. VIII, pág. 706.
18 Ver cap. IX, pág. 822.
19 Robert Burton, *The Anatomy of Melancholy*, Oxford, John Lichfield, 1621.
20 George Cheyne, *The English Malady*, Londres, Strahan, 1735.
21 B. A. Morel, «Du Délire émotif», *Archives Générales de Médecine*, 6.ª serie, VII (1866), 385-402, 530-551, 700-707.

tome, Adler padeció raquitismo en edad temprana, lo que explicaría sus teorías sobre la inferioridad orgánica, el complejo de inferioridad y la compensación. El propio Pavlov hizo un corto pero significativo relato de la neurosis cardíaca que sufrió tras ser operado en 1927, y parece ser que su interés por la psiquiatría fue grandemente estimulado por este acontecimiento [22].

La neurosis común que proporciona a un psiquíatra un tema para la reflexión y quizás le incita a esforzarse en la autocuración no se debe confundir con la manifestación de la enfermedad creadora. Nuestra hipótesis es que los sistemas de Freud y Jung se originaron fundamentalmente de sus respectivas enfermedades creadoras (de las cuales, su autoanálisis no fue más que un aspecto). Las características principales de la enfermedad creadora ya han sido descritas en capítulos anteriores [23]. Recordémoslas brevemente.

Esta rara condición comienza después de un largo período de trabajo intelectual y preocupación incesante. Los síntomas principales son depresión, agotamiento, irritabilidad, insomnio y cefaleas. En resumen, presenta las características de una neurosis grave, en ocasiones de una psicosis. Pueden existir oscilaciones en la intensidad de los síntomas, pero durante toda ella el paciente permanece obsesionado por una idea preponderante de la consecución de algún fin difícil. Vive en un aislamiento espiritual máximo y tiene la impresión de que nadie le puede ayudar, de aquí los intentos de autocuración. Pero, por lo general, notará que dichos intentos intensifican sus sufrimientos. La enfermedad puede durar tres o más años. La recuperación es espontánea y rápida; está marcada por sentimientos de euforia, y se sigue de una transformación de la personalidad. El sujeto está convencido de que ha logrado el acceso a un nuevo mundo espiritual, o de que ha obtenido una nueva verdad espiritual que debe revelar al mundo. Ejemplos de esta enfermedad los podemos encontrar entre los brujos de Siberia y Alaska, entre los místicos de todas las religiones y entre ciertos escritores y filósofos creadores. Un ejemplo bien documentado es el de Fechner, y parece probable que también Nietzsche concibiera sus ideas más originales durante la agonía de una enfermedad creadora [24].

El aspecto clínico de una enfermedad creadora difiere de un individuo a otro. Sobre todo se debe marcar una clara línea distintiva entre dos categorías, la enfermedad del explorador y la del seguidor. El primer brujo, que quizá hace miles de años encontró un medio de caer en trance para explorar el mundo de los espíritus, fue un modelo para las generaciones de brujos que le siguieron. Él era el explorador y ellos los seguidores.

22 Ver cap. X, pág. 963.
23 Ver cap. VII, pág. 511.
24 Ver cap. IV, págs. 255-256.

Muchos individuos sufrieron una neurosis creadora que nadie repitió después de ellos porque, al igual que Fechner nunca pensaron en animar a otros a hacerlo. Sin embargo, no basta con describir el camino y animar a otros a seguirlo. Así, Rudolf Steiner escribió un preciso relato de su método para obtener un conocimiento de los mundos espirituales superiores, pero parece ser que ninguno de los que lo intentaron tuvieron éxito [25]. Para tener seguidores, el explorador debe enseñar no sólo la teoría, sino proporcionar una guía práctica para que los otros la sigan. Así, el aprendiz de brujo debe ver a un brujo viejo a intervalos regulares, cuya instrucción pondrá en práctica paso a paso a través de su enfermedad iniciadora. Consideraciones semejantes se pueden aplicar a los místicos de la mayoría de las religiones. También aquí se destaca universalmente la necesidad de una guía espiritual. Más aún, el seguidor debe encontrar la guía apropiada. Místicos como Santa Teresa de Ávila y San Juan de la Cruz insistieron acerca de la importancia de encontrar el adecuado director de conciencia para evitar experiencias dolorosas.

En lo relativo a la psiquiatría dinámica, suponemos que Mesmer sufrió una neurosis creadora de la cual surgió con la convicción de haber hecho el descubrimiento de la época, el magnetismo animal. Sin embargo, únicamente se lo pudo comunicar a sus discípulos en forma teórica, pero no iniciarles en su propio camino secreto. Y esto, por contraste, revela la total originalidad de Freud y Jung. Ambos sufrieron una enfermedad creadora de forma espontánea y original, y ambos la convirtieron en un modelo a seguir por sus discípulos bajo el nombre de análisis de entrenamiento. Jung lo promovió, y los freudianos lo aceptaron por su valor didáctico, pero la escuela freudiana llegó a considerarlo posteriormente como una especie de enfermedad de iniciación comparable a la del brujo.

No necesitamos volver a relatar la historia de las enfermedades creadoras de Freud [26] y Jung [27]. Entre los datos característicos de la enfermedad creadora, sin embargo, está la convicción del sujeto, una vez recuperado, de que lo que ha descubierto es una verdad universal. Así es como Mesmer llegó a proclamar la verdad del magnetismo animal, Fechner el principio del placer, Nietzsche el regreso eterno, Freud el complejo de Edipo y la raíz sexual infantil de las neurosis y Jung el ánima y el proceso de individuación. Los que conocieron a Freud refieren que hablaba del complejo de Edipo y de la libido como verdades absolutas que no se podían poner en duda. Pero Jung también hablaba del inconsciente colectivo, del ánima y del sí mismo con la tranquila certeza del hombre que sabe.

---

[25] Ver cap. IX, págs. 769-771.
[26] Ver cap. VII, págs. 511-514.
[27] Ver cap. IX, págs. 752-755.

Llegamos aquí ha hacer una distinción entre dos grupos de sistemas dinámicos. Al primero pertenecen los de Janet y Adler. Aunque el primero utilizó su propia experiencia de la psicastenia y el segundo su experiencia personal de la inferioridad orgánica, obtuvieron sus principales descubrimientos mediante la investigación clínica objetiva. En el segundo grupo están los sistemas de Freud y Jung. Aquí los dogmas básicos se originaron del interior, es decir, de la experiencia de una enfermedad creadora.

Esta distinción, a su vez, suscita una pregunta difícil: ¿Cuál es el valor heurístico de una enfermedad creadora? ¿Es la certeza de haber descubierto una verdad universal prueba suficiente de la validez de ese descubrimiento? Esta cuestión pertenece al problema más general de la validez de las experiencias psicológicas dinámicas. Uno de sus aspectos es el carácter específico de la enfermedad creadora: es una experiencia personal estricta para su explorador, pero sirve de modelo para el seguidor, y esta igualdad de patrón tiende a transmitirse de un iniciado a otro dentro de la misma escuela. El aprendiz de brujo nunca llegará a la experiencia del Nirvana de un monje tibetano, ni tampoco el yogi viajará a la tierra de los espíritus como lo hace el brujo. Este mismo tipo de especificidad se ha notado en relación con las diversas escuelas dinámicas [28]. Las personas analizadas por un psicoanalista tendrán sueños «freudianos» y tomarán conciencia de su complejo de Edipo, mientras que las analizadas por jungianos tendrán sueños arquetípicos y se enfrentarán con su anima. Involuntariamente, recordamos el dicho de Tarde: «El genio es la capacidad de engendrar la propia progenie» [29].

Además de sus propias personalidades, la fuente más importante de los psiquíatras dinámicos descansa en su relación con los pacientes, cuyo papel se manifiesta en dos formas diferentes. La primera es la relación entre las teorías psiquiátricas y la clase de pacientes a los que el psiquíatra tiene acceso. Como ya se ha mencionado, I. Wassermann sostuvo que la diferencia entre el psicoanálisis de Freud y la psicología individual de Adler derivaba de la diferencia de conceptos que les comunicaban sus pacientes; en el grupo acomodado al que pertenecían los pacientes de Freud, lo que más preocupaba eran los problemas amorosos; para los pacientes de Adler, los problemas de la existencia material y su tendencia al éxito inspiraban mucha más angustia [30]. Las profundas investigaciones de Freud en el campo de la neuroanatomía explicarían también la atención que prestaba a los modelos conceptuales inspirados en la fisiología cerebral. Las amplias divergencias entre los conceptos de inconsciente de ambos autores pueden tener relación con el hecho de que no trataban al

[28] Ver cap. III, págs. 210-211.
[29] Gabriel Tarde, *La Philosophie pénale*, Lyon, Storck, 1890, págs. 165-166.
[30] Ver cap. VIII, pág. 707.

mismo tipo de pacientes. Freud, que trabajaba con neuróticos y no tenía mucha experiencia en psicosis, llegó al inconsciente de los impulsos y recuerdos reprimidos; Jung, que trabajó durante nueve años con esquizofrénicos graves, encontró el inconsciente colectivo y los arquetipos.

Hay otro aspecto, probablemente más importante, de las relaciones del psiquíatra dinámico con sus pacientes. En ocasiones un psicoterapeuta, que ha tomado a un paciente como objeto especial de estudio, se encuentra comprometido en una relación prolongada, difícil y ambigua. Este paciente suele ser una mujer histérica. Lo que el psiquíatra llega a conocer del paciente es en ocasiones completamente distinto de lo que ha esperado, y los verdaderos hallazgos los puede comprender mejor uno de sus sucesores que él mismo [31]. Como el papel de los pacientes en la historia de la psiquiatría dinámica se ha subestimado, resulta apropiado recordar brevemente algunos episodios típicos.

Mientras trataba a su joven paciente, la señorita Oesterlin, Mesmer adquirió la convicción de que el efecto terapéutico no se originaba en los imanes, sino en el fluido magnético que emanaba de su propia persona [32]. Posteriormente creyó haber curado a Maria-Theresia Paradis de su ceguera, y ella misma creyó durante corto tiempo que podría ver de nuevo; en la actualidad vemos en esa historia un ejemplo típico de sugestión, transferencia y contratransferencia, pero Mesmer entendió mal el caso, sospechó un complot contra él y abandonó Viena [33]. Puységur fue mucho más afortunado. No sólo observó en Victor Race el primer ejemplo de una crisis perfecta, sino que con él aprendió cómo se podía utilizar el sueño magnético con fines terapéuticos, que la teoría del fluido de Mesmer era falsa y que un magnetizador no debía utilizar a sus pacientes para demostraciones como si fueran instrumentos inertes [34]. Aparentemente estas enseñanzas no se perdieron. Al leer la historia de Despine y Estelle, nos damos cuenta de cuánta experiencia necesitó Despine para darse cuenta de los trucos de su paciente y utilizar la comunicación para sacarla hábilmente de su enfermedad [35]. En cuanto a Justinus Kerner, no cayó tan ciegamente como se ha dicho en las trampas de Friedericke Hauffe. Más bien la miraba con una mezcla de maravilla y crítica. No estimuló los supuestos talentos terapéuticos de ella; estaba orgulloso de poder mostrarla a celebridades de la filosofía y la teología y, si hizo famosa a su profetisa, la publicación de la histeria también le procuró fama a él [36]. Un ejemplo más extraordinario de interrelación entre terapeuta y paciente se puede

31 H. F. Ellenberger, «La Psychiatrie et son histoire inconnue», *L'Union Médicale du Canada*, XC (1961), 281-289.

32 Ver cap. II, pág. 81.

33 Ver cap. II, pág. 83.

34 Ver cap. II, págs. 94-97.

35 Ver cap. III, págs. 159-161.

36 Ver cap. II, págs. 106-109.

encontrar en la lucha del pastor Blumhardt con su feligrés poseído Gottliebin Dittus. Durante dos años, Blumhardt estuvo empeñado en una lucha desesperada contra los poderes de la oscuridad; cuanto más luchaba, más se agravaban los síntomas de Gottliebin. Tras lograr la victoria final, la personalidad de Blumhardt había sufrido un gran cambio [37].

Es lamentable que las enseñanzas de Puységur y los antiguos magnetizadores hayan estado tan completamente olvidados en las últimas décadas del siglo XIX, como demuestran los ejemplos de Charcot y Breuer. Hemos visto cómo el primero utilizó a Blanche Wittmann y otras mujeres histéricas para lo que él creía estudios experimentales [38]. El caso de la famosa paciente de Bleuer, Anna O. (Bertha Pappenheim) pertenecía en realidad a esas grandes enfermedades magnéticas tan buscadas por los primeros magnetizadores. Tenía síntomas extraordinarios, dirigó su cura, se la explicó al médico y profetizó la fecha de su terminación. Debido a que ella eligió para su terapéutica autodirigida el procedimiento de la catarsis (que se había puesto de moda por un libro reciente), Breuer creyó haber descubierto la clave de la psicogénesis y tratamiento de la histeria. Ésta fue un error de construcción teórica y un fracaso terapéutico, que, sin embargo, estimuló a Freud al comienzo del psicoanálisis [39]. Pero estaba destinado a Janet el redescubrimiento de los hallazgos de los antiguos magnetizadores, en especial de la utilización terapéutica de la comunicación. Janet aprendió de Léonie que otra personalidad, la cual emergía bajo hipnosis profunda, no era sino la representación de los primeros experimentos hipnóticos en ella realizados. Así pudo comprender el error de los tres estadios de hipnosis de Charcot [40]. La capacidad de Léonie para ser hipnotizada a distancia imbuyó a Janet de una desconfianza invencible en relación con la parapsicología. Esto puede explicar a su vez su extrema cautela cuando tuvo que tratar posteriormente a Madeleine, la paciente que mostraba a intervalos los estigmas de la Pasión y oscilaba entre la angustia y el éxtasis [41].

Los hallazgos de Flournoy con «Hélène Smith» fueron ricos y múltiples. Demostró la importancia de los recuerdos infantiles olvidados, el regreso a diversos estadios de la infancia en las fantasías del paciente y que éstos eran la expresión de deseos secretos. Pero aunque comprendió la naturaleza de los sentimientos de la médium hacia él, no fue lo suficientemente cauteloso. La publicación de su libro la convirtió en su antagonista, ella restringió sus actividades a una estéril vida autística y Flournoy comprendió por fin el peligro de realizar estudios prolongados de ese tipo sobre

37 Ver cap. I, págs. 37-42.
38 Ver cap. II, págs. 130-131.
39 Ver cap. VII, págs. 552-557.
40 Ver cap. VI, págs. 386-388, 411-413.
41 Ver cap. VI, págs. 454-455.

un solo sujeto[42]. La médium de Jung, Hélène Preiswerk, combinaba ciertas características de la adivinadora de Prevorst y de Hélène Smith. Jung se benefició de la experiencia de Kerner y Flournoy, aunque sólo posteriormente comprendió el papel que habían jugado los sentimientos de la paciente hacia él. Jung descubrió que el engaño mediumnístico era un intento desesperado de la joven para vencer los obstáculos que impedían el desarrollo de su personalidad, y éste fue el germen primero de su posterior concepto de individuación[43]. En realidad, resulta notable que la primera paciente de Mesmer, María Teresa Paradis, aunque ciega, realizara una brillante carrera como músico, que Gottliebin Dittus entrara en el hogar de Blumhardt y se convirtiera en su ayudante, que Blanche Wittman se hiciera ayudante de radiología y muriera como mártir de la ciencia, que Bertha Pappenheim se convirtiera en pionera de la axistencia social y que Hélène Preiswerk abriera con éxito una tienda de alta costura en Basilea.

En cuanto a Freud, debemos recordar que el método de libre asociación le fue sugerido parcialmente por uno de sus pacientes, Elisabeth von R., y que su Hombre-Lobo desempeñó un papel histórico en el desarrollo del psicoanálisis[44]. Freud aprendió mucho de él y le estaba tan agradecido que posteriormente le trató gratuitamente y recogió dinero para mantenerlo durante varios años. Pero el Hombre-Lobo desarrolló una intensa unión con Freud, con delirios paranoicos que necesitaron un tratamiento prolongado[45]. Vemos, por tanto, que la historia de la psiquiatría dinámica es inseparable de las contribuciones de una serie de pacientes cuyo papel ha sido extrañamente menospreciado.

A lo largo del presente libro hemos encontrado otras varias fuentes de los psiquíatras dinámicos. «Ningún hombre es una isla», ni siquiera el pionero que sufre una enfermedad creadora con el sentimiento de aislamiento máximo. Las mentes creadoras están indisolublemente unidas a su ambiente social, así como a un contexto humano específico más restringido que comprende a sus maestros, a colegas, a amigos, a alumnos, críticos e incluso adversarios. Es imposible distinguir, en el pensamiento de un hombre, lo que es verdaderamente suyo de lo que le ha sido sugerido por aquellos que le rodean o a los que ha leído. El papel de la criptomnesia nunca debe ser despreciado, ni tampoco el del estímulo producido por los acontecimientos contemporáneos. Nos hemos referido en ese aspecto a la revolución de los Jóvenes Turcos de 1908 a 1909 y a la forma en que se reflejó en el *Totem y tabú* de Freud[46]. En ocasiones, el psicólogo

---

42 Ver cap. V, págs. 370-372; cap. X, pág. 884.
43 Ver cap. IX, pág. 776.
44 Ver cap. VII, pág. 563.
45 Ver cap. VII, pág. 632.
46 Ver cap. VII, pág. 611.

que busca un nuevo camino encontrará la solución en un libro reciente. Freud fue inspirado por el libro sobre el totemismo de Frazer[47]; Jung, por la «época del Dios-Sol» de Frobenius[48] y Adler, por la *Filosofía del como si* de Vaihinger[49]. La publicación de las *Memorias* de Schreber incitó a Jung a separarse de la teoría de la libido de Freud, pero inspiró a éste la teoría de la paranoia[50]. Incluso una novela puede provocar un pensamiento, como la *Gradiva* de Jensen[51] y la *Imago* de Spitteler[52].

Otro aspecto, muchas veces subestimado, del proceso en psiquiatría dinámica, es la adopción de ideas que fueron corrientes en otra rama del conocimiento. Una vez transferidas al campo psiquiátrico y formuladas con otra terminología, presentan la apariencia de nuevos descubrimientos. La posibilidad de despertar el instinto sexual en el niño y la atracción amorosa de éste hacia su madre eran bien conocidas por los educadores católicos, y estas nociones habían sido popularizadas por Michelet, pero, cuando las proclamó Freud, aparecieron como sorprendentes novedades[53]. La noción de que la homosexualidad se debía en la mayor parte de los casos a causas psicológicas y no a constitución física, era bien conocida por los educadores antes de que se impusiera a los psiquíatras. Del mismo modo, la teoría psicosexual de la histeria era corriente entre los ginecólogos antes de que se hiciera famosa entre los neuropsiquíatras. Los investigadores criminales conocían el significado de las parapraxias y las utilizaban antes de que fueran una parte establecida del psicoanálisis[54]. Mucho antes de que Moreno introdujera el psicodrama como procedimiento terapéutico, se practicaba la reconstrucción de los crímenes, lo que con frecuencia daba lugar a la confesión por parte de los asesinos.

El progreso, en ocasiones, es simplemente la captación de una idea antigua, abandonada. Ciertos conceptos de la nueva psiquiatría dinámica, lejos de ser asombrosos por su novedad, aparecen anticuados. Tal ocurre con el concepto de refugio en la enfermedad, que había sido proclamado por viejos psiquíatras románticos y que todavía estaba vivo en la mente popular, al igual que la idea de que los movimientos estereotipados de un psicótico podían tener un significado psicológico. En una novela de Edmond Goncourt, una desgraciada mujer padece tantos sufrimientos que busca refugio en una grave psicosis[55]. La vemos sentada en una esquina del asilo haciendo sin cesar movimientos circulares con la mano. El autor

47 Ver cap. X, pág. 911.
48 Ver cap. IX, pág. 826.
49 Ver cap. VIII, págs. 683-712.
50 Ver cap. VII, págs. 616-617.
51 Ver cap. X, pág. 887.
52 Ver cap. X, págs. 892-893.
53 Ver cap. V, pág. 344.
54 Ver cap. VII, pág. 572.
55 Edmond de Goncourt. *La Fille Elisa*, París, Charpentier, 1873.

explica que, en sus delirios, imagina estar recogiendo flores caídas de un cerezo, como hacía en los años felices de la infancia. Los psiquíatras que leyeran esta novela habrían sonreído ante la trasnochada imagen romántica, pero cuando Bleuler y Jung enseñaron ideas semejantes, aparecieron como una novedad sorprendente.

Cualquiera que sea su novedad y originalidad, un trabajo creador forma casi siempre parte de una tendencia contemporánea; cristaliza un gran número de ideas que yacían esparcidas. *La interpretación de los sueños* de Freud apareció en un momento en que el interés público estaba vivo a causa del gran número de obras sobre los sueños; sus *Tres ensayos sobre la teoría sexual* se publicaron en 1905, entre otros muchos escritos sobre patología sexual aparecidos a partir de 1880; *Totem y tabú* se editó también en un momento en que los historiadores, etnólogos y psicólogos veían el totemismo como una fase decisiva en la reconstrucción hipotética de la historia de la humanidad. Es extremadamente difícil valorar hasta qué punto un trabajo de los que hacen época inaugura realmente una revolución cultural, o si ésta no es debida a la encarnación de una tendencia ya existente.

Retrocedemos, por tanto, a la paradoia que fue el punto de partida de nuestra investigación, es decir, el hecho de que la psiquiatría dinámica sufrió una sucesión aparentemente incoherente de vicisitudes con fases de rechazo y resurgimiento, en contraste con el curso constante de evolución de las ciencias físicas. En este punto debemos reseñar que existen más diferencias básicas que distingue la psiquiatría dinámica de las restantes ciencias.

La ciencia moderna es un cuerpo unificado de conocimiento en el que cada una de ellas goza de autonomía y está definida por su objeto y su metodología específica; el campo de la psiquiatría dinámica, por el contrario, no está claramente delimitado, tiende a invadir el de las otras ciencias, cuando no a revolucionarlas. Freud insistió en que «el fundador del psicoanálisis debe ser la persona mejor cualificada para juzgar lo que éste era y lo que no era»[56]. Tal punto de vista es extraño a la ciencia moderna; nadie podía imaginar a Pasteur, por ejemplo, declarando ser el único en decidir lo que era y lo que no era bacteriología, mientras que sería perfectamente normal que Heidegger afirmara que él era el único capaz de definir lo que era y lo que no era la filosofía heideggeriana.

Dentro de una ciencia unificada, el término «escuela» designa simplemente la agrupación temporal de unos cuantos alumnos alrededor de un maestro que trabaja según una nueva línea, todavía no incorporada por completo al cuerpo general de conocimiento. Tal fue, por ejemplo, la «es-

[56] Ernest Jones. *The Life and Work of Sigmund Freud*, II, Nueva York, Basic Books, 1955, pág. 362.

cuela» de Pasteur antes de que sus descubrimientos se hicieran de conocimiento común. Entre los fundadores de la moderna psiquiatría dinámica notamos que sólo uno, Janet, permaneció fiel a la tradición de la ciencia unificada. Aunque fue el cofundador de una sociedad psicológica y de una revista psicológica, y aunque creó una poderosa síntesis psicológica, nunca se le ocurrió fundar un «movimiento» o una «escuela». Esperó que sus enseñanzas se integraran en la disciplina de la psicología, del mismo modo que Pasteur había esperado que sus descubrimientos se integraran en la medicina. Hablando de Freud, Adler y Jung notamos que, por el contrario, con ellos el término «escuela» adopta el significado que tenía en las «escuelas filosóficas» de la antigüedad greco-romana [57]. Este regreso del concepto de ciencia unificada al de «escuelas» independientes es una novedad extraordinaria que no parece haber atraído la atención que merece.

Todas estas paradojas encubren otra más profunda, el contraste entre los cometidos de la psiquiatría dinámica y de la psicología experimental. La ciencia moderna está basada en la experimentación, la cuantificación y la medición, no solamente en la física, sino en todo el campo del alma humana. En esa perspectiva, la psiquiatría dinámica está sin duda abierta a la crítica. ¿Quién ha sido capaz de medir la libido, la fuerza del ego, el superego, el anima, la individuación, etc.? La existencia real de estas entidades nunca se ha demostrado. Pero para los psiquíatras que se dedican exclusivamente a tratar con sus pacientes en la situación psicoterapéutica inmediata, estos términos no son conceptualizaciones abstractas; son realidades vivas cuya existencia es mucho más tangible que las estadísticas y cálculos de los investigadores experimentales. Jung, que pasó años desarrollando el test de asociación de palabras, declaró posteriormente: «El que quiera conocer la mente humana no aprenderá nada, o casi nada, de la psicología experimental» [58]. Hans Kunz explicó por qué los freudianos no aceptaban las objeciones de los epistemólogos: «Porque los psicoanalistas han experimentado la verdad del psicoanálisis de una forma tal que trasciende ampliamente en fuerza y convicción a la evidencia usual de las ideas formuladas lógicamente... Difícilmente abandonarían sus convicciones en los campos de la evidencia incomparablemente menor de la lógica formal» [59].

En realidad, tenemos que enfrentarnos a dos conceptos de realidad opuestos, y parecería que el campo de la vida psíquica se puede enfocar desde dos lados, ambos legítimos: bien con la técnica exacta de la medi-

57 Ver cap. I, págs. 64-66.

58 Ver cap. IX, pág. 781.

59 Hanz Kunz, «Die existentielle Bedeutung der Psychoanalyse in ihrer Konsequenz für deren Kritik», *Der Nervenarzt*, III (1930), 657-668.

ción, cuantificación y experimentación del especialista en investigación, o con el enfoque inmediato, no cuantificable, del psicoterapeuta dinámico.

El psicoterapeuta dinámico se enfrenta así con lo que Jung denomina existencias psíquicas o realidades psíquicas. Pero ¿qué son exactamente las realidades psíquicas? Sólo nos preocupamos aquí de las descubiertas en el proceso de la enfermedad creadora o en el trabajo diario de los psicólogos profundos. Aun así, hay variados tipos de realidades psíquicas, muchas veces contradictorias e incompatibles entre sí, aunque dotadas del mismo carácter de certeza para quienes trabajan con ellas. Sería vano, por ejemplo, tratar de reducir la psicología analítica de Jung al psicoanálisis de Freud o viceversa, no menos que intentar reducir cualquiera de ellas al marco conceptual de la psicología experimental. Y se pueden concebir muchos otros sistemas dinámicos [60].

La coexistencia de dos enfoques mutuamente incompatibles para el conocimiento de la psique humana choca con la tendencia a la unidad del científico. ¿Mantendremos el principio de la unidad de la ciencia sacrificando la autonomía de los nuevos sistemas dinámicos, o mantendremos estos sistemas (y posiblemente otros que surjan en su estela) y consideraremos el ideal de la ciencia unificada como un noble sueño? Una respuesta a este dilema la pueden proporcionar los esfuerzos combinados de psicólogos y filósofos. En nuestro estudio de la exploración del inconsciente hemos visto que los psicólogos se han preocupado fundamentalmente por sus aspectos conservadores, disolutivos y creadores, mientras que después de Flournoy se ha prestado poca atención al inconsciente mitopoético [61]. Una nueva investigación de este campo todavía poco explorado podría arrojar una nueva luz sobre muchos problemas oscuros. Por otra parte, sería de desear que los filósofos extendieran sus reflexiones sobre la noción de realidad psíquica y definieran su estructura (como hizo Heidegger para la estructura de la existencia humana en contraste con la de los objetos materiales y manufacturados). Entonces tendríamos la esperanza de alcanzar una síntesis superior y de elaborar un marco conceptual que se ajustara a las rigurosas demandas de la psicología experimental y a las realidades físicas experimentadas por los exploradores del inconsciente.

---

[60] Sistemas potenciales de psiquiatría dinámica fueron concebidos, por ejemplo, por Arthur Schnitzler, cap. VII, pág. 473; Léon Daudet, cap. IX, pág. 731, y André Breton, cap. X, págs. 942-945.

[61] Ver cap. V, pág. 373.

RECONOCIMIENTOS

El autor desea expresar su agradecimiento a las personas y entidades siguientes: Comité Judío Americano, por la obra de Stanley Edgar Hyman, «Freud and Boas: Secular Rabbis?», reimpreso de *Commentary* (marzo 1954), págs. 264-267, por el Comité Judío Americano. *American Journal of Psichiatry,* por los resúmenes de la obra de Ernest Harms «Pierre M. F. Janet, 1859-1947», CXV (1959), 1036-1037. *American Journal of Psychotherapy,* por la obra de H. F. Ellenberger «Charcot and the Salpêtrière School», *American Journal of Psychotherapy,* XIX (abril 1965), 253-267. Asociación para la Investigación de las Enfermedades Nerviosas y Mentales, Nueva York, por los extractos de la introducción de la traducción de A. Brill a la obra de C. G. Jung *The Psychology of Dementia Praecox,* Nervous and Mental Disease Monograph Series, núm. 3, 1936. Bailliere, Tindall y Cassel Ltd., Londres, por los extractos del trabajo de Siegfried Bernfeld «Sigmund Freud, M. D.», *International Journal of Psychoanalysis,* XXXII (1951), 204-217. Grune and Stratton, Inc., por la obra de Ilse Bry y Alfred Rifkin «Freud and the History of Ideas», en Jules H. Masserman, ed. *Science and Psychoanalysis,* V, Nueva York, Grune and Stratton, 1962. *Journal of the History of Behavioral Sciences,* por los resúmenes del trabajo de H. F. Ellenberger «The Pathogenic Secret and Its Therapy», *Journal of the History of Behavioral Sciences,* II (enero 1966), 29-42. Liveright Publishers, Nueva York, por extractos de la obra de Fritz Wittels *Freud and His Time,* Nueva York, Liveright, 1931, pág. 17. The Menninger Foundation, por extractos del trabajo de H. F. Ellenberger «Fechner and Freud» y «The Ancestry of Dynamic Psychiatry», *Bulletin of the Menninger Clinic,* XX (1956), 201-214, 288-299; y «The Unconscious Before Freud», XXI (1957), 3-15, por la Menninger Foundation.

ÍNDICE DE LAMINAS

Págs.

Franz Anton Mesmer 113
«El baquet de Mesmer» 113
Amand-Marie-Jacques de Chastenet, marqués de Puységur 129
Puységur inclinado hacia el olmo «magnetizado» de Buzancy 129
Justinus Kerner 129
Friedericke Hauffe 129
Gustav Theodor Fechner 225
Johann Jakob Bachofen 225
Jean-Martin Charcot 241
Pintura de Charcot en su clínica, por A. Brouillet 241
Josef Breuer 337
Bertha Pappenheim 337
Théodore Flournoy 337
Théodore Flournoy con su médium «Hélène Smith» 353
Moritz Benedikt 353
Richard von Krafft-Ebing 465
Charles Richet 465
Ambroise Liébeault 481
Hippolyte Bernheim 481
Auguste Forel 481
Paul Dubois 481
Eugen Bleuler 481
Adolf Meyer 481
La familia de Pierre Janet 593
Pierre Janet en su jardín 593
Pierre Janet en la cúspide de su fama 609
Estatutos de la Fundación Breuer 609
Página primera del número del 28 de octubre de 1886 del *Boletín de la Real Sociedad Imperial de Médicos de Viena,* donde se analiza el trabajo de Freud sobre la histeria 609

Págs.

Sigmund Freud en 1891, a los treinta y cinco años 737
Freud caminando por Viena 737
Alfred Adler 753
Alfred Adler y sus hermanos 753
C. G. Jung el Viejo 865
Carl Gustav Jung 865
Jung pensativo 881
Rev. Oskar Pfister 881
Dr. Alphonse Maeder 881
Hermann Rorschach 977
Ludwig Binswanger 977

ÍNDICE DE AUTORES

Los dos índices de este libro fueron preparados por la Sra. Margaret Karaivan

Abdul Hamid II, 611, 863, 897, 900, 911.
Abraham, Karl, 484, 570, 619, 633, 783, 899, 902, 982.
Abrahamsen, David, 880.
Ach, Narziss, 367.
Acher, 921.
Achilles (paciente de Janet), 390, 424-425, 454, 468, 471, 864, 871.
Ackerknecht, Erwin, 18, 61, 64, 72, 231, 749.
Adler, Albert, 645.
Adler, Alexandra, 19, 656, 664, 667, 699.
Adler, Alfred, 15, 16, 19, 214, 264, 280, 284, 308, 320, 322, 340, 378, 468, 480, 517, 520, 521, 530, 591, 594, 599, 632, 633, 637, *641-734*, 735-736, 742, 786, 788, 800, 806-808, 811, 823, 837, 894, 905, 909, 919, 925, 932, 937, 957, 961-963, 965, 968, 970, 973-975, 978, 989-991, 993, 997, 999; asociados:
Bachofen, 264, 689, 711; Benedikt, 643, 654, 655, 699, 707; Bleuler, 685; Darwin, 280, 711; Freud, 214, 284, 308, 320, 340, 517, 520, 530, 591, 594, 599, 632, 633, 637, 641-642, 644, 646, 647, 650-651, 653, 654, 656-659, 664, 665, 667, 668, 671, 672-674, 679, 680, 682-683, 685, 686, 692, 698-700, 707-711, 717, 721, 722, 730, 732-734, 788, 925, 968, 993; Jahn (*ver* Jahn); Janet, 468, 651, 669, 685, 697, 713, 989; Jung, 214, 308, 320, 340, 667, 735, 736, 788, 800, 806-808, 811, 823, 970; Krafft-Ebing, 654, 707; Marx, 284, 680, 686, 688, 689, 707, 711; Nietzsche, 322, 680, 685, 686, 691, 712, 715, 721; Smuts (*ver* Smuts); Stekel, 520, 657-658, 660, 671-675, 905; Vaihinger, 683-685, 712-713, 997; Wagner-Jauregg, 658-659.
estudios biográficos sobre, 652, 654-655, 718; infancia y juventud, 642, 651-653, 665; ciudadano de Viena, 651, 664; repulsa colectiva de la originalidad de su obra, 730-734; contemporáneos, 671-675; conversión al protestantismo, 643, 656, 670; casa de campo, 646, 649, 663, 664, 673; muerte y entierro, 641, 649, 665, 733, 978; ambiente familiar, 642-651; primeros recuerdos, 666; sobre la Revolución francesa, 698; ciudadanía húngara, 648, 654; psicología individual, 658, 663, 686-699; movimiento psicológico individual, 522, 671, 720, 721, 920, 957, 968, 973; influencia, 720-734:
sobre la psiquiatría existencial, 726;
sobre el neo-psicoanálisis, 722-725, 975; sobre el psicoanálisis, 721-722, 725; sobre la psicología, 727-730;
ambiente judío, 15, 480, 643-644, 650-651, 669, 672; desarrollo posterior de sus teorías, 703-706; giras de conferencias, 663, 664-665; leyenda, 656, 732-734; marco vital, 641-642; matrimonio e hijos, 655, 656, 664, 669-670, 706; vocación y estudios médicos, 644, 653-654; vida militar, 654, 655, 656, 660; participación en congresos, 961, 963; y pacientes, 993; personalidad, 665-671, 706, 990; opiniones filosóficas, 705; período prepsicoanalítico, 657, 675; solicitud de Privat-Dozent, 658-659, 667; período psi-

coanalítico, 517, 520, 680-683, 905, 909; psicoterapia, 699-703; opiniones religiosas, 670, 705-706; establecimiento en Estados Unidos, 642, 648, 664, 669, 670, 966; constelación de hermanos, 16, 645-651, 666, 709, 990; sobre medicina social, 659, 665, 675-680, 685; opiniones socialistas, 659, 661-663, 665, 670, 677; fuentes, 706-720, 990, 997; instituciones pedagógicas. terapéuticas, 662-663, 701-703; teorías:

axiomas básicos, 686, 689; sentimiento de comunidad, 322, 651, 686-690, 692, 694-695, 696, 702, 704, 705, 707, 711, 712, 714, 715, 719, 720, 726, 729; compensación, 280, 599, 681-682, 711, 720, 722, 725, 991; curso de la vida humana, 694-695; delito, 697-698, 704, 729-730; desarrollo dialéctico de, 689-690; sobre los sueños, 694, 808, 823; educación, 663, 679-680, 719; homosexualidad, 680, 697, 704; hipnosis, 693; complejo de inferioridad, 690, 709, 714, 729-730, 991; sentimiento de inferioridad, 322, 331, 468, 683-684, 690-691, 695, 704, 705, 709, 711, 714, 722, 725, 728-729, 732; protesta masculina, 264, 657, 659, 670, 674, 683, 685, 689, 696, 700, 706, 711, 720, 723, 729, 800; enfermedades mentales, 696-697; neurosis, 659, 683-686, 689, 712, 811; inferioridad orgánica, 659, 666, 673, 680-683, 684, 690, 696, 706, 711, 720, 722, 729, 991; diagnóstico psicológico práctico, 693-694; inconsciente, 708-709; guerra, 660-661, 689-690; mujer, 340, 689.

tipología, 695, 704; experiencias de guerra, 660-661, 932; obras:

Salud y educación, 658; *Libro de la salud del oficio de sastre*, 16, 656, 659, 675-677, 711; *El carácter nervioso*, 658, 659, 670, 683, 685, 689, 699; *El otro lado*, 661, 937; *Interés social: Un desafío a la humanidad*, 703-705; *Estudio de la inferioridad orgánica*, 657, 681-682, 894; *Conocimiento de la naturaleza humana*, 663, 686, 703, 714, 962; *Lo que la vida debería significar para usted*, 729.

Adler, Anna, 699.
Adler, Cornelia (Nelly), 657.
Adler, David, 644, 677.
Adler, Ernst T., 648.
Adler, Gerhard, 743, 970.
Adler, Hermine, 649.
Adler, Ignaz, 645.
Adler, Irma, 649.
Adler, Julius, 645.
Adler, Justine, 650.
Adler, Kurt F., 648, 657.
Adler, Leopold, 644-647, 648.
Adler, Ludwig, 645.
Adler, Max, 643, 649.
Adler, Moriz, 645.
Adler, Pauline, 645, 646, 647.
Adler, Richard, 643, 650.
Adler, Rudolf, 649, 653.
Adler, Salomón, 645.
Adler, Sigmund, 643, 646, 648-649, 653.
Adler, Simon, 644.
Adler, Valentine Dina, 656, 665.
Adler-Epstein, Raissa, 655, 656, 658, 664, 669-670.
Adriano, 66.
Agassiz, Louis, 544-545.
Agrippa, Cornelius, 141.
Agustín, san, 8, 67, 156, 162, 240, 514, 788.
Aichhorn, August, 699, 937-938, 958.
Aimé, Henri, 337.
Alain, Emile Chartier, denominado, 929, 933.
Albrecht, Adelbert, 527, 902.
Aldenhoven, H., 44-45.
Alejandra (emperatriz), 867.
Alejandro II (zar), 300.
Alejandro III (zar), 863.
Alejandro III de Servia, 474, 884, 927.
Alejandro de Yugoslavia, 964, 969.
Alejandro, el zar, 99.
Alekan, 385.
Alexander, Franz, 536, 962, 964, 976.
Alexis (médium), 178, 191.
Alt, Conrad, 896.
Altherr, 773.
Altschule, Mark D., 46, 286.
Amacher, Peter, 551.
Amadou, R., 113.
Anaximandro, 272, 831.
Andersson, Ola, 485, 559, 560.
Andler, Charles, 261.
Andreas-Salomé, Lou, 207, 208, 319, 320-321, 342, 484, 620, 923, 981.

Angell, Norman, 279.
Annaka, 487.
Anna O. (paciente de Breuer), 329, 480, 490, 507, 552-560, 563, 565, 622, 685-686, 870, 995, 996.
Ansbacher, Heinz, 19, 707, 710.
Ansbacher y Rowena, 705, 721.
Ansel Bourne (paciente de W. James), 165.
Anton, G., 853.
Anzieu, Didier, 509.
Aragon, Louis, 134, 941-942.
Arber, Agnes, 240.
Aristóteles, 65, 66, 363, 557, 709.
Armande (paciente de Binet), 408.
Armer, Laura Adams, 52.
Arnim, Achim von, 341.
Aron, Willy, 482, 486.
Arp, Hans, 933.
Arréat, Lucien, 354, 581.
Asch, Sholem, 544.
Aschaffenburg, Gustav, 749, 778, 892, 895, 903.
Aschenbrandt, 494.
Ashton, T. S., 225.
Ashton-Gwatkin, Frank T., 974.
Assenmacher, Johannes, 801.
Atkinson, James Jasper, 278, 610.
Azam, Etienne Eugène, 167-168, 850, 869.

Baader, Franz Xaver von, 108, 240, 825.
Babinski, Joseph, 125, 131, 133, 393, 407, 469, 850, 856, 859, 860, 881-882, 891, 931.
Bacon, Francis, 303, 388, 410, 462.
Bachelard, Gaston, 233.
Bachofen, Johann Jakob, 14, 254, *258-264*, 265, 267, 304, 305, 320, 339, 631, 689, 711, 738, 822, 825; influencia sobre la psiquiatría dinámica, 263-264.
Badt-Strauss, Bertha, 231.
Baelz, Ludwig von, 33, 34.
Baer, Karl Ernst von, 343, 545.
Baeumler, A., 261, 263.
Bagiusky, 497.
Bahr, Hermann, 329, 531, 867.
Bailey, Percival, 535-536.
Baillarger, 463.
Bailly, 89, 98.
Bakan, David, 619, 633.
Bakunin, Michel, 262, 269.
Baldensperger, Fernand, 196, 227.
Baldwin, James Mark, 302, 400, 404, 465-467.
Balzac, Honoré de, 196, 207, 313, 329, 524.
Ball, Hugo, 933.
Ballet, 855.
Ballou, Robert O., 373.
Bally, Gustav, 757.
Bamberger, Heinrich von, 501-503, 538.
Barany, 480.
Barbier, C. le, 48.
Barclay, James Ralph, 630.
Barrès, Maurice, 377, 849.
Barrett, William, 367.
Barrow, E., 118.
Bartels, Max, 22, 59.
Barth, Karl, 766-767, 772.
Barth, Rev., 39, 40.
Barthou, 969.
Baruk, Henri, 468, 984.
Basedow, Herbert, 58.
Bashkirtseff, Marie, 981.
Basílides, 753.
Bastian, Adolf, 21, 22, 55, 547, 826.
Batthyaniy (conde), 476.
Baudelaire, Charles, 124, 606.
Baudouin, A., 131.
Baudouin, Charles, 19, 322, 796.
Bauer, Ludwig, 966.
Baumeyer, Franz, 617.
Baynes, C. F. y H. G., 964.
Beard, Charles A., 283.
Beard, George M., 128, 287-290, 302, 464.
Beaucoudrey, Elizabeth G. de, 205.
Beauchamp, srta. (paciente de Morton Prince), 170-171, 180, 875.
Beaumarchais, 218.
Beaunis, Henri-Etienne, 118.
Bebel, August, 262, 264, 284, 340, 689, 711.
Beccaria, Cesare, 231.
Bechterev, Vladimir, 118, 309, 963.
Beckh-Widmanstetter, Hans, 19, 644, 646, 649, 651-655, 657, 659, 660, 742, 880.
Beer, Elisabeth (Libussa), 645.
Beer, Hermann, 644-646.
Beer-Hofmann, Richard, 329.
Beer, Julius, 645.
Beethoven, Ludwig van, 243, 646.
Béguin, Albert, 240.
Bellamy, H. S., 974.
Benedetti, Gaetano, 41, 42.
Benedikt, Moritz, 15, 70, 71, 126, 176, 209,

210, 306, 308, 311, 348, 349, 351, 354, 480, 489, 490, 496, 502, 532, 561, 563, 565, 600, 606, 622, 623, 634, 638, 643, 654, 655, 699, 707, 805, 839, 853, 855, 859, 860, 865, 872;
asociados:
Charcot, 126, 311, 496, 502; Krafft-Ebing, 308, 348-349, 859; *ver también* Adler, Freud;
concepto de vida de fantasía, 565, 606, 623, 853:
hipnosis, 209-210, 308, 839; histeria, 177, 351, 502, 563, 565, 855, 860; secreto patógeno, 70-71, 351, 561, 600, 606, 623, 805, 859;
datos acerca de sus contemporáneos, 306, 348-349, 489-490; ambiente judío, 475-480, 532, 643; vida y carrera, 311;
uso de la palabra libido, 351, 354, 872.
Benn, Gottfried, 278.
Bennet, E.-A., 742, 761.
Bennett, J. H., 110.
Benoit, Pierre, 799, 826.
Bentham, Jeremy, 712.
Benz, Ernst, 240, 319.
Benz, Richard, 234.
Ber de Bolechow, 477.
Bergasse, Louis, 85.
Bergasse, Nicolas, 85, 87-88, 89, 90, 92, 98.
Berger, Alfred von, 866.
Berger, Hans, 966, 970.
Bergson, Henri, 205, 206, 210, 242, 302, 377, 384, 392, 406-407, 431, 453, 460, 466, 548, 705, 768, 821, 844, 849, 879, 881, 921, 926, 978.
Bérillon, Edgar, 847, 874, 922.
Bernard, Claude, 455, 464.
Bernays, Jacob, 557.
Bernays, Martha (*ver* Freud).
Bernays, Minna, 505.
Bernays-Heller, Judith, 487.
Berne, Eric, 728.
Bernfeld, Siegfried, 258, 482, 484, 485, 487, 489, 490, 493, 571, 572, 1001.
Bernfeld, Suzanne, 485, 487.
Bernhardi, Friedrich von, 910.
Bernheim, Hippolyte, 13, 14, 116, 117, 118, 119, 130, 133, 136, 141, 146, 148, 184-185, 187, 193, 201, 209, 210, 211, 331, 337, 369, 377, 387, 389, 506, 541, 559, 560-561, 600, 626, 838-840, 845, 847, 850-853, 855, 860, 863, 864, 869, 872, 888, 902, 905, 906, 919, 979;
asociados:
Liébeault, 116-117, 506, 559, 839, 845; *ver también* Charcot, Freud;
declinar de su escuela, 119, 905, 906; jefe de la escuela de Nancy, 116-117, 136, 331, 838, 847, 863-864, 869, 872, 888; ilusiones acerca de su trabajo, 116, 130, 193; jubilación y resignación, 905, 919; vida y carrera, 117; caricaturizado, 133; participación en congresos, 389, 851-852, 906; personalidad, 118; relación, papel dominante de la, 187; teoría de la hipnosis, 117, 541, 839, 850.
sobre el delito inducido hipnóticamente, 201, 840, 855; ideodinamismo, 181-183, 184, 185, 337, 851; amnesia poshipnótica, 119, 140, 600, 626; sugestión poshipnótica, 140, 626; recuerdos sugeridos, 146, 201; simulación inconsciente, 210.
métodos terapéuticos:
hipnosis, 136, 210, 369, 850; terapia dirigida por el paciente, 185; curas psicosomáticas, 979; sugestión en estado vigil, 185, 369, 863;
uso de la palabra «psicoterapia», 377, 863; trabajos, 845.
Bernouilli, Albrecht K., 261.
Bersot, Ernest, 383, 409.
Berteaux, Pierre, 742.
Bertha Pappenheim (*ver* Anna O.).
Berthelot, Marcellin, 812.
Bertrand, Alexandre, 102, 103, 116, 139, 140, 147, 190, 219, 220, 387, 412, 464.
Bertrand, François-Louis, 407.
Besser, Jochen, 973.
Bezzola, D., 895.
Bianquis, Geneviève, 314.
Biäsch, 692.
Bichat, Xavier, 629.
Bierer, Joshua, 703.
Billy, André, 294, 328.
Binder, Hans, 173.
Binet, Alfred, 161, 172, 175, 177, 178, 204, 348, 349, 351, 373, 392, 406, 407, 409, 431, 466, 777, 791-792, 822-823, 848, 850, 852, 865, 866, 875, 888, 890-891.
Binet, Armande, 791-792.

Binet, Marguerite, 791-792.
Bini, L., 974.
Binswanger, Ludwig, 19, 361, 408, 521, 595, 615, 640, 726, 894, 952, 967, 978, 979-981.
Binz, Carl, 363.
Biran, Maine de (*ver* Maine de Biran).
Bircher (Birche-Benner), Max., 162, 163, 956, 962, 968, 974.
Birkeli, E., 48.
Birnbaum, Ferdinand, 702, 726.
Bismarck, 266, 297, 533.
Bittel, Karl, 79, 80, 82, 91.
Bitzius, Albert (*ver* Gotthelf, Jeremías).
Bjerre, Poul, 118, 183-184.
Blake-Palmer, G., 45.
Blanche, Emile-Antoine, 862.
Blanche Wittmann (paciente de Charcot), 130, 131, 133, 869, 995, 966.
Blériot, 900.
Bleuler, Eugen, 143, 254, 287, 330, *331-335*, 366, 398, 433, 467, 468, 520, 537, 566, 604, 624, 638, 685, 747-750, 756, 760, 778-781, 791, 822, 828, 872, 884, 891, 892, 894, 902, 907-909, 923-925, 949-950, 952, 956, 967, 988, 995, 998; asociados:
Binswanger, 952, 967; Charcot, 332; Forel, 143, 330, 331, 333, 872; Janet, 334, 398, 433, 467-468, 908; psiquíatras románticos, 254, 624, 998; Rorschach, 950; *ver también* Adler, Freud, Jung; ambivalencia, 907, 908.
Burghölzli, director del, 333, 747, 872, 884, 891, 894; psicología profunda, raíces del término, 566; hipnosis, experiencia subjetiva en la, 143; vida y ambiente, 331, 332; experimentos mediumnísticos, 756; psiquiatría órgano-dinámica, 287, 333; pacientes, dedicación a los, 332, 604, 747, 828; personalidad, 537, 747; psicoterapia de las psicosis, 335; teoría del psicoide, 366, 467, 949, 956; teoría de la esquizofrenia, 332, 333, 334, 433, 778, 779, 884, 891, 892, 908-909, 988; tipología, 791.
Bleuler, Manfred, 331-332, 398, 747, 760.
Blin, George, 714.
Bloch, Iwan, 348.
Blondel, Maurice, 406.
Blondot, 308.
Blüher, Hans, 517, 883, 905-906, 918, 932.
Blum, Léon, 971.
Blumhardt, Johann Christoph, Rev., 37-41, 287, 866, 995, 996.
Blumhardt, Pfarrer, 40.
Boas, Franz, 28, 532, 901.
Böcklin, 518, 519.
Böckmann, 101.
Boehme, Jakob, 240, 247, 365, 825.
Böhler, Eugen, 762, 833.
Böhm, 968.
Bois, Jules, 133, 200.
Bois-Reymond, Emil du, 274.
Boisdulier, Vizconde de, 18, 222.
Bölsche, Wilhelm, 348.
Bonaparte, Marie, 396, 523, 973.
Bonaparte, Napoleón, 99, 123, 196, 226, 235, 267, 297, 312, 403, 440, 528.
Bonjour, Dr., 210.
Börne, Ludwig, 476, 535, 607, 609, 628.
Bosshardt, 331.
Boswell, James, 226.
Bottome, Phyllis, 644, 646-650, 652, 656, 664, 666-667, 668-670, 697, 698, 706-709, 990-991.
Bouchard, Charles, 129, 856.
Bougainville, Louis Antoine de, 216.
Boulanger, general, 841, 844, 847, 848.
Boulanger, Nicolas Antoine, 233, 261.
Bourdin, Claude Etienne, 151.
Bourgeois, Abbé, 75, 139.
Bourget, Paul, 132, 196, 204, 326, 535, 802, 849.
Bourneville, 125.
Bourru, Henri, 161, 851.
Bousquet, G. H., 625.
Boutroux, Emile, 388, 409, 460.
Braatz, 899.
Brachfeld (*ver* Oliver-Brachfeld).
Braid, James, 109, 110, 114, 139, 141, 148, 187, 192, 874.
Bramwell, Milne, 118.
Brann, Hellmut W., 339.
Breitner, Burghard, 499.
Brentano, Clemens, 105, 106, 195, 629.
Brentano, Franz, 491, 629-630, 769.
Brentano, Lujo, 629.
Bressler, Johann, 866.
Breton, André, 152, 527, 941-945, 1000.
Bretonne, Restif de la, 346.
Brettauer, 495.
Breuer, Dora, 555, 556.
Breuer, Josef, 15, 18, 119, 177, 212, 329, 369,

468, 470, 478-480, 490-492, 497, 505, 507, 508, 512, 513, 521, 532, 538, 542, 547, 552-561, 563-565, 574-575, 600, 622-623, 626, 769, 839, 860, 864-870, 872, 875, 879, 886, 888, 889, 895, 896, 897, 901, 907, 910, 915-917, 923, 929, 962, 995; Fundación Breuer, 15, 18, 491, 911; método catártico (*ver* psicoterapia, dinámica moderna); experimentos con Anna O. (*ver* Anna O.); ambiente judío, 475-480, 531-532; vida, 490-491; Escuela de Nancy, 872; personalidad, 490-491, 532; investigación fisiológica, 491; y Steiner, 769, *ver también* Freud; teoría y tratamiento de la histeria, 177, 507, 554-555, 561, 563-564, 600, 868, 875, 889, 895-896, 907, 915; utilización de la hipnosis, 839; Primera Guerra Mundial, 929.

Breuer, Käthe, 18, 480, 491, 911, 929.

Breuer, Leopold, 478-479, 480, 490.

Breuer-Freud: obras conjuntas:
Comunicación preliminar, 67, 369, 468, 470, 507, 538, 561, 563, 564, 422-623, 626, 860, 864, 865; *Estudios sobre la histeria*, 369, 468, 507, 508, 512, 542, 563, 574, 600, 627, 865-866, 868, 870, 888, 897, 924.

Briand, Marcel, 851.

Brieux, 339.

Brill, A. A., 894, 898, 900, 921, 1001.

Briner, Mary, 816.

Brinkmann, Donald, 365.

Briquet, Paul, 151, 173, 175, 177, 351, 431, 842.

Brissaud, 548.

Brockdorff, Barón Cay von, 230.

Brodie, B. C., 121.

Brouardel, 855.

Brouillet, Pierre Aristide André, 131.

Brown-Séquard, Edouard, 336, 337, 343-344, 849.

Browning, Robert, 197.

Brücke, Ernst, 307, 489-490, 492, 496, 510, 513, 516, 545, 551, 552, 622, 629.

Brugsch, Heinrich, 56.

Brühl, Carl, 488.

Brun, Rudolf, 597.

Bruno de Jésus-Marie, P., 454, 455.

Brunschvicg, Léon, 587.

Brunschwig, Henri, 194, 235.

Brunswick, Mack R., 632.

Bry, Ilse, 518, 520, 878-879, 882, 890, 1001.

Bryant, George H., 492, 911.

Buber, Martin, 954.

Büchner, Ludwig, 269, 374, 375.

Bucknill, 128.

Bué, 128.

Bullitt, 523.

Bullock, Malcolm, 936.

Bunsen, Robert, 513.

Burckhardt, Carl, 835.

Burckhardt, Jakob, 227, 261, 738.

Burckhardt, Max, 880.

Burdin, Claude, y Dubois, Frédéric, 104, 147.

Bürgerstein, Leo, 901.

Burot, P., 161, 851.

Burr, Anna R., 289.

Burt, Cyril, 951.

Burton, Robert, 990.

Buschan, Georg, 22.

Butler, Samuel, 366, 717.

Buxbaum, Edith, 509.

Cabot, Richard, 900.

Caen, 464.

Cagliostro (Giuseppe Balsamo), 90, 197.

Calvino, 382, 767.

Cameron, D. Ewen, 703.

Camus, Jean, 889.

Cannon, 979.

Capgras, Joseph, 588.

Carlos (emperador), 931.

Carlos de Portugal, 898.

Carpenter, Paula, 829.

Carrard, Alfred, 953.

Carré, Henri, 217.

Carrouges, M., 942.

Carter, A. E., 325, 327.

Carus, Carl Gustav, 9, 240, 241, 244-245, 247, 365, 631, 757, 824, 954.

Cassirer, Ernst, 230, 231, 232, 246.

Castiglione, Baldassare, 228.

Catalina la Grande, de Rusia, 77.

Cavé, Madeleine, 470.

Cerletti, Ugo, 974.

Cicerón, 148, 404.

Claassen, Ria, 343.

Claparède, Edouard, 370-371, 785, 877, 890, 891, 900, 953.

Claretie, Jules, 126, 132, 202, 328.

Clarke, J. Michell, 860, 865.

Clarke, R. C., 898.

Claus, Carl, 489, 544.
Cleckley, Hervey L., 173.
Clements, Forest E., 23, 62-63.
Cocks, T. G. B., 297.
Cocteau, Jean, 732.
Cohen, Morton, 799.
Colsenet, Edmond, 179.
Colón, 79, 866.
Comte, Auguste, 266, 336, 394.
Condillac, Etienne de, 411, 462-463.
Condorcet, Antoine, 226, 227, 266.
Cook, 901.
Cook, Florence (médium), 113.
Copérnico, 274.
Cornford, F. M., 831.
Cornillier, P. E., 777.
Corriat, 922, 923.
Cory, Charles E., 163-164.
Cotard, 125.
Coué, Emile, 213, 952.
Court de Gébelin, Antoine, 89, 216, 233.
Cowles, Edward, 393.
Cox, George W., 586-587.
Cranston, Ruth, 53.
Cresson, André, 463.
Creuzer, Friedrich, 236, 783, 784, 795, 825.
Crocq, Dr., 201, 210, 211, 847.
Crookes, Sir William, 113, 746.
Crookshank, F. G., 322, 712.
Cuendet, H., 371.
Curran, Mrs. (médium), 199, 200, 207.
Custance, John, 828.
Cuvelier, André, 570.
Czermack, Johann, 305, 498.

Chabaneix, Paul, 207.
Chambard, Ernest, 348.
Chamberlain, Houston Stewart, 326, 973.
Chambige, Henri, 848.
Champollion, Jean-François, 311-312, 733.
Chanuna, rabí, 19.
Chanut, 606.
Charcot, Jean-Baptiste, 124, 132-133, 403.
Charcot, Jean-Martin, 9, 13-17, 23, 73, 74, 117, *120-135*, 136, 141, 146, 153-154, 155, 161, 167, 174-177, 182, 187, 193, 209-211, 214, 311, 332, 336, 348, 350, 351, 369, 373, 384-387, 390-393, 407, 417, 419, 421, 424, 431, 433, 464, 469, 471, 496, 497, 500-507, 510, 511, 513, 541, 552, 559, 561-565, 574, 625-626, 733, 837, 838-844, 846-850, 852, 853, 855, 856, 860-863, 868, 869, 874, 875, 881, 919, 920, 931, 995; *ver también* Escuela de la Salpêtrière, Société de Psychologie Physiologique; asociados:
Babinski, 856, 881, 931; Bernheim, 117, 129, 211, 369, 387, 506, 626, 840; Binet, 373, 407; Bouchard, 129, 856; Briquet, 173-177, 351, 842; Delboeuf, 128, 211, 373, 496; Duchenne, 121; Pasteur, 846; Richer (*ver* Richer); Richet, 121, 839; *ver también* Benedikt, Freud, Janet;
intereses artísticos, 125, 126; centenario, 134; conceptos:
automatismo ambulatorio, 153-155; ensueños, papel atribuido a los, 373; amnesia dinámica, 122; parálisis dinámica, 122, 336, 856; curación por la fe, 123, 856; histeria, 137, 175-177, 351, 431, 496, 504, 562, 565, 626, 848, 855, 868; histeria masculina, 468-469, 500-502, 504, 844; parálisis histéricas, 122, 175, 182, 336; personalidad múltiple, 137, 138, 869; sexualidad y neurosis, 626, 842; fragmentos escindidos de la personalidad, 137, 182, 373, 572; parálisis traumáticas, 122, 495, 500, 505, 840, 844;
muerte y entierro, 132, 390, 392, 860-862; demonología, interés por la, 127; discípulos, 125-126, 129, 133; conceptos dinámicos, cambio a los, 552; enemigos, 128-129, 853-856, 861; fama, 120, 124-128, 175; familia, 124, *ver también* Charcot, Jean-Baptiste; hipnotismo:
reconoce el, 133, 136, 209-210, 369, 384, 638; ilusiones relativas al, 129-130, 192-193, 210, 387, 431, 995; anota los peligros de, 146; estudia el, 121, 130, 141, 369, 995;
como perito judicial, 855, 861; leyenda, 132-133; vida y obra, 120-123; literatura, influencia sobre la, 132; errores metodológicos, 130, 211, 863; estudios neurológicos, 121, 128; caricaturizado, 133; necrológicas, 132, 842, 862; oposición a sus ideas, 133-134, 498-500, 501-504, 840, 844, 853, 855-856; trabajo ante la Académie des Sciences, 117, 384, 838, 846; participación en congresos, 125-

126, 850; pacientes, 124, 126, 127, 130, *ver también* Achilles, Blanche Wittmann, madame D.; personalidad, 123-129; psicoterapia primitiva, interés por la, 23; psicoterapia de las parálisis, 126; psicoterapia de las perversiones sexuales, 350; relación, papel dominante de la, 187; reacción tras su muerte, 133, 134, 393, 433, 469, 862-863, 869, 874, 876, 919; Salpêtrière: nombramiento en la, 120-121; enseñanza, métodos de, 127-128; trabajos no publicados, 132.
Charcot, Jeanne, 841.
Charpignon, Louis Joseph Jules, 102, 142, 145, 147, 187, 190, 200, 464.
Chateaubriand, François René de, 238.
Chavez, Ezequiel A., 395.
Chevreul, Michel, 114, 367, 369.
Cheyne, George, 990.
Chiarugi, 232.
Choisy, Maryse, 536.
Chugerman, Samuel, 340.

Daladier, 973.
Dalbiez, Roland, 575.
Dallemagne, J., 350, 565, 584, 860.
Dalma, Juan, 557.
Dampierre, Barón de, 224.
Danrit, capitán, 881.
Dante, 123, 125, 127, 169, 343, 516, 804, 886.
Danton, 698.
Daquin, 232.
Darkschewitch, 496.
Darwin, Charles, 14, 270, *271-281*, 282, 304, 309, 409, 473, 596, 610, 629, 636, 639, 711, 912, 988.
Darwin, Erasmus, 157, 274, 304, 582.
Daudet, Alphonse, 123, 132, 805, 826, 841, 843, 958.
Daudet, Léon, 123, 132, 133, 307, 827-828, 841, 843, 919, 958-959, 1000.
Daudet, Philippe, 958-959.
Davies, J. N. P., 60.
Da Vinci, Leonardo (*ver* Vinci).
Davis, Gibbs, 970.
Davis, Jackson Andrew, 111.
Déat, Marcel, 357.
Debove, 137, 861.
Debreyne, P. J. C., 145, 344, 346.
Deiters, Heinrich, 268.
Déjerine, J., 389, 393, 469, 547, 889, 891, 900.
Delaage, Henry, 178.
Delacroix, Henri, 463, 547.
Delage, Yves, 364-365, 569.
Delay, Jean, 18, 207, 208, 397, 461, 468, 469, 744.
Delboeuf, Joseph, 128, 211, 373, 496, 842, 844, 850, 852.
De l'Epée, Abbé, 232.
Deleuze, J. P. F., 102, 103, 139, 140, 145, 146, 147, 190, 196, 464.
Delteil, Joseph, 941.
Demócrito, 713.
Demolins, Edmond, 326.
Denert, 913.
Deonna, Wladimir, 371.
De Sacy, Samuel, 606.
Descartes, René, 463, 606, 757, 866.
Desfontaines, Abbé, 259.
D'Eslon (alias Deslon), Charles, 84, 88, 89, 90.
Desmoulins, Fernand, 200.
Desnos, Robert, 943-944.
Despine, Antoine (padre), 102, 159, 160, 161, 172, 184, 464, 557, 994.
Despine, Prosper (hijo), 147, 412, 464, 716.
Dessoille, Robert, 829, 974.
Dessoir, Max, 161, 178, 304, 353-354; 389, 399, 582, 847, 850, 853, 854, 872, 878.
Deutsch, Danica, 729.
Dewey, John, 276.
Dewitt, Norman W., 64.
Diderot, Denis, 84, 216, 318, 321, 614.
Dieterich, Albrecht, 795, 826.
Diethelm, Oscar, 19.
Dionisio Areopagita, 365.
Disertori, Beppino, 169-170.
Dollfuss (canciller), 474, 969.
Dollinger, Philippe, 380.
Donato (Alfred d'Hondt), 114, 148, 211, 385, 839, 845.
Doolittle, Hilda, 528, 529.
Dora (paciente de Freud), 329, 520, 544, 576-578, 588, 601, 890.
Dorer, Maria, 258, 485, 622, 623.
Dorfman, Joseph, 718.
Doris (paciente de W. F. Prince), 171-172, 180.
Dostoievski, Fedor, 199, 315, 535, 618, 667, 685, 719, 802, 963.
Dottrens, Robert, 662.

Drabovitch, W., 466.
Draga de Servia, 884, 927.
Dreyfus, Alfred, 864, 867, 871, 872.
Driesch, Hans, 366, 949, 985.
Drieu la Rochelle, Pierre, 941.
Dubois, Paul, 119, 881, 889, 891, 894, 896, 900, 905, 908, 919.
Dubois-Reymond, Emil, 490.
Duchenne (de Bolonia), Guillaume, 121.
Dujardin, Edouard, 327.
Dulaure, Jacques-Antoine, 586.
Dumas, Alejandro (Alexandre), 101, 196, 197, 524.
Dumas, Georges, 100, 361, 392, 393, 397, 408.
Du Maurier, George, 202, 361.
Dumézil, Georges, 585.
Dumontpallier, 850.
Dunbar, Flanders, 979.
Dunin, Theodor, 883.
Dupanloup, Félix Antoine, 344.
Duplessis, Yves, 942.
Dupond, Robert, 908.
Du Potet (alias Dupotet), barón J., 102, 142, 143, 145, 146, 147, 148, 149, 191, 224, 464.
Dupouy, Auguste, 132.
Dupré, Ernest, 183, 895.
Dupré, J., 384.
Dupréel, E., 612, 988.
Du Prel, Karl, 276.
Durand (de Gros), J. P., 102, 147, 179, 875-876.
Durkheim, Emile, 302, 383, 406, 409, 446, 447, 456, 466, 611, 911.

Eastmann, Max, 284, 527.
Ebenstein, 519.
Ebner-Eschenbach, María, 491, 929.
Economo, Constantin von, 932.
Eddy, Mary Baker, 111.
Edelstein, Emma J., y Edelstein, Ludwig, 54.
Eder, 922.
Edinger, Dora, 553, 554, 556.
Edison, Thomas, 302, 343.
Eduardo VII de Inglaterra, 880, 881, 898, 904.
Eduardo VIII de Inglaterra, 971.
Effertz, Otto, 354.
Egg, Johann Heinrich, 93.
Eglash, Albert, 729.
Ehrlich, Paul, 308, 528, 638.
Ehrlich-Hichler, Leopold, 973.
Einstein, Albert, 620, 890, 910, 969.
Eisenberg, Ludwig, 506.
Eisenhower, general, 977.
Eissler, Kurt R., 18, 485, 518, 519, 536, 537, 540, 616, 636, 880.
Eitingon, Max, 948.
Elena (paciente de Morselli), 168-169, 173.
Eliade, Mircea, 49, 64.
Eliot, George, 531.
Elisabeth von R. (paciente de Freud), 544, 563, 632, 996.
Elkin, A. P., 56, 61.
Elmendorf, William W., 24.
Eluard, Paul, 941, 942, 944, 945.
Ellen West (paciente de Binswanger), 980-981-982.
Ellenberger, Henri, 62, 68, 248, 258, 365, 511, 550, 732, 950, 994, 1001.
Elliotson, John, 110.
Ellis, Havelock, 348, 584, 591, 866.
Ellmann, Richard, 816.
Emerson, Ralph Waldo, 209, 714, 715-716.
Emmy von N. (paciente de Freud), 507, 544, 560, 563.
Empédocles, 272.
Engelbrecht, A., 519.
Engels, Friedrich, 262, 264, 265, 281, 282, 283, 375, 689.
English, O. Spurgeon, 979.
Ennemoser, Joseph, 194, 195, 355.
Enrique de Prusia, príncipe, 91.
Epheyre Charles, *ver* Richet.
Epicteto, 410.
Epicuro, 64, 66, 734.
Erikson, Erik, 515, 829.
Erlenmeyer, Albrecht, 495, 497.
Ermakov, Ivan, 954.
Erman, Wilhelm, 104.
Ermattinger, E., 230.
Ernst, Fritz, 45, 238, 319.
Eschenmayer, A. C. A. von, 75, 108, 109.
Esdaile, James, 110, 142.
Espinas, Alfred, 353.
Esquilo, 199, 261.
Esquirol, Jean-Etienne Dominique, 182, 337, 989.

Estelle (paciente de Antoine Despine), 160-161, 184, 557, 994.
Estève, Louis, 717.
Etiemble, René, 637.
Eulenburg, Dr., 354, 890.
Eurípides, 329.
Evans, Richard I., 761, 781.
Evans-Wentz, W. Y., 813.
Evdokimov, Paul, 832.
Exner, Sigmund, 33, 490, 491, 493, 518, 551, 552, 622, 629, 910.
Ey, Henri, 337, 468-469, 945.
Eysenck, H. J., 830.

Faber, Augusta, 740.
Fabre d'Olivet, Antoine, 803, 826.
Fagin, N. B., 718.
Falret, Jules, 417-418, 464.
Faral, Edmond, 388.
Farez, Paul, 876.
Faria, Abbé, 101, 102, 103, 141, 184.
Faure, Félix, 869.
Fechner, Erich, 834.
Fechner, Gustav Theodor, 9, 14, 248 *254-258*, 267, 312, 336, 366, 511, 513, 549-551, 592-596, 638, 757, 772, 821, 834, 991-992.
Federico III (emperador), 847.
Federico, el Grande, 193.
Federico Guillermo de Prusia, 194.
Federico Guillermo II de Prusia, 77, 91, 193, 229.
Federn, Paul, 938, 962.
Fehr, Hans, 833.
Feiito, François, 266.
Félida (paciente de Azam), 167-168, 205, 369, 869.
Felkin, R. W., 60.
Féré, Charles, 127, 349, 408, 873.
Ferenczi, Sandor, 433, 517, 521, 570, 603, 633, 898, 921, 939, 955, 956.
Ferri, 278.
Ferstel, baronesa Marie von, 518, 519.
Feuchtersleben, Ernst Freiherr von, 248.
Feuerbach, Anselm Ritter von, 153, 957.
Feuerbach, Ludwig, 282.
Fichte, Johann Gottlieb, 194, 304, 599, 824.
Fierz, H. K., 829.
Filón de Alejandría, 570.
Flammarion, Camille, 199, 852.
Flaubert, Gustave, 176, 197, 221, 313, 535, 586, 718.
Flechsig, Paul, 494, 617.
Fleischl von Marxow, Ernst von, 479, 490, 493, 495.
Fliess, Wilhelm, 484, 507-508, 509, 510, 511, 512, 513, 516, 517, 518, 520, 521, 525, 526, 533, 537, 549, 559, 564, 569, 579, 634, 636, 754, 886.
Flournoy, Théodore, 10, 14, 114, 149, 162, 172, 208, 369, *370, 371, 372, 373*, 392, 402, 459, 750, 757, 777, 779, 783, 787, 822-823, 869, 875, 876, 877, 879, 884, 888, 942, 953, 985, 995, 996, 1000; y Freud (*ver* Freud); influencia de su obra, 888, 942, 953, 985; y Jung (*ver* Jung); vida y obra, 370-371; observaciones sobre Hélène Smith (*ver* Hélène Smith); sobre la señorita Miller 783; teorías:
sobre la criptomnesia, 208, 372-373, 823, 876; sobre los médiums, 149, 370-371-372, 402; sobre la personalidad múltiple, 172-173; sobre el inconsciente mitopoético, 183, 373, 402, 1000; sobre el espiritismo, 114, 372, 459.
Flournoy, Henri, 19.
Foerster, Friedrich Wilhelm, 631.
Forel, Auguste, 119, 143, 154, 155, 210, 309, 330, 331, 333, 389, 488, 494, 537, 546, 552, 566, 580, 847, 853, 868, 872, 888, 890, 906, 907, 910, 915-917, 930, 949, 949; hormigas, estudios sobre las, 331, 949; asociados:
Bechterev, 309; Bernheim, 119, 331; Meyer, 552; Maynert, 494; *ver también* Bleuler, Freud;
Burghölzli, director del, 331, 333, 847, 872; conceptos dinámicos, cambio a los, 552; hipnotismo:
ilusiones sobre el, 210; utilización del, 119, 143, 331, 853;
influencia, 888; vida y personalidad, 331, 537; vocación médica, 331, 488; investigación neurológica, 309, 546; participación en congresos, 389, 868, 906-907; participación en las polémicas de Zurich, 915-917; ideas filosóficas, 910; problemas sexuales, sobre los, 580, 890; teorías:
resistencia hipnótica, 566, 848; delito

inducido hipnóticamente, 848; histeria, 868.
terapia del alcoholismo, 331:
caso de amnesia, 154-155; enfermedad psicosomática, 331, 979;
Primera Guerra Mundial, 930.
Forsyth, 922.
Fouillée, Alfred, 205, 414, 462.
Fourier, Charles, 583.
Fournier d'Albe, E. E., 113.
France, Anatole (Anatole-François Thibaut), 328, 849, 929, 941.
Francisco de Asís, san, 455, 810.
Francisco Fernando, archiduque, 474.
Francisco Fernando de Austria-Hungría, 927, 928.
Francisco Javier, san, 382.
Francisco José I (emperador), 299, 473, 497, 518, 848, 871, 931, 933, 938.
Frank, Ludwig, 896, 907, 912, 913, 915, 916, 920, 962.
Frankl, Ludwig August, 82.
Frankl, Víctor, 19, 671, 672, 726.
Frankl-Hochwart, 922.
Franklin, Benjamin, 80, 89, 215.
Franz, M. L. von, 762.
Franz, S. I., 165-166.
Fraser, Rev. Donald, 924.
Frazer, Sir James, 24, 25, 56, 303, 609, 611, 911, 997.
Frazier, Ronald, 800.
Freeborn, Henry, 208, 372.
Freeland, L. S., 49.
French, Thomas, 725.
Freud, Adolfine, 483.
Freud, Alexander, 483.
Freud, Amalia, 482, 483, 486, 487, 493.
Freud, Anna, 483, 493, 505, 524, 599, 721, 971, 976.
Freud, Emanuel, 481, 482-483, 486.
Freud, Ernst, 18, 505, 522, 523, 843.
Freud, Filip, 483.
Freud, Jacob, 477, 480, 481-483, 486-488, 516, 537.
Freud, Jean-Martin, 484, 505, 522, 525, 530, 531, 763, 764.
Freud, Joseph, 483, 516.
Freud, Marie, 483.
Freud, Martha, nacida Bernays, 493, 497, 505, 524, 537, 763.
Freud, Matilde, 505, 763.
Freud, Oliver, 505.
Freud, Paula, 483.
Freud, Rebecca, 481-482.
Freud, Rosa, 483.
Freud, Salomon, 481.
Freud, Sigmund, 14, 15, 18, 19, 24, 66, 71, 73, 119, 128, 134, 135, 177, 180, 181, 205, 212, 214, 216, 228, 234, 241, 243, 246-248, 254, 258, 262-264, 277, 280, 281, 284, 290, 294, 303, 308, 320-322, 329, 332, 333, 338-341, 344, 354, 355, 357, 359, 363-366, 369, 373, 378, 389, 394, 396, 468, 470, 471, *473-640*, 641, 642, 644, 646, 647, 650-651, 653-656, 658, 659, 664, 665, 667, 668, 671-674, 679, 680, 682, 683, 685-687, 692, 698-700, 707-711, 713, 717, 721-726, 730-736, 741, 742, 749-753, 761-763, 768, 772, 779-788, 793-795, 797, 801, 806-809, 811, 815, 822, 823, 828, 829, 831, 832, 834, 835, 837, 840-844, 850, 853, 856, 860, 864-870, 872, 873, 875, 876, 878-883, 886-892, 894-907, 909-917, 919-925, 932-935, 937-939, 942, 944-948, 951, 952, 954-970, 972, 973, 975-978, 980, 982, 983, 986, 988-1000; *ver también* psicoanálisis, Asociación Psicoanalítica de los Miércoles; América, opiniones sobre, 527, 536, 935; apartamento en la Berggasse, 505, 527-528; aniversarios:
50.º, 520; 70.º, 960; 75.º, 967; 80.º, 523;
cáncer y operaciones, 522, 523, 527, 530, 957, 963; infancia y juventud, 486-488, 515-517, 537, 653; investigación sobre la cocaína, 494-495, 503-505, 516, 841; contemporáneos, 531-532, 538-544; enfermedad creadora, 548, 511-514, 608, 621, 753-754, 772, 834, 991-993; crítica de sus teorías, 394, 756, 889-892, 894-904, 906-907, 912-926; entorno cultural, 228, 303, 822; muerte y funeral, 473-475, 523, 975, 977; discípulos, 633, 894-895; preocupaciones, 492-495, 524, 537; Inglaterra, emigración a, 474, 475, 523, 973; fama, 475, 514-515, 520-522, 526-527, 875, 888-891, 925, 954, 967;
ambiente familiar, 475-484; sentimiento de aislamiento, 505, 511, 513, 521, 536; Friburgo, ceremonia en, 523; concesión del premio Goethe, 523, 966; hostilidad contra, 308, 495, 497-505, 536, 539,

588, 761, 865-866, 889-892, 922-924; influencia, 836-840, 985-986: influido por: Andréas-Salomé, 484, 620; Bachofen, 263-264, 631; Benedikt, 71, 496, 502, 532, 561, 563, 565, 600, 606, 622, 623, 638, 860, 865; Bernheim, 119, 506, 541, 559-561, 600, 626, 853, 860, 902; Binswanger, 521, 615, 894, 952; Bleuler, 254, 332, 520, 604, 638, 749, 750, 781, 865, 891, 894, 902, 909, 924, 925; Brentano, 629-630; Breuer, 71, 468, 470, 490-491, 497, 505, 507, 508, 512, 513, 521, 532, 538, 542, 547, 552-561, 563-565, 574-575, 600, 622-623, 626, 860, 864-867, 870, 872, 879, 888-897, 901, 907, 915-917, 923, 962; Brücke, 489-490, 492, 496, 510, 513, 516, 545, 551, 552, 622, 629; Charcot, 15, 128, 134, 135, 471, 496-497, 500-507, 510, 511, 513, 559, 561-565, 574, 625, 733, 840-843, 860, 862; Darwin, 277, 280-281, 610, 629; L. Daudet, 123, 843, 958-959; Epicuro, 65-66; Fechner, 258, 366, 511, 549-551, 592-596, 631, 638, 772; primera psiquiatría dinámica, 177, 180, 205, 212, 214, 290, 373, 498-500; Fliess (*ver* Fliess); Flournoy, 879; Forel, 552, 566, 906, 907, 915; Häberlin, 768-769; Herbart (*ver* Herbart); Jackson, 338; Janet, 378, 394, 396, 468, 473, 512, 559-561, 563, 565, 566, 574-575, 598-600, 604, 607, 626-628, 638, 713, 842-843, 860, 864-866, 870, 881, 883, 888-889, 891, 896, 902, 920-921, 925, 959; Krafft-Ebing, 512, 518, 566, 577, 866, 917; Liébeault, 119, 506, 559, 570, 626, 853, 902; Marx, 284-285, 629; A. Meyer, 552, 619, 890; Meynert, 493-494, 496, 501-503, 505, 506, 512, 516, 521, 546, 549, 551, 552, 562, 622, 629, 638, 503, 516; Moll, 354, 582, 793, 961, 975; Nietzsche, 263, 281, 320-322, 593, 598, 614, 624, 631, 638, 680, 721; Platón, 581; psiquiatría romántica, 523-524, 989; romanticismo, 234, 241, 243, 254, 533-534, 596, 598, 623-624, 630, 638, 734, 989; Schnitzler, 504, 538, 540-544, 638; Schopenhauer, 246, 247, 572, 594, 631, 634, 710, 890; Silberstein, 488, 631; Stekel, 517, 520, 522, 565, 570, 633, 636, 671-673, 880, 920; Wagner-Jauregg, 519, 522, 538-540, 659, 946-948, Weininger, 634, 886-887; *ver también* Adler, Jung;

entrevistas, 526-529, 620, 902, 934-935; viaje a U. S. A., 15, 521, 526, 900-902; conferencias en la Universidad de Clark, 521, 901-902; leyenda, 484, 486, 498, 504, 518-519, 524, 533, 547-548, 588, 637-638, 656, 733, 878, 895, 896-897, 917-918; marco vital, 473-475; matrimonio e hijos, 497, 524; estudios médicos, 488-491; servicio militar, 492, 497, 525-526; Escuela de Nancy, 871-872; nazis, persecución por los, 523, 968-969, 973, 977-978; trabajo neurológico, 856; nombramientos:

profesor extraordinario, 475, 512, 518-520, 883; profesor ordinario, 522, 539; *Privatdozent*, 475, 495, 504, 841;

ancianidad y enfermedad final, 957, 969, 972; trabajo sobre la histeria masculina, 498-504, 540; parapsicología, 620-621; participación en congresos, 389, 506, 850, 961; pacientes y analizandos, 475, 532, 932, 939, 951, 994, 996; sentimientos patrióticos, 534, 929-930, 934-935; pesonalidad, 524-537, 621, 989-990; ideas filosóficas, 608-609, 614, 620, 628, 768-769, 910; predisposición, concepto de la, 982; período prepsicoanalítico, 544-549; técnica psicoanalítica, 600-608, 811, 889, 996; religión, ideas sobre la, 608-609, 614, 628, 831, 918.

informe militar, 497, 525-526; autoanálisis, 508-511, 520, 526, 537, 567, 568, 571, 608, 616, 636, 752, 753-754, 772, 869, 991; estancia en París, 496-497, 516, 840-843; fuentes, 258, 263-264, 280-281, 284-285, 621-636, 978; símbolos, interpretación de los, 263, 542; teorías:

angustia, 599, 603, 621, 768, 955; neurosis de angustia, 290, 562, 563, 864, 875, 883; arte, 262, 614-615; civilización, 216, 610-614, 937; curso de la vida humana, 801; delincuencia, 598, 631, 963; instinto de muerte, 243, 594-597, 603, 620, 709; psicología profunda, 566-578, 588, 783; sueños, 355-357, 363-365, 394, 508-509, 539, 542, 567-570, 574-576, 593, 627, 726, 808-809, 983; impulsos destructores, 938; yo, 297, 597-600, 622, 625, 627; energía psíquica, 549; fantasías, 509, 564, 578, 580, 587,

607, 614, 621, 624-625; homosexualidad, 264, 578, 617, 622; hipnosis, 497, 560, 625, 902; histeria, 506, 507, 510, 559, 563, 565, 576, 625, 868, 870, 875, 889, 895-897; libido, 280, 284, 344, 354, 510, 536, 537, 539, 578-592, 594-595, 597, 621, 631, 638, 682, 685, 708, 711, 784-786, 793, 801, 829, 906, 920, 992; psicología de masas, 612-613, 832; metapsicología, 509, 590, 592-593, 599, 631, 632-634, 843; la mente, 549-552, 574-576, 597-599, 622; neurosis, 49-50, 339, 344, 394, 511, 512, 539, 552-567, 597, 682, 685, 709, 726, 785, 864; teoría de Edipo, 241, 264, 281, 294, 344, 479, 510, 516, 542, 568, 576, 580, 585, 589, 590, 598, 609, 610, 612, 621, 650-651, 667, 683, 692, 708-709, 724, 729, 730, 782, 786, 801, 823, 834, 899, 957, 967, 990, 992, 993; paranoia, 997; parapraxias, 567, 571-575, 601, 621, 625, 708, 726, 882, 997; psicología de la mujer, 340; recuerdos pantalla, 264, 510, 516, 571, 576, 621, 873; desviaciones sexuales, 578, 685, 890; sexualidad infantil, 344, 515, 516, 565, 579, 582-583, 590, 621, 679, 992, 997; inconsciente, 9, 180, 511, 592-593, 795, 993-994; neurosis de guerra, 522, 946-947;

en Viena, 473-474, 514-515; Viena: disgusto de, 530, 533, 574, 934; obras:

La imaginación y el inconsciente, 258; *Análisis terminable e interminable*, 603; *Sobre la afasia*, 506, 512, 547-549, 856; *Más allá del principio del placer*, 258, 522, 593, 595, 597, 603, 948; *El caso de Schreber*, 616-617; *Charcot*, 561, 842, 862; *El malestar en la civilización*, 281, 321, 523, 613, 964; *Los delincuentes desde el sentimiento de culpabilidad*, 631; *Delirios y sueños en la «Gradiva» de Jensen*, 341, 615, 887-888, 997; *Dostoievski y el parricida*, 618, 963; *Sobre los sueños*, 881; *El yo y el ello*, 522, 597-598, 599, 954, 962; *Fragmento del análisis de un caso de histeria*, 520, 576-578, 890; *El porvenir de una ilusión*, 284, 523, 609, 628, 961; *Grande es la Diana de los efesios*, 919; *Psicología de masas y el análisis del yo*, 522, 611-612, 951, 975-976; *De la historia de una neurosis infantil*, 632; *Inhibición, síntoma y angustia*, 522, 599, 960, 962; *Los impulsos y sus vicisitudes*, 592; *La interpretación de los sueños*, 258, 303, 484, 492, 496, 507, 509, 510, 514-517, 533, 536, 567, 574, 586, 590-591, 601, 621, 625, 656, 672, 781, 835, 876, 878-880, 921, 989, 998; *Lecciones de introducción al psicoanálisis*, 522, 932, 961, 989; *El chiste y su relación con el inconsciente*, 257, 520, 533, 573-574, 630, 890, 945; *Leonardo da Vinci y un recuerdo de su infancia*, 521, 535, 615-616, 905; *Sobre el Moisés de Miguel Angel*, 535, 615, 925; *Moisés y el monoteísmo*, 523, 535, 618-619, 972, 978; *Aflicción y melancolía*, 321, 593; *Sobre el narcisismo, Introducción*, 591, 925; *Nuevas lecciones de introducción al psicoanálisis*, 523, 970; *Esquema del psicoanálisis*, 604, 978; *Proyecto de psicología científica*, 508, 549-550, 552, 595, 629; *Psicopatología de la vida cotidiana*, 520, 533, 567, 570-573, 576, 680, 889; *La cuestión del análisis lego*, 522, 945, 960; *Una neurosis demoníaca del siglo XVII*, 618; *La sexualidad en la etiología de las neurosis*, 872; *Pensamientos para los tiempos de guerra y muerte*, 425, 638, 933; *Tres ensayos sobre la teoría de la sexualidad*, 520, 578-582, 588, 591, 680, 887, 890, 899, 998; *Totem y tabú*, 522, 609-611, 629, 829, 911, 996, 998; *Psicoanálisis «salvaje»*, 602, 906, 917; publicación de, 894, 978; traducciones de sus obras, 925, 946, 954, 958, 965, 986; *ver también* Breuer-Freud;

Primera Guerra Mundial, 522, 638; Segunda Guerra Mundial, 638.

Freud, Sofie, 505, 522.

Freud-Bernays, Anna, 483, 524.

Freuler, K., 77.

Freund, Anton von, 932.

Freund, C. S., 512.

Fried, Franz, 480, 649.

Fried, Walter, 647, 649.

Friedericke Hauffe (paciente de Kerner), 195, 557, 757, 775, 776, 825, 994.

Friedländer, A. A., 897, 902-903, 917, 921.

Friedländer, Paul, 64.

Fries y Breslauer, 558.
Friess, 886.
Frink, Horace, 932.
Frischknecht, Max, 831-832.
Frobenius, Leo, 784, 826, 997.
Froment, Eugène, 931.
Fromm, Erich, 535, 722, 724, 978.
Fuchs, Albert, 304, 345, 947-948.
Fugger, conde, obispo de Ratisbona, 76, 78.
Furtmüller, Carl, 652, 655, 658, 662, 670, 721.
Fustel de Coulanges, Numa-Denis, 310, 383.

Galeno, 64, 66-67.
Galileo, 199, 897.
Galton, Francis, 206, 367, 373, 608, 778, 850.
Gall, Franz Joseph, 280, 352, 718-719.
Gallé, E., 117.
Gambetta, 126.
Gandhi, 905.
Ganz, Madelaine, 701, 702.
Garnier, Julien, 259.
Garoffalo, 278.
Gassner, Johann Joseph, 36, 37, 74-79, 82, 85, 86, 88, 90, 93, 137, 139, 219, 229, 979, 987, 989.
Gaucher, André, 843, 859, 959.
Gaultier, Jules de, 176, 718.
Gauthier, Aubin, 108, 145, 187, 190, 221, 464.
Gébelin, Court, 216.
Gebsattel, Viktor Freiherr von, 964.
Gehrig, Justin, 743.
Gentil, J. Adolphe, 197.
Genty, Maurice, 47.
Georg, Stefan, 323.
Georget, Dr., 196.
Georgiades, Patrice, 581.
Ghengis Khan, 976.
Gibert, Joseph, 386, 412, 414.
Gicklhorn, Joseph y Renée, 15, 19, 481, 482, 485-487, 497-498, 500, 505, 515, 518, 519, 524, 525, 742, 946.
Gicklhorn, R., y Sajner, J., 481.
Gicklhorn, R., Kalivoda, F., y Sajner, J., 481.
Gide, André, 208, 744.
Giese, F., 240.
Giessler, 882.
Gilles de la Tourette, Georges, 23, 125, 504, 852-855.
Glass, Bentley, 272.
Glasser, 729.
Glauser, Friedrich, 933.
Gley, Eugène, 581-582.
Glöckel, Otto, 662.
Glover, Edward, 956.
Gluck, 80.
Gmelin, Eberhardt, 104, 106, 156-157, 164, 187, 194.
Gobineau, Arthur, conde de, 325, 326, 973.
Goblot, Edmond, 383, 406.
Goclenius, 90.
Goethe, Wolfgang, 194, 208, 215, 232, 239, 240, 241, 303, 488, 510, 528, 533, 534, 535, 537, 572, 628, 630, 641, 667, 685, 718, 733, 739-741, 744, 746, 769-771, 775, 784, 789, 822, 866-867, 899, 949;
Fausto, 744, 771, 822, 835, 949.
Goetz, Bruno, 529.
Gogol, Nicolás, 685.
Goldbrunner, Joseph, 832.
Göldi, Anna, 77.
Goldman, Emma, 902.
Goldschmidt, Richard B., 913.
Goldschmidt, Walter, 729.
Goldstein, 338.
Golebiewski, G., 675.
Gollerbach, E., 635.
Gomperz, Elise, 518.
Gomperz, Theodor, 517.
Goncourt, E. y J. de, 123, 128, 841, 997.
Gontcharov, Ivan, 632.
Gordon, Cyrus H., 311.
Gordon, Strathearn, 297.
Göring, M. H., 759, 968.
Gorki, Máximo, 719-720.
Görres, Joseph, 108.
Gotthelf, Jeremías (Albert Bitzius), 69.
Gottliebin Dittus (paciente de Blumhardt), 37-41, 287, 866, 995, 996.
Gourmont, Rémy de, 279, 280, 346, 353.
Govinda, Anagarika, 803.
Gozlan, Leon, 202.
Graber, Gustav Hans, 728.
Gracián, Baltasar, 228.
Graebner, 24, 262.
Graeter, 906.
Granjel, Luis S., 247.
Grasset, Bernard, 731-732.
Grasset, Joseph, 454, 853, 855.
Gray, Asa, 276.
Grébert, Fernand, 42-43.

Green, John C., 272.
Griesinger, Wilhelm, 286-287, 329-330, 332, 866, 587, 623.
Grieve, John, 87.
Grillparzer, Franz, 311, 667.
Grimm, Melchior, 84.
Grinker, Roy, Sr., 528.
Groddeck, Georg, 598, 951, 954.
Grohmann, A., 335.
Groos, Karl, 679, 695.
Gross, Hanns, 352, 572, 587, 625, 856, 957.
Gross, Otto, 895.
Grossmann, Dr., 501.
Grot, N., 116.
Grote, L. R., 484.
Grotefend, Georg Friedrich, 311-312, 733.
Gruber, Max, 679-680.
Gruhle, Hans, 899.
Grün, Heinrich, 656, 657, 677.
Grünwald, Max, 479, 480.
Grynszpan, Herszel, 973.
Gubernatis, Angelo de, 587.
Gudden, Bernard von, 332, 844.
Guignard, René, 105.
Guillain, Georges, 120, 121, 126, 129, 133, 134.
Guillemot, 100.
Guillerey, Marc, 979.
Guillermo I (emperador), 847.
Guillermo II (emperador), 847.
Guillotin, 89.
Guilly, P., 121.
Guislain, Joseph, 253, 254.
Guitton, Jean, 406.
Guldenstubbe, Barón de, 148.
Gurney, Edmund, 113, 178, 845.
Guterbock, Hans Gustav, 585.
Gutheil, Emil, 673.
Gutzwiller, Hans, 745.
Guyau, Jean-Marie, 460, 462.
Guver, Paul, 756.
Gwinner, Wilhelm, 194.

Häberlin, Paul, 690, 728, *766-769*, 772, 774.
Haeckel, Ernst, 269, 273, 276-277, 280, 305, 307, 375, 545, 629, 638, 912-913, 918.
Haen, Antonii, 78.
Haggard, Henry Rider, 342, 799, 826.
Hahn, G., 129, 389.
Haizmann, Christoph, 618.
Hajos, Ludwig, 866.
Halberstadt, Heinerle, 522.
Hall, Stanley, 902.
Hammet, Paula, 924.
Hampton, John, 233.
Hans, el pequeño, 588-590, 700, 782, 902.
Hanselmann, Hans, 956.
Hansen (hipnotizador de teatro), 114, 839.
Hardy, Thomas, 798.
Harkins, Paul W., 66.
Harley, G. W., 59.
Harms, Ernest, 249, 250, 251, 403, 760, 1001.
Hartel, Wilhelm von, 518, 519.
Hartenberg, Paul, 875.
Hartmann, Eduard von, 9, 245, 247, 296, 326, 327, 365, 412, 572, 631, 824, 845, 854.
Hartmann, Heinz, 600, 962, 975-976.
Hartocollis, Peter, 36.
Harvey, William, 226, 229.
Hauer, J. W., 814.
Haupt, H., 739.
Hauptmann, Gerhart, 323, 847.
Haüy, 232.
Hawthorne, Nathaniel, 70.
Hay, Mary, 800.
Haydn, Franz Joseph, 80, 311, 643.
Havm, Rudolf, 234, 607.
Head, Henry, 338, 548.
Hecker, Ewald, 562.
Hegel, Friedrich, 247, 282, 304.
Heidegger, Martin, 963, 978-980, 998, 1000.
Heidenhain, Rudolf, 839.
Heilbronner, 896.
Heine, Heinrich, 476, 535, 574, 628, 667.
Heine, Maurice, 345.
Heinecken, 187.
Heinroth, J. C. A., 249, 250-251, 253, 254, 286, 330, 623, 825.
Heinze, Kurt, 315.
Hélène Preiswerk (paciente de C. G. Jung), 746, 772, 774-776, 779, 825, 996.
Hélène Smith (Catherine-Elise Muller) (médium), 162, 183, 208, 370-371, 373, 757, 779, 823, 869, 875-877, 884, 995, 996.
Helmholtz, Hermann, 9, 366-367, 490, 984.
Helvecio, Claude-Adrien, 715.
Hell, padre, 81.
Hellpach, Willy, 707, 889, 892.
Hemingway, Ernest, 941, 960.
Henderson, Joseph L., 762.
Hennig, Richard, 178.

Hennique, Léon, 203.
Henry, coronel, 871.
Henry, Victor, 371.
Hens, 950.
Hentig, Hans von, 732.
Heráclito, 804.
Herbart, J. F., 9, 181, 286, 336, 364, 365, 366, 466, 550, 551, 565, 623, 627, 638, 868.
Herbert, Alejandro, 99.
Héricourt, Jules, 369, 853.
Hering, 366.
Herman, G., 582, 886.
Hermann, Imre, 258.
Hersilie Rouy (paciente), 588.
Herter, Ch., 117.
Hertwig, Oscar, 276, 279.
Hertzka, Theodore, 375.
Hervey de Saint-Denis, Marie-Jean-Léon, 355-356, 358-361, 364-365, 372, 514, 569, 808.
Herzen, Alexander, 342, 533.
Herzl, Theodor, 531, 760, 867, 869.
Hesnard, Angelo, 627.
Hesse, Hermann, 544, 929, 936, 939-940.
Hesse, Ninon, 940.
Heyman, K., 729.
Heyne, Christian Gottlieb, 236.
Hildebrandt, F. W., 362-363.
Hillman, Robert G., 839.
Himly, Dean, 388.
Himmelfarb, Gertrude, 271, 274, 275.
Hindenburg, 967.
Hipócrates, 64, 86, 759.
Hirn, Yrjö, 353.
Hirschfeld, Magnus, 347, 581, 873, 890.
Hirth, Georg, 868.
His, Eduard, 309, 738.
Hitler, Adolfo, 278, 523, 639, 642, 669, 767, 816, 966, 967, 968, 969-972, 974, 976.
Hitzig, 332.
Hobbes, Thomas, 274, 276, 278, 279, 596, 611-612, 614, 711, 715.
Hocart, A. M., 49.
Hoche, Alfred, 907.
Hodgson, Richard, 165.
Hoff, Hans, 730.
Hoffman, Abraham Siskind, 481.
Hoffman, Pepi, 481.
Hofmann, Albert, 979.
Hoffmann, E. T. A., 195, 198, 341, 544, 614, 797, 824.
Hoffmann, K. R., 544, 583.
Hofmannsthal, Hugo von, 323, 329, 835, 866.
Hölderlin, Friedrich, 238.
Holmstedt, B., 980.
Hollos, S., 433.
«Hombre con las ratas» (paciente de Freud), 898, 902.
«Hombre-Lobo» (paciente de Freud), 544, 632, 700, 980, 996.
Home, Daniel Dunglas (médium), 113.
Homero, 667, 751, 799, 804, 816.
Honegger, Dr., 795.
Hooker, J. D., 271.
Hörbiger, Hanns, 973-974.
Horeczky de Horka, Barón, 81.
Horney, Karen, 722-724, 975, 978.
Horsley, Victor, 846.
Horton, Rev. Walter M., 395, 401, 453, 460, 470, 949.
Hostie, Rev. Raymond, 832.
Hovorka, O., y Kronfeld, A., 72.
Howard, 231.
Huch, Ricarda, 234, 236, 237.
Hufeland, Friedrich, 104, 186, 194, 239.
Hug-Helmuth, Hermine von, 951.
Hugo, Charles, 199.
Hugo, Victor, 199, 400.
Hülsenbeck, Richard, 933.
Humboldt, Alexander von, 739.
Humboldt, Wilhelm von, 237, 268.
Hümpfnert, P. Winfried, 106.
Hunter, Richard, 617, 618.
Hunter-Dupree, A., 276.
Husemann, Friedrich, 771.
Husserl, Edmund, 630, 873-874, 952, 963.
Huxley, Aldous, 186, 960.
Huxley, Thomas, 273, 274, 277, 278.
Huysmans, Joris Karl, 132.
Hyman, Stanley Edgar, 531-532, 1001.
Hyrtl, Joseph, 307, 490.
Hyslop, James H., 171.

Ibsen, Henrik, 70, 315, 339, 342, 577, 624-625, 628, 638, 685, 718, 956.
Ideler, Karl Wilhelm, 249, 251-254, 286, 330, 350, 623, 825, 946.
Ignacio de Loyola, san, 65, 382, 815.
Ihm, H., 583.
Ikara (paciente de Bircher), 162-163, 164.
Illing, Hans, 829.
Imboden, Max, 834.

Irène (paciente de Janet), 329, 425-426, 428, 471, 888.
Irma (paciente de Freud), 508, 568.
Isabel de Austria (emperatriz), 870, 871.
Isabelle (paciente de Janet), 390.
Isolani, Gertrud, 805.
Isserlin, M., 897, 917.
Itard, 232.
Iván el Terrible, 301.

Jackson, John Hughlings, 338, 414, 464, 547.
Jackson, Joseph, 197.
Jacobi, Jolande, 762.
Jacobson, Edmund, 964.
Jacquet, A., 114.
Jaeger, Muriel, 297.
Jaffé, Aniéla, 19, 740, 743, 761, 762.
Jahn, Rev. Ernst, 19, 670, 705-706.
Jaloux, Edmond, 802.
James, William, 149, 165, 302, 389, 392, 460, 464-465, 774, 796, 850, 854, 878, 891, 945.
Janco, Marcel, 933.
Janet, Fanny I, nacida Hummel, 18, 379, 380-381, 404.
Janet, Fanny II, 391, 397.
Janet, Hélène (Sra. Pichon-Janet), 18, 379, 380, 382, 391, 400, 404, 405, 843.
Janet, Jules I, 380-381.
Janet, Jules II, 131, 381, 385, 387, 396, 397.
Janet, Marguerite, nacida Duchesne (esposa de P. Janet), 391, 397, 404, 405.
Janet, Paul I, 245, 380-381, 382, 386, 387-388, 405, 409, 462, 843.
Janet, Paul II, 381.
Janet, Pierre, 9, 18, 37, 41, 49, 71, 73, 102-104, 111, 113, 115, 116, 121, 130, 131, 135, 139, 141, 143, 147, 155, 159-161, 168, 170, 177, 178, 180-182, 187-189, 193, 205, 209, 211-214, 228, 234, 246, 288, 289, 290, 302, 303, 329, 334, 337, 369, 373, 377, *378-472*, 473, 512, 530, 559-561, 563, 565, 566, 574-575, 598-600, 604, 607, 626-628, 632, 638, 651, 669, 671, 685, 697, 710, 713, 714, 734, 748, 750, 777, 779, 781, 786, 791-793, 807, 811, 822-823, 832, 837-839, 842-844, 848-852, 855-857, 859-866, 868-871, 874, 875, 881, 883, 884, 886, 888-889, 891, 895, 896, 898, 900, 902, 904, 906, 908, 909, 919-922, 925, 930, 932, 939, 942, 943, 945, 949, 959, 960, 963, 964, 971, 975, 978, 980, 989, 990, 993, 995, 999;
material biográfico, escasez de, 651; historias clínicas, 329, 400, 403, 415-426, 429, 430; *ver también* Achilles, Irène, Justine, Léonie, Lucie, Madame D., Madeleine, Marcelle, Marie, Meb, Nadia; infancia y juventud, 379-380; en el Collège de France, 391, 392, 396, 401, 407, 444, 467, 470, 874, 883, 960; contemporáneos, 406, 466; delincuentes, estudios sobre, 12, 697; entorno cultural, 228, 303, 404; muerte, 379, 398, 471; doctorado en la Sorbona, 388, 390, 397, 406; teoría dinámica, 337, 433-443; fama y olvido, 389-390, 395-397, 469-472, 891, 896, 900, 949, 963; entorno familiar, 378-381; *Festschrift*, 396, 404; gran síntesis, 443-453; estudios históricos, 37, 49, 102-104, 111, 116, 121, 141, 147, 160, 193, 209, 388, 838, 874; influencia, 467-469; Instituto Psicológico Internacional, fundador del, 392, 874; viajes a Latinoamérica, 395-396, 404, 960; viajes a los Estados Unidos, 393-395, 404, 888, 891, 963; últimos años, 396-398; tesis en latín, 302, 388, 462; conferenciante, 393-396, 398, 471; matrimonio y vida familiar, 391, 405; estudios médicos y tesis, 389-390, 861, 871; caricaturizado, 398, 399, 859; parapsicología, 386, 399-400, 995; *ver también* espiritismo; participación en congresos, 188, 389-390, 392, 393, 394, 395, 402, 429, 470, 850-852, 857, 868, 875, 895-896, 900, 906, 920-921, 963; personalidad, 398-404, 461, 470, 989; como filósofo, 399, 401, 404-405, 409-410; profesor en Châteauroux y El Havre, 384-385, 386-388, 399, 406, 464, 842, 848; profesor en París, 389, 391-393, 406; análisis psicológico, 411, 418-430, 627, 855, 856, 859, 871, 920-921; psicología y conducta de las tendencias, 393, 444-453, 456, 462, 465, 466, 468, 471, 932, 939; como psicoterapeuta, 399, 402, 403, 415-426, 604, 669; relación con:
autores americanos, 288, 302, 466-467;

Babinski, 393, 469; Bergson, 384, 392, 406-407, 431, 453, 460, 466; Bernheim, 389, 851; Binet, 373, 392, 406-409, 431, 466, 865, 875, 888; Charcot, 130, 135, 384, 385-386, 390, 392, 393, 417, 419-421, 424, 431, 433, 464, 469, 838, 852, 861, 862-863; la Ilustración, 234, 378, 710, 734, 989; la primera psiquiatría dinámica, 177, 180, 211-213, 214, 290, 378, 388, 464; los filósofos franceses, 404, 409, 411, 462-463; *ver también* Paul Janet; Jones, 393, 470, 895-896, 921-922; Krafft-Ebing, 402, 921; Mead, 467; Meyer, 393, 401, 442, 888; Myers, 373, 387, 389, 392, 870, 875; Pavlov, 466; Raymond, 155, 391, 393, 428, 863-864, 871; Ribot, 392, 397, 464, 466, 470; Schwartz, 435, 437-438, 440, 444, 471; surrealistas, 942, 945; *ver también* Adler, Bleuler, Freud, Jung;

escenario de su vida, 378, 379; fuentes, 461-467; teorías:

sobre el alcoholismo, 289, 395, 441, 456; sobre las creencias, 450-452, 458-459; sobre los delirios de persecución, 396, 433, 448; sobre las emociones, 445, 447-448; sobre las fugas, 155, 428; sobre la función de realidad, 407, 431-432, 451, 468, 627; sobre la función de síntesis, 410, 411, 415, 418, 432, 443, 468, 598, 627, 822; sobre la hipnosis, 139, 141, 428, 443, 850-851; sobre la histeria, 177, 391, 428, 430-431, 433, 469, 627, 859, 871, 875, 883, 888-889, 895; sobre el lenguaje, 448-450; sobre el amor y el odio, 401-402, 447, 461; sobre la psicología de las masas, 456-457, 832-833; sobre la memoria, 448, 450-451; sobre la energía mental, 288, 432-443, 464, 793; sobre la personalidad múltiple, 155, 168, 170, 413; sobre las neurosis, 290, 428, 430, 433, 435, 469, 786, 811; sobre la psicastenia, 334, 393, 396, 430-433, 464, 468, 869, 909, 990; sobre el automatismo psicológico, 396, 408, 412-414, 457, 822, 849; sobre la medicina psicosomática, 377; sobre la relación, 188-189, 411, 415, 426-427, 429, 443, 566, 625, 868, 994-996; sobre la religión, 398, 410, 453-461; sobre el espiritismo, 113, 413, 459, 856; sobre el subconsciente, 180, 412, 443, 463, 713, 884, 900; sobre las ideas fijas del subconsciente, 135, 182, 373, 414-420, 422, 426-428, 430, 438, 468, 470, 561, 564, 565, 626, 781, 822, 857, 864, 869, 871, 895, 920;

organizaciones científicas tradicionales, lealtad a las, 401, 473, 999; tipología, 439-442, 791; utilización:

de la charla automática, 420, 428, 607, 627, 857, 943; de la escritura automática, 149, 411, 413, 419, 420, 422, 428, 429, 607, 857; de la observación del cristal, 428, 429, 607; de las «distracciones», 413, 420, 424, 428; de la hipnosis (*ver* historias clínicas); del estímulo mental, 426; de la terapia ocupacional, 438, 442; obras: *De la angustia al éxtasis*, 395, 444, 446, 448, 452, 455, 467, 470, 960, 964; *Inteligencia antes del lenguaje*, 971; *Amor y odio*, 448; *Síntomas principales de la histeria*, 205; *Cura mental*, 49, 111, 388, 393, 395, 398, 402, 434, 435, 441, 442, 443, 471, 939; *Neurosis*, 159, 430; *Neurosis e ideas fijas*, 337, 425, 430, 871; *Obsesiones y psicastenia*, 393, 430, 433-434, 436, 443, 884, 980; *El automatismo psicológico*, 171, 188, 369, 388-389, 396, 406, 408, 411-415, 417, 429, 432, 443, 461, 468, 469, 559, 852, 871, 975; *Evolución psicológica de la personalidad*, 161; *Tratamiento psicológico de la histeria*, 871; *Fuerza y debilidad psicológica*, 434, 442; *Psicología de la creencia*, 398, 978.

Primera Guerra Mundial, 395, 930.

Jaquet, A., 839.

Jaspers, Karl, 285, 315, 316.

Jaurès, Jean, 384, 406.

Jens, Walter, 867.

Jensen, Wilhelm, 152, 341, 615, 887, 893, 997.

Joffroy, 125.

John (sobrino de Freud), 516.

Johnson, Ernest L., 726.

Johnson, James, 226, 287.

Joire, 895.

Jomarière, Flachon, 224.

Jones, Ernest, 241, 393, 396, 468, 470, 482-486, 493, 496, 497, 510, 521-523, 530, 543, 545, 548, 553-557, 627, 657, 666, 733, 759,

841, 843, 865, 878-879, 895-897, 899-900, 905-906, 909, 921-924, 930, 946, 948, 968, 998.
Jorge V de Inglaterra, 904, 971.
Jousse, Marcel, 398.
Jovic, 876.
Joyce, James, 204, 816, 943.
Juan, San, 919.
Juan de la Cruz, san, 992.
Juana de Arco, 192.
Jundt, A., 156.
Jung, Agathe, 755.
Jung, Anna, 755.
Jung, Carl Gustav, el viejo, 738-740, 746, 750, 760.
Jung, Carl Gustav, 16, 17, 19, 24, 66, 71, 93, 149, 177, 180-182, 198, 207, 208, 212, 214, 228, 234, 236, 237, 241, 243, 244, 245, 248, 254, 264, 303, 308, 320, 322, 333, 340-342, 355, 360, 364, 365, 367, 378, 394, 408, 433, 468, 511, 521, 522, 530, 555, 591, 611, 624, 632, 633, 637, 640, 641, 667, 705, 724, 731, 734, *735-836*, 837, 843, 879, 884, 891, 892, 894-897, 900-902, 905, 911, 914-916, 918-921, 923, 925, 939, 940, 945, 949, 956, 960, 964, 968, 970, 974, 978, 989-994, 996-1001; alquimia, interés por la, 757, 764, 812-813, 978; psicología analítica, 735, 792, 1000; asociaciones con:
Bachofen, 264, 738, 822, 825; Binet, 408, 777, 791, 822-823; Bleuler, 254, 333, 747-750, 756, 761, 778-781, 791, 822, 828, 884, 891, 923; L. Daudet, 827-828, 843; primera psiquiatría dinámica, 177, 180, 212, 214; Flournoy, 149, 750, 777, 783, 787, 822-823, 884, 995; Freud, 228, 241, 243, 248, 254, 303, 308, 320, 322, 340, 341, 355, 394, 521, 522, 530, 591, 632, 633, 640, 735-736, 741, 742, 749-753, 761-763, 768, 772, 779-787, 793-795, 801, 806-809, 811, 815, 822-823, 828-829, 831, 832, 834-835, 879, 894, 895, 900-902, 905, 911, 919-921, 923, 925, 970, 991, 993, 997; Janet, 228, 303, 394, 433, 468, 735, 748, 750, 777, 779, 781, 786, 791-793, 811, 822, 832, 884, 895-897; Krafft-Ebing, 746; Maeder, 754, 763, 786, 808, 810-811, 823, 985; Nietzsche, 207, 208, 248, 319, 322-323, 738, 741, 746, 752, 784, 789, 790, 798, 800, 811, 815-816, 825; romanticismo, 234, 241, 254, 624, 734, 824-825, 989, 998; surrealistas, 998; *ver también* Adler, Jahn;
astrología, 813; casa de Bollingen, 756, 766; período en el Burghölzli, 746-749, 761, 762, 777-781; Instituto Carl Gustav Jung, 760; infancia y juventud, 743-746, 762; Codex Jung, 760; contemporáneos, 766-772; congresos, participación en, 394, 749-750, 760-761, 895-896, 921; enfermedad creadora, 248, 511, 752-754, 772, 834, 932, 991-993; criminología, 780; criptomnesia, 208, 792, 823; entorno cultural, 228, 303, 822; muerte y funeral, 762; fama, 756, 760-761, 957; entorno familiar, 736-742; gnosticismo, interés por el, 760, 764, 788, 812; influencia, 828-836; período intermedio, 751-754, 787-792; viajes a África, 755, 756, 764, 802, 957; viajes a la India, 758; viajes a los Estados Unidos, 749, 750, 756, 784, 900-902; casa de Küsnacht, 749, 755, 766; marco familiar, 735-736; matrimonio y niños, 748, 755, 765; estudios médicos, 745, 746; médiums, estudios sobre los, 149, 746, 748, 756, 757, 774-776, 825, 996; vida militar, 746, 748, 751, 765; nazis, supuesta colaboración con los, 757-761, 968; parapsicología, 746; y pacientes, 765, 994; personalidad, 762-766, 828, 990; polémicas, 308, 759-761, 914-915; ideas políticas, 765, 773, 816-817; Privatdozent, 748-749, 751, 787; psicoanálisis, contribuciones al, 828; período psicoanalítico, 749-750, 763, 781-786, 905; psicoterapia, 804-812, 940, 974, 979:
reeducación, 811; sintético-hermenéutica, 804, 806-811, 990.
publicaciones, 960, 964, 970; religión, ideas sobre la, 744-745, 767, 773-774, 817-821, 831-832; auto-experiencia, 752, 754, 771-773, 787, 798, 804, 822, 824, 826, 939, 949; fuentes, 822-828, 996, 997; estancia en París, 748, 792; entorno suizo, 735-737, 761, 822, 884; teorías:
sobre el anima-animus, 241, 264, 340-341, 753, 754, 787, 797-799, 810, 817, 824, 832, 835, 894, 992, 993; arquetipos, 241, 243, 322, 341-343, 360, 751, 752, 755, 784, 794-801, 809-811, 818-819, 824, 828-835, 994; psicología infantil, 781-

782; complejos, 182, 468, 778-781, 794, 828; sueños, 322, 364-365, 752, 773, 786, 803, 808-809; enantiodromia, 804; histeria, 779-780; imago, 341, 794, 798, 828; individuación, 212, 236, 244, 724, 753, 776, 787, 801-804, 812, 814, 819, 824, 829, 835, 992, 996; inflación psíquica, 93, 800, 810, 832; libido, 784; magna mater, 264, 797, 800, 810, 826; mandala, 753, 803, 811; psicología de las masas, 816-817, 832-833; mitología, 783, 830-833, 978; numinoso, 818; anciano sabio, 264, 322, 742, 797, 800, 810-811; secreto patógeno, 70-71, 786, 805-806; persona, 797, 809; progresión y regresión, 793-794, 803, 816; vida provisional, 805; energía psíquica, 785, 792-794, 921; psicosis, 779, 795; realidades psicológicas, 755, 767, 772-777, 793, 817, 1000; sí mismo (*Selbst*), 244, 753, 787, 797, 801-802, 819, 824, 992; sombra, 198, 322, 797, 809-810; espiritismo, 755, 772-776; estructura de la psique, 796-801; sincronicidad, 814-815; función trascendente, 808; cambio de vida, 751, 771, 802-803, 813; inconsciente, 245, 777, 781, 794-795; sabiduría, 803; mujer, psicología de la, 340, 767, 798-799;

tipología, 408, 433, 787-792, 949-950; visiones, 755, 758; test de asociación de palabras, 333, 367, 748, 748, 749, 777-782, 794, 801, 828, 891, 901, 902, 999; trabajos, 207, 964:

Aion, 819; *Respuesta a Job*, 759, 774, 820; *El Libro Negro*, 753, 836; *El hombre y sus símbolos*, 762; *Metamorfosis y símbolos de la libido*, 611, 750, 783-785, 788, 792, 829, 911; *Análisis psicológico del «Zarathustra» de Nietzsche*, 816; *Tipos psicológicos*, 755, 787-792, 822, 939, 949, 960; *La psicología de la demencia precoz*, 749, 779, 781, 897; *Sobre la psicología y patología de los denominados fenómenos ocultos*, 774-776, 884; *Realidad del alma*, 970; *El Libro Rojo*, 753, 836; *El significado del padre en el destino del individuo*, 782;

Zofingia, miembro de la, 745, 746, 767, 772-773.

Jung, Emilie (*ver* Preiswerk).
Jung, Emma, 755.
Jung, Emma, nacida Rauschenbach, 748, 755, 761, 765, 799.
Jung, Ernst, 739.
Jung, Franz, 19.
Jung, H., 161.
Jung, Johanna Gertrud, 741.
Jung, Marianne, 755.
Jung, Paul, 740-741, 745.
Jung-Stilling (Heinrich Jung), 68, 584, 745.
Justine (paciente de Janet), 421-423, 471, 864, 871, 889.
Jussieu, A. L. de, 89.

Kaan, Henricus, 346.
Kahane, 520.
Kann, Robert A., 927.
Kannabikh, Yuriy, 965.
Kant, Immanuel, 229, 231, 232, 245, 452, 666, 686, 710, 776.
Kaposí, 479.
Kardec, Allan; *véase* Rivail, H.
Kardiner, Abram, 725, 951.
Kasamas, Alfred, 473.
Kassowitz, Max, 479.
Katharina Emmerich (paciente de Brentano), 105, 195, 563, 919.
Katz, David, 716.
Kauders, Teniente, 946-947.
Kaufmann, Walter, 316.
Keller, Wilhelm, 727.
Kempelen, 82.
Kempf, Edward, 722.
Kennedy, padre, 78.
Kepler, Johannes, 831, 903.
Kerenski, 931.
Kerényi, Karl, 55, 831.
Kern, Hans, 242.
Kerner, Justinus, 13, 37, 79, 81, 83, 92, 106, 107, 108, 109, 138, 208, 745, 757, 775, 776, 825, 994, 996.
Kerner, Theobald, 106.
Kerris, Felícitas, 460.
Kesselring, Max, 913-916.
Kessler, 279.
Key, Ellen, 375, 873.
Kielholz, P., 741.
Kieser, Dr., 55, 104, 194.
King, A. F. A., 175-176, 351.

Kinglin d'Esser, Barón de, 224.
Kinkel, Ivan, 952, 955.
Kipling, Rudyard, 279, 295, 312.
Kirchhoff, Theodor, 249.
Kirk, Ella B., 952.
Klaesi, Jakob, 727, 952.
Klages, Ludwig, 263, 315-316, 686, 957.
Klein, Johann, 306.
Klein, Melanie, 967.
Kleist, Heinrich, 150, 238.
Kleyn, A. de, 491.
Klimt, Gustav, 328, 873.
Klinger, J. A., 186.
Klopfer, Bruno, 828.
Kluge, C. A. F., 104, 105, 194.
Knotz, 36.
Koch, Robert, 310, 854.
Koehler, Ludwig, 535.
Koerber, Heinrich, Dr., 918.
Koest, G., 116.
Kohnstamm, O., 882.
Koller, Carl, 495, 498.
Kölliker, 309.
Königstein, Leopold, 495, 498, 508.
Koppers, 262.
Kormann, 85, 87, 88.
Kornfeld, Hermann, 882.
Korsakov, Sergiei, 373, 420.
Koteliansky, S. S., 635.
Kowalewski, P. J., 562.
Kraepelin, Emil, 330, 334, 403, 537, 685, 778, 965.
Krafft-Ebing, Richard von, 118, 308, 347-348, 349, 352, 354, 402, 512, 518, 558, 566, 577, 581, 582, 588, 624, 654, 707, 746, 845-846, 859-860, 866, 872, 873, 883, 886, 890, 904, 917, 921.
Kranner, Saly, 481.
Krapfi, E., 628.
Kraus, Karl, 519, 572, 581, 890, 898, 899, 937.
Kraus, Victor von, 487.
Krauss, Friedrich, 583, 905.
Krehl, 979.
Krestnikoff, Nicolaus, 965.
Kretschmer, Ernst, 437, 757, 759, 764, 791, 949-950, 968.
Krishaber, M., 290, 562.
Kriss, Rudolf, 35.
Kriss-Heinrich, Hubert, 35.
Krook, Barón, 224.
Kropotkin, Piotr, 278, 279, 719.
Kruger, 873.
Ksenofontov, G. V., 25.
Kuhn, Adalbert, 586.
Kuhn, Roland, 286.
Künkel, Hans, 705, 721.
Kuntze, Johannes, 254.
Kunz, Hans, 709, 999.
Kupalov, P., 963.

Lacan, Jacques, 640.
Laclos, Pierre Choderlos de, 584.
Lacordaire, P. Henri Dominique, 196.
Ladame, Paul Louis, 850, 852, 904, 921.
Lafayette, Marie-Joseph, marqués de, 88, 110.
Lafitau, Padre Joseph François, 259.
Lafontaine, Charles, 102, 109, 114, 191-192.
Laforgue, Jules, 584.
Laforgue, René, 525.
Laignel-Lavastine y Vinchon, 586.
Lalande, André, 384.
Lalo, Charles, 462.
Lamarck, Jean-Baptiste de Monet de, 272.
Lampl, Katharina, 644.
Lang, Andrew, 278, 609.
Lang, Josef, 940.
Lange-Eichbaum, G., 731.
Langermann, 251, 253.
La Piere, Richard, 636, 639.
Lapouge, Vacher, 973.
Laquer, 502.
La Rochefoucauld, François de, 129, 624.
Laromiguière, Pierre, 181, 182, 337.
Las Cases, Comte de, 196.
Lasègue, Ernest Eugène, 348.
Lassaigne, Auguste, 192-193.
Lasswitz, Kurd, 254.
Latschenberger, 501-502.
Laufer, Carl, 635.
Laurent, L. H. C., 857.
Lautréamont (Isidore Ducasse). 941, 944.
La Vallée Poussin, Louis de, 585.
Lavater, Rev. Jean-Gaspard, 76.
Lavoisier, Antoine Laurent de, 89, 98, 215.
Lazar, Erwin, 957.
Lazarsfeld, Sofie, 711.
Lazarus, 868.
Leahy, A. J., 323.
Le Barbier, C., 48.
Le Bon, Gustave, 201, 611-612, 613, 864, 988.

Lecky, Prescott, 727.
Lecky, W. E. H., 230.
Lecrocq, A., 387.
Leenhardt, Maurice, 43.
Lefebvre, Henri, 283, 686, 712.
Lefebvre, Henriette, 908.
Lefèvre, Frédéric, 398.
Leibbrand, Werner, 18, 241, 248, 249, 310, 560, 824.
Leibniz, Gottfried Wilhelm, 8, 179, 240, 309, 336, 365-366, 399, 671, 705, 710, 815.
Leidesdorf, M., 501, 502, 503, 538.
Leiter, 498.
Lely, Gilbert, 346.
Lemaître, Jules, 383.
Lenin, 933, 948.
Lenormand, Henri René, 204, 527, 777.
Lenox, 970.
Leon, Xavier, 194.
Léonie (paciente de Janet), 170, 187, 386, 387, 396, 403, 406, 411-414, 843, 844, 995.
Leriche, René, 270.
Le Roux, 84.
Leroy, Maxime, 583.
Lersch, Philip, 240.
Lesky, Erna, 18, 490, 494, 498, 623.
Lessing, Gotthold Ephraim, 231.
Levillain, 120, 128.
Lévi-Strauss, Claude, 24, 28, 57.
Levy, Jakob Moreno, 933-934.
Lévy-Bruhl, Lucien, 406, 409.
Lewin, Bruno, 47, 48.
Leyden, 219.
Lichtenau, condesa de, 194.
Lichtenberg, Georg Christoph, 157, 574, 628.
Lichtenhan, 773-774.
Lichtheim, 547.
Liébeault, Ambroise, 102, 115-119, 139, 141-143, 182, 185, 389, 506, 541, 559, 570, 626, 839, 845, 853, 855, 872, 902, 979; Instituto Liébeault, 119, 872; Premio Liébeault, 855.
Liégeois, Jules, 118, 840, 852, 855, 872.
Liek, Erwin, 36.
Liepmann, 882.
Ligorio, san Alfonso de, 345.
Liljestrand, 980.
Lindau, Paul, 203.
Lindbergh, Charles A., 961.
Lindner, Gustav Adolf, 565, 623.
Lindner, S., 582.
Linnaeus, 226.
Lipps, Theodor, 573, 868.
Liszt, 643.
Littré, Emile, 266, 267.
Löffler, 946.
Lombroso, Cesare, 325, 355, 389, 392, 596, 629, 745, 850, 883.
Longfellow, 297.
López Ibor, J. J., 980.
Lorentz, 901.
Lorry, 150.
Lothar, Ernst, 934.
Louis, Eugène, 88.
Lövenhielm, conde de, 140.
Lowell, Percival, 35, 308.
Löwenfeld, L., 348, 566, 601, 870, 889, 892, 903.
Lubarsch, Otto, 305, 480.
Lucie (paciente de Janet), 170, 411-412, 414, 417, 427, 468, 845, 856.
Lucie, R. (paciente de Freud), 563.
Lucka, Emil, 172, 204.
Lucrecio, 406.
Ludwig, Carl, 490.
Ludwig, Emil, 528.
Lueger, Karl, 864, 867, 869.
Luis II de Baviera, 841, 844.
Luis XIV, 124, 229, 235, 298.
Luis XV, 325.
Luis XVI, 147.
Lumière, 864.
Luria, Alexander, 958.
Lutero, Martín, 341, 706, 767, 789.
Lutzelbourg, conde de, 69, 210, 224.
Luzenberger, A. V., 502.
Lyelle, Charles, 271.
Lyubimov, A., 13, 120, 124, 126, 128, 132, 861, 862.

Mabru, G., 198.
Mac Arthur, general, 977.
Mac Dougall, 611.
Macalpine, Ida, 617, 618.
Macario, M. M. A., 336.
Mach, Ernst, 226, 910.
Macnish, Robert, 158.
Madame D. (paciente de Janet), 390, 419-421, 426, 428, 468, 471, 607, 627, 856, 857, 871, 943.

Madeleine (paciente de Janet), 391, 395, 403, 454-455, 457, 458, 462, 471, 632, 875, 960, 980, 995.
Maeder, Alphonse, 19, 42, 61, 665, 747, 749-752, 754, 763, 786, 808, 810-811, 823, 915, 918, 921, 984-985.
Magendie, François, 47.
Magnan, Valentin, 325, 333, 349, 350, 351.
Magnin, Emile, 201.
Maier, Hans, 956.
Mailloux, Padre Noël, 729.
Maine de Biran, François-Pierre, 462, 463.
Maire, Gilbert, 205.
Malcolm, Norman, 917.
Malebranche, Nicolás, 337, 386, 406, 410, 462.
Malot, Hector, 201.
Malthus, Thomas Robert, 271, 273, 279.
Maltz, Maxwell, 729.
Mandl, Em., 561.
Mann, Thomas, 199, 247, 315, 339, 523, 544, 631.
Mantegazza, Paolo, 348, 577.
Mantoux, Paul, 225.
Marañón, Gregorio, 317.
Marat, Jean-Paul, 90, 698.
Marceline (paciente de Janet), 871.
Marcelle (paciente de Janet), 390, 418-419, 427, 429, 468, 471, 565, 855, 856, 871.
Marcillet (magnetizador), 191.
Marchand, 870.
Marcuse, 348.
Marcuse, Ludwig, 761.
Marey, 392.
Margetts, Edward, 365.
Marguerite Binet (paciente de Binet), 408.
Marholm, Laura, 341.
María Teresa de Austria, 77, 78, 83.
Maria-Theresia Paradis (paciente de Mesmer), 82-83, 91, 994, 996.
Maricourt, conde R. de, 191.
Marie, Auguste, 895.
Marie (paciente de Janet), 412, 415-417, 427, 428, 468, 470, 559, 856, 889.
Marie, Pierre, 125, 548.
Marillier, 387.
Marinetti, Filippo Tomasso, 904, 918.
Marion, 388.
Marisa (paciente de Morselli), 173.
Marivaux, 218.
Mars, Louis, 48.
Martensen-Larsen, O., 728.
Marti, Fritz, 914-917.
Marti, Hans, 833-834.
Martin, Mabel, 161.
Martini, 383.
Marx-Aveling, Eleanor, 70.
Marx, Karl, 14, 265, 270, *281-285*, 624, 629, 680, 686, 688, 689, 711-724, 988.
Marx, Otto, 547.
Mary Reynolds (paciente de J. K. Mitchell), 157-158.
Masaryk, Thomas, 630.
Masoin, 848.
Mason, Eudo C., 323.
Masson, André, 961.
Matteotti, 955.
Maupassant, Guy de, 132, 202, 313, 328, 581.
Maurier, George du, 202.
Maury, Alfred, 355-361, 364-365, 372, 569.
Mauss, Marcel, 43, 57.
Mauss, Marcel y Hubert, H., 56.
Mauthner, 479.
Mavdsley, 845.
Maximiliano III de Baviera, 78.
Maximoff, G. P., 269.
Maxwell, William, 90, 901.
Mayer, Carl, 572.
Mayer, Robert, 315, 785, 831.
Mayer, Sigmund, 475, 476, 478.
Maylan, Charles E., 535.
Mayreder, Rosa, 890.
McDougall, William, 466, 611.
McKinley, 881.
Mead, George, 467.
Mead, Margaret, 729.
Mead, Richard, 90.
Meares, Ainslie, 212.
Meb (paciente de Janet), 454, 457.
Meduna, J. L. von, 972.
Mechler, Achim, 597.
Meerloo, Joost, 665.
Mehlich, Rose, 824.
Meier, Carl A., 19, 55, 829.
Meige, Henri, 23, 125.
Meisel-Hess, Grete, 909-910.
Mellon, Paul y Mary, 760.
Mellor, Alec, 940.
Mendelssohn, Moses, 231.
Menelik, 867.
Meng, Heinrich, 962.
Menninger, Karl, 597.

Menninger-Lerchenthal, E., 198, 498, 538.
Merezhkovsky, 544.
Meringer, Rudolf, 572.
Merleau-Ponty, Maurice, 984.
Merswin, Rulman, 156.
Merton, Robert, 536.
Mesmer, Franz Anton, 9, 13, 55, 74, 78, *79-94*, 95, 97-105, 107, 110, 111, 134, 136, 137, 139, 141, 147, 181, 182, 185, 189, 190, 214, 216, 218, *219-221*, 222, 229, 233, 234, 239, 285, 291, 324, 607, 608, 639, 475, 852, 979, 987, 989, 992, 994, 996.
Mesmer, Johann, 80.
Metchnikov, Elie, 301, 352, 596.
Metzger, D., 877.
Meuli, Karl, 266.
Meyer, Eduard, 619.
Meyer, Hans, 490.
Meyer-Abich, Adolf, 240, 331, 335, 338, 393, 401, 442, 488, 552, 888, 762, 890, 892, 901, 920, 979.
Meyerson, Emil, 406.
Meyerson, Ignace, 18, 445.
Meynert, Theodor, 126, 128, 147, 287, 330, 350, 354, 493-494, 496, 501-503, 505, 506, 512, 513, 516, 521, 538, 540, 545, 546, 549, 551, 552, 562, 582, 622, 623, 629, 638, 853.
Meysenbug, Malwida von, 326, 327, 342.
Mialle, M. S., 85, 99.
Michaelis, Edgar, 40, 41.
Michaud, Régis, 209.
Michelet, Jules, 170, 340, 343, 344-345, 584, 845, 997.
Michelsen, Johann, 914, 915, 917, 918.
Mignot, Hubert, 337.
Miguel Ángel, 615, 925.
Milhaud, Gaston, 386, 406.
Milne, Marcus K., 665.
Milt, Bernhardt, 79, 91, 93.
Mill, John Stuart, 266, 313, 492.
Miller, James, 365.
Miller, Srta. (paciente), 783-784, 787, 826.
Millin, Sarah Gertrude, 714.
Millward, Keith G., 326.
Minkowski, Eugène, 19, 334, 396, 397, 668, 953-954, 962, 963, 964, 969.
Minto, C. S., 665.
Mintorn, William, 203.
Mises, Dr., *ver* Fechner.
Mitchell, John Kearsley, 157, 158.
Mitchell, Silas Weir, 158, 168, 289, 302, 437, 464, 505, 600.
Mitchell, T. W., 161.
Mitlacher, Heinz, 324.
Mittasch, Alwin, 315,
Moebius, Paul Julius, 335, 339-340, 431, 512, 535, 615, 638, 848, 882, 902.
Mohamed V de Turquía, 900.
Mohr, J. C. B., 230.
Moisés, 483, 544, 615, 618, 619, 925, 972, 978.
Moleschott, 269.
Molet, Louis, 49.
Molière, 218.
Moll, Albert, 118, 188, 348, 349, 354, 582, 793, 847, 853, 872, 883, 930, 961, 975.
Mommsen, 310.
Monakow, Constantin von, 546.
Moniz, Egaz, 971.
Montague, Ashley, 279, 340.
Montaigne, Michel Eyquem de, 138.
Montesquieu, 834.
Montet, Ch. de, 906.
Montgolfier, 215.
Monzie, A. de, 132.
Mooney, James, 944.
Morand, Paul, 328.
Moreau (de Tours), Jacques, 337, 414, 463.
Moreau (de Tours), Pierre, 347.
Morel, Bénedict-Augustin, 290, 325, 332, 349, 423, 433, 990.
Moreno, Jacob, 19, 480, 968, 970, 985, 997.
Morf, Gustav, 19, 912.
Morgan, Lewis, 262.
Morita, Shoma, 964.
Mornet, Daniel, 230.
Morris, C. W., 467.
Morselli, Enrico, 845, 878, 958.
Morselli, Giovanni Enrico, 162, 168-169, 173.
Morsier, Georges de, 182, 337.
Moser, Fanny, 755.
Moses, Stainton (médium), 113, 368.
Motet, A., Dr., 153, 855, 861.
Mouillesaux, 103, 140.
Mourly Vold, John, 358, 950.
Moutin, Dr., 205.
Moxon, Cavendish, 596.
Mozart, Leopold, 80.
Mozart, Wolfgang-Amadeus, 80, 200, 310.
Mühlmann, Wilhelm, 223.
Müller, Friedrich von, 583.
Müller, Johannes von, 490

Müller-Braunschweig, 968.
Munthe, Axel, 133.
Muralt, Alex von, 759.
Muratori, Ludovico Antonio, 138.
Murchison, Carl, 399.
Murphy, Gardner, 161, 172, 368, 373, 453.
Muschg, Walter, 534.
Musset, Alfred de, 238.
Mussolini, 758, 816, 948, 953, 964, 971.
Muthmann, 906.
Myers, A., 387.
Myers, Frederick, 10, 113, 114, 131, 149, 161, 168, 178, 212-213, 303, 368, 373, 387, 389, 392, 407, 777, 845, 850, 857, 860, 865-866, 870, 875, 885.

Nacht, Sacha, 599.
Nadeau, Maurice, 942.
Nadia (paciente de Janet), 980-981.
Naecke, Paul, 584, 591, 879, 890.
Naef, Dr., 154, 155.
Naef, paciente, 154-155.
Nagele, Anton, 587.
Nageotte, Dr., 393.
Napoleón III, 298, 379.
Nasse, 104.
Natenberg, Maurice, 535.
Nathan, Otto, 620.
Nathanson, Jacob, 483.
Naumann, Gustav, 353.
Nechayev, 301.
Nehru, Jawaharlal, 272.
Neisser, Karl, 341, 798.
Nelken, Jan, 826.
Nerval, Gérard de (G. Labrunie), 152.
Nestroy, 667.
Neuer, Alexander, 687, 690, 709.
Neumann, Heinrich Wilhelm, 249, 252-253, 254, 286, 330, 350, 353, 587, 599, 624, 825.
Neumann, P., 523.
Neumayer, Karl, 556.
Newton, Isaac, 85, 226, 233, 234, 255, 272, 309, 903.
Nicolai, Georg Friedrich, 933.
Nicolás de Flue, san, 819.
Nicolás de Rusia, duque, 126.
Nicolás II, zar, 863, 867, 869.
Nietzsche, Friedrich, 14, 17, 207-209, 216, 245, 248, 261-263, 268, 281, 296, 304, 305, 307, 312, *313-323*, 226, 339, 341, 342, 353, 584, 593, 596, 598, 614, 621, 624, 631, 638, 680, 685, 686, 691, 712, 715, 717, 721, 738, 742, 746, 752, 784, 789, 790, 798, 800, 811, 815-816, 825, 849, 873, 937, 991, 992; asociados:
Andréas-Salomé, 320, 321, 342; Bachofen, 261, 263; Diderot, 216, 318, 321, 614; Meysenburg, 326, 342; Schopenhauer, 245, 313, 624; Seillière, 717; Wagner, 313, 326; *ver también* Adler, Freud, Jung:
enfermedad creadora, 248, 320, 753, 991; criptomnesias, 208-209; muerte, 313, 873; demencia final, 313, 339, 849; familia y entorno, 742; influencia, 297, 314, 320-322; leyenda, 314; vida, 313; personalidad, 313; filosofía, 314:
eterno retorno, 313, 319, 320, 992; nihilismo, 314; superhombre, 313, 319-321;
psicología:
novedad, 314; pragmatismo, 686; tendencia descubridora, 315, 320, 624;
sífilis, 339; teorías:
sobre el arte, 614, 789; belleza, origen sexual del sentimiento de, 353; civilización, origen de la, 216, 281, 317-318, 321, 326, 613, 631; consciencia, 316-318; pensadores creadores, 621; delito, 315, 631; impulsos destructores y autodestructores, 318, 321, 596, 631, 937; sueños, 316; impulsos, 316, 321, 631, 721; ficciones, necesidad de las, 624, 712; «ello», 321, 598; inhibición, 316-318, 321; energía mental, 315, 321, 631; sentimientos morales, origen de los, 281, 316, 317-318, 598, 631; imagen de la madre, 318, 341, 584, 798; resentimiento, 306-307, 317, 321, 624; autoengaño, 315, 316, 322, 631; ciencia, 268, 318; sublimación, 316-317, 321, 584, 631; vuelta de los impulsos contra uno mismo, 316-317, 321, 631, 721; inconsciente, 316, 321; voluntad de poder, 316, 322, 624, 691, 712, 715, 717;
valores tradicionales, ataques contra los, 263, 313, 314; carrera universitaria, 304, 305, 313; obras:
El nacimiento de la tragedia, 209, 262, 305, 307, 313, 314; *Genealogía de la*

Moral, 208, 281, 318, 321, 598, 614, 680;
Zarathustra, 17, 207, 208, 312-314, 322, 746, 752, 800, 815;
Zarathustra como personalidad dual de Nietzsche, 207, 314, 322, 752, 815.
Nightingale, Florence, 297.
Nioradzé, Georg, 62.
Nitze, 498.
Noailles, Anna de, 536.
Noizet, General, 102, 116, 139, 147, 184, 186, 426, 464.
Nordau, Max, 325, 625.
Norden, Heinz, 620.
Nothnagel, Hermann, 493, 518, 548, 654.
Novalis (Friedrich von Hardenberg), 206, 236, 237, 238, 248, 255, 341, 584, 595, 887, 954.
Novotny, Karl, 669.
Nozaki, Kiyoshi, 34.
Nussbaum, P., 696.

Oberlin, 232.
Oberndorf, Clarence, 898, 939, 951.
Obersteiner, Heinrich, 305, 860.
Ochorowicz, Julian, 386-387, 850.
Oeri, Albert, 742-743, 745, 751, 772.
Oesterlin, Fräulein (paciente de Mesmer), 81, 85, 994.
Oesterreich, Traugott K., 31, 161, 878.
Oetker, Karl, 912, 913.
Ogler, Herta, 652.
Ohtsuki, Kenji, 965.
Oliver-Brachfeld, F., 690, 714, 791.
Ollé-Laprune, 409.
Ombredane, André, 547.
Oppenheim, D. E., 499, 500, 586, 899, 917.
Oppenheimer, C., 880.
Orígenes, 788.
Orlik, Emil, 519, 520.
Orne, Martin, 211.
Ostwald, Wilhelm, 352, 789.
Otto, Rudolf, 818, 822.
Owen, 265.

Pablo, san, 819, 919.
Page, Herbert, 499.
Pagel, J. Leopold, 515.
Pagniez, Philippe, 889.
Palffy (conde), 478, 645.
Pannetier, Odette, 528.
Papanek, Ernst, 729.
Pappenheim, Bertha (*ver* Anna O.).
Pappenheim, Siegmund, 553.
Paracelso, Teofrasto, 90, 813, 825.
Pareto, Vilfredo, 625, 881.
Parker, Mrs. Stratton, 957.
Parker, W. B., 900.
Parodi, Dominique, 384.
Pascal, Georges, 929.
Pasdermadjian, Hrant, 977.
Passavant, 104.
Pasteur, Louis. 125, 308, 310, 638, 841, 844, 846, 864, 998-999.
Patience Worth, seud. de Pearl Leonore Curran, 199, 200, 207.
Paton, Stewart, 335.
Paul, Eden y Cedar, 262.
Paul, San Vicente de, 124.
Pauli, W., 831.
Pausanias, 54.
Pavlov, Ivan, 170, 466, 632, 884, 888, 963, 985, 991.
Payne, Robert, 301.
Pedro I de Servia, 884, 927.
Pedro II del Brasil, 125.
Pelagio, 788.
Pérez, 354.
Perry, J. Weir, 828, 900.
Pestalozzi, R., 113, 488.
Peter, Dr., 308, 844.
Pétetin, Jacques Henri Désiré, 100, 101, 150-151, 174.
Petrova, M. K., 963.
Pettazzoni, Raffaele, 43-44.
Pever, Alexander, 352, 853.
Pfister, Ernest, 484.
Pfister, Oskar, 19, 23-24, 52, 53, 71, 590, 616, 633, 699, 705, 906, 957, 961.
Philippe, Cestan, 875.
Piaget, Jean, 357, 397, 449, 953.
Piaschewsky, 39.
Picasso, Pablo, 816, 894.
Pichon, Edouard, 391, 396, 397.
Pichon-Janet, Hélène (*ver* Janet, Hélène).
Pick, A., 882.
Picker, Henry, 278.
Picot, Georges, 380.
Piéron, Henri, 308, 462.
Pierus, 586.
Pilsudski, gral., 960.

Píndaro, 811.
Pinel, Philippe, 124, 196, 232, 329, 862, 989.
Pío VI (Giovanni Angelo Braschi), 78.
Pío XI, 964.
Piper, Sra. (médium), 180.
Pirandello, Luigi, 132, 204.
Pitres, 125.
Planck, 873.
Platón, 66, 148, 240, 581.
Plattner, Paul, 830.
Playne, Caroline E., 904.
Plotino, 365.
Plumer, Rvdo. William S., 157, 158.
Podach, Erich F., 314.
Podhajsky, W., 556.
Podmore, Frank, 111, 112, 845.
Poe, Edgar Allan, 197, 198, 718.
Poggioli, Renato, 635.
Poincaré, 925, 960.
Pokorny, Alois, 487.
Politzer, 479.
Pomme, Pierre, 220.
Pope, 235.
Popper-Lynkeus (Josef Popper), 328, 363, 535, 569, 719, 910.
Portmann, Adolf, 275, 279.
Posch, Maria Anna von, 80.
Potet du (*ver* Du Potet).
Pötzl, Otto, 948.
Poulting-Poultney (paciente de Franz), 166.
Powilewicz, Dr., 387, 412, 416, 464.
Pratt, J. H., 968.
Praz, Mario, 328.
Preiswerk, Emilie, 740, 741.
Preiswerk, Hélène (*ver* Hélène Preiswerk).
Preiswerk, Samuel, 740, 774-775, 784.
Prevorst, profetisa de (*ver* Friedericke Hauffe).
Prévost, abate, 124.
Prévost, Marcel, 204, 400, 858.
Preyer, 679, 848.
Prichard, James Cowles, 151-152, 888.
Priestley, 215.
Primo de Rivera, gral., 953.
Prince, Morton, 118, 161, 170, 171, 172, 400, 789, 875, 888.
Prince, Walter Franklin, 171, 200.
Profetisa de Prevorst (*ver* Friedericke Hauffe).
Proudhon, Pierre-Joseph, 265.
Proust, Adrien, 204.
Proust, Marcel, 132, 204-205, 296, 393, 400, 941.
Prouvé, V., 117.
Prudence, Bernard (médium), 192.
Puel, J. T., 151.
Puner, Helen Walker, 485.
Putnam, James, 499, 921.
Puységur, Amand-Marie-Jacques de Chastenet, 13, 18, 69, 90, 91, *94-100*, 101, 102, 103, 105, 134, 136, 138-140, 142, 143, 144, 147, 181, 183, 185, 189, 190, 193, 196, 214, 219, *220*, *221*, 222, *223*, 224, 234, 285, 291, 303, 387.
Puységur, Antoine-Hyacinthe, 95.
Puységur, Jacques Maxime, 95.
Puységur, Robert de, 95.

Quatrefages, A. de, 275.
Quimby, Phineas, 111.
Quinton, René, 279.
Qvistad, J., 60.

Rabaud, E., 275.
Rabbow, Paul, 65.
Rabier, 409.
Radet, Jean-Baptiste, 89.
Radó, Sandor, 725.
Raguenau, Padre, 46, 47.
Raimann, Emil, 539, 879, 889, 946-947.
Ramón y Cajal, 309.
Ramsey, Sir William, 87.
Rank, Otto, 570, 587, 596, 599, 633, 783, 784, 895, 902, 911, 918, 955-956, 962, 975.
Ranschburg, Paul, 866.
Raulin, Joseph, 220.
Ray, Ferdinand, 647, 649.
Ray, M. B., 442.
Raymond, Fulgence, 125, 133, 155, 391, 393, 428, 548, 863, 864, 871, 874.
Rebell, Hugues, 342.
Récamier, 142.
Reclus, Elisée, 262.
Recouly, Raymond, 527.
Redl, Alfred, 928.
Rée, Paul, 208, 281, 317-318.
Regazzoni, 194.
Régis, Emmanuel, 627.
Regnard, Paul, 377.

Reich, Barón de, 224.
Reich, Wilhelm, 962, 969, 975.
Reichenbach, 181.
Reicke, Emil, 342.
Reiffenstein, Manfred, 665.
Reik, Theodore, 725, 957-958.
Reil, Johann Christian, 157, 179, 183, 194, 239, 249-250, 253, 254, 267, 286, 623, 825.
Reine (médium), 777.
Reinhardt, F., 275.
Reitler, 520.
Reitman, Ben, 902.
Reiwald, Paul, 613, 832.
Renan, Ernest, 269, 310.
Répond, André, 802.
Restif de la Bretonne, Nicolas, 346.
Reymert, Martin L., 963.
Reynolds, Russel, 122.
Rhine, J. B., 815.
Ribot, Théodule, 161, 204, 205, 350, 388, 391-392, 397, 407, 464, 466, 470, 584, 850, 874, 875, 975; «Ley de Ribot», 464.
Richelieu, cardenal, 235.
Richer, Paul, 121, 125, 127, 175, 502, 562, 564, 565, 626, 842.
Richet, Charles, 94, 100, 113, 114, 121, 202, 203, 269, 369, 387, 390, 607, 839, 875.
Ricoeur, Paul, 640.
Rie, Oscar, 506, 547.
Rieger, 903.
Riel, Louis, 841.
Riese, Walther, 66.
Riesman, David, 533, 830.
Rifkin, Alfred H., 518, 520, 878-879, 882, 890, 1001.
Riklin, Franz, 783, 912, 913, 915.
Rilke, Rainer Maria, 323, 342, 923.
Rimbaud, Arthur, 637.
Ringseis, Johann Nepomuk von, 195.
Ritschl, Albrecht, 773, 774, 822.
Ritter, Wilhelm, 607.
Rivail, Hippolyte, 113.
Rivers, W. H. R., 932.
Robert, Marthe, 536.
Robert, W., 363, 364, 569.
Robespierre, 698.
Robida, Albert, 376.
Robin, Albert, 871.
Robin, Léon, 64.
Rochas d'Aiglun, coronel Albert de, 144-145, 850.
Rochedieu, Edmond, 832.
Roentgen, 308, 864.
Rogers, Carl R., 979.
Rohde, Erwin, 307.
Rohleder, Hermann, 345, 883.
Rokitansky, Carl, 306, 330.
Roland, Madame J. M. Ph., 223.
Rolland, Romain, 929.
Romains, Jules, 207, 324.
Ronge, Dr., 665.
Roosevelt, Theodore (presidente), 889, 894, 901, 967, 972.
Rorschach, Hermann, 109, 277, 358, 791, 928, 949-950, 952-953.
Rorschach, Olga, 19.
Rose (paciente de Janet), 412.
Rose, Ronald, 56.
Rosenthal, Emil, 548.
Rosenthal, Moritz, 501-502.
Roskoff, Gustav, 37, 231.
Rosny, hermanos, 544.
Roth, cardenal, 76.
Rothmann, 899.
Rothschuh, K. E., 239, 490.
Rougemont, Denis de, 766.
Rousseau, Jean-Jacques, 47, 230, 303, 346, 349, 698, 717, 732.
Roussel (paciente de Janet), 402.
Royce, Josiah, 302, 465-467.
Rozanov, Vassili, 581, 634-636.
Ruault, Albert, 187-188.
Rudolf, príncipe, 848.
Rüegg, August, 804.
Rusillon, Henri, 34.
Ryan, E., 898.

Sablik, K., 504.
Sacher-Masoch, Leopold Ritter von, 346, 347.
Sachs, Bernard, 494.
Sachs, Hanns, 485, 911, 918.
Sachs, Heinrich, 551.
Sachs, Maurice, 940.
Sade, Donatien, marqués de, 346, 899, 941, 944.
Sadger, Isidor, 903, 921.
Sadi Carnot (presidente francés), 863.
Saint-Martin, Louis-Claude, 825.
Saint-Simon, Henri, conde de, 265, 266, 267.

Sakel, Manfred, 970, 971.
Sal y Rosas, Federico, 25, 26, 27.
Salazar, 967.
Salin, Edgar, 263.
Sánchez, Thomas, 345.
Sanctis, Sante de, 358.
Sands, Frederic, 820.
Santayana, George, 353.
Santlus, Jakob Christoph, 280, 346, 347, 350, 587.
Sardou, Victorien, 200.
Sartiaux, Félix, 919.
Sartre, Jean-Paul, 726, 980.
Sauerbruch, Ferdinand, 306.
Saussure, Raymond de, 66, 734.
Savage, 922.
Sauvages, Boissier de, 150.
Sauvy, Alfred, 270.
Schaeffer, Rv. Samuel, 68.
Schapiro, Meyer, 616.
Schär, Hans, 762, 832.
Scharmer, 702.
Schaukal, Richard, 329, 596.
Scheler, Max, 237, 246, 307, 317.
Schelling, Friedrich Wilhelm von, 108, 194, 236, 238, 239, 241, 243, 247, 365, 824.
Scherding, Pierre, 39.
Scherner, Karl Albert, 245, 355-357, 361-363, 365, 514, 569, 878.
Schiaparelli, 308.
Schilder, Paul, 957.
Schiller, Friedrich, 106, 535, 619, 628, 667, 685, 789, 791, 822, 845.
Schindler, Dietrich, 833.
Schipkowensky, Nikola, 596.
Schjelderup-Ebbe, Thorleif, 716.
Schlegel, Friedrich, 236, 237, 238, 334.
Schleiermacher, Friedrich, 108, 237, 739, 825.
Schmid, Karl, 833.
Schmidt, Conrad, 283.
Schmidt, Heinrich, 272.
Schmidt, Paul, 90.
Schmidt, W., 24, 262.
Schneck, Jerome, 197.
Schnec, 947.
Schnegg, A., 161.
Schneider, Rudy (médium), 756.
Schnitzler, Arthur, 296, 327-329, 491, 500, 504, 519, 538, 540-544, 581, 638, 904, 917, 933, 1000.
Schnitzler, Henry, 540.
Schnitzler, Johann, 479, 540.
Schnitzler, Olga, 541.
Scholtz, 494.
Schopenhauer, Arthur, 9, 194, 241, 245-247, 296, 313, 326, 327, 341, 365, 572, 581, 584, 594, 624, 631, 633-636, 671, 710, 734, 744, 745, 757, 815, 824, 845, 890.
Schramm, 556.
Schreber, Daniel Paul, 616-618, 828, 887, 997.
Schrenck-Notzing, Albert Freiherr von, 118, 201, 756, 869.
Schubert, Franz, 311, 646, 731.
Schubert, Gotthilf von, 9, 108, 187, 239, 241-243, 355, 595, 630, 795, 824.
Schultz, Johannes, 146, 213, 527-528, 815, 967.
Schultz-Hencke, Harald, 722, 725, 818.
Schultze-Gaewernitz, Gerhart von, 677.
Schur, Max, 508.
Schürer-Waldheim, F., 79, 80.
Schurtz, Heinrich, 883.
Schuschnigg, canciller, 972.
Schwaller de Lubicz, R. A., 357.
Schwartz, Leonhard (*ver* Janet).
Schwarz, Theodor, 759.
Séailles, 388.
Sébillot, Paul, 221.
Séglas, J., 417, 421, 464.
Seif, Leonhard, 906.
Seillière, Ernest, 717-718.
Seippel, 952.
Seitz, Karl, 664.
Seldes, George, 951.
Selesnick, Sheldon T., 728.
Selye, Hans, 241.
Semmelweiss, Ignaz Philipp, 306, 498, 903.
Semmler, 77.
Semon, Richard, 366.
Séneca, 683.
Sérieux, Paul, 588.
Servadio, Emilio, 620.
Shackleton, 900.
Shakespeare, William, 123, 125, 150, 199, 236, 303, 527, 535, 628, 641, 685, 667, 886.
Shute, Evan V., 275.
Sidgwick, Henry, 368, 387, 857.
Sidis, Boris, 118.
Siegfried, André, 738.

Siegfried, Jules, 385.
Sierke, Eugen, 75.
Sigerist, Henry, 22, 61, 229.
Sighele, Scipio, 612-613.
Silberer, Herbert, 570, 573, 633, 783, 812, 823, 906, 932, 942-943.
Silberstein, Eduard, 15, 488, 513.
Simmel, Ernst, 961.
Simon, Ernest, 483.
Simon, Gustave, 199.
Simon, Hermann, 335, 408, 439, 442-443, 965.
Simon, Théodore, 890.
Simpson, Sra., 971.
Slade (médium), 113.
Smith, William Robertson, 610.
Smuts, Jan Christian, 713-714.
Sócrates, 705.
Soesman, F. J., 357.
Sollier, Paul, 177, 189, 895.
Somary, Felix, 299, 928.
Sorel, Georges, 881, 898.
Soulié, Frédéric, 197.
Soupault, Philippe, 941-943.
Souques, A., 120, 122, 125.
Sours, John A., 628.
Soyka, Otto, 890.
Spehlmann, Rainer, 258.
Spencer, Herbert, 266, 313, 596.
Spengler, Oswald, 937.
Spenlé, E., 206.
Speransky, 241.
Sperber, Hans, 924.
Sperber, Manes, 652.
Speyr, Dr. von, 143.
Spiegel, 947.
Spiel, Oskar, 702.
Spielrein, Sabina, 596.
Spitteler, Carl, 341, 789, 794, 826, 892-893, 997.
Staehelin, John, 828.
Stahl, 251, 253.
Stalin, 816.
Stanescu, Heinz, 488.
Staub, Hugo, 964.
Stavisky, 969.
Steck, Hans, 309.
Steenstrup, 885.
Steiner, Gustav, 16, 742, 745-746, 762.
Steiner, Rudolf, 491, 630, 766, *769-772*, 773, 774, 992.
Steinthal, Heymann, 353, 448, 478, 547, 784.
Stekel, Hilda, 660, 671.
Stekel, Wilhelm, 517, 520, 522, 565, 570, 633, 657-658, 660, *671-675*, 880, 902, 905, 918, 920, 957.
Stendhal (Henri Beyle), 584, 606, 714-715.
Stengel, A., 338.
Stern, William, 879, 901.
Sterzinger, 77.
Stevenson, Mathilda, 50, 51, 53.
Stevenson, Robert Louis, 203, 361.
Stilling, Heinrich (*ver* Jung-Stilling).
Stockert-Meynert, Dora, 307, 494, 502, 630.
Stoerk, 479.
Stokvis, Berthold, 143, 144.
Stoll, Otto, 55, 139.
Stoll, W. A., 980.
Strachey, James, 484.
Strandell, Birger, 924.
Strasser-Eppelbaum, Vera, 696.
Straszewski, 466.
Straumann, Heinrich, 106.
Strauss, David, 107, 108, 132, 310, 861.
Stricker, Solomon, 479, 495, 538, 654-655.
Strindberg, August, 517, 886.
Strümpell, Adolf, 361-362, 365, 431, 512, 569, 848, 854, 857-858, 865.
Subercaseaux, Benjamin, 471.
Sucher, Johann, 195.
Sucher, Paul, 824.
Sullivan, Harry Stack, 722-723, 974.
Sury, Dr. von, 19.
Suzuki, I. D., 814.
Svengali (hipnotizador), 202.
Svevo, Italo, 204.
Swedenborg, E., 206, 710, 745, 791, 825.
Syevertsoff, 279.
Szondi, Leopold, 19, 972, 980, 982-984.
Tabori, Cornelius, 620.
Taine, Hippolyte, 205, 313, 464, 612, 613.
Tanzi, Eugenio, 826.
Tarde, Gabriel, 595, 612-613, 993.
Tardif de Montrevel, 103, 145, 186.
Tarnowsky, Benjamin, 846.
Taylor, W. S., 161.
Teilhard de Chardin, Pierre, 242.
Teillard, Ania, 790.
Teissl, 479.
Teresa de Ávila, santa, 992.
Terrasson, abate Jean, 233.

Tertuliano, 788.
Teste, Alphonse, 102, 145, 464.
Thierfelder, 305.
Thierry, G. Augustin, 201.
Thipgen, Corbett H., 173.
Thomese, Ika, 323.
Thompson, Sra. (médium), 875.
Thompson, Clara, 722, 725.
Thomsen, R., 499, 500.
Thorwald, Jürgen, 306.
Thouret, M., 90.
Thurnwald, Richard, 911.
Tietze, Hans, 475, 479.
Tillich, Paul, 832.
Tischner, Rudolf, 79, 103, 140, 901.
Tobler, Georg C., 488.
Tocqueville, Alexis de, 265, 301.
Tokarsky, A., 301, 596.
Tolstoi, León, 685, 719, 905.
Toman, Walter, 728.
Tomás de Aquino, santo, 767.
Toulouse-Lautrec, 328.
Tourette, Gilles de la (*ver* Gilles de la Tourette, Georges).
Tournier, César, 515.
Toynbee, Arnold, 830, 974.
Troeltsch, Ernst, 229.
Trömner, Ernst, 906.
Trotsky, 658, 662, 964.
Trotter, Wilfrid, 611.
Troxler, Ignaz, 241, 243, 244, 355, 770, 824.
Trüb, Hans, 829.
Truper, 868.
Tson Tse, 272.
Tucci, Giuseppe, 803.
Tucholsky, Kurt, 959.
Tuke, Hack, 232, 377, 857.
Türck, 498.
Turel, Adrien, 259, 260, 263.
Tylor, Edward B., 24, 609.
Tyrrell, G. N. M., 180, 200.
Tzara, Tristan, 933, 942.

Uexküll, Jacob Johann von, 242, 513.
Ufer, 868.
Umberto, 873.
Umpfenbach, Dr., 865.

Vaerting, Mathilde y Mathias, 262.
Vaihinger, Hans, 658, 683-685, 712, 729, 785, 997.
Vaillant (anarquista), 859.
Valéry, Paul, 206, 209, 400, 514.
Vallery-Radot, René, 308, 310.
Vandendriessche, Gaston, 618.
Van Eeden, Frederik, 118, 360, 361, 377, 821, 847, 850, 857, 875.
Van Genuchten, 548.
Van Gennep, Arnold, 611, 637.
Van Helmont, 90.
Van Ophvijsen, J. H. W., 915.
Van Renterghem, A. W., 115, 116, 117, 119, 514, 847, 850, 857, 871, 872, 896.
Vasubandhu, 585.
Veblen, Thorstein, 718.
Vedanta, 365.
Veith, Ilza, 287.
Verdeaux, Georges, 696.
Verhaeren, 327.
Verlaine, Paul, 341, 798.
Verne, Julio, 269, 573, 804, 876.
Verrocchio, 616.
Vetsera, Maria (baronesa), 848.
Victor (paciente de Puységur), 140, 142, 143, 222-224, 994.
Victoria, Reina, 296, 297, 880, 881.
Victoroff, David, 467.
Vigny, Alfred de, 67, 858.
Villaret, Albert, 559.
Villers, Charles de, 186, 193.
Villiers de l'Isle-Adam, Auguste, 343.
Vinchon, Jean, 79.
Vinci, Leonardo da, 528, 535, 544, 615-616, 805.
Virchow, Rudolf, 307, 330, 677, 683.
Virey, J. G., 223, 639.
Virgilio, 303, 404, 517, 804, 835.
Vischer, Friedrich, 357, 362, 572, 667.
Vischer, Robert, 357.
Vishnitzer, M., 477.
Vittoz, Roger, 908, 919, 979.
Vogt, Oscar, 212, 269, 868, 874, 906-907, 967.
Voisin, August, 852.
Vold, Mourly (*ver* Mourly Vold, John).
Volkelt, Johannes, 362, 365, 569.
Voltaire, 698.
Volterra, 901.
Von Reuss, 655.
Voss, 751, 882.
Vulpian, 846.

Waddington, 388.
Wagenvoort, H., 208, 209.

Wagner, Richard, 245, 296, 313, 326, 342.
Wagner-Jauregg, Julius von, 15, 396, 485, 499, 519, 522, 538-540, 655, 658-659, 846, 931, 932, 946-948, 952.
Waldeyer, 309.
Walsh, 922, 923.
Walter, Grey, 970.
Walton, G. L., 499.
Wallace, Alfred Russel, 271, 309, 374.
Wandeler, Joseph, 713.
Ward, Lester, 340.
Washington, George, 111.
Wasmann, 913.
Wassermann, Izydor, 707, 993.
Weaver, Sra. Alice D., 157.
Webb, W. Prescott, 226, 265.
Weber, Louis, 57.
Wedekind, 328, 581.
Weill, Georges, 226.
Weininger, Otto, 341-342, 581, 582, 634-636, 876, 885-886, 899, 903, 904, 917.
Weiss, Edward, 979.
Weizsäcker, Viktor von, 40, 528.
Wells, H. G., 360, 375, 800, 820, 876, 881.
Wernicke, Carl, 287, 330, 547, 685.
Westphal, Carl, 128, 287, 347.
Wetterstrand, Otto, 118, 210, 847, 868.
Wettley, Annemarie, 249, 331, 973.
Wetz, Wilhelm, 557.
Wexberg, Erwin, 663.
Weygandt, Wilhelm, 879, 897.
White, Rev. Victor, 832.
Wichler, Gerhard, 272.
Wilamovitz-Moellendorf, Ulrich von, 302, 303, 307.
Wilberforce, William, 297.
Wilde, Oscar, 198.
Wilder, Joseph, 726.
Wildgans, Anton, 328, 339.
Wilhelm, Richard, 756, 814, 826.
Wilson (presidente), 928, 931, 934, 935.
Wille, 746.
Williams, T. A., 922.
Williams, W. D., 319.
Windischmann, Karl, 194.
Winkelmann, August, 239, 336.
Winternitz, 479.
Winthuis, Joseph, 581, 635, 636.
Wischnitzer, Mark, 972.
Withington, C. F., 132.
Wittels, Fritz, 485, 533-534, 631, 1001.
Wittgenstein, Ludwig, 917.
Wohleb, Joseph, 79, 91.
Wolf, Gerson, 474.
Wolf, Hugo, 491.
Wolfart, Karl Christian, 92, 104, 194.
Wolfegg, María Bernardine von, 76.
Wolff, Hans M., 230, 314.
Wolff, Julius, 319.
Wolff, Otto, 118, 952.
Wolfgang, Hans, 974.
Wolstonecraft, Mary, 339.
Wollenberg, Robert, 923.
Woolf, Virginia, 204.
Wortis, Joseph, 529.
Wulffen, Erich, 903.
Wundt, Wilhelm, 254, 256, 257, 370, 464, 611, 778, 911.
Wyrsch, Jakob, 332, 747-748.
Wyss, Walter von, 271, 280.
Wyzewa, T. de, 132.

Yoffe, Adolf, 658, 662.
Yost, Casper S., 200.
Yourievitch, Serge, 392.

Zamenhof, Ludwig, 905.
Zemlinsky, Adolf, 475.
Zerman, Z. A. B., 927.
Ziehen, Theodor, 778, 781, 823, 882, 899.
Zilboorg, Gregory, 580-581.
Zimmer, Heinrich, 814, 826.
Zimmermann, J. A., 75, 77.
Zola, Emile, 132, 313, 325, 329, 849, 871.
Zöllner, 113, 746.
Zosimos, 812.
Zuckerkandl, 479.
Zündel, Friedrich, 39.
Zweig, Arnold, 733.
Zweig, Stefan, 480, 524.
Zwinglio, 789.

ÍNDICE DE MATERIAS

acedia, 457.
afasia, 129, 150, 338, 547, 856.
Alcohólicos Anónimos, 830.
alcoholismo, 289, 331, 377, 395, 436, 441, 456, 696, 704, 728, 778, 829, 941.
Alemania, 237, 266, 297-299, 935-936.
alma, 24-25; *ver también* arquetipos; pérdida y restauración del, 24-27.
alma universal, 105, 147, 178, 194, 238-239, 824.
alquimia, alquimistas, 268, 303, 388, 784, 812-813, 825, 978.
Alsacia, 98, 116-117, 119, 234, 298, 379, 380, 382, 395, 847, 905, 927, 936.
ambivalencia, 806.
amor: frustrado, 174, 251; y libido, 591, 906; enfermedad, 45, 69, 858-859; narcisista, 798; *ver también* narcisismo; romántico, 237; amor a sí mismo, 242, 243; amor de transferencia, 603.
análisis, complejo (*ver* Jung, psicología analítica); del destino, 982-983; dialéctico, 284, 285, 375; existencial, 874, 963, 978-980; lego, 961; psicológico (*ver* Janet); autoanálisis (*ver* Freud, Jung); de entrenamiento, 602, 633, 811, 828, 992; salvaje, 602, 905, 917, 951.
anarquismo, anarquistas, 262, 269, 293, 854, 856, 859, 863, 871, 879, 898, 958-959.
angustia, neurosis de (*ver* Freud, teorías).
angustia, teorías sobre la: Horney, 724; López Ibor, 980; Neumann, 253, 254, 624; Rank, 955; Stekel, 672 (*ver también* Freud).
anima, animus (*ver* Jung, teorías).
antisemitismo, 479-480, 484, 516, 519, 531-532, 536, 619, 633, 637, 643, 757-759, 864, 867, 869, 968.
antroposofía, 244, 769-771.
aristocracia, 216-217, 230, 294, 295, 301, 870, 987, 989.
armenios, 300, 863, 897, 900, 927, 930, 937, 976.
arquetipos (*ver* Jung, teorías): Niño Divino, 803, 811, 831; Dios, 819; Magna Mater, 264, 800, 810, 826; Sabio anciano, 264, 322, 800, 810-811; Salvador, 42, 61, 811, 985; sí mismo, 801, 803, 819; alma (anima), 798-799, 810; espíritu, 800-801; Virgen-Madre, 341, 342; Wotan, 816.
arte, mediumnístico, 199-200; psicología del, 127, 262, 614, 895; *ver también* belleza.
asociaciones libres, 601, 627, 823.
Asociaciones y sociedades, 230, 267, 310: Académie des Sciences (Academia de las Ciencias), 89, 384, 838; Académie des Sciences Morales et Politiques, 401, 407; British Medico-Psychological Association, 348; Sociedad Alemana de Psicoterapia, 756-757, 759, 968; Asociación Psicoanalítica Internacional, 516, 523, 749-750, 759, 902, 905, 915, 923, 924, 925; Instituto Internacional de Psicología, 392, 874; Sociedad Internacional de Psicoterapia, 757; *Kepler-Bund*, 912-913; *Monisten-Bund*, 638, 913; Asociación Psiquiátrica de Berlín, 899; Club Psicológico de Zurich (*Psychologischer Club*), 754, 756, 957; Société Harmonique des Amis Réunis de Estrasburgo, 98; Société de l'Har-

monie, 88-89, 98, 221, 224, 234; Société de Neurologie (Sociedad Neurológica), 401, 881; Société de Psychologie, 401, 402; Société de Psychologie physiologique, 386, 390, 392, 848; Sociedad de Psicoterapia de París, 394, 925; Sociedad de Psicología Individual, 658; Sociedad de Investigación Psíquica (Society for Psychical Research), 113, 149, 361, 367, 387, 620, 755, 845; Sociedad Suiza de Psicología Aplicada, 398, 758; Sociedad Psicoanalítica Vienesa, 521, 657-658, 909, 918, 957; Sociedad Vienesa de Médicos, 495, 498-504, 515, 540; Sociedad Psicoanalítica de los Miércoles, 520, 521, 534, 657, 883.
astrología, 268, 309, 813.
Austria, Austria-Hungría, 84, 299-300, 473-474, 660, 927-929, 934-935, 936, 945, 972.
automático, dibujo, 200, 607; charla, 420, 428, 607, 627, 857, 945; escritura, 113, 114, 135, 137, 149, 156, 200, 367, 369, 411, 419, 420, 428, 607, 857, 943-944.
automatismo: ambulatorio, 153-155, 177; psicológico (*ver* Janet).
autosugestión (*ver* sugestión).

Barroco, 219, 227-229, 291, 302, 989.
belleza, origen sexual del sentimiento de, 353.
bisexualidad, 241, 340, 507, 578-582, 634-635, 674, 683, 798-799, 885-887.
bolchevismo, 661-662, 669, 931, 936.
Bolsa de valores, 480, 833, 960, 964, 966.
Bollingen, Fundación, 760.
Burgenland, 643, 650, 656.
Burghölzli, 119, 286, 331-335, 398, 746-749, 761, 762, 777-780, 826, 847, 879, 884, 891, 894, 902, 956.
burguesía, 217, 295, 987-988.

cambio de vida, 751, 771, 802, 813.
campesinos, 217-218, 222-223, 295, 300-301, 324, 332, 719-720, 987-988.
campo de la conciencia, 415, 430, 466, 627.
catalepsia, 100, 105, 107, 126, 137, 146, 151, 174, 177, 412, 838.
catártica, cura (*ver* psicoterapia, métodos diversos).
cerebro, mitología del (*Hirnmythologie*), 330, 494, 547, 549-552, 622, 629.
ciencia: rasgos básicos, 71-72; creencia en la, 230, 267-270; como cuerpo de conocimientos, 267, 268, 998-1000; definición, 409; carácter destructivo, 269, 319; historia de la, 311-312, 344, 351; origen de la, 268, 453, 831; era pre-científica, 215, 233; y religión, 268, 399; como organización unificada, 71, 267, 998-1000.
cientificismo, 269, 285, 628, 912.
civilización, teorías sobre la, 216, 318, 321, 326, 609-612, 613-614, 938, 964.
clase social de los pacientes, papel de la, 218-219, 220-221, 224-225, 377, 707.
clase trabajadora, 117, 295, 988.
clases sociales (*ver* aristocracia, burguesía, campesinos, esclavos, proletariado, siervos, sirvientes, trabajadores).
cleptomanía, 441.
cómico, psicología de lo, 572-576, 715; *ver también* humor, chistes.
compensación, 316, 331, 372 (*ver* también Adler).
complejo, 182, 468, 606, 625, 627, 633, 778-780, 793, 794, 828, 891, 920.
comunidad, sentimiento de (*ver* Adler, teorías).
comunismo, 265, 661 (*ver también* bolchevismo).
concepto topográfico de la mente, 258, 366, 631.
conciencia, origen de la moral, 317-318.
Congresos y Reuniones, 111, 310; Arte y Ciencia, 1904, San Luis, 393, 888; Clark, Universidad, 1909, Worcester, Mass., 749, 900-901; Higiene, 1882, Ginebra, 310; Hipnotismo, 1889, París, 389, 850-852; Hipnotismo, 1900, París, 874-875; Magnetismo, 1889, París, 852; Psicología Médica, Bruselas, 906-907; Medicina, 1881, Londres, 125-126; Medicina, 1900, París, 874; Medicina, 1903, Madrid, 884; Medicina, 1909, Budapest, 902-903; Medicina, 1913, Londres, 394, 470, 750, 920-923; Psicología Fisiológica, 1889, París, 849, 857; Psiquiatría, 1955, Zurich, 760-761; Psiquiatría y Neurología, 1907, Amsterdam, 394, 749, 895-897; Psicoanálisis, 1908, Salzburgo, 521, 657, 898; Psicoanálisis, 1910, Nuremberg, 521, 905; Psicoanálisis, 1913, Munich, 787, 920, 923-924; Psicología, 1889, París, 311, 559; Psicología, 1892, Londres,

311, 390, 857; Psicología, 1896, Munich, 188, 311, 392, 429, 514, 867-868; Psicología, 1900, París, 875-876; Psicología, 1905, Roma, 394; Psicología, 1909, Ginebra, 394, 900; Psicología, 1923, Oxford, 395; Psicología, 1937, París, 402; Investigación Sexual, 1926, Berlín, 961; Simposio de Wittenberg, 1927, 963.
constelación de hermanos, 684, 699, 727-728, 990.
creación, psicología de la, artística y literaria, 205-208, 614.
creadora, enfermedad, 62, 248, 255, 510-511, 753-766, 804, 834, 991-993 (*ver también* Fechner, Freud, Jung, Nietzsche, R. Steiner).
criminología, 352, 391, 441, 572, 596, 631, 672, 729, 780, 856, 902, 997.
criptomnesia, 114, 208, 372, 373, 709, 792, 823, 876, 996.
cristal, contemplación del, 137, 149, 428, 607.
cuaternidad, 803.
culpabilidad, sentimiento de, 44, 52, 71, 155, 195-196, 198, 250, 253, 318, 597, 623, 631 (*ver también* sí mismo: autocastigo; superyo).
cura de almas (*ver* psicoterapia religiosa).
curador, tipos de: exorcista, 32; magnetizador, 190-193; psicoanalista, 909 (*ver también* hechicero, hombre medicina).

chistes, psicología de los, 573-574, 630, 905 (*ver también* cómico; humor).

dadaísmo, 638, 933, 942, 945.
darvinismo, 274-280; social, 210, 277-279, 280-282, 291, 639, 711, 912.
decadencia, 323-327, 881.
degeneración, 324-326, 349, 423, 627.
delito y delincuencia, teorías sobre el: Alexander y Staub, 964; Gross, 352, 572, 587, 625, 856; Lombroso, 325, 629; Mailloux, 729-730; Reik, 957 (*ver también* Adler, Freud, Nietzsche; hipnosis, juicios).
demonios, diablo, espíritus malignos, 21, 25, 27, 33, 34-41, 75-76, 77, 231, 424, 458, 618, 771, 820, 835 (*ver también* exorcismo, posesión).
depresión (*ver* depresión melancólica).
depresión melancólica: «melancolía del erudito», 990; teorías de: Adler, 695-696; Freud, 593; Von Gebsattel, 964; Minkowski, 953-954;
  tratamiento de la, 397-398, 974.
detector de mentiras, 828.
dictadores, psicología de los, 758, 816.
dinámico, significado de la palabra, 335-338.

Edipo, complejo de (*ver* Freud, teorías).
Edipo, mito de, 261, 264.
electroshock, terapéutica por, 397, 974.
ello, 321, 597-599, 621, 954.
enantiodromia, 804.
energía: psíquica, 137, 147, 181; teorías de: Beard, 288-289, 464; Fechner, 257; James, 464-465 (*ver también* Freud, Janet, Jung, Nietzsche; teoría de la libido, metapsicología).
enfermedad (*ver* creadora, enfermedad; iniciadora, enfermedad; magnético, enfermedades; refugio en la enfermedad).
epicúreos, 64, 65, 640, 734.
epidemias psíquicas, 94, 99, 104, 110, 112, 146, 267, 689, 832, 907 (*ver también* psicosis de masas).
escena primitiva, 579, 587.
escisión de fragmentos de la personalidad, 137, 182, 415, 771, 777, 781.
esclavos, 66-67, 95, 99, 270, 297, 317, 847.
Escuela de Nancy, 101-102, 114-119, 129, 140-141, 143, 148, 184-185, 201, 211, 337, 514, 844, 848, 852, 853, 857, 863, 871-872; *ver también* Bernheim, Liébeault, Liégeois.
escuelas: antiguas dinámicas (*ver* hipnotismo; magnetismo animal; Nancy; Salpêtrière); filosóficas griegas, 640 (*ver también* Aristóteles, epicúreos, estoicos, pitagóricos, Platón); modernas dinámicas (*ver* Salpêtrière, Nancy).
espiritismo, 111-114, 135, 148-149, 180, 199-200, 267, 327, 343, 367, 370-372, 414, 454, 459, 755, 773, 856 (*ver también* médiums).
espiritualismo (filosofía), 405, 462.
esquizofrenia (*alias* demencia precoz), 27, 35, 41, 793, 974; teorías de:
  Adler, 696; Bleuler, 331-335, 467-468, 884, 908-909, 988; Janet, 436, 442; Jung, 591, 828; Meyer, 442, 892, 901-902; Min-

kowski, 962-963 (*ver también* Bleuler, Jung).
Estados Unidos, 111-112, 265, 301-302.
estilo de vida (*ver* vida, estilo de).
estoicos, 64, 65, 67, 596, 640, 709-710, 719, 734.
Europa: a finales del siglo XVIII, 77, 214-218; en 1880, 293-297; en 1914, 926-929; en 1919-1920, 936-937, 939-941.
evolución, teoría de la, 257, 271-276 (*ver también* Darwin, Haeckel).
existencialismo, 734, 934, 954, 963, 980, 986 (*ver también* fenomenología).
exorcismo: *ver* psicoterapias.
extraversión, 788-790, 803, 830.

fantasía familiar, 587, 621.
fantasías, 123, 206, 334, 364, 379, 422-423, 601, 752, 833.
fantasías, teorías de: L. Daudet, 827; Flournoy, 370-371, 995; Jung, 804 (*ver también* realidades psíquicas); Myers, 368; *ver también* Benedikt, Freud, teorías.
fantástico (fantasía), 614, 944.
fenomenología, filosófica: teorías de: Heidegger, 963, 979; Husserl, 873-874, 952, 963; Merleau-Ponty, 984;
psiquiátrica: teorías de Binswanger, 952, 967, 978-982; Von Gebsattel, 964; Monkowski, 953-954, 962-963, 969.
fetichismo, 328, 346, 347, 408, 683.
ficciones, 624, 683-685, 708, 712-713, 717-718, 720.
filosofía de la naturaleza, 186, 235, 238-248, 256-257, 258, 365, 534, 550, 628, 770, 824.
filosóficos, problemas, de: individuación colectiva de la humanidad, 816, 819; comunicación con los espíritus de los muertos, 112, 368, 821 (*ver también* espiritismo); conservación del pasado, 405, 460-461; demonio, 322, 744, 774, 820; futuro de la humanidad, 453, 460-461; existencia de Dios, 410, 773-774, 819-820; significado de la vida, 705, 821; supervivencia después de la muerte, 113-114, 368, 821; *ver también* alma universal, espiritismo, misticismo, religión.
fin de siècle, 323, 326-329, 374, 515, 869, 880.
fobia, 138, 290, 291, 441, 728, 782, 864, 896 (*ver también* Hans, el pequeño).
folklore, 218, 221, 236, 291, 295, 301, 324, 583.
Francia, 84, 265, 297-299.
fugas, 154-155.
futurismo, 638, 898, 904.

genio, teorías, 352, 354, 368, 731; K. R. Eissler, 536-537; Grasset, 731; Lange-Eichbaum, 731; Myers, 212, 368, 845, 846; Weininger, 886.
genotropismo, 972, 983.
Gilgamés, 784, 804.
gnosticismo, 753, 760, 767, 784, 787, 788, 812, 826.
guerra: americana de independencia, 84, 216, 217; balcánica, 904, 910, 919; boer, 872; franco-prusiana (1870-1871), 297, 310, 378, 382; psicología de la, teorías: Adler, 661-662, 689-690; Freud, 542, 620, 639, 933; Marx, 283; Nicolai, 933; Schnitzler, 542-543, 933;
de Cuba, 302, 326, 871; Primera Guerra Mundial, 278, 279, 395, 522, 542, 639, 660-661, 672, 751, 926-935, 940, 988; Segunda Guerra Mundial, 639, 721, 974, 976-977.

hechicero, 20, 25, 28-30, 32, 61-62, 93-94, 180, 991-992 (*ver también* hombre medicina).
Henry Phipps Clinic, 920.
hetairismo, 259, 260, 261, 264.
hipnosis (*ver también* hipnotismo), 75, 223, 854, 885, 987; regresión hipnótica de edad, 144, 189, 416-417; y arte, 200-201, 206; clarividencia en la, 96, 105, 144; delito bajo, 118, 140, 145, 200, 840, 848, 852, 854; peligros de la, 103, 110, 145-146, 853; a distancia, 188, 196, 386, 411; elemento erótico, 145, 146, 186-187, 192, 853; y genio, 212, 845; situación hipnótica, 141; sueño hipnótico, 115, 118, 138, 139, 140, 145, 149, 183; características principales, 142-143; métodos de inducción, 141, 851; parcial, 212, 874; amnesia poshipnótica, 119, 140, 600; sugestión poshipnótica, 101, 103, 140, 143, 146, 181, 188, 201, 373, 626; representación de un papel en la, 144, 175, 183, 411, 541-543; seducción bajo, 103, 140, 145, 186, 200; autohipnosis, 61, 187, 967; simulación en la, 210, 844, 855; as-

pecto sociológico de la, 184, 223-225; experiencia subjetiva en la, 35; anestesia quirúrgica en la, 110, 142; teorías de: Mesmer, 97, 147; Meynert, 147, 853; Myers, 212; Strümpell, 858; *ver también* Adler, Bernheim, Charcot, Forel, Freud, Janet, teorías.

uso en psicoterapia, 55, 103, 174, 184-185, 213; terapia de regateo hipnótica, 184; catarsis en estado hipnótico, 185, 851, 876; sueño hipnótico prolongado, 110, 868; relajación, 184; sugestión terapéutica en la hipnosis, 184-185, 224, 339;

utilización para la investigación psicológica, 212-213, 407-408, 874.

hipnotismo (*ver también* hipnosis), 139-148, 987-988; bibliografía sobre, 847, 854; en la literatura, 201-202; y filosofía, 205-206; hipnotismo de teatro, 104, 141, 145, 191-192, 267, 385, 387, 839, 845, 850.

hipocondriasis, 220, 232, 248, 287.

histeria, 173-177, 290; desaparición hacia 1900, 296, 882;

grande hystérie, 121, 130, 134, 175, 501, 562, 565, 842; en la literatura, 176, 866; masculina, 173, 176, 351, 498-504, 516, 540, 840; concepto popular de, 173, 385; representación de un papel en la, 134, 176, 183, 541-543; psicogénesis sexual de la, 351, 626; simulación en la, 210; aspecto sociológico de la, 174, 889; forma de vida teatral, 296; teorías: Babinski, 133, 881-882, 931; Bernheim, 117; Binet, 175, 177, 351, 431; Briquet, 173, 175, 351, 842; Forel, 868; Hellpach, 889; Ideler, 251; King, 175, 351; Moebius, 848; Myers, 870; *ver también* Benedikt, Breuer, Breuer-Freud, Charcot, Charcot-Richer, Freud, Janet;

tratamiento de la, 415-417, 507, 563, 865, 871.

holismo, 714.

hombre, tipos ideales de, 228, 230, 237.

hombre medicina, 20, 21, 27, 28, 43, 50, 51-52, 55, 61-62, 72 (*ver también* hechicero).

homosexualidad, 338, 349, 578, 582, 615-617-618, 634, 728, 932, 961; 997; teorías de: Dessoir, 353, 582, 872; Hermann, 582; Hirschfeld, 348, 873; Kraff-Ebing, 347; Meynert, 350, 582, 622; Moll, 582, 872, 961; Weininger, 885; Westphal, 347; *ver también* Adler, Freud, teorías.

hospitales (*ver* Burghölzli, Henry Phipps Clinic, Salpêtrière, Hospital general de Viena).

humor, 944; *ver también* cómico; chistes.

I Ching, 815.

ideodinamismo (*ver* Bernheim).

ideología, 283-285.

Ilustración, 77, 79, 84, 219, 227, 229-234, 270, 291, 710, 734, 989.

imaginación, 89, 134, 138, 150, 183, 228, 827, 889.

imago (imagen), 321, 584, 633, 794, 798, 828, 892-893.

imitación, 446, 456, 612.

«imperialismo», 717.

impulsos, teorías de: Adler, 628, 721; Ideler, 251; Neumann, 252, 253; Nietzsche, 315-318, 321, 322, 721; Santlus, 346; Schultz-Hencke, 725; *ver también* Freud.

impulsos agresivos, 317-321, 594, 612, 620, 633, 673, 683, 721.

inconsciente: colectivo, 180, 241, 755, 794-796, 820, 831, 992, 994; función conservadora del, 372-373, 1000; función creadora del, 245, 373, 885, 1000; función disolutiva del, 373, 1000; estudio experimental del, 366-367; exploración del, 114, 149, 365-374, 377, 1000; función mitopoética del, 109, 137, 183, 368, 373-374, 407, 543-544, 885, 1000; función regresiva del, 885; teorías de: Adler, 708; Binet, 407-408; Carus, 244-245, 247; Fechner, 366; Flournoy, 370-372, 373; Freud, 180, 565-578, 592-593, 993-994; Von Hartmann, 247-248; Herbart, 365-366, 623; Héricourt, 369; Janet, 369, 900; Jung, 245, 777, 781, 794-796; Leibniz, 365-366; Lipps, 868; Maine de Biran, 463; Myers, 368, 885; Nietzsche, 316; románticos, 236, 241, 244-245, 365; Schopenhauer, 245-247; Szondi, 982-984; Troxler, 243, 824. (*Ver también* subconsciente, no percatación.)

inconsciente mitopoético (*ver* inconsciente).

individuación (*ver* Jung, teorías).

industrial, revolución, 295, 264-265, 270, 287, 988.

inferioridad, complejo de (*ver* Adler, teorías).
inferioridad, sentimiento de (*ver* Adler, teorías).
Inglaterra, 265-266, 297-298.
iniciadora, enfermedad, 61.
inspiración, 178, 206-207.
instintos: teoría de los (*ver* impulsos; impulsos agresivos; sexual, instinto).
interpretación, 601-602, 606.
introversión, 788-790, 803, 830.

jerarquía de las tendencias, 393, 432, 434, 456-460, 462, 465, 466, 471.
judíos: asimilación, 477-480; condición de Austria antes de la emancipación, 475-477; emancipación, 231, 478-480; persecución y genocidio, 968, 970-973, 976; *ver también* antisemitismo.
juicios: Bompard, 854-855; Chambige, 848; Valroff, 861; Wagner-Jauregg, 522, 539, 945-948.

kairos, 41.
kitsune-tsuki, 33-34.

lenguaje: problema del origen del, 216, 233, 273, 924; psicología del, 448-450, 953; *ver también* chistes.
lenguas: creadas por médiums, 108, 200, 371, 775, 877; inglés, 375, 936, 978; esperanto, 405, 905; francés, 216, 298, 303, 375; alemán, 236, 298, 300, 303, 404, 936, 978; hebreo, 475-478; latín, 226, 302-303, 404; yiddish, 478.
letargo, 121, 131, 137, 150, 174, 177, 838.
leyendas: Adler, 655, 667, 732-733; Charcot, 127, 133-134; Darwin, 274; Freud, 484, 498, 502, 504, 514-520, 524, 547, 548, 588, 637-638, 656, 733, 897, 917-918, 921; Janet, 896, 900, 921; Jung, 758-759; Liébeault, 116; Nietzsche, 314; Mesmer, 92; Rimbaud, 637; estudio científico de su formación, 637.
libido: Herman, 582, 886; Jung, 591, 784-786, 792-793, 921; Moll, 793, 872, 975; *ver también* Freud: uso del término antes de Freud, 350, 354, 581-582, 792-793, 845-846, 872, 883, 886-887, 975.
Libro tibetano de los muertos, El, 585, 813-814.

mágico, 56-57.
Magna Mater (*ver* arquetipos).
magnético: círculo, 104; enfermedades, 137, 150-152, 173-174, 182, 994-995; fluido, 81, 85-89, 96, 97, 101, 105, 116, 134, 147, 181, 220.
magnetismo animal, 78-111, caps. III y IV (*passim*), 852, 992.
magnetizado, árbol, 87, 96-98, 197, 219, 221, 223, 291.
malarioterapia, 539, 846, 932, 952.
Mandala, 753, 803.
Marte, planeta, 308, 370, 545, 775, 852, 875-877.
marxismo, marxistas, 270, 281-284, 375, 670, 711-712, 724, 958.
masculina: dominación, 294, 339-340; superioridad (*ver* mujer, inferioridad de).
masoquismo, 322, 340, 346-347, 594, 969.
matriarcado, 258, 264, 689, 711, 825.
medicina psicosomática, 62, 72, 73, 104, 117, 118, 142, 381, 730, 829, 859, 979.
médiums, 36, 62, 113-114, 148, 149, 180, 199, 370-372, 756, 757, 884; *ver también* Alexis, Florence Cook, Sra. Curran, Hélène Preiswerk, Hélène Smith, D. Home, Sra. Piper, Reine, Rudy Schneider, Sra. Thompson.
mente: modelos de mente humana, 137, 177-180, 625; dipsiquismo, 177-179, 206-207; polipsiquismo, 179-180, 204-209, 875-876; teorías: Heinroth, 250-251; Ideler, 251-252; Janet, 443-453; Meynert, 622; Neumann, 252-253; Nietzsche, 315-316, 321; Proust, 204-205; *ver también* Freud, teorías.
mesmerismo (*ver* magnetismo animal); difusión del, 100-111.
metapsicología, teoría de la: L. Daudet, 827, 843; Freud (*ver* Freud, teorías).
misticismo, místicos, 147, 156, 458, 460, 621; judío, 633.
mistificación, 283, 285, 624, 711-712.
mito, 49, 50, 216, 293, 240, 260, 264, 327, 340, 373, 450, 456, 783, 826, 829-833; *ver también* mitos filosóficos.
mitología, 258, 260, 783-784, 787, 830-831, 978; mitología del cerebro (*ver* cerebro).

mitomanía, 30, 172, 183, 373, 450, 452, 618.
mitos filosóficos, 240, 340, 411, 463, 611, 719-720, 826.
modernismo, 117, 376, 873.
muerte, instinto de, teorías de: Freud, 243, 594-597, 603, 620; Menninger, 597; Metchnikoff, 301, 596; Nietzsche, 318; Novalis, 595; Von Schubert, 242, 243, 595; Spielrein, 596; Stekel, 672; Tokarsky, 301, 596.
muerte psicógena, 42-44, 58-59, 138, 248.
mujer: complementaria del hombre, 240, 767; *ver también* bisexualidad; temor de la, 696-697, 711, 723, 729; imágenes de la, 318, 341-343, 887, 893-894; *femme fatale*, 328, 341, 342; *femme inspiratrice*, 342-343, 892-893;
inferioridad de la, 339-340, 689, 885-886; superioridad de la, 340; *ver también* protesta masculina; matriarcado.

nacionalidades, principio de las, 226, 235, 927.
narcisismo, 243, 324, 584, 591, 624, 724, 829; *ver también* amor a sí mismo; proyección del ánima.
narcoanálisis (*ver* psicoterapias).
naturalismo, 313, 323, 325.
Nekyia, 751, 772, 787, 816.
neorromanticismo, 262-263, 296, 323-329, 534, 628, 638, 717, 887.
Neue Freie Presse, 533, 656, 867.
Neue Zürcher Zeitung, 488, 757, 820, 912-917, 929.
neurastenia, 287-288, 344, 351-352, 430, 562-563.
neurosis, 70, 287, 990-991; experimental, 963; de las naciones, 904; factores socioetiológicos de la, 284, 685; la sífilis como factor etiológico de la, 339, 959; teorías: Adler, 284, 683-685, 711-712; Jung, 811, 817; *ver también* Freud, Janet, teorías.
neurosis de transferencia, 31, 36, 285, 602, 605, 807 (*ver* transferencia); traumática, 290, 499-500, 504, 507; neurosis de guerra, 522, 660, 931, 939, 945-948; *ver también* fobia, histeria, neurastenia; angustia, neurosis de; obsesiones.
nihilismo, 301, 314, 904, 936.
no percatación (ignorancia), 797, 817.
nostalgia, 45.
numinoso, 795, 818.

obsesiones, 32, 76, 563, 864, 884, 889.
odio, 317, 447.
operotropismo, 983.
orgánica, inferioridad (*ver* Adler, teorías).

pacientes (*ver* Achilles; Anna O.; Ansel Bourne; Srta. Beauchamp; Blanche Wittmann; Dora; Doris; Elena; Elisabeth von R.; Ellen West; Emmy von N.; Estelle; Félida; Friedericke Hauffe; Gottliebin Dittus; pequeño Hans; Hélène Preiswerk; Hélène Smith; Hersilie Rouy; El «Hombre con las ratas»; El «Hombre-Lobo»; Horeczky de Horka; Ikara; Irène; Irma; Justine; Katharina Emmerich; Léonie B.; Lucie; Madame D.; Madeleine; Marcelle; Maria Theresia Paradis; Marie; Marisa; Mary Reynolds; Meb; Srta. Miller; Nadia; Naef paciente; Fraülein Oesterlin; Poulting-Poultney; Schreber; Victor Race); papel de los, 632, 993-996.
padre: identificación con el, 318, 612, 618, 633, 741, 782; asesinato del, primitivo, 241, 278, 281, 609-610, 812.
parálisis: dinámica, 336, 856; psíquica o hipnótica, 122, 126, 175, 182, 336, 512, 855; traumática, 122, 501, 505, 559, 840.
paranoia, 48, 617, 696, 891, 996, 997.
parapraxias (*ver* Freud, teorías).
parapsicología, 109, 113-114, 363, 370, 620, 746, 755, 815, 844-845; *ver también* Freud, Janet, Jung, Kerner, Myers; alquimia, astrología, antroposofía, hipnosis a distancia, *I Ching*, médiums, espiritismo, telepatía.
París, 83-84, 328, 840-841, 849, 861.
paz, tratados de, 1919, 936.
pecado, 39, 43-44, 250, 253, 345.
pedagogía terapéutica (*ver* psicoterapias).
pensamiento interno, 450, 457.
peregrinaciones, 34-35, 53, 67.
personalidad múltiple, 137, 155-173, 815, 822, 869, 875, 885; casos antiguos, 103, 155-158, 222; casos atenuados, 172; clasificación,

161; en la literatura, 198-199, 202-208, 342-343; características principales, 172; racimos de personalidades, 170-172, 179, 207; simultánea, 162-163; sucesiva, 163-170.
pitagóricos, 64-65, 67, 640.
pornografía, 327-328, 346, 349, 841, 951, 959.
posesión, 31-42, 76, 107, 127, 137-138, 156, 180, 223, 229, 231, 373, 424-425, 454, 458.
positivismo, 266-270, 285, 323, 628, 629.
precursores de la psiquiatría dinámica, 90, 94, 102-103, 119, 134, 274, 595, 621, 721-722, 944, 970.
predicciones para el siglo XX, 265-266, 374-377, 874.
presentificación, 432, 451, 469.
primera psiquiatría dinámica, cap. III; enfoques del inconsciente, 139-149; imágenes clínicas, 150-177; impacto cultural, 193-209, 213; declinar, 209-213; enfermedad, concepto de, 181-183; características principales, 137; modelos de la mente, 177-180; psicoterapia, 183-185; entorno social, 214-227; fuentes, 137-139; comunicación, 185-189.
principios de: constancia, 258, 279, 551, 595, 631; inercia, 550; placer-displacer, 241, 255, 256, 257-258, 262, 551, 592, 593, 595, 614, 631, 955, 992; realidad, 262, 468, 593, 614, 627; repetición, 256-257, 258, 593, 595, 603, 631; estabilidad, 256, 257, 550-551, 593, 595.
prioridad, pretensiones de, 309, 394, 470, 512, 536, 626-627, 666, 673, 856, 920.
«progresión», 793-794, 803.
proletariado, 217, 265, 270, 295, 988.
protesta masculina (*ver* Adler, teorías).
proyección, 465, 617.
prueba psicológica: Binet y Simon, 408; Rorschach, 109, 828, 950; Szondi, 983; test de asociación de palabras, 333, 367, 748-749, 777-780, 793, 794, 801, 828, 891, 901-902, 999.
psicastenia (*ver* Janet, teorías).
psicoanálisis (*ver* cap. VII); regla básica, 601, 604-605; origen del término, 563, 627, 920; fuentes (*ver* Freud, fuentes).
psicoanalítico: movimiento, 520-522, 640, 680, 891, 895, 900-901, 902, 904, 909, 910, 920, 960-961, 965; organización, 578, 905, 998-999; editoriales, 640, 894, 911, 932, 967, 978.
psicodrama (*ver* psicoterapia, dinámica moderna).
psicofarmacología, 469.
psicoide, 949.
psicología: animal, 236, 244, 444, 716; infantil, 444, 782, 959-960; concreta o pragmática, 641, 668-669, 686-687, 710, 720, 730, 990; de las emociones, 447-448, 452, 466; experimental, 464, 780, 999; judicial, 572, 590, 625, 780, 828, 891, 957-958, 997; *ver también* testigo, psicología del; de las masas, 611-612, 864; teorías:
Adler, 689; Blüher, Janet, 832; Le Bon, 201, 611-612, 613, 988; Tarde, 613; *ver también* Freud, Jung; de las plantas, 256; de las mujeres, 339-340, 343; *ver* Adler, Freud, Jung, Weininger.
psicología descubridora, 315-316, 320-321, 624, 628.
psicología profunda, 566, 783.
psicológico: análisis (*ver* análisis); fuerza, 434, 884; *ver también* energía psíquica; tensión, 434, 464-465, 466, 469, 883, 884, prueba (*ver* prueba).
psicosexualidad, 590, 906.
psicosis de masas, 376-377, 758, 832; *ver también* epidemias psíquicas.
psicoterapia, origen de la palabra, 118, 377, 850, 857, 863, 870.
psicoterapia, métodos diversos: «terapia apelativa» de Maeder, 42, 984-985; regateo, 25, 33, 34, 184, 222-224, 291, 557, 988; terapia por la belleza, 51-53; condicionante, 350; estimulación eléctrica («torpedeamiento»), 931, 945-948; análisis existencial, 978-979, 980-982; psicoanálisis existencial, 726, 981; masaje, 289, 427, 428; terapia moral de Baruk, 984; terapia moral de Dubois, 889, 891, 894, 896, 908, 919; terapia de Morita, 964; narcoanálisis, 397; no directiva, Roger, 979; ocupacional, 898; psicofarmacología, 469; «terapia más activa», Simon, 335, 442, 965; pedagogía terapéutica:
Adler, 679, 699-702, 957; Aichhorn, 938-939, 958; Hanselmann, 956.
entrenamiento:
Coué, 213, 952; Guillerey, 979; Jacobson, método de relajación, 964; Janet-Schwartz, 440-442; Schultz, entrenamiento autógeno, 213, 815, 967; Vit-

toz, 908, 919, 979; *ver también* Galeno, san Ignacio de Loyola, escuelas filosóficas griegas; yoga.

cura de Weir Mitchell, 289, 437, 505, 600; terapia por el trabajo, 232, 254, 333, 335, 439-440, 442.

psicoterapia, moderna dinámica: datos característicos, 72-73; evolución (*ver* capítulo X); procedimientos curativos:

analítico-reductora (*ver* psicología individual, psicoanálisis); concienciación, 804-805, 988; métodos catárticos, 185, 195-196, 394; *ver también* hipnosis; Breuer-Freud, 554-561, 865-866, 915; Frank, 907, 916, 920, 962; Janet, 212, 411, 415-417, 856-857; Krestnikov, 965; confesión del secreto patógeno, 351, 805-806, 859; imaginación dirigida: De Dessoille, 829, 974; Jung, 753, 808, 979; terapia de grupo, 699, 701, 703, 956; terapia dinámica de Janet, 433, 436-440; análisis psicológico de Janet, 417-430; psicoanálisis, 600-608; psicodrama, 49-51, 251, 254, 968, 997; dibujo o pintura espontáneos, 808, 829; terapia sintético-hermenéutica, 807-812; terapia mediante la voluntad de Rank, 962-975.

psicoterapia, primera dinámica (*ver* capítulos II, III); datos característicos, 137; evolución (*ver* cap. II); procedimientos curativos:

escritura automática terapéutica, 114, 135, 137, 149, 411, 413, 419, 420, 607; regateo hipnótico, 184, 222, 224, 291, 557; catarsis hipnótica, 183, 557, 559-560, 866; relajación hipnótica, 183-184; sugestión hipnótica, 184, 213, 225, 291, 337; terapia colectiva mesmérica, 87, 94, 95-96, 98, 221; terapia de crisis mesmérica, 85-87, 94, 134, 183, 220, 222; sueño hipnótico prolongado, 110, 118; sugestión en estado vigil, 140, 148, 185.

psicoterapia científica, 71-72.

psicoterapia filosófica, 64-67.

psicoterapia primitiva (*ver* cap. I); rasgos característicos, 60-63; descubrimiento de la, 21-22; teorías sobre la enfermedad, 23-24, 63; evolución, 62-63; procedimientos curativos:

curación ceremonial, 30, 49-53; confesión, 42-45, 67-69, 70; exorcismo, 31-42, 47-48, 75-79, 107, 137-138, 184; gratificación de la frustración, 45-49; hipnosis, uso primitivo de la, 55-56, 138-139; incubación, 54-55; curación mágica, 56-59; terapia primitiva racional, 59-60; restauración del alma perdida, 22-27.

psicoterapia religiosa: «cura de almas», 67-69, 71, 805, 822; curación por la creencia, 48; opinión de Jung, 805-806, 830; peregrinaciones, 34-35, 53, 67; curación en el templo, 54-55, 63-64; *ver también* incubación.

psiquiatría dinámica: entorno, 214-292; definición, 336-338; sistemas potenciales, 543, 827, 943-945, 1000; fuentes, 995-997.

realidad (*ver también* realidades psíquicas): función de, 407, 431-432, 451-452, 627; principio de (*ver* principios); estructura de la, 432-433, 451-452.

realidades psíquicas (*ver* Jung, teorías).

recuerdos: primeros, 666-667, 674, 693-694, 729, 995; «de una vida previa», 144-145, 162-163, 178, 744, 775-776; pantalla (*ver* Freud, teorías); sugeridos (*ver* Bernheim, teorías); reminiscencias traumáticas, 71, 438, 574, 781, 823; *ver también* Janet, teorías.

refugio en la enfermedad, 251, 623, 946, 997.

«regateo» en psicoterapia (*ver* psicoterapia, métodos diversos).

regresión, 280, 325, 337, 573-574, 793-794, 803, 816, 875, 877; *ver también* regresión hipnótica de edad.

Reizschutz, 594.

relación (*ver también* transferencia), 94, 101-104, 185-189, 290, 415, 443, 566, 605, 625, 878, 987; descrita en las novelas (Hoffmann), 195-196; en el exorcismo, 186; en el hipnotismo, 116, 140, 147-148, 188, 604; en el magnetismo, 96, 101, 103, 104, 134-135, 138, 140, 144, 160, 181, 185-187, 219; en el masaje, 290, 427; en el mediumnismo, 371, 776-777, 877; de Mesmer a Janet, 185-189; con los esquizofrénicos, 333, 823; *ver también* Janet, teorías.

religión (*ver también* Barth, Jahn, Otto, Ritschl): como una ilusión, 284; psicología de la, 831-832; sustitutivos de la, 458-460; *ver también* teorías de Adler, Freud, Janet, Jung.
Renacimiento, 227-228.
represión, 246, 263, 264, 317, 321, 340, 574-575, 576, 599, 627, 632, 674, 882-883.
resentimiento, 247, 306-307, 317, 321, 352, 631.
resistencia: descrita por: Adler, 700; Freud, 566, 601; Rank, 962; Reich, 969;
en el exorcismo, 36, 41; en la hipnosis, 154-155, 566, 604.
Revolución, industrial (*ver* industrial): psicología de la, 938, 955; de los Jóvenes Turcos, 474, 611, 899, 900, 911, 996; francesa, de 1789, 98-99, 124, 698; de 1848 en Europa, 265-267, 988.
romanticismo, 105, 234-264, 277, 291, 323-324, 734, 989; epígonos del, 254-264, 267; rasgos principales, 234-238; romántico: amor (*ver* amor); filosofía, 238-248, 291, 630-631; medicina, 241, 248; psiquiatría, 248-254, 286, 291, 989;
entorno sociológico, 234-235.
rumores, psicología de los, 782-783.
Rusia, 265, 300-301, 580-581, 884.

sabiduría, 803.
sadismo, 347, 594, 657.
Salpêtrière: Escuela, 120-134, 853-863; hospital (*ver* Charcot, Freud, Janet, Raymond), 41, 120-121, 124-125, 390, 391, 393, 403, 417, 469, 470, 471, 496, 498, 838, 840-843, 858, 862, 889.
«savant», el, 269.
secreto: acto de intimidad, 447, 448; secreto patógeno, 44-45, 68-71, 351, 600, 606, 623, 786, 805-806, 859, 988.
Secreto de la flor dorada, El, 814.
«ser en el mundo», 979, 981-982.
sexo, metafísica del, 580-581, 633-635.
sexos: igualdad de, 339-340; lucha entre, 264; *ver también* Bachofen.
sexual: conducta, carácter simbólico de la, 685; desviaciones (*ver también* homosexualidad), teorías:
Adler, 674, 683; Binet, 348, 349; Dessoir, 353-354, 582; Féré, 349, 873; Freud, 578-579, 890, *ver también* sexualidad infantil, teoría de la libido; Herman, 582, 886-887; Janet, 402, 441; Krafft-Ebing, 347-348, 582, 846; Meynert, 350, 582; teólogos morales, 345-346; Weininger, 885-886;
frustraciones, 251, 253, 351; instinto, 246, 253, 316, 321, 584, *ver también* teoría de la libido; misticismo, 246, 581, 633-636; psicopatología, 67-68, 338-355, 346-347, 576, 638, 845-846, 853, 873, 883, 997; selección, 274, 353; simbolismo, 263, 264, 569, 576, 585-587, 634, 635, 912; trascendentalismo, 634-635.
sexualidad: infantil, 344-345, 579-590, 615-616, 954, 997;
teorías de: Arréat, 354; Dallemagne, 350, 565, 584; Debreyne, 344; Freud, 510, 516, 563-565, 579-580, 583, 992, 997, *ver también* libido; Edipo, complejo de; Jung, 782, 785; S. Lindner, 582; Michelet, 344-345, 584, 997; Moll, 349, 582, 872, 883; Rohleder, 883; Stekel, 565, 671;
reprimida, 351-352, 587, 617, 625, 856; opiniones de: Fliess, 507-508; Freud, 246, 321, *ver también* libido, desviaciones sexuales; Janet, 402.
sí mismo (*ver también* arquetipo del sí mismo), 243, 465, 467, 753, 754, 797, 821, 824, 827, 843; autoanálisis (*ver* Freud, Jung); autocongruencia, 720, 727; autoengaño, 315-316, 422, 624, 631; autodestrucción, 251, 301, 318, 631; autocastigo, 155, 598, 957-958.
sí mismo subliminal, 368, 373, 845, 860.
siervos, 217-218, 231, 270, 300.
sífilis, 308, 339, 959.
símbolos, 55, 179; *ver también* simbolismo de los sueños, simbolismo sexual; teorías de:
Bachofen, 258-264, 825; Creuzer, 236, 825; Freud, 243, 263, 568, 585; Jung, 794, 830-831, *ver también* teorías, arquetipos; Riklin, 912; Von Schubert, 242-243.
sincronicidad (*ver* Jung, teorías).
«síndrome de desgaste y rotura», 287.
síntesis: función de, 415, 419, 432, 443, 468, 599, 627, 822; psicológica, 443-453.
«síntomas», 263, 264, 574-575, 708.

sionismo, 531, 740, 759-760, 867, 869.
sirvientes, 97, 218, 222-224, 295, 344, 345, 349.
social, darvinismo (*ver* Darwin, darvinismo).
social, interés (*ver* sentimiento de comunidad).
socialismo, 265, 283-284, 711.
sociedad opulenta, 639.
sociedades medicina, 49, 50, 51, 62.
sociología, origen de la, 266, 336.
socius, 446, 447, 449, 451, 456, 465, 466.
«sombra» (*ver* Jung, teorías).
sonambulismo: artificial (*ver* hipnosis); espontáneo, 138, 150.
subconsciente (*ver* Janet), teorías, ideas fijas subconscientes (*ver* Janet, teorías).
sublimación, 68, 316-317, 321, 342, 584, 590, 604, 631, 793, 983.
sueño, sueños: arquetípicos, 359, 802, 808-809; condicionante, 359, 360; de fantasía, 362; serie de, 804, 808; de espacio, 362; de trabajo, 363, 568, 569; Festival de los, 46, 47; funciones de los, 363, 569-570, 808; interpretación de los, 54-55, 202, 242, 245, 394, 515, 517, 569, 601, 809, 878, *ver también* Freud, obras; dominio de los, 359, 360, 771; estudio de los, 355-365; simbolismo de los, 241-242, 356-357, 362, 586, 809; telepáticos, 674; técnica de investigación, 355; teorías de:
  Delage, 364; Hervey de Saint-Denis, 356, 358-360; Hildebrandt, 362-363; Maeder, 786, 810-811, 823, 918; Maury, 356, 357-358, 359; Mourly Vold, 358, 950; Robert, 363; Románticos, 240, 241-242, 355-356, 362; Scherner, 356-357; Schnitzler, 542; Von Schubert, 242, 243; Silberer, 823, 942; Stekel, 671-672, 673, 674; Volkelt, 362; *ver también* Adler, Freud, Jung, Nietzsche, teorías;
  terapéuticos, 54-55; utilización de los, 362-363.
sueño, terapia prolongada, 118, 952.
sugestión (*ver también* psicoterapias), 117-118, 176, 185, 693, 994; autosugestión, 138, 141, 147, 183, 201, 211, 213; mutua, 130, 141, 144, 148, 211.
suicidio, 657, 680, 696.
superhombre (*ver* Nietzsche).
superioridad, tendencia a la, 322, 684, 691, 704, 709, 712, 715-717, 823.
superyo, 180, 243, 321, 597-599, 994.
surrealismo, 134, 402, 638, 941-945, 961.
susto, 25-27.

tabú, 23, 25, 42-43, 63, 609, 634; *ver también* Freud, *Totem y tabú*.
telepatía, 399, 620, 674.
tendencias, psicología de las (*ver* Janet).
terapia ocupacional (*ver* psicoterapias).
terminación, acto de, 37, 438-439.
test (*ver* prueba).
testigo, psicología del, 590, 891.
Tiefenpsychologie (*ver* psicología profunda).
tipología: de Binet, 791-792; Kretschmer, 949-950; Reich, 969; Rorschach, 949-950; Schnitzler, 543; Weininger, 885-886; *ver también* Adler, Janet, Jung, tipología.
Titanic, hundimiento del, 910.
totemismo, 609-611, 911, 996-997, 998; *ver también* Freud, *Totem y tabú*.
transcendente, función (*ver* Jung, teorías).
transferencia, 468, 566, 594, 601-603, 605-606, 620, 625, 700, 807; *ver también* relación.
transferencia con un imán, 133, 211.
transformismo (*ver* evolución).
Turquía, 300, 611, 897, 899-900, 926-927, 937.

vapeurs, 220, 222, 287, 291, 987.
victimología, 732-733.
victoriano, espíritu, 296-297, 327, 338, 385, 580, 588, 637, 880, 881, 917.
vida, estilo de, 674, 694, 700, 703, 708, 729, 730, 990.
vida, fin de la, 674, 694, 703, 708.
vida, plan de, 703, 713.
vida universitaria, 303-307.
Viena, 77, 300, 328-329, 473-474, 475, 479-480, 505-506, 650-651, 917, 921, 933-934, 951, 960, 973.
Viena, Hospital general de, 493-496, 540, 546, 654, 659.
visión extática, 153-154, 888.
voluntad de poder, 313, 316, 322, 624, 691, 712, 715, 717.

vuelta hacia uno mismo, 316-317, 321.

Weir Mitchell, cura de, 289-290, 437, 505, 600.
Weltanschauung, 237, 259, 711, 769.

yo (ego), 179, 597-600, 627, 967, 999; teorías de:
Alexander, 976; Baldwin, 465; Léon Daudet, 827, 843; Fichte, 194, 599; A. Freud, 599, 971, 976; Griesinger, 286; H. Hartmann, 600, 975; Janet, 449-452; G. Mead, 467; Meynert, 552; Nacht, 599; Royce, 465; *ver también* Freud, teorías.
yoga, 64, 759, 814-815.

zar, 35, 47-48.
zen, budismo, 64, 759, 814.
Zurich, 332, 912-917, 933, 956-957, 988; *ver también* Burghölzli.

ÍNDICE GENERAL

	Págs.
PRÓLOGO	7
Introducción	11
Reconocimientos personales	18
I.—*Los antepasados de la psicoterapia dinámica*	20
El descubrimiento de la psicoterapia primitiva	21
Pérdida y recuperación del alma	24
Intrusión y extracción del objeto-enfermedad	27
Posesión y exorcismo	31
Curación por medio de la confesión	42
La curación por medio de la satisfacción de las frustraciones	45
Curación ceremonial	49
Curación por medio de la incubación	54
Curación por medio de la hipnosis	55
Curación mágica	56
Terapéuticas racionales en la medicina primitiva	59
Características básicas de la curación primitiva	60
La curación en el templo y la psicoterapia filosófica	63
Curación religiosa y «cura de almas»	67
Psicoterapia científica	71
Psicoterapia dinámica moderna	72
II.—*La aparición de la psiquiatría dinámica*	74
Gassner y Mesmer	74
Franz Anton Mesmer (1734-1815)	79
Puységur y el nuevo magnetismo	94
La difusión del mesmerismo	100
El impacto del espiritismo	111
La Escuela de Nancy	115

Págs.

Charcot y la Escuela de la Salpêtrière 120
Conclusión 134

III.—*La primera psiquiatría dinámica (1775-1900)* 136
Características principales 137
Las fuentes de la primera psiquiatría dinámica 137
El camino real hacia la mente desconocida: hipnotismo. 139
Otros accesos a la mente desconocida 148
Cuadros clínicos típicos: enfermedades magnéticas ... 150
Cuadros clínicos típicos: automatismo ambulatorio ... 153
Cuadros clínicos típicos: personalidad múltiple 155

Clasificación y formas de la personalidad múltiple, 161. — Personalidades múltiples simultáneas, 162. — Personalidades múltiples sucesivas, mutuamente enteradas, 163. — Personalidades múltiples sucesivas, mutuamente amnésicas, 164. — Personalidades múltiples sucesivas: amnésicas en una dirección, 166. — Racimos de personalidad, 170. — Comentarios generales sobre la personalidad múltiple, 172.

Cuadros clínicos típicos: histeria 173
Modelos de la mente humana 177

Dipsiquismo, 177. — Polipsiquismo, 179.

Conceptos de psicogénesis y enfermedad 181

La teoría fluidista, 181. — Ideodinamismo, 181.

Procedimientos psicoterapéuticos 183
El camino terapéutico: la relación 185
El psicoterapeuta 189
El impacto cultural de la primera psiquiatría dinámica. 193
El declinar de la primera psiquiatría dinámica 209
Conclusión 213

IV.—*El entorno de la psiquiatría dinámica* 214
El entorno social 214
El entorno económico y político 225
El entorno cultural: la Ilustración 227
El entorno cultural: Romanticismo 234
Filosofía de la naturaleza y filosofía romántica 238
Medicina romántica 248
Los epígonos del Romanticismo: Fechner y Bachofen. 254
Crisis a mediados de siglo 264
Las nuevas doctrinas: Darwin y Marx 270

Charles Darwin (1809-1882), 271. — Karl Marx (1818-1883), 281.

Págs.

Cambios en la psiquiatría del siglo XIX 285
Conclusiones 291

V.—*En el umbral de una nueva psiquiatría dinámica* 293
El mundo en 1880 293
El entorno político 296
Cultura, ciencia y universidad 302
El profeta de una nueva era: Nietzsche 313
Neorromanticismo y fin de siècle 323
Psiquiatría y psicoterapia 329
Psicología y patología sexuales, 1880-1900 338
El estudio de los sueños 355
La exploración del inconsciente 365
El gran año 374

VI.—*Pierre Janet y el análisis psicológico* 378
El escenario de la vida de Pierre Janet 378
El entorno familiar 379
Acontecimientos en la vida de Pierre Janet 382
La personalidad de Pierre Janet 398
Contemporáneos de Janet 406
La obra de Janet: I) Filosofía 409
La obra de Janet: II) Automatismo psicológico 411
La obra de Janet: III) Análisis psicológico 417
La obra de Janet: IV) La exploración de las neurosis ... 430
La obra de Janet: V) La teoría dinámica 433
La obra de Janet: VI) La gran síntesis 443

I. 1. Tendencias reflexivas, 445. — I. 2. Tendencias perceptivo-suspensivas, 445. — I. 3. Tendencias sociopersonales, 446. — I. 4. Tendencias intelectuales elementales, 448. — II. 5. Acciones inmediatas y creencias dogmáticas, 449. — II. 6. Acciones y creencias reflexivas, 450. — III. 7. Tendencias racional-ergéticas, 452. — III. 8. Tendencias experimentales, 453. — III. 9. Tendencias progresivas, 453.

La obra de Janet: VII) Psicología de la Religión 453
Las fuentes de Janet 461
La influencia de Janet 467

VII.—*Sigmund Freud y el psicoanálisis* 473
El marco vital de Sigmund Freud 473
Entorno familiar 475
Acontecimientos en la vida de Sigmund Freud 484

Págs.

La personalidad de Sigmund Freud ... 524
Contemporáneos de Freud ... 538
La obra de Freud: I. — De la anatomía microscópica a la neurología teórica ... 544
La obra de Freud: II. — La búsqueda de un modelo psicológico ... 549
La obra de Freud: III. — La teoría de las neurosis ... 552
La obra de Freud: IV. — Psicología profunda ... 566
La obra de Freud: V. — La teoría de la libido ... 578
La obra de Freud: VI. — De la metapsicología al psicoanálisis del yo ... 590
La obra de Freud: VII. — La técnica psicoanalítica ... 600
La obra de Freud: VIII. — Filosofía de la religión, cultura y literatura ... 608
Las fuentes de Freud ... 621
La influencia de Freud ... 636

VIII.—*Alfred Adler y la psicología individual* ... 641
El marco vital de Alfred Adler ... 641
Entorno familiar ... 642
Acontecimientos en la vida de Alfred Adler ... 651
La personalidad de Alfred Adler ... 665
Contemporáneos de Alfred Adler ... 671
La obra de Adler: I. — Medicina social ... 675
La obra de Alfred Adler: II. — Teoría de la inferioridad orgánica ... 680
La obra de Alfred Adler: III. — Teoría de la neurosis... 683
La obra de Alfred Adler: IV. — Psicología individual ... 686
La obra de Alfred Adler: V. — Psicoterapia y educación. 699
La obra de Alfred Adler: VI. — Últimos desarrollos ... 703
Las fuentes de Adler ... 706
La influencia de Adler ... 720

IX.—*Carl Gustav Jung y la psicología analítica* ... 735
El marco vital de Carl Gustav Jung ... 735
Entorno familiar ... 736
Acontecimientos de la vida de Carl Gustav Jung ... 742
La personalidad de Carl Gustav Jung ... 762
Contemporáneos de Carl Gustav Jung ... 766
La obra de C. G. Jung: I. — La noción de realidad psicológica ... 772

Págs.

La obra de Carl Gustav Jung: II. — El período en el Burghölzli 777
La obra de C. G. Jung: III. — El período psicoanalítico. 781
La obra de Carl Gustav Jung: IV. — El período intermedio 787
La obra de Carl Gustav Jung: V. — Psicología analítica. 792

Estudio de la energía psíquica, 792. — El inconsciente colectivo y los arquetipos, 794. — La estructura de la psique humana, 796. — Individuación, 801.

La obra de Carl Gustav Jung: VI. — Psicoterapia 804
La obra de Carl Gustav Jung: VII. — Sabiduría oriental y occidental 812
La obra de Carl Gustav Jung: VIII. — La psicología de la religión 817
Las fuentes de Carl Gustav Jung 822
La influencia de Carl Gustav Jung 828

X.—*Aparición y ascenso de la nueva psiquiatría dinámica* 837
Rivalidad entre las escuelas de la Salpêtrière y de Nancy: 1882-1893 837
Nacimiento y desarrollo de las escuelas de la Salpêtrière y de Nancy: 1882-1885 838
La guerra de las escuelas y la entrada en escena de Pierre Janet: 1886-1889 844
El declinar de la Escuela de la Salpêtrière: 1890-1893 ... 853
Predominio y declive de la Escuela de Nancy: 1894-1900. 863

La búsqueda de nuevas psicoterapias: 1894-1896, 863. — El período «fin de siècle»: 1897-1900, 869.

El psicoanálisis contra el análisis psicológico: 1901-1914. 880

El comienzo de una nueva era: 1901-1905, 881. — El florecimiento del psicoanálisis: 1906-1910, 891. — El período anterior a la Primera Guerra: 1910-1914, 904.

Primera Guerra Mundial: julio de 1914 - noviembre de 1918 926
Entreguerras: noviembre de 1918 - septiembre de 1939. 935

El año de la paz fallida: 1919, 935. — El primer período de posguerra: 1920-1925, 940. — Los años del fracaso de la reconstrucción: 1926-1929, 959. — El segundo período de la preguerra: 1930-1939, 966.

La Segunda Guerra Mundial: 1939-1945 976

Págs.

XI.—*Conclusión* 987

RECONOCIMIENTOS 1001

ÍNDICE DE LÁMINAS 1003

ÍNDICE DE AUTORES 1005

ÍNDICE DE MATERIAS 1037